

CUENTOS
REUNIDOS

FAULKNER 

Publicados por primera vez en español, este libro recoge cuarenta y dos relatos escogidos por el propio autor, historias que posteriormente se convertirían en algunas de sus más destacadas novelas, cuentos que evocan el mítico territorio de Yoknapatawpha, pero también Beverly Hills y la Francia de la Primera Guerra Mundial. Una aproximación a la crueldad, brutalidad y ternura del ser humano, una muestra más de la genialidad de William Faulkner, un maestro indiscutible de la literatura moderna norteamericana.

William Faulkner

Cuentos reunidos

Título original: *Collected Stories*

William Faulkner, 1934

Traducción: Miguel Martínez-Lage

Introducción y notas: Miguel Martínez-Lage

Imagen de cubierta: William Faulkner, Corbis

Introducción

En agosto de 1950, dos meses antes de recibir la buena nueva de Estocolmo, William Faulkner publicó esta colección de relatos, sus *Cuentos reunidos*, tal y como él quiso disponerlos de acuerdo con una división concienzuda de toda su producción cuentística, que no recogió íntegramente. Con anterioridad había publicado tres volúmenes de cuentos: *These 13* y *Doctor Martino*, que forman parte de éste en su totalidad, aunque en un orden muy distinto, y *Gambito de caballo*, que quedó expresamente fuera de esta selección personal por ser más bien producto de una serie de descartes en la configuración de este volumen, pues contiene los cuentos más detectivescos. En esta minuciosa y armónica selección tampoco reunió por cierto aquellos cuentos recogidos en un volumen que el lector hispanohablante acaso conozca, y que lleva un título un tanto engañoso, *Relatos*, pues son en verdad los *Uncollected Stories*, no reunidos hasta mucho después de su muerte, hasta 1979, por mediación de su biógrafo, Joseph Blottner, y de acuerdo con su hija y heredera, Jill Faulkner. Además de los no recogidos en volumen y algunos inéditos, esa recopilación póstuma contiene los cuentos que pasaron a formar parte (o están tomados) de novelas como *Desciende*, *Moisés* y *Los invictos* entre otras. Fuera de todo ello aún queda una gavilla de inéditos y raros, además de los inacabados, que se han ido publicando de forma aislada.

Así se explica que este volumen no contenga los cuentos «completos» del prodigioso William Faulkner, titánico en su producción, revolucionario en las cotas alcanzadas en tantas ocasiones. Sus cuentos completos precisarían tal vez de tres volúmenes como éste.

Pero es que nunca fue ésa la intención que animó a su editor, Robert Haas, que es quien propuso al autor un primer índice puramente provisional en marzo de 1948, que Faulkner fue completando con infinito esmero a lo largo de un par de años, con la asesoría de un crítico de la talla de Malcolm Cowley —que en 1946 ya diera a luz, de común acuerdo con el autor, una antología proverbial, titulada *The Portable Faulkner*— y con el concurso de otro editor y buen amigo de Faulkner, Saxe Commins. De todo ello hallará cumplida cuenta el lector en las presentaciones que dan noticia de cada uno de los relatos aquí reunidos, al final de este volumen, y que anteceden a las notas propiamente aclaratorias. Se ha querido reducir al mínimo

indispensable este elemental aparato crítico, además de presentarlo de la forma más discreta, con el menor grado de injerencia en el disfrute del lector.

El volumen resultante de la iniciativa editorial de Robert Haas, que tiene el lector en las manos, fue galardonado en 1951, cuando Faulkner ya trabajaba sin descanso en *Réquiem por una monja*, con el National Book Award. Pero este reconocimiento le llegó, en efecto, después del Nobel, distinción que guarda un curioso parentesco con esta colección de relatos, como se expone más abajo al amparo de una hermosa conjetura de Malcolm Cowley, que es desde el punto de vista crítico la persona que más conoció y mejor entendió el funcionamiento de la máquina Faulkner.

A la propuesta inicial de Robert Haas respondió Faulkner con una carta ya en septiembre de 1948 —al parecer, extravió la carta primera de Haas—, diciendo que deseaba «meditar la idea y tratar de dar a este volumen una forma integrada que le sea propia, como en el libro de Moisés si es posible». Varias semanas después escribió a Haas una larga carta, una de las más intrigantes que Faulkner escribió nunca, por contener una muy precisa valoración de muchos de sus relatos, descartando unos y reafirmando la necesidad de que otros se incluyeran en el volumen proyectado. El criterio fundamental que maneja Faulkner es la aspiración a que la colección sea «muy extensa y comprenda todos los relatos previamente publicados, salvo aquéllos ya asignados a una serie de volúmenes futuros». Además de la extraordinaria percepción crítica de su propia obra, Faulkner iba en busca de un ordenamiento del material que diera al volumen la modulación que hubiese llegado a tener una novela, una entidad propia, una integración en forma de contrapunto, tendente a un único fin, a una sola finalidad (según señaló él mismo en otra carta semejante, pero escrita a Cowley el 1 de noviembre de 1948, en la que realiza una primera tentativa de ordenación de un material amplísimo y dispar). Y es apasionante comprobar, aunque detallarlo sería largo, cómo de la lista de relatos que propuso Haas a Faulkner no se cayó ninguno, si bien Faulkner fue defendiendo la inclusión de otros a veces con gran vehemencia, como es el caso de «Allén», y aun de otros incluidos en la última de las partes del volumen, además de cambiar de ubicación algunos, en pos de esa tensión dinámica que permitiera leer el volumen precisamente como *Desciende, Moisés*, una novela formada por una serie de relatos dotados de plena independencia, o *Las palmeras salvajes* (novela a la que habría que dar su verdadero título, *Si yo te olvidara, Jerusalén*), compuesta por dos narraciones autónomas que se van alternando.

Apunta Michael Millgate que los *Cuentos reunidos* son «un tomo que ocupa un lugar muy importante entre las grandes obras de Faulkner», con lo que rebate la

extendida idea de que los cuentos son un producto menor de un novelista mayor donde los haya. «Es cierto —prosigue Millgate en *The Achievement of William Faulkner*, p. 390— que los cuarenta y dos cuentos ya habían sido publicados con anterioridad, aunque diecisiete se reunían por vez primera. (...) El mero hecho de reunir los relatos por primera vez hizo posible un examen de los logros de Faulkner en el género del relato breve, y su organización de los cuentos en seis secciones diferenciadas, cada una con su título [y sus remisiones internas, sus factores de cohesión, sus disonancias, sus modulaciones anímicas, su muestrario de técnicas], hizo que fuera necesario leerlos en un nuevo contexto».

Es cierto y no es menos conocido que Faulkner escribió una cantidad ingente de relatos por pura necesidad pecuniaria. Durante toda su trayectoria, el mercado de las revistas de circulación más o menos masiva en nada se parecía a la depauperada situación que hoy presenta. El universo lector era mucho más concurrido, y en él había sitio para toda clase de esfuerzos: los escritores de entonces podían entregar un libro cuando lo tuvieran listo, pero entre tanto era posible que pagaran sus facturas dando salida a sus textos por medio de la publicación en revistas populares y especializadas en obras de ficción. Este hecho da a los relatos de Faulkner —en muchos casos— un grado de asequibilidad que no tienen algunas de sus novelas, por lo que los *Cuentos reunidos* son una puerta de acceso perfecta al universo Faulkner, al tiempo que son muy a menudo perlas de especial rareza para el conocedor de ese ancho mundo que se centra en el condado de Yoknapatawpha, pero que muchas veces se extiende más allá de las fronteras de ese terruño del tamaño, según dijo él mismo, de «un sello de correos». En muchas ocasiones, los relatos están directamente emparentados con las novelas, e incluso algunos tendrán una futura versión en otro contexto narrativo, así como mantienen vínculos de hermandad entre sí.

Estos *Cuentos reunidos* son como una antología que hubiera hecho por ejemplo Bob Dylan a partir de toda su producción, pero no confeccionada por su discográfica, sino hecha íntegramente por el artista, si bien de pleno acuerdo y por petición expresa de uno de sus editores, y en tres CDs, naturalmente. La confección del repertorio obedece a la búsqueda de una armonía en la que tales piezas no descuellen, no desentonen, alternando en su naturaleza representativa y cohesionada. No es lo mejor de sí lo que el artista recoge: recoge lo que es, y es uno de los mejores, uno de los más grandes. Y lo que se pretende es realzar cada una de las canciones por contigüidad con otras, tal como a Faulkner le interesaba ante todo urdir un buen cuento, dejándose de cronologías y de dictados didácticos sobre su propia obra. Claro está que una antología así se puede leer como una crónica.

En la composición de este muestrario de su arte narrativa, engarzando cuento a cuento y engastando parte a parte en un todo que más suma que la suma de sus partes, Faulkner —antes del reconocimiento mundial que iba a llegar a los pocos meses desde ese imán y emisora para grandes escritores que es Estocolmo en octubre— ensambló los pedacitos que componen su mundo, ese universo que, con inevitables excursiones a la ciudad de Nueva York, o a Hollywood, o al golfo de México, o a la Primera Guerra Mundial, y a la Segunda, pero sin salir del terruño, presenta un compendio geográfico y temático que es cifra y señal del pequeño mundo del hombre, en el que los engarces entre los relatos por contigüidad, la colocación de cada uno en un lugar estratégico de cada una de las partes, el funcionamiento de las mismas, son determinantes en la hechura de un libro que poco se parece a otros por el estilo. Fruto de la fértil colaboración entre la partera o comadrona y la madre que con ayuda de la primera —y con sus trabajos y dolores de parto— da a sus hijos al mundo ancho y hostil —fácil no es que el escritor alumbre sin el concurso o la tracción de su editor—, los *Cuentos reunidos* de Faulkner son en su totalidad un homenaje al concurso del ser humano con el ser humano y una constatación clara del dicitum de Pablo de Tarso: sin ti no soy nada. Pero esto es algo que aclaran mejor los propios participantes en la elaboración de un libro capital en el canon faulkneriano.

Es de ley reseñar que Faulkner anunció a Cowley en la carta antes citada (*The Faulkner-Cowley File, Letters and Memoirs, 1944-1962*, pp. 119-120) su intención de anteponer un prefacio a sus *Cuentos reunidos*. El propio Cowley consigna su decepción al ver que «[Faulkner] había abandonado la idea de escribir dicho prefacio, a resultas de lo cual el tema sobre el que podría haber versado dicho texto, si lo hubiera escrito, quedó en el cajón, disponible para otros usos».

Faulkner, que acaba de pasar una breve temporada con Cowley, le escribe nada más llegar a su casa de Oxford, Mississippi, y le describe el lento viaje hacia el sur en un avión que hizo escala en infinidad de lugares intermedios:

No me aburrí demasiado, porque pasé el tiempo pensando en la colección de relatos, y cuanto más pienso en ella más me gusta. El único prefacio que recuerdo es uno que leí cuando tenía dieciséis años, en un libro de Sienkiewicz donde decía, aunque no con estas palabras, algo así como que «este libro ha sido escrito con esfuerzo (podría haber dicho agonía o sacrificio) para enaltecer el corazón de los hombres». Y ésa me parece que es la única finalidad meritoria de un libro, de modo que también en una colección de relatos la forma y la integración son tan importantes como en una novela.

Y continúa Cowley diciendo que «estoy casi seguro de que hay ecos de esa frase, amplificada y remota como un trueno en los montes, al comienzo y al final del discurso de recepción del Premio Nobel que pronunció Faulkner». Al principio de ese brevísimo texto dice Faulkner que «entiendo que este premio no se me otorga a mí en persona, sino a mi obra, que es producto de una vida vivida en la agonía y el esfuerzo del espíritu humano. (...) Por tanto, este premio sólo es mío en depósito». Y al final apunta que «es privilegio del escritor ayudar al hombre a resistir mediante el enaltecimiento de su corazón, recordándole la valentía y el honor y la esperanza y el orgullo y la compasión y la piedad y el sacrificio que han sido gloria de su pasado». Y es que en Faulkner, según se dice en *Réquiem por una monja*, es imprescindible tener presente que «el pasado no ha muerto: ni siquiera ha pasado».

MIGUEL MARTÍNEZ-LAGE

Pamplona, 8 de septiembre de 2009

I
EL CAMPO

Incendiar establos

El almacén en el que tuvo lugar la vista celebrada por el juez de paz apestaba bastante a queso. El chiquillo, acuclillado sobre el barril de los clavos, al fondo de un local atestado de gente, era sabedor de que olía a queso, y a unas cuantas cosas más: desde el asiento al que se había encaramado alcanzaba a ver las estanterías alineadas en las que se apilaban bien apretadas las formas sólidas, chaparras, dinámicas, de aquellas latas cuyas etiquetas leyó con el estómago, sin recurrir a unos rótulos que para su caletre nada significaban, fijándose en cambio en los diablos rojos y en la curvatura argentina de los peces,^[1] todo lo cual, el queso de cuyo olor era consciente y la carne hermética, enlatada, cuyo olor creían percibir sus intestinos, le llegaba en rachas intermitentes y efímeras en medio de un constante efluvio, el olor y la sensación de tener un poco de miedo, más que nada por la desesperanza y por la tristeza, la vieja y feroz pulsión de la sangre. No alcanzaba a ver la mesa tras la que se había sentado el juez, frente al cual se encontraban de pie su padre y el enemigo de su padre («nuestro enemigo —pensó con la misma desesperanza—, ¡nuestro de los dos! ¡Tan suyo como mío! ¡Es mi padre!»), aunque sí los oía, u oyó más bien a los dos, porque su padre aún no había dicho ni palabra:

—¿Y qué pruebas tiene, señor Harris?

—Ya se lo he dicho. El cochino se me metió en el maizal. Le eché el guante y se lo mandé. No tenía él una cerca con la que tenerlo bien sujeto. Yo ya se lo dije, ya iba avisado. La siguiente vez metí al cochino en mi corral. Cuando vino a recogerlo, le di alambre de sobra para que cercase bien su corral. A la vez siguiente, recogí al cochino y lo metí en mi corral. Fui a caballo hasta su casa y vi todo el alambre que le había dado yo enrollado y arrinconado en su parcela. Le dije que podía pasar a llevarse el cochino cuando me pagase una tasa de un dólar.^[2] Esa misma noche vino un negro con un dólar y se llevó el cochino. Era un negro un poco raro. Forastero, a lo mejor. Va y me dice: «Dice que le diga que la madera con el heno arde fácil». ¿Cómo dices?, le digo yo. «Pues eso, que madicho que le diga que la madera con el heno arde fácil.» Esa misma noche me pegaron fuego al establo. Pude sacar lo que tenía dentro, aperos y animales, pero perdí el establo.

—¿Qué ha sido del negro? ¿No le ha echado el guante?

—Era un negro un poco raro, ya le digo. No sé qué habrá sido de él.

—Pero eso no prueba nada. ¿No entiende que eso no es una prueba?

—Que venga el chiquillo. Él sí que lo sabe —durante unos instantes, el chiquillo pensó que el hombre se refería a su hermano mayor, hasta que Harris dijo—: No, ése no. El pequeño. El chiquillo —y, acuclillado como estaba, pequeñajo para su edad como era, menudo y nervudo como su padre, con unos vaqueros descoloridos y remendados, demasiado pequeños incluso para él, con el cabello castaño, lacio, sin peinar, y los ojos grises, despavoridos como nubes de tormenta, vio separarse a los hombres que se interponían entre aquella mesa y él, y los vio convertirse en una calleja de rostros malencarados, al fondo de la cual acertó a ver al juez, un hombre desaliñado, sin cuello de camisa, canoso, con gafas, que le hacía gestos para que se acercara. No sintió el suelo bajo las plantas de los pies, le pareció que caminase bajo el peso palpable de los rostros malencarados que se iban volviendo a su paso. Su padre, envarado, con la levita negra que sólo se ponía los domingos, y que no se había puesto por el juicio, sino por la mudanza, ni siquiera le miró. «Él lo que quiere es que mienta —pensó, y volvió a sentir el mismo frenesí de tristeza y desesperanza—. Y voy a tener que hacerlo».

—¿Cómo te llamas, chico? —dijo el juez.

—Coronel Sartoris Snopes —murmuró el chico.

—¿Eh? —dijo el juez—. Habla más alto, anda. ¿Coronel Sartoris, dices? Pues digo yo que todo el que en este condado lleve el nombre del Coronel Sartoris a la fuerza tiene que decir la verdad, ¿no? —el chiquillo no dijo nada. «¡Enemigo! ¡Enemigo!», pensó; hubo un instante en el que ni siquiera acertó a ver nada, y no pudo ver que el juez lo miraba con semblante amable, ni acertó a discernir que interpeló con voz contrariada al hombre que llamaban Harris—: ¿Desea interrogar a este chiquillo?

En cambio, sí acertó a oír, y oyó, durante los largos segundos que siguieron, mientras no se oyó absolutamente nada más en el reducido espacio del almacén, atestado como estaba de gente, el sonido de un respirar reposado y atento, tan quedo que fue como si se hubiera columpiado al extremo de la cuerda, en lo más alto de un barranco, sujeto a los zarcillos de una parra, y como si en el punto más elevado del arco que trazaba el columpio quedase atrapado en un detenido instante de hipnótica gravitación, ingrávigo en el tiempo.^[3]

—¡No! —dijo Harris con violencia, con explosiva exasperación—. ¡Condena...! ¡Mándelo fuera de aquí!

El tiempo, el mundo de la fluidez, apretó entonces su discurrir de nuevo bajo sus pies, y las voces volvieron a llegarle claras, confusas, en medio del olor a queso y a carne sellada, en medio del miedo y la desesperanza y la antigua tristeza de la sangre:

—Se desestima el caso. Nada puedo probar en contra de usted, Snopes, pero sí puedo y debo darle un consejo. Márchese del condado y no se le ocurra volver.

Tomó la palabra su padre por vez primera, con voz fría y áspera, sin alterarse, sin cargar las tintas.

—Ésa es mi intención. No se me ocurriría quedarme en un condado, entre gentuza que... —y dijo algo que no es posible poner por impreso, algo vil y rastrero, que no dirigió a nadie en particular.

—Con eso es más que suficiente —dijo el juez—. Tome su carreta y lárguese del condado antes de que anochezca. Se desestima la demanda.

Su padre se volvió en redondo y él siguió la levita envarada, la figura nervuda que caminaba con rigidez debido a la bala de mosquete con que le alcanzó un confederado, uno de los hombres del sheriff, nada más robar un caballo, más de treinta años antes, y siguió más bien las dos espaldas, puesto que su hermano mayor acababa de aparecer en medio del gentío, no más alto que el padre, pero sí más grueso, mascando tabaco sin descanso, entre las dos hileras de individuos malencarados que formaban la calle que desembocaba en salida del almacén, para atravesar el porche desgastado y bajar los peldaños combados y pasar entre los perros y los chicos que se habían juntado en medio de la polvareda de un mayo ya caluroso, por donde oyó al pasar un susurro mascullado:

—¡Quemaestablos!

Tampoco acertó a ver nada, pese a volverse sobre los talones; había una cara en medio de una bruma roja, como el halo de la luna, mayor que la luna llena, cuyo dueño de nuevo tenía la mitad de su tamaño, y saltó en medio de la bruma roja hacia ese rostro y no sintió el golpe, no sintió nada al darse de cabeza contra la tierra, levantándose veloz, de un salto, sin sentir tampoco entonces el golpe, sin sentir el sabor de la sangre en la boca, levantándose veloz, justo a tiempo de ver al otro muchacho, que se dio a la fuga a la vez que emprendía él la persecución y toparse

con que la mano de su padre le impedía el paso, la voz fría, áspera, resonante por encima de él.

—Anda y sube a la carreta.

La carreta estaba en medio de las acacias y las moreras, al otro lado de la calle. Sus dos hermanas, grandullonas, endomingadas, así como su madre y la hermana de su madre, con sus vestidos de percal y sus capotas para guarecerse del sol, esperaban sentadas en la carreta, entre los penosos residuos de la docena de mudanzas, o acaso más, que hasta el chiquillo recordaba; el fogón destartado, las camas y las sillas medio rotas, el reloj con incrustaciones de madreperla, que no funcionaba, parado a unos catorce minutos después de las dos de un día y una época apagados, olvidados, que formó parte de la dote de su madre. La madre lloraba, aunque en el momento en que lo vio se pasó la manga sobre la cara y empezó a bajar de la carreta.

—Estate quieta —dijo el padre.

—Se ha lastimado. Tengo que ir a por agua para lavarle...

—He dicho que te quedes quieta en la carreta —dijo el padre. También él subió, pero pasando por la trasera. Su padre se encaramó al pescante, en donde su hermano mayor ya estaba instalado, y arreó a las mulas flacas un par de fustazos salvajes con una vara de sauce pelada, aunque sin encono. Ni siquiera fue sádico; lo hizo exactamente con esa misma cualidad que en años venideros habría de provocar que sus descendientes revolucionasen el motor en exceso antes de poner el coche en marcha, acelerando y frenando al mismo tiempo. Arrancó la carreta mientras todos los presentes en el almacén, callados, salieron a mirar malencarados su partida y pronto quedaron atrás, hasta que los ocultó una curva del camino. «Para siempre —pensó—. A lo mejor ahora se da por contento, ahora que ya ha...» e interrumpió el pensamiento, que no llegó a formular del todo ni siquiera para sus adentros. Notó la mano de su madre en el hombro.

—¿Te duele? —le dijo.

—No, no es nada —dijo él—. Déjame en paz.

—Anda, límpiame un poco la sangre antes de que se seque.

—Ya me lavaré por la noche —dijo—. Déjame en paz. No es nada, en serio.

La carreta seguía la marcha. El chiquillo no sabía adónde se dirigían. Ninguno de ellos lo supo nunca, ni lo preguntó, siempre al final una casa, por llamarla de algún modo, que los esperaba al cabo de uno, dos e incluso tres días de viaje. Era probable que su padre ya hubiera acordado un empleo de aparcerero en otra propiedad antes de... Tuvo que interrumpirse de nuevo. Él (el padre) siempre obraba igual. Algo tenía en su independencia e incluso en su valentía lobuna, al menos cuando la situación era si acaso paritaria, e incluso neutral, algo que impresionaba a los desconocidos, como si de su latente ferocidad de voraz depredador extrajeran no tanto una sensación de confianza cuanto, más bien, la percepción de que su feroz convicción en la rectitud de sus propios actos había de ser ventajosa para todo el que concurriese con sus intereses.

Acamparon esa noche en una arboleda, entre robles y hayas, por donde corría un arroyo. Las noches aún eran frescas y armaron una fogata para defenderse del frío, con una barandilla arrancada de una cerca que vieron en las inmediaciones y que cortaron en dos tramos, para armar una fogata pequeña, precisa, casi cicatera, una fogata ladina; esas fogatas eran las que su padre tenía por hábito y costumbre armar siempre, incluso cuando más inclemente era el frío. De haber sido mayor, el chiquillo podría haber reparado en ello y haberse preguntado por qué no armaba una fogata más grande, por qué un hombre que no sólo había presenciado el despilfarro y la extravagancia de la guerra, sino que también llevaba en la sangre una prodigalidad voraz e inherente a todo lo que fuera material, máxime si no era de su propiedad, no había echado al fuego todo lo que tuviera a la vista. Luego podría haber ido un paso más allá y haber pensado que ésa era la razón, que esa hoguera mísera era el fruto viviente de las noches que había pasado al raso durante aquellos cuatro años, en los bosques, escondiéndose de todos los hombres por igual, los de uniforme gris y los de uniforme azul, con sus reatas de caballos (caballos capturados, los llamaba él). Y de haber sido aún mayor acaso hubiese adivinado la razón: que el elemento del fuego hablaba y llegaba a tocar en lo más vivo algún resorte ubicado en lo más profundo del ser de su padre, tal como el elemento del acero o de la pólvora hablaba y llegaba a otros hombres, por ser el arma para la preservación de la integridad, sin la cual no valdría la pena seguir respirando, conservar el aliento, y que por tanto era preciso contemplar con respeto y utilizar con discreción.

Pero en esto no pensaba en esos momentos; había visto esas míseras fogatas durante toda su vida. Se limitó a zamparse la cena junto al fuego y casi se había adormilado ante la escudilla de peltre cuando su padre lo llamó y una vez más hubo de seguir la espalda envarada, la cojera implacable y envarada, y subir por la cuesta y llegar al camino que iluminaban las estrellas, donde al darse la vuelta vio la

silueta de su padre recortada sobre las estrellas, sin rostro, sin profundidad, una silueta negra, plana, sin sangre en las venas, como si estuviese recortada en hojalata en los pliegues de hierro de la levita que no se había hecho para él, áspera la voz como la hojalata y sin calor ninguno, como la hojalata:

—A punto estuviste de soltarlo delante de todos ellos. A punto estuviste de decírselo —él no contestó. Su padre le soltó un sopapo con la palma de la mano en toda la mejilla, con fuerza, pero sin acalorarse, exactamente igual que había golpeado a las dos mulas delante del almacén, exactamente igual que golpearía a cualquiera de las dos para matar o espantar a una mosca, la voz áspera como la hojalata, y sin calor, como la hojalata—: Te estás haciendo un hombre. Tienes que ir aprendiendo. Has de aprender a ser fiel a los tuyos, a la sangre, porque si no te quedarás sin sangre a la que ser fiel. ¿Tú crees que alguno de ellos, alguno de los hombres que estaban allí esta mañana, es fiel a su sangre? ¿No te das cuenta de que lo único que querían era tener la posibilidad de pillarme, porque ya les había ganado yo por la mano? ¿No te enteras, o qué? —más adelante, veinte años más adelante, habría de decirse: «De haberle dicho yo que sólo querían justicia, que sólo querían saber la verdad, me hubiera vuelto a abofetear». Pero no dijo nada. Ni siquiera lloró. Se quedó en donde estaba—. Contéstame —dijo su padre.

—Sí —murmuró. Su padre se dio la vuelta.

—Vete a la cama. Mañana llegamos.

Y al día siguiente llegaron. A primera hora de la tarde, la carreta se detuvo ante una casa de dos habitaciones, sin pintar por fuera ni por dentro, casi idéntica a la docena de casas en las que se habían detenido antes, en los diez años de vida que tenía el chiquillo, y una vez más, como en esa docena de ocasiones, su madre y su tía bajaron y comenzaron a descargar la carreta, aunque las dos hermanas, como el padre y el hermano, no se habían movido.

—Seguramente, ni para criar cochinos vale —dijo una de las hermanas.

—Da igual —dijo su padre—. Tú la pones como debe estar, y ya veras cómo crecen los cochinos y hasta termina por gustarte. Sacad las sillas, ayudad a vuestra madre a descargar las cosas.

Bajaron las dos hermanas, grandullonas, bovinas, un remolino de adornos y cintas baratos; una de las dos sacó de la desordenada trasera de la carreta un farol abollado, y la otra una escoba vieja. Su padre dio las riendas al hijo mayor y

comenzó a subir envarado a la rueda de la carreta.

—Cuando hayan descargado, te llevas a las mulas al establo y les das el heno —y siguió hablando, y al principio el chiquillo pensó que hablaba con su hermano—. Ven conmigo.

—¿Yo? —dijo.

—Sí —dijo su padre—. Tú.

—Abner —dijo su madre. Su padre se detuvo y se volvió a mirarla con ojos duros, planos, bajo las cejas boscosas, canosas, irascibles.

—Me parece que voy a tener que hablar un momento con el hombre que a partir de mañana, y durante ocho meses, va a ser dueño y señor de mi cuerpo y de mi alma.

Echaron a andar por el camino. Una semana antes, o en todo caso antes de la noche anterior, claro, le hubiera preguntado adónde iban, pero en ese momento no se lo preguntó. Su padre le había abofeteado con anterioridad, pero nunca, en ninguna ocasión se paró a explicarle el porqué. Era como si la bofetada y la voz que la sucedió en calma, aunque irritada, todavía resonasen, como si aún repercutiesen, por más que a él no le hablase de nada más que de la desventaja de ser joven, del peso escaso de sus pocos años, peso a lo sumo suficiente para impedir que volase y se librase del mundo, pero no tanto que le diese un sólido arraigo en ese mismo mundo, un lugar donde resistirse al mundo, donde fuera posible empeñarse en cambiar fuera como fuese el curso de los acontecimientos.

Vio entonces el robledal y los pocos cedros y los otros árboles en flor, los matojos tras los cuales habría de estar la casa, aunque la casa aún no la vio. Caminaban junto a un lado de la cerca, al otro lado de la cual se apiñaban la madreSelva y las rosas silvestres, y así llegaron a una cancela abierta, entre dos pilares de ladrillo, y al cabo de una corta avenida vio por vez primera la casa, y en ese instante olvidó a su padre y olvidó a la vez el terror y la desesperanza, y ni siquiera al acordarse otra vez de su padre (que no se había parado) volvieron a hacer mella en él el terror y la desesperanza. Y es que a lo largo de las doce mudanzas previas habían residido en tierras pobres, en tierras de cultivos escasos, de campos pequeños, con pocos sembradíos, pocas casas, y jamás había visto una casa como aquella. «Es más grande que un juzgado», pensó en silencio, con un repunte de paz, de alegría, cuya razón nunca hubiera sido capaz de traducir en

palabras, pues era demasiado joven: *Están a salvo de él. Las gentes cuyas vidas formen parte de esta paz, de esta dignidad, están fuera de su alcance; no pasará de ser él más que una avispa zumbona: capaz como mucho de picar un momento, pero nada más; el embrujo de esta paz y de esta dignidad da incluso a los graneros, a los establos, a los pesebres, algo que los protegerá de todas las malvadas llamas que sea él capaz de prender...* todo lo cual, la paz, la alegría, se difuminó un instante cuando volvió a mirar la espalda envarada, la cojera envarada e implacable de la figura que no se había empequeñecido ante la casa, por la sencilla razón de que tampoco había sido mayor en ninguna otra parte, recortada sobre el fondo de las columnas serenas, y que ahora más que nunca tenía la cualidad inmune de algo cortado de forma despiadada en un trozo de hojalata, algo carente de hondura, como si, de costado al sol, ni siquiera sombra proyectase. Viéndolo, el chiquillo reparó en el rumbo absolutamente preciso que había tomado su padre, y vio su pie envarado plantarse en una bosta reciente, un cagallón que un caballo había dejado en la avenida, y que su padre podría haber esquivado con un simple cambio de paso. Pero se difuminó tan sólo un momento, por más que eso tampoco pudiera haberlo formulado él con palabras, al adentrarse en el embrujo de la casa, que pudo codiciar sólo sin envidia, sin pesar, nunca, desde luego, con esa ira rabiosa y celosa que, sin que él la conociera, caminaba enfundada en la levita negra, férrea, que avanzaba pocos pasos por delante de él: «Es posible que a él también le llegue. Es posible que ahora cambie y deje de ser el que tal vez no puede no ser».

Cruzaron el pórtico de entrada. Oyó entonces los pasos envarados de su padre, sus pisadas sobre la tarima, con una determinación de reloj, con una resonancia despareja de toda proporción con el desplazamiento del cuerpo que portaban, y que tampoco se empequeñecieron ante la puerta blanca que tenía delante, como si hubiese alcanzado una suerte de mínimo emponzoñado y rabioso, la resolución de no empequeñecerse jamás ante nada, el sombrero plano, de ala ancha, negro, la levita de paño que fue negra una vez, pero que ya tenía esos visos lustrados por la fricción, verdosos, que asoman en los cuerpos de las moscas comunes, la manga recogida, demasiado larga, la mano en alto, como una garra curvada. Se abrió la puerta tan pronto que el chiquillo comprendió que el negro seguramente los estuvo mirando en todo momento, un negro ya mayor, con el cabello crespo, bien cortado, con una chaqueta de lino, que les impedía el paso plantado en la puerta.

—Límpiese los zapatos, señores blancos, antes de entrar. El comandante ahora no está en la casa para nada.

—Quítate de en medio, negro —dijo su padre sin acalorarse, abriendo la

puerta del todo, apartando al negro, entrando, sin haberse quitado el sombrero. Y el chiquillo vio entonces las huellas que había dejado el pie cojo del padre junto a la jamba y las vio reaparecer en la pálida alfombra de la entrada, tras la maquinal resolución del pie, que parecía soportar (o transmitir) el doble del peso que desplazaba el cuerpo. El negro se puso a gritar a sus espaldas.

—¡Señorita Lula! ¡Señorita Lula!

Y entonces el chiquillo, como si lo inundase del todo una cálida acometida, la suave curvatura de una escalera alfombrada, el rebrillo de las arañas que colgaban del techo, el relumbre opaco de los marcos dorados, oyó la agilidad de los pasos y también la vio, una señora como tal vez jamás hubiese visto, enfundada en un vestido gris, liso, con encajes en el cuello, y un delantal atado a la cintura, remangada, limpiándose las manos de los restos de masa pastelera, con un trapo, a la vez que entraba en el vestíbulo, sin mirar a su padre, atenta e incrédula a las huellas que había dejado en la rubia alfombra, con una expresión de asombro, de incredulidad.

—Traté de impedirle... —exclamó el negro—. Ya le dije que no...

—¿Tendrá usted la bondad de marcharse? —dijo ella con voz temblorosa—. El comandante De Spain no se encuentra en la casa. ¿Quiere hacer el favor de marcharse?

Su padre no había vuelto a decir nada. No volvió a decir nada. Ni siquiera la miró. Se quedó envarado en medio de la alfombra, con el sombrero puesto, las cejas boscosas, entrecanas, levemente agitadas sobre los ojos de color guijarro, al tiempo que parecía examinar la casa con breve determinación. Con esa misma determinación se dio la vuelta; el chiquillo lo vio girar en redondo sobre su pierna buena y vio el pie cojo trazar el arco del giro, dejando un último y desdibujado manchurrón en la alfombra. Su padre no lo llegó a mirar, no bajó nunca los ojos a la alfombra.

El negro sostuvo la puerta abierta. Se cerró tras ellos, sobre el histérico, indistinguible gemido de la mujer. Su padre se plantó en el primero de los peldaños, contra el canto del cual se limpió las suelas de las botas. En la cancela paró de nuevo. Se quedó quieto un momento, plantado, envarado, sobre el pie cojo, y miró a la casa.

—Qué blanquita, qué bonita, ¿no te parece? —dijo—. Eso sí es sudar. Sudar

de negro, claro. A lo mejor todavía no es todo lo blanca que él quisiera. A lo mejor, lo que quiere es añadirle a la mezcla un poco de sudor de blanco.

Dos horas después, el chico estaba cortando leña detrás de la casa en la que su madre y su tía y las dos hermanas (la madre y la tía, no las dos hermanas; de eso estaba seguro; incluso a tanta distancia, y asordinadas por las paredes, las voces altas, llanas, de las dos chicas diseminaban la incorregible inercia de la pereza) estaban atizando el fogón para preparar una cena, y entonces oyó el ruido de los cascos y vio al hombre del traje de lino, que llegó a lomos de una yegua espléndida, alazana, y al cual reconoció antes de ver incluso la alfombra enrollada delante del negro joven que lo seguía en un caballo pinto, de tiro, un rostro colérico y colorado que se fue desvaneciendo a galope tendido al doblar la esquina de la casa en la que su padre y su hermano se habían sentado en las dos sillas cojas; pasado un instante, sin tiempo siquiera para dejar el hacha en el suelo, oyó de nuevo los cascos y vio a la yegua alazana salir del terreno, de nuevo a galope tendido. Su padre llamó entonces por su nombre de pila a una de las hermanas, que en ese momento salió de espaldas por la puerta de la cocina, arrastrando la alfombra enrollada por el suelo, tirando de una punta, mientras la otra hermana caminaba tras ella.

—Si no me vas a echar una mano, ve a poner la perola para lavar —dijo la primera.

—¡Eh, Sarty! —dijo la segunda—. ¡Ve a poner la perola para lavar!

Su padre apareció en la puerta, enmarcado por todo ese desaliño, tal como lo estuvo con la perfección blanda de la otra puerta, e impermeable a una y a la otra, la cara de la madre asomada, ansiosa, por encima de su hombro.

—Ve —dijo el padre—. Recógela.

Las dos hermanas se quedaron quietas, anchas las dos, aletargadas; agachándose, presentaron a sus ojos una increíble superficie de tela pálida, un aleteo de cintas de dudoso gusto.

—Si tuviera yo en tanta estima una alfombra y la hubiera traído desde Francia, no la pondría allí donde todo el mundo tiene que pisotearla —dijo la primera. Levantaron la alfombra entre las dos.

—Abner —dijo la madre—. Deja que yo me ocupe.

—Tú vete a preparar la cena —dijo su padre—. De esto me ocupo yo.

Desde donde se amontonaba la leña los miró el chiquillo durante el resto de la tarde, la alfombra extendida sobre el polvo, junto a la perola en la que hervía el agua para lavar, las dos hermanas trajinando alrededor del fuego con esa profunda, aletargada reticencia, mientras el padre se acercaba a la una y a la otra, implacable y malencarado, instándolas a que cumplieran la faena pendiente, aunque sin levantar nunca la voz. Le llegaba el olor de la tosca lejía casera que estaban empleando; vio a su madre salir a la puerta una vez, la vio mirarlas con una expresión no de angustia, aunque muy cercana a la desesperanza; vio a su padre darse la vuelta, y volvió a empuñar el hacha y por el rabillo del ojo vio a su padre tomar del suelo un fragmento plano de una piedra, lo vio examinarla y regresar a la perola, y esta vez fue su madre la que habló:

—Abner. Abner. Por favor, no lo hagas. Por favor te lo pido, Abner.

Y terminó entonces su cometido. Había empezado a anochecer; habían empezado a trinar los chotacabras. Le llegó el olor del café desde la habitación en la que poco después iban a terminarse los restos fríos de lo que habían comido a media tarde, aunque cuando entró en la casa se dio cuenta de que estaban tomando café otra vez seguramente porque había un fuego en el hogar, un fuego ante el cual estaba extendida la alfombra sobre los respaldos de las dos sillas. Habían desaparecido las huellas que dejó su padre. En su lugar eran visibles unas excoriaciones largas, como nubes de tormenta, que recordaban el trayecto esporádico de una segadora liliputiense.

Siguió allí colgada mientras despacharon los restos de comida fría, y cuando se fueron a la cama, dispersándose sin orden ni concierto por las dos habitaciones, su madre tendida en una de las camas, en la que había de dormir más tarde su padre, el hermano mayor en la otra, y la tía, las hermanas y él mismo repartidos en jergones, en el suelo. Pero su padre aún no se había acostado. Lo último que iba a recordar el chiquillo era la silueta sin hondura, tosca, con el sombrero y la levita, inclinándose sobre la alfombra, y le pareció que no había cerrado siquiera los ojos cuando la silueta se situó por encima de él, el fuego casi del todo apagado a su espalda, el pie envarado, azuzándole para que despertara.

—Ve a buscar la mula —dijo su padre.

Cuando volvió con el animal su padre estaba de pie en medio de la puerta a oscuras, la alfombra enrollada al hombro.

—¿No piensas montar? —dijo.

—No. Dame el pie.

Dobló la rodilla colocándola en la mano de su padre, y la fuerza nervuda, sorprendente, fluyó sin estorbos, alzándose y alzándose él con ella, hasta caer sobre el lomo sin ensillar de la mula (una vez tuvieron una silla de montar; el chiquillo lo recordaba bien, aunque no recordase ni cuándo ni dónde), y con la misma fuerza, sin mayor esfuerzo, su padre echó la alfombra delante de él. A la luz de las estrellas volvieron sobre los pasos que habían dado por la tarde, por una senda polvorienta y repleta de madre selvas, hasta atravesar la cancela y enfilarse en el negro túnel de la avenida que conducía a la casa sin iluminar, donde, a horcajadas de la mula, percibió la áspera curvatura de la alfombra pasar sobre sus muslos y desaparecer.

—¿No quieres que te eche una mano? —susurró. Su padre no respondió nada, y él oyó en ese momento los pasos envarados y secos en la oquedad del pórtico, los oyó resonar con esa intencionalidad de madera, como un reloj, la insultante exageración del peso que portaba. La alfombra, dejada caer a plomo, pero no arrojada de cualquier manera (el chiquillo se dio cuenta de que fue así a pesar de la oscuridad), cayó del hombro de su padre y golpeó el ángulo que formaban la pared y el suelo haciendo un ruido increíblemente atronador, ensordecedor, y luego oyó de nuevo los pasos, pasos sin prisa, descomunales; se encendió una luz en la casa y el chiquillo permaneció en tensión, respirando agitado, en silencio, presuroso, aunque no fue en aumento el ritmo de los pasos al descender ahora los peldaños, que fue cuando el chiquillo lo vio.

—¿No quieres montar ahora? —susurró—. Ahora podemos montar los dos —y la luz de la casa se alteró, ganando intensidad primero, mermando después. «Ahora está bajando las escaleras», pensó. Ya había llegado con la mula hasta pasar el poyo donde se ataban los caballos; en ese momento su padre se encontró tras él y dobló las riendas para azotar a la mula en el cuello, pero antes de que el animal pudiera arrancarse a trotar apareció tras él un brazo delgado, duro, una mano dura, nudosa, que sofrenó a la mula para que fuese al paso.

Con los primeros rayos rojizos del sol estaban ya en la parcela, enjaezando con los aperos de labrar a las mulas. Esta vez la yegua alazana llegó antes de que la oyese, el jinete sin cuello de la camisa e incluso sin sombrero, tembloroso, hablando con una voz estremecida, como hizo la mujer de la casa, mientras su padre se limitaba a mirarlo una sola vez antes de inclinarse de nuevo sobre la collarera de la mula que estaba sujetando, de modo que el hombre montado en la yegua le habló a la espalda:

—Más le vale entender que ha echado a perder esa alfombra. ¿Es que no había aquí nadie, ninguna de sus mujeres, que...? —pero calló, tembloroso aún, mientras el chiquillo lo miraba y el hermano mayor se apoyaba en el quicio de la puerta del establo, mascando tabaco, parpadeando despacio, sin cesar, sin mirar aparentemente nada de lo que tuviera delante—. Costó cien dólares. Pero usted jamás ha tenido cien dólares juntos. Jamás los tendrá. Por eso le voy a cobrar veinte fanegas sobre lo que coseche. Lo añadiré a su contrato, y cuando se llegue al almacén a comprar sus cosas ya lo firmará. No creo que sirva para que se tranquilice del todo la señora De Spain, pero a lo mejor así aprende usted a limpiarse los zapatos antes de entrar en su casa.

Y se marchó. El chiquillo miró a su padre, que aún no había dicho ni palabra, tal como tampoco se volvió a mirar al otro, mientras seguía ajustando las correas en la collera.

—Papá —dijo. Su padre lo miró con rostro inescrutable, las cejas boscosas bajo las que brillaban con frialdad los ojos grises. De pronto, el chiquillo fue hacia él muy deprisa, deteniéndose con la misma brusquedad con que arrancó—. ¡Lo hiciste lo mejor que podías! —exclamó—. Si quería que se hiciera de otra forma, ¿por qué no esperó a decirte cómo tenía que ser? ¡No se va a llevar veinte fanegas! ¡No se va a llevar ninguna! ¡Cuando cosechemos, lo escondemos! Yo montaré guardia para...

—¿Has puesto el tajo en el arado tal como te dije?

—No, señor —dijo.

—Pues ve a hacerlo ahora.

Eso fue el miércoles. Durante el resto de la semana trabajó sin descanso en todo lo que estaba a su alcance y en algunas tareas a las que no alcanzaba, y trabajó con tanto afán que no fue menester azuzarle ni darle las órdenes dos veces; era algo que había heredado de su madre, con la sola diferencia de que al menos parte de lo que hacía sí le agradaba hacerlo, como era cortar la leña con el hacha de tamaño reducido que su madre y su tía le habían regalado por Navidad tras ahorrar el dinero a saber cómo o ganarlo de alguna manera. En compañía de las dos mujeres mayores (y una de las tardes también con una de las hermanas), construyó corrales para el lechón y la vaca que se les habían cedido de acuerdo con las estipulaciones del contrato que tenía su padre con el dueño de las tierras, y una tarde en que estaba ausente su padre, que se había marchado a alguna parte con una de las mulas, fue incluso al sembrado.

Estaban arando una franja de contención en el medio del sembrado, su hermano con el arado vertical mientras él llevaba las riendas y caminaba junto a la mula, que tiraba con fuerza del apero, la tierra negra, fértil, fresca y húmeda en los tobillos, que llevaba sin proteger, y entonces pensó: «A lo mejor esto es el final. A lo mejor hasta esas veinte fanegas que parecen un precio excesivo por una simple alfombra, y difíciles de ganar además, sean poca cosa si sirven para que él deje de ser de una vez por todas lo que ha sido hasta ahora»; pensaba, soñaba, tanto que su hermano tuvo que llamarle la atención desde detrás de la mula, para que no se distrajera: «A lo mejor ni siquiera recoge esas veinte fanegas. A lo mejor todo se suma y todo cuadra y termina por no contar: el maíz, la alfombra, el fuego; el terror y el pesar, el andar desgarrado por un lado y por otro, como si tirasen por su cuenta dos yuntas... a lo mejor desaparece todo y todo acaba de una vez por todas».

Llegó entonces el sábado; miró desde detrás de la mula que tenía aparejada y vio a su padre con la levita negra y el sombrero.

—No, ésa no —dijo su padre—. Los aparejos de la carreta.

Y dos horas más tarde, sentado en la carreta a espaldas de su padre y de su hermano, que iban en el pescante, vio a las mulas trazar una última curva y vio el almacén maltratado por el tiempo, de madera sin pintar, con sus carteles andrajosos, anuncios de medicamentos, de tabaco, y las carretas y los animales ensillados y atados ante el porche. Subió los carcomidos peldaños detrás de su padre y su hermano y volvió a encontrarse con la calle que formaban los rostros callados y atentos, la calle por la cual tuvieron que caminar los tres. Vio al hombre de las gafas sentado ante una mesa sin desbastar y no tuvo necesidad de que nadie le dijera que era el juez de paz; dedicó una mirada desafiante, feroz, exultante, enconada, al hombre que esta vez vestía con cuello duro y corbata de lazo, el hombre al que había visto tan sólo dos veces en toda su vida, y al que montaba un caballo al galope, que ahora aparecía con una expresión no de rabia, sino de pasmada incredulidad, del cual jamás pudiera haber sabido el chiquillo que se encontraba en la inverosímil situación de verse denunciado por uno de sus arrendatarios, y se plantó junto a su padre antes de gritarle a la cara al juez:

—¡Él no ha sido! ¡Él no ha quemado...!

—Vuelve a la carreta —dijo su padre.

—¿Quemar? —dijo el juez—. ¿Debo entender que la alfombra también se quemó?

—¿Hay alguien aquí que lo afirme? —dijo su padre—. Vuelve a la carreta.

Pero no lo hizo, y tan sólo se retiró a la parte posterior del almacén, tan atestado de gente como lo estuvo en su día aquel otro, sólo que esta vez no se sentó, prefiriendo en cambio permanecer de pie entre los cuerpos inmóviles de los presentes, atento a las voces:

—¿Y afirma usted que veinte fanegas de maíz son un precio demasiado elevado por los daños que causó usted en esa alfombra?

—Él me trajo la alfombra y dijo que quería que lavara las huellas. Yo lavé las huellas y le devolví la alfombra.

—Pero no le llevó la alfombra en las mismas condiciones en que se encontraba antes de ensuciarla con sus huellas.

Su padre no respondió, y acaso durante medio minuto no se oyó un solo ruido, salvo las respiraciones, algún suspiro tenue, de total y absoluta atención.

—¿Declina usted responder a esto último, señor Snopes?

Su padre tampoco contestó.

—Encontraré pruebas que lo condenen, señor Snopes. Encontraré lo que haga falta para demostrar que es usted responsable de los destrozos causados en la alfombra del comandante De Spain, y que debe usted responder de esos perjuicios. Pero entiendo que veinte fanegas de maíz son un precio algo excesivo si lo ha de pagar un hombre que se encuentre en sus circunstancias. El comandante De Spain afirma que la alfombra costó cien dólares. El maíz cosechado en octubre tendrá un valor en torno a los cincuenta centavos. Considero que si el comandante De Spain es capaz de afrontar la pérdida de noventa y cinco dólares por algo que pagó en dinero contante y sonante, usted es capaz de afrontar una pérdida de cinco dólares que todavía no ha ganado. Le tengo a usted por causante de los perjuicios sufridos por el comandante De Spain y le condeno a pagar la cantidad de diez fanegas de maíz por encima de la cantidad estipulada en el contrato que a usted lo vincula con él, y que dicha cantidad se le abone en la época de la cosecha. Se aplaza la vista.

La verdad es que apenas había transcurrido el tiempo, la mañana casi ni siquiera había empezado. Pensó que iban a regresar a la casa y tal vez a la parcela, puesto que iban bastante atrasados, muy por detrás de otros agricultores en las faenas propias de la estación. Pero su padre en cambio pasó por detrás de la carreta,

indicando con un solo gesto de la mano que el hermano mayor lo siguiera, y cruzó la calle para ir a la herrería de enfrente, y él fue detrás de su padre, lo alcanzó y le habló dirigiéndose al semblante áspero, en calma, bajo el sombrero ajado por la intemperie:

—Tampoco se quedará con las diez fanegas. Ni siquiera con una se quedará. Ya verás... —hasta que su padre lo miró durante un instante, el rostro absolutamente en calma, las cejas boscosas y enmarañadas sobre los ojos fríos, la voz casi agradable, casi amable:

—¿A ti te lo parece? Bueno. De todos modos, habrá que esperar a octubre.

La cuestión de la carreta —había que reparar un par de radios y había que reforzar alguna de las llantas— tampoco llevó apenas tiempo; el asunto de las llantas se resolvió llevando la carreta a la fuente que había detrás de la herrería y dejándola allí mientras las mulas hociaban el agua de cuando en cuando y el chiquillo permanecía en el pescante con las riendas en la mano, mirando la rampa de ascenso y el túnel lleno de hollín del cobertizo, en el que resonaba el lento martillar del herrero, sentado su padre en un tocón de ciprés, charlando o escuchando, sentado aún cuando el chiquillo sacó la carreta empapada de la fuente y la detuvo ante la puerta.

—Llévate a las mulas a la sombra y las amarras —dijo su padre.

Él así lo hizo y regresó con él. Su padre, el herrero y un tercer hombre estaban acuclillados al otro lado de la puerta y hablaban de cosechas y animales; el chiquillo, acuclillado también sobre el polvo que desprendía un olor a amoníaco, entre los recortes de los cascotes al herrar y las escamas de herrumbre, oyó a su padre contar una larga historia, sin ninguna prisa, sobre los tiempos anteriores a que naciera el hermano mayor, antes incluso de la época en que fue tratante profesional de caballos. Y entonces su padre se acercó a donde estaba él sentado, bajo un andrajoso cartel que anunciaba el circo del año anterior, al otro lado del almacén, mirando embelesado los caballos de color escarlata, las increíbles poses y evoluciones de muslos y tules, las muecas pintarrajeadas de los payasos.

—Es hora de comer —le dijo.

Pero no había de ser en casa. Sentado junto a su hermano, contra la pared de la entrada, vio a su padre salir del almacén con una bolsa de papel y sacar de ella un trozo de queso que con ayuda de su navaja de bolsillo dividió con detenimiento,

con todo cuidado, en tres partes; después, sacó unas galletas saladas de la misma bolsa. Los tres tomaron asiento en el porche y comieron despacio, sin hablar de nada; de vuelta al almacén bebieron con una taza de peltre un agua tibia que olía a la madera de cedro del pozal y a los abedules. Y tampoco entonces emprendieron el camino de vuelta a la casa. Esta vez acudieron a un cercado donde había unos caballos, una cerca alta, a lo largo de la cual los hombres estaban o de pie o sentados, y por cuya cancela iban sacando uno a uno los caballos para que anduvieran primero al paso y luego al trote, y después con un trote largo por el camino, mientras se sucedían despacio los regateos y las compraventas y el sol comenzaba a caer sesgado por el oeste, atentos los tres a lo que estaba ocurriendo, el hermano mayor con los ojos enturbiados y la constante masticación con el tabaco en la boca, el padre comentando de cuando en cuando algún detalle sobre alguno de los animales, aunque sin dirigirse a nadie en particular.

Fue después de ponerse el sol cuando llegaron a la casa. Se tomaron la cena a la luz de un farol, y sentándose después en el quicio de la puerta el chiquillo contempló cómo llegaba la noche a su plenitud sin dejar de escuchar los trinos de los chotacabras y el croar de las ranas, cuando de pronto oyó la voz de su madre:

—¡Abner! ¡No! ¡No! Oh, Dios mío... Dios mío... ¡Abner! —y se puso en pie, se volvió en redondo y vio la luz alterada por la puerta, en donde el cabo de una vela ardía en el cuello de una botella, sobre la mesa, y su padre, todavía con la levita y el sombrero, a un tiempo serio y burlón, como si se hubiera vestido con todo esmero para la comisión de un acto de violencia tan torpe como ceremonial, vaciaba el resto del combustible del farol en la lata de queroseno, de cinco galones, con la cual lo había llenado, al tiempo que la madre le tiraba del brazo y él se cambió el farol de mano y la apartó de un empellón, no con maldad, no con encono, sólo con fuerza, contra la pared, donde fue a dar con las manos bien separadas para paliar el golpe y no perder el equilibrio, la boca abierta, en el rostro la misma expresión de desesperanza que había resonado en su hilillo de voz. Entonces su padre lo vio de pie en la puerta.

—Ve al establo y vuelve con esa lata de aceite con la que engrasamos la carreta —dijo. El chiquillo no se movió. Tardó unos segundos en sentirse capaz de hablar.

—¿Qué...? —gritó—. ¿Qué estás pens...?

—He dicho que vayas a buscar esa lata de aceite —dijo su padre—. Ahora mismo.

Y empezó a moverse, echó a correr, alejándose de la casa, hacia el establo: por puro hábito contraído desde antiguo, por la sangre que desde antiguo corría por sus venas y que nunca se le permitió elegir, la sangre que le fue legada *velis nolis*, y que durante tantos años había corrido (y a saber por dónde, cebándose a saber cómo y en qué ultrajes, salvajadas y lujurias) antes de llegar a él. «Podría seguir adelante —pensó—. Podría seguir corriendo y no dejar de correr y nunca más volver a mirar atrás y no verle la cara jamás. Sólo que no puedo. No puedo», ya con la lata oxidada en la mano, meneándose el líquido en su interior cuando volvió corriendo a la casa y entró, se encontró con el soniquete de los sollozos de su madre en la habitación de al lado, y entregó la lata a su padre.

—¿Y ni siquiera vas a mandar a un negro? —exclamó—. ¡Al menos la última vez mandaste a un negro!

Esta vez su padre no le soltó una bofetada. La mano llegó aún antes que aquella bofetada, la misma mano con la que había dejado la lata en la mesa con un cuidado casi exquisito, que en un visto y no visto voló de la lata hacia él, tan veloz que ni siquiera la siguió, sujetándolo por el pescuezo, por el cuello de la camisa, y poniéndolo de puntillas antes de que le viese dejar la lata, el rostro inclinado sobre él con una ferocidad helada, sin aliento, la voz fría, muerta, hablando por encima de él con el hermano mayor, que estaba apoyado sobre la mesa, mascando tabaco con ese curioso movimiento constante y lateral con que rumian las vacas:

—Vierte lo que hay en la lata grande y vámonos. Yo te alcanzo.

—Mejor sería atarlo a los pies de la cama —dijo el hermano.

—Haz lo que te he dicho —dijo el padre.

El chiquillo empezó a moverse entonces, la camisa arrugada y la mano dura y huesuda entre las paletillas, rozando el suelo con los pies al atravesar la habitación y entrar en la otra, pasando por delante de las hermanas que estaban sentadas con los muslos robustos y gruesos, y bien separados, en las dos sillas, frente al hogar donde se había enfriado la ceniza, y llegar a donde estaban la madre y la tía sentadas una junto a la otra, en la cama, la tía rodeando con ambos brazos los hombros de la madre.

—Sujétalo —dijo el padre. La tía hizo un gesto de sobresalto—. Tú no —dijo el padre—. Sujétalo tú, Lennie. Que no se mueva. Quiero que lo sujetes ahora mismo —su madre lo tomó por la muñeca—. No, así no. Tiene que estar mucho

mejor sujeto. Si se suelta, ¿no sabes lo que va a hacer? Seguro que va para allá —y señaló con un gesto de la cabeza la senda de la casa—. A lo mejor más me vale atarlo.

—Yo lo sujeto —susurró su madre.

—Pues que yo te vea hacerlo.

El padre desapareció acto seguido, la pierna envarada en la que cargaba todo su peso y más incluso en los tablones de la entrada, hasta que por fin cesó. Él comenzó a resistirse. Su madre lo cogió con ambos brazos mientras él se debatía y se resistía. Al final terminaría por ser más fuerte él, eso lo sabía de sobra, pero tampoco tenía tiempo que perder esperando al final.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡No me obligues a pegarte!

—Suéltalo —dijo la tía—. Si no va él, por Dios te juro que terminaré yendo yo.

—¿No ves que no puedo? —exclamó su madre—. ¡Sarty! ¡Sarty! ¡No! ¡No! ¡Ayúdame, Lizzie!

Y se soltó en ese momento. La tía lo sujetó en el último instante, pero ya era demasiado tarde. Se volvió en redondo, inició la carrera, su madre trastabilló y cayó de rodillas delante de él, gritando a la hermana más cercana de las dos:

—¡Píllalo, Net! ¡No dejes que se vaya!

Pero también eso llegó demasiado tarde, pues la hermana (las dos hermanas eran gemelas, habían nacido a la vez, aunque ninguna de las dos dio en ese momento la impresión de serlo, pues abarcaban tanta carne viviente, tanto volumen, tanto peso como cualesquiera otros dos miembros de la familia) ni siquiera había empezado a levantarse de la silla, la cabeza, la cara tan sólo vuelta hacia allá, atenta a él en ese fugaz instante de asombro y presentándole una asombrosa amplitud de rasgos de juventud y de mujerío, impertérritos ante cualquier sorpresa, con una expresión a lo sumo de interés bovino por lo que acontecía. Así salió de la habitación y salió de la casa, en medio del polvo y del calor escaso de la senda que iluminaban las estrellas, en la pesadumbre con que maduraba la madreselva, la pálida cinta del camino devanándose con terrible lentitud bajo sus pies veloces, hasta alcanzar por fin la cancela y entrar veloz, a todo correr, con el martilleo de la cabeza y de los pulmones, por la avenida que conducía a la casa iluminada, a la

puerta iluminada. No llamó, sino que entró de sopetón, jadeando y sin aliento, incapaz de decir nada; vio la cara del negro de la chaqueta de lino, sus rasgos en los que se pintaba el asombro, sin saber siquiera en qué momento había entrado el negro.

—¡De Spain! —gritó jadeando—. ¿Dónde es...? —y vio que el blanco salía al vestíbulo por una puerta blanca—. ¡El establo! —gritó—. ¡El establo!

—¿Cómo? —dijo el blanco—. ¿El establo?

—¡Sí! —exclamó el chiquillo—. ¡El establo!

—¡Atrápalo! —gritó el blanco.

Pero también esta vez fue demasiado tarde. El negro lo sujetó por la camisa, pero la manga entera, podrida de tantos lavados, se desprendió del todo y salió por la puerta y se encontró de nuevo en la avenida, y en realidad nunca dejó de correr, ni siquiera cuando se hartó de gritarle a la cara al blanco.

A su espalda oyó los gritos del blanco:

—¡Mi caballo! ¡Que me traigan el caballo! —y por un instante pensó en alcorzar por la parcela y saltar la cerca para salir a la senda, pero desconocía cómo era la parcela, desconocía si la cerca, con toda la maleza que se hubiese acumulado, podría tener una altura asequible, y no quiso correr el riesgo. Así pues, echó a correr por la avenida, oyendo el rugir constante de su sangre, de su respiración; llegó entonces a la senda, aunque no acertó a verla. Tampoco oyó nada: la yegua al galope lo alcanzó antes de que la oyese, y a pesar de todo mantuvo el rumbo de su carrera, como si la urgencia misma de su pena y su necesidad desbocadas en cualquier momento pudiera darle alas, esperando hasta el ultimísimo instante para hacerse a un lado y lanzarse a la cuneta, llena de zarzas, cuando el caballo pasó atronador a su lado y siguió de largo, silueteado durante un solo momento sobre las estrellas, el tranquilo cielo de comienzos del verano en plena noche, que antes incluso de que se desvanecieran del todo la forma del caballo y su jinete se manchó bruscamente, violentamente, hacia arriba: un rugido prolongado, arremolinado, increíble, insonoro, que tapó del todo las estrellas cuando él saltó de nuevo a la senda y echó a correr de nuevo, sabedor de que ya era demasiado tarde, si bien siguió corriendo, hasta después incluso de haber oído el disparo y, al cabo de un momento, otros dos disparos, deteniéndose entonces sin saber si había parado o no.

—¡Papá! ¡Papá! —gritó echando a correr de nuevo antes de saber si había

echado a correr o no, tropezando con algo, levantándose a duras penas, reanudando la carrera que no había interrumpido, mirando atrás, por encima del hombro, hacia el resplandor, corriendo como un poseso entre los árboles invisibles, entre jadeos, entre sollozos—. ¡Padre! ¡Padre!

A medianoche estaba sentado en la loma de un cerro. No supo que era medianoche y no supo hasta dónde había llegado. Pero ya no había ningún resplandor tras él, y se sentó de espaldas hacia aquello que había llamado su hogar desde cuatro días antes, la cara vuelta hacia la oscuridad del bosque en el que iba a adentrarse cuando recobrase el aliento, menudo, tembloroso en la fría oscuridad, abrazándose al resto de su camisa fina, podrida, la tristeza y la desesperanza ya sin ser terror ni miedo, sólo tristeza y desesperanza. «Padre. Mi padre», pensó.

—¡Era un valiente! —exclamó de pronto en voz alta, pero apenas poco más que un susurro—: ¡Era un valiente! ¡Estuvo en la guerra! ¡Estuvo con la caballería del coronel Sartoris! —sin saber que su padre había ido a aquella guerra en calidad de soldado particular, en el viejo y hermoso sentido que la palabra tenía en Europa, sin llevar uniforme, sin admitir autoridad ninguna, sin prestar lealtad a nadie, ni ejército ni bandera, yendo a la guerra como fue Mambrú, pues el botín nada significaba para él, así fuera arrancado al enemigo o suyo.

Las lentas constelaciones giraban según su curso. Había de amanecer y aún había de ascender el sol y tendría hambre. Pero eso sería al día siguiente, y en ese momento tan sólo tenía frío, y apretar a caminar sería buen remedio. Su respiración era más sosegada, y decidió ponerse en pie y seguir adelante, y descubrió entonces que se había dormido, porque supo que pronto iba a rayar el alba, ya casi terminada la noche. Lo supo por el trino de los chotacabras. Se les oía por doquier entre los árboles oscuros, abajo, constantes y sin flexiones y sin descanso, de manera que, al acercarse el instante en que cederían ante las aves diurnas, ya no había intervalos entre los trinos. Se puso en pie. Estaba entumecido, pero apretar a caminar sería buen remedio, como lo sería para el frío, y pronto habría de salir el sol. Bajó por la cuesta hacia la oscuridad del bosque dentro de la cual las voces líquidas y argentinas de las aves llamaban sin cesar al rápido y apremiante palpitar de la mañana en el corazón apremiante y coral de la noche de primavera que ya terminaba. No volvió la vista atrás.^[*]

Un tejado para la casa del Señor

Papá se levantó más de una hora antes de que fuese de día y agarró la mula y bajó hasta casa de Killegrew a pedirle prestado el escoplo y el mazo. Tendría que haber estado de vuelta, con todo, en tres cuartos de hora. Pero había salido el sol y ya había ordeñado yo a las vacas y les había echado el pienso y me estaba desayunando cuando él volvió, con la mula no sólo babeando espuma, sino a punto de derrengarse.

—La caza del zorro —dijo—. La dichosa caza del zorro, hay que ver. Un hombre de setenta años, con los dos pies metidos en la tumba, y una de las dos piernas hasta el corvejón, que va y se pasa la noche entera acucillado en el monte y haciendo como que de lejos oye las carreras de los demás en pos de un zorro que no acertaría a oír a menos que se plantasen justo en el mismo tronco en que estuviera sentado y se lo dijeran a gritos por la trompetilla. Anda, dame el desayuno —le dijo a mamá—. Whitfield está ahí plantado justo ahora mismo, a horcajadas del árbol que han talado para hacer tablones y tejas, con el reloj en la mano.

Y vaya si estaba. Pasamos de largo por delante de la iglesia y no sólo estaba aparcado el autobús del colegio que conducía Solon Quick, sino también la yegua vieja del reverendo Whitfield. Amarramos la mula a un retoño y colgamos la lonchera de una rama, y mientras papá llevaba el escoplo y el mazo y las cuñas de Killegrew y yo llevaba el hacha, bajamos hasta el árbol talado para hacer tablones o tejas, donde Solon y Homer Bookwright, con los escoplos y los mazos y las cuñas, se habían sentado en dos tocones, y Whitfield estaba allí plantado como un pasmarote, ya lo dijo papá, con la camisa almidonada, el sombrero negro, los pantalones negros, la corbata negra, con el reloj en la mano. Era un reloj de oro, y con el sol de la mañana parecía grande como un calabacín maduro.

—Llegas tarde —dijo.

Así que papá volvió a contar que el Viejo Killegrew se había pasado la noche entera liado con lo de la caza del zorro, y que no encontró en su casa a nadie que le prestara el escoplo, pues sólo estaban la señora Killegrew y la cocinera. Como es natural, la cocinera no quiso prestarle ninguna de las herramientas de Killegrew, y la señora Killegrew estaba aún más sorda que el Viejo Killegrew. Si uno entrase a

todo correr y le dijera que ardía la casa, se quedaría como estaba, en la mecedora, y diría que ya se lo parecía a ella, a menos que le diera por hartarse a pegar gritos a la cocinera para que soltase a los perros sin darte siquiera tiempo de abrir la boca.

—Podrías haber ido ayer a pedir prestado el escoplo —dijo Whitfield—. Sabes desde hace más de un mes que nos tienes prometido este día, un día en todo el verano, para poner el tejado nuevo en la casa del Señor.

—Pero si no llegamos ni con dos horas de retraso... —dijo papá—. Digo yo que el Señor podrá perdonárnoslo. Al Señor, además, el tiempo no le importa. Lo que le importa es la salvación.

Whitfield ni siquiera esperó a que papá terminase. A mí me pareció que de pronto era más alto aun cuando se dirigió a papá con voz atronadora, como una nube de tormenta que acabara de descargar.

—¡Al Señor no le interesa ni lo uno ni lo otro, hombre! ¿Cómo le iban a interesar, eh, si resulta que ya es dueño de las dos cosas? ¿Y por qué tendrá que andar de acá para allá tras las almas de los pobres hombres, de los miserables, de los que ni siquiera saben pedir a tiempo una herramienta para cambiar las tejas de Su iglesia? Eso a mí no me lo preguntes. A lo mejor es porque Él los ha creado. A lo mejor se dijo: «Yo los he creado, y no sé por qué. Pero como Yo los he creado, ¡por Dios bendito que me voy a remangar con tal de llevarlos a la gloria eterna, tanto si quieren como si no!».

Pero esto no vino al caso en ese momento, y a mí me parece que él se dio cuenta, tal como se daba cuenta de que no pasaría nada en absoluto mientras siguiera allí plantado. Así que se guardó el reloj en el chaleco e indicó a Solon y a Homer que se acercasen, y todos nos quitamos el sombrero, menos él, allí plantado de cara al sol, con los ojos cerrados, y las cejas como si fuesen una enorme oruga gris al borde de un precipicio.

—Señor —dijo—, haz que las tejas y tablones de este árbol salgan bien derechos, haz que se laminen fácil, que son para Ti y para Tu casa —y abrió los ojos y nos volvió a mirar, sobre todo a papá, y fue a desatar su yegua y montó despacio, envarado, como hacen los viejos, antes de ponerla al paso y marchar.

Papá dejó el escoplo y el mazo en el suelo, con las tres cuñas en fila, para empuñar el hacha.

—En fin, señores —dijo—, manos a la obra, que ya va siendo tarde.

—Para mí y para Homer no es tarde —dijo Solon—. Que por algo estábamos aquí esperando.

Esta vez, Homer y él no se sentaron en los tocones. Se acuclillaron. Vi entonces que Homer sacaba punta a un palo. Antes no me había dado cuenta.

—Creo que son dos horas, poco más o menos —dijo Solon.

Papá aún estaba medio agachado, con el hacha en la mano.

—Más bien será una —dijo—. Pero digamos que son dos, no vayamos a discutir. ¿Y qué?

—¿Discutir? ¿Por qué vamos a discutir? —dijo Homer.

—De acuerdo —dijo papá—. Sean dos horas. ¿Y qué?

—En total salen tres unidades por hombre y hora, multiplicado por dos horas —dijo Solon—. Es decir, un total de seis unidades de trabajo.

Cuando la Administración del Progreso de las Obras Públicas se instaló en el condado de Yoknapatawpha y comenzó a dar trabajo a la gente, y comida, y colchones, Solon fue a Jefferson a meter la cuchara en el lío. Todas las mañanas se ponía al volante del autobús del colegio y recorría las veintidós millas que había hasta la ciudad, y volvía de noche. Lo estuvo haciendo durante casi toda una semana antes de descubrir no sólo que iba a tener que poner su parcela a nombre de otro, sino que ni siquiera podría ser el dueño y conductor del autobús del colegio, que él mismo había construido. Así que aquella noche volvió y ya no se le ocurrió ir a meter la cuchara nunca más, y desde entonces a nadie se le ocurría ni hablar de la Administración del Progreso de las Obras Públicas delante de él, a no ser que pretendiera armar una trifulca, aunque a él de vez en cuando se le ocurrían esos cálculos, en horas de trabajo por hombre, como acababa de hacer en ese momento.

—Nos faltan seis unidades.

—Cuatro de las cuales ya las podíais haber trabajado Homer y tú mientras me estabais esperando mano sobre mano —dijo papá.

—Pero no lo hicimos —dijo Solon—. Prometimos a Whitfield dos unidades de doce horas de tres unidades cada una para poner las tejas nuevas en el tejado de la iglesia. Aquí estamos desde que amaneció, esperando a que aparezca la tercera

unidad. Por eso no podíamos empezar. Pero tú me parece que no tienes muy en cuenta estas ideas, estas moderneces sobre el trabajo, que han inundado y han enaltecido el campo en estos últimos años.

—Pero... ¿qué moderneces ni qué niño muerto? —dijo papá—. No sabía yo que hubiera más que una idea cuando es cosa de trabajo, y es que mientras no se acaba no está hecho, y cuando se acaba hecho está.

Homer sacó otra viruta alargada del palo que estaba afilando. La navaja cortaba más que una navaja de barbero.

Solon sacó la cajita del rape y llenó la tapa y se volcó el rape en el labio inferior y le pasó la cajita a Homer, que negó con un gesto, y Solon volvió a poner la tapa y se guardó la cajita en el bolsillo.

—Total —dijo papá—, que como tuve que esperar un par de horas a que un anciano de setenta años volviese de su dichosa caza del zorro, en la que no se le había perdido nada, y menos para pasar la noche en vela en el bosque, tal como tampoco se le habría perdido nada en un tugurio de carretera, nosotros tres vamos a tener que volver mañana a terminar lo que tú y Homer...

—Yo no —dijo Solon—. De Homer no sé nada. Yo a Whitfield le prometí un día. Y aquí estaba para ponerme manos a la obra cuando salió el sol. Cuando se ponga el sol, daré por supuesto que he terminado.

—Entiendo —dijo papá—, entiendo. Voy a tener que volver yo mañana. Por mi cuenta. Voy a tener que meterme una mañana entera entre pecho y espalda para compensar las dos horas que Homer y tú habéis pasado tumbados a la bartola. Voy a tener que echar mañana otras dos horas para compensar por las dos horas en las que ni Homer ni tú habéis dado un palo al agua.

—Va a ser cosa de meterse más de una mañana —dijo Solon—. Va a ser como echarla a perder. Quedan aún seis unidades. Seis unidades por hora y hombre. A lo mejor tú eres capaz de trabajar el doble que Homer y yo juntos para terminar con esto en cuatro horas, pero no creo que puedas trabajar el triple y terminar sólo en dos.

Papá se había puesto en pie. Jadeaba. Lo oíamos.

—Vaya —dijo—. Vaya —blandió el hacha e hincó la hoja en uno de los tajos, agarrándolo por el extremo plano, que estaba a punto de partirse—. Así que se me

va a penalizar con medio día de mi propio tiempo, del trabajo que ahora mismo me espera en casa, para que haga otras seis horas más que vosotros dos, y todo porque os han faltado dos horas que habéis pasado sin dar palo al agua, lisa y llanamente porque sólo soy un agricultor medio, que trabaja de firme y que intenta hacer las cosas lo mejor que puede, en vez de ser un millonario que encima es dueño de las herramientas y para colmo se apellida Quick o Bookwright.

Se pusieron entonces manos a la obra, cortando los tajos en tacos y partiendo los tacos en láminas con las que hacer las tejas, para que Tull y Snopes y todos los demás, los que habían prometido echar una mano al día siguiente, empezasen a clavar las tejas en el tejado de la iglesia en cuanto acabasen de arrancar las tejas viejas. Se sentaron en el suelo formando una especie de corro, con las piernas estiradas a cada lado del taco que habían puesto de pie, Solon y Homer a la ligera, como si tal cosa, con la facilidad de dos relojes que marcan las horas, mientras papá calzaba cada golpe de hacha como si quisiera asegurarse de haber matado a una serpiente de mocasín. Si diese con el mazo a la mitad de velocidad y con menos fuerza, habría sacado del taco tantas tejas como Solon y Homer juntos, levantando el mazo bien por encima de la cabeza y sujetándolo durante lo que a veces parecía un minuto entero antes de descargarlo en el escoplo, y sin que saliera disparada cada teja, puesto que el escoplo lo encajaba contra el suelo y lo metía hasta la mitad de la hoja, y papá faenaba despacio, tan despacio y tan fuerte como si quisiera encajar el escoplo en una raíz, o en una piedra, y que allí se quedase hincado.

—Venga, vamos —dijo Solon—. Si no vas con cuidado te vas a quedar sin nada que hacer durante esas seis unidades adicionales de trabajo. Nada, claro, que no sea descansar.

Papá ni siquiera levantó los ojos.

—Sal de ahí en medio —dijo.

Y Solon le hizo caso. Si no hubiese cambiado de sitio el pozal del agua, papá también lo habría partido en dos, seguro, encima de su taco, y esa vez toda la teja salió volando y pasó muy cerca de una de las canillas de Solon, como si fuera la hoja de una guadaña.

—Tú lo que tienes que hacer es contratar a alguien para que te haga el trabajo en las unidades adicionales —dijo Solon.

—¿Con qué? —dijo papá—. Yo no he tenido experiencia con la

Administración del Progreso de las Obras Públicas, y menos en cuestiones laborales. Anda, sal de ahí en medio.

Pero esta vez Solon ya se había apartado. Papá habría tenido que cambiar de posición por completo, o bien la siguiente lámina le habría salido curva. Así que ésa tampoco dio en Solon, y papá tardó en soltar el escoplo del taco, haciéndolo despacio, con fuerza, para sacarlo del suelo.

—A lo mejor alguna cosa más puedes hacer. No sólo con el dinero se comercia —dijo Solon—. Podrías aprovechar ese perro que tú sabes.

Ahí fue donde papá se paró del todo. Yo ni me di cuenta, pero lo entendí mucho antes que Solon. Papá se quedó parado con el mazo encima de la cabeza y la hoja del escoplo apoyada en el tajo, para desprender la siguiente lámina, mirando a Solon.

—¿El perro? —dijo.

Era una especie de perdiguero, un mestizo de mil razas, con algo de lebel y algo de collie y a lo mejor algo, no sé, una parte considerable de casi cualquier otra, pero que sabía ventear una presa por el bosque sin hacer ruido, como un fantasma, y daba con el rastro de una ardilla por el suelo y ladraba una sola vez, nada más, a no ser que supiera que estaba uno en donde podía verla bien, y entonces seguía el rastro como un hombre y no volvía a hacer ningún ruido hasta que la ardilla se encaramaba al árbol, y sólo entonces, cuando supiera que no había seguido uno el recorrido del animal con la vista, ladraba una vez. Era de papá y de Vernon Tull, lo tenían a medias. Will Varner se lo dio a Tull cuando era un cachorro, y papá lo crió porque sí; entre él y yo lo adiestramos, y el perro dormía en mi cama hasta que se hizo tan grande que mamá terminó por echarlo de la casa, y durante los últimos seis meses Solon se había empeñado en comprárselo. Ya se había puesto de acuerdo con Tull, a quien pagaría dos dólares por la mitad que le pertenecía, pero Solon y papá aún estaban a seis dólares de acordar el precio de nuestra mitad, porque papá decía que bien valía diez dólares, pagase quien pagase, y si Tull no pensaba quedarse con su mitad, él mismo la cobraría por él.

—Así que ésas tenemos —dijo papá—. Así que la cosa no está en unidades de trabajo, qué va. Está en unidades de perro.

—No era más que una sugerencia —dijo Solon—. Una oferta amistosa para evitar que estas tejas te echen a perder tus asuntos particulares mañana por la

mañana, durante seis horas. Tú me vendes tu parte de ese chucho grandullón y yo te termino las tejas encantado.

—Naturalmente, incluyendo seis unidades adicionales de un dólar cada una —dijo papá.

—No, no —dijo Solon—. Yo te pago los dos dólares por tu mitad del perro, lo mismo que hemos acordado Tull y yo por su mitad. Mañana por la mañana vienes aquí mismo con el perro y te puedes ir a casa, o a tus asuntos particulares más urgentes, y olvidarte del tejado de la iglesia.

Durante otros diez segundos papá se quedó como estaba, con el mazo en alto, mirando a Solon. Luego, durante tres segundos más ya no miraba a Solon ni a nada. Luego miró de nuevo a Solon. Fue como si exactamente al cabo de dos segundos y nueve décimas se diese cuenta de que no estaba mirando a Solon, así que volvió a mirarlo tan deprisa como pudo.

—Ja —dijo. Y se echó a reír. Fue una risa con todas las de la ley, porque se le quedó la boca abierta y aquello que salió de su boca sonó a risa. Pero no llegó a ir más allá de sus dientes y ni siquiera creo que le alcanzase a los ojos. Y tampoco esta vez dijo «Anda con cuidado». Cambió rápidamente de postura, un movimiento de cadera, y asestó un mazazo en el escoplo, que ya tenía clavado en el taco, y lo dejó hincado en el suelo cuando la teja salió volando hasta alcanzar a Solon en la canilla.

Entonces volvieron al tajo. Hasta ese momento supe distinguir los golpes que daba papá de los que daban Solon y Homer incluso vuelto de espaldas, no porque fuesen más sonoros, ni más secos, porque Solon y Homer también trabajaban de firme, y el escoplo no hacía un ruido especial al hincarse en el suelo, sino porque los golpes que ellos daban eran más infrecuentes; se oían cinco o seis golpecitos corteses, los que daban Solon o Homer, abriendo la veta del taco, antes de oír el golpe seco que daba papá en el escoplo —¡zac!— y darte cuenta de que otra teja había salido volando a saber adónde. Pero a partir de ese momento los golpes de papá empezaron a sonar tan livianos y veloces y corteses como los de Solon o los de Homer, y si acaso un poquitín más rápidos, amontonándose las tejas tan deprisa que ni tiempo me daba casi a ponerlas en una pila; iban a juntarse tejas más que de sobra para que Tull y los demás retecharan la iglesia al día siguiente, a mediodía, cuando oímos entonces la campana de la granja de Armstid y Solon dejó en el suelo el mazo y el escoplo y consultó su reloj. Y yo no estaba demasiado lejos, pero para el momento en que alcancé a papá ya tenía la mula desatada del retoño y ya se había montado. Y a lo mejor Solon y Homer creyeron que habían podido con papá, y a lo

mejor también yo lo pensé durante un minuto, aunque ojalá le hubiesen visto la cara. Alcanzó la lonchera de la rama y me la pasó a mí.

—Anda, ve a comer algo —dijo—. No me esperes. Mira que ese liante y sus unidades de trabajo... Si le da por preguntar adónde he ido, le dices que se me olvidó algo y que he ido a casa a buscarlo. Dile que he tenido que ir a por un par de cucharas para que comamos los dos. No, no le digas eso. Si se entera de que he ido a donde sea, en busca de algo que me hace falta, aunque sea un utensilio para comer, no se querrá creer que sólo he ido a casa, porque allí no tengo nada que no pueda pedir prestado —volvió la grupa de la mula y le hincó los talones en los flancos. Y la sujetó por las riendas—. Y cuando vuelva yo, igual da lo que yo diga, tú no prestes ninguna atención. Pase lo que pase, tú no digas nada. Ni se te ocurra abrir la boca. ¿Me has entendido?

Entonces se marchó y yo volví a donde estaban Solon y Homer, sentados ya en el estribo del autobús del colegio que tenía Solon, comiendo, y va y resulta que Solon dice exactamente lo que dijo papá que iba a decir.

—Su optimismo es de admirar, pero está en un error. Si lo que necesita es algo con lo que no pueda servirse de sus manos y sus pies, seguro que ha ido a otra parte, no a su casa.

Habíamos vuelto a las tejas cuando papá regresó en la mula y la amarró al retoño y vino y empuñó el hacha y metió la hoja en el tajo siguiente.

—En fin, señores —dijo—. He estado pensándolo. Sigo pensando que no es lo correcto, pero de momento no se me ha ocurrido qué hacer. Claro que alguien tendrá que compensar las dos horas durante las que ninguno de los dos disteis un palo al agua esta mañana, y como se da el caso de que los dos estáis contra mí, me parece que tendré que ser yo quien las compense. Pero es que mañana me espera trabajo en casa. El maíz me está llamando a gritos. O a lo mejor eso es mentira. A lo mejor todo es mentira, no me importa reconocer aquí en privado que entre los dos me ganáis de largo, pero a mí que me cuelguen: seré un perro si mañana me planto aquí y lo reconozco en público. Sea como sea, de perro no tengo un pelo. Así que haré un trato contigo, Solon. Te puedes quedar con el perro.

Solon miró a papá.

—No sé yo si ahora me apetece hacer el trato —dijo.

—Entiendo —dijo papá. El hacha aún estaba clavada en el tajo. Empezó a

moverla de arriba abajo para extraerla de la madera.

—Un momento —dijo Solon—. Deja en paz esa maldita hacha.

Pero papá sostuvo el hacha en alto, para descargarla sobre el tajo, mirando a Solon y esperando.

—Me quieres cambiar medio perro por medio día de trabajo —dijo Solon—. Tu mitad del perro por medio día de trabajo, y eso que todavía debes todas estas tejas.

—Y los dos dólares —dijo papá—. Es lo acordado entre Tull y tú. Te vendo la mitad del perro por dos dólares y tú vienes aquí mañana a terminar con las tejas. Los dos dólares me los das ahora, y mañana por la mañana te veo aquí mismo con el perro. Y entonces ya me enseñarás el recibo de Tull por su mitad del perro.

—Tull y yo ya estamos de acuerdo —dijo Solon.

—De acuerdo —dijo papá—. Pues entonces le pagas a Tull sus dos dólares y te traes mañana el recibo. No creo que sea mucha molestia.

—Tull mañana estará en la iglesia colocando las tejas —dijo Solon.

—De acuerdo —dijo papá—. Pues seguro que no es molestia que te extienda un recibo. Pásate por la iglesia cuando vengas. Tull no se apellida Grier, como yo. No tendrá necesidad de ir a ninguna parte a pedir prestada una palanqueta.

Así que Solon sacó la cartera y le pagó a papá los dos dólares y volvieron a ponerse manos a la obra. Y entonces pareció que sí que intentaban terminar a toda costa aquella tarde, no sólo Solon, sino también Homer, que era como si todo le diese lo mismo, y papá, que ya había cambiado la mitad de un perro para ahorrarse todo el trabajo que dijera Solon que iba a quedarse aún por terminar. Dejó de estar pendiente de ellos; tuvo que ir apilando todas las tejas.

Solon al cabo dejó el escoplo y el mazo.

—En fin, señores —dijo—. Yo no sé qué pensaréis, pero para mí que la jornada ha terminado.

—De acuerdo —dijo papá—. Eres tú quien decide cuándo lo dejamos, ya que las unidades de tajo que consideres que aún faltan para mañana te van a tocar todas

a ti.

—Eso es así —dijo Solon—. Y como resulta que voy a dar yo un día y medio de mi trabajo a la iglesia, y no sólo un día, que es lo que pensábamos al principio, digo yo que lo mejor será ir a casa a ocuparme un poco de mis quehaceres.

Recogió el escoplo, el mazo y el hacha, y fue a su autobús, y esperó a que Homer fuese con él.

—Mañana por la mañana vengo con el perro —dijo papá.

—Seguro —dijo Solon. Lo dijo como si se hubiese olvidado del perro, o como si ya no tuviera la menor importancia. Pero se quedó en donde estaba y miró durante un segundo a papá, lo miró fijamente—. Y con un documento que autorice la venta de la mitad del perro que pertenece a Tull. Ya lo dices tú, no será molestia ninguna conseguirlo.

Homer y él se montaron en el autobús y arrancó el motor. Imposible saber qué pasaba. Fue casi como si Solon quisiera darse prisa para que papá no pudiera tener ninguna excusa para hacer o no hacer nada.

—Siempre he tenido entendido que el rayo no ha de caer dos veces en el mismo sitio, y que por eso le llaman rayo. Así que a cualquiera le puede ocurrir, es un error comprensible que a uno le parta un rayo. El error que por lo visto he cometido yo es no haberme dado cuenta a tiempo de que estaba viendo una nube de tormenta. Mañana por la mañana te veo.

—Con el perro —dijo papá.

—Desde luego —dijo Solon, otra vez como si se le hubiese olvidado por completo—. Con el perro.

Homer y él se marcharon. Papá se levantó.

—¿Cómo? —dije—. ¿Cómo puede ser? ¿Le has cambiado tu mitad del perro de Tull por medio día de trabajo? ¿Cómo has podido...?

—Sí —dijo papá—. Sólo que antes ya le había cambiado a Tull medio día de trabajo, arrancando las tejas viejas del tejado mañana mismo, por la mitad de ese perro. Sólo que no vamos a esperar a mañana. Vamos a arrancar las tejas viejas esta misma noche, y sin más jaleo del que haga falta. Mañana no pienso hacer otra cosa

que mirar al señor Solon «Unidad de Trabajo» Quick empeñarse en conseguir un justificante de la venta por dos dólares, o por diez dólares, igual me da que me da lo mismo, que le autorice a ser dueño de la otra mitad de ese perro. Y lo haremos esta misma noche. No quiero que mañana cuando salga el sol se entere de que se le ha hecho tarde. Quiero que entonces se entere de que cuando se acostó esta noche ya era demasiado tarde.

Así que volvimos a casa y me ocupé yo de ordeñar y dar pienso a las vacas mientras papá bajaba a casa de Killegrew a devolver el escoplo y el mazo y a pedir prestada una palanqueta. Pero de todos los rincones del mundo y de todo lo que se puede hacer bajo el sol resultó que el Viejo Killegrew había ido a perder la palanqueta cuando se le cayó de una barca en un sitio con doce metros de fondo. Y papá dijo que había estado a punto de ir a ver a Solon para pedirle prestada la palanqueta, aunque fuera por pura justicia poética, sólo que Solon entonces se habría olido la tostada. Así que papá fue a ver a Armstid y le pidió prestada la suya y llegó a tiempo de cenar y limpiamos y llenamos el farol mientras mamá seguía sin entender qué se traía entre manos y por qué no podía esperar a la mañana.

La dejamos hablando por los codos, y eso que nos siguió hasta la cerca de la entrada, y volvimos a la iglesia esta vez a pie, con una cuerda y la palanqueta y un martillo para mí, con el farol aún apagado. Whitfield y Snopes estaban descargando una escalera del camión de Snopes cuando pasamos por delante de la iglesia al ir a casa antes de que se hiciera de noche, así que nos bastaría con colocarla pegada a la pared de la iglesia. Entonces papá subió al tejado con el farol y fue retirando las tejas viejas hasta que pudo colgar el farol dentro de la cubierta, desde donde le iluminaba las rendijas de las vigas, aunque no se alcanzaba a ver desde ningún sitio, a menos que uno pasara por la carretera, y a esas horas cualquiera ya nos habría oído. Subí yo con la cuerda y papá la pasó por debajo de la cubierta y la enlazó en una viga para atarnos luego los dos extremos alrededor de la cintura, y nos pusimos manos a la obra. De lleno. Las tejas viejas empezaron a caer a puñados, arrancándolas yo con el martillo de cabeza ganchuda y papá con la palanqueta, metiendo la barra entera bajo una hilera de tejas y, de una sola vez, apoyándose en la palanqueta con todo su peso, de un tirón o, caso de que la palanqueta se encontrase tan sólo un segundo con una resistencia inesperada, cargaba con toda el alma llevándose por delante el techo entero, como si fuese la tapadera de una caja sujeta con bisagras.

Eso es exactamente lo que hizo al final. Cargó todo su peso en la palanqueta, y esa vez encontró un buen punto de apoyo. No sólo se llevó las tejas de un buen trecho de tejado, sino que se llevó toda una sección de la cubierta, de forma que

cuando tiró para atrás arrancó toda la sección de la cubierta en la que se encontraba sujeto el farol, igual que se arranca una mazorca a medio madurar. El farol colgaba de un clavo. Ni siquiera se movió el clavo, pues arrancó el tablón de cubierta en el que estaba, de modo que fue como si durante un minuto entero viese yo el farol y la palanqueta, suspendidos en el aire, en medio del desorden de las tejas que flotaban sueltas, con el clavo vacío que asomaba por el asa del farol, antes de que todo aquello cayese de golpe al interior de la iglesia. Dio contra el suelo y rebotó en el acto. Volvió a dar contra el suelo, y esta vez la iglesia entera reventó en un pozo de fuego amarillo que saltó al mismo tiempo, papá y yo colgados del brocal de ese pozo con dos cuerdas.

No tengo ni idea de qué se hizo de la cuerda, no tengo ni idea de cómo salimos de semejante embrollo. No recuerdo que nos descolgásemos. Sólo recuerdo que papá daba alaridos detrás de mí y me iba empujando a mitad de la escalera según bajábamos, y que el resto de la escalera lo bajé a resultas de un empujón, aunque me sujetó por el pantalón de peto, y que entonces acabamos los dos en el suelo, corriendo a la par a por el barril del agua. Estaba de costado donde la fuente, y allí estaba Armstid; por casualidad salió de su parcela una hora antes y vio el farol en el tejado de la iglesia, y aquello no se le fue de la cabeza hasta que resolvió ir a ver qué estaba pasando, con tanta suerte que llegó a tiempo de ponerse a dar alaridos con papá, uno a cada lado del barril del agua. Y sigo creyendo que lo podríamos haber apagado. Papá se dio la vuelta y se acuclilló cargando todo su peso contra el barril y se lo echó al hombro y se puso en pie con el barril en alto, y eso que estaba casi lleno, y volvió a todo correr y dobló la esquina y subió los peldaños de la entrada de la iglesia y plantó un pie en el último escalón y dejó caer el barril, o quizás se le cayó y echó a rodar y lo dejó sin sentido.

Así que antes que nada tuvimos que sacarlo a rastras, y allí ya estaba mamá, y a la vez más o menos llegó la señora Armstid, y entre Armstid y yo echamos a correr con los dos pozales contra incendios hasta la fuente, y cuando volvimos había montones de gente, incluido Whitfield, todos con más pozales, e hicimos lo que pudimos, pero la fuente estaba a un centenar de metros y los diez pozales se habían vaciado y tardaron cinco minutos en estar de nuevo llenos, así que al final nos quedamos todos mirando y así vimos que papá había recuperado el conocimiento y tenía un gran corte en la cabeza y así vimos cómo ardía. La iglesia era vieja, de madera reseca, y estaba llena de imágenes de colorines que Whitfield había acumulado a lo largo de los años, más de cincuenta años, pues el farol había prendido justo en medio cuando reventó. Había un clavo un tanto especial en el que colgaba un viejo camisón que se ponía para cristianar. Yo lo miraba a todas horas durante el servicio en la iglesia y durante la catequesis de los domingos, y junto con

los demás chicos pasaba a veces por la iglesia sólo para echar un vistazo, porque para un chaval de diez años no era sólo una prenda de vestir, no era ni siquiera una armadura de hierro, sino que era el Arcángel San Miguel en persona, el que había peleado a brazo partido y había vencido al mal y lo había domeñado durante tanto tiempo que terminó por tener desprecio por los seres humanos, los seres humanos que volvían a pecar como los cerdos y los perros, el mismo desprecio que sin duda tuvo el arcángel.

Durante mucho tiempo aquello no ardía del todo, ni siquiera después de que todo lo demás se hubiese quemado. Lo vimos colgado en medio del fuego, no como si en sus tiempos hubiese visto demasiada agua para arder con facilidad, sino como si se hubiera empecinado en no quemarse, plantando batalla al demonio y a todas las huestes del infierno que desencadenó Res Grier al intentar imponerse a Solon Quick por el valor de medio perro. Pero al final también ardió, aunque no con premura, no todavía, sino de golpe, en una especie de rugido que ascendió y se extendió en medio de las estrellas y de los espacios más oscuros y más distantes. Y entonces no hubo nada más que papá, encharcado y aturdido, tendido en tierra, y todos los demás a su alrededor, y Whitfield como siempre con la camisa blanca y el sombrero negro y los pantalones negros, de pie con el sombrero puesto, como si durante demasiado tiempo se hubiera esforzado por salvar lo que en primer lugar no tendría que haberse creado, salvándolo de la condenación de la que ni siquiera quería escapar, molestarse en la necesidad de quitarse el sombrero en presencia de nadie. Nos miraba bajo el ala del sombrero; allí estábamos todos los que pertenecíamos a esa iglesia, todos los que nacían y se casaban y morían pasando por ella, y los Armstid y los Tull, y Bookwright y Quick y Snopes.

—Me equivoqué —dijo Whitfield—. Os dije que aquí nos íbamos a ver para retechar una iglesia. Y no: nos veremos aquí mañana para levantar una iglesia entera.

—Pues claro, tenemos que tener una iglesia —dijo papá—. Y la vamos a tener. Y la tendremos dentro de nada. Pero hay algunos que ya hemos dado un día o así de trabajo en lo que va de semana, a costa de nuestro propio trabajo. Lo cual es bueno y es de justicia, y aún daremos más y lo daremos de mil amores. Pero no creo que el Señor...

Whitfield no le dejó terminar. No se llegó a mover. Se limitó a seguir como estaba hasta que papá por fin se agotó de su propio impulso y terminó por callarse y siguió en donde estaba, sin mirar casi nada a mamá, antes de que Whitfield abriese la boca.

—Pero tú no —dijo Whitfield—. Tú eres un pirómano.

—¿Un pirómano? —dijo papá.

—Sí —dijo Whitfield—. Si hay tarea en la que puedas tomar parte sin llevar por doquiera inundaciones e incendios y destrucción y muerte a tu paso, adelante, no te prives. Pero ni una sola mano has de poner en esta nueva casa del Señor hasta que a todos nos demuestres que en ti se puede volver a confiar y que tienes el poder y la capacidad de un hombre —volvió a mirarnos de hito en hito—. Tull y Snopes y Armstid ya han prometido que estarán listos mañana. Entiendo que Quick tenía otro medio día que pensaba...

—Yo puedo dar otro día —dijo Snopes.

—Yo puedo dar el resto de la semana —dijo Homer.

—Yo tampoco tengo prisa —dijo Snopes.

—Pues para empezar es más que suficiente —dijo Whitfield—. Ahora ya es tarde. Vámonos todos a casa.

Fue el primero que se marchó. No se volvió a mirar ni una sola vez, ni a la iglesia ni a nosotros. Fue a donde había dejado su yegua vieja y se subió despacio y envarado y poderoso y se marchó, y también nos marchamos los demás, cada cual a lo suyo. Pero yo sí me volví a mirar. Todo era poco más que un cascarón, con un corazón rojo y a medias apagado, y unas veces lo odié y otras me dio miedo, y eso que debiera haberme dado por contento. Pero hubo algo que ni siquiera aquel incendio llegó a tocar. Quizás eso era todo lo que era: indestructibilidad, resistencia, el viejo que planeaba reconstruirla mientras los muros aún estaban heridos por el fuego, para luego como si tal cosa volver la espalda y largarse porque sabía que los hombres que nunca tuvieron nada que dar a la nueva iglesia, nada que no fuese el trabajo de sus manos, allí estarían al día siguiente en cuanto saliera el sol, e igual al día siguiente, y así durante todos los días que fuese preciso. Así que nada se había perdido, nada en absoluto; ninguna importancia podía tener el incendio, como no la tenía que hubiera desaparecido el viejo ropaje de cristianar que utilizaba Whitfield. Llegamos entonces a casa. Mamá se había marchado con tantas prisas que la lámpara se quedó encendida, y vimos a papá en donde estaba, en medio de un charco, chorreando, con un corte en el cogote, donde se le reventó el barril, con el agua mezclada con la sangre chorreándole hasta la cintura.

—Quítate esa ropa, que estás empapado —dijo mamá.

—No sé si sí o si no —dijo papá—. Se me ha notificado públicamente que no soy quién para tratar con esos blancos, así que públicamente notifico a los blancos y a los metodistas también que no son quiénes para tratar conmigo, y que el demonio se lleve al que vaya el último.

Pero mamá ni siquiera le hizo caso. Cuando volvió con una palangana llena de agua y una toalla y el frasco de linimento, papá ya se había puesto la camisa de dormir.

—Tampoco quiero nada de eso —dijo—. Si no valía la pena reventarme la cabeza, tampoco vale la pena ponerme un parche.

Pero ella no le hizo ningún caso tampoco en eso. Le lavó la cabeza y se la secó y le puso el vendaje y salió, y papá fue a acostarse.

—Pásame el rape, después sales y me dejas en paz —dijo.

Pero no me dio tiempo a hacerlo cuando volvió mamá. Le trajo un vaso de ponche caliente y se acercó a la cama, y papá volvió la cabeza y se quedó mirándolo.

—¿Qué es eso? —dijo.

Pero mamá nunca le llegó a contestar, y se sentó en la cama y soltó un suspiro largo y estremecido que oímos todos, y pasado un minuto tanteó con la mano buscando el ponche y se quedó con él en la mano, respirando hondo, antes de darle un buen sorbo.

—Por Dios que digo que si él y todos los demás juntos creen que me van a impedir arrimar el hombro en mi propia iglesia y trabajar en ella como el que más, mejor que sea otro quien lo intente —dio otro sorbo del ponche. Y luego dio un trago largo—. Pirómano —dijo—. Unidades de trabajo. Unidades de perro. Por Dios que... ¡vaya diíta que llevo!^[*]

Los altos^[4]

Pasaron por delante del oscuro edificio de la desmotadora de algodón. Vieron al cabo la casa con las luces encendidas y el otro coche, el coupé del médico, detenerse entonces a la entrada, y oyeron los aullidos y ladridos del sabueso.

—Ya hemos llegado —dijo el viejo, el ayudante del fiscal del distrito.

—¿Y ese otro coche? ¿De quién es? —preguntó el joven, el forastero, el inspector estatal de la oficina de reclutamiento obligatorio.

—Del doctor Schofield —dijo el ayudante del fiscal—. Cuando le llamé por teléfono para anunciar que veníamos, Lee McCallum me pidió que le dijera que acudiese cuanto antes.

—¿Me está diciendo que usted les avisó? —dijo el inspector—. ¿Les llamó por teléfono para decirles con antelación que yo iba a venir con una orden de detención contra esos dos insumisos? ¿Es así como cumple usted las órdenes del Gobierno de Estados Unidos?

El ayudante del fiscal era un hombre magro, limpio, que mascaba tabaco, que había nacido y había vivido toda la vida en el condado.

—Tenía entendido que era su intención detener a esos dos chicos, los McCallum, y llevarlos de vuelta a la ciudad —dijo.

—¡Pues claro que lo era! —dijo el inspector—. Y ahora usted les ha dado aviso, les ha dado una posibilidad de huir. Seguramente haga usted incurrir al estado en un gasto innecesario al tener que emplear al ejército en la persecución de los prófugos. ¿Ha olvidado usted que su juramento y lealtad le obligan a acatar la disciplina?

—No, no lo he olvidado —dijo el ayudante del fiscal—. Pero sepa usted que desde que salimos de Jefferson he intentado decirle algo que no debería usted olvidar. Mucho me temo, sin embargo, que harán falta todos estos McCallum para que se le grabe en la cabeza con toda claridad... Aparque tras el otro coche. Primero,

intentemos ver si está muy malherido el que dice estarlo, sea quien sea.

El inspector se detuvo detrás del otro coche, apagó el motor y desconectó los faros.

—Esta gente... —dijo, pero en el acto pensó: «Pero es que este viejo que ya chochea y que no para ni un momento de mascar tabaco en el fondo es uno de ellos, a pesar del orgullo y del honor de su cargo, lo cual bastaría para que fuese de otro modo». Así que no lo dijo en voz alta, y sacó la llave del contacto y salió del coche, y cerró la portezuela con llave y antes aún subió las ventanillas, pensando: «Estas gentes que no saben andarse sin mentiras y que ocultan la propiedad de tierras y casas y negocios para hacerse merecedores de puestos de trabajo de beneficencia,^[5] empleos con los que no tienen ninguna intención de cumplir su deber, amparándose en sus derechos constitucionales para no tener que trabajar, y que echan a perder el trabajo mismo con subterfugios transparentes y mezquinos, con tal de hacerse acreedores a un colchón gratis que luego piensan vender a quien sea, que prescindirían incluso del empleo si de ese modo pudieran recibir comida y alojamiento gratuitos en la ciudad, así fuese una ratonera de pordiosero, y que, siendo agricultores, declaran en falso sin ningún empacho, con tal de proveerse de préstamos para comprar simiente que luego no han de sembrar, y que a veces ni siquiera compran, y que reaccionan con ruidosos vituperios cuando encima se les sorprende in fraganti. Y cuando va y resulta que un Gobierno que tantas amenazas aguanta armado de paciencia les pide una sola cosa a cambio de tanta prodigalidad, una sola cosa, y es que anoten sus nombres en una lista de servicio selectivo, van y se niegan en redondo».

El viejo ayudante del fiscal había seguido adelante. El inspector lo siguió, atravesando una recia cancela, sin pintar, en un cercado de listones de madera, por un camino ancho, enladrillado, entre dos hileras de cedros viejos, desastrados, hacia la desordenada sucesión de dependencias, también sin pintar, de una casa de dos plantas en cuyo vestíbulo, abierto, relucía una suave luz de lámpara, y cuya planta baja, según percibió entonces el inspector, era de troncos sin desbastar.

Vio un salón que colmaba la luz de las lámparas más allá de una galería recia y sin pintar, que recorría toda la fachada de troncos, bajo la cual apareció el mismo perro que habían oído ladrar y aullar, un sabueso de gran tamaño, ruidoso, que se cuadró con las cuatro patas igualadas ante ellos, a punto de lanzar un bramido, hasta que una voz masculina le habló desde el interior de la casa. Siguió al ayudante del fiscal al subir las escaleras de la galería. Vio entonces al hombre de pie en la puerta, esperando a que se acercasen, un hombre de unos cuarenta y cinco, alto no,

pero sí robusto, con un rostro curtido, sosegado, con manos de jinete, que lo miró una sola vez, con sequedad y con dureza, y que no lo volvió a mirar, pues se dirigió al ayudante del fiscal.

—Qué tal, señor Gombault. Adelante, pase.

—Qué tal, Rafe —dijo el ayudante del fiscal—. ¿Quién es el herido?

—Buddy —dijo el otro—. Resbaló esta tarde y la muela le pilló la pierna.

—¿Es grave? —dijo el ayudante del fiscal.

—A mí me lo parece —dijo el otro—. Por eso mandamos llamar al médico en vez de llevar a Buddy a la ciudad. No hemos podido detener la sangría.

—Lo lamento —dijo el ayudante del fiscal—. Le presento al señor Pearson —una vez más, el inspector se encontró con que el otro lo miraba, los ojos castaños aquietados y corteses en el rostro curtido, la mano que le tendió fuerte, dura, aunque se la estrechase sin fuerza, con frialdad. El ayudante del fiscal seguía hablando—. De Jackson. De la oficina de reclutamiento —y acto seguido añadió, de manera que el inspector no apreciase el menor cambio en su tono de voz—: Tiene una orden de detención contra los muchachos.

El inspector no apreció el menor cambio en ninguna parte. La mano floja se retiró sin más del contacto con la suya, el rostro sosegado no dejó de mirar al ayudante del fiscal.

—¿Quiere decir que hemos declarado la guerra?

—No —dijo el ayudante del fiscal.

—Ésa no es la cuestión, señor McCallum —dijo el inspector—. Lo único que se les había exigido era que se inscribieran en el registro. Era muy probable que sus números no salieran esta vez. Según la ley de la media, era muy probable que no les tocara. Pero es que se han negado a inscribirse en el registro... o, en todo caso, no lo han hecho a su debido tiempo.

—Entiendo —dijo el otro. No estaba mirando al inspector. Éste no hubiera sabido a ciencia cierta si miraba al ayudante del fiscal, aunque sí le habló a él—. ¿Quiere ver a Buddy? El médico está con él.

—Espere —dijo el inspector—. Lamento mucho el accidente de su hermano, pero es que yo... —el ayudante del fiscal lo miró un instante contrayendo las cejas grises e hirsutas y uniéndolas, erizadas, con algo a la vez cortés e impaciente en la mirada, de modo que durante ese instante el inspector percibió en el viejo ayudante del fiscal la misma cualidad que había detectado en la breve mirada que le dedicó el otro. El inspector era un hombre de inteligencia superior a la media; empezaba a tener conciencia de que allí se cocía algo ligeramente distinto a lo que había contado con encontrar. Pero llevaba desde años antes trabajando en obras de beneficencia y amparo de los necesitados, a cargo del Estado, tratando casi en exclusiva con las gentes del campo, así que aún creía que conocía bien a los lugareños. Por eso miró al viejo ayudante del fiscal, pensando: «Sí, está hecho de la misma pasta que estas gentes a pesar del cargo, de la autoridad y la responsabilidad, lo cual tendría que bastar para que fuese de otro modo». Y volvió a pensar: «Estas gentes, estas gentes...»—. Tengo la intención de tomar el tren nocturno de regreso a Jackson —dijo—. Ya tengo hecha la reserva. Cúmplase la orden de detención y así podremos...

—Venga por aquí —dijo el ayudante del fiscal—. Vamos a tener tiempo de sobra.

Así pues, los siguió —otra cosa no pudo hacer— echando chispas y rebullendo por dentro, tratando de recuperar el dominio de sí mismo en el corto trecho del vestíbulo por el que cruzó, para así tener el dominio de la situación, porque se dio cuenta de que si fuese posible dominar la situación a él correspondería dominarla; que si se resolviese el expediente de su partida con los detenidos tendría que ser él, y no el viejo ayudante del fiscal, quien lo llevase a efecto. Había acertado en su suposición. El viejo funcionario, que ya chocheaba, no sólo era en el fondo uno más de aquellos lugareños, sino que aparentemente, para colmo, se había dejado corromper por completo y había retornado a su pereza de antaño, a su indignidad inherente, a su pereza inalterable, por el mero hecho de entrar en la casa. Así que siguió sus pasos por el corredor hasta llegar a un dormitorio, momento en el cual miró en derredor no sólo con asombro, sino también con algo muy semejante al espanto. La habitación era grande, de suelo pelado, sin pintar, y además de la cama constaba tan sólo de una silla o dos, y de alguna otra pieza de mobiliario antiguo. Sin embargo, al inspector le pareció tan llena de hombres tremendos, hechos en el mismo molde que el hombre que los había recibido en la casa, que las propias paredes parecían a punto de combarse. Y pese a todo no eran de gran tamaño, altos no eran, y no era vitalidad, ni era exuberancia, pues no hicieron ningún ruido, limitándose a mirarle en silencio allí donde se quedó, plantado en la puerta, con rostros que ostentaban el sello casi

idéntico del parentesco, un hombre delgado, frágil incluso, de cerca de setenta años, ligeramente más alto que los demás, un segundo también de cabellos canos, pero por lo demás idéntico al que los había recibido en la puerta, un tercero de la misma edad que el que los recibió, aunque con algo más de delicadeza en sus facciones y algo trágico y siniestro en esos mismos ojos oscuros; los dos jóvenes de ojos azules, absolutamente idénticos; por último, el hombre de ojos azules que ocupaba la cama, sobre el cual se inclinaba el médico, que podría haber sido cualquier médico de ciudad, con su atildado traje de ciudad, todos ellos vueltos con sosiego, en silencio, a mirarlos a él y al ayudante del fiscal en cuanto entraron. Y más allá del médico vio los pantalones rajados del hombre que ocupaba la cama y vio la pierna expuesta, sanguinolenta, destrozada, y se puso malo sólo de traspasar la puerta y quedar sujeto a las miradas inflexibles, sosegadas, calladas, mientras el ayudante del fiscal se dirigió al hombre que ocupaba la cama, que fumaba una pipa cuya cazoleta estaba hecha con una mazorca y, en la mesilla, una garrafa grande, anticuada, recubierta de mimbre, como la que había usado antaño el abuelo del inspector para guardar el whiskey.

—Bueno, Buddy —dijo el ayudante del fiscal—. Esto tiene mala pinta.

—Sí, y fue mi maldita culpa —dijo el hombre que ocupaba la cama—. Toda enterita ha sido mía. Stuart no dejó de advertirme: con el bastidor que estaba empleando para echar el grano en la muela...

—Eso es verdad —dijo el segundo en edad.

Los otros siguieron sin decir nada. Miraban constantemente y en silencio al inspector, hasta que el ayudante del fiscal se hizo a un lado.

—Éste es el señor Pearson. De Jackson. Tiene una orden de detención contra los chicos.

—¿Para qué? —dijo el hombre desde la cama.

—Para el asunto del reclutamiento, Buddy —dijo el ayudante del fiscal.

—Ahora no estamos en guerra —dijo el hombre desde la cama.

—No —dijo el ayudante del fiscal—. Es una ley nueva. No se han registrado.

—¿Y qué va a hacer con ellos?

—Es una orden de detención. Está firmada, Buddy.

—Eso significa que irán a la cárcel.

—Es una orden de detención —dijo el ayudante del fiscal. El inspector vio entonces que el hombre que ocupaba la cama lo miraba atentamente a la vez que fumaba su pipa.

—Ponme un poco más de whiskey, Jackson —dijo.

—No —dijo el médico—. Ya ha tomado demasiado.

—Ponme un poco más de whiskey, Jackson —dijo el hombre que ocupaba la cama. Siguió fumando su pipa y mirando al inspector—. ¿Y usted dice que viene de parte del Gobierno? —le dijo.

—Sí —dijo el inspector—. Tendrían que haberse registrado. Eso es todo lo que se les había exigido. No lo hicieron —calló de pronto, mientras los siete pares de ojos lo contemplaban y el hombre que ocupaba la cama seguía fumando.

—Hubiéramos seguido estando aquí —dijo el hombre de la cama—. No nos íbamos a largar pitando —volvió la cabeza. Los dos jóvenes estaban uno junto al otro a los pies de la cama.

—Anse, Lucius —dijo.

Al inspector le pareció que respondieron como si fueran uno solo.

—Sí, padre.

—Este caballero ha venido desde Jackson nada menos que para decirnos que el Gobierno os está esperando. Supongo que lo más rápido para alistarse será ir a Memphis. Id arriba y haced el equipaje.

El inspector se sobresaltó y dio un paso al frente.

—¡Un momento! —exclamó.

Pero Jackson, el viejo, le impidió seguir hablando.

—Un momento —dijo también, y en ese momento no miraban al inspector.

Estaban mirando al médico—. ¿Y qué hay de su pierna? —dijo Jackson.

—Mírala —dijo el médico—. Poco le ha faltado para amputársela. No hay tiempo que perder, y ahora no se le puede trasladar. Necesitaré que mi enfermera me ayude y necesitaré algo de éter, siempre y cuando no haya tomado ya tanto whiskey que no soporte la anestesia. Uno de ustedes puede ir a la ciudad en mi coche. Llamaré por teléfono...

—¿Éter? —dijo el viejo desde la cama—. ¿Para qué? Acaba de decir que está prácticamente segada. Podría afilar yo uno de los cuchillos de carnicero que tiene Jackson y acabar yo solito, sólo me hace falta un trago, o dos. Adelante. Acaba de una vez.

—No creo que pudiera resistir usted otro shock semejante —dijo el médico—. Lo que dice no lo dice usted. Lo dice el whiskey que ha bebido.

—Y un cuerno —dijo el otro—. Un día, en Francia, íbamos corriendo a través de un trigal cuando vi que la ametralladora barría el trigo sembrado, e intenté saltar la ráfaga como quien salta cuando alguien le sacude con una traviesa de una cerca a la altura de la cintura, aunque no lo conseguí. Me quedé tirado en tierra y cuando empezó a caer la noche aquello sí que dolía, sólo que más o menos entonces algo me dio en la parte de atrás del casco, ¡clang!, como cuando se pega un martillazo en un yunque, así que no me enteré de nada hasta que recuperé el conocimiento. Estábamos un montón de los nuestros apilados como los venados que se desuellan delante de un puesto médico de campaña, sólo que al médico le debió de llevar mucho, mucho tiempo examinarnos uno a uno, a todos, y para entonces aquello sí que dolía que no vea, doctor. Esto de aquí no me ha dolido de veras, lo que se dice dolor de consideración, desde que eché mano de la garrafa. Así que usted siga, doctor, y remate la faena. Si ayuda le hace falta, Stuart y Rafe le podrán echar una mano en lo que sea. Ponme un trago, Jackson.

Esta vez el médico levantó la garrafa y examinó el contenido del licor.

—Aquí falta ya más de un cuarto —dijo—. Si se ha ventilado un cuarto de whiskey desde las cuatro de la tarde, mucho dudo que pueda aguantar la anestesia. ¿Cree que podrá aguantar si termino ahora del todo?

—Sí, doctor. Remate la faena. La he arruinado, mejor será quitarla del todo.

El médico miró en derredor a todos los demás, los rostros idénticos que lo miraban.

—Si lo tuviera en la ciudad, en el hospital, con una enfermera que lo vigilase, seguramente esperaría a que se le pasara el efecto del primer shock y a que el whiskey dejara de hacerle efecto. Pero ahora no se le puede transportar y tampoco puedo detener la hemorragia, y aun cuando tuviera aquí éter o un anestésico local...

—Y un cuerno —dijo el hombre que ocupaba la cama—. No ha hecho Dios mejor anestésico local o general ni ha hecho mejor consuelo que eso que hay en la garrafa. Y la pierna no es de Jackson ni de Stuart ni de Rafe ni de Lee. Es mía. Esto es culpa mía; lo empecé yo, así que digo yo que lo puedo terminar cortándola como la quiera cortar.

Pero el médico aún estaba mirando a Jackson.

—En fin, señor McCallum —dijo—. Usted es el de mayor edad.

Pero fue Stuart quien respondió.

—Sí —dijo—. Termine de una vez. ¿Qué necesita? Supongo que agua caliente.

—Sí —dijo el médico—. Sábanas limpias. ¿Tenemos una mesa grande que se pueda traer aquí?

—La mesa de la cocina —dijo el hombre que los había recibido cuando llegaron—. Entre yo y los chicos...

—Un momento —dijo el hombre desde la cama—. Los chicos no van a tener tiempo de ayudar —los volvió a mirar—. Anse, Lucius —dijo. De nuevo le pareció al inspector que respondían como si fueran uno solo.

—Sí, padre.

—Este caballero de allá empieza a impacientarse. Más valdrá que os pongáis en camino. Ahora que lo pienso, no necesitáis equipaje. En un día o dos os darán los uniformes. Llevaos el camión. No habrá quien os lleve hasta Memphis y traiga el camión de vuelta, así que lo dejáis en la Compañía de Piensos Gayoso hasta que podamos mandar a alguien a recogerlo. Me gustaría que os alistarais en el viejo Sexto Regimiento de Infantería, que era el mío. Pero supongo que eso es demasiado esperar, así que os tendréis que conformar con estar en el regimiento al que os destinen. Seguramente no importará mucho. A mí el Gobierno me trató bien en mis

tiempos, y hará lo propio con vosotros ahora. Os alistáis en donde os digan, en donde os necesiten, y obedecéis a vuestros sargentos y oficiales hasta entender cómo tiene que ser un soldado. Obedecedles, pero no os olvidéis de quiénes sois, y no aceptéis nada de nadie. Ahora ya os podéis marchar.

—¡Espere! ¡Un momento! —dijo el inspector de nuevo a voz en grito; de nuevo dio un respingo y fue a ocupar el centro de la habitación—. ¡Protesto! Lamento mucho el accidente del señor McCallum. Lamento mucho todo esto. Pero esto ya no está en mis manos, como tampoco está en las suyas. La falta de que se les acusa, no haberse inscrito en el registro conforme dicta la ley, ha dado lugar a la correspondiente denuncia, y se ha emitido la correspondiente orden de detención. No es posible evadirse así como así. Es preciso completar el curso previsto de la acción legal antes de que se pueda dar ningún otro paso. Tendrían que haber pensado en esto cuando los chicos no acudieron a inscribirse. Si el señor Gombault se niega a dar cumplimiento a la orden, yo mismo me encargaré de que se cumpla y me llevaré conmigo a estos hombres a Jefferson para que respondan a la denuncia que se ha cursado. Y debo advertir al señor Gombault, debo avisarle de que se le convocará por despreciar la ley.

El ayudante del fiscal se dio la vuelta, las cejas boscosas de nuevo erizadas e hirsutas, y habló con el inspector como si fuera un niño.

—¿Usted aún no se ha dado cuenta de que ni usted ni yo iremos a ninguna parte durante un buen rato?

—¿Cómo? —exclamó el inspector. Miró los rostros graves que una vez más lo contemplaban con distanciamiento, con aire especulador—. ¿Esto es una amenaza? —exclamó.

—Oiga, aquí nadie le está haciendo lo que se dice ningún caso —dijo el ayudante del fiscal—. Ahora, cálese un rato, estese callado un rato y ya verá como no pasa nada y dentro de un rato podemos volver a la ciudad.

Y se volvió a detener y quedó quieto mientras los rostros graves y contemplativos de los demás lo libraron una vez más de esa mirada impersonal e insoportable, y vio a los dos jóvenes acercarse a la cama e inclinarse y besar uno por uno al padre, en la boca, y darse la vuelta como un solo hombre y salir de la habitación, pasando por delante de él sin mirarlo siquiera. Y sentado en el vestíbulo, a la luz de las lámparas, junto al viejo ayudante del fiscal, cerrada ya la puerta de la habitación, oyó arrancar el camión, lo oyó meter marcha atrás, doblar y salir por la

carretera, y oyó morir el ruido del motor a lo lejos, cesar, dejar la noche aquietada y calurosa —el veranillo indio en Mississippi— llena de los últimos y estrepitosos cantos de las cigarras del verano, como si también éstas, a su manera, estuvieran al tanto de la inminencia del frío, de la llegada próxima de la estación del frío y de la muerte.

—Me acuerdo del viejo Anse —dijo el ayudante del fiscal con placidez, con tono de conversador curtido, un tono como el que emplea un adulto al dirigirse a un niño que no conoce—. Lleva ya quince o dieciséis años muerto. Tenía unos dieciséis cuando estalló la antigua guerra, y fue a pie por todo el camino, hasta Virginia, para tomar parte en ella. Podría haberse alistado y haber combatido aquí mismo, en la puerta de su casa como quien dice, pero su madre era una Carter, así que a él no le iba a servir otra cosa que ir a pie hasta Virginia para combatir allí; fue a pie hasta una tierra que antes jamás había visto y se alistó en el ejército de Stonewall Jackson y fue hasta Chancellorsville, en donde los chicos de Carolina mataron a Jackson de un tiro, por pura equivocación, y así llegó hasta la mañana misma, ya en el 65, en que la caballería de Sheridan bloqueó la ruta que conducía de Appomatox al Valle, por donde podrían haber encontrado la salida ansiada. Y volvió a pie hasta Mississippi justo con lo que llevaba encima cuando marchó también a pie, y se casó a su regreso y construyó la planta baja de esta casa, esta planta hecha con troncos sin desbistar, en donde ahora nos encontramos, y empezó a tener hijos, Jackson y Stuart, y Raphael y Lee y Buddy.

»Buddy tardó en llegar al mundo, tanto tardó que tuvo tiempo de verse en la otra guerra, en Francia. Ya le ha oído contar lo que pasó allí. Con dos medallas se volvió, una norteamericana, la otra francesa, y no hay quien sepa aún cómo es que se las concedieron, qué es lo que hizo exactamente. No creo que llegara a contárselo a Jackson, ni a Stuart, ni a los demás. Apenas había tenido tiempo de regresar, con los números en el uniforme y las franjas que señalaban sus heridas en combate, y las dos medallas, cuando encontró a una chica, la encontró nada más llegar, y al cabo de un año nacieron los gemelos, la viva imagen del viejo Anse McCallum. Si el viejo Anse hubiera tenido unos setenta y cinco años menos, los tres podrían haber pasado por trillizos. Me acuerdo muy bien de los dos, dos criaturas exactamente iguales, como dos cervatillos sin cornamenta aún, que correteaban de acá para allá de día y de noche con una jauría de perros de caza hasta que tuvieron ya edad de echar una mano a Buddy y a Stuart y a Lee con la granja y la desmotadora de algodón, y a Rafe con los caballos y las mulas, cuando se dedicaba a la cría y al adiestramiento, y los llevaba a Memphis para venderlos allí, hasta hace unos tres o cuatro años, cuando fueron a estudiar para peritos agropecuarios durante un año, y a aprender más cosas sobre las vacas de raza Hereford.

»Eso fue después de que Buddy y los demás dejaran de cultivar algodón. De eso también me acuerdo. Fue cuando el Estado empezó a inmiscuirse, a entrometerse en el modo en que un hombre ha de cultivar sus propias tierras y recolectar el algodón. Se estabilizaron los precios, se dio uso a los excedentes de producción, se proporcionó a los agricultores consejo y ayuda, igual daba que los quisieran o no. Quizá se haya fijado usted en los chicos que están ahí mismo esta noche: es posible que le parezcan unos tipos más bien curiosos. Aquel primer año, cuando los agentes del condado se esforzaban por explicar a los agricultores en qué consistía el nuevo sistema, vino aquí el agente y trató de explicárselo a Buddy y a Lee y a Stuart, a explicarles cómo habían de reducir las cosechas, aun cuando el Estado pagaría a los agricultores la diferencia, de modo que en realidad iban a estar mejor así que si se empeñasen en sacar adelante los cultivos por sus propios medios.

»“Ah, vaya, pues muchas gracias”, dice Buddy. “Pero la verdad es que no necesitamos ayuda. Haremos con el algodón lo que hemos hecho siempre; si no sacamos una buena cosecha, no se apure, que será asunto nuestro y será nuestra pérdida, ya lo volveremos a intentar.”

»Así que no quisieron firmar ningún papel, ninguna tarjeta, nada. Siguieron a lo suyo y cultivaron el algodón como siempre habían hecho, como les había enseñado a hacer el viejo Anse; era como si no fuesen capaces de creer que el Estado tuviese la intención de ayudar a quien fuese, tanto si quisiera como si no, de creer que el Estado estaba resuelto a interferir con lo mucho o lo poco que cada quisque pudiera sacar en limpio trabajando como una mula en sus propias tierras, cosechando el algodón y luego desmotándolo en su propia desmotadora, como habían hecho siempre, y llevándolo cada quisque a la ciudad para venderlo a su manera, llevándoselo hasta Jefferson antes de descubrir que no era posible venderlo porque, en primer lugar, habían cultivado y desmotado demasiado, y, en segundo lugar, porque no tenían la tarjeta necesaria para vender la cantidad que les hubiera sido adjudicada. Así que se lo llevaron de vuelta a la granja. En la desmotadora no cabía todo lo que llevaron de vuelta, así que una parte hubo que ponerla bajo el establo donde tenía Rafe las mulas y el resto lo dejaron aquí mismo, en el vestíbulo, aquí donde estamos sentados, por donde tuvieron que pasar durante todo el invierno para acordarse, la próxima vez, de que no se les pasara el plazo de rellenar las tarjetas y firmar lo que fuera preciso firmar.

»Sólo que al año siguiente tampoco rellenaron ningún papel. Era como si no fuesen capaces de creerlo, como si aún creyesen en la libertad y en el derecho de cada cual a ganar o a perder según la capacidad de cada cual, según la firmeza y la

voluntad que pusiera en su trabajo, garantizado todo ello por un Gobierno que el viejo Anse una vez intentó partir en dos, por más que fracasara, y de buena fe reconoció que había fracasado y que además apencó con las consecuencias, y que ese mismo Gobierno además dio a Buddy una medalla y cuidó de él cuando estuvo lejos de su tierra, en tierra extraña, y además herido.

»Así que recolectaron aquella segunda cosecha. Y tampoco la pudieron vender a nadie, pues no tenían ni tuvieron nunca las tarjetas de adjudicación. Esta vez construyeron un cobertizo en especial para guardar todo el algodón, y recuerdo que en aquel segundo invierno Buddy vino una vez a la ciudad a ver al abogado Gavin Stevens. No para pedirle asesoría legal sobre cómo pleitear con el Gobierno, ni para ver de qué manera venderle a nadie el algodón, aun cuando tarjeta no tuviesen, sino sólo para ver de averiguar el porqué. “Yo estaba por la labor de ir adelante y firmar lo que fuese”, dice Buddy. “Si ésa había de ser la norma, pues adelante. Pero lo hablamos despacio, y Jackson no es agricultor, pero trató al padre durante mucho más tiempo que cualquiera de nosotros, y dijo que el padre hubiese dicho no, y a mí me da que al final hubiese tenido toda la razón.”

»Así que ya no siguieron cultivando algodón; algodón tenían de sobra, les iba a durar una temporada larga. Me parece que eran veintidós pacas de algodón en total. Fue entonces cuando se dedicaron a la cría de vacas de la raza Hereford, con lo que dedicaron los algodonaes del viejo Anse a pastos, porque eso es lo que él hubiese querido que hicieran si la única forma de cultivar algodón era hacer caso de lo que dijera el Gobierno sobre el cuánto se podía cultivar y el cuánto se podía vender, y el dónde, y el cuándo, y entonces pagarles encima por el trabajo que no habían hecho. Sólo que cuando ya no cultivaban algodón el joven agente del condado también se acercaba hasta aquí a medir la cosecha de los pastos, para poder pagarles también por eso. Aunque lo cierto es que nunca llegó a medir una sola cosecha de las que aquí se cultivaron. “Bienvenido, eche usted un ojo a lo que hacemos”, le dijo Buddy. “Pero no se le ocurra dibujarlo en su mapa.”

»“Pero si es que por esto podrían obtener un dinero”, les dice el joven. “El Gobierno está deseoso de pagarles por haber plantado todo esto.”

»“Nuestra intención es ganar un dinero con todo esto”, le dice Buddy. “Cuando no podamos ganar algo, ya probaremos con otra cosa. Pero no con nada del Gobierno. Eso se lo da usted a los que lo quieran recibir. Nosotros ya nos las apañaremos.”

»Y eso viene siendo todo. Las veintidós pacas de algodón, huérfanas las

veintidós, ahora están allí almacenadas, en el edificio de la desmotadora, porque allí ahora hay sitio de sobra, ya que no se usa para nada. Y los chicos crecieron y fueron un año a estudiar para peritos agropecuarios, y a aprender más cosas sobre las vacas de raza Hereford, y luego volvieron con todos los demás, con estos lugareños tan curiosos que viven aquí sin meterse en nada ni liarse con nadie, mientras el resto del mundo se iba llenando de bonitas luces de neón que lucían encendidas de noche y de día, de dinero fácil de ganar, rápido de ganar, dinero que se iba esparciendo por todas partes, de modo que cualquiera pudiera echar mano al menos de un puñado, y mientras todos los hombres tenían ya un automóvil nuevecito y reluciente, o bien lo habían usado y gastado y lo habían tirado, y les habían entregado uno nuevo a estrenar antes de terminar de pagar el primero que tuvieron, y por todas partes se echaba mano de todo lo que repartían al buen tuntún la Administración de Ajustes Agrarios y la Administración del Progreso de las Obras Públicas y otra docena de organizaciones con siglas de tres o cuatro letras, otras tantas razones para que nadie diese un palo al agua. Entonces va y resulta que llega esto del reclutamiento obligatorio, y resulta que estos lugareños tan curiosos no van a firmar la inscripción tampoco, y va y viene usted desde Jackson, nada menos, con su papel firmado y sellado y en orden, y acá que venimos los dos y de aquí a un rato ya volveremos a la ciudad. Cada cual se las apaña como puede, ¿no?

—Sí —dijo el inspector—. ¿Supone usted que ya podemos volvernos a la ciudad?

—No —dijo el ayudante del fiscal con el mismo tono afable—, todavía no. Pero de aquí a un rato sí podremos, no se apure. Claro está que perderá usted el tren. Pero ya tomará otro mañana.

Se puso en pie, aunque el inspector no había oído nada. El inspector lo vio marchar por el vestíbulo y abrir la puerta del dormitorio y cerrarla nada más entrar. El inspector permaneció sentado en silencio, aguzando el oído para captar los sonidos de la noche, atento a la puerta cerrada, hasta que llegó el momento en que se abrió y volvió el ayudante del fiscal, que traía algo en brazos, envuelto en una sábana embadurnada de sangre, llevándolo con gran cautela.

—Tenga —le dijo—. Sujétemelo un instante.

—Está lleno de sangre —dijo el inspector.

—Pues claro. ¿Y qué? —dijo el ayudante del fiscal—. Ya nos lavaremos cuando hayamos terminado —el inspector tomó el fardo y se quedó parado, con el

fardo en brazos, al tiempo que miraba al viejo ayudante del fiscal ir por el vestíbulo y desaparecer y regresar al cabo con un farol encendido y una pala—. Vamos, venga —dijo—. Ya no falta nada para que hayamos terminado.

El inspector lo siguió por la salida de la casa y así atravesaron el terreno, llevando en brazos con suma cautela el fardo ensangrentado, pesado, destrozado, en el que le pareció que aún acertaba a distinguir algo del calor de la vida, mientras el ayudante del fiscal caminaba a grandes zancadas por delante de él, el farol golpeándole la pierna, la sombra de sus zancadas enorme al abrirse y cerrarse en tizeretazos sucesivos sobre la tierra, su voz resonando aún por encima del hombro.

—Sí, señor. Un hombre se las apaña como buenamente puede y va y viene y ve un montón de cosas, un montón de tipos, lugareños, gente que se ha metido en un montón de situaciones distintas. Lo malo del caso es que hemos tomado por costumbre confundir las situaciones con las personas. Fíjese en usted, ahora mismo —dijo en el mismo tono afable, un tono de conversación llana—. Usted tiene las mejores intenciones. Usted ha venido y se ha terminado por liar con la maraña de las reglas, los reglamentos. Eso es lo malo que nos pasa. Hemos inventado, se lo digo yo, tantísimos alfabetos y tantas reglas y recetas que ya no atinamos a ver nada más; si lo que vemos no encaja en uno de los alfabetos, en una de las reglas, estamos perdidos. Hemos terminado por ser como esas criaturas que los médicos podrían haber creado en un laboratorio, criaturas que han aprendido a despojarse de los huesos y de las entrañas y pese a todo seguir vivas, mantenerse indefinidamente con vida, con vida acaso para siempre, sin siquiera saber que los huesos y las entrañas las han dejado atrás. Nos hemos despojado de la columna vertebral; hemos decidido poco más o menos que un hombre ya no tiene necesidad de columna vertebral; tener columna vertebral es una antigualla. Pero el surco en que estaba la columna vertebral sigue estando en donde siempre estuvo, y la columna vertebral también se ha mantenido con vida, y algún día volveremos a colocárnosla en su sitio. No sé bien del todo ni cuándo ni cuánta torsión hará falta para que lo entendamos y lo terminemos de aprender, pero será algún día.

Habían salido del terreno colindante a la casa. Subían por una cuesta; ante ellos, el inspector acertó a distinguir otro grupo de cedros, una pequeña arboleda, de algún modo formal, ordenada pese a lo desastrado de los árboles, recortados sobre el cielo estrellado. El ayudante del fiscal se internó entre ellos, se agachó y dejó el farol en tierra y, siguiéndole con el fardo en brazos, el inspector vio un rectángulo de tierra que cercaba un murete bajo de ladrillo. Vio allí dos tumbas, o las lápidas más bien, dos lajas de granito sin adornos, clavadas y derechas en tierra.

—El viejo Anse y su señora —dijo el ayudante del fiscal—. La mujer de Buddy quiso que la enterrasen con su familia. Calculo que aquí, a solas con los McCallum, se hubiera sentido más bien sola —permaneció en pie unos minutos, con el mentón apoyado en la mano; al inspector le pareció exactamente una vieja señora que tratase de decir el sitio idóneo para plantar un arbusto—. Tenían que ir de izquierda a derecha, empezando por Jackson. Pero después de que nacieran los chicos, Jackson y Stuart habían de venir aquí, junto a su padre y su madre, así que Buddy se podría ir un poco más allá y hacer sitio. Así que calculo que por aquí irá bien —acercó el farol y empuñó una pala. Vio entonces que el inspector aún tenía el fardo en brazos—. Déjelo en el suelo —dijo—. No tardaré en abrir la fosa.

—Ya lo sujeto yo —dijo el inspector.

—Tonterías. Déjelo en el suelo —dijo el ayudante del fiscal—. A Buddy no le importaría.

Así pues, el inspector dejó el fardo sobre el cercado de ladrillo y el ayudante del fiscal comenzó a cavar con destreza, con rapidez, sin dejar de charlar con su voz animada, inagotable.

—Sí, señor. Nos hemos olvidado de los lugareños, de la gente. La vida se ha abaratado a más no poder, se lo digo yo, pero de barata la vida no tiene un pelo. La vida posee un valor inmenso. No me refiero a ese ir pasando de un cheque de la Administración de Ajustes Agrarios al siguiente que llegue, sino al honor y al orgullo y a la disciplina que bastan para que un hombre sea digno de preservación, para que posea algún valor. Eso es lo que hemos de aprender de nuevo. Puede que cueste lo suyo, que cueste incluso mucho, que nos vuelvan a enseñar todo eso; puede que fuese la caminata hasta Virginia, porque de allí es de donde era su madre, y el perder una guerra y volver desde allá también a pie, puede que eso fuera lo que le enseñó al viejo Anse. Sea como fuere, parece que él sí lo supo aprender, y tan bien lo aprendió que se lo dejó en herencia a sus hijos. ¿Se ha dado usted cuenta de que todo lo que tuvo que hacer Buddy fue decir a sus hijos que era hora de marcharse, porque el Gobierno les había mandado aviso? ¿Se ha fijado cómo le dijeron ellos adiós? Hombres hechos y derechos que se dan un beso sin nada que ocultar, sin vergüenza ninguna. A lo mejor es justamente eso lo que intento decir... Ea —dijo—. Así va bien.

Se movió con velocidad, con agilidad; antes de que el inspector pudiera desperezarse, había levantado el fardo sobre el hueco de la estrecha fosa que abrió y ya lo cubría, lo cubría a la misma velocidad que lo había cavado, para alisar

enseguida la tierra rascándola con la pala. Se irguió entonces y elevó el farol: un hombre alto, magro, que respiraba sin alterarse, con ligereza.

—Yo calculo que ya nos podemos volver a la ciudad —dijo.^[*]

La cacería del oso

Esto es Ratliff quien lo cuenta. Es un vendedor de máquinas de coser; hubo un tiempo en que viajaba por todo el condado en una carreta ligera, robusta, con un tiro de dos caballos recios, flacos, desaparejados; ahora usa un Ford T, en el que también lleva la máquina de muestra en una caja de hojalata, en la trasera, dentro de una funda que tiene forma de caseta de perro y va pintada de tal modo que recuerda una casa.

A Ratliff se le suele ver en cualquier parte sin que a nadie sorprenda: es el único hombre que está presente en las tómbolas para recaudar fondos, en las reuniones de costura de las mujeres; se le ve andar a su antojo entre hombres y mujeres en las congregaciones de los coros que duran un día entero, en las iglesias del medio rural, y se le oye además cantar con una agradable voz de barítono. Estuvo incluso en este campamento de la cacería del oso del que habla ahora, el campamento anual de caza que organiza el comandante De Spain en la llanura aluvial, a unas veinte millas de la ciudad, por más que allí no hubiera nadie a quien de ninguna manera le hubiera sido posible encasquetar una máquina de coser, toda vez que la señora de De Spain sin duda ya era dueña de una, a no ser que se la hubiese regalado a una de sus hijas casadas, puesto que el otro hombre —el hombre llamado Lucius Provine—, con el que se lió en virulento perjuicio de su propia cara y de otros integrantes de la partida de caza, nunca hubiera estado en condiciones de comprarle una para su esposa, ni siquiera queriendo, a menos que Ratliff se la vendiese a plazos y dándole un margen indefinido.

Provine también es nativo del condado. Pero ahora ya tiene cuarenta años, y ha perdido la mayor parte de los dientes y las muelas, y años han pasado desde que, con su hermano muerto y con otro coetáneo también muerto y olvidado, que atendía por el nombre de Jack Bonds, formase la famosa banda de Provine, que aterrorizó nuestra sosegada localidad a la manera, tan poco imaginativa, de los jóvenes asilvestrados que se ponían a disparar las pistolas en la plaza los sábados por la noche, a altas horas, o a abrirse paso con los caballos al galope por las callejas llenas de histéricas señoras que acudían a la iglesia los domingos por la mañana. Los ciudadanos más jóvenes no le conocen de nada, saben a lo sumo que es un hombre alto, al parecer fuerte, sano, que haraganea con aire meditabundo y saturnino allí donde se le permite pasar el rato sin hacer nada, sin que nunca lo

acepte exactamente ninguno de los grupos, y que no hace además el menor esfuerzo por garantizar el sustento de su esposa y de sus tres hijos.

Hay otros hombres entre nosotros cuyas familias pasan necesidades, hombres que tal vez tampoco iban a ponerse a trabajar de ninguna manera, pero que ahora, desde hace ya unos cuantos años, no encuentran trabajo. Todos ellos adquieren y conservan cierta respetabilidad actuando en calidad de agentes de venta de los fabricantes de artículos de necesidad más bien secundaria, como son el jabón y los accesorios de aseo para hombres, o los utensilios de cocina, y a los que se ve de continuo por la plaza y por las calles adyacentes, acompañados siempre por un pequeño maletín negro en el que llevan las muestras. Un día, con gran sorpresa para todos nosotros, Provine también apareció con uno de esos maletines, aunque en menos de una semana los agentes del municipio descubrieron que llevaba whiskey en botellas de medio litro. A saber cómo, el comandante De Spain logró sacarlo del atolladero,^[6] tal como era el comandante De Spain quien sustentaba a su familia estirando al máximo el dinero que mal que bien ganaba la señora Provine con sus labores de costura y similares, acaso en un gesto a la romana de saludo y despedida de aquella figura destacada que fue Provine antes de que el tiempo le zurrase y se lo llevara por delante.

Y es que hay entre nosotros hombres de mayor edad que recuerdan a aquel matón que era Provine —se da el caso de que además ha perdido, a saber cómo, en algún vericuetto de su desaliñado historial, la sabrosa temeridad de su sobrenombre, «el Matón»— veinte años atrás; recuerdan a aquel jovenzано que no tenía el menor sentido del humor, aunque sí era dueño de un irresistible, inexpresado afán de seguir respirando, que tiempo atrás parece que se hubiera extinguido en él, en el mismo que llevó a cabo con espléndido frenesí, que tal vez fuese debido más que nada al alcohol, algunas hazañas espontáneas e insultantes, una de las cuales fue la merienda campestre con los negros. La merienda tuvo lugar en una iglesia para negros que estaba a no mucha distancia de nuestro pueblo. En plena merienda, los dos Provine y Jack Bonds, que regresaban de un baile en el campo, aparecieron a caballo con las pistolas desenfundadas y unos cigarros puros recién encendidos, y tomando a todos los negros uno por uno les aplicaron la brasa del cigarro en aquellos populares cuellos duros, de celuloide, que se gastaban en la época, dejando a cada una de las víctimas marcada con un brusco, tenue e indoloro anillo carbonizado. De éste es del que ahora habla Ratliff.

Pero hay una cosa más que conviene tomar buena nota aquí para terminar de armar el escenario en el que intervendrá Ratliff. Cinco millas más allá del río, contando a partir del campamento del comandante De Spain, y en una zona aún

más silvestre, en la jungla de cañaverales que crecía a la orilla del río, entre los gomeros y los robles de agua, existe un montículo de enterramiento de los indios. Aborígen, cobra una altitud notable y resulta honda y oscuramente enigmático, por ser la única elevación de esa clase que hay en la llanura aluvial por la que entorpece toda penetración la espesura de la vegetación. Para algunos de nosotros, aun cuando fuésemos niños y descendiésemos de familias leídas y escritas, de gente del pueblo y de la ciudad, encerraba connotaciones de sangre violenta, de salvaje y súbita destrucción, como si los alaridos de guerra y las hachas que asociábamos con los indios gracias a las ocultas, secretas noveluchas de medio pelo que nos pasábamos los unos a los otros, no fueran sino manifestaciones triviales y pasajeras de ese poder siniestro que aún habitaba o acechaba por aquellos pagos, tenebroso, algo sardónico, como una bestia oscura y sin nombre que se hubiese adormilado perezosa y con las fauces ensangrentadas, todo ello debido acaso al hecho de que un remanente del que fuese otrora poderoso clan de la tribu de los chickasaw aún vivía allí mismo, acogido a la protección del Gobierno. Ya todos tenían nombres americanos y vivían tal como vivían a su vez los escasos pobladores blancos que los rodeaban.

Pero no los veíamos nunca, puesto que nunca venían al pueblo, ya que tenían su propio poblado e incluso un colmado en donde se vendía de todo. Cuando nos fuimos haciendo mayores caímos en la cuenta de que no eran ni más salvajes ni más analfabetos que la población blanca, y que seguramente su mayor alejamiento de la norma —y esto, en nuestro país, no es desviación muy digna de nota— era el hecho de que fuesen algo más que simples sospechosos de destilar whiskey casero en las ciénagas cercanas al río. Con todo, para nosotros, de niños, eran más bien seres de fábula, y sus vidas recluidas en las ciénagas eran inseparables de la vida de aquel tenebroso montículo de los indios, que algunos ni siquiera habíamos visto jamás, por más que todos hubiésemos oído de su existencia, como si ellos fuesen, por designio de las potencias tenebrosas, los guardianes del túmulo.

Como ya digo, algunos nunca habíamos visto el montículo de los indios, aunque todos teníamos noticia de su existencia, y todos hablábamos de él como suelen hablar los chicos. Formaba tan gran parte de nuestra vida y nuestro trasfondo como la tierra misma, como la guerra de Secesión perdida y la marcha del general Sherman,^[7] o como el hecho de que hubiera entre nosotros negros que vivían en competencia económica y que llevaban los mismos apellidos que nosotros,^[8] sólo que eran algo más inmediato, más poderoso, más vivo. Cuando yo tenía quince años, junto con un compañero, y por una apuesta, por ver quién era el valiente, fuimos al montículo de los indios un día a la puesta de sol. Vimos a algunos de los indios por vez primera; nos dieron ellos indicaciones y llegamos a lo

alto del montículo cuando se ponía el sol. Habíamos llevado útiles de acampada, pero no hicimos una fogata. Ni siquiera nos preparamos dónde dormir. Estuvimos sentados los dos, uno junto al otro, en el montículo de los indios, hasta que hubo luz suficiente para encontrar el camino de regreso. No hablamos. Cuando nos miramos uno al otro con la grisácea luz del alba, teníamos los dos la cara también grisácea, callada, seria, muy seria. Cuando llegamos al pueblo tampoco nos dijimos nada. Nos despedimos y cada cual se fue a su casa y se metió en la cama. Eso era lo que pensábamos o sentíamos sobre el montículo de los indios. Éramos niños, es cierto, pero éramos descendientes de aquellos que leían y escribían y que debieran haber estado por encima de toda superstición y ser impermeables a un temor irreflexivo.

Ahora es Ratliff quien cuenta lo de Lucius Provine y su ataque de hipo.

Cuando volví al pueblo, el primer tío al que me encuentro va y me dice:

—¿Qué te ha pasado en la cara, Ratliff? ¿Es que De Spain se ha servido de ti en vez de azuzar a sus perros para cazar al oso?

—Qué va, chicos —le digo—. Ha sido un puma.

—¿Y qué pretendías hacer con un puma, Ratliff? —dice uno.

—Chicos —le digo—, a mí que me cuelguen si lo sé.

Y era verdad. Pasó un buen rato, cuando por fin me arrancaron de encima a Luke Provine, hasta que por fin me pude enterar. Y es que nunca llegué a saber quién era el viejo Ash, tal como tampoco lo llegó a saber Luke. A lo sumo supe que era el negro del comandante, que echaba una mano con las cosas del campamento. Todo lo que llegué a saber, cuando empezó todo el lío, era que mi intención, o lo que me propuse hacer, fue ayudar a Luke, eso seguro, o a lo mejor al principio sí me propuse pasar un buen rato sin hacerle ningún daño, e incluso a lo mejor pensé en hacerle un favorcito al sacarlo, al sacar a Luke, fuera del campamento, porque... pero sólo quise sacarlo de allí un rato. Y entonces va y resulta que a eso de la medianoche aparece un tío corriendo a tontas y a locas, como un poseso, y llega desde el bosque más asustado que un ciervo acosado por la jauría, y aparece a todo correr en donde se estaba montando la partida de póquer, así que le digo:

—Vaya, contento tendrías que estar. Has huido sano y salvo, te los has quitado de encima.

Y él se para en seco y me lanza una mirada fulminante, de pavor y de

asombro; ni siquiera se había enterado de que ya no lo perseguían; y a tontas y a locas va y se lanza a por mí como un granero que se derrumba.

Así acabó, de golpe y porrazo, la partida de póquer. Tres o cuatro fueron necesarios para quitármelo de encima, mientras el comandante se revolvió en su silla con un trío de treses en la mano y aporreando la mesa y despotricando y soltando maldiciones. Claro que gran parte de la ayuda que me prestaron no fue otra que pisotearme la cara y las manos y los pies. Fue como un incendio: son los tíos de la manga de agua los que causan la mayor parte de los destrozos.

—¿Qué infierno condenado significa todo esto? —vocifera el comandante mientras tres o cuatro tíos sujetan a Luke, que se ha echado a llorar como un bebé.

—¡Él me los ha echado encima! —dice Luke—. ¡Es él quien me mandó allá arriba, y lo voy a despanzurrar!

—¿Que te ha mandado dices? ¿Y adónde te ha mandado? —dice el comandante.

—¡A los indios! —dice Luke llorando sin parar. Acto seguido intentó lanzarse de nuevo a por mí, sacudiendo a los tíos que lo estaban sujetando por los brazos como si fuesen muñecos de trapo, hasta que el comandante lo calló en seco a fuerza de improperios y maldiciones. Sigue estando hecho un hombre. No os dejéis engañar ninguno cuando diga que ya no tiene fuerzas para trabajar como antes. A lo mejor es porque nunca le ha dado por llevar de paseo su fuerza y lucirla en uno de esos bolsos negros que van llenos de tirantes rosa y de jabón de afeitar. El comandante me preguntó entonces a qué se debía todo aquel follón, así que le conté que yo sólo quise echarle una mano a Luke para que se le curase el hipo de una vez por todas.

A mí que me cuelguen si no sentí verdadera lástima de lo que le pasaba. Resulta que yo por un casual pasé por allí, así que se me ocurrió que podía acercarme a hacerles una visitilla y ver qué tal se les iba dando la caza, si hubo suerte o no, y me acerqué con la puesta del sol, y el primer tío al que me encuentro resulta que es Luke. No me extrañó, puesto que ésa era por lo común la reunión más concurrida, sólo de hombres, en todo el condado, y eso por no hablar de las comilonas y del whiskey gratis, así que voy y le digo:

—Caramba, qué sorpresa.

A lo que va y dice él:

—¡Hip... oh! ¡Hip... oh! ¡Hic... oh! ¡Hic... oh! ¡Dios!

Tenía hipo desde las nueve de la noche anterior; no había parado de darle al jarro cada vez que el comandante le ofrecía un trago, además de todas las veces en que pudo echarle el guante sin que el viejo Ash lo viese; dos días antes, el comandante había cazado un oso, y digo yo que Luke ya se había zampado más chuletas grasas de oso bien cebado de zarigüeyas, por no decir nada de toda la carne de venado que habrían comido, añadiendo de paso a lo mejor algún mapache y alguna ardilla para dar sabor a la salsa, más de lo que se hubiera podido llevar en una carreta. Y allá que estaba, al menos a tres hipidos por minuto, como una de esas bombas de relojería, sólo que era carne de oso y whiskey lo que llevaba entre pecho y espalda, por lo que no estaba en su mano explotar para librarse de semejante penuria.

Me contaron que ya les había dado la noche a todos, que apenas ni uno solo fue capaz de pegar ojo, y que el comandante se levantó con un enfado que no veas, y que se largó con la escopeta y con Ash para que se encargase de los dos perros, y que Luke los siguió supongo que por pura penuria, digo yo, puesto que no había podido dormir más que ninguno de los otros, y que iba pegado al comandante y que no paraba de decir:

—¡Hip... oh! ¡Hip... oh! ¡Hic... oh! ¡Hic... oh! ¡Ay, Señor! —y así hasta que el comandante se vuelve a él y le dice:

—Tú vete ya mismo al infierno con aquellos de las escopetas que han ido a los puestos del ciervo. ¿Cómo leches cuentas con que siga yo el rastro de un oso o que oiga a los perros cuando lo azucen, eh? Tal como vas, igual me daría ir montado en una motocicleta.

Así que Luke regresó a donde estaban los de las escopetas en los puestos del ciervo, situados a lo largo de un terraplén de contención hecho con troncos. Digo yo que más que ir para allá se debió de apagar por el camino, como la motocicleta que había traído el comandante a colación. Ni siquiera se propuso guardar silencio. Me parece que se daba cuenta de que no serviría de nada. Tampoco quiso mantenerse en campo abierto, alejado del bosque. Para mí que seguramente pensó que cualquier idiota sabría sólo con oírlo que por allí no había ni rastro de ciervo alguno. No. Me parece que era tanta su penuria para entonces que sólo pudo albergar la esperanza de que alguien le pegara un tiro. Pero no, nadie, nunca, así que va y llega al primer puesto, donde estaba el tío Ike McCaslin, y se acomodó en un tronco, detrás del tío Ike, con los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos, y

dale que te pego:

—¡Hip... oh! ¡Hip... oh! ¡Hip... oh! ¡Hip... oh! —hasta que el tío se vuelve y le dice:

—Así se te lleven los perros del infierno, muchacho. Anda, larga de aquí. ¿Tú te crees que hay alimaña en el mundo que vaya por gusto a una compresora de heno? Lárgate y bebe algo de agua.

—Eso ya lo he probado —dice Luke sin mover un dedo—. No he hecho otra cosa que beber agua desde las nueve de ayer noche. Ya he bebido tanta agua que si me caigo me voy a rebosar como un pozo artesiano.

—Pues igual me da: largo de aquí —dice el tío Ike—. Desaparece de aquí ahora mismo.

Total que Luke, hecho una pena, se levanta y se larga dando tumbos, y los hipidos mueren a lo lejos como si viajase en uno de esos motores de gasolina de un solo cilindro, sólo que con un golpe de pistón más frecuente y más regular. Bajó hasta el terraplén de contención en busca del siguiente puesto, y de allí también lo echaron con cara de pocos amigos, y siguió hasta el tercero. Digo yo que aún albergaba esperanzas de que alguien se compadeciera de él y le pegase un tiro sin más contemplaciones, porque en ese momento pareció que se rindiera ya del todo. A esas alturas, cuando llegaba a la parte del «ay, Señor» con que remataba cada sarta de hipidos, dicen que se le oía desde el mismísimo campamento. Dicen que el eco rebotaba por todo el cañaveral, al otro lado del río, como si fuera uno de esos altoparlantes que se colocan en el fondo de un pozo. Dicen que hasta los perros que iban siguiendo el rastro dejaron de aullar, así que fueron llegando todos y lo mandaron de vuelta al campamento.

Ahí es donde aparezco yo. Y allí estaba también el viejo Ash, pues resulta que el comandante había vuelto a echarse una siestecita, y ni yo ni Luke nos fijamos en él, más que como se fija uno en un negro más de los que andan por ahí.

Ésa fue la cosa. Ninguno de los dos estaba al tanto, ninguno de los dos sabía nada de él. A mí que me cuelguen si a veces no parece como si, cuando uno se decide a gastar a otro una broma, no resulta que es él quien se va a llevar una broma de las lindas; es como si existiera un gran poder escondido en alguna parte a oscuras, al que se propone uno tomarle el pelo porque sí, y sin saberlo, y todo depende de que el poder de marras sepa cómo tomarse una broma o no, sepa o no

cuándo le estalla en toda la cara, como me pasó a mí con ésta. Y es que va y le digo:

—¿Y dices que tienes hipo desde las nueve de anoche? Caramba, eso ya casi son veinticuatro horas. A mí me da que más te vale hacer algo para que se te pase de verdad.

Y él me mira como si no supiera decidir si saltarme al cuello y arrancarme la cabeza de un mordisco o si tratar de arrancarse la suya de cuajo, y me dice:

—¡Hip... oh! ¡Hip... oh! —lento y constante. Y va y dice—: Si es que no me lo quiero quitar. Es que resulta que me gusta. Pero si lo tuvieras tú, ya te lo quitaba yo, ya. ¿Quieres que te cuente cómo?

—¿Cómo? —le digo.

—Te arrancaba la cabeza. Ya ibas a ver como así no tenías ni con qué hipar. Así no te daría la lata el hipo. Y a mí, qué quieres, me encantaría quitarte el hipo así.

—Ya te digo... —le digo, y lo miro allí sentado en los peldaños de la cocina, como si acabara de cenar, y eso que no había cenado nada, natural, teniendo el gaznate como lo tenía, convertido en una calle de sentido único, y entre tanto, dale que te pego:

—¡Hip... oh! ¡Hic... oh! ¡Hic... oh! ¡Hic... ah! —porque digo yo que el comandante le tenía que haber dicho qué le iba a pasar como le diera por ponerse otra vez a hipar a voz en cuello. Yo nunca quise hacerle nada malo, la verdad. Además, ya me habían contado que no dejó a nadie pegar ojo en toda la noche, la noche anterior, y que para colmo había espantado a toda la caza que hubiera en esa parte del llano, junto al río, y que, para rematarla, con tanto caminar pues se había entretenido en pasar el tiempo. Así que voy y le digo:

—Creo que de veras sé cómo te lo podrías quitar, en serio. Claro que si tú no quieres, pues allá penas.

Y va y me dice:

—Ojalá me dijera alguien qué hay que hacer. Diez dólares le daba sólo a cambio de estar aquí un minuto sin decir «hip».

Bueno, pues está claro que eso lo puso en marcha. Fue como si hasta ese momento las tripas se le hubieran quedado contentas con cada «¡hic... oh!»,

constante, pero ya sin armar mucho alboroto, y como si en ese momento, cuando se acordó, se le hubiese abierto un corte, una herida, porque en menos que canta un gallo se puso a dar unos hipidos morrocotudos.

—¡Hip... oh! ¡Dios mío!

Igualito que cuando los tíos de los puestos del ciervo lo echaron para atrás y le hicieron volver al campamento, y oí los pasos del comandante entonces. Hasta sus pasos sonaban a enfado monumental, así que voy y le digo, deprisa:

—¡Chsst! No querrás que el comandante se vuelva a enfurecer contigo, digo yo.

Así que se sosegó un poco, allí sentado en los peldaños de la cocina, mientras el viejo Ash y los otros negros se ocupaban de sus cosas yendo y viniendo por la cocina, y va y me dice:

—Dispuesto estoy a probar todo lo que me digas. Ya he probado todo lo que yo sé y todo lo que me han dicho que se puede hacer. He contenido la respiración a más no poder, y he bebido y he respirado agua, tanta, hasta sentirme como uno de esos anuncios de neumáticos grandes de automóvil,^[9] y me he colgado por las rodillas de esa rama, ¿la ves?, durante un cuarto de hora, y he bebido hasta medio litro de agua boca abajo, y no sé quién me dijo que me tragase lo que lleva un cartucho dentro, y ya lo he hecho. Y sigo teniendo hipo. ¿Qué sabes tú que me pueda aliviar?

—Bueno —le digo—, no sé qué harías tú. Pero si fuese yo el que tuviese hipo, te aseguro que me iba ahora mismo al montículo de los indios y le pedía al viejo John Basket que me lo curase.

Se enderezó en donde estaba sentado y se volvió despacio y me miró, y a mí que me cuelguen si pasó un minuto entero sin que tuviese un ataque de hipo.

—¿John Basket? —dice.

—Pues claro —le digo—. Los indios saben toda clase de estratagemas y remedios de los que los médicos blancos aún no han oído hablar. Seguro que está encantado de hacerle un favor así a un blanco, date cuenta, eso lo haría cualquiera de los pobres aborígenes, porque los blancos los han tratado de maravilla, y no sólo les han dejado conservar ese amontonamiento de tierra que hoy en día nadie quiere para nada, sino que además les han dejado ponerse nombres como los nuestros y

vender harina y azúcar y aperos de labranza a un precio más que razonable, semejante al que tendría que pagar un blanco. Tengo entendido que de aquí a nada les van a dejar que vengan al pueblo una vez a la semana. El viejo Basket estaría encantado de curarte el hipo, te lo digo yo.

—John Basket —dice—. Los indios... —dice, y se queda parado hipando despacio y en voz baja y sin cesar. Y va y dice de pronto—: ¡A mí que me cuelguen si voy!

Así, qué quieres, a mí que me cuelguen si lo que dijo no sonó como si estuviera llorando. Se puso en pie de un salto y empezó a despotricar, aunque cada maldición sonaba como si estuviese llorando.

—Aquí no hay un solo hombre que tenga compasión de mí, ni blanco ni negro. He sufrido sin parar durante más de veinticuatro horas, sin comer y sin dormir, y ninguno de esos hijoputas se ha compadecido de mí.

—Bueno, eso es lo que yo intentaba —le digo—. No soy yo el que tiene hipo. Sólo había pensado en eso al ver que has llegado a un extremo en el que no hay hombre ni blanco ni negro que te pueda ayudar. Pero no existe ninguna ley que te obligue a ir allá arriba para quitártelo de una vez.

Así que hice como que me iba. Di la vuelta a la esquina de la cocina y lo vi sentarse de nuevo en los peldaños, y dale que te pego:

—¡Hip... oh! ¡Hip... oh! —de nuevo despacio y sin armar mucho alboroto, y entonces, por la ventana de la cocina, veo al viejo Ash parado ante la puerta, completamente quieto, con la cabeza ladeada, como si hubiera aguzado el oído. Pero seguí sin sospechar nada. Ni siquiera sospeché nada cuando, al cabo de un rato, vi a Luke levantarse de nuevo, de repente, pero tranquilo, y quedarse un minuto largo mirando por la ventana a la partida de póquer que estaban jugando los demás, y luego lo vi mirar hacia la oscuridad, por el sendero que conducía al llano. Entró entonces en la cabaña, muy tranquilo, y salió al cabo de un minuto con un farol encendido y una escopeta. No sé a quién le había cogido la escopeta y no creo que ni él lo supiera, ni que tampoco le importase. Salió tan tranquilo, decidido, y echó a caminar por el sendero. Vi bastante bien el farol, pero aún lo seguí oyendo a lo lejos, mucho después de que el farol se lo tragase la oscuridad de la noche. Volví a la cocina y aún escuchaba morir a lo lejos sus hipidos por el llano cuando el viejo Ash me habló a mi espalda:

—¿Pallá arriba que se fue?

—¿Arriba? ¿Adónde? —le digo.

—Pallá arriba, al monte los indios —dice.

—Bueno, pues a mí que me cuelguen si lo sé —le digo—. La última vez que hablé con él no parecía que estuviera resuelto a ir a ninguna parte. A lo mejor sólo ha decidido darse un paseo. Puede que le siente bien; a lo mejor le ayuda a dormir esta noche y se le abre el apetito mañana a la hora del desayuno. ¿A ti qué te parece?

Pero Ash no llegó a decir nada. Se volvió a la cocina. Y yo seguí sin sospechar nada de nada. ¿Cómo iba a sospechar? Nunca había visto Jefferson en aquellos tiempos. Ni siquiera había visto un par de zapatos, y menos aún el colmado y las dos tiendas en fila, ni un arco de luces había visto. Así que me fui a donde estaban jugando al póquer, y voy y les digo:

—En fin, caballeros. Pues me parece que esta noche sí que vamos a poder dormir.

Y les conté lo que había ocurrido, porque muy probablemente se iba a quedar por allá hasta que asomase la luz del alba, en vez de volver andando a oscuras, cinco millas a la ida y cinco a la vuelta, porque a lo mejor a los indios no les importaba mucho una tontería como era que uno tuviese hipo, cosa que sí molestaba a los blancos. Y a mí que me cuelguen si el comandante no se encabritó al enterarse de esto.

—Maldita sea, Ratliff —me suelta—, no deberías haber hecho una cosa así.

—Bueno, comandante, yo sólo se lo sugerí por pura broma —le digo—. Le he dicho que el viejo Basket es una especie de médico. Pero no contaba yo con que se lo tomase en serio. En fin, a lo mejor ni siquiera se ha ido allá arriba. A lo mejor sólo se ha ido a ver si caza un mapache.

Pero la mayoría pensó lo mismo que yo.

—Que se vaya si quiere —dice el señor Fraser—. Así se pase toda la noche caminando. Maldita sea, si no he pegado ojo en toda la noche por su culpa... Reparte las cartas, tío Ike.

—Ahora ya no hay quien lo pare —dice el tío Ike repartiendo las cartas—. Y

quién sabe: a lo mejor John Basket sí que puede remediarle ese hipo del demonio. Será botarate el jovenzuelo, que se ha puesto de comer y de beber tan hasta arriba que ya no puede ni tragar un bocado. Esta mañana se me puso detrás de mí y aquello sonaba como una compresora de heno. Llegué a pensar que iba a tener que pegarle un tiro para librarme de él... Apuesto un cuarto a la reina.

Así que me senté a verlos jugar, pensando de vez en cuando en el chalado de la escopeta y el farol, que iría dando traspiés, a tientas por el bosque, resuelto a recorrer cinco millas a oscuras con tal de poner remedio al hipo que lo traía a mal traer, mientras todas las alimañas del bosque lo estarían viendo y estarían preguntándose qué clase de cacería era ésa, qué clase de alimaña bípeda era la que hacía un ruido como ése, y pensando también en los indios del montículo cuando lo vieran llegar caminando, y no me pude contener las ganas de reír, hasta que va y dice el comandante:

—¿Se puede saber qué demonios murmuras y qué te hace tanta gracia?

—¡Nada, nada! —le digo—. Sólo estaba pensando en un tío que conozco yo.

—Pues maldito seas si no deberías haber ido allá con él —dice el comandante. Decidió entonces que ya era hora de ponerse a beber y se puso a dar voces llamando a Ash. Al final fui yo hasta la puerta y llamé a gritos a Ash, gritando hacia la cocina, pero fue otro de los negros el que contestó. Cuando entra con el caneco y lo demás, el comandante lo mira y dice—: ¿Dónde está Ash?

—Sa marchao —dice el negro.

—¿Cómo que se ha marchado? —dice el comandante—. ¿Se ha marchado adónde?

—Dice que sa marchao pal monte los indios —dice el negro.

Y yo seguía sin saber nada, sin sospechar ni recelar nada. Me dije entonces: «A ese viejo negro se le ha reblandecido de repente el corazón, y mucho, temeroso de que Luke Provine se vaya caminando él solito en la oscuridad. O a lo mejor es que a Ash le gusta cómo suenan los hipidos».

—¿Al montículo de los indios? —dice el comandante—. Caramba, como cuando vuelva se haya puesto hasta las orejas del whiskey ese que destila John Basket, ese whiskey que te revienta la sesera, juro que lo despellejo vivo.

—Si na dicho a qué iba —dice el negro—. A mí sólo ma dicho que siba pal monte los indios y que volvía pal amanecé.

—Más le vale —dice el comandante—. Más le vale volver bien sobrio.

Así que allá nos quedamos y siguieron ellos jugando a las cartas y yo mirándolos como un jodido bobo, sin sospechar nada de nada, pensando sólo que era una pena que el jodido negro hubiese decidido echar a perder el paseíto de Luke, y a eso de las once les da por decir que se van a ir a la cama, que al día siguiente iban todos a los puestos de caza, cuando oímos el ruido. Aquello fue como si una manada de caballos salvajes llegara al galope por el sendero, y sólo nos dio tiempo de llegar a la puerta a asomarnos, preguntándonos unos a otros qué demonios podía ser aquello, cuando el comandante va y dice:

—Pero en nombre de... —y va y cruza el porche como un huracán y la puerta se abre de golpe y allá que aparece Luke. Ni escopeta ni farol llevaba, y le habían arrancado la ropa a tiras, y venía con una cara de susto como la que ponen los chalados del manicomio de Jackson. Pero lo principal y lo primero que noté fue que ya no hipaba. Y esta vez además estaba a punto de llorar.

—¡Si querían matarme! —dice—. ¡Si me iban a pegar fuego! Quisieron atarme a la pila de la leña y uno de ellos ya venía con una tea prendida cuando logré por los pelos soltarme y echar a correr como un loco.

—¿Quiénes? —dice el comandante—. Por todos los demonios del infierno... ¿se puede saber de qué estás hablando?

—¡Los indios! —dice Luke—. Querían...

—¿Cómo? —vocifera el comandante—. Me voy a acordar de toda tu parentela como no te expliques bien.

Y fue en ese momento cuando tuve que meter la pata hasta el corvejón. Hasta ese momento ni siquiera me había visto.

—Pues al menos se te ha curado el hipo —le digo.

Fue en ese momento cuando se quedó quieto parado. No me había llegado a ver, pero en ese momento me vio. Se quedó quieto parado y me miró con esa cara de susto, que parecía que se hubiera escapado del manicomio de Jackson y hubiera que llevarlo allí cuanto antes.

—¿Qué? —dice.

—Pues que por lo menos te has librado del hipo —le digo.

En fin, qué quieres: se quedó quieto parado durante un minuto entero. Se le pusieron los ojos desorbitados y allí se quedó con la cabeza ladeada, escuchándose los entresijos. Digo yo que debió de ser la primera vez en que tuvo tiempo de descubrir que ya no tenía hipo. Allí se quedó un minuto entero con esa especie de cara de asombro como un pasmarote. Y entonces se me tiró al cuello. Yo seguía sentado en mi silla, y a mí que me cuelguen si durante un minuto entero no pensé que se nos había caído el tejado encima.

Bueno, pues al final me lo pudieron quitar de encima y lo tranquilizaron, y me limpiaron un poco y me dieron de beber y me sentí mejor. Pero ni siquiera con ese trago me sentí bien del todo, y no llegué a pensar que tuviera el deber por mi honor de sacarlo a la calle para poner las cosas en claro, como se suele decir por ahí. No, ni mucho menos. Yo sé bien cuándo he metido la pata y me he equivocado; el comandante De Spain no fue el único que cazó un oso durante aquella cacería; no, ni mucho menos. A mí que me cuelguen, porque si hubiera sido de día habría arrancado mi Ford y me habría largado con viento fresco. Pero es que era medianoche, y además no me podía quitar de la cabeza a aquel negro, a Ash. Y es que había empezado a sospechar que allí había más tomate del que saltaba a la vista. Y no era buena hora para volver a la cocina a preguntar por él, porque era Luke el que estaba sirviéndose en la cocina. El comandante también le dio un trago a él, y se había largado a la cocina a compensar los dos días que llevaba sin probar bocado, y estaba hablando por los codos el muy fanfarrón de lo que tenía pensado hacer con no sé qué hijoputa que le había querido gastar una broma de mal gusto, sin dar nombres, aunque más que nada se estaba ganando a pulso un nuevo hipo, un hipo que no veas, y eso que no iba a ser yo el que volviese a verlo.

Y así esperé hasta que se hizo de día, hasta que oí a los negros trajinar en la cocina, y entonces sí que volví. Y allí estaba el viejo Ash con la misma pinta de siempre, dando grasa a las botas del comandante antes de colocarlas cerca del fogón, y empuñando la escopeta del comandante para cargar los cartuchos. Sólo me miró a la cara una vez cuando entré, y siguió metiendo los cartuchos en el cargador.

—Así que anoche fuiste al montículo de los indios —le digo. Me volvió a mirar, pero enseguida agachó la cabeza. No dijo nada de nada, y siguió con la misma pinta de simio viejo, con el pelo todo crespo y alborotado—. Seguro que conoces a algunos de los que paran por allá arriba —le digo.

—A algunos sí conozco —dice, y sigue metiendo los cartuchos en la escopeta.

—¿Conoces a John Basket? —le digo.

—A algunos sí conozco —dice, pero sin mirarme.

—¿Lo viste anoche? —le digo. No dijo nada de nada, así que cambié de tono, como se suele hacer por ahí cuando algo se le quiere sonsacar a un negro—. Vamos a ver —le digo—. Mírame —me miró—. ¿Quieres hacer el favor de contarme qué fue lo que hiciste anoche allá arriba?

—¿Quién, yo? —dice.

—Vamos, hombre —le digo—. Esto ya es agua pasada. El señor Provine ha conseguido que se le cure el hipo y los dos nos hemos olvidado de lo que pudo suceder cuando regresó anoche al campamento. Anoche tú no fuiste allá arriba sólo para pasar el rato. O a lo mejor es que algo les dijiste allá arriba, algo le tuviste que decir al bueno de John Basket. ¿Es eso? —ya no me estaba mirando, y no dejaba de meter los cartuchos en la escopeta. Miró rápidamente a un lado y a otro—. Vamos, hombre —le digo—. ¿Quieres hacer el favor de contarme qué fue lo que hiciste anoche allá arriba, o prefieres que le diga al señor Provine que algo tuviste que ver en todo ello? —siguió cargando la escopeta y siguió sin mirarme, pero a mí que me cuelguen si por poco no llegué a ver cómo se estrujaba la sesera—. Vamos, hombre —le digo—. ¿Quieres decirme de una vez qué hiciste allá arriba anoche?

Y por fin me lo contó. Supongo que se tuvo que dar cuenta de que de nada iba a servirle empeñarse en ocultarlo, y que aun cuando no se lo dijera yo a Luke aún se lo podía decir al comandante.

—Pues ná, que le di esquinazo y llegué antes que él y les dije que a no mucho tardaría llegaría un inspectó dacienda, pero que era un mequetrefe y que seguro le podían dar un buen susto y que con eso se iba largá por piernas. Y así lo hicieron.

—¡Bueno! —le digo—. ¡Vaya, vaya! Y yo que pensaba que era muy bueno gastándoles una broma a los demás... —le digo—. Pero tú me ganas de largo. ¿Cómo fue la cosa? —le digo—. ¿Lo llegaste a ver?

—Pues no fue pa tanto —dice—. Bajaron por la senda en fila india y al poco aparece ése soltando hipidos y dando traspiés con el farol y la escopeta. Le quitaron el farol y la escopeta en un visto y no visto y se lo llevaron a lo alto monte y le hablaron allí en la lengua los indios un buen rato. Apilaron un poco leña y lo ataron

allí mismo, pero sabiendo que se podía soltar cuando quisiera, y uno aparece con una tea ardiendo y de lo demás se encargó él solo.

—¡Vaya! —le digo—. ¡Ésta sí que es buena! ¡Al infierno que me voy de cabeza! —y de repente caí. Ya me había dado la vuelta y me iba a marchar cuando caí en la cuenta, así que me paro y le digo—: Una cosa más que me gustaría saber. ¿Por qué lo has hecho?

Siguió sentado en la caja de madera, frotando la escopeta con la mano, sin mirarme a la cara.

—Pues pa ayudarle a usted a curarle el hipo.

—Vamos, hombre —le digo—. No me lo creo. ¿Cuál es la razón de verdad? No te olvides que tengo unas cuantas cosas que le puedo contar tanto al señor Provine como al comandante, a los dos. Y no sé qué hará el comandante, pero te aseguro que sé muy bien lo que hará el señor Provine si le voy con el cuento.

Y él siguió frotando la escopeta con la mano. Estaba cabizbajo, como si pensara. No como si estuviera decidiendo si decírmelo o no, sino como si se acordase de algo ocurrido tiempo atrás. Y eso es exactamente lo que estaba haciendo, porque va y me dice:

—Ya no me da miedo que lo sepa. Una vez hubo una merienda en el campo. Hace mucho tiempo, ya va pa veinte años. Él era joven entonces, y en medio la merienda aparece con su hermano y con otro, no macuerdo su nombre, a caballo y con pistolas, y nos pillan a tos los negros de uno en uno y nos queman los cuellos la camisa. Él fue quien me quemó el mío.

—¿Y has esperado todo este tiempo y te has tomado tantas molestias para ajustarle las cuentas? —le digo.

—No es por eso —dice, frotando la escopeta con la mano—. Es por el cuello de la camisa. En aquellos tiempos un buen jornalero negro ganaba dos dólares a la semana. Yo pagué cincuenta centavos por el cuello. Era un cuello azul, con un dibujo en rojo de la carrera entre el *Natchez* y el *Robert E. Lee*.^[10] Y él me lo quemó entero. Ahora gano diez dólares a la semana. Ojalá supiera dónde se puede comprar otro cuello como aquél aunque me costara la mitad. Ojalá.^[*]

Dos soldados

Pete y yo bajábamos a la casa del Viejo Killegrew a oír su radio. Esperábamos a después de la cena, a después de que anocheciera, y nos plantábamos ante la ventana del salón del Viejo Killegrew, y la escuchábamos porque la mujer del Viejo Killegrew estaba sorda como una tapia, así que el viejo ponía la radio a todo el volumen que la podía poner, y por eso Pete y yo la escuchábamos igual de bien o mejor que la mujer del Viejo Killegrew, o a mí me lo parece, pese a estar allí de pie, fuera, con la ventana cerrada.

Y aquella noche le dije:

—¿Cómo? ¿Japoneses? ¿Y qué es una bahía de perla?^[11]

Y Pete me dijo que me callara.

Y así que allí nos quedamos, y vaya si hacía frío, escuchando hablar al tipo de la radio, sólo que para mí aquello no tenía ni pies ni cabeza. El tipo de la radio dijo entonces que no habría más noticias hasta pasado un rato, y Pete y yo volvimos caminando hasta casa, y Pete me explicó de qué iba todo aquello. Porque ya rondaba los veinte y había terminado de estudiar en el colegio de la Concentración Escolar el mes de junio anterior y sabía que no veas si sabía: me contó que los japoneses habían tirado bombas en Pearl Harbor y que Pearl Harbor estaba al otro lado del charco.

—¿Al otro lado del charco? —dije—. ¿Al otro lado del embalse del Gobierno que hay en Oxford?

—Qué va —dijo Pete—. Al otro lado del charco grande. El océano Pacífico.

Nos fuimos para casa. Mamá y papá ya se habían ido a la cama, y Pete y yo nos fuimos a la cama, y yo seguía sin entender dónde estaba aquello, y Pete me volvió a decir que era el océano Pacífico.

—Pero... ¿a ti qué te pasa? —dijo Pete—. Vas para nueve años. Estás en el colegio desde septiembre. ¿O es que no has aprendido nada aún?

—Pues es que aún no hemos llegado tan lejos, no hemos llegado al océano Pacífico aún —dije.

Todavía estábamos sembrando las algarrobas que tendrían que haber estado plantadas ya mediado noviembre, porque papá todavía iba muy atrasado en todo, como lo estuvo siempre, desde que Pete y yo lo conocimos.^[12] Y además, nos quedaba la leña por llevar a casa, pero todas las noches Pete y yo nos largábamos a la casa del Viejo Killegrew y nos plantábamos ante la ventana de su salón para escuchar su radio; luego nos volvíamos a casa y nos tumbábamos en la cama y Pete me contaba de qué iba todo aquello. Mejor dicho, durante un rato me lo contaba. Luego ya no me contaba nada. Era como si no quisiera hablar más de todo aquello. Me decía que me callara la boca de una vez porque tenía ganas de dormirse, pero es que nunca tenía ganas de dormirse.

Se quedaba tumbado, hecho un montón más quieto que si estuviera dormido, y algo había, yo bien que se lo notaba, casi como si estuviera furioso conmigo, sólo que bien sabía yo que no estaba pensando en mí, sino que era más bien como si estuviera preocupado por algo, pero tampoco era eso, pues nunca tuvo de qué preocuparse. Nunca se retrasaba, como papá, y menos aún tuvo atrasos tan grandes.

Papá le dio diez acres cuando su graduación en el colegio de la Concentración Escolar, y Pete y yo calculamos los dos que papá en el fondo se alegró que no veas de quitarse de encima por lo menos diez acres, menos preocupaciones para él; Pete sembró los diez acres de algarroba y luego los labró bien y dejó los surcos bien trazados para el invierno, así que no podía ser eso.

Pero algo tenía que ser. Y con eso y con todo allá que nos íbamos todas las noches a la casa del Viejo Killegrew a escuchar su radio, y allá que andaban entonces en las Filipinas, aunque el general MacArthur los aguantaba aún.^[13] Y luego nos volvíamos a la casa y nos tumbábamos en la cama y Pete no me contaba nada, no me hablaba de nada. Se quedaba tumbado y tan quieto como si estuviera emboscado, y cuando yo lo tocaba, en el costado o en la pierna, lo encontraba tan duro y tan quieto como el hierro, y así era hasta que pasado un rato me dormía yo.

Una noche, y fue la primera vez en que no me dijo nada, además de regañarme por no haber cortado leña suficiente en el tocón donde teníamos el hacha, me dijo:

—Me tengo que marchar.

—¿Marchar? ¿Adónde? —le dije.

—A esa guerra —dijo Pete.

—¿Antes de terminar de traer la leña a casa?

—Al infierno se puede ir la leña —dijo Pete.

—Pues muy bien —dije—. ¿Cuándo nos ponemos en marcha?

Sólo que él ni siquiera me estaba escuchando. Allí seguía tumbado, duro y quieto como el hierro, a oscuras.

—Me tengo que marchar —dijo—. Es que no voy a permitir yo que nadie trate de esa forma a los Estados Unidos.

—Sí —dije—. Con leña o sin leña, a mí me parece que nos tenemos que marchar.

Esta vez yo creo que sí me oyó. Seguía tumbado y muy quieto, aunque estaba quieto de otra forma.

—¿Tú? —dijo—. ¿A una guerra?

—Pues claro. Tú te cargas a los grandes y yo me cargo a los pequeños —dije.

Entonces me dijo que yo no podía ir. Al principio pensé que, en el fondo, nunca quiso que yo fuese perdiendo el culo detrás de él, tal como nunca me permitió ir con él cuando rondaba a las hijas de Tull. Luego me dijo que en el ejército no me lo permitirían porque aún era muy chico, y entonces sí supe que lo había dicho en serio, y que eso quería decir que yo no podía ir de ninguna de las maneras, no señor. Y no sé por qué no se lo quise creer y tampoco me creí que se fuese él, o no hasta ese momento, pero es que en ese momento supe que sí que se iba, como supe que sin mí no se iba a marchar.

—Pues entonces ya cortaré yo la leña para todos vosotros, ya os llevaré el agua —dije—. ¡Leña y agua tenéis que llevar!

Da lo mismo, porque entonces sí me estaba escuchando. Ya no era como el hierro.

Se volvió de costado y me puso la mano en el pecho, porque era yo el que estaba tendido boca arriba y bien tieso.

—No —dijo—. Tú te tienes que quedar y ayudar a papá.

—¿Ayudarle? ¿En qué? —dije—. Si nunca se va a poner al día, no hay manera... Es imposible que vaya más atrasado de lo que va. Seguro que puede él hacerse cargo del terruño que tiene mientras tú y yo nos cargamos a los japos. Yo también tengo que ir. Si tú tienes que ir, yo tengo que ir también.

—No —dijo Pete—. Anda, calla. Cállate —y supe que iba en serio, vaya que sí. Me aseguré al oírlo de sus propios labios. Me rendí.

—Así que no puedo ir... —dije.

—No —dijo Pete—. Tú no puedes ir. Para empezar, aún eres muy chico, y es que además...

—Vale, vale —dije—. Entonces te callas la boca y me dejas que me duerma, ¿eh?

Así que se quedó callado y se volvió a tumbar boca arriba. Y yo seguí tumbado como si estuviera dormido, y en un visto y no visto estaba dormido él y supe que eran sus ganas de ir a la guerra lo que tanto le había preocupado, lo que no le dejaba dormir, y que ahora que había resuelto ir a la guerra ya no tenía preocupación ninguna.

A la mañana siguiente se lo dijo a mamá y a papá. A mamá no le pasó nada. Sólo lloró.

—No —dijo llorando—. No quiero que vaya. Antes querría ir yo en su lugar, si es que pudiera. Yo no quiero salvar al país. Por mí, que lo conquisten y se lo queden esos japoneses, si es que quieren, mientras a mi familia y a mis hijos y a mí nos dejen en paz. Pero me acuerdo de mi hermano Marsh en aquella otra guerra. Él tuvo que ir a aquella otra guerra y eso que no había cumplido ni diecinueve años, y nuestra madre no lo pudo entender en su día, como tampoco ahora lo entiendo yo. Pero mi madre a Marsh le dijo que si tenía que ir pues tenía que ir. Así que si Pete tiene que ir a ésta, pues será que tiene que ir. Pero a mí que no me pidan que entienda el porqué.

En cambio papá dio en el clavo. Por algo era el hombre.

—¿A la guerra? —dijo—. Pues vaya, yo en eso no veo ninguna utilidad. Tú aún no tienes edad para alistarte, y el país, que yo sepa, no lo han invadido. Nuestro presidente, en Washington, D. C., está atento a las condiciones y ya nos notificará las cosas cuando haga falta. Además, en esa otra guerra de la que tu madre acaba de hablar, a mí me reclutaron y con la misma me mandaron a Texas y allí me tuvieron ocho meses hasta que por fin terminaron los combates. A mí me parece que eso, con lo de tu tío Marsh, que se llevó una herida de verdad en los campos de combate de Francia, es para mí y los míos más que suficiente si hemos tenido obligación de proteger al país, al menos mientras yo viva. Y, por otra parte, ¿a quién le pido yo ayuda con los cultivos cuando tú te hayas ido, eh? A mí me parece que así voy a ir atrasado de verdad.

—Tú has ido atrasado desde que yo alcanzo a recordar —dijo Pete—. De todos modos, me marchó. Me tengo que marchar.

—Pues claro que se tiene que marchar —dije—. Esos japos...

—¡Tú te callas la boca! —dijo mamá llorando—. ¡Contigo no habla nadie! Ve a traerme un buen montón de leña. Eso sí que lo puedes hacer.

Así que fui a por la leña. Y durante todo el día siguiente, mientras Pete y papá y yo trajimos toda la leña que nos fue posible traer en el poco tiempo que tuvimos, porque ya dijo Pete que para papá tener leña de sobra era tener sólo una astilla más pegada a la pared, una astilla que mamá aún no hubiera echado al fuego, mamá fue preparando las cosas para que Pete se marchase. Le lavó y le remendó la ropa y le preparó una lonchera con algo de comer. Y esa noche Pete y yo nos tumbamos en la cama y la oímos empaquetar sus cosas en la maleta y la oímos llorar a la vez, hasta que pasado un rato Pete se levantó y volvió con ella, y les oí hablar a los dos, hasta que por fin oí a mamá decir:

—Tú tienes que ir, así que yo quiero que vayas. Pero yo no lo entiendo, y nunca lo entenderé, así que no cuentes con que lo entienda.

Y Pete volvió a acostarse otra vez y otra vez se quedó muy quieto y duro como el hierro, boca arriba, y entonces de pronto dijo, y no me lo dijo a mí, porque lo dijo como si no hablase con nadie: «Me tengo que marchar, eso es todo: sólo me tengo que marchar».

—Pues claro que tienes que marchar —dije—. Esos japos...

Se volvió de pronto con dureza, como si de pronto se hubiera puesto firme de

costado, mirándome a oscuras.

—Da lo mismo, porque tienes razón —dijo—. Supuse que iba a tener más complicaciones contigo que con todos los demás juntos.

—Supongo que eso no tiene remedio —dije—. Pero a lo mejor la cosa dura unos años más y me da tiempo a ir. A lo mejor un día me ves a tu lado.

—Espero que no —dijo Pete—. Nadie va a la guerra a pasar un buen rato. Nadie deja a su mamá llorando por pasar un buen rato.

—Entonces, ¿tú a qué vas? —dije.

—Yo tengo que ir —dijo—. No me queda más remedio. Ahora duérmete, anda. Mañana temprano tengo que coger el autobús.

—Entendido —dije—. Me han dicho que Memphis es muy grande. ¿Cómo sabrás dónde encontrar el ejército?

—Ya le preguntaré a alguien dónde alistarme —dijo Pete—. Ahora duérmete.

—¿Y es eso lo que vas a preguntar, dónde alistarte en el ejército? —dije.

—Sí —dijo Pete. Se volvió de nuevo boca arriba—. Cállate de una vez y duérmete.

Nos dormimos. A la mañana siguiente desayunamos con la luz del candil porque el autobús pasaba a las seis en punto. Mamá ya no lloraba. Sólo parecía enojada y ajetreada sirviendo el desayuno mientras nos lo zampábamos. Entonces terminó de empaquetar la maleta de Pete, por más que no quiso él llevarse ninguna maleta a la guerra, aunque mamá dijo que las personas decentes nunca van a ninguna parte, ni siquiera a una guerra, sin una muda de repuesto y algo en lo que llevarla. Metió dentro la lonchera, que era poco más que una caja de zapatos, con pollo frito y galletas saladas, y de paso le metió en la maleta una Biblia, y llegó la hora de marchar. Hasta ese momento no supimos que mamá no pensaba ir a la parada del autobús. Sólo trajo el abrigo y la gorra de Pete, y eso que aún no había vuelto a llorar; se quedó con las manos sobre los hombros de Pete y sin moverse, aunque no sé cómo, y sólo por su manera de sujetar a Pete por los hombros, parecía haberse endurecido, parecía tan fiera como Pete cuando se volvió hacia mí la noche anterior en la cama y me dijo que a pesar de todo tenía yo razón.

—Por mí, que se queden el país, que se lo queden si quieren mientras no nos molesten ni a mí ni a los míos —dijo. Y dijo—: No te olvides de quién eres. No eres rico. El resto del mundo, más allá de Frenchman's Bend, nunca ha oído hablar de ti. Pero tienes una sangre tan buena como la que más, eso que no se te olvide nunca.

Entonces le dio un beso y él salió de la casa, aunque fue papá quien llevaba la maleta de Pete, sin importarle que Pete la quisiera llevar o no. No amanecía aún, no amaneció siquiera cuando llevábamos un rato en la carretera, al lado del buzón. Vimos entonces los faros del autobús que se acercaba y miré el autobús hasta que llegó a donde estábamos y Pete le hizo una señal, y entonces desde luego que había empezado a clarear, amaneció mientras yo no estaba pendiente. Y entonces Pete y yo contamos con que papá dijera alguna bobada, como ya dijo antes, lo de que el tío Marsh salió herido de Francia y lo de aquel viaje a Texas que hizo papá en 1918, y que tendría que haber sido suficiente para salvar a los Estados Unidos en 1942, pero no fue así. Lo hizo muy bien.

—Adiós, hijo mío —dijo—. Nunca te olvides de lo que dijo tu madre, y escríbele cuando tengas tiempo.

Estrechó a Pete la mano y Pete me miró unos momentos y me plantó la mano en la cabeza y me restregó el pelo tan fuerte que por poco me arranca la cabeza de cuajo y subió de un salto al autobús, y el tipo que iba en el autobús cerró la puerta y el autobús empezó a zumbear primero, a bambolearse después, zumbando y rechinando y chirriando cada vez más fuerte; cogió velocidad, las dos lucecitas rojas de detrás que nunca parecía que se fueran a empequeñecer más, que parecían correr juntas hasta que muy pronto se tocasen y fueran una sola luz. Pero no se llegaron a juntar, y desapareció el autobús y allí mismo podría haberme echado a llorar, a pesar de que ya tenía casi nueve años y todo.

Papá y yo volvimos a casa. Todo el día lo pasamos faenando en el tocón, cortando leña, así que nunca tuve ocasión hasta mediada la tarde. Entonces cogí el tirachinas y me hubiera gustado coger todos los huevos de la colección, porque Pete me había regalado la suya y me ayudó a reunir la mía, y le gustaba sacar la caja y mirarlos todos tanto como a mí, por más que casi tuviera veinte años. Pero la caja era demasiado grande para llevársela durante un trecho largo y encima andar preocupado por ella, así que sólo me llevé el huevo de garza azul, porque era el mejor de todos, y lo envolví muy bien dentro de una caja de cerillas y la escondí con el tirachinas en un rincón del granero. Luego cenamos y nos fuimos a la cama, y entonces me paré a pensar en que si tenía que quedarme en aquella habitación y en aquella cama, así fuese una sola noche más, no habría sabido cómo. Luego oí roncar

a papá, pero a mamá no le oí hacer ningún ruido, tanto si dormía como si no, y no me pareció que durmiese. Así que tomé mis zapatos y los saqué por la ventana y luego salté como vi hacer a Pete más de una vez, cuando aún tenía sólo diecisiete y papá decía que era demasiado joven para andar toda la noche rondando a las chicas, y no le dejaba salir, y me calcé los zapatos y fui al granero y recogí el tirachinas y el huevo de garza azul y me eché a la carretera.

Frío no hacía, pero la noche estaba más negra que nunca, y aquella carretera se extendía delante de mí como si al no usarla nadie se fuese a estirar hasta ser el doble de larga, como se estira uno al tumbarse, así que durante un buen rato pareció que cuando saliera el sol a mi espalda me iba a pillar mucho antes de haber recorrido las veintidós millas que me quedaban hasta Jefferson. Pero no fue así. Asomaba el amanecer cuando subía por la cuesta a la ciudad. Me llegó el olor de los desayunos que se cocinaban en las cabañas y ojalá, me dije, se me hubiera ocurrido llevarme una galleta, pero para eso ya era tarde. Y Pete me había dicho que hasta Memphis quedaba un buen trecho después de pasar Jefferson, aunque nunca supe que era tanto, pues eran ochenta millas. Allí me quedé en una plaza desierta, a la vez que amanecía y las farolas de la calle aún estaban encendidas, con uno de la Ley que me miraba y aún ochenta millas por delante hasta llegar a Memphis, y me había costado toda la noche andar sólo las veintidós millas hasta Jefferson, así que cuando llegara a Memphis a ese paso Pete ya se habría marchado a Pearl Harbor.

—¿Tú de dónde vienes? —me dijo el de la Ley.

Y se lo tuve que decir otra vez.

—He de llegar a Memphis. Allí está mi hermano.

—¿Quieres decir que no tienes familia aquí? —dijo el de la Ley—. ¿Nada más que tienes a ese hermano? ¿Y qué estás haciendo tú tan lejos si tu hermano está en Memphis?

Y se lo tuve que decir otra vez.

—He de llegar a Memphis. No tengo tiempo que perder en chácharas y no tengo tiempo para ir andando. He de llegar hoy mismo.

—Ven para acá —dijo el de la Ley.

Fuimos por otra calle. Y allí estaba el autobús, igualito al que tomó Pete ayer por la mañana, sólo que no tenía ningún faro encendido y no había nadie dentro.

Había una estación de autobuses normal y corriente, como la estación del tren, con una ventanilla donde vendían los billetes.

—Tú siéntate ahí —dijo el de la Ley, así que me senté en el banco—. Necesito usar el teléfono —dijo, y habló por teléfono un minuto—. No lo pierda de vista —le dijo al tipo que estaba en la ventanilla—. Volveré en cuanto la señora Habersham se pueda levantar y esté arreglada para salir a la calle.

Y se fue. Yo fui a la ventanilla en que se vendían los billetes.

—Quiero ir a Memphis —dije.

—Cómo no —dijo el tipo—. Pero ahora te sientas en ese banco. El señor Foote volverá enseguidita.

—No conozco yo a ningún señor Foote —dije—. Lo que quiero es tomar el autobús a Memphis.

—¿Y tienes dinero? —dijo—. Te lo digo porque te va a costar setenta y dos centavos.

Saqué la caja de cerillas y desenvolví el huevo de garza azul.

—Se lo cambio por un billete a Memphis —dije.

—¿Qué es eso? —dijo el tipo.

—Es un huevo de garza azul —dije—. ¿Nunca ha visto uno? Vale por lo menos un dólar, pero me conformo con setenta y dos centavos.

—No —dijo—, los dueños del autobús insisten en que se pague a tocateja. Si empezara yo a cambiar billetes de autobús por huevos de colorines o por animales vivos y demás, me despedirían seguro. Anda, ve a sentarte en ese banco, como dijo el señor Foote.

Me dirigí hacia la puerta, pero me alcanzó: puso una mano en el mostrador de la ventanilla y lo salvó de un salto y me atrapó y estiró la mano para sujetarme por la camisa. Saqué mi navaja de bolsillo y la abrí.

—Como me ponga una mano encima se la corto —dije.

Hice un amago para darle esquinazo y salir corriendo por la puerta, pero él se movió más deprisa que ningún otro hombre adulto que haya visto yo, casi tan deprisa como Pete. Me cortó el paso y se plantó de espaldas a la puerta y con un pie un poco levantado, y no había otra manera de salir.

—Vuelve a sentarte en ese banco y quédate quieto —dijo.

Y no había otra manera de salir. Y se quedó plantado de espaldas a la puerta. Así que me volví al banco. Y entonces me pareció que la estación estaba llena de gente. Allí estaba otra vez el de la Ley, y dos señoras con abrigos de pieles y las caras ya pintadas. Pero aún parecía que se hubiesen levantado deprisa y corriendo y que no les había hecho ninguna gracia, una vieja y una joven que me miraban sin quitarme los ojos de encima.

—¡Si ni siquiera lleva un abrigo! —dijo la vieja—. ¿Cómo es posible que haya llegado aquí él solito?

—Eso me pregunto yo —dijo el de la Ley—. No he podido sacarle nada en claro, quitando que su hermano está en Memphis y que quiere llegar allá.

—Eso es —dije—. He de llegar a Memphis hoy mismo.

—Claro que sí —dijo la vieja—. ¿Y estás seguro de que sabrás encontrar a tu hermano cuando llegues a Memphis?

—Pues digo yo que sí —dije—. No tengo más que uno, y lo conozco de toda la vida. Supongo que lo sabré reconocer cuando lo vea.

La vieja me miró de hito en hito.

—No sé por qué, pero me da que éste no vive en Memphis —dijo.

—Es probable que no —dijo el de la Ley—. Pero eso no hay quien lo sepa de seguro. Podría vivir en cualquier parte, con ese pantalón de peto que lleva. En esta época y a esta hora estos niños se esparcen por todos lados con la esperanza de encontrar un desayuno gratis, lo mismo da que sean chicos o chicas. Se largan casi antes de aprender a andar del todo bien. Y, por lo que se sabe, éste ayer mismo podría haber estado en Missouri o en Texas. En cambio, no parece que tenga dudas de que su hermano está en Memphis. A mí lo único que se me ocurre es mandarlo allá y que lo busque como pueda.

—Pues sí —dijo la vieja.

La joven se acomodó en el banco, a mi lado, y abrió el bolso de mano y sacó una pluma artemática y unos papeles.

—Mira, guapo —dijo la vieja—, vamos a ocuparnos nosotras de que encuentres a tu hermano, pero antes nos hace falta la historia del caso para nuestros archivos. Queremos que nos digas cómo te llamas y cómo se llama tu hermano y dónde has nacido y cuándo murieron tus padres.

—A mí no me hace ninguna falta la historia del caso —dije—. Yo sólo quiero llegar a Memphis. He de llegar hoy.

—¿Lo ven? —dijo el de la Ley, y lo dijo casi como si lo disfrutara—. Es justo lo que les dije.

—Por cierto que ha tenido suerte, señora Habersham —dijo el tipo de los autobuses—. No creo que lleve una pistola encima, pero saca la navaja y la abre como un jod... quiero decir que la saca y la abre muy deprisa, eso es.

Pero la vieja siguió allí plantada, mirándome.

—En fin —dijo—. La verdad es que no sé qué hacer.

—Yo sí —dijo el de los autobuses—. Le voy a pagar el billete de mi bolsillo; es una medida para proteger a esta compañía de un posible motín y de todo derramamiento de sangre. Y cuando el señor Foote lo comunique en el ayuntamiento, se tomará por un asunto cívico y no sólo me han de reembolsar el gasto, sino que además me pondrán una medalla. ¿No le parece, señor Foote?

Pero nadie le prestó la menor atención. La vieja seguía mirándome como si nada.

—En fin —volvió a decir. Y sacó un dólar del bolso y se lo dio al tipo de los autobuses.

—Supongo que viaja con billete infantil, ¿no?

—Verá, señora... —dijo el de los autobuses—. La verdad es que no sé qué dice el reglamento. Lo más probable es que me despidan por no haberlo embalado y por no haber indicado en el embalaje que contiene veneno. Pero estoy dispuesto a

correr el riesgo.

Entonces se marcharon y el de la Ley volvió con un bocadillo para mí.

—¿Estás seguro de que sabrás encontrar a ese hermano tuyo? —preguntó.

—Todavía no veo por qué no lo iba a encontrar —dije—. Si no veo yo a Pete, seguro que él me verá a mí. Él también me conoce.

Entonces el de la Ley se marchó de una vez por todas y me zampé el bocadillo. Empezó a llegar más gente, viajeros que compraron sus billetes, y el tipo de los autobuses dijo entonces que era hora de arrancar, así que monté en el autobús igual que había hecho Pete, y así nos marchamos.

He visto todos los pueblos, los he visto todos. Cuando el autobús fue cogiendo velocidad, descubrí que estaba derrengado, muerto de sueño. Pero había muchas cosas que nunca había visto. Salimos de Jefferson y pasamos por campos y bosques y entramos en otro pueblo y salimos de él y volvimos a pasar por campos y bosques, y entramos en otro pueblo en donde había almacenes y desmotadoras de algodón y depósitos de agua, y recorrimos un buen trecho junto a las vías del tren y vi moverse el brazo de las señales para avisar al maquinista, y luego vi el tren y vi más pueblos, y a punto estaba de caerme rendido de sueño, pero no me quise arriesgar. Y al cabo empezó Memphis. A mí me pareció que Memphis durase muchas millas seguidas. Pasamos por un trecho de tiendas y pensé que sin duda tenía que ser allí y me pregunté si el autobús no iba a parar. Pero aquello no era todavía Memphis, y aún habíamos de pasar por más depósitos de agua y por chimeneas y fábricas, y si hubo desmotadoras de algodón y serrerías nunca supe yo que fueran tantas y nunca las vi tan grandes, y tampoco se me alcanza a saber de dónde sacarán tanto algodón y tantos troncos para que unas y otras funcionen sin parar.

Entonces veo Memphis. Esta vez supe que no me podía equivocar. Estaba elevada en el aire. Parecía una docena de veces mayor que Jefferson, que está pegada a la linde de los campos, y estaba elevada en el aire, más alta que todos los cerros que hay en el condado de Yoknapatawpha. Llegamos entonces, el autobús se paraba a cada tanto, o me lo pareció, y los coches lo adelantaban por un costado y por el otro, y la calle estaba ese día llena de gente por todas partes, tanto que pensé hasta que no podía quedar ni un alma en Mississippi, ni siquiera para venderme un billete de autobús, ni menos aún para ponerse a escribir la historia de un caso.

Entonces se paró el autobús. Era otra estación de autobuses, sólo que mucho mayor que la de Jefferson.

—Vale —dije—. ¿Dónde se alista uno en el ejército?

—¿Cómo? —dijo el tipo del autobús.

Y se lo dije otra vez.

—¿Dónde se alista uno en el ejército?

—Ah —dijo. Y me explicó cómo llegar. Al principio me dio miedo no enterarme de lo que tenía que hacer en una ciudad tan grande como Memphis. Pero me enteré a la primera. Sólo tuve que volver a preguntar dos veces. Entonces llegué, y me alegré un montón al no verme más en medio de los coches que pasaban a todo trapo y de la gente que empujaba por la calle y de todo ese follón y ahorrármelo un buen rato, y pensé que mucho ya no podía faltar, y pensé que si allí había un montón de gente que ya se había alistado en el ejército, era casi seguro que Pete me vería antes de que lo viera yo. Y así entré en una sala. Y Pete no estaba allí.

Allí no estaba. Había un soldado que tenía una flecha grande en la manga, un soldado que estaba escribiendo, y dos tipos delante de él, y allí había más tipos, o a mí me lo pareció. Me parece recordar que allí había bastantes más tipos.

Me acerqué a la mesa en la que estaba escribiendo el soldado.

—¿Dónde está Pete? —le dije, y él me miró—. Mi hermano —le dije—. Pete Grier. ¿Dónde está?

—¿Cómo? —dijo el soldado—. ¿Quién dices?

Y se lo volví a contar.

—Ayer mismito se alistó en el ejército. Se marcha a Pearl Harbor. Y yo también. Lo que quiero es dar con él. ¿Dónde lo han metido, si se puede saber? —todos me estaban mirando, pero a mí me dio lo mismo—. Vamos, hombre —dije—. ¿Dónde está?

El soldado había dejado de escribir. Había apoyado las dos manos sobre la mesa.

—Ah, ya —dijo—. Tú también vas, ¿eh?

—Sí —dije—. Allí habrá que llevar leña y agua. Yo me encargo de cortar la leña y de llevar el agua. Vamos, ¿dónde está Pete?

El soldado se puso en pie.

—¿A ti quién te ha dejado entrar aquí? —dijo—. Anda, lárgate.

—Y una mierda —dije—. He dicho que me digas dónde está Pete...

A mí que me cuelguen si no se movió aún más deprisa que el tipo del autobús. No saltó por encima de la mesa, sino que le dio la vuelta, pero estaba encima de mí casi antes de que me diera cuenta, así que tiempo tuve de echarme atrás y sacar la navaja de bolsillo y abrirla de un golpe y tirarle un tajo, y él dio un alarido y retrocedió de un salto y se sujetó una mano con la otra y se quedó soltando maldiciones y alaridos.

Uno de los otros tipos que estaban allí me sujetó por la espalda, y le tiré un tajo con la navaja, pero no lo pude alcanzar. Luego eran dos los que me sujetaban por la espalda, y otro soldado apareció por una puerta. Llevaba un cinto con una correa por el hombro.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —dijo.

—¡Este pequeño hijo de la gran me ha soltado un navajazo! —gritó el primer soldado.

Cuando lo dijo, intenté irme otra vez a por él, pero me sujetaban otros dos por la espalda, dos contra uno, y el soldado con la correa al hombro me habló entonces.

—Calma, calma. Deja en paz esa navaja, chaval. Aquí ninguno vamos armados. Y un hombre hecho y derecho no se lía a navajazos con hombres que van sin armas —sólo entonces empecé a oír lo que me decía. Hablaba igualito que cuando me hablaba Pete—. Soltadle —dijo. Me soltaron—. Y ahora... ¿se puede saber a qué viene todo esto? —y se lo conté—. Ya entiendo —dijo—. Y tú has venido a ver si estaba bien antes de marcharse.

—No —dije—. He venido a...

Pero él ya se había vuelto al primer soldado, que se estaba envolviendo la mano con un pañuelo.

—¿Lo tienes? —dijo. El primer soldado volvió a la mesa y miró unos papeles.

—Aquí está —dijo—. Se alistó ayer mismito. Está destinado a un destacamento que esta mañana sale para Little Rock —llevaba un reloj de correa en la muñeca. Lo miró—. El tren sale dentro de cincuenta minutos. Si no conozco mal a los chicos del campo, me apuesto cualquier cosa a que ahora están ya todos en la estación.

—Que lo traigan aquí —dijo el de la correa al hombro—. Llamad por teléfono a la estación. Que el mozo de turno le busque un taxi. Y tú ven conmigo —dijo.

Pasamos a otro despacho detrás del primero, con una mesa y unas sillas. Allí nos sentamos mientras el soldado fumaba, pero no fue mucho rato; supe que eran los pasos de Pete nada más oírlos. Entonces el primer soldado abrió la puerta y entró Pete. No se había puesto ninguna ropa de soldado. Tenía la misma pinta que cuando montó en el autobús el día anterior, sólo que a mí me pareció que hubiera pasado por lo menos una semana entera, porque habían pasado muchas cosas, y era mucho lo que había viajado yo. Entró en el despacho y allí se quedó mirándome como si no se hubiese marchado de casa, sólo que estaba allí y aquello era Memphis y ya estaba en camino a Pearl Harbor.

—¿Qué carajo estás haciendo aquí? —dijo.

Y se lo dije.

—Tendréis que llevar leña y agua para hacer la comida, digo yo. Yo me encargo de cortar leña y de llevaros agua a todos.

—No —dijo Pete—. Tú ya te estás volviendo a casa.

—No, Pete —le dije—. Yo también tengo que ir. Es que tengo que ir. Se me parte el corazón, Pete.

—No —dijo Pete. Miró al soldado—. Ni hablar. Teniente, no entiendo qué le puede haber pasado —dijo—. Nunca había sacado la navaja delante de nadie, nunca en su vida —me miró—. ¿Se puede saber para qué lo has hecho?

—No lo sé —dije—. Tuve que hacerlo. Tenía que llegar aquí como fuera.

Tenía que encontrarte.

—Bien, pues que no se te ocurra hacerlo nunca más, ¿me oyes? —dijo Pete—. Te guardas la navaja en el bolsillo y la dejas bien guardada. Como me entere de que la sacas alguna vez contra alguien, vuelvo de dondequiera que esté y te quito las ganas de sacarla a sopapos. ¿Me has oído?

—Le cortaré el pescuezo a quien fuese si así pudiera lograr que volvieras y te quedaras —dije—. Pete —dije—. Pete...

—No —dijo Pete. No lo dijo con dureza en la voz, no lo dijo deprisa; casi lo dijo en voz baja, y entonces sí supe que nunca le haría cambiar—. Tienes que volver a casa. Tienes que cuidar de mamá, y también cuento contigo para que me cuides mis diez acres de terreno. Quiero que vuelvas a casa y que vuelvas hoy mismo. ¿Me has oído?

—Te he oído —dije.

—¿Podrá volver a casa por sus propios medios? —dijo el soldado.

—Ha venido por sus propios medios —dijo Pete.

—Digo yo que sí podré volver —dije—. No vivo más que en una casa, y no creo que me la hayan cambiado de sitio.

Pete sacó un dólar del bolsillo y me lo dio.

—Con eso te puedes pagar el billete del autobús que te dejará delante del buzón de casa —dijo—. Quiero que hagas caso de lo que te diga el teniente. Él se encarga de mandarte al autobús. Y tú te vuelves derecho a casa y te ocupas de cuidar a mamá y de cuidarme mis diez acres de tierra, y todo con la dichosa navaja bien guardadita en el bolsillo. ¿Me has oído?

—Sí, Pete —dije.

—De acuerdo —dijo Pete—. Ahora me tengo que marchar.

Otra vez me puso la mano en la cabeza, aunque esta vez no estuvo a punto de arrancármela de cuajo. Sólo dejó la mano encima de mi cabeza durante un minuto. Y a mí que me cuelguen si no se agachó a darme un beso, y luego oí sus pasos y oí la puerta sin levantar nunca los ojos, y eso fue todo, allí me quedé sentado,

frotándome el sitio en que Pete me dio un beso, y el soldado apartó la silla de la mesa y se levantó a mirar por la ventana y tosió. Se metió la mano en el bolsillo y me dio algo sin darse la vuelta a mirarme. Era un trozo de chicle.

—Muy agradecido —dije—. En fin, pues digo yo que ya va siendo hora de volver. Me queda un trecho largo.

—Espera —dijo el soldado. Volvió entonces a llamar por teléfono y le dije otra vez que más me valía ponerme en camino—. Espera. No te olvides de lo que te ha dicho Pete.

Así que esperamos, y entonces vino otra señora, otra señora también vieja, y también con abrigo de pieles, aunque tenía muy buen olor y no sacó ninguna pluma artemática ni dijo nada de la historia del caso. Cuando entró en el despacho se puso en pie el soldado, y ella miró en derredor hasta que me vio, y vino a ponerme la mano sobre el hombro con la misma ligereza y suavidad con que lo hubiera hecho mamá.

—Vamos —dijo—. Vámonos a casa a comer algo.

—No, ni hablar —le dije—. Tengo que coger el autobús a Jefferson.

—Ya lo sé, pero tenemos tiempo de sobra. Primero iremos a casa a comer algo.

La señora tenía un coche. Y en un visto y no visto estuvimos en medio de todos los demás coches. Estuvimos casi debajo de los autobuses, y todo el gentío que andaba por las calles se acercó tanto que podría haberme puesto a hablar con cualquiera si hubiese sabido quiénes eran. Al cabo de un rato la señora paró el coche.

—Ya estamos —dijo, y miré aquello, y si todo aquello era su casa, muy grande tenía que ser su familia. Pero no todo era su casa. Pasamos por un vestíbulo en el que había árboles plantados y entramos en un cuartito donde no había más que un negro que llevaba un uniforme mucho más abrigado que los de los soldados, y el negro cerró la puerta y yo di un alarido.

—¡Cuidado! —y me agarré, pero allí no pasaba nada; todo el cuartito no hacía más que subir a toda caña, y luego se abrió la puerta y salimos a otro vestíbulo y la señora abrió una puerta con llave y entramos y allí había otro soldado, un tipo ya mayor, también con una correa al hombro, y con un pájaro del color de la plata

en cada hombro.

—Ya estamos —dijo la señora—. Te presento al coronel McKellogg. Bueno. ¿Qué quieres para comer?

—Pues yo creo que me conformo con unos huevos con jamón y un poco de café —dije.

Ella ya había cogido el teléfono, pero se quedó quieta de pronto.

—¿Café? —dijo—. ¿Desde cuándo has empezado tú a tomar café?

—Pues no lo sé —dije—. Supongo que fue antes de que me alcance la memoria.

—Tú tienes unos ocho años, ¿no? —dijo.

—Qué va —dije—. Tengo ocho y diez meses. Para once meses.

Entonces llamó por teléfono. Allí nos sentamos y les conté que Pete se había marchado aquella misma mañana a Pearl Harbor, y que yo había hecho todo lo posible por ir con él, pero que tenía que volverme a casa para cuidar de mamá y atender los diez acres de tierra que tenía Pete, y la señora contó que tenían un hijo más o menos como yo, pero que estaba en un colegio en la Costa Este. Entonces apareció un negro distinto del de antes, con una especie de chaqué de faldón corto, empujando una especie de carrito. En el carrito estaban mis huevos con jamón y un vaso de leche y un trozo de tarta, y me pareció que tenía hambre, pero nada más probar el primer bocado me di cuenta de que no podía tragar, así que me levanté muy rápido.

—Me tengo que marchar —dije.

—Espera —dijo ella.

—Me tengo que marchar —dije.

—Sólo un momento —dijo—. Ya he llamado para pedir un coche. No tardará nada. ¿No te puedes tomar la leche al menos? ¿O es que prefieres el café?

—Ni hablar —dije—. Es que no tengo hambre. Ya comeré algo cuando llegue a casa.

Entonces sonó el teléfono, pero ella ni lo cogió.

—Ya está —dijo—. Ha llegado el coche.

Y volvimos abajo en el cuartito que se movía con el negro todo uniformado. Esta vez era un coche grande que conducía un soldado. Yo me senté delante, con él. Ella le dio un dólar al soldado.

—A lo mejor le entra el hambre —dijo la señora—. Intente encontrarle un buen sitio.

—Entendido, señora McKellogg —dijo el soldado.

Y nos marchamos otra vez. Y entonces vi muy bien todo Memphis, que brillaba con la luz del sol, mientras dábamos vueltas por la ciudad. Y sin tiempo para darme cuenta del todo volvimos a estar en la misma carretera por la que había rodado el autobús aquella mañana, los trechos con tiendas, almacenes, las grandes desmotadoras y las serrerías, y Memphis se extendía a lo largo de millas y más millas, o a mí me lo pareció, antes de que empezara a terminarse. Entonces viajamos entre los campos y los bosques, el coche a más velocidad, y quitando aquel soldado fue como si nunca hubiera ido de veras a Memphis. Íbamos muy deprisa. A ese paso, antes de que me diera cuenta íbamos a llegar a casa, y pensé en cómo llegaría a Frenchman's Bend en un cochazo enorme, con un soldado al volante, y de repente me eché a llorar. Ni cuenta me di de que me iba a pasar, y tampoco lo pude impedir. Seguí sentado junto al soldado, llorando. Íbamos muy deprisa.^[1]

No ha de perecer

Cuando llegó el recado con lo de Pete, el Padre y yo ya nos habíamos ido al campo. La Madre lo recogió del buzón después de que nos fuésemos a labrar, y de antemano sabía lo que era, porque ni siquiera se puso la capota para guarecerse del sol, así que seguramente estaba mirando desde la ventana de la cocina cuando llegó el cartero. Y yo también sabía qué noticia era la que nos traía. Y eso que ella no dijo nada. Se quedó plantada ante el cercado con el sobrecito pálido que ni sello precisaba, el sobrecito en una mano, y fui yo el que llamó a gritos al Padre, desde una punta del campo mucho más alejada que el lado en que estaba él, así que llegó antes a la cerca, donde esperaba la Madre, por más que yo ya hubiese echado a correr.

—Yo ya sé lo que es —dijo la Madre—, pero no lo puedo abrir. Ábrelo tú.

—¡No, no pué sé! —grité a todo correr—. ¡No pué sé! —y sin darme cuenta vociferaba a voz en cuello—. ¡No, Pete! ¡No, Pete! —y al poco gritaba—: ¡Dios maldiga a tos esos japos! ¡Dios maldiga a tos esos japos! —y entonces fui yo el que el Padre tuvo que sujetar con toda el alma, o al menos intentó sujetarme, y hasta tuvo que pelear conmigo como si fuese yo otro hombre, y no un niño de nueve años.

Y eso fue lo que hubo. Un día fue lo de Pearl Harbor y al día siguiente Pete se largó a Memphis, a enrolarse en el ejército e ir a donde tuviese que ir, a echar una mano, y una buena mañana la Madre se plantó en el cercado con un papelajo tan pequeño que no valía ni para prender fuego, un papelajo que ni sello precisaba en el sobre, y que decía «Un barco fue. Ahora ya no. Su hijo era uno de ellos». Y un día nos tomamos para llorarle, y eso fue lo que hubo. Porque cayó en abril, en medio del momento más jodido, en plena temporada de la siembra, y había que atender la tierra, los setenta acres que eran nuestro pan y nuestro fuego y nuestra manutención, una tierra que había sobrevivido a todos los Grier que antes de nosotros fueron, porque ellos la supieron atender, y que sobrevivió a Pete porque mientras estuvo con nosotros cumplió con su parte y echó una mano, y que nos iba a sobrevivir a la Madre y al Padre y a mí con tal que cumpliésemos con la nuestra.

Entonces volvió a suceder. Puede que se nos hubiese olvidado que podía suceder otra vez, y que iba a sucederles una y otra vez a las gentes que querían a sus

hijos y a sus hermanos como quisimos nosotros a Pete, hasta que por fin llegase el día en que todo aquello hubiese terminado. Pasado aquel día en que vimos el nombre y la foto de Pete en el periódico de Memphis, el Padre se traía uno a casa cada vez que iba a la ciudad. Y veíamos las fotos y los nombres de los soldados e infantes de marina de otras ciudades y de otros pueblos de Mississippi y de Arkansas y de Tennessee, pero no volvió a salir ninguno de los nuestros, así que al cabo de un tiempo empezó a parecer que Pete iba a ser el único.

Entonces volvió a suceder. Fue a finales de julio y fue un viernes. El Padre había ido temprano al pueblo en el camión del ganado de Homer Bookwright, y ya se ponía el sol. Acababa yo de volver del campo con la azada de menos peso y acababa de meter a la mula en el establo y ya salía del granero cuando el camión de Homer se detuvo delante del buzón y bajó el Padre y subió por la senda con un gran saco de harina cargado al hombro y un paquete bajo el brazo y el periódico doblado en la mano. Y me bastó con echar un vistazo al periódico y no me hizo falta nada más. Y es que me di cuenta a la primera, por más que trajera un periódico siempre que volvía de la ciudad. Y es que tenía que suceder tarde o temprano; no sólo íbamos a ser nosotros, los del condado de Yoknapatawpha, los que habíamos querido tanto a los nuestros que tuviésemos derecho exclusivo al penar. Así que salí a su encuentro y le alivié de parte de la carga y me planté a su lado y entramos juntos en la cocina, donde nos esperaba en la mesa la cena fría y la Madre sentada ante los últimos rayos de la puesta del sol, con la puerta abierta, la mano y el brazo fuertes, firmes, constantes, dale que te pego al manubrio de la mantequera.

Cuando llegó el recado con lo de Pete, el Padre ni siquiera la rozó. En ese momento tampoco lo hizo. Sólo dejó la harina en la mesa y fue a su silla y extendió el periódico que traía doblado.

—Es el chico del comandante De Spain —dijo—. De la ciudad. El aviador. El que estaba en su casa el pasado otoño con su uniforme de oficial. Reventó el avión que pilotaba contra un barco de guerra japonés y lo hizo saltar por los aires. Así supieron por fin qué se traía entre manos.

Y la Madre tampoco dejó de batir ni por un instante la mantequilla, y es que hasta yo mismo supe que la mantequilla ya estaba casi hecha del todo. Luego se levantó y fue a la pila y se lavó las manos y volvió a sentarse a la mesa.

—Léelo —dijo.

Así, el Padre y yo nos dimos cuenta de que la Madre no sólo supo en todo

momento que iba a suceder otra vez, sino que también sabía qué iba a hacer ella cuando sucediera, no sólo esta vez sino también la vez siguiente, y la que viniera después, y aun la siguiente, hasta que llegara el día en que todos los afligidos de la tierra, todos los ricos y todos los pobres por igual, ya vivieran con diez criados negros en casas espléndidas, en la ciudad, ya subsistieran a duras penas con setenta acres de tierra no demasiado fértil, como nosotros, o si tan sólo eran dueños del derecho a sudar hoy a cambio de lo que pudieran cenar esta misma noche, por fin pudieran decir «Al menos algún sentido tenía el porqué de nuestra aflicción».

Dimos el pienso y ordeñamos a las vacas y volvimos y nos tomamos la cena fría y armé un fuego en el fogón y la Madre se puso a calentar el agua en la pava y todos los cacharros que sirvieran para calentar agua suficiente para dos, y yo traje el barreño del porche de atrás, y mientras la Madre fregaba los platos y recogía y limpiaba la cocina, el Padre y yo nos sentamos en los escalones de la entrada. Esto fue más o menos a la misma hora en que el pasado diciembre Pete y yo recorriamos a pie las millas que hay hasta la casa del Viejo Killegrew para escuchar la radio y enterarnos de lo que se contaba de Manila. Pero de un tiempo a esta parte han pasado más cosas que Pearl Harbor y Manila, y Pete ya no está para oír todo esto. Yo tampoco tengo ganas: es como si nadie supiera contarnos dónde estaba exactamente cuando dejó de ser *es*, en vez de pasar a ser *fue* en un determinado lugar de la tierra en el que sus seres queridos pudieran sujetarlo con el peso de una piedra, y como si por eso mismo Pete todavía fuese *es* en dondequiera que esté, en algún lugar de la tierra, uno más entre los combatientes que siguen luchando en la guerra, igual da si *fue* o si *es*. Por eso, a la Madre y al Padre y a mí ni falta nos hace la cajita de madera para oír las voces de los que presenciaron el valor y el sacrificio. La Madre me llamó entonces para que fuese a la cocina. El agua humeaba un poco en el barreño, junto a la pastilla de jabón y un camisón limpio y la toalla que había hecho la Madre con sacos desgastados de algodón, y me baño y vació el barreño y se lo dejó preparado a ella y nos acostamos.

Luego amanece y nos levantamos. La Madre fue la primera, como siempre. Me estaban esperando la camisa limpia y los pantalones de los domingos, junto con los zapatos y los calcetines que no había vuelto a ver desde que la escarcha cubría la tierra. Pero aún con el pantalón de peto que vestía el día anterior llevé los zapatos a la cocina, donde estaba la Madre con el vestido del día anterior, ante el fogón, en donde no sólo preparaba nuestro desayuno, sino también la cena para el Padre, y dejé los zapatos junto a sus zapatos de domingo, contra la pared, y fui al establo, donde el Padre y yo dimos el pienso a las vacas y las ordeñamos, y volví a sentarme a desayunar mientras la Madre trajinaba entre la mesa y el fogón hasta que terminamos y ella también se sentó. Saqué entonces la caja de limpiar los zapatos,

pero vino el Padre y me lo quitó todo, el betún y el trapo y el cepillo y los cuatro zapatos, uno tras otro.

—De Spain es rico —dijo—. Mira tú, si hasta tiene un negro vestido de mono de feria, con una chaqueta blanca, que le acerca la escupidera siempre que tiene ganas de escupir. Limpias todos los zapatos y les sacas brillo como si te los fueras a poner tú: sólo sacas brillo a las partes que se pueden ver desde arriba.

Entonces nos vestimos. Me puse la camisa de los domingos y el pantalón tan almidonado que se tenía en pie él solito, y llevé mis calcetines a la cocina cuando llegó la Madre con sus medias y se vistió y se puso incluso el sombrero, y me quitó los calcetines y los puso con sus medias en la mesa, junto a los zapatos lustrados, y bajó el bolso de la estantería de la alacena. Aún lo guardaba en la misma caja de cartón en la que vino, con la etiqueta de colores de la tienda de San Francisco en que Pete se lo compró, un bolso redondo, con las esquinas cuadradas, impermeable, con un asa, de modo que nada más verlo en la tienda Pete también tuvo que darse cuenta de que estaba hecho exactamente para el uso que íbamos a darle, por tener además un cierre de cremallera que la Madre no había visto nunca, ni el Padre tampoco. Es decir, que los tres habíamos visitado la tienda de baratillo que había en Jefferson, pero fui yo el único que tuvo curiosidad suficiente para averiguar cómo funcionaba aquello, aun cuando nunca llegara a soñar con que pudiésemos llegar a tener uno. Así que fui yo quien abrió la cremallera, y encontré dentro una pipa y una lata de tabaco para el Padre y una gorra de cazador con una lámpara de carburo para mí, y para la Madre el bolso mismo, y ella lo cerró y lo abrió de nuevo, y lo volvió a abrir y el Padre probó a hacerlo, corriendo de un lado a otro la pieza que se deslizaba por el carril con un chasquido continuo, hasta que pareció que lo fuese a desgastar, y ella guardó el bolso aún abierto en la caja y yo traje del establo un frasco de cristal, vacío, de medio litro, que una vez contuvo el líquido que dábamos a las vacas con el pienso para que no tuvieran parásitos, y ella puso a hervir la botella y el corcho y los guardó con una toalla limpia en el bolso y puso el bolso en la caja sin cerrar la cremallera para que cuando hiciera falta el bolso no hubiera que abrirla primero, con lo que nos ahorraríamos mucho desgaste de la cremallera. Tomó el bolso de la caja y llenó la botella de agua limpia y le puso el corcho y la guardó en el bolso con la toalla limpia y metió nuestros zapatos y calcetines con sus medias y cerró la cremallera y salimos a pie por el camino y esperamos con todo el calor de la mañana junto al buzón hasta que llegó el autobús y se detuvo.

Era el autobús escolar, el mismo que tomaba yo a la ida y a la vuelta del colegio de Frenchman's Bend todo el invierno anterior, el mismo que Pete tomaba

todas las mañanas y todas las tardes, hasta que se graduó, sólo que esta vez iba en dirección contraria, a Jefferson, cosa que sólo sucedía los sábados, y al que durante un tramo larguísimo se veía venir por la carretera del valle, donde otros lugareños que lo iban a tomar se asomaban a los buzones a la espera del momento en que parase. Nos tocó el turno a nosotros. La Madre dio los dos cuartos de dólar a Solon Quick, que era quien lo había construido y lo conducía y lo explotaba, y montamos y el autobús siguió su camino, y al cabo ya no hubo plazas libres para los que esperaban asomados a sus buzones y hacían indicaciones para que parase, y así fue ganando velocidad y recorrió veinte millas y luego diez y luego cinco y luego una, hasta subir por la última cuesta, por donde empezaban las calles de cemento, y al cabo bajamos del autobús y nos sentamos en el bordillo de la acera y la Madre abrió el bolso y sacó los zapatos y el frasco lleno de agua y la toalla y nos lavamos los pies y nos pusimos los calcetines y las medias y los zapatos y la Madre dejó el frasco y la toalla de nuevo en el bolso y cerró la cremallera.

Y caminamos junto a una verja de hierro tan larga que cercaba un algodonal, doblamos la esquina y entramos en un terreno más grande que todas las parcelas que hubiera visto yo, y seguimos por una avenida de grava más ancha y más lisa que todas las carreteras de Frenchman's Bend, hasta llegar a una casa que a mí me pareció más grande incluso que el juzgado, y subimos la escalinata flanqueada por las columnas de piedra y cruzamos un pórtico en el que hubiese cabido nuestra casa entera, con las galerías y todo, y llamamos a la puerta. Y entonces lo mismo dio que llevásemos o no los zapatos bien limpios y brillantados: el blanco de los ojos del negro vestido de mono de feria en el mismo instante en que nos abrió la puerta, y el blanco de su chaqueta en el mismo instante que tardó en desaparecer por el fondo del vestíbulo, sin hacer más ruido del que hubiera hecho un gato cuando nos dejó que encontrásemos la puerta por nuestros propios medios, caso de que supiésemos cómo. Y la encontramos, dimos con la sala del ricachón, una estancia que cualquier mujer de Frenchman's Bend y digo yo que de cualquier otra parte del condado hubiera sabido describir al centímetro, pero que ni siquiera habían visto los hombres que acudían a visitar al comandante De Spain después de la hora de cierre del banco, o los domingos, para pedir que se les extendiese un documento firmado, con una lámpara que colgaba del techo y que tendría el tamaño de nuestro barreño repleto de hielo picado y un arpa del color del oro que hubiera taponado del todo la casa de nuestro establo y un espejo en el que un hombre montado en una mula se hubiera visto entero, además de ver entera a la mula, y una mesa en forma de ataúd en el medio de la sala, con la bandera de los confederados extendida como un mantel y la fotografía del hijo del comandante De Spain y el estuche abierto con la medalla dentro y el enorme pistolón automático cuyo peso sujetaba la bandera y el comandante De Spain de pie a la cabecera de la mesa con el sombrero puesto, hasta

que pasado un rato pareció oír y entender el nombre que pronunció la Madre, y eso que no era comandante de verdad, sino que así se le llamaba sólo porque su padre sí que lo había sido en la guerra de los confederados, ya que era un banquero poderoso en el dinero y en la política por igual, dijo el Padre que había nombrado a su antojo gobernadores y senadores también del Estado de Mississippi; era un viejo tan reviejo que no parecía posible que tuviera un hijo de veintitrés años, demasiado viejo en todo caso para tener esa expresión en el semblante.

—Ja —dijo—. Ahora me acuerdo. A ustedes también se les notificó que su hijo había vertido su sangre en el altar de la impericia y la ineficacia. ¿Qué se les ofrece?

—Nada —dijo la Madre. Ni siquiera hizo un alto en la puerta. Siguió derecha hacia la mesa—. No tenemos nada que traerle. Y no creo que aquí haya nada, que yo vea, que pudiéramos querer llevarnos.

—Se equivoca —dijo él—. A usted aún le queda un hijo. Llévase el consejo que a mí me han dado: váyase a su casa y rece. No por el difunto: por el que de momento le han permitido conservar, rece para que algo, en donde sea, lo que sea, de un modo u otro le salve.

Ella ni siquiera lo estaba mirando. No lo había vuelto a mirar. Se limitó a atravesar la sala, que era del tamaño de un establo, exactamente igual que cuando la he visto colocar la tartera con el almuerzo del Padre y el mío en la esquina del cercado, cuando ni tiempo había para parar a comer, y volverse con la misma hacia la casa.

—Algo más sencillo le puedo decir yo —dijo—. Llore — cuando llegó hasta la mesa fue su cuerpo el que se detuvo, pues su mano salió disparada, tan veloz que la mano de él tuvo el tiempo justo de sujetarla por la muñeca, las dos manos unidas sobre el pistolón azulado, entre la fotografía enmarcada y el trocito de hierro de la medalla, con su cinta de colores, sobre la antigua bandera que un buen montón de gente que conozco no había visto jamás, y que otro buen montón no habría reconocido aun cuando la viera, y por encima de todo resonó la voz del viejo de una manera que tampoco tendría que haber resonado.

—¡Por su patria! Él no tenía patria: ésta también la repudio yo. Su patria, que es la mía, fue arrasada y destruida hace ochenta años, antes de que yo naciera. Sus antepasados lucharon por su patria y murieron por su patria, aun cuando lucharan por un sueño y perdieran por un sueño. Él ni siquiera tuvo un sueño. Murió por

una vana ilusión, ¡por el interés de la usura, por la necedad y la rapacidad de los políticos, por la gloria y el engrandecimiento de la mano de obra organizada!

—Sí —dijo la Madre—, llore, llore usted.

—¡El miedo de los funcionarios electos por sus muchas prebendas! ¡La sumisión de los obreros engañados y mal guiados, la sumisión ante los demagogos que los engañan y los guían por mal camino! ¿Vergüenza? ¿Aflicción? ¿Cómo van a conocer la cobardía, el acoquinamiento, la rapacidad y la esclavitud voluntaria, cómo van a conocer la vergüenza o la aflicción?

—Todos los hombres son capaces de avergonzarse —dijo la Madre—. Igual que todos los hombres son capaces de mostrar valentía, honor, sacrificio. Y también son capaces todos de sentir la aflicción. Llevará su tiempo, seguro, pero aprenderán. Hará falta más aflicción que la suya de usted o más que la mía, y habrá mucha más. Pero será suficiente.

—¿Cuándo? ¿Cuando hayan muerto todos los jóvenes? ¿Qué quedará entonces, qué valdrá la pena salvar?

—Ya lo sé —dijo la Madre—, ya lo sé. Nuestro Pete era demasiado joven para morir —me di cuenta entonces de que ya no tenían las manos entrelazadas, de que él volvía a erguirse, de que la pistola se encontraba inerte, en la mano de la Madre, pegada a su costado, y por un instante pensé que iba a abrir la cremallera del bolso y a sacar la toalla, cuando lo que hizo fue dejar de nuevo la pistola en la mesa y dar un paso más hacia él y tomar el pañuelo que él tenía en el bolsillo de la pechera y ponérselo en la mano antes de dar un paso atrás—. Eso es, así está mejor —dijo—. Llore. Y no por él. Llore por nosotros.

Pero él no contestó nada. Ni siquiera se llevó el pañuelo a la cara. Permaneció en donde estaba con el pañuelo en la mano, como si no hubiese descubierto aún que lo tenía en la mano, ni menos aún que fue la Madre quien se lo había puesto en la mano.

—Por nosotros, por los viejos —dijo él—. Eso cree usted. Usted ha tenido tres meses para hacerse cargo, aprender de nuevo, entender el porqué. Lo mío sucedió ayer. Dígame.

—No sé —dijo la Madre—. Es posible que las mujeres no tengan por qué saber por qué sus hijos han de morir en la batalla; es posible que tan sólo tengan que afligirse por ellos y llorarlos. Pero mi hijo sí supo por qué. Y mi hermano fue a la

guerra cuando yo era una niña, y nuestra madre tampoco supo por qué, pero él fue a pesar de todo. Y mi abuelo también tomó parte en aquella, mucho más antigua, y digo yo que su madre tampoco supo el porqué, pero supongo que él sí lo supo. Y mi hijo supo por qué tenía que ir a ésta, y él supo que yo sabía que sí tenía que ir aun cuando yo no lo supiera, tal como supo que este niño y yo sabíamos que no iba a volver. Pero él sí supo el porqué, por más que yo no lo supiera, por más que no pudiera saberlo, porque jamás podría llegar a saberlo yo. Así que todo debe ser como es, por más que no pueda yo entenderlo. Porque en él no hay nada que no hayamos puesto en él su padre o yo. ¿Cómo se llama su criado negro?

Él lo llamó entonces por su nombre. Y el negro en cuestión a fin de cuentas no andaba tan lejos, aunque cuando entró en la sala, el comandante De Spain ya se había dado la vuelta, de modo que estaba de espaldas a la puerta. No se volvió a mirar. Se limitó a señalar la mesa con la mano en la que la Madre le había colocado el pañuelo, y el negro en cuestión fue a la mesa sin pararse a mirar a nadie, sin hacer más ruido, al caminar, del que hubiera hecho un gato, y ni siquiera se detuvo; a mí me pareció como si se hubiera dado la vuelta y hubiera iniciado el regreso antes incluso de llegar hasta la mesa: un gesto de la mano negra y la manga blanca y la pistola se esfumó sin que yo llegase a ver si la tocaba siquiera, y cuando pasó por delante de mí al salir tampoco vi qué era lo que había hecho con ella. Por eso la Madre tuvo que hablar dos veces antes de que yo entendiera que me hablaba a mí.

—Venga —dijo.

—Espere —dijo el comandante De Spain. Se había dado la vuelta y nos daba la cara—. Lo que usted y su padre pusieron en él... Tiene que saber usted qué fue lo que pusieron en él.

—Sólo sé que es algo que tiene que venir desde muy lejos —dijo la Madre—. Por eso tuvo que ser algo fuerte de verdad, tanto que ha perdurado a través de todos nosotros. Tuvo que ser algo que le llevara a estar dispuesto a morir por ello, luego de haber venido de tan lejos y haber tardado tanto en llegar. Venga —volvió a decir.

—Espere —dijo él—. Espere. ¿De dónde viene usted?

La Madre se detuvo.

—Ya se lo he dicho. De Frenchman's Bend.

—Lo sé. ¿Y cómo ha venido hasta aquí? ¿En carreta? Coche no tiene.

—Oh —dijo la Madre—. Vinimos en el autobús del señor Quick. Hace el trayecto todos los sábados.

—Y ahora tendrá que esperar a que se haga de noche para regresar. Les prestaré mi coche para que regresen —llamó de nuevo por su nombre al negro en cuestión, pero la Madre se lo impidió.

—Muchas gracias —dijo—. No es necesario, ya hemos pagado la tarifa al señor Quick. Nos debe el viaje de regreso.

Había una señora mayor que había nacido y se había criado en Jefferson, y que murió siendo muy rica en el Norte, y que dejó algún dinero a la ciudad para que se construyera un museo. Era una casa como una iglesia, que se construyó sólo para albergar los cuadros que ella escogió para que se mostrasen en el museo, cuadros llegados de todos los Estados Unidos, pintados por personas que amaron lo que vieron, o los parajes en que nacieron, o que vivieron lo suficiente para desear pintar cuadros que otras personas pudieran ver, para que vieran en ellos lo que ellos habían visto: retratos de hombres y mujeres y niños, y las casas y las calles y las ciudades y los bosques y los campos y los arroyos y los ríos en los que faenaron o vivieron o pasaron ratos de placer, de modo que todo el que quisiera, gente como nosotros, de Frenchman's Bend, o de aldeas aún más pequeñas que la nuestra, de otros rincones del condado e incluso de más allá de los límites del Estado, pudiera venir sin tener que pagar nada y disfrutar del frescor y de la quietud y contemplar a su antojo los cuadros de los hombres y las mujeres y los niños, que eran los mismos que nosotros éramos aun cuando sus casas y establos fueran distintos y sus campos se labrasen de manera distinta y se cultivasen en ellos cosas distintas de las nuestras. Total, que ya era tarde cuando salimos del museo, y más tarde aún era cuando volvimos a donde esperaba el autobús, y aún era más tarde cuando arrancamos, aunque por lo menos pudimos sentarnos en el autobús y quitarnos los zapatos y los calcetines y las medias. Y es que la señora Quick no había llegado aún, y por eso Solon tuvo que esperarla, no porque fuera su esposa, sino porque él la obligó a pagar un cuarto de dólar, que ella tomó del dinerillo que ganaba vendiendo huevos, para llevarla a la ciudad el sábado y llevarla de vuelta a su casa, y él no se iba a marchar sin esperar a todo el que le hubiera pagado la tarifa acordada. Y así, aunque el autobús fue de prisa por la larga recta del valle, no quedaba más que un último ribete de la puesta de sol que asomaba por el cielo, extendiéndose por toda América, desde el océano Pacífico, y rozando todos los lugares que habían amado los hombres y las mujeres del museo, cuyos nombres ni siquiera conocíamos, tanto que los pintaron en sus cuadros, como una rueda enorme que se desvaneciera en medio de la blandura.

Y me acordé de que el padre siempre se empeñaba en demostrar lo que quisiera demostrarnos a Pete y a mí poniendo al Abuelo por ejemplo. Lo mismo daba que fuese algo que creyese él que se tenía que hacer, algo que teníamos que hacer nosotros y que no habíamos hecho, o algo que hubiese preferido impedirnos hacer caso de haberlo sabido a tiempo. «¿Lo veis? Ahí está el ejemplo del Abuelo», nos decía. Yo también me acordaba del Abuelo, y hasta del abuelo del Padre, tan viejo reviejo que era de no creer, tan viejo reviejo que a mí me parecía que tenía que haber salido así como estaba de los tiempos de los viejos padres del Génesis y del Éxodo, los que hablaban con Dios cara a cara, y el Abuelo tenía que haber vivido más que todos ellos, quitándole a Él. A mí me parecía que hasta demasiado viejo reviejo tenía que ser para haber tomado de veras parte en los combates de la antigua guerra de los confederados, aunque prácticamente no hablaba de ninguna otra cosa, no sólo cuando creíamos que a lo mejor estaba despierto, hasta que pasado un tiempo no nos quedó otra que reconocer que nunca sabíamos cuál de los dos era en realidad, si el que dormía o el que estaba bien despierto. Se acomodaba en su sillón a la sombra de la morera, en la parte de atrás de la casa, o en el lado en que daba el sol, en la galería de la entrada o en su rincón, junto al hogar; se levantaba del sillón dando un respingo y nosotros seguíamos sin saber cuál de los dos era, si es que nunca dormía o si es que no había llegado nunca a despertarse del todo, por más que se levantara de un brinco y se pusiera a dar berridos, «¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Atentos, que ya vienen!» Ni siquiera berreaba siempre los mismos nombres, ni siquiera eran los nombres pertenecientes al mismo bando, ni eran nombres de militares siempre: Forrest, o Morgan, o Abe Lincoln, o Van Dorn, o Grant, o el mismo coronel Sartoris, cuyos descendientes aún vivían en el condado, o la señora Rosa Millard, la suegra del coronel Sartoris, que durante los cuatro años de la guerra aguantó a los yanquis del Norte y repelió a los indeseables y a los vendedores de humo que vinieron con sus bolsones de buhoneros a aprovecharse de todo y de todos, hasta que el propio coronel Sartoris pudo regresar a su casa.^[14] A Pete le parecía que tenía gracia. Al Padre y a mí nos daba vergüenza. No sabíamos qué podía pensar la Madre, ni qué podían ser aquellos arranques repentinos, hasta la tarde en que lo llevamos al cine.

Era una película por episodios, una del Oeste; a mí me parecía que la estuvieran pasando por capítulos todos los sábados por la tarde, a lo largo de los años. Pete y el Padre y yo íbamos a la ciudad todos los sábados a ver la película, y algunas veces la Madre también venía, todos sentados a oscuras mientras las pistolas relucían y disparaban y galopaban los caballos y todas las veces parecía que lo fuesen a atrapar, aunque se sabía que nunca lo lograrían del todo, que el sábado siguiente habría más de lo mismo, igual que al sábado siguiente, y al siguiente, y que siempre quedaba entre medias la semana para que Pete y yo hablásemos de la

pistola del malo, que tenía las cachas nacaradas y que Pete decía que ojalá fuera suya, y el caballo pinto del héroe, que ojalá fuera mío. Un sábado por la tarde la Madre decidió llevar al Abuelo. Se sentó entre ella y yo, dormido de nuevo nada más acomodarse, tan viejo reviejo que ya no tenía ni que roncar, hasta que llegó el momento con arreglo al cual se podían poner en hora los relojes todos los sábados por la tarde: el momento en que todos los caballos se precipitaban al bajar casi desbocados por una escarpadura y volvían grupas y subían al galope tendido por el barranco hasta que de un último salto parecía que fueran a salirse de la pantalla y a seguir galopando con furia entre las caritas vueltas hacia los cascos como las vainas del maíz esparcidas por una parcela. El Abuelo despertó entonces. Permaneció completamente quieto durante cinco segundos. Lo noté enderezarse y quedarse muy quieto, erguido, envarado. Y dijo entonces: «¡La caballería!». Se puso en pie de un brinco. «¡Forrest! —dijo—. ¡Bedford Forrest! ¡Sal de ahí! ¡Quítate de en medio!», sujetándose con los dedos como garras y pasando de una butaca a la siguiente, igual le dio que estuviesen ocupadas o no, hasta salir al pasillo mientras nosotros intentábamos seguirle y pararle los pies, y él seguía por el pasillo hacia la puerta sin dejar de dar berridos: «¡Forrest! ¡Forrest! ¡Allá viene! ¡Sal de ahí, fuera, fuera de ahí!», y al final salimos a la calle, con la mitad del aforo tras nosotros y el Abuelo pestañeando y estremeciéndose y temblando a plena luz, y Pete se apoyó contra la pared con ambos brazos extendidos, como si fuese a vomitar, muerto de risa, y el Padre sacudía por el brazo al Abuelo y le decía: «¡Serás so bobo, viejo! ¡Serás so bobo...!», hasta que la Madre lo hizo callar. Y entre todos nos lo llevamos hasta el callejón en donde estaba atado el tiro de la carreta y lo ayudamos a subir y la Madre subió con él y se sentó a su lado y le tomó de la mano hasta que por sí solo pudo dominar los temblores que lo estremecían entero.

—Ve a traerle una botella de cerveza —dijo.

—No se la merece —dijo el Padre—. Será so bobo el viejo, mira que va a ser el hazmerreír del pueblo entero...

—¡Que vayas a traerle una cerveza te digo! —dijo la Madre—. El Abuelo se va a sentar aquí, en su carreta, y se la va a beber. ¡Venga! ¡Ve ahora mismo!

Y el Padre hizo lo que le decía, y la Madre sujetó la botella hasta que el Abuelo la pudo agarrar, y ella le sujetó la mano hasta que pudo pegarle un buen trago. Y entonces dejó de temblar.

—Aah —dijo, y pegó otro trago—. Aah —volvió a decir, y entonces hasta retiró la otra mano apartándola de la mano con que la Madre se la sujetaba, y ya

apenas temblaba nada, acaso un poco, a la vez que daba sorbitos de la botella—. ¡Ja! —dijo, y volvió a dar otro sorbo—. ¡Ja! —volvió a decir, mirando no sólo la botella, sino también en derredor. Se le salieron los ojos de las cuencas cuando volvió a pestañear.

—¡So bobos seréis vosotros! —exclamó la Madre mirándonos al Padre y a Pete y a mí—. ¡No pretendía escaparse de nadie! ¡Cabalgaba al frente de todos ellos, gritando a voz en cuello a todos los zoquetes que estuvieran atentos, porque venían de frente hombres mejores que ellos, así que hubieran pasado ya setenta y cinco años de aquello, hombres aún poderosos, aún peligrosos, aún a la carga!

Y también yo acerté a reconocerlos. También yo los había visto, por más que nunca me hubiese alejado de Frenchman's Bend tanto que no pudiese volver a dormir al caer la noche. Era como la rueda, como la misma puesta de sol, con el eje en ese paraje tan pequeño que ni sale en los mapas, ese paraje que no hay ni doscientas personas en todo el mundo que sepan que se llama Frenchman's Bend o que sepan siquiera que tiene un nombre, cuyos radios se alargan en todas direcciones y a todas tocan, sin que haya una sola tan grande que no la pueda tocar, sin que nunca haya una tan pequeña que no se recuerde: los parajes en que han vivido hombres y mujeres, en los que han amado, tanto si han tenido algo con que pintar cuadros como si no, todos los pequeños parajes apacibles en la medida suficiente para vivir en ellos, para amar en ellos, para ponerles nombre antes de que fuesen apacibles en la medida suficiente, y los nombres de las hazañas que les dieron esa paz, y los nombres de los hombres y las mujeres que lograron las hazañas, que duraron, persistieron, resistieron y libraron batallas que perdieron y volvieron a librar, porque ni siquiera así se dieron por enterados de que habían perdido, y que doblegaron la tierra, y salvaron las montañas y atravesaron los desiertos y siguieron adelante a medida que la forma de los Estados Unidos iba creciendo con ellos y seguía su avance. También yo acerté a reconocerlos: los hombres y las mujeres poderosos aún al cabo de setenta y cinco años, al cabo del doble, aún otra vez, aún poderosos, aún a la carga, por el norte y el sur, por el este y el oeste, hasta que el nombre de lo que hicieron y el nombre de aquello por lo cual dieron la vida convergieron en una sola palabra, una palabra más tonante que el trueno. Era América, y abarcaba todas las tierras del Oeste.^[*]

II

EL PUEBLO

Una rosa para Emily

I

Cuando murió la señorita Emily Grierson fuimos todo el pueblo a su entierro: los hombres fueron por una especie de respetuoso afecto por un monumento caído, y las mujeres sobre todo por la curiosidad de ver el interior de su casa, que nadie, salvo su viejo criado —mezcla de hortelano y cocinero—, había visto en los últimos diez años.

Era una construcción de madera, grandona y tirando a cuadrada, que en sus buenos tiempos fue blanca, adornada con cúpulas y torretas y balcones con volutas, muy del orden recargadamente liviano que se estilaba en la década de 1870, erigida en la que había sido en su día nuestra calle más selecta, sólo que los talleres de automoción y las desmotadoras de algodón habían ido multiplicándose hasta borrar incluso los augustos nombres de ese barrio, donde sólo quedó en pie la casa de la señorita Emily, que aún ostentaba su terca y coqueta decadencia por encima de los remolques cargados de algodón en rama y los surtidores de gasolina: un adefesio entre tantos adefesios. Y así llegó el día en que la señorita Emily fue a reunirse con los representantes de aquellos augustos nombres allí donde descansaban, en el cementerio que desconcertaban los cipreses, entre las hileras de tumbas anónimas en las que yacían los soldados de la Unión y también los confederados que perdieron la vida en la batalla de Jefferson.

En vida, la señorita Emily fue una tradición, un deber, una devoción, una suerte de obligación hereditaria que el pueblo había asumido, y que se remontaba al día de 1894 en que el coronel Sartoris, a la sazón el alcalde que promulgó la ordenanza en virtud de la cual ninguna negra podía pisar la calle si no llevaba el delantal puesto, le condonó los impuestos que adeudaba al municipio, dispensa vigente desde el día en que falleció su padre y a perpetuidad. No es que la señorita Emily hubiese aceptado una obra de caridad. El coronel Sartoris inventó una complicada historia con el fin de que se supiera que el padre de la señorita Emily

había prestado dinero a las arcas municipales, y que el municipio, por su propio bien y el de sus habitantes, prefirió devolverlo de esta manera. Sólo un hombre de la generación del coronel Sartoris, sólo un hombre que pensara como él, pudo inventar semejante historia; sólo una mujer como ella pudo creérsela.

Cuando llegó la siguiente generación con sus ideas más modernas, cuando les tocó a los jóvenes ser alcaldes y concejales, esta disposición dio pie a ciertas insatisfacciones. El primero de año se le envió una notificación fiscal. Llegó febrero sin que se recibiera respuesta. Le escribieron una carta en términos formales, con la cual se le pidió que tuviera la amabilidad de pasar por el despacho del oficial del juzgado cuando a ella le resultara más conveniente. Al cabo de una semana le escribió el alcalde en persona, que se ofreció a visitarla en su domicilio o a mandarle un coche a que la recogiera, y recibió por respuesta una nota en un tarjetón de tamaño arcaico, escrita con trazos finos, continuados, con tinta desleída, para comunicarle que ya nunca salía de casa. La notificación fiscal iba adjunta al tarjetón sin el menor comentario.

Se convocó una reunión especial del consistorio. Fue a visitarla una delegación, que llamó a la puerta que no había franqueado un solo visitante desde que ella dejó de impartir clases de pintura sobre porcelana unos ocho o diez años antes. Les hizo pasar el viejo negro a un recibidor en penumbra, del cual arrancaba una escalera que se perdía en más sombras. Oía a cerrado, a falta de uso: un olor a humedad. El negro los condujo a la sala. Estaba amueblada con muebles recargados, tapizados en cuero. Cuando el negro abrió los postigos de una de las ventanas vieron que el cuero estaba resquebrajado; cuando tomaron asiento, un tenue polvillo ascendió perezoso para posarse sobre sus muslos, motas que giraban lentas al sesgo del único rayo de luz. En un caballete sobredorado, sin lustre, ante la chimenea, reposaba un retrato a carboncillo del padre de la señorita Emily.

Se pusieron en pie cuando entró ella, una mujer menuda, entrada en carnes, con una fina cadena de oro que descendía hasta su cintura y desaparecía por dentro del cinturón, apoyada en un bastón de ébano con empuñadura de oro, sin brillo. Su esqueleto era menudo y cenceño; tal vez por eso, lo que hubiera sido mera gordura en otra persona era en ella obesidad. Parecía hinchada, como un cuerpo que llevara mucho tiempo sumergido en agua estancada, y era de esa misma tonalidad pálida. Sus ojos, perdidos entre los gruesos pliegues del rostro, parecían dos pedazos de carbón apretados en un montón de masa de harina según fueron pasando de un rostro a otro, a la vez que los visitantes le comunicaban su recado.

No les ofreció que tomaran asiento. Permaneció en la puerta y escuchó en

silencio hasta que el portavoz hizo un alto en su trompicada exposición. Oyeron entonces el reloj invisible que emitía un tic-tac al término de la cadena de oro.

Habló con mordaz frialdad.

—Yo no pago impuestos en Jefferson. El coronel Sartoris me lo aclaró. Tal vez alguno de ustedes pueda acceder a los archivos municipales para satisfacerse.

—Pero es que ya lo hemos hecho. Somos las autoridades municipales, señorita Emily. ¿No recibió usted una notificación del oficial del juzgado, firmada por él?

—He recibido un papel, en efecto —dijo la señorita Emily—. Es posible que se considere el oficial del juzgado, pero... yo no pago impuestos en Jefferson.

—En los archivos no hay nada que lo indique, dese cuenta. Hemos de cumplir con la...

—Vayan a ver al coronel Sartoris. Yo no pago impuestos en Jefferson.

—Pero verá usted, señorita Emily...

—Vayan a ver al coronel Sartoris —dijo. (El coronel Sartoris llevaba casi diez años muerto)—. Yo no pago impuestos en Jefferson. ¡Tobe! —apareció el negro—. Acompaña a estos señores a la puerta.

II

Así los derrotó, a caballo y a pie, tal como había derrotado a sus padres treinta años antes por aquello del olor. Fue dos años después de la muerte de su padre y poco después de que su prometido —el que pensamos que había de casarse con ella— la abandonase. Tras la muerte de su padre apenas salió a la calle; tras el abandono de su prometido prácticamente no la vio nadie una sola vez. Algunas de las señoras del pueblo tuvieron la temeridad de visitarla, pero no fueron recibidas; la única señal de vida en la casa era el negro, que entonces era joven, cuando entraba y salía con un cesto de la compra.

—Como si un hombre, el hombre que sea, supiera mantener una cocina como es debido —dijeron las señoras, y por eso no les sorprendió cuando empezó a notarse el olor. Fue otro lazo de unión entre la grosería y el bullicio del mundo y los encumbrados y poderosos Grierson.

Una vecina, una mujer, fue a quejarse al alcalde, el juez Stevens, que tenía ochenta años.

—¿Y qué pretende que yo le haga, señora? —dijo.

—Pues mandarle aviso para que ponga fin a eso —dijo la mujer—. ¿O no hay una ordenanza que lo prohíba?

—Estoy seguro de que no será necesario —dijo el juez Stevens—. Seguramente será una culebra o una rata que habrá matado en el jardín ese negro que tiene. Yo hablaré con él.

Al día siguiente recibió más quejas, una de un hombre que le manifestó su tímida reprobación.

—La verdad es que algo tenemos que hacer con esto, señor juez. Por nada del mundo quisiera yo molestar a la señorita Emily, pero algo tenemos que hacer.

Esa misma noche se reunió el consistorio, tres hombres que lucían barba entrecana y uno más joven, perteneciente a la nueva generación.

—Es muy sencillo —dijo—. Basta con mandarle aviso de que limpie su parcela. Se trata de darle un plazo razonable, y caso de que no lo haga...

—No me venga con pamplinas, caballero —dijo el juez Stevens—. ¿Acusaría usted a una dama de oler mal, y además diciéndoselo a la cara?

Al día siguiente, pasada la medianoche, cuatro hombres atravesaron la parcela de la señorita Emily y a hurtadillas recorrieron los cimientos de la casa como si fueran ladrones, olisqueando el enladrillado y los ventanucos del sótano al tiempo que uno de ellos gesticulaba continuamente como si sembrase, introduciendo la mano en un saco que llevaba al hombro. Abrieron la portezuela del sótano y allí, así como en los cobertizos anexos, rociaron el suelo con cal viva. Cuando atravesaron la parcela para marcharse, una ventana que había estado a oscuras se iluminó, y en ella apareció enmarcada la señorita Emily, con la luz a su espalda, el torso erguido e inmóvil como el de un ídolo. Sigilosos, a gachas, se

alejaron por el césped hasta la sombra de los algarrobos que jalonaban la calle. Pasada una semana, o dos a lo sumo, desapareció el olor.

Fue entonces cuando los del pueblo empezaron a tener verdadera lástima de ella. Tras recordar cómo se había vuelto completamente loca, muy al final, la vieja señora Wyatt, que era su tía abuela, los del pueblo dieron en pensar que los Grierson realmente se daban demasiadas ínfulas teniendo en cuenta quiénes eran en realidad. Ninguno de los jóvenes daba del todo la talla para la señorita Emily y sus semejantes. Desde mucho antes los considerábamos figuras estáticas en un cuadro, la señorita Emily con su esbeltez, de blanco, al fondo, su padre una silueta espatarrada en primer plano, de espaldas a ella, con una fusta en la mano, enmarcados los dos por la puerta de la casa, abierta de par en par. Cuando ella cumplió treinta años y seguía soltera no es que nos alegrase exactamente, aunque sí nos confirmó nuestra impresión; a pesar de la locura hereditaria que asolaba su familia, nunca habría rechazado ella a sus pretendientes si realmente se hubieran llegado a materializar.

Con la muerte de su padre, se corrió el rumor de que la casa era todo lo que a ella le quedaba, y en cierto modo la gente del pueblo se alegró. Por fin podrían compadecerse de la señorita Emily. Al quedarse sola, y en la indigencia, se había tornado humana. También habría de conocer ella esa antigua emoción, esa desesperación antigua que se vive con un centavo de más o de menos.

Al día siguiente de su muerte, todas las damas se dispusieron a visitarla y a darle el pésame y a ofrecerle ayuda, según es costumbre entre nosotros. La señorita Emily las recibió en la puerta vestida como de costumbre, sin rastro de pena en la cara. Les dijo que su padre no había muerto. Eso mismo hizo a lo largo de tres días, con los clérigos que fueron a verla, con los médicos que trataron de persuadirla de que les permitiese ocuparse del difunto. Cuando a punto estaban de recurrir a la fuerza de la ley, se vino abajo y pudieron enterrar rápidamente a su padre.

No dijimos entonces que estuviera loca. Creímos que no le quedó más remedio que hacer lo que hizo. Recordamos a todos los jóvenes a los que su padre echó de su casa sin contemplaciones, y supimos que como ya no le quedaba nada hubo de aferrarse con uñas y dientes a lo que precisamente la desposeyó de todo, como suele suceder.

III

Estuvo mucho tiempo enferma. Cuando volvimos a verla apareció con el pelo muy corto, con un aire de muchachita, con un vago parecido con los ángeles de las vidrieras en la iglesia, entre trágica y serena.

El municipio acababa de contratar la pavimentación de las aceras; el verano siguiente a la muerte de su padre comenzaron las obras. La empresa constructora apareció con negros, mulas, máquinas, y con un capataz llamado Homer Barron, un yanqui robusto, moreno, bien dispuesto, con un vozarrón tonante y los ojos más claros que la cara. Los niños lo seguían en grupos para oír cómo insultaba a los negros y para oír a los negros cantar a la vez que levantaban los picos y los hundían en tierra. No tardó en conocer a todo el pueblo. Siempre que se oían risas por la plaza estaba Homer Barron en el centro del corro. A su debido tiempo empezamos a verle con la señorita Emily los domingos por la tarde en la calesa de ruedas amarillas, con la pareja de caballos bayos alquilados en la caballeriza.

Al principio nos alegró que alguien se interesara por la señorita Emily, porque las señoras dijeron que, «como es natural, una Grierson no tomará en serio a un norteño, a un jornalero». Pero hubo otros, personas de mayor edad, que afirmaron que ni siquiera la pena bastaría para que una verdadera dama olvidase eso del *noblesse oblige*, aunque sin llamarlo *noblesse oblige*.

—Pobre Emily —se limitaron a decir—. Sus parientes deberían echarle una mano.

Tenía familia en Alabama, aunque años atrás su padre había reñido con ellos por la herencia de la vieja señora Wyatt, la loca, y ya no existía comunicación entre ambas ramas de la familia. Ni siquiera mandaron representación al entierro.

Y tan pronto dijeron los viejos «pobre Emily», empezaron a circular los murmullos.

—¿Usted supone que es así? ¿De veras? —se decían unos a otros.

—Pues claro. ¿Qué otra cosa podría ser?

Y todo esto con la mano delante de la boca, con el susurro de la seda y el raso al estirar el cuello tras las celosías cerradas al sol del domingo por la tarde, a la vez que pasaba leve y ágil el clop-clop-clop de los caballos emparejados.

—Pobre Emily.

Ella iba con la cabeza bien alta, incluso cuando creímos que había caído en desgracia. Era como si más que nunca exigiera el reconocimiento de su dignidad en su condición de última Grierson, como si necesitara ese roce con lo terrenal para reafirmar su carácter inexpugnable. Como cuando compró el veneno para las ratas, el arsénico. Eso fue más de un año después de que comenzaran a decir «pobre Emily», mientras sus dos primas la visitaron.

—Quiero veneno —dijo al droguero. Pasaba ya de los treinta y seguía siendo una mujer enclenque, más delgada entonces que de costumbre, con una mirada fría y altiva, en un rostro cuya carne se tensaba sobre los pómulos y en las cuencas de los negros ojos, como cabría suponer que ha de ser la cara del vigilante de un faro—. Quiero veneno.

—Sí, señorita Emily. ¿De qué tipo? ¿Para las ratas y así? Le recom...

—Quiero el mejor que tenga. El tipo me da igual.

El droguero le enumeró varios.

—Podrían acabar incluso con un elefante. Pero lo que usted necesita es...

—Arsénico —dijo la señorita Emily—. ¿Ése es bueno?

—¿Bueno? ¿El arsénico? Sí, señorita. Pero lo que usted necesita...

—Quiero arsénico.

El droguero la miró de hito en hito. Ella le devolvió la mirada sin inmutarse, el rostro como una bandera tensada.

—Pues claro, cómo no —dijo el droguero—. Si es lo que desea... No obstante, la ley exige que indique en qué lo va a utilizar.

La señorita Emily se limitó a mirarle con el mentón alzado para mejor clavar los ojos en los suyos, hasta que el droguero apartó la mirada y trajo el arsénico y se lo envolvió. El chico negro de los recados fue quien le llevó el paquete; el droguero no volvió al mostrador. Cuando lo abrió, ya en casa, encontró escrito en la caja, bajo la calavera y los huesos cruzados: «Para ratas».

IV

—Se va a matar —dijimos todos al día siguiente, y dijimos que además sería lo mejor.

—Se va a casar con él —dijimos cuando empezamos a verla con Homer Barron.

—Aún le sabrá convencer —dijimos cuando el propio Homer, a quien le gustaba salir con hombres e ir a beber con los jóvenes en el Elks Club, comentó que no era un hombre con ganas de casarse.

—Pobre Emily —dijimos más adelante tras las celosías cuando pasaban los domingos por la tarde en la calesa reluciente, la señorita Emily con la cabeza bien alta y Homer Barron con el sombrero calado y un puro entre los dientes y las riendas y la fusta en un puño, en el guante amarillo.

Algunas de las señoras empezaron entonces a decir que era una deshonra para el pueblo y un mal ejemplo para los jóvenes. Los hombres no quisieron entrometerse, pero las señoras al final obligaron al pastor baptista —la familia de la señorita Emily era episcopaliana— a que le hiciera una visita. Nunca divulgó éste lo sucedido durante la entrevista, pero se negó a repetirla. Al domingo siguiente volvieron a salir en calesa por las calles; al día siguiente, la esposa del pastor escribió a los parientes que tenía la señorita Emily en Alabama.

Así volvió a tener bajo su techo a su parentela, y nosotros esperamos a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Al principio no pasó nada. Luego tuvimos la certeza de que se iban a casar. Supimos que la señorita Emily había estado en la joyería y había encargado varios artículos de tocador para hombre, de plata, con las iniciales H. B. grabadas en cada uno de ellos. Dos días después nos enteramos de que había comprado un traje completo de hombre, e incluso un camisón. «Se van a casar», nos dijimos. Nos alegramos de veras. Nos alegramos además porque las dos primas eran aún más Grierson de lo que nunca fue Emily.

Así que no nos sorprendió que Homer Barron —las aceras estaban terminadas desde algo antes— se marchara. Nos decepcionó un poco que no hubiese aviso público del fin de la relación, y por eso se pensó que se había

marchado para preparar la llegada de la señorita Emily, o para darle la ocasión de librarse de las primas. (Para entonces había una conjura; todos éramos aliados resueltos a ayudar a la señorita Emily a que burlase a las primas.) Y, cómo no, al cabo de una semana más se marcharon. Y, tal como habíamos supuesto, en sólo tres días Homer Barron había vuelto al pueblo. Un vecino vio al negro abrirle la puerta de la cocina cuando ya anochecía.

Y ésa fue la última vez que se supo de Homer Barron. Y de la señorita Emily durante algún tiempo. El negro entraba y salía con la cesta de la compra, pero la puerta de la casa permanecía cerrada. De cuando en cuando se le veía a ella en una de las ventanas un instante, como les sucedió a los hombres que aquella noche fueron a rociar los cimientos de la casa con cal viva, pero pasó casi seis meses sin aparecer por la calle. Supimos entonces que eso era lo que cabía esperar, como si aquella cualidad de su padre que tantas veces desbarató su vida de mujer hubiera sido demasiado virulenta, demasiado furiosa para morir del todo.

La próxima vez que vimos a la señorita Emily había engordado y peinaba canas. Con los años siguientes el cabello se le volvió cada vez más grisáceo, hasta alcanzar ese tono gris plomo, uniforme, y ya no le clareó más. Hasta el día mismo de su muerte, a los setenta y cuatro años, siguió teniéndolo de ese gris mate, plomizo, como el de un hombre todavía activo.

A partir de entonces, la puerta de su casa permaneció siempre cerrada, salvo durante un período de unos seis o siete años, cuando tendría ella cerca de cuarenta y daba clases de pintura en porcelana. Apañó un estudio en una de las habitaciones de la planta baja, en donde las hijas y las nietas de los contemporáneos del coronel Sartoris se prestaban a escucharla con la misma asiduidad, con el mismo espíritu con que acudían a la iglesia los domingos, con una moneda de veinticinco centavos para dejar de limosna en el cepillo. Entre tanto, se le dispensó de pagar impuestos.

La nueva generación pasó a ser entonces la espina dorsal y el espíritu del pueblo, y las alumnas de pintura que tuvo en su día crecieron y dejaron de acudir a sus clases, además de no enviar a sus hijas con sus cajas de colores, con los tediosos pinceles, con las ilustraciones recortadas de las revistas para mujeres. La puerta de la casa se cerró por última vez y quedó cerrada para siempre. Cuando se implantó en el pueblo el reparto gratuito de correo, sólo la señorita Emily, entre todos los vecinos, se negó a permitir que colocasen los números metálicos encima de su puerta y no dio permiso para que le instalaran allí un buzón. No les hizo caso.

A diario, mes a mes, año tras año, vimos al negro envejecer, encanecer,

encorvarse, entrando y saliendo con la cesta de la compra. Todos los meses de diciembre le enviamos una notificación fiscal, que era devuelta a la oficina de correos al cabo de una semana porque nadie la había recogido. De cuando en cuando la veíamos en una de las ventanas de la planta baja; era evidente que había cerrado la primera planta, como el torso tallado de un ídolo en un nicho; nos miraba o no nos miraba, nunca lo supimos del todo. Así fue pasando de generación en generación, querida por todos, ineludible, inexpugnable, tranquila y perversa.

Y así murió. Enfermó en la casa llena de polvo y sombras, con la sola asistencia de un criado negro que ya estaba gagá. Ni siquiera supimos nosotros que había enfermado; tiempo atrás habíamos dejado de intentar recabar alguna información por medio del negro. No hablaba con nadie, seguramente ni siquiera con ella, pues la voz se le había vuelto ronca y herrumbrosa, como si nunca la utilizase para nada.

Murió en una de las habitaciones de la planta baja, en una cama recia, de nogal, con dosel, la cabeza de cabellos grises apoyada en una almohada amarillenta y mohosa por la edad y por la falta de luz del sol.

V

El negro recibió a las primeras señoras en la puerta de la casa y las dejó pasar con sus voces calladas y sus cuchicheos, con sus miradas rápidas, movidas por la curiosidad, y desapareció. Atravesó despacio la casa entera y salió por la puerta de atrás. No se le volvió a ver.

Las dos primas llegaron de inmediato. El entierro se celebró al segundo día, y todo el pueblo fue a ver a la señorita Emily bajo una masa de flores compradas, con el retrato a lápiz de su padre meditabundo y ensimismado sobre el féretro y las señoras con sus cuchicheos, macabras, y los hombres más viejos con sus uniformes de confederados bien cepillados para la ocasión, en el porche y en el césped de la entrada, hablando de la señorita Emily como si hubiera sido coetánea de todos ellos, creyendo incluso, alguno, que había bailado con ella y que acaso la llegó a cortejar, confundiendo el tiempo con su progresión matemática, como les suele pasar a los viejos, para los cuales el pasado no es una carretera que disminuye poco a poco, sino una enorme pradera que ni siquiera el invierno roza, separada de ellos tan sólo

por el cuello de botella que forma la decena de años más recientes.

Ya sabíamos que había una habitación en esa región, en lo alto de las escaleras, que nadie había visto en cuarenta años, y que habría que forzar. Esperaron a que la señorita Emily estuviera decentemente enterrada antes de abrirla.

La violencia con que se echó abajo la puerta pareció impregnar la habitación de un polvo que todo lo impregnara. Una capa fina, acre, como de ultratumba, parecía haberse posado en la habitación entera, amueblada y adornada como para una noche de bodas: sobre la cenefa de cortinas de un color rosa apagado, sobre las lámparas de pantalla rosada, sobre la delicada disposición de los frascos de cristal y sobre los efectos de tocador para hombre, de mangos de plata bruñida, una plata tan bruñida que las iniciales inscritas apenas se veían. Entre todos ellos había un cuello duro y una corbata que parecía que alguien se acabase de quitar, que al tomarlos alguien dejaron en la superficie un pálido creciente inscrito en la fina capa de polvo. Sobre una silla estaba colgado el traje, doblado con todo esmero; debajo, los dos zapatos callados y los calcetines olvidados.

El hombre yacía en la cama.

Durante un buen rato allí nos quedamos, contemplando la sonrisa profunda y descarnada. El cadáver aparentemente había yacido alguna vez en la actitud de un abrazo, pero el largo sueño que sobrevive al amor, que conquista incluso la mueca del amor, le había puesto los cuernos. Lo que de él quedaba, podrido bajo lo que quedaba del camisón de dormir, era ya inseparable de la cama en que yacía; sobre él, y sobre la almohada, se había posado esa capa de polvo paciente e inmisericorde.

Vimos entonces que en la otra almohada quedaba la oquedad dejada por una cabeza. Uno de nosotros tomó algo de ella, y al inclinarse, con el polvo seco y acre en las fosas nasales, vimos una hebra de largos cabellos grises como el plomo.^[*]

La melena

I

Esa chica, la tal Susan Reed, era huérfana. Vivía acogida con una familia, los Burchett, que tenía más hijos, dos o tres más. Unos decían que Susan era sobrina o prima o lo que fuera; otros ponían en entredicho el carácter de Burchett, e incluso las intenciones de su señora: ya se sabe. Esto, sobre todo, era cosa de las mujeres.

Tendría unos cinco años cuando Hawkshaw llegó a la ciudad.^[15] Fue durante su primer verano en la peluquería de Maxey cuando la señora Burchett llevó a Susan por primera vez. Maxey me contó que tanto él como los demás peluqueros vieron a la señora Burchett empeñarse a lo largo de tres días en conseguir que Susan (era una niña flaca entonces, con ojos grandes, ojos de susto permanente, y un cabello liso, largo, ni rubio ni castaño) entrase por las buenas en la peluquería. Y Maxey contó que al final fue Hawkshaw el que salió a la calle y se trajinó a la niña durante un cuarto de hora por lo menos, hasta lograr que entrase y se acomodase en la silla del peluquero, y eso que Hawkshaw nunca había dicho más que sí o no a cualquier hombre o mujer de la ciudad, al menos por lo que de él se sabía.

—Una mano me juego si no estaba clarísimo que Hawkshaw estuvo esperando a que llegara. A mí al menos así me lo parece —me dijo Maxey.

Ésa fue la primera vez que le cortaron el pelo. Fue Hawkshaw quien le cortó el pelo, mientras ella permanecía sentada bajo el delantal como un conejillo aterrado. Pero seis meses después entró ella sola en la peluquería y se prestó a que Hawkshaw le cortase el pelo, todavía con la pinta de una coneja vieja y aterrada, con cara de susto, con los ojos grandes, y una mata de pelo nada especial que asomaba por encima del vestido. Luego, si Hawkshaw estaba ocupado, Maxey dijo que la chica aparecía y se sentaba en el banco a esperar, cerca de su silla, hasta que Hawkshaw se quedara libre, con las piernas siempre estiradas, muy pendiente. Dice Maxey que la consideraban clienta de Hawkshaw, tal como si hubiera sido un

cliente que llegara para afeitarse un sábado por la noche. Dice que una vez el otro peluquero, Matt Fox, se ofreció a atenderla, puesto que Hawkshaw estaba ocupado, y que lo miró como una centella.

—Termino en un voleo —dijo—. Yo me ocupo de ella.

Maxey me dijo que Hawkshaw llevaba casi un año trabajando para él, y que ésa fue la primera vez que le oyó hablar con decisión acerca de algo.

En el otoño de aquel año la niña empezó a ir a la escuela. Pasaba por delante de la peluquería todas las mañanas y todas las tardes. Seguía siendo tímida, caminaba deprisa, como suelen las niñas de su edad, y su cabecita entre rubia y castaña pasaba por delante del escaparate veloz y sin alterarse, como si fuera patinando. Al principio siempre iba sola, pero al poco su cabeza, al pasar, era una más de un montón de cabezas, que charlaban entre sí y no miraban para nada al escaparate, mientras Hawkshaw estaba de pie allí delante, atento a todo lo que se moviese allí fuera. Maxey dijo que ni Matt ni él tenían siquiera necesidad de echar un vistazo al reloj para saber cuándo eran las ocho menos cinco y las tres menos cinco, porque les bastaba con mirar a Hawkshaw. Era como si se dejase llevar hasta el escaparate sin darse cuenta él mismo de que lo hacía, y allí se quedaba mirando a la calle, a la hora en que empezaban a pasar los niños que iban o venían del colegio. Cuando ella iba a la peluquería a cortarse el pelo, Hawkshaw le daba dos o tres de esos caramelos de menta de los que en cambio daba uno a los otros niños, eso me lo dijo Maxey.

No, fue Matt Fox, el otro peluquero, quien me lo dijo. Él me contó lo de la muñeca que le regaló Hawkshaw por Navidad. No sé cómo lo averiguó. No fue Hawkshaw quien se lo dijo. Pero de algún modo lo llegó a saber; sabía más de Hawkshaw que Maxey. Estaba casado Matt. Era un tipo gordo, fofo, con cara pastueña, con unos ojos que parecían cansados, o tristes, o lo que fuera. Tenía su gracia, y era casi tan buen peluquero como Hawkshaw. Tampoco es que hablara mucho, y no sé cómo es que llegó a saber tantas cosas de Hawkshaw; un tipo hablador no era capaz de sacarle gran cosa. A lo mejor, será que un tipo hablador no suele tener tiempo para enterarse de muchas cosas; bastante ocupado está enterándose de cómo son las palabras.

De todos modos, Matt me contó que Hawkshaw siempre le hacía un regalo por Navidad, incluso cuando la chica se hizo mayor. Ella seguía yendo a verle, a sentarse en su sillón de peluquero, y él la veía todas las mañanas y todas las tardes cuando pasaba por delante a la ida y a la vuelta del colegio. Se había hecho mayor, y

de tímida ya no tenía un pelo.

Nadie hubiera dicho que era la misma chica. Había crecido muy deprisa. Demasiado deprisa. Eso es lo malo. Algunos dijeron que siendo huérfana y todo eso... Pero no era eso. Las chicas son distintas de los chicos. Las chicas nacen destetadas y los chicos nunca se llegan a destetar. Uno ve a un tipo de sesenta años y a mí que no me digan que no es capaz de volverse al cochecito de niños en un visto y no visto.

No es que fuese mala. Eso que se llama una mala mujer no existe, porque todas son malas de nacimiento, nacen con la maldad puesta. Lo suyo es conseguir que se casen antes de que la maldad llegue a ser lo natural y la cosa se ponga peor. En cambio, nos empeñamos en que se amolden a un sistema según el cual no se pueda casar la mujer mientras no llegue a cierta edad. Y la naturaleza no atiende a sistemas, ni menos aún los atienden las mujeres, como no atienden a nada. Ésta lo que pasa es que creció muy deprisa. Llegó al punto en el que la maldad alcanza su máximo antes de que el sistema le diga si era hora o no. Eso no se puede evitar. Yo tengo una hija, sé bien lo que me digo.

Total, que allí estaba la chica. Matt me dijo que echaron cuentas y que era imposible que tuviera más de trece años cuando la señora Burchett la sacudió un día por ponerse colorete y carmín, y durante todo ese año, me dijo, la vieron por la calle a todas horas con otras dos o tres chicas, riéndose por lo bajo, o riéndose como una fresca, cuando tendrían que haber estado en el colegio; seguía siendo flacucha, con esa melena que no era ni rubia ni morena, la cara embadurnada de pintura, tanto que parecía que se le fuese a resquebrajar como el barro reseco cuando se echaba a reír, con el habitual vestidito de algodón y con esos trapos que una niña de trece años tiene que llevar bien estirados, ceñidos, para lucir lo que nunca tuvo que lucir, enseñándose como las chicas ya mayores con sus vestidos de seda y demás.

Matt dijo que la vio pasar de largo un día, y que de repente se dio cuenta de que no llevaba medias. Dijo que se paró a pensarlo y que no alcanzaba a recordar que nunca hubiera llevado medias en verano, hasta que se dio cuenta de que no es que se hubiera fijado en que no llevara medias, sino que se fijó en las piernas: piernas de mujer, unas piernas bien torneadas. Y no tenía más que trece añitos.

A mí me da que ella no lo podía remediar. No es que fuese culpa suya. Y tampoco es que fuese culpa de Burchett. Caramba, si nadie podrá ser tan amable con ellas, con las malas, con las que tienen la mala pata de malearse tan pronto, tanto como lo son los hombres. Basta con ver cómo trataban a Hawkshaw todos los

hombres del pueblo. Aun después de que todos lo supieran, después de que empezasen las habladurías, no hubo uno solo que dijera nada delante de Hawkshaw. Digo yo que se suponía que también él estaba enterado, que le habían llegado las habladurías, pero siempre que hablaban de la chica en la barbería era cuando no estaba Hawkshaw. Y digo yo que los demás eran iguales, porque no había uno solo que no hubiera visto a Hawkshaw asomarse al escaparate a mirarla cuando pasaba, o mirándola por la calle; hacía como si por casualidad pasara por delante del cine a la hora de la salida, cuando salía ella con algún tipo, con los que había empezado a salir sin haber cumplido catorce años siquiera. La gente decía que tenía que escaparse para salir con ellos y entrar de nuevo de tapadillo en la sala mientras la señora Burchett creía que estaba en casa de una amiga.

Nunca hablaban de ella cuando estaba delante Hawkshaw. Esperaban a que se marchase a comer, o que se tomase unas vacaciones, como hacía durante dos semanas de abril, de las que nadie averiguó nunca nada. Lo cierto es que él se iba y los demás se ponían a mirar a la chica, que salía de tapadillo a cortejar peligros, destinada a correr peligro de verdad tarde o temprano, por más que Burchett antes no se enterase de nada. Había dejado los estudios un año antes. Durante todo un año, Burchett y su señora creyeron que iba al colegio a diario, cuando lo cierto es que la chica ni siquiera pisaba el edificio. Alguno, puede ser que alguno de los chicos del instituto, aunque a ella le daba lo mismo, y podían ser chicos del instituto o del colegio, u hombres casados, alguno le pasaba un boletín de notas todos los meses para que ella lo rellenase como quisiera y se lo llevase a casa para que se lo firmase la señora Burchett. A saber cómo, pero los que aman a una mujer se dejan engañar por ella.

Así que dejó los estudios y empezó a trabajar en la tienda de baratillo. Iba a la peluquería a cortarse el pelo e iba toda pintarrajeada, con algún vestidito fino y descolorido con el que lo enseñaba todo, atenta y atrevida y discreta, todo a la vez, con el pelo arreglado y una permanente con mucha laca. Pero ni con todo lo que se echase podría haber cambiado aquel color de pelo que tenía, entre rubio y castaño. La melena no había cambiado en absoluto. No siempre se dirigía al sillón de Hawkshaw. A veces, aunque estuviera el sillón vacío, ocupaba alguno de los otros y charlaba con los demás peluqueros, llenando la peluquería de ruido y de perfume, con las piernas bien visibles por debajo de la tela del delantal. Hawkshaw en esos momentos no la miraba. Hasta cuando no estaba ocupado tenía una manera curiosa de aparentar que lo estaba: concentrado y cabizbajo, como si se las diera de estar ajetreado, disimulando tras la apariencia.

Así estaban las cosas cuando hace dos semanas él se marchó, pues se había

tomado esas vacaciones que siempre se tomaba en abril, esos viajecitos de los que nadie sabe nada, de los que hace ya diez años todo el mundo desistió de saber nada. Llegué a Jefferson un par de días después de que se marchara, y fui a la peluquería. Estaban hablando de ella y de él.

—¿Y le sigue haciendo regalos por Navidad? —dije.

—Hace dos años le compró un reloj de pulsera —dijo Matt Fox—. Sesenta pavos le costó.

Maxey estaba afeitando a un cliente. Hizo un alto con la navaja en la mano, la hoja llena de espuma.

—Pues a mí que no me jodan —dijo—. Entonces por fuerza tuvo que... Te acordarás que fue el primero, el que...

Matt no se había vuelto a mirarlo.

—Todavía no se lo ha dado —dijo.

—Allá se las componga él con su tiempo y su racanería —dijo Maxey—. Cualquier viejo que se ponga a tontear con una chica tiene que estar mal de la cabeza. Pero un tío que encima la engaña y luego no se lo paga con nada...

Matt sí se dio la vuelta a mirarlo; también él afeitaba en ese momento a un cliente.

—¿Y tú qué dirías si la razón por la cual no se lo ha dado es que a su entender ella es aún demasiado chica para recibir joyas de alguien que no sea su pariente, eh?

—¿Me estás diciendo que no lo sabe? ¿Él no sabe lo que sabe todo el mundo en el pueblo, quitando a lo mejor al señor y la señora Burchett? ¡Si lo saben todos desde hace ya tres años...!

Matt volvió a lo que tenía entre manos, moviendo el codo con agilidad, dando breves sacudidas.

—¿Y cómo lo iba a saber? A él no se lo diría nadie más que una mujer, y no conoce a ninguna, quitando la señora Cowan. Y a mí me da que ésa seguramente piensa que él ya se ha enterado.

—Eso es así —dice Maxey.

Así estaban las cosas cuando él se fue de vacaciones hace dos semanas. Hice lo que tenía que hacer en Jefferson en día y medio y seguí mi ruta. A mediados de la semana siguiente llegué a Division. No me di ninguna prisa. Quise que él tuviera tiempo. Era miércoles por la mañana cuando llegué.

II

Si alguna vez hubo amor, cualquiera hubiese dicho que Hawkshaw la había olvidado. Pero quiero decir amor, claro está. Cuando lo conocí hace trece años (acababa de empezar a ser viajante, por el norte de Mississippi y por Alabama, vendiendo un muestrario de camisas y petos de trabajo), sentado en el sillón de una barbería de Porterfield, me dije: «Éste es un solterón de los pies a la cabeza. Éste nació siendo soltero y con cuarenta años».

Era menudo, de tez arenosa, y tenía una cara de la que no se acordaría uno, que no reconocería uno ni pasados diez minutos, además de vestir un traje azul, de sarga, y una corbata negra, de lazo, de las que se abrochan por detrás y se venden con el nudo ya hecho. Maxey me contó que aún llevaba el traje de sarga y la corbata de lazo cuando se bajó de un tren con rumbo sur que hacía parada en Jefferson, un año más tarde; me contó que llevaba una de esas maletas de simlicuero. Y cuando al año siguiente lo volví a ver en Jefferson, detrás del sillón de la peluquería de Maxey, de no haber sido por el sillón no lo hubiera reconocido ni de broma. La misma cara, la misma corbata; que no me digan si no era como si lo hubieran extraído con pinzas, sillón y cliente incluido, y lo hubiesen colocado a sesenta millas de distancia sin que faltase nada de nada. Tuve que volver a mirar por el escaparate, a la plaza, para cerciorarme de que no estaba en Porterfield un año antes. Y ésa fue la primera vez en que me di cuenta de que cuando estuve en Porterfield unos seis meses antes él no estaba.

Fue tres años después de aquello cuando supe más de él. Iba a Division unas cinco veces al año, un almacén y un colmado y cuatro o cinco casas y una serrería ya en la frontera entre Mississippi y Alabama. Una de las casas me había llamado la atención. Era una buena casa, una de las mejores, y siempre estaba cerrada. Cuando llegaba a Division a finales de la primavera o a comienzos del verano, siempre

había señales de que alguien había trabajado alrededor de la casa. La parcela estaba limpia de malas hierbas, los arriates de flores bien cuidados, la valla y el tejado reparados tras el invierno. Luego, cuando me tocaba volver a Division más o menos en otoño, o empezado el invierno, la parcela volvía a estar llena de malas hierbas, y alguna de las estacas de la valla había desaparecido, seguramente porque alguien las había arrancado para reparar su valla, o para leña, eso no lo sé. Y la casa estaba siempre cerrada; nunca salía humo por la chimenea de la cocina. Así que un día pregunté al dueño del colmado, y él me lo contó.

Había sido propiedad de un hombre apellidado Starnes, pero había muerto toda la familia. Se les consideraba muy buena gente, porque eran dueños de unas tierras que tenían hipotecadas. Starnes era uno de esos tipos perezosos, que se daba por contento con ser dueño de unas tierras al menos mientras tuviera lo suficiente para comer y un poco de tabaco para pasar el rato. Tenían una hija que se hizo novia de un joven, del hijo de un agricultor que tenía un terreno arrendado. A la madre no le gustó la idea, pero Starnes no puso ningún reparo. A lo mejor el joven (se llamaba Stribling) era un chico honrado, y buen trabajador; a lo mejor Starnes era demasiado perezoso para poner objeciones. Lo cierto es que se anunció públicamente el compromiso y Stribling ahorró dinero y fue a Birmingham a aprender la profesión de barbero. Parte del trayecto la hizo en carretas, de gorra, y otra parte la hizo a pie, volviendo todos los veranos para ver a la chica.

Un buen día se murió Starnes cuando estaba sentado en su silla en el porche; dijeron que era demasiado perezoso para seguir respirando, y mandaron llamar a Stribling. Me enteré de que se había montado un buen negocio en una peluquería de Birmingham, y de que había ahorrado dinero; me dijeron que ya tenía elegido el apartamento y que había hecho el pago inicial por los muebles y todo lo demás, y que se iban a casar ese verano. Volvió. Todo lo que había pagado en su vida Starnes era una hipoteca, así que Stribling tuvo que costear el entierro. Le salió por un buen pico, por bastante más de lo que valía Starnes, pero había que contentar a la señora Starnes. Así que Stribling tuvo que empezar a ahorrar de nuevo.

Pero ya había alquilado el apartamento y había pagado el adelanto de los muebles y las alianzas y además había pagado por la licencia matrimonial cuando otra vez lo mandaron llamar con prisas. Esta vez fue la chica. Había contraído no sé qué enfermedad. Esta gente de las regiones más atrasadas ya se sabe cómo son: no valen los médicos ni los veterinarios, en caso de que los haya. Se llevan un buen tajo, se les pega un tiro, y no pasa nada. En cambio, que se pesquen un resfriado y a lo mejor se reponen o a lo mejor se mueren de cólera en menos de dos días. Estaba delirando cuando llegó Stribling. Tuvieron que cortarle la melena del todo. Eso lo

hizo Stribling, que era todo un experto, un profesional, se podría decir, y además de la familia. Me dijeron que era de todos modos una de esas chicas de salud frágil, delgaducha, con una melena abundante, ni rubia ni castaña.

No llegó a verle, no llegó a saber quién le cortó todo el pelo. Así se murió, sin haberse enterado de nada, sin saber siquiera, seguramente, que se había muerto. No dejaba de decir una sola cosa: «Cuidad de mamá. La hipoteca. A papá no le gustará que la cosa quede así de mal. Llamad a Henry. (Y sí, qué quieres: era él, Henry Stribling, al que llaman Hawkshaw: yo lo vi al año siguiente en Jefferson. «Tú eres Henry Stribling», le dije.) La hipoteca. Cuidad de mamá. Llamad a Henry. La hipoteca. Llamad a Henry». Y se murió. Había una foto de la chica, la única foto de ella que tenían. La mandó Hawkshaw, junto con un rizo de la melena que le había cortado, a la dirección de una revista de agricultura, para que con su cabello se adornase el marco del retrato. Pero se perdieron las dos cosas, el rizo y la foto, se perdieron no sé cómo en el correo. En todo caso, él no recuperó nunca ni lo uno ni lo otro.

También enterró a la chica, y al año siguiente (tuvo que volver a Birmingham y librarse del apartamento con el que se había comprometido, y de los muebles, para poder empezar a ahorrar de nuevo) puso una lápida en su tumba. Se marchó entonces otra vez y se enteraron de que había dejado la peluquería de Birmingham. Dejó el trabajo sin más y desapareció, y a todos les dio por decir que con el tiempo hubiera llegado a ser el dueño de la peluquería. Pero lo dejó, y cuando llegó el mes de abril, antes de que se cumpliera el aniversario de la muerte de la chica, apareció de nuevo. Fue a ver a la señora Starnes y al cabo de dos semanas se marchó.

Cuando se fue se enteraron de que había pasado por el banco de la capital del condado para pagar los intereses de la hipoteca. Eso mismo lo hizo año tras año hasta que murió la señora Starnes. Y es que se murió cuando él estaba allí. Dedicó dos semanas a limpiar y adecentar la casa para que ella estuviera cómoda durante otro año más, y ella se lo permitió, por algo era de mejor familia que él, que era uno de esos arribistas que hay en todas partes. Y entonces se murió la vieja.

—Ya sabe lo que dijo Sophie que había que hacer —le dice—. La hipoteca. El señor Starnes estará preocupado cuando lo vea.

Así que también la enterró a ella. Pagó otra lápida que hubiera sido de su gusto. Comenzó entonces a pagar el capital principal de la hipoteca. Starnes tenía familia en Alabama. La gente de Division supuso que la parentela iría a reclamar la propiedad de la casa. Pero a lo mejor la parentela quedó a la espera de que

Hawkshaw liquidase del todo la hipoteca. Hizo el pago anualmente, cuando iba a limpiar y a adecentar la casa. Dijeron que limpiaba y adecentaba como una mujer, que fregaba a fondo y hasta los últimos detalles. Le llevaba dos semanas, siempre en abril. Luego se marchaba sin que nadie supiese adónde iba, y todos los años, por abril, regresaba a formalizar el pago en el banco y a limpiar y recoger una casa desierta que nunca le perteneció.

Cinco años llevaba haciéndolo cuando lo vi en la peluquería de Maxey, en Jefferson, al año siguiente de haberlo visto en Porterfield, con su traje azul, de sarga, y su corbata negra, de lazo. Maxey dijo que así iba vestido cuando se bajó del tren con rumbo sur que hacía parada en Jefferson, con una maleta de simlicuero. Maxey dijo que lo vieron durante dos días en la plaza, sin que pareciera conocer a nadie ni tener asuntos pendientes ni prisa ninguna, caminando tan sólo por la plaza, como si estuviera echando un vistazo.

Fueron los más jóvenes, los vagos que haraganean tirando los dólares o jugándoselos a la entrada del club social,^[16] mientras esperan a que salgan las jovencitas y pasen riéndose por lo bajo, al caer la tarde, por delante de la oficina de correos cuando van a tomarse un helado o un refresco, meneando las caderas con sus vestidos bien prietos, dejando a su paso el olor de sus perfumes. Dijeron que era detective, tal vez porque eso era lo único que alguien hubiera supuesto. Por eso le pusieron Hawkshaw por sobrenombre, y siguió siendo Hawkshaw durante los doce años que estuvo en Jefferson, atento a su cliente en el sillón de la peluquería de Maxey. A Maxey le dijo que era de Alabama.

—¿De qué parte? —le preguntó Maxey—. Alabama es muy grande. ¿De Birmingham? —insistió, porque Hawkshaw daba la impresión de haber llegado de casi cualquier parte de Alabama, salvo de Birmingham.

—Sí, de Birmingham.

Y eso fue todo lo que sacaron en claro hablando con él, hasta que por pura casualidad me fijé en él al verlo tras el sillón, y recordé haberlo visto en Porterfield.

—¿En Porterfield? —dijo Maxey—. Mi cuñado es el dueño de esa peluquería. ¿Quiere decir que trabajó en Porterfield el año pasado?

—Sí —dijo Hawkshaw—. Allí estaba.

Maxey me contó lo de las vacaciones que se tomaba: que Hawkshaw no quería tomarse las vacaciones de verano, que en cambio exigía dos semanas en abril.

Que nunca le dijo por qué. Maxey dijo que abril era un mes con mucha faena para tomarse unas vacaciones, y que Hawkshaw se ofreció a trabajar hasta entonces, para dejar entonces el empleo.

—¿Entonces quieres dejarlo? —Maxey dijo que aquello fue en verano, después de que la señora Burchett hubiese llevado a Susan Reed a la peluquería por vez primera.

—No —dijo Hawkshaw—. Esto me gusta. Pero quiero dos semanas libres en abril.

—¿Por asuntos de negocios? —dijo Maxey.

—Por asuntos —dijo Hawkshaw.

Cuando Maxey se tomaba sus vacaciones, iba a Porterfield a visitar a su cuñado; es posible que afeitase a los clientes del cuñado, como un marino que pasara sus vacaciones en un bote de remo, en un lago artificial. El cuñado le contó que Hawkshaw había trabajado en su peluquería, que no quiso tener vacaciones hasta el mes de abril, que se marchó y que no volvió nunca.

—Dejará de trabajar contigo de la misma manera —dijo el cuñado—. Trabajó en una peluquería de Bolivar, Estado de Tennessee, y en una de Florence, Estado de Alabama. En las dos estuvo un año, de las dos se fue igual. No quiso volver. Tú espera y verás.

Maxey dijo que volvió y por fin le sonsacó a Hawkshaw que había trabajado un año en seis u ocho ciudades distintas de Alabama, Tennessee y Mississippi.

—¿Por qué las dejaste? —preguntó Maxey—. Eres un buen barbero, y uno de los mejores peluqueros de niños que he conocido. ¿Por qué las dejaste?

—Es que andaba echando un vistazo tan sólo —dijo Hawkshaw.

Llegó el mes de abril y se tomó las dos semanas de vacaciones. Se afeitó y llenó con sus cosas la maleta de similicuerdo y tomó el tren con rumbo norte.

—Entonces, vas a ver a alguien —dijo Maxey.

—Un buen trecho más allá —dijo Hawkshaw.

Se marchó con su traje azul, de sarga, y su corbata negra, de lazo. Maxey me dijo que dos días más tarde se supo que Hawkshaw había retirado del banco todos los ahorros del año. Se había alojado en casa de la señora y se hizo miembro de la iglesia y no gastó ni un centavo. Ni siquiera fumaba. Así que digo yo que Maxey y Matt y seguro que todo Jefferson pensó que había ahorrado energía suficiente para aguantar un año sin trabajar y que se había tomado un sabático particular que iba a pasar entre los burdeles de Memphis. Mitch Ewing, el agente del depósito de mercancías ferroviarias, vivía también en casa de la señora Cowan. Él contó que Hawkshaw había comprado un billete de tren para ir sólo hasta el enlace.

—De allí puede ir a Memphis, a Birmingham o a Nueva Orleans —dijo Mitch.

—En todo caso, lo cierto es que se ha ido —dijo Maxey—. Y te aseguro que a ese tipo no se le volverá a ver por este pueblo.

Y eso es lo que pensó todo el mundo hasta dos semanas después. A los quince días Hawkshaw llegó a pie a la peluquería, a la misma hora de siempre, como si ni siquiera hubiera salido de la ciudad. Se quitó la chaqueta y se puso a afilar sus navajas. Nunca dijo a nadie dónde había estado. Tan sólo un buen trecho más allá.

Algunas veces he pensado que se lo tendría que contar a todos ellos. Cuando fuese a trabajar a Jefferson y me lo encontrase detrás de su sillón. No había cambiado, no había envejecido, tal como no había cambiado la melena de aquella chica, de Susan Reed, a pesar de toda la laca y de los tintes que se pusiera. Pero a la vuelta de sus vacaciones —tan sólo un buen trecho más allá— se pasaba todo el año ahorrando, yendo a la iglesia los domingos, con la bolsa de caramelos de menta para los niños que tuviese que atender en la peluquería, hasta que le llegaba el momento de tomar su maleta de simelicuero y retirar sus ahorros de todo el año para volver a Division a pagar la hipoteca y a limpiar la casa.

A veces, cuando yo aparecía por Jefferson, ya se había marchado. Maxey me contaba que le había cortado el pelo a la tal Susan Reed, tijeretazo va, tijeretazo viene, sujetándole el espejo para que se viera bien, como si fuera una actriz.

—A ella no le cobra —dijo Matt Fox—. Es él quien paga el cuarto de dólar, lo saca de su bolsillo y lo deja en la caja.

—Eso es asunto suyo —dijo Maxey—. Yo lo único que quiero es ese cuarto de

dólar, y me da igual de dónde salga.

«A lo mejor ése es el precio de la chica», hubiera dicho yo tal vez cinco años después. Y es que por fin se metió en complicaciones. Al menos, eso es lo que dijeron. Yo no lo sé, quitando que cuando se habla de las chicas, o de las mujeres, la mayor parte de lo que se dice es por envidia o en represalia, porque las que suelen hablar son las que no se atreven y son las que no supieron. Pero mientras él estaba ausente durante el mes de abril se murmuró, y mucho, en torno a los peligros y los líos en los que por fin se metió, cuando se medicó ella solita con un frasco de aguarrás y se puso muy enferma.

Fuera como fuese, no se la vio por las calles durante unos tres meses; unos dijeron que estuvo en un hospital de Memphis, y que cuando volvió a la peluquería se acomodó en el sillón de Matt, aunque el de Hawkshaw estaba libre, igual que había hecho otra vez a lo mejor para provocarle. Maxey dijo que parecía un fantasma pintado, que estaba demacrada, dura de facciones, a pesar del vestido de colores y de todo lo demás, cuando la vio sentada en el sillón de Matt, llenando toda la peluquería con su cháchara y sus risas y su perfume y sus piernas, largas y esbeltas, y desnudas, y que Hawkshaw se las dio de estar ajetreado detrás de su sillón, que estaba libre.

Algunas veces he pensado que se lo tendría que contar a todos ellos. Pero nunca se lo conté a nadie más que a Gavin Stevens. Es el fiscal del distrito, un tipo inteligente: nada que ver con el abogado pedagogo al uso, el que se prevale de su cargo. Estudió en Harvard, y cuando me falló la salud (yo era contable en un banco de Gordonville y me falló la salud y conocí a Stevens en un tren, a la vuelta de Memphis, cuando volvía a casa del hospital) él fue quien me sugirió que dejase de ser viajante y me consiguió un empleo en esta empresa. Se lo conté hace un par de años.

—Y ahora resulta que la chica se lo está poniendo crudo, y él es demasiado mayor para buscar a otra y criarla —dije—. Y algún día habrá terminado de pagar la casa y esos Starnes de Alabama podrán ir a quedársela y estará acabado. ¿Qué le parece que hará entonces?

—No lo sé —dijo Stevens.

—A lo mejor se larga a donde sea a estirar la pata —dije.

—Puede ser, sí —dijo Stevens.

—En fin —dije—, no será el primero que se líe a pelear contra molinos de viento.

—Tampoco será el primero que estire la pata —dijo Stevens.

III

Así que la semana pasada fui a Division. Era miércoles cuando llegué. Cuando vi la casa, estaba recién pintada. El dueño del colmado me dijo que el pago que había hecho Hawkshaw era el último que le quedaba, y que la hipoteca de Starnes estaba terminada de pagar.

—Ahora, los Starnes de Alabama podrán venir a quedársela —dijo.

—De todos modos, Hawkshaw ha hecho lo que le prometió hacer a la señora Starnes —dije.

—¿Hawkshaw? —dijo—. ¿Es así como lo llaman? Pues vaya, hay que joderse. Hawkshaw. Hay que joderse, desde luego.

Pasaron tres meses antes de que volviese yo a Jefferson. Cuando pasé por delante de la peluquería, eché un vistazo sin pararme. Y había otro tipo detrás del sillón de Hawkshaw, un tipo todavía joven. «Me pregunto si Hawk se habrá dejado la bolsa de los caramelos de menta», dije para mí. Pero no me paré a averiguarlo. Sólo me dije: «Vaya, pues por fin se ha marchado», preguntándome adónde iría cuando se hiciera viejo y ya no se pudiera cambiar de ciudad, y si probablemente iba a estirar la pata detrás de un sillón, en una pequeña peluquería de pueblo, en mangas de camisa, con la corbata negra, de lazo, y los pantalones de sarga.

Me fui a ver a mis clientes, comí, y por la tarde fui al despacho de Stevens.

—Veo que tienen un nuevo barbero en la ciudad —dije.

—Sí —dijo Stevens. Estuvo mirándome un rato antes de preguntar—: ¿No se ha enterado?

—¿Enterarme? ¿De qué? —dije. Y dejó de mirarme.

—Recibí su carta —dijo—, en la que me decía que Hawkshaw había terminado de pagar la hipoteca y había pintado la casa. Cuéntemelo.

Así que le conté que había llegado a Division al día siguiente de que se fuese Hawkshaw. Estaban hablando de él en el porche, a la entrada del colmado, preguntándose cuándo iban a llegar los Starnes de Alabama. Había pintado la casa él mismo, y había adecentado las dos tumbas; supongo que no quiso molestar a Starnes limpiando la suya. Había restregado también las lápidas, y había plantado un retoño de manzano sobre la tumba de la chica. Estaba en flor, y con lo que allí se contaba de él me entró curiosidad por conocer el interior de la casa. El dueño del colmado tenía la llave, y dijo que seguramente a Hawkshaw no le parecería mal.

Estaba el interior de la casa limpio como un hospital. Los fogones estaban brillantados, la caja de la leña llena. El dueño del colmado me contó que eso lo hacía Hawkshaw todos los años, que llenaba la provisión de la leña antes de marcharse.

—Los parientes de Alabama lo agradecerán —dije. Pasamos a la sala. Había un gramófono en uno de los rincones y una lámpara y una Biblia sobre la mesa. La lámpara estaba limpia, el depósito del aceite vacío y limpio; ni siquiera se notaba el olor a aceite. La licencia matrimonial estaba enmarcada, colgada sobre la repisa de la chimenea como si fuese un cuadro. Estaba fechada el 4 de abril de 1905.

—Aquí es donde guarda el registro de los pagos de la hipoteca —dijo el dueño del colmado (que se apellida Bidwell). Fue a la mesa y abrió la Biblia. En las guardas estaban anotados los nacimientos y las defunciones en dos columnas. La chica se llamaba Sophie. Encontré su nombre en la columna de los nacimientos, y en la columna de las defunciones era la penúltima. La había anotado la señora Starnes. Parecía que le hubiera llevado diez minutos escribirla. Decía así:

Sofy starnes mureó el 16 de abril de 1905.

Hawkshaw había escrito la última; estaba escrita con buena letra, clara, con caligrafía de contable:

Señora de Will Starnes. 23 de abril de 1916.

—El registro de los pagos estará en la otra guarda —dijo Bidwell.

Lo buscamos. Ahí estaba, en una columna bien ordenada, de puño y letra de Hawkshaw. Empezaba el 16 de abril de 1917, con 200 dólares. La siguiente entrada

era la correspondiente al pago en el banco: 16 de abril de 1918, 200 dólares; seguida del 16 de abril de 1919, 200 dólares; 16 de abril de 1920, 200 dólares; y así, sucesivamente, hasta la última: 16 de abril de 1930, 200 dólares. Sumó entonces las cifras de la columna, trazó una raya y debajo anotó:

Pagado en su totalidad. 16 de abril de 1930.

Parecía una frase tomada de uno de los cuadernos de caligrafía de las antiguas escuelas de la administración, como si la letra hubiese florecido a su pesar. No daba la impresión de estar escrita con ánimo de presumir; era como si hubiese florecido, al final, o como si hubiese brotado de la pluma antes de que él pudiera impedirlo.

—Así que hizo exactamente lo que le había prometido —dijo Stevens.

—Eso es lo mismo que le dije yo a Bidwell —dije.

Stevens siguió hablando como si no me hubiera hecho mucho caso.

—Así que la anciana pudo descansar en paz. Supongo que eso es lo que quiso decir la pluma cuando se le escapó de la mano como si tuviera vida propia: que ya podía por fin descansar en paz. Y eso que él no tendrá mucho más de cuarenta y cinco años. No mucho más.

No mucho más, salvo que cuando anotó «Pagado en su totalidad» al pie de esa columna el tiempo y la desesperanza manaron lentos y oscuros bajo él, igual que manan bajo cualquier chico adornado con una guirnalda, cualquier chica sin corona ni penacho.^[17]

—Sólo que la chica se lo puso crudo. Le salió mala —dije—. Y cuando uno tiene ya cuarenta y cinco es bastante tarde para encontrar otra. Cuando dé con ella tendrá cincuenta y cinco al menos.

Stevens me miró entonces.

—Creí que no se había enterado —dijo.

—Sí —dije—. Mejor dicho, eché un vistazo a la peluquería al pasar por delante. Pero ya sabía que no iba a estar, que se habría marchado. Siempre supe que se marcharía a otra parte en cuanto lograrse pagar esa hipoteca. A lo mejor nunca supo lo de la chica. Pero es más probable que sí lo supiera y que le diera igual.

—¿Usted cree que él no supo nunca lo de la chica?

—No creo que pudiera evitarlo. Pero no lo sé, la verdad. ¿A usted qué le parece?

—No lo sé. Y no creo que quiera saberlo. Hay algo que sé mucho mejor.

—¿Y de qué se trata? —dijo. Me estaba mirando—. No hace más que decirme que no me he enterado de la noticia. ¿Qué es eso de lo que no me enterado?

—Lo de la chica —dijo Stevens. Me miró—. La misma tarde en que Hawkshaw volvió de sus últimas vacaciones se casaron. Esta vez se la llevó consigo.^[1]

Centauro de latón

I

En el pueblo en que vivimos, Flem Snopes tiene ahora un monumento erigido en su honor, un monumento de latón, no menos resistente al paso del tiempo por el hecho de que, si bien se halla de continuo a la vista de todo el pueblo, si bien es visible desde tres o cuatro puntos situados a varias millas de distancia, en el campo, sólo hay cuatro personas, dos blancos y dos negros, que saben que se trata de su monumento, o que es en todo caso un monumento.

Llegó a Jefferson procedente del campo, acompañado de su esposa y su hija recién nacida, precedido por la fama de sus astutos tejemanejes y sus ardides secretos. Vive en nuestro condado un agente de ventas llamado Suratt, que tenía en propiedad la mitad de las acciones de un pequeño restaurante sito en una calleja, y que tampoco era manco en el oportunismo técnicamente impecable que entre los campesinos —y también entre las gentes de pueblos y ciudades— pasa por ser ejercicio de astuta honradez.^[18]

Viaja por el campo de continuo, de firme, tanto que gracias a él tuvimos las primeras noticias de las andanzas de Snopes: así supimos que luego de ser al principio dependiente en un simple colmado de un pueblo perdido, un buen día, y con total asombro por parte de todos, Snopes se casó con la hija del dueño del colmado, una muchacha que era tenida por la más guapa de toda la región. Se casaron de repente, el mismo día en que los antiguos pretendientes de la bella abandonaron el condado y nunca más se supo de ellos.

Poco después de la boda, Snopes y su esposa se mudaron a Texas, de donde regresó la esposa al cabo de un año con una niña ya crecida. Al cabo de un mes regresó el propio Snopes, acompañado de un forastero que gastaba sombrero de ala ancha y una reata de potros mustang medio salvajes, que el forastero subastó uno por uno, para embolsarse el dinero y marchar. Los compradores descubrieron sólo

entonces que a ninguno de los potros se les había puesto jamás una brida encima. Pero nunca se llegaron a enterar de que Snopes hubiera tenido, o no, arte y parte en el negocio, tal como tampoco supieron si se embolsó, o no, parte de las ganancias.

Lo siguiente que de él se supo en el pueblo fue que apareció un día con su familia en una carreta en la que había cargado todos sus enseres domésticos, y con un documento por el cual se formalizó la venta de la mitad de la propiedad del restaurante que estuvo en poder de Suratt. Éste nunca llegó a contar cómo obtuvo tal documento legal, y nunca llegamos a saber sino que de algún modo estuvo en danza en todo este asunto la propiedad de un terreno que no tenía ningún valor y que había sido parte de la dote de la señora de Snopes. Sin embargo, siendo como era un hombre hablador, de buen talante, siempre dispuesto a reírse hasta de su sombra, tanto como reía con las bromas que se les gastaran a los demás, Suratt jamás contó a nadie en qué consistió el negocio. En cambio, cada vez que después de aquello mencionaba el nombre de Snopes, siempre lo hacía con un tono de salvaje admiración, teñida de humor sardónico y sin un ápice de rencor.

—Sí, señor —decía—. Flem Snopes fue más listo que yo. Y si hay alguien capaz de tal cosa, ojalá fuese yo, y más si tiene todo este Estado de Mississippi para campar a sus anchas.

En el negocio del restaurante parece que a Snopes le fueron bien las cosas. Esto es, no tardó en eliminar a su socio, como tampoco tardó en desentenderse del restaurante, contratando a un encargado que se ocupase de llevarlo, y en el pueblo nos dio entonces por pensar que sabíamos cuál era su principal fuente de ingresos, la razón de su ascenso y su buena suerte. Supusimos que era su mujer; aceptamos sin demasiados recelos la maldad que los pueblecitos perdidos, como el nuestro, suelen insuflar incluso en hombres que son de buena fe y que tienen buenas ideas por más que les pese. Al principio, ella echaba una mano en el restaurante. La veíamos detrás del mostrador de madera, alisado como el cristal por los codos de las sucesivas generaciones de asiduos que acudían a comer al restaurante: lozana, con el vivo colorido de un calendario de pared; un rostro impecable, sin mácula de pensamiento, sin imperfección de ninguna clase, de atractivo inmediato y profundo y ajeno a todo cálculo, a toda vergüenza, con algo de esa belleza inmensa, serena, impermeable (por ser immaculado, no por su tamaño), que posee la falda de una montaña virgen que recubre la nieve, escuchando, sin sonreír, mientras el coronel Hoxey, el solterón adinerado y de mediana edad que había en el pueblo, licenciado por Yale, y que próximamente, sin mucha dilación, había de ser el alcalde, incongruente entre los clientes de camisa sin cuello, los de pantalón de peto, los rostros campesinos al comer, se tomaba a sorbos el café y charlaba con ella.

No es que fuera inexpugnable: era impermeable, o acaso impertérrita. Por eso, falta no hizo ningún cotilleo, ningún infundio, cuando vimos cómo fue el ascenso de Snopes, que pronto dejó atrás el restaurante y pasó a ser el complemento perfecto del coronel Hoxey en la gestión de los asuntos municipales, tanto que en menos de seis meses desde que fue nombrado alcalde Hoxey, si bien nunca tuvo Snopes seguramente ninguna proximidad con ninguna máquina que no fuese la rueda del molino, al menos hasta que se mudó al pueblo, fue nombrado director de la central eléctrica. La señora Snopes era desde que nació una de esas mujeres que tienen por único barómetro de su buen nombre las hazañas y la buena estrella de sus maridos, pues para hacerle justicia nunca hubo otro asidero para los infundios que el ascenso de su marido en la administración de Hoxey.

Pero seguía estando en el aire ese algo intangible: en parte, algo que tenía en su semblante, en los aires que se daba; en parte, lo que ya habíamos oído contar sobre los métodos de Flem Snopes. O acaso fuese todo lo que sabíamos o creíamos saber sobre Snopes; tal vez, aquello que nos parecía la sombra de su señora fuese tan sólo la sombra de su marido, tal como se proyectaba en ella. Fuera como fuese, cuando veíamos juntos a Snopes y a Hoxey pensábamos en ellos a la vez que pensábamos en el adulterio, y pensábamos en los dos a la vez que los imaginábamos caminando y conversando amistosamente, cada cual con su parte de la consabida cornamenta. Tal vez, y ya lo dije antes, fuese culpa del pueblo. Con toda certeza, culpa del pueblo fue que sólo de pensar en su amistosa relación nos sintiéramos más ofendidos que con la idea misma del adulterio. Parecía algo foráneo, decadente, perverso: el adulterio lo podríamos haber aceptado, y quién sabe si no condonado, de haber sido los dos enemigos lógicos y naturales.

Pero no lo eran. Con todo, a ninguno de los dos se les podría haber considerado verdadero amigo del otro. Snopes no tenía amigos; no había entre nosotros hombre ni mujer, ni siquiera Hoxey, ni la señora Snopes, capaces de creerlo —sé bien cómo piensa él—, y menos aún entre quienes lo veían de vez en cuando, sentado cerca del fogón en la trasera de un tenducho maloliente, de cuarta categoría, escuchando sin charlar, una hora o un par, dos o tres noches por semana. Y así dimos en creer que, al margen de lo que pudiera ser, su mujer no le estaba engañando. Era otra mujer la que se encargaba de eso: era una negra, la flamante y joven esposa de Tom-Tom, el fogonero que hacía el turno de día en la central eléctrica.

Tom-Tom era negro: un hombre como un torazo, que pasaba de los cien kilos, rondaba los sesenta años y parecía que tuviera cuarenta. Llevaba un año más o menos casado con su tercera esposa, una joven a la que guardaba con la severidad

de un turco y llevaba más tiesa que una vela en una cabaña, a dos millas del pueblo y de la central eléctrica, en la que pasaba doce horas al día con una pala y una palanca.

Una tarde acababa de terminar la limpieza de la ceniza de las calderas y se había sentado en la vagoneta del carbón, a descansar un rato y fumarse una pipa, cuando llegó Snopes, su director, patrón y jefe. Tenía limpios los fogones y el vapor de nuevo estaba casi a tope, y la válvula de seguridad de la caldera del medio estaba pitando.

Entró Snopes: insignificante y entrado en carnes, de edad indefinida, ancho de espaldas, chaparro, con una camisa blanca y limpia, aunque sin cuello, y una gorra de cuadros. Tenía la cara redonda y lisa, y absolutamente impenetrable o absolutamente inexpresiva. Tenía los ojos del color del agua estancada; la boca, un costurón tenso, sin labios. Mascando sin cesar, miró las válvulas de seguridad que silbaban.

—¿Y cuánto pesa ese silbato? —dijo al cabo de un rato.

—Pues debe de pesar cerca de cinco kilos —dijo Tom-Tom.

—¿Es de latón macizo?

—Si no lo es, es que no he visto yo latón macizo en la vida —dijo Tom-Tom.

Snopes no había mirado a Tom-Tom ni una sola vez. Siguió con la vista levantada a lo alto, hacia el silbido agudo, penetrante, incesante, que emitía la válvula. Escupió y se fue de la sala de calderas.

II

Fue construyendo su monumento bien despacio. Claro que siempre desconcierta ver a qué extremos tan enredados y tan complejos es capaz de recurrir un hombre con tal de robar algo. Es como si estuviese en funcionamiento una fuerza social intangible e invisible que militara en su contra y confundiera su propia astucia con sus taimados ardides, distorsionando en su entendimiento el valor mismo del objeto de su codicia, que con toda probabilidad, de haberse parado a

escogerlo y a llevárselo abiertamente y a la vista de todos, a nadie hubiera suscitado el menor comentario, a nadie hubiese importado nada. Claro que una cosa así no hubiera sentado bien a Snopes, ya que a todas luces no tenía ni la visión encumbrada del estafador ni la valentía a prueba de bomba que tiene un bandolero.

Al principio, su visión, su objetivo acaso, ni siquiera llegaba a tener tanta altura; apenas sobrepasaba la del vagabundo que por un casual hace un alto en el camino para robar tres huevos de debajo de una gallina ponedora. O tal vez ni siquiera llegó a ser consciente de que en verdad había un mercado floreciente en el que sería viable comerciar con el latón, porque el siguiente paso que dio fue cinco meses después de que Harker, encargado de las máquinas en el turno de noche, entrase en servicio una tarde y descubriese que los tres silbatos de seguridad habían desaparecido, y que los boquetes de salida del aire estaban taponados con unas tuercas de acero de una pulgada de grosor, capaces de soportar una presión de casi quinientos kilos.

—¡Y esos tres pitorros de caldera se podían traspasar con una paja de refrescos! —dijo Harker—. ¡Y el maldito fogonero del turno de noche, Turl, que ni siquiera sabía leer la hora en un reloj, no hacía otra cosa que echar más carbón a la caldera! Cuando vi el manómetro de la primera caldera, pensé que no llegaría a tiempo a la última, a tiempo de alcanzar el inyector.

»Así que cuando por fin le pude meter a Turl en la cabezota que cien en la esfera del manómetro significaba no sólo que Turl se iba a quedar sin trabajo, sino que además lo iba a perder tan en serio que ni siquiera iban a encontrar un trabajo para dárselo al próximo hijo de mala madre que creyera que el vapor vivo es lo que uno sopla sobre un cristal cuando hace frío, me sosegué lo suficiente para preguntarle adónde demonios habían ido a parar las válvulas de seguridad.

»“Pues se las llevó el señor Snopes”, va y me dice Turl.

»“¿Y para qué cuernos...?”

»“Yo eso no lo sé. Sólo le digo lo que me dijo Tom-Tom. Dijo que el señor Snopes dice que el flotador de cierre del depósito no tiene el peso suficiente. Dice que cualquier día el depósito empezará a perder, y que por eso iba a sujetar las tres válvulas de seguridad al flotador, para hacerlo más pesado.”

»“Quieres decir que...”, le digo. Pero no llegué más allá. “Quieres decir que...”

»“Eso es lo que dice Tom-Tom. Yo de todo eso no sé nada.”

»Pero habían desaparecido. Hasta esa misma noche, Turl y yo echábamos de cuando en cuando una cabezada cuando andábamos cansados y la cosa estaba tranquila. Pero por todos mis muertos que esa noche nunca dormimos ni un minuto. Esa noche la pasamos enterita los dos encima de la pila de carbón, desde donde veíamos de sobra los tres manómetros. Y a partir de la medianoche, al bajar la demanda de fluido eléctrico, no tuvimos vapor suficiente en las tres calderas, en total, para que juntas las tres tostasen unos cuantos cacahuets. Y ni siquiera al meterme en la cama, ya en casa, ni por ésas pude pegar ojo. Nada más cerrar los ojos veía un manómetro del tamaño de una bañera, con una aguja roja y grande como una pala, que se acercaba a la raya del cien, y me despertaba dando gritos y sudando como un pollo.

Pero también esa historia fue cayendo en el olvido al cabo de un tiempo, y entonces Turl y Harker volvieron a echarse alguna que otra cabezada. A lo mejor llegaron a la conclusión de que Snopes había robado sus tres huevos, y asunto concluido. A lo mejor concluyeron que se había asustado de la facilidad con que se llevó los huevos, porque pasaron cinco meses antes de que tuviese lugar el siguiente acto.

Entonces, hubo una tarde en que, con las calderas limpias y a todo meter, Tom-Tom, fumándose una pipa sobre la montonera del carbón, vio entrar a Snopes, y lo vio con un objeto en la mano que, según dijo Tom-Tom después, creyó que era la herradura de una mula. Vio a Snopes retirarse a un rincón mal iluminado detrás de las calderas, donde se había acumulado una pila de despojos metálicos de todo tipo, todos ellos cubiertos de suciedad: juntas, válvulas, varas y tuercas y demás, y allí arrodillado comenzó a clasificar las piezas, tocándolas una por una con la herradura de la mula, y de cuando en cuando retirando una de ellas y arrojándola a su espalda, al pasillo de acceso.

Tom-Tom lo vio probar con el imán todos los pedazos sueltos que había en la sala de calderas, separando los de hierro de los que eran de latón: sólo entonces ordenó Snopes a Tom-Tom que recogiera las piezas de latón que había separado y le indicó que las llevara a su despacho.

Tom-Tom recogió las piezas en una caja. Snopes estaba esperando en el despacho. Miró una sola vez la caja y escupió.

—¿Tú qué tal te llevas con Turl? —le dijo. Turl, más vale que lo repita, era el

fogonero del turno de noche; también era negro, aunque del color del cuero, mientras que Tom-Tom era muy negro, y en vez de los cien kilos de Tom-Tom, contando incluso la pala bien cargada, Turl apenas habría llegado a setenta.

—Yo me ocupo de mis asuntos —dijo Tom-Tom—. Lo que haga Turl con los suyos no es cosa mía.

—Eso no es lo que Turl piensa —dijo Snopes sin dejar de mascar, mirando a Tom-Tom, que miraba a Snopes con idéntica fijeza, aunque desde mayor altura—. Turl quiere que yo le dé tu turno, el turno de día. Dice que está harto de cuidar las calderas de noche.

—Que siga cuidando las calderas durante tanto tiempo como llevo yo, y entonces que se lo quede —dijo Tom-Tom.

—Turl no quiere esperar tanto tiempo —dijo Snopes, mascando y mirando a la cara a Tom-Tom. Entonces le dijo a Tom-Tom que Turl tenía planeado robar algo de hierro de la central para dejarlo delante de la puerta de Tom-Tom y así conseguir que a Tom-Tom lo despidieran. Y Tom-Tom siguió en donde estaba, enorme, inmenso, la cabeza pequeña y redonda y dura—. Eso es lo que se trae entre manos —dijo Snopes—. Por eso quiero que te lleves todo esto a tu casa y lo escondas donde Turl no lo pueda encontrar. Y en cuanto tenga pruebas suficientes contra Turl, lo voy a despedir.

Tom-Tom esperó a que Snopes hubiese terminado. Parpadeaba despacio. Y entonces dijo al punto:

—Sé de una manera mucho mejor.

—¿Qué manera? —dijo Snopes. Tom-Tom no respondió. Siguió en pie, grandullón, sin un ápice de humor, malencarado; callado; bastante implacable, aunque sin acalorarse—. No, no —dijo Snopes—. Eso no me sirve de nada. A la mínima que tengas con Turl, os despido a los dos ipso facto. Tú haces lo que te estoy diciendo a no ser que estés harto de tu trabajo y quieras que se lo quede Turl. ¿Estás harto de tu trabajo?

—Aún no se ha quejado nadie de la presión que le meto a las calderas —dijo Tom-Tom malhumorado.

—Pues entonces haz lo que te estoy diciendo. Te llevas toda esa morralla a tu casa esta misma noche. Que no te vea nadie; que no te vea ni siquiera tu esposa. Y si

no lo quieres hacer, me lo dices. Supongo que ya encontraré a alguien que se encargue.

Y eso fue lo que hizo Tom-Tom. Y se guardó también su opinión incluso más adelante, al ver que de nuevo se acumulaban las juntas y las piezas descartadas, cuando observaba cómo las probaba Snopes una por una con el imán, clasificándolas, hasta hacerse con otro alijo que debía llevarse a casa a esconderlo. Y es que llevaba cuarenta años dando candela a esas calderas, desde el día en que se hizo un hombre. En aquel entonces no había más que una caldera, y ganaba doce dólares al mes por atizarla, pero ahora ya eran tres, y ganaba sesenta dólares al mes; y tenía sesenta años, y era dueño de una cabaña y de un maizal enano, y de una mula y una carreta en la que iba al pueblo, a la iglesia, dos veces cada domingo, con su joven y flamante y última esposa a su lado, y con un reloj de oro con su leontina.

Y Harker entonces tampoco lo sabía, aunque veía acumularse la chatarra en un rincón y la veía desaparecer de la noche a la mañana, hasta que ésa llegó a ser la broma que gastaba todas las noches, al llegar con su aire atareado, bullicioso, y decir a Turl:

—Vaya, Turl. A lo que se ve, esta caldera sigue funcionando. Hay un buen puñado de latón en los rodamientos de los ejes y en las bielas, pero no sé qué me da que van demasiado deprisa para arrimar el imán —y seguía con más sobriedad, con bastante sobriedad, sin rastro de humor, sin asomo de ironía, puesto que en Harker había bastante de Suratt—. ¡Maldito individuo! Digo yo que cualquier día vendería también las calderas si supiera de qué modo podríais Tom-Tom y tú mantener el vapor sin calderas.

Y Turl no dijo nada. Y es que para entonces ya tenía Turl sus propias preocupaciones y sus tentaciones particulares, las mismas que Tom-Tom, de las cuales Harker tampoco era consciente.

Entre tanto, llegó el primer día del año y se hizo una auditoría en el consistorio.

—Aquí vinieron dos —dijo Harker—, los dos con gafas. Examinaron los libros de contabilidad y metieron el hocico por todas partes, contando todo lo que estaba a la vista y anotando las cantidades. Fueron luego al despacho y allí seguían a las seis, cuando empieza mi turno. Parece que algo no cuadraba; parece que algunas piezas viejas de latón estaban consignadas en los libros, sólo que ese latón al parecer faltaba, o algo así. En los libros sí que estaba, y las válvulas nuevas y las

cosas con que se había sustituido estaban ahí. Pero no hubo maldita manera de encontrar una sola de las piezas viejas, quitando un viejo grifo estropeado que se había perdido en el banco de trabajo a saber cómo. Aquello era extraño. Así pues, volví con ellos y sostuve la luz en alto mientras volvían a rebuscar por todos los rincones, llevándose un buen puñado de grasa y de hollín, aunque todo ese latón siguió naturalmente faltando. Así que se marcharon.

»Y volvieron a la mañana siguiente, bien temprano. Esta vez vino con ellos el contable municipal y llegaron antes que el señor Snopes, así que tuvieron que esperar a que apareciese con su gorra a cuadros y el tabaco de mascar, mascando y mirándolos cuando se lo dijeron. Lo sentían mucho; carraspearon y balbucieron bastante sintiéndolo mucho. Pero no les iba a quedar más remedio que volver a verlo, puesto que era el director de la central; ¿quería que nos detuviesen a Turl y a Tom-Tom y a mí sobre la marcha, o le iba mejor que fuese al día siguiente? Y él estaba allí delante, mascando sin parar, con los ojos como dos grumos de grasa lubricante en un puñado de masa cruda, y ellos insistían en decirle que lo sentían muchísimo.

»“¿A cuánto asciende en total?”, les dice.

»“A trescientos cuatro dólares con cincuenta y dos centavos, señor Snopes.”

»“¿Ése es el total?”

»“Hemos verificado dos veces la suma, señor Snopes.”

»“De acuerdo”, dice. Y se mete la mano en el bolsillo y saca la pasta y les paga los trescientos cuatro dólares con cincuenta y dos centavos en efectivo y les pide un recibo.

III

Y así llegó el verano siguiente, Harker muerto de risa y feliz de ver lo que estaba viendo, y viendo muy poca cosa, pensando que todos se engañaban los unos a los otros mientras él se limitaba a ver, cuando era él quien estaba siendo víctima de un engaño. Y es que aquel verano las cosas maduraron, estuvieron en sazón. O a lo mejor es que Snopes decidió recoger su primera cosecha de heno, despejar el

prado para volver a sembrar. Y es que nunca hubiese creído que el día mismo en que mandó llamar a Turl colocó su capital en su monumento y comenzó a la vez a derribar el andamiaje.

Fue a primera hora de la noche. Volvió a la central después de cenar y mandó llamar a Turl; una vez más, los dos, un blanco y un negro, se miraron mutuamente en el despacho.

—¿Qué es lo que pasa contigo y con Tom-Tom? —dijo Snopes.

—¿Conmigo y con quién? —dijo Turl—. Si Tom-Tom cuenta conmigo para meterse en un lío, más le vale dejar de ser fogonero y meterse a camarero. Hacen falta dos para meterse en un lío, y Tom-Tom no es más que uno, igual me da que sea un grandullón.

Snopes observó a Turl.

—Tom-Tom cree que tú quieres quedarte con el turno de día.

Turl bajó la vista. Miró un momento a la cara de Snopes; le miró a los ojos inmóviles, al mentón que no dejaba de mover con lentitud, y de nuevo bajó la vista.

—Echo al fuego tanto carbón como Tom-Tom —dijo.

Snopes lo miró: un rostro moreno, liso, que miraba de soslayo.

—Tom-Tom eso ya lo sabe. Sabe que se está haciendo viejo. Pero también sabe que sólo tú podrías hacerle sombra.

Y sin dejar de observar el rostro de Turl, Snopes le dijo que Tom-Tom llevaba dos años robando piezas de latón de la central, con el fin de cargarle el mochuelo a Turl y lograr que lo despidieran; le dijo que justamente ese día Tom-Tom le había ido con el cuento de que Turl era el ladrón.

Turl levantó los ojos del suelo.

—Eso es mentira —dijo—. A mí no hay negro que me acuse de robar cuando no he robado, igual me da que sea un grandullón.

—Seguro —dijo Snopes—. Por eso, lo que hay que hacer es recuperar ese latón.

—Si es Tom-Tom quien se lo ha llevado, me parece que es el señor Buck Conner el más indicado para recuperarlo —dijo Turl. Buck Conner era el jefe de la policía municipal.

—En tal caso, seguro que vas a la cárcel. Tom-Tom dirá que no sabía que estuviera allí. Tú serás el único en saber que allí estaba. ¿Qué crees que va a pensar Buck Conner? Tú serás el único que sabía dónde estaba escondido, y Buck Conner se dará cuenta de que hasta los tontos tienen más seso, y que a nadie se le ocurre robar algo y guardarlo donde guarda el maíz. Lo único que puedes hacer es recuperar todo ese latón. Ve allí de día, cuando Tom-Tom esté en el trabajo, y lo consigues y me lo traes y ya lo guardaré yo para utilizarlo como prueba concluyente contra Tom-Tom. A no ser que no quieras el turno de día, claro. Dímelo, dime que no. Supongo que no me será difícil encontrar a otro que sí lo quiera.

Y Turl se mostró de acuerdo en hacerlo. No había atizado calderas durante cuarenta años. No había hecho nada en absoluto durante tantísimo tiempo, porque acababa de pasar de los treinta. Pero aun cuando tuviese cien, no habría nadie capaz de acusarlo nunca de haber hecho nada que sumase cuarenta años en limpio.

—A no ser que las rondas de noche a que se dedica Turl lleguen a sumar tanto —dijo Harker—. Si alguna vez Turl se llega a casar, no tendría necesidad de poner puerta a su casa: no sabría para qué sirve una puerta. Si no pudiera colarse por las ventanas para requebrar a las chicas, no sabría a qué pegarle. ¿Verdad que no, Turl?

Así que a partir de ahí la cosa es bien simple, puesto que los aciertos de un hombre, como sus errores, por lo común son bien simples. En particular los aciertos. Tal vez por eso se suelen pasar por alto: no son fáciles de advertir.

—Su error no fue otro que elegir a Turl para que le sacara las castañas del fuego —dijo Harker—. Pero lo de Turl ni siquiera fue tan grave como el segundo de los errores que cometió al mismo tiempo y sin enterarse. Y es que se olvidó de la negrita de piel clara que era la esposa de Tom-Tom. Cuando me enteré de que había escogido a Turl precisamente, con todos los negros que hay en Jefferson, a sabiendas de que Turl ha rondado al menos una vez (o al menos lo ha intentado) a todas las mozas que viven en diez millas a la redonda, alrededor del centro del pueblo, y que le había encargado que fuera a casa de Tom-Tom a sabiendas en todo momento de que Tom-Tom iba a estar allí metido en las calderas, echando paletadas de carbón hasta las siete de la tarde, y que luego le quedaban dos millas a pie para llegar a su casa, y que contaba con que Turl pasara el tiempo allí en busca

de cualquier cosa que no estuviera escondida en la cama de Tom-Tom, y cuando pienso en que Tom-Tom estaría aquí abajo, atizando las calderas con la misma amistosa cornamenta, como dijo aquel tío al hablar del señor Snopes y del coronel Hoxey, robando el latón para impedir que Turl le quitase el empleo, y Turl allá lejos y pendiente de los asuntos domésticos de Tom-Tom al mismo tiempo, a veces creo que me va a dar un soponcio.

»Aquello no podía durar mucho. Lo único que quedaba por saber era qué pasaría antes: si Tom-Tom iba a cazar a Turl o si el señor Snopes iba a cazar a Turl, o si cualquier noche a mí me iba a reventar una vena de tanto reír. En resumidas cuentas, fue Turl. Parecía que le costara demasiado esfuerzo localizar el latón; llevaba ya tres semanas en busca del alijo, y todas las noches llegaba a trabajar un poco tarde, con lo que Tom-Tom se tenía que quedar en su puesto, esperando a que llegara Turl, antes de poder marcharse a casa. Puede que fuera eso. O puede ser que el señor Snopes fuese en persona un día y se escondiese entre la maleza a la espera de que anoheciera (ya casi era abril); puede ser que se escondiera a un lado de la casa de Tom-Tom, mientras Turl acudía sigilosamente por el maizal, del otro lado. Fuera como fuese, aquí que volvió una noche y se puso a esperar, y Turl llegó con media hora de retraso, como de costumbre, y Tom-Tom estaba ya listo para marcharse a casa en cuanto llegase Turl. El señor Snopes mandó llamar a Turl y le preguntó si lo había encontrado.

»“¿Encontrarlo? ¿Cuándo?”, dice Turl.

»“Mientras andabas ahí, a la busca del asunto, cuando anohecía”, dice el señor Snopes. Y Turl se queda preguntándose hasta dónde está enterado el señor Snopes, y si puede o no arriesgarse a decir que se ha pasado el día entero en la cama, en su casa, desde las seis y media de la mañana, o que a lo mejor ha ido a Mottstown por asuntos de negocios. “A lo mejor es que sigues buscándolo donde no puede estar”, dice el señor Snopes, y observa a Turl, que no mira al señor Snopes salvo, si acaso, de vez en cuando. “Si Tom-Tom ha escondido ese hierro en su cama, tendrías que haberlo encontrado hace ya tres semanas”, dice el señor Snopes. “Así que supón que miras en ese maizal, que es donde te dije que buscaras bien.”

»Total, que Turl fue a buscar una vez más. Pero tampoco pareció que fuera capaz de encontrarlo en el maizal. Cuando menos, eso es lo que le dijo al señor Snopes cuando el señor Snopes por fin fue a buscarlo y lo trajo aquí corriendo una noche a eso de las nueve. Turl se había metido en una bien gorda, como quien dice. Tendría que esperar hasta que anoheciera para ir a la casa, y eso que Tom-Tom llevaba ya días refunfuñando a cuenta de los retrasos de Turl, que no llegaba

puntual a empezar su turno ni a tiros. Y en cuanto encontrase el latón tendría que empezar a presentarse en la central a las siete de la tarde, y los días eran cada vez más largos.

»Así que Turl vuelve a hacer una intentona más, por ver de encontrar las pruebas del robo del latón. Pero sigue sin dar con nada. Debe de haber buscado debajo de todos los hilos de la funda del colchón de Tom-Tom, pero sin conseguir nada más que lo que consiguieron en las dos inspecciones. Era como si le resultara del todo imposible localizar esas pruebas. Así que el señor Snopes dice que sólo piensa dar a Turl una oportunidad más, y que si esta vez no encuentra las pruebas, el señor Snopes piensa decir a Tom-Tom que se le está colando un gato pardo todas las noches por la parte de atrás. Y siempre que un negro que esté casado en Jefferson oye una cosa así, se informará de cuál es el paradero de Turl antes de ponerse a afilar la navaja. ¿Estamos o no estamos, Turl?

»A la noche siguiente Turl sale de nuevo a buscar. Esta vez se va a dejar la piel en el intento. Se cuela sigiloso por el bosque cuando cae el sol, que es la mejor hora del día para encontrar latón, sobre todo porque esa noche hay luna llena. Allá que llega, sigiloso por el maizal, hasta el porche de atrás, que es donde está el catre, y nada más llegar se da cuenta de que hay alguien tumbado en el catre, alguien que lleva un camisón blanco. Pero ni por éstas se levanta Turl y echa a andar; Turl no hace así las cosas. Turl sigue las reglas del juego. Se arrastra con sigilo y para entonces ya está oscuro del todo, y la luna empieza a brillar un poco, y avanza con cuidado, con sigilo, y ronda como un gato por el porche de atrás y se acerca al catre y pone la mano sobre la carne desnuda y dice: "Preciosidad, ha llegado papaíto".

IV

Al oírlo en completo silencio me pareció tomar parte en ese momento de la sorpresa espeluznante que se llevó Turl. Y es que era Tom-Tom el que estaba en el catre: Tom-Tom, por más que Turl estuviera seguro de que en ese instante se encontraba a dos millas de distancia, esperando a que llegase Turl para relevarlo en la central eléctrica.

La noche anterior, al volver a casa, Tom-Tom se había llevado una sandía del año pasado, que el carnicero de la localidad había guardado todo el invierno en el

congelador y que había regalado a Tom-Tom, pues le daba miedo comérsela, junto con una pinta de whiskey. Tom-Tom y su esposa consumieron ambos regalos y se fueron a la cama, donde una hora después ella despertó a Tom-Tom con sus chillidos. Estaba violentamente enferma, y temerosa de que se fuese a morir. Tuvo tanto miedo que no dejó que Tom-Tom se marchase en busca de ayuda, y mientras él la medicó lo mejor que supo, ella le confesó lo suyo con Turl. Nada más contárselo se sintió mejor y se pudo dormir, bien antes de tener tiempo de entender la enormidad de lo que había hecho, o bien cuando aún estaba demasiado pendiente de seguir viva para que realmente le importase.

Pero Tom-Tom no lo vivió así. A la mañana siguiente, tras haberse asegurado de que su esposa se encontraba bien, le recordó lo que le había dicho ella. La mujer lloró un rato y trató de retractarse; recorrió todo el espectro que va de las lágrimas a la ira, pasando por el desmentido y las cucamonas para volver a llorar de nuevo. Pero es que en todo momento tuvo que mirar la cara de Tom-Tom, así que al cabo de un rato se sosegó y se quedó tendida en la cama, viéndolo preparar metódicamente el desayuno, el suyo y el de ella, sin decir palabra, aparentemente olvidado de todo, incluso de su presencia. Luego le dio de comer, la obligó a comer con el mismo desapasionamiento, implacable y sin acalorarse. Ella estaba esperando a que él se marchase a trabajar; no tenía entonces ninguna duda, tal como tampoco las tuvo durante todo el tiempo en que estuvo inventando y descartando recursos prácticos de todo tipo; tan ajetreada estuvo que fue mediada la mañana cuando se dio cuenta de que él no tenía intención de ir al pueblo, aunque no sabía que se las había ingeniado para mandar aviso a la central eléctrica, a las siete de la mañana, para tomarse el día libre.

Así que se quedó quieta en la cama, bastante quieta, los ojos bastante abiertos, inmóvil como un animalillo, mientras él preparaba la comida y de nuevo le daba de comer con esa atención desmañada e implacable. Y poco antes de que se pusiera el sol la encerró en el dormitorio, sin que ella aún dijera ni palabra, sin preguntarle qué estaba tramando, mirándole ella sin más, con los ojos quietos, impávidos, atenta a la puerta, hasta que se cerró y sonó el clic de la llave. Entonces Tom-Tom se puso uno de sus camisones y, con un cuchillo de carnicero al alcance de la mano, se tumbó en el catre del porche de atrás. Y allí estaba, sin haberse movido durante casi más de una hora, cuando apareció Turl con todo su sigilo y lo tocó.

En el acto puramente reflejo de volverse Turl para emprender la huida, Tom-Tom se puso en pie con el cuchillo en la mano y saltó a por Turl con toda el alma. Se le subió al cuello, a los hombros, y su peso fue el ímpetu que mandó a Turl fuera del porche, ya corriendo como un poseso cuando tocaron sus pies la tierra,

llevándose consigo, en la retina de su miedo, un solo y pavoroso destello de la luz de la luna en la hoja del cuchillo en alto, y así cruzó la parcela y, con Tom-Tom a la espalda, se internaron los dos por los árboles como una extraña y enfurecida bestia de dos cabezas, con un solo par de piernas, cual centauro invertido que apretase el paso fantasmagórico, por delante de los faldones de la camisa de Tom-Tom, como una estela, y por debajo del brillo plateado del cuchillo en alto, bosque a través, con la luna de abril.

—Tom-Tom es un torazo de hombre —dijo Turl—. Es el triple que yo. Pero vaya si cargué con él. Y cada vez que veía el brillo de la luna en ese cuchillo de carnicero, habría sido capaz de cargar con otros dos como él sin pararme siquiera a pensarlo —dijo que al principio sólo se limitó a correr, y que sólo cuando se encontró entre los árboles se le ocurrió que su única esperanza consistía en quitarse de encima a Tom-Tom sacudiéndolo al pasar contra uno de los troncos—. Pero se me agarraba tan fuerte con un brazo que cada vez que trataba de golpearlo contra un tronco tenía yo que darme también de bruces contra el tronco. Y rebotábamos los dos y volvía a ver el brillo de la luna en la hoja del cuchillo, y bien podría haberme echado a la espalda a otros dos como Tom-Tom.

»Fue más o menos entonces cuando Tom-Tom se puso a chillar a voz en cuello. Como se me sujetaba con las dos manos me di cuenta de que al menos me había librado del cuchillo de carnicero, a saber cómo. Pero ya llevaba tomada mucha carrerilla; mis pies no hicieron ni caso de los gritos de Tom-Tom, que chillaba pidiendo que parase y le dejase bajar, como tampoco hicieron caso de mí. Entonces Tom-Tom me sujetó por la cabeza con las dos manos y quiso torcermela como si fuese yo una mula desbocada que él montase a pelo, pero fue entonces cuando vi la zanja. Más de diez metros de profundidad tenía, y parecía que de ancho pasara de un kilómetro, pero ya era demasiado tarde. No quisieron mis pies aflojar la marcha que llevaban. Corrieron un trecho como... desde aquí a esa puerta de allá volando por el aire antes de que nos precipitásemos en la caída. Y seguían mis pies agarrándose a la luz de la luna cuando Tom-Tom y yo dimos contra el fondo.

Lo primero que quise saber fue qué había usado Tom-Tom en vez del cuchillo de carnicero que se le cayó. No usó nada. Turl y él se quedaron tirados en el fondo de la zanja y charlaron. Y es que hay un refugio más allá de la desesperación para cualquier bestia que se haya atrevido a todo, un lugar sagrado que incluso ha de respetar su enemigo más mortal. O a lo mejor tan sólo fue la naturaleza del negro. De todos modos, allí sentados, a lo mejor jadeando un poco mientras charlaban, a los dos les quedó perfectamente claro que el hogar de Tom-Tom había sido

insultado, claro, pero no por el engaño de Turl, sino por Flem Snopes; los dos se dieron cuenta de que la vida y la integridad de Turl había corrido grave peligro, pero no por la amenaza de Tom-Tom, sino por Flem Snopes. Tan claro lo vieron los dos que se quedaron tranquilamente sentados en el fondo de la zanja, recobrando el resuello, charlando un poco, sin acalorarse, como dos conocidos que se cruzaran en la calle; tan claro lo vieron que concertaron un plan sin recurrir a palabras precisas sobre el asunto pendiente de resolver. Meramente cambiaron impresiones; es posible que los dos se riesen un poco de sí mismos. Luego treparon a cuatro patas para salir de la zanja y volvieron a la cabaña de Tom-Tom, donde éste sacó de su encierro a su esposa y Turl se sentó ante el fogón mientras la mujer les preparaba a los dos algo de comer, que ambos devoraron en silencio y sin pérdida de tiempo: serios los dos, los dos con la cara arañada y arrimada a la misma lámpara, sobre los mismos platos, mientras la mujer los miraba desde el fondo, en sombra, a cubierto, muda.

Tom-Tom se la llevó al granero para que les echase una mano y entre los tres cargaron el alijo de latón en la carreta, donde Turl habló por vez primera desde que salieron de la zanja en amistosa y consabida relación de cornamenta, según dijera Harker:

—Pero... hombre, por Dios, ¿cuánto tiempo te ha costado traer aquí todo esto?

—No mucho —dijo Tom-Tom—. Llevo en este lío unos dos años.

Cuatro viajes tuvieron que hacer con la carreta; había amanecido cuando dispusieron del último cargamento, y el sol estaba alto cuando apareció Turl por la central eléctrica, con once horas de retraso.

—¿Tú dónde carajo te habías metido? —dijo Harker.

Turl se quedó mirando los tres manómetros, la cara arañada con una expresión de seriedad simiesca.

—Echándole una mano a un amigo mío.

—¿Una mano? ¿A qué amigo tuyo?

—Un chico que se llama Turl —dijo Turl sin dejar de mirar los manómetros.

—Y eso fue todo lo que dijo —dijo Harker—. Y yo le miraba la cara toda llena de rasguños, y luego vi la pareja de esa cara, la que trajo Tom-Tom a las seis en punto. Pero Turl entonces no me contó nada. Y no soy yo el único al que no le contó nada esa mañana, porque el señor Snopes apareció por allí antes de las seis, antes de que Turl se fuese. Mandó llamar a Turl y le preguntó si había encontrado el latón y Turl le dijo que no.

»“¿Cómo es que no lo has encontrado?”, dijo el señor Snopes.

»Turl esta vez no apartó la mirada.

»“Porque no hay latón que encontrar allí, más que nada por eso.”

»“¿Cómo sabes que no hay nada que encontrar?”, dice el señor Snopes.

»Y Turl va y lo mira de frente a los ojos.

»“Porque dice Tom-Tom que allí no hay nada”, dice Turl.

»A lo mejor tuvo que darse cuenta entonces. Pero es que un hombre es capaz de llegar ni se sabe adónde con tal de engañarse; se dirá toda clase de cosas y se las creerá a pie juntillas, y eso que se pondría de los nervios y despotricaría contra cualquier otro que se las creyese. Total, que va y manda llamar a Tom-Tom.

»“Yo de latón no tengo nada”, dice Tom-Tom.

»“Pues entonces... ¿dónde está?”

»“Justamente donde dijo usted que lo quería.”

»“¿Dónde dije yo que lo quería? ¿Cuándo he dicho yo eso?”

»“Cuando se llevó los silbatos de las calderas”, dice Tom-Tom.

»Eso fue lo que lo dejó hecho mixtos. No se atrevió a despedir a ninguno de los dos, ya lo ve. Y por eso tuvo que ver a uno o al otro durante todo el día y todos los días, y saber que el otro estaba allí la noche entera todas las noches; tuvo que ser

consciente de que durante cada día que pasara, las veinticuatro horas, uno u otro estaba allí, y además recibiendo su paga, pagados, fíjese, por horas, por vivir allí la mitad de sus vidas, debajo del depósito donde estaban los cuatro cargamentos de latón que ahora le pertenecían por derecho de compra, y que no podía reclamar, porque había esperado mucho más de la cuenta.

»Y tanto que esperó más de la cuenta. Pero es que con el siguiente año nuevo aún se le hizo más tarde. Llega el año nuevo y el municipio vuelve a hacer la auditoría de turno; vuelven a asomar por aquí la jeta los dos tipos de gafas, que vuelven a verificar los libros, y se largan y vuelven no sólo con el contable del ayuntamiento, sino también con Buck Conner, con una orden de detención contra Turl y otra contra Tom-Tom. Y allá que van, carraspeando y balbuciendo y diciendo cuánto lo sienten, animándose uno al otro a hablar. Parece que dos años antes habían cometido un error, y que en vez de trescientos cuatro con cincuenta y dos dólares de latón que se evapora eran quinientos veinticinco dólares, con lo que queda un descubierto de más de doscientos veinte dólares. Y allá que va Buck Conner con la orden de detención, resuelto a echarles el guante a Turl y a Tom-Tom en cuanto lo dijera, y resulta que Turl y Tom-Tom estaban los dos en la sala de calderas en ese momento, cambiando de turno.

»Total, que Snopes les pagó lo debido. Escarbó en el bolsillo y aflojó la mosca y les pagó a los dos los doscientos veinte y se quedó con la factura. Y unas dos horas después por un casual pasé yo por su despacho. Al principio no vi a nadie, porque la luz estaba apagada. Por eso pensé que a lo mejor se había fundido la bombilla, ya que esa luz estaba encendida siempre. Pero no, no estaba fundida; estaba sólo apagada. Justo antes de encenderla lo veo allí sentado. Por eso no encendí la luz. Preferí salir sin más y dejarlo allí sentado, sentadito y quieto en su sillón.

VI

En aquellos tiempos Snopes vivía en una casita nueva, casi en las afueras del pueblo, y cuando poco después de año nuevo dimitió de su puesto de director en la central eléctrica, cuando fue mejorando el tiempo de cara a la primavera, lo veían a menudo en su parcela enana, sin hierba ni árboles. Era un vecindario compuesto por idénticas casitas sin remedio, habitadas la mitad por negros, con acequias de arcilla y zanjas llenas de automóviles de desguace y latas viejas, una panorámica

nada plácida. Pero allí pasaba gran parte de su tiempo, sentado en las escaleras de la entrada, mano sobre mano. Por eso se preguntaban unos y otros qué podía estar mirando, puesto que no había nada que ver sobre la masa de los árboles que daban sombra al pueblo, con la excepción de un trozo de la central eléctrica y el depósito del agua. Y el depósito estaba ya condenado, porque el agua de pronto se había emponzoñado dos años antes, y el pueblo contaba con un nuevo embalse subterráneo. Pero el depósito del agua era robusto, y el agua seguía siendo útil para el riego de las calles, de modo que el consistorio lo dejó en pie, rechazando en su día una oferta bastante generosa, aunque anónima, para adquirirlo y desmontarlo. Por eso extrañaba tanto lo que pudiera estar mirando Snopes. No sabían que estaba contemplando su monumento: la columna, más alta que todo lo que había a la vista, llena de un líquido transitorio y simbólico, que ni siquiera era apto para el consumo humano, pero que en virtud de su misma transitoriedad era más duradero, por su fluidez y su ciega renovación constante, que el alijo de latón que lo había emponzoñado, más resistente incluso que una columna de basalto o de plomo.^[*]

Sequía en septiembre

I

A lo ancho del ensangrentado atardecer de septiembre, resultado de los sesenta y dos días pasados sin que lloviera, se propagó como el fuego en la sequedad de la hierba... el rumor, el cuento, lo que fuera. Algo acerca de la señorita Minnie Cooper y un negro. Agredida, insultada, aterrada: ninguno de ellos, reunidos en la barbería aquel sábado por la tarde, mientras el ventilador del techo revolvía el aire viciado sin refrescarlo, devolviéndoles en sucesivas oleadas el aroma estancado de pomadas y lociones, su aliento y olores rancios, supo con exactitud qué había ocurrido.

—Salvo que no fue Will Mayes —dijo uno de los barberos. Era un hombre de mediana edad, delgado, de una tez como la de la arena y un rostro manso, que estaba afeitando a un cliente—. A Will Mayes lo conozco bien. Es un buen negro. Y también conozco a la señorita Minnie Cooper.

—¿Y qué sabes de ella? —preguntó otro de los barberos.

—¿Quién es? —preguntó el cliente—. ¿Una joven?

—No —dijo el barbero—. Tendrá unos cuarenta años, digo yo. No está casada. Por eso no creo...

—¿Qué no crees tú, recontra? —dijo un joven corpulento, con una camisa de seda manchada por el sudor—. ¿No vas a dar por buena la palabra de una mujer blanca antes que la de un negro?

—No creo que fuese Will Mayes quien lo hizo —dijo el barbero—. A Will Mayes lo conozco bien.

—En tal caso, a lo mejor sabes quién fue. A lo mejor ya has tenido tiempo de

sacarlo del pueblo. Eres un maldito protector, un enamorado de los negros.

—Yo no creo que nadie haya hecho nada. No creo que haya ocurrido nada. Dejo en vuestras manos todo lo que a las señoras que envejecen no habiéndose casado se les pase por la cabeza, y más si un hombre no puede...

—Entonces es usted un blanco indecente —dijo el cliente. Se movió bajo el delantal. El joven se había puesto en pie.

—¿Cómo que no? —dijo—. ¿Vas a acusar a una mujer blanca de estar mintiendo?

El barbero sostuvo en alto la navaja, encima del cliente que parecía a punto de levantarse. No se dio la vuelta.

—Es cosa de este clima de mierda —dijo otro—. Es suficiente para que un hombre haga cualquier cosa. Incluso a ella.

No rió ninguno.

—Yo no acuso a nadie de nada —dijo el barbero en su tono reposado, terco—. Sé muy bien, y todos ustedes también lo saben, que una mujer que nunca...

—¡Asqueroso enamorado de los negros!... —exclamó el joven.

—Cállate la boca, Butch —dijo otro—. Averiguaremos qué ha pasado con tiempo de sobra para hacer lo que sea preciso.

—¿Quién lo va a averiguar? —dijo el joven—. ¡Lo que ha pasado, no fastidies! ¡Venga ya!

—Tú eres un hombre blanco como hay que ser —dijo el cliente—. ¿Cierto? —con la barba enjabonada parecía una rata del desierto de las que salen en las películas—. Díselo a todos, Jack —dijo al joven—. Si en este poblachón no hay un hombre blanco como hay que ser, puedes contar conmigo aunque no sea más que un viajante, un forastero.

—Las cosas como son, caballeros —dijo el barbero—. Primero hay que averiguar la verdad del caso. A Will Mayes lo conozco bien.

—Pero... ¡por Dios! —exclamó el joven—. Y pensar que un hombre blanco en

este pueblo...

—Cállate la boca, Butch —dijo el que habló en segundo lugar—. Tenemos tiempo de sobra.

El cliente se incorporó. Miró a quien acababa de hablar.

—¿Sostiene usted que cualquier excusa le vale a un negro por haber agredido a una mujer blanca? ¿Pretende insinuar que es usted un hombre blanco y que lo va a tolerar? Más le vale volverse al Norte, que es de donde viene. En el Sur no queremos ver ni en pintura a los indeseables como usted.

—Pero ¿qué Norte ni qué niño muerto? —dijo el segundo—. Yo he nacido en este pueblo.

—Pero... ¡por Dios! —gritó el joven. Miró en derredor con los ojos en tensión, desconcertado, como si tratara de acordarse de lo que iba a decir, de lo que había pensado hacer. Se pasó la manga por el rostro sudoroso—. Que me aspen si voy a dejar yo que una mujer blanca...

—Díselo a todos, Jack —dijo el viajante—. Por Dios que si se les...

La puerta mosquitera se abrió de golpe. Apareció un hombre que se plantó en el local con los pies separados y el corpachón en equilibrio. Llevaba la camisa blanca y abierta; llevaba un sombrero de fieltro. Con una mirada acalorada, de atrevimiento, recorrió el grupo. Se llamaba McLendon. Había estado al mando de un batallón en el frente, en Francia, y lo habían condecorado con una medalla al valor.

—Bueno —dijo—, ¿os vais a quedar ahí sentados y dejar que un hijo de negra viole a una mujer blanca en las calles de Jefferson?

Butch de nuevo se puso en pie de un brinco. La camisa de seda se le quedó pegada a los hombros. En los sobacos se le había formado una media luna.

—¡Es justo lo que les estaba diciendo! Eso mismo es lo que yo...

—Pero... vamos a ver: ¿es seguro? —dijo un tercero—. No es el primer susto que se lleva esa señorita a causa de un hombre, ya lo dice Hawkshaw. ¿No se dijo que un hombre se había plantado en el tejado de la casa y que la vio desnudarse, hace más o menos un año?

—¿Cómo? —dijo el cliente—. ¿A qué viene esto?

El barbero lo había obligado poco a poco a sentarse; se reclinó a su pesar, con la cara levantada, mientras el barbero aún lo oprimía contra el sillón.

McLendon se volvió como una centella hacia el tercero que habló.

—¿Que si es seguro? ¿Y eso qué más dará? ¿O es que pensáis dejar que esos hijos de negra se salgan con la suya como si tal cosa, y así hasta el día en que uno lo haga de verdad?

—¡Es justo lo que les estaba diciendo! —exclamó Butch. Soltó una retahíla de palabras malsonantes sin mayor sentido.

—Vamos, vamos —dijo un cuarto participante—. No nos acaloremos, no hablemos tan fuerte.

—Eso es —dijo McLendon—. No hace ninguna falta hablar más. Yo ya he dicho lo que tenía que decir. ¿Quién está conmigo?

Cargó el peso del corpachón sobre los talones, mirando a todos con aire desafiante.

El barbero sujetó la cara del viajante con la navaja en alto.

—Primero hay que averiguar la verdad del caso. A Will Mayes lo conozco bien. Él no ha sido. Vayan a buscar al sheriff, hagamos las cosas como hay que hacerlas.

McLendon le lanzó en el acto una mirada furibunda. El barbero no se acoquinó. Parecían dos hombres de distintas razas. El resto de los barberos había dejado de atender a sus clientes, recostados en los sillones.

—¿Tú vas a decirme a la cara —dijo McLendon— que le tomas la palabra a un negro antes que a una blanca? Tú eres un asqueroso enamorado de los negros, te lo digo yo.

El tercero en tomar la palabra se puso en pie y sujetó a McLendon por el brazo. También él estuvo en el ejército.

—Vamos, vamos. A ver si se aclara todo esto de una vez. ¿Alguien sabe

realmente qué es lo que ha ocurrido?

—¿Aclararlo? ¡Al infierno! —McLendon se soltó dando una sacudida con el brazo—. Los que estén conmigo que me sigan. Los que no... —miró desafiante en derredor, pasándose la manga por la cara.

Tres se pusieron en pie. El viajante, en su sillón, se incorporó.

—Venga —dijo, y dio un tirón de la tela que le colgaba del cuello—. Quítame este trapo. Yo estoy con él. No vivo aquí, pero por Dios les aseguro que si nuestras madres y nuestras esposas y nuestras hermanas... —se pasó la tela por la cara y la tiró al suelo. McLendon seguía plantado en medio. Maldijo a los demás. Otro se puso en pie y dio un paso hacia él. Los demás permanecieron sentados con evidente incomodidad, sin mirarse unos a los otros, hasta que uno por uno se fueron levantando y se le sumaron.

El barbero recogió la tela del suelo. La dobló con esmero.

—Caballeros, no lo hagan. Will Mayes no ha sido. Lo sé con certeza.

—Vámonos —dijo McLendon. Se volvió. Del bolsillo de atrás asomaba la culata de una voluminosa pistola automática. Salieron. La puerta mosquitera se cerró resonante en el aire estancado del local.

El barbero limpió la navaja con cuidado, en un visto y no visto, y la guardó antes de ir a la trastienda y tomar su sombrero del colgador.

—Volveré en cuanto me sea posible —dijo a los demás barberos—. No puedo permitir... —y salió a la carrera. Los otros dos barberos lo siguieron hasta la puerta y la sujetaron antes de que batiese, asomándose a la calle a mirarle marchar. No se movía una brizna de aire, que dejaba un regusto metálico en la base de la lengua.

—¿Y qué podrá hacer? —dijo el primero.

—Dios, Dios, Dios —decía el otro para sus adentros.

—No me ponía yo en la piel de Will Mayes, ni en la de Hawk, estando McLendon como está.

—Dios, Dios, Dios —susurró el otro.

—¿Tú de veras crees que ha sido él? ¿Crees que se lo hizo él a la señorita?
—dijo el primero.

II

Tendría treinta y ocho o treinta y nueve años. Vivía en una casita de madera con su madre, que estaba impedida, y con una tía flaca, cetrina, infatigable. Todas las mañanas, entre las diez y las once, salía al porche con una redecilla de tocador rematada con encajes, y se sentaba en el balancín a columpiarse hasta el mediodía. Después de comer se echaba una siesta hasta que refrescaba la tarde. Luego, con uno de los tres o cuatro vestidos nuevos, de tul, que compraba todos los veranos, iba al centro a pasar la tarde en las tiendas, con el resto de las señoras, que manoseaban los artículos a la venta y regateaban con un tono de voz frío, inmediato, sin la menor intención de comprar nada.

Era de familia acomodada no de las mejores de Jefferson, aunque sí suficientemente buena y todavía era tirando a esbelta, si bien dentro de lo corriente; tenía unos modales y una forma de vestir luminosos, pero un tanto deslucidos. Cuando era joven llamaba la atención su esbeltez, su cuerpo nervioso, y una especie de viveza endurecida que le permitió durante un tiempo cabalgar en la cresta de la ola de la vida social del pueblo, según ejemplificaba la fiesta del instituto y la vida social de la iglesia entre sus coetáneos, cuando eran aún tan niños que no tenían conciencia de clase.

Fue la última en darse cuenta de que estaba perdiendo terreno, de que aquellos entre los cuales brilló con luz propia y más llamativa que otras empezaban a disfrutar de los placeres del esnobismo, en el caso de los varones, y de las represalias en el caso de las hembras. Fue entonces cuando su rostro comenzó a perder esa luminosidad un tanto deslucida. Aún se presentaba con ella en las fiestas, en los pórticos en sombra, en los jardines bañados por la luz del verano, como si fuese una máscara o un estandarte, con el aturdimiento del enfurecido repudio de la verdad en su mirada. Una noche, en una fiesta, oyó conversar a un chico y dos chicas, compañeros de clase. Nunca volvió a aceptar una invitación.

Observó a las chicas con las que había crecido y las vio casarse y tener casa propia e hijos; ningún hombre la frecuentó mucho hasta que los hijos de las otras

chicas llevaban años llamándole «tía», al tiempo que sus madres les contaban, con voz emocionada, qué popular había sido la tía Minnie cuando era joven. Entonces en el pueblo empezó a vérsela pasear en coche con el cajero del banco los domingos por la tarde. Era un viudo de unos cuarenta años, un hombre subido de color y más bien exagerado, siempre con un aroma de loción de barbería o de whiskey. Fue dueño del primer automóvil que hubo en el pueblo, un coche pequeño y rojo; Minnie fue la primera en tener sombrerito de automovilista, con velo, que se vio en el pueblo. Entonces la gente empezó a decir «Pobre Minnie». «Pero si ya tiene edad de cuidarse por sí misma», dijeron otros. Fue entonces cuando empezó a pedir a sus antiguas compañeras de clase que sus hijas la llamasen «prima» en vez de «tía».

Habían pasado ya doce años desde que la opinión pública la relegó a la condición de adúltera, y ocho desde que el cajero se marchó a un banco de Memphis, de donde volvía un solo día, por Navidad, que pasaba en la fiesta anual de los solteros, en un club de caza, a la orilla del río. Resguardados tras los visillos, los vecinos veían pasar a los invitados de la fiesta, y durante las visitas que se hacían unos a otros en el día de Navidad le hablaban a ella de él, le contaban la buena planta que tenía, le decían que, por lo visto, había prosperado mucho en la ciudad, y con ojos encendidos, en secreto, contemplaban su rostro luminoso y deslucido. A esas horas por lo común ya le olía a whiskey el aliento. Se lo suministraba un joven, un empleado del tenderete de los refrescos: «Pues claro que lo compro para la viejilla. También tiene su derecho a divertirse un rato, digo yo».

Su madre ya no salía de su habitación; la tía demacrada era la que se ocupaba de la casa. En ese decorado, los vestidos llamativos de Minnie, y sus días desocupados, vacíos, tenían la calidad de una irrealidad enfurecida. Salía por las noches ya sólo con mujeres, con vecinas, para ir al cine. Todas las tardes se ponía uno de sus vestidos nuevos e iba sola al centro, en donde sus jóvenes «primas» ya paseaban cuando se ponía el sol, con las cabezas delicadas, sedosas, los brazos delgados, torpes, las caderas marcadas, cohibidas, cogidas del brazo unas con otras, o chillando y riendo por lo bajo con los chicos, de dos en dos, en el tenderete de los refrescos, cuando ella pasaba de largo y recorría los apretados escaparates de las tiendas, las puertas en las que los hombres sentados a tomar el fresco ya nunca seguían sus pasos con la mirada.

III

El barbero recorrió veloz la calle en la que las farolas aisladas, envueltas por los insectos enjambrados, despedían un fulgor rígido, violento, suspendido en el aire inerte. Había acabado el día envuelto en una capa de polvo; sobre la plaza a oscuras, ceñido por un velo de polvo exhausto, el cielo estaba claro como el interior de una campana de latón. Por el este llegaba el rumor de la luna creciente.

Cuando los alcanzó, McLendon y otros tres se introducían en un coche aparcado en un callejón. McLendon alargó el cuello y sacó la cabezota por la ventanilla.

—Vaya, ha cambiado de opinión, ¿eh? —le dijo—. Pues me alegro, maldita sea. Le juro por Dios que si mañana se llega a saber en el pueblo lo que dijo hace un rato...

—Vamos, vamos —dijo el otro ex militar—. Hawkshaw es buena gente. Venga, Hawk: sube.

—Will Mayes no ha sido, caballeros —dijo el barbero—. Y lo digo aun en caso de que alguien haya hecho lo que se cuenta. Todos ustedes saben tan bien como yo que no hay un solo pueblo donde tengan negros mejores que los nuestros. Y también saben que hay señoras a las que les da por pensar en lo que hacen los hombres, por más que no haya razón ninguna, y la señorita Minnie, de todos modos...

—Claro, claro —dijo el militar—. Sólo queremos charlar con él un rato, eso es todo.

—¿Hablar? ¡Al infierno! —dijo Butch—. Cuando acabemos con la...

—¡Cállate de una vez, por lo que más quieras! —dijo el militar—. ¿O es que quieres que todo el pueblo...?

—¡Díselo, qué cuerno! —dijo McLendon—. Diles a todos que como permitan que una mujer blanca...

—Vámonos ya. Ahí está el otro coche.

El segundo coche frenó con un chirrido y levantó una polvareda en la entrada del callejón. McLendon arrancó el suyo y tomó la delantera. Se posó el polvo como la bruma en las calles. En las farolas se formaba un nimbo como si estuviesen sumergidas. Salieron del pueblo.

El camino, con roderas profundas, doblaba a cada trecho en ángulo recto. También flotaba el polvo sobre el camino, suspendido sobre la tierra. La masa oscura de la fábrica de hielo, en la que el negro Mayes trabajaba de vigilante nocturno, se recortaba en el cielo.

—Mejor será parar aquí, ¿no? —dijo el militar. McLendon no contestó. Aceleró el coche y frenó con brusquedad. Los faros se proyectaban en la pared lisa.

—A ver, caballeros —dijo el barbero—. Si está aquí, ¿no es prueba de que no fue él? ¿No les parece? De haber sido él, habría huido. ¿No se dan cuenta de eso? —llegó el segundo coche y se detuvo. McLendon bajó. Butch lo siguió de un brinco—. A ver, caballeros...

—¡Apaga las luces! —dijo McLendon. Se abatió en derredor la callada negrura de la noche. No se oía nada más que el ansia con que respiraban en la polvareda reseca, en la que llevaban dos meses viviendo; luego, los pasos cada vez más lejanos de McLendon y de Butch al caminar sobre la grava. Al cabo, la voz de McLendon.

—¡Will! ¡Will!

Por el este, y muy baja, se extendía la pálida hemorragia de la luna. Se henchía sobre las lomas y tintaba de plata el aire, el polvo, de modo que pareció que respirasen, que viviesen en un cuenco de plomo fundido. No se oía el canto de una sola ave nocturna, ni el susurro de un insecto; no se oía nada más que sus respiraciones, y el inapreciable chasquido del metal que se contraía en los coches. Cuando se rozaban uno con otro parecía que sudaran en seco, ya que no se apreciaba ni rastro de humedad.

—¡Dios! —dijo uno—. Vámonos de aquí.

Pero no se movió nadie hasta que comenzaron a apreciar ruidos difusos en la negrura, allá delante. Salieron entonces de los coches y aguardaron en tensión, en la callada oscuridad. Otro ruido: un resoplido, una súbita expulsión de aire, una maldición de McLendon en voz baja. Aguataron unos instantes antes de echar a correr. Corrieron en tropel, trastabillando, como si huyesen de algo impreciso.

—Mátalo, mata de una vez a ese hijo de mala negra —susurró una voz. McLendon les salió al paso.

—Aquí no —dijo—. Metedlo en el coche.

—¡Mátalo, mata a ese hijo de mala negra! —susurró la misma voz. Llevaron al negro a rastras hasta el coche. El barbero se había quedado allí esperando. Había roto a sudar y notó que iba a tener una arcada.

—¿Qué lo que pasa, señore? —dijo el negro—. Yo noecho ná. Por Dios se lo juro, señor John.

Alguien sacó unas esposas. Se ajetrearon en torno al negro como si fuera un poste, callados, concentrados, entrometiéndose unos en lo que hacían los otros. El negro se prestó a que lo esposaran, mirando sin cesar, rápido, de un rostro en penumbra al siguiente rostro en penumbra.

—¿Quién hay, señore? —dijo a la vez que se interesaba por verles la cara, hasta que uno por uno percibieron su aliento y notaron su olor a sudor. Dijo un nombre, acaso dos—. ¿Qué dicen usté quecho yo, señor John?

McLendon abrió de un tirón la portezuela.

—¡Adentro! —gritó.

El negro no se movió.

—¿Y qué van hacé conmigo, señor John? Yo noecho ná. Señore blanco, mi capitane, yo noecho ná. Por Dios lo juro —llamó a otro por su nombre.

—¡Adentro! —dijo McLendon. Golpeó al negro. Los otros respiraron con entrecortados siseos y lo golpearon, dándole mamporros al azar, y él se revolvió y los maldijo, y blandió las manos esposadas ante las caras de todos ellos, y al barbero lo alcanzó en la boca, y el barbero también le soltó un golpe—. Metedlo aquí —dijo McLendon. Lo empujaron. Él dejó de debatirse y se introdujo por donde le decían y se sentó sin moverse a la vez que los demás ocupaban sus sitios. Se sentó entre el barbero y el soldado, contrayendo las extremidades de manera que no los rozara siquiera, pasando velozmente los ojos de un rostro al otro. Butch se había encaramado al estribo. El coche siguió la marcha. El barbero se llevó un pañuelo a la boca.

—¿Qué pasa, Hawk? —dijo el soldado.

—Nada —respondió el barbero. Habían vuelto a la carretera y se habían alejado del pueblo. El segundo de los coches se quedó atrás, perdido entre la polvareda que se levantaba a su paso. Siguieron adelante, cada vez a mayor

velocidad; la última franja de las casas quedó atrás.

—¡Maldita sea, cómo apesta el cabrón! —dijo el soldado.

—Eso lo arreglamos rápido —dijo el viajante que iba al lado de McLendon. Sujeto al estribo, Butch maldijo el aire caliente que lo envolvía. El barbero se inclinó de repente a tocar al brazo de McLendon.

—Déjame salir, John —dijo.

—Pues más te vale bajar de un salto, enamorado de los negros —dijo McLendon sin volver la cabeza. Conducía deprisa, con agilidad. Tras ellos, los faros sin fuente del otro coche resplandecían en la polvareda. Al cabo, McLendon enfiló por un camino más estrecho. Tenía sendas roderas que indicaban la falta de uso. Conducía hasta una fábrica de ladrillos abandonada, una serie de montículos rojizos y hornos sin fondo, asfixiados por las malas hierbas y las zarzas. Alguna vez se utilizó para pastos, hasta que un día el dueño echó en falta a una de sus mulas. Aunque sondeó cautelosamente en los depósitos con una vara bien larga, ni siquiera llegó a rozar el fondo de ninguno.

—John... —dijo el barbero.

—Pues salta en marcha —dijo McLendon, con el coche a toda velocidad por las roderas del camino. Al lado del barbero, el negro tomó la palabra:

—Señor Henry...

El barbero se incorporó. El estrecho túnel que formaba la carretera siguió pasando veloz ante sus ojos. El movimiento del coche era como el de un escape de horno recién apagado: más frío tal vez, pero completamente plano. El coche iba dando botes de una rodera a la otra.

—Señor Henry —dijo el negro.

El barbero comenzó a dar furiosos tirones de la manilla de la puerta.

—¡Cuidado, ahí! —dijo el soldado, pero el barbero ya había abierto la puerta de una patada y se había colgado del marco, apoyado en el estribo. El soldado se estiró por encima del negro y lo sujetó, pero él ya había saltado. El coche siguió su camino sin aminorar la velocidad.

El ímpetu lo lanzó volando por encima de los hierbajos cubiertos de polvo, derecho a la cuneta. Se levantó el polvo a su alrededor, y en un perverso crujido apenas perceptible, un crujido de brotes sin savia, quedó tendido, medio asfixiado, a punto de vomitar, hasta que pasó de largo el segundo de los coches. Entonces se puso en pie y echó a caminar cojeando hasta alcanzar el asfalto y allí doblar camino del pueblo, sacudiéndose la ropa con ambas manos. La luna había subido algo más en el cielo, y con la altura alcanzada ya no la enturbiaba el polvo, y al cabo de un rato empezó a ver las luces del pueblo bajo el polvo seco. Siguió adelante cojeando. Oyó entonces el ruido de unos coches, y el resplandor de los faros se hizo más patente en medio de la polvareda, a su espalda, y abandonó entonces la carretera asfaltada y se agazapó de nuevo entre los matojos de la cuneta hasta que pasaron. El coche de McLendon era el que circulaba en segundo lugar. Eran cuatro los que viajaban en el coche, pero Butch ya no iba en el estribo.

Siguieron su camino, se los tragó la polvareda; el resplandor de los faros y el ruido del motor desaparecieron a lo lejos. El polvo que dejaron al pasar quedó en suspenso un rato, pero pronto lo absorbió de nuevo la eterna polvareda. El barbero volvió al asfalto y siguió cojeando hacia el pueblo.

IV

Al vestirse para la cena de aquel sábado, ya al anochecer, hasta sus propias carnes le parecieron febriles. Le temblaban las manos entre ojales y botones, y en sus ojos asomaba una luz como la de la fiebre, y tenía el cabello rizado, terso, seco, crujiente bajo el cepillo. Cuando aún se estaba vistiendo, sus amigas acudieron a visitarla y se sentaron a esperar mientras se ponía la ropa interior más liviana y las medias más finas y un nuevo vestido de gasa.

—¿Te sientes con ánimos de salir? —le dijeron con ojos también luminosos, con un oscuro brillo en la mirada—. Cuando hayas tenido tiempo de recuperarte de la impresión, tienes que contarnos despacio qué fue lo que ocurrió. Qué hizo, qué dijo. Queremos que nos lo cuentes todo con pelos y señales.

En la oscuridad que adensaba el follaje, mientras caminaban hacia la plaza, comenzó ella a respirar hondo, algo así como un nadador que se preparara para sumergirse, hasta que dejó de temblar, las cuatro caminando despacio debido al

terrible calor de la noche y a la solicitud que ella les inspiraba. Pero a medida que se acercaban a la plaza comenzó a temblar de nuevo, a la par que caminaba con la cabeza muy erguida, las manos apretadas y los brazos pegados a los costados, murmurando las voces de las demás, también con una cualidad febril y centelleando en las miradas.

Entraron en la plaza, ella en el centro del grupo, frágil con el vestido recién estrenado. El temblor fue a más. Fue caminando más despacio, cada vez más despacio, como comen helado los niños, la cabeza bien alta y los ojos brillantes en el deslucido estandarte de su rostro, pasando por delante del hotel y de los viajantes de comercio, que se habían quitado la chaqueta y dejaban pasar el tiempo sentados en sillas, en la acera, atentos a su paso:

—Es ésa, ¿la ves? La de rosa, la que va en el medio.

—¿Es ella? ¿Y qué han hecho con el negro ese? ¿Lo han...?

—Claro, claro. Ya lo han apañado.

—Apañado, claro.

—Seguro. Se ha ido a dar un viajecito.

Y luego igual al pasar por el colmado, donde hasta los jóvenes que haraganeaban perdiendo el tiempo a la entrada se llevaron la mano al ala del sombrero y siguieron con los ojos el contoneo de sus caderas y el meneo de sus piernas al pasar.

Ellas siguieron su camino, por delante de los sombreros con que las saludaron los caballeros, por delante de las voces de súbito acalladas, deferentes, protectoras.

—¿Lo veis? —decían las amigas. Hablaban con voces que sonaban como largos suspiros de júbilo, susurrantes—. No hay un solo negro en toda la plaza. Ni uno.

Llegaron al cine. Era como un país de cuento de hadas, con el vestíbulo iluminado, con las litografías coloreadas, réplicas de la vida atrapada en todas sus terribles y hermosas mutaciones. Empezaron a cosquillearle los labios. A oscuras, cuando empezase la película, estaría bien del todo; podría entonces contener las carcajadas para no desperdiciarlas tan deprisa, tan pronto. Por eso apretó el paso

ante las caras que se volvían a mirarla, ante los murmullos con dejes de asombro, y ocuparon sus sitios de costumbre, desde los cuales podía ella ver el pasillo sobre el resplandor plateado, así como veía a los jóvenes y a las chicas al entrar de dos en dos, recortados sobre el fondo luminoso.

Se extinguieron poco a poco las luces de la sala; la pantalla despedía su brillo plateado, y en nada comenzó a desplegarse la vida, Hermosa y apasionada y triste, mientras seguían entrando los jóvenes y las chicas, perfumadas y sibilantes en la penumbra de la sala, emparejados y de espaldas, delicados y esbeltos, los cuerpos vivaces y veloces y torpes, de una divina juventud, mientras más allá se iba acumulando inevitable el sueño argentino en la pantalla. Comenzó a reírse ella de pronto. Al intentar reprimir la risa hizo más ruido que nunca; se volvieron las cabezas de muchos a mirarla. Sin dejar de reírse, las amigas se pusieron en pie y la acompañaron a la salida, y ella se quedó en la acera, riéndose con una nota alta, sostenida, hasta que por fin llegó el taxi y las demás la ayudaron a entrar.

Le quitaron el vestido rosa, de gasa, y la inapreciable ropa interior y las medias finas y la acostaron y picaron hielo recién traído de la fábrica para ponérselo en las sienes y mandaron llamar al médico. No fue fácil dar con él, de modo que la atendieron con exclamaciones apenas acalladas, renovando el hielo y abanicándola. Mientras el hielo estaba aún reciente y bien frío, dejó de reírse y permaneció callada un rato, tendida, tranquila, gimiendo sólo un poco. Pero pronto la risa se hinchó de nuevo en ella y se puso a dar alaridos.

—¡Chisst! ¡Chisst! —le decían a la vez que renovaban la bolsa de hielo que le aplicaban en las sienes, alisándole el cabello, buscándole las canas incipientes—. ¡Pobrecita! —y luego se decían unas a las otras—: ¿Tú de veras crees que algo sucedió, de veras? —con los ojos oscuros, encendidos, secretos, apasionados—. ¡Chisst! ¡Pobrecita! ¡Pobre Minnie!

V

Era medianoche cuando McLendon llegó en el coche a su casa recién estrenada. Estaba tan limpia y tan arregladita como una jaula para pájaros, y era casi igual de pequeña, pintada de verde y blanco. Cerró el coche y subió las escaleras del porche y entró. Su esposa se levantó del sillón, junto a la lámpara de

lectura. McLendon se detuvo y se quedó mirándola hasta que ella bajó los ojos.

—Mira ese reloj —le dijo, y alzó el brazo para señalarlo. Ella se quedó delante de él, cabizbaja, con una revista en las manos. Estaba pálida, tensa, con aire de cansancio—. ¿Cuántas veces te he dicho que no te quedes así esperándome a ver cuándo llego?

—John... —dijo ella. Dejó la revista en una mesa. Plantado sobre los talones, él la miró con ojos acalorados, con la cara sudorosa.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir? —se dirigió hacia ella. Ella alzó los ojos. Él la sujetó por el hombro. Ella permaneció en actitud pasiva, mirándolo.

—No, John. Por favor. Es que no podía dormir. El calor, o lo que fuese. Por favor, John. Me estás haciendo daño.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir, eh? —la soltó, y a medias le dio una bofetada, a medias la empujó hacia el sillón, donde quedó ella sentada, viéndole salir de la sala.

Atravesó la casa a la vez que se quitaba de cualquier manera la camisa, y a oscuras, en el porche de atrás, se frotó la cabeza y los hombros con la camisa antes de tirarla a un rincón. Se quitó la pistola del cinto y la dejó en la mesilla de noche, sentándose en la cama a quitarse los zapatos y levantándose para quitarse los pantalones. Estaba sudando de nuevo, y se agachó en busca, enfurecido, de la camisa. Por fin la encontró y volvió a secarse el cuerpo, y con el cuerpo apretado contra la polvorienta mosquitera se quedó jadeando. No se oía un solo movimiento, nada, ni siquiera un insecto. A oscuras, el mundo parecía yacer abatido bajo la luna fría y las estrellas sin párpados.^[*]

El tirón de la muerte

I

La avioneta apareció sobre la ciudad casi tan repentina como una aparición. Volaba deprisa; casi antes de que nos diéramos cuenta de que estaba allí ya había trazado la mitad de un bucle aún sobre la plaza, violando las ordenanzas tanto municipales como del Estado. Tampoco fue un bucle de los buenos, pues lo trazó de mala manera, con negligencia, a la máxima velocidad, como si el piloto fuese un tipo muy nervioso o tuviera quizás demasiada prisa, o bien (y esto no deja de ser curioso: hay en nuestra ciudad un ex piloto de aviación militar; salía de la oficina de correos cuando apareció la avioneta con rumbo sur; observó aquel bucle presuroso y sin gracia e hizo un comentario) como si hubiese querido el piloto reducir al mínimo una maniobra especificada para ahorrar combustible. La avioneta remató el bucle con un ala más baja que otra, como si estuviera a punto de iniciar un viraje Immelmann.^[19] Trazó entonces medio giro sobre su eje, el bucle ya en su último cuarto, y sin ninguna interrupción en el ruido del motor a todo gas, a la máxima velocidad, con la brusquedad de súbita aparición con que llegó, desapareció por el este, hacia el aeródromo del pueblo. Cuando los primeros niños y chicos llegaron al aeródromo, la avioneta estaba en tierra, empujada contra la esquina de una valla, en un extremo. Estaba inmóvil y vacía. No había nadie a la vista. Allí posada, vacía, muerta, parcheada de cualquier manera, desaliñada, pintada torpemente, con una sola mano, de un negro mate, producía una ilusión espectral, como si hubiera llegado allí volando y hubiera trazado ese *loop* y hubiera aterrizado por sí sola.

Nuestro aeródromo todavía se encuentra en un estado embrionario. Nuestra ciudad se halla entre montañas, y el aeródromo, que en otros tiempos fue un algodonal, consta de cuarenta acres de zanjas, desniveles y ondulaciones en los que, rellenando y nivelando, hemos logrado construir una pista en forma de aspa orientada de acuerdo con los vientos dominantes. Las dos pistas tienen longitud suficiente por sí solas, pero el aeródromo, al igual que nuestra ciudad, está en manos de hombres que ya pasaban de la medianía de la edad cuando otros más

jóvenes comenzaron a pilotar aviones, por lo que los desmontes y las condiciones mismas del aterrizaje y el despegue no son siempre del todo buenas. Por un lado hay una arboleda cuyo dueño no quiere ni hablar de que se tale; por otro está el granero de una granja: cobertizos y edificaciones, una de ellas alargada, y con una techumbre de tejas de madera medio podridas, y un gran henar. La avioneta había ido a posarse al rincón de la valla, cerca del granero. Los chicos pequeños y uno o dos negros y un hombre blanco bajaron de un camión detenido en medio de la carretera, y estaban de pie allí cerca, en silencio, cuando dos hombres con sendos cascos y gafas de aviador sobre la frente salieron de pronto tras la esquina del granero. Uno era alto, con un mono sucio. El otro era bastante bajo, con pantalones de montar y polainas, y un chaquetón sucio, de cuadros de colores, que daba la impresión de que se le hubiese mojado y le hubiera encogido mientras lo llevaba puesto. Caminaba con una marcada cojera.

Se habían parado en la esquina del granero. Sin que parecieran volver la cabeza, en realidad fue como si de un solo vistazo se empaparan de la totalidad del panorama en un visto y no visto. El hombre habló primero.

—¿Qué ciudad es ésta?

Uno de los chiquillos le dijo cómo se llamaba la ciudad.

—¿Y aquí quién vive? —dijo el más alto.

—¿Cómo que aquí quién vive? —repitió el chiquillo.

—¿Quién es el encargado del aeródromo? ¿Es un aeródromo particular?

—Ah. No, es de la ciudad. Lo llevan los del ayuntamiento.

—¿Y viven todos aquí? Quiero decir los encargados.

El blanco, los negros, los niños, estaban todos pendientes del hombre más alto.

—Lo que quiero decir es si hay en la ciudad alguien que vuele, algún piloto, alguien que tenga un avión. ¿Alguien de fuera que vuele?

—Sí —dijo el chico—. Aquí hay un hombre, sí, que fue piloto en la guerra, con el ejército inglés.

—El capitán Warren estuvo en las Fuerzas Aéreas Británicas —dijo otro chico.

—Es justo lo que digo yo —dijo el primero.

—Tú has dicho el ejército inglés —dijo el segundo.

El segundo de los hombres, el más bajo, el de la cojera, tomó la palabra. Habló con el más alto, habló en voz baja, una voz apagada, con una dicción como la de Weber y Fields en un vodevil, aunque con un acusado acento alemán.^[20]

—¿Y eso qué significa? —dijo.

—No pasa nada —dijo el más alto. Se adelantó—. Me parece que lo conozco.

El más bajo lo siguió arrastrando una cojera terrible, como un cangrejo. El más alto tenía el rostro demacrado y una barba de dos días. También los globos oculares parecía que los tuviera sucios, con una expresión tensa, forzada, furibunda. Llevaba un casco sucio, de tela fina, barata, aunque estábamos en enero. Las gafas de aviador las tenía desgastadas, pero hasta nosotros nos dimos cuenta de que eran de las buenas. Claro que todos dejamos de mirarle para mirar al más bajo; más adelante, cuando lo vieron los mayores, se dijo entre nosotros que tenía el semblante más trágico que nunca hubiésemos visto, una expresión de ultrajada, inapelable, indomable desesperación, como la de un hombre que por decisión propia lleva una bomba que, a una determinada hora de cada día, puede explotar o no. Tenía una nariz que habría sido desproporcionada en un hombre de un metro ochenta de estatura. Tal como le daba forma el casco ceñido, la totalidad de la mitad superior de su cabeza, y hasta la punta de la nariz, hubiera sido adecuada en un cuerpo de un metro noventa. Pero por debajo de eso, por debajo de una línea lateral que trazara la bisectriz de su cabeza desde la punta de la nariz hasta el cogote, el mentón, el resto de la cara, no tenía ni cuatro centímetros de profundidad. La mandíbula era una línea larga y plana que se le encajaba bajo la nariz como la mandíbula de un tiburón, de modo que la punta de la nariz y la punta del mentón casi se tocaban. Llevaba por gafas unas piezas planas de vidrio de ventana encastradas en una montura de fieltro. El casco era de cuero. Por la parte trasera, desde la coronilla hasta la costura, tenía un salvaje desgarrón, sujeto arriba y abajo por medio de franjas de cinta adhesiva casi renegridas de suciedad y de grasa.

A la vuelta de la esquina del granero apareció un tercer hombre, de nuevo con la misma brusca inmovilidad de los otros dos, como si acabase de aparecer

como por ensalmo, aunque cuando lo vieron ya avanzaba hacia el grupo. Llevaba un abrigo por encima de un elegante traje de civil; iba tocado con una gorra. Era un poco más alto que el cojo, y era ancho de hombros, de recia constitución. Era apuesto, aunque de un modo nada llamativo, sosegado; por la cara se le veía que era un hombre parco en palabras. Cuando llegó, los espectadores se dieron cuenta de que, como el cojo, era judío. Es decir, se dieron cuenta de inmediato de que dos de los forasteros eran de una raza distinta a la suya, aun sin ser capaces de decir cuál era exactamente la diferencia. El primer chico que habló con ellos probablemente reveló con su siguiente intervención cuál entendían que era la diferencia. Al igual que los otros chicos, miraba con atención al hombre de la cojera.

—¿Y usted estuvo en la guerra? —dijo el chico—. ¿En la guerra en el aire?

El hombre de la cojera no contestó. Tanto él como el más alto miraban a la cancela. También miraron hacia allá los espectadores, y vieron entrar un coche que llegó hasta el borde del aeródromo, hasta donde estaban ellos. Salieron del coche tres hombres y se acercaron. De nuevo habló el hombre de la cojera en voz baja con el más alto:

—¿Es ése?

—No —dijo el más alto, sin mirar al otro. Observó a los recién llegados, mirándolos de uno en uno. Habló con el mayor de los tres—. Buen día —dijo—. ¿Usted es el encargado de este aeródromo?

—No —dijo el recién llegado—. Se ocupa el secretario de la Asociación de FERIALES. Está en la ciudad.

—¿Algún coste por utilizarlo?

—No lo sé. Supongo que estarán encantados de que lo utilicen.

—Adelante, págales —dijo el de la cojera.

Los tres recién llegados contemplaron la avioneta con el aire impávido, experto y respetuoso de los anclados en tierra firme. Se erguía de morro sobre las ruedas embarradas, la hélice inmóvil, con una inmovilidad reposada y dinámica al mismo tiempo. El morro albergaba el voluminoso motor, las alas tensas, el fuselaje manchado de churretones de gasolina tras los oxidados tubos de escape.

—¿Piensan montar algún asunto? —dijo el mayor de los tres.

—Un espectáculo —dijo el más alto.

—¿Qué clase de espectáculo?

—Lo que ustedes quieran. Funambulismo en el ala del aparato, el tirón de la muerte.

—¿Y qué es eso del tirón de la muerte?

—Se trata de que un hombre descienda desde la avioneta hasta un vehículo en marcha y que vuelva a subir. Cuanta más gente venga, más números hacemos.

—Les saldrá a cuenta si lo que le preocupa es el dinero —dijo el de la cojera.

Los chicos lo miraban.

—¿Estuvo usted en la guerra? —dijo el primero de los chicos.

El tercero de los recién llegados no había dicho nada aún. Pero tomó la palabra:

—Vayamos a la ciudad.

—De acuerdo —dijo el más alto. Lo dijo de un modo inexpresivo, en su tono de voz apagado, la misma voz que parecían emplear los tres forasteros por igual, como si fuese un lenguaje común a los tres.

—¿Dónde podemos encontrar un taxi? ¿Hay alguno en la ciudad?

—Nosotros los llevamos a la ciudad —dijeron los que habían llegado en el coche.

—Podemos pagar por el trayecto —dijo el de la cojera.

—Será un placer —dijo el que conducía el coche—. No les cobraré nada. ¿Quieren ir ahora?

—Claro —dijo el más alto. Los tres forasteros montaron en el asiento de atrás, los otros tres en el de delante. Tres de los chicos los siguieron hasta el coche.

—¿Me deja que vaya colgado hasta la ciudad, señor Black? —dijo uno de los

chicos.

—Cuélgate si quieres —dijo el conductor. Los chicos se encaramaron a los estribos. El coche regresó a la ciudad. Los tres de delante oían hablar a los tres de detrás. Hablaban en voz queda, una voz apagada, de una forma extraña por lo sigilosa y por lo apremiante, comentando en cuchicheos alguna cosa, aunque eran el más alto y el de buena planta los que conversaban. Los tres de delante oyeron sólo alguna cosa que dijo el de la cojera:

—No me conformo con menos...

—Claro —dijo el más alto. Se inclinó hacia delante y elevó el tono de voz—. ¿Dónde encuentro al tal Jones, al secretario?

El conductor se lo dijo.

—¿Queda cerca el periódico local, o al menos alguna imprenta? Quiero imprimir unos programas de mano.

—Yo se lo muestro —dijo el conductor—. Yo le ayudo a arreglarlo todo.

—Estupendo —dijo el más alto—. Pues venga esta tarde si quiere y le doy un paseo si me queda tiempo.

El coche se detuvo ante las oficinas del periódico.

—Ahí puede imprimir los programas de mano —dijo el conductor.

—Bien —dijo el más alto—. ¿El despacho de Jones queda en esta misma calle?

—Yo le puedo llevar —dijo el conductor.

—Encargaos de ver vosotros al director —dijo el más alto—. Supongo que a Jones ya lo sabré encontrar yo solo —bajaron del coche—. Volveré yo aquí —dijo. Echó a caminar por la calle con paso ágil, con el mono de aviador sucio y el casco. Otros dos hombres se sumaron al grupo ante la oficina del periódico. Entraron todos ellos, el de la cojera el primero, seguidos por los tres chicos.

—Querría imprimir unos programas de mano —dijo el de la cojera—. Como éste —sacó del bolsillo una hoja doblada, rosa, y la desplegó; el director del periódico, los chicos y los cinco hombres se apiñaron para verla. Las letras eran

negras y gruesas:

DEMON DUNCAN
EL TEMERARIO DE LAS ALTURAS
ESPECTÁCULO EN QUE DESAFÍA A LA MUERTE
CON EL PATROCINIO DE...
ESTA TARDE A LAS DOS EN PUNTO
VENGAN TODOS USTEDES A VER A DEMON DUNCAN
DESAFIAR LA CAÍDA DE LA MUERTE Y EL TIRÓN DE LA MUERTE

— Los quiero listos en una hora — dijo el de la cojera.

— ¿Y este espacio en blanco para qué lo quiere? — dijo el director.

— ¿Qué es lo que tienen en esta ciudad?

— ¿Cómo que qué tenemos...?

— ¿Qué patrocinadores? ¿La Legión Americana? ¿El Club de los Rotarios?
¿La Cámara de Comercio?^[21]

— Aquí tenemos de todo.

— Pues de aquí a nada le digo cuál podemos poner — dijo el de la cojera —. En cuanto regrese mi socio.

— Necesita tener una garantía antes de montar el espectáculo, ¿no es eso?
— dijo el director.

— Pues claro, hombre. ¿Cómo se le ocurre que voy a montar un espectáculo de alto riesgo si no tengo patrocinio? ¿O es que le parece que por una moneda de diez centavos voy a saltar de la avioneta?

— ¿Quién es el que va a saltar? — dijo uno de los recién llegados; era un

taxista.

El hombre de la cojera lo miró.

—Usted por eso no se preocupe —dijo—. A usted lo que le toca es apoquinar. Nosotros saltamos todo lo que quieran ustedes con tal de que nos paguen bien el salto.

—Sólo quería saber cuál de ustedes es el que salta.

—¿Le he preguntado yo si me va a pagar en monedas de plata o en billetes recién hechos? —dijo el de la cojera—. ¿Le he preguntado yo eso?

—No —dijo el taxista.

—A ver, lo de los programas de mano —dijo el director—. Dice usted que los quiere dentro de una hora.

—¿No puede empezar a imprimirlos, y dejamos la parte en blanco para cuando venga mi socio?

—¿Y si no viene cuando los tenga ya terminados?

—Eso no será culpa mía, digo yo.

—Como quiera —dijo el director—. Pues ya puede pagar el importe.

—¿Quiere decir que le he de pagar sin haber puesto el nombre del patrocinador?

—Yo a este negocio no me dedico para pasar el rato —dijo el director.

—En tal caso, esperaremos —dijo el de la cojera.

Aguardaron.

—Señor, ¿usted fue piloto en la guerra? —dijo el chico.

El hombre de la cojera se volvió hacia el chico con su rostro alargado, deforme, trágico.

—¿La guerra? ¿Y por qué iba yo a volar en una guerra?

—Pues pensé que a lo mejor por lo de su pierna. El capitán Warren cojea, y fue piloto en la guerra. ¿Y lo hizo sólo por pasar un buen rato?

—¿Por pasar un buen rato? ¿Qué buen rato? ¿Volando? *Gruss Gott*. Odio volar; ojalá estuviera aquí el hombre que inventó los aviones, porque lo metía en esa máquina que hay allá y le imprimía en la espalda, mil veces, «Ni se te ocurra».

—¿Y entonces por qué lo hace? —dijo el que había llegado con el taxista.

—Por culpa de ese republicano, por Coolidge. Yo me dedicaba a los negocios, y ese tal Coolidge arruinó los negocios.^[22] La ruina. Por eso lo hago. ¿Por pasar un buen rato? *Gruss Gott*.

Miraron al de la cojera.

—Supongo que tendrá un permiso —dijo el segundo de los recién llegados. El de la cojera lo miró.

—¿Un permiso?

—¿No se necesita un permiso para volar?

—Ah, ya; un permiso. Para volar la avioneta; claro, claro, y entiendo. Pues claro, naturalmente que tenemos un permiso. ¿Quiere que se lo enseñe?

—Se supone que lo ha de enseñar a todo el que desee verlo, ¿no es así?

—Claro, naturalmente. ¿Quiere que se lo enseñe?

—¿Dónde lo tiene?

—¿Y dónde lo iba a tener? Clavado a la avioneta, donde lo pusieron los empleados del Estado. ¿O es que pensaba que lo llevo yo clavado en salva sea la parte? ¿Pensaba que a lo mejor llevo yo un motor incorporado y unas alas de quita y pon? Está en la avioneta, hombre. Llame un taxi y vaya a la avioneta y allí lo tiene.

—Yo llevo un taxi —dijo el taxista.

—Bien, pues llévelo. Lleve a este caballero al aeródromo y que eche un vistazo al permiso de la avioneta.

—Le costará un cuarto de dólar —dijo el taxista. Pero el de la cojera no le estaba mirando. Estaba apoyado sobre el mostrador. Lo vieron sacar un chicle del bolsillo y quitarle el envoltorio. Lo vieron meterse el chicle en la boca—. He dicho que le costará un cuarto, señor —dijo el taxista.

—¿Estaba hablando conmigo? —dijo el de la cojera.

—Me pareció entender que quiere un taxi para ir al aeropuerto.

—¿Yo? ¿Para qué? ¿Para qué voy a querer yo ir al aeropuerto? Si acabo de venir de allí. No soy yo el que quiere ver ese permiso. Yo lo tengo más que visto. Estaba presente cuando el empleado del Estado lo clavó en la avioneta.

II

El capitán Warren, ex piloto del ejército, salía del colmado cuando se encontró con el más alto de los hombres, el del mono sucio de aviador. El capitán Warren lo contó esa misma noche en la barbería, cuando la avioneta ya se había marchado.

—No lo había visto desde hace catorce años, desde que marché de Inglaterra al frente en el año 17. «Así que eras tú el que salió como malamente pudo de un *loop* salvaje, con dos pasajeros a bordo, a bordo de un cacharro de los años veinte, modelo Hisso»,^[23] le dije.

»“¿Y quién más me ha visto?”, me dijo. Él me contó todo el asunto, de pie en medio de la calle, mirando por encima del hombro a cada frase que decía. Estaba bastante mal; un hombre se detuvo tras él para dejar pasar a dos señoras y Jock se volvió en redondo sobre los talones como si fuese a pegarle un tiro al hombre, caso de haber llevado un arma, y mientras estábamos en el café alguien dio un portazo al fondo y me pareció que se salía todo entero del mono de aviador. “Es un problemilla nervioso que tengo”, dijo, “pero estoy bien”. Traté de invitarlo a que viniera a comer a mi casa, pero dijo que no. Dijo que tenía que dar el salto y comer sin darse cuenta de que estaba comiendo, o algo parecido, no sé si me explico. Echamos a andar por la calle y pasamos por delante del restaurante cuando me dijo: “Creo que voy a comer algo”, y desapareció como un conejo en una madriguera y se acomodó de espaldas a la pared y dijo a Vernon que le llevara cuanto antes lo

primero que tuviera listo. Se bebió tres vasos de agua y Vernon le llevó una botella de leche, llena de agua hasta arriba, que se bebió en su mayor parte antes de que llegara de la cocina su comida. Cuando se quitó el casco vi que tenía el pelo casi completamente blanco, y eso que es más joven que yo. O lo era, al menos lo era cuando estuvimos en el campamento de entrenamiento en el Canadá. Y me dijo entonces cuál era el nombre de su problemilla, de su trastorno nervioso. Se llamaba Ginsfarb. El pequeñajo, el que saltó de la escalerilla.

—¿Y qué trastorno era ése? —le preguntamos—. ¿De qué tenían tanto miedo?

—Tenían miedo de los inspectores —dijo Warren—. No tenían permiso de ninguna clase.

—Había uno en la avioneta.

—Sí. Pero no correspondía a esa avioneta. Ésa tenía prohibido volar ya cuando la compró Ginsfarb. Por orden de un inspector. El permiso correspondía a otra avioneta que se había estrellado, y no sé quién ayudó a Ginsfarb a incurrir en otro delito más al venderle dicho permiso. Jock se había quedado sin su permiso de piloto dos años antes, cuando se estrelló con un avión grande y lleno hasta los topes de pasajeros que festejaban el 4 de julio. Le fallaron dos de los motores y tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia. El aparato tuvo desperfectos y se averió el conducto del gasóleo, pero no habría pasado nada de no ser porque uno de los pasajeros, seguramente un temerario, no se llegó a alarmar (todo sucedió a la caída de la tarde) y encendió una cerilla. No es que Jock tuviera que cargar con la culpa, pero todos los pasajeros perecieron en el incendio y en esto las ordenanzas del Estado son estrictas. Total, que no pudo obtener un nuevo permiso, y no logró que Ginsfarb siquiera apoquinase el precio de un permiso de paracaidista. Así que no tenían permisos de ninguna clase; si les llegan a echar el guante acaban todos en chirona.

—No es de extrañar que tenga todo el pelo blanco —dijo uno.

—No por eso se le puso el pelo blanco —dijo Warren—. Eso ya lo contaré más tarde. Total que ahora van de recorrido por ciudades pequeñas, como ésta, a las que llegan de pronto, sondean si hay alguien que les pueda echar el guante, y si les parece que no hay demasiado riesgo montan el número y se largan con viento fresco a otra ciudad parecida, o a un pueblo mediano, siempre lejos de las grandes ciudades. Llegan e imprimen los programas de mano mientras Jock y el otro tratan de encontrar patrocinio de alguna organización. Esto es algo que no dejan hacer a

Ginsfarb, porque suele discutir el precio durante demasiado tiempo, y ése es un riesgo que no pueden correr. Son los otros dos los que se encargan de esa parte, y si no consiguen el precio que Ginsfarb haya fijado prefieren quedarse con lo que logren y engañan a Ginsfarb hasta que ya es demasiado tarde. Bueno, esta vez Ginsfarb montó el numerito, y no de acrobacia precisamente. O sí, quién sabe. Supongo que le habían hecho lo mismo demasiadas veces.

»Total, que me encontré a Jock en la calle. Tenía mala pinta; le ofrecí invitarle a un trago, pero me dijo que ya ni siquiera podía fumar. Sólo era capaz de beber agua; dijo que por lo común se bebía hasta un galón en una noche, levantándose a tomarla.

»“Por la pinta que tienes, es como si también tuvieras que dar un salto para conciliar el sueño”, le dije.

»“No, suelo dormir bien. Lo malo es que las noches ya no son largas. A mí me gustaría vivir en el Polo Norte de septiembre a abril, y en el Polo Sur de abril a septiembre. Eso sí que me sentaría bien.”

»“Al paso que vas no durarás lo necesario para llegar allá”, le dije.

»“No te creas, el motor es bueno. De eso me ocupo yo.”

»“Quiero decir que vas a terminar en la cárcel.”

»“¿Tú crees?”, me dijo entonces. “¿Tú crees que podría aguantarlo?”

»Fuimos luego al café. Me contó de qué iba todo el tinglado, me enseñó uno de esos programas de mano con el nombre de Demon Duncan.

»“¿Demon Duncan?”, le dije.

»“¿Y por qué no? ¿Quién iba a pagar nada por ver a un tipo llamado Ginsfarb saltar de un cacharro en pleno vuelo rasante?”

»“Yo antes pagaba por ver hacerlo a un tipo llamado Ginsfarb que a un tipo llamado Duncan”, dije.

»En eso no se había parado a pensar. Se puso entonces a beber agua y me contó que Ginsfarb pretendía cobrar cien dólares por el número de acrobacia, pero que entre él y el otro pájaro habían juntado sólo sesenta.

»“¿Y qué pensáis hacer?”, le dije.

»“Tratar de mantenerlo engañado, terminar con el espectáculo y largarnos de aquí cuanto antes”, dijo.

»“¿Cuál de los dos es Ginsfarb?”, le dije. “¿El pequeño, el que parece un tiburón?”

»Entonces se puso a beber agua. Se ventiló también mi vaso de un trago y golpeó con el vaso en la mesa. Vernon le trajo otro.

»“Caramba, pues sí que tiene sed”, dijo Vernon.

»“¿No tiene una jarra?”, dijo Jock.

»“Le puedo llenar una botella de leche.”

»“Adelante, hágalo”, dijo Jock. “Y deme otro vaso mientras espero.”

»Entonces me habló de Ginsfarb, y de por qué se le había puesto el pelo blanco.

»“¿Y hace cuánto tiempo que te dedicas a esto?”, dije.

»“Desde el 26 de agosto.”

»“Estamos en enero”, dije.

»“¿Y qué?”

»“Pues que desde el 26 de agosto no han pasado ni siquiera seis meses...”

»Me miró. Vernon trajo la botella de agua. Jock se sirvió un vaso y se lo ventiló de un trago. Le había entrado un temblor considerable allí sentado; temblaba y sudaba al tiempo que trataba de llenar de agua el vaso otra vez. Me lo contó entonces, hablando muy deprisa, llenando el vaso, bebiendo sin parar.

»Jake (que es como se llama el otro, Jake no me acuerdo qué; me refiero al que tiene buena planta) es el que conduce el coche, el coche de alquiler. Ginsfarb salta al coche desde la escalerilla. Jock dijo que su trabajo era pilotar el cacharro de manera que se situase encima de un Ford o un Chevrolet con motores accionados por tres

cilindros,^[24] y tratar de impedir que Ginsfarb saltase desde una altura de seis metros, o más, para ahorrar combustible tanto en la avioneta como en el coche de alquiler. Ginsfarb sale de pie sobre el ala en la que está afianzada la escalerilla y se engancha al otro extremo, para dejarse caer; todos los que están mirando el número desde tierra creen que ha ocurrido aquello que han ido a presenciar: que ha caído y se ha matado. A eso le llama el tirón de la muerte. Pero entonces salta de la escalerilla a lo alto del coche, y la avioneta desciende entonces aún más y vuelve a sujetarse a la escalerilla y de un nuevo tirón el aparato lo arrastra por los aires. Ése es el tirón de la muerte.

»En fin. Hasta el día en que a Jock empezó a ponerse todo el pelo blanco, Ginsfarb, por cuestión de elemental economía, hacía todo el número en un solo bloque; adoptaba su posición encima del coche y se dejaba caer sujeto a la escalerilla, y tomaba contacto con el coche, y Jock dijo que a veces la avioneta no estaba ni tres minutos volando. Pues resulta que ese día el coche de alquiler era una chatarra; en resumidas cuentas, Jock tuvo que trazar varios círculos sobre el aeródromo, no menos de cuatro o cinco veces, hasta que estuvo el coche en situación, y Ginsfarb, viendo que su dinero se escapaba a chorros por los tubos de escape, al final se negó a esperar la señal de Jock y saltó a pesar de los pesares. Todo en orden, sólo que la distancia entre la avioneta y el coche no era tanta como la extensión de la escalerilla. Así que Ginsfarb se estampó contra el coche, y Jock se encontró con la potencia suficiente para remontar el vuelo y arrastrar a Ginsfarb, sujeto a la escalerilla, salvando por los pelos un cable de alta tensión, y mantuvo la avioneta en ascenso continuo durante veinte minutos, mientras Ginsfarb ascendía por la escalerilla con una pierna rota. Aguantó la avioneta en posición de ascenso sujetando los mandos con las rodillas, con el gas abierto a tope y el motor acelerado por encima de mil cien revoluciones, al tiempo que se estiraba hacia atrás para alcanzar un cajón que hay detrás de la cabina y sacar una maleta con la que apuntalar la palanca para poder salir al ala y arrastrar a Ginsfarb al interior de la carlinga. Lo metió dentro y aterrizó al cabo y va Ginsfarb y le dice: “¿Hasta qué altura hemos subido?”, y Jock le dijo que habían sido veinte minutos a todo gas, a lo que va Ginsfarb y le dice: “¿Tú sigues empeñado en arruinarme?”.

III

Todo lo que sigue está hecho a retazos. Es lo que nosotros (los habitantes de

tierra firme, habitantes y espina dorsal de una pequeña ciudad, intercambiable con o duplicado de otras diez mil pequeñas acumulaciones de vida humana que hay esparcidas por la tierra) alcanzamos a ver, aunque aclarado y refinado por la opinión de un experto, el hombre que había visto su propia sombra solitaria atravesar veloz la faz de la tierra enana y remota.

Los tres forasteros llegaron al aeródromo en el coche de alquiler. Cuando bajaron del coche estaban discutiendo con voces tensas, apagadas, el piloto y el de buena planta al parecer enfrentados al de la cojera. El capitán Warren dijo que estaban discutiendo por un asunto de dinero.

—Quiero verlo con mis propios ojos —dijo Ginsfarb. Estaban muy cerca unos de otros; el de buena planta sacó algo del bolsillo.

—Aquí está. ¿Lo ves? —dijo.

—Quiero contarlo yo mismo —dijo Ginsfarb.

—Vamos, vamos —chistó el piloto en un tono de voz apagado, tenso—. ¡Te estamos diciendo que tenemos la pasta! ¿O es que prefieres que aparezca un inspector y se lleve la pasta y el aparato y luego se nos lleve a todos a la cárcel? Mira: toda esa gente está esperando.

—Ya me habéis engañado otras veces —dijo Ginsfarb.

—De acuerdo —dijo el piloto—. Dáselo. Y que se quede con su aparato cochambroso. Ya pagará el coche cuando vuelva a la ciudad. Nosotros podemos marcharnos de otro modo; hay un tren que sale dentro de un cuarto de hora.

—Ya me habéis engañado otras veces —dijo Ginsfarb.

—Pero esta vez no te estamos engañando. Vamos, hombre. Mira a toda esa gente.

Avanzaron hacia la avioneta, Ginsfarb cojeando de manera terrible, terca la espalda, trágico el rostro, ultrajado, gélido. Se había congregado un buen gentío: gente del campo con sus pantalones de peto, los hombres apiñados en una oscura montonera, sobre la que destacaban los vestidos de colores de las mujeres y las chicas. Los niños, los chicos y algunos de los hombres ya rodeaban la avioneta. Vimos al hombre de la cojera, que empezó a sacar objetos del fuselaje: un paracaídas, una escalerilla de cuerda. El de buena planta se dirigió a la hélice. El

piloto subió al asiento de atrás.

—¡Listo! —dijo de pronto, con voz cortante—. Aléjense. Vamos a retorcerle el pescuezo a este pajarraco.

Hicieron tres intentonas accionando la manivela de arranque.

—Señor, señor; yo tengo un mulo —dijo un campesino—. ¿Cuánto me paga por remolcarlo?

Los tres forasteros no se rieron. El de la cojera estaba ajetreado afianzando la escalerilla de cuerda en una de las alas.

—No me irá a decir... —dijo una campesina—. Ni siquiera ése puede ser tan tontorrón.

Por fin arrancó el motor. Pareció que levantase a peso a un chiquillo que estaba detrás, pareció que lo alejara de un soplado, como si fuera una hoja seca. Lo vimos ponerse en marcha, girar, recorrer despacio el aeródromo.

—No me irá a decir que ese mamotreto va a volar —dijo la campesina—. A mí el Señor me ha dado ojos en la cara, y bien se ve que eso no vuela. Os han engañado a todos.

—Esperen —se oyó a otra voz—. Ha de ponerse de morro al viento.

—¿Y no tienen aquí mismo tanto viento como tiene por allá lejos? —dijo la mujer.

Pero el aparato levantó el vuelo. Giró para volver de nuevo hacia nosotros con un estruendo ensordecedor. Cuando se nos puso de costado no pareció que llevara una gran velocidad, aunque se veía la luz del día por debajo de las ruedas, entre la panza y la tierra. Pero no iba a gran velocidad; parecía más bien que estuviera grácilmente posado por encima de la tierra hasta que vimos que, más allá de la panza, por debajo, tanto los árboles como la tierra en perspectiva volaban en sentido inverso a una velocidad de vértigo, y entonces se inclinó y salió disparado hacia el cielo con un ruido como el de una sierra circular al morder un tronco de roble blanco.

—¡Si dentro no hay nadie! —dijo la campesina—. ¡A mí que no me vengan con ésas!

El tercer hombre, el de buena planta, con su gorra, había montado en el coche de alquiler. Todos lo conocíamos de sobra: una chatarra destartada cuyo dueño alquilaba a todo el que quisiera hacer un depósito de diez dólares. Fue hasta el extremo del aeródromo, se puso de frente a la pista de aterrizaje y se detuvo. Volvimos a mirar a la avioneta. Iba a gran altura y volvía hacia nosotros; alguien dio un grito de repente, una vocecilla fina, enana:

—¡Allí! ¡En el ala! ¿No lo ven?

—¡No puede ser! —gritó la campesina—. ¡Yo no me lo creo!

—Pues ya los has visto montar —dijo uno.

—¡No me lo creo! —dijo la mujer.

Se nos escapó un suspiro, un «Aaahhh»; bajo el ala de la avioneta vimos un puntito que caía. Supimos que era un hombre. No sé cómo, supimos que aquella figura solitaria, enana, en caída, era la de un hombre vivo igualito que nosotros. Inició la caída y pareció que estuviera cayendo una eternidad, aunque de pronto se detuvo en seco, sin que se viese ni cuerda ni alambre, menos lejos de la avioneta que la punta rematada en una pluma del perfil del ala.

—¡Eso no puede ser un hombre! —exclamó la mujer.

—Sabes que sí —dijo el hombre—. Lo viste montar.

—¡Me da igual! —gritó la mujer—. ¡No puede ser un hombre! ¡Llévame a casa ahora mismo!

El resto es difícil de contar. No porque viésemos poco; vimos todo lo que sucedió. Más bien porque teníamos muy poca experiencia con la cual contrastar aquello. Vimos el destartado coche de alquiler que recorría el aeródromo cada vez más deprisa, dando botes sobre el barro desigual de enero, y oímos entonces el ruido de la avioneta, que apagó el del coche y lo redujo a la inmovilidad; vimos la escalerilla que colgaba y vimos al hombre de cara de tiburón que se iba columpiando bajo la avioneta del color de la muerte. El extremo de la escalerilla arañó el techo del coche de punta a punta, con el hombre de la cojera encaramado a la escalerilla y la cabeza del hombre de buena planta asomada por el coche. Y el final del aeródromo estaba cada vez más cerca, y la avioneta iba mucho más veloz que el coche, a punto de rebasarlo. Y no pasó nada.

—¡Escuchad! —gritó alguien—. ¡Van hablando uno con otro!

El capitán Warren nos contó de qué estaban hablando los dos judíos a grito pelado: el de la cara de tiburón en la escalerilla que se columpiaba y que parecía una telaraña, el otro en el coche; el vallado, el final del aeródromo cada vez más cerca.

—¡Vamos! —gritó el hombre del coche.

—¿Cuánto han pagado?

—¡Salta de una vez!

—Si no han pagado cien, yo no salto.

Entonces la avioneta ganó altura de repente, con un rugido, la figura colgada de la escalerilla de encaje columpiándose bajo ella. Dos círculos trazó sobre el aeródromo mientras el hombre del coche volvía a ponerse en posición. Otra vez arrancó el coche para recorrer todo el aeródromo; de nuevo la avioneta inició el descenso con un zumbido de sierra circular que fue apagándose en un petardeo cuando la escalerilla y el hombre que iba colgado de ella se acercaban al coche por detrás; otra vez oímos las dos vocecillas enanas que se gritaban una a otra en un tono a un tiempo ridículo y horrible: uno que emergió del aire mismo, chillando no sé qué de lo que costaba arrancar con sudor de la tierra y carecía de valor en cualquier otra parte.

—¿Cuánto dices que ha sido?

—¡Salta de una vez!

—¿Cómo? ¿Cuánto han pagado?

—¡Nada! ¡Salta!

—¿Nada? —el hombre de la escalerilla lanzó un gemido que pasó a ser un alarido de ofensa—. ¿Nada?

Una vez más la avioneta tiraba irrevocablemente de la escalerilla por encima del coche, acercándose al extremo del aeródromo, a las vallas, al alargado edificio del granero con el tejado medio podrido. De pronto vimos al capitán Warren junto a nosotros; le oímos emplear palabras que nunca le habíamos oído emplear.

—Lleva la palanca entre las rodillas —dijo el capitán Warren—. Exaltado soberano de la humanidad; sacarínáceo y sagrado símbolo del eterno descanso.

Nos habíamos olvidado del piloto, del hombre que seguía en la avioneta. Vimos la avioneta inclinada casi en vertical, el piloto de pie en el asiento de atrás, inclinado hacia la ventanilla y sacudiendo ambas manos en dirección al hombre de la escalerilla. Le oímos gritar al tiempo que el hombre de la escalerilla pasaba de largo por encima del coche, arrastrado por la avioneta, gritando a su vez:

—¡Que no lo hago! ¡No lo hago!

Seguía dando voces cuando la avioneta ganó altura; lo vimos, una mancha cada vez más pequeña, sin dejar de gritar, recortada en el cielo sobre el tejado alargado del granero.

—¡Que no lo hago! ¡No lo hago!

Antes, cuando la mota dejó la avioneta, en caída, sostenida por la escalerilla, supimos que era un hombre vivo; la otra vez, cuando el punto dejó la escalerilla, en caída, supimos que era un hombre vivo, y esta vez supimos que no había escalerilla a la que agarrarse. Lo vimos caer en el frío, desierto cielo de enero hasta que la silueta del granero lo absorbió; incluso allí era su actitud la de un sapo ofendido, implacable. Entre el gentío chilló una mujer, aunque el grito lo ahogó el ruido de la avioneta. Remontó en su ascenso al cielo con un estruendo despavorido, rasgado, la escalerilla vacía y columpiada bajo la panza. El ruido del motor fue como un gemido, un gemido de alivio y de desesperación.

IV

El capitán Warren nos lo contó en la barbería el sábado por la tarde.

—¿De veras saltó sobre el granero? —le preguntamos.

—Sí. Saltó. No estaba pensando en matarse, ni en hacerse daño. Por eso no resultó herido. Estaba demasiado enfurecido, demasiada prisa tenía por que se hiciera justicia. No quiso esperar a volver volando. La Providencia supo que estaba demasiado ajetreado y que además se merecía la justicia, por eso puso la

Providencia ese granero allí en donde está, con la techumbre medio podrida. Ni siquiera pensó en caer sobre el granero; si lo hubiese intentado, perdida su creencia en un equilibrio cósmico, resuelto a tomar tierra como fuese, no habría acertado a caer en el granero y se habría matado.

No se hizo ningún daño, quitando un costurón en toda la cara por el que sangró en abundancia, y el chaquetón se le desgarró del todo por la espalda, como si el desgarrón que tenía por la parte posterior del casco se le hubiera prolongado. Salió corriendo del granero sin darnos tiempo a llegar. Pasó cojeando entre todos nosotros, con la cara ensangrentada, haciendo aspavientos con los brazos, el chaquetón colgado de un hombro y del otro.

—¿Dónde está el secretario? —dijo.

—¿Qué secretario?

—El secretario de la Legión Americana.

Siguió adelante, cojeando deprisa, donde el gentío se había apiñado en torno a tres mujeres, que se habían desmayado.

—Dijo usted que iba a pagar cien dólares por verme saltar al coche. Hemos pagado el alquiler del coche y todo lo demás, y ahora usted me va...

—Les pagamos sesenta dólares —dijo uno.

El hombre lo miró.

—¿Sesenta? Yo dije cien. Me han hecho creer que eran cien y sólo son sesenta; me han visto ustedes arriesgar la vida por sesenta míseros dólares.

La avioneta había aterrizado, aunque nadie se dio cuenta hasta que el piloto bajó de un salto y se abalanzó sobre el hombre de la cojera. Lo sacudió y terminó por derribarlo antes de que pudiésemos sujetar al piloto. Al final lo sujetamos, y eso que plantó cara y se debatió, llorando, las lágrimas en el rostro sucio, sin afeitarse. El capitán Warren llegó de pronto y sujetó al piloto.

—¡Basta! —dijo—. ¡Ya basta!

El piloto se quedó quieto. Miró fijamente al capitán Warren, y luego se desplomó y se quedó sentado en el suelo, con el mono de aviador fino y sucio, el

rostro sin afeitar, sucio, demacrado, los ojos enfermizos, llorando.

—Váyanse —dijo el capitán Warren—. Dejémoslo en paz unos momentos.

Nos alejamos, volvimos a donde estaba el otro, el de la cojera. Lo habían puesto en pie, y se echó por encima las dos mitades del chaquetón, mirándoselas.

—Quiero un poco de chicle —dijo entonces.

Alguien le dio un pedazo. Otro le ofreció un cigarrillo.

—Gracias —dijo—. Yo no quemo el dinero. Aún no tengo lo suficiente para quemarlo —se metió el chicle en la boca—. Ustedes han querido aprovecharse de mí. Si de veras pensaron que voy a arriesgar la vida por sesenta dólares, están muy engañados.

—Que le den el resto —dijo uno—. Aquí está mi aportación.

El hombre de la cojera no se volvió a mirar.

—Si llegan ustedes a cien, salto al coche tal como dice el programa de mano —dijo.

En alguna parte una mujer soltó un chillido. Se puso a reír y a llorar al mismo tiempo.

—No... —dijo, llorando y riendo a la vez—. No se lo permitan...

Se la llevaron. El hombre de la cojera aún no se había movido. Se limpió la cara con una bocamanga y estaba mirando la manga ensangrentada cuando apareció el capitán Warren.

—¿Cuánto le falta? —dijo Warren. Se lo dijeron. Sacó algo de dinero y se lo dio al de la cojera.

—¿Quiere usted que salte al coche? —dijo éste.

—No —dijo Warren—. Ustedes llévense ese cacharro de aquí tan pronto como puedan.

—Eso es cosa suya —dijo el de la cojera—. Yo aquí tengo testigos a los que

me he ofrecido a saltar —se alejó. Le hicimos sitio y lo vimos alejarse, con el chaquetón desgarrado, colgando en dos mitades, camino de la avioneta. Estaba en la pista de aterrizaje, con el motor en marcha. El tercer hombre ya estaba en el asiento de delante. Vimos al de la cojera subir de una manera terrible hasta colocarse a su lado. Se quedaron allí sentados, mirando para delante.

El piloto hizo ademán de ponerse en pie. Warren estaba a su lado.

—Déjalo —le dijo Warren—. Tú te vienes conmigo a casa.

—Creo que lo mejor será que sigamos —dijo el piloto. No miró a Warren. Le tendió la mano entonces—. Bueno... —dijo.

Warren no le estrechó la mano.

—Tú te vienes conmigo a casa —dijo.

—¿Y quién va a cuidar de ese pedazo de cabrón?

—¿Quién quiere cuidar de él?

—Algún día le apretaré las clavijas y lo voy a poner más tieso que una vela. Cuando le pueda dar una buena.

—Jock... —dijo Warren.

—No —dijo el otro.

—¿No tienes ropa de abrigo?

—Pues claro que sí.

—Eres un mentiroso —Warren hizo amago de quitarse el abrigo.

—No —dijo el otro—, no me hace falta —se dirigió hacia el aparato—. Ya nos veremos alguna vez —le dijo por encima del hombro.

Lo vimos montar en la carlinga, oímos que cobraba vida la avioneta. Pasó por delante de nosotros ya a cierta altura sobre el suelo. El piloto agitó la mano una sola vez, con un gesto envarado; las otras dos cabezas no se movieron, no se volvieron a mirar. Y desapareció. Warren se dio la vuelta.

—¿Y qué hay del coche que alquilaron? —dijo.

—A mí me dio un cuarto de dólar para que lo lleve a la ciudad —dijo un chico.

—¿Y tú lo sabes conducir?

—Sí, señor. Lo conduje yo para traerlo aquí. Yo le enseñé dónde alquilarlo.

—¿Al que saltó?

—Sí, señor —el chico miró hacia otro lado—. Sólo que me da un poco de miedo llevarlo de vuelta. Me pregunto si no podría usted venir conmigo.

—¿Miedo? ¿Y eso por qué? —dijo Warren.

—Porque ese tipo no ha pagado nada por el coche, que es lo que quería el señor Harris. Le dijo al señor Harris que a lo mejor no tenía que utilizar el coche, pero que si lo utilizaba en el espectáculo pagaría al señor Harris veinte dólares, en vez de los diez que quiso pedirle el señor Harris. Me dijo que lo lleve yo de vuelta y que le diga al señor Harris que no llegó a utilizar el coche, y no sé yo si eso al señor Harris le hará ninguna gracia. A lo mejor se enoja mucho.^[*]

Elly

Bordeando la caída a pico del precipicio, la valla de madera parecía un juguete de un niño. Seguía el curvo contorno de la carretera como si la ciñese un hilo, y al pasar el coche era poco más que una mancha endeble. Luego titiló a medida que quedaba atrás como una cinta tensada y cortada a tijera.

Pasaron el rótulo, el primer rótulo, «Mills City. 6 millas», y Elly pensó, con meditabundo e irrevocable asombro: «Ya casi estamos; es ya demasiado tarde», mirando a Paul a su lado, las manos en el volante, de perfil, atento al trazado fugaz de la carretera.

—Bueno, Paul —dijo—, ¿y qué puedo yo hacer para que te cases conmigo? —pensando... «en aquel campo había un labrador con el arado, nos vio salir del bosque cuando Paul llevaba la manta protectora del automóvil», pensándolo con sosiego, con desapasionamiento y desatención, pues algo más había, algo que estaba a punto de borrarlo. «Algo pavoroso que se me olvida», pensó, viendo los rótulos cada vez más numerosos que indicaban la proximidad cada vez mayor de Mills City. «Algo terrible que recordaré dentro de nada», y dijo en voz alta, sosegada—: No hay nada más que pueda yo hacer, ¿verdad?

Paul siguió sin mirarla.

—No —dijo—. No hay nada más que puedas tú hacer.

Recordó entonces qué era lo que se le olvidaba. Recordó a su abuela, pensó en la anciana, impedida de oír nada, con los ojos fríos, ineludibles, que la esperaba en Mills City con atónita y reposada desesperanza: «¿Cómo he podido olvidarla? ¿Cómo he podido? ¿Cómo?».

Tenía dieciocho años. Vivía en Jefferson, a doscientas millas de distancia, con su madre y su padre y su abuela, en una casa grandona. Tenía una terraza bastante amplia, con un emparrado que la apantallaba, y sin luces. En esa sombra se recostaba ella casi cada noche con un hombre distinto, jovenzuelos y jóvenes del pueblo al principio, pero luego casi con cualquiera, con cualquier transeúnte que pasara por la localidad y se encontrase ella por casualidad o según lo convenido,

siempre y cuando tuviera una pinta decente. De noche nunca montaba con ellos en sus coches, y al punto creían todos saber por qué, aunque no siempre renunciaban de golpe a sus esperanzas, hasta que el reloj del juzgado diera las once. Entonces, y acaso durante otros cinco minutos (pese a llevar una hora o acaso más sin decir palabra) se hablaban en susurros apremiantes:

—Te tienes que marchar.

—No. Ahora no.

—Sí. Ha de ser ahora.

—¿Por qué?

—Porque sí. Estoy cansada. Me quiero ir a la cama.

—Ya entiendo. Hasta aquí hemos llegado, nada de ser madre. ¿Es eso?

—Puede ser.

En la sombra, estaba ella ahora alerta, enfriada, huida ya, sin moverse, al resguardo de cierta secreta reserva de júbilo, de risa. Y él se marchaba, y ella entraba en la casa a oscuras, mirando el único rectángulo de luz que caía sobre el rellano de arriba, y cambiaba del todo. Fatigada, con el paso casi cansino de una anciana, subía las escaleras y pasaba ante la puerta abierta del cuarto encendido en el que estaba sentada su abuela, erguida, un libro abierto entre las manos, de cara al pasillo. Por lo común no miraba al cuarto al pasar. Pero de vez en cuando sí lo hacía. Entonces, durante un instante se miraban y se veían del todo una a la otra: la anciana fría, penetrante; la muchacha de rostro cansado, agotada, los ojos oscuros y dilatados, llenos de un odio impotente. Seguía su paso y entraba en su habitación y se apoyaba un rato contra la puerta y oía al cabo a la abuela apagar la luz, a veces llorando en silencio y sin poder evitarlo, murmurando: «Qué perra la vieja, qué perra la vieja». Se desvestía y se miraba en el espejo, examinándose la boca ya sin nada de carmín, pesada, aplanada (o a ella se lo parecía), fatigada e insensible de tanto besar, pensando: «Dios mío, ¿por qué lo haré? ¿Qué es lo que me pasa?», pensando en que al día siguiente debería encarar de nuevo a la anciana con la huella de la noche anterior en la boca como una moradura, con la sensación clara del sinsentido y la vacuidad de la vida más honda que la rabia o la sensación de ser perseguida.

Y una tarde, en casa de una amiga, conoció a Paul de Montigny. Cuando se

marchó se quedaron a solas las dos. Se miraron una a la otra en silencio como dos espadachines, velados sus ojos.

—Así que te ha gustado, ¿eh? —dijo la amiga—. Tienes un gusto muy raro, ¿que no?

—¿Quién dices que me ha gustado? —dijo Elly—. No sé de qué me hablas.

—Vaya, vaya —dijo la amiga—. Así que no te has fijado en el pelo que tiene. Parece un gorro de punto. Y qué labios. Gordezuelos, casi de pura grasa —Elly la miró.

—¿Qué estás diciendo? —dijo.

—Nada —dijo la otra. Miró hacia el corredor y tomó un cigarrillo del bolsillo del vestido para encenderlo—. A mí que me registren. Pero me he enterado de lo que se dice por ahí. Eso de que su tío una vez mató a un hombre que le había echado en cara tener sangre de negro.

—Mientes —dijo Elly.

La otra expulsó el humo.

—Lo que tú digas. Pregúntale a tu abuela por su familia. ¿No vivía ella antes también en Louisiana?

—¿Y a ti qué te pasa? —dijo Elly—. Si eres tú la que lo invitó, lo invitaste a tu casa.

—Pero no me he escondido en el armario de la entrada a besarle, eso sí que no.

—Ah, ya —dijo Elly—. Será porque no has podido.

—Claro que no. Hasta que tú no quitaste de en medio tu linda cara —dijo la otra.

Esa noche, Paul y ella se sentaron en la terraza apantallada, en sombra. Pero a las once en punto fue ella la que se puso toda tensa y apremiante:

—¡No! ¡No! Por favor, por favor.

—Oh, vamos... ¿Es que tienes miedo?

—Pues sí, me da miedo. Vete, por favor. Por favor.

—Entonces, ¿mañana?

—No. Ni mañana ni nunca.

—Sí. Mañana ha de ser.

Esta vez no miró al pasar por delante de la puerta del cuarto de la abuela. Tampoco se apoyó contra la puerta de su cuarto para llorar en silencio. Pero jadeaba sin cesar cuando habló en voz alta contra la puerta, con feble acaloramiento:

—Un negro. Un negro. Me pregunto qué diría si lo supiera.

A la tarde siguiente, Paul llegó a pie hasta la terraza. Elly estaba sentada en el balancín, su abuela en un sillón allí cerca. Se puso en pie y recibió a Paul en los peldaños de acceso.

—¿Por qué has venido? —le dijo—. ¿Por qué?

Entonces se volvió y le pareció verse caminar por delante de él, hacia la anciana delgada que seguía sentada y muy erguida, implacable y casta en ese lugar resguardado, secreto, poblado de espectros, para Elly muy probablemente en cualquier momento incontables e innumerables, que bien pudieran haber sido dueños de una sola boca. Se agachó a hablarle a gritos:

—¡Éste es el señor De Montigny, abuela!

—¿Cómo?

—¡El señor De Montigny! ¡De Louisiana! —gritó, y vio a la abuela, sin moverse de las caderas para abajo, dar un respingo violento, hacia atrás, como una culebra en el momento de atacar.

Eso fue por la tarde. Esa noche se marchó de la terraza por vez primera. Estuvo con Paul entre unos arbustos cercanos, espesos, en el césped; en la despavorida y cercana oscuridad por un instante Elly estuvo perdida, la sangre ruidosa de desesperación y de acaloramiento y también de exultante vengatividad, la sangre que en su interior hablaba al borde mismo de la rendición, alta como una

voz: «¡Ojalá estuviera ella aquí, ojalá estuviese y lo viera!», cuando algo —no medió sonido— le dio un grito y ella hizo un torpe y enloquecido gesto para recobrase. La abuela estaba justo detrás de ellos, por encima de ellos. No acertó a imaginar ninguno cuándo había llegado, cuánto tiempo llevaba allí. Pero allí estaba sin decir nada, en el dilatado anticlímax, mientras Paul se marchaba sin prisas y Elly permanecía en pie, pensando como una estúpida... «Se me sorprende en el pecado sin haber tenido tiempo de pecar.» Llegó entonces a su cuarto y se apoyó contra la puerta, tratando de aquietar la respiración, escuchando a la abuela subir las escaleras e ir al cuarto de su padre. Pero los pasos de la anciana se detuvieron ante su puerta. Elly se fue a la cama y se tumbó sin desvestirse, jadeando aún, todavía alborotada y sonora la sangre. «Así —pensó— que ha de ser mañana. Se lo dirá por la mañana». Empezó entonces a retorcerse, a volverse ligera y rauda de un lado a otro. «Ni siquiera tuve ocasión de pecar», pensó con pesadumbre en el resuello, atónita. «Cree que lo he hecho y le dirá que lo hice, y eso que todavía soy virgen. Es ella la que me empujó a hacerlo, es ella la que me lo impidió en el último instante.» Se encontró entonces tendida con el sol en los ojos, aún vestida por completo. «Así que ha de ser esta mañana —pensó con apagamiento—. Dios mío. Cómo he sido capaz. Cómo he sido capaz. Yo no quiero a ningún hombre, no quiero nada».

Estaba esperando en el comedor cuando su padre bajó a desayunar. No dijo nada; aparentemente, no sabía nada. «A lo mejor se lo ha dicho a mi madre», pensó Elly. Pero al cabo de un rato también apareció su madre y se fue al pueblo sin haber dicho nada. «Así que aún no ha sido», pensó, y subió las escaleras. La puerta del cuarto de la abuela estaba cerrada. Cuando la abrió, la anciana estaba sentada en la sala leyendo un periódico; alzó la mirada fría, impávida, implacable, cuando Elly se puso a darle voces en la casa desierta:

—¿Y qué otra cosa puedo yo hacer en este poblachón muerto y sin remedio, eh? Me pondré a trabajar. No quiero quedarme mano sobre mano. Sólo he de encontrar un trabajo, el que sea, con tal de que sea tan lejos que nunca más me llegue a los oídos la palabra *Jefferson*.

Se llamaba Ailanthia, como la abuela, aunque la anciana no había oído pronunciar su nombre, ni el de su nieta, ni el de nadie, desde quince años antes, salvo cuando alguien se lo decía a gritos, como Elly le estaba gritando en ese momento:

—¡Si anoche ni siquiera pasó nada! ¿O es que no me quieres creer? ¡Pues así es! ¡Anoche ni siquiera pasó nada! De lo contrario, al menos algo hubiese tenido, algo... —y la otra la miraba con esos ojos fríos, clavados, inmóviles, ineludibles, que

tienen los que son muy sordos—. ¡Como tú quieras! —gritó Elly—. ¡Pues entonces me casaré! ¿Así te darás por contenta?

Esa misma tarde se encontró con Paul en el pueblo.

—¿Todo bien anoche? —dijo él—. ¿Por qué, qué pasa? ¿Es que ellos...?

—No. Paul, cástate conmigo —estaban en la parte de atrás del colmado, parcialmente ocultos por el mostrador en que se dispensaban las recetas, aunque en cualquier momento podría aparecer alguien al otro lado. Ella se apretó contra él, con la cara compungida, tensa, la boca pintada como una salvaje cicatriz que la rayase—. Cástate conmigo. Si no, será demasiado tarde, Paul.

—Yo con ellos no me caso —dijo Paul—. Vamos. Compórtate.

Se apretó contra él, preñada de promesas. Hablaba con voz compungida y urgente.

—Anoche casi lo hicimos. Si te casas conmigo, te prometo que...

—¿Lo harás? Y será... ¿antes o después?

—Te lo prometo. Ahora mismo. Cuando tú quieras.

—Lo lamento —dijo él.

—¿Ni siquiera si lo hago ahora?

—Vamos, vamos. Compórtate.

—Ay, te oigo bien, pero no te creo. Y me da miedo probar y saber.

Se echó a llorar. Él le habló con flojo y creciente encono:

—¡Te he dicho que ya basta!

—Sí. Como quieras. Ya he parado. Entonces... ¿no quieres? Te digo que, si no, será demasiado tarde.

—Joder, no. Yo con ellos no me caso. Ya te lo he dicho.

—Como quieras. Entonces, adiós. Adiós para siempre.

—Por mí, estupendo. Si así te sientes, tú verás. Si alguna vez te vuelvo a ver, sabrás cuál es el porqué. Pero nada de casarnos. Y la próxima vez ya me encargaré yo de que no tengamos moscones.

—No habrá una próxima vez —dijo Elly.

Al día siguiente él se marchó. A la semana siguiente se publicó en los periódicos de Memphis el anuncio de la boda. Se había de casar con un joven al que conocía desde que era niña. Era adjunto al cajero del banco, y se decía de él que llegaría algún día a ser director de la sucursal. Era un joven serio y sobrio, de carácter y hábitos impecables, que llevaba un año cortejándola con plácida formalidad. Cenaba con la familia todos los domingos, y cuando llegaba al pueblo uno de aquellos infrecuentes espectáculos ambulantes siempre compraba entradas e invitaba a la velada a Elly y a su madre. Cuando iba a visitarla, ni siquiera después de anunciarse la boda se sentaban juntos en el balancín, a oscuras. Tal vez no supiera que alguien se había sentado a columpiarse con ella a oscuras. Ya nadie se sentaba allí, y Elly pasaba la monótona rueda de los días en una suerte de apagada paz. A veces, de noche, lloraba un poco, aunque no a menudo; de vez en cuando se examinaba la boca en el espejo y lloraba en silencio, con sosegada desesperación, resignada. «De todos modos, ahora puedo vivir tranquila —se dijo—. Al menos puedo vivir el resto de esta vida muerta que me resta tan tranquila como si estuviera muerta».

Un buen día, sin previo aviso, como si también ella hubiese aceptado el armisticio y la capitulación, la abuela se marchó a visitar al hijo que tenía en Mills City. Su ausencia pareció dar a la casa mayor volumen, mayor vacuidad de la que nunca tuvo, como si la abuela hubiera sido la única persona que realmente viviera en ella. A diario empezaron a visitar la casa las costureras para preparar el ajuar, aunque Elly tenía la sensación de ir y venir en silencio y sin propósito, suspensa en un hiato, sin pensar ni sentir, yendo de un cuarto vacío a otro cuarto vacío que dieran una perspectiva idéntica, demasiado familiar y demasiado apacible para ser ya siquiera entristecedora. Largas horas pasaba ya ante la ventana del dormitorio de la madre, contemplando los lentos e infinitesimales zarcillos de la clemátide que trepaban y desbordaban la rejilla y se sobaban por el techo de la terraza con el verano en constante aumento. Así pasaron dos meses; quedaban tres semanas para el día de la boda.

—Tu abuela quiere volver a casa el domingo —le dijo su madre un buen día—. ¿Por qué no vais en coche Philip y tú a Mills City y pasáis el sábado por la noche con tu tío y así la traéis el domingo?

Cinco minutos después, ante el espejo, Elly miró su reflejo como se mira a alguien que acaba de salvarse de un peligro inminente. «Dios —pensó—, ¿qué estaba a punto de hacer? ¿Qué estaba yo a punto de hacer?».

En menos de una hora tenía a Paul al teléfono, aunque salió de la casa para llamarlo, tomando todas las secretas precauciones que le permitieron las prisas.

—¿El sábado por la mañana? —dijo él.

—Sí. Le diré a mi madre que Phi... que quiere salir temprano, nada más amanezca. No te reconocerán a ti, no reconocerán el coche. Estaré esperándote y nos podremos marchar deprisa.

—Sí —oía el zumbido del hilo telefónico, la conferencia; tuvo un sentimiento exultante, de huida—. De acuerdo. Pero ya sabes lo que eso significa. Si vuelvo, ya sabes cuál es el porqué. Te lo dije bien claro.

—No me da miedo. Sigo sin creerte, pero ahora ya no me da miedo probar.

Volvió a oír el zumbido del hilo.

—No me pienso casar contigo, Elly.

—Como quieras, amor. Te digo que ya no me da miedo probar. Exactamente nada más amanezca. Te estaré esperando.

Fue al banco a ver a Philip. Pasado un tiempo, Philip tuvo un rato libre y fue a atenderla en donde la esperaba, la cara tensa y compungida bajo el maquillaje, los ojos brillantes y endurecidos.

—Hay algo que tienes que hacer por mí. Me cuesta mucho pedírtelo, y me temo que te costará mucho hacerlo.

—Descuida, que lo haré. ¿De qué se trata?

—La abuela vuelve a casa el domingo. Mi madre quiere que tú y yo vayamos en coche a Mills City el sábado para traerla de vuelta el domingo.

—De acuerdo. El sábado lo tengo libre.

—Sí, lo que pasa... Ya te he dicho que costará mucho. No quiero que vengas

conmigo.

—¿Cómo? ¿Que no quieres que...? —miró el rostro iluminado de Elly, casi ojeroso—. ¿Quieres ir tú sola? —ella no respondió. De pronto se acercó y se arrimó a él con un movimiento ensayado, automático. Le tomó un brazo y se rodeó con él por la cintura—. Ah —dijo—. Ya entiendo. Quieres ir con alguien distinto.

—Sí. Ahora no te lo puedo explicar, pero te lo explicaré más adelante. Es que mi madre no lo entendería nunca, date cuenta. No me dejaría ir si no cree que voy contigo.

—Entiendo —el brazo con que la rodeaba estaba inerte; era ella quien lo sostenía ceñido a su cintura—. Quieres ir con otro hombre.

Ella rió con fuerza, aunque no mucho.

—No seas bobo. Sí, claro que hay otro hombre de por medio. Tú no lo conoces y yo no cuento con volver a verlo antes de casarme. Pero mi madre nunca lo entendería. Por eso he de pedírtelo. ¿Lo harás por mí?

—Sí, claro. No pasa nada. Si no podemos fiarnos el uno del otro, no tiene sentido que nos casemos.

—Sí. Debemos fiarnos el uno del otro —ella le soltó el brazo. Lo miró con atención, calibrándolo, con un frío y curioso desprecio—. Y a mi madre le harás creer...

—Tú fíate de mí. Sabes que de mí te puedes fiar.

—Sí. Desde luego que puedo —y de repente le tendió la mano—. Adiós.

—¿Adiós?

Se arrimó de nuevo a él. Lo besó.

—Ten cuidado —dijo él—. A lo mejor alguien nos ve.

—Sí. Entonces, hasta luego. Luego te explico —se alejó de él y lo miró con ojos ausentes, especulativa—. Es la última contrariedad que te causo, o al menos eso espero. A lo mejor para ti valdrá la pena. Adiós.

Eso fue el jueves por la tarde. El sábado por la mañana, nada más amanecer, cuando Paul detuvo el coche ante la casa a oscuras, ella pareció materializarse de golpe, a la carrera ya por el césped de la entrada. Subió de un salto al coche sin darle tiempo a bajar y abrir la portezuela, arremolinándose en el asiento del pasajero, ansiosa y prieta de apremio y tensa en la fuga como un animal.

—¡Deprisa! —le dijo—. ¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Deprisa!

Pero él no arrancó el coche durante unos momentos.

—No te olvides. Te dije bien claro cuál sería el porqué de que volviese. ¿Entendido?

—Ya te oí. Y ya te dije que ahora el riesgo no me da ningún miedo. ¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Vámonos!

Y así, diez horas después, cuando los rótulos indicadores de Mills City aumentaban con la irrevocable disminución de la velocidad, le dijo:

—¿Así que no te vas a casar conmigo? ¿De veras que no?

—Eso siempre te lo he dicho.

—Sí. Pero nunca te he creído. Nunca me lo creí. Pensaba que cuando yo... después de... Pero ahora no hay nada más que pueda yo hacer, ¿verdad?

—No —dijo él.

—No —repitió ella. Y se echó a reír, rió cada vez más alto.

—¡Elly! —dijo él—. ¡Ya basta!

—Lo que tú digas —dijo ella—. Es que estaba pensando en mi abuela. Me había olvidado de ella.

Al detenerse en la curva de la escalera, Elly oyó a Paul conversando con su tío y su tía en el cuarto de estar, abajo. Permaneció muy quieta, callada, en una actitud casi pensativa, monjil, virginal, como si posara, como si por un momento hubiese huido a un lugar en el que desconociera de dónde venía y adónde tenía pensado ir. Un reloj en el vestíbulo dio las once, y se movió. Siguió subiendo las escaleras sin hacer ruido y entró en la habitación de su prima, donde había de pasar

la noche. La abuela estaba sentada en una silla baja, junto al tocador repleto de la parafernalia frívola de una jovencita, los frascos, las polveras, fotografías, unos cuantos programas de baile encajados en el marco del espejo. Elly se detuvo. Se miraron una a la otra durante un momento largo antes de que la anciana tomase la palabra.

—No contenta con engañar a tus padres y a tus amigos, tienes que traer a un negro a la casa de mi hijo y encima en calidad de invitado.

—¡Abuela! —dijo Elly.

—Y me obligas a sentarme a la mesa con un negro.

—¡Abuela! —gritó Elly en un ahogado susurro, la cara ojerosa y contraída en una mueca. Aguzó el oído. Alguien subía por la escalera, la voz de su tía y la de Paul—. ¡Calla! —gritó Elly—. ¡Calla!

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

Elly se acercó corriendo a la silla y se agachó y puso los dedos sobre los finos, exangües labios de la anciana, y —una furiosamente importuna, la otra furiosamente implacable— se miraron a los ojos por encima de la mano interpuesta, mientras los pasos y las voces pasaban de largo ante la puerta. Elly retiró la mano. De la hilera encajada en el marco del espejo extrajo uno de los tarjetones con cordón de seda y tomó un lápiz minúsculo, fútil. Escribió al dorso del tarjetón: *No es un negro. Ha estado en Va. y en Harvard y en mil sitios.*

La abuela leyó el tarjetón. Alzó los ojos.

—Lo de Harvard, lo puedo entender, pero no lo de Virginia.^[25] Tú mira qué pelo, qué uñas tiene, si es que necesitas pruebas. Yo no. Sé muy bien cuál es el nombre de los suyos desde hace cuatro generaciones —le devolvió el tarjetón—. Ese hombre no debe dormir bajo este techo.

Elly tomó otro tarjetón y garabateó veloz: *Pues va a dormir aquí. Es mi invitado. Yo le pedí que viniera. Tú eres mi abuela. No querrás que trate de ese modo a un invitado, ni siquiera si fuese un perro.*

La abuela lo leyó. Permaneció con el tarjetón en la mano.

—No será él quien me lleve a Jefferson. No pondré ni un pie en ese coche, y

tú tampoco. Nos volveremos en tren. Nadie de mi sangre montará nunca en coche con él.

Elly tomó otro tarjetón, garabateó con furia: *Yo sí. No puedes impedírmelo. Intenta impedírmelo y verás.*

La abuela lo leyó. Miró a Elly. Se miraron las dos enfurecidas.

—Entonces tendré que decírselo a tu padre.

Elly ya estaba escribiendo de nuevo. Arrojó el tarjetón a la abuela casi antes de levantar el lápiz del papel, y con el mismo gesto quiso recuperarlo. Pero la abuela ya lo había apresado por una esquina, y volvieron a mirarse con ojos fulminantes, uniéndolas el tarjetón como un raro cordón umbilical.

—¡Suelta! —gritó Elly—. ¡Suéltalo!

—Déjalo —dijo la abuela.

—Espera —gritó Elly en voz baja, susurrante, tirando del tarjetón, retorciéndolo—. Me he equivocado. Yo... —con un movimiento asombroso, la abuela retorció el tarjetón cuando Elly intentaba quitárselo.

—Ah —dijo, y leyó en voz alta—. «Pues díselo. Qué sabrás tú.» Ajá. No lo has terminado, ya entiendo. ¿Y dices que qué sabré yo?

—Sí —dijo Elly. Y comenzó a hablar en un susurro enfurecido—. ¡Díselo! Dile que esta mañana estuve en una arboleda y que allí pasé dos horas. ¡Por mí, díselo! —la abuela dobló el tarjetón con esmero, en silencio. Se puso en pie—. ¡Abuela! —gritó Elly.

—Mi bastón —dijo la abuela—. Está ahí, apoyado en la pared.

Cuando se hubo marchado, Elly cerró la puerta con llave y volvió al otro extremo del cuarto. Se desplazó en silencio, tomando una bata de su prima del armario, y se desvistió despacio, deteniéndose a bostezar poderosamente.

—Dios, qué cansada estoy —dijo en voz alta, con otro bostezo. Se sentó ante el tocador y se hizo la manicura con los utensilios de su prima. Había un pequeño reloj de marfil sobre el tocador. Lo miró de vez en cuando.

Luego, el reloj de la planta baja dio las doce. Permaneció unos momentos más con la cabeza inclinada sobre las uñas relucientes, esperando a la última campanada. Miró entonces el reloj de marfil que tenía al lado. «Contigo sí que perdería, seguro, cualquier tren», pensó. Al mirarlo, en el rostro se le fue pintando la cansina desesperación de la tarde. Fue a la puerta y salió al pasillo oscuro. Se quedó a oscuras, descalza, la cabeza inclinada, sollozando en silencio para sí, con aturdida y pueril compasión de sí misma. «Todo está en contra de mí —pensó—. Todo». Cuando se movió no hizo ruido con los pies. Caminó a oscuras con los brazos extendidos. Le pareció sentir que las órbitas de los ojos se le volvían por completo, a ciegas, hacia el interior del cráneo, empeñándose en ver. Entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. La premura, la urgencia, se apoderaron de ella otra vez. Corrió hacia el ángulo de la pared lindante con el cuarto de los invitados y se agachó, abocinando la voz en el ángulo con ambas manos.

—¡Paul! —susurró—. ¡Paul! —conteniendo la respiración a la vez que el susurro, moribundo y apremiante, caía contra el frío yeso de la pared. Se agachó, molesta con la bata prestada, los ojos a ciegas en la oscuridad, veloces de desesperación. Fue al lavabo, halló el grifo a oscuras y templó el correr del agua en un chorro monótono, pero penetrante. Abrió entonces la puerta y se quedó allí parada. Oyó el reloj de abajo dar la media. No se había movido, y temblaba despacio de frío cuando oyó que daba la una.

Oyó a Paul en cuanto salió de la habitación de los invitados. Lo oyó llegar por el pasillo, oyó cómo tanteaba con la mano en busca del interruptor. Cuando se encendió la luz, descubrió que estaba con los ojos cerrados.

—¿Qué pasa? —dijo Paul. Llevaba un pijama prestado por su tío—. ¿Qué demonios...?

—Cierra la puerta —susurró ella.

—Y un cuerno. Serás boba... Eres una jodida boba.

—¡Paul! —lo sujetó como si diera por hecho que iba a escapársele. Cerró la puerta a espaldas de él y buscó el pestillo. Él la sujetó por la muñeca.

—¡Déjame salir de aquí! —susurró.

Se le arrimó más, temblando despacio y sujetándolo. En los ojos no se le veía ni rastro del iris.

—¡Se lo va a contar a papá! ¡Mañana se lo dirá a papá, Paul! —entre un susurro y otro, el agua corría sin prisa, en tono menor.

—¿Decirle el qué? ¿Qué sabrá ella?

—Abrázame, Paul.

—No, qué demonios, no. Suéltame. Vámonos de aquí.

—Sí, te lo digo yo. Tú puedes evitarlo. Tú puedes impedir que se lo diga a papá.

—¿Evitarlo? ¿Cómo voy a evitarlo? ¡Maldita sea, déjame salir!

—Se lo dirá, sí, pero entonces ya no tendrá importancia. Prométemelo, Paul. Dime que sí.

—¿Que me case contigo? ¿Es de eso de lo que me hablas? Ya te he dicho que no. Suéltame de una vez, ya basta.

—De acuerdo, de acuerdo —le dijo en un ansioso susurro—. Ahora sí te creo. Al principio no te creía, pero ahora sí. Entonces, no tienes por qué casarte conmigo, pero aún lo puedes evitar aunque no te cases conmigo —se aferró a él, se apretó contra él con todo el cuerpo y el cabello cargados de promesas voluptuosas, abundantes, desmayadas—. No tienes por qué casarte conmigo. ¿Lo harás?

—¿Hacer? ¿El qué?

—Escucha. ¿Te acuerdas de aquella curva donde hay una pequeña valla blanca, desde donde hay una caída altísima hasta el fondo? ¿Donde si un coche atravesara la valla...?

—Sí, me acuerdo. ¿Qué pasa?

—Escucha. Tú y ella iréis en el coche. No se enterará de nada, no tendrá ni tiempo de sospechar. Y esa valla vieja y baja no aguantará nada, y dirán que fue un accidente. Es vieja; no hará falta gran cosa, puede que sólo con el susto... y tú eres joven, y a lo mejor ni siquiera... ¡Paul! ¡Paul! —con cada una de sus palabras, su voz parecía menguar y extinguirse, pues hablaba con una cadencia agónica, cargada de apremio y desesperación, mientras él la miraba a la cara blanca, a los ojos llenos de desesperación, de promesas voluptuosas—. ¡Paul!

—¿Y tú dónde estarás mientras tanto? —ella no se movió ni un ápice, su rostro como el de una sonámbula—. Ah, entiendo. Tú volverás en el tren, ¿es eso?

—¡Paul! —dijo ella en su prolongado y agónico susurro—. ¡Paul!

En el instante de abofetearla, su mano, como si rechazase de propio acuerdo la orden, se abrió y tocó la cara de ella en un movimiento largo y estremecido, casi una caricia. De nuevo, sujetándola por la nuca, hizo ademán de abofetearla; de nuevo, su mano, o lo que fuera, se negó. Cuando la apartó de un empujón ella tropezó de espaldas contra la pared. Dejaron de oírse los pasos de él y el correr del agua comenzó a colmar el silencio con su sonido constante y sin prisa. Al cabo, el reloj dio las dos, y ella se movió con cansancio, con pesadez, y cerró el grifo. Pero no por eso pareció que cesara el ruido del correr del agua. Parecía que aún gotease en el silencio, en el que ella se tendía rígida en la cama, sin dormir, sin pensar siquiera. Seguía goteando el hilillo de agua mientras bajo la helada mueca de su rostro dolorido soportó el ritual del desayuno y de las despedidas, la abuela entre Paul y ella en el asiento corrido del coche. Ni siquiera el ruido del motor lo apagaba del todo, hasta que de pronto comprendió qué era. «Son los rótulos —pensó, y los vio disminuir en sentido contrario—. Me parece recordar incluso ése; ahora sólo quedan unas dos millas. Esperaré al próximo, y entonces... Entonces será el momento».

—Paul —dijo. Él no la miró—. ¿Te quieres casar conmigo?

—No —tampoco ella le miraba a la cara. Iba pendiente de sus manos, sobre el volante, que movía de continuo, ligeramente. Entre ambos, la abuela iba sentada muy tiesa, envarada, bajo el arcaico sombrerito negro, mirando muy derecha al frente, con un perfil recortado en pergamino.

—Te lo voy a pedir por última vez. Después ya será demasiado tarde. Yo te diré cuándo será ya demasiado tarde. Paul... ¿Paul...?

—No, te digo que no. Tú no me amas, yo no te amo. Nunca nos hemos dicho que nos amemos.

—De acuerdo. Lo que tú digas. Pues que sea sin amor. ¿Te quieres casar conmigo aunque sea sin amor? Recuerda que dentro de nada ya será demasiado tarde.

—No. De ninguna manera.

—Pero... ¿por qué no? ¿Por qué no, Paul? —él no respondió. El coche iba a toda velocidad. Vio entonces el primero de los rótulos en que se fijó. «Ya casi debemos de haber llegado», pensó con calma. «Es la siguiente curva»—. ¿Y por qué no, Paul? —dijo en voz alta, hablando por encima de la anciana sorda—. Si es por eso que se dice de que tienes sangre de negro, ni me lo creo ni me importa —«Sí», se dijo, «ésta es la curva». La carretera se adentró en la curva a la vez que descendía. Se arrellanó en el asiento y vio que su abuela la miraba de lleno. Pero ni siquiera intentó velar su expresión, sus ojos, tal como tampoco habría querido dar disimulo a su voz—: ¿Y si tengo un hijo?

—¿Y qué pasa si lo tienes? Eso ya no tiene remedio. Más te valdría haberlo pensado antes. No te olvides de que fuiste tú quien me llamó; yo no te pedí permiso para volver.

—No. No me pediste permiso. Yo te pedí que vinieras. Yo te hice venir. Y ésta es la última vez que te lo pido. ¿Quieres? ¡Rápido, dime que sí!

—No.

—Lo que tú digas —dijo ella.

Se arrellanó en el asiento. En ese instante, la carretera pareció detenerse, posarse y elevarse antes de iniciar un pronunciado descenso por el borde del precipicio; la valla blanca empezó a titilar a medida que quedaba atrás. Al apartar Elly la manta protectora del automóvil vio a su abuela, que seguía mirándola; al abalanzarse sobre las rodillas de la anciana se miraron con ojos encendidos una a la otra —la muchacha desesperada y ojerosa y la anciana cuyo oído mucho tiempo atrás había dejado de ser de ninguna utilidad, y a cuya vista no escapaba nada— durante un hondo instante de ultimátum desesperado y de rechazo implacable.

—¡Pues muérete! —exclamó en la cara de la anciana—; ¡muérete! —y sujetó el volante a la vez que Paul intentaba echarla para atrás. Pero logró meter el codo entre los radios del volante y cargar con todo su peso, extendida sobre el cuerpo de su abuela, sujetando el volante con fuerza a la vez que Paul le daba un puñetazo en toda la boca—. ¡Ay! —exclamó—. ¡Me has golpeado! ¡Me has golpeado!

Cuando el coche se estrelló contra la valla se vio libre a la vez que encajó el impacto, de modo que durante un momento aterrizó con ligereza como un pájaro que se posara en el pecho de Paul, la boca abierta, los ojos redondos de asombro, de sorpresa.

—¡Me has golpeado! —gimió. Inició entonces la caída libre, sola, en un silencio apacible, como un vacío. La cara de Paul, su abuela, el coche, habían desaparecido, se habían esfumado como por arte de magia; en paralelo a sus ojos, los remates destrozados de la valla blanca, el borde del precipicio en donde el polvo susurraba, la tierra desmoronada y un tenue resabio de todo ello pendía como un globo de juguete, se precipitaron en silencio hacia el cielo.

Allá arriba en alguna parte pasó un ruido, se apagó el ronquido de un motor, el dilatado susurro de unos neumáticos en la grava, y el viento susurró en los árboles de nuevo, agitando la fronda contra el cielo. Contra el tronco de uno de ellos se encontraba el coche en un amasijo inextricable e indistinguible, y Elly se encontró sentada en medio de los cristales rotos, mirándolo sin verlo apenas.

—Algo ha pasado —gimió—. Me ha golpeado. Y ahora están muertos los dos; soy yo la que está herida, no vendrá nadie —gimió un poco, quejumbrosa. Con un aire de aturdido asombro levantó una mano. Tenía la palma roja y húmeda. Sollozaba en silencio, rascándose con estupidez la palma de la mano—. Son cristales y ni siquiera los veo —dijo con un sollozo, mirándose la palma de la mano mientras la sangre cálida le manchaba despacio la falda. El ruido volvió a pasar de largo allá arriba, y desapareció. Miró hacia lo alto, siguiéndolo—. Allá va otro —gimió—. Y ni siquiera van a parar a ver si estoy herida.^[*]

El tío Willy

I

Yo ya sé lo que decían. Decían que no me escapé de casa, sino que se me llevó con triquiñuelas un chalado que, si no lo hubiese matado yo, me habría matado en menos de una semana. Pero si hubieran dicho que las mujeres, las buenas mujeres de Jefferson, habían echado al tío Willy del pueblo y que yo me había ido tras él porque sabía de sobra que el tío Willy esa vez estaba en las últimas, que era su última correría, y que esa vez cuando lo atrapasen sería la definitiva, no les habría faltado razón. Y es que no se me llevó él, además de que el tío Willy no estaba loco, ni siquiera después de todo lo que le habían hecho pasar. No tuve por qué ir; no tuve por qué irme con él, así como tampoco tuvo el tío Willy por qué invitarme, en vez de dar por sentado que yo tenía unas ganas locas de ir con él. Si me fui fue porque el tío Willy era el mejor de los hombres que he conocido, y es que ni siquiera las buenas mujeres pudieron con él, porque muy a pesar de todas ellas terminó por vivir divirtiéndose sólo por el hecho de estar vivo, y murió haciendo lo que más le divertía de todo, porque además estuve yo a su lado para echarle una mano. Y eso es algo que la mayoría de los hombres y también de las mujeres no suelen lograr ni de lejos, ni siquiera las mujeres a las que tanto divierte entrometerse en las vidas ajenas.

No es que fuera tío de nadie, sino que lo era de todos nosotros, y también los adultos lo llamaban tío Willy, o pensaban en él por ese apelativo.^[26] No tenía más parentela que una hermana que vivía en Texas y que se había casado con un millonario del petróleo. Vivía por su cuenta en una casita aseada, vieja, la misma en que había nacido, en las afueras del pueblo, y allí vivía junto con un viejo negro al que llamaban Job Wylie, que aún era más viejo que él, y que le cocinaba y se ocupaba de la casa y era el recadero de la tienda que había montado el padre del tío Willy y que el tío Willy había llevado sin más ayuda que la del viejo Job, y durante doce o catorce años (lo que llevábamos vivido nosotros, los niños y los chicos), mientras se dedicó sólo a consumir drogas lo vimos muy a menudo. Nos gustaba ir

a su tienda porque siempre se estaba fresquito, a la sombra, en silencio, y es que nunca limpiaba las ventanas; contaba que la razón de que así fuera es que así no se tomaba la molestia de poner cortinas, porque nadie iba a ver el interior, y tampoco el calor se iba a colar allí dentro. Y nunca tenía más clientes que los campesinos que iban a comprar medicamentos ya embotellados, o en frascos, y los negros que le compraban las cartas y los dados, porque nadie le había dado ocasión de preparar una receta en unos cuarenta años, calculo yo, y nunca hizo negocio vendiendo helados y refrescos, porque era el viejo Job el que lavaba los vasos y mezclaba los siropes y preparaba los helados ya desde que el padre del tío Willy montó el negocio en mil ochocientos cincuenta y tantos, así que a estas alturas el viejo Job no veía gran cosa, y eso que papá decía que no le parecía que el viejo Job también le diese a las drogas, sino que era sólo porque respiraba a diario, y también de noche, el aire que acababa de salir de los pulmones del tío Willy.

Pero a nosotros el helado nos sabía bien bueno, sobre todo cuando íbamos a la tienda acalorados después de un partido de béisbol. Jugábamos en una liga de tres equipos del pueblo y era el tío Willy quien daba el premio, una pelota, un bate o una careta de *catcher* en cada uno de los partidos, y eso que nunca venía a vernos jugar, de modo que al terminar cada partido los dos equipos y a veces el tercero íbamos a la tienda a ver cómo daba el premio al ganador. Y allí nos comíamos los helados y todos pasábamos luego a la trastienda, donde la vitrina de los medicamentos, y veíamos al tío Willy encender el infernillo de alcohol y llenar la jeringa y remangarse y veíamos asomar la mirada de puntos azulados que tenía en la cara interna del brazo y que hasta se le escondían debajo de la camisa. Y al día siguiente era domingo y nos sentábamos a esperar cada cual en su parcela y nos acompañábamos a su paso, según iba pasando por delante de cada una de las casas, y con él íbamos a la catequesis, el tío Willy con nosotros, en la misma clase que nosotros, sentado con nosotros mientras recitábamos el catecismo y las demás lecciones. El señor Barbour, el que impartía la catequesis, nunca lo hacía salir a la pizarra. Terminábamos entonces la lección y hablábamos de béisbol hasta que sonaba la campana y el tío Willy seguía sin decir ni mu, seguía sentado todo aseado, bien vestido, con un cuello de camisa bien limpio, sin corbata, con unos cuarenta kilos de peso y los ojos tras los cristales de las gafas, unos ojos en los que todo se le mezclaba, como los huevos rotos. Luego íbamos todos a la tienda y nos zampábamos el helado que hubiera sobrado del sábado y pasábamos a la trastienda, donde la vitrina de los medicamentos, y lo volvíamos a ver: el infernillo y su mejor camisa, la de los domingos, remangada; la aguja que se introducía lentamente en la vena del brazo azulado, y alguien que decía: «¿Y eso no le duele?», y él que contestaba: «No, qué va. A mí me gusta».

II

Luego le obligaron a dejar la droga. Llevaba cuarenta años consumiéndola, nos lo dijo una vez, y ya tenía sesenta, así que como mucho le quedaban diez por delante, sólo que eso no nos lo dijo, porque a los chicos de catorce años no hace ninguna falta decirles una cosa así. Pero le obligaron a dejarla. No les costó mucho. La cosa empezó un domingo por la mañana y estaba más que terminada al viernes siguiente; nos habíamos sentado en el aula y el señor Barbour había dado comienzo a la lección cuando de buenas a primeras el reverendo Schultz, el párroco, allí apareció y se agachó acercando la boca a la oreja del tío Willy y ya lo había levantado de su pupitre, llevándoselo a rastras y hablando en ese tono en el que hablan los predicadores con los chicos de catorce años, ese tono que ni los más bobos ni los maricas se terminan de creer: «A ver, hermano Christian: ya sé que mucho te fastidia dejar a medias la lección que imparte el hermano Barbour, pero ahora vamos a ir tú y yo a reunirnos con el hermano Miller y con los demás, a ver qué nos sabe contar sobre este pasaje tan hermoso y tan edificante, tan reconfortante». Dicho lo cual el tío Willy seguía tratando de quedarse en el aula y nos miraba con los ojos nublados, pestañeando, y diciendo a las claras justo lo que estaba pasando: «¿Qué es esto? Compañeros, díganme, ¿qué es esto? ¿Qué es lo que piensan hacerme?».

Tampoco lo sabíamos nosotros. Terminamos la lección; ese día no hablamos de béisbol; pasamos por delante del cuarto en el que se reunían los hombres con el señor Miller para estudiar los pasajes de la Biblia, el reverendo Schultz sentado en medio de todos ellos, como todos los domingos, como si fuera uno más, normal y corriente, como todos ellos, aunque era como si sobresaliese, como si abultase en medio de los demás y no tuviera que mover un dedo ni decir palabra para recordarles que de normal y de corriente no tenía ni un pelo; siempre me acordaba del Día de los Inocentes de aquel año en que la señorita Callaghan pasó lista y bajó del estrado y dijo: «Hoy voy a ser yo una alumna más», y se sentó en uno de los pupitres que estaban libres y llamó a varios alumnos y les indicó que salieran al estrado, donde estaba su mesa, y que dictasen ellos la lección, y eso habría tenido su gracia siempre y cuando uno recordase que era el Día de los Inocentes y que al día siguiente ya no lo sería. Y el tío Willy estaba sentado junto al reverendo Schultz y parecía más menudo que nunca, y no sé por qué, pero me acordé de un día del verano anterior, cuando se llevaron al manicomio a un campesino que se apellidaba

Bundren, al manicomio de Jackson, aunque no es que estuviera demasiado majareta, y en todo momento supo adónde se lo llevaban, allí sentado junto a la ventanilla del tren, esposado a un ayudante del sheriff que era muy gordo y que iba fumando un puro.^[27]

Se terminó entonces la catequesis y salimos a esperarlo, a que viniese para ir a la tienda a tomarnos un helado. Pero él no salió. No salió hasta que terminó el servicio en la iglesia, y fue la primera vez que estuvo en la iglesia, al menos que supiéramos nosotros o que supiera nadie, según me dijo papá, y salió más tarde con la señora Merridew a un lado y el reverendo Schultz al otro, que lo seguía sujetando por el brazo mientras él nos buscaba con la mirada y decía, con más desesperación que antes, «Compañeros, ¿qué es esto? Compañeros, ¿qué está pasando aquí?», y el reverendo Schultz lo metió de un empujón en el coche de la señora Merridew y ésta dijo en voz alta y clara: «Ahora, señor Christian, me lo voy a llevar a mi casa y allí le voy a preparar un bonito vaso de limonada fresca y luego nos vamos a comer un pollo bien rico y después se va a echar usted una bonita siestecita en mi hamaca y entonces vendrán el hermano y la hermana Schultz e iremos todos a tomarnos un helado bien rico», a lo que el tío Willy decía: «No, no, señora, ¡espere! ¡Espere un momento, que he de ir a la tienda a preparar una receta! ¡Lo tengo prometido desde esta mañana!».

Lo metieron en el coche a empujones y allí nos quedamos nosotros; así desapareció de nuestra vista, sentado junto a la señora Merridew en su coche, como desapareció Darl Bundren con el ayudante del sheriff en el tren, y para mí que lo llevaba ella sujeto por la muñeca, y eso que no le hizo falta esposarlo, y el tío Willy nos lanzó una única mirada de pasmo, de desesperada desesperanza.

Y es que ya pasaba de largo una hora de la hora de su inyección y esa tarde cuando por fin se escabulló de las garras de la señora Merridew eran cinco las horas que pasaban, por eso ni pudo siquiera meter la llave en la cerradura, así que la señora Merridew y el reverendo Schultz lo pillaron y esta vez ni dijo nada ni miró a nadie: sólo intentó escaparse como intenta escaparse un gato medio asilvestrado. Se lo llevaron a su casa y la señora Merridew mandó un telegrama a su hermana, la de Texas, y el tío Willy no apareció por el pueblo en tres días, porque la señora Merridew y la señora Hovis se turnaron para estar con él a todas horas, en la casa, de día y de noche, hasta que llegase la hermana de Texas. Entonces estábamos de vacaciones y el partido de béisbol lo jugamos el lunes y esa tarde la tienda seguía cerrada a cal y canto y hasta el miércoles por la tarde no vimos al tío Willy, que apareció corriendo a todo correr.

No llevaba camisa y no se había afeitado y no hubo forma de que metiera la llave en la cerradura, y entre jadeos y gimoteos acertó a decir: «Por fin se ha dormido, por fin se ha dormido», y así hasta que uno de nosotros tomó la llave y le abrió la puerta. También tuvimos que prenderle el infiernillo y llenarle la jeringa, que esa vez no entró despacio en la vena de su brazo, pues pareció que intentase clavársela hasta el hueso. Después no se volvió a su casa. Dijo que no necesitaba nada para echarse a dormir y nos dio el dinero y nos dejó salir por la puerta de atrás y compramos unos bocadillos y un frasco de café en el café y allí lo dejamos tendido.

Al día siguiente fueron la señora Merridew y el reverendo Schultz y otras tres señoras; el ayudante del sheriff, a sus órdenes, hizo saltar la cerradura, y la señora Merridew sujetó al tío Willy por el cogote y lo sacudió y le habló en susurros que se oían perfectamente: «¡Serás desgraciado! ¡Serás desgraciado, enano! ¿Cómo se te ocurre escaparte de mí, so melón?», y el reverendo Schultz decía: «A ver, a ver, hermana; domínese me», mientras las otras tres señoras gritaban a voz en cuello «señor Christian» y «tío Willy» y «Willy», según la edad que tuvieran o según el tiempo que llevasen viviendo en Jefferson. No les costó mucho.

Esa misma noche llegó la hermana de Texas y cuando pasamos por delante de la casa vimos a las señoras en el porche de la entrada, o entrando y saliendo por la puerta, y el reverendo Schultz era como si sobresaliese, como si abultase en medio de todas ellas, como en el cuarto donde el señor Miller comentaba los pasajes de la Biblia, y atinamos a colarnos por el seto y los oímos hablar por la ventana, oímos llorar y despotricar al tío Willy, lo oímos intentar por todos los medios levantarse de la cama, y oímos a las señoras decir: «Vamos, vamos, señor, Christian; vamos, vamos, tío Willy», y también: «Vamos, Bubber», porque allí también estaba su hermana; y oímos al tío Willy llorar y rezar y despotricar y maldecir. Y así llegó el viernes y se rindió. Los oímos a todos sujetarlo en la cama; digo yo que debió de ser su última intentona, su última correría, porque nadie tuvo tiempo entonces de decir ni mu; y al cabo lo oímos a él, con una vocecilla floja, sin resuello, jadeando.

—Esperen, esperen —decía—. ¡Esperen un momento! Se lo voy a pedir por última vez. ¿Quieren hacer el favor de dejarme en paz? ¿Quieren largarse de una vez? ¿Quieren hacerme el favor de irse todas al infierno y dejarme a mí a mi bola, que ya iré yo cuando buenamente pueda?

—No, señor Christian —dijo la señora Merridew—. Sepa usted que esto lo hacemos para salvarle.

Durante un minuto no oímos nada. Luego oímos al tío Willy desplomarse de nuevo en la cama, dejarse caer como un fardo.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo, como quieran.

Fue como uno de esos corderos que se sacrificaban en la Biblia. Fue como si hubiera subido él solito al altar y se hubiera dejado caer patas arriba y ofreciera el cuello y dijera: «Muy bien, adelante, vengan a por mí y acabemos de una vez. Que me degüellen cuanto antes y que me dejen en paz sobre el fuego».

III

Enfermo mucho tiempo estuvo. Se lo llevaron a Memphis y dijeron que se iba a morir. La tienda quedó cerrada a todas horas, y al cabo de unas cuantas semanas ni siquiera mantuvimos en marcha los partidos de la liga. No eran sólo los bates y las pelotas, no era eso. Pasábamos por delante de la tienda y veíamos el candado grande y viejo y veíamos aquellas ventanas por las que no se podía ver nada, no alcanzábamos a ver el interior, donde comíamos tantos helados y le contábamos quién había ganado y quiénes habían hecho buenas jugadas y él seguía allí sentado en su taburete, con el infiernillo encendido y la droga hirviendo y burbujeando y la jeringuilla esperando en su mano, mirándonos con aquellos ojos que no dejaban de pestañear, nublados y diluidos tras los cristales de las gafas, tanto que no se sabía dónde tenía las pupilas, al contrario de lo que sucede con tantos otros ojos. Y los negros y los campesinos que comerciaban con él también acudieron a ver qué pasaba y se encontraron el candado, y nos preguntaron qué tal estaba y cuándo iba a volver a abrir la tienda, porque ni siquiera después de que se abriese de nuevo la tienda quisieron comerciar con el dependiente que habían puesto la señora Merridew y el reverendo Schultz en la tienda. La hermana del tío Willy dijo que lo de la tienda era lo de menos, que se podía quedar cerrada, porque ella se ocuparía de cuidar al tío Willy si es que se ponía bien. Pero la señora Merridew dijo que no, que no sólo se había propuesto curar al tío Willy, sino que además le iba a procurar un renacer completo, no sólo para que ingresara en la cristiandad verdadera, sino también en el mundo de las cosas prácticas, donde habría un sitio esperándole para que pudiera ir por la vida con la cabeza bien alta, no sólo con honor, sino también con orgullo, entre sus congéneres los hombres; dijo que al principio sólo tuvo la esperanza de arreglar el desaguisado para que no tuviera él que dar la cara ante el

Creador siendo esclavo en cuerpo y alma de la morfina, pero que ahora que estaba bastante más fuerte de lo que nadie hubiese creído posible iba a encargarse ella en persona de que ocupara el lugar en el mundo al que su apellido lo hacía acreedor ya desde antes de que lo deshonrase.

Fue ella quien, con el reverendo Schultz, encontró al dependiente. Llevaba en Jefferson unos seis meses. Tenía cartas de recomendación para la iglesia, pero nadie, salvo el reverendo Schultz y la señora Merridew, nadie sabía nada de él. Es decir, que lo nombraron ellos dependiente de la tienda del tío Willy; nadie más sabía lo que se dice nada de él. Pero los clientes y proveedores antiguos del tío Willy no quisieron comerciar con él, ni comprarle ni venderle nada. Y nosotros tampoco. No es que le hubiésemos generado nosotros muchas ganancias, pero no contábamos, desde luego, con que nos invitase a tomar un helado, y tampoco creo que hubiésemos aceptado de él un helado en el supuesto de que nos lo hubiera ofrecido. Y es que él no era el tío Willy, y en poco tiempo ni siquiera el helado era el mismo, porque lo primero que hizo el dependiente después de limpiar las ventanas fue despedir al viejo Job, sólo que el viejo Job se negó a dejar el empleo. Se quedó merodeando alrededor de la tienda a pesar de los pesares, murmurando, y el dependiente lo echaba en cuanto lo veía por la puerta, y el viejo Job se le colaba entonces por detrás, y el dependiente volvía a encontrarlo y lo maldecía entre susurros, insultaba al viejo Job y lo ponía a caldo por más cartas de recomendación que tuviera para la iglesia; fue a que le emitiesen una orden de alejamiento y el sheriff dijo al viejo Job que tendría que permanecer lejos de la tienda. El viejo Job se plantó entonces en la acera de enfrente. Se pasaba el día entero sentado en el bordillo, justo allí donde veía de frente la puerta de la tienda, y cada vez que el dependiente se asomaba el viejo Job se ponía a gritar: «¡A tos se lo vía decí! ¡A tos se lo digo yo!». Y hasta nosotros dejamos de pasar por la tienda. Alcorzábamos por la esquina para no tener que pasar por delante, por las ventanas relimpias, y no cruzarnos con la clientela que tenía —vendía mucho a la gente de la parte nueva del pueblo— al salir y al entrar, y nos parábamos sólo lo justo para preguntar al viejo Job por el tío Willy, y eso que ya teníamos noticias llegadas de Memphis a diario, acerca de él, y sabíamos que el viejo Job no tendría nada nuevo que contarnos, no llegaría a enterarse bien del todo aunque alguien se lo contase con pelos y señales, puesto que nunca se llegó a creer que el tío Willy estuviera enfermo, creía tan sólo que la señora Merridew se lo había llevado a saber adónde, por la fuerza, y que lo tenía sujeto a otra cama en otra parte, para que no pudiera levantarse y volver; y el viejo Job se pasaba el día sentado en el bordillo de la acera y nos guiñaba el ojo, los ojillos acuosos y enrojecidos que tenía, como hubiera hecho el tío Willy, y decía: «¡A tos se lo vía decí! ¡Por la fuerza lo tienen sujeto allá lejo, mientras te botaraste mierda se queda por la jeta con la tienda del señó Hoke Christian!^[28] ¡Se lo vía decí a tos!».

IV

El tío Willy no murió. Un buen día volvió con la piel del color de la cera y con cerca de sesenta kilos de peso, y con los ojos como los huevos rotos, sólo que huevos muertos, huevos que llevaban tanto tiempo rotos que ya ni olor despiden, hasta que uno los mirase a fondo y viera que cualquier cosa podían ser, cualquier cosa del mundo, salvo una cosa que bien muerta estuviera. Eso fue después de que nos volviese a conocer. No quiero decir que se hubiese olvidado de nosotros exactamente. Era como si aún nos tuviera aprecio por ser chicos, pero como si no nos hubiese visto nunca, y tuvo que volver a aprenderse los nombres y las caras y a qué nombre correspondía qué cara. Su hermana se volvió a Texas, porque era la señora Merridew quien iba a cuidar de él hasta que estuviese recuperado del todo y completamente sanado. Sí. Sanado.

Recuerdo la primera tarde en que volvió a vérselo por el pueblo y fuimos a pie a la tienda y el tío Willy miró las ventanas relimpias, que ahora se veía todo a través de ellas, y miró a la clientela, a todos los que nunca quisieron comprarle ni venderle nada, y el dependiente le dijo: «Usted es mi dependiente, ¿entendido?», y el dependiente se puso a hablar de la señora Merridew y del reverendo Schultz y el tío Willy dijo: «De acuerdo, de acuerdo», y también él se tomó entonces un poco de helado de pie en el mostrador, del mismo lado que nosotros, como si fuese un cliente más, mirando todo lo que tenía alrededor en la tienda mientras se tomaba el helado, y eso que esos ojos no estaban ni mucho menos muertos, y dijo aquella vez: «Pues, a lo que se ve, le ha sacado usted más partido que yo al vejistorio de mi maldito negro», y algo empezó a decir el dependiente sobre la señora Merridew y el tío Willy le dijo «De acuerdo, de acuerdo; encuéntreme ahora mismo a Job y dígame que cuento con verlo aquí todos los días, y que quiero que la tienda esté en adelante tal como está ahora». Fuimos a la trastienda, donde estaba la vitrina de los medicamentos, donde el tío Willy también se quedó mirándolo todo, asombrado de que el dependiente lo hubiese limpiado tanto y de que hubiese un candado nuevo, grande, en la vitrina donde se guardaban las drogas y demás, mirándolo y remirándolo con aquellos ojos de los que nadie en su sano juicio diría que los tenía muertos, igual me da quién fuese, y dijo «Salid ahí y le decís a ese pájaro que quiero mis llaves». Pero no estaban ni el infiernillo ni la jeringa. La señora Merridew los había hecho añicos aquel mismo día. Pero tampoco debió de ser eso, porque el dependiente volvió y se puso a decir no sé qué de la señora Merridew y el

reverendo Schultz, y el tío Willy lo escuchaba y decía «De acuerdo, de acuerdo», y eso que hasta entonces nunca lo habíamos visto reír y la cara ya no le cambiaba de color, pero nosotros bien sabíamos que por dentro se estaba mondando de risa. Salimos entonces. Él dobló nada más llegar a la plaza por la Calle Los Negros y se fue derecho a la tienda de Sonny Barger y fui yo quien cogió el dinero y le compré un refresco de jengibre de Jamaica y luego salí de la tienda de Sonny y los alcancé y fuimos todos a casa del tío Willy y nos sentamos en la hierba de la entrada mientras él se tomaba el refresco de jengibre de Jamaica y volvía a repetir uno por uno los nombres de todos nosotros.

Y esa noche nos reunimos con él en donde nos había dicho. Llevaba la carretilla y la palanqueta y saltamos la cerradura de la puerta de atrás y luego la vitrina, con el candado nuevo y todo, y sacamos la lata de alcohol y la llevamos a casa del tío Willy y la escondimos en el granero. Casi tres galones tenía y él se pasó cuatro semanas sin aparecer por el pueblo y volvió a enfermar y la señora Merridew entró como un torbellino en la casa y se puso a abrir uno por uno todos los cajones y a vaciar todos los armarios y el tío Willy estaba en cama y la miraba con esos ojos que muy lejos estaban de ser ojos muertos. Pero nada pudo encontrar porque ya no quedaba nada, además de que no tenía ni idea de qué estaba buscando, porque estaba buscando una jeringuilla. Y la noche en que el tío Willy volvió a levantarse de la cama y volvió a la tienda y fuimos a la vitrina y vimos que ya estaba abierta y el taburete del tío Willy estaba junto a la puerta y había un frasco de alcohol de un cuarto de galón que se veía nada más entrar y eso fue todo, no hubo más. Y supe entonces que el dependiente sabía quién se había llevado el alcohol la otra vez, pero no supe por qué no se lo dijo a la señora Merridew hasta que pasaron un par de años.

Yo al menos no lo supe hasta que pasaron un par de años, y a lo largo de un año al tío Willy le dio por ir a Memphis todos los sábados en el coche que su hermana le regaló. Escribí la carta mientras el tío Willy me miraba por encima del hombro y me iba dictando, la carta en la que contaba que iba mejorando bastante de salud, aunque no tan deprisa como parecía querer el médico, y contaba que el médico había dicho que no sería buena cosa que fuese a pie a la tienda y que por eso necesitaba un coche, pero no un coche de los caros, sino un coche pequeño, normalito, que él mismo pudiera conducir, o a lo mejor encargar a un negro joven que lo condujera, siempre y cuando su hermana pensara que no era de veras buena cosa que fuese a pie hasta la tienda: y ella le mandó el dinero y él se buscó a un negro de cabeza revuelta, más o menos de mi talla, que se llamaba Secretary, y que se encargaba de conducir su coche y llevarlo a donde quisiera. Es decir, que Secretary dijo que sabía conducir; es seguro que tanto él como el tío Willy

aprendieron a conducir en los viajes nocturnos que se cascaban por la zona montañosa, cuando iban a comprar whiskey de maíz, y Secretary aprendió a conducir por Memphis en un visto y no visto, pues de allí volvían todos los lunes por la mañana con el tío Willy anestesiado del todo en el asiento de atrás, con un olor en la ropa que era como ese olor cuyo origen no iba a descubrir yo de primera mano hasta que pasaran unos cuantos años, y dos o tres botellas medio vacías, y una libreta llena de números de teléfono y de nombres como Lorine y Billie y Jack.^[29] Dos años tardé en saberlo, hasta que un lunes por la mañana llegó el sheriff y cerró a cal y canto, con un candado, todo lo que quedaba de las existencias del tío Willy, y cuando quisieron dar con el dependiente ni siquiera llegaron a saber en qué tren se había largado del pueblo; fue una calurosa mañana de julio y el tío Willy iba hecho unos zorros en el asiento de atrás, y en el del pasajero, junto a Secretary, iba una mujer el doble de grande que el tío Willy, con sombrero rojo y vestido rosa y un abrigo de piel blanca bastante sucio y dos maletas de mimbre en los paragolpes, y tenía el pelo del color de una boca de riego nuevecita, y las mejillas maquilladas, con un polvillo que se le había resquebrajado por el sudor.

Aquello fue peor que si hubiese vuelto a las andadas con la droga. Cualquiera diría que había traído la viruela al pueblo. Me acuerdo de que la señora Merridew llamó por teléfono a mamá aquella misma tarde, porque se le oía incluso desde fuera de la casa, pese a estar la cocina de por medio: «¡Se ha casado! ¡Se ha casado! ¡Con una meretriz! ¡Con una meretriz, una meretriz!», maldiciéndola igualito que los insultos con que martirizaba el dependiente al viejo Job, y es posible, claro, que la Iglesia pueda llegar a esos extremos, y es posible que los ciudadanos que a la Iglesia pertenecen sean los que mejor saben o más derecho tienen a decir cuándo se desconecta uno de la religión durante un minuto o dos. Y papá también maldijo, aunque no maldijera ni insultara a nadie en particular; yo desde luego supe que no estaba despotricando contra el tío Willy, ni contra la mujer con la que acababa de casarse el tío Willy, igual que supe que me entraron unas ganas locas de que la señora Merridew estuviera allí delante y lo oyera alto y claro. Sólo que no creo que, de haber estado allí, hubiese oído nada de nada, porque dijeron que aún iba con la bata de andar por casa cuando fue a buscar al reverendo Schultz y lo metió a empujones en el coche y se dirigió a casa del tío Willy, donde aún estaba en cama, como siempre que fuera lunes o martes, y la mujer con la que se casó echó con cajas destempladas a la señora Merridew y al reverendo Schultz, esgrimiendo el certificado matrimonial como si hubiera sido una pistola o un cuchillo. Y me acuerdo de que aquella tarde —el tío Willy vivía en una bocacalle muy tranquila, en donde el resto de las casas eran pequeñas, casas de campesinos que se mudaron a la ciudad a lo largo de los quince años anteriores, y eran carteros o dueños de pequeños comercios—, de que aquella tarde salieron de aquella calle tan tranquila,

enojadísimas y todo alborotadas, con las capotas para protegerse del sol, las señoras con los niños a rastras, y las chicas ya crecidas con ellas, todas derechas al despacho del alcalde y a la casa del reverendo Schultz, y me acuerdo de que los jóvenes y los chicos que no trabajaban y algunos de los hombres que sí trabajaban se dedicaron a pasar en coche una y dos y tres y más veces por delante de la casa del tío Willy para verla sentada en el porche, fumando cigarrillos y bebiendo algo en un vaso alto; y me acuerdo de que al día siguiente fue al pueblo a comprar, esta vez con un sombrero negro y un vestido de rayas rojas y blancas, que parecía un pirulí tres veces más grande que el tío Willy, al pasar por la calle a la vez que los hombres asomaban la jeta en la puerta de las tiendas para verla pasar, igual que si fuese caminando por una hilera de trampas de resorte, y por detrás, por los dos lados del cuerpo, algo le subía y le bajaba por dentro del vestido, y así hasta que alguien echó la cabeza para atrás y dio un alarido, un «¡Yiiiiiiiiiii!» alborozado, tal cual, y a ella se le meneó aún más el trasero sin detenerse siquiera, y entonces sí que se oyeron alaridos por todas partes, vaya que sí.

Y al día siguiente llegó un telegrama de la hermana de Texas, y papá en calidad de abogado y la señora Merridew en calidad de testigo, creo yo, fueron a visitarlos, y la mujer del tío Willy les mostró el certificado matrimonial y les dijo a la cara que más les valía tomárselo a broma, que con mucho Manuel Street^[30] o sin nada de nada estaba ella casada y bien casada, tanto o más que cualquier zorra, de las más empingorotadas de Jefferson, o de donde fuera, y mientras papá decía: «Vamos, vamos, señora Merridew; vamos, vamos, señora Christian», y a la mujer del tío Willy le explicó que el tío Willy estaba en bancarrota, y que no sería de extrañar que perdiese incluso la casa, y la mujer le dijo que qué pasaba con la hermana de Texas, que si papá pensaba decirle que el negocio de los pozos de petróleo también estaba en bancarrota o qué, y que no la hiciera reír. Así que mandaron un nuevo telegrama a la hermana de Texas y llegaron los mil dólares y encima hubo que darle el coche a la mujer del tío Willy. Se volvió para Memphis aquella misma tarde, atravesando la plaza al volante del coche, con las dos maletas de mimbre y esta vez un vestido negro, de encaje, sudorosa de nuevo bajo el maquillaje que se acababa de poner, porque aún hacía calor, aunque antes hizo un alto en donde esperaban los hombres a que abriese la oficina de correos en el horario de la tarde, y allí les dijo: «Vengan ustedes a verme a Manuel Street alguna vez, que yo les enseñaré qué se pueden hacer ustedes solos y también los unos a los otros en este poblachón lleno de pazguatos».

Y esa misma tarde la señora Merridew volvió a instalarse en la casa del tío Willy y papá dijo que la carta que le escribió a la hermana del tío Willy tenía once páginas, porque papá dijo que nunca perdonaría al tío Willy haberse declarado en

bancarrota. La oímos protegidos desde el seto:

—Está usted loco, señor Christian; loco de remate. Por todos los medios he intentado salvarle, he intentado hacer algo de usted, además de la mala bestia que es, pero ha terminado usted por agotar mi paciencia. Le voy a dar una última oportunidad. Lo voy a llevar al Keeley, y si eso no da resultado lo pienso llevar yo misma a casa de su hermana, y a ella la obligaré a internarle en un manicomio.

Y la hermana mandó desde Texas los papeles por los que se declaraba la incapacidad mental del tío Willy y se nombraba a la señora Merridew su tutora y custodia legal, y la señora Merridew se lo llevó al Keeley de Memphis. Y no hubo más.^[31]

V

Mejor dicho: calculo que ellos creyeron que no hubo más, que esta vez el tío Willy se iba a morir seguro. Y es que hasta papá pensó que estaba loco de remate, porque hasta papá dijo que de no haber sido por el tío Willy no me hubiera escapado yo, y que por eso mismo yo no me escapé, sino que se me llevó con triquiñuelas un chalado; no fue papá, sino que fue el tío Robert el que dijo que de chalado nada, que loco no podía estar, porque cualquier individuo capaz de vender una propiedad en Jefferson y cobrarla en metálico mientras estaba encerrado en un Instituto Keeley no podía estar ni loco ni borracho. Y es que ni siquiera se llegaron a enterar de que había salido del Keeley, ni siquiera se enteró la señora Merridew hasta que pasaron dos días y no lo pudieron localizar. No lo encontraron nunca, ni tampoco se llegó a saber cómo se había largado, y yo no me enteré hasta que recibí aquella carta suya en la que me decía que acudiese en el autobús de Memphis un determinado día, y que él saldría a recogerme a la parada que había en las afueras de Memphis, al sur. Ni siquiera me di cuenta de que llevaba entonces dos semanas sin ver a Secretary ni tampoco al viejo Job. Pero él no se me llevó con ninguna triquiñuela. Si fui fue porque quise, porque era el mejor de los hombres que he conocido, porque se divirtió a lo grande durante toda su vida a pesar de lo que quisieron hacerle, a pesar de lo que se empeñaron en hacer de él, y porque tuve la esperanza de que si pudiera pasar con él un rato al menos a lo mejor aprendería a hacer lo mismo, para poder seguir divirtiéndome cuando fuese viejo. O a lo mejor es que supe algo más aunque fuera sin saberlo, como supe que haría cualquier cosa

que él me pidiese, igual que cuando le ayudé a entrar en la tienda a por el alcohol y él dio por sentado, sin preguntármelo siquiera, que lo haría, e igual que cuando le ayudé a esconderlo de la señora Merridew. A lo mejor supe incluso qué iba a hacer el viejo Job. No lo que hizo, sino lo que haría cuando se presentase la ocasión, e igual supe que ésa había de ser la última correría del tío Willy, y que si no estaba yo a mano, a nadie tendría para enfrentarse a todo el viejo, aterrado, timorato aferrarse al aliento apagado y plegado a las reglas que era Jefferson para él y que, por más que hubiera escapado de Jefferson, representaba aún el viejo Job.

Así que aquella semana me dediqué a cortar algo de césped y junté casi dos dólares. Tomé el autobús el día que me dijo y él me estaba esperando a las afueras de la ciudad, en un Ford que no tenía capota y en cuyo parabrisas aún se leía el rótulo en tiza, «\$85 al contado», y con una tienda de campaña nuevecita, a estrenar, doblada en la parte de atrás, y el tío Willy y el viejo Job en el asiento, y el tío Willy estaba estupendo con una gorra de cuadros, quitando una gran mancha de aceite, con la visera para atrás y unas gafas de aviador sobre la frente y el cuello de celuloide recién lavado y sin corbata y con la nariz quemada y pelada por el sol y los ojos iluminados tras las gafas. Con él hubiese ido al fin del mundo; volvería a hacerlo también ahora, sabiendo incluso lo que iba a pasar. No tendría ni que pedírmelo, como tampoco me lo pidió entonces. Así que monté encima de la tienda y no fuimos hacia el centro de la ciudad, sino que salimos en dirección contraria. Pregunté adónde íbamos, pero me dijo que esperase a la vez que aceleraba el cochecito como si tuviese una prisa loca por llegar, y por su tono de voz me di cuenta de que todo iba como la seda, de que aquello era lo mejor, mucho mejor de lo que a nadie se le hubiera ocurrido, y el viejo Job iba agazapado en el asiento del pasajero, sujetándose con ambas manos y gritándole al tío Willy para que no corriese tanto. Sí. A lo mejor supe incluso entonces, por el viejo Job, que el tío Willy a lo mejor había escapado de Jefferson, pero que en el fondo tan sólo lo había esquivado, que aún no se había librado del todo.

Llegamos entonces al rótulo indicador, a la flecha que señalaba «Al aeropuerto», y por allí doblamos y dije yo: «¿Qué es, qué es?», pero el tío Willy tan sólo me dijo: «Tú espera y verás», y lo dijo como si él también se muriese de ganas de verlo, encorvado sobre el volante con el cabello canoso y despeinado por debajo de la gorra, con el cuello duro tan desencajado que se le veía el cuello entre el cuello de la camisa y la camisa misma, y el viejo Job diciendo (ya lo creo, lo supe incluso entonces) «Lo tiene, caramba si lo tiene. A lo hecho, pecho. Yo ya se lo dije. Pero da igual. Yo ya lo avisé». Y llegamos al aeropuerto y el tío Willy se detuvo en seco y la señaló sin bajarse del coche y dijo: «Mira».

Era una avioneta que volaba trazando círculos y el tío Willy echó a correr de un lado al otro por el borde de la pista, agitando el pañuelo, hasta que lo vio el piloto y descendió y aterrizó y vino rodando a donde estábamos, una avioneta pequeña con un motor de dos cilindros. Era Secretary, que llevaba otra gorra de cuadros y gafas de aviador como las del tío Willy, y me contaron que el tío Willy también había comprado una gorra y unas gafas para el viejo Job, pero que el viejo Job no quiso ponérselas. Y esa noche nos quedamos en un camping que había a dos millas de allá, y para mí también había comprado una gorra y unas gafas de aviador; y entonces supe o mejor dicho entendí por qué no habían conseguido localizar al tío Willy, y me contó que había comprado la avioneta con parte del dinero que cobró por la venta de su casa después de que su hermana la salvase, porque la hermana también había nacido allí, aunque el capitán Bean, el del aeropuerto, no le quiso enseñar a pilotar porque le haría falta un permiso de un médico («Válgame el cielo —dijo el tío Willy—, maldita sea si todos esos republicanos y demócratas con todas sus siglas de la ABC a la XYZ de aquí a nada no van a meter el hocico hasta en el sitio donde tira uno de la cadena»)^[32] y él no podía ir al médico porque el médico a lo mejor prefería ponerlo otra vez de patitas en el Keeley o decir a la señora Merridew dónde estaba. Así que prefirió que fuera Secretary quien aprendiese a pilotar y Secretary llevaba ya dos semanas pilotando, casi catorce días más de los que practicó con el coche antes de que se pusiera a conducir. Así que el tío Willy compró el coche y la tienda de campaña el día anterior, y al día siguiente íbamos a emprender viaje. Iríamos primero a un sitio llamado Renfro, en donde nadie nos conocía y en donde había una pradera enorme de la que el tío Willy tuvo noticia y allí íbamos a pasar una semana, mientras Secretary enseñase al tío Willy a pilotar la avioneta. Luego íbamos a ir más al oeste. Cuando se nos acabase el dinero que había cobrado por la venta de la casa pasaríamos por una ciudad para ofrecernos a tomar pasajeros y así costearnos la gasolina y la comida y llegar a la ciudad siguiente, el tío Willy y Secretary en la avioneta, el viejo Job y yo en el coche; y el viejo Job estaba sentado en una silla, el respaldo apoyado en la pared, pestañeando ante el tío Willy con los ojillos acuosos y enrojecidos que tenía, y el tío Willy recostado en el catre con la gorra y las gafas de aviador, el cuello de celuloide sin corbata (no lo llevaba sujeto a la camisa: sólo se lo había abotonado al cuello), unas veces de lado y otras veces incluso se le quedaba para atrás, como el de un presbítero episcopaliano, y los ojos brillantes tras las gafas de aviador, y su voz resonante y bella.

—Y para Navidad estaremos en California —dijo—. ¡Imaginaos, California!

VI

Y entonces ¿cómo pudieron decir que a mí se me llevó un chalado engañándome por medio de sus triquiñuelas? ¿Cómo es posible? Supongo que ya supe entonces que aquello no podía salir bien, que era todo demasiado bonito para ser verdad. Digo yo que incluso entendí cómo iba a terminar la cosa, lo supe por el humor sombrío con que se comportaba Secretary siempre que el tío Willy hablaba de aprender a pilotar él la avioneta, tal como lo supe por el modo en que el viejo Job miraba al tío Willy, no es por lo que hiciera, claro que no, sino por lo que haría si surgiera la ocasión. Y es que por algo era yo el otro blanco. Yo era blanco, por más que tanto el viejo Job como Secretary fuesen los dos mayores que yo, así que la cosa no saldría mal; ya me encargaría yo de que la cosa no saliera mal. Era como si supiese incluso entonces que daba lo mismo qué le pasara, porque no iba a morir, y por eso pensaba que si al menos pudiera aprender a vivir como vivía él, lo mismo daría qué me pasara, porque tampoco había de morir yo.

Así que emprendimos viaje al día siguiente, nada más amanecer, porque había otra regla para lerdos y era que Secretary tenía que permanecer a la vista del aeropuerto en todo momento, en el aire, hasta que le dieran el permiso para pilotar. Llenamos la avioneta de gasolina y Secretary despegó como si fuese a realizar otro vuelo de prácticas. Entonces el tío Willy nos hizo subir al coche deprisa, porque dijo que la avioneta era capaz de hacer sesenta millas a la hora, así que Secretary llegaría a Renfro mucho antes que nosotros. Pero cuando llegamos a Renfro resulta que Secretary no estaba allí, y montamos la tienda y almorzamos y aún no apareció y el tío Willy comenzó a despotricar y llegó la hora de la cena y cenamos y Secretary seguía sin aparecer y el tío Willy vaya si despotricaba y maldecía para entonces. No llegó hasta el día siguiente. Lo oímos llegar y salimos corriendo y lo vimos volar por encima de nosotros, viniendo por la dirección contraria a Memphis, muy deprisa, y nos pusimos a darle gritos y a hacerle señas. Pero él siguió su rumbo mientras el tío Willy daba saltos y agitaba los puños y despotricaba, y en un abrir y cerrar de ojos cargamos la tienda de campaña en el coche y tratamos de darle alcance cuando volvió. Esta vez no le oímos, y vimos la hélice, porque no daba vueltas, y pareció que Secretary ni siquiera fuese a aterrizar en el prado, sino que iba a aterrizar entre unos árboles que había justo al fondo. Pero los salvó por los pelos y fuimos corriendo y nos lo encontramos aún sentado en la avioneta con los ojos cerrados y la cara del color de la ceniza y dijo entonces «Capitán, si me hace el favor de decirme cómo encuentro Ren...», antes incluso de abrir los ojos y ver quiénes éramos. Dijo que el día anterior había aterrizado siete veces y que nunca llegaba a Renfro y que cada vez que le decían cómo llegar a Renfro allá que iba él todo decidido pero tampoco era Renfro el pueblo en el que aterrizaba y que había dormido en la

avioneta pero que no había comido nada desde que salió de Memphis porque tuvo que gastarse los tres dólares que le dio el tío Willy en gasolina y que si no se le hubiera terminado la gasolina nunca nos habría encontrado.

El tío Willy quiso que fuese yo al pueblo a comprar más gasolina para que pudiera él empezar a aprender a pilotar sobre la marcha, pero Secretary dijo que nanay. Se negó en redondo. Dijo que la avioneta era del tío Willy y supuso que él también era del tío Willy, al menos hasta que volviésemos a casa, claro que sí, pero que ya había volado todo lo que podía volar durante una temporadita. Así que el tío Willy tuvo que empezar su aprendizaje al día siguiente.

Pensé durante un buen rato que iba a tener que tirar por tierra al viejo Job, que iba a tener que sujetarlo para que dejase de gritar «¡No se suba a ese trasto!», y seguía gritando «¡A tos se lo vía decí! ¡Se lo vía decí a tos!», mientras mirábamos la avioneta en la que iban Secretary y el tío Willy, cuando más o menos despegó de un bote y luego cayó como si el tío Willy quisiera tomar un atajo para llegar cuanto antes a China y volvió a remontar de un bote y al fin pareció que iba bastante derecha y volaba alrededor de la pradera y luego descendió a tierra y el viejo Job no dejaba de desgañitarse gritando al tío Willy y llegaron unos aparceros de los otros campos y llegó gente en carretas y a pie, parados todos en la carretera para verlos y la avioneta bajaba y bajaba hasta pasar por delante de nosotros con el tío Willy y Secretary el uno junto al otro, como si fueran igualitos; no quiero decir de cara, sino iguales como son iguales las dos púas de una horca de hortelano, igualitas antes de clavarse en la tierra; vimos los ojos muy abiertos y la boca muy abierta de Secretary, tanto que casi se le oyó decir «¡Ooooooh!», y las gafas de aviador relucientes que llevaba el tío Willy y el pelo todo despeinado bajo la gorra y sobre el cuello de celuloide que lavaba todas las noches antes de irse a dormir, y sin corbata, y los vimos pasar veloces, y el viejo Job no dejaba de dar alaridos: «¡Salga de ahí ahora mismo! ¡Salga de ese trasto!», y también oímos a Secretary: «¡Suelte, tío Willy! ¡Suéltelo!», y la avioneta seguía su vuelo, remontando en un momento y cayendo al siguiente, con un ala más alta que la otra y esa misma ala más baja que la otra al momento siguiente, y luego volaba de lado y a lo mejor se iba a estrellar de lado y eso pasó la primera vez, con una especie de crujido seco y una polvareda que se levantó justo antes de que la avioneta rebotase y cobrase altura y Secretary chillaba: «¡Suelte, tío Willy! ¡Suéltelo!», y de noche, en la tienda de campaña, al tío Willy aún le brillaban los ojos y estaba demasiado excitado para dejar de hablar e irse a dormir y no creo que ni siquiera se acordase de que no había tomado un solo trago desde el momento en que se le ocurrió la idea de comprar la avioneta.

Ah, sí, ya sé lo que se dijo a propósito de mí cuando todo hubo terminado, sé

lo que dijo papá cuando llegó aquella mañana con la señora Merridew, sé que se dijo que yo era el blanco y que ya casi era un hombre, y que Secretary y el viejo Job eran sólo dos negros irresponsables, aunque en realidad fueron el viejo Job y Secretary los que trataron de pararle los pies. Y es que así fue la cosa; eso fue precisamente lo que no supieron entender. Me acuerdo de la última noche, de Secretary y del viejo Job tratando de hacerle entrar en cintura, cuando el viejo Job por fin logró que Secretary le dijese alto y claro al tío Willy que era sencillamente imposible que aprendiese a pilotar la avioneta, y el tío Willy dejó de hablar y se puso en pie y miró muy despacio a Secretary.

—¿Y no aprendiste tú en dos semanas? —dijo. Secretary dijo que sí—. ¿No aprendiste tú, que eres un maldito mentecato, un negro ignorante que no vale un pimiento, un cabeza revuelta? —y Secretary dijo que sí—. ¿Y tú de verdad te crees que yo, licenciado en una universidad, al frente de un negocio que vale quince mil dólares durante cuarenta años, te crees que yo no voy a aprender a llevar una maldita avioneta que vale mil quinientos dólares? —y entonces me miró a mí—. ¿Tú no crees que la pueda yo pilotar? —dijo. Y yo le miré y le dije que sí, que creía que era capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera.

VII

Y ahora no se lo puedo decir a nadie. No lo puedo decir. Papá una vez me dijo que si lo sabes es que lo puedes decir, alguien se lo había dicho a él. Pero es que a lo mejor el que lo dijo no contaba con los chicos de catorce años. Y es que yo me tuve que dar cuenta de que sabía qué iba a suceder. Y el tío Willy también tenía que saberlo, tenía que saber que llegaría el momento. Fue como si los dos lo supiésemos y ni siquiera se nos hubiese ocurrido poner en común nuestras impresiones, decirnos el uno al otro que lo sabíamos: él no tuvo necesidad de decir aquel día en Memphis «Ven conmigo, quiero que estés a mano cuando te necesite», y yo no tuve necesidad de decir «Déjeme ir con usted, para poder estar a mano cuando usted quiera».

Y es que el viejo Job llamó por teléfono a la señora Merridew. Esperó a que estuviésemos todos dormidos y se escabulló y se largó, e hizo a pie todo el camino hasta la ciudad y la llamó por teléfono; no tenía nada de dinero, y es probable que nunca en su vida hubiese llamado por teléfono a nadie, pero fue él quien la llamó

por teléfono, y a la mañana siguiente apareció a todo correr con el rocío del alba (la ciudad, el teléfono, quedaba a cinco millas de distancia) justo cuando Secretary estaba arrancando el motor y entonces supe o entendí qué había hecho justo antes de que estuviera cerca y me llegasen sus gritos, que no dejaba de dar a la vez que corría y trastabillaba por el prado, vociferando «¡Sujétalos! ¡Sujétalos! ¡Que no se vayan! ¡Llegarán en cualquier momento! ¡Tú sujétalos aunque sea diez minutos, que no tardarán en llegar!», y eché a correr para salirle al paso y sí que lo sujeté a él, que se debatió y llegó a atizarme sin dejar de dar gritos al tío Willy, que estaba en la avioneta. «¿Has llamado por teléfono? —le dije—. ¿A ella la has llamado por teléfono? ¿A ella? ¿Le has dicho dónde está él?». «Sí —dijo a gritos el viejo Job—. Y ma dicho que va a por tu papito ahora mismo y que llegarán a eso de las seis», mientras yo lo sujetaba; fue como sujetar un puñado de palitos secos, y me llegó el trajín afanoso de su respiración en sus pulmones y le noté el latir del corazón, y el viejo Job se puso a gritarle a Secretary: «¡Sácalo de ahí! ¡Ya vienen! ¡Llegarán en cualquier momento, tú sujétalo!», y Secretary dijo: «¿A cuál? ¿A cuál?», y el viejo Job a gritos le dijo que sujetase la avioneta y Secretary echó a correr y quise sujetarlo por la pierna pero no pude y vi que el tío Willy nos miraba y que Secretary iba corriendo hacia la avioneta y me puse de rodillas y le hice un gesto con el brazo y me puse a chillar yo también. No creo que el tío Willy me llegase a oír, porque estaba parado junto al motor. Pero sí puedo decir y digo que no tuvo necesidad de oírme, porque los dos lo sabíamos, lo sabíamos los dos, así que allí me quedé arrodillado, sujetando al viejo Job en el suelo, y vimos arrancar la avioneta, cuando Secretary aún seguía corriendo tras ella, y la vimos despegar de un salto y caer de golpe y remontar el vuelo y fue de pronto como si se hubiera quedado parada en el aire, justo por encima de los árboles donde pensamos que Secretary iba a aterrizar el primer día, ante de verla precipitarse por detrás de los árboles y la perdimos de vista y Secretary seguía corriendo como un loco y por eso sólo tuvimos que levantarnos y echar a correr el tío Job y yo.

Vaya que sí. Sé lo que dijeron sobre mí; lo supe y lo entendí de sobra durante toda la tarde, cuando volvíamos a casa con el coche fúnebre delante de nosotros, y Secretary y el viejo Job en el Ford, detrás, y papá y yo los últimos, y Jefferson cada vez más cerca, cada vez más cerca; y de golpe y porrazo me eché a llorar. Y es que morir no era nada, era una cosa que sólo te tocaba por fuera, una cosa que se llevaba por comodidad y por pura conveniencia, como se hace con la ropa: era por las viejas prendas que no valían nada, las prendas que nos habían traicionado, o al menos a uno de nosotros, y el traicionado fui yo, y papá con el otro brazo me rodeaba por los hombros y me decía «Vamos, vamos, no he querido decir eso. Tú no fuiste. Nadie te echa la culpa de nada».

¿Lo ves? Así fue la cosa. Yo ayudé al tío Willy. Él sabe que le ayudé. Sabe que sin mí no lo podría haber hecho. Sabe que le ayudé; ni siquiera tuvimos que mirarnos uno al otro cuando se marchó. Eso es así.

Y ahora resulta que ellos nunca lo entenderán, ni siquiera papá, y ya sólo quedo yo para intentar contárselo, ¿y cómo voy a contárselo, cómo voy a lograr que alguna vez lo entiendan? ¿Cómo?[*]

Un mulo en la parcela

Fue un día gris de finales de enero, aunque frío no hacía porque había bastante niebla. La vieja Het, que acababa de salir del asilo de los pobres, entró como una loca por la puerta, derecha hasta la cocina, dando voces en un tono chillón, como si estuviera encantada de la vida. Rondaría seguramente los setenta, aunque según sus cuentas, calculando por las edades de distintas amas de casa del pueblo, desde las recién casadas hasta las abuelas a las que afirmaba haber cuidado cuando sólo eran niñas, más bien debía de ser centenaria, si es que no era una de tres trillizas. Alta, flaca, con gotas de la niebla por todo el cuerpo, calzada con unos tenis y envuelta en un abrigo largo, del color de una rata, adornado con lo que cuarenta años antes hubiera sido piel, una toca violeta y a la moda en la cabeza, aunque nueva no era, por encima del trapo con que se cubría la cabeza (hubo un tiempo en el que hacía cada semana la ronda, de una cocina a la siguiente, cargada con un bolsón, aunque desde que aparecieron las tiendas de baratillo el bolsón empezó a ser una sucesión de interminables receptáculos de papel, de los que las tiendas proveen a los clientes por muy pocos centavos), entró corriendo en la cocina y se puso a gritar con placer infantil:

—¡Señita Mannie! ¡Un mulo en la parcela!

La señora Hait, inclinada sobre el fogón de la cocina en el acto de retirar el cubo de las cenizas, en el que aún relucían algunas ascuas, se incorporó dando un respingo; sujetando el cubo con fuerza, miró a la vieja Het y también habló con vehemencia, de golpe, inmediata:

—Qué hijoputa —dijo. Salió de la cocina no corriendo exactamente, aunque sí con una suerte de ofendida celeridad, llevando el cubo de las cenizas: una mujer compacta, de cuarenta y tantos, con un aire de desconcierto indomable y sin embargo aliviado, como si aquello que la había abandonado fuese una mujer, una mujer no especialmente valiosa. Llevaba una bata de percal y una chaqueta de lana y un sombrero de fieltro, de hombre, que quienes la conocían en el pueblo bien sabían que fue de su marido, que ya llevaba diez años muerto. Pero el calzado de hombre no había sido de él. Eran unos botines que se cerraban con botones, con unos bultos en los dedos de los pies como bulbos de tulipán, y en el pueblo se sabía que los había comprado ella. Junto con la vieja Het bajó corriendo las escaleras de la

cocina y se perdieron en la niebla. Por eso no hacía frío: como si yaciera en posición supina y aprisionado entre la tierra y la bruma el largo suspiro de la noche invernal, del pueblo aletargado en habitaciones cerradas, los adormecidos y los despiertos por igual; el rancio termostato de los despertares engendrado por el calor recalentado: pendía como una capa grumosa de grasa enfriada sobre los peldaños y el acceso de madera al sótano, sobre la estrecha pasarela que conducía al cobertizo en la esquina de la parcela: sobre esos maderos, a la carrera, con el cubo de las cenizas y las ascuas, la señora Hait resbaló peligrosamente.

—¡Cuidado! —gritó encantada de la vida la vieja Het, con los pies bien asegurados por las suelas de goma—. ¡Que están ahí delante!

La señora Hait no llegó a caer. Ni siquiera hizo una breve pausa. Asimiló la escena que inmediatamente la circundaba de un frío vistazo y ya había reanudado la carrera cuando surgió por la esquina de la casa, y en apariencia nacido ante los ojos de ambas en la niebla misma, un mulo. Parecía más alto que una jirafa. Largo de cuello, con el roncal suelto en torno a las orejas, como unas tijeras, se presentó ante ambas con la súbita y violenta brusquedad de una aparición.

—¡Ahí lo tiene! —exclamó la vieja Het, sacudiendo la bolsa de la compra—. ¡Sooo!

La señora Hait se volvió en redondo. De nuevo resbaló peligrosamente sobre las planchas de madera grasienta y el mulo se precipitó en paralelo con ella hacia el cobertizo, por cuya puerta abierta se proyectaba en ese momento la estática, atónita testuz de una vaca. Para la vaca, el mulo nacido en medio de la niebla sin duda venía a ser más alto e increíblemente más repentino incluso que una jirafa, y parecía resuelto a emprender la carga por el cobertizo, como si fuera sólo de paja o pura y simplemente un milagro. La cabeza de la vaca resultaba, así vista, efímera, abrupta y de ultratumba. Desapareció engullida por la invisibilidad como la llama de un fósforo, aun cuando uno supiera que no había sido así, aunque la razón insistiera en que tenía que haberse retirado al interior del cobertizo, del cual, como el pesado fardo de la evidencia, llegó un ruido indescriptible, de choque y de alarma, engendrado al tiempo por el cobertizo mismo y la bestia, análogo a una sola nota recién tañida desde la profundidad en una lira o un arpa. Hacia ese ruido acudió al momento la señora Hait, como en un acto puramente reflejo, como si fuera en un compendio invulnerable de lo femenino con lo femenino frente al mundo del mulo y el hombre. El mulo y ella convergieron en el cobertizo al máximo de sus velocidades respectivas, el pesado cubo de las cenizas en la mano, lista a lanzarlas. Claro está que no tardó tantísimo, y del mismo modo fue el mulo el que rehusó el gambito. La

vieja Het seguía gritando.

—¡Ahí lo tiene, ahí lo tiene! —cuando el mulo viró en redondo y se abalanzó hacia ella, parada y alta como la chimenea del fogón, sujetando la bolsa de la compra que sacudió con intención de dar a la bestia al pasar ésta de largo y desaparecer a la vuelta de la otra esquina de la casa, como si se la hubiera tragado la niebla que la había engendrado, profunda e instantánea e insonora.

Con celeridad y sin premura se dio la vuelta la señora Hait y dejó el cubo en el cerco de ladrillo por el que se accedía al sótano y junto con la vieja Het dobló la esquina de la casa a tiempo de ver el mulo, ahora poco más que un cendal, en el instante en que su trayectoria convergió con la de un gallo de aspecto colérico y las ocho gallinas rojas de Rhode Island que emergieron de debajo de la casa. Durante un segundo su progreso adquirió la apariencia y los aditamentos de una apoteosis: nacida en el infierno y de regreso al infierno, en el acto de disolverse por completo en la niebla, y pareció que se alzase al difuminarse en un medio carente de sol y de dimensiones, transportado y rodeado por enanos duendes alados.

—¡Y hay más ahí delante! —exclamó la vieja Het.

—Será hijoputa —dijo la señora Hait de nuevo con esa voz sombría, profética, sin rencor ni acaloramiento. No es que se refiriese a los mulos; ni siquiera al dueño de los mulos se refirió. Era la totalidad de su historia de habitante en el pueblo tal como databa de un amanecer de abril de diez años antes, cuando los restos de Hait fueron recogidos entre las sobras destrozadas de cinco mulos y varios metros de cordaje hecho con abacá de Manila, en una curva ciega de las vías del tren, en las afueras; la situación casualmente geográfica de su propio hogar; los ingredientes mismos de su desolada pérdida: los mulos, el difunto esposo, el dueño de los mismos. Se llamaba Snopes; en el pueblo también lo conocían; sabían cómo adquirió el ganado en el mercado de Memphis, cómo lo trajo a Jefferson, cómo lo vendió a los granjeros, a las viudas, a los huérfanos, blancos y negros por igual, por los cuartos que les pudiera sacar por debajo de una cantidad determinada, y cómo (por lo general en la temporada muerta del invierno) las parejas e incluso algunas reatas de su ganado escapaban del prado cercado en que lo ponía a pacer y, atados los mulos unos a otros, a veces con un cordaje nuevo, de cáñamo resistente (elemento que Snopes incluía en las reclamaciones posteriores), eran aniquiladas por los trenes de mercancías en la misma curva ciega que había de ser escenario del mutis por el foro que hizo Hait al salir de este mundo; una vez, un bromista del pueblo le mandó por correo el horario de los trenes que circulaban por la región. Chaparro y pastueño, perpetuamente descorbatado y con una expresión tensa,

apurada, a determinados intervalos pasaba de través por la apacible y soñolienta vida del pueblo en medio de la polvareda y el alboroto, precedida y anunciada su aparición por los gritos y los alaridos, indicado su tránsito por una nube amarillenta de cabezas oscilantes, en forma de jarro, y de los cascos ruidosos y de los mismos alaridos afanosos y severos de los muleros; por último, y bien retrasado con respecto a la polvareda, Snopes en persona, avanzando a paso afanoso y jadeante, puesto que ya se decía en el pueblo que tenía un pánico cerval a las mismas bestias con las que traficaba con tanta astucia.

El camino que debía seguir desde la estación de ferrocarril hasta su pasto pasaba por las afueras del pueblo, cerca de la casa de los Hait; Hait y su señora no llevaban ni una semana en la casa cuando se despertaron una mañana y se vieron rodeados por la estela de los mulos al galope y el aire restallante de gritos y alaridos de los muleros. Pero hasta aquel amanecer de abril, años más tarde, los que llegaron antes a la escena del suceso no hallaron al que podría denominarse forastero entre los mulos despedazados y los fragmentos cortados de cordaje nuevo; hasta aquel día no se sospechó en el pueblo que Hait mantuviera una estrecha relación con Snopes y con los mulos, un trato que fuera más allá del hecho de ayudarle a intervalos periódicos a desalojarlos de su parcela. Después se creyó que se sabía, o hubo quien creyó que sabía; en un receso de tres días de duración, de interés, de sorpresa y de curiosidad, atentos anduvieron por ver si Snopes también iba a proponerse cobrar otro tanto por Hait.

Pero tan sólo se enteraron de que apareció el perito de la compañía de seguros y fue a visitar a la señora Hait, y que pocos días más tarde cobró ella un cheque por valor de ocho mil quinientos dólares, puesto que esto sucedió en los buenos y viejos tiempos en que las compañías aseguradoras consideraban sus sucursales en el Sur presa legítima de todo el que se les afiliase. Se embolsó esa cantidad: se presentó con la chaqueta de lana y el mismo sombrero que llevaba puesto Hait en aquella mañana fatal, una semana antes, y atendió en frío, sombrío silencio al cajero, que contó en voz alta los billetes, uno por uno, y al director del banco y al interventor, que trataron de explicarle las ventajas y virtudes de invertir en bonos, y también de una cuenta de ahorro, para marcharse con el dinero en un saco de la sal que se amarró por debajo del delantal; al cabo de un tiempo pintó la casa de ese color provechoso y resistente, el mismo color del que estaba pintada la estación del ferrocarril, como si fuera por sentimiento de afinidad o (según dijeron algunos) de gratitud.

El perito de la compañía de seguros también convocó a capítulo a Snopes, quien salió de la reunión no sólo con un aire más afanoso y apurado que nunca,

sino también con una expresión de pasmada consternación estampada en el rostro, que ya no le había de cambiar en lo sucesivo, y ésta fue la última vez que la cerca de su pasto iba a ceder de manera inexplicable y en plena noche al empuje de los mulos emparejados, o de tres en tres y de cuatro en cuatro, por medio de un cordaje adecuado y que no siempre era nuevo del todo. Y luego fue como si los propios mulos lo supieran, como si, aún amarrados al poyo del mercado de Memphis en el momento de hacer él su puja, de algún modo lo percibieran tal como percibían el miedo que a él le inspiraban. Ahora, tres o cuatro veces al año, y como si obedecieran a un monstruoso impulso, nada más verse fuera del vagón del ganado, todo el estrépito —la polvareda llena de gritos severos, afanosos, apurados y consternados, las formas demoníacas que se abalanzaban en ella— se traducía en un estallido al unísono de violencia perversa e incontrolable, sin que mediase ningún contacto ni intervención del tiempo, del espacio, de la tierra, a través del pueblo apacible y pasmado, precipitándose en la parcela de la señora Hait, en donde, en cierta desesperación casual que abrogaba por un momento incluso el miedo puramente físico, Snopes amagaba y esquivaba aquellas formas atronadoras alrededor de la casa (cuya pintura impermeable creían en el pueblo que había tenido él la sensación de apoquinar, y cuya residente vivía con la holgura y la despreocupación de una reina gracias al dinero que él consideraba al menos en parte de su propiedad) al tiempo que todo el barrio se iba juntando para mirar desde detrás de las ventanas adyacentes, tras las cortinas, desde los porches con rejilla o sin ella, y desde las aceras e incluso desde las carretas detenidas y los coches parados en medio de la calle, amas de casa con batas y gorros de andar por casa, niños de camino al colegio, negros aparecidos al azar y blancos al azar aparecidos, todos ellos en reposo, en éxtasis, entretenidísimos.

Allí estaban todos cuando, seguida por la vieja Het y transportando el mocho desbarbado de una escoba vieja, la señora Hait dobló la esquina a la carrera y salió al terreno, poco mayor que un pañuelo, que ella llamaba su parcela. Era pequeña; cualquiera que diese una zancada de poco más de un metro la hubiese cruzado en dos pasos, aunque por el momento, y debido acaso a la miope y distorsionada calidad de la niebla, parecía increíblemente rebosante de enloquecida vida, tanto como una gota de agua vista al microscopio. Pero tampoco esta vez vaciló. Con la escoba sujeta en una mano y aparentemente con una suerte de fe sublime en su propia invulnerabilidad, se abalanzó tras la brida del mulo en ese detenido cendal en que se desvanecía furiosamente tragado por la niebla, indicada su estela por el alborotado dispersarse de las nueve gallinas cual si fueran otras tantas hilachas de papel esparcidas al paso de un automóvil, y la figura enloquecida, que amagaba y esquivaba, de un hombre. El hombre era Snopes; perlada por la humedad, su cara despavorida era una boca abierta en un ronco alarido y dos líneas gruesas, de barba

afeitada, que descendían por las comisuras de la misma como si fuesen una retrospectiva aluvial de años y años de tabaco, gritándole a voz en cuello:

—¡Por Dios se lo juro, señita Hait! ¡He hecho todo lo que pude!

Ella ni siquiera lo miró.

—Coja a ése, el más grande, el que lleva la brida —dijo ella con voz gélida, jadeante—. Cójalo ahora mismo y sáquelo de aquí.

—¡Claro! —gritó Snopes—. Usted déjeles que se tomen su tiempo, señita. Ahora no me los vaya a espantar.

—¡Cuidado! —gritó la vieja Het—. ¡Que otra vez se va meté patrás!

—Coja la cuerda —dijo la señora Hait, de nuevo a la carrera. Snopes miró furibundo a la vieja Het.

—¡Por Dios! ¿Y dónde está esa cuerda? —gritó.

—¡En el sótano! ¿Dónde va a estar? —gritó la vieja Het sin detenerse—. Dé la vuelta por lotro lao y le corta el paso.

De nuevo dobló la esquina con la señora Hait a tiempo de ver al mulo desvanecerse con el ronzal, en el acto de flotar a la ligera en medio de la nube de las gallinas con que, al ser éstas capaces de colarse por debajo de la casa y así formar un círculo o un cordón, una vez más había coincidido. Cuando doblaron la esquina volvieron a estar en la parcela de atrás.

—¡Santo Dios! —gritó la vieja Het—. ¡Si lo que quiere es maltratar a la vaca!

Y es que esta vez se adelantaron al mulo, que se había quedado quieto. De hecho, al doblar la esquina se encontraron todo un panorama. La vaca estaba en el centro de la parcela. Estaba cara a cara con el mulo, a escasos metros de distancia. Inmóviles, con las testuces bajas y las patas delanteras bien afianzadas, parecían dos sujetalibros desparejados, pero pertenecientes a un mismo tipo general, que alguien con inclinaciones de aficionado a lo bucólico bien podría haber comprado tomándolos por un mismo par, y que un niño hubiera recuperado, aun cuando se hallaran en ociosa yuxtaposición y luego los hubiera olvidado; con la cabeza y los hombros asomando al sesgo por la entrada del sótano, donde seguía posado el cubo de las cenizas, Snopes estaba de pie, pero como si se hallara enterrado hasta los

sobacos a la espera de un *suttee* hispano-indio-americano.^[33] Sólo que esta vez tampoco se tardó demasiado. Fue menos que un panorama, menos que un cuadro de cierto interés; fue si acaso una de esas cosas que más adelante la memoria no es capaz de confirmar del todo. Entonces, y por turnos, hombre y vaca y mulo desaparecieron a la vuelta de la esquina siguiente, Snopes en cabeza, con la cuerda, la vaca a renglón seguido, rígido el rabo y parecido a la banderola de popa de un barco. La señora Hait y la vieja Het siguieron a la carrera por delante del sótano abierto, bostezante sobre la acumulación de aperos humanos y de años de viudedad femenina —cajas de astillas para la lumbre, periódicos y revistas viejos, los muebles y utensilios rotos y gastados de los que ninguna mujer se deshace jamás, un montón de carbón y otro de piñas para prender fuego—, y doblaron la esquina siguiente para ver al hombre y a la vaca y al mulo desaparecer en medio de la polvareda despavorida de gallinas ubicuas que una vez más había atravesado la casa por debajo para salir por el otro lado. Siguieron a la carrera, la señora Hait en sombrío e implacable silencio, la vieja Het con el ansioso y contento asombro de una niña chica. Pero cuando de nuevo llegaron a la entrada sólo vieron a Snopes. Estaba tendido boca abajo, la cabeza y los hombros incorporados junto a los brazos extendidos, los faldones de la chaqueta vueltos por su propio impulso detenido en seco, sobre la cabeza, de modo que bajo la cara desencajada musitó en reposo inquieto, como la parodia de una monja con su toca.

—¿Y... adón dan ío? —le gritó la vieja Het. Él no contestó—. ¡Ya dan la curva! —exclamó—. ¡Ya están otra vez detrás!

Allí es donde estaban. La vaca hizo amago de correr al cobertizo, pero a lo mejor decidió que era demasiada la velocidad que llevaba, y dobló en seco, con la desesperación final de un desesperanzado valor. Pero eso no lo vieron, ni vieron tampoco al mulo, que esquivó a la vaca y pasó por delante para estrellarse y vacilar un momento ante la puerta abierta del sótano antes de colarse dentro. Cuando llegaron, el mulo ya no estaba. Había desaparecido el cubo de las cenizas, pero de eso no se dieron cuenta; vieron tan sólo a la vaca en el centro de la parcela, como antes, jadeando, rígida, con las patas delanteras bien afianzadas y la cabeza gacha, de frente a la pura nada, como si hubiese vuelto el niño a llevarse uno de los sujetalibros para un nuevo propósito, para otro juego. Siguieron corriendo. La señora Hait corría ya con pesadez, la boca demasiado abierta, la cara del color de la arcilla y una mano apretada contra el costado. Tan lento era el avance de las dos que el mulo en su tercera vuelta alrededor de la casa las rebasó llegando por detrás y se adelantó con la misma velocidad, con un breve atronar demoníaco y una peste intensa, a sudor amoniacal, repentino y penetrante como un grito de júbilo, y así desapareció. No obstante siguieron corriendo emperradas las dos en llegar a la

siguiente esquina a tiempo de verlo desaparecer por fin en la niebla; oyeron los cascos, fugaces, entrecortados, irritantes, por la calle pavimentada, los oyeron extinguirse a lo lejos.

—¡Bueno! —dijo la vieja Het, deteniéndose. Jadeaba, encantada de la vida—. ¡Caballeros, cállense! Vaya si no hemos tenío...

Y se quedó quieta como una piedra; volvió la cabeza bien despacio, con la nariz bien levantada, abierta, pulsátil; tal vez por el momento en que vio abierta la puerta del sótano cuando pasaron por delante, sin ver el cubo de las cenizas.

—¡Dios del amó! ¡Pero si huele a humo! ¡Corre, niña, sacal dinero al meno!

Aún era temprano, ni siquiera habrían dado las diez. A mediodía, la casa había ardido por completo. Había una tienda de aperos de labranza en la que no era infrecuente que se encontrase Snopes; más de uno se empeñó en localizarlo allí en aquel momento. Le fueron a contar que cuando llegó el camión de los bomberos y todo el gentío al lugar de los hechos la señora Hait, seguida por la vieja Het, con su bolsa de la compra en una mano y un retrato enmarcado del señor Hait en la otra, salió con un paraguas y un abrigo nuevo, pardo, comprado por correo, en uno de cuyos bolsillos iba un frasco de cristal lleno de billetes de banco bien enrollados y en el otro una pistola de las pesadas, bañada en níquel, y así cruzó la calle hasta la casa de enfrente, con la vieja Het a su lado, y se acomodó en otra mecedora, en donde estuvieron sentadas las dos en el porche, sombrías, inescrutables, meciéndose las dos sin descanso, mientras los hombres roncós e incansables sacaban a toda prisa sus platos y sus muebles y sus ropas de cama tirándolas por la calle.

—¿Y para qué me lo vienen a contar? —dijo Snopes—. No fui yo quien dejó el cubo de las cenizas, con ascuas aún prendidas, allí donde era bien fácil que cualquiera lo tirase por el sótano.

—Pero fue usted quien abrió la puerta del sótano, eso sí.

—Pues claro. ¿Y para qué? Para coger la cuerda, la cuerda que ella misma me dio, allí me dijo que tenía la cuerda.

—Ya. Para coger a su mulo, que se había metido en su propiedad. De ésta no se va a librar así como así, I. O.^[34] No hay en todo el condado un solo juez que no le vaya a dar a ella la razón.

—Sí. Eso me temo. Y todo porque es mujer. Eso es lo que pasa. Porque es una

maldita mujer. Pues muy bien. Que vaya a juicio con lo que quiera; no sé qué me da que a un juez igual le puedo contar yo alguna que otra cosa —calló. Todos lo estaban mirando.

—¿Cómo? ¿Y tú qué le vas a contar a un juez?

—Nada, nada, porque no seré yo el que vaya a juicio. ¿Un juicio entre ella y yo, entre yo y Mannie Hait? Chicos, no tenéis ni idea de cómo es ella si de veras pensáis que va a tomarse la molestia de reclamar por un puro accidente, que nadie por cierto hubiese podido evitar. Caramba, si no hay una mujer más justa ni mejor hecha, en todo el condado, que la señita Mannie Hait. Ojalá tuviera yo la oportunidad de decírselo.

No tardó en llegarle la oportunidad. La vieja Het estaba tras ella y llevaba la bolsa de la compra. La señora Hait miró una sola vez, en silencio, todas las caras que la miraban, sin responder al murmullo de saludos cargados de curiosidad, y ni una más. Tampoco miró mucho tiempo a Snopes, ni le habló demasiado.

—He venido a comprar ese mulo —dijo ella.

—¿Qué mulo? —se miraron el uno al otro—. ¿Quiere usted ser la dueña de ese mulo? —ella lo miró—. Le va a costar ciento cincuenta, señita Mannie.

—¿Quiere decir dólares?

—Desde luego, no digo ni monedas de cinco ni monedas de diez, señita Mannie.

—Dólares —dijo ella—. Eso es más de lo que costaban los mulos en tiempos de Hait.

—Muchas cosas han cambiado desde los tiempos de Hait. Incluidos usted y yo.

—Ya me lo figuro, ya —dijo ella. Y se marchó. Se largó sin decir palabra, seguida de la vieja Het.

—A lo mejor algún otro de los que vio esta mañana le va igual de bien —dijo Snopes. Ella no le contestó. Se marcharon.

—No sé yo si le habría dicho eso último —dijo uno de los hombres.

—¿Y eso por qué? —dijo Snopes—. Si pretendía armarme un pleito por el incendio, ¿os parece que hubiese venido a ofrecerse a pagarme un dinero por el mulo?

Eso fue a eso de la una de la tarde. A las cuatro se abrió camino a empellones en medio de un montón de negros, delante de una tienda de alimentación de las baratas, cuando alguien lo llamó por su nombre. Era la vieja Het, ahora con la bolsa de la compra atiborrada, colgada del brazo, a la vez que comía plátanos que sacaba de una bolsa de papel.

—Por Dió que hasta ahorita mismo no he parado de buscarle —le dijo. Dio el plátano a una mujer que estaba con ella y rebuscó un buen rato dentro de la bolsa de la compra y sacó uno de los verdes—. La señita Mannie ma dao esto para que se lo dé a usted; iba de camino a la tienda donde suele estar usted. Tenga —y le dio el billete.

—¿Qué es esto? ¿De la señita Hait?

—Por el mulo —el billete era de diez dólares—. No hace falta que me dé un recibo. Ya pongo yo testimonio de que se lo dao.

—¿Diez dólares? ¿Por ese mulo? Le dije que eran ciento cincuenta dólares.

—Eso ya lo arreglará usted. Ella ma dao esto para que se lo diera cuando se fue a recoger el mulo.

—¿Que se ha ido a recoger...? ¿Ha ido por su cuenta a llevarse el mulo de mi pasto?

—Señor, hijo —dijo la vieja Het—, a la señita Mannie no le da miedo un mulo. ¿Os que aún no santerao?

Y entonces se hizo tarde, que por algo eran más cortos los días en pleno invierno; cuando tuvo ella a la vista las dos flacas chimeneas ya caía el sol, ya se iba encontrando la noche en su sitio. Pero percibió el olor del jamón que se estaba cocinando antes de llegar incluso al cobertizo de la vaca, aunque no alcanzó a verlo hasta que dobló la esquina en donde ardía un fuego bajo una sartén de hierro colocada sobre unos ladrillos, cerca de donde estaba la señora Hait ordeñando a la vaca.

—Bueno —dijo la vieja Het—, pues a lo que se ve ya va usted bien aviada, ¿no?

Miró al cobertizo, limpio y bien barrido, con el suelo ahora cubierto de heno fresco. Un farol nuevecito lucía sobre una caja, junto a la cual se encontraba un jergón encima de la paja, bien extendido de cara a la noche.

—Caramba, si todo lo tiene bien pensao —dijo con asombro y complacencia. Nada más pasar la puerta había una silla de cocina. La arrastró y se sentó junto a la sartén, dejando en el suelo la abultada bolsa de la compra a su lado—. Ya me encargo yo de la carne mientras ordeña. Ya le ofrecía yo ocuparme de la vaca si no estuviera tan destotañá con todas las emociones que hemos tenío —miró en derredor—. Pero me paice que no se ve el mulo nuevo, eso sí.

Masculló la señora Hait, la cabeza contra el flanco de la vaca. Pasado un momento dijo:

—¿Ya le ha dado ese dinero?

—Ya se lo di. Al principio se quedó como un pasmarote, como si pensara que no iba usted a negociar tan deprisa. Le dije que ya arreglaría luego los detalles con usted. Pero se lo quedó, eso sí. Así que pa mí que la cosa está hecha y bien hecha —la señora Hait volvió a mascullar. La vieja Het dio la vuelta al jamón en la sartén. Al lado hervía el café en el puchero humeante—. También huele bien este café —dijo—. Años hacía que no tenía yo tanto apetito. Ni un pajarito viviría con lo poco que como yo. Pero un poco de café sí que me tomo, que siempre me sienta bien. Y si tuviera otro pedazo del mismo jamón, por Dios que lago compañía cuando cene.

Pero la señora Hait no levantó los ojos hasta que hubo terminado. Entonces se volvió sin levantarse, sentada en la caja.

—Me parece que usted y yo tenemos que hablar —dijo Snopes—. Me parece que tengo yo algo que es suyo, y según me han dicho tiene usted algo que es mío —miró en derredor muy deprisa, sin descanso, mientras la vieja Het lo miraba. Se volvió hacia ella—. Y usted márchese, señora. No sé qué me da que no le hará ninguna gracia quedarse ahí sentada escuchándonos.

—Señor, señor —dijo la vieja Het—. Por mí no se preocupe usted. Tantos quebraderos de cabeza he tenido ya que bien me puedo quedar sentada a escucharles a ustedes sin que se me mueva un pelo de la ropa. Usted diga lo que haya venío a decí, que yo me quedo sentadita y me ocupo del jamón.

Snopes miró a la señora Hait.

—¿No le piensa decir que se largue? —dijo.

—¿Y para qué? —dijo la señora Hait—. Me parece que no es la primera que viene a esta parcela cuando le da la gana, ni la primera que se queda cuando quiere —Snopes hizo un gesto cortante, nervioso, mal contenido.

—Bueno —dijo—. Por mí de acuerdo. Total, que se ha quedado usted con el mulo.

—Y ya se lo he pagado. Es ella la que le ha llevado el dinero.

—Diez dólares. Por un mulo de ciento cincuenta. Diez dólares.

—Yo de mulos de ciento cincuenta no sé nada. Yo lo que sé es lo que pagó el ferrocarril —Snopes se quedó atónito mirándola.

—¿Qué me está usted diciendo, señora?

—Sesenta dólares por cabeza es lo que le pagaba el ferrocarril a usted cuando... junto con Hait...

—Calle, calle —dijo Snopes; miró de nuevo en derredor, veloz, sin descanso—. De acuerdo. Pues digamos que sesenta, de acuerdo. Pero es que usted me ha mandado diez.

—Sí. Le he mandado la diferencia —él la miró completamente quieto—. Entre el mulo y lo que usted le debía a Hait.

—Lo que yo le debía...

—Por llevarse los cinco mulos hasta las vías del...

—¡Chsst! —gritó—. ¡Chsst! —ella siguió como si tal cosa.

—Por echarle una mano. Usted le pagaba cincuenta dólares cada vez, y el ferrocarril le pagaba a usted sesenta dólares por cada uno de los mulos. ¿No le parece que ya va bien? —él la miraba atónito—. Pero es que la última vez no le pagó nada. Por eso me quedo con el mulo. Y le mando los diez dólares de diferencia.

—Ya —dijo él en un tono de sosegado, veloz, profundo desconcierto, y entonces exclamó—: ¡Pero es que mire usted! Ahí sí que la tengo pillada, porque

nuestro acuerdo consistía en que yo no le debería ni un centavo hasta que los mulos...

—Me parece a mí que más vale que se calle usted —dijo la señora Hait.

—... hasta que todo estuviera terminado. Y esta vez, cuando todo hubo terminado, no debía yo nada a nadie porque el hombre al que se lo podía deber no era ya nadie —gritó triunfalmente—. ¿Lo ve? —sentada en la caja, inmóvil, cabizbaja, la señora Hait parecía meditar—. Así que quédese con sus diez dólares y dígame dónde está mi mulo y así volvemos a ser buenos amigos, que es por donde habíamos empezado. Le juro por Dios que lamento muchísimo lo del incendio, lo lamento tanto como el que más, pero yo...

—¡Válgame el cielo! —dijo la vieja Het—. Una llamarada de cuidao, ¿que no?

—... creo que con todo el dinero del ferrocarril que tiene usted aún en el fondo sólo le faltaba una ocasión para volver a construir la casa. ¿Estamos o no estamos? Tenga —y le puso el dinero en la mano—. ¿Dónde está mi mulo?

Pero la señora Hait no se movió.

—¿Seguro que me lo quiere devolver? —dijo.

—Segurísimo. Siempre hemos sido buenos amigos, así que volvamos ahora al punto en el que dejamos de serlo. Yo no le guardo rencor, usted no me tiene inquina y tan amigos. ¿Dónde tiene escondido ese mulo?

—Al final de la zanja, en el barranco que hay tras la casa de Spilmer —dijo.

—Estupendo. Ya sé dónde es. Un buen sitio, un buen cobijo, que no tiene usted granero. Pero si al menos me lo hubiera dejado en el pasto, nos habríamos ahorrado complicaciones los dos. De todos modos, no le guardo rencor. Y le deseo que pase buenas noches. Ya veo que se ha apañado estupendamente. Seguro que aún se ahorraría mucho más si no construyera la casa, que total...

—Desde luego —dijo la señora Hait. Pero Snopes ya se había largado.

—¿Y para qué ha dejao el mulo tan lejos? —dijo la vieja Het.

—No sé yo si es muy lejos —dijo la señora Hait.

—¿Muy lejos? —dijo la vieja Het, pero la señora Hait se acercó a echar un vistazo a la sartén—. ¿Quién fue la que dijo no sé qué de otro pedazo de jamón? ¿Usted o yo?

Así que las dos cenaban con la luz del crepúsculo todavía no del todo cumplido cuando regresó Snopes. Llegó en silencio y se plantó con las dos manos extendidas ante la lumbre, como si tuviera bastante frío. Ya no miraba a ninguna de las dos.

—Pues va a ser cosa de que me quede con esos diez dólares —dijo.

—¿Qué diez dólares? —dijo la señora Hait. Pareció que meditase ante la lumbre. La señora Hait y la vieja Het masticaban en silencio, y sólo la vieja Het lo miraba.

—¿No me los piensa devolver? —dijo.

—Es usted el que ha dicho que volvamos al punto por el que empezamos —dijo la señora Hait.

—Por Dios que sí, no mirá decir que no —dijo la vieja Het. Snopes contemplaba la lumbre; habló en un tono meditabundo, desconcertado, desesperado:

—Me agunto yo las preocupaciones y corro riesgos y paso agormentos durante años y más años y va y me sale todo por sesenta dólares. Y usted, una sola vez, sin preocupaciones ni riesgos, sin saber siquiera en qué se anda, levanta ocho mil quinientos dólares por la cara. Yo en cara nunca se lo he echado, dicho sea de paso; no habrá quien me diga que lo hice, por más que pareciera al menos un tanto extraño que se embolsara usted todo ese dinero cuando yo no estaba trabajando para usted y usted ni siquiera sabía dónde paraba ni qué se traía entre manos; todo lo que hizo usted fue casarse con él. Y ahora, al cabo de diez años de no echarle nada en cara, se queda con el mejor mulo que tenía y tiene la desfachatez de pagarme diez dólares. No es justo. No hay justicia en el mundo.

—Usted ya tiene de vuelta el mulo, y aún no se da por contento —dijo la vieja Het—. Pero ¿qué es lo que quiere, hombre?

Snopes miró a la señora Hait.

—Por última vez se lo digo —dijo—. ¿Me los va a devolver, sí o no?

—¿Devolver? ¿El qué? —dijo la señora Hait. Snopes se dio la vuelta y tropezó con algo: la bolsa de la compra de la vieja Het. Recobró el equilibrio y siguió adelante. Lo vieron silueteado, como si lo enmarcasen las dos chimeneas ennegrecidas sobre el poniente; lo vieron alzar ambos puños cerrados en un gesto casi galo, de resignación, de desesperación e impotencia. Y se fue. La vieja Het estaba mirando a la señora Hait.

—Cielo —le dijo—, ¿qués lo ca hecho con ese mulo?

La señora Hait se inclinó hacia la lumbre. En el plato tenía una galleta rancia. Levantó la sartén y vertió sobre la galleta la grasa en la que había cocinado el jamón.

—Le he pegado un tiro —dijo.

—¿Cómo? ¿Qué? —dijo la vieja Het. La señora comenzó a comerse la galleta untada—. En fin —dijo la vieja Het encantada de la vida—, el mulo le quemó la casa y usted mató al mulo. A eso sí se le llama justicia —se hacía ya de noche más deprisa, y aún le quedaba por delante la caminata, tres millas a pie hasta el asilo de los pobres. Pero la oscuridad iba a durar mucho en pleno mes de enero, y tampoco el asilo se iba a mover de su sitio. Suspiró con relajo, cansina y contenta—. ¡Caballeros, cállense!^[35] Vaya si no hemos tenío... ¡Vaya diíta que hemos tenío!^[*]

Y eso bien ha de estar

I

Oíamos correr el agua en la bañera. Miramos los regalos esparcidos por encima de la cama, donde los había envuelto mamá con un papel de colores, con nuestros nombres puestos, para que el abuelo supiera a la primera cuál era de cada cuál, nada más recogerlos del árbol. Había un regalo para cada uno, para todos nosotros, menos para el abuelo, porque mamá dijo que ya era demasiado viejo para recibir regalos.

—Éste es el tuyo —dije.

—Y tanto —dijo Rosie—. Ahora te metes en la bañera, que es lo que ha dicho tu mamá.

—Yo ya sé qué es —dije—. Si quieres, te lo digo.

Rosie miró su regalo.

—Pues me parece a mí que bien puedo esperar a la hora en que me toque —dijo.

—Te digo lo que es si me das un chavo —dije.

Rosie miró su regalo.

—Chavos no tengo —dijo—. Pero los tendré en la mañana de Navidad, cuando el señor Rodney me dé el aguinaldo.

—Pero entonces ya sabrás lo que es y no me darás nada —dije—. Ve a pedirle a mamá que te preste un chavo.

Rosie de pronto me sujetó por el brazo.

—Tú ahorita te metes en la bañera sin rechistar —dijo—. ¡Qué manía tienes con el dinero, chiquillo! Si no eres rico para cuando tengas veintiuno, será porque el dinero esté abolido por ley o porque la ley te haya abolido a ti.

Así que fui a bañarme y volví, todos los regalos esparcidos encima de la cama de mamá y papá y casi se notaba ya el olor de siempre y al día siguiente por la noche estallarían los fuegos artificiales y entonces casi se podrían oír también los petardos. Sería tan sólo esa noche, y al día siguiente tomaríamos todos el tren, todos menos papá, porque tendría que quedarse en la caballeriza, donde se alquilaban coches y caballos, hasta después de Nochebuena, e ir a ver al abuelo, y al día siguiente sería Navidad y el abuelo tomaría los regalos del árbol e iría recitando los nombres, uno por uno, hasta llegar al regalo que le había comprado yo al tío Rodney, que lo pagué de mi dinero, y así al cabo de un rato el tío Rodney abriría el cajón del escritorio del abuelo y tomaría una dosis del tónico del abuelo y con suerte a lo mejor me daría otro cuarto de dólar por haberle ayudado, como en las pasadas navidades, en vez de darme sólo diez centavos, como había hecho el verano anterior, cuando vino a visitarnos a mamá y a nosotros y cuando hicimos negocios con la señora Tucker antes de que el tío Rodney se marchara a casa y comenzara a trabajar para la Sociedad de Compresoras,^[36] y eso bien ha de estar. O a lo mejor hasta me caía medio dólar, y no podía ya con tantas ganas.

—Joder, me muero de ganas —dije.

—¿Cómo has dicho? —exclamó Rosie—. ¿Joder? —aulló—. ¿Cómo que joder? Como te oiga hablar así tu madre, ya verás qué pronto se te quitan las ganas. De un sopapo se te van a quitar. ¡A mí no me vengas con esas pamplinas de diez centavos! Por diez centavos ya le iba yo a decir lo que has dicho, mocososo.

—Si me das los diez centavos yo mismito se lo digo —dije.

—¡A la cama ahora mismo! —exclamó Rosie—. ¡Un mocososo de siete años diciendo esas cosas!

—Si me prometes que no se lo dirás, te digo cuál es tu regalo y así me podrás dar diez centavos cuando sea Navidad.

—¡He dicho que a la cama! —exclamó Rosie—. ¡Qué manía con los dichosos diez centavos! Te aseguro que si creyera que alguno de vosotros iba a comprarle un regalo al abuelo, aunque fuera de cinco centavos, aportaba yo misma al menos diez.

—El abuelo no quiere regalos —dije—. Ya es demasiado viejo.

—Ja —dijo Rosie—. O sea que demasiado viejo, ¿eh? Tú supón que todo el mundo dijera que eres demasiado pequeño para tener diez centavos: ¿qué ibas a pensar de una cosa así, eh?

Así que Rosie apagó la luz y se fue. Pero yo aún veía los regalos a la luz del fuego: los que eran para el tío Rodney y para la abuela y para la tía Louisa y para el marido de la tía Louisa, el tío Fred, y para la prima Louisa y el primo Fred y el bebé y la cocinera del abuelo y nuestra cocinera, que era Rosie, y a lo mejor alguien tendría que hacerle un regalo al abuelo, aunque a lo mejor tendría que ser la tía Louisa, porque ella y el tío Fred vivían con el abuelo, o a lo mejor tendría que ser el tío Rodney, porque él también vivía con el abuelo. El tío Rodney siempre hacía un regalo a mamá y a papá, pero a lo mejor sería una pérdida de tiempo para él y para el abuelo que el tío Rodney le hiciera un regalo al abuelo, porque una vez le pregunté a mamá por qué el abuelo miraba siempre el regalo que a ella y a papá le hacía el tío Rodney y por qué se había enfadado tanto, y papá se echó a reír y mamá dijo que a papá debería darle vergüenza, que no era culpa del tío Rodney si su generosidad era más grande que su chequera, y papá dijo que sí, que desde luego que no era culpa del tío Rodney, no conocía a nadie que se esforzara tanto como el tío Rodney por ganar dinero, y que el tío Rodney había probado suerte con todos los planes conocidos y por conocer, con todo, salvo con la idea de ponerse a trabajar, y que si mamá se acordase de lo que pasó dos años antes seguramente se acordaría de una vez en que el tío Rodney pudo haber dado gracias a su buena estrella por ser el único hombre en relación con cuya generosidad, o como quisiera llamarlo mamá, estaba al menos quinientos dólares por debajo de lo acumulado en su cuenta corriente, y mamá dijo que desafiaba a papá a que dijera, si es que se atrevía, que el tío Rodney había robado aquel dinero, que aquello había sido una maldad y una infamia y que además papá lo sabía de sobra, y que papá y casi todos los demás hombres tenían prejuicios en contra del tío Rodney, aunque ella no terminaba de entender por qué, y que si a papá tanto le molestaba haberle prestado los quinientos dólares al tío Rodney cuando estaba en juego el buen nombre de la familia más le valía decirlo, y que el abuelo reuniese la cantidad, a saber cómo, y se la devolviera a papá, y entonces se echó a llorar y papá le dijo de acuerdo, muy bien, y mamá lloró más y dijo que el tío Rodney era el pequeño y que por eso tenía que ser, por eso lo aborrecía papá, y papá dijo de acuerdo, muy bien. Por Dios, de acuerdo; muy bien.

Y es que mamá y papá no sabían que el tío Rodney había manejado sus asuntos de negocios durante todo el tiempo que estuvo de visita en nuestra casa el verano anterior, tal como nadie en Mottstown estaba al corriente de que llevara sus

negocios las pasadas navidades, cuando trabajé yo para él por vez primera y me pagó con un cuarto de dólar. Y es que decía que si prefería hacer negocios con las señoras en vez de hacerlos con los caballeros pues eso era cosa suya, en la que nadie tenía por qué entrometerse, ni siquiera el señor Tucker. Decía que yo no iba por ahí contándole nada a nadie sobre los negocios de papá y que todo el mundo sabía que papá se dedicaba al negocio de la caballeriza de alquiler y que no tenía yo por qué contarle nada a nadie, y el tío Rodney dijo en fin, para eso era la monedita de diez centavos, y que a ver si quería seguir ganándome los diez centavos o si prefería que se buscara él a otro y lo contratara, de modo que seguí con el trato que teníamos y me plantaba a mirar al otro lado de la valla del señor Tucker hasta que éste salía para ir al pueblo y entonces recorría yo la valla hasta la esquina y lo miraba hasta que desaparecía el señor Tucker y entonces colocaba mi gorro en lo alto de uno de los palos de la valla y allí lo dejaba hasta que veía regresar al señor Tucker. Sólo que nunca regresaba cuando estaba yo allí, porque el tío Rodney siempre acababa antes de que llegara, y salía y nos volvíamos a pie a casa y le contaba a mamá hasta dónde habíamos ido a pie ese día y mamá decía que eso tenía que ser buenísimo para la salud del tío Rodney. Así que me pagaba los diez centavos cuando estábamos en casa. No era tanto como el cuarto que me dio cuando hacía negocios con aquella señora de Mottstown por Navidad, pero aquello sólo fue una vez, mientras que nos visitó durante todo el verano, así que para entonces había juntado yo bastante más que un cuarto. Además, la otra vez fue por Navidad y se tomó una dosis del tónico del abuelo antes de pagarme el cuarto de dólar, así que para esta otra vez a lo mejor hasta se estiraba y llegaba a pagarme medio dólar. Me moría de ganas.

II

Pero por fin llegó el amanecer y me puse el traje de los domingos, y salí a la puerta de la calle y miré a ver si ya estaba el coche y luego fui a la cocina y pregunté a Rosie si ya no era casi la hora y ella me dijo que aún faltaban dos horas por lo menos para que saliera el tren. Sólo que cuando me lo dijo oí llegar el coche, y por eso pensé que ya era hora de que fuésemos a coger el tren, y eso bien ha de estar, y entonces íbamos a casa del abuelo y se haría de noche y al día siguiente a lo mejor me tocaba medio dólar y qué joder, eso bien ha de estar. Entonces llegó mamá corriendo y sin haberse puesto el sombrero y dijo que aún nos quedaban dos horas y que ni siquiera se había vestido y John Paul dijo sí, señá, pero que papá lo había mandado y que papá había dicho que John Paul dijese a mamá que la tía Louisa ya

había llegado y que mamá se diese buena prisa. Así que pusimos la cesta de los regalos en el coche y yo fui en el pescante con John Paul y mamá gritaba desde dentro del coche no sé qué de la tía Louisa, y John Paul dijo que la tía Louisa había ido en un coche de alquiler y que papá la llevó a desayunar al hotel porque había salido de Mottstown cuando aún no era de día. Y así a lo mejor la tía Louisa había venido a Jefferson a ayudar a mamá y a papá a comprarle un regalo al abuelo.

—Porque tenemos regalos para todos los demás —dije—, hasta yo he comprado uno para el tío Rodney y lo he pagado de mi bolsillo.

Entonces John Paul se echó a reír y le pregunté por qué y me dijo que era sólo de pensar en que yo le pudiera dar al tío Rodney alguna cosa que de veras le hiciera ilusión, y le dije que por qué, y John Paul dijo que era porque yo ya tenía forma de hombre, y le dije que por qué, y John Paul dijo que se jugaba cualquier cosa a que a papá le encantaría hacerle un regalito al tío Rodney sin esperar siquiera a que fuera Navidad, y yo dije ¿qué?, y John Paul dijo que un buen trabajo, un sitio donde tuviera que trabajar en serio. Y le dije a John Paul que el tío Rodney no había dejado de trabajar durante todo el tiempo que pasó visitándonos el verano anterior, y John Paul dejó de reírse y dijo que sí, que claro, que si un hombre no para de darle a la faena ni de noche ni de día y está metido en harina a todas horas pues seguro que trabajo lo llama, y eso que puede llegar a ser divertidísimo, y le dije que de todos modos el tío Rodney ahora ya trabajaba, trabaja en la oficina de la Sociedad de Compresoras, y John Paul se rió a carcajadas y dijo que claro, que de seguro haría falta toda una sociedad para comprimir al tío Rodney. Y entonces mamá se puso a dar gritos para que fuésemos derechos al hotel, y John Paul dijo que nanay, que papá había dicho que fuésemos derechos a las caballerizas y que allí le esperásemos a él. Así que fuimos al hotel y la tía Louisa y papá salieron y papá ayudó a la tía Louisa a subir al coche y la tía Louisa se echó a llorar y mamá se puso a dar voces: ¡Louisa! ¡Louisa! ¿Qué te pasa? ¿Qué ha pasado?, y papá dijo que esperase, que esperase un poco; acuérdate de que está delante el negro, y así llamó a John Paul, así que seguro que tenía que ser un regalo para el abuelo, que no había llegado.

Y al final resultó que ni siquiera tomamos el tren. Fuimos a las caballerizas y ya tenían enganchado el tiro al coche ligero, de carretera, esperándonos, y mamá lloraba y decía que papá ni siquiera se había puesto el traje de los domingos y papá despotricaba y dijo además qué maldito traje ni qué niño muerto; si no le echamos el guante al tío Rodney antes de que lo pesquen los demás, papá se iba a poner el traje que llevara puesto el tío Rodney. Así que nos pusimos en camino a toda prisa y papá cerró las cortinillas y mamá y la tía Louisa pudieron llorar allí dentro hasta hartarse y papá dijo a voces a John Paul que fuese a casa y que le dijera a Rosie que

le metiera el traje de los domingos en la maleta y se lo llevase al tren; de todos modos, eso bien ha de estar para Rosie. Así que no montamos en el tren, sino que fuimos deprisa, papá conduciendo y diciendo si es que no sabía nadie en dónde se había metido, y la tía Louisa dejó de llorar tras un buen rato y dijo que el tío Rodney no había ido a cenar ayer noche, aunque sí apareció después de la cena y la tía Louisa tuvo una terrible sensación nada más oír sus pasos en la entrada y eso que el tío Rodney no le quiso decir nada hasta que no estuvieron en su habitación con la puerta bien cerrada y entonces le dijo que necesitaba con urgencia cerca de dos mil dólares y la tía Louisa dijo que de dónde demonios iba a sacar ella dos mil dólares, y el tío Rodney le dijo pídeselos a Fred, que era el marido de la tía Louisa, y a George, que era papá; díles que lo saquen de debajo de las piedras, y la tía Louisa dijo que tenía una sensación terrible y dijo ¡Rodney! ¡Rodney! ¿Cómo...?, y el tío Rodney comenzó a despotricar y a maldecir, maldita sea, le dijo, no me vengas ahora con lloriqueos ni llantinas, y la tía Louisa dijo Rodney, ¿qué es lo que has hecho esta vez?, y los dos oyeron que llamaban a la puerta y la tía Louisa miró al tío Rodney y se dio cuenta de cuál era la verdad nada más ver delante de sí al señor Pruitt con el sheriff, y dijo entonces ¡a papá no se lo digan, que me lo van a matar!

—¿Quién? —dijo papá—. ¿El señor qué?

—El señor Pruitt —dijo la tía Louisa, echándose a llorar otra vez—. El presidente de la Sociedad de Compresoras. Se mudaron a Mottstown la primavera pasada. Tú no lo conoces.

Así que bajó ella a abrir la puerta y se encontró con el señor Pruitt y el sheriff. Y la tía Louisa rogó al señor Pruitt que no lo dijera, se lo rogó por el abuelo, y le dio al señor Pruitt su palabra de honor de que el tío Rodney se quedaría allí mismo y sin salir de casa hasta que papá pudiera ir, y el señor Pruitt dijo que lamentaba muchísimo que además todo aquello sucediera en Navidad, y que por el abuelo y por la tía Louisa estaba dispuesto a darles de plazo hasta el día siguiente a Navidad si la tía Louisa le prometía que el tío Rodney no iba a tratar de marcharse de Mottstown. Y el señor Pruitt le mostró ante sus propios ojos el cheque firmado con el nombre del abuelo, y hasta la tía Louisa se dio cuenta de que estaba firmado con el nombre del abuelo y entonces mamá dijo ¡Louisa! ¡Louisa! ¡Acuérdate de que está delante Georgie!, que soy yo, y papá también maldijo y se puso a dar alaridos, ¿y cómo demontre pretendes que no se entere? ¿Es que le vas a esconder los periódicos?, y la tía Louisa se echó a llorar de nuevo y dijo que todo el mundo por fuerza se iba a enterar, y que no contaba, no tenía esperanza de que ninguno de nosotros pudiera ir por la vida con la cabeza bien alta, que ya sólo esperaba ocultárselo al abuelo, porque como lo supiera se iba a morir. Lloró como una

magdalena y papá tuvo que parar en un cruce y bajarse a empapar el pañuelo para que mamá le limpiara la cara a la tía Louisa, y entonces papá cogió la botella del tónico del bolsillo del pescante y echó unas gotas en el pañuelo, y la tía Louisa lo olió y entonces papá tomó una dosis del tónico de la botella y mamá gritó ¡George!, y papá dio un trago más del tónico e hizo como si les fuese a devolver la botella a mamá y a la tía Louisa para que se tomaran también ellas una dosis y dijo yo no te culpo de nada. Si fuera yo una mujer de la familia, también echaría un buen trago. Y ahora a ver si me aclaras esto de los bonos de una vez.

—Eran los bonos de obras viales que tenía mamá —dijo la tía Louisa.^[37]

Íbamos muy deprisa porque los caballos habían descansado mientras papá mojaba el pañuelo y se tomaba una dosis del tónico, y papá dijo entonces que muy bien, pero ¿qué pasa con esos dichosos bonos?, cuando de pronto se volvió en el asiento y dijo:

—¿Bonos de obras viales? ¿Me estás diciendo que ha cogido el maldito destornillador y que también ha forzado la cómoda de tu madre?

Mamá le dijo entonces ¡George! ¿Cómo eres capaz?, sólo que era la tía Louisa la que estaba hablando, hablando a toda prisa, sin llorar, sin volver a llorar todavía, y papá con la cabeza vuelta por encima del hombro y diciendo si es que la tía Louisa le estaba diciendo que aquellos quinientos que tuvo que apoquinar papá dos años atrás no lo eran todo, si aún les tocaba aflojar más. Y la tía Louisa dijo que eran veinticinco de los grandes, sólo que no querían que se enterase el abuelo, y que por eso la abuela puso sus bonos de obras viales como garantía del cheque, y que le dijeron que el tío Rodney había recuperado del banco el documento de la abuela y los bonos de obras viales del banco junto con algunas de las acciones de la Sociedad de Compresoras, que tomó de la caja fuerte de las oficinas de la Sociedad de Compresoras, porque cuando el señor Pruitt se enteró de que faltaban las acciones de la Sociedad de Compresoras fue a buscarlas y las encontró en el banco, y cuando buscó en la caja fuerte de la Sociedad de Compresoras tan sólo encontró el cheque por valor de dos mil dólares con la firma del abuelo, y aún añadió que el señor Pruitt no llevaba en Mottstown ni siquiera un año, pero ya sabía que el abuelo no pudo haber firmado aquel cheque, además de que fue al banco a revisar las cuentas y el abuelo nunca había llegado a tener dos mil dólares, y que el señor Pruitt dijo que estaba dispuesto a esperar hasta el día siguiente a la Navidad si la tía Louisa le garantizaba y le prometía por su honor que el tío Rodney no trataría de marcharse, y la tía Louisa así lo hizo y entonces volvió a subir las escaleras para suplicar al tío Rodney que entregase al señor Pruitt las acciones, y que entró en el cuarto del tío

Rodney, donde lo había dejado un momento antes, y la ventana estaba abierta y el tío Rodney se había largado.

—¡Maldito seas, Rodney! —dijo papá—. ¡Los bonos! ¿Quieres decir que nadie sabe dónde están los bonos?^[38]

Íbamos muy deprisa porque ya empezábamos a bajar la última cuesta hacia el valle en donde estaba Mottstown. Pronto notaríamos otra vez el olor; sólo había de pasar ese día y esa noche y ya sería Navidad, y la tía Louisa iba sentada con la cara como si fuese una cerca recién pintada a la que le hubiese caído encima un chaparrón, y papá dijo quién demonios había sido capaz de darle ese puesto de trabajo, y la tía Louisa dijo que el señor Pruitt, y papá dijo que cómo, si el señor Pruitt sólo llevaba unos cuantos meses en Mottstown, y entonces la tía Louisa comenzó a llorar esta vez sin siquiera ponerse el pañuelo en la cara y mamá miró a la tía Louisa y se echó a llorar también ella y papá sacó el látigo y arreó un par de latigazos a los caballos de tiro, aunque iban deprisa, y maldijo.

—¡Infierno y condenación! —dijo papá—. Ya lo entiendo. Pruitt está casado.

Y entonces también lo pudimos ver. Había guirnaldas de acebo en las ventanas igual que en Jefferson, y dije que en Mottstown también tiran fuegos artificiales y petardos, igual que en Jefferson. La tía Louisa y mamá lloraban a todo llorar, y fue papá quien dijo entonces calma, calma, acordaos de que está Georgie, que soy yo, y la tía dijo que sí, que sí, que iba toda pintarrajeada como una fulana cualquiera, contoneándose y luciendo palmito toda la tarde, sola en un coche, y que la única vez que la señora Church la fue a visitar, y lo hizo únicamente por respeto al puesto que ocupaba el señor Pruitt, la señora Church se la encontró sin corsé y la señora Church me dijo que se le notaba el olor del licor en el aliento. Y papá decía calma, calma, y la tía Louisa lloraba como una magdalena y decía que fue la señora Pruitt la que lo hizo, porque el tío Rodney era joven y era fácil de engatusar, porque nunca había tenido ocasión de conocer a una buena chica y casarse con ella, y papá conducía el coche muy veloz hacia la casa del abuelo, y dijo:

—¿Casarse? ¿Rodney casarse? ¿Y qué demonio de placer iba a encontrar largándose a hurtadillas de su propia casa y esperando a que se hiciera de noche para colarse a hurtadillas por la parte de atrás y subir por el canalón a un dormitorio en el que no iba a encontrar sino a su propia esposa?

Así que mamá y la tía Louisa iban llorando a moco tendido cuando llegamos a la casa del abuelo.

III

Y el tío Rodney no estaba allí. Entramos y la abuela dijo que Mandy, que era la cocinera del abuelo, no había ido a preparar el desayuno, y que cuando la abuela mandó a Emmeline, que era la nodriza que cuidaba del pequeño de la tía Louisa, a la cabaña de Mandy, que estaba en la parcela de detrás de la casa, la puerta estaba cerrada por dentro, pero Mandy no quiso contestar, y cuando fue la abuela en persona Mandy tampoco quiso contestar, así que el primo Fred tuvo que trepar por la ventana y Mandy ya no estaba, y el tío Fred acababa de llegar del pueblo y papá y él se pusieron a dar voces, ¿cerrada por dentro? ¿Y cómo es que dentro no hay nadie, si se puede saber?

Y entonces el tío Fred dijo a papá que entrase a distraer al abuelo y que él se encargaba de ir y entonces la tía Louisa sujetó a papá y al tío Fred, a los dos, y dijo que ya se encargaba ella de tener distraído al abuelo para que fuesen los dos a localizarlo, a encontrarlo en donde estuviese, y papá dijo que si al menos ese mastuerzo no hubiera intentado vendérselos a alguien, y el tío Fred dijo ¡santo Dios!, pero ¿es que no sabes que el cheque estaba fechado hace diez días? Y fuimos a donde estaba el abuelo arrellanado en su sillón y dijo que no contaba con que llegase papá hasta el día siguiente, pero que vaya si se alegraba de vernos por allí, porque aquella mañana se había despertado y la cocinera se largó sin avisar y Louisa se había marchado antes de que amaneciera y ahora ni siquiera sabía en dónde estaba el tío Rodney para decirle que bajara a recoger el correo y a comprarle un cigarro puro o a lo mejor dos, y que gracias a Dios sólo era Navidad una vez al año, y que vaya si se pensaba alegrar cuando terminase la Navidad de marras, sólo que eso lo dijo riéndose, y es que cuando decía eso de la Navidad y era antes de Navidad siempre lo hacía riéndose, y sólo después de Navidad dejaba de reírse cuando decía eso de la Navidad. Entonces la tía Louisa sacó las llaves del abuelo de su bolsillo y abrió el cajón del escritorio que el tío Rodney abría con un destornillador, y sacó el tónico del abuelo y mamá dijo que me fuese yo, que fuese a buscar al primo Fred y a la prima Louisa.

Así que allí no estaba el tío Rodney. Sólo al principio pensé que me iba a quedar sin un cuarto de dólar, que me iba a quedar con las manos vacías, así que al principio sólo se me ocurrió pensar que de todos modos ya casi estábamos en Navidad y que algo es algo. Y es que luego di la vuelta a la casa, y al cabo de un rato

salieron papá y el tío Fred, y los vi atravesar los arbustos del fondo y llamar a la puerta de la cabaña de Mandy, ¡Rodney, Rodney!, tal cual. Luego tuve que colarme entre los arbustos porque el tío Fred tuvo que pasar justo al lado de donde estaba yo para ir al cobertizo a por un hacha para echar abajo la puerta de la cabaña de Mandy. Pero al tío Rodney no lo iban a engañar. Si el señor Tucker no supo engañar al tío Rodney en la casa del propio señor Tucker, el tío Fred y papá tendrían que haberse dado cuenta de que no podrían ellos engañarle y menos en la parcela de la casa de su padre. Así que ni siquiera tuve que oírlos. Esperé un rato a que el tío Fred saliera por la puerta destrozada y volviese al cobertizo y tomase el hacha y reventase la cerradura y el pasador del cobertizo y volviera y entonces papá salió de la cabaña de Mandy y clavaron el cerrojo del cobertizo en la puerta de la cabaña de Mandy y la cerraron y fueron por detrás de la cabaña de Mandy, y oí al tío tapiar también las ventanas clavando varios tablones. Luego volvieron a la casa. Pero poco importó que Mandy estuviera en la cabaña y que no pudiera salir, porque llegó el tren de Jefferson con Rosie y con el traje de los domingos de papá, así que Rosie llegó a tiempo para prepararle la comida al abuelo y a nosotros y todo estuvo en orden, todo bien.

Pero al tío Rodney no lo iban a engañar. Eso se lo podría haber dicho yo a todos. Podría haberles dicho que a veces hasta el tío Rodney tenía ganas de esperar a que se hiciera de noche para seguir ocupándose de sus negocios. Y así estuvo todo bien aun cuando ya fuera tarde cuando por fin me pude escaquear del primo Fred y la prima Louisa. Era tarde; pronto empezarán los fuegos artificiales en el pueblo, y entonces también oíríamos los petardos, de modo que vi bien la cara que asomaba entre los maderos, donde papá y el tío Fred habían clavado los tablones, por una de las ventanas de atrás; le vi la cara y vi que no se había afeitado, y de pronto va y me pregunta que por qué he tardado tanto, porque ya se había enterado de que el tren de Jefferson había llegado antes de la comida, antes de las once incluso, y riéndose al mismo tiempo de que papá y el tío Fred lo hubiesen querido encerrar en la cabaña para que no se fuese precisamente del sitio en que quería estar, y además me dijo que tendría que escabullirme yo después de la cena, como fuese, y que si me parecía que podría hacerlo. Y yo le dije que la Navidad anterior fue un cuarto de dólar, pero que no había tenido que escabullirme para huir de la casa, y él se echó a reír diciendo ¿un cuarto? ¿Un cuarto? ¿Habré visto yo alguna vez diez cuartos de dólar todos juntos?, me dijo, y yo le dije que no, y me dijo que apareciese después de la cena con el destornillador y que me daría diez cuartos de dólar, y que no se me olvidase que ni siquiera Dios sabía en dónde estaba y por eso me tocó salir por piernas y no acercarme hasta después de que anocheciera, eso sí, con el destornillador.

Y a mí tampoco pudieron engañarme. Porque yo había estado viendo al hombre durante toda la tarde, incluso cuando él pensó que me dedicaba a jugar con mis cosas y a lo mejor porque yo era de Jefferson y no de Mottstown y por eso no pude yo saber quién era, pero sí que lo supe, porque una vez iba paseando por delante de la valla de la parte de atrás y encendió de nuevo el cigarro puro y vi la insignia debajo de la chaqueta cuando encendió el fósforo y por eso me di cuenta de que era igualito que el señor Watts, en Jefferson, que es el que caza a los negros. Así que me puse a jugar junto a la valla y me vio y viene y me dice:

—Qué pasa, chico. ¿Mañana te viene a ver Santy Glaus?

—Sí, señor —dije.

—Tú eres el chico de la señorita Sarah, la de Jefferson, ¿no? —dijo.

—Sí, señor —dije.

—Y has venido a pasar la Navidad con el abuelo, ¿eh? —dijo—. No sabrás si tu tío Rodney anda por la casa esta tarde, ¿verdad?

—Pues no, señor —dije.

—Vaya, vaya, eso sí que es una pena —dijo—. Quería verle sólo un minutillo. ¿Entonces estará en el pueblo?

—No, señor —dije.

—Vaya, vaya —dijo—. ¿Quieres decir que a lo mejor se ha marchado a hacer una visita?

—Sí, señor —dije.

—Vaya, vaya —dijo—. Pues qué pena. Quería verle para tratar un asuntillo de negocios, pero supongo que tendrá que esperar —entonces me miró muy serio—. ¿Estás seguro de que ha salido del pueblo?

—Sí, señor —dije.

—Vaya, pues eso era todo lo que quería yo saber —dijo—. Si por un casual lo comentas con tu tía Louisa o con tu tío Fred, les dices que eso era todo lo que yo quería saber.

—Sí, señor —dije. Y se marchó. No volvió a pasar por delante de la casa. Estuve atento por si lo veía, pero no volvió. A mí tampoco me pudo engañar.

IV

Empezó entonces a hacerse de noche y comenzaron a disparar los fuegos artificiales y a prender los petardos en el pueblo. Los oí, y no tardamos nada en ver las candelas romanas y los cohetes y para entonces habría juntado yo los diez cuartos de dólar y ya pensaba en el cesto lleno de regalos y pensé también que a lo mejor podía ir al pueblo cuando dejase de trabajar para el tío Rodney y comprar un regalo para el abuelo con diez centavos de los diez cuartos de dólar y dárselo al día siguiente y, a lo mejor, como nadie más le habría hecho un regalo, el abuelo a lo mejor me daba también un cuarto en vez de los diez centavos, y así tendría veintinueve cuartos de dólar, quitando los diez centavos, y eso sí que iba a estar bien, seguro. Pero no tuve tiempo de hacerlo. Cenamos y Rosie tuvo que hacer la cena, y mamá y la tía Louisa aparecieron maquilladas con polvos porque habían estado llorando, y el abuelo; fue papá quien le tuvo que ayudar a tomarse una dosis de tónico de vez en cuando, mientras el tío Fred estaba en el pueblo, y regresó al cabo el tío Fred y papá salió al vestíbulo y el tío Fred le dijo que había buscado por todas partes, que había estado en el banco y en la Sociedad de Compresoras, y que el señor Pruitt le había echado una mano, pero que no hallaron ni rastro ni de las acciones ni del dinero, y es que el tío Fred tenía miedo, porque una noche, la semana anterior, el tío Rodney había alquilado un coche y se fue a no sé dónde y el tío Fred se enteró de que el tío Rodney había ido hasta la estación de Kingston y había tomado el rápido de Memphis, y papá dijo infierno y condenación, y el tío Fred dijo por Dios que allá que vamos después de cenar y se lo sacamos a bofetadas, porque ahora al menos ya sabemos cómo echarle el guante. Se lo dije a Pruitt y dijo que si lo pillamos está dispuesto a esperar y a darnos la oportunidad de devolverlo.

Así que el tío Fred y papá y el abuelo llegaron juntos a cenar, el abuelo entre ellos dos diciendo que sólo es Navidad una vez al año, gracias a Dios, gracias sean dadas y ¡hurra!, más vale, y papá y el tío Fred decían que ahora ya estás mejor, padre, ahora todo para delante, y el abuelo iba derecho un rato, ahora todo derecho, pero sólo un rato, antes de ponerse a dar voces, ¿dónde demonios se ha metido el maldito muchacho?, y así llamó al tío Rodney, y que el abuelo estaba dispuesto incluso a ir al pueblo en persona y a arrancar al tío Rodney de los malditos salones

de billar y obligarle a ir a casa a estar un rato como Dios manda con su parentela. Así que cenamos y mamá dijo que ella se encargaba de llevar arriba a los niños y la tía Louisa dijo que no, que ya nos acostaría Emmeline, y así subimos por las escaleras de atrás, y Emmeline dijo que ya había tenido que cocinar el desayuno extra de ese día, y que si se habían pensado que se iba a echar a perder ella toda la Navidad haciendo trabajo extra es que no tenían ellos la sensatez que ella creía que tenían, y que aquello empezaba a parecerle una muy buena casa, claro que sí, pero muy buena para estar bien lejos, fuera como fuese, y así entramos en el cuarto y cuando al cabo de un rato bajé por las escaleras de atrás me acordé también de dónde estaba el destornillador. Oí entonces los petardos que sonaban claros en el pueblo, y lucía la luna, aunque todavía pude ver las candelas romanas y los cohetes que estallaban en el cielo. Asomé entonces la mano del tío Rodney por la rendija de la persiana y tomó el destornillador. Esta vez no acerté a verle la cara del todo, y tampoco es que se estuviera riendo, o no sonaba como si exactamente se estuviera riendo, era por la forma que tenía de respirar del otro lado de la persiana.

Y es que a él no lo iba a engañar.

—De acuerdo —dijo—. Pues esto son diez cuartos de dólar. Pero tú espera un momento. ¿Estás seguro de que no sabe nadie en dónde estoy?

—Sí, señor. Seguro —le dije—. Estuve esperando junto a la valla hasta que vino ése a preguntármelo.

—¿Ése? ¿Cuál? —dijo el tío Rodney.

—El que lleva la chapa —dije.

El tío Rodney soltó una maldición. Pero no fue una maldición de enfado, sino que sonó más bien como cuando se reía, sólo que con otras palabras.

—Preguntó que si estás fuera del pueblo, si te has ido a hacer una visita, y le dije que sí, señor —dije.

—Bien hecho —dijo el tío Rodney—. Por Dios te digo, chiquillo, que el día menos pensado vas a ser un hombre de negocios tan bueno como yo. Y no te apures, que no te obligaré a seguir mintiendo mucho más. Así que ahora ya tienes diez cuartos de dólar, ¿no es así?

—No —dije—. Todavía no los tengo.

Y volvió a maldecir y soltó un improperio.

—Yo sujeto la gorra y tú los vas echando para que no se desparramen —dije.

Y soltó otra maldición, pero en voz baja.

—Sólo que no te voy a dar diez cuartos de dólar —dijo, y empecé a decirle que no era eso lo que me había dicho, y tío Rodney dijo en cambio—: Porque te voy a dar veinte.

Y le dije que sí, señor, y él me indicó cómo hallar la casa que quería que hallase, y qué hacer cuando la hallase. Sólo que no hubo que llevar ningún papelito esta vez, porque el tío Rodney dijo que éste era un trabajito de veinte cuartos de dólar, y que por eso era demasiado importante, tanto que no se podía poner en un papelito, y que además no me iba a hacer ninguna falta, porque de todos modos no los conocía yo de nada, y su voz era un siseo detrás de la persiana, sin que atinase yo a verlo, y aún sonaba como cuando maldecía cuando dijo que papá y el tío Fred le habían hecho un gran favor al clavar tablones en la puerta y las ventanas, y que eran tan lerdos que ni siquiera se dieron cuenta de eso.

—Empiezas por la esquina de la casa y cuentas tres ventanas. Cuando la veas, arrojas un puñado de grava a la ventana. Luego se tiene que abrir la ventana, a ti te da igual quién la abra, no vas a conocer a nadie, tú sólo di quién eres y di que estaré en la esquina con la calesa dentro de diez minutos, y que traiga todas las joyas. Repítelo —dijo el tío Rodney.

—Estaré en la esquina con la calesa dentro de diez minutos. Traiga las joyas —dije.

—Di «traiga todas las joyas» —dijo tío Rodney.

—Traiga todas las joyas —dije.

—Eso es —dijo el tío Rodney. Y dijo—: Bueno, ¿y a qué esperas?

—A los veinte cuartos de dólar —dije.

El tío Rodney volvió a soltar un improperio.

—¿Tú te esperas que te pague antes de haber hecho el trabajo? —dijo.

—Tú has hablado de la calesa —dije—. Es que a lo mejor se te olvida cuando te vayas y a lo mejor no vuelves antes de que nosotros nos volvamos a casa. Y es que además aquel día del pasado verano en que no pudimos hacer negocios con la señora Tucker porque estaba enferma tú no me pagaste los diez centavos porque dijiste que no era culpa tuya que la señora Tucker estuviese enferma.

El tío Rodney sí que maldijo entonces en serio, pero en voz baja, detrás de la rendija.

—Escúchame bien. Ahora mismo no tengo los veinte cuartos de dólar. Ni siquiera tengo uno. Y la única manera de que los consiga es que salga de aquí ahora mismo y termine con toda esta maldita historia. Y no puedo terminar con toda esta maldita historia esta misma noche a menos que tú hagas el trabajito que tienes que hacer. ¿Estamos? Yo iré detrás de ti. Estaré esperando en la esquina con la calesa en cuanto vuelvas. Venga, marcha. Deprisita.

V

Así que atravesé toda la parcela, ya sólo brillaba la luna, y eché a andar por detrás de la valla hasta que llegué a la calle. Y oía los petardos y veía las candelas romanas y los cohetes surcar el cielo, pero los fuegos artificiales eran en el pueblo, en el centro, así que todo lo que atiné a ver por la calle fueron las velas y las guirnaldas de acebo en las ventanas. Llegué hasta la senda, tomé la senda del establo y oí al caballo dentro del establo, aunque no llegué a saber si era el establo que buscaba o si era otro, aunque en un visto y no visto el tío Rodney más o menos saltó a la vez que doblaba la esquina del establo y dijo por fin estás aquí, y me indicó dónde colocarme y aguzar el oído hacia la casa y él volvió al establo. No oí nada más que al tío Rodney, que estaba enjaezando al caballo, y entonces dio un silbido y tuvo al caballo listo en la calesa y le pregunté que de quién eran la calesa y el caballo, que era mucho más flaco que el caballo del abuelo, y el tío Rodney dijo que ahora el caballo era suyo, y que maldita fuese aquella luna tan brillante, que se fuese la luna al infierno. Volví entonces por la senda hasta la calle y no vi que viniera nadie, así que agité el brazo a la luz de la luna, y entonces llegó la calesa y salimos pitando. Estaban bajadas las persianas laterales y por eso no pude ver los cohetes y las candelas romanas que disparaban en el pueblo, pero sí que oí los petardos y pensé que a lo mejor íbamos a pasar por el centro del pueblo y que a lo

mejor el tío Rodney se detendría y me daría al menos una parte de los veinte cuartos de dólar y que así podría yo comprarle al abuelo un regalo por Navidad, pero no fue así; el tío Rodney se limitó a levantar la persiana lateral sin hacer un alto y así pude yo ver la casa, los dos magnolios, sólo que no nos paramos hasta que hubimos llegado a la esquina.

—Adelante —dijo el tío Rodney—, di que estaré en la esquina dentro de diez minutos. Y que traiga todas las joyas. Da igual quién la abra. Tú es mejor que no sepas quién es. Es mejor que te olvides ya mismo de lo que es esa casa. ¿Estamos?

—Sí, señor —dije—. Y entonces me pagas los...

—¡Que sí, pesado! —dijo, y me maldijo—. ¡Que sí! Anda, sal de aquí ahora mismo.

Así que salí y la calesa siguió su camino y yo volví andando por la calle. Y la casa estaba toda a oscuras, con la excepción de una sola luz, de modo que era la que tenía que ser, la que estaba junto a los dos árboles. Atravesé la parcela y conté las tres ventanas y a punto estaba de arrojar un puñado de grava cuando una señora salió corriendo de detrás de un arbusto y me sujetó. Algo quería decirme, y lo intentaba, sólo que yo no llegué a saber de qué me hablaba, y es que además nunca tuvo mucho tiempo para decir nada porque un hombre salió corriendo de detrás de otro arbusto y nos sujetó a los dos. Sólo que a ella la sujetó por la boca, pues me di cuenta por su manera de farfullar que intentaba soltarse por todos los medios.

—Bueno, chico —dijo el hombre—. ¿Qué pasa? ¿Tú estás en el lío?

—Yo trabajo para el tío Rodney —le dije.

—Entonces estás en el lío —dijo. La señora luchaba y farfullaba y trataba de soltarse por todos los medios, pero él la tenía sujeta por la boca—. Muy bien. ¿De qué se trata?

Lo que pasa es que yo no sabía que el tío Rodney alguna vez hiciera negocios con hombres, aunque a lo mejor desde que empezó a trabajar para la Sociedad de Compresoras no le quedó más remedio. Y además él me había dicho que yo no iba a conocer allí a nadie, a lo mejor eso es lo que quiso decir.

—Dice que estará en la esquina dentro de diez minutos —dije—. Y que lleve todas las joyas. Eso me dijo que lo diga dos veces. Que lleve todas las joyas.

La señora luchaba y farfullaba más que nunca, así que a lo mejor tendría que soltarme para poder sujetarla con las dos manos.

—Que traiga todas las joyas —dijo, sujetando a la señora con las dos manos—. Ésa sí que es buena. Es una idea brillante. No le culparé yo por decirte que lo digas dos veces. Pues muy bien. Tú te vas a la esquina y lo esperas y cuando venga le dices que ella dice que él la ayude a llevarlas. ¿Entendido?

—Y entonces me dará mis veinte cuartos de dólar —dije.

—Veinte cuartos de dólar, ¿eh? —dijo el hombre mientras sujetaba a la señora—. Ésa es la parte que tú te llevas, ¿eh? Pues es poca cosa. Dile también que ella ha dicho que te dé a ti una de las joyas. ¿Entendido?

—Yo sólo quiero mis veinte cuartos de dólar —dije.

El hombre y la señora se volvieron a colar detrás de los arbustos y yo fui a lo mío, de vuelta a la esquina, y vi las candelas romanas y los cohetes de nuevo sobre el pueblo, y oí los petardos, y entonces apareció la calesa y el tío Rodney siseaba detrás de la persiana, como cuando estaba tras la persiana, en la ventana de la cabaña de Mandy.

—¿Y bien? —dijo.

—Dice que vayas y que la ayudes a llevarlas —dije.

—¿Cómo? —dijo el tío Rodney—. ¿Ha dicho que él no está?

—No, señor. Ha dicho que vayas a ayudarlo a llevarlas. Que te lo dijera dos veces. ¿Y dónde están mis veinte cuartos de dólar? —le dije, porque ya se había bajado de la calesa de un salto y de otro salto se metió por la parcela, a la sombra de los arbustos. Así que también yo fui a donde los arbustos y le dije—: Me dijiste que me ibas a dar...

—¡Vale, vale, vale! —dijo el tío Rodney. Estaba acuclillado entre los arbustos, yo lo oía respirar—. Te los daré mañana. Mañana te doy treinta cuartos de dólar. Ahora, te vuelves a casa como alma que lleva el diablo. Y si han entrado en la cabaña de Mandy, tú no sabes nada. Ea, a correr. Deprisita, en marcha.

—Es que prefiero que me des esta noche los veinte cuartos de dólar —dije.

Iba agachado y muy veloz a la sombra de los arbustos, y yo iba detrás de él, porque cuando se volvió en redondo por poco no me dio en toda la cara, aunque me aparté de un salto y salí de los arbustos a tiempo y él se puso en pie y me maldijo y entonces se agachó y vi que llevaba un palo en la mano y me di la vuelta y eché a correr. Él siguió por donde iba, agachado entre las sombras, y yo volví a la calesa, porque al día siguiente a Navidad tendríamos que regresar a Jefferson, así que si el tío Rodney no volvía antes, no volvería yo a verle hasta el verano siguiente y para entonces a lo mejor andaría haciendo negocios con otra señora y mis veinte cuartos de dólar iban a ser seguramente como aquellos diez centavos de la vez en que la señora Tucker estaba enferma. Así que me quedé esperando junto a la calesa y vi los cohetes y las candelas romanas y oí los petardos en el pueblo, sólo que ya era tarde y seguramente todas las tiendas estarían ya cerradas y no podría comprarle al abuelo un regalo, ni siquiera cuando volviera el tío Rodney y me diera de una vez por todas mis veinte cuartos de dólar. Así que estaba escuchando los petardos y pensando en cómo le podría contar al abuelo que quise comprarle un regalo, y que a lo mejor hasta me daba quince centavos, en vez de diez, cuando de golpe y porrazo empezaron a sonar los petardos dentro de la casa en la que había entrado el tío Rodney. Sólo que sonaron cinco, nada más, y muy seguidos, y luego ya no sonaron más, así que pensé que en cualquier momento también iban a prender allí dentro la mecha de los cohetes y de las candelas romanas. Pero no fue así. Sólo sonaron los cinco petardos muy seguidos, muy deprisa, y luego se hizo el silencio y me quedé plantado junto a la calesa y entonces empezó a salir gente de las casas y a gritarse los unos a los otros y también vi que los hombres corrían hacia la casa en la que había entrado el tío Rodney, y un hombre salió entonces de la parcela a toda prisa y subió por la calle hacia la casa del abuelo y al principio pensé que era el tío Rodney y que se había olvidado de la calesa, hasta que vi que no era. Pero es que el tío Rodney no volvió nunca, así que fui hacia la parcela, en donde estaban los hombres, porque desde allí aún alcanzaría a ver la calesa y al tío Rodney si es que volvía, y al llegar a la parcela vi a seis hombres que sacaban algo alargado, y otros dos hombres me salieron al paso, corriendo, y me pararon los pies, y uno de los dos dijo que se lo lleven los demonios, es uno de esos chicos, es el de Jefferson. Y vi entonces que lo que llevaban los hombres era una persiana con algo envuelto en una colcha y por eso pensé al principio que le habían echado una mano al tío Rodney para llevar las joyas, sólo que ni vi al tío Rodney por ninguna parte, y entonces uno de los hombres dijo:

—¿Cómo? ¿Uno de los chicos? Por todos los diablos, que alguien se lo lleve a su casa.

Así que uno de los hombres me tomó en brazos, aunque yo le dije que tenía

que quedarme a esperar al tío Rodney, y el hombre dijo que por el tío Rodney no me preocupase, y yo le dije que quería esperarlo allí, y uno de los que estaban detrás de nosotros dijo maldita sea, lleváoslo de aquí, y siguió a lo suyo. Yo iba a hombros, montado en ese hombre, y cuando pude volver la vista atrás vi a los seis hombres a la luz de la luna, que se llevaban la persiana con el fardo, y dije si eso era del tío Rodney, y el hombre dijo que no, que si era de alguien en realidad era del abuelo. Y entonces ya supe lo que era.

—Es un costillar de buey —dije—. Se lo van a regalar al abuelo.

El otro hombre hizo un ruido muy raro.

—Sí, se podría decir que es un costillar de buey —dijo el que me llevaba a hombros, y yo dije que tenía que ser un regalo de Navidad para el abuelo. ¿De quién será? ¿Es de parte del tío Rodney?—. No —dijo el hombre—. No es de parte de él. Digamos que es de parte de los hombres de Mottstown. De todos los hombres casados de Mottstown.

VI

Entonces avistamos la casa del abuelo. Y estaban todas las luces encendidas, incluso las del porche, y vi que había gente en el vestíbulo, vi a las señoras con los echarpes sobre la cabeza, y aún vi a otras que avanzaban por el sendero hacia el porche, y entonces oí a alguien dentro de la casa, alguien que parecía estar cantando, y entonces papá salió de la casa y vino por el sendero hasta la cancela de la entrada y nos acercamos y el hombre me dejó en el suelo y vi que Rosie también estaba esperando en la cancela. Sólo que entonces ya no pareció que fuese ninguna canción, porque música no tenía, y a lo mejor era otra vez la tía Louisa y a lo mejor ahora ya no le gustaba nada la Navidad, igual que al abuelo, que dijo que no le gustaba.

—Es un regalo para el abuelo —dije.

—Sí —dijo papá—. Tú acompaña a Rosie y vete a la cama. Mamá no tardará en llegar, pero quiero que te portes bien mientras tanto. Obedece a Rosie. Adelante, Rosie. Ya lo puedes llevar. Deprisa.

—Eso no hace falta ni que me lo diga —dijo Rosie. Me dio la mano—. Vamos.

Sólo que no volvimos al jardín, porque Rosie salió por la cancela y echamos a andar por la calle. Y entonces pensé que a lo mejor íbamos a entrar por la puerta de atrás para no tropezarnos con toda aquella gente, pero tampoco fue eso lo que hicimos. Sólo seguimos andando por la calle.

—¿Adónde vamos? —dije

—Nos vamos a dormir a casa de una señora que se llama la señora Jordon —me dijo Rosie.

Y allá que nos fuimos. No dije nada, porque papá se había olvidado de decir nada de que yo me había escabullido de la casa, al menos de momento lo había olvidado, así que si a lo mejor me iba a la cama y me quedaba quietecito se le olvidaría del todo hasta el día siguiente. Y, además, lo principal era echarle el guante al tío Rodney y conseguir mis veinte cuartos de dólar antes de que volviésemos a casa, y a lo mejor al día siguiente también eso estaría en orden. Así que allá nos fuimos y Rosie dijo que la casa queda allí mismo, y entramos por el jardín hasta que de golpe y porrazo Rosie vio a la zarigüeya. Estaba encaramada en un caqui en el jardín de la señora Jordon y la vi perfectamente a la luz de la luna, y di un grito.

—¡Corre! ¡Corre a traer la escalera de la señora Jordon!

—¿Escalera? Y un cuerno —dijo Rosie—. Tú te vas ahora mismito a la cama.

No la esperé. Eché a correr hacia la casa, con Rosie corriendo tras de mí y dando voces.

—¡Tú, Georgie! ¡Ven aquí ahora mismo!

Pero no me paré. Podíamos sacar la escalera y atrapar a la zarigüeya y dársela al abuelo junto con el costillar de buey, y no nos costaría ni cinco centavos y a lo mejor el abuelo también me podría dar otro cuarto, y cuando consiguiera los veinte cuartos del tío Rodney tendría veintiún cuartos de dólar, nada menos, y eso bien ha de estar.^[*]

Ese sol del atardecer^[39]

I

Hoy en Jefferson los lunes no son muy distintos de cualquier otro día de la semana. Hoy las calles están pavimentadas, y las compañías del teléfono y de la luz talan cada vez más árboles de los que daban buena sombra —los robles de Virginia, los arces, las acacias, los olmos— haciendo sitio para los postes de hierro que soportan racimos de uvas hinchadas, espectrales, exangües, y tenemos en la ciudad un servicio de lavandería que hace la ronda el lunes por la mañana, recogiendo los fardos de ropa sucia en furgonetas pintadas de colores intensos, a propósito: la ropa sucia de toda la semana ahora desaparece como una aparición tras las bocinas alertas e irritables de las furgonetas, con un ruido prolongado y menguante, de neumático y asfalto, como la seda al desgarrarse, y hasta las negras que aún se hacen cargo de la colada de los blancos, a la antigua usanza, la recogen y la entregan en sus automóviles.

En cambio, hace quince años, los lunes por la mañana las calles en silencio, polvorientas, en sombra, se llenaban de negras que, en equilibrio sobre las cabezas firmes, enturbantadas, llevaban los fardos de ropa sujetos en una sábana, todos casi tan grandes como una paca de algodón, sin ayudarse de las manos, entre la puerta de la cocina de la casa de un blanco y el lavadero renegrido, junto a la puerta de una cabaña, en el lugar que llamábamos el Hondón del Negro.

Nancy se colocaba el fardo sobre la cabeza, y sobre el fardo depositaba el sombrero de paja, negro, de marinero, que llevaba por igual en verano y en invierno. Era alta y tenía la cara en relieve, tristonca, algo hundida en donde le faltaban los dientes. A veces hacíamos parte del camino por la senda, hasta el prado, con ella, y veíamos el fardo en perfecto equilibrio y el sombrero que no oscilaba siquiera cuando bajaba por la zanja del otro lado y se agachaba para salvar la cerca. Se ponía a gatas y pasaba por el boquete, rígida la cabeza, bien erguida, el fardo de la ropa quieto como una piedra o como un globo, y nada más salvar la cerca se ponía en pie

y seguía su camino.

Algunas veces los maridos de las lavanderas venían a recoger la colada, aunque Jesús nunca le hizo ese favor a Nancy, ni siquiera antes de que papá le dijese que no se le pasara por la cabeza acercarse a nuestra casa, aun cuando Dilsey estaba enferma y fuese Nancy la que venía a cocinar para nosotros.

Y luego, la mitad de las veces teníamos que ir por la senda hasta la cabaña de Nancy y decirle que viniese a prepararnos el desayuno. Nos quedábamos en la zanja, porque papá nos había dicho que no tuviésemos ningún trato con Jesús —era un negro más bien bajo, con una cicatriz de un tajo en la cara— y tirábamos piedras a la casa de Nancy hasta que salía a la puerta y asomaba la cabeza por la rendija sin haberse puesto ni una prenda encima.

—¿A qué viene eso? ¿Qué queréis? ¿Destrozarme la casa, o qué? —dijo Nancy—. ¿A qué viene eso, diablillos?

—Dice papá que vengas a prepararnos el desayuno —dijo Caddy—. Dice papá que ya pasa de media hora, y que tienes que venir ahora mismo.

—No me venga a mí con desayuno —dijo Nancy—. Me voy a terminá de dormí un rato.

—Me apuesto lo que quieras a que estás borracha —dijo Jason—. Papá dice que estás borracha. ¿Tú estás borracha, Nancy?

—¿Y eso quién lo dice? —dijo Nancy—. Me voy a terminá de dormí un rato y a mí que no me venga con desayuno.

Así que pasado un rato dejamos de apedrear la cabaña y nos volvimos a casa. Cuando por fin vino Nancy ya era demasiado tarde para que yo fuese al colegio. Así que pensamos que era el whiskey hasta el día en que la volvieron a detener y se la llevaron a la cárcel y se cruzaron por el camino con el señor Stovall. Era el cajero del banco y era uno de los diáconos del consejo de la iglesia baptista, y Nancy fue y le dijo:

—¿Y cuándo me piensa pagá, blanco? ¿Cuándo me piensa pagá, blanco? Ya van tres veces desde la última que me pagó un centavo —el señor Stovall la derribó de un golpe, pero ella no paró de decir lo mismo—. ¿Cuándo me piensa pagá, blanco? Ya van tres veces desde la última que... —hasta que el señor Stovall le arreó una patada en toda la boca y el ayudante del sheriff tuvo que sujetar al señor Stovall

y apartarlo, y Nancy quedó tirada en la calle, muerta de risa. Volvió la cabeza a un lado y escupió más sangre y más dientes—. Ya van tres veces desde la última que me pagó un centavo —dijo.

Así fue como se quedó sin dientes, y aquel día todos hablaron sin parar de lo ocurrido entre Nancy y el señor Stovall, y durante aquella noche todos los que pasaron cerca de la cárcel oyeron a Nancy cantar y gritar. Vieron sus manos aferradas a los barrotes y fueron muchos los que se pararon junto a la cerca, escuchándola y escuchando al carcelero en sus intentos por hacerla callar. No cerró la boca hasta que casi era de día, cuando el carcelero oyó unos golpes arriba, y un ruido de algo que se restregaba, y subió y se encontró a Nancy colgada de los barrotes del ventanuco. Dijo que fue por la cocaína, no por el whiskey, porque ninguna negra intentaría suicidarse a no ser que estuviera hasta arriba de cocaína, porque una negra hasta arriba de cocaína ya ni es negra ni es nada.

El carcelero la descolgó y la reanimó, y luego la golpeó y le dio una paliza. Se había querido ahorcar aprovechando su vestido. Lo había ideado bien, pero es que cuando la detuvieron no llevaba encima más que el vestido, así que no pudo atarse las manos y tampoco pudo soltar las manos del alféizar del ventanuco. Por eso oyó el ruido el carcelero, que subió corriendo y se encontró a Nancy colgada de los barrotes, en pelota picada y con el vientre ya un poco hinchado, como un globo.

Cuando Dilsey estuvo enferma y se quedó en su cabaña y Nancy venía a cocinar para nosotros, nos fuimos dando cuenta de que el delantal se le hinchaba, pero eso fue antes de que papá le dijese a Jesús que ni de broma se le ocurriese acercarse por la casa. Jesús estaba en la cocina, sentado del otro lado de los fogones, con la cicatriz de un tajo en su cara negra como un trozo de cordel sucio. Dijo que lo que Nancy llevaba bajo el vestido era una sandía.

—Sandio serás tú. Si fuera una sandía, de tu melonar na salió —dijo Nancy.

—¿De qué melonar? —dijo Caddy.

—El melonar del que ha salió lo pelaba yo en un pispás. De un tajo —dijo Jesús.

—¿Por qué te pones a hablá así delante los niños? —dijo Nancy—. ¿Por qué no te largas a trabajá? Ya has comío. ¿O es que quiere que el señó Jason te pille haciendo el haragán en la cocina de su casa y encima hablando así delante sus hijos, eh?

—¿Hablando así? —dijo Caddy—. ¿Qué es hablar así? ¿Y qué melonar es ése?

—O sea, que yo no pueo pasá por la cocina del blanco, pero el blanco pué pasá por mi cocina cuando le pete de la gana —dijo Jesús—. El blanco pué vení a mi casa y no se lo pueo yo impedí. Cuando al blanco le dé la gana de vení a mi casa, ni casa tengo yo. No se lo pueo yo impedí, y él me pué echar a patadas. Él sí que pué.

Dilsey aún estaba enferma en su cabaña. Papá dijo a Jesús que ni se le ocurriese acercarse por casa. Dilsey aún estaba enferma. Fue mucho tiempo. Estábamos en la biblioteca después de cenar.

—¿No ha terminado Nancy aún en la cocina? —dijo mamá—. Yo diría que tiempo de sobra ha tenido para terminar de fregar los platos.

—Que Quentin vaya a ver qué pasa —dijo papá—. Ve a ver si Nancy ha terminado ya, Quentin. Dile que se puede marchar a su casa.

Fui a la cocina. Nancy había terminado de fregar. Los platos estaban recogidos y los fogones apagados. Nancy estaba sentada en una silla, junto a los fogones fríos. Me miró.

—Mi madre quiere saber si ya has terminado —le dije.

—Sí —dijo Nancy. Me miró—. Ya terminao —dijo mirándome a la cara.

—¿Qué te pasa? —dije—. ¿Qué te pasa?

—Ná, que no soy ná má cuna pobre negra —dijo Nancy—. Pero eso culpa mía no es.

Me miró, sentada como estaba en la silla delante de los fogones fríos, el sombrero de marinero ya puesto. Volví a la biblioteca. Era lo de los fogones fríos, cuando uno se para a pensar que en una cocina hace calorcito y siempre hay ajetreo y animación. Y con los fogones fríos y los platos recogidos y eso que nadie quisiera comer nada a esas horas.

—¿Ya ha terminado? —dijo mamá.

—Sí, señora —dije.

—¿Y qué está haciendo? —dijo mamá.

—No está haciendo nada. Ya ha terminado.

—Iré a ver qué pasa —dijo papá.

—A lo mejor está esperando a que venga Jesús para llevársela a casa —dijo Caddy.

—Jesús se ha ido —dije. Nancy nos contó que una mañana al despertarse vio que Jesús ya no estaba.

—Ma bandonao —dijo Nancy—. Pa largarse pa Memphis, seguro. Pa dar esquinazo a la poli aunque sea sólo un rato, seguro.

—Pues a ver si lo perdemos de vista de una vez por todas —dijo mi padre—. Que le vaya bien y que no lo vuelva a ver.

—A Nancy le da miedo lo oscuro —dijo Jason.

—Igualita que tú —dijo Caddy.

—A mí no me da miedo —dijo Jason.

—Miedica, miedica —dijo Caddy.

—Yo no soy un miedica —dijo Jason.

—¡Candace, ya basta! —dijo mamá. Volvió mi padre.

—Voy a acompañar a Nancy por la senda hasta su casa —dijo—. Dice que Jesús ha vuelto.

—¿Lo ha visto ella? —dijo mamá.

—No. Alguna negra le mandó aviso de que había vuelto al pueblo. No tardaré.

—¿Y me dejas a mí sola para llevar a Nancy a su casa? —dijo mi madre—. ¿Es que te resulta más importante su seguridad que la mía?

—No tardaré —dijo papá.

—¿Y dejas a estos niños sin protección, con ese negro rondando por ahí

fuera?

—Yo también voy —dijo Caddy—. Déjame que te acompañe, papá.

—¿Y qué iba a hacer ese desgraciado si tuviese la desgracia de encontrárselos?
—dijo papá.

—Yo también quiero ir —dijo Jason.

—¡Jason! —dijo mi madre, pero se lo dijo a mi padre. Eso se le notaba por la manera que tenía de decir su nombre. Como si creyera que mi padre se había pasado el día entero pensando en hacer algo que a mi madre no le gustaba nada y como si en todo momento hubiera sabido que al final seguro que se le iba a ocurrir algo. Yo me quedé callado, porque mi padre y yo bien sabíamos los dos que mi madre se iba a empeñar en que me quedase con ella, sólo era cosa de que se le ocurriese a tiempo. Así que mi padre no me miró. Yo era el mayor. Tenía nueve años, y Caddy siete, y Jason cinco.

—Pamplinas —dijo papá—. No tardaremos nada en volver.

Nancy ya se había puesto el sombrero. Llegamos al arranque de la senda.

—Jesú siempre ha sío bueno conmigo —dijo Nancy—. Si tenía do dólares, uno era pa mí —echamos a andar por la senda—. Si llego al otro lao de la senda —dijo Nancy—, seguro que to va bien.

La senda siempre estaba a oscuras.

—Aquí es donde a Jason le entró el canguelo en la noche de Halloween —dijo Caddy.

—Eso no es verdad —dijo Jason.

—¿Y la tía Rachel no puede hacer nada con él? —dijo papá.

La tía Rachel era vieja. Vivía sola en la cabaña que estaba detrás de la de Nancy. Tenía el pelo blanco y fumaba en pipa durante todo el día; ya no trabajaba más. Decían que era la madre de Jesús. Unas veces ella decía que lo era, pero otras veces decía que no tenía nada que ver con Jesús.

—Sí, te entró el canguelo —dijo Caddy—. Te dio aún más miedo que a Frony.

Te dio aún más miedo que a T. P. Te entró más canguelo del que les entra a los negros.

—Nadie pué hacé ná con él —dijo Nancy—. Dice que yo le despertao al demonio que lleva dentro y que no hay más cuna cosa que lo pueda adormilá otra vez.

—En fin, ahora ya no está —dijo papá—. Ya no tienes nada que temer. Y si ahora dejaras en paz a los hombres blancos, pues...

—¿Dejar en paz a qué blancos? —dijo Caddy—. ¿Y cómo? ¿Cómo se les deja en paz?

—No sa marchao a ninguna parte —dijo Nancy—. Yo lo siento. Lo estoy sintiendo ahora mismito, en la senda. Anda por ahí. Nos oye hablá, oye to lo que digamos, anda escondío, a la espera. Yo no lo visto y no lo vía ve más cuna vé con ese tajo que tién la boca. Con la navaja que lleva colgá un cordel a la espalda, por dentro la camisa. Y entonces sí que no me va sorprendé.

—A mí no me dio miedo —dijo Jason.

—Si te hubieras portado como es debido, todo esto no habría pasado —dijo papá—. Pero ahora todo está en orden. Lo más probable es que esté en St. Louis. Seguramente ya tendrá otra mujer y se habrá olvidado de ti.

—A la que sea verdá, más vale que no me entere yo —dijo Nancy—. Porque me planto delante de ellos y cada vez que la acuchare le corto ese pedazo de brazo que tiene. Le rebano el pescuezo y a ella le rajo la panza y le meto...

—Calla, calla —dijo papá.

—¿A quién le rajas la panza, Nancy? —dijo Caddy.

—A mí no me dio miedo —dijo Jason—. Soy capaz de ir por esa senda yo solito.

—Ya te digo —dijo Caddy—. Tú no te atreverías a poner el pie ahí si no fuésemos contigo.

II

Dilsey aún estaba enferma, así que todas las noches acompañábamos a Nancy a su casa. Hasta que mamá dijo:

—¿Hasta cuándo va a seguir esto así? ¿Yo me tengo que quedar sola en esta casa tan grande mientras tú llevas a la suya a una negra muerta de miedo?

Preparamos un jergón en la cocina para que durmiese Nancy. Una noche nos despertamos al oír el ruido. No era como una canción, no era como el llanto, llegaba por la escalera a oscuras. Había una luz encendida en la habitación de mi madre y oímos a mi padre bajar por la escalera de atrás, y Caddy y yo bajamos al vestíbulo. El suelo estaba frío. Se nos curvaban los dedos de los pies para alejarse del suelo mientras seguíamos oyendo aquel ruido. Era como si cantase y como si no cantase, como esos ruidos que hacen los negros. Cesó y oímos a papá bajar por la escalera de atrás, así que nos acercamos al arranque de la escalera. Volvió a empezar el ruido, en la escalera, no muy alto, y vimos los ojos de Nancy a mitad de la escalera, pegados a la pared. Eran como los ojos de los gatos, como si fuese una gata grande con el lomo arqueado, pegada a la pared, mirándonos. Cuando bajamos las escaleras hasta donde estaba ella dejó de hacer el ruido, y allí nos quedamos hasta que papá volvió de la cocina con la pistola en la mano. Bajó con Nancy y al poco subieron con el jergón de Nancy.

Extendimos el jergón en nuestro cuarto. Cuando se apagó la luz en la habitación de mamá vimos de nuevo los ojos de Nancy.

—Nancy —susurró Caddy—, ¿estás dormida, Nancy?

Nancy dijo algo en voz muy queda. No sé si fue oh o si fue no, no lo sé. Como si nadie hubiese dicho nada, como si hubiese llegado de ninguna parte y a ninguna parte fuese, hasta que empezó a ser como si Nancy no estuviese allí en absoluto, igual que si la hubiese mirado yo a los ojos con tanta intensidad cuando estábamos en las escaleras que los suyos hubieran quedado impresos en los míos, como pasa con el sol cuando cierras los ojos y no hay sol y parece que se ha puesto y aún lo ves.

—Jesú —susurró Nancy—. Jesú.

—¿Fue Jesús? —dijo Caddy—. ¿Intentó entrar en la cocina?

—Jesú —dijo Nancy. Pero lo dijo así: dijo más bien Jeeeeeeeeesús, hasta que se apagó el sonido como se apaga una cerilla o una vela.

—Quiere decir el otro Jesús —dije.

—¿Nos ves, Nancy? —susurró Caddy—. ¿Tú también nos ves los ojos?

—Yo no soy ná má cuna pobre negra —dijo Nancy—. Bien lo sabe Dios. Bien lo sabe Dios.

—¿Qué fue lo que viste abajo en la cocina? —susurró Caddy—. ¿Qué fue lo que intentó entrar?

—Bien lo sabe Dios —dijo Nancy. Le veíamos los ojos—. Bien lo sabe Dios.

Dilsey por fin se recuperó. Vino a cocinar para nosotros.

—Más te valdría guardar cama un día o dos más —dijo papá.

—¿Y eso pa qué? —dijo Dilsey—. De haberme retrasao un día más, esta casa sería un desastre. Ande, salga de aquí y déjeme poner orden en mi cocina, hombre.

Dilsey también preparó la cena. Y esa noche, antes de que anocheciera, Nancy apareció en la cocina.

—¿Y tú cómo sabes ca vuelto? —dijo Dilsey—. Si es que las visto.

—Jesús es negro —dijo Jason.

—Es que yo lo siento —dijo Nancy—. Lo siento allí agazapado en la zanja.

—¿Esta noche? —dijo Dilsey—. ¿Está por aquí esta noche?

—Dilsey también es negra —dijo Jason.

—Prueba a comer algo —dijo Dilsey.

—No tengo gana —dijo Nancy.

—Yo no soy negro —dijo Jason.

—Toma un poco de café —dijo Dilsey. Le sirvió una taza de café a Nancy—.

¿Sabes si esta noche anda por ahí? ¿Cómo sabes que es esta noche?

—Porque yo lo sé —dijo Nancy—. Por ahí anda, está a la espera. Yo lo sé. Bastante he vivió con él. Sé lo que se trae entre mano ante que lo sepa él.

—Toma un poco de café, anda —dijo Dilsey. Nancy se llevó la taza a la boca y sopló. Se le frunció para fuera la boca como la de una culebra de río al hincharse, como si la tuviera de goma, como si soplando se le borrara el color de los labios al soplar en el café.

—Yo no soy negro —dijo Jason—. ¿Tú eres negra?

—Yo soy nacida en el infierno, chico —dijo Nancy—. Y de aquí a ná no seré má ná. De aquí a ná me vuelvo al sitio del que vine.

III

Se puso a tomarse el café. Mientras se lo tomaba, sujetando la taza con ambas manos, volvió a hacer el mismo ruido de antes. Hizo el ruido con la boca en la taza y se salpicó las manos y el vestido con el café. Nos miraban sus ojos estando ella ahí sentada, con los codos en las rodillas, sujetando la taza con ambas manos, mirándonos por encima de la taza que se le había mojado, haciendo el mismo ruido de antes.

—Mirad a Nancy —dijo Jason—. Nancy ya no puede cocinar para nosotros. Dilsey ya se ha puesto buena.

—Tú cállate la boca —dijo Dilsey. Nancy sujetaba la taza con ambas manos y hacía el ruido de antes como si en realidad fuesen dos: una la que nos miraba y otra la que hacía el ruido.

—¿Y por qué no dices al señó Jason que llame al sheriff? —dijo Dilsey. Nancy se quedó parada con la taza entre las manos largas y morenas. Quiso beber otro sorbo de café, pero se le derramó por las manos y en el vestido y dejó la taza en la mesa. Jason la estaba mirando.

—No pueo tragá —dijo Nancy—. Yo trago, pero no mentra.

—Vete a la cabaña —dijo Dilsey—. Frony te preparará un jergón y yo no tardo ná en llegar.

—No hay negro que le pare lo pie —dijo Nancy.

—Yo no soy negro —dijo Jason—. ¿O sí lo soy, Dilsey?

—Me paice a mí que no —dijo Dilsey. Miró a Nancy—. Me paice que no. ¿Y entonces qué vas a hacer?

Nancy nos miró. Movía los ojos muy deprisa, como si le diese miedo quedarse sin tiempo para mirar, sin que se le moviera un pelo de la ropa. Nos miraba, nos miraba a los tres a la vez.

—¿Sos acordái de la noche que pasé en vuestro cuarto? —dijo. Y nos contó que nos despertamos temprano a la mañana siguiente y nos pusimos a jugar. Tuvimos que jugar sin hacer ruido, en su jergón, hasta que mi padre se despertara y fuese la hora de desayunar—. Id a pedí a la mamá que me deje quedarme esta noche —dijo Nancy—. No necesito jergón. Así podremos jugar otro poco.

Caddy se lo preguntó a mamá. Jason fue con ella.

—No puedo consentir que los negros duerman en las habitaciones —dijo mamá.

Jason se echó a llorar. Lloró hasta que mamá le dijo que se quedaba tres días sin postre si no paraba de llorar ya mismo. Y Jason dijo que dejaba de llorar si Dilsey hacía una tarta de chocolate. Llegó mi padre.

—¿Por qué no haces algo para remediar todo esto? —dijo mamá—. ¿Para qué tenemos a la policía?

—¿Por qué tiene Nancy tanto miedo de Jesús? —dijo Caddy—. ¿Tú tienes miedo de papá, mamá?

—¿Y qué quieres que haga la policía? —dijo papá—. Si Nancy no lo ha visto, ¿cómo lo van a encontrar?

—Entonces, ¿por qué tiene miedo? —dijo mamá.

—Dice que ronda por ahí. Dice que sabe que esta noche anda rondando por

ahí.

—Pero para algo pagamos impuestos, ¿no? —dijo mamá—. ¿Tengo yo que quedarme sola en esta casa tan grande mientras tú llevas a una negra a la suya?

—De sobra sabes que yo no ando de ronda por ahí con una navaja en la mano —dijo papá.

—Me callo y no lloro más si Dilsey hace tarta de chocolate —dijo Jason. Mi madre nos dijo que saliésemos y mi padre dijo que no sabía si Jason tendría o no una tarta de chocolate, pero que sí sabía lo que se iba a llevar Jason en menos de un minuto. Volvimos a la cocina y se lo contamos a Nancy.

—Papá dice que te vayas a tu casa y que cierres la puerta y que no pasará nada —dijo Caddy—. ¿Que no pasará nada de qué, Nancy? ¿Jesús está enfadado contigo? —Nancy sostenía otra vez la taza de café con las dos manos, los codos sobre las rodillas y las dos manos alrededor de la taza. Miraba la taza—. ¿Y tú qué has hecho para que Jesús se enfade? —dijo Caddy. Nancy soltó la taza. No se llegó a romper contra el suelo, pero sí se derramó todo el café, y Nancy se quedó sentada con las manos como si aún sostuvieran la taza. Comenzó a hacer el mismo ruido, aunque no muy fuerte. No era que cantase ni que no cantase. La miramos.

—Ea —dijo Dilsey—. Ya basta con esa murga. Domínate, mujé. Tú espera aquí. Voy a buscá Versh pa que tacompañe a casa.

Dilsey se marchó.

Miramos a Nancy. Le temblaban los hombros, pero ya no hacía ese ruido. La miramos.

—¿Y qué te va a hacer Jesús? —dijo Caddy—. Si ya se fue...

Nancy nos miró.

—Pues bien que nos lo pasamo la noche que me quedé en vuestro cuarto, ¿no?

—Yo no —dijo Jason—. Yo no me lo pasé nada bien.

—Pero si tú te fuiste a dormir al cuarto de mamá —dijo Caddy—. Si tú no estabas...

—Vayamo a mi casa, que lo pasaremos bien —dijo Nancy.

—Mamá no nos dejará —dije—. Ya es demasiado tarde.

—No la vayái a molestá —dijo Nancy—. Ya se lo diremos por la mañana. Seguro que no le importa.

—No nos dejaría —dije.

—Pues no se lo pidái ahora —dijo Nancy—. No la vayái a molestá.

—No ha dicho que podamos ir —dijo Caddy.

—No se lo hemos preguntado —dije.

—Como vayáis, se lo digo —dijo Jason.

—Nos lo pasaremos bien —dijo Nancy—. Seguro que no le importa, sólo es ir a mi casa. Hace mucho que trabajo pa vosotros. No le importará.

—A mí no me da miedo ir —dijo Caddy—. Es Jason el que tiene miedo. Se va a chivar.

—Yo no tengo miedo —dijo Jason.

—Sí, estás cagao —dijo Caddy—. Te vas a chivar.

—No me chivaré —dijo Jason—. Yo no tengo miedo.

—A Jason no le da miedo ir conmigo —dijo Nancy—. ¿Verdá que no, Jason?

—Jason se va a chivar —dijo Caddy.

La senda estaba a oscuras. Pasamos por la cancela del prado.

—Me apuesto lo que quieras a que si algo saltara detrás de la cancela, Jason se pondría a gritar.

—Que no —dijo Jason. Echamos a andar por la senda. Nancy hablaba muy alto.

—¿Por qué hablas tan alto, Nancy? —dijo Caddy.

—¿Quién, yo? —dijo Nancy—. Mire usted, Quentin y Caddy y Jason diciendo cable alto.

—Hablas como si fuésemos cinco —dijo Caddy—. Hablas como si papá también estuviese aquí.

—¿Cómo? ¿Me está diciendo cable demasiado alto, señor Jason? —dijo Nancy.

—Nancy ha llamado «señor» a Jason —dijo Caddy.

—Mire usted cómo hablan Caddy y Quentin y Jason —dijo Nancy.

—No estamos hablando alto —dijo Caddy—. Eres tú la que habla como si papá...

—Calla, calla —dijo Nancy—. Calle usted también, señor Jason.

—Nancy ha vuelto a llamar «señor» a Ja...

—Calla de una vez —dijo Nancy. Hablaba muy alto cuando cruzamos la zanja y se agachó para salvar la cerca, la misma que salvaba cuando iba con el fardo de ropa en la cabeza. Llegamos a su casa. Íbamos deprisa. Abrió la puerta. El olor de la casa era como la lámpara y el olor de Nancy como la mecha, como si estuvieran esperándose una a la otra para despedir su olor. Prendió la lámpara y cerró la puerta y la atrancó. Entonces dejó de hablar tan alto y nos miró.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Caddy.

—¿Y qué queréi hacé? —dijo Nancy.

—Tú dijiste que lo pasaríamos bien —dijo Caddy.

Algo había en la casa de Nancy; algo que se podía oler además de Nancy y de la casa. Hasta Jason notó ese olor.

—Yo no me quiero quedar aquí —dijo—. Me quiero marchar a casa.

—Pues entonces lárgate a casita —dijo Caddy.

—Es que no quiero ir solo —dijo Jason.

—Vamo a pasarlo bien —dijo Nancy.

—¿Cómo? —dijo Caddy.

Nancy estaba junto a la puerta. Nos miraba, sólo que era como si se le hubieran vaciado los ojos, como si ya no le sirvieran de nada.

—¿Qué queréi que hagamo? —dijo.

—Cuéntanos un cuento —dijo Caddy—. ¿Nos puedes contar un cuento?

—Pues claro —dijo Nancy.

—Anda, cuéntanoslo —dijo Caddy. Miramos a Nancy—. Tú no te sabes ningún cuento.

—Sí —dijo Nancy—. Sí, claro que sé.

Se acercó a sentarse en una silla junto al hogar. Había un poco de fuego. Nancy echó leña y lo atizó, aunque ya hacía calor allí dentro. Armó una buena fogata. Nos contó un cuento. Hablaba igual que cuando nos miraba con sus ojos y la voz con que nos hablaba no le perteneciese a ella. Como si viviera en otra parte, como si esperase algo en otra parte. Estaba fuera de la cabaña. Su voz estaba dentro y también su forma, la de la Nancy que sabía salvar una cerca de alambre de espino con un fardo de ropa en equilibrio sobre la cabeza como si no le pesara nada, como si fuera un globo. Pero eso era todo.

—Y así que esta reina llega caminando a la zanja, en donde estaba escondido el malvado. Iba caminando hacia la zanja y se dice: «Si logro salvar aquella zanja de allá...». Eso se iba diciendo.

—¿Qué zanja? —dijo Caddy—. ¿Una zanja como la de ahí fuera? ¿Y por qué iba a querer una reina meterse en una zanja?

—Pues pa llegá su casa —dijo Nancy. Nos miró—. Tenía que cruzá la zanja para llegar a su casa y atrancar la puerta.

—¿Y por qué quería llegar a casa y atrancar la puerta? —dijo Caddy.

IV

Nancy nos miró. Dejó de hablar y nos miró. Jason, sentado en el regazo de Nancy, estiraba las piernas y le sobresalía un buen trozo por la pernera del pantalón.

—A mí no me parece un buen cuento —dijo—. Me quiero marchar a casa.

—Puede que sea lo mejor —dijo Caddy. Se levantó del suelo—. Me apuesto lo que quieras a que nos están buscando —se fue derecha a la puerta.

—No —dijo Nancy—. No la abras —se levantó deprisa y pasó antes que Caddy. No llegó a tocar la puerta, ni la tranca.

—¿Por qué no? —dijo Caddy.

—Volved a la luz de la lámpara —dijo Nancy—. Lo pasaremos bien. Es mejor que no nos vayáis.

—Que sí, que ya nos tenemos que marchar —dijo Caddy—. A menos que nos lo pasemos muy, muy bien, de maravilla —volvió con Nancy a la luz de la lámpara.

—Yo me quiero ir a casa —dijo Jason—. Me voy a chivar.

—Me sé otro cuento —dijo Nancy. Estaba muy cerca de la lámpara. Miraba a Caddy como cuando uno mira un palito que sostiene en la nariz. Tuvo que bajar los ojos para ver a Caddy, pero sus ojos estaban así, como si sostuviese un palito en la nariz.

—No lo quiero oír —dijo Jason—. Voy a armar una pataleta.

—Es que es de los buenos —dijo Nancy—. Es mucho mejor que el otro.

—¿De qué va? —dijo Caddy. Nancy estaba junto a la lámpara. Tenía la mano en la lámpara, ante la luz, una mano larga y morena—. Tienes la mano en ese globo caliente —dijo Caddy—. ¿No te da calor en la mano?

Nancy se miró la mano, que había puesto en la chimenea de la lámpara. La retiró muy despacio. Siguió en donde estaba, mirando a Caddy, sacudiendo la

mano larga como si la tuviera sujeta a la cintura por un cordel.

—Hagamos otra cosa —dijo Caddy.

—Yo me quiero ir a casa —dijo Jason.

—Tengo maíz pa palomita —dijo Nancy. Miró a Caddy y luego a Jason y luego a mí y luego a Caddy otra vez—. Tengo maíz pa palomita.

—No me gustan las palomitas —dijo Jason—. Yo prefiero un caramelo.

Nancy miró a Jason.

—Te dejo sujetar la sartén.

Seguía sacudiendo la mano, una mano larga, floja, morena.

—Vale —dijo Jason—. Si puedo hacer eso, me quedo un rato. Pero que no la sujete Caddy. Si Caddy sujeta la sartén yo me quiero ir a casa.

Nancy atizó el fuego.

—Mirad a Nancy; está metiendo las manos en el fuego —dijo Caddy—. ¿Qué te está pasando, Nancy?

—Tengo maíz pa palomita —dijo Nancy—. Tengo maíz pa una cuanta palomita.

Sacó la sartén de debajo de la cama. Estaba rota por el mango. Jason se echó a llorar.

—Pues ahora nos quedamos sin palomitas —dijo.

—De todos modos, tenemos que irnos a casa —dijo Caddy—. Vámonos, Quentin.

—Esperá —dijo Nancy—, esperá. La sé arreglá. ¿No queréi ayudarme arreglarla?

—Yo creo que no quiero palomitas —dijo Caddy—. Ya se ha hecho demasiado tarde.

—Ayúdame tú, Jason —dijo Nancy—. ¿No me quiere echá una mano?

—No —dijo Jason—. Yo me quiero ir a casa.

—Calla —dijo Nancy—; anda, calla. Mira. Mírame. Yo la sé arreglá pa que Jason la sujete y sagan la palomita —sacó un trozo de alambre y arregló la sartén.

—No se sujetará bien —dijo Caddy.

—Que sí, ya lo verá —dijo Nancy—. Tú mira y verá. Y mayuda desmenuzal maíz.

El maíz también estaba debajo de la cama. Desmenuzamos unas mazorcas en la sartén y Nancy ayudó a Jason a sujetarla sobre el fuego.

—No explota —dijo Jason—. Me quiero ir a casa.

—Esperá —dijo Nancy—. Ya explotará. Ya veréi cómo lo pasamo bien —estaba sentada junto al fuego. La lámpara estaba puesta tan fuerte que empezó a humear.

—¿Por qué no la bajas un poco? —dije.

—Ya va bien como va —dijo Nancy—. Luego lo limpio. Esperá. La palomita sarán dentro de ná.

—Yo no me lo creo. No se van a hacer —dijo Caddy—. De todos modos, nos tenemos que ir a casa. Estarán preocupados.

—No, qué va —dijo Nancy—. Sí que se van a hacé. Ya le dirá Dilsey que estái conmigo. Hace mucho que trabajo pa vosotro. No le va a importar que estéi en mi casa. Esperá, ya veréi cómo se empiezan a hacé en cualquier momento ella sola.

A Jason se le metió el humo en los ojos y empezó a lloriquear. Dejó caer la sartén al fuego. Nancy trajo un trapo húmedo y le limpió la cara a Jason, pero no dejó de lloriquear.

—Calla, calla —le dijo—. Calla, hombrecito —pero él no dejó de lloriquear. Caddy tomó la sartén del fuego.

—Se ha quemado —dijo—. Vas a tener que ir a buscar más maíz para hacer

palomitas, Nancy.

—¿Lo hemos echado todo? —dijo Nancy.

—Sí —dijo Caddy. Nancy miró a Caddy. Tomó la sartén y abrió la tapa y se echó el maíz requemado en el delantal, y empezó a separar los granos de maíz, con las manos largas y morenas, y la miramos—. ¿Es que no tienes más? —dijo Caddy.

—Sí —dijo Nancy—, claro que sí. Mira. Estos no san quemao. Sólo nace falta...

—Yo me quiero ir a casa —dijo Jason—. Me voy a chivar.

—Calla, anda —dijo Caddy. Nos quedamos todos a la escucha. Nancy había vuelto la cabeza hacia la puerta atrancada, los ojos enrojecidos por la luz de la lámpara—. Viene alguien —dijo Caddy.

Nancy empezó entonces a hacer el mismo ruido, no muy alto, sentada junto al fuego, con las manos largas colgándole entre las rodillas; de repente empezó a salirle agua de la cara en gruesos goterones, que le corrían por la cara, llevando cada uno una bolita de lumbre que rodaba como una centella hasta caerle de la barbilla.

—No está llorando —dije.

—No estoy llorando —dijo Nancy. Tenía los ojos cerrados—. No estoy llorando. ¿Quién es?

—No lo sé —dijo Caddy. Salió hasta la puerta y se asomó a mirar—. Ahora nos tenemos que marchar —dijo—. Por ahí viene papá.

—Me voy a chivar —dijo Jason—. Me obligasteis a venir.

El agua seguía corriendo por la cara de Nancy. Se dio la vuelta en la silla.

—Escuchar. Decírselo. Decirle que lo pasaremos bien. Decirle que yo cuido bien de vosotros hasta mañana por la mañana. Decirle si no que me deje ir a la casa con vosotros y dormiré en el suelo. Que no necesito jergón. Lo pasaremos bien. ¿Sos acordáis que la última vez lo pasamos muy bien?

—Yo no me lo he pasado bien —dijo Jason—. Me has hecho daño. Me has

metido el humo en los ojos. Me voy a chivar.

V

Entró papá y nos miró. Nancy no se puso en pie.

—Anda, decírselo —dijo.

—Caddy nos obligó a venir —dijo Jason—. Yo no quería.

Papá se acercó al fuego. Nancy levantó los ojos para mirarlo.

—¿Y no te puedes ir a casa de la tía Rachel y quedarte con ella? —le dijo. Nancy miró a papá con respeto, las manos apretadas entre las rodillas—. Aquí no está —dijo papá—. Si estuviera, yo lo habría visto. Aquí no hay un alma.

—Están la zanja —dijo Nancy—. Está a la espera, en la zanja de allá.

—Pamplinas —dijo papá. Miró a Nancy—. ¿Cómo sabes de aquí?

—Porque he recibido la señal —dijo Nancy.

—¿Qué señal?

—Yo ya la recibí. Estaba encima la mesa cuando llegué. Un hueso del cerdo, con carne y sangre aún pegá, junto a la lámpara. Por ahí anda. Cuando se vayan ustés por esa puerta, pa mí sacabó.

—¿Que se acabó qué, Nancy? —dijo Caddy.

—Yo no soy un chivato —dijo Jason.

—Pamplinas —dijo papá.

—Por ahí anda de ronda —dijo Nancy—. Ahora mismito mirando está por la ventana, a la espera de que se vayan ustés. Luego, pa mí sacabó.

—Pamplinas —dijo papá—. Tú cierra tu cabaña y yo te llevo a donde la tía

Rachel.

—Eso no vale de ná —dijo Nancy. No miró a mi padre, pero él sí la miró y miró sus manos largas, flojas, morenas, en movimiento—. No vale de ná dejarlo pa luego.

—Y entonces... ¿qué quieres hacer? —dijo papá.

—No sé —dijo Nancy—. Yo no puedo hacé ná. A lo má, dejarlo pa luego. Y eso no vale de ná. Digo yo que será lo que me toca. Digo yo que la que me espera no es de nadie má que mía.

—¿Qué es la que te espera? —dijo Caddy—. ¿Qué es lo que es tuyo?

—Nada —dijo papá—. Ahora os vais todos a la cama.

—A mí Caddy me ha obligado a venir —dijo Jason.

—Ve a casa de la tía Rachel —dijo papá.

—Eso no vale de ná —dijo Nancy. Se sentó ante el fuego con los codos en las rodillas, las manos largas entre las rodillas—. Ni su cocina de la casa usté vale de ná. Cuando dormía yo nel suelo del cuarto de su hijo y va a resultá ca la mañana siguiente aquí estoy, y la sangre por to...

—Anda, calla, calla —dijo papá—. Cierra bien la puerta y apaga la luz y vete a dormir.

—Me da miedo la oscuridá —dijo Nancy—. Me da miedo lo que pase en la oscuridá.

—No me dirás que te piensas pasar aquí la noche con la lámpara encendida —dijo papá. Y Nancy empezó otra vez a hacer el mismo ruido, sentada delante del fuego, con las manos largas entre las rodillas—. Ah, maldita sea —dijo papá—. Vámonos, niños. Ya pasa de la hora de irse a la cama.

—Cuando se vayan a casa, pa mí sacabó —dijo Nancy. Lo dijo en voz más baja, con la cara más sosegada, igual que las manos—. Me va da igual, porque ya tengo yo ahorrao el dinero del entierro, se lo he pagao al señó Lovelady.

El señor Lovelady era un hombre bajito y sucio que recolectaba los pagos de

los seguros de los negros, acercándose a las cabañas o a las cocinas todos los sábados por la mañana para cobrarles quince centavos. Vivía con su mujer en el hotel. Una mañana, su mujer se suicidó. Tenían una hija pequeña. Él se fue con la niña. Al cabo de una semana o dos volvió solo. Los sábados por la mañana lo veíamos recorrer las callejuelas y los caminos.

—Pamplinas —dijo papá—. Mañana por la mañana serás lo primero que yo vea en la cocina.

—Usted verá lo que tenga que ve, digo yo —dijo Nancy—. Pero haría falta preguntarle Señor para saber qué ha de sé.

VI

La dejamos sentada junto al fuego.

—No dejes de atrancar la puerta —le dijo papá. Pero ella no se movió. No volvió a mirarnos, sentada en silencio entre la lámpara y el fogón. Desde un buen trecho, caminando por la senda, aún nos volvimos a mirar y vimos la puerta abierta.

—¿Qué pasa, papá? —dijo Caddy—. ¿Qué va a pasar?

—Nada —dijo papá. Jason iba subido a hombros de papá, así que era el más alto de todos. Bajamos por el terraplén de la zanja. La miré en silencio. No alcancé a ver gran cosa allí donde la luz de la luna y las sombras se enmarañaban.

—Si Jesús anda por ahí escondido, seguro que nos podrá ver, ¿verdad? —dijo Caddy.

—No está por ahí —dijo papá—. Hace mucho tiempo que se marchó.

—Tú me obligaste a venir —dijo Jason, y lo dijo en voz alta; recortados en el cielo era como si papá tuviera dos cabezas, una pequeña y una grande—. Yo no quería.

Salimos de la zanja por el otro lado. Aún veíamos la casa de Nancy y la puerta abierta, pero ya no veíamos a Nancy sentada ante el fuego con la puerta

abierta, porque estaba cansada.

—Me cansao —dijo—. Yo no soy ná má cuna pobre negra. Pero eso culpa mía no es.

Pero sí la oíamos, porque nada más cruzamos la zanja volvió a lo suyo, el ruido que no era ni canción ni no canción.

—Y ahora... ¿quién nos hará la colada, papá? —dije.

—Yo no soy negro —dijo Jason, y lo dijo bien alto, por encima de la cabeza de papá.

—No, tú eres peor —dijo Caddy—, tú eres un chivato. Como algo te salte encima, te entra más canguelo que a un negro.

—Te digo que no —dijo Jason.

—Te echarías a llorar —dijo Caddy.

—Caddy... —dijo papá.

—¡Que no! —dijo Jason.

—Miedica, miedica... —dijo Caddy.

—¡Candace, ya basta! —dijo papá.^[*]

III
LA TIERRA INEXPLORADA

Hojas rojas

I

Los dos indios atravesaron la plantación hacia la parte en que vivían los esclavos. Limpias, enjalbegadas, de ladrillos de adobe blando, las dos hileras de cabañas en las que vivían los esclavos pertenecientes al clan se miraban una a la otra separadas por la sombra escasa de la senda marcada y hollada por los pies descalzos, con unos cuantos juguetes caseros, mudos, olvidados en el polvo. No había ni rastro de vida.

—Ya sé lo que vamos a encontrar —dijo el primer indio.

—Lo que no vamos a encontrar —dijo el segundo. Aunque era mediodía, la senda estaba desierta y los umbrales de las cabañas vacías y en silencio; no ascendía el humo de las cocinas por ninguna de las chimeneas de yeso desconchado.

—Sí. Fue igual cuando murió el padre del que ahora es el Hombre.

—Dirás que era el Hombre.

—Jao.

El primer indio se llamaba Tres Cesto. Tendría unos sesenta años. Los dos eran chaparros, tirando a recios, con un aire aburguesado; panzudos, con la cabeza grande, el rostro ancho y del color del polvo, de una serenidad algo desdibujada, como efigies talladas en un muro de Sumatra, o de Java, que asomaran en medio de la bruma. Era culpa del sol, del sol violento, de la violencia de la sombra. El pelo de ambos parecía un cañaveral en tierra quemada. Colgada de un pendiente que le atravesaba el lóbulo de la oreja, Tres Cesto llevaba una cajita esmaltada de rapé.

—De siempre tengo dicho que ésta no es la manera buena. Antaño no había ni cabañas ni negros. Entonces, el tiempo de un hombre era todo suyo. Tiempo tenía,

sí. Ahora ha de pasar la mayor parte buscando trabajo para los que prefieren sudar antes que hacer.

—Son como los caballos y los perros.

—No son nada en este mundo si el mundo es sensato, que lo es. No se contentan sino con sudar. Son peores que los blancos.

—No es como si el Hombre mismo tuviera que buscarles trabajo que hacer.

—Tú lo has dicho. No es la manera buena. Antaño las cosas se hacían de la manera buena. Pero ahora no.

—Tampoco tú te acuerdas de cómo era antaño.

—He oído a los que sí. Y he probado esta manera. No se hizo el hombre para sudar.

—Cierto. Ya ves cómo tienen las carnes.

—Sí. Negras las tienen. También tiene un regusto amargo.

—¿Tú la has comido?

—Una vez. Yo era joven. Y con mejor diente que ahora. Ahora en mí todo es distinto.

—Sí. Ahora valen demasiado para comérselos.

—La carne tiene un regusto amargo que tira para atrás.

—De todos modos, ahora valen demasiado para comérselos. Los blancos hasta dan caballos en pago por ellos.

Se adentraron por la senda. Los juguetes mudos, desangelados —objetos en forma de fetiche, hechos de madera y de trapos y plumas— yacían en el polvo, cerca de los umbrales desgastados de las cabañas, entre huesos mondos y escudillas rotas, hechas de calabaza. Pero no se oía nada en ninguna de las cabañas, ni se veía un rostro en ninguno de los umbrales; nada se había oído ni se había visto nada desde el día anterior, en que murió Issetibbeha. Ya sabían ellos qué iban a encontrar.

Era en la cabaña del centro, un poco mayor que las demás, donde en ciertas fases de la luna se juntaban los negros para iniciar sus ceremonias antes de retirarse cuando ya había anochecido al pie del barranco, en donde guardaban los tambores. En esa cabaña guardaban los accesorios secundarios, los ornamentos crípticos, los registros ceremoniales, que consistían en palos embadurnados de arcilla roja en forma de símbolos. Había un lar en el suelo, en el centro de la estancia, bajo un boquete practicado en el techo, donde quedaban cenizas frías, de leña, y un caldero de hierro suspendido. Estaban cerrados los postigos; cuando entraron los dos indios, llegados de la luz del sol que caía a plomo, no acertaron a distinguir con los ojos más que un movimiento furtivo, sombra de la que asomaron los blancos de los ojos, como si aquello estuviera, tal como parecía, lleno de negros. Los dos indios permanecieron en el umbral.

—Jao —dijo Cesto—. Ya dije que ésta no es la manera buena.

—No creo yo que tenga muchas ganas de estar aquí —dijo el otro.

—Eso que hueles es miedo de negro. No huele igual que el nuestro.

—No creo yo que tenga muchas ganas de estar aquí.

—Tu miedo también tiene un olor.

—Tal vez sea Issetibbeha eso que así huele.

—Jao. Él ya lo sabe. Sabe qué vamos a encontrar aquí. Cuando murió sabía lo que íbamos a encontrar hoy aquí —de la hedionda penumbra de la cabaña, los ojos y el hedor de los negros oscilaron y se movieron un trecho hacia ellos dos—. Soy Tres Cesto, a quien ya conocéis —dijo Cesto a la estancia—. Venimos de parte del Hombre. ¿Ya no está el que buscamos? —los negros no dijeron ni palabra. Su olor, el olor de sus cuerpos, parecía llegar y retroceder como las olas en la orilla con el aire caluroso y aquietado. Parecía que meditasen todos a una sobre algo remoto, inescrutable. Eran como un único pulpo de numerosos tentáculos. Eran como las raíces de un árbol enorme que hubiesen quedado al aire, la tierra de pronto tronzada sobre el amasijo espeso, fétido, enmarañado, de su vida a oscuras, afrentada—. Vamos —dijo Cesto—. Sabéis de nuestra encomienda. ¿El que buscamos ha marchado?

—Algo están tramando —dijo el otro—. Yo no quiero estar aquí.

—Algo están sabiendo —dijo Cesto.

—¿Lo están escondiendo, tú crees?

—No. Ya no está. Se tuvo que marchar anoche. Eso mismo ya pasó antes, cuando murió el abuelo del que ahora es el Hombre. Tres días nos llevó atraparlo. Tres días pasó Doom tendido en tierra, diciendo: «Veo mi caballo y veo mi perro. Pero no veo a mi esclavo. ¿Qué habéis hecho de él, que no me permitís yacer en paz?».

—No les gusta morir.

—Jao. Se resisten, se agarran, se sujetan con uñas y dientes. Eso siempre nos trae quebraderos de cabeza. Gente que no tiene ni honor ni decoro. Siempre quebraderos de cabeza.

—Esto no me gusta.

—Ni a mí. Pero es que como son salvajes no se puede contar con que respeten la costumbre. Por eso digo que esta manera es mala manera.

—Jao. Se resisten, prefieren antes faenar a pleno sol que entrar en tierra con un jefe. Pero se ha marchado.

Los negros no dijeron ni palabra, no hicieron ni un ruido. El blanco de los ojos se veía empavorecido aquí y allá, sumiso; el olor era hediondo, violento.

—Sí, tienen miedo —dijo el otro—. Y ahora ¿qué hacemos?

—Vayamos a ver qué dice el Hombre.

—¿Querrá atendernos Mokketubbe?

—¿Qué otra cosa puede hacer? No será de grado, pero ahora es el Hombre.

—Jao. Es el Hombre. Ahora puede calzar a todas horas los zapatos de suela y tacones rojos —se dieron la vuelta y salieron. Ninguna de las cabañas tenía puerta en los goznes.

—Eso de todos modos ya lo hacía antes —dijo Cesto.

—A espaldas de Issetibbeha. Pero ahora los zapatos son suyos, lo son desde que es el Hombre.

—Jao. A Issetibbeha no le gustaba eso, o eso tengo entendido. Sé que dijo a Mokketubbe: «Cuando seas el Hombre, los zapatos serán tuyos. Hasta entonces, son míos los zapatos». Ahora Mokketubbe es el Hombre y se los puede calzar cuando quiera.

—Jao —dijo el otro—. Ahora es el Hombre. Antes se calzaba los zapatos a espaldas de Issetibbeha, y no se sabe si Issetibbeha lo sabía o no. Y entonces Issetibbeha llegó a muerto y eso que no era viejo, y los zapatos ahora son de Mokketubbe, desde que es el Hombre. ¿Tú qué opinas de eso?

—Yo no opino. En eso no pienso —dijo Cesto—. ¿Tú?

—No.

—Eso es bueno —dijo Cesto—. Eres sabio.

II

La casa estaba en un montículo en medio de un robledal. Por el frente constaba de una planta, compuesta por la estructura de cubierta de un vapor que embarrancó y que Doom, el padre de Issetibbeha, había desmantelado con sus esclavos para arrastrarlo sobre rodillos de troncos de ciprés doce millas tierra adentro. Les costó cinco meses. Su casa era entonces una sola pared de ladrillo. Contra ella arrimó de costado el vapor, cuyas cornisas de molduras rococó, pintadas en dorado, desconchadas y oxidadas, aún ostentaban las volutas con apagado esplendor sobre los rótulos también dorados que indicaban los nombres de los camarotes en el dintel de las puertas, protegidas por postigos.

Doom nació siendo tan sólo subjefe de la tribu de los mingos, uno de los tres hijos de la rama materna de la familia. Hizo un viaje —era joven entonces, Nueva Orleans era una ciudad europea— que lo llevó del norte de Mississippi a Nueva Orleans en un bote de remo, y allí conoció al Chevalier Soeur Blonde de Vitry, un hombre cuya posición social a la vista era tan equívoca como la del propio Doom. En Nueva Orleans, entre los tahúres y los navajeros del puerto fluvial, Doom pasó por ser el jefe, el Hombre, el dueño por legítima heredad de las tierras que pertenecían a la rama paterna de la familia; fue el Chevalier de Vitry quien le puso por nombre *du homme*, y de ahí Doom.^[40]

Por todas partes se les veía juntos: el indio, chaparro y con la osadía pintada en el rostro inescrutable, de dudosa crianza, maleducado, y el parisino, el expatriado, amigo de Carondelet, según se rumoreaba, e íntimo del general Wilkinson. Un buen día desaparecieron los dos, se esfumaron de los equívocos tugurios que tanto habían frecuentado, sin dejar más rastro que la leyenda de las sumas que, según se rumoreaba, había amasado Doom en el juego, y alguna habladuría sobre una joven, hija de una acaudalada familia antillana, cuyo hijo y hermano durante bastante tiempo buscaron a Doom pistola en mano por los tugurios de antaño, hasta mucho después de que desapareciera.

Seis meses más tarde desapareció la propia joven a bordo del vapor correo de Saint Louis, que una noche atracó en un desembarcadero donde se cargaba madera en la orilla norte del Mississippi, en donde bajó a tierra la mujer acompañada de una negra que llevaba por criada. La recibieron cuatro indios con un caballo y una carreta, y por espacio de tres días viajaron lentamente, pues ya estaba ella en avanzado estado de gestación, y llegaron al cabo a la plantación, donde ella se enteró de que Doom era el jefe. Nunca le dijo cómo lo había logrado, aparte de que su tío y su primo habían muerto de repente. En aquel entonces la casa constaba de una pared de ladrillo construida por esclavos holgazanes, contra la cual se apoyaba una cabaña con techo de juncos, dividida en varias dependencias y llena de residuos y huesos, en medio de las cerca de cinco mil hectáreas de bosque en donde pacían los ciervos como si fuesen ganado doméstico. Doom y la mujer se casaron allí mismo, poco antes de que naciera Issetibbeha, en presencia del presbítero itinerante que también se dedicaba a la trata de esclavos y que llegó a lomos de una mula, sobre el pomo de cuya silla colgaba una sombrilla de algodón y una garrafa de tres galones de capacidad, llena de whiskey. Después, Doom comenzó a adquirir más esclavos y a cultivar parte de sus tierras como hacían los blancos. Pero nunca tuvo suficiente trabajo para ellos. Completamente desocupados, la mayoría llevaba una vida trasplantada en bloque de las selvas africanas, salvo en las ocasiones en que, para divertir a los invitados, Doom los hostigaba con los perros.

Cuando murió Doom, Issetibbeha, su hijo, tenía diecinueve años. Pasó a ser propietario de las tierras y del rebaño de negros quintuplicado, para los que no tenía empleo de ninguna clase. Aunque el título de Hombre le perteneciera, existía una jerarquía de primos y tíos carnales que gobernaban al clan y que finalmente se reunieron en cónclave, sentados en el suelo, para resolver la cuestión de los negros, acuclillados en actitud de profunda concentración bajo los rótulos dorados que remataban las puertas de los camarotes del vapor.

—No podemos comérmolos —dijo uno.

—¿Por qué no?

—Son demasiados.

—Eso es cierto —dijo un tercero—. Si empezásemos, tendríamos que comérmolos a todos. Y una dieta con tanta carne no es buena para el hombre.

—Puede que sean como la carne de ciervo. Eso no te puede hacer ningún mal.

—Podríamos matar a unos cuantos y no comérmolos —dijo Issetibbeha.

Lo miraron un rato.

—¿Y para qué? —dijo uno.

—Eso es cierto —dijo un segundo—. No podemos hacer eso. Son demasiado valiosos; recuerda todos los quebraderos de cabeza que nos han dado, al tener que encontrar cosas que encargarnos que hicieran. Hemos de hacer lo que hacen los blancos.

—¿Y eso cómo es? —dijo Issetibbeha.

—Criar más negros, desbrozar más tierras, cultivar más maíz para alimentarlos y luego venderlos. Desbrozaremos la tierra y plantaremos comida y criaremos más negros y los venderemos a los blancos por unos buenos dineros.

—¿Y con ese dinero qué haremos? —preguntó un tercero.

Se pararon a pensar un rato.

—Ya se verá —dijo el primero. Permanecían acucillados, concentrados, graves.

—Eso es trabajo —dijo el tercero.

—Que lo hagan los negros —dijo el primero.

—Jao. Que lo hagan. Sudar no es bueno. Con la humedad se abren los poros.

—Y entonces penetra en el cuerpo el aire de la noche.

—Jao. Que lo hagan los negros. Parece que sudar les gusta.

Así desbrozaron las tierras sirviéndose de los negros y sembraron el cereal. Hasta entonces, los esclavos vivieron en un corral enorme, con un cobertizo en una esquina, como una piara de cerdos. Pero entonces empezaron a levantar barracones, cabañas, y en cada cabaña pusieron a los negros jóvenes de dos en dos para que se apareasen; cinco años más tarde Issetibbeha vendió cuarenta cabezas a un tratante de Memphis, y con el dinero hizo un viaje a cargo del cual estuvo su tío materno, el de Nueva Orleans. Por entonces, el Chevalier Soeur Blonde de Vitry era un viejo que residía en París, que gastaba peluquín y corsé, desdentado, con un rostro meticulosamente fijo en una mueca sardónica y profundamente trágica. Tomó prestados trescientos dólares de Issetibbeha y a cambio lo introdujo en determinados círculos; un año después, Issetibbeha volvió a su tierra con una cama sobredorada, un par de girándulas a cuya luz se decía que la Pompadour se peinaba mientras Luis sonreía con suficiencia frente a su rostro en el espejo, mirándose por encima del hombro maquillado de la dama, y unos zapatos de suela y tacones rojos.^[41] Le quedaban pequeños, puesto que no había usado calzado ninguno hasta que llegó a Nueva Orleans de camino al extranjero.

Se llevó los zapatos envueltos en un papel de seda y los guardó en el bolsillo libre de unas alforjas llenas de viruta de madera de cedro, salvo cuando los sacaba, a veces, para que su hijo, Mokketubbe, jugase con ellos. A los tres años, Mokketubbe tenía una cara ancha y plana, mongoloide, que parecía existir en un absoluto e insondable letargo, hasta que se veía frente a los zapatos.

La madre de Mokketubbe era una linda muchacha a la que vio Issetibbeha un día faenando en su turno en un melonar. Se detuvo a contemplarla un rato: los muslos anchos, robustos, la espalda recia, la serenidad de su rostro. Aquel día iba camino del arroyo, a pescar, pero no llegó más allá; es posible que mientras estuvo mirando a la muchacha, que no fue consciente de ello, se acordara de su madre, de la mujer de la ciudad, la fugitiva con sus abanicos y sus prendas de encaje y la sangre negra, y de toda la chillona fealdad y el mal gusto de aquel triste episodio. En menos de un año nació Mokketubbe; ni siquiera con tres años era capaz de introducir los pies en los zapatos. Viéndole en aquellas tardes de quietud y calor tórrido empeñado en calzarse los zapatos con cierto repudio monstruoso de lo que hacía, Issetibbeha se reía en secreto. Se rió de Mokketubbe y de los zapatos durante unos cuantos años, porque Mokketubbe no renunció a ponérselos, o a intentarlo al menos, hasta que cumplió dieciséis años. Entonces sí se dio por vencido. O Issetibbeha pensó que había renunciado. Pero tan sólo dejó de intentarlo en presencia de Issetibbeha. La esposa más reciente de Issetibbeha le dijo que

Mokketubbe había hurtado los zapatos y que los había escondido. Issetibbeha dejó entonces de reírse y despidió a la mujer y se quedó solo.

—Jao —dijo—. A lo que se ve, también a mí me gusta estar vivo —mandó llamar a Mokketubbe—. Te los regalo —le dijo.

Mokketubbe tenía entonces veinticinco años y no se había casado. Issetibbeha no era muy alto, pero sacaba casi un palmo a su hijo, y pesaba cincuenta kilos menos. Mokketubbe tenía ya las carnes enfermas, la cara pálida, ancha, inerte, las manos y los pies hinchados.

—Ahora son tuyos —dijo Issetibbeha mirándole a la cara. Mokketubbe lo había observado una sola vez, al entrar, con una mirada breve, discreta, velada.

—Gracias —dijo.

Issetibbeha lo miró. Nunca sabía con certeza si Mokketubbe veía algo, si miraba algo.

—¿Por qué no había de ser todo igual si te regalo los zapatos?

—Gracias —dijo Mokketubbe. Issetibbeha por entonces usaba tabaco de mascar; un blanco le había enseñado a colocarse el tabaco en polvo en el labio y a frotarse los dientes con él, utilizando una ramita resinosa, o de alfea.^[42]

—Bueno —dijo—. No puede un hombre vivir por siempre —miró a su hijo y su propia mirada se tornó inexpresiva, como si no viera nada, y caviló unos momentos. Hubiera sido imposible saber qué estaba pensando, aparte de lo que dijo en voz alta—. Jao. Pero el tío de Doom no tuvo unos zapatos con suela roja —volvió a mirar a su hijo, grueso e inerte—. Por debajo de todo eso, un hombre puede pensar en hacer algo sin que se sepa hasta que sea ya tarde —estaba sentado en un sillón de lamas de madera reforzado con tiras de piel de ciervo—. Ni siquiera se los puede poner; él y yo estamos frustrados por culpa de la misma carne hinchada que se le ha puesto a él. Ni siquiera se los puede poner. Pero ¿eso es culpa mía?

Aún vivió cinco años más, y al cabo murió. Enfermó una noche, y aunque llegó el curandero con su chaleco de pellejo de mofeta, y quemó maderas olorosas, murió antes de mediodía.

Eso había sido el día anterior. La tumba estaba abierta, y a lo largo de doce

horas había ido llegando su Tribu en carretas y carruajes y a caballo y a pie, a comerse el perro asado y el *succotash* y los boniatos asados en las cenizas y a asistir al entierro.

III

—Van a ser al final tres días —dijo Cesto de regreso con el otro indio a la casa—. Van a ser tres días y no habrá comida suficiente. Esto ya lo he visto antes.

El otro indio se llamaba Louis Berry.

—Y con este tiempo además olerá que no veas.

—Jao. No son más que una molestia y un quebradero de cabeza.

—A lo mejor no serán tres días.

—Corriendo llegan lejos. Jao. Este Hombre va a oler antes de entrar en tierra. Tú mira y verás si no tengo razón.

Se acercaron a la casa.

—Ahora ya se puede calzar los zapatos —dijo Berry—. Los puede lucir a la vista de los hombres.

—Todavía no puede. Al menos por un tiempo —dijo Cesto. Berry lo miró—. Va a capitanear la cacería.

—¿Mokketubbe? —dijo Berry—. ¿A ti te lo parece? ¿Siendo un hombre al que hasta hablar le cuesta tanto esfuerzo?

—¿Y qué otra cosa puede hacer? Es su propio padre el que pronto empezará a oler.

—Eso es cierto —dijo Berry—. Todavía tiene que pagar un precio por lucir los zapatos. Jao. En verdad los ha comprado. ¿Tú qué opinas?

—¿Tú qué opinas?

—¿Tú qué opinas?

—Yo no opino. Yo no pienso.

—Ni yo. Issetibbeha ya no tendrá necesidad de los zapatos. Que se los quede Mokketubbe; a Issetibbeha no le importará.

—Jao. El Hombre ha de morir.

—Jao. Que muera. Sigue estando el Hombre.

El tejado de corteza que cubría el porche se apoyaba en troncos de ciprés pelados, muy por encima de lo que fuera en su día el puente del barco de vapor, y daba sombra a un trecho de tierra apisonada, sin pavimentar, donde se amarraba a las mulas y a los caballos cuando hacía mal tiempo. En el extremo delantero de la cubierta del vapor estaban sentados un hombre viejo y dos mujeres. Una de las mujeres sazónaba un ave de corral y la otra desgranaba mazorcas de maíz. El viejo charlaba. Estaba descalzo, vestía una larga camisa de algodón y se adornaba con un gorro de piel de castor.

—Este mundo está echado a los perros —dijo—. A la ruina lo llevan los blancos. Durante años y más años nos apañamos muy bien, hasta que los blancos nos endilgaron a sus negros. En los viejos tiempos, los viejos se sentaban a la sombra y comían estofado de ciervo con maíz y fumaban tabaco y hablaban del honor y de asuntos serios. ¿Y ahora qué es lo que hacemos? Hasta los viejos se agotan y dan con los huesos en la tumba a fuerza de mirar por esos a los que tanto les gusta sudar —cuando Cesto y Berry cruzaron el puente, calló y los miró de hito en hito. Tenía los ojos quejosos, llorosos; su rostro era una miriada de arrugas diminutas—. Ése también ha escapado —dijo.

—Sí —dijo Berry—, se ha largado.

—Ya lo sabía yo. Yo ya se lo dije. Costará tres semanas dar con él, como cuando murió Doom. Esperad y veréis.

—Fueron tres días, no tres semanas —dijo Berry.

—¿Tú estuviste allí?

—No —dijo Berry—, pero eso tengo entendido.

—Pues yo sí que estuve —dijo el viejo—. Tres semanas enteras pasamos por ciénagas y espesuras... —siguieron su camino y lo dejaron con la palabra en la boca.

Lo que en su día fue el salón del barco de vapor era ahora un cascarón que se pudría lentamente. La caoba pulida, las molduras que destellaban un momento y se apagaban bajo el moho en figuras cabalísticas, profundas; las ventanas despanzurradas, como unos ojos aquejados de cataratas. Allí se almacenaban unos cuantos sacos de semilla o cereal, y la parte delantera del enganche de un landó, junto a cuyo eje se oxidaban dos ballestas de gráciles curvas, en forma de C, sin soportar el peso de nada. En un rincón, la cría de un zorro correteaba de continuo en una jaula de madera de sauce; tres nervudos gallos de pelea avanzaban sobre la polvareda, y el suelo estaba picado como la viruela por sus deposiciones resacas.

Pasaron por el hueco abierto en la pared de ladrillo y entraron en una amplia sala, forrada con troncos agrietados. En ella se encontraba la parte posterior del landó y el cuerpo desmantelado, de costado, la ventanilla recubierta por ramas finas de sauce, entre las cuales asomaban las cabezas, los ojos inmóviles y sin brillo, ofendidos, las crestas raídas de más aves de corral. El suelo era de arcilla apisonada; en un rincón descansaba un tosco arado y dos remos de canoa, tallados a mano. Del techo, suspendida por cuatro correas de pellejo de ciervo, colgaba la cama barnizada de oro que Issetibbeha se trajo de París. No tenía ni colchón ni muelles de somier, el bastidor tan sólo atravesado por un soporte de correas bien trenzadas.

Issetibbeha quiso que su mujer más reciente, la joven, durmiera en esa cama. Él padecía problemas respiratorios congénitos, y pasaba la noche a medias reclinado en la butaca de lamas. La acompañaba a la cama y, después, desvelado, pues apenas dormía más de tres o cuatro horas por noche, sentado a oscuras simulaba que dormía y escuchaba cómo se escabullía ella palmo a palmo de la cama dorada y adornada con cintas, hasta tenderse en un jergón de plumas, en el suelo, hasta poco antes que amaneciera. Entonces volvía sigilosa a la cama y simulaba a su vez que dormía, mientras a oscuras, junto a ella, Issetibbeha reía por lo bajo desternillándose.

Los candelabros estaban sujetos por unas correas a dos palos apoyados en un rincón, en donde también se encontraba un barrilete de whiskey con diez galones de capacidad. Había un lar de paredes de barro; frente a él, en la butaca de lamas, estaba sentado Mokketubbe. Tal vez pasaba unos centímetros del metro y medio de estatura, y pesaba algunos kilos por encima de cien. Vestía una chaqueta de paño

sin camisa; redondo, liso y cobrizo, el globo de la panza abultada se le hinchaba por encima de un calzón de lino. En los pies llevaba los zapatos de suela y tacones rojos. Detrás de la butaca, un jovenzuelo en puertas de ser adulto de pleno derecho accionaba un abanico como un *punkah*, hecho de tiras de papel. Mokketubbe estaba inmóvil, con el rostro ensanchado y amarillento, los ojos cerrados, la nariz aplastada, los brazos como aletas extendidas. En su semblante, una expresión profunda, trágica, inerte. No abrió los ojos cuando entraron Cesto y Berry.

—¿Los ha tenido puestos desde el amanecer? —preguntó Cesto.

—Desde el amanecer —dijo el jovenzuelo. El abanico no cesó de moverse—. Ya se le ve.

—Jao —dijo Cesto—. Ya se le ve.

Mokketubbe no se movió. Parecía una efigie, un dios malayo con su chaqueta, su calzón, a pecho descubierto, con los banales zapatos de suelas y tacones rojos.

—Yo que tú no le molestaría —dijo el jovenzuelo.

—Ni yo que tú —dijo Cesto. Tanto Berry como él se acuclillaron. El jovenzuelo dio nuevos bríos al abanico—. Oh, Hombre —dijo Cesto—, escúchanos —Mokketubbe no movió un músculo—. Se ha marchado —dijo Cesto.

—Yo ya te lo dije —dijo el jovenzuelo—. Ya sabía yo que iba a huir. Ya te lo dije.

—Jao —dijo Cesto—. No eres el primero que nos viene a decir después lo que tendríamos que haber sabido antes. ¿Por qué será que algunos de vosotros los sabios no disteis ayer los pasos precisos para impedir que esto sucediera?

—Es que no quiere morir —dijo Berry.

—¿Y por qué no iba a querer morir? —dijo Cesto.

—Que algún día tenga que morir no es razón —dijo el jovenzuelo—. Eso a mí tampoco me convencería, viejo.

—Tú cállate la boca —dijo Berry.

—Durante veinte años —dijo Cesto—, mientras los otros de su raza sudaban

en los campos, éste estuvo al servicio del Hombre, fresquito, a la sombra. ¿Por qué no iba a querer morir, si tampoco quiso sudar?

—Y además, será sólo un momento —dijo Berry—. No se tarda nada.

—Entonces, dad con él, cazadlo y decídselo —dijo el jovenzuelo.

—Calla —dijo Berry. Permanecieron en cuclillas, atentos al rostro de Mokketubbe. Bien pudiera estar muerto. Era como si estuviera tan enfundado en las carnes prietas que hasta su respiración trajinase en lo más profundo de su ser, tanto que no se le notaba.

—Escúchanos, oh, Hombre —dijo Cesto—. Issetibbeha ha muerto. Nos espera. Su perro y su caballo ya los tenemos, pero su esclavo se ha fugado. El que se ocupaba de su orinal, el que comía la comida de su mano. Se ha fugado. E Issetibbeha espera.

—Jao —dijo Berry.

—No es la primera vez —dijo Cesto—. Esto mismo ya sucedió cuando Doom, tu abuelo, yacía a la espera en puertas de tierra. Tres días estuvo a la espera, diciendo... «¿Dónde está mi negro?». E Issetibbeha, tu padre, le contestó: «Yo iré en su busca, yo lo encontraré. Descansa, yo te lo traeré para que puedas dar comienzo al viaje».

—Jao —dijo Berry.

Mokketubbe no se había movido, no había abierto los ojos.

—Tres días pasó Issetibbeha de cacería por los tremedales y los arroyos de la llanura —dijo Cesto—. Ni siquiera volvió a por comida hasta no haber apresado al negro. Y entonces dijo a Doom, a su padre: «He aquí tu perro, he aquí tu caballo, he aquí tu negro; descansa». Issetibbeha, que desde ayer está muerto, así lo dijo. Y ahora es el negro de Issetibbeha el que se ha fugado. Su caballo y su perro esperan con él, pero su negro se ha fugado.

—Jao —dijo Berry.

Mokketubbe no se había movido. Tenía los ojos cerrados. Sobre su forma monstruosa y supina pesaba una inercia colosal, una profunda inmovilidad, ajena a la carne e impermeable a la carne. Le miraban a la cara acucillados los dos.

—Cuando tu padre fue recién tenido por el Hombre sucedió todo esto —dijo Cesto—. Y fue Issetibbeha quien trajo aquí al esclavo, quien lo trajo a donde esperaba su padre para entrar en tierra —el rostro de Mokketubbe no se había movido, no se le habían movido los ojos. Al cabo de un rato Cesto añadió—: Quítale los zapatos.

El jovenzuelo fue a descalzarlo. Mokketubbe comenzó a jadear, alterado de pronto su pecho desnudo, como si surgiera desde más allá de su carne insondable y así regresara a la vida, como si ascendiera desde el agua, desde el fondo del mar. Pero todavía no había abierto los ojos.

—Él capitaneará la cacería —dijo Berry.

—Jao —dijo Cesto—. Es el Hombre. Capitaneará la cacería.

IV

El negro, el esclavo personal de Issetibbeha, pasó todo el día escondido en el granero, desde donde observó morir a Issetibbeha. Tenía cuarenta años y era de Guinea. Tenía la nariz aplanada, la cabeza pequeña, enjuta; en el rabillo interior del ojo asomaba una rojez perpetua, y sus encías abultadas eran de un rojo azulado, claro, encima de los dientes cuadrados, anchos. Se lo llevó de Camerún un negrero cuando tenía catorce años, antes de que se le limasen ceremonialmente los dientes para indicar su entrada en la adolescencia. Había sido esclavo personal de Issetibbeha durante veintitrés años.

El día anterior, el día en que Issetibbeha se encontró enfermo, con la caída de la tarde regresó a donde vivían los negros. A esa hora apacible y sin prisa, el humo de las cocinas se esparcía despacio por la senda, de puerta en puerta, llevando a la de enfrente el olor de la carne y del pan idénticos. Las mujeres lo atendieron; los hombres se congregaron a la entrada de la senda, viéndole bajar la cuesta desde la casa, pisando con cuidado, descalzo, un crepúsculo extraño. A los que esperaban las esferas de sus ojos les parecieron un tanto luminosas.

—Issetibbeha no ha muerto aún —dijo el jefe.

—Muerto aún no —dijo el esclavo personal—. ¿Quién no ha muerto?

En el crepúsculo tenían todos un rostro como el suyo, las distintas edades, los pensamientos sellados, inescrutables, tras unos rostros como las máscaras mortuorias de los simios. El olor de los fuegos, de las cocinas, se esparcía acre y lento en el crepúsculo extraño, como si llegara de otro mundo, por encima de la senda y de los chiquillos desnudos en el polvo.

—Si vive pasada la puesta del sol, vivirá hasta el alba —dijo uno.

—¿Quién lo dice?

—Es lo que se dice.

—Jao. Es lo que se suele decir. No sabemos más que una cosa —miraban todos al esclavo personal que estaba entre ellos, con las esferas de los ojos un tanto luminosas. Respiraba despacio, hondo. Iba a pecho descubierto; sudaba un poco—. Él lo sabe. Lo sabe.

—Dejemos que hablen los tambores.

—Eso. Que lo digan los tambores.

Los tambores comenzaron a sonar después del anochecer. Los tenían escondidos al pie del barranco. Estaban hechos con tocones de ciprés ahuecados; los negros los guardaban escondidos sin que nadie supiera por qué. Los enterraban en el fango, a la orilla de un cenagal; un zagal de catorce años se encargaba de guardarlos. Era muy menudo de cuerpo, y era mudo; se pasaba el día entero acucillado en el fango, envuelto por una nube de mosquitos, desnudo, salvo por el barro con que se recubría para protegerse de los mosquitos, y al cuello llevaba colgado un saquito hecho de fibra vegetal en el que guardaba una costilla de cerdo, con hilachas de carne renegrida adheridas aún al hueso, y dos pedazos de corteza en escamas, sujetas por un alambre. Balbuceaba abrazado a las rodillas, babeando; de vez en cuando los indios asomaban sigilosos entre la maleza y lo contemplaban durante un rato y se largaban sin que él llegara a enterarse.

Desde lo alto del granero donde estuvo escondido hasta que anocheció y aún después, el negro oyó los tambores. Estaban a tres millas de allí, pero le llegaban como si estuvieran en el granero, debajo de donde estaba, con un golpeteo sordo e incesante. Era como si también alcanzase a ver el fuego, y las extremidades de los negros que se retorcían dentro y fuera de las llamas en destellos cobrizos. Sólo que no había un fuego encendido. Allí no habría más luz que en donde estaba tumbado, en el polvoriento desván del granero, con el cuchicheo en arpegios de las ratas al

arañar las cálidas, inmemoriales vigas escuadradas a hachazos. El único fuego que había era el del tizne para protegerse de los mosquitos, donde se acucillaban las mujeres con los niños de pecho, los senos flojos y vencidos por el peso, llenos hasta rebosar por los pezones, suaves en las bocas de los niños varones; contemplativas, ajenas a los tambores, puesto que un fuego hubiera significado vida.

Había un fuego en el barco de vapor, en donde yacía Issetibbeha moribundo entre sus mujeres, bajo los candelabros sujetos por correas, bajo la cama suspendida en alto. Veía el humo, y justo antes de que se pusiera el sol vio salir al curandero, con un chaleco de pellejo de mofeta, y le vio prender fuego a dos palos rebozados de arcilla, en el puente del barco.

—Así que todavía no ha muerto —dijo el negro en la oscuridad susurrante del desván, respondiendo a su pregunta. Oyó bien las dos voces, la suya y la suya.

—¿Quién no ha muerto?

—Tú has muerto.

—Jao, estoy muerto —dijo con voz queda. Quiso estar en ese momento en donde estaban los tambores. Se imaginó que saltaba entre los matorrales, que saltaba entre los tambores, que agitaba sus extremidades desnudas, magras, grasientas, invisibles. Pero eso no podría hacerlo, porque el hombre de un salto caía al otro lado de la vida, del lado de la muerte; se precipitó hacia la muerte y no murió, pues cuando la muerte se llevaba a un hombre se lo llevaba justo a este lado de la vida misma. Había de ser cuando la muerte lo atropellase por detrás, aún en vida. El susurro de las ratas se apagaba a rachas entre las vigas. Una vez había comido rata. No era más que un chiquillo, acababa de llegar a América. Vivieron noventa días en una bodega de poco más de un metro de altura, en latitudes tropicales, oyendo encima de donde estaba al borracho capitán de Nueva Inglaterra entonar las salmodias de un libro que hasta pasados diez años no reconoció él que era la Biblia. Acucillado en la bodega, observó a la rata, civilizada, privada por su asociación con el hombre de su astucia inherente, de extremidades y de vista; la atrapó sin dificultad, con un simple movimiento de la mano, y se la comió despacio, preguntándose a la vez cómo habían sobrevivido las ratas durante tanto tiempo. En aquel entonces aún llevaba la única prenda, blanca, que le dio el negrero, diácono de la iglesia Unitaria, y hablaba nada más que su lengua nativa.

Ahora estaba desnudo, con la excepción de unos pantalones de lona que los indios habían comprado a los blancos y un amuleto colgado de una correa que

llevaba anudada a la cintura. El amuleto consistía en la mitad de unos impertinentes de madreperla que Issetibbeha se había traído de París y el cráneo de una serpiente, una mocasín de agua. Él mismo mató aquella serpiente y se la comió, salvo la cabeza, por ser venenosa. Permanecía tumbado en el desván, observando la casa, el barco de vapor, escuchando los tambores, pensando que se encontraba entre los tambores.

Allí pasó la noche entera. A la mañana siguiente vio salir al curandero con su chaleco de pellejo de mofeta; lo vio montar en su mulo y marchar, y se quedó inmóvil, atento a la polvareda que levantaba el mulo hasta verlo posarse en la senda, y descubrió entonces que aún respiraba, y le pareció extraño seguir respirando el aire, seguir necesitado del aire que respiraba. Tendido, observó con sigilo, a la espera del momento de moverse, las esferas de los ojos un tanto luminosas, pero con una luz serena, y la respiración ligera, regular, y vio a Louis Berry salir y mirar el cielo. Había buena luz, y cinco indios ya se habían acuclillado muy endomingados en el puente del barco de vapor; a mediodía eran veinticinco. Por la tarde excavaron la trinchera en la que iban a asar la carne y los boniatos, para entonces ya eran casi cien los invitados —decorosos, sosegados, pacientes, todos con sus mejores galas, a la europea—, y vio a Berry llevarse la yegua de Issetibbeha del establo y atarla a un árbol, y luego vio a Berry salir de la casa con el viejo lebrel que se acostaba junto al sillón de Issetibbeha. También amarró al lebrel al árbol y el animal se acomodó sobre los cuartos traseros, contemplando con seriedad los rostros de los presentes. Al cabo se puso a aullar. Aullaba aún con la puesta del sol, cuando el negro se descolgó por la pared posterior del granero y se introdujo entre la maleza por el arroyo, donde ya era oscuro. Allí echó a correr hacia la llanura aluvial. Oyó los aullidos del lebrel a su espalda, y cerca del manantial se cruzó con otro negro. Los dos, uno inmóvil y otro a la carrera, se miraron un solo instante como si salvaran así una frontera entre dos mundos distintos. Corriendo, se internó en la oscuridad absoluta con la boca cerrada, los puños apretados, respirando furioso y resoplando por la nariz.

Siguió corriendo al amparo de la oscuridad. Conocía bien el terreno, porque muchas veces salió a cazar con Issetibbeha, siguiendo en su mulo el rastro del zorro o del gato montés junto a la yegua de Issetibbeha; lo conocía al dedillo, tan bien como los hombres que lo habían de perseguir. Los vio por primera vez poco después de ponerse el sol al segundo día. Para entonces había recorrido treinta millas a la carrera, por el lecho del arroyo, antes de volver sobre sus pasos; agachado entre unos arbustos de papaya vio a sus perseguidores por vez primera. Eran dos, en camisa y sombrero de paja; llevaban bajo el brazo los pantalones bien doblados y no portaban armas. Eran de mediana edad, panzudos; no podrían haber

ido muy deprisa a ninguna parte; pasarían doce horas antes de que pudieran volver a donde estaba tumbado, observándolos. «Así que tengo hasta medianoche para descansar —se dijo. Estaba ya cerca de la plantación, le llegaba el olor del fuego de las cocinas, pensó que debería tener hambre, puesto que no había probado bocado en treinta horas—. Pero descansar es más importante». Siguió diciéndose, tendido entre los arbustos de papaya, que debido al esfuerzo que le costó serenarse y descansar, a la necesidad y a la prisa por descansar, el corazón le latía tan desbocado como cuando iba a la carrera. Era como si se le hubiese olvidado cómo descansar, como si las seis horas no fueran suficientes para ello, para acordarse de cómo había que hacer para descansar.

Tan pronto oscureció se puso en marcha. Había pensado en avanzar sin descanso y con sigilo a lo largo de la noche, puesto que no tenía adónde ir, pero tan pronto se puso en marcha echó a correr a toda velocidad, jadeando, resoplando por la nariz en medio de la oscuridad asfixiante que le azotaba. Estuvo corriendo durante una hora, perdido para entonces, sin rumbo, cuando se detuvo de pronto y al cabo de un rato el latir desbocado de su corazón se desenmarañó del batir de los tambores. Si no le engañaba el oído, estaban a menos de dos millas; siguió el sonido hasta percibir el olor del fuego prendido para tiznarse y el sabor acre del humo. Cuando se plantó entre todos ellos no cesaron los tambores, sólo el jefe se acercó a él, en medio del humo del tizne, jadeante, con las fosas nasales muy abiertas, agitadas, el brillo apagado e incesante de las esferas de los ojos en medio de la cara enfangada, como si las movieran los pulmones.

—Te esperábamos —dijo el jefe—. Ahora, vete.

—¿Que me vaya?

—Come y vete. No deben los muertos confraternizar con los vivos. Eso lo sabes bien.

—Jao. Bien lo sé —no se miraron uno al otro. Los tambores no habían callado.

—¿Quieres comer? —dijo el jefe.

—No tengo hambre. Esta tarde cacé un conejo. Me lo comí estando escondido.

—Pues entonces llévate algo de carne asada.

Aceptó la carne asada, la envolvió en unas hojas y se internó otra vez por el

fondo del arroyo. Al cabo dejó de oír los tambores. Caminó sin descanso hasta el amanecer. «Me quedan doce horas —se dijo—. Tal vez más, porque siguieron la pista de noche». Se acuclilló y comió la carne y se limpió las manos en los muslos. Se puso en pie, se quitó los pantalones de lona y se acuclilló otra vez junto a una ciénaga para embadurnarse de fango la cara, los brazos, el cuerpo, las piernas, y se abrazó a las rodillas con la cabeza gacha. Cuando hubo luz suficiente, volvió a la ciénaga y se acuclilló y se durmió en esa postura. No tuvo sueños. Bien hizo en moverse, pues al despertar de pronto a plena luz del sol, un sol ya muy alto, vio a los dos indios. Llevaban aún los pantalones bien doblados bajo el brazo; se hallan frente al lugar en que estaba escondido, panzudos los dos, gruesos, reblandecidos, algo ridículos con sus sombreros de paja y con los faldones de las camisas colgando.

—Éste es un trabajo agotador —dijo uno.

—Qué más quisiera yo que estar en casa y a la sombra —dijo el otro—. Pero es que el Hombre espera en puertas de la tierra.

—Jao —miraron tan tranquilos en derredor; uno de ellos se agachó y se quitó del faldón de la camisa un amasijo de cardillos—. Maldito sea ese negro —dijo.

—Jao. ¿Cuándo han sido para nosotros algo distinto de un tormento, un quebradero de cabeza?

A primera hora de la tarde, desde la copa de un árbol, el negro escrutó la plantación. Atinó a ver el cuerpo de Issetibbeha tendido en una hamaca, entre dos árboles, a uno de los cuales estaban atados el caballo y el perro, y vio también la explanada en derredor del vapor, llena de carretas, de caballos y mulos, de carricoches y caballos ensillados, mientras en grupos de vivos colores las mujeres y los niños pequeños y los viejos permanecían acuclillados no lejos de la trinchera alargada de la que se desprendía despacio y espeso el humo de la carne a la brasa. Los hombres y los chicos de más edad habían bajado al arroyo, tras él, siguiendo su rastro, sus ropas endomingadas y dobladas con todo cuidado, colocadas en las horquillas de los árboles. Se habían agrupado unos cuantos hombres cerca de la puerta de la casa, a la entrada de lo que fuera el salón del barco, y los estuvo mirando y al rato los vio sacar a Mokketubbe en unas parihuelas hechas de cuero, de ante, entretejido en unas ramas de caqui. Escondido en las alturas, protegido por el follaje, el negro, la presa, contempló con sosiego su condena irrevocable con una expresión tan insondable e impávida como la del propio Mokketubbe. «Pues sí —se dijo en voz queda—. Ahora marchará. Ese hombre cuyo cuerpo lleva quince años muerto también marchará».

Mediada la tarde se encontró cara a cara con un indio. Estaban los dos en un tronco derribado que hacía las veces de puente para atravesar un cenagal: el negro, macilento, flaco, incansable y desesperado; el indio, entrado en carnes, reblandecido, aparente encarnación de una reticencia definitiva y una inercia suprema. El indio no se movió, no emitió un sonido; permaneció en el tronco y vio al negro lanzarse a la ciénaga y ganar a nado la orilla y desaparecer veloz en la maleza.

Poco antes de ponerse el sol se tendió tras un tronco caído. Por el tronco, en lenta procesión, discurría una hilera de hormigas. Las atrapó y se las comió despacio, con un curioso distanciamiento, como el de un invitado a una cena que come como si tal cosa los frutos secos y salados que le han servido en un platillo. Tenían también un sabor salado que engendró una reacción salivar desproporcionada. Las comió despacio, observando la hilera impertérrita que avanzaba por la corteza del tronco y se dirigía a su extinción, a su condena, con carácter resuelto, inflexible, aterrador. No había comido nada más en todo el día; en la máscara de barro resquebrajado sus ojos se movían con los bordes enrojecidos. Al ponerse el sol, cuando reptaba por la orilla del arroyo, hacia un punto en el que había visto una rana, una serpiente mocasín de agua, de las que tienen el interior de la boca como el algodón, de pronto le tiró un bocado en el antebrazo, una dentellada gruesa, lenta. Le alcanzó al sesgo, dejándole en el antebrazo dos largos cortes, como de cuchilla de afeitar, y a medias derribada por su colérico ímpetu pareció por un momento del todo desvalida, torpe, cegada por la ira. «Olé,^[43] abuelo —dijo el negro. Tocó la cabeza del reptil y lo vio saltar de nuevo sobre su brazo, y aún otra vez, tirando dentelladas torpes, ciegas—. Es que no quiero morir —dijo. Y lo repitió—: Es que no quiero morir...» en un tono más quedo, con lento aturdimiento, asombrado, grave, como si fuese algo que, mientras no lo dijeran las palabras, descubrió que no sabía, o que no había sabido al menos en la hondura, en la extensión de su deseo.

V

Mokketubbe se llevó los zapatos. No podría llevarlos calzados durante mucho tiempo cuanto estuviera en marcha, ni siquiera en las parihuelas en las que se desplazaba reclinado, de modo que iban colocados sobre un rectángulo de piel de ciervo, en su regazo, los zapatos resquebrajados, algo deformes, las superficies

de piel acharolada y las lengüetas sin hebilla, bastante descamadas, depositados sobre la silueta supina y obesa, viva por muy poco, que era transportada por ciénagas y matorrales gracias a porteadores que se daban relevos, y que durante el día entero soportaron a pie firme el delito y su objeto, el encargo de la aniquilación. Para Mokketubbe tuvo que ser como si, siendo inmortal él mismo, fuese transportado a buena velocidad a través del infierno por obra de espíritus condenados que, vivos aún, contemplaron su desastre, y ya muertos fuesen comparsas ajenas de su propia condenación.

Tras descansar un rato, las parihuelas apoyadas en el centro de los que estaban acuclillados, Mokketubbe inmóvil en ellas, con los ojos cerrados y el semblante a la vez apacible de momento y rebosante de ineluctables presagios, daba la sensación de que pudiera calzarse un rato los zapatos. El jovenzuelo se los puso, forzando sus pies grandes, reblandecidos, hidrónicos, hasta que los embutió en el calzado de charol ajado, a raíz de lo cual su rostro volvió a adquirir esa expresión trágica, pasiva, profundamente atenta, que se les suele poner a los dispépticos. Reanudaron la marcha. No se movía, no emitía ningún sonido, inerte en las rítmicas parihuelas por alguna reserva de inercia o acaso por alguna virtud de monarca, ya fuera valentía o fortaleza de ánimo. Al cabo de un rato dejaron las parihuelas en tierra y lo miraron, el semblante amarillento como el de un ídolo, cubierto de gotas de sudor.

—Quitádselos —debió de decir entonces Tres Cesto o Tuvo Dos Padres—. El honor va bien servido.

Y le descalzaron. No se alteró el rostro de Mokketubbe, aunque sólo entonces empezó a ser perceptible su respiración, el aire que entraba y salía entre sus labios pálidos con un tenue sonido, ah, ah, ah. Volvieron a acuclillarse, a esperar que los mensajeros aparecieran a la carrera.

—¿Aún nada?

—Aún nada. Ha puesto rumbo al este. Con la caída del sol llegará a la desembocadura del río Tippah. Y allí tendrá que volver. Mañana podremos atraparlo.

—Esperemos que así sea. Ya va siendo hora.

—Jao. Llevamos ya tres días.

—Cuando murió Doom sólo se tardó tres días.

—Pero aquél era un hombre viejo. Éste es joven.

—Jao. Y corre que da gusto. Si lo atrapamos mañana, me gano un caballo.

—Ojalá que lo ganes.

—Jao. Éste no es un trabajo agradable de hacer.

Ése fue el día en que se acabaron los alimentos en la plantación. Los invitados se volvieron a sus casas y regresaron al día siguiente con más alimentos, comida suficiente para una semana entera. Ese día, Issetibbeha empezó a oler; llegaba el olor desde muy lejos, invadía el lecho del arroyo por todas partes cuando apretó el calor a mediodía y se levantó el viento. Pero ese día no capturaron al negro, y tampoco al siguiente. Atardecía el sexto día cuando los mensajeros llegaron al claro en que se encontraba Mokketubbe en las parihuelas. Habían encontrado un rastro de sangre.

—Ha sufrido una herida.

—Espero que no sea mucho —dijo Cesto—. No podemos mandar con Issetibbeha a uno que no le preste servicio.

—Y menos a uno al que el propio Issetibbeha tendrá que cuidar y atender —dijo Berry.

—No lo sabemos —dijo el mensajero—. Se ha escondido. Ha vuelto a rastras a la ciénaga. Hemos dejado piquetes.

Echaron a trotar con las parihuelas auestas. El lugar por el que el negro se introdujo en la ciénaga se hallaba a una hora de camino. Con las prisas y la emoción olvidaron que Mokketubbe aún llevaba puestos los zapatos. Cuando llegaron, Mokketubbe había perdido el conocimiento. Le descalzaron y le reanimaron.

Con la noche formaron un círculo en torno a la ciénaga. Se acuclillaron, envueltos por nubes de jejenes y mosquitos. El lucero de la tarde brillaba bajo, cercano, por el oeste; las constelaciones comenzaron a girar en las alturas.

—Le daremos tiempo —dijeron—. Mañana no es más que otro nombre para decir hoy.

—Jao. Que se tome su tiempo —callaron entonces y escutaron todos a una la

negrura que envolvía la ciénaga. Al cabo cesaron todos los ruidos y pronto volvió el mensajero desde lo más oscuro.

—Intentó escapar.

—Pero le habéis obligado a volver.

—Volvió él solo. Por un momento nos temimos lo peor, los tres. Nos llegó su olor al reptar a oscuras, y también captamos otro olor distinto, no supimos de qué. Por eso nos temimos lo peor, hasta que él nos lo dijo. Dijo que lo aniquilásemos allí mismo, puesto que a oscuras no tendría que verle la cara cuando llegara. Pero no fue ése el olor que captamos; nos dijo él qué era. Le ha mordido una serpiente. Hace ya dos días. El brazo todo hinchado. Y apestaba. Pero no fue ése el olor que captamos, porque la hinchazón había bajado y el brazo no lo tenía mayor que el de un niño. Nos lo mostró. Le palpamos el brazo, los tres; no era mayor que el de un niño. Dijo que le diéramos un hacha para tronzarse el brazo. Pero mañana también es hoy.

—Jao. Mañana es hoy.

—Nos temimos lo peor durante un rato. Luego volvió él solo a la ciénaga.

—Eso es bueno.

—Jao. Nos temimos lo peor. ¿Se lo digo al Hombre?

—Yo me encargo —dijo Cesto. Se alejó. El mensajero se acuclilló y volvió a contar lo del negro. Regresó Cesto—. El Hombre dice que eso es bueno. Regresa a tu puesto.

El mensajero se alejó sigiloso. Estaban acuclillados en torno a las parihuelas; de vez en cuando dormían un rato. Pasada la medianoche los despertó el negro. Se puso a gritar, a hablar a solas, con una voz seca, súbita, sonora en la oscuridad, hasta que calló. Asomó el alba; una grulla blanca pasó aleteando despacio por el cielo de color junquillo. Cesto estaba despierto.

—Vamos —dijo—. Es hoy.

Dos indios se internaron en la ciénaga con mucho movimiento y mucho ruido. Antes de alcanzar al negro se detuvieron, porque éste se había puesto a cantar. Lo vieron desnudo, rebozado de fango, sentado en un tronco, cantando. Se

acucillaron en silencio, a escasa distancia, hasta que terminó. Cantaba algo en su propia lengua, el rostro vuelto al sol naciente. Cantaba con voz clara, potente, con un tono salvaje y triste a la vez.

—Que se tome su tiempo —dijeron los indios acucillándose con paciencia, a la espera. Calló y se aproximaron. Él los miró alzando la cabeza, por las ranuras de la máscara resquebrajada. Tenía los ojos inyectados en sangre, los labios agrietados sobre los dientes cuadrados, cortos. La máscara de barro parecía que se le hubiera desprendido de la cara, como si hubiese perdido peso desde que se la puso. Sujetaba el brazo izquierdo pegado al pecho. Del codo para abajo no tenía forma visible, por hallarse recubierto de un barro negro. Percibieron su olor, un olor hediondo. Él los miró en silencio, hasta que uno le tocó en el brazo.

—Vamos —le dijo—. Has corrido muy bien. No pases vergüenza.

VI

Estaban ya cerca de la plantación en la mañana luminosa y mancillada cuando al negro los ojos empezaron a ponerse en blanco un poco, como los de un caballo. El humo que salía de la trinchera donde se asaban los alimentos se esparcía bajo, pegado a tierra, sobre los invitados acucillados, a la espera, dispersos por la explanada y por el puente del vapor, ataviados con sus mejores galas, resplandecientes, rígidos: las mujeres, los niños, los viejos. Habían enviado emisarios por el arroyo y la llanura aluvial, y otro se adelantó, y el cuerpo de Issetibbeha ya se había trasladado al lugar en que aguardaba la tumba, junto con el caballo y el perro, aunque olía a muerto en la casa en la que pasó la vida. Los invitados empezaban a acercarse a la tumba cuando los que portaban a Mokketubbe en parihuelas iniciaron el ascenso de la última cuesta.

El negro era el más alto de los presentes; su cabeza alta, enjuta, recubierta de barro, sobresalía entre todas las demás. Respiraba con dificultad, como si el desesperado esfuerzo de los seis días a la desesperada, en suspenso, se acabara de catapultar de golpe sobre él. Aunque caminaban despacio, el pecho desnudo y lleno de magulladuras subía y bajaba por encima del brazo izquierdo, que llevaba sujeto. Miraba continuamente a un lado y a otro, miraba como si no viera, como si la vista no llegara a alcanzarle en lo que miraba. Iba con la boca entreabierta, los dientes

blancos y grandes al aire; comenzó a jadear. Los invitados que ya iban desfilando se detuvieron, callaron, miraron atrás, algunos con un trozo de carne en las manos, a la vez que el negro los miraba a la cara con los ojos desorbitados, refrenados, impávidos.

—¿Quieres comer antes? —dijo Cesto. Tuvo que decirlo dos veces.

—Sí —dijo el negro—. Eso es. Quiero comer.

El gentío se fue apiñando en el centro; pasaron la noticia a los más alejados.

—Dice que antes quiere comer.

Llegaron al barco de vapor.

—Siéntate —dijo Cesto.

El negro se sentó al borde de la cubierta. Seguía jadeando, con el pecho subiéndolo y bajándolo sin descanso, la cabeza impávida, las esferas de los ojos muy blancas, volviéndola a un lado y a otro. Era como si la imposibilidad de ver llegase del interior, de la desesperanza, no de la ausencia de visión. Le llevaron comida y lo miraron en silencio mientras intentaba comer. Se metía la comida en la boca y masticaba, pero a la vez que masticaba la materia a medio deglutir se le salía por las comisuras de los labios y le caía como si babeara por el mentón, por el pecho, y al poco dejó de masticar y permaneció como estaba, desnudo, rebozado de barro, la fuente en las rodillas, la boca llena de una masa de alimento a medio masticar, abierta, los ojos como platos, impávidos, jadeando, jadeando todo el tiempo. Lo miraron con paciencia, implacables, a la espera.

—Ven —dijo Cesto al fin.

—Es agua lo que quiero —dijo el negro—. Quiero agua.

El pozo estaba algo alejado, bajando la cuesta hacia el lugar en que vivían los negros en sus barracones. La cuesta se hallaba envuelta por las sombras moteadas del mediodía, esa hora apacible en la que, mientras Issetibbeha se sentaba en su butaca y esperaba la comida y la llegada de la tarde larga para sestear otro buen rato, el negro, el esclavo personal, era libre de toda obligación. Entonces tomaba asiento en la puerta de la cocina y charlaba con las mujeres que preparaban la comida. Pasada la puerta de la cocina, la senda que discurría entre cabañas y barracones estaba en silencio, en paz, con las mujeres charlando de un lado a otro, el

humo de los fuegos diseminado sobre los chiquillos agachados como juguetes de ébano en medio del polvo.

—Ven —dijo Cesto.

El negro echó a caminar entre ellos, más alto que nadie. Los invitados se desplazaban hacia el punto en que esperaban Issetibbeha y el caballo y el perro. El negro caminaba con la cabeza erguida, empecinado, jadeando sin cesar.

—Ven —dijo Cesto—. Querías agua.

—Sí —dijo el negro—. Sí —se volvió a mirar a la casa y miró las cabañas de los negros, en donde ese día no ardía ningún fuego, no asomaba ninguna cara en ningún umbral, no remoloneaba ningún chiquillo en el polvo de la senda—. Me tiró una dentellada aquí, me rasgó el brazo. Una, dos, tres veces. «Olé, abuelo», dije.

—Ven —dijo Cesto. El negro seguía haciendo el gesto de caminar, la rodilla en alto, la cabeza bien alta, como si ésa fuera la rutina, como un burro dando vueltas a la noria. Las esferas de los ojos despedían un relumbre asilvestrado, refrenado, como las de un caballo—. Querías agua —dijo Cesto—. Aquí la tienes.

Había una calabaza en el brocal del pozo. La sumergieron hasta que se llenó del todo y se la dieron al negro. Lo vieron esforzarse por beber. No dejó de mirar con los ojos desorbitados mientras volcaba la calabaza despacio sobre el rostro embadurnado de barro. Le vieron mover el gáznate y vieron el agua luminosa caer en cascada por ambos lados de la calabaza, derramarse por el mentón, por el pecho. Dejó de manar el agua.

—Ven —dijo Cesto.

—Espera —dijo el negro. Volvió a sumergir la calabaza y de nuevo la inclinó sobre su rostro, por debajo de los ojos impávidos. Volvieron a verle mover el gáznate y vieron el agua que no engullía manar en abundancia sobre su mentón, encauzada luego por el pecho recubierto de barro. Aguardaron con paciencia, con gravedad, con decoro, implacables, los miembros del clan, los parientes, los invitados. Dejó de derramarse el agua, aunque la calabaza volcada seguía en alto y el gáznate del negro seguía imitando en vano el movimiento frustrado del tragar. Un pedazo de la costra de barro desalojado por el agua se rompió al caer a sus pies enfangados, y en la calabaza vacía se oyó resonar su aliento: ah, ah, ah.

—Ven —dijo Cesto, y arrebató la calabaza de manos del negro para dejarla en

el brocal del pozo.^[*]

Justicia

I

Hasta que murió el Abuelo íbamos a la granja todos los sábados por la tarde. Salíamos de casa en el coche nada más terminar de comer, yo iba en el pescante con Roskus, y el Abuelo y Caddy y Jason iban detrás, en los asientos. El Abuelo y Roskus hablaban mientras los caballos corrían veloces, porque eran la mejor pareja de tiro que había en todo el condado. Por los trechos llanos e incluso en algunas pendientes llevaban el coche muy deprisa. Pero esto era en el norte de Mississippi, y en algunas de las cuestas a Roskus y a mí nos llegaba flotando el olor del puro que se fumaba el Abuelo.

La granja estaba a cuatro millas. Había una casa alargada y baja en medio de la arboleda, una casa sin pintar, aunque estaba bien conservada, sólida, sana, gracias a un carpintero muy listo que vivía donde los negros, Sam Fathers se llamaba, y detrás estaban los graneros y los ahumaderos, y más allá aún las cabañas donde vivían los negros, que Sam Fathers también mantenía sólidas y sanas. No hacía otra cosa, y se contaba que tenía casi cien años. Vivía con los negros y ellos —los blancos, pues los negros lo llamaban «encías azules»^[44]— lo llamaban negro. Pero negro no era. Eso es lo que voy a explicar.

Cuando llegábamos, el encargado, el señor Stokes, mandaba a un chico negro con Caddy y Jason, que iban al arroyo a pescar, porque Caddy era chica y Jason aún era pequeño, pero yo no iba con ellos. Yo iba al taller de Sam Fathers, donde fabricaba yugos o ruedas de carreta, y le llevaba siempre algo de tabaco. Dejaba de trajinar con lo que estuviera haciendo y llenaba la pipa —las hacía él mismo con arcilla del arroyo, y les ponía un tallo de junco— y me contaba cosas de los viejos tiempos. Hablaba como un negro —esto es, decía las palabras como las dicen los negros, pero no decía las mismas palabras que ellos— y tenía pelo de negro. Pero su piel no era del todo del color de un negro aclarado, y la nariz y la boca y el mentón no eran nariz ni boca ni mentón de negro. Tampoco tenía las trazas de un negro

cuando el negro se hace viejo. Tenía la espalda bien derecha; no era alto, un poco ancho de hombros sí era, y no movía la cara en ningún momento, como si estuviera en otra parte mientras trajinaba o cuando la gente, incluidos los blancos, hablaba con él, o cuando hablaba conmigo. Mantenía la cara siempre igual, como si se hubiera subido a un tejado y estuviera reparándolo, clavando un clavo tras otro. A veces dejaba el trabajo, dejaba a medio terminar en el banco lo que tuviera entre manos, y se sentaba a fumar. Y no se ponía en pie de un salto para volver a la faena cuando el señor Stokes e incluso el Abuelo aparecían por allí.

Así que le daba el tabaco y él dejaba de trajinar y se sentaba y llenaba la pipa y charlaba conmigo.

—Estos negros... —decía—. Me llaman el Tío Encía Azul. Y los blancos me llaman Sam Fathers.

—¿Es así como te llamas? —le dije una vez.

—No. En los viejos tiempos no me llamaba así, vaya. Me acuerdo bien. Me acuerdo de que nunca vi más que a un solo hombre blanco hasta que ya era un niño grande, como tú; era un tratante que venía a vender whiskey a cambio de otros productos y que venía todos los veranos a la plantación. Fue el Hombre en persona quien me puso el nombre. Pero no me puso por nombre Sam Fathers, claro.

—¿El Hombre? —dije.

—Él era el dueño de la plantación, de los negros, de mi mamá también. Era el dueño de todas las tierras que conocía yo hasta que ya me hice mayor. Era un jefe de la tribu de los choctaw. Él vendió a mi mamá a tu bisabuelo. Dijo que yo no tenía que marcharme si no era ése mi deseo, porque yo entonces también era un guerrero. Él fue quien me puso por nombre Tuvo Dos Padres.

—¿Tuvo Dos Padres? —dije—. Eso no es un nombre. Eso no es nada.

—Ése era mi nombre. Tú escucha y verás.

II

Así es como me lo contó Herman Cesto cuando tuve edad suficiente para oír hablar de estas cosas. Dijo que cuando Doom volvió de Nueva Orleans se trajo consigo a esta mujer. Se trajo consigo seis negros, aunque Herman Cesto dijo que ya tenían más negros en la plantación, más de los que necesitaban. A veces echaban a los negros a los perros, los hostigaban como se suele hacer con un zorro o un gato montés o un mapache. Y va y resulta que Doom se trajo seis más cuando vino de Nueva Orleans. Dijo que los había ganado jugando a bordo del vapor, y que por eso se los tuvo que traer. Desembarcó del vapor con los seis negros, contó Herman Cesto, y con un cajón grande en el que llevaba algo vivo, y con la cajita de oro llena de sales que se trajo de Nueva Orleans, del tamaño de un reloj de oro más o menos. Y Herman Cesto contó que Doom sacó un cachorro del cajón en el que llevaba algo vivo, y que hizo una bola apretada de pan con una pizca de sal que tomó de la cajita de oro, y que le dio de comer la bola al cachorro y el cachorro murió.

Doom era esa clase de hombre, dijo Herman Cesto. Contó que, al desembarcar del vapor aquella noche, Doom llevaba una chaqueta forrada de oro, y que llegó con tres relojes de oro, aunque Herman Cesto también dijo que ni siquiera pasados siete años le habían cambiado a Doom los ojos. Dijo que Doom tenía los ojos igual que los tenía antes de marcharse, antes de llamarse Doom, y que él y Herman Cesto y mi padre dormían en el mismo jergón y charlaban de noche, como los chicos.

Doom entonces se llamaba Ikkemotubbe, y no había nacido para ser el Hombre, porque el hermano de la madre de Doom era el Hombre, y el Hombre tenía su propio hijo, además de tener un hermano. Pero ya entonces, y sin que Doom fuera mayor de lo que eres tú, según dijo Herman Cesto, a veces el Hombre miraba a Doom y decía: «Oh, Hijo de la Hermana, en los ojos se te ve la maldad, como se le ve al caballo indomeñable».

Así que el Hombre no lamentó que Doom, cuando ya era un joven, dijera que se marchaba a Nueva Orleans, dijo Herman Cesto. El Hombre empezaba a hacerse viejo. Le gustaba jugar al robaterrenos con un clavo, y también a la herradura, pero con el tiempo sólo le gustaba el robaterrenos. Así que no lamentó que Doom se marchase, aunque no por eso se olvidó de Doom. Herman Cesto dijo que todos los veranos, cuando venía el tratante que vendía whiskey, el Hombre le preguntaba por Doom. «Ahora se hace llamar David Callicoat —decía el Hombre—, pero se llama Ikkemotubbe. ¿No habrás tenido noticia de un tal David Callicoat que se haya ahogado en el Río Grande, o de otro así llamado al que hayan matado en una reyerta con los blancos en Nueva Orleans?».

Pero Herman Cesto dijo que no se supo del paradero de Doom, nada de nada, hasta que pasaron siete años desde que se fue. Un día, Herman Cesto y mi padre recibieron de Doom un mensaje escrito en un palo para que se reuniesen con él en el Río Grande. Y es que el vapor entonces ya no remontaba nuestro río. El vapor seguía estando varado en nuestro río, pero no iba ya a ninguna parte. Herman Cesto contó que un día, con una crecida, más o menos tres años después de que se fuese Doom, llegó el vapor y embarrancó en la barra de arena y allí murió.

Así fue como Doom encontró su segundo nombre, el que tuvo antes de llamarse Doom. Herman Cesto contó que cuatro veces al año el vapor remontaba nuestro río, y contó que la Tribu bajaba al río y acampaba en la orilla y aguardaba a ver pasar el vapor, y dijo que el blanco que indicaba por dónde tenía que caminar el vapor se llamaba David Callicoat. Por eso, cuando Doom dijo a Herman Cesto y a mi padre que se marchaba a Nueva Orleans, les dijo: «Y una cosa más os diré. De ahora en adelante no me llamo Ikkemotubbe, me llamo David Callicoat. Y un buen día también yo seré dueño de un barco de vapor». Doom era esa clase de hombre, dijo Herman Cesto.

Así pues, al cabo de siete años les mandó el mensaje en el palo y Herman Cesto y mi padre tomaron la carreta y allá que fueron al encuentro de Doom en el Río Grande, y Doom desembarcó del vapor con los seis negros.

—Los he ganado jugando en el vapor —dijo Doom—. Tú y Craw-ford (mi padre se llamaba Crawfish-ford, pero abreviando lo llamaban Craw-ford) os los podéis repartir.

—Yo no los quiero —dijo Herman Cesto que dijo mi padre.

—Pues que se los quede Herman a todos —dijo Doom.

—Es que yo tampoco los quiero —dijo Herman Cesto.

—De acuerdo —dijo Doom. Entonces, Herman Cesto dijo que preguntó a Doom si aún se llamaba David Callicoat, pero en vez de responderle Doom dijo algo a uno de los negros, en la lengua de los blancos, y el negro prendió una tea de pino. Herman Cesto dijo entonces que estaban viendo cómo sacaba Doom al cachorro del cajón y cómo hacía una bola con miga de pan y con la sal de Nueva Orleans que Doom tenía en la cajita de oro, y que mi padre dijo entonces:

—Me parecía haber entendido que has dicho que Herman y yo nos repartamos a estos negros.

Herman Cesto dijo entonces que vio que uno de los negros era una mujer.

—Tú y Herman no los queréis —dijo Doom.

—Cuando dije eso no me paré a pensar —dijo mi padre—. Yo me quedo con el lote que lleve la mujer. Herman que se quede con los otros tres.

—Yo no los quiero —dijo Herman.

—Pues te puedes quedar con cuatro —dijo mi padre—. Yo me quedo con la mujer y con otro.

—Yo no los quiero —dijo Herman Cesto.

—Pues me quedo sólo con la mujer —dijo mi padre—. Te puedes quedar con los otros cinco.

—Yo no los quiero —dijo Herman Cesto.

—Tú tampoco los quieres —dijo Doom a mi padre—. Tú mismo lo has dicho.

Herman Cesto dijo entonces que el cachorro había muerto.

—No nos has dicho cómo te llamas ahora —dijo a Doom.

—Ahora me llamo Doom —dijo Doom—. El nombre me lo dio un jefe de los franceses en Nueva Orleáns. En la lengua de los franceses, Doo-um; en la nuestra, Doom.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Herman Cesto.

Dijo que Doom lo miró de hito en hito.

—Eso significa el Hombre —dijo Doom al cabo.^[45]

Herman Cesto contó que se pararon a pensar en eso. Dijo que estaban allí a oscuras, con los otros cachorros en el cajón, los que no había utilizado Doom, y que gimoteaban y arañaban las paredes, y que la lumbre con que ardían las teas de pino brillaba en las esferas de los ojos de los negros, y en la chaqueta de oro de Doom, y en el cachorro que había muerto.

—No puedes ser el Hombre —dijo Herman Cesto—. Tú eres familia por parte de la hermana. Y el Hombre tiene hijo y tiene hermano.

—Es verdad —dijo Doom—. Pero si yo fuera el Hombre podría darle a Craw-ford esos negros que dice que quiere. Podría darle algo también a Herman. Por cada negro que le diera a Craw-ford, daría a Herman un caballo... si yo fuera el Hombre.

—Craw-ford sólo quiere esa mujer —dijo Herman Cesto.

—A Herman de todos modos le daría seis caballos —dijo Doom—. Aunque a lo mejor el Hombre ya le ha dado a Herman un caballo.

—No —dijo Herman Cesto—. Mi espectro aún sigue a pie.

Tres días les llevó llegar a la plantación. Acamparon de noche en el camino. Herman Cesto dijo que no hablaron.

Llegaron a la plantación al tercer día. Dijo que el Hombre no se alegró mucho de ver a Doom, aun cuando Doom apareció con un caramelo de regalo para el hijo del Hombre. Doom apareció con algún regalo para toda su parentela, incluido el hermano del Hombre. El hermano del Hombre vivía solo en una cabaña, a la orilla del arroyo. Se llamaba A Veces Despierto. A veces el Pueblo le llevaba algo de comer. El resto del tiempo no lo veía nadie. Herman Cesto contó que mi padre y él fueron con Doom a visitar a A Veces Despierto a su cabaña. Era de noche, y Doom dijo a Herman Cesto que cerrase la puerta. Doom tomó entonces el cachorro que llevaba mi padre y lo puso en el suelo e hizo una bola con miga de pan y la sal de Nueva Orleans para que A Veces Despierto viese cómo era aquello. Cuando se fueron, Herman Cesto dijo que A Veces Despierto quemó un palo y se cubrió la cabeza con la manta.

Fue la primera noche que pasó Doom en casa a su regreso. Herman Cesto contó que al día siguiente el Hombre comenzó a actuar de un modo extraño con su comida, y que murió antes de que pudiera llegar el curandero para quemar unos palos. Cuando el Portador del Sauce fue en busca del hijo del Hombre para que fuese el Hombre, descubrieron que también había actuado de un modo extraño y que había muerto.

—Pues entonces A Veces Despierto tendrá que ser el Hombre —dijo mi padre.

Así que el Portador del Sauce fue en busca de A Veces Despierto para que fuese el Hombre. El Portador del Sauce regresó pronto.

—A Veces Despierto no quiere ser el Hombre —dijo el Portador del Sauce—. Está sentado en su cabaña con la cabeza cubierta por la manta.

—Pues Ikkemotubbe tendrá que ser el Hombre —dijo mi padre.

Así fue Doom el Hombre. Pero Herman Cesto contó que el espectro de mi padre no se quedó conforme. Herman Cesto dijo que dijo a mi padre que diera tiempo a Doom.

—Yo sigo yendo a pie —dijo Herman Cesto.

—Pero para mí éste es un asunto muy serio —dijo mi padre.

Dijo que al final mi padre fue a ver a Doom antes de que el Hombre y su hijo hubieran entrado en tierra, antes de que terminasen la comilona y las carreras de caballos.

—Dijiste que cuando fueras el Hombre... —dijo mi padre, pero Herman Cesto dijo que Doom le miró y que mi padre no miraba a Doom.

—Creo que no confías en mí —dijo Doom. Herman Cesto contó que mi padre no miraba a Doom—. Creo que sigues pensando que ese cachorro estaba enfermo —dijo Doom—. Tú piénsalo bien.

Herman Cesto dijo que mi padre se paró a pensar.

—¿Y ahora qué piensas? —le dijo Doom.

Pero Herman Cesto dijo que mi padre siguió sin mirar a Doom.

—Yo pienso que a ese perro no le pasaba nada —dijo mi padre.

III

Al fin terminaron la comilona y las carreras de caballos y el Hombre y su hijo entraron en tierra.

—Mañana —dijo Doom— iremos a buscar el vapor.

Herman Cesto contó que Doom no había dejado de hablar del vapor desde que pasó a ser el Hombre, además de insistir en que la casa se había quedado pequeña.

—Mañana —dijo Doom cuando caía la noche— iremos a buscar el vapor que fue a morir en la orilla del río.

Herman Cesto contó que el vapor se encontraba a doce millas de allí y que no era capaz de flotar en el agua. A la mañana siguiente no hubo nadie en la plantación, nadie más que Doom y los negros. Contó que a Doom le llevó todo el día encontrar a la Tribu. Doom se sirvió de los perros, y encontró a algunos de los suyos escondidos en troncos huecos, en el arroyo y en la llanura aluvial. Aquella noche ordenó que todos los hombres pernoctasen en la casa. Y a los perros también los dejó en la casa.

Herman Cesto contó que oyó a Doom y a mi padre charlar a oscuras.

—No creo que confíes en mí —dijo Doom.

—Yo confío en ti —dijo mi padre.

—Eso es lo que yo te aconsejaría —dijo Doom.

—Ojalá se lo pudieras aconsejar a mi espectro —dijo mi padre.

A la mañana siguiente fueron hasta donde estaba el vapor. Las mujeres y los negros fueron a pie. Los hombres fueron en carretas, y Doom los siguió con los perros.

El vapor estaba encallado, apoyado de costado en la barra de arena. Cuando llegaron, había tres hombres blancos en el barco.

—Ahora ya nos podemos volver por donde vinimos —dijo mi padre.

Pero Doom se puso a hablar con los blancos.

—¿Este vapor les pertenece a ustedes? —preguntó.

—A ustedes no les pertenece —dijeron los blancos. Y aunque tenían pistolas, Herman Cesto dijo que no parecían hombres de los que son dueños de un barco.

—¿Los matamos? —dijo a Doom. Pero contó que Doom seguía hablando con los hombres que estaban en el vapor.

—¿Qué piden por él? —dijo Doom.

—¿Qué nos da por él? —dijeron los blancos.

—El barco está muerto —dijo Doom—. No vale gran cosa.

—¿Nos daría diez negros? —dijeron los blancos.

—De acuerdo —dijo Doom—. Que den un paso al frente los negros que vinieron conmigo del Río Grande —y se adelantaron los cinco hombres y la mujer—. Que vengan otros cuatro negros —y otros cuatro se adelantaron—. Ahora comeréis el maíz de esos blancos que hay allá —dijo Doom—. Ojalá os alimente —los blancos se marcharon y los diez negros los siguieron—. Ahora —anunció Doom—, vamos a poner el vapor en pie y vamos a hacerlo caminar.

Herman Cesto dijo que mi padre y él no se metieron en el río con los demás, porque mi padre le dijo que se alejasen a conversar. Se alejaron un trecho. Mi padre habló, pero Herman Cesto dijo que no le parecía que fuera bueno matar a los blancos, aunque mi padre dijo que podrían llenar a los blancos de piedras y hundirlos en el río y que nadie los encontrase nunca. Así pues, Herman Cesto contó que dieron alcance a los tres blancos y a los diez negros y que los obligaron a volver al barco.

—Id donde está el Hombre —dijo mi padre a los negros poco antes de llegar—. Id y ayudad a que el vapor se ponga en pie y eche a caminar. Yo llevaré a casa a esta mujer.

—La mujer es mi mujer —dijo uno de los negros—, y quiero que se quede conmigo.

—¿Prefieres que también te busquemos un sitio en el fondo del río con las entrañas llenas de piedras? —dijo mi padre al negro.

—¿Prefieres tú que te busquemos sitio en el fondo del río? —dijo el negro a mi padre—. Sois dos y nosotros somos nueve.

Herman Cesto dijo que mi padre se paró a pensar.

—Vayamos al vapor —dijo entonces—, vayamos a ayudar al Hombre.

Fueron al vapor. Pero Herman Cesto dijo que Doom no se dio cuenta de que allí estaban los negros, no los vio hasta que llegó la hora de regresar a la plantación. Herman Cesto contó que Doom miró de hito en hito a los negros, que luego miró a mi padre.

—A lo que se ve, los blancos no querían a estos negros —dijo Doom.

—Eso parece —dijo mi padre.

—Los blancos se han marchado, ¿no? —dijo Doom.

—Eso parece —dijo mi padre.

Herman Cesto contó que todas las noches Doom obligaba a los hombres a dormir en la casa, con los perros en la casa también, y que todas las mañanas volvían al barco de vapor en las carretas. En las carretas no cabían todos, así que al segundo día las mujeres se quedaron en sus casas. Pero pasaron tres días hasta que Doom se dio cuenta de que mi padre también se quedaba en casa. Herman Cesto dijo que casi seguro el marido de la mujer se lo dijo a Doom.

—Craw-ford se ha lastimado la espalda al tirar del vapor para ponerlo en pie —dijo Herman Cesto que dijo a Doom—. Ha dicho que se quedará en la plantación con los pies metidos en el Manantial Caliente para que el mal de la espalda retorne a tierra.

—Ésa es buena idea —dijo Doom—. Lleva ya varios días haciéndolo, ¿no? Seguro que el mal lo tiene ya por las piernas.

Cuando esa noche volvieron a la plantación, Doom mandó llamar a mi padre. Le preguntó si se le había movido el mal del sitio. Mi padre contó que el mal se movía muy poco a poco.

—Eso es que tienes que pasar más tiempo metido en el manantial —dijo Doom.

—Es lo que pienso yo —dijo mi padre.

—Supongamos que también pasas la noche en el manantial —dijo Doom.

—El aire de la noche me sentaría mucho peor —dijo mi padre.

—No, si enciendes una fogata seguro que no —dijo Doom—. Mandaré a uno de los negros a que te cuide la fogata.

—¿Cuál de los negros? —dijo mi padre.

—El marido de la mujer que gané jugando en el vapor —dijo Doom.

—Me parece que ya tengo mucho mejor la espalda —dijo mi padre.

—Probemos —dijo Doom.

—No, descuida. Tengo mucho mejor la espalda —dijo mi padre.

—Probemos de todos modos —dijo Doom. Antes de que anocheciera, Doom mandó a cuatro de la Tribu a que acompañasen a mi padre y al negro en el manantial. Herman Cesto contó que los de la Tribu volvieron enseguida. Que cuando entraron en la casa mi padre entró con ellos.

—El mal se ha movido de repente —dijo mi padre—. Desde mediodía ya me ha bajado hasta los pies.

—¿Y crees que mañana por la mañana habrá desaparecido del todo? —dijo Doom.

—Yo creo que sí —dijo mi padre.

—A lo mejor te vendría bien pasar la noche en el manantial para asegurarte —dijo Doom.

—Descuida, yo sé bien que mañana habrá desaparecido —dijo mi padre.

IV

Cuando llegó el verano, según contó Herman Cesto, el barco de vapor ya no estaba apresado en el lecho del río. Les había costado cinco meses arrancarlo del arenal, pues hubo que talar muchos árboles para abrirle un camino. Pero entonces, dijo, el barco de vapor podía ya caminar mucho más deprisa gracias a los troncos. Contó cómo echó una mano mi padre. Su sitio se encontraba en una de las sogas, cerca del vapor, y a nadie se le permitía ocuparlo. Estaba bajo el porche de entrada a los camarotes, en el vapor, donde se acomodaba Doom en su butaca, con un chico con una rama que le daba sombra y otro con una rama que le espantaba a las bestias voladoras. Los perros también iban a bordo del vapor.

En verano, mientras el barco de vapor iba caminando, Herman Cesto contó que el marido de la mujer volvió a presentarse ante Doom.

—Yo he hecho por ti lo que podía hacer —dijo Doom—. ¿Por qué no vas a ver a Craw-ford y zanjás este asunto tú mismo?

El negro dijo que eso era lo que había hecho. Dijo que mi padre le propuso arreglarlo con una pelea de gallos, el de mi padre contra el del negro, que el ganador se quedaría con la mujer y que si uno rehusara la pelea perdería por no presentarse. El negro dijo que le dijo a mi padre que no tenía un gallo de pelea, y que mi padre dijo que en tal caso perdía el negro por no presentarse y que la mujer por tanto pertenecía a mi padre.

—¿Y qué voy a hacer? —dijo el negro.

Doom se paró a pensar. Herman Cesto dijo entonces que Doom lo llamó y le preguntó cuál era el mejor gallo de pelea que tenía mi padre y que Herman Cesto le dijo que mi padre sólo tenía uno.

—¿El de plumaje negro? —dijo Doom. Herman Cesto dijo a Doom que sí, que era ése—. Vaya —dijo Doom.

Herman Cesto contó que Doom se sentó en su butaca, en el porche del vapor mientras el vapor caminaba, mirando al Pueblo y a los negros que tiraban de las sogas y hacían caminar al vapor.

—Ve y di a Craw-ford que tienes un gallo —dijo Doom al negro—. Dile que tendrás un gallo que echar al reñidero. Que sea mañana por la mañana. Dejaremos el vapor sentado a descansar.

El negro se marchó. Herman Cesto dijo que entonces Doom se le quedó

mirando, y que él no miraba a Doom. Y es que en toda la plantación sólo había un gallo de pelea capaz de mejorar al de mi padre, y era el gallo que pertenecía a Doom.

—Yo pienso que a aquel cachorro no le pasaba nada —dijo Doom—. ¿Tú qué piensas?

Herman Cesto dijo que no miró a Doom.

—Eso mismo pienso yo —dijo.

—Eso es lo que yo te aconsejaría —dijo Doom.

Herman Cesto contó que al día siguiente el vapor quedó sentado a descansar. El reñidero se montó en el establo. Allí estuvieron la Tribu y los negros. Mi padre echó su gallo al reñidero. El negro echó el suyo. Herman Cesto dijo que mi padre miró el gallo del negro.

—Ese gallo es de Ikkemotubbe —dijo mi padre.

—Es suyo —dijo la Tribu a mi padre—. Ikkemotubbe se lo dio delante de todos nosotros.

Herman Cesto dijo que mi padre ya había recogido a su gallo.

—Esto no está bien —dijo mi padre—. No se le debería permitir que arriesgue a su mujer en una pelea de gallos.

—Entonces ¿te retiras? —dijo el negro.

—Déjame pensarlo —dijo mi padre. Y se paró a pensar. La Tribu observaba. El negro recordó a mi padre lo que él mismo dijo que pasaría si uno de los dos no se presentara. Mi padre dijo que no era eso lo que quiso decir y que sí, se retiraba. La Tribu le dijo que la retirada equivalía a perder la riña. Herman Cesto dijo que mi padre se paró a pensar otro rato. La Tribu observaba—. De acuerdo —dijo mi padre—, pero estoy en desventaja.

Riñeron los gallos. Cayó el de mi padre. Mi padre lo recogió enseguida. Herman Cesto dijo que fue como si mi padre hubiera estado a la espera de ver caer a su gallo para poder recogerlo cuanto antes.

— Esperad — dijo, y miró a la Tribu—. Ya han peleado los gallos, ¿no es cierto? —la Tribu dijo que sí, que era cierto—. Pues entonces queda zanjado lo que dije de dar por perdida la riña.

Herman Cesto dijo que mi padre se dispuso a salir del reñidero.

— ¿Es que no vas a plantar pelea? —dijo el negro.

— No creo yo que con esto se zanje nada —dijo mi padre—. ¿Tú qué crees?

Herman Cesto contó que el negro miró a mi padre. Y que dejó de mirar a mi padre. Se había acuclillado. Herman Cesto dijo que la Tribu miraba al negro, que tenía la mirada clavada en tierra, entre los pies. Lo vieron coger un terrón y vieron deshacerse la tierra entre los dedos del negro y caer el polvo al suelo.

— ¿Tú crees que con esto se zanjará algo? —dijo mi padre.

— No —dijo el negro. Herman Cesto dijo que la Tribu no le oyó demasiado bien.

— Yo tampoco —dijo mi padre—. No estaría bien arriesgar a tu mujer en una pelea de gallos.

Herman Cesto contó que el negro entonces alzó los ojos, con el polvo reseco en los dedos de una mano. Dijo que el negro tenía los ojos muy rojos en la oscuridad del reñidero, como los ojos de un zorro.

— ¿Permitirás que los gallos peleen otra vez? —dijo el negro.

— ¿No estás de acuerdo en que con esto no se zanja nada? —dijo mi padre.

— Pues sí —dijo el negro.

Mi padre devolvió su gallo al reñidero. Herman Cesto dijo que el gallo de mi padre estaba muerto antes incluso de que pudiera actuar de un modo extraño. El gallo del negro se le plantó encima y se puso a cacarear, pero el negro apartó de un manotazo al gallo vivo y se puso a saltar encima del gallo muerto hasta que aquello no parecía ni un gallo ni nada, dijo Herman Cesto.

Llegó el otoño y Herman Cesto contó que el vapor llegó a la plantación hasta detenerse delante de la casa y morir otra vez. Dijo que durante dos meses tuvieron a

la vista la plantación, haciendo caminar al vapor sobre los troncos de ciprés, pero que ahora que el vapor estaba junto a la casa, ésta tuvo el tamaño suficiente para que Doom se diera por satisfecho. Dio una comilona. Duró una semana. Cuando terminó, Herman Cesto contó que el negro fue a ver a Doom por tercera vez. Herman Cesto dijo que el negro volvía a tener los ojos rojos, como los de un zorro, y que se le oía resoplar en la estancia.

—Ven a mi cabaña —dijo a Doom—. He de enseñarte una cosa.

—Ya iba siendo hora —dijo Doom. Miró en derredor, pero Herman Cesto dijo a Doom que mi padre acababa de marcharse—. Pues dile que venga él también —dijo Doom. Cuando llegaron a la cabaña del negro, Doom mandó a dos de la Tribu en busca de mi padre. Entraron en la cabaña. Lo que el negro quería enseñar a Doom era un hombre nuevo.

—Mira —dijo el negro—. Tú eres el Hombre. De ti depende que se haga justicia.

—¿Y qué le pasa a este hombre? —dijo Doom.

—Mira qué color tiene —dijo el negro. Se puso a mirar por la cabaña. Herman Cesto dijo que se le habían puesto los ojos rojos, y luego castaño oscuro, y luego rojos, como los de un zorro. Dijo que se oía resoplar al negro—. ¿Se hará justicia? —dijo el negro—. Tú eres el Hombre.

—Deberías estar lleno de orgullo con un estupendo hombre amarillo como éste —dijo Doom—. No creo yo que ninguna justicia le pueda oscurecer la piel —dijo Doom. También miró en derredor por la cabaña—. Ven, Craw-ford —dijo—. Es un hombre, no una víbora; no te hará daño —pero Herman Cesto dijo que mi padre no quiso dar un paso al frente. Dijo que al negro se le ponían los ojos rojos, y luego castaño oscuro, y luego rojos, a la vez que resoplaba—. Jao —dijo Doom—, esto no está bien. Un hombre tiene derecho a que su melonar esté protegido de los cabritos silvestres que rondan por el bosque. Pero primero pongamos un nombre al hombre —Doom se paró a pensar. Herman Cesto dijo que al negro se le sosegaron los ojos, se le apaciguó la respiración—. Lo llamaremos Tuvo Dos Padres —dijo Doom.

Sam Fathers volvió a prender la pipa. Lo hizo con delectación, sacando de la forja, entre el índice y el pulgar, un rescoldo encendido. Y luego fue a sentarse donde estaba. Se iba haciendo tarde. Caddy y Jason habían vuelto del arroyo; vi al Abuelo y al señor Stokes conversar junto al coche, y en ese momento, como si acabara de percibir que lo miraba, el Abuelo se volvió y me llamó por mi nombre.

—¿Y qué hizo tu padre entonces? —pregunté.

—Herman Cesto y él levantaron la valla —dijo Sam Fathers—. Herman Cesto contó que Doom les ordenó clavar dos estacas en el suelo y atravesar un retoño de árbol de la una a la otra. Allí estaban el negro y mi padre. Doom aún no les había dicho nada de la valla. Herman Cesto dijo que fue igual que cuando él y mi padre y Doom eran chicos y dormían en el mismo jergón, y Doom se despertaba de noche y los obligaba a despertar y a levantarse para ir de caza con él, o como cuando los hacía ponerse en pie y luchar a puñetazos, sólo por divertirse, hasta que Herman Cesto y mi padre se escondían de Doom.

»Fijaron el retoño, puesto de través sobre las dos estacas, y Doom dijo al negro: “Esto es una valla. ¿La puedes saltar?”.

»Herman Cesto dijo que el negro posó la mano en el retoño y saltó la valla como si volase.

»Doom dijo a mi padre: “Salta esa valla”.

»“La valla es demasiado alta para saltarla”, dijo mi padre.

»“Tú salta la valla y la mujer es tuya”, dijo Doom.

»Herman Cesto dijo que mi padre miró la valla un buen rato.

»“Deja que la pase por debajo”, dijo.

»“No”, dijo Doom.

»Herman Cesto me contó que mi padre hizo amago de sentarse en el suelo.

»“No es que no me fíe de ti”, dijo mi padre.

»“Levantaremos una valla de esta altura”, dijo Doom.

»“¿Qué valla?”, preguntó Herman Cesto.

»“La valla, alrededor de la cabaña de este hombre negro”, dijo Doom.

»“No puedo yo levantar una valla que no pueda saltar”, dijo mi padre.

»“Te ayudará Herman”, dijo Doom.

»Herman Cesto dijo que fue igual que cuando Doom los despertaba y los obligaba a ir de caza con él. Dijo que los perros los encontraron a mi padre y a él a la mañana siguiente, a mediodía, y que comenzaron a levantar la valla esa misma tarde. Me contó que tuvieron que talar los retoños en la llanura, cerca del río, y arrastrarlos entre los dos, porque Doom no les permitió utilizar una carreta. Por eso, a veces colocar una estaca les llevaba tres o cuatro días.

»“Da lo mismo”, dijo Doom. “Tiempo tenéis de sobra. Y con tanto ejercicio es seguro que Craw-ford duerme a pierna suelta al caer la noche.”

»Me contó que se pasaron todo el invierno trabajando en levantar la valla, y hasta el verano siguiente, hasta después de que llegara y se marchara el tratante que vendía whiskey. Entonces sí la terminaron. Dijo que el día en que clavaron la última estaca, el negro salió de su cabaña y puso la mano sobre una de las estacas (al final no fue una valla, sino una empalizada, con estacas clavadas en el suelo, pero sin remate) y la saltó como si volara.

»“Es una buena valla”, dijo el negro. “Espera. Hay una cosa que he de enseñarte.”

»Herman Cesto dijo que volvió a saltar por encima de la valla y entró en la cabaña y volvió. Herman Cesto dijo que traía en brazos un hombre nuevo y que lo sostuvo en vilo para que lo vieran por encima de la valla.

»“¿Qué te parece el color? No está mal, ¿eh?”

El Abuelo me volvió a llamar. Esta vez me levanté. El sol ya se había ocultado tras los melocotoneros. Yo tenía doce años, y a mí no me pareció que la historia fuese a ninguna parte, ni que tuviera pies ni cabeza. Pero obedecí al Abuelo, y no porque estuviera cansado de la cháchara de Sam Fathers, sino con la inmediatez con que los niños se espantan y huyen provisionalmente de algo que no terminan de

entender del todo, además de obrar con la instintiva presteza con que obedecíamos todos al Abuelo, no por temor a la impaciencia o a la reprimenda, sino porque todos creíamos que todo lo hacía bien, que su vida era pasar de una bonita estampa (de una estampa incluso un tanto grandiosa) a la siguiente.

Estaban en el coche, me estaban esperando. Monté. Los caballos arrancaron en el acto, impacientes por regresar al establo. Caddy había pescado un pez diminuto y se había mojado hasta la cintura. Los caballos ya iban al trote. Cuando pasamos por delante de la cocina del señor Stokes nos llegó el olor del jamón que guisaban. El aroma nos siguió hasta la cancela. Al enfilear la calzada de regreso ya casi se había puesto el sol. Dejamos de percibir entonces el olor a jamón guisado.

—¿De qué hablabais Sam y tú? —dijo el Abuelo.

Seguimos camino en esa extraña suspensión del crepúsculo, sutilmente siniestra, que me llevó a creer que aún veía a Sam Fathers sentado ante su banco de carpintero, preciso, inmóvil, completo, como algo que se conserva después de mucho tiempo bañado en una solución en un museo. Eso era. Yo tenía doce años, y tendría que esperar a que pasara a través y más allá de la suspensión del crepúsculo. Supe entonces que entonces lo sabría. Pero para entonces Sam Fathers habría muerto.

—De nada, señor —le dije—. Sólo charlábamos por pasar el rato.^[*]

Un noviazgo

Así es como eran las cosas en los viejos tiempos, cuando el viejo Issetibbeha aún era el Hombre e Ikkemotubbe, sobrino de Issetibbeha, y David Hogganbeck, el blanco que decía por qué trecho del agua tenía que ir paso a paso el vapor, cortejaron a la hermana de Herman Cesto.

Todos los de la Tribu vivían ya en la plantación. Issetibbeha y el general Jackson se reunieron y quemaron palos y firmaron un papel, y a partir de entonces una raya atravesó los bosques aunque no se pudiera ver. Era una línea recta, tan recta como vuela la abeja por el bosque, con la plantación a un lado, en donde Issetibbeha era el Hombre, y América al otro lado, en donde el general Jackson era el Hombre.^[46] Así que ahora, cuando pasaba algo a un lado de la raya, era mala suerte para unos y buena suerte para otros, según qué fuese lo que estaba en poder de los blancos, como había sido siempre. Pero tan sólo por suceder al otro lado de una raya que ni siquiera era posible ver pasaba a ser eso que los blancos llamaban delito y que era punible incluso con la muerte, siempre y cuando los blancos atinasen a descubrir quién lo había hecho. Todo lo cual nos parecía una estupidez. Hubo un alboroto que duró una semana, con sus más y sus menos, no porque el blanco hubiese desaparecido, puesto que había sido uno de esos blancos a los que ni siquiera los demás blancos echan en falta, sino porque se les metió en la cabeza la falsa idea de que alguien lo había devorado, como si hubiese alguien, por más hambre que pudiera tener, capaz de arriesgarse a comer la carne de un cobarde o de un ladrón en estas tierras en las que incluso en lo más crudo del invierno se encuentra siempre algo que comer, estas tierras por las que, según nos contaba Issetibbeha después de haberse hecho tan viejo que ya nada se le exigía, además de que se pasara el rato sentado al sol y criticase la degeneración de la Tribu y la necesidad y la codicia trapacera de los políticos, el Gran Espíritu ha hecho más y el hombre menos que por cualquier otra tierra de la que tuviera él conocimiento. Pero era un país libre, y si al hombre blanco le venía en gana sentar por norma algo tan necio en la mitad del país que ocupaba, a nosotros nos parecía perfecto.

Fue entonces cuando Ikkemotubbe y David Hogganbeck vieron a la hermana de Herman Cesto. Y quién no la vio tarde o temprano, fuese joven o viejo, fuese soltero o viudo, e incluso alguno que aún no había enviudado, y que por bastantes razones que guardaba en su propia cabaña no tenía por qué haber ido en busca de

nada en ningún otro lugar, aunque quién va a decir cuál es la edad que ha de tener un hombre, o qué mala suerte ha tenido que sufrir por la debida obediencia en su juventud, para no detenerse a mirar a las hermanas de Herman Cesto que hay por este mundo ni a morderse los pulgares con reconcomio y con pena, ay. Porque ella era la belleza andante.^[47] Mejor dicho, era la belleza sentada, puesto que no andaba nunca, jamás, a no ser que no le quedara más remedio. Una de las primeras cosas que se oían en la plantación al nacer el día era la voz de la tía de Herman Cesto, clamando deseosa de saber por qué no se había levantado la muchacha, por qué no había ido con las demás mozas a buscar agua al manantial, cosa que a veces no hacía hasta que el propio Herman Cesto se levantaba y la obligaba; por la tarde a la tía se la oía clamar deseosa de saber por qué no iba a lavar al río con las demás mozas y mujeres, cosa que tampoco hacía muy a menudo. Pero es que tampoco tenía necesidad. Quien tenga la planta que tenía la hermana de Herman Cesto a los diecisiete y a los diecinueve no tiene necesidad de ir a lavar al río.

Entonces un buen día la vio Ikkemotubbe, quien la conocía de toda la vida, excepción hecha de los dos primeros años. Era hijo de la hermana de Issetibbeha. Una noche subió al vapor con David Hogganbeck y se marchó. Y pasaron soles y pasaron lunas y llegaron y pasaron tres crecidas, y el viejo Issetibbeha llevaba un año entrado en tierra y su hijo Mokketubbe era el Hombre cuando regresó Ikkemotubbe, llamado entonces Doom,^[48] con un amigo blanco y llamado el Chevalier Soeur Blonde de Vitry y con los ocho esclavos nuevos de los que tampoco teníamos necesidad ninguna, y un sombrero y un capote con encaje de hilo de oro y una cajita también de oro, llena de sales, y el cajón de mimbre que contenía los otros cuatro cachorros todavía vivos, y al cabo de dos días el hijo pequeño de Mokketubbe había muerto y al cabo de tres Ikkemotubbe, llamado entonces Doom, era ya el Hombre. Pero aún no era Doom. Aún era tan sólo Ikkemotubbe y era uno de los jóvenes, el mejor de ellos, el más veloz a caballo, el más fuerte al montar, el que más tiempo aguantaba bailando y más se emborrachaba y el más querido entre todos los jóvenes, entre todas las mozas y también entre todas las viejas, que mejor hubieran hecho en ponerse a pensar en otras cosas. Un buen día vio a la hermana de Herman Cesto, a la que conocía de toda la vida, excepción hecha de los dos primeros años.

Después de que Ikkemotubbe la mirase, mi padre y Búho de Noche y John de Sylvester miraron para otro lado. Porque él era el mejor de todos ellos y todos le querían cuando aún seguía siendo sólo Ikkemotubbe. Le sujetaban el otro caballo cuando, desnudo de cintura para arriba, con el cabello y el cuerpo embadurnados en grasa de oso, igual que cuando echaba una carrera (aunque esta vez con miel mezclada con la grasa de oso), sólo con una jáquima de cordel y sin silla, como

cuando echaba una carrera, Ikkemotubbe pasaba al galope por delante de la veranda en que estaba sentada la hermana de Herman Cesto desgranando el maíz o pelando los guisantes para echarlos a la damajuana de plata que su tía había heredado de su prima segunda, que la tenía en su poder por el matrimonio de su tía segunda con David Colbert, mientras Leño en el Río (que también era uno de los jóvenes, aunque nadie le hacía ni caso; no montaba caballos veloces, no tenía un gallo que pelease en el reñidero; no jugaba a los dados y, cuando no le quedaba más remedio, porque se le obligaba, ni siquiera bailaba con la velocidad necesaria para no tropezar con el resto de los bailarines, y se deshonraba y deshonraba a los demás al ponerse fatal después de trasegar sólo cinco o seis cuernos de un whiskey que ni siquiera era suyo) se apoyaba contra uno de los postes de la veranda y tocaba la armónica. Uno de los jóvenes sujetaba entonces el potro de carreras y, montado ya en su yegua de paseo, con su chaleco de flores estampadas y su levita de color paloma y su gorro de piel de castor, con el que estaba más apuesto que un tahúr del Mississippi y parecía más rico incluso que el tratante que venía a vender whiskey, Ikkemotubbe pasaba por delante de la veranda en la que la hermana de Herman Cesto vaciaba otra vaina de guisantes en la damajuana y Leño en el Río permanecía apoyado, de espaldas contra uno de los postes, tocando la armónica. Otro de los jóvenes se llevaba también la yegua e Ikkemotubbe se acercaba a pie a Herman Cesto y tomaba asiento en su veranda, vestido con sus mejores galas, mientras la hermana de Herman Cesto acaso vaciaba otra vaina de guisantes en la damajuana y Leño en el Río estaba tumbado boca arriba, dale que te pego a la armónica. Llegó entonces el tratante que vendía whiskey y los jóvenes invitaron a Leño en el Río al bosque hasta que se cansaron de llevarlo a cuestas. Y aunque fuese mucho lo que se desperdició y no bebió Leño en el Río, como de costumbre se puso fatal y se durmió al cabo de seis o siete cuernos, e Ikkemotubbe regresó a la veranda de Herman Cesto, donde al menos durante un día o dos no tuvo que aguantar la murga de la armónica.

Al final, Búho de Noche hizo una propuesta: «Tú mándale un regalo a la tía de Herman Cesto».

Pero lo único que tenía Ikkemotubbe en su poder, lo único que no tuviera la tía de Herman Cesto, era su nuevo potro de carreras.

—A lo que parece —dijo Ikkemotubbe pasado un rato—, a esa moza la quiero yo más de lo que yo pensaba —y mandó a Owl-at-Night a que amarrase la jáquima del potro de carreras al pomo de la puerta de la cocina de Herman Cesto. Pensó entonces que la tía de Herman Cesto no siempre lograba que la hermana de Herman Cesto se levantase y fuese a buscar agua al manantial. Además, la moza era

prima segunda, por matrimonio, de la mujer del viejo David Colbert, el Hombre principal de todos los chickasaw de nuestra comarca, la que delimitaba la raya, y tenía a toda la familia y al linaje de Issetibbeha en la misma estima que a un montón de setas recién brotadas de la podredumbre.

—Pero Herman Cesto lleva fama porque sí la hace levantarse para ir al manantial —dijo mi padre—. Y nunca le oí yo decir que ni la mujer del viejo David Colbert, ni la sobrina de su mujer, ni la mujer ni la sobrina ni la tía de nadie fuese mejor que ninguna otra. Dale a Herman el potro.

—Se me ocurre algo aún mejor —dijo Ikkemotubbe. Y es que no había en toda la plantación, ni en toda América, al menos entre Natchez y Nashville, un solo caballo al que el potro nuevo de Ikkemotubbe tuviese que mirar la cola—. Voy a echarle a Herman Cesto una carrera por ver de quedarme con su influencia —dijo—. Corre —dijo a mi padre—. Alcanza a Búho de Noche antes de que llegue a la casa.

Así que mi padre por poco logró traer al potro de vuelta. Pero por si acaso la tía de Herman Cesto hubiera estado mirando por la ventana de la cocina o algo así, Ikkemotubbe mandó a Búho de Noche y a John de Sylvester a que recogieran en su cabaña la caja en que guardaba los gallos de pelea, si bien de esto no esperaba gran cosa, puesto que la tía de Herman Cesto ya era dueña de los mejores gallos de la plantación, y todos los domingos por la mañana se embolsaba sus buenos dineros, que eran todos los apostados. Y Herman Cesto además rehusó aceptar el reto, por lo que una carrera de caballos habría sido sólo por el dinero y el placer. E Ikkemotubbe dijo que de nada le valdría el dinero, y sin quitarse de la cabeza a la dichosa moza, que se le había metido entre ceja y ceja y no le dejaba en paz ni de día ni de noche, su lengua olvidó a qué sabían los placeres. Pero el tratante que vendía whiskey siempre llegaba puntual, así que al menos durante un día o dos se ahorra la murga de la armónica.

Entonces David Hogganbeck también se paró a mirar a la hermana de Herman Cesto, a la que también había visto una vez al año desde que llegó el barco de vapor caminando por el agua a la plantación. Al cabo de un tiempo incluso el invierno terminaba, y comenzábamos a ver la marca que había puesto David Hogganbeck en el embarcadero para mostrarnos cuándo habría crecido el caudal lo suficiente para que llegase el vapor caminando. Al tanto, el río alcanzaba la marca y, en efecto, en menos de dos soles llegaba el vapor con su silbato infernal a la plantación. Toda la Tribu —hombres y mujeres, niños y perros, e incluso la hermana de Herman Cesto, porque Ikkemotubbe se ocupaba de poner a su disposición un caballo que la llevase, y así sólo se quedaba Leño en el Río, y no en el

interior de la cabaña, por más que aún apretaba el frío, porque la tía de Herman Cesto no permitía que estuviera en el interior de la cabaña, ya que tendría que pasar por encima de él cada vez que quisiera entrar o salir, sino sentado en cuclillas, en su manta, en la veranda, con una vieja cacerola dentro de la manta con la que se abrigaba— se acercaba al embarcadero en pleno, a ver el piso superior del barco y la chimenea desplazándose entre los árboles, a oír cómo resoplaba la chimenea, cómo caminaba cada vez más deprisa con sus pies por el agua del río cuando no se desgañitaba con el silbato. Entonces nos llegaba el violín de David Hogganbeck, y el vapor entonces se acercaba caminando por el último trecho del río como un caballo de carreras, despidiendo bocanadas de humo negro y desplazando el agua con los pies, a un lado y a otro, como levanta un caballo a la carrera una polvareda en el camino, y el capitán Studenmare, que era a la vez el dueño del vapor, mascaba tabaco en una ventana y David Hogganbeck tocaba el violín en otra, y entre ellos asomaba la cabeza del esclavo, un muchacho que manejaba la rueda del timón y que no era mucho más que la mitad de grande que el capitán Studenmare y que no llegaba a ser ni un tercio de lo que era David Hogganbeck. Y durante todo el día proseguía el comercio, aunque en esto David Hogganbeck apenas tomaba parte. Y durante toda la noche continuaban los bailes, en los que David Hogganbeck tomaba parte muy notable. Como era mucho más grandullón que cualquiera de los jóvenes, más incluso que dos de los jóvenes juntos, y aun cuando nadie hubiera dicho que fuese un hombre hecho para la danza, ni para las carreras, era como si por tener un tamaño que doblaba a cualquiera también pudiera aguantar bebiendo el doble de whiskey que el que más, y por eso también aguantaba bailando el doble que los otros, tanto que uno por uno los jóvenes se iban cayendo derrengados y sólo él quedaba en pie sin dejar de bailar. Y además había carreras de caballos y comida en abundancia, y aunque David Hogganbeck no tenía caballos y tampoco cabalgaba, ya que ningún caballo hubiera soportado su peso y además haber emprendido el galope, todos los años tomaba parte en una competición, por el dinero, contra dos jóvenes elegidos por la Tribu, consistente en ver quién era capaz de comer más, y siempre ganaba David Hogganbeck. Luego el agua del río volvía hasta la marca que había hecho en el embarcadero y llegaba la hora de que el vapor zarpase cuando aún disponía de agua suficiente, en el río, para caminar a su manera.

Y luego no se marchó el barco. El río empezó a crecer un tanto, pero David Hogganbeck siguió tocando el violín en la veranda de Herman Cesto mientras la hermana de Herman Cesto revolvía algo para comer en la damajuana de plata e Ikkemotubbe se acomodaba sentado contra uno de los postes, vestido con sus mejores galas y con su gorro de piel de castor y Leño en el Río se tumbaba boca arriba en el suelo, con la armónica entre ambas manos, haciendo un cuenco, bien pegada a la boca, aunque no se le oía si estaba dando la murga o no. Entonces se

alcanzaba a ver la marca que David Hogganbeck había hecho en el embarcadero, cuando él aún tocaba el violín en la veranda de Herman Cesto, adonde Ikkemotubbe había llevado una mecedora desde su cabaña, para mejor sentarse, hasta que David Hogganbeck tuviera que marcharse con el fin de indicar al vapor todo el camino que lo llevase hasta Natchez. Y durante toda esa tarde la Tribu permaneció reunida en torno al embarcadero y vio a los esclavos en el vapor lanzar la leña a la panza del barco, para alimentar el vapor con que caminaba; y durante la mayor parte de esa noche, mientras David Hogganbeck bebía el doble y aguantaba bailando el doble de lo que hasta David Hogganbeck era capaz de beber y de bailar, es decir, que bebió cuatro veces más y bailó cuatro veces más de lo que hubiera bebido y bailado Ikkemotubbe, incluso un Ikkemotubbe que se hubiera por fin fijado en la hermana de Herman Cesto o que al menos se hubiese fijado en que otro se había fijado en ella, los más viejos de la Tribu permanecieron en torno al embarcadero y vieron a los esclavos lanzar la leña a la panza del barco no para hacerlo caminar, sino para que su voz fuese bien sonora mientras el capitán Studenmare se asomaba en el piso de arriba del barco, con el cabo de la cuerda del silbato atado al pomo de la puerta. Y al día siguiente el capitán Studenmare en persona se plantó en la veranda y sujetó el violín de David Hogganbeck.

—Estás despedido —le dijo.

—Muy bien —dijo David Hogganbeck. El capitán Studenmare volvió a sujetar el violín de David Hogganbeck.

—Pero tendremos que volver a Natchez, donde recibiré dinero para pagarte el finiquito.

—Usted deje el dinero que me debe en el bar —dijo David Hogganbeck—. Yo devolveré el barco la primavera que viene.

Entonces se hizo de noche. Entonces salió la tía de Herman Cesto y dijo que si se iban a pasar toda la noche ahí fuera al fresco, David Hogganbeck al menos tendría que dejar de tocar el violín, para que los demás pudieran dormir. Luego salió otra vez y dijo a la hermana de Herman Cesto que entrase y que se acostara. Entonces salió Herman Cesto.

—Vamos, compañeros —dijo—. Seamos razonables.

Salió entonces la tía de Herman Cesto y dijo que a la próxima pensaba sacar la escopeta del difunto tío de Herman Cesto. Así pues, Ikkemotubbe y David

Hogganbeck dejaron a Leño en el Río tendido en el suelo y bajaron de la veranda.

— Buenas noches — dijo David Hogganbeck.

— Voy contigo — dijo Ikkemotubbe. Así que atravesaron a pie la plantación, hasta llegar al barco de vapor. Se había hecho de noche y el barco ya no tenía fuego en las entrañas, porque el capitán Studenmare seguía dormido aún bajo el porche trasero de la cabaña de Issetibbeha—. Buenas noches — dijo Ikkemotubbe.

— Voy contigo — dijo David Hogganbeck. Así que atravesaron a pie la plantación en sentido inverso, hasta la cabaña de Ikkemotubbe. Pero David Hogganbeck no tuvo tiempo para darle las buenas noches, porque Ikkemotubbe se volvió sobre sus talones en cuanto llegaron a su cabaña, para emprender de nuevo el camino al barco. Echó entonces a correr, porque David Hogganbeck seguía sin dar la impresión de ser un hombre capaz de correr deprisa. Pero tampoco había dado la impresión de ser un hombre capaz de aguantar durante mucho tiempo bailando, de modo que cuando Ikkemotubbe llegó al barco y se volvió sobre sus talones y echó a correr de nuevo, seguía muy poco por delante de David Hogganbeck. Y cuando llegaron a la cabaña de Ikkemotubbe aún le sacaba muy poca ventaja a David Hogganbeck cuando se detuvo, respirando deprisa, aunque sólo un poco, y abrió la puerta para que entrase David Hogganbeck.

— No es que mi casa sea mucha casa — dijo —, pero es tuya.

Así pues, aquella noche los dos durmieron en la cama de Ikkemotubbe, en su casa. Y a la tarde siguiente, aunque Herman Cesto no hizo más que desearle que tuviera éxito, Ikkemotubbe mandó a mi padre y a John de Sylvester con la yegua ensillada para recoger a la tía de Herman Cesto, y él y Herman Cesto compitieron en la carrera de caballos. Y él cabalgó más veloz que nadie, más de lo que nadie cabalgó jamás en la plantación. Ganó por muchos cuerpos de ventaja y, como lo estaba viendo la tía de Herman Cesto, hizo que Herman Cesto se quedase con todo el dinero que había ganado, haciendo como que había ganado Herman Cesto la carrera, y esa noche mandó a Búho de Noche a que amarrase la jáquima del potro de carreras al pomo de la puerta de la cocina de Herman Cesto. Pero esa noche la tía de Herman Cesto ni siquiera les dio un aviso. Salió a la primera con la escopeta del difunto tío de Herman Cesto, y apenas transcurrió un instante cuando Ikkemotubbe descubrió que además de ir en serio también pensaba disparar contra él. Así que él y David Hogganbeck dejaron a Leño en el Río tendido en la veranda y se detuvieron un momento en casa de mi padre en su primer viaje entre la cabaña de Ikkemotubbe y el barco de vapor, aunque cuando mi padre y Búho de Noche por

fin encontraron a Ikkemotubbe para decirle que la tía de Herman Cesto debía de haberse llevado al potro a lo más profundo del bosque y que allí debía de haberlo escondido, porque no lo habían encontrado aún, Ikkemotubbe y David Hogganbeck estaban los dos dormidos como dos troncos en la cama de David Hogganbeck, en el vapor.

Y a la mañana siguiente llegó el tratante que vendía whiskey, y esa misma tarde Ikkemotubbe y los jóvenes invitaron a Leño en el Río al bosque y mi padre y John de Sylvester volvieron en busca del carromato del tratante y, con mi padre y John de Sylvester en el pescante y Leño en el Río tendido boca abajo, encima de la toldilla donde llevaba las barricas de whiskey, e Ikkemotubbe en pie sobre la toldilla, vestido con la casaca de general, bien gastada, que el general Jackson obsequió a Issetibbeha, con los brazos cruzados y un pie adelantado, plantado sobre la espalda de Leño en el Río, pasaron despacio por delante de la veranda, en donde David Hogganbeck tocaba el violín mientras la hermana de Herman Cesto revolvía algo para comer en la damajuana de plata. Y cuando mi padre y Búho de Noche hallaron esa noche a Ikkemotubbe para decirle que aún no habían encontrado el paraje en que la tía de Herman Cesto pudiera haber escondido el potro, Ikkemotubbe y David Hogganbeck estaban en la cabaña de Ikkemotubbe. Y a la tarde siguiente Ikkemotubbe y los jóvenes invitaron a David Hogganbeck al bosque y esta vez mucho tiempo pasó, y cuando volvieron David Hogganbeck conducía el carromato, con las piernas de Ikkemotubbe y del resto de los jóvenes colgadas de cualquier manera por la portezuela abierta de la toldilla, como si fueran sarmientos de parra o ramas arrancadas de una vid, y la casaca de general que fue de Issetibbeha iba amarrada por las mangas al cuello de una de las mulas. Y esa noche nadie salió en busca del potro, y cuando despertó Ikkemotubbe no supo al principio ni siquiera en dónde estaba. Y nada más despertar ya oyó el violín de David Hogganbeck, lo oyó antes incluso de poder moverse y alejarse de los jóvenes y salir de la toldilla donde iban las barricas, porque esa noche ni la tía de Herman Cesto ni Herman Cesto ni, al final, tampoco la escopeta del difunto tío de Herman Cesto hubieran bastado para convencer a David Hogganbeck de que abandonase la veranda y se largara con viento fresco, ni tampoco para persuadirle de que no siguiera dando la murga con el violín.

Y a la mañana siguiente Ikkemotubbe y David Hogganbeck se sentaron en cuclillas en un sitio tranquilo, en el bosque, mientras los jóvenes, exceptuados John de Sylvester y Búho de Noche, que seguían en busca del potro, montaban guardia.

—Pues entonces podríamos pelearnos por ella —propuso David Hogganbeck.

—Podríamos pelearnos por ella, sí —dijo Ikkemotubbe—. Pero los hombres blancos y los de la Tribu no pelean de la misma manera. Nosotros peleamos a cuchillo, para hacer daño de verdad y hacerlo deprisa. Eso estaría bien si a mí me tocase perder. Porque de ser así yo querría salir de verdad dañado. Pero si he de ganar yo, no es mi deseo que tú salgas dañado de verdad. Si he de ganar de veras, será necesario que tú estés aquí y que lo veas. El día de la boda, mi deseo es que estés presente, o al menos presente en alguna parte, y no que estés tendido, envuelto en una manta, sobre unas maderas, en el bosque, a la espera de la hora de entrar en tierra —entonces mi padre dijo que Ikkemotubbe puso la mano en el hombro de David Hogganbeck y que le sonrió—. Si con eso me diera por satisfecho, no estaríamos aquí sentados, discutiendo qué es lo que se debe hacer. Creo que de eso te has dado cuenta.

—Creo que sí —dijo David Hogganbeck.

Mi padre dijo entonces que Ikkemotubbe retiró la mano que había puesto en el hombro de David Hogganbeck.

—Y con el whiskey ya hemos probado.

—Eso ya lo hemos probado —dijo David Hogganbeck.

—Ni siquiera el potro de carreras y la casaca del general me han servido de mucho —dijo Ikkemotubbe—. Los tenía en reserva, como dos cartas repartidas boca abajo.

—No diría yo que la casaca fallara del todo —dijo David Hogganbeck—. Se te veía muy bien con ella.

—Sí, señor —dijo Ikkemotubbe—. Y lo mismo la mula —mi padre dijo entonces que no sonreía allí sentado en cuclillas junto a David Hogganbeck, haciendo surcos pequeños con un palo en la tierra—. Así que no nos queda sino una sola cosa —dijo—. Y en eso estoy yo derrotado antes de empezar siquiera.

Así pues, durante todo el día no probaron bocado. Y de noche, cuando dejaron a Leño en el Río tendido en la veranda de Herman Cesto, en vez de caminar tan sólo durante un rato y luego correr otro rato, yendo y viniendo entre la cabaña de Ikkemotubbe y el barco de vapor, comenzaron a correr nada más ponerse en marcha al salir de la casa de Herman Cesto. Y cuando se tendieron a dormir en el bosque lo hicieron donde iban a verse no sólo libres de la tentación de comer algo, sino también impedidos de hacerlo, en un sitio desde el que les quedase un buen

trecho a la carrera a modo de aperitivo, antes de llegar a la plantación para disputarse la carrera. Amaneció y volvieron corriendo a donde estaban mi padre y los jóvenes esperando a recibirlos a caballo y decir a Ikkemotubbe que no habían encontrado en qué sitio bajo el sol podía haber ocultado la tía de Herman Cesto el potro de carreras, y para escoltarlos de vuelta a la plantación, a donde tendría lugar la competición, pues allí esperaba la Tribu reunida en torno a la mesa, con la mecedora de Ikkemotubbe tomada de la veranda de Herman Cesto para que la ocupase Issetibbeha y un banco tras ella para que lo ocupasen los jueces. Primero hubo un receso, mientras un chiquillo de diez años daba la vuelta entera a la mesa del enfrentamiento y ellos recobraban el resuello. Luego, Ikkemotubbe y David Hogganbeck ocuparon sus puestos, uno a cada lado de la mesa, uno frente al otro, y Búho de Noche dio la señal de comenzar.

Primero, cada uno se zampó la cantidad de menudillos de pájaro estofados que pudo el otro servirle con ambas manos de la cacerola. Luego, cada uno comió tantos huevos de pavo silvestre como años tenía, Ikkemotubbe veintidós y David Hogganbeck veintitrés, aunque Ikkemotubbe rehusó esa ventaja que estaba de su parte y dijo que también él comería veintitrés. Después, David Hogganbeck dijo que él tenía derecho a comer uno más que Ikkemotubbe, de modo que se comió veinticuatro, hasta que Issetibbeha dijo a los dos que se callaran de una vez y que siguieran adelante, y Búho de Noche hizo la cuenta de las cáscaras de cada cual. Luego tuvieron que comer la lengua, las zarpas y el bazo de un oso, aunque Ikkemotubbe pasó un rato en pie, mirando su parte, y eso que David Hogganbeck ya se había puesto a comer la suya. Y a la mitad se detuvo y volvió a mirar como si no quisiera, y eso que David Hogganbeck ya estaba terminando su parte. Pero no pasó nada; esbozó una tenue sonrisa, como la que le habían visto esbozar los jóvenes al terminar una carrera a todo correr, presente en sus labios no por el hecho de estar vivo todavía, sino porque él era Ikkemotubbe. Siguió a lo suyo y Búho de Noche hizo la cuenta de los huesecillos, y las mujeres llevaron a la mesa el gorrín asado, e Ikkemotubbe y David Hogganbeck se situaron ante los cuartos traseros del animal y se miraron frente por frente, y Búho de Noche dio la señal de comenzar, pero luego dio la señal de que parasen.

—Traedme un poco de agua —dijo Ikkemotubbe. Así que mi padre le acercó la calabaza e incluso dio un sorbo. Pero el agua volvió fuera como si tan sólo le hubiese alcanzado al fondo del gznate y allí hubiese rebotado, e Ikkemotubbe dejó la calabaza sobre la mesa y se secó la cara inclinándose, con el faldón de la camisa, antes de darse la vuelta y largarse. La Tribu se hizo a un lado y a otro para abrirle paso.

Y aquella tarde ni siquiera fueron al sitio tranquilo, en lo más profundo del bosque. Se quedaron en la cabaña de Ikkemotubbe, mientras mi padre y los demás esperaban en silencio, al fondo. Mi padre dijo que Ikkemotubbe ya no sonreía.

—Ayer estaba yo en lo cierto —dijo—. Si he de perder frente a ti, mejor habría sido servirnos de los cuchillos. Ya lo ves —dijo, y mi padre dijo que entonces sí volvió a sonreír, igual que sonreía al terminar una carrera a todo correr, no por el hecho de estar vivo todavía, sino porque él era Ikkemotubbe—. Ya lo ves. Aunque haya perdido, no me conformo.

—Te tenía vencido antes de empezar —dijo David Hogganbeck—. Eso lo sabíamos los dos.

—Sí —dijo Ikkemotubbe—. Pero fui yo quien lo propuso.

—Entonces, ¿ahora qué propones? —dijo David Hogganbeck. Y mi padre dijo entonces que todos apreciaron a David Hogganbeck en ese momento tanto como apreciaban a Ikkemotubbe; en ese momento los apreciaron a los dos, e Ikkemotubbe se puso en pie ante David Hogganbeck, con la misma sonrisa en el rostro y la mano plana sobre el pecho de David Hogganbeck, porque en aquel entonces había hombres.

—Una vez más, y ya nunca más —dijo Ikkemotubbe—. La Cueva.

Entonces, David Hogganbeck y él se desnudaron, y mi padre y los demás los untaron de grasa, el cuerpo y el cabello, con una grasa de oso mezclada con hierbabuena, esta vez no sólo para que tuvieran mayor velocidad, sino también para resistir mejor, porque la Cueva se encontraba a ciento treinta millas de allí, en las tierras del viejo David Colbert: era una oquedad negra en un cerro, a la que el rastro de los animales salvajes se acercaba y se alejaba, y en la que era imposible convencer a un perro de que entrase ni siquiera moliéndolo a palos, en la que los chicos de toda la Tribu iban a pernoctar en su primera Noche-lejos-del-Fuego para demostrar si tenían o no la valentía que se precisa para ser hombres, porque entre toda la Tribu era sabido desde tiempo atrás que el mero sonido de un susurro, e incluso el aire alterado con un movimiento repentino, bastaba para que se cayera a pedazos el techo, por lo que todos creían que en algún momento ni siquiera iba a hacer falta un ruido, un movimiento brusco, nada, para que todo el cerro se desplomase sobre la Cueva. Ikkemotubbe tomó entonces las dos pistolas del baúl y les quitó la carga y las volvió a cargar.

—El primero que llegue a la Cueva tendrá que entrar y disparar su pistola —dijo—. Si sale con vida, habrá ganado.

—¿Y si no sale? —dijo David Hogganbeck.

—Entonces habrás ganado tú —dijo Ikkemotubbe.

—O tú —dijo David Hogganbeck.

Y mi padre dijo entonces que Ikkemotubbe volvió a sonreír ante David Hogganbeck.

—O yo —dijo—. Aunque me parece que ya te dije ayer que para mí una cosa así no será una victoria.

Ikkemotubbe colocó otra carga de pólvora con un relleno de guata y una bala en cada uno de los dos sacos medicinales, una para él y otra para David Hogganbeck, por si acaso el que entrase primero en la Cueva no perdiera pronto, y vestidos sólo con las camisas, y calzados, y salieron cada uno con su pistola y su saco medicinal sujeto de un cordel que se colgó del cuello, alejándose de la cabaña de Ikkemotubbe a la vez que echaban a correr.

Entonces anocheció. Luego fue noche cerrada, y como David Hogganbeck no conocía el camino fue Ikkemotubbe quien marcó el ritmo. Pero pasado un rato se hizo de día, y entonces sí fue capaz de correr David Hogganbeck gracias a la luz diurna, guiándose por las señales que le había descrito Ikkemotubbe cuando hicieron un alto a descansar junto a un arroyo, caso de que quisiera apretar el paso. Así que a veces era David Hogganbeck quien se adelantaba y a veces iba delante Ikkemotubbe, y David Hogganbeck adelantaba a Ikkemotubbe cuando éste se sentaba junto a un manantial o un arroyo a remojarse los pies, e Ikkemotubbe sonreía al ver pasar a David Hogganbeck y le saludaba agitando la mano. Luego, alcanzaba él a David Hogganbeck y lo adelantaba en campo abierto, y así atravesaron uno junto al otro las praderas, corriendo, Ikkemotubbe con la mano en el hombro de David Hogganbeck, no en el hombro del todo, sino apoyada levemente en su espalda, hasta que pasado un rato sonreía a David Hogganbeck y lo adelantaba. Pero entonces se puso el sol y volvió a ser noche cerrada, de modo que Ikkemotubbe resolvió ir más despacio e incluso detenerse hasta oír a David Hogganbeck y saber de cierto que David Hogganbeck le oía, y entonces apretó a correr de nuevo, de manera que David Hogganbeck pudiera guiarse por los ruidos que hacía en su carrera. Así pues, cuando David Hogganbeck cayó no dejó de oírlo

Ikkemotubbe, que volvió sobre sus pasos y encontró a David Hogganbeck tendido en la oscuridad, y lo volvió boca arriba y encontró agua en la oscuridad y se empapó la camisa y regresó y la escurrió para que el agua de la camisa gotease en la boca de David Hogganbeck. Y al cabo amaneció, despertó Ikkemotubbe y también encontró un nido en el que había cinco pajarillos que no habían levantado el vuelo y comió dos y le llevó los otros tres a David Hogganbeck y siguió su camino hasta estar en un paraje en el que David Hogganbeck ya no era capaz de verle y se volvió a sentar hasta que David Hogganbeck fue capaz de ponerse de nuevo en pie.

Y dio a David Hogganbeck las indicaciones para que a lo largo de ese día se orientase, hablando con David Hogganbeck por encima del hombro y sin dejar de correr, aunque David Hogganbeck no necesitara de indicaciones, porque nunca llegó a adelantar otra vez a Ikkemotubbe. Nunca se le llegó a acercarse más que a quince o veinte pasos, aunque una de las veces sí dio la impresión de que se acercaba más. Y es que esa vez fue Ikkemotubbe el que tuvo una caída. Y como de nuevo se encontraban en campo abierto, Ikkemotubbe pudo permanecer mucho tiempo tendido en tierra y vio llegar a David Hogganbeck. Se puso de nuevo el sol y de nuevo fue noche cerrada, y permaneció tendido, atento al ruido de David Hogganbeck, que se iba acercando, hasta que fue la hora de que Ikkemotubbe se levantara, y así lo hizo, y siguió avanzando despacio, a oscuras, mientras David Hogganbeck lo seguía acaso un centenar de pasos tras él, hasta que oyó caer otra vez a David Hogganbeck y tumbarse un rato. Amaneció un nuevo día y vio a David Hogganbeck ponerse en pie y acercarse despacio a él, y por fin quiso ponerse en pie y lo intentó, pero no lo hizo, y dio la impresión de que David Hogganbeck ya iba a alcanzarlo. Pero al fin sí se puso en pie, cuando David Hogganbeck se encontraba a cuatro o cinco pasos de distancia, y siguieron adelante hasta que David Hogganbeck volvió a caer, e Ikkemotubbe pensó entonces que vio caer a David Hogganbeck cuando en verdad resultó que también él había caído, sólo que se puso a cuatro patas y a gatas avanzó otros quince o veinte pasos hasta que también él quedó tendido. Y con el sol poniente ante sus ojos vio el cerro en el que estaba la Cueva, y lo siguió viendo a lo largo de la noche, y lo vio aún al alba.

Así que fue Ikkemotubbe quien entró antes en la Cueva, con la pistola amartillada en una mano. Contó que se detuvo tal vez un segundo a la entrada, acaso para mirar el sol que acababa de salir, o acaso para ver dónde se había detenido David Hogganbeck. Pero David Hogganbeck también había reanudado la carrera, y tan sólo le sacaba quince pasos de ventaja, veinte como mucho, además de que, por culpa de la maldita hermana de Herman Cesto, hacía lunas y más lunas que en ese sol no encontraba ni luz ni calor. Así pues, a la carrera entró en la Cueva y se volvió y vio a David Hogganbeck corriendo también al entrar en la Cueva.

—¡Atrás, imbécil! —le gritó, pero David Hogganbeck pese a todo entró corriendo en la Cueva ya cuando Ikkemotubbe apuntaba al techo y disparaba su arma. Y hubo un ruido, y un corrimiento, y una negrura, y una polvareda, e Ikkemotubbe contó que en ese momento pensó «Ay, ya viene». Pero no vino, y antes de que reinase del todo la negrura en la Cueva vio a David Hogganbeck precipitarse, abalanzarse, caer apoyado en las manos y las rodillas, y la negrura no fue una negrura completa, pues vio la luz del sol y el aire y el día al otro lado del túnel que formaban los brazos y las piernas de David Hogganbeck, que seguía a cuatro patas y que de ese modo soportaba la techumbre derruida sobre sus espaldas.

—Deprisa —dijo David Hogganbeck—. Entre mis piernas. Ya no puedo...

—No, hermano —dijo Ikkemotubbe—. Date prisa tú antes de que te aplaste. Retrocede.

—Deprisa —masculló David Hogganbeck entre dientes—. Deprisa, maldito seas.

E Ikkemotubbe hizo lo que le decía, y recordó las nalgas y las piernas sonrosadas de David Hogganbeck a la luz del día, y la laja de piedra que soportaba el peso de la techumbre derruida de un color también rosa a la luz del sol, sobre la espalda de David Hogganbeck. Pero no recordó dónde encontró el poste, no recordó de qué forma lo llevó él solo a la Cueva, ni cómo lo encajó en la oquedad, junto a David Hogganbeck, agachándose para situarse con la espalda debajo y levantarlo hasta saber de cierto que parte al menos del peso de la techumbre derruida se hallaba apoyada en el poste.

—Ahora, deprisa —le dijo.

—No —dijo David Hogganbeck.

—Deprisa, hermano —dijo Ikkemotubbe—. Ya no tienes todo el peso encima.

—Entonces no puedo moverme —dijo David Hogganbeck. Pero Ikkemotubbe tampoco podía moverse, porque tuvo que soportar entonces la techumbre derruida con la espalda y con las piernas. Así que alargó una mano y agarró a David Hogganbeck por la carne y lo arrastró para que retrocediera y saliera de la oquedad, hasta quedar tendido boca abajo en tierra. Y es posible que parte del peso de la techumbre reposara antes sobre el poste, pero entonces ya era todo el peso el que sostenía el poste, e Ikkemotubbe dijo que entonces pensó «Ay,

esta vez sí que viene». Pero fue el poste y no su espalda lo que se quebró, cayendo de través sobre David Hogganbeck, como si fueran los dos unos palos tirados de cualquier manera, y de la boca de David Hogganbeck manó un hilo de sangre de color vivo, como mana el agua en un manantial.

Pero al segundo día David Hogganbeck ya no vomitaba sangre, aunque Ikkemotubbe había recorrido a toda la velocidad que pudo cuarenta millas en dirección a la plantación, en donde lo recibió mi padre con el caballo que había preparado para que lo montase David Hogganbeck.

—Tengo una noticia que darté —le dijo mi padre en ese momento.

—Entonces es que habéis encontrado el potro —dijo Ikkemotubbe—. Muy bien, adelante. Vamos a sacar a ese maldito imbécil, a ese blanco...

—No, mi hermano. Espera —dijo mi padre—. Tengo una noticia que darté.

—Muy bien, de acuerdo —dijo Ikkemotubbe entonces.

Pero cuando el capitán Studenmare tomó prestada la carreta de Issetibbeha para regresar a Natchez se llevó también a los esclavos del barco de vapor. Así que mi padre y los jóvenes prendieron una fogata en las entrañas del vapor para que tuviese fuerza y echase a caminar, mientras David Hogganbeck permanecía sentado en el puente y tiraba cada tanto de la cuerda del silbato por ver si el vapor tenía fuerza suficiente, y con cada alarido del silbato se iban congregando más y más de la Tribu, hasta que por fin estuvo quizás toda la plantación en el embarcadero, exceptuando al viejo Issetibbeha, resueltos a ver cómo lanzaban los jóvenes la leña a las entrañas del barco, cosa que nunca se había visto al menos en nuestra plantación. Entonces tuvo fuerza el vapor y el barco echó a caminar y la Tribu comenzó a caminar a la par del barco, viendo a los jóvenes durante un buen rato, y luego a Ikkemotubbe y a David Hogganbeck durante un buen rato, a la vez que el vapor caminaba y se alejaba de la plantación, en donde apenas siete soles antes Ikkemotubbe y David Hogganbeck se pasaban el día entero y la mitad de la noche sentados como si tal cosa, hasta que la tía de Herman Cesto salía a la veranda con la escopeta del difunto tío de Herman Cesto, mientras Leño en el Río seguía tendido en el suelo, con la armónica entre ambas manos, haciendo un cuenco, bien pegada a la boca, y la esposa de Leño en el Río desgranaba el maíz o pelaba los guisantes para echarlos a la damajuana que su tía había heredado de su prima segunda, que la tenía en su poder por el matrimonio de su tía segunda con David Colbert, una damajuana de plata que se empleaba antaño para servir el vino. Fue

entonces cuando Ikkemotubbe se marchó del todo y pasó lejos mucho tiempo antes de volver llamándose Doom, con su nuevo amigo, el blanco al que nadie quería tener ningún afecto, como tampoco nadie se lo tenía a él, y con los ocho esclavos de más, a los que no tenía ocupación que darles, porque a veces alguien tendría que ponerse en pie e ir caminando a donde fuese sólo con tal de encontrar algo que pudieran hacer los esclavos que ya teníamos, y las prendas con encaje de hilo de oro y la cajita también de oro, llena de sales, con las que provocó la muerte de los otros cuatro cachorros, uno tras otro, y luego la de todo aquello que por casualidad se interpusiera entre Doom y aquello que le viniera en gana desear. Pero entonces aún no se había marchado. Entonces aún no era más que Ikkemotubbe, uno de los jóvenes, otro de los jóvenes a los que él tenía afecto, sin que ninguno le tuviera afecto, y entonces oyó las palabras y vio las cosas como eran, aun cuando, al igual que los jóvenes que fueron jóvenes antes de que él lo fuese y los que habían de ser jóvenes cuando él ya no lo fuese, siguiera sin acertar a entenderlas.

—¡Pero no son por ella! —dijo Ikkemotubbe—. Y ni siquiera son porque haya sido Leño en el Río. Tal vez sean por mí: que tal hijo de qué como es Leño en el Río haya sido capaz de provocar el deseo de que manen.

—No pienses más en ella —dijo David Hogganbeck.

—No pienso en ella. Ya no. ¿Lo ves? —dijo Ikkemotubbe cuando la luz del sol poniente le bañaba el rostro como si hubiera sido lluvia en vez de luz al entrar por la ventana—. Hubo un sabio, uno de los nuestros, que una vez dijo que el capricho de una mujer es como una mariposa que, revoloteando de flor en flor, se detiene al final justo en aquella sobre la que ya se ha detenido un caballo.

—Hubo un sabio, uno de los nuestros, llamado Salomón, que a menudo dijo algo muy semejante —dijo David Hogganbeck—. Tal vez la sabiduría sea una y la misma para todos los hombres, igual da quién la diga.

—Sí, señor. Ay. Al menos, para todos los hombres es igual el dolor que se tiene con el corazón partido —dijo Ikkemotubbe. Tiró entonces de la cuerda del silbato, porque el barco pasaba entonces por delante de la casa en que vivía Leño en el Río con su esposa, y el silbato del vapor fue idéntico al de la primera noche, aquella en que el capitán Studenmare aún pensaba que David Hogganbeck acudiría a su llamada y le indicaría el camino de regreso a Natchez, y siguió tirando de la cuerda hasta que David Hogganbeck impidió a Ikkemotubbe que siguiera tirando. Y es que iban a tener necesidad del vapor, porque el barco no siempre caminaba. A veces avanzaba a rastras, y cada vez que sacaba los pies del agua aparecían

cubiertos de fango, y a veces ni siquiera avanzaba a rastras, al menos hasta que David Hogganbeck tiraba de la cuerda del silbato tal como habla el jinete con un caballo recalcitrante y le recuerda quién es el que ordena y manda. Luego volvió a avanzar a rastras y luego volvió a caminar, hasta que al fin la Tribu ya no pudo seguir a su paso, y aún dio un alarido más, tras la última curva, y ya no se volvieron a ver ni las negras siluetas de los jóvenes que saltaban al arrojar la leña a sus rojas entrañas ni se volvió a oír su voz en la plantación ni en la noche. Así eran las cosas en los viejos tiempos.^[*]

¡He ahí...!^[49]

El Presidente se encontraba inmóvil en la puerta del vestidor presidencial, completamente vestido, pero sin haberse puesto aún las botas. Eran las seis y media de la mañana y nevaba; ya había pasado una hora entera ante la ventana, viendo nevar. Se encontraba ahora junto a la puerta de acceso al pasillo, completamente inmóvil, en calcetines, levemente encorvado por su delgadez y su estatura, como si estuviera pendiente de algo y aguzase el oído, en el rostro una expresión atenta, pero sin rastro de humor, puesto que el humor había abandonado su situación y su visión de la misma casi tres semanas antes. En el puño, pegado al flanco, bajo, lacio, sujetaba un espejo de mano de elegante diseño francés, tal como el que debiera haber estado descansando sobre el tocador de una señora: desde luego, a esa hora de un día del mes de febrero.

Por fin posó el puño sobre el pomo de la puerta y la abrió infinitesimalmente; bajo el peso de su mano, la puerta se abrió unos centímetros sin hacer ningún ruido; aún con ese mismo silencio infinitesimal arrimó el ojo a la rendija y vio, sobre la gruesa, lujosa alfombra del pasillo, un hueso. Era un hueso cocinado, una costilla; aún tenía adheridas unas hebras de carne en las que eran visibles en dos medias lunas mudas, superpuestas, las huellas de unos dientes humanos. Con la puerta abierta también le llegaron las voces. Aún sin hacer ruido, con un cuidado extremo, elevó y adelantó el espejo. Por un instante se fijó en su reflejo y se detuvo un rato, y con una suerte de fría incredulidad examinó su rostro, el rostro del luchador taimado y corajudo que había sido, del experto punto menos que infalible a la hora de anticiparse a los demás, de controlar al hombre y sus fechorías, en ese momento inscrito en el aturdimiento desamparado de un niño. Luego inclinó un poco el espejo hasta ver el pasillo reflejado. Sentados en el suelo, acucillados sobre la alfombra, uno enfrente del otro como si mediara entre ellos un arroyo, vio a dos hombres. No reconoció sus rostros, si bien conocía el Rostro, puesto que lo había contemplado de día y había soñado con él de noche durante tres semanas ya. Era un rostro achatado, oscuro, tirando a plano, mongoloide: secreto, decoroso, impenetrable, grave. Lo había visto repetido hasta la saciedad, hasta que dejó de contar, de calcular incluso cuántos eran; también entonces, aun cuando vio a los dos hombres acucillados, aunque oyó las dos voces hablando quedas, le pareció que en algún momento de idiotez, a fuerza de insomnio atenuado, de esfuerzo, estaba mirando a un solo hombre que se viese en un espejo.

Llevaban gorros de piel de castor y levitas nuevas; quitando el detalle menor de los cuellos y los chalecos iban vestidos de manera impecable —aunque aún era temprano para tales galas— con antelación a la hora, al menos hasta la cintura. Pero es que de ahí para abajo la credulidad y el sentido del decoro eran objeto de un ultraje. De un simple vistazo cualquiera hubiese dicho que habían salido intactos de la Inglaterra picwickiana, quitando que las ropas ceñidas, de colores claros, no estaban rematadas por los consiguientes botines, ni por calzado de ninguna clase, sino por unos pies descalzos, casi negros. En el suelo, junto a cada uno de los dos, había un hatillo de tela oscura perfectamente enrollado; junto a cada uno de los hatillos, a su vez, mudos, punta con punta y tacón con tacón, como si los ocupasen centinelas invisibles enfrentados uno con otro en el pasillo, había dos pares de botas sin estrenar. De un cesto de mimbres de roble de Virginia, junto a uno de los dos hombres acuclillados, asomó de súbito la cabeza como de serpiente y el cuello de un gallo de pelea, que miró al tenue destello del espejo con un ojo amarillo, ofendido. De allí le llegaban las voces plácidas, decorosas, quedas:

—Ese gallo de poca cosa ha servido por aquí.

—Muy cierto. Con todo, ¿quién sabe? Además, no pude dejarlo allá en casa, con esos malditos indios perezosos. A la vuelta no encontraría ni una pluma. Eso lo sabes ya. Pero es un engorro tener que andar con esta jaula de acá para allá y llevarla a cuestras a todas horas.

—Es que todo esto es un engorro, si quieres que te diga lo que pienso.

—Tú lo has dicho. Pasarnos la noche entera aquí sentados delante de esta puerta, sin un arma ni nada. Supón que los malos quisieran entrar en plena noche: ¿qué podríamos hacer nosotros? Eso, claro, si es que alguien quisiera entrar. Porque yo no.

—Nadie quiere. Es un honor.

—¿Honor de quién? ¿Tuyo? ¿Mío? ¿De Frank Weddel?

—Honor del hombre blanco. Tú a los blancos no los entiendes. Son como niños: hay que manejarlos con cuidado, nunca se sabe qué van a hacer después. Así que si es norma que los invitados se pasen la noche entera acuclillados aquí, a la fresca, delante de la puerta de ese hombre, no nos queda otra. Además, ¿no estás mejor aquí dentro que ahí fuera, con la nevada que está cayendo, en una de esas dichosas tiendas?

—Tú lo has dicho. Vaya clima. Vaya país. Yo no me quedaría con esta ciudad ni así me la regalaran.

—Pues claro que no. Pero es que los blancos son así: no hay quien entienda sus gustos. Mientras tengamos que estar aquí, tendremos que actuar como creen los blancos que tienen que actuar los indios. Y es que nunca se sabe, hasta que ya es tarde nunca se sabe qué ha hecho uno para insultarlos o asustarlos. Como es tener que hablar a todas horas como habla el hombre blanco...

El Presidente retiró el espejo y cerró la puerta sin hacer ruido. Una vez más permaneció en silencio, inmóvil, en medio de la estancia, cabizbajo, meditando, desconcertado y a pesar de todo indomable, puesto que no era la primera vez que había de poner al mal tiempo buena cara; desconcertado porque había de dar la cara no a un enemigo en campo abierto, sino que estaba cercado en su propio despacho, encumbrado y solitario, por aquellos para quienes era como un padre por designación legal, si no divina. En el férreo silencio del amanecer invernal, clarividente a través de los muros, le pareció que fuese ubicuo, uno con el despertar de la solemne Casa. Invisible, y preso de una suerte de horror producido por tanta cavilación, era como si formase parte de cada uno de los grupos de sus visitantes sureños —el que se había instalado ante la puerta, el otro más grande, como figuras talladas en piedra, acampado en la rotonda misma de esa apoteosis concreta y visible en que se alzaba la cúpula del orgullo de la juvenil Nación— con sus gorros de piel de castor y sus levitas y su ropa interior de lana. Con los pantalones bien enrollados bajo el brazo y los zapatos vírgenes en la otra mano, decorosos, serenos, tras las caras de asombro y los entorchados de oro, las espadas, las condecoraciones, las estrellas de los diplomáticos europeos.

—Maldita, maldita, maldita sea —dijo el Presidente en voz baja. Atravesó la estancia deteniéndose a coger sus notas de donde las había dejado, junto a una silla, y se acercó a la puerta contraria. De nuevo se detuvo y abrió la puerta con demasiado esmero, con demasiado sigilo, por la fuerza de la costumbre adquirida en tres semanas de fatalismo expectante, aunque del otro lado sólo estuviera su esposa durmiendo plácidamente en la cama. Atravesó también el dormitorio con las botas en la mano, deteniéndose a dejar el espejo en el tocador, entre las demás piezas con las que constituía un juego que la recién renovada República de Francia había obsequiado a su antecesor, y de puntillas salió a la antesala, donde un hombre de largo capote se puso en pie, también descalzo. Se miraron uno a otro con sobriedad.

—¿Está despejado el campo? —dijo el Presidente en voz baja.

—Sí, General.

—Bien. ¿Y usted ha...? —el otro le mostró un capote largo, sencillo—. Bien, bien —dijo el Presidente. Se echó el capote sobre los hombros antes de que el otro se pudiera mover—. Ahora el...

Esta vez se anticipó el otro; el Presidente se encasquetó el sombrero inclinándolo bien sobre la frente. Salieron de puntillas, con las botas en la mano.

En la escalera de atrás hacía frío; los dedos de los pies de ambos, mal protegidos por los calcetines, se encogieron alejándose de los peldaños, el vaho del aliento de ambos vaporizado tenuemente. Bajaron en silencio, se sentaron en el último peldaño y se calzaron las botas.

Seguía nevando, copos invisibles entre el cielo del color de la nieve y la nieve que daba color a la tierra, que parecían materializarse con brusquedad violenta y callada sobre el oscuro orificio de los establos. Cada arbusto, cada matojo, parecía un globo blanco cuyos contornos oscuros, velados, descendieran leves, inmóviles, hasta la tierra blanca. Dispersadas a su vez entre ellos, con cierta irregularidad, había una docena de tiendas, de cuyas cúspides ascendía una fina columna de humo en medio de la nieve que seguía cayendo sin el concurso del viento, como si la nieve misma estuviera en un estado de plácida combustión. El Presidente las miró una sola vez, pesaroso.

—Vamos allá —dijo. El otro, cabizbajo, con el capote ceñido en torno al rostro, avivó el paso y se coló a hurtadillas en los establos. Malhadado sea el día en que esas dos palabras se apliquen al militar al mando de una partida, de una nación, aunque el Presidente caminaba tan cerca de él que el aliento de ambos formaba una sola nube. Y malhadado fuese el día en que así se hubiese de aplicar la palabra *huida*, si bien apenas penetraron en el establo salieron ya montados y al trote, y atravesaron la extensión de hierba, las tiendas escondidas bajo la nieve, camino de la cancela que daba acceso a una avenida todavía embrionaria, que con el tiempo había de ser escenario sobre el cual cada cuatro años desfilara la orgullosa panoplia del codicioso haber de los hombres de la joven Nación para admiración y envidia y pasmo del cansino mundo. En cambio, en ese momento, la cancela estaba ocupada por esos augures más inmediatos que espléndidos.

—Vaya con cuidado —dijo el otro, y tensó las riendas. Se hicieron a un lado, el Presidente se cubrió el rostro con el capote, y dejaron paso a la partida: los hombres chaparros, de anchos hombros y rostro oscuro, oscuros sobre la nieve, los

gorros de castor, las levitas de etiqueta, las piernas macizas y cubiertas del muslo al tobillo por unos calzones de lana. Entre ellos se movían tres caballos a cuyos lomos habían afianzado las osamentas de seis ciervos. Pasaron de largo, cruzándose con los dos jinetes sin mirarlos.

—Maldita, maldita, maldita sea —dijo el Presidente—. Han tenido buena caza —añadió en voz alta.

Uno de los del grupo lo miró un instante.

—Más o menos —dijo con cortesía, con placer, sin inflexión de la voz, siguiendo su camino.

—No he visto que porten armas —dijo el otro cuando siguieron.

—Ya —dijo el Presidente pesaroso—. Eso también tengo que verificarlo. Di órdenes estrictas... Maldita, maldita, maldita sea —dijo contrariado—. ¿También llevan los pantalones enrollados bajo el brazo cuando van de caza? ¿Lo sabe usted?

El Secretario estaba desayunando, aunque no comía nada. Rodeado de platos que no quiso probar, estaba sentado en batín, sin afeitarse, con un gesto de preocupación excesiva a la vez que ojeaba el periódico junto al plato vacío. Ante el fuego de la chimenea estaban dos hombres: uno, un jinete con nieve sin derretir aún sobre el capote, sentado en un asiento de madera; el otro en pie, obviamente el secretario del Secretario. El jinete se levantó al entrar el Presidente y su acompañante.

—Siéntese, siéntese —dijo el Presidente. Se acercó a la mesa despojándose del capote, que el secretario se acercó a recoger—. Denos algo de desayunar —dijo el Presidente—. Ni nos atrevemos a ir a casa —tomó asiento; el Secretario le sirvió en persona—. ¿Y ahora qué pasa? —inquirió el Presidente.

—¿Y usted me lo pregunta? —dijo el Secretario. Tomó el periódico y lo miró con el ceño fruncido—. Esta vez, de Pensilvania —golpeó el periódico—. Maryland, Nueva York y ahora Pensilvania. Al parecer, lo único que los arredra es la temperatura del agua en el río Potomac —hablaba con aspereza, irascible—. Quejas, quejas y más quejas. Veá, un granjero de los alrededores de Gettysburg. Su esclavo negro estaba en el establo, ordeñando a la luz de un farol, de noche, cuando —el negro sin duda pensó en doscientos, puesto que el granjero calculó que eran diez o doce— saltaron de pronto en la oscuridad, con sus sombreros de copa, cuchillo en mano, desnudos de la cintura para abajo. Resultado, el de siempre: un establo, con

todo su heno y su vaca, destruido al derribar el farol, además de un esclavo capaz al que se vio por última vez abandonar el escenario a una velocidad de espanto, camino del bosque, a estas alturas sin duda muerto de miedo o por intervención de los animales salvajes. Adeuda el Gobierno de Estados Unidos: por el establo y el heno, cien dólares; por la vaca, quince; por el esclavo negro, doscientos. Los exige en metálico.

—¿Es eso? —dijo el Presidente, comiendo con voracidad—. Supongo que el negro y la vaca los tomaron por los espectros de los soldados que allí batallaron antaño.

—Me pregunto si no pensaron que la vaca era un ciervo —dijo el jinete.

—Sí —dijo el Presidente—. Ésa es otra cosa que quiero...

—¿Y quién no los iba a tomar por cualquier cosa que haya en la tierra? —dijo el Secretario—. Todo el litoral del Atlántico al norte del río Potomac está en manos de seres que visten gorros de piel de castor y levitas y calzones de lana, que aterran a las mujeres y a los niños, que pegan fuego a establos y graneros y se llevan a los esclavos, matando ciervos...

—Sí —dijo el Presidente—. Algo querría yo decir al respecto. Al salir me encontré con una partida que regresaba. Seis ciervos traían. Creí haber dado órdenes estrictas de que no se permitiera el uso de armas de fuego.

Volvió a tomar la palabra el jinete.

—No usan armas de fuego.

—¿Cómo? —dijo el Presidente—. Pero si yo mismo he visto...

—No, señor. Usan cuchillos. Rastrean el paradero de los ciervos, los localizan, les cortan el cuello.

—¿Cómo? —dijo el Presidente.

—Como se lo cuento, señor. He visto uno de esos ciervos. No tenía otra marca que el cuello rajado hasta el hueso de un solo tajo.

—Maldita, maldita, maldita sea —volvió a decir el Presidente. Calló, y el Soldado maldijo a sus anchas un rato. Los demás escuchaban con seriedad,

apartando la mirada con cuidado, salvo el Secretario, que había tomado otro periódico—. Si pudiera usted convencerlos de que no se quiten los pantalones... —dijo el Presidente—. Al menos estando en la Casa...

El Secretario lo miró con asombro, el cabello encrespado como el de una cacatúa irritada, gris plumizo.

—¿Yo, señor? ¿Convencerlos yo?

—¿Por qué no? ¿Acaso no dependen de su departamento? Yo sólo soy el Presidente. Condenación. Si hemos llegado al extremo en que mi esposa ni sale de su dormitorio, ni se atreve a recibir a otras señoras... ¿Cómo le voy a explicar al embajador de Francia, por ejemplo, por qué no se atreve su señora esposa a visitar a la mía, porque resulta que los pasillos y la entrada misma de la Casa están bloqueados por indios chickasaw semidesnudos, que duermen en el suelo o mordisquean unas costillas medio crudas? Y yo mismo he de esconderme y huir de mi mesa y pedir un desayuno, mientras el representante oficial del Gobierno no tiene nada que hacer además de...

—... además de explicar de nuevo, todas las mañanas, al Tesoro —dijo el Secretario con ira subida—, por qué hay que dar otros trescientos dólares en metálico a otro granjero holandés de Pensilvania en reparación por la destrucción de su granja y su ganado, y explicar al Departamento de Estado que la capital no está sitiada por unos demonios llegados del infierno, y explicar al Departamento de Guerra por qué hay que abrir de un tajo a cuchillo un agujero de ventilación en doce tiendas de campaña nuevecitas, del ejército, de un tajo a cuchillo...

—De eso ya me he percatado —dijo el Presidente con suavidad—. Lo olvidé.

—Ja. Su Excelencia se había percatado —dijo con vehemencia el Secretario—. Su Excelencia lo vio y lo olvidó. Yo ni lo he visto ni me puedo permitir el lujo de olvidarlo. Y ahora Su Excelencia se pregunta por qué no les convengo yo de que no se quiten los pantalones.

—Parece que no sería difícil —dijo el Presidente contrariado—. El resto de su vestimenta parece que les place mucho. Claro que de gustos no hay quien entienda —siguió comiendo. El Secretario lo miró a punto de decir algo, pero no lo hizo. Mientras miraba al olvidadizo Presidente afloró en su rostro una expresión curiosa, disimulada; su cabello crespo, gris y airado, dio la impresión de desinflarse. Cuando habló lo hizo en un tono conciliador. Los otros tres miraban al Presidente

con expresiones curiosas, disimuladas.

—Desde luego —dijo el Secretario—. De gustos no hay quien entienda. Aunque sí parece que cuando a uno se le ha obsequiado un disfraz en prueba de honor y de estima, por no decir de decoro, y el obsequio se lo hace además el jefe de una... bueno, de una tribu...

—Es justo lo que pensaba yo —dijo el Presidente con toda inocencia. Dejó de masticar—. ¿Eh? —dijo de pronto, y alzó la mirada. Los tres subalternos apartaron los ojos, pero el Secretario siguió mirando al Presidente con esa expresión conciliadora, secreta—. ¿Qué demonios quiere decir?

Bien sabía lo que quiso decir el Secretario, al igual que los otros tres. Uno o dos días después de que llegara su invitado sin anunciarse, y cuando la sorpresa inicial había disminuido, el Presidente ordenó que les dieran ropa nueva. Con cargo a su propio bolsillo indicó a los sastres y sombrereros que lo hicieran, tal como hubiese ordenado actuar a los armeros y fabricantes de munición en caso de emergencia de guerra; a la sazón, así pudo calcular cuántos eran, al menos los hombres, y en cuarenta y ocho horas transformó al séquito abigarrado y taciturno de su invitado, dándole al menos una apariencia de decoro. Luego, dos mañanas después, el invitado —a medias chickasaw, a medias francés, un hombre chaparro, obeso, con el rostro de un bandolero de Gasuña y los modales de un eunuco mimado, con encajes deslucidos en el cuello y en los puños, que durante tres semanas lo tuvo obsesionado en sus horas de vigilia y en sus sueños interrumpidos con blanda ineluctabilidad— acudió formalmente a verle cuando su esposa y él aún estaban en cama, a las cinco de la mañana, con dos de sus acompañantes que portaban un fardo y con lo que al Presidente le parecieron al menos otros cien, mujeres y niños incluidos, que se apelotonaron en silencio en el dormitorio, al parecer resueltos a ver cómo se lo ponía, y es que era un disfraz —incluso en el espanto y en el sobresalto del momento el Presidente tuvo tiempo para preguntarse enloquecido en qué rincón de la capital lo habría encontrado Weddel (o Vidal)—, una masa, una red de entorchados de oro, con su cinto y su vaina, sus hombreras, su fajín y su espada, sujetos unos con otros de mala manera por medio de una tela verde, brillante, que le obsequió en correspondencia a su obsequio. A eso se refería el Secretario mientras el Presidente lo miraba enojado y mientras los otros tres, a espaldas de ambos, miraban el fuego con inmóvil gravedad.

—Haga su chiste —dijo el Presidente—. Cuanto antes. ¿Ha terminado ya de reírse?

—¿Me río yo? —dijo el Secretario—. ¿De qué?

—Bien —dijo el Presidente. Empujó los platos apartándolos—. Ahora podemos ponernos manos a la obra. ¿Tiene usted algún documento al que necesite referirse?

Se acercó el secretario del Secretario.

—¿Traigo los demás papeles, señor?

—¿Papeles? —dijo el Secretario, y volvió a erizársele la cresta—. ¿Para qué demonios necesito yo ningún papel? ¿En qué otra cosa llevo tres semanas pensando de noche y de día?

—Bien, bien —dijo el Presidente—. Suponga que repasa un momento la cuestión, no sea que se me haya olvidado algún detalle más.

—Su Excelencia es un hombre afortunado si de veras logra olvidarse —dijo el Secretario. Del bolsillo del batín sacó unas antiparras con montura de acero, pero las usó tan sólo para mirar de nuevo al Presidente con su enojo de cacatúa crestada—. Ese individuo, el tal Weddel, o Vidal, o como se llame, con su familia o su clan o lo que sea, reclaman de su propiedad toda la región de Mississippi que se halla en la orilla oeste del río en cuestión. Ah, la concesión está en regla, de eso se encargó su padre, un francés de Nueva Orleáns. Bien, pues resulta que frente a sus tierras o plantación o lo que sea se encuentra el único vado que hay en un tramo de unas trescientas millas.

—Todo eso ya lo sé —dijo el Presidente con impaciencia—. Como es natural, lamento que exista siquiera una forma de cruzar el río. Por lo demás, no termino de entender qué...

—Ellos tampoco —dijo el Secretario—. Hasta que llegó el hombre blanco.

—Ah —dijo el Presidente—. El hombre que fue ases...

El Secretario alzó una mano.

—Espere. Permaneció un mes con ellos dedicado ostensiblemente a la caza, puesto que se ausentaba durante todo el día, aunque es evidente que lo que hizo fue asegurarse de que no hubiera otro vado en las inmediaciones. Nunca regresó con las piezas cobradas. Me imagino que se tuvieron que reír de él como se suelen reír

ellos.

—Sí —dijo el Presidente—. A Weddel tuvo que hacerle mucha gracia.

—... o Vidal, comoquiera que se llame —dijo el Secretario con nerviosismo—. No parece que sepa ni que le importe cómo se llama.

—Siga —dijo el Presidente—. Estábamos en lo del vado.

—Sí. Un día, pasado un mes, el hombre blanco se ofreció a comprar parte de las tierras del tal Weddel, Vidal, maldita...

—Llamémoslo Weddel —dijo el Presidente.

—... del tal Weddel. No es que fuera gran cosa: una parcela del tamaño de esta sala, por la cual Weddel o Vi... le pidió un precio exorbitante. No por deseo de explotarlo, entiéndame; no cabe duda de que Weddel hubiese dado al hombre aquella parcela sin que mediase pago, o la hubiese perdido jugando al hínque, puesto que a ninguno de los dos se les había pasado aparentemente por la cabeza que la parcela que deseaba el hombre contenía la única entrada o salida posible al vado. No cabe duda de que la negociación se dilató por espacio de varios días, semanas tal vez, como si fuese un juego o un mero pasatiempo en las tardes o noches de ocio, con los testigos riendo a carcajadas, contentos, ante tan feliz escena. Tuvieron que reírse una barbaridad, sobre todo cuando el hombre pagó a Weddel el precio acordado; tuvieron que reírse como locos, ya lo creo, cuando después vieron al hombre blanco bajo el sol, construyendo una verja en torno a su propiedad, pues sin duda no se les pasó por la cabeza que el hombre blanco había vallado la única entrada del vado.

—Sí —dijo el Presidente—, pero no termino de ver...

El Secretario volvió a alzar la mano, pontifical, admonitorio.

—Ni ellos. No al menos hasta que llegó el primer viajero y cruzó el vado. El hombre blanco había construido una valla para cobrar peaje.

—Ah —dijo el Presidente.

—Sí. Y tuvo que resultarles sin duda divertido ver cómo el blanco se sentaba a la sombra, pues había colgado un bolso de piel de ciervo en un poste, para que los viajeros depositaran sus monedas, y tenía la valla dispuesta de modo que la

accionaba por medio de una cuerda, desde el porche de su domicilio, de una sola estancia, sin tener que levantarse. Y así empezó a adquirir propiedades. Entre ellas, el caballo.

—Ah —dijo el Presidente—. Ahora veo por dónde vamos.

—Sí. A eso llegaron deprisa. Parece que la competición se disputó entre el caballo del hombre blanco y el caballo del sobrino, y en liza estuvo el vado y el peaje, que el blanco se jugó contra unos mil acres de tierra. Perdió el caballo del sobrino. Y esa noche...

—Ah —dijo el Presidente—. Creo que ya entiendo. Y esa noche el hombre blanco fue ases...

—Digamos que murió —dijo el Secretario con gazmoñería—, que es lo que se dice en el informe que redactó el agente encargado de supervisar a los indios de la región, aunque en un comunicado privado añadió que la causa de la muerte del hombre blanco parece que fue una fractura de cráneo. Pero eso no está ni aquí ni allá.

—No —dijo el Presidente—. Está allá mismo, en la Casa —donde llevan ya tres semanas, hombres, mujeres, niños y esclavos negros, que han venido desde más de mil quinientas millas de distancia en lentas carretas, viajando desde el día de finales del otoño en que el agente de los chickasaw parece que inquirió sobre la muerte del hombre blanco. Mil quinientas millas recorridas, por los pantanales y ríos, en invierno, atravesando la espina dorsal del este del continente, por donde no hay caminos, conducidos por ese déspota manso, obeso, mestizo y patriarcal, dormitando en su carruaje, su sobrino al lado, y una mano gordezuela, cargada de anillos, bajo la catarata de encajes deslucidos, puesta sobre la rodilla del sobrino para que diera la cara ante el delito del que se le acusaba—. ¿Por qué no se lo impidió el agente? —añadió.

—¿Impedírselo? —exclamó el Secretario—. Tuvo que rebajarse al final y adquirir el compromiso de que el sobrino fuese juzgado in situ, por los propios indios, reservándose tan sólo la intención de dismantelar la casamata del peaje, puesto que nadie conocía al hombre blanco. Pero ni por éstas. El sobrino ha de comparecer ante usted, para que usted en persona lo absuelva o lo condene.

—¿Y no pudo impedir el agente que vinieran los demás? ¿No pudo evitar que los demás...?

—¿Impedírselo? —volvió a exclamar el Secretario—. Escúcheme. Se trasladó hasta allí y vivió... Weddel, Vi... ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! A ver, ¿por dónde iba? Ah. Weddel le dijo que la casa era suya; pronto lo fue. ¿Cómo iba a darse cuenta de que cada mañana eran menos los presentes, menos que la noche anterior? ¿Se hubiera dado cuenta usted? ¿Se daría cuenta ahora?

—Ni siquiera lo intentaría —dijo el Presidente—. A lo sumo, proclamaría un día de acción de gracias en toda la Nación.^[50] Así que se le fugaban por la noche.

—Sí. Weddel y el carruaje y unas cuantas carretas fueron los primeros en partir. Llevaban un mes de ausencia antes de que el agente se diera cuenta de que todas las mañanas mermaba el número de los que aún quedaban por allí. Cargaban las carretas y se largaban de noche. Familias enteras, con los abuelos, los padres, los hijos, los esclavos, los enseres, los perros... Con todo. ¿Por qué no? ¿Por qué iban a abstenerse de estas vacaciones a expensas del Gobierno? ¿Por qué se iban a perder, siendo el precio un simple viaje de mil quinientas millas y en lo más duro del invierno, los privilegios y placeres que comportan unas cuantas semanas o meses de estancia, con sus nuevos gorros de piel de castor, con sus levitas de buen paño, con su ropa interior, en la residencia del benefactor, del Padre Blanco?

—Sí —dijo el Presidente—. ¿Y usted le ha dicho que aquí al sobrino no se le acusa de nada?

—Sí. Y que si vuelven a sus tierras el agente en persona proclamará públicamente la inocencia del sobrino en la ceremonia que ellos consideren más idónea. Y me dijo... ¿cómo lo dijo? —el Secretario había adoptado un tono plácido, casi cadencioso, en imitación del hombre al que citaba—: Todo lo que deseamos es que se haga justicia. Si este estúpido muchacho ha asesinado a un hombre blanco, creo que deberíamos saberlo.

—Maldita, maldita, maldita sea —dijo el Presidente—. De acuerdo. Que se dé curso a la investigación. Que vengan aquí, acabemos de una vez con todo esto.

—¿Aquí? —dijo el Secretario sobresaltándose—. ¿En mi casa?

—¿Por qué no? Yo los he tenido en la mía por espacio de tres semanas. Alójelos usted durante una hora —se volvió a su acompañante—. Deprisa. Dígales que los esperamos aquí para celebrar el juicio de su sobrino.

Y así el Presidente y el Secretario se sentaron tras la mesa despejada y miraron al hombre que permanecía en pie, enmarcado entre las puertas abiertas por

las que había entrado, sujetando al sobrino de la mano como un tío que por vez primera guiase a un pariente joven y provinciano por un museo metropolitano de figuras de cera. Inmóviles, contemplaban al hombre barrigudo, blando, de frente a ellos con su rostro blando, mansurrón, inescrutable, la nariz alargada, monacal, los párpados soñolientos, las mejillas flácidas, color de café con leche, por encima de una espuma de encajes deslucidos, de una elegancia pasada de moda cincuenta años antes, esfumada, y una boca carnosa, muy roja. Con todo, algo había tras su expresión facial, tras su tedioso desencanto, como lo había tras la voz mansa y los modales casi femeninos, algo acechante, distinto: algo terco, taimado, impredecible, despótico. Tras él se habían apiñado, en silencio, serios, decorosos, los miembros de su oscuro séquito, con sus gorros de castor y sus levitas de buen paño y sus calzones de lana, cada uno con los pantalones bien enrollados bajo el brazo.

Permaneció en pie un poco más, mirando de uno en uno hasta dar con el Presidente.

—Ésta no es tu casa —le dijo en tono de blando reproche.

—No —repuso el Presidente—. Ésta es la casa de este jefe, al que yo mismo he nombrado para que sea quien imparta justicia entre mi pueblo indio y yo. Él administrará la justicia.

—Eso es todo lo que deseamos —dijo el tío con una imperceptible inclinación.

—Bien —dijo el Presidente. En la mesa, ante sí, tenía un tintero, una pluma, una caja de arenilla secante y muchos papeles orlados, con sellos de oro, muy a la vista, aunque nadie podría haber precisado si con aquella mirada tan circunspecta había parado mientes en ellos. El Presidente miró al sobrino. Joven, delgado, el sobrino permanecía en pie con la muñeca de la mano derecha sujeta por la gordezuela mano del tío, sobre la que caía la espuma del encaje que le adornaba el puño, y contemplaba al Presidente con serenidad, con seriedad, con reposada atención. El Presidente mojó la pluma en el tintero—. ¿Es éste el hombre al que se le...?

—¿El que incurrió en este asesinato? —dijo el tío con placidez—. Para descubrirlo hemos hecho este largo viaje de invierno. Si lo hizo, si ese hombre blanco verdaderamente no se cayó del caballo nervioso que tenía, y si tal vez no se dio con la cabeza contra una piedra afilada, a este sobrino mío habría que castigarle. No creemos nosotros que sea bueno asesinar hombres blancos como hacen los

cherokees o los creek en su perpetua confusión.

Perfectamente inescrutable, perfectamente decoroso, miró a los dos enaltecidos personajes que interpretaban del otro lado de la mesa el zafio engaño con los papeles de pega. Por un instante, el Presidente se encontró con los ojos soñolientos y bajó la mirada. El Secretario, en cambio, permanecía erguido, la cresta como un penacho en alto mientras miraba al tío.

—Habría que haber disputado esa carrera de caballos a través del vado —dijo—. El agua no hubiera causado esa brecha en la cabeza del hombre blanco.

El Presidente levantó la vista de golpe y vio la densa y disimulada cavilación pintada en el rostro del Secretario, en su lúgubre especulación. Pero el tío tomó la palabra casi en el acto.

—Desde luego. Pero es que en tal caso el hombre blanco habría exigido a mi sobrino, seguro, una moneda de dinero para pasar su valla —rió de buen humor, plácido, decoroso—. Acaso hubiera sido mejor que ese hombre blanco hubiese permitido pasar gratis a mi sobrino. Pero eso ya no está ni acá ni allá, ya es lo de menos.

—Desde luego —dijo el Presidente casi con brusquedad, de modo que volvieron a mirarlo. Tenía la pluma en alto sobre el papel—. ¿Cómo es el nombre exactamente? ¿Weddel o Vidal?

Volvió a oírse la voz plácida, sin inflexiones.

—Weddel o Vidal. ¿Qué más da qué nombre quiera darnos el Jefe Blanco? Nosotros somos indios: ayer recordados, mañana olvidados.

El Presidente escribió algo en el papel. La pluma, constante, rasgó el silencio en el que sólo llegaba otro sonido: un sonido tenue, constante, menor, que parecía proceder del grupo oscuro e inmóvil, a espaldas del tío y del sobrino. Secó lo que había escrito con arenilla y dobló el papel poniéndose en pie, y dando tiempo a que lo mirasen y viesen en él al soldado que había tomado el mando de los hombres, con acierto, en muchas otras ocasiones.

—Su sobrino no es culpable de este asesinato. Mi jefe, al que he nombrado yo para que imparta justicia entre nosotros, dice que regrese a su tierra y que nunca vuelva a hacer esto, porque la próxima vez no será de su agrado.

Al apagarse, su voz dio paso a un silencio estremecido. En ese instante hasta los párpados soñolientos se movieron, a la vez que desde el gentío oscuro, a su espalda, también quedó suspendido un instante el sonido tenue, incesante, de la fricción engendrada por el calor y la lana, como el tenue, constante batir de las olas del mar. El tío habló en tono de incredulidad y estremecimiento.

—¿Mi sobrino es libre?

—Es libre —dijo el Presidente. La perpleja mirada del tío recorrió la sala.

—¿Tan deprisa? ¿Y... aquí? ¿En esta casa? Yo había pensado... Pero no importa —lo observaron; su rostro de nuevo era suave, enigmático, manso—. Sólo somos indios; de seguro que estos ajetreados hombres blancos apenas tienen tiempo para nuestros asuntos de poca monta. Tal vez ya los hayamos incomodado más de la cuenta.

—No, no —dijo el Presidente al punto—. Para mí, mi pueblo indio y mi pueblo blanco son iguales —pero la mirada del tío de nuevo recorría veloz la estancia. De pie uno junto al otro, el Presidente y el Secretario sintieron mutuamente la alarma que aumentaba en ambos—. ¿Dónde había esperado —dijo al cabo el Presidente— que tuviera lugar esta audiencia?

—Te divertirá —dijo el tío mirándolo—. En mi ignorancia, siempre hubiera dicho que hasta un asunto de poca monta como el nuestro hubiera concluido en... Pero no importa.

—¿En dónde? —dijo el Presidente.

El rostro manso, blando, cargado, volvió a detenerse en mirarlo.

—Te reirás. No obstante, yo te obedezco. Pensé que sería en la gran casa del consejo de los blancos, bajo el águila de oro.

—¿Cómo? —exclamó el Secretario con otro sobresalto—. ¿En el... Capitolio?

El tío apartó la mirada.

—Ya dije que te iba a divertir. Pero no importa. De todos modos, tendremos que esperar.

—¿Esperar? —dijo el Presidente—. ¿A qué?

—Esto sí que tiene gracia —dijo el tío, y volvió a reír en un tono jocoso, desapasionado—. Hay otros de mi tribu, muchos más, que están al llegar. Podemos esperarlos, puesto que su deseo es ver y oír —nadie exclamó entonces, ni siquiera el Secretario. Se limitaron a mirarlo fijamente mientras seguía perorando con su blanda voz—. Parece que algunos se han equivocado de ciudad. Oyeron cuál es el nombre de la capital del Jefe Blanco pero resulta que en nuestra región hay un pueblo que tiene ese mismo nombre, así que cuando algunos de la tribu preguntaron por el camino les indicaron mal la dirección y allí que fueron, pobres indios ignorantes^[51] —rió con complacencia, jocoso, tolerante, resguardado tras el rostro enigmático y soñoliento—. Pero ha llegado un mensajero; los demás llegarán en una semana. Ya veremos entonces si se castiga a este muchacho tan tozudo —sacudió ligeramente al sobrino por el brazo. Sólo que el sobrino no se movió, pendiente del Presidente con una mirada grave, sin pestañear.

Durante un largo instante no se oyó nada más que el rascar constante y tenue de los indios. Entonces tomó la palabra el Secretario con paciencia, como si hablase con un niño.

—Veamos. Tu sobrino es libre. En este papel pone que él no asesinó al hombre blanco y que nadie lo volverá a acusar de eso, pues de lo contrario tanto yo como el gran jefe que tengo a mi lado montaremos en cólera. Puede volver a su tierra de inmediato. Vuelvan todos ustedes a su tierra cuanto antes. ¿Acaso no es acertado decir que las tumbas de nuestros padres nunca descansan en nuestra ausencia?

Volvió a reinar el silencio.

—Además —añadió el Presidente—, la gran casa del consejo de los blancos, bajo el águila de oro, se utiliza ahora para un consejo de jefes que allí son más poderosos que yo.

El tío levantó la mano; espumeante de encaje deslucido, meneó el dedo índice en un gesto de reproche y deprecación.

—No le pidas siquiera a un indio ignorante que se crea una cosa así —dijo. Sin cambiar de inflexión, de tal modo que el Secretario no se dio cuenta de que le hablaba a él y no lo supo hasta que luego se lo aclaró el Presidente, añadió—: Y estos jefes de seguro ocuparán durante un buen rato la choza del consejo de los blancos, claro.

—Sí —dijo el Secretario—. Hasta que las últimas nieves del invierno se hayan derretido entre las flores y la hierba reverdezca.

—Bien —dijo el tío—. Pues entonces esperaremos. Así el resto de la tribu tendrá tiempo de llegar.

Y de ese modo por la avenida llamada a un gran destino avanzó la comitiva bajo la nieve que seguía cayendo, encabezada por el carruaje en que viajaron el Presidente y el tío y el sobrino, seguido por un segundo carruaje en el que viajaba el Secretario y su secretario, seguido a su vez por los soldados en fila de a dos, entre las cuales iba la nube oscura y decorosa de los hombres, las mujeres y los niños, a pie y en brazos; de ese modo, tras la mesa del presidente de la cámara que había de engendrar y contemplar el enaltecido sueño de un destino superior a la injusticia de los acontecimientos y a la necedad del género humano, el Presidente y el Secretario se acomodaron mientras allá abajo, cercados por los manipuladores vivos del destino, y entremezclados con los espectros augustos y vigilantes de los soñadores del mismo destino, el tío y el sobrino permanecieron en pie, tras ellos el oscuro gentío formado por parientes y amigos y conocidos de cuyo seno llegaba el constante, irrefrenable, tenue sonido de la lana y la carne en fricción. El Presidente se inclinó hacia el Secretario.

—¿Tienen preparado el cañón? —susurró—. ¿Seguro que me ven desde la puerta? Supongamos que esas malditas armas revientan. No se han disparado desde que Washington ordenó disparar contra Cornwallis.^[52] ¿Me destituirán?

—Sí —masculló el Secretario.

—Pues que Dios nos asista. Deme el libro —el Secretario se lo pasó: eran los sonetos de Petrarca, que el Secretario había tomado al pasar de su mesa—. Esperemos que no se me haya olvidado del todo el latín y que no suene como hablan ellos en inglés o en chickasaw —dijo el Presidente. Abrió el libro, y convertido de nuevo en el Presidente, el conquistador de tantos hombres, el vencedor de batallas diplomáticas, legales y marciales, se irguió y contempló los rostros oscuros, inmóviles, atentos, expectantes; cuando habló, su voz fue la voz que antes que sucediera todo esto había bastado para que los hombres se detuvieran a escuchar y obedecer—. Francis Weddel, jefe de la Nación chickasaw, y tú, sobrino de Francis Weddel, que algún día habrás de ser jefe de la Nación chickasaw, escuchad mis palabras —comenzó a leer con voz sonora, por encima de los rostros oscuros, haciéndose eco en la augusta cúpula, en sílabas profundas y solemnes. Leyó diez sonetos. Luego, con el brazo en alto, peroró. Su voz se

extinguió profunda, a lo lejos, y bajó el brazo. Instantes después, desde fuera del edificio, llegó una descarga de artillería. Y por vez primera todo el oscuro gentío se estremeció; en su seno creció un sonido, un murmullo de asombro complacido. El Presidente tomó la palabra—: Sobrino de Francis Weddel, eres libre. Regresa a tu tierra.

Y entonces habló el tío, con el dedo en alto entre la espuma del encaje.

—Muchacho inconsciente —dijo—. Repara en los quebrantos que has causado a estos hombres tan ajetreados —se volvió hacia el Secretario casi con brusquedad; volvió a hablar con placidez, en tono casi jocoso—. Y ahora, en lo tocante a esta cuestión de poca monta que es el maldito vado...

Con el sol del otoño tibio y agradable sobre los hombros, el Presidente puso fin a sus palabras.

—Eso es todo —dijo tranquilamente, y volvió a su mesa a la vez que se marchaba el secretario. Al tomar la carta y abrirla cayó el sol sobre sus manos y sobre la hoja, con su inferencia del espléndido ocaso del año, de la cercanía de las cosechas, de las columnas de sosegado humo de leña, serenos pendones de paz, en las pacíficas chimeneas de la tierra.

De pronto el Presidente se sobresaltó, se puso en pie con la carta en la mano, mirándola con alarma y consternación, mientras aquellas mansas palabras parecían explotar una por una, en su entendimiento, como salvas de mosquetes.

Estimado señor y amigo,

Esto sí que tiene gracia. Este sobrino cabezota, que debe de haber heredado su carácter de la familia de su padre, puesto que mío no es, ha vuelto a causarnos un apuro. Otra vez el maldito vado. Otro hombre blanco viene a vivir entre nosotros, a cazar en paz, pensábamos, puesto que los bosques de Dios y los ciervos que Él ha puesto en ellos nos pertenecen a todos. Pero también éste se obsesionó con la idea de ser dueño de este vado, por haber oído algún cuento entre los suyos, y a la manera curiosa e inquieta de los hombres blancos considera que una de las orillas del agua es superior a cualquier otra, tanto como para pedir monedas de dinero por el privilegio de alcanzarla. Zanjamos el asunto como deseaba este hombre blanco. A lo mejor hice mal, usted dirá. Pero... ¿tendré que decírselo? Soy un hombre sencillo y algún día espero llegar a viejo, y la continua interrupción de estos hombres blancos que desean atravesar el río y anhelan la recolección y el cuidado de las monedas de dinero no es más que un engorro. ¿Qué puede ser para mí el dinero, si mi destino aparentemente consiste

en gastar mis años de declive a la sombra de los árboles familiares, a cuya sombra apacible mi gran amigo y jefe blanco ha suprimido la sombra de todo enemigo, salvo la de la muerte? Eso pensaba yo, pero cuando siga leyendo se dará cuenta de que no había de ser así.

Una vez más ha sido este muchacho precipitado e inconsciente. Parece ser que desafió a este nuevo hombre blanco que teníamos entre nosotros (o el hombre blanco lo desafió: la verdad la dejó en manos de su sabiduría infalible, con la que la sabrá desentrañar) a una carrera a nado en el río, jugándose este maldito vado el uno y unas millas de terreno el otro, que (esto le hará gracia) mi sobrino ni siquiera poseía. Tuvo lugar la carrera, pero por desgracia nuestro hombre blanco no logró salir del río hasta que estuvo muerto. Y ahora ha llegado su agente de usted y parece considerar que esta carrera a nado nunca tendría que haberse disputado. Y así ahora no tengo más que hacer, además de sacudir huesos viejos y llevar a este muchacho precipitado a su presencia para que usted le dé una reprimenda. Llegaremos más o menos dentro de...

El Presidente corrió a tirar con violencia del cordón de la campanilla. Cuando entró el secretario, lo sujetó por los hombros y lo hizo volverse a la puerta.

—Que venga el Secretario de Guerra, que traiga mapas de todo el país, la zona desde aquí hasta Nueva Orleans. ¡Deprisa!

Y así lo volvemos a ver: el Presidente se ausenta y ahora es el Soldado el que se reúne con el Secretario de Guerra ante una mesa sembrada de mapas, mientras los contemplan los oficiales de un regimiento de caballería. En la mesa, su secretario escribe sin descanso mientras el Presidente mira por encima del hombro.

—Escriba con letra grande y clara. Que los indios lo entiendan bien. *Sepan todos por la presente —cita— que Francis Weddel y sus herederos, descendientes y nombrados, de ahora y en perpetuidad... con tal (¿Ha anotado ya «con tal»? Bien) con tal de que ni él ni los suyos vuelvan nunca a cruzar al este del río antes descrito... Y ahora al dichoso agente —dijo—. El cartel, por duplicado, a ambos lados del vado. En Estados Unidos no se aceptará ninguna responsabilidad por ningún hombre, mujer o niño, blanco, negro, amarillo o de piel roja, que cruce este vado, y ningún hombre blanco podrá comprarlo, alquilarlo o aceptarlo como donación, salvo sometiéndose a la pena más severa que la ley contemple. ¿Eso lo puedo hacer?*

—Me temo que no, Excelencia —dijo el Secretario.

El Presidente reflexionó deprisa.

—Maldita sea —dijo—. Entonces, tache «en Estados Unidos» —el Secretario así lo hizo. El Presidente dobló los dos papeles y se los entregó al coronel de caballería—. Al galope —le dijo—. Sus órdenes son tajantes: impida que lleguen.

—¿Y si se niegan? —dijo el coronel—. ¿Abrimos fuego contra ellos?

—Sí —dijo el Presidente—. Abran fuego contra todos los caballos, mulas y bueyes. Sé que no vendrán a pie. Adelante, váyase —el Presidente volvió a examinar los mapas, el Soldado de nuevo: ansioso, contento, como si cabalgase él al frente del regimiento, o como si al menos en espíritu ya lo hubiera desplegado con la astucia con la que sabía discernir y elegir la ubicación más en desventaja para el enemigo y anticiparse a él—. Ha de ser aquí —dijo. Puso el dedo en el mapa—. Un caballo, General, para que pueda hacerle frente aquí y volver por su flanco y empujarlo.

—Eso está hecho, General —dijo el Secretario.^[*]

IV
LA TIERRA BALDÍA

Ad Astra^[53]

No sé muy bien qué éramos. Con la excepción de Comyn, empezamos siendo estadounidenses, pero al cabo de tres años, con las guerreras del ejército británico y las insignias británicas y alguna que otra condecoración, no creo que en esos tres años nos hubiésemos tomado la molestia de averiguar qué éramos, ni tampoco el engorro de pensarlo, o de recordarlo.

Y aquel día, a la caída de la noche, aún éramos menos que eso: estábamos o por debajo o más allá de la posibilidad de saber que ni siquiera nos tomamos la molestia en aquellos tres años. El *subadar* —al cabo de un rato allí estaba, con su turbante y sus galones de juguete—^[54] dijo que éramos como hombres que se empeñan en avanzar bajo el agua.

—Pero pasará pronto —dijo—. Los efluvios del odio y las palabras. Somos como hombres que se empeñan en avanzar bajo el agua, con la respiración contenida, viendo nuestras extremidades terroríficas, infinitesimales, viendo el estancamiento terrible de todos los demás, sin tocarnos, sin contacto, despojados de todo, salvo de la impotencia y la necesidad.

Íbamos en el coche por la carretera de Amiens. Conducía Sartoris y Comyn iba sentado a su lado, sacándole media cabeza, como un maniquí de los que se usan para entrenar los placajes de fútbol americano, el *subadar*, Bland y yo en el asiento de atrás, cada uno con una o dos botellas en los bolsillos. Exceptuando al *subadar*, claro. Era chaparro, bajo, robusto, pero su abstinencia era colosal. En el maelstrom de alcohol en que los demás habíamos huido de nuestros ineludibles yoes, él era como una roca, hablaba con voz rotunda, grave, una voz que le quedaba cuatro tallas grande.

—En mi país yo era un príncipe, pero todos los hombres somos hermanos.

Pero pasados doce años más bien pienso que éramos como los zapateros que se desplazan por la superficie del agua, aislados unos de otros, sin objetivos, sin reposo. Y no en la superficie: dentro del agua, dentro de la línea de demarcación que no es aire y no es agua, a veces sumergidos, otras veces no. Habréis observado esa ola con mar de fondo que no rompe en la ensenada, donde la profundidad es

escasa, y llega un tanto siniestra, con familiaridad saciada, mientras más allá del horizonte oscuro la tempestad que ya amainaba y moría ha seguido con furia. Aquélla era el agua, nosotros los despojos que arrastraba. Ni siquiera pasados doce años están más claras las cosas. No tuvo comienzo y no tuvo final. De la nada llegamos entre alaridos, sin reparar en la tempestad de la que nos habíamos librado y la orilla extranjera de la que no nos podríamos librar; en el intervalo entre dos arremetidas de la ola con mar de fondo morimos los que éramos tan jóvenes que jamás habíamos vivido.

Nos detuvimos en el medio de la carretera para beber más. En derredor, la tierra estaba a oscuras, desierta. Y en silencio: eso fue todo lo que nos llamó la atención, lo que señalasteis. Se oía respirar la tierra como si llegase el aliento del éter, como si aún no supiera, como si no pudiera creer que estaba viva y palpitante.

—Pero ha llegado la paz —dijo el *subadar*—. Todos los hombres somos hermanos.

—Una vez tomó usted la palabra ante la Oxford Union^[55] —dijo Bland. Era alto y rubio. Cuando pasaba por una sala en la que hubiera mujeres dejaba a su paso una estela de suspiros como un transbordador cuando atraca en puerto. Además era sureño, como Sartoris, pero, al contrario que Sartoris, en los cinco meses que estuvo en servicio nadie encontró un solo agujero de bala en su aparato. Claro que lo habían transferido desde un batallón de estudiantes de Oxford, donde gozaba de una de las becas que proporcionaba Sir Cecil Rhodes, con un percebe en la pechera y una distinción por haber resultado herido en un ataque enemigo. Cuando se cogía una buena cogorza era capaz de hablar por los codos de su mujer, aunque todos sabíamos que no estaba casado.

Le quitó la botella a Sartoris y bebió a gollete.

—La mía es la mujercita más dulce que se pueda imaginar —dijo—. Dejad que os cuente cómo es.

—No, no nos cuentes nada —dijo Sartoris—. Mejor pásasela a Comyn, que es quien está necesitado de una chica.

—Muy bien, sea —dijo Bland—. Comyn, te la puedes quedar.

—¿Es rubia? —dijo Comyn.

—No lo sé —dijo Bland. Se volvió hacia el *subadar*—. Una vez tomó usted la

palabra ante la Oxford Union. Me acuerdo bien de usted.

—Ah —dijo el *subadar*—. Oxford. Sí.

—Es capaz de acudir a estudiar entre los caballeros de alta cuna, los de piel más blanca —dijo Bland—, pero no se le da un puesto de mando en toda regla, porque esto de la gentilidad es cuestión de color, no de linaje ni de conducta.

—Luchar es más importante que la verdad —dijo el *subadar*—. Por eso hemos de restringir el prestigio y los privilegios de los que luchan y ceñirlo sólo a unos pocos, para que no pierdan popularidad frente a los muchos que han de perder la vida.

—¿Y por qué es más importante? —dije—. Pensé que esta guerra la habíamos librado para poner fin a todas las guerras.

El *subadar* hizo un gesto conciso, oscuro, despectivo, tranquilo.

—Yo también he sido un hombre blanco al menos un momento. Para el caucásico es más importante, porque sólo es lo que hace: lo que hace viene a ser la suma de lo que es.

—Entonces, ¿ustedes alcanzan a ver más allá que nosotros?

—Cualquiera alcanza a ver más allá, siempre y cuando mire de la oscuridad a la luz: así se ve más de lo que ve un hombre que mire de la luz a la luz. Es el principio del catalejo. La lente sólo sirve para poner a su alcance aquello que la sensatez de quien sufre y desea, que es quien ve, nunca podrá afirmar.

—¿Y qué es lo que es? —dijo Bland.

—Yo veo chicas —dijo Comyn—. Hectáreas y más hectáreas de rubios cabellos, como los trigales, y yo en medio de los trigales. ¿Habéis visto alguna vez a un perro perdiguero que va atravesando un trigal y traza rectas que se van cortando unas con otras?

—No cuando caza perras, y tampoco así las perras que cazan.

Comyn se volvió en su asiento, robusto, enorme. Era tan grande como todo lo que hay al aire libre. Era todo un espectáculo ver cómo lo calzaban dos mecánicos en la cabina de un Dolphin, como dos camareras empeñadas en meter un

almohadón adicional en una maleta demasiado pequeña.

—Os parto la crisma por menos de un chelín —dijo Comyn.

—Entonces, ¿cree usted de veras en la rectitud de los hombres?

—Yo más bien creo en la compasión que merece el hombre —dijo el *subadar*—. Es más correcto.

—Pues entonces os doy yo un chelín —dijo Comyn.

—De acuerdo —dijo Sartoris—. ¿Habéis probado alguna vez, alguno de vosotros, un poco de whiskey para protegerse del aire de la noche?

Comyn tomó la botella y dio un trago.

—Hectáreas y más hectáreas de rubios cabellos, con sus partes blancas y bien redondas, partes de mujer, relucientes entre los trigales mojados.

Así volvimos a beber en aquella carretera en la que no había nadie más, entre dos campos de remolachas, en el silencio de la noche, y allí la embriaguez empezó a girar a su manera y a hacer de las suyas. Retornó del lugar al que se hubiese marchado, y vino a caer sobre nosotros y sobre la roca sobria, abstinentes, del *subadar*, hasta que su voz empezó a sonar remota, reposada, de ensueño, cuando decía que todos éramos hermanos. Monaghan estaba también allí, de pie junto a nuestro coche, a la luz de los faros de su coche, con una gorra del Royal Flying Corps y una guerrera del ejército estadounidense, con ambas correas colgándole, caídas de los hombros, bebiendo a morro de la botella que le había pasado Comyn. A su lado estaba otro hombre, también con una guerrera más corta y mejor ajustada que las nuestras, con un vendaje en la cabeza.

—Me peleo yo contigo —dijo Comyn a Monaghan—. Yo te doy el chelín.

—Hecho —dijo Monaghan. Volvió a beber.

—Todos somos hermanos —dijo el *subadar*—. A veces hacemos un alto en la posada indebida. Creemos que es de noche y hacemos un alto, pero no es de noche. Eso es todo.

—Te doy un soberano —dijo Comyn a Monaghan.

—Hecho —dijo Monaghan. Alargó la botella al otro, al que llevaba un vendaje en la cabeza.

—Gracias —dijo éste—, pero ya voy servido.

—Yo me peleo con él —dijo Comyn.

—Es porque sólo podemos hacer las cosas en el corazón —dijo el *subadar*—, pero vemos más allá de lo que hay en el corazón.

—Que me ahorquen si lo haces tú —dijo Monaghan—. Déjame a mí, que es mío —se volvió al hombre del vendaje en la cabeza—. ¿Eres mío, sí o sí? Ten, bebe.

—Yo ya voy servido, muchas gracias, caballeros —dijo el otro.

Pero no creo que ninguno le prestásemos suficiente atención hasta que estuvimos dentro del Cloche-Clos. Estaba lleno hasta arriba, bullicioso, irrespirable, lleno de humo. Cuando entramos cesó todo el ruido como cuando se corta una cuerda en dos, uno de los cabos enredándose en una especie de acongojada consternación de rostros que se vuelven, y el camarero, un viejo con un delantal sucio, que retrocede ante nosotros, con la boca abierta y casi desencajada, en una expresión de ofendida incredulidad, como un ateo que se acabase de encontrar con Cristo o con el demonio. Atravesamos la estancia, retirándose el camarero al vernos avanzar, seguidos por los rostros ofendidos que se volvían a nuestro paso, hasta llegar a una mesa adyacente a otra desde la que nos miraban tres oficiales franceses con la misma expresión de asombro, y luego de ofensa, y de ira después. Se levantaron como un solo hombre; toda la estancia, el silencio, quedaron entrecortados por las voces, que sonaron como ametralladoras. Fue entonces cuando me di la vuelta y miré al hombre que acompañaba a Monaghan por vez primera, con su guerrera verde y sus pantalones negros, ceñidos, embutidos en las botas negras, de caña alta, y con el vendaje en la cabeza. Se había hecho además un corte al afeitarse, y con la cabeza vendada y la cara hecha el no va más de la cortesía, aturdido, exangüe, maltrecho, parecía que Monaghan le hubiera zurrado de lo lindo. De cara redonda, no viejo, con un vendaje immaculado, que sólo servía para subrayar las generaciones de diferencia existentes entre él y el *subadar* del turbante, flanqueado por Monaghan, con la cara despavorida y la guerrera despavorida y rodeados ambos por los rostros ofendidos y perplejos de los franceses, parecía que contemplase con cortesía, alerta, preocupado, su propia lucha contra la embriaguez que Monaghan le iba imponiendo. Tenía un aire de monje primitivo: la rigidez, el porte marcial, todos los botones en su sitio, el vendaje impecable y los cortes que se

había hecho al afeitarse, como si meditase enfurecido sobre la llama clara de una convicción inamovible en que el comportamiento individual sobrepasa toda la violencia del caos inexplicable. Reparé entonces en el otro acompañante de Monaghan: un oficial de la policía militar americana. No estaba bebiendo. Se sentó al lado del alemán y se puso a liar cigarrillos sacando el tabaco de un saco de tela.

Al otro lado del alemán, Monaghan le llenó el vaso.

—Lo he derribado esta mañana —dijo—. Me lo voy a llevar conmigo a casa.

—¿Por qué? —dijo Bland—. ¿Qué es lo que le quieres?

—¿Por qué? Pues porque ahora es mío —dijo Monaghan. Dejó el vaso lleno delante del alemán—. Toma, bebe.

—Yo una vez pensé llevarme uno a casa, llevárselo a mi mujer —dijo Bland—. Así le podría demostrar que sólo he estado en una guerra. Pero nunca encontré a uno decente. Uno que estuviera de una pieza, quiero decir.

—Venga —dijo Monaghan—. Bebe.

—Yo voy servido —dijo el alemán—. Voy servido todo el día.

—¿Y tú te quieres marchar a América con ése? —dijo Bland.

—Sí, me gustaría, gracias.

—Por supuesto que te gustaría —dijo Monaghan—. Te voy a convertir en todo un hombre. Bebe.

El alemán levantó el vaso, pero sin llevárselo a los labios. Tenía la cara en tensión, como si pidiera clemencia, aunque con cierta serenidad, como la del hombre que ha aprendido a dominarse. Imagino que algunos de los mártires antiguos seguramente tuvieron que mirar a los leones con esa misma expresión. Además, estaba maltrecho. No por culpa del licor: por la herida que tenía en la cabeza.

—En Bayreuth tengo esposa e hijo. A mi hijo aún no lo conozco.

—Ah —dijo el *subadar*—. Bayreuth. Una vez estuve allí en primavera.

—Ah —dijo el alemán, y miró rápidamente al *subadar*—. ¿Y? ¿La música?

—Sí —dijo el *subadar*—. En la música de ustedes algunos, muy pocos, han sentido, han paladeado, han vivido la verdadera hermandad de los hombres. Los demás sólo podemos mirar más allá del corazón. Pero también podemos ir por ese mismo camino en la música.

—Y luego tenemos que volver —dijo el alemán—. Eso no es bueno. ¿Por qué tendremos que volver siempre?

—Aún no es la hora de eso —dijo el *subadar*—. Pero pronto... Ya no queda tanto como antes. Aún no es la hora.

—Sí —dijo el alemán—. La derrota será provechosa para nosotros. La derrota es buena para el arte, la victoria no lo es.

—Así que reconoces que os hemos dado una buena tunda —dijo Comyn. Estaba sudando de nuevo, y Sartoris tenía bastante blancas las aletas de la nariz. Pensé en lo que había dicho el *subadar* acerca de los hombres en el agua. Sólo que para nosotros el agua era la embriaguez: ese aislamiento del alcoholismo que insta a los hombres a gritar y a reír y a pelear, no los unos con los otros, sino cada cual con ese yo insoportable que, víctima de la embriaguez, es más dócil y menos propenso a escapar. Ruidosos, y más que ruidosos, sin sospechar ni de lejos el negro atronar de la Francia ofendida (el resto de las mesas se iban vaciando deprisa; los demás clientes se habían apelotonado en torno al alto mostrador en donde la *patronne*, una anciana con gafas de montura de acero, seguía sentada con la labor de punto en el borde del mostrador), nos gritábamos los unos a los otros y hablábamos en lenguas extranjeras cada cual desde su aislamiento insuperable, reiterativos, sin que a los unos nos escuchasen los otros; en todo momento sumergidos por nosotros y más extranjeros aún, el alemán y el *subadar* charlaban apaciblemente sobre la música, el arte, la victoria nacida de la derrota. Fuera, en la heladora oscuridad de noviembre, persistía la suspensión, la pesadilla sin creer del todo, sin despertar del todo, la pausa para respirar de las antiguas lujurias verborreicas, del embrujo y de las codicias abigarradas en cornucopias.

—Qué joder, si soy irlandés hasta las cachas —dijo Monaghan—. Eso es lo que soy.

—¿Y qué más dará? —dijo Sartoris, las aletas nasales del color de la tiza en el rostro colorado. A su hermano gemelo lo mataron en julio. Estaba en un escuadrón

de Camels por debajo de nosotros, y Sartoris estaba presente cuando sucedió. Durante toda la semana siguiente, nada más volver de su patrulla volvía a llenar los tanques y los cargadores y despegaba él solo. Un día alguien lo vio a unos cinco mil pies de altitud, e incluso más alto, por encima de un viejo Armstrong F. K. 8. Supongo que el otro tío que iba aquella mañana con su hermano vio los distintivos en el cacharro de los alemanes; de todos modos, eso fue lo que hizo Sartoris, sirviéndose de un Armstrong F. K. 8 a manera de cebo. No supimos ni de dónde lo sacó ni a quién convenció para que lo pilotase. Pero aquella semana abatió tres aparatos enemigos, los derribó uno por uno cuando se lanzaban a ciegas a por el Armstrong F. K. 8, y al octavo día ya no volvió a salir. «Seguro que se lo ha llevado por delante», dijo Hume. Pero nunca llegamos a saberlo. Él no nos lo dijo. Sólo que después de aquello volvió a estar bien. Nunca fue muy hablador; se limitaba a patrullar por el aire, y a lo mejor una vez por semana se sentaba y se ponía a beber con nosotros, más bien callado, con las aletas nasales muy blancas.

Bland estaba llenándose el vaso muy despacio, gota a gota, con una indolencia felina. Entendí bien por qué no caía en gracia a los hombres, y por qué a las mujeres sí. Comyn, con los brazos cruzados sobre la mesa, la bocamanga en un charco de licor derramado, miraba fijamente al alemán. Tenía los ojos inyectados en sangre y bastante saltones. Cubierto por la gorra de plato aplastada, el oficial de la policía militar americana fumaba sus delgados cigarrillos con rostro bastante inexpresivo. La cadena de acero de la que pendía el silbato le formaba una curva sobre el bolsillo de la pechera, y tenía la pistola hacia delante, sobre el regazo. Más allá, los franceses, los soldados, el camarero, la *patronne*, se apelotonaban ante el mostrador. Me llegaban sus voces desde lejos, como los grillos en la hierba de septiembre, las sombras de sus manos aleteando por la pared y desapareciendo en un visto y no visto.

—Yo no soy un soldado —dijo Monaghan—. Yo no soy un caballero. Yo no soy nada —en la base de ambas hombreras tenía sendos desgarrones, y otros dos más alargados en paralelo, sobre el bolsillo izquierdo, en donde estuvieron antes las dos alas y la condecoración—. No sé lo que soy. Llevo tres años metido en esta maldita guerra y todo lo que sé es que no he muerto. Yo...

—¿Y cómo sabes que no has muerto? —dijo Bland.

Monaghan miró a Bland, boquiabierto, sin haber terminado lo que fuese a decir.

—Por un chelín si quieres te mato —dijo Comyn—. No me gusta nada esa

maldita jeta que tienes, teniente. Maldito teniente...

—Yo soy irlandés hasta las cachas —dijo Monaghan—. Eso es lo que soy. Mi padre era irlandés por los cuatro costados, qué joder. Y no sé qué era mi abuelo. Ni siquiera sé si tuve abuelo. Mi padre no se acuerda de haberlo tenido. Es probable que fuese uno entre varios. Por eso no tuvo necesidad de ser un caballero. Nunca tuvo que serlo. Por eso pudo embolsarse un millón de dólares abriendo alcantarillas en tierra. Por eso pudo mirar las altas ventanas, las ventanas relucientes, y decir, yo se lo he oído decir, fumando en una pipa con una humareda que te sacaba las tripas de dentro, maldito criticón, alfeñique...

—¿Tú presumes del dinero de tu padre o de sus alcantarillas? —dijo Bland.

—... las miraba y me decía, decía: «Cuando estés con tus amigos, los más refinados, a cuyos padres y madres y hermanas conocerás en Yale, a lo mejor les puedes recordar que todos por igual somos esclavos de nuestros excrementos, así que el viejo de tu papá, al que mandaban por la puerta de atrás de sus cocinas, en sus edificios de cuarenta pisos, bien puede pasar por ser el rey de todos ellos». ¿Qué estabas diciendo, eh? —y miró a Bland.

—Mira, compañero —dijo el policía militar—. Ya basta de todo esto. Tengo que dar cuenta de este prisionero.

—Un momento —dijo Monaghan. No dejaba de mirar a Bland—. ¿Qué estabas diciendo?

—Decía que si presumes del dinero de tu padre o de sus alcantarillas —dijo Bland.

—Pues nada de eso —dijo Monaghan—. ¿Por qué iba a presumir? Tampoco presumiría de los trece hunos que llevo derribados, ni de las dos condecoraciones, una de las cuales me la dio su maldito rey —añadió señalando a Comyn con un gesto del mentón.

—Ni se te ocurra decir que es mi maldito rey —dijo Comyn, la bocamanga empapándose poco a poco en el charco de licor derramado.

—Mira —dijo Monaghan. Se señaló de pronto los desgarrones que tenía en las hombreras, y los dos desgarrones paralelos en la pechera—. Esto es lo que yo pienso de todo esto. De toda esa maldita farfolla sobre la gloria y los caballeros. Yo era joven, creí que había que ser joven. Entonces me metí de lleno y ya no hubo

tiempo de parar, ni siquiera cuando me di cuenta de que eso no contaba. Pero ahora todo ha terminado, ahora se acabó. Ahora puedo ser lo que soy. Irlandés hasta las cachas; hijo de un inmigrante que no sabía nada más que darle al pico y a la pala hasta que la juventud y el tiempo para disfrutarla se le agotaron antes de tiempo. De una turbera había salido, y su hijo en cambio fue a un colegio para caballeros y regresó del otro lado del charco a jactarse con cualquiera de los que eran dueños de las turberas y del sudor amargo de los que se enfangaban sacando el carbón de las turberas, y el rey le dijo que muy bien hecho.

—Te doy un chelín y te parto la crisma —dijo Comyn.

—Pero... ¿se puede saber por qué te lo quieres llevar de vuelta contigo? —dijo Bland. Monaghan se limitó a mirar a Bland. En Monaghan había también algo del crucificado: enardecido, enfurecido, incapaz de hablar no por estupidez, sino como si otros, más incluso que nosotros, hubiesen destilado los agotados bidones de la lujuria antigua y de la codicia despertando al fin, atónita, su propia impotencia y su desesperanza acumulada. Bland estaba muy tieso, las piernas extendidas, las manos sobre la pernera del pantalón, el rostro apuesto y sosegado, insufrible—. ¿Qué pico con cuerdas hará sonar éste dándole con el arco? ¿Una pala con cuerdas de tripa de gato callejero? ¿O es que sabrá sacar música de los retretes y cisternas de Manhattan para que la toque tu padre después de cenar? —Monaghan sólo miró a Bland con esa expresión a medias despavorida, a medias embelesada. Bland se volvió, perezoso, hacia el alemán.

—Mira... —dijo el policía militar.

—¿Está usted casado, Herr Teniente? —preguntó Bland.

El alemán alzó los ojos. Miró veloz de un rostro a otro.

—Sí, gracias —dijo. Aún no había tocado el vaso, lleno hasta arriba, salvo para levantarlo con una mano sin llevárselo a los labios. Pero no estaba más sobrio que antes, convertido el licor en su dolor de cabeza, en su cabeza el latir y el zumbar del alcohol en sus venas—. Yo provengo de la pequeña nobleza de Prusia. Somos cuatro hermanos: el segundo en el ejército está, el tercero no hizo nada y sigue en Berlín, el pequeño es cadete de un regimiento de dragones; yo soy el mayor y estuve en la universidad. Aprendí. Aquellos tiempos sí que... Era como si los jóvenes de las tierras más tranquilas nos criásemos juntos, los elegidos, dignos testigos de una época veloz, como una mujer llamada a un alto destino en la tierra, y de un hombre. Es como si la basura de antaño, los desperdicios del hombre que ha

metido tantas veces la pata, se fuesen a despejar del todo para que una raza nueva aparezca con la sencillez heroica de los antiguos y se enseñoree de una tierra nueva. Ustedes conocieron esa época, ¿no? La época en que brillaban los ojos y la sangre se avivaba en las venas —nos miró a todos a la cara—. ¿No? Bueno, acaso en América no fuera así. América es muy nueva; en una casa nueva no se acumulan tantos desperdicios como en una casa vieja —miró su vaso unos instantes con la serenidad pintada en el rostro—. Regreso a casa; le digo a mi padre que todo lo que llevo aprendido en la universidad no sirve de nada; que barón no he de ser. Él no se lo cree. Me habla de Alemania, de la patria; le digo que sigue estando donde siempre estuvo, y que él dirá patria, pero yo la llamo hermandad, eso le digo, y le digo que la palabra *padre* es un barbarismo, el primero que hay que llevarse por delante; es el símbolo de esa jerarquía que ha ensuciado la historia del hombre y la ha llenado de injusticias y arbitrariedades, no de lo moral; de fuerza, no de amor.

»A ése lo mandan a buscar de Berlín; ése termina en el ejército. Sigo diciendo que barón no he de ser, que eso de nada sirve. Estamos en una sala en la que los retratos de mis antepasados cuelgan de las paredes; me planto ante ellos como si fuera un consejo de guerra; digo que es Franz quien ha de heredar el título de barón, que a mí no me corresponde. Mi padre dice que puedo y que debo y que ha de ser por Alemania. Y le digo yo: ¿por Alemania ha de ser mi esposa baronesa? Y como en un consejo de guerra les digo que me he casado con la hija de un músico que además es campesina.

»Así que así van las cosas. El de Berlín es el que será barón. Él y Franz son gemelos, pero Franz ya es capitán, y hasta el más humilde en nuestro ejército puede compartir mesa y mantel con el káiser; no necesita ser barón. Así que estoy en Bayreuth con mi esposa y mi música. Es como si estuviera muerto. Carta no recibo hasta la que me llega y me dice que mi padre ha muerto y que yo a medias lo he matado, y el que debía está ahora en Berlín y ha de ser barón. Pero no se queda en casa. En 1912 sale en un periódico de Berlín porque ha muerto a manos del marido de una señora, así que es Franz el que a fin de cuentas termina por ser barón.

»Y se declara la guerra. Pero yo estoy en Bayreuth con mi esposa y mi música, porque pensamos que mucho no ha de tardar, ya que antes mucho no tardó. La patria, con todo su orgullo, necesita hacer uso de los colegios, pero cuando nos necesitó a nosotros ni siquiera lo supo. Y cuando se dio cuenta de que nos necesitaba a nosotros ya era demasiado tarde, y cualquier campesino que fuese duro de pelar les iba a valer igual. Y así...

—Entonces, ¿por qué fuiste? —dijo Bland—. ¿Te obligaron las mujeres? ¿Es

que te tiraron huevos y tomates?

El alemán miró a Bland.

—Yo soy alemán; eso está más allá de donde llego. El yo, el yo soy. No para el que es barón y para el que es káiser —dejó de mirar a Bland sin mover los ojos—. Hubo una Alemania antes de que hubiese barones —dijo—. Y aún después la habrá.

—¿También después de esto?

—Tanto más la habrá. Antes era el orgullo, una palabra en los labios. Ahora es... ¿cómo lo llaman ustedes?

—Una nación conquista sus banderas —dijo el *subadar*—. Un hombre se sabe vencer a sí mismo.

—Así como una mujer da a luz a su hijo —dijo el alemán.

—De la lujuria vienen los dolores del parto —dijo el *subadar*—; de los dolores del parto, la afirmación, la divinidad, la verdad.

El policía militar estaba liando otro cigarrillo. Observó al *subadar*, en su rostro una expresión asalvajada, contenida a duras penas, fría. Lamió el cigarrillo y me miró.

—Cuando vine a este maldito país —dijo—, pensé que los negros no eran más que negros. Ahora, que me ahorquen si entiendo qué son. ¿Y ése qué es? ¿Un encantador de serpientes?

—Sí —dije—. Un encantador de serpientes.

—Entonces lo mejor será que saque la serpiente que tiene y acabe con ella. Tengo que dar cuenta de estos prisioneros. Mire a esos franchutes de allá.

Cuando me volví, vi que tres de los franceses salían de la estancia, el insulto y la ofensa pintados en sus rostros y en sus espaldas. El alemán había vuelto a tomar la palabra.

—Por los periódicos me entero de que Franz es coronel y luego general, y que el cadete que era la última vez que lo vi es ahora un as de la guerra condecorado con la Cruz de Hierro por el káiser en persona. Y estamos en 1916. Por los periódicos me

entero de que el cadete ha muerto por el tal Bishop que lucha con ustedes^[56] —hizo una leve inclinación de cabeza hacia Comyn—, un hombre bueno. Ahora resulta que yo también soy cadete. Es como si lo supiera. Es como si viese lo que va a pasar. Me transfieren al ejército del aire y soy aviador, a pesar de lo cual sé que Franz es general del estado mayor y todas las noches me digo: «Has vuelto de nuevo», y sé que eso no sirve de nada.

»Así fue hasta que nuestro káiser se dio a la fuga.^[57] Y me entero entonces de que Franz está en Berlín; tengo entendido que es verdad, que no hemos malgastado todo por orgullo, porque sabemos que mucho ya no queda, y Franz está a salvo en Berlín, lejos de todos los combates.

»Llega entonces esta mañana. Llega la carta manuscrita de mi madre, con una letra que hacía siete años que no veía yo, dirigida a mí en mi condición de barón. Franz ha recibido un balazo cuando iba a caballo, de un soldado alemán, en una calle de Berlín. Es como si todo se hubiese olvidado, porque las mujeres a veces olvidan así de rápido, pues que para ellas nada es verdad verdadera, nada es de justicia, y más si no se puede tener entre las manos o no puede morir. Por eso quemo todos mis papeles, el retrato de mi esposa y de mi hijo, al que nunca he visto, y destruyo mi placa de identificación y me quito las insignias de la guerrera —e indicó con un gesto el cuello de la guerrera.

—¿Quieres decir —dijo Bland— que no tenías ninguna intención de volver? ¿Por qué no te pegaste un tiro, ahorrándole a tu Gobierno el precio de un avión?

—El suicidio es cosa del cuerpo sólo —dijo el alemán—. El cuerpo nada saca en claro. Importancia ninguna tiene. Es algo que hay que mantener bien limpio si es que se puede.

—No es más que una habitación en la posada —dijo el *subadar*—. Es sólo el sitio en el que nos escondemos un rato.

—El lavabo —dijo Bland—. El retrete.

El policía militar se puso en pie. Dio un golpecito en el hombro del alemán. Comyn lo estaba mirando fijamente.

—Así que reconoces que os hemos dado una buena tunda —dijo.

—Sí —dijo el alemán—. Fue la primera vez, porque nosotros estábamos mucho peor. A la próxima puede que sea vuestra Inglaterra. Y entonces mejorará

vuestra Inglaterra, seguro.

—Ni se te ocurra decir «mi Inglaterra» —dijo Comyn—. Yo soy de la nación irlandesa —se volvió a Monaghan—. Y tú has hablado de mi maldito rey, pero Irlanda no ha tenido rey desde el Ur Neill, Dios bendiga su pelirrojo trasero.

Rígido, a duras penas contenido, el alemán hizo un gesto inapreciable.

—¿Lo ven? —dijo sin mirar a nadie en particular.

—Pierden los victoriosos lo que ganan los vencidos —dijo el *subadar*.

—¿Y ahora qué hará? —dijo Bland.

El alemán no respondió. Se irguió del todo con la cara enfermiza, con el vendaje blanco.

—¿Y qué hará usted? —dijo el *subadar* a Bland—. ¿Qué es lo que vamos a hacer cualquiera de nosotros? Toda esta generación que peleó en la guerra ha muerto con nosotros esta noche. Pero es que aún no nos hemos enterado de que estamos muertos.

Miramos al *subadar*, Comyn con los ojos inyectados en sangre, Sartoris con las aletas nasales muy blancas, Bland derrengado en su silla, indolente, insufrible, con aires de mujer mimada. Encima del alemán se había puesto en pie el policía militar.

—Mucho parece que le preocupa eso —dijo Bland.

—¿No lo cree usted? —dijo el *subadar*—. Pues espere y verá.

—¿Cómo? ¿Que espere? —dijo Bland—. Creo que en estos últimos tres años no he hecho nada para adquirir semejante hábito.

—Pues ya lo ha de ver usted, lo verá antes que si se queda cruzado de brazos —dijo el *subadar*—. Ya lo verá —se quedó mirándonos, con serenidad y serio como él solo—. Los que cuatro años llevan pudriéndose allí mismo —movió el brazo, corto y grueso— no están más muertos que nosotros.

El policía militar volvió a tocar al alemán en el hombro.

—Demonios —dijo—. Vámonos, compañero —se volvió entonces y miró a

los dos franceses, un oficial y un sargento, que estaban en pie junto a la mesa. Permanecimos así unos instantes. Fue como si todos los zapateros en la superficie del agua hubiesen descubierto que sus órbitas coincidían, como si supieran en ese momento que ya no tenían que ir de un lado a otro sin ton ni son, como si supieran que tampoco hacía falta que siguieran moviéndose. Por debajo del alcohol noté que se formaba despacio esa bola dura, caliente, como si estuviera en puertas de entrar en combate, como cuando uno sabe que algo está a punto de ocurrir; ese instante en que uno piensa Ahora. Ahora lo puedo tirar todo por la borda, ahora puedo ser sin más. Ahora. Ahora. Es de veras agradable.

—¿Por qué tienen que traer aquí a esa escoria, *monsieur*? —dijo el oficial francés. Monaghan lo miró de hito en hito, lo miró sin levantarse, bien apoyadas las nalgas en la silla, un poco de costado, un brazo apoyado en la mesa—. ¿Por qué se lo ponen ustedes tan crudo a Francia, *monsieur*? —dijo el oficial.

Alguien sujetó a Monaghan en el momento en que se iba a levantar; fue el policía militar que estaba a su espalda quien lo sujetó cuando a punto estaba de levantarse.

—Un mo-o-o-o-o-mento —dijo el policía militar—, un mo-o-o-o-o-mento —se le movía de arriba abajo el cigarrillo pegado al labio inferior al hablar, las manos sobre los hombros de Monaghan, el emblema que llevaba en el brazo izquierdo en destacado relieve—. ¿Y a usted qué le importa, franchute? —dijo. Tras el oficial y el sargento estaban los demás franceses, junto con la vieja, que trataba de abrirse paso a empellones en medio del círculo—. El prisionero está bajo mi custodia —dijo el policía militar—. Me lo llevaré a donde me venga en gana y lo retendré durante todo el tiempo que quiera. ¿Qué me dice de eso?

—¿Y con qué autorización, *monsieur*? —dijo el oficial. Era alto y tenía un rostro demacrado, trágico. Vi entonces que uno de los ojos lo tenía de cristal. Estaba inmóvil, rígido, en una cara que parecía aún más carente de vida que su ojo falso.

El policía militar miró el emblema de su brazalete, y miró luego al oficial y se dio un par de golpes con el dedo en la pistola que le colgaba del cinto.

—Me lo voy a llevar a donde quiera, por todo su piojoso y condenado país. Me lo voy a llevar al Senado de ustedes y a patadas le exigiré a su presidente que le dé un escaño, y pueden ustedes sacar la lengua hasta lamerse la barbilla todo lo que quieran hasta que me toque volver a limpiarles la letrina en la que tienen ustedes metidos los pies.

—Ah —dijo el oficial—, un perro rabioso, ya se ve.

Dijo «perro rabioso» mascullando, sin mover una sola facción de la cara de muerto que tenía, en sí misma un insulto. A su espalda, la *patronne* se puso a dar gritos en francés:

—¡Boche! ¡Boche! ¡Todo roto! ¡Todo roto! Todas las tazas, los platillos, los vasos, los platos, ¡todo, todo, todo roto! ¡Ya se lo voy a enseñar, ya! He guardado los trozos en un cajón para que los vea. Ocho meses han pasado desde que cayó el obús: platos, tazas, vasos, todo lo que tengo desde hace treinta años, ¡roto todo, roto todo de una sola vez! ¡Y cincuenta céntimos me cuesta cada vaso, y vergüenza me da que mis clientes...!

Existe un momento insoportable, un punto de máximo cansancio en el que no hay retorno. Ni siquiera el alcohol se acerca a ese instante. Es algo que motiva a las multitudes, algo semejante a la elemental disminución de la igualdad, algo en el fondo insoportable. Cuando Monaghan se puso en pie, el policía militar lo sentó de un empujón. Luego fue como si todo hubiera saltado por los aires, como si nos viésemos sin rubor y sin vergüenza frente al espectro que durante cuatro años habíamos tenido que adornar con palabras altisonantes, ante el que habíamos tenido que saltar con presteza, con orden y concierto, todas las veces que lo indicase la señal. Vi al policía militar saltar contra el oficial, y vi enseguida a Comyn ponerse en pie y salirle al paso. Vi al policía militar darle a Comyn tres veces en la mandíbula con el puño antes de que Comyn hiciese presa en todo su cuerpo y lo arrojase limpiamente contra los que se habían apiñado, entre los que desapareció, horizontalmente, en el aire, tratando de sacar la pistola.

Vi a tres soldaditos franceses que se le subieron a Monaghan a la chepa y vi que el oficial trataba de descargarle un golpe con una botella, y vi a Sartoris saltarle a su vez a la chepa al oficial. Comyn ya no estaba con nosotros; por el hueco que quedó apareció la *patronne* dando gritos. Fueron dos los que la sujetaron mientras ella se empeñaba en seguir adelante, tratando de escupirle en la cara al alemán.

—¡Boche! ¡Boche! —exclamó, y finalmente le pudo escupir, con el cabello entrecano y suelto, todo revuelto en la cara; se volvió entonces y me escupió a mí en toda la cara—. ¡Y tú lo mismo! —exclamó—. ¡No es Inglaterra la que está hecha trizas! Tú también has venido a picotear en los despojos de Francia. ¡Chacal! ¡Buitre! ¡Animal! ¡Todo está hecho trizas! ¡Todo! ¡Todo! ¡Todo! —y por debajo de todo lo que se dijo, inmóviles, atentos, vigilantes, contenidos, el alemán y el *subadar* seguían sentados, el alemán con el rostro levantado, enfermizo, el *subadar* tranquilo como

un ídolo sentado en cuclillas, enturbantados los dos como sendos profetas del Antiguo Testamento.

No tardó gran cosa. No medió el tiempo en todo aquello. Mejor dicho, estábamos fuera del tiempo; estábamos dentro tal vez, pero no en la superficie del tiempo, en esa demarcación entre lo antiguo, entre lo que sabíamos que no indicaba que hubiésemos muerto, y lo nuevo, donde dijo el *subadar* que estábamos muertos.

Más allá de las botellas que se blandieron, más allá de las mangas azules, de los rostros como máscaras contraídas en rígidos, insonoros gritos a los niños asustados, volví a ver a Comyn. Llegó arando el suelo como un barco sobrecargado cuando se pica la mar; bajo el brazo llevaba al anciano camarero, en los labios el silbato del policía militar. Sartoris entonces lanzó una silla contra la única luz del local.

Hacía frío en la calle, un frío que traspasaba la ropa, que penetraba por los poros distendidos por el alcohol, que murmuraba apelando al esqueleto mismo. La plaza estaba desierta, las luces eran infrecuentes y remotas. Tan callado estaba todo que alcancé a oír el tenue goteo del agua en la fuente. Desde bastante lejos llegó un sonido remoto, también acallado por el cielo espeso y bajo, una nota tenuemente femenina, como todo griterío, incluso los de los hombres en masa, interrumpido de vez en cuando por el sonido de una banda militar. A la sombra de la tapia Monaghan y Comyn sostenían en pie al alemán. Estaba inconsciente; los tres eran invisibles, exceptuando el tenue manchurrón de la venda, e inaudibles, exceptuando las constantes y monótonas maldiciones de Monaghan.

—Nunca tendría que haberse firmado una alianza entre franceses e ingleses —dijo el *subadar*. Lo dijo sin esfuerzo; invisible, su voz llana y desenvuelta tenía una resonancia de órgano, desproporcionada con respecto a su tamaño—. Las naciones que son distintas nunca deberían aunar fuerzas para luchar por un mismo objetivo. Que cada cual luche por algo distinto, por finalidades que no estén en conflicto, cada una a lo suyo.

Sartoris pasó por delante de nosotros a la vuelta de la fuente, con la gorra hinchada y boca arriba, entre las manos. Oímos gotear el agua con cada uno de sus pasos. Pasó a ser una mancha más entre las manchas espesas, donde relucía la venda y donde Monaghan maldecía sin cesar, en voz baja.

—Y cada una de acuerdo con sus tradiciones —dijo el *subadar*—. Mi pueblo... Los ingleses les dieron las armas. Los de mi pueblo las miraron y vinieron a verme:

«Esta lanza es demasiado corta y pesa demasiado. ¿Cómo va a matar un hombre a su enemigo con una lanza de este tamaño, de este peso?». Les dieron guerreras llenas de botones que tenían que llevar abrochados; he pasado por toda una trinchera llena de hombres como éstos, acuclillados, inmóviles, enterrados hasta las orejas en las mantas, la paja, los sacos de arena vacíos, grises de frío los rostros de todos ellos; he retirado las mantas de torsos pacientes, vestidos sólo con una camisa. Los oficiales ingleses les decían: «Id allá y haced tal cosa». Ellos ni se movían. Un buen día, a mediodía, todo el batallón se puso en marcha al otro lado de un cráter, saltaron todos de la trinchera, llevándome a mí y a un oficial. Ganamos la trinchera sin hacer un solo disparo; lo que quedó de nosotros, el oficial, yo, diecisiete soldados, sobrevivió tres días en una transversal a la línea del frente enemigo; hizo falta una brigada entera para sacarnos de allí. «¿Por qué no habéis disparado? —me preguntó el oficial—. Los habéis dejado abatidos como si fuerais faisanes espantados». Los hombres no le miraron. Como niños permanecían en pie, murmurando, alerta, sin vergüenza. Dije al que los encabezaba: «¿Estaban cargados los fusiles, Das?». Como niños permanecían en pie, desconfiados, sin vergüenza. «Oh, hijo de muchos reyes», dijo Das. Yo le dije: «Di la verdad de tu sabiduría al sahib». «No estaban cargados, sahib», dijo Das.

Volvió a llegarnos el sonido de la banda, remoto, atronador en el aire espeso de la noche. Al alemán le daban de beber de una botella.

—A ver. ¿Se encuentra mejor? —dijo Monaghan.

—Es por mi cabeza —dijo el alemán. Hablaban con voces quedas, como si comentasen el tono del papel pintado de una pared.

Monaghan volvió a soltar un improperio.

—Voy a volver, por Dios que sí.

—No, no —dijo el alemán—. No se lo puedo permitir. Ya ha cumplido usted.

Estábamos en la sombra, a resguardo de la tapia, y bebimos. Nos quedaba una botella. Comyn la hizo añicos contra la tapia en cuanto estuvo vacía.

—¿Y ahora qué? —dijo Bland.

—Chicas —dijo Comyn—. ¿No os dan ganas de ver a Comyn, el de la nación de Irlanda, en medio de sus rubios cabellos como un perro en medio de los trigales?

Allí nos quedamos, escuchando a lo lejos la banda militar, el griterío distante.

—¿Seguro que se encuentra bien? —dijo Monaghan.

—Gracias —dijo el alemán—. Me encuentro bien.

—Pues entonces vamos —dijo Comyn.

—¿Te lo vas a llevar contigo? —dijo Bland.

—Sí —dijo Monaghan—. ¿Qué pasa?

—¿Por qué no te lo llevas al cuartel de la policía militar? Está herido.

—¿Tú quieres que te parta la crisma, sí o no? —dijo Monaghan.

—Como lo veas —dijo Bland.

—Vamos, hombre —dijo Comyn—. ¿Quién es el imbécil que prefiere luchar en vez de joder? Todos los hombres son hermanos, y todas las mujeres son hermanas. Así que vámonos de una vez, fusileros de medianoche.

—Vamos a ver —dijo Bland al alemán—: ¿usted quiere ir con ellos, sí o no?

Con la cabeza vendada, sólo él y el *subadar* eran visibles, como dos heridos en medio de cinco fantasmas.

—Espera un momento —dijo Monaghan a Comyn. Monaghan se acercó a Bland. Lo maldijo, lo insultó—. A mí me gustan las peleas —dijo en el mismo tono inexpresivo—. Me gusta incluso que me den una buena tunda.

—Espere —dijo el alemán—. Eso tampoco lo puedo permitir —Monaghan se detuvo, quedando a menos de medio metro de Bland—. Tengo esposa e hijo en Bayreuth —dijo el alemán. Me lo dijo a mí, y me dio la dirección, dos veces, con todo cuidado.

—Yo escribiré a su esposa —dijo—. ¿Qué le debo decir?

—Dígale que no es nada. Usted sabrá cómo.

—Sí. Le diré que se encuentra usted bien.

—Dígale que la vida no es nada.

Comyn y Monaghan lo volvieron a sujetar por los brazos, uno a cada lado. Se dieron la vuelta y siguieron su camino, casi llevándoselo. Comyn se volvió a mirar una vez.

—La paz sea contigo —dijo.

—Y contigo sea la paz —dijo el *subadar*. Siguieron adelante.

Los vimos siluetearse en la entrada de un callejón en el que había luz. Había un arco, y la luz tenue, fría, pálida, se adensaba en el arco y en los muros, de modo que fue como si entrasen por un portón sosteniendo al alemán entre los dos.

—¿Qué van a hacer con él? —dijo Bland—. ¿Sujetarlo de pie en un rincón y apagar la luz? ¿O es que en los burdeles de Francia también hay camas para que se acuesten juntos?

—¿Y eso a quién demonios le puede importar? —dije.

Nos llegaba el sonido de la banda militar, atronador pese a todo. Hacía frío. Cada vez que se me estremecían las carnes por efecto del frío y del alcohol, me parecía oír cómo raspaban al rozar contra los huesos.

—Hace siete años ya que vivo en este clima —dijo el *subadar*—. Pero sigue sin gustarme el frío.

Lo dijo con voz grave, como si midiera un metro noventa. Era como si cuando lo hicieron se hubiesen dicho unos a otros: «Vamos a darle algo con lo que pueda llevar su mensaje dondequiera que vaya». «¿Por qué? ¿Quién va a hacer caso a su mensaje?» «Él lo hará. Por eso le daremos algo con lo que se pueda escuchar bien su mensaje.»

—¿Por qué no se vuelve a la India? —dijo Bland.

—Ah —dijo el *subadar*—. Yo soy como él. Yo tampoco he de ser barón.

—Vaya. Prefiere quitarse del medio y dejar que se apoderen de su tierra gentes que tratan a las personas como los bueyes o los conejos.

—Al quitarme del medio he deshecho en un día lo que costó dos mil años

hacer. ¿No es algo?

Temblábamos de frío. El frío era la banda militar, el griterío, que nos murmuraban con las manos frías apelando directamente al esqueleto, no a los oídos.

—En fin —dijo Bland—, supongo que el Gobierno inglés está haciendo por la liberación de su pueblo más de lo que podría hacer usted.

El *subadar* tocó levemente a Bland en el pecho.

—Es usted muy sabio, amigo mío. Que se alegre Inglaterra de que no todos los ingleses sean tan sabios.

—Entonces, ¿tiene pensado vivir en el exilio el resto de sus días?

El *subadar* señaló con el brazo corto y grueso hacia el arco ya desierto por el que Comyn y el alemán y Monaghan habían desaparecido.

—¿Es que no ha oído usted lo que dijo antes? Esta vida no vale nada.

—Es usted muy libre de pensarlo —dijo Bland—. Pero por Dios le digo que mucho lamento tener que pensar que lo que he salvado de estos tres años no vale nada.

—Usted salvó a un hombre muerto —dijo el *subadar* con serenidad—. Ya lo ha de ver.

—Lo que he salvado es mi destino —dijo Bland—. Ni usted ni nadie más sabe cómo ha de ser.

—¿Qué destino tiene usted, salvo el de estar muerto? Es una desdicha que tuviera que tocarle a su generación. Es una desdicha que durante los mejores años de su vida vaya a caminar por la tierra convertido en un espectro. Pero ése era su destino.

A lo lejos se oía el griterío, una nota sostenida, femenina e infantil al mismo tiempo, y se volvieron a oír los metales de la banda militar, atronadores como las voces, desamparadas, alegres, histéricas, pero más que nada desamparadas. El arco, con el frío resplandor de la luz, bostezaba desierto, profundo, callado, como la cancela de entrada a otra ciudad, a otro mundo. De pronto se marchó Sartoris. Echó

a caminar a buen paso, hacia el muro, contra el cual se apoyó con los brazos extendidos y vomitó.

—Demonios —dijo Bland—. Quiero beber algo —se volvió hacia mí—. ¿Dónde está tu botella?

—Se acabó.

—¿Cómo que se acabó? ¿No había dos?

—Pues ahora no tengo ni una. Si quieres beber, ahí tienes agua.

—¿Agua? —dijo—. El agua, para las ranas.

Entonces volvió a formárame en el estómago una bola dura, caliente, placentera de sentir, insoportable, real; de nuevo ese instante en que uno dice Ahora. Ahora puedo olvidarme de todo, desecharlo todo.

—Ya lo verás, maldito seas —le dije.

Bland no me estaba mirando.

—Dos veces —dijo en voz baja, desapasionada—. Dos veces en una hora. No está nada mal.

Se volvió y se dirigió a la fuente. Sartoris venía caminando muy derecho. La música de la banda se mezclaba con el frío en los huesos.

—¿Qué hora es? —dije.

Sartoris se miró el reloj de pulsera.

—Las doce.

—Ya pasa de medianoche —dije—. A la fuerza.

—He dicho que son las doce —dijo Sartoris.

Bland se había agachado en la fuente. Allí había un poco de luz. Cuando lo alcanzamos se enderezó, secándose la cara. La luz le daba de lleno en la cara, y me pareció que durante un rato debía de haber metido toda la cabeza en el agua, para

lavarse bien, pero entonces me di cuenta de que había estado llorando y que aún lloraba. Permaneció de pie ante la fuente, secándose la cara, llorando con fuerza, pero en silencio.

—Mi pobre mujercita —dijo—. Mi pobre mujercita. [8]

Victoria

I

Quienes lo vieron bajar del expreso de Marsella en la Gare de Lyon aquella mañana lluviosa vieron a un hombre alto, un tanto envarado, de rostro bronceado y bigote de guías puntiagudas, con el pelo casi blanco del todo. «Un milord», se dijeron, recalcando la sobriedad y la corrección de su traje, su correcto bastón, que portaba correctamente, ligero de equipaje; «un *milord militaire*, aunque algo raro le pasa en los ojos». Claro es que en media Europa, hace cuatro años, eran muchos los hombres y mujeres a los que algo raro les pasaba en los ojos. Así que lo vieron continuar, estirado y más alto que los franceses, a todos los cuales sacaba una cabeza, con los ojos descarnados, forzando la vista y con aire forzado, resuelto, y al mismo tiempo confianzudo, y lo vieron desaparecer en un taxi, pensando, si es que alguna vez aún pensaban en él, que «se le verá en las oficinas de la Legación, o en una mesa en los bulevares, o en un carruaje, o con las damas inglesas más elegantes, por el Bois de Boulogne». Eso fue todo.

Y quienes lo vieron bajar del mismo taxi en la Gare du Nord seguramente pensaron: «Ese milord regresa a su patria y va con prisas». El mozo de cuerda que se ocupó de su bolso de viaje le dio los buenos días en un inglés decente y le preguntó si viajaba a Inglaterra, recibiendo por toda respuesta la gélida mirada de inglés que el mozo acaso esperaba, y lo acompañó al vagón de primera en el tren que enlazaba con los barcos para cruzar el Canal de la Mancha. Y eso también fue todo. Y también estuvo bien, incluso cuando bajó en Amiens. Los millores ingleses eran dados a hacer esas cosas. Sólo en Rozières empezaron a reparar en él, a mirarlo cuando pasaba de largo.

En un coche de alquiler al anochecer recorrió las calles despanzurradas, entre muros despanzurrados que a duras penas seguían en pie, sin puertas ni ventanas, o con los cristales astillados. La calle de cuando en cuando estaba parcialmente bloqueada por muros desmoronados, montones de escombros y cascotes

esparcidos entre los cuales brotaba una fina hierba, y así pasó por patios desiertos, en ruinas, en uno de los cuales un tanque, mudo y caído sobre un costado, se oxidaba entre las malas hierbas. Estaba en Rozières, pero allí no se detuvo, porque allí no vivía nadie y no había dónde cobijarse.

Así que el coche siguió camino dando tumbos y así salió de las ruinas. La calle, embarrada y sin pavimentar, daba acceso a otro pueblo de viviendas construidas con ladrillo nuevo, crudo, y láminas de hierro y techos de papel alquitranado, fabricado en Estados Unidos, hasta morir ante el edificio más alto. Estaba a la par de la calle: una pared de ladrillo con una puerta y una ventana de cristal fabricado en Estados Unidos, que ostentaba la palabra RESTAURANTE.

— Señor, hemos llegado — dijo el conductor.

El pasajero bajó del coche con su bolso de viaje, la gabardina y el correcto bastón. Entró en una sala grande, despojada de adornos, fría por el revoque de yeso nuevo. Había una mesa de billar en la que jugaban tres hombres. Uno de ellos le miró por encima del hombro.

— Bonjour, monsieur — dijo.

El recién llegado no respondió. Cruzó la sala, pasó por delante del mostrador nuevo, de zinc, y se acercó a una puerta abierta, más allá de la cual una mujer de edad indefinida, en torno a los cuarenta, lo miró por encima de la labor de costura que tenía en el regazo.

— Bong jour, madame — dijo—. Dormie, madame?

La mujer le dedicó una sola mirada, breve, calma.

— C'est ça, monsieur — dijo poniéndose en pie.

— Dormie, madame? — dijo elevando el tono de voz, el bigote puntiagudo y perlado de lluvia, la humedad bajo los ojos que forzaba a pesar de su mirada confianzuda—. Dormie, madame?

— Bon, monsieur — dijo la mujer—. Bon. Bon.

— Dor... — volvió a ensayar el recién llegado, pero alguien le tocó en el brazo. Era el hombre que lo saludó desde la mesa de billar.

—Regardez, monsieur l'Anglais —dijo el hombre. Tomó el bolso de viaje del recién llegado y señaló al techo con la otra mano—. La chambre —tocó de nuevo al viajero y apoyó la mejilla en la palma de la mano y cerró los ojos; indicó de nuevo el techo y atravesó la sala, camino de una escalera de madera sin barandilla. Al pasar por delante del bar tomó el cabo de una vela y la encendió (la sala grande y la sala posterior, donde estaba sentada la mujer, estaban iluminadas por una sola bombilla cada una, una bombilla que colgaba desnuda de un cable) al pie de la escalera.

Subieron, proyectando sus sombras temblorosas como si se les adelantasen, hasta un pasillo estrecho, frío, húmedo como una tumba. Las paredes eran de yeso tosco y aún sin secar; el piso, de madera de pino, sin alfombra ni barniz. Los pomos de las puertas, de metal barato, relucían simétricamente. El aire detenido caía como una mano sobre la llama de la vela. Entraron en una habitación que olía a yeso húmedo, donde el frío era más intenso que en el pasillo, un frío helador, perezoso, detenido, casi palpable, como si el aire entre los muros muertos y los recientes se espesara, como sucede con uno de esos postres precocinados que se preparan en tres minutos. En la habitación había una cama, una cómoda, una silla y una jofaina; la palangana, la jarra y el cubo eran de esmalte hecho en Estados Unidos. Cuando el viajero tocó la cama, la sábana le resultó insonora a la mano, áspera como la arpillera, y se adhería húmeda a la mano en el aire yerto, en el cual el aliento de ambos se condensaba a la tenue luz de la vela.

El anfitrión dejó la vela sobre la cómoda.

—Dîner, monsieur? —dijo. El viajero contempló a su anfitrión, incongruente como era en la corrección de su vestimenta, con ese aire forzado. Las guías del bigote, enceradas, relucían como apagadas bayonetas por encima de una corbata de rayas, en cuyos colores no podía su anfitrión reconocer los colores de un regimiento escocés—. Manger? —gritó el anfitrión. Y masticó en una violenta pantomima—. Manger? —rugió, imitando su sombra su gesto cuando señaló hacia el suelo.

—Sí —gritó el viajero por toda respuesta, sin que estuviese el uno a más de medio metro del otro—. Sí, sí.

El anfitrión asintió con violencia, señaló a la puerta, asintió de nuevo y salió.

Regresó a la planta baja. Encontró a la mujer en la cocina, ante los fogones.

—Va a comer —dijo el anfitrión.

—Eso ya lo sabía —repuso la mujer.

—Cualquiera diría que se iban a quedar en su país —dijo el anfitrión—. Me alegro de no haber nacido en una raza condenada a vivir en un lugar demasiado pequeño para dar cabida a todos al mismo tiempo.

—Puede que haya venido a ver la guerra —dijo la mujer.

—Pues claro —dijo el anfitrión—. Pero tendría que haber venido hace cuatro años. Entonces sí necesitábamos que los ingleses viesan bien la guerra.

—Era demasiado viejo para venir entonces —dijo la mujer—. ¿Has visto qué blanco tiene el pelo?

—Pues en ese caso que se quede en su país —dijo el anfitrión—. No es más joven de lo que era entonces.

—Puede que haya venido a visitar la tumba de su hijo —dijo la mujer.

—¿Ése? —dijo el anfitrión—. ¿Ése? Es demasiado frío para haber tenido un hijo.

—Puede que tengas razón —dijo la mujer—. A fin de cuentas, eso es cosa suya. A nosotros lo que nos importa es que tenga dinero.

—Cierto —dijo el anfitrión—. En este negocio no se puede andar escogiendo.

—Pero él sí puede escoger —dijo la mujer.

—¡Bien! —dijo el anfitrión—. ¡Muy bien! ¡Escoger! Eso sí que vale la pena decírselo al inglés.

—¿Y no será mejor que se entere cuando se marche?

—¡Bien! —dijo el anfitrión—. Aún mejor. ¡Mucho mejor, ya lo creo!

—Atención —dijo la mujer—. Ya viene.

Escucharon el paso firme del viajero, que apareció entonces en la puerta. Frente a la luz menos fuerte de la sala grande, su rostro oscuro y su cabello blanco parecían un negativo kodak.

La mesa estaba puesta para dos, con una garrafa de vino tinto ante cada plato.

Al sentarse el viajero entró el otro huésped y ocupó el otro lugar; era un hombre menudo, con cara de rata, que a primera vista parecía no tener pestañas. Se puso la servilleta por encima del chaleco, tomó el cucharón de servir la sopa (la soperá se hallaba entre los dos, en el centro), y ofreció servir al otro.

—Faites-moi l'honneur, monsieur —dijo. El otro hizo una envarada inclinación de cabeza para aceptar el ofrecimiento. El hombre menudo levantó la tapa de la soperá—. Vous venez examiner ce scène de nos victoires, monsieur? —dijo, y se sirvió. El otro lo miró—. Monsieur l'Anglais a peut-être beaucoup des amis qui sont tombés en voisinage.

—No hablo francés —dijo el otro, comiéndose la sopa.

El hombre menudo no la probó. Sostenía la cuchara sin mojarla por encima de la soperá.

—Pues me alegro, porque yo hablo inglés. Soy suizo, yo. Todas lenguas hablo —el otro no respondió. Siguió comiendo sin descanso, sin prisa—. ¿Ha gregresado usted a ver la tumba de sus gallagdos compatgiotas, eh? ¿Tal vez tiene un hijo aquí, eh?

—No —dijo el otro. No dejó de comer.

—¿No? —el otro se terminó la sopa y apartó el plato. Probó el vino—. Qué deplorable, pobge del hombge que lo tenga —dijo el suizo—. Pego ya se terminó. ¿No es ciegtó? —el otro siguió sin decir nada. Ni siquiera miraba al suizo. No parecía que mirase nada con sus ojos descarnados, con las rígidas guías del bigote en el rostro enjuto—. También yo sufgo. Todos sufgimos. Pego me digo: ¿y qué quiegues? Así es la guegga.

El otro siguió sin responder. Comía sin descanso, concentrado, y terminó la cena y se puso en pie y se marchó. Encendió la vela en el bar, donde el anfitrión, apoyado junto a otro hombre que vestía chaqueta de pana, alzó el vaso mirándole.

—Au bon dormir, monsieur —le dijo.

El viajero miró al anfitrión, el rostro enjuto a la luz de la vela, los bigotes encerados, rígidos, los ojos en sombra.

—¿Cómo? —dijo—. Ah, sí. Sí —se volvió y se encaminó a la escalera. Los dos hombres de la barra lo vieron de espalda, envarado, empecinado.

Desde que el tren salió de Arras, las dos mujeres habían observado al otro ocupante del compartimento. Era de tercera clase, porque no había vagones de primera en esa línea, e iban sentadas con el chal sobre la cabeza y las manos gruesas, quietas, de campesinas, recogidas sobre las cestas cerradas, en el regazo, viendo al hombre que iba sentado frente a ellas —la blanca distinción del cabello sobre el rostro descarnado, bronceado, las agujas de los bigotes, el traje de hechura extranjera, el bastón— en un asiento desgastado, de madera, grasiento, mirando por la ventanilla. Al principio se limitaron a mirarle, resueltas a evitar su mirada, pero a medida que se dieron cuenta de que el hombre no parecía haber reparado en su presencia comenzaron a cuchichear, una con otra, protegiéndose la boca con las manos. Pero el hombre no pareció darse cuenta de ello, de modo que no tardaron en hablar con voces quedas, pendientes de los ojos brillantes, alertas, raros, de aquella figura envarada e incongruente que se inclinaba un poco apoyado en el bastón, mirando por la ventanilla sucia, tras la cual no había nada que ver, además de una carretera ocasionalmente despanzurrada y unos tocones de menos de dos metros de altura que jalonaban trechos muy largos de terrenos cultivados, pero en barbecho, removida sin motivo aparente en torno a isletas de tierra que indicaban unos rótulos bajos, pintados de rojo, las isletas inescrutables, desoladas sobre la destrucción que engendraban y atesoraban en su seno. Despacio, el tren circuló de súbito entre un revoltijo de ladrillos, entre los cuales se alzaba un chamizo pequeño, de hierro ondulado, que ostentaba un nombre en letras grandes. Vieron al hombre inclinarse más.

—Fíjate —dijo una de las mujeres—. En la boca. Está leyendo el cartel. ¿Qué te dije? Seguro que aquí cayó su hijo.

—Entonces es que tiene hijos a puñados —dijo la otra—. Ha leído los nombres de las poblaciones desde que salimos de Arras. Además, ¡eh! ¿Un hijo? ¿A ti te parece? ¿Con lo frío que se le ve?

—Pero esos hombres también tienen hijos.

—Por eso beben whisky. De lo contrario...

—Por eso mismo. No piensan en otra cosa que en ahorrar y comer, estos ingleses.

Al cabo salieron las campesinas, el tren siguió su ruta. Otros pasajeros subieron, otros campesinos con las botas embarradas, con sus cestos llenos de animales vivos o muertos; a su vez, observaron la figura envarada, inmóvil,

inclinada hacia la ventanilla, mientras el tren circulaba entre las tierras en ruinas, viéndole mover los labios cuando leía los nombres.

—Que mire la guerra si quiere, de la que parece que por fin se ha enterado —se decían unos a otros—. Luego ya se podrá marchar. La guerra no se libró precisamente en su granero.

—Ni en su casa —dijo una mujer.

II

El batallón se encuentra en situación de descanso, bajo la lluvia. Lleva dos días en el cuartel de reposo, algo alejado del frente; se ha repuesto y limpiado el equipamiento, se han cubierto las plazas libres, se han cerrado las filas, y ahora permanece en situación de descanso, con la estúpida docilidad de las ovejas bajo la lluvia incansable, de frente ante la silueta empapada del sargento mayor.

Entonces sale el coronel de una puerta, al otro lado de la plazuela. Permanece un instante en la puerta, abrochándose el impermeable, y seguido por dos ayudas de campo avanza con cautela por el barro, con las botas brillantadas, acercándose a los hombres.

—¡Batallón! ¡Ar...! —grita el sargento mayor. El batallón emite un chasquido, todos los hombres a una, aunque sea un sonido apagado, amordazado. El sargento se vuelve, se encamina hacia los oficiales y saluda con el bastón bajo el brazo. El coronel indica con su bastón hacia la gorra de plato.

—Descansen —dice. Del batallón vuelve a salir un chasquido, un único sonido perezoso, goteante. Los oficiales se acercan a la primera fila del primer pelotón, el sargento mayor situado detrás del último de ellos. El sargento del primer pelotón se adelanta y saluda. El coronel no responde. El sargento se sitúa detrás del sargento mayor y los cinco pasan revista a la compañía, escrutando de uno en uno los rostros impávidos, mirada al frente, de cada uno de los soldados. Primera compañía.

El sargento saluda a espaldas del coronel y retorna a su puesto y se pone firme. El sargento de la segunda compañía se ha adelantado, saluda, se le hace caso

omiso, se coloca tras el sargento mayor y recorren la primera fila de la compañía. Del impermeable del coronel cae el agua en abundancia, que chorrea sobre sus botas brillantadas. El barro va subiendo por las botas, hasta colisionar con los regueros y caer canalizado por el agua mientras las manchas de barro parecen empeñarse en seguir subiendo por las botas brillantadas.

Tercera compañía. El coronel se detiene ante un soldado. Se ha encogido dentro del impermeable, en cuyos hombros gotea la lluvia desde la parte posterior de la gorra, de modo que parece un pájaro colérico, enfurecido. Los otros dos oficiales, el sargento mayor y el sargento, se detienen y se vuelven, los cinco mirando con enojo a los cinco soldados que tienen delante. Los cinco soldados sostienen la mirada hieráticos, sin parpadear, al frente, con rostros que parecen de madera, los ojos como si fuesen de madera.

—Sargento —dice el coronel con cicatería—, ¿este hombre se ha afeitado hoy?

—¡Señor! —dice el sargento con retintín.

—¿Este hombre se ha afeitado hoy? —pregunta el sargento mayor, y los cinco lanzan al soldado miradas fulminantes, mientras su hierática mirada parece pasar a través de ellos e ir más allá, como si no estuviesen allí—. ¡Un paso al frente cuando se habla en las filas!

El soldado, que no ha dicho nada, se sale de la fila, y rocía con una salpicadura de barro más alta que las otras las botas del coronel.

—¿Cómo te llamas, soldado? —dice el coronel.

—024186 Gray —larga el soldado a toda velocidad. La compañía, el batallón, permanece con la vista al frente.

—¡Señor! —atruena el sargento mayor.

—Señor —corroborra el soldado.

—¿Te has afeitado esta mañana? —dice el coronel.

—No, señor.

—¿Por qué no?

— Es que no me afeito, señor.

— ¿No te afeitas?

— No tengo edad aún de afeitarme.

— ¡Señor! — atruena el sargento mayor.

— Señor — dice el soldado.

— No tienes edad... — la voz del coronel se apaga en algún lugar, más allá de su colérica mirada, del agua que gotea desde su gorra—. Anote su nombre, sargento mayor — dice, y sigue adelante.

El batallón mira con hieratismo al frente. Llega el momento en que se ve al coronel, a los dos oficiales y al sargento mayor reaparecer en fila india. En su debido sitio, el sargento mayor se detiene y saluda a la espalda del coronel. El coronel agita el bastón con la mano y continúa adelante, seguido por los dos oficiales, a paso ligero, hacia la puerta de la que salió.

El sargento mayor se planta otra vez de cara al batallón.

— ¡Atención! — grita. Pasa de fila en fila un movimiento imperceptible, precursor del apagado, malhumorado estrépito que ha de morir según nace. El bastón del sargento mayor ha salido de debajo del sobaco; ahora se apoya en él, como suelen los oficiales. Durante unos instantes escruta las primeras filas del batallón—. ¡Sargento Cunninghame! — dice al fin.

— ¡Señor!

— ¿Ha anotado el nombre de ese soldado?

Se hace el silencio unos instantes, poco más que unos segundos, poco menos que un silencio alargado.

— ¿Qué soldado, señor? — dice el sargento.

— ¡Tú, soldado! — dice el sargento mayor.

El batallón permanece hierático. La lluvia alancea en silencio el barro en el trecho que separa a los hombres del sargento mayor, como si estuviera tan agotada

que ya no pudiera ni apresurarse ni cesar.

—¡El que no se afeita! —dice el sargento mayor.

—¡Gray, señor! —dice el sargento.

—Gray. Un paso al frente.

El soldado Gray aparece sin prisa y con paso resuelto por delante del batallón, el kilt oscuro, húmedo, pesado como una manta de caballo empapada de agua.

—¿Por qué no te has afeitado esta mañana? —dice el sargento mayor.

—Es que no tengo edad aún de afeitarme —dice Gray.

—¡Señor! —dice el sargento mayor.

Gray mira hieráticamente, más allá del hombro del sargento mayor.

—¡Di *señor* cuando te dirijas a un oficial, a tu superior! —dice el sargento mayor. Gray mira terqueando más allá de su hombro, el rostro bajo la boina sin visera, tan ajeno a las frías lanzas de la lluvia como si fueran de granito.

—¡Sargento Cunninghame! —dice el sargento mayor alzando la voz.

—¡Señor!

—Anote el nombre de este soldado también por insubordinación.

—¡Muy bien, señor!

El sargento mayor mira de nuevo a Gray.

—Me ocuparé de que acabes en el batallón penitenciario,^[58] soldado. ¡A formar!

Gray vuelve sin prisa a su lugar en las filas; el sargento mayor lo observa.

—¡Sargento Cunninghame! —dice el sargento mayor alzando la voz de nuevo.

—¡Señor!

—No anotó usted el nombre de ese soldado cuando se le indicó. Si vuelve a suceder, va a tener que terminar como él.

—¡Muy bien, señor!

—¡Adelante! —dice el sargento mayor.

—Pero... ¿por qué no te has afeitado? —le preguntó el cabo. Habían vuelto al cuartel de reposo: un granero de piedra con muros leprosos, en el que no entraba la luz, donde pasaban el tiempo sentados en jergones de paja húmeda, con olor a amoníaco, en torno a un brasero apestoso—. Bien sabías que esta mañana tocaba revista.

—Es que no tengo edad aún de afeitarme —dijo Gray.

—Pero bien sabías que el coronel se fijaría en ti al formar.

—Es que no tengo aún edad de afeitarme —repitió Gray con terquedad, sin acalorarse.

III

—Desde hace doscientos años —dijo Matthew Gray— no ha pasado un solo día, salvo los domingos, en que no se bote un barco en las aguas del Clyde, o en que no las surque un barco, a favor de la corriente o remontándola, y que no lleve ese barco un clavo que hayan clavado los Gray —miró al joven Alec a través de las lentes de montura de acero, con la cabeza inclinada—. Y eso sin exceptuar el impío, el profano martillar y serrar los sábados. Porque si se pudiera construir un barco en un día, los Gray lo construirían —añadió con agrio orgullo—. Y ahora, cuando resulta que tienes edad suficiente de bajar al astillero con tu abuelo y conmigo, y edad de ocupar un lugar entre los hombres, ahora que se puede confiar en tu virilidad y poner en tus manos un martillo y una sierra...

—Calla, Matthew —dijo el viejo Alec—. El muchacho sabe serrar en línea tan recta y clavar tantos clavos al día como tú mismo y como yo.

Matthew no prestó atención a su padre. Siguió hablando en voz queda, con

consideración, observando a su hijo mayor a través de las lentes de montura de acero.

—Y a John Wesley aún le faltan dos años para tener la edad, y al pequeño Matthew diez, y tu abuelo y tu padre pronto estarán...

—Calla, hombre —dijo el viejo Alec—. Yo aún no tengo sesenta y ocho. ¿O es que le vas a decir al muchacho que va a tener que hacer su viajecito a Londres y que a la vuelta me va a encontrar en la parroquia? Esto habrá terminado por Navidad.

—Con Navidad o sin ella —dijo Matthew—, a un Gray, a un carpintero de ribera por añadidura, no se le ha perdido nada en una guerra de los ingleses.

Se puso en pie y fue al cajón que había junto a la chimenea, de donde regresó con una caja. Era de madera oscura, envejecida por el tiempo, con las esquinas de hierro y con un candado enorme, que cualquier niño hubiera sabido abrir ayudándose tan sólo de una horquilla. Del bolsillo sacó una llave de hierro casi tan grande como el candado. Abrió la caja y extrajo con cuidado un estuche de joyero cubierto de terciopelo, que también abrió. Sobre el forro de satén descansaba una medalla, un trozo de bronce con una cinta escarlata: una Cruz de la Victoria.

—Yo me encargué de que se siguieran botando barcos en el Clyde mientras tu tío Simon se fue a que le dieran este trozo de latón. Se lo dio la Reina en persona —dijo el viejo Alec—. Ni una sola queja tuve que oír mientras tanto. Y si falta hiciera seguiría yo ocupándome de que se boten los barcos durante todo el tiempo que Alec vaya a estar al servicio de la Reina. Deja marchar al muchacho —dijo. Guardó la medalla en el estuche y el estuche en la caja, y la cerró—. Un poco de jaleo en combate no le vendrá mal al muchacho. Tuviera yo su edad, o tuviera la tuya, ya puestos, y te aseguro que iba yo en persona. Alec, muchacho, atiende. Ya veréis si no aceptan a un chaval de sesenta y ocho años, a ver si no me marchó y os dejo a los vejestorios, que es lo que tú eres, Matthew, para que os las apañéis como buenamente se os ocurra. Te digo yo que no, Matthew: no le pongas trabas al muchacho, ¿o es que no se han puesto los Gray al servicio de la Reina cuando lo ha necesitado, eh?

Así el joven Alec fue a alistarse, bajando la colina con sus mejores galas, endomingado, con una Biblia y una barra de pan hecho en casa envuelta en un paño. Y ése fue el último día de diario en que trabajó el viejo Alec, pues poco después, una mañana, Matthew bajó la colina para llegar solo al astillero, dejando en casa al viejo Alec. Después de eso, en los días soleados (y a veces también con mal tiempo, hasta

que lo encontró su nuera y lo obligó a entrar en la casa) se sentaba con un echarpe sobre los hombros en una silla, en el porche, a mirar al sur, y al este, llamando de vez en cuando a la esposa de su hijo, que estaba en la casa.

—Escucha, aguza el oído. ¿No los oyes? Los disparos.

—Yo no oigo nada —decía su nuera—. Sólo es el mar en Kinkeadbight. Vamos, entra en la casa. A Matthew no le hará ninguna gracia saber que estás aquí.

—Calla, mujer. ¿Tú crees que hay en el mundo un Gray que pueda disparar un solo tiro sin que lo sepa yo por el ruido?

Recibieron carta suya al poco de alistarse, desde Inglaterra, en la que les decía que ser soldado en Inglaterra era muy distinto de ser carpintero de ribera en las orillas del Clyde, y que volvería a escribir más adelante. Y lo hizo, cada mes poco más o menos, contándoles que ser soldado era distinto de construir barcos y que aún seguía lloviendo. Luego no supieron nada de él en siete meses. Pero su madre y su padre siguieron escribiéndole una carta conjunta el primer lunes de cada mes, cartas casi idénticas a las anteriores, a la docena que habían escrito:

Estamos bien. Se botan los barcos en el Clyde más deprisa de lo que los hunden. ¿Tienes el Libro aún?

Esto le llegaba con la caligrafía lenta e indomable de su padre. Luego, la de su madre:

¿Estás bien? ¿Necesitas algo? Jessie y yo estamos terminando los calcetines, los enviaremos. Ay, Alec, Alec.

Ésta la recibió durante los siete meses, el tiempo que hubo de cumplir en el batallón penitenciario. Se la hizo llegar el cabo de su viejo regimiento, puesto que a los suyos no les dijo nada de su cambio de vida. La respondió acurrucado entre sus compañeros de fatigas, otros condenados por indisciplina, acuclillado en el barro, con periódicos prensados bajo la guerrera y la cabeza y los pies envueltos en tiras arrancadas de las mantas:

Estoy bien. Sí, todavía tengo el Libro (sin decirles que en su pelotón se empleaban las hojas para encender tabaco, y que ya habían pasado de las Lamentaciones). Sigue lloviendo. Todo mi cariño al Abuelo y a Jessie y a Matthew y a John Wesley.

Cumplió al fin su sentencia en el batallón penitenciario. Volvió a su compañía de antes, a su batallón de antes, donde encontró caras nuevas y una carta:

Estamos bien. Se siguen botando los barcos en el Clyde. Has tenido una hermanita. Tu madre se encuentra bien.

Dobló la carta y la guardó.

—Veo muchas caras nuevas en el batallón —le dijo al cabo—. ¿Es también nuevo el sargento mayor por ventura?

—No —dijo el cabo—. Ése sigue siendo el mismo de siempre —miraba a Gray con atención, con aire especulativo. Se le despejó el semblante—. Esta mañana te has afeitado —dijo.

—Sí —dijo Gray—. Ya tengo edad también de afeitarme.

Esto fue la noche en que el batallón había de llegar a Arras. Se iba a desplazar a medianoche, así que respondió la carta de inmediato.

Estoy bien. Todo mi cariño al Abuelo y a Jessie y a Matthew y a John Wesley y a la pequeña.

—Buen día, ¡buen día! —el general, con capote y capucha, se asoma desde el automóvil y agita la mano enguantada y les grita con buen ánimo a medida que caminan trabajosamente y lo adelantan uno a uno por la carretera de Bapaume, para lo cual han de orillarse a la cuneta.

—Contento se le ve al vejete —dice una voz.^[59]

—Bah, oficiales —dice otra, y despotrica al resbalar en el barro, viscoso como la grasa, al tiempo que trata de sujetarse al desmonte de la cuneta.

—Ah, mira tú —dice un tercero—, va y resulta que los oficiales también van a la guerra. Ni lo dudes.

—¿Y por qué no iban a ir? —dice un cuarto—. Por allí atrás no está la guerra.

Pelotón a pelotón se orillan de un salto a la cuneta y arrastran los pies por el barro espeso, adelantando el automóvil y volviendo trabajosamente al centro de la calzada.

—Y va y me dice: los alemanes tienen un cañón nuevo con el que van a alcanzar hasta París, me suelta, y a esto le digo yo: anda, no jorobes, que yo tengo uno con el que alcanzo de sobra nuestro Cuartel General del Mando.

—¡Buen día, buen día! —el general sigue agitando el guante y grita con ánimo a medida que el batallón se desvía, se meten los hombres hasta la rodilla en la cuneta y vuelven luego a la calzada.

Están en la trinchera. Hasta que les estalla la primera bengala en las narices no se ha disparado un solo tiro. Gray es el tercer hombre. Durante todo el tiempo en que reptaron entre fulgores, de un cráter a otro, se ha ido acercando al sargento mayor y al oficial de mando; al relumbro de esa primera bengala ve la brecha de la alambrada hacia la cual los conducía el oficial, los destellos húmedos y tiesos del alambre de espino, allí donde las balas han levantado el barro y la herrumbre, y recortada en ese relumbro ve la silueta alta y delgada del sargento mayor. Entonces también Gray salta con la bayoneta calada a la trinchera, donde se oyen gruñidos y gritos y golpes sordos.

Los fulgores repentinos ascienden ahora por docenas; a la cadavérica luz ve Gray al sargento mayor, que metódicamente lanza granadas hacia el siguiente trecho de tierra entre una alambrada y otra, por donde continúa otro ramal de la trinchera. Corre hacia él, pasando por delante del oficial que se agacha, encorvado, en el peldaño al que se encaraman los soldados para abrir fuego. El sargento mayor ha desaparecido más allá del trecho despejado por el siguiente ramal. Gray lo sigue y da con el sargento mayor. Sujetando con una mano la cortina de arpillera de la trinchera siguiente, el sargento mayor se halla en trance de lanzar una granada al refugio, tal como podría lanzar una monda de naranja a un sótano.

El sargento mayor se vuelve al resplandor de las bengalas.

—Ah, eres tú, Gray —dice. Estalla la bomba atenazada por la tierra; el sargento mayor se halla en trance de coger otra granada del saco que lleva colgado en bandolera al cuello cuando la bayoneta de Gray le traspasa el cuello. El sargento mayor es un hombre corpulento. Trastabilla, parece que cae para atrás, y sujeta con ambas manos el cañón del fusil, cuyo extremo se le ha clavado en el cuello. Le centellean los dientes, arrastra consigo a Gray. Gray se aferra al fusil. Trata de zarandear el cuerpo alanceado en la bayoneta como zarandearía a una rata pinchada en la varilla de un paraguas.

Libera la bayoneta. El sargento mayor cae del todo. Gray da la vuelta al fusil

y asesta un culatazo al sargento mayor en toda la cara, pero el suelo de la trinchera es demasiado blando para ofrecer ninguna resistencia. Mira frenético en derredor. Encuentra uno de los tablones que se usan para pasar sobre los trechos más enfangados. Lo arrastra y lo desliza hasta ponerlo bajo la cabeza del sargento mayor, para asestarle otro culatazo en la cara. A su espalda, en la primera desviación de la trinchera, el oficial al mando no para de gritar:

—Sargento mayor, ¡toque el silbato!

IV

En el documento oficial se decía que el soldado raso Gray, en una incursión nocturna, convertido en uno de los cuatro supervivientes, tras la incapacitación del oficial y la muerte de todos los suboficiales, asumió el mando de la situación y (siendo el propósito de la expedición una incursión relámpago para capturar prisioneros) aguantó tras las líneas enemigas, en el frente, hasta que recibieron ayuda de una fuerza de apoyo y consolidaron la posición. El oficial indicó a los hombres que retrocedieran, ordenándoles que lo dejaran allí y que se salvaran, momento en el cual Gray apareció con una ametralladora alemana que nadie supo de dónde había salido, y mientras sus compañeros construían una barricada hizo caso omiso de las órdenes del oficial, le arrebató la pistola de señales y disparó la señal de color convenido para avisar a los compañeros de que pasaran al ataque. Todo ello fue tan rápido que las fuerzas de apoyo llegaron sin dar tiempo de contraatacar al enemigo, que ni siquiera pudo abrir fuego de artillería.

Es harto dudoso que los suyos llegaran a ver el documento oficial. De todos modos, las cartas que recibió de ellos durante su estancia en el hospital, el tenor de las cartas, fue el mismo de siempre. «Estamos bien. Se siguen botando los barcos en el Clyde.»

La siguiente carta que envió a su familia tardó varios meses en llegar. La escribió durante su convalecencia en Londres:

He estado en el hospital, pero ya estoy mejor. Me han dado una condecoración con cinta como la del estuche, pero que no es roja. Estaba la Reina presente. Todo mi cariño al Abuelo y a Jessie y a Matthew y a John Wesley y a la pequeña.

La respuesta se la escribieron el viernes:

Tu madre se alegra de que estés mejor. Tu abuelo ha muerto. La pequeña se llama Elizabeth. Todos estamos bien. Tu madre te manda todo su cariño.

Su siguiente carta tardó tres meses en llegar, de nuevo en invierno.

Mi herida mejora. Ahora voy a una academia para oficiales. Todo mi cariño a Jessie y a Matthew y a John Wesley y a la pequeña Elizabeth.

Matthew Gray meditó esta carta un buen rato, tanto que de hecho tardó una semana en responder. La escribió el segundo lunes, en vez del primero. La escribió poniendo mucho esmero y todo el tino que pudo, esperando a que toda la familia se hubiese acostado. Fue una carta tan larga, o le costó tanto tiempo, que al cabo de un rato apareció su mujer en camión.

—Anda, vuélvete a la cama —le dijo él—. Yo voy enseguida. Algo hay que decirle al muchacho.

Cuando por fin dejó la pluma y se recostó en el respaldo para releer la carta, vio que le había salido larga, que la había escrito despacio, con toda la intención, sin enmiendas ni borrones.

... tu condecoración... por ahí se llega a la vanagloria y a la soberbia. La soberbia y la vanagloria que te llevan a tratar de ser oficial. No te olvides de dónde has nacido, Alec. Tú no eres un caballero de alta cuna. Eres un carpintero de ribera escocés. Si tu abuelo estuviera aquí, no sería el último en decírtelo... Nos alegramos de que tu herida vaya a mejor. Tu madre te manda su cariño.

Envió a casa la condecoración y su fotografía con la guerrera nueva, con los galones, la cinta en la pechera, el distintivo en las bocamangas. Pero él no fue. Regresó a Flandes por primavera, cuando las amapolas se mecían en los campos revueltos de remolachas y de coles. Cuando tuvo permisos los pasó en Londres, en los bares donde se reunían los oficiales, sin decir a los suyos que había tenido un permiso.

Aún conservaba el Libro. De vez en cuando se lo encontraba entre sus efectos y lo abría por la página desgarrada en la que había cambiado su vida: «... y dijo una voz, levántate, Pedro, mata...».^[60]

Con frecuencia, su ordenanza lo miraba cuando, ajeno a todo, olvidado de

todo, recurría al Libro y meditaba sobre aquella página mal arrancada: el oficial que asciende desde la condición del soldado raso, el hombre descarnado y solitario, con un rostro que delataba sus años, o su falta de años: una sobriedad, una calma profunda y madura, una convicción grave y sopesada en su expresión y en sus gestos («como si fuera el mismísimo Haig», decía el ordenanza),^[61] viéndole ante su mesa limpia, escribiendo despacio, con firmeza, la lengua apretada en el carrillo, como escriben los niños:

Estoy bien. No ha llovido desde hace dos semanas. Todo mi cariño a Jessie y a Matthew y a John Wesley y a Elizabeth.

Cuatro días antes, el batallón regresó del frente. Había perdido al comandante, a dos capitanes y a casi todos los suboficiales, de modo que el capitán que queda es ahora comandante y dos suboficiales y un sargento llevan las compañías. Han llegado reemplazos entre tanto, se han completado las filas, el batallón mañana vuelve al frente. Así pues, hoy la compañía K se alinea para pasar la inspección mientras el suboficial-capitán (se llama Gray) recorre despacio cada uno de los pelotones.

Va repasando de hombre en hombre, despacio, a conciencia, el sargento tras él. Se detiene.

—¿Dónde está la herramienta de trinchera, soldado? —dice.

—Ha volado... —empieza a contestar el soldado. Se calla, mirando hieráticamente al frente.

—Ha volado de tu mochila, ¿eh? —termina de decir el capitán—. ¿Desde cuándo? ¿En qué batallas has tomado parte en estos cuatro días?

El soldado sigue con la vista clavada en la calle adormecida. El capitán reanuda su camino.

—Anote su nombre, sargento.

Pasa al segundo pelotón, al tercero. Se detiene de nuevo. Mira al soldado de arriba abajo.

—¿Tu nombre?

—010801 McLan, señor.

—¿De reemplazo?

—De reemplazo, señor.

El capitán sigue su camino.

—Anote el nombre, sargento. Tiene sucio el fusil.

Se pone el sol. El pueblo se yergue formando una negra silueta sobre el crepúsculo, el río ríela en el fuego espejado. El puente que lo salva es un arco negro por el que poco a poco, como figurillas recortadas de papel, van pasando los hombres.

El grupo se agazapa en la cuneta mientras el capitán y el sargento se asoman con cautela por el parapeto.

—¿Los ve, sargento? —dice el capitán en voz baja.

—Hunos, señor —susurra el sargento—. Se nota por los cascos.

La columna por fin cruza el puente. El capitán y el sargento vuelven a gatas a la cuneta, donde está el grupo agazapado, entre ellos un hombre herido con un vendaje en la cabeza.

—Ahora, que se calle —dice el capitán.

Abre la marcha por la cuneta hasta llegar a las afueras del pueblo. Allí ya no les da el sol, allí se sientan en silencio tras un muro, mientras el capitán y el sargento se vuelven a alejar a rastras. Regresan en cinco minutos.

—Bayonetas caladas —dice el sargento en voz baja—. En silencio.

—¿Me quedo con el herido, sargento? —susurra uno.

—No —replica el sargento—. Vendrá con nosotros, sea lo que tenga que ser. Adelante.

Reptan sigilosamente pegados al muro, tras el capitán. El muro se acerca en ángulo recto a la calle, a la carretera que salva el puente. El capitán alza la mano. Se detienen y lo ven asomarse por la esquina. Se hallan frente al arranque del puente, que está desierto, como la carretera. El pueblo, apacible, se adormece con la puesta

de sol. Recortada en el cielo, más allá del pueblo, la polvareda de la columna que se retira pende en suspenso, tornándose rosa y oro.

Oyen entonces un ruido, una palabra breve, gutural. Ni siquiera a diez metros, tras una tapia en ruinas, a la altura del pecho, frente al puente, cuatro hombres se acuclillan tras una ametralladora. El capitán vuelve a alzar la mano. Todos aprestan los fusiles: se precipitan los clavos de las botas sobre los adoquines, un grito de asombro cortado en seco; golpes, resuellos entrecortados, maldiciones: ni un disparo.

El hombre del vendaje en la cabeza se echa a reír audiblemente, hasta que alguien lo hace callar tapándole la boca con una mano que tiene el sabor del latón. Siguiendo instrucciones del capitán, echan abajo la puerta de la casa, a cuyo interior arrastran la ametralladora y los cuatro cuerpos. Suben la ametralladora al piso de arriba y la emplazan en una ventana desde la que se domina el puente. Se hunde más el sol, se alargan las sombras, calladas en el pueblo y en el río. El hombre del vendaje en la cabeza balbucea para sí.

Otra columna aparece por la carretera, obstinados y ordenados los hombres, cubiertos con los cascos puntiagudos. Cruza el puente y pasa por el pueblo. Un grupo se separa de la retaguardia de la columna y se divide en tres escuadrillas. Dos están provistas de ametralladoras, que emplazan a uno y otro lado de la calle, la más cercana en la barricada tras la cual se ha capturado la otra ametralladora. La tercera escuadrilla regresa al puente con herramientas de zapador y explosivos. El sargento separa a seis de los diecinueve hombres, y bajan las escaleras en silencio. El capitán permanece con la ametralladora en la ventana.

De nuevo se percibe una rápida precipitación, una refriega, golpes. Desde la ventana, el capitán ve las cabezas de los encargados de la ametralladora a la vuelta de la esquina, y en poco tiempo el cañón del arma bascula y comienza a disparar. El capitán contesta una sola vez con una ráfaga de su arma, y luego encañona a los que están en el puente y los ve darse a la fuga como una desbandada de perdices en busca del muro más cercano. Mantiene el arma apuntada contra ellos. Aflojan las carreras, se paran, salpican de uno en uno el blanco de la carretera, quedan inmóviles. Vuelve entonces a apuntar el arma contra la ametralladora que hay al otro lado de la calle. Cesa el fuego.

Da otra orden. Los hombres restantes, exceptuando al del vendaje en la cabeza, bajan corriendo las escaleras. La mitad se detiene ante la ametralladora, bajo la ventana, y la arrastran hasta volverla en otra dirección. Los otros cruzan la calle a

la carrera, hacia la segunda ametralladora. Están a mitad de camino cuando esa ametralladora abre fuego. Los hombres, en plena carrera, se abalanzan al suelo. Ondean los kilts y dejan al descubierto los muslos pálidos. La ametralladora barre el portal donde los otros liberan la primera ametralladora retirando los cuerpos de los caídos. Cuando el capitán vuelve a apuntar con su arma, salta una polvareda a la izquierda del marco de la ventana, de su ametralladora sale un ruido metálico, algo le desgarró el brazo y las costillas, salta una polvareda a la derecha del marco de la ventana. Descarga una ráfaga contra la otra ametralladora. Sigue disparando contra el amontonamiento que se ha formado en torno al arma enemiga hasta mucho después de que haya cesado el fuego.

La tierra oscura muerde el borde del sol. Toda la calle está en sombras; entra en la habitación un último rayo al ras y se apaga. A su espalda, en el crepúsculo, el herido ríe, y su risa da lugar, hundiéndose, a un farfullar sosegado y contento.

Justo antes de anochecer otra columna cruza el puente. Queda la luz justa para ver que las tropas visten uniformes caqui y llevan cascos planos. Pero es probable que nadie los viese, porque cuando un grupo subió al segundo piso y encontró al capitán apoyado en la ventana, junto a la ametralladora fría, pensaron que estaba muerto.

Esta vez Matthew Gray sí vio el documento oficial. Alguien recortó el anuncio publicado en la *Gazette* y se lo envió, y él a su vez lo envió a su hijo, al hospital, con una carta:

... Como has de ir a una guerra nos alegra que lo estés haciendo bien. Tu madre piensa que ya has cumplido con tu parte y que deberías volver a casa. Pero las mujeres no entienden estas cosas. Yo pienso en cambio que ya va siendo hora de que cesen los combates. De qué sirven las subidas de los jornales si la comida es tan cara que no hay margen de beneficio salvo para los que se aprovechan de los demás. Cuando una guerra llega al extremo en el que las batallas sirven para que prosperen quienes las ganan, es hora de terminar.

V

En la cama de al lado, y después en el sillón de al lado, en la galería acristalada, había un suboficial. Conversaban a menudo. Mejor dicho, el suboficial conversaba mientras Gray le oía. Hablaba de la paz, de lo que pensaba hacer

cuando todo aquello acabase; hablaba como si ya hubiera terminado, como si no pudiera prolongarse más allá de Navidad.

—Por Navidad volveremos a estar allí —dice Gray.

—¿Los afectados por el gas? A los afectados por el gas no los destacan de nuevo al frente. Hay que curarlos antes.

—Y nos curaremos.

—Pero no será a tiempo. Esto habrá terminado por Navidad. No puede durar un año más. No me crees, ¿verdad? A veces me parece que en el fondo tienes ganas de volver allá. Pero esto habrá terminado por Navidad. Y entonces me largo. A Canadá. Ahora, aquí en casa no nos queda nada —miró al otro, la figura descarnada, emaciada, con el pelo casi blanco del todo, tendido con los ojos entrecerrados al sol poniente.

—Nos vemos en Givenchy el día de Navidad.

No había de ser así. El 11 de noviembre aún estaba ingresado en el hospital, donde oyó repicar las campanas, y allí seguía por Navidad, cuando recibió una carta de los suyos.

Ahora por fin puedes volver a casa. No será demasiado tarde. Van a necesitar los barcos más que nunca, ahora que la soberbia y la vanagloria se han agotado del todo.

El oficial médico le saludó con buen ánimo.

—Maldita sea... Y aquí sigo atascado, cuando conozco un sitio en Devon donde se oye cantar al ruiseñor, ¡diantre! —dio a Gray unos golpecitos en el pecho—. Tampoco es para tanto: sólo un murmullo de fondo. No le causará complicaciones, siempre y cuando de ahora en adelante se abstenga de las guerras. Es posible que le impida volver a ninguna guerra, claro —aguardó a que Gray se riese, pero Gray no se rió—. En fin, ahora todo ha terminado, maldita sea. Firme aquí, por favor —Gray firmó—. Lo olvidaremos tan deprisa como lo vimos comenzar, eso espero. Bien... —le tendió la mano, sonriendo con una sonrisa antiséptica—. Anímese, capitán. Adiós. Y buena suerte.

Matthew, al bajar por la colina a las siete de la mañana, vio al hombre, a un hombre alto, color de hospital, con ropas de ciudad y un bastón. Se detuvo.

—¿Alec? —dijo—. Alec... —se dieron la mano—. No podía... no sabía... —miró a su hijo, su cabello blanco, su bigote encerado—. Ahora tienes dos condecoraciones que guardar en la caja, eso has escrito —Matthew volvió sobre sus pasos, a lo alto de la colina, a las siete de la mañana—. Vayamos donde tu madre.

Alec Gray se echó atrás un momento. Tal vez no había progresado tanto como creía, o tal vez es que se hallaba subiendo una colina, y el retorno no fue tanto una reversión, sino más bien una especie de avalancha que aguardase al guijarro, al momentáneo pensamiento que había de ser.

—El astillero, padre.

El padre avanzaba con paso firme, llevando la caja con el almuerzo.

—Que espere —dijo—. Vayamos donde tu madre.

Su madre lo recibió en la puerta. Tras ella vio al joven Matthew, ya hecho un hombre, y a John Wesley, y a Elizabeth, a quien no conocía.

—No has vuelto a casa con tu uniforme —dijo el joven Matthew.

—No —repuso—. No, pref...

—Tu madre quería verte con los colores del regimiento —dijo su padre.

—No —dijo su madre—. ¡No! ¡Eso nunca!

—Calla, Annie —dijo su padre—. Ahora es capitán, tiene dos condecoraciones que guardar en la caja. Eso es falsa modestia. Has dado muestra de valor, deberías... Pero es lo de menos: el uniforme que ha de vestir un Gray no es otro que un peto y un martillo en la mano.

—Sí, señor —dijo Alec, quien tiempo atrás había descubierto que ningún hombre posee valor, aunque cualquiera se zambulle a ciegas en el valor, tal como trastabilla y cae por una boca de alcantarilla abierta en la calle.

Hasta esa noche, después de que los niños y la madre se hubieran acostado, no se lo dijo a su padre.

—Vuelvo a Inglaterra. Me han prometido un trabajo allí.

—Ah —dijo su padre—. ¿En Bristol tal vez? Allí construyen barcos.

Brillaba la lámpara, cuyos tenues rayos rozaban la superficie negra y pulida de la caja, en la repisa de la chimenea. Se había levantado el viento, que limpió el cielo como si fuera un cuenco negro, tallando la casa y la colina y el saliente de tierra que se prolongaba hacia el mar en el negro espacio.

—Soplará durante toda la noche —dijo su padre.

—Hay otras cosas —dijo Alec—. He hecho amistades, entiéndelo.

Su padre se quitó las lentes de montura de hierro.

—Has hecho amistades. Supongo que oficiales y gente por el estilo, sin duda.

—Sí, señor.

—Y es bueno tener amigos con los que sentarse ante la chimenea por la noche, amigos con los que charlar. Más allá de eso, sólo quienes bien te quieren tolerarán tus faltas. Mucho hay que querer a un hombre para tolerar todo aquello en lo que nos pone a prueba, Alec.

—No son esa clase de amigos, padre. Son... —calló. No miró a su padre. Matthew permanecía sentado, limpiando las lentes despacio con el pulgar. Oían soplar el viento—. Si no sale bien, volveré al astillero.

Su padre lo miró con extrema seriedad, limpiando aún las lentes.

—Los carpinteros de ribera no se hacen así, Alec. Tener temor de Dios, cumplir con el trabajo como si fuera tuyo el barco cuyas cuadernas armas... —se puso las lentes. Sobre la mesa descansaba una Biblia recia, encuadernada con adornos de latón. La abrió; fue como si las palabras se elevaran de la página para encontrarse con sus ojos. Leyó en voz alta: «... *y los capitanes de millares, y los capitanes de decenas de millares...* Un párrafo de orgullo.^[62] Miró de frente a su hijo, agachando la cabeza para verlo por encima de las lentes—. Entonces, ¿marchas a Londres?

—Sí, señor —dijo Alec.

VI

Le esperaba el puesto prometido. Era en un despacho. Ya se había hecho las tarjetas de visita: Capitán A. Gray, seguido de las iniciales de sus dos condecoraciones, la Medalla al Mérito Militar y la Distinción en el Servicio Prestado. A su regreso a Londres se inscribió en la Asociación de Oficiales e hizo donativos para ayudar a las viudas y los huérfanos.

Dispuso de habitaciones en el barrio apropiado e iba y volvía a pie al despacho, con las tarjetas de visita y el bigote encerado, su ropa sobria y correcta, el bastón que portaba de una manera inimitable, con garbo y sin estorbo, y daba limosna a los ciegos y a los tullidos de Piccadilly, a los que preguntaba por los regimientos a los que pertenecieron. Una vez al mes escribía a los suyos:

Estoy bien. Todo mi cariño a Jessie y a Matthew y a John Wesley y a Elizabeth.

Durante aquel primer año se casó Jessie. Le mandó de regalo una cubertería de plata, aunque tuvo que esforzarse para ello y tocar incluso sustancialmente sus ahorros. Ahorraba no pensando en la vejez; demasiado firme era su fe en el Imperio para haber hecho una cosa así, no en vano se rindió por completo al Imperio como quien se rinde a una mujer, a su futura esposa. Ahorraba pensando en la hora en que volvería a cruzar el Canal de la Mancha entre las escenas muertas de su vida perdida y hallada.

Eso fue tres años después. Ya tenía previsto pedir un permiso cuando un día el director le planteó la cuestión. Con un correcto bolso de viaje marchó a Francia. Pero no emprendió viaje de inmediato al este del país. Primero fue a la Riviera, donde vivió una semana como un caballero, gastando el dinero como lo gastan los caballeros, siempre solo, solitario en aquel luminoso aviario donde pululaban las mantenidas más bellas y más caras de toda Europa.

Por eso, quienes lo vieron bajar del Expreso del Mediterráneo aquella mañana en París se dijeron: «He ahí un milord acaudalado», y por eso siguieron diciéndolo en los trenes, en los duros bancos de tercera clase, mientras iba inclinado sobre el bastón, moviendo los labios al leer los nombres en las láminas de hierro de las estaciones, por aquella tierra maltratada, que empezaba a despertar tras tres años de quietud bajo los insensatos, invencibles batallones de los días.

Llegó a Londres y descubrió lo que tenía que haber sabido antes de marchar.

Se quedó sin trabajo. Así están las cosas, le dijo el director, que se dirigió a él escrupulosamente por su rango.

Los ahorros que tuviera se fundieron poco a poco: los últimos los gastó en un vestido de seda negra para su madre, que envió con una carta:

Estoy bien. Todo mi cariño a Matthew y a John Wesley y a Elizabeth.

Visitó a sus amistades, los oficiales cuyo trato había frecuentado. Uno, el hombre que mejor le conocía, le invitó a un whisky en un confortable salón, con el fuego encendido.

—¿No tienes trabajo? Asco de suerte. Por cierto, ¿te acuerdas de Whiteby? Estaba al mando de una compañía en... no sé qué regimiento. Buen tipo. Pero no tenía familia. Se suicidó la semana pasada. Así están las cosas.

—Vaya, no me digas. Sí, me acuerdo de él. Asco de suerte.

—Sí, asco de suerte. Un buen tipo.

Ya no daba limosna a los ciegos y a los tullidos de Piccadilly. Necesitaba las monedas sueltas para comprar periódicos:

Se necesitan artesanos todos los gremios

Hágase albañil

Conductores de vehículos. No se precisa historial de guerra

Dependientes (menores de veintiuno)

Carpinteros de ribera, se buscan

Y, por último:

Caballero de buena presencia y relaciones sociales para recibir clientes de fuera de la ciudad. Temporal

Consiguió el empleo, y con el bigote encerado y su corrección en el vestir se

dedicó a mostrar los antros de la mala vida en el West End a los comerciantes llegados de Birmingham y Leeds. Fue temporal.

Artesanos

Carpinteros

Pintores de brocha gorda

También el invierno fue temporal. Por primavera se largó con su bigote encerado y sus ropas bien planchadas a Surrey, con un montón de libros y una enciclopedia, para vender a domicilio a cambio de un porcentaje. Vendió todo lo que tenía, salvo lo puesto, y renunció a sus habitaciones en Londres.

Aún tenía el bastón, el bigote encerado, sus tarjetas de visita. Surrey, apacible, verde, llevadero. Una casita pequeña en un pequeño jardín. Un hombre de edad vestido con esmoquin, trasteando entre los macizos de flores.

—Buenos días, señor. ¿Me permite...?

El hombre del esmoquin levanta la mirada.

—Váyase para allá, ¿le parece? Por aquí ni se le ocurra.

Va hacia donde le indica, una entrada lateral. Una cancela de tablas recién pintadas de blanco, en la que se ve una placa esmaltada:

PROHIBIDA { LA VENTA AMBULANTE
LA MENDICIDAD

Pasa por la cancela y llama a una puerta coqueta, medio escondida bajo una parra.

—Buenos días, señorita. ¿Puedo ver al...?

—Márchese. ¿No ha visto ese cartel a la entrada?

—Pero es que yo...

—Márchese, o llamo al señor.

Con el otoño volvió a Londres. Seguramente ni siquiera él supo por qué. Tal vez fuese imposible saberlo, tal vez el instinto le devolvió al presente, en el instante extraído de todo el tiempo de la manifestación, de la apoteosis, de su vida que había vuelto a morir. Fuera como fuese, allí estaba, aún con el bigote encerado, bien erguido, el bastón sujeto bajo la axila izquierda, entre las tropas de la Guardia Real, con sus corazas de bronce, entre la más alta jerarquía de la Iglesia Anglicana con sus estolas y sobrepellices y otros clérigos defensores de Dios con humildes ropas de civiles, firmes todos durante dos minutos, escuchando la desesperación. Le quedaban treinta chelines y se aprovisionó de tarjetas de visita: Capitán A. Gray, M. C., D. S. M.^[63]

Es uno de esos días espurios, pálidos, como un hijo enfermizo y prematuro de la primavera, cuando la primavera misma aún queda a semanas de distancia. Con la escasa luz del sol los edificios se desdibujan en rosas y oros velados de bruma. Las mujeres se han engalanado con violetas prendidas en los abrigos de piel, como si ellas mismas florecieran en un aire lánguido y traicionero.

Son las mujeres las que miran dos veces al hombre que se ha apoyado contra la pared en un rincón: un hombre descarnado, de cabello blanco, con las guías del bigote retorcidas, aunque se le abran las puntas, que viste una deslucida, descolorida corbata con los colores de un regimiento y el cuello duro, un traje que en su día fue de los buenos, pero ahora está deshilachado, aunque planchado a todas luces no mucho antes, de pie y apoyado en la pared, con los ojos cerrados, un sombrero astroso que sujeta del revés delante de sí.

Allí pasó mucho tiempo, hasta que alguien le tocó en el brazo. Un policía.

—Circule, señor. Aquí no se puede estar, va contra las órdenes.

En el sombrero tenía siete peniques y tres monedas de medio. Compró una pastilla de jabón y algo de comida.

Llegó y pasó de largo otro aniversario; allí volvió a plantarse, el bastón bajo la

axila, entre los uniformes luminosos, callados, la multitud en silencio, vestida con evidentes o tercas ropas de desecho, los rostros pacientes, desconcertados. En sus ojos ahora no asoma la esperanzada resignación del mendigo, sino más bien la amargura, ese eco de risa amarga e inaudita con que ríe un jorobado.

Un fuego escaso arde sobre los adoquines, en cuesta. A la luz temblorosa se destaca el muro húmedo y mohoso que protege el río y el arco de un puente. Al pie de la cuesta adoquinada el río invisible regurgita y chapalea con la marea.

Cinco figuras se hallan tendidas en torno al fuego, unas con la cabeza cubierta, como si dormitasen, otras fumando, charlando. Hay un hombre sentado de espaldas contra el muro, derecho, las manos a un lado y otro; es ciego, es así como duerme. Dice que le da miedo tumbarse.

—¿Y cómo sabes que te has tumbado si no ves que estás tumbado? —dice otro.

—Puede pasar cualquier cosa —dice el ciego.

—¿Qué? ¿O es que te crees que te van a largar una granada, aun cuando sirviera para devolverte la vista?

—Una carga de artillería se la largaban seguro —dice un tercero.

—Y tanto. ¿Por qué no nos ponen en fila frente a un buen fuego graneado?

—¿Es así como perdió la vista? —dice un cuarto—. ¿Una granada?

—Así es. Estaba en Mons. Era mensajero, en motocicleta. Cuéntaselo, anda.

El ciego levanta un poco el rostro. Habla con una voz sin inflexiones.

—Tenía ella una pequeña cicatriz en la muñeca, por eso me di cuenta. Fui yo quien le hice la cicatriz en la muñeca, sí, se podría decir que fui yo. Estábamos un día en el taller. Había encontrado yo un motor viejo que trataba de acoplar en la motocicleta para poder...

—¿Cómo? —dice el cuarto—. ¿De qué está hablando?

—Calla —dice el primero—. Te va a oír. Está hablando de su novia. Tenía él un tallercito en Brighton Road, se iban a casar —lo dice en voz baja, sin interrumpir

la cansina monotonía con que habla el ciego—. Se hicieron una foto y todo, justo el día en que él se alistó y le dieron el uniforme. La conservó un tiempo, hasta que un día la perdió. Se puso como loco. «Eh, compañero», le dijimos, «aquí tienes la foto. A ver si no la vuelves a perder». Así que aún la conserva. Es probable que te la enseñe antes de terminar. Que no se te note que lo sabes.

—Descuida —dice el otro—, no se me notará.

El ciego sigue hablando.

—... en el hospital conseguí que le escribieran una carta de mi parte, y ella va y aparece, cómo no. Lo supe por la pequeña cicatriz que tenía en la muñeca. Su voz no era la misma, pero es que todo sonaba distinto después de aquello. Pero lo supe por la cicatriz. Nos sentamos cogidos de la mano y pude tocarle la pequeña cicatriz que tenía en el interior de la muñeca. En el cine también. Le tocaba la cicatriz y era como si...

—¿En el cine? —dice el cuarto—. ¿Ése?

—Pues sí —dice el otro—. Ella lo llevaba al cine, a las películas cómicas, para que él los oyese reír.

El ciego sigue hablando.

—... me contaba que las películas le lastimaban la vista, y que prefería dejarme en el cine, a que me divirtiera, para venir a recogerme cuando terminase la película. Le dije que por mí de acuerdo. Y la noche siguiente pasó lo mismo. Y le dije que por mí de acuerdo. Y a la noche siguiente le dije que no pensaba ir. Le dije que nos quedábamos en el hospital, que allí se estaba mejor. Y ella no dijo nada durante mucho rato. La oía respirar entre tanto. Luego dijo que de acuerdo. Después ya no fuimos más al cine. Nos quedábamos sentados, cogidos de la mano, y yo le acariciaba la cicatriz de vez en cuando. En el hospital no podíamos hablar en voz alta, así que hablábamos cuchicheando. Pero tampoco mucho. Sólo nos cogíamos de la mano. Y así fue durante ocho noches. Las conté. Llegó la octava noche. Estábamos allí sentados, cogidos de la mano, y yo de vez en cuando le acariciaba la cicatriz. De repente ella retiró la mano como si se hubiera quemado. La oí ponerse en pie. «Escucha», me dice, «esto no puede seguir así. Alguna vez tendrás que saberlo». Y yo le dije: «Sólo quiero saber una cosa. Sólo quiero saber cómo te llamas». Y me dijo cómo se llamaba. Era una de las enfermeras. Y va y me dice...

—¿Cómo? —dice el cuarto—. Pero... ¿qué es todo esto?

—Ya te lo ha dicho —dice el primero—. Era una de las enfermeras del hospital. La chica se la había estado pegando con otro tío, y había dejado a la enfermera para que le diera la mano, creyendo que lo iba a engañar así.

—¿Y cómo lo supo? —dice el cuarto.

—Escucha y verás —dice el primero.

—... «¿y en todo momento lo has sabido», me dice, «desde la primera vez?». «Por la cicatriz», le digo. «Ella la tiene en la otra muñeca. Tú la tienes en la derecha. Y hace un par de noches se levantó un poco el borde. ¿De qué es?», le digo. «¿De esparadrapo?» —el ciego sigue sentado de espaldas contra la pared, la cara un tanto levantada, las manos inmóviles a ambos lados—. Así lo supe, por la cicatriz. Mira que pensar que me la iba a pegar así de fácil, cuando fui yo quien le hice la cicatriz, por así decir...

La figura tendida bien lejos del fuego levanta la cabeza.

—Arriba —dice—, que ya viene ése.

Los otros se vuelven y miran hacia la entrada.

—¿Quién viene? —dice el ciego—. ¿Los policías?

No le responden. Observan al hombre que ha entrado, un hombre alto, con un bastón. Todos callan, salvo el ciego, y observan al hombre alto que aparece entre ellos.

—¿Quién es el que viene, amigos? —dice el ciego—. ¡Amigos!

El recién llegado pasa entre ellos y deja atrás el fuego. No los ha mirado. Sigue adelante.

—Tú mira y verás —dice el segundo. El ciego se ha inclinado hacia delante; mueve las manos en el suelo, como si se preparase para ponerse en pie.

—¿Que mire a quién? —dice—. ¿Qué es lo que veis?

No le responden. Observan con disimulo, atentos, al recién llegado, que se ha

desvestido y, una sombra blancuzca, un brillo espectral en la oscuridad, desciende a la orilla y se lava, golpeándose el cuerpo con helados, sucios puñados de agua del río. Regresa al fuego; todos vuelven el rostro de prisa, salvo el ciego (que sigue sentado y algo inclinado, los brazos apoyados a un lado y otro, como si estuviera a punto de levantarse, con el lánguido rostro vuelto hacia arriba, hacia la fuente del sonido, del movimiento) y otro.

—Ya tiene las piedras calientes, señor —dice éste—. Las tengo justo a punto.

—Gracias —dice el recién llegado. Aún parece no haber reparado en la presencia de todos los demás, que por eso vuelven a mirarlo en silencio y lo ven extender sus lastimosas prendas de vestir en una piedra antes de tomar otra del fuego para plancharlas. Mientras se está vistiendo, el hombre que le ha dirigido la palabra baja a la orilla y vuelve con la pastilla de jabón que ha utilizado. Sin dejar de mirarlo, ven que el recién llegado se unta los dedos con la pastilla de jabón y se atusa las guías del bigote para retorcérselas en punta.

—Un poco más la de la izquierda, señor —dice el hombre que sostiene el jabón. El recién llegado se enjabona los dedos y se retuerce la guía del bigote mientras el otro lo mira, la cabeza ladeada, algo hacia atrás, con la forma y la actitud y el atuendo de un espantapájaros de caricatura.

—¿Así va bien? —dice el recién llegado.

—Perfecto, señor —dice el espantapájaros. Se retira a la zona de sombra y regresa sin el jabón, llevando en cambio el bastón y el sombrero. El recién llegado los recoge. Del bolsillo saca una moneda y la deja en la mano del espantapájaros. Éste se lleva la mano a la gorra; el espantapájaros se ha marchado. Lo miran, una silueta alta, erguida, con bastón, hasta que desaparece.

—¿Qué veis, amigos? —dice el ciego—. Decidle a este hombre qué veis.

VII

Entre los militares de graduación intermedia que, desmovilizados, emigraron de Inglaterra después del Armisticio, se encontraba un suboficial llamado Walkley. Marchó a Canadá, donde se dedicó a cultivar trigo y prosperó

tanto en lo que hace al bolsillo como en lo que hace a la salud. Tan es así que de haber estado de paseo por la Gare de Lyon, en París, y no en Piccadilly, esta primera noche (es Nochebuena) en que hace su primera visita a su país, cualquiera hubiese dicho: «Éste no es sólo un milord acaudalado; a éste le va todo muy bien».

Llevaba en Londres tiempo suficiente tan sólo para pertrecharse con el principio de un nuevo armario ropero, y con sus prendas recién compradas (a un sastre que en los viejos tiempos no se hubiese podido permitir) disfrutaba tanto que apenas había ido a ninguna parte. Se limitó a pasear por las calles, entre la muchedumbre alborozada, hasta que de pronto se detuvo en seco, mirando fijamente un rostro. Era un hombre de blanca cabellera, con los bigotes encerados y rematados en puntas de aguja. Llevaba una deslucida corbata en la que a duras penas se distinguían los colores y el dibujo de un regimiento. Sus ropas, deshilachadas, estaban recién planchadas, y llevaba un bastón. Parecía dirigirse a los transeúntes. Walkley se adelantó hacia él de manera impulsiva con la mano extendida. Pero el otro lo miró con unos ojos perfectamente inertes.

—Gray —dijo Walkley—, ¿no te acuerdas de mí? —el otro lo miraba con inerte intensidad—. Estuvimos juntos en el hospital. Me marché a Canadá. ¿No te acuerdas?

—Sí —dijo el otro—, me acuerdo de ti. Tú eres Walkley —dejó entonces de mirar a Walkley y se hizo un poco a un lado para volverse hacia el gentío con la mano extendida. Sólo entonces vio Walkley que en la mano llevaba tres o cuatro cajas de fósforos, de los que se pueden comprar en cualquier estanco por un penique—. ¿Fósforos? ¿Fósforos, señor? —dijo—. ¿Fósforos? ¿Fósforos?

Walkley también se movió para colocarse de nuevo frente al otro.

—Gray... —le dijo.

El otro miró de nuevo a Walkley, esta vez con una suerte de impaciencia contenida, aunque furiosa.

—¡Déjame en paz, hijo de puta! —dijo, y se volvió en el acto hacia el gentío con la mano extendida. Entonó su cantinela—. ¿Fósforos? ¿Fósforos, señor!

Walkley siguió su camino. Se detuvo de nuevo y se volvió a mirar aquel rostro descarnado con las guías del bigote enceradas. Una vez más el otro lo miró de lleno a la cara, aunque fuese una mirada que pasó de largo como si no lo reconociera. Walkley reanudó el camino y apretó el paso.

«Dios mío —se dijo—, creo que voy a vomitar».^[*]

Falla

El grupo sigue su avance sorteando el límite que alcanza el fuego graneado de la artillería enemiga, bajando por cráteres viejos y nuevos hasta salir por el otro lado a gatas. Dos de los hombres a medias arrastran y a medias sostienen entre sí a un tercero, mientras otros dos portan los tres fusiles. El tercero lleva la cabeza cubierta por vendas ensangrentadas; trastabilla al caminar sin propósito, se le balancea la cabeza, el sudor le cae a chorros, lentamente, por la costra de barro que le cubre la cara.

El fuego de artillería se extiende sin cesar por la llanura, distante e impenetrable. De vez en cuando se levanta una racha de viento desde ninguna parte, que avienta momentáneamente el humo pardo sobre los álamos mordidos. El grupo entra en un campo que hace un mes estaba sembrado de trigo, donde todavía hay espigas que crecen y se aferran con terquedad a la tierra revuelta, entre esquiras de metal y bultos de tela podridos.

Atraviesan el campo y llegan a un canal flanqueado por tocones de árboles cortados a la misma altura, a menos de dos metros. Los hombres se dejan caer y beben el agua contaminada y llenan las cantimploras. Los dos que llevan al herido lo dejan deslizarse a tierra; queda inerte en la orilla del canal, con ambos brazos en el agua y la cabeza también, de no habérsela sujetado los otros. Uno de ellos saca el casco lleno de agua, pero el herido no es capaz de tragar. Así pues, lo sostienen erguido y el otro le arrima a los labios el borde del casco, y lo vuelve a llenar y vierte el agua sobre la cabeza del herido, empapando el vendaje. Saca un trapo sucio del bolsillo y seca la cara del herido con torpe amabilidad.

El capitán, el suboficial y el sargento, todavía en pie, examinan un mapa sucio. Al otro lado del canal el terreno se eleva gradualmente; el tajo del canal revela la formación caliza de la tierra en pálidos estratos. El capitán guarda el mapa y el sargento ordena a los hombres que se pongan en pie, pero sin gritar. Los dos que llevan al herido lo enderezan y siguen la orilla del canal, hasta llegar al cabo de un rato a un puente formado por una barcaza cuyo casco está lleno de agua, amarrada por proa y popa a ambas orillas. Pasan al otro lado. Allí se detienen de nuevo el capitán y el suboficial a consultar el mapa.

El fuego de las ametralladoras llega con el pálido mediodía de primavera como el prolongado tableteo del granizo sobre una techumbre de metal interminable. Según siguen su avance, el terreno de piedra caliza se eleva poco a poco. El terreno es de una seca aspereza y se desmiga, con lo que la marcha es aún más ardua para los dos que portan al herido. Pero cada vez que se detienen el herido se esfuerza, se suelta a tirones, trastabilla al caminar solo, con las manos en la cabeza, y termina por caer. Los dos que llevan al herido lo alcanzan, lo sujetan, lo levantan, murmuran entre sí, le retuercen los brazos. El herido murmura «... la boina...» y libera una mano y vuelve a tirar de las vendas. La conmoción alcanza a los de delante. El capitán se detiene y se vuelve a mirarlos. Se frena el grupo entero sin que nadie lo haya ordenado; bajan los fusiles.

—Se da tirones del vendaje, señor —dice al capitán uno de los dos que lo llevan. Permiten que el hombre se siente entre ellos; el capitán se arrodilla a su lado.

— ... la boina... la boina —murmura el hombre. El capitán le afloja el vendaje. El sargento le pasa una cantimplora y el capitán humedece el vendaje y pone la mano en la frente del herido. Los otros permanecen en pie, observan la escena con una suerte de interés sobrio y distanciado. El capitán se pone en pie. Los dos que llevan al herido lo levantan de nuevo. El capitán ordena que reanuden la marcha.

Alcanzan la cima de la loma, una loma cuya ladera opuesta desciende por el oeste hacia una meseta levemente ondulada. Por el sur, a su parda sombra, siguen oyéndose enfurecidas las descargas de artillería; al norte y al oeste, en el fulgor de la llanura desierta, el humo asciende perezoso aquí y allá, entre las arboledas. Pero es el humo de la quema, de la madera que arde, no de la pólvora, y los dos oficiales lo escrutan cubriéndose los ojos con las manos, y los hombres de nuevo se detienen sin que medie una orden, y bajan las armas.

—Por Dios, mi capitán —dice el suboficial de pronto con una voz muy aguda—. ¡Son casas que se queman! ¡Se baten en retirada! ¡Qué animales! ¡Qué animales!

—Es posible —dice el capitán, y mira en derredor con los ojos apantallados por una mano—. Ahora sí podremos sortear el fuego de artillería. Tendría que haber un camino poco más allá —y echa a andar de nuevo.

—March... —dice el sargento no demasiado alto. Los hombres de nuevo se echan las armas al hombro con la docilidad de quien no se hace preguntas.

La loma está cubierta por una hierba áspera, resistente, como el tojo. Zumban en la hierba los insectos, se escabullen ante sus pies, caen con fuerza bajo el resplandor de mediodía. El herido vuelve a balbucear. De vez en cuando paran y le humedecen las vendas; otros dos relevan a los que lo llevan y apremian al hombre para que siga adelante y se acercan al grupo.

Se detiene la cabeza de la fila; los hombres chocan unos con otros como los vagones de un tren de mercancías que frenase en seco. A los pies del capitán se abre una hondonada amplia, pero de escasa profundidad, en la que crece una hierba rala, exánime, como si fuesen amontonamientos de bayonetas cuyas puntas asomaran de la tierra. Es demasiado grande para que la haya hecho un obús pequeño; demasiado superficial para que la haya hecho uno grande. No presenta rastro de que la haya hecho nada semejante. La observan en silencio.

—Qué raro —dice el suboficial—. ¿Qué le parece que puede haber causado esto?

El capitán no responde. Se vuelve. Bordean la hondonada y la miran en silencio al pasar, pero en cuanto la han rodeado topan con otra igual, tal vez no tan grande.

—No sabía yo que tuvieran nada con lo que hacer una cosa así —dice el suboficial. El capitán tampoco contesta. La rodean y siguen recorriendo la loma. Por la vertiente contraria, la loma cae bruscamente en sucesivos estratos de piedra caliza, pálida y erosionada.

Un barranco de escasa profundidad corta en un tajo abierto su camino. El capitán vuelve a cambiar de rumbo en paralelo al barranco, hasta que poco después el barranco traza un ángulo recto y reanudan la misma dirección que llevaban antes. El fondo del barranco queda en sombra; el capitán encabeza el descenso por el tajo que forma repisas, adentrándose en la sombra. Baján al herido con cuidado y siguen la marcha.

Al cabo de un tiempo se abre el barranco. Descubren que han desembocado en otra de esas hondonadas de escasa profundidad. Ésta no se halla definida con la misma precisión, y la pared de enfrente parece horadada por lo que a todas luces debe de ser otra depresión, como si fuesen dos discos superpuestos. Atraviesan la primera hondonada, donde esas hierbas exánimes, como bayonetas, les rozan secamente las perneras, y pasan por la oquedad a la siguiente hondonada.

Ésta es como un valle en miniatura entre riscos en miniatura. En lo alto se ven tan sólo el amodorrado y vacío cuenco del cielo, con unas tenues pinceladas del color del humo por el noroeste. El ruido de la artillería es ahora muy distante: una vibración en la tierra que más que oírse se percibe. No hay cráteres de obuses recientes, no hay marcas de ninguna clase. Es como si se hubiesen extraviado de pronto en una región, en un mundo al que no hubiera llegado la guerra, en donde no hay vida, en donde hasta el silencio está muerto. Dan agua al herido y siguen adelante.

El valle, la hondonada, se difumina vagamente ante ellos. Ven que forma una serie de cuencas superpuestas, más o menos circulares, debidas a ningún agente comprensible o deducible a simple vista. Las pálidas bayonetas de la hierba les rozan la pernera, y al cabo de un tiempo vuelven a encontrarse entre viejas y ya curadas cicatrices de árboles, a los que se aferran unas cuantas hojas ni verdes ni muertas, como si también hubiesen caído en poder de un hiato en el tiempo y parloteasen secamente entre sí aun cuando no sople el viento. El lecho del valle no es llano. Desciende formando vagas depresiones, se eleva con vaguedad entre las paredes que lo encajonan y forman repisas sucesivas. En el centro de estas hondonadas menores sobresalen de la fina capa de tierra algunas rocas blanquecinas, bultos redondeados de piedra caliza. El terreno posee una curiosa elasticidad; es como si caminasen sobre un suelo de corcho. No hacen ruido sus pasos.

—Bendita caminata —dice el suboficial. Aunque no ha levantado la voz, llena del todo el pequeño valle con la brusquedad de un trueno y colma el silencio; las palabras parecen suspendidas alrededor de ellos, como si allí el silencio llevara tanto tiempo sin perturbación ninguna que hubiera olvidado cuál es su finalidad. Todos a una miran callados y sobrios en derredor, las paredes que forman repisas, los tercos espectros de los árboles, el cielo blando y silencioso—. Un sitio estupendo para un pájaro que quiera emboscarse —añade el subalterno.

—Pues sí —dice el capitán. Su voz queda en suspenso en el aire antes de desvanecerse. Los hombres que marchan al final de la hilera se acercan, su movimiento se transmite a los que van delante, miran callados y sobrios en derredor.

—Pero aquí no hay pájaros —dice el subalterno—. Ni insectos quedan.

—Así es —dice el capitán. Sus palabras, a su vez, se desdibujan en el aire, vuelve a caer el silencio, soleado y profundamente inmóvil. El suboficial se detiene

y mueve algo con el pie. Los hombres también hacen un alto; el suboficial y el capitán, sin llegar a tocarlo, examinan un fusil semienterrado y ya herrumbroso. El herido ha vuelto a balbucear.

—¿Qué es eso, señor? —dice el suboficial—. Parece uno de esos trastos que usaban los canadienses. Un Ross, ¿no es así?

—Es francés —dice el capitán—. De 1914.

—Ah —dice el suboficial. Vuelve el fusil de costado con la punta de la bota. Aún lleva la bayoneta calada en el cañón, pero la madera de la culata se ha podrido hace mucho tiempo. Siguen adelante, atraviesan el terreno desigual, entre los bultos de piedra caliza que sobresalen en el terreno. La luz, la luz apagada y amodorrada del sol de mediodía, se estanca en el valle, incorpórea, sin despedir calor. Las briznas de hierba como sables surgen rígidas, a trechos, del terreno. Vuelven a mirar las paredes de la roca que se descama, y los que van en cabeza del grupo ven entonces al suboficial detenerse e hincar el bastón en una de las rocas calizas, y le da la vuelta con la contera, poniendo a la vista las órbitas de los ojos, sucias de tierra, y la mueca sin fondo.

—Adelante —dice el capitán con voz autoritaria. El grupo reanuda la marcha; los hombres miran en silencio y con curiosidad la calavera a la vez que siguen camino. Continúan adelante entre otros bultos blancuzcos, como canicas, encajados al azar en la superficie del terreno.

—Todos en la misma postura. ¿Se ha dado cuenta, señor? —dice la voz del suboficial, en tono animado y conversador—. Todos bien tiesos. Qué raro, enterrar así a esos tíos. Parece que estén sentados. Y a escasa profundidad.

—Pues sí —dice el capitán. El herido balbucea ahora sin cesar. Los dos que lo llevan se detienen con él, pero el resto, adelantándolos, se apiña tras los oficiales.

—No nos paremos a darle agua —dice uno de los que lo llevan—. Ya beberá andando.

Toman de nuevo al herido por las axilas y aprietan el paso con él, mientras uno trata de acercar el cuello de una cantimplora a la boca del herido, haciéndola entrechocar contra sus dientes y derramando el agua por su pechera. El capitán se vuelve a mirarlos.

—¿Qué sucede? —pregunta bruscamente. Los hombres se apiñan. Tienen los

ojos muy abiertos, la mirada sobria; el capitán mira los rostros callados, atentos—. ¿Qué es lo que está pasando ahí, sargento?

—Son los nervios —dice el suboficial. Mira las paredes erosionadas, los bultos blancuzcos que asoman callados de la tierra—. Se palpa la tensión —dice, y la risa le traiciona, enflaquece, cesa—. Salgamos de aquí —dice—. Volvamos a donde da el sol.

—Aquí da el sol —dice el capitán—. Tranquilizaos, muchachos. No os juntéis tanto. Pronto saldremos de aquí. Encontraremos el camino, pasaremos de la zona que barre el fuego enemigo, haremos contacto con las tropas —se da la vuelta y echa andar, y el grupo se pone en marcha de nuevo.

Entonces se detienen todos a una en la actitud de seguir caminando, en completo suspenso, y se miran unos a otros. De nuevo se mueve la tierra bajo sus pies. Un hombre da un chillido agudo, como una mujer o un caballo; al hundirse la tierra firme por tercera vez bajo sus pies, los oficiales se dan la vuelta en redondo y ven más allá del hombre que se hunde un agujero abierto, cuyos bordes siguen siendo de polvo seco, antes que el orificio se desmigue de nuevo bajo los pies de otro hombre. Una grieta como el tajo de una espada se abre entonces por debajo de todos ellos; la tierra se quiebra bajo sus pies y se ladea como cuadrados mal cortados de un pastel pálido y terroso, enmarcando un bostezo negro del cual, como en una explosión silenciosa, emana en un estallido el olor inconfundible de la carne podrida. Mientras se afanan y saltan (ahora en silencio; no se ha oído nada desde que gritó el primero) de un terrón a otro, los trozos de tierra suelta se ladean y se deslizan hasta que todo el lecho del valle se precipita lentamente bajo sus pies y los sumerge en la negrura. Un grave rumor se propaga en la luz del sol con una estampida de putrefacción y de fino polvo que queda en suspenso y a la deriva en el aire tenue, sobre el orificio negro.

El propio capitán siente como si se precipitase por una pared cortada a pico, desplazándose, de tierra removida, de sonidos de terror, de lucha en la negrura de tinta. Otro ha dado un alarido. Cesa el grito; oye la voz del herido que llega inaudible casi, reiterativa, en las entrañas de la putrefacción y las paredes hundidas.

—¡Que no estoy muerto! ¡Que no estoy muerto! —y calla con la misma brusquedad, como si una mano le hubiera tapado la boca.

La pared móvil por la que el capitán se ha precipitado amortigua la caída moderando gradualmente la vertical hasta dejarlo, ileso, sobre un terreno más duro,

en donde yace unos momentos de espaldas, mientras por encima de su rostro corre veloz el estallido hacia la luz, hacia el aire, de la muerte y la descomposición. Ha ido a dar contra algo que cae despacio, liviano, encima de él, con un apagado estrépito, como si se hubiera hecho pedazos.

Empieza entonces a ver la luz, el borde irregular de la boca de la cueva por encima de su cabeza, y ve al sargento inclinado sobre él con una linterna de bolsillo.

—¿McKie? —dice el capitán. Por toda réplica, el sargento enfoca la linterna sobre su propio rostro—. ¿Dónde está McKie?

—Ya no está, señor —dice el sargento en un susurro, con ronquera. El capitán se incorpora.

—¿Cuántos quedan?

—Catorce, señor —susurra el sargento.

—Catorce. Hemos perdido a doce. Vamos a tener que cavar de prisa —se pone en pie. La tenue luz que llega desde arriba cae fríamente sobre la avalancha amontonada, sobre los trece cascos y el vendaje blanco del herido, acurrucado al pie de la pared—. ¿Dónde estamos?

Por toda respuesta, el sargento mueve la linterna. Roza lateralmente la oscuridad a lo largo de una pared, de un túnel, adentrándose en la negrura, las paredes con facetas en las que destella más pálida la roca caliza. A la entrada del túnel, sentados, o apoyados contra las paredes, se ven los esqueletos con el oscuro uniforme y los pantalones abolsados de los zuavos, las armas herrumbrosas a su lado; el capitán los reconoce, son las tropas senegalesas de la batalla de mayo de 1915, sorprendidas y asesinadas probablemente por el gas en las mismas actitudes que adoptaron al refugiarse en las cuevas de roca caliza. Toma la linterna que empuña el sargento.

—Veamos si queda alguien más —dice—. Que saquen los hombres las herramientas de trinchera —alumbra el precipicio. Se eleva hacia la penumbra, hacia la oscuridad, hacia el tenue rumor de la luz diurna que llega desde arriba. Con el sargento a su espalda trepa por el inestable amontonamiento de tierra, la tierra que suspira bajo su peso y se desmorona. El herido vuelve a gemir a voz en cuello.

—¡Que no estoy muerto! ¡Que no estoy muerto! —hasta que su voz se diluye

en un alarido prolongado. Alguien le tapa la boca con la mano. La voz, amordazada, se torna una risa en tono más agudo, se torna alarido otra vez, se apaga otra vez.

El capitán y el sargento suben todo lo que pueden subir por la rampa, sondeando la tierra que se desmorona bajo su peso en suspiros largos, amortiguados. Al pie del precipicio se acurrucan los hombres las caras vueltas hacia lo alto, pálidas, tenues, pacientes, mirando hacia la luz. El capitán barre con la linterna toda la pared. No hay nada, no se ve un solo brazo, una mano. El aire va despejándose despacio.

—Saldremos de ésta —dice el capitán.

—Sí, señor —afirma el sargento.

En ambas direcciones la cueva se diluye en la oscuridad, insondable y profunda, llena de callados esqueletos, sentados y apoyados contra las paredes, cada uno con el arma al lado.

—El derrumbe nos precipitó hacia delante —dice el capitán.

—Sí, señor —murmura el sargento.

—Hable más alto —dice el capitán—. Esto no es más que una cueva. Si los hombres han entrado en ella, podremos igual salir.

—Sí, señor —murmura el sargento.

El capitán alumbra el camino. Los hombres se ponen en pie y se agrupan en silencio tras él, el herido entre ellos. Solloza. La cueva se prolonga y despliega sus paredes con brillos en la negrura; las siluetas acuclilladas sonríen en silencio, a la luz, a medida que pasan. El aire se adensa; no tardan en continuar al trote, jadeando, y luego el aire se adelgaza y la linterna barre otra pendiente de tierra que cierra el túnel. Los hombres se detienen y se apiñan. El capitán asciende por la ladera. Apaga la linterna y gatea despacio sobre la cresta del corrimiento de tierra, en donde se une al techo de la cueva. Olisquea. Vuelve a encender la linterna.

—Dos hombres con herramientas de trinchera —dice.

Dos hombres suben hasta él. Les muestra la fisura por la cual se cuela el aire en lentas, continuas bocanadas. Comienzan a cavar con furia, echando la tierra hacia atrás. Al cabo les relevan otros dos; poco a poco la fisura se ha convertido en

un túnel en el que ya pueden faenar cuatro hombres al tiempo. El aire es más fresco. Cavan con furia, con chillidos cortos, como los perros. El herido, tal vez al oírles, tal vez al captar la emoción, se echa a reír otra vez, sin sentido, en voz alta. Por fin el hombre que está en cabeza rompe la pared del túnel. Entra la luz de golpe como si fuese agua; cava como loco; silueteado, ven los demás sus nalgas desaparecer e irrumpir de golpe la luz del día.

Los demás dejan al herido y suben la pendiente a trompicones, de prisa, luchando y gruñendo al acercarse a la abertura. El sargento salta tras ellos y los aparta a empujones de la abertura, blandiendo una pala de trinchera, maldiciendo con voz ronca.

—Déjelos, sargento —dice el capitán. El sargento desiste. Se hace a un lado y mira a los hombres afanarse por el túnel. Desciende y con ayuda del capitán acompañan al herido en la subida de la pendiente. En la boca del túnel el herido se rebela.

—¡Que no estoy muerto! ¡Que no estoy muerto! —gimotea empeñándose en no salir. Con buenas palabras y a la fuerza lo introducen en el túnel, donde vuelve a ser dócil, y gatea veloz hacia la salida.

—Fuera, sargento —dice el capitán.

—Usted primero, señor —murmura el sargento.

—¡He dicho fuera, hombre! —dice el capitán.

El sargento entra en el túnel. El capitán lo sigue. Asoma por la rampa exterior de la avalancha que había cerrado la cueva, al pie de la cual los catorce hombres se arrodillan en grupo. A cuatro patas, como un animal, el capitán respira, y su respiración emite un áspero sonido. «Pronto llegará el verano —piensa a la vez que el aire entra en sus pulmones a mayor velocidad de lo que logra vaciarlos para respirar de nuevo—. Pronto llegará el verano, los días serán largos». Al pie de la pendiente, los catorce hombres se arrodillan. El del centro tiene una Biblia en la mano, de la que lee con monótona entonación. Por encima de su voz se alza el farfullar del herido, sin sentido, sin énfasis, sostenido.^[*]

Viraje

I

El americano, el de mayor edad, no llevaba los consabidos Bedford de pana, de tonalidad rosada, que llevaban todos los jóvenes oficiales del ejército del aire. Sus pantalones de montar eran de cordoncillo, como lo era la guerrera. Y la guerrera no era de las de faldón largo, el clásico corte londinense, de modo que bajo el cinturón y la correa diagonal los faldones de la guerrera caían rectos y cortos, como los de cualquier policía militar, bajo la cartuchera que colgaba del cinto. Y llevaba unas sencillas polainas y el calzado cómodo de un hombre de mediana edad, no las clásicas botas hechas a medida en Savile Row, si bien botas y polainas no eran del mismo tono, y el cinturón reglamentario no iba a juego con las unas ni las otras, y las alas del distintivo de piloto que se le veían en la pechera eran unas simples alas. En cambio, la cinta de la condecoración que ostentaba bajo las alas era una cinta de las buenas, y las insignias de las hombreras eran las barras gemelas de un capitán. No era muy alto. Tenía el rostro fino, un tanto aquilino, y unos ojos inteligentes y un tanto fatigados. Pasaba de los veinticinco años; viéndole, uno diría que no era un Phi Beta Kappa exactamente, sino tal vez de la Calavera y las Tibias, o un posible beneficiario de una beca Rhodes^[64].

Uno de los hombres que se encontraban frente a él quizá no era capaz de verlo en modo alguno. Lo sostenían en pie dos policías militares del ejército americano. Estaba bastante borracho, y en contraste con el policía de recio mentón que lo sostenía erguido, de pie, pese a sus piernas largas, flacas, sin huesos, más parecía que fuese una chica en un baile de máscaras. Posiblemente rondaría los dieciocho, y tenía el rostro blanco y rosado, los ojos azules y una boca femenina. Vestía un chaquetón de marinero mal abotonado y con manchas de barro recientes; se cubría el cabello rubio, con esa inconfundible y jactanciosa inclinación que nadie es capaz de remedar ni de lejos, con la gorra de un oficial de la Royal Navy.

—¿Qué es esto, cabo? —dijo el capitán americano—. ¿Qué tripa se le ha roto?

Ése es un inglés. Más le vale dejar que sea su policía militar la que se encargue del caso.

—Ya sé que es un inglés —dijo el policía. Hablaba con pesadez y respiraba con pesadez, con la voz de un hombre sometido a una considerable tensión física; a pesar de su femenil delicadeza de extremidades, el muchacho inglés era más pesado de lo que parecía, o acaso estaba más inanimado—. ¡En pie! —dijo el policía—. ¡Son oficiales!

El muchacho inglés hizo un esfuerzo. Se rehízo y enfocó la mirada. Se balanceó, se sujetó con un brazo al cuello del policía, y con la mano libre y temblorosa saludó con los dedos un tanto encogidos, llevándoselos a la oreja derecha cuando ya se bamboleaba de nuevo y por los pelos lograba mantener el equilibrio.

—Saludos, señor —dijo—. Espero que no sea usted Beatty.^[65]

—No —dijo el capitán.

—Ah —dijo el muchacho inglés—. Ya me lo suponía. El error es mío. No se lo tome a mal.

—No me lo tomo a mal —dijo el capitán en voz queda, aunque mirando al policía. El segundo de los americanos tomó la palabra. Era teniente y también piloto, pero no tenía veinticinco años, y llevaba unos pantalones de montar de tono rosado, las botas hechas en Londres, y una guerrera que podía haber sido de fabricación británica de no ser por el cuello.

—Es uno de esos mocosos de la marina —dijo—. Aquí los recogen de las cunetas durante toda la noche. Se ve que no viene usted a la ciudad con mucha frecuencia.

—Ah —dijo el capitán—, estoy al tanto. Ahora lo recuerdo —también comentó que aun cuando la calle estaba muy frecuentada, pues se encontraban frente a un café muy popular, y eran abundantes los transeúntes, soldados, civiles, mujeres, ninguno de ellos se había detenido a mirar, como si aquél fuese un espectáculo corriente. Estaba mirando al policía—. ¿No lo puede llevar usted a su barco?

—Eso ya lo había pensado antes que usted, capitán —dijo el policía—, pero dice que no puede subir a bordo de su barco después de anochecer porque es él

quien ha de guardar el barco cuando se pone el sol.

—¿Que lo guarda?

—¡Soldado, téngase en pie! —dijo el policía con brusquedad, zarandeando su carga inerte—. A ver si el capitán logra entender qué quiere decir eso, porque a mí se me escapa del todo. Dice que guardan la embarcación debajo del muelle. De noche la meten bajo el muelle, y no es posible sacarla hasta que cambia la marea al amanecer.

—¿Bajo el muelle? ¿Una embarcación? ¿Se puede saber qué es esto? —estaba hablando con el teniente—. ¿O es que emplean alguna clase de motocicleta acuática?

—Algo así —dijo el teniente—. Las habrá visto usted, esas embarcaciones. Son unas lanchas camufladas y todo. Van y vienen por el puerto a toda velocidad. Las habrá visto usted. Eso es lo que hacen durante todo el día, y luego duermen la mona, de noche, en cualquier cuneta.

—Ah —dijo el capitán—. Tenía entendido que esas embarcaciones eran las lanchas de los oficiales de marina. ¿Pretende decirme que usan a los oficiales sólo para...?

—No lo sé —dijo el teniente—. A lo mejor los usan tan sólo para llevar agua caliente de un barco a otro. O unos panecillos. O a lo mejor van de uno a otro cuando se les han olvidado las servilletas, o lo que sea.

—Tonterías —dijo el capitán. Miró de nuevo al muchacho inglés.

—Eso es lo que hacen —dijo el teniente—. La ciudad está hecha un asco, estos mequetrefes la llenan durante toda la noche. Acaban tirados de cualquier manera por las cunetas, sus policías militares se los tienen que llevar en carros, como si fuesen niñeras en un parque. A lo mejor son los franceses los que les prestan las lanchas para no tener que sacarlos de las cunetas cuando es de día.

—Ah —dijo el capitán—, ya entiendo —pero estaba claro que no entendía nada, no estaba siquiera escuchando. Miró al muchacho inglés—. De todos modos, aquí no se le puede dejar estando como está —dijo.

El muchacho inglés trató de rehacerse.

—Muy bien, se lo digo yo —dijo con ojos vítreos, la voz animada, casi alegre, cortés—. Ya me he acostumbrado. Aunque es un pavés condenadamente duro, eso sí. A los franceses habría que obligarlos a que hicieran algo para remediarlo. Los del equipo visitante también nos merecemos un campo decente en el que jugar, ¿sí o no?

—Y bien que lo estaba usando, dicho sea de paso —dijo el policía malhumorado—. Éste debe de creerse que él solo es todo el equipo.

En ese momento llegó un quinto individuo. Era un policía militar del ejército británico.

—¿Qué hay, pues? —dijo—. ¡Hola! ¿Qué tenemos aquí? —vio entonces las insignias en el hombro del americano y se cuadró al saludar. Al oír su voz, el muchacho inglés se dio la vuelta y lo escudriñó.

—Ah, hola, Albert —dijo.

—¿Qué hay, pues?, señor Hope —dijo el policía británico. Y se dirigió al policía americano hablando por encima del hombro—. ¿Qué ha ocurrido esta vez?

—Seguramente poca cosa —dijo el americano—. Hay que ver cómo se lo montan ustedes en plena guerra. Pero yo de todos modos aquí no pinto nada. Tenga, lléveselo.

—¿Qué sucede, cabo? —dijo el capitán—. ¿Qué estaba haciendo?

—Él dirá que no ha sido nada —dijo el policía americano, que dedicó un gesto al policía británico—. Dirá que sólo ha sido una payasada o cualquier cosa por el estilo. Hace un rato doblo la esquina y aparezco por esta calle, tres manzanas más allá, y me la encuentro bloqueada con una fila de camiones que vienen de los muelles. Todos los conductores gritaban a voz en cuello, sin saber qué carajo estaba pasando. Así que me adelanto y me encuentro que tienen además bloqueadas las bocacalles, y sigo caminando hasta llegar al lugar en que estaba el lío, y me encuentro a una docena de conductores allí reunidos en medio de la calle, con lo que me acerco a preguntar qué carajo estaba pasando allá, y me dejan pasar y me encuentro a este mequetrefe tumbado...

—Caballero, está usted hablando de un oficial del ejército de Su Majestad —dijo el policía británico.

—Ándese con cuidado, cabo —dijo el capitán—. Dice que encontró a este oficial...

—Le dio la ventolera de acostarse en mitad de la calle, con un cesto vacío a manera de almohada. Allí en medio estaba, con las manos cruzadas bajo la cabeza y las piernas cruzadas, discutiendo con los conductores y poniendo en duda que tuviera él que levantarse y despejar la vía pública. Decía que los camiones bien podían dar la vuelta y seguir camino por otra de las calles, pero que él no iba a usar ninguna otra, porque ésa era suya.

—¿La calle era suya?

El muchacho inglés había prestado atención, con interés, con simpatía.

—Alojamiento, ya ve usted —dijo—. Y va y dice que es preciso mantener el orden incluso en una emergencia militar. Alojamiento por sorteo. Dice que la calle es mía, nada de intrusos. Y que la calle siguiente es de Jamie Wutherspoon. Que los camiones pueden pasar por la calle siguiente, porque Jamie aún no la estaba utilizando. Aún no se había ido a la cama. Insomnio. Lo sabía de buena tinta. Se lo dijo a los conductores. Que los camiones fuesen por la otra calle. ¿Me explico?

—¿Eso ha sido todo, cabo? —dijo el capitán.

—Ya se lo ha dicho él. No pensaba levantarse. Se quedó tumbado en donde estaba, discutiendo con los conductores. A uno de ellos le dijo que fuese a no sé dónde y que se trajese un ejemplar de sus ordenanzas de guerra...

—El Reglamento del Rey, sí —dijo el capitán.

—... y que viese si en el libro se indicaba quién tiene derecho de paso, si él o los camiones. Y entonces lo puse en pie y apareció el capitán. Eso es todo. Con el permiso del capitán, lo entregaré ahora al ama de cría de Su Maj...

—Es suficiente, cabo —dijo el capitán—. Puede marcharse. Yo me encargaré de esto —el policía se cuadró al saludar y se marchó. El policía británico era el que sostenía en pie al muchacho inglés—. ¿Se lo puede llevar? —dijo el capitán—. ¿Dónde está acuartelado?

—No lo sé exactamente, señor. No sé si tienen un cuartel o no. Nosotros... yo... se les suele ver por las tabernas hasta que amanece. No parece que tengan un cuartel.

—¿Quiere decir que realmente no salen de los barcos?

—Verá, señor: podrían ser la tripulación de los barcos, aunque sólo sea una manera de hablar. Pero habría que tener un poco más de sueño del que tiene éste para dormir en uno de los barcos.

—Entiendo —dijo el capitán. Miró al policía—. ¿Qué clase de barcos son éstos?

Esta vez el policía habló con una voz inmediata, tajante, carente por completo de inflexiones. Fue como una puerta cerrada.

—No lo sé con exactitud, señor.

—Ah —dijo el capitán—. En fin. De todos modos, no está en condiciones de quedarse rondando por las tabernas hasta que amanezca. Esta vez no.

—Tal vez pueda encontrarle una taberna en la que haya una mesa al fondo, donde pueda dormir la mona —dijo el policía. Pero el capitán no le estaba escuchando. Miraba al otro lado de la calle, donde las luces de otro café se derramaban sobre la acera. El muchacho inglés bostezaba de una forma terrible, como bostezan los niños, la boca rosada y abierta del todo, como la de un niño.

El capitán se volvió hacia el policía.

—¿Le importaría acercarse allá y preguntar por el chófer del capitán Bogard? Yo me ocuparé del señor Hope.

El policía acudió al café. El capitán sujetaba al muchacho inglés pasándole la mano por debajo del brazo. El muchacho volvió a bostezar como un niño cansado.

—Téngase en pie —dijo el capitán—. El coche no tardará ni un minuto.

—Entendido —dijo el muchacho inglés en pleno bostezo.

II

Una vez en el coche, se durmió de inmediato con la pacífica y repentina brusquedad de los niños pequeños, sentado entre los dos americanos. Pero aunque el aeródromo se hallaba a tan sólo media hora ya había despertado cuando llegaron, aparentemente como si tal cosa, y había pedido un whisky. Cuando entraron en el comedor de oficiales parecía estar bastante sobrio, y sólo pestañeó un poco en la sala iluminada, con la gorra ladeada y el chaquetón de marino mal abotonado y un pañuelo de seda al cuello, algo sucio, con el distintivo de un club bordado en una esquina, en el que Bogard reconoció el emblema de uno de los famosos colegios preparatorios.

—Ah —dijo con voz fresca, despejada del todo, no empañada, y bastante alegre, sonora, tanto que el resto de los que estaban en el comedor se volvió a mirarle—. Estupendo. Whisky, ¿eh? —se dirigió derecho como un perro perdiguero a la barra que había en la esquina, el teniente siguiendo sus pasos. Bogard se dio la vuelta y se encaminó al otro extremo de la sala, en donde había cinco hombres sentados en torno a una mesa de cartas.

—¿Y ése de qué es almirante? —dijo uno.

—De toda la armada de Escocia, al menos cuando lo encontré —dijo Bogard.

Otro alzó la mirada.

—Me parece que a ése le he visto yo por la ciudad —miró al recién llegado—. Puede que no lo haya reconocido porque entró caminando por su propio pie. Cuando yo lo suelo ver anda tumbado por cualquier cuneta.

—Ah —dijo el primero, y también miró en derredor—. ¿Es uno de esos muchachos?

—Claro. Ya los has visto. Se pasan las horas sentados en el bordillo, con un par de policías militares británicos sujetándolos por los brazos.

—Sí, los he visto —dijo el otro. Todos miraban al muchacho inglés. Estaba de pie en la barra, charlando con su voz animada, sonora—. Son todos igualitos que ése —dijo el que hablaba—. Diecisiete, dieciocho a lo sumo. Son los que pilotan esas embarcaciones pequeñas que a todas horas entran y salen disparadas del puerto.

—¿Eso es todo lo que hacen? —dijo un tercero—. ¿Quieres decir que hay un cuerpo de marina que actúa de auxiliar del Cuerpo Auxiliar de Mujeres del Ejército? Dios mío, pues entonces sí que cometí un error, y de los gordos, cuando me alisté.

Claro que a esta guerra nunca se le ha dado publicidad como es debido.

—No lo sé —dijo Bogard—. Supongo que harán algo más, no sólo dar vueltas por ahí en sus barcas.

Pero no le estaban escuchando. Estaban mirando al visitante.

—Van como un reloj —dijo el primero—. Basta con ver la pinta que tenga uno de ellos después de ponerse el sol para saber casi al dedillo qué hora es. Lo que no termino de entender es cómo puede un hombre que está en esas condiciones a la una de la madrugada, todas las noches, ver siquiera un barco de guerra al día siguiente.

—A lo mejor, cuando tienen un mensaje que transmitir a un barco —dijo otro—, hacen duplicados y enfilan la lancha hacia el barco y dan a cada uno un duplicado del mensaje y los dejan partir. Y los que no aciertan a dar con el barco se pasan el rato navegando de paseo por la ensenada hasta que dan con un muelle en donde sea.

—Tiene que ser algo más —dijo Bogard.

A punto estaba de añadir algo, pero en ese momento el recién llegado se dio la vuelta y regresó de la barra con un vaso en la mano. Caminaba con buen paso, aunque tenía encendido el color del rostro y los ojos brillantes, y hablaba en voz alta, animado, alegre, cuando llegó a la mesa.

—Y digo yo... si no quieren ustedes acompañarme... —calló. Pareció que acabara de percatarse de algo; los miraba a todos a la pechera—. Vaya, vaya. Anda que... Todos ustedes son aviadores, todos ustedes. ¡Dios mío! Seguro que se lo pasan en grande, ¿eh?

—Sí —dijo uno—. En grande.

—Pero tiene su peligro, ¿eh?

—Sólo es algo más veloz que el tenis —dijo otro. El visitante lo miró luminoso, afable, atento.

—Bogard —dijo otro enseguida— dice que usted está al mando de un barco.

—Hombre, un barco, lo que se dice un barco, no es. Gracias, de todos modos.

Y no, no estoy al mando. Al mando está Ronnie. Tiene más rango que yo. Por la edad.

—¿Ronnie?

—Sí. Un buen tipo. Simpático de trato. Aunque un poco mayor. Y siempre con ganas de discutir. Muy puntilloso.

—¿Puntilloso?

—De los que dan miedo. Es de no creer. Cada vez que avistamos una columna de humo y tengo yo los prismáticos, vira de largo. En todo momento mantiene el casco lejos de la vista del otro. Y así no hay quien gane, claro. Ayer hizo quince días que me ganó por dos a cero.

Los americanos se miraron unos a los otros.

—¿Así no se gana?

—A eso jugamos. Con los mástiles de cesto. Uno ve un mástil de cesto y ¡punto! Te anotas uno. Pero los Ergenstrasse ya no cuentan, ya no.^[66]

Los hombres sentados a la mesa se miraban unos a otros.

—Ya entiendo —dijo Bogard—. Cuando Ronnie o usted avistan un barco con mástiles de cesto, se anotan un punto sobre el otro. Entiendo. ¿Y qué son los Ergenstrasse?

—En alemán, los internados. Vapores de carga sin puerto fijo. Llevan un aparejo en el trinquete que parece un mástil de cesto. Las jarcias, los botalones, digo yo. A mí nunca me ha parecido que recuerde mucho a los mástiles de cesto. Pero Ronnie dice que sí. El otro día avistó uno. Luego, lo obligaron a recalar en puerto y le dije a Ronnie que ese punto no era válido. Por eso hemos decidido que ya no cuentan. ¿Me explico?

—Ah —dijo el que había hecho el comentario sobre el tenis—. Entiendo, sí. Usted y Ronnie van en la lancha y juegan a avistar barcos enemigos. Mmm. No está mal. ¿Y no han jugado a eso de anotarse los puntos con ninguna...?

—Jerry —dijo Bogard. El recién llegado ni siquiera se movió. Miró a quien había hecho el comentario sin dejar de sonreír, con los ojos bien abiertos.

Éste seguía mirándole.

—Y esa lancha que pilotan Ronnie y usted... ¿tiene la proa de color gallina?

—¿La proa de color gallina? —dijo el muchacho inglés. Ya no sonreía, aunque seguía mirando con cara de placidez.

—Ah, pensé que las embarcaciones con dos capitanes a lo mejor llevan pintada la proa de color gallina o algo así.

—Oh —dijo el visitante—. Burt y Reeves no son oficiales.

—Burt y Reeves —dijo el otro en tono pensativo—. Así que ellos van a lo mismo. ¿También juegan a anotarse puntos uno con el otro, o...?

—Jerry —dijo Bogard. El otro lo miró. Bogard hizo un gesto con el mentón—. Ven para acá —el otro se puso en pie e hicieron un aparte—. Déjalo en paz —dijo Bogard—. Te lo digo en serio. No es más que un chaval. Cuando tú tenías su edad, ¿te enterabas de algo? A lo sumo te enterabas de lo justo para llegar a tiempo a la capilla.

—Pero mi país no llevaba casi cuatro años en guerra —dijo Jerry—. Y aquí nos tienes, gastándonos el dinero y dejándonos acribillar a todas horas, y resulta que esta guerra ni siquiera es la nuestra, y eso que estos británicos de medio pelo llevarían fácilmente doce meses marcando el paso de la oca de no haber sido porque...

—He dicho que ya basta —dijo Bogard—. Hablas como la propaganda de los Bonos de Libertad.^[67]

—... y encima se toman la guerra a la ligera, como si fuese una feria o quién sabe qué. «Estupendo», dice el chaval. No te fastidia... —lo dijo en tono de falsete, arrastrando las vocales—. Me pregunto yo qué peligro hay en eso.

—Chissst —dijo Bogard.

—Ya me gustaría cazarlo a ése, con su Ronnie, al menos una vez en la bocana del puerto. En cualquier puerto. En Londres, me da lo mismo. No iba a necesitar nada más que un Jenny.^[68] ¡Qué digo un Jenny! ¡Con una bicicleta y unas aletas de bucear le enseñaba yo a ese mequetrefe qué es la guerra!

—Bueno, pero ahora lo dejas en paz. Se marchará muy pronto.

—¿Qué es lo que piensas hacer con él?

—Esta mañana lo voy a llevar conmigo. Le voy a dejar que ocupe el puesto de Harper, en el morro. Dice que sabe manejar una Lewis. Dice que es la misma ametralladora que llevan en la embarcación. Me ha contado que una vez dio de lleno en una luz de boya, de las que indican la profundidad del agua, a varios cientos de metros de distancia.

—Pues haz lo que te plazca. A lo mejor te gana.

—¿Que me gana? ¿En qué?

—En eso de jugar a los puntos. Y entonces podrás llevarte a Ronnie.

—Ya le voy a enseñar yo cómo es la guerra —dijo Bogard. Miró al visitante—. Los suyos llevan tres años metidos en esto, y cualquiera diría que éste aún se lo toma como un estudiante de primer curso que llega a la ciudad a ver el gran partido de la temporada —de nuevo miró a Jerry—. Pero tú ahora déjalo en paz.

Al acercarse los dos a la mesa, la voz del visitante seguía siendo sonora y animada.

—... si él alcanza antes los prismáticos es él quien se asoma a mirar, pero cuando los tengo yo va y resulta que vira de largo, de modo que no alcanzo a ver más que la columna de humo. Un puntilloso. Y, para colmo, con ganas de discutir. Pero como los Ergenstrasse ahora ya no cuentan, ahora el que cometa un error y aviste uno pierde dos puntos del total que lleve acumulado. Si Ronnie se despistara un momento y avistase uno, estaríamos empatados.

III

A las dos en punto el muchacho inglés seguía hablando por los codos, con una voz luminosa, inocente, animada. Les estaba contando que Suiza se echó a perder en 1914, y que en vez de las vacaciones que su padre le había prometido pasar allí cuando cumpliera dieciséis años, cuando llegó ese día él y su tutor

tuvieron que conformarse con ir a pasar unos días a Gales. Pese a todo, el tutor y él habían subido unas cuantas montañas de gran altura, por lo que se atrevió a decir, con todos los debidos respetos a cualquiera de los presentes, a cualquiera que hubiese conocido las cumbres de Suiza, que probablemente desde Gales se alcanza a ver tanto como desde Suiza.

—En todo caso, se suda lo mismo y se respira con la misma dificultad —añadió. Y a su alrededor seguían sentados los americanos, un tanto encallecidos, un tanto sobrios, algo mayores, escuchándole con una suerte de frío asombro. Llevaban un rato levantándose a cada tanto unos y otros para volver con la ropa de vuelo, con los cascos y las gafas. Entró un ordenanza con una bandeja llena de tazas de café, y el visitante cayó en la cuenta de que llevaba un buen rato escuchando los motores en la oscuridad, allá fuera.

Bogard por fin se puso en pie.

—Venga, vamos —dijo—. Seguro que alguien podrá prestarle unos arreos.

Cuando salieron del comedor, el ruido de los motores era estruendoso, aunque fuese un tronar al ralentí. Alineada sobre un trecho de asfalto invisible se encontraba formada una fila difusa de breves bancadas compuestas por un fuego de llamaradas entre azules y verdosas, suspendidas aparentemente en el aire. Cruzaron el aeródromo hasta el cuartel de Bogard, en donde el teniente, McGinnis, estaba sentado en una litera atándose las botas de piloto. Bogard alcanzó un traje Sidcott y se lo lanzó.

—Póngase esto —dijo.

—¿Todo esto me hará falta? —dijo el visitante—. ¿Tanto tiempo vamos a pasar fuera?

—Es probable —dijo Bogard—. Mejor será que se lo ponga. En el piso de arriba hace frío.

El visitante tomó el traje de una pieza.

—Digo yo... digo yo —dijo— que Ronnie y yo también tenemos faena mañana... quiero decir hoy. ¿Le parece a usted que a Ronnie le importará si llego un poco tarde? Ése es capaz de no esperarme.

—Volveremos antes de la hora de la merienda —dijo McGinnis. Parecía muy

ajetreado con las botas—. Se lo prometo —el muchacho inglés lo miró.

—¿A qué hora tiene que estar de vuelta? —dijo Bogard.

—En fin —dijo el muchacho inglés—. Vamos a pensar que sí, que todo estará en orden. De todos modos, a Ronnie le permiten decidir cuándo se zarpa. Y seguro que me espera aunque llegue un poco tarde.

—Claro que le esperará —dijo Bogard—. Vamos, póngase el traje.

—Entendido —dijo el otro. Le ayudaron a enfundarse el mono—. Nunca he volado —dijo en tono charlatán, placentero—. Pero seguro que allá arriba se alcanza a ver mucho más que en los montes más altos, ¿eh?

—Se ve más, desde luego —dijo McGinnis—. Seguro que le gusta.

—Desde luego. Con tal de que Ronnie me espere... Vaya tomadura de pelo. Pero tiene su peligro, ¿eh?

—Vamos —dijo McGinnis—, no me tome el pelo.

—Cállate la boca, Mac —dijo Bogard—. Vámonos. ¿Quiere más café? —miró al visitante, pero fue McGinnis quien respondió.

—No, tengo algo mejor que el café. El café deja unas manchas horribles en las alas.

—¿En las alas? —dijo el muchacho inglés—. ¿Por qué el café en las alas?

—Guárdatelo, Mac. Ya me has oído —dijo Bogard—. Vamos.

Atravesaron de nuevo el aeródromo y se acercaron a las bancadas en que farfullaban las llamas. Al aproximarse, el visitante comenzó a discernir la forma, los perfiles del Handley-Page. Parecía un vagón Pullman que se hubiese inclinado hacia tierra y hubiese encallado en el esqueleto de la primera planta de un rascacielos sin terminar. El visitante lo miró en silencio.

—Es más grande que un crucero —dijo con su voz luminosa, con interés—. Y digo yo, ya sabe usted... Esto no puede volar de una sola pieza. A mí no me la dan así como así. Los he visto antes, y son de dos piezas: el capitán Bogard y yo vamos en una, y Mac y el otro tío en la otra, ¿eh?

—No —dijo McGinnis. Bogard había desaparecido—. Vuela todo de una pieza. Aquí no hay tomadura de pelo. Es un pajarraco de cuidado, ¿eh?

—¿Un pajarraco? —murmuró el visitante—. Ah, ya veo. Un crucero, sólo que vuela. Ya veo, ya.

—Y escuche una cosa —dijo McGinnis. Adelantó su mano en la oscuridad, y algo frío rozó la mano del muchacho inglés. Una botella—. Cuando tenga la sensación de que se va a marear, ¿lo ve?, le pega un buen lingotazo.

—Ah. ¿Es que me voy a marear?

—Seguro. Nos pasa a todos. Forma parte del vuelo. Pero esto le ayudará a contenerse. Si no funciona, ¿entiende?

—¿Ver? ¿El qué? Vaya. ¿El qué?

—No lo haga por fuera. No se le ocurra asomarse a vomitar por fuera.

—¿Por fuera?

—Nos vendrá volando a la cara a Bogy y a mí. No veremos nada. Bingo, se acabó lo que se daba. ¿Entiende?

—Ah, creo que sí. ¿Y qué hago entonces? —hablaban en voz baja, parcos en palabras, serios como los conspiradores.

—Agache la cabeza y afloje. Entre las piernas, mismamente.

—Ah, entiendo, sí.

Regresó Bogard.

—Enséñale cómo subir a la cabina del morro, ¿quieres? —dijo. McGinnis abrió la marcha por la trampilla. Más adelante, subiendo un poco con la inclinación del fuselaje, el pasadizo se estrechaba. Sería preciso entrar a gatas.

—Cuélese ahí, a gatas, y siga hasta el morro —dijo McGinnis.

—Parece una perrera —dijo el visitante.

—¿Eso parece? Pues sí —convino McGinnis con buen ánimo—, sí que lo parece. Vamos, dese prisa —agachado, oyó al otro reptar hacia el morro del avión—. Ahí dentro encontrará una Lewis, la tiene a mano —dijo en la boca del túnel.

—La tengo —se oyó decir al visitante.

—El sargento de artillería subirá en un minuto y le mostrará si está cargada.

—Está cargada —dijo el visitante, y sin terminar casi de decirlo se disparó el arma, una ráfaga breve, en *staccato*. Hubo una serie de gritos, el más violento de los cuales salió de debajo del morro del aparato—. No pasa nada —se oyó decir a la voz del muchacho inglés—. Apunté al oeste antes de apretar. Por allí no hay nada más que las oficinas de la Marina y el cuartel general de su brigada de ustedes. Ronnie y yo siempre lo hacemos antes de zarpar. Mis disculpas si ha sido demasiado pronto. Ah, por cierto —añadió—: me llamo Claude. Creo que aún no se lo había dicho.

En tierra, Bogard departió con otros dos oficiales. Habían llegado a la carrera.

—Y encima dice que apuntó al oeste —dijo uno—. ¿Cómo demonios va a saber por dónde está el oeste?

—Es marino —dijo el otro—, no lo olvides.

—Pues también parece ser un buen artillero —dijo Bogard.

—Confíemos en que eso no se le olvide —dijo el primero.

IV

No obstante, Bogard mantuvo los ojos atentos a la cabeza silueteada que emergía en la cabina del ametrallador, en el morro del aparato, tres metros por delante de él.

—Supo accionar esa ametralladora —dijo a McGinnis, que iba a su lado—. Supo colocar el tambor él solo, ¿no?

—Sí —dijo McGinnis—. Con tal de que no se olvide, con tal de que no le dé

por pensar que el arma es él cuando va con su tutor de paseo por los montes de Gales...

—Tal vez no debiésemos haberlo traído —dijo Bogard. McGinnis no contestó. Bogard accionó el volante. Delante de él, en la cabina del ametrallador, la cabeza del visitante se movía de continuo de un lado para otro, atento a todo—. En fin. Llegamos allá, descargamos y ganamos altura para volver aquí —dijo Bogard—. A lo mejor con la oscuridad... Maldita sea, sería una vergüenza para su país que llevase cuatro años metido en este follón y no supiera ver un arma que apunta hacia donde él se encuentra.

—Como no agache la cabeza, esta noche va a ver más de una —dijo McGinnis.

Pero el muchacho no hizo eso. Ni siquiera cuando alcanzaron el objetivo y McGinnis bajó a gatas a la panza del avión para accionar los controles de descarga de las bombas. Y cuando los reflectores los detectaron y Bogard hizo una señal al resto de los aparatos de la escuadrilla para descender en picado, con los dos motores rugiendo a toda velocidad y lanzándose de lleno hacia los proyectiles que estallaban en el cielo, atravesando las explosiones, ni siquiera entonces dejó de ver la cara del muchacho al resplandor de los reflectores, inclinado al máximo hacia un lado, destacándose como si fuera un rostro en el escenario, con una expresión de interés infantil, de deleite. «Pero está disparando con esa Lewis —pensó Bogard—. Está disparando derecho, además». Y aún picó más el descenso del aparato y lo vio apuntar con la mira de lleno al blanco, la mano derecha alzada, esperando a bajarla a la vista de McGinnis. Bajó la mano; por encima del estruendo de los motores creyó oír el clic, el silbido de las bombas descargadas en el aire en el momento en que el aparato, libre del peso, trazó un repentino arco ascendente y salió por un instante de la luz de los reflectores. Estuvo entonces muy ajetreado durante un buen rato, entrando y saliendo de los proyectiles que estallaban a un lado y al otro, atravesando un haz de luz y haciéndose a un lado, aunque esa vez el reflector los alcanzó y los acompañó durante tanto tiempo que vio al muchacho inglés inclinado al máximo por un lateral de la cabina, mirando más allá del ala derecha, hacia la panza del avión. «A lo mejor es que ha leído cómo se hace», pensó Bogard a la vez que se volvía atrás y localizaba el resto de los aparatos de la escuadrilla para reanudar el vuelo.

Al cabo todo terminó, la negrura volvió a ser fresca, desierta, apacible, casi reposada, con el único ruido constante de los motores. McGinnis regresó a la cabina del piloto y, de pie en su asiento, disparó la pistola de señales y permaneció unos

instantes atento y mirando atrás, hacia donde los reflectores seguían sondeando y rasgando la noche. Se sentó de nuevo.

—Muy bien —dijo—. He localizado a los cuatro. Ganemos altura —miró hacia delante—. ¿Y qué ha sido de la joya de la corona? No lo habrás colgado de la escotilla de las bombas, ¿verdad? —Bogard miró y descubrió que la cabina del morro estaba vacía. Volvía a verse una tenue silueta, entre las estrellas, pero allí no había otra cosa además de la ametralladora—. No —dijo McGinnis—, no; ahí está. ¿Lo ves? Sigue asomado por el costado. Maldita sea, ¡le dije que no vomitara así! Ahí vuelve —la cabeza del visitante se vio otra vez de forma nítida. Pero de nuevo desapareció.

—Vuelve para acá —dijo Bogard—. Detenlo. Dile que en media hora vamos a tener a todas las escuadrillas del grupo del Canal de los hunos encima de nosotros.

McGinnis se volvió ágilmente para bajar a la panza del avión, a la entrada del pasadizo.

—¡A su puesto! —le gritó. El otro estaba casi fuera; los dos se habían acuclillado y estaban cara a cara, como dos perros, gritándose uno al otro por encima del ruido de los motores, aún a todo gas, a uno y otro lado de la tela de la carlinga. La voz del muchacho inglés era fina, aguda.

—¡La bomba! —exclamó.

—Sí —gritó McGinnis—, ¡eran bombas! ¡Una buena les hemos dado! Ahora vuelva a su puesto. ¡A su puesto, le digo! Dentro de diez minutos tendremos encima a todos los hunos de Francia. ¡Vuelva a ocuparse de su arma!

La voz del muchacho volvió a oírse, aguda y tenue, sobre el ruido de los motores.

—¡La bomba! —exclamó—. ¿Verdad?

—Sí, sí. ¡Todo en orden! ¡Vuelva a su puesto, maldita sea!

McGinnis regresó a gatas a la cabina del piloto.

—Ya ha vuelto —dijo—. ¿Quieres que lo lleve yo un rato?

—Bien —dijo Bogard. Pasó a McGinnis los mandos—. Afloja un poco.

Preferiría que fuese de día cuando se nos echen encima.

—Entendido —dijo McGinnis. Movi6 de pronto el volante—. Eh, ¿qué le pasa a esa ala, la derecha? —dijo—. Mírala... ¿La ves? Voy volando sobre el aler6n derecho y con poco tim6n. Compruébalo.

Bogard empuñ6 el volante un momento.

—No me había fijado. Algún desgarro en los cables, digo yo. No me pareció que ninguno de los proyectiles estallase tan cerca. No dejes de estar atento.

—Entendido —dijo McGinnis—. Así que mañana, quiero decir hoy, vas a salir con él en su barquito.

—Sí, se lo he prometido. Maldita sea, a un chaval tan joven no se le puede ofender así, de cualquier manera, ya lo sabes.

—¿Y si le dices a Collier que te acompañe con la mandolina? Así podrías dar una vuelta en su barquito y cantar a la vez.

—Se lo he prometido —dijo Bogard—. Endereza un poco esa ala.

—Entendido —dijo McGinnis.

Treinta minutos después empezaba a amanecer en un cielo gris.

—Bueno —dijo entonces McGinnis—, pues ahí los tenemos. ¡Mira tú...! Parecen mosquitos en septiembre. Espero que ahora no se arme un lío y, sobre todo, que no se vaya a creer que está jugando a los puntos. Como le dé por ahí, Ronnie le va a sacar uno de ventaja siempre y cuando atine... ¿Quieres los mandos?

V

A las ocho en punto se encontraban sobrevolando la playa, el Canal de la Mancha. A medio gas, el aparato fue en descenso a la vez que Bogard lo puso suavemente en la estela del viento del Canal. Tenía el rostro en tensión, se le notaba la fatiga.

También McGinnis parecía cansado y necesitado de un buen afeitado.

—¿A ti qué te parece que estará mirando ahora? —dijo. Y es que el inglés de nuevo se había asomado por el flanco derecho de la cabina, y miraba atrás y abajo, por debajo del ala derecha.

—No lo sé —dijo Bogard—. Tal vez sean algunos agujeros de bala —dio gas al motor de estribor—. Hay que decir a los mecánicos que lo revisen.

—Yo creo que algunas balas ya las ha visto más de cerca —dijo McGinnis—. Juraría que vi una trazadora pasar rozándole la espalda. Pero a lo mejor es que está contemplando el océano. Aunque eso ya lo tuvo que ver cuando vino de Inglaterra —Bogard enderezó entonces el aparato; se levantó bruscamente el morro, la arena, la ola que se rizaba a lo largo de la orilla. Pero el muchacho inglés seguía asomado al máximo y miraba atrás y abajo, algo tal vez situado bajo el ala derecha, que observaba con cara de embeleso, con un interés absolutamente pueril. Hasta que el aparato no se detuvo del todo no dejó de mirar embelesado. Entonces se agachó y con el brusco silencio de los motores los otros lo oyeron gatear por el pasadizo de acceso a la cabina. Salió en el momento en que los dos pilotos descendían envarados de la carlinga, con el rostro colorado, luminoso, ansioso, y la voz alta, excitada.

—¡Caray! ¡Dios mío! Qué dominio, qué manera de juzgar las distancias. ¡Si Ronnie lo hubiese visto...! ¡Dios mío! Claro que a lo mejor no son como las nuestras, a lo mejor éstas no se cargan solas en cuanto les da el aire.

Los americanos lo miraron atónitos.

—¿Que no qué? —dijo McGinnis.

—La bomba. Ha sido magnífico, digo yo, aunque digo yo... no, digo que no lo olvidaré jamás. ¡Caray! ¡Ha sido espléndido!

—¿La bomba? —dijo McGinnis pasados unos instantes, con voz apagada. Los dos pilotos se miraron el uno al otro y exclamaron al unísono—: ¡El ala derecha!

Los dos a la vez bajaron por la trampilla y, con el visitante pegado a los talones, dieron la vuelta al aparato a todo correr y miraron bajo el ala derecha. La bomba, suspendida por la cola, colgaba en vertical, como una plomada, junto a la rueda derecha del tren de aterrizaje, la punta rozando la arena. Y en paralelo a la huella de la rueda se veía la línea larga y delicada en la arena, por donde se había arrastrado la punta. A espaldas de ambos, la voz del muchacho inglés sonó alta,

clara, infantil.

—Buen susto me he llevado, se lo aseguro. Intenté avisarles. Pero me di cuenta de que ustedes conocen su oficio mejor que yo. Qué pericia. Qué maravilla. Ya digo que no lo olvidaré jamás.

VI

Un infante de marina con la bayoneta calada pasó por delante de Bogard y lo acompañó al muelle, indicándole la embarcación. El muelle estaba desierto; no vio la embarcación hasta que se aproximó al borde del muelle y la vio debajo de sí, además de ver las espaldas de dos hombres encorvados, con pantalones de lona engrasada, que lo miraron un instante antes de encorvarse de nuevo.

Tendría unos nueve metros de eslora y algo menos de tres de manga. Estaba pintada de camuflaje, a manchas verdes y grises. Tenía un puente más elevado, sobre cubierta, a proa, con dos chimeneas de escape, achatadas e inclinadas hacia popa.

«Dios mío —pensó Bogard—. Si todo ese entrepuente es el motor...». Tras el puente se encontraba el asiento del piloto, donde vio una gran rueda de timón y un panel de instrumentos. Sin alcanzar medio metro sobre la obra muerta, y corrida desde la popa hasta el comienzo del puente, además de continuar sobre la parte posterior del puente y de ahí caer a la otra borda, hasta la regala de popa, una pantalla sólida, también pintada de camuflaje, rodeaba la lancha entera, salvo por la popa, que se encontraba abierta. Frente al asiento del timonel se había practicado un boquete en la pantalla, de unos veinte centímetros de diámetro. Y al mirar por ese boquete y el túnel alargado, estrecho, inmóvil, perverso, vio una ametralladora que pivotaba en popa, y miró entonces la pantalla baja —dentro de la cual toda la embarcación no levantaba más de un metro sobre el nivel del agua— y el ojo único que miraba a proa, y pensó en silencio: «Es acero. Está hecha de acero». Y se le ensombreció el rostro, pensativo el ademán, sobrio, y se echó la trinchera por encima y se la abotonó como si le estuviera entrando el frío.

Oyó pasos a su espalda y se volvió, pero sólo era un ordenanza del aeródromo, acompañado por el infante de marina que portaba el fusil con la bayoneta calada. El ordenanza llevaba un bulto de cierto tamaño envuelto en un

papel.

—Del teniente McGinnis para el capitán —dijo el ordenanza.

Bogard tomó el bulto. El ordenanza y el infante de marina se retiraron. Abrió el paquete. Contenía varios objetos y una nota manuscrita. Los objetos eran un cojín de seda color gallina, nuevecito, y un parasol de papel japonés, obviamente pedido en préstamo a alguien, además de un peine y un rollo de papel higiénico. La nota decía así:

No pude encontrar una cámara por ninguna parte, y Collier no me ha prestado su mandolina. Con suerte, Ronnie sabrá tocar el peine.

MAC

Bogard contempló los objetos, aunque sin que se le inmutase el semblante, pensativo y bastante serio. Volvió a envolverlos y se llevó el bulto al muelle, desde donde lo dejó caer al agua.

Al regresar hacia la embarcación invisible vio que dos hombres se acercaban. Al muchacho lo reconoció en el acto: alto, esbelto, charlando ya por los codos, voluble, con la cabeza un tanto ladeada hacia su compañero, de menor estatura, que caminaba a su lado con las manos en los bolsillos, fumando una pipa. El muchacho aún llevaba el chaquetón azul marino bajo un impermeable de hule que aleteaba, pero en vez de la gorra inclinada como si tal cosa llevaba un pasamontañas sucio, de infante de marina, por la trasera del cual flotaba, como si fuese el eco de su voz, una pieza de tela en forma de cortina que le cubría el cogote y media espalda.

—¡Hola! ¿Qué tal? —exclamó cuando aún estaba a un centenar de metros.

En cambio, era el segundo hombre el que había llamado la atención de Bogard, quien estaba pensando que nunca en la vida había visto una figura más curiosa que la suya. Tenía un aire flemático a más no poder en la forma misma de los hombros encorvados, en el rostro un tanto inclinado, imperturbable. El otro le sacaba una cabeza. También tenía el rostro colorado, aunque de un corte tan profundamente serio que resultaba casi agrio. Era el rostro de un hombre de veinte años que lleva uno intentando, incluso mientras duerme, dar la impresión de que tiene veintiuno. Vestía un jersey de cuello alto y unos pantalones de lona engrasada; por encima, una cazadora de cuero y, por encima, un abrigo de oficial de la marina,

sucio y largo hasta los tobillos, del que le faltaba un trozo en una hombrera y todos los botones. Se había cubierto la cabeza con un gorro escocés, de cuadros, como los de los cazadores de ciervos, con visera por delante y por detrás, sujeto por una bufanda estrecha que la cruzaba y que bajaba cubriéndole las orejas, y enrollada una vez al cuello y atada con un nudo de lazo bajo la oreja izquierda. La bufanda estaba increíblemente sucia; con las manos hasta los codos en los bolsillos, con los hombros encorvados y la cabeza gacha, parecía la abuela de alguien a quien hubiesen ahorcado por prácticas de brujería. Sujeta del revés entre los dientes llevaba una corta pipa de brezo.

—¡Ahí está! —dijo el muchacho—. Capitán Bogard, le presento a Ronnie. Ronnie...

—¿Qué tal, cómo va? —dijo Bogard. Le tendió la mano. El otro no dijo ni palabra, aunque sí le tendió una mano sin fuerza. La tenía fría a la vez que dura, encallecida. Pero no dijo ni palabra, y se limitó a mirar brevemente a Bogard antes de apartar la vista. En ese instante, Bogard captó algo en su mirada, algo extraño, un mero atisbo, una suerte de respeto encubierto y curioso, algo semejante a un muchacho de quince años que mirase a un trapealista.

Pero no dijo ni palabra. Siguió cabizbajo su camino; Bogard lo vio desaparecer por el borde del muelle, como si hubiera saltado de pies al mar. Reparó entonces en que los motores de la embarcación invisible estaban en marcha.

—Ya podemos subir a bordo —dijo el muchacho. Se quedó mirando la embarcación y se detuvo. Tocó a Bogard en el brazo—. ¡Allá lejos! —chistó—. ¿Lo ve? —de nuevo hablaba con voz fina, casi aflautada por la emoción.

—¿El qué? —susurró Bogard; automáticamente alzó los ojos y miró a lo lejos. El otro lo sujetaba por el brazo y señalaba el extremo opuesto del puerto.

—Allí, allí mismo. El Erganstrasse. Lo han vuelto a trasladar.

En la otra punta del puerto se veía un casco anticuado, herrumbroso, panzudo. Era pequeño y anodino, y, al acordarse, Bogard se fijó en que el trinquete era un extraño enredo de cables y botalones, algo semejante —aunque con una considerable licencia, o con una notable imprecisión en la imagen— a un mástil de cesto. A su lado, el muchacho casi reía de contento.

—¿Cree usted que Ronnie se habrá dado cuenta? —siseó—. ¿Le parece?

—Ah, pues no lo sé —dijo Bogard.

—¡Dios mío! Si le da por levantar la vista y lo señala antes de acordarse, habremos empatado. ¡Ay, Dios mío! En fin, vamos, venga —reanudó la marcha, y seguía riéndose—. Con cuidado —dijo—. Esta escalerilla es de las que dan miedo.

Bajó él primero, y los dos hombres de la embarcación se pusieron en pie y saludaron. Ronnie había desaparecido del todo, salvo la espalda, que llenaba una escotilla por la que se accedía al tambucho, bajo el puente de proa. Bogard descendió con cautela.

—Dios del amor —dijo—. ¿Tienen que subir y bajar a diario por esa escalerilla?

—Da miedo, ¿eh? —dijo el otro con su voz de contento habitual—. Pero eso ya lo sabe usted. Se empeñan en librar una guerra improvisándolo todo y luego se preguntan por qué se tarda tanto —el casco estrecho de la embarcación se deslizó y cabeceó con el peso añadido de Bogard—. Se asienta estupendamente, ya lo ve usted —dijo el muchacho—. Esto podría flotar incluso en el césped de un jardín, con un rocío intenso. Surca las olas, y lo que se tercie, como una hoja de papel.

—¿De veras?

—Pues claro, por descontado. Por eso es, ya lo ve —Bogard no vio nada de particular, aunque estaba demasiado afanoso por encontrar con toda la cautela posible un lugar donde sentarse. No había bancadas ni asientos en las bordas; no había más asiento que un largo y grueso saliente casi cilíndrico que recorría todo el fondo de la embarcación, desde el asiento del piloto hasta la popa. Ronnie de nuevo estaba a la vista. Se había acomodado ante la rueda del timón, encorvado sobre el panel de instrumentos. Pero cuando miró por encima del hombro no dijo nada; todo su rostro una mera interrogación. Tenía en el semblante una alargada mancha de grasa de motor. El rostro del muchacho también era de pronto inexpresivo.

—Bien —dijo. Miró adelante, a donde había ido uno de los marinos—. ¿Listos a proa?

—Sí, señor —dijo el marino.

El otro marino se encontraba a popa.

—¿Listos a popa?

—Sí, señor.

—Largad amarras.

La embarcación se separó del muelle con un ronroneo, con un hervor del agua bajo la popa. El muchacho miró a Bogard.

—Una tontería, mera formalidad. Pero hay que cumplir al pie de la letra. Nunca se sabe cuándo va a aparecer un gerifalte de la armada con sus tonterías... —cambió de inmediato su rostro, más cercano, solícito—. Y digo yo... ¿no irá usted a pasar frío? No se me ocurrió ir a buscar...

—No, seguro que estoy bien —dijo Bogard. Pero el otro ya se estaba despojando de su impermeable de hule—. No, no —dijo Bogard—. No puedo aceptarlo.

—De acuerdo, pero si tiene frío, dígamelo.

—Sí, desde luego —estaba mirando el cilindro sobre el que había tomado asiento. Era en realidad medio cilindro, es decir, como si fuese el tanque de agua caliente de una calefacción gargantuesca, partido por la mitad y atornillado, con la sección abierta para abajo, a las planchas del fondo de la embarcación. La circunferencia llegaba a la altura de las tapas de regala, y entre ella y el casco, por un lado y por el otro, había sitio suficiente para que un hombre se pusiera de pie y pasara caminando.

—Ésa es Muriel —dijo el muchacho.

—¿Muriel?

—Sí. La anterior se llamaba Agatha. Por mi tía. La primera que tuvimos Ronnie y yo fue Alicia en el país de las maravillas. Ronnie y yo fuimos su Conejo Blanco. Fantástico, ¿que no?

—Ah. Es decir, que Ronnie y usted ya van por la tercera.

—Así es —dijo el muchacho. Se acuclilló—. No se ha dado cuenta, ¿eh? —susurró. De nuevo tenía el rostro animado, rebotante de contento—. Cuando volvamos, ya lo verá —añadió.

—Ah —dijo Bogard—. El Ergenstrasse —miró a popa y pensó: «¡Dios santo!

Debemos de estar... esto debe de ser un viaje». Miró por la borda, de costado, y vio retroceder a gran velocidad la línea del puerto, y pensó que la lancha se movía casi a la misma velocidad a la que volaba el Handley-Page en el momento del despegue. Empezaban a dar botes contra la superficie del mar, incluso en la zona del mar más protegida por el puerto, rebotando de la cresta de una ola a la siguiente, con un choque nítido en cada impacto. Su mano descansaba aún en el cilindro en que se había acomodado. Lo miró una vez más, siguiéndolo por donde parecía emerger debajo del asiento que ocupaba Ronnie y hasta el bisel que formaba por la proa—. Debe de ser por el aire que lleva dentro, digo yo —comentó.

—¿El qué? —dijo el muchacho.

—El aire. El aire que lleva almacenado dentro. Eso es lo que hace que la embarcación rebote tanto.

—Ah, sí, tiene que ser eso. Es muy probable. La verdad es que no me había parado a pensarlo —se adelantó hacia proa, la protección posterior del impermeable aleteando contra la espalda con el batir del viento, y se sentó junto a Bogard. Llevaban los dos la cabeza justo por debajo de la pantalla de protección.

A popa huía el puerto a toda velocidad, desapareciendo, hundiéndose en el mar. La embarcación había comenzado a levantarse y cabeceaba en un constante subibaja, permaneciendo casi estática un momento antes de levantarse, cabecear, hundirse de nuevo; una ráfaga de espuma pulverizada entraba de vez en cuando por las amuras, como si fuese una palada de perdigones.

—Ojalá se pusiera el impermeable —dijo el muchacho.

Bogard no respondió. Se volvió a mirar su rostro iluminado.

—Ya estamos en alta mar, ¿verdad? —dijo en voz baja.

—Sí... Haga el favor de aceptarlo.

—No, gracias. De veras que estoy bien. De todos modos, no creo que tardemos en volver a puerto, ¿verdad?

—No. Ya no falta mucho. Un viraje y la cosa no se pondrá tan fea.

—Pues entonces perfecto. En cuanto demos ese viraje estaré mucho mejor —trazaron entonces el viraje anunciado. El movimiento de la embarcación dejó de

ser tan brusco. Dicho de otro modo, la embarcación no golpeaba de proa contra las olas, retemblando ante cada nueva hinchazón del mar. Las olas entraban ahora por debajo de la proa, y la embarcación volaba a mayor velocidad, con un movimiento prolongado, una desviación que mareaba, primero de una borda y luego de la otra. Pero siguió su rumbo a buena marcha, y Bogard miraba a popa con la misma sobriedad con que miró por vez primera la embarcación desde el muelle—. Ahora vamos con rumbo este —dijo.

—Con un punto de nor-noreste —dijo el muchacho—. Así avanza mejor, ¿no cree?

—Sí —dijo Bogard. Por popa ya no se veía más que la anchura del mar desierto y el sesgo delicado como una aguja de la ametralladora contra la estela que hervía y se deshacía en espuma, y los dos marineros agazapados en silencio, a popa—. Sí, va mucho mejor —y dijo al rato—: ¿Hasta dónde iremos?

El muchacho se acercó un poco más y se inclinó hacia él. Habló con voz de contento, confiado, orgulloso, aunque algo más bajo que de costumbre.

—Es Ronnie el que monta el número. Lo ha pensado a fondo. No es que no lo hubiera pensado yo de haber tenido tiempo suficiente. Más que nada por gratitud y todo eso. Pero él es el mayor de los dos, dese cuenta. Es más rápido que yo cuando se trata de pensar. Cortesía, *noblesse oblige* y todo eso. Se le ocurrió esta misma mañana, en cuanto se lo dije. Le dije: «¿Sabes qué te digo? He estado allí, lo he visto todo», y él me dijo: «Pero no habrás ido volando», a lo que le dije yo que se lo juraba por lo más querido, y él me preguntó hasta dónde, y que no le fuese con mentiras, y le dije que no lo sabía a ciencia cierta, pero que fui lejos, muy lejos, tremendamente lejos, toda la noche, y él dijo... «Toda la noche volando... Tienes que haber llegado como poco a Berlín», a lo que le dije yo que no lo sabía, pero que tampoco me extrañaría nada, y él se paró a pensar. Se le veía pensar. Porque es mayor, claro. Tiene más experiencia en esto de la cortesía, que es lo que siempre conviene hacer. Y dijo entonces: «Berlín. A ese tío no le va a divertir nada salir al mar a toda velocidad y volver con nosotros». Y siguió pensando mientras yo esperaba que dijera algo, y le dije que no podíamos llevarlo a usted a Berlín, que está demasiado lejos, y que tampoco sabemos el camino, y él, veloz, como un tiro, va y me dice: «Pero está Kiel». Por eso supe...

—¿Cómo? —dijo Bogard. Sin haberse movido, todo el cuerpo se le disparó como un muelle—. ¿A Kiel? ¿En esto?

—Por supuesto. Se le ocurrió a Ronnie. Es un tío muy listo, por más discutidor que se ponga a veces. Dijo de pronto: «Zeebrugge no tendrá el menor encanto para ese tío. Y por él tendremos que hacer todo lo que podamos hacer. Berlín». Así lo dijo Ronnie. «¡Dios mío! ¡Berlín!»

—Escuche una cosa —dijo Bogard. Se había vuelto y daba la cara al otro, un rostro severo—. ¿Para qué se usa esta embarcación?

—¿Para qué?

—¿Para qué sirve? —y entonces, sabiendo de golpe la respuesta a su propia pregunta, puso la mano en la curva del cilindro—. ¿Qué es esto que llevan aquí? ¿Es un torpedo?

—Pensé que ya lo sabía —dijo el muchacho.

—No —dijo Bogard—, no lo sabía —pareció que su voz le llegase de lejos, seca, como el canto de un grillo—. ¿Cómo se dispara?

—¿Que cómo se dispara?

—¿Cómo sale de la embarcación? Cuando se abrió la escotilla al cabo de un rato de navegar vi que ahí están los motores. Están justo delante de la salida del tubo.

—Ah, bueno —dijo el muchacho—. Hay que accionar un mecanismo y el torpedo cae por popa. En cuanto la hélice toca el agua se pone a girar, y entonces el torpedo está listo, cargado. Entonces hay que virar de golpe y el torpedo sigue su ruta.

—¿Quiere decir...? —empezó a decir Bogard, y sólo tras unos instantes su voz le obedeció otra vez con un nuevo temblor—. ¿Quiere decir que se apunta el torpedo en la dirección deseada con la embarcación, que se suelta y comienza a girar la hélice, y que entonces hay que dar un viraje y el torpedo pasa por el agua que la lancha acaba de dejar libre?

—Ya sabía yo que lo iba a pescar a la primera —dijo el muchacho—. Ya se lo dije a Ronnie. Es usted un aviador. Son más dóciles que las suyas, eso sí. Pero eso no se puede evitar. Lo haremos lo mejor que podamos, pero en el agua sólo. Ya sabía yo que lo iba a pescar a la primera.

—Escuche un momento —dijo Bogard. Su propia voz le sonó bastante sosegada. La lancha seguía volando sobre las olas, saltándolas de una en una. Iba sentado, inmóvil. Le pareció que casi podría escucharse hablar consigo mismo: «Adelante, pregúntaselo. ¿Preguntarle el qué? Pregúntale cuánto es preciso acercarse al barco antes de disparar...»—. Escuche —dijo con esa voz sosegada—. Dígale a Ronnie, comprenda. Dígale tan sólo... sólo dígale... —notó cómo le fallaba de nuevo la voz, así que calló. Permaneció inmóvil, sentado, a la espera de que le volviese. El muchacho se había ladeado y le miraba a la cara. De nuevo habló con voz solícita.

—Y digo yo... yo diría que no se encuentra usted nada bien. Estas malditas embarcaciones, sin quilla apenas...

—No es eso —dijo Bogard—. Yo sólo... ¿Sus órdenes indican Kiel?

—Oh, no. Las órdenes dejan que sea Ronnie quien decida. Se trata sólo de volver con la lancha intacta. Esto lo hace por usted. Por gratitud. Es la idea que tiene Ronnie. Poca cosa. Bastante dócil, comparado con un vuelo. Pero siempre y cuando quiera, claro.

—Sí, un sitio más cercano estaría mejor. Comprenda, es que yo...

—Entiendo, entiendo. No hay vacaciones cuando estamos en guerra. Se lo diré a Ronnie —se adelantó hacia proa. Bogard no se movió. La lancha avanzaba en largos cabeceos, al sesgo de las olas. Bogard miró tranquilamente a popa, el mar picado, el cielo.

«¡Dios mío! —pensó—. ¡Con esto no hay quien pueda! ¡No hay quien pueda!».

Regresó el muchacho; Bogard se volvió a mirarlo con una cara del color del papel sucio.

—Muy bien, todo en orden —dijo el muchacho—. Nada de Kiel. Un punto más cercano, la caza probablemente sea igual de buena. Ronnie dice que sabe bien que usted lo entenderá —se daba tirones del bolsillo y sacó una botella—. Tenga. No he olvidado lo de anoche. Haga lo propio. Le asentará el estómago, ¿eh?

Bogard dio un trago largo, generoso. Hizo el gesto de devolverle la botella, pero el muchacho la rehusó.

—Nunca bebo cuando estoy de servicio —dijo—. No es como lo suyo. Esto es mucho más dócil, ¿eh?

La embarcación siguió su rumbo. El sol ya estaba bajo por el oeste, pero Bogard había perdido todo el sentido del tiempo y de la distancia. Allá delante veía la blancura del mar por el ojo redondo, junto al rostro de Ronnie, y la mano de Ronnie en la rueda del timón y el mentón granítico, de perfil, y la pipa apagada y sujeta del revés entre los labios. La embarcación seguía veloz.

El muchacho se acercó entonces a tocarle en el hombro. A medias se levantó. El muchacho señalaba algo. El sol estaba rojizo. Cerca del globo solar, más allá de donde estaban ellos, a unas dos millas de distancia, un navío: parecía un pesquero, parecía anclado, tenía un mástil alto.

—¡Buque faro! —gritó el muchacho—. De los suyos —más adelante Bogard acertó a vislumbrar una masa de escasa altura, la bocana de un puerto, un malecón—. ¡El canal de entrada! —gritó el muchacho. Barrió con la mano todo el espectro, en ambas direcciones—. ¡Minas! —su voz se la llevaba el viento—. Esto está tan plagado de minas que da asco. Las hay por todas partes. También debajo de nosotros. No es poca broma, ¿eh?

VII

Por encima de la masa de tierra batía un buen oleaje. Ahora la embarcación discurría a favor de la ola, con lo que parecía que saltase de una a la siguiente; en los intervalos en los que la hélice quedaba al aire, el motor parecía que se arrancase de cuajo de la obra muerta. Pero no por eso redujo la marcha; cuando pasó ante el saliente de tierra pareció que la lancha estuviera casi del todo erguida sobre el timón, como los peces vela. El malecón se encontraba a una milla de distancia. En el extremo de más afuera empezaban a titilar unas luces tenues como las luciérnagas.

—Agáchese —dijo el muchacho acercándose a él—. Ametralladoras. A lo mejor nos cae una ráfaga perdida.

—¿Qué he de hacer? —gritó Bogard—. ¿Qué puedo hacer?

—¡Así se habla! ¡Sí, señor! Vamos a darles una buena, ¿eh? ¡Ya sabía yo que

esto le iba a gustar!

Agachado, Bogard miró al muchacho, que seguía en pie con el rostro desencajado.

—Puedo ocuparme de manejar la ametralladora.

—No será necesario —le gritó el muchacho a su vez—. Vamos a dejarles a ellos el saque. Seamos deportivos. Somos los visitantes, ¿eh? —miraba a proa con gran concentración—. Ahí lo tenemos. ¿Lo ve? —estaban en la bocana misma del puerto. Anclado en el canal de entrada se encontraba un gran carguero. Pintada en mitad del casco se destacaba una gran bandera de Argentina—. ¡He de volver a mi puesto! —le gritó el muchacho. En ese momento habló Ronnie por primera vez en toda la travesía. La lancha discurría veloz por un trecho de mar menos picado. No aminoró la velocidad, y Ronnie no volvió la cabeza cuando habló. Se limitó a ladear el mentón prominente y bailó un poco la pipa fría entre los labios; por la comisura de la boca farfulló una sola palabra.

—Punto.

El muchacho, encorvado sobre lo que había llamado su puesto, se irguió de un respingo, con una expresión de asombro y de hallarse ofendido. Bogard también miró a proa y vio el brazo con el que Ronnie señalaba por estribor. Era un destructor ligero, anclado a una milla de distancia. Tenía mástiles de cesto; cuando estaba mirando, uno de los cañones destelló en la torreta de popa.

—¡Maldita sea! —exclamó el muchacho—. ¡Eres un hacha! ¡Maldito seas, Ronnie! ¡Ahora me llevas tres de ventaja, caray!

Pero antes de que terminara de hablar ya se había encorvado en su puesto, con el rostro luminoso, vacío de toda emoción, de nuevo alerta, no del todo sobrio, pero sí tranquilo, a la espera de lo que pudiera ocurrir. Bogard de nuevo miró al frente y sintió que la lancha pivotaba sobre el timón y ponía proa directamente hacia el carguero, a una velocidad pavorosa. Ronnie iba con una mano en la rueda del timón y la otra extendida a la altura de la cabeza.

Pero a Bogard le dio la impresión de que nunca fuese a bajarla. Se acuclilló sin sentarse, viendo con una especie de espanto reposado cómo aumentaba de tamaño la bandera pintada en el casco del buque como si fuese una película en la que una locomotora avanza hacia la cámara, situada entre las dos vías. De nuevo disparó el arma desde el destructor, a espaldas de ellos; desde la popa del carguero

también se abrió fuego a quemarropa contra la lancha. Bogard no oyó ninguno de los dos disparos.

—¡Vamos, hombre! —gritó—. ¡Vamos, por Dios!

Ronnie había bajado la mano. La embarcación volvió a virar en redondo sobre el timón. Bogard vio levantarse la amura, pivotar; contó con que el casco se estampara de costado contra el barco, pero no fue así. La lancha salió disparada por una tangente. Estaba esperando que trazase un amplio viraje, que pusiera proa a mar abierto, que dejara a popa al carguero, y volvió a pensar en el destructor. «Esta vez sí que nos va a alcanzar una ráfaga en cuanto hayamos salvado al destructor», pensó. Recordó entonces el carguero, el torpedo, y se volvió a mirar al carguero con la idea de ver cómo daba el torpedo en el blanco, pero vio con espanto que la embarcación volvía derecha hacia el destructor, trazando un viraje en redondo. Como si fuera un sueño, se vio precipitarse contra el navío y pasar a toda velocidad bajo el saliente de popa, todavía en pleno viraje, tan cerca que distinguiría las caras de los hombres en cubierta. «Han fallado el tiro y van a seguir la trazada del torpedo para capturarlo y dispararlo de nuevo», pensó como si estuviera idiotizado.

Por eso, el muchacho tuvo que tocarle en el hombro sin que él se diera cuenta de que estaba a su espalda. El muchacho habló con voz sosegada.

—Ahí, bajo el asiento de Ronnie. Hay una manivela. Si me la pudiera alcanzar...

Encontró la manivela. Se la pasó. Estaba pensando como si aún siguiera en un sueño: «Mac hubiera dicho que tienen un teléfono a bordo». Pero no miró de inmediato a ver qué era lo que estaba haciendo el muchacho con la manivela, pues presa de ese horror aquietado y apacible en que estaba apresado se hallaba mirando a Ronnie, la pipa fría en el mentón rígido, tripulando la lancha a toda velocidad alrededor del carguero, tan cerca que llegó a ver los remaches de las planchas en el casco. Miró entonces a popa con el rostro desencajado, inoportuno, y vio lo que estaba haciendo el muchacho con la manivela. La había encajado en lo que a todas luces era un pequeño torno, en la parte baja, en uno de los flancos del tubo, cerca de la cabeza. Levantó los ojos y vio la cara de Bogard.

—¡No ha salido esta vez! —gritó con buen ánimo.

—¿Que no ha salido? —gritó Bogard—. ¿No? ¿El torpedo no...?

El muchacho y uno de los marineros trajinaban agachados sobre el torno y el tubo.

—No. Qué engorro. En fin, pasa una y otra vez. Esos listillos, los ingenieros, deberían afinar... Y afinan, pero son cosas que pasan. Hay que volver a meterlo y lanzarlo de nuevo.

—¡Pero el morro, la espoleta...! —gritó Bogard—. Sigue estando en el tubo, ¿no es así? Está entero, ¿no es así?

—Por descontado, tranquilícese. Pero ahora funciona. Está cargado. La hélice ya está en marcha. Hay que volver a meterlo y lanzarlo de nuevo. Primero, meterlo en el tubo. ¡Bingo! ¿Ya está?

Bogard se había puesto en pie, sujeto al terrible tiovivo de la lancha. Muy por encima de donde estaba, el carguero parecía virar sobre sí mismo como una imagen con truco en una película.

—¡Páseme el cabrestante! —gritó.

—¡Tranquilo, despacio! —dijo el muchacho—. No conviene meterlo demasiado deprisa. Ya lo encajamos nosotros en la cabeza del tubo. ¡Bingo otra vez! Mejor será que nos deje. Zapatero, cada cual a sus zapatos, ¿eh?

—Desde luego —dijo Bogard—. Completamente de acuerdo.

Era como si fuese otro el que estuviera sirviéndose de su boca al hablar. Se inclinó, sujeto con las manos sobre el frío metal del tubo, junto a los otros. Por dentro tenía calor, pero por fuera estaba helado. Notaba que todas sus carnes se sacudían de frío mientras miraba la mano roma y venosa del marinero que accionaba el torno trazando arcos breves, minúsculos, con facilidad, mientras en la cabeza del tubo el muchacho golpeaba el cilindro levemente con una llave inglesa, la cabeza vuelta, con una expresión tan delicada y concentrada como la de un relojero. La lancha se desplazaba trazando lentos, furiosos virajes al sesgo de las olas. Bogard vio un hilo largo, lento, flojo, que caía de la boca de alguien, entre sus manos, y descubrió que el hilo de saliva caía de su propia boca.

No oyó decir nada al muchacho, ni tampoco notó en qué momento se incorporó. Sólo reparó en que la lancha se enderezaba, por lo que cayó de rodillas junto al tubo. El marinero había vuelto a popa y el muchacho de nuevo estaba encorvado sobre su puesto. Bogard se arrodilló del todo, francamente mareado. No

percibió el nuevo viraje que trazó la embarcación, ni oyó disparar de nuevo el cañón del destructor, que no se habían atrevido a disparar por miedo a dar al carguero, y el del carguero, que no pudo disparar antes por estar ellos demasiado cerca. No sintió nada en absoluto cuando vio la bandera enorme, pintada, justo encima de su cabeza, aumentando de tamaño a una velocidad de locomotora, ni vio siquiera a Ronnie bajar la mano. Pero esta vez sí supo que el torpedo había salido; al pivotar y virar en redondo esta vez toda la embarcación pareció que saliera del agua; vio la amura de proa dispararse hacia el cielo como el morro de una lancha motora al iniciar una curva. Luego, su estómago hecho trizas renegó de él. Ni vio el géiser ni oyó la detonación al caer tendido en paralelo al tubo. Sólo notó que una mano lo sujetaba por el cogote de la trinchera y oyó la voz de uno de los marineros:

—Tranquilos todos, capitán. Ya lo tengo bien sujeto.

VIII

Una voz le ayudó a volver en sí, una mano. Estaba a medias sentado en el estrecho pasillo de babor, a medias tendido sobre el tubo. Llevaba allí un buen rato; bastante antes había notado que alguien le echaba una prenda de abrigo por encima. Pero no había levantado la cabeza.

—Estoy bien —dijo entonces—. No me hace falta.

—Que no le hace falta... —dijo el muchacho—. Bueno, ya vamos de regreso.

—Siento mucho haber... —dijo Bogard.

—Claro. Estas malditas embarcaciones, sin quilla apenas... A cualquiera le ponen el estómago del revés, a cualquiera, mientras no se acostumbre uno. Ronnie y yo, los dos, al principio, era igual. Todas las veces. Era de no creérselo. Tenga —era la botella—. Esto le sentará bien. Péguese un buen lingotazo, y si es enorme pues mejor. Le asentará el estómago.

Bogard bebió. Poco después se fue sintiendo mejor, entró en calor. Cuando la mano lo tocó más tarde, descubrió que se había dormido.

Fue de nuevo el muchacho. El chaquetón azul marino le quedaba demasiado

pequeño; encogido, seguramente. Por debajo de los puños sus muñecas largas y esbeltas, de muchacha, estaban azuladas por el frío. Bogard descubrió entonces cuál era la prenda con la que lo habían abrigado. Pero antes de que pudiera decir nada, el muchacho se inclinó hacia él y le habló en un susurro, con el rostro contento.

—¡No se ha dado cuenta!

—¿De qué?

—¡El Ergenstrasse! No se ha dado cuenta de que lo han trasladado. Dios, si lo viese sólo me sacaría un punto de ventaja —miró a Bogard con los ojos luminosos, con ansia—. Un punto, ya lo sabe usted. Y... digo yo... yo diría que parece que ya se encuentra algo mejor, ¿eh?

—Sí —dijo Bogard—, estoy mejor.

—No se ha dado cuenta en absoluto. ¡Ay, Dios! ¡Ay de mí!

Bogard se incorporó, se puso en pie, se sentó en la curvatura del tubo. La bocana del puerto estaba a la vista, la embarcación redujo la velocidad. Empezaba a oscurecer.

—¿Y esto sucede a menudo? —dijo en voz baja. El muchacho lo miró. Bogard dio una palmada en el tubo—. Me refiero a esto, a que falle cuando se ha de disparar.

—Ah, pues sí. Por eso les han puesto los tornos y los cabrestantes. Pero eso fue más adelante. Primero se empezó a fabricar la lancha. Una vez estalló entera por los aires. Por eso le han puesto los tornos.

—Pero... ¿sigue ocurriendo a menudo, incluso ahora? Es decir, ¿siguen estallando por los aires, a pesar del torno?

—Bueno, pues no sabría decirle, claro. Las embarcaciones salen a mar abierto. A veces no regresan, claro. Es posible que... No siempre se sabe lo que sucede, claro que no. No tengo yo noticia de que ninguna haya sido capturada. Es posible, claro. A nosotros no nos ha pasado, al menos de momento.

—Sí —dijo Bogard—. Sí.

Entraron en puerto, la lancha aún a velocidad considerable, pero ya sin gas,

surcando la lisa superficie del mar, la dársena en la que se amontonaban las sombras. El muchacho volvió a inclinarse con una voz que rebosaba contento.

—¡Ahora, ni una palabra! —chistó—. ¡Todos atentos! —se puso en pie y alzó la voz—. Oye, Ronnie... —Ronnie no se volvió, aunque Bogard se dio cuenta de que lo escuchaba con atención—. Qué curioso ese buque de bandera argentina, ¿eh? ¿Cómo supones que se nos ha pasado hasta allá? Igualmente podría haber recalado aquí, digo yo. Los franceses le hubiesen comprado el trigo que transporte en la bodega —hizo una pausa diabólica, un Maquiavelo con el rostro de un ángel extraviado—. Digo yo... ¿Cuánto hace que tuvimos aquí un barco extranjero? Meses han pasado, ¿eh? —se volvió a inclinar un momento y habló con voz queda—. Atento, atento ahora a la jugada —pero Bogard no vio que Ronnie moviese la cabeza siquiera un centímetro—. ¡Ya está mirando! —susurró el muchacho. Y Ronnie estaba mirando, aunque no hubiera movido un ápice la cabeza. Apareció entonces a la vista, silueteada contra el cielo ya en sombra, la forma difusa de un cesto en el trinquete del barco internado. Ronnie alzó el brazo en el acto, señalando; habló de nuevo sin volver la cabeza, por la comisura de la boca farfulló una sola palabra.

—Punto.

El muchacho se movió como un muelle, como un perro atado al que de pronto se deja en libertad.

—¡Maldito seas! —exclamó—. ¡Serás un hacha, pero ése es el Ergenstrasse! ¡Ja! Ahora ya sólo me llevas un punto de ventaja —de una zancada pasó por encima de Bogard y se acercó a Ronnie—. ¿Eh? —la lancha había reducido mucho la velocidad al enfilar el muelle; avanzaba en punto muerto—. Ya sólo es uno, ¿eh, Ronnie? No me llevas más que uno de ventaja.

La lancha siguió su curso; el marinero volvió a gatas al entrepuente de proa. Ronnie tomó la palabra por tercera y última vez.

—Cierto —dijo.

IX

—Quiero —dijo Bogard— una caja de whisky escocés. El mejor que tengamos. Y que la embalen bien. Es para mandarla a la ciudad. Y quiero que un hombre se haga responsable de la entrega —llegó el responsable—. Esto es para un niño —dijo Bogard, y le señaló el embalaje—. Lo encontrará usted en la calle de las Doce Horas, en las inmediaciones del café Doce Horas. Estará tirado de cualquier manera en la cuneta. No tiene pérdida. Es un niño de un metro ochenta de estatura. Cualquier policía militar británico se lo sabrá encontrar. Si está dormido, no me lo despierte. Espere a su lado hasta que se espabile. Y entonces le hace entrega de esto y le dice que es de parte del capitán Bogard.

X

Más o menos al cabo de un mes apareció perdido por el aeródromo de los americanos un ejemplar de la *English Gazette* en el que se había publicado este breve entre la lista de caídos:

DESAPARECIDOS: Lancha torpedera XOO1. Guardiamarinas R. Boyce Smith y L. C. W. Hope, de la Reserva de la Royal Navy; contra maestre, Burt; marino, Reeves. Flota del Canal, División de Torpederos Ligeros. No regresaron tras un servicio de patrulla por la costa.

Poco después, en el cuartel general de Aviación Norteamericana se difundió un boletín:

Por su valor extraordinario, por encima de las obligaciones rutinarias del servicio, se distingue al capitán H. S. Bogard y a su tripulación, compuesta por el teniente Darrel McGinnis y los artilleros de aviación Watts y Harper, por haber realizado una incursión diurna y sin protección de escolta alguna, en la que destruyeron por medio de sus bombas un depósito de municiones situado varias millas por detrás de las líneas enemigas. Desde ese punto, y acosados por aparatos de la aviación enemiga que los superaban en número, estos hombres acudieron con las bombas que les quedaban a bordo al cuartel general enemigo, situado en — —, y demolieron parcialmente el château en que se hallaba, antes de volver sanos y salvos y sin pérdida de ningún hombre.

Y en relación con esta hazaña, podría haberse añadido que, caso de que fracasara y caso de que el capitán Bogard hubiera salido indemne de la misma,

hubiera sido sometido de inmediato y sin remisión a un consejo de guerra.

Con las dos bombas que les quedaban a bordo, voló en picado al mando del Handley-Page sobre el château en donde se encontraban los generales enemigos almorzando, hasta que McGinnis, a los controles de descarga de las bombas, justo debajo de él, comenzó a darle gritos antes de que diera la señal. No dio la señal de descarga hasta que pudo distinguir con toda claridad las tejas de pizarra que cubrían el edificio. Entonces bajó la mano y ascendió disparado, y así mantuvo el avión, con un grito despavorido, con los labios entreabiertos, conteniendo la respiración con un gruñido, pensando... «¡Dios! ¡Dios! ¡Si estuvieran todos ahí, todos los generales y los almirantes, los presidentes y los reyes, los suyos y los nuestros, si estuvieran todos...!»^[*]

Todos los pilotos muertos

I

En las fotos, instantáneas hechas deprisa y corriendo, ahora descoloridas, con los cantos doblados al cabo de trece años, alardean y se jactan un poco. Flacos, endurecidos, con sus arreos marciales de latón y de cuero, posan de pie, al lado de las formas esotéricas, de alambre y madera y lona, o apoyados en ellas, en las que volaban sin paracaídas, y también ellos tienen un aire esotérico, un aire no del todo humano, como el de la difunta, sombría, amenazadora apoteosis de una raza vista sólo un instante al fulgor de un relámpago y acto seguido esfumada para siempre.

Y es que están muertos todos los pilotos de antaño, muertos el 11 de noviembre de 1918. Cuando se ven fotografías modernas en las que salen ellos, las fotografías recientes, hechas junto a esas recientes formas de acero y lona, con una cobertura abatible sobre el motor, con alerones articulados, parecen un tanto extravagantes: aquellos jóvenes delgados que en su día alardeaban, que se jactaban un poco. Parecen perdidos, aturridos. En esta era del saxo para la aviación parecen tan fuera de lugar, un tanto anchos de cintura, con los sobrios trajes de chaqueta de hace treinta o treinta y cinco o más años, como a buen seguro lo estarían entre los saxos y las sordinas en miniatura de una orquesta en un *night-club*. Y es que también están muertos los que aprendieron a respetar aquello cuyo respeto se ganaron con su dureza antes de que existieran fuselajes de sección central soldada y paracaídas y aparatos que no entran en barrena. Por eso miran a las chicas y los chicos de los saxos, ellas con carmín que ya no se corre como el de antes, ellos con cantimploras aerodinámicas apiladas como saxofones, a la entrada de un garaje particular o en el green de un campo de golf, con pronta simpatía y también con desconcierto. «Dios del cielo... —me dijo uno, piloto de una escuadrilla y buen mecánico, suboficial en su día, capitán después y, a la larga, comandante—. Si se puede tratar así un cacharro, ¿para qué quieres volar?».

Pero ya están todos muertos. Ahora han engordado, andan bastante anchos

de cintura de tanto sentarse en los despachos, y puede que ya no se les dé del todo bien, con sus esposas y sus hijos y sus casas casi terminadas de pagar en los buenos barrios de la periferia, en donde juegan al golf toda la tarde, tras llegar en el tren de las 5:15, y puede que eso tampoco se les dé bien del todo; los hombres flacos y endurecidos, que alardeaban en serio y bebían en serio, porque habían descubierto que morir y estar muerto no era algo tan apacible como tenían entendido. Por eso está hecho a retazos este relato: una serie de vistazos en los que, instantáneos, sin profundidad ni perspectiva, salen a relucir el portento y la amenaza que presagiaban lo que la raza pudiera soportar y llegar a ser, en instantes fugaces, entre tinieblas y tinieblas.

II

En 1918 estuve en el Cuartel General del Ala mientras trataba de adaptarme a una pierna ortopédica. Ahí, entre otras cosas, me encargaba de la censura de la correspondencia enviada por todas las escuadrillas del Ala. El trabajo en sí no era malo, pues me dejaba tiempo libre para experimentar con una cámara sincronizada que intentaba perfeccionar. Pero aquello de abrir y leer cartas, páginas breves y garabateadas de cualquier manera, llenas de mentiras transparentes y honrosas, dirigidas a las madres y a las novias, con la caligrafía y la ortografía de un simple colegial... De todos modos, una guerra es una cosa descomunal, y dura demasiado. Supongo que quienes mandan (no me refiero al alto mando, sino a quien sea, o a lo que sea, a eso que controla los acontecimientos) se aburren de vez en cuando. Y cuando uno se aburre se vuelve mezquino y se dedica a las gamberradas.

Así que de vez en cuando visitaba un escuadrón de Camels que estaba acuartelado poco más allá de Amiens y charlaba con el sargento de artillería sobre la sincronización de las ametralladoras. Era el escuadrón de Spoomer. Su tío era comandante del cuerpo y era caballero de la Orden de la Liga, así que siendo capitán del Primer Regimiento de Dragones, a su debido tiempo obtuvo una Estrella de Mons y una condecoración de la Orden de Distinción en el Servicio Prestado, y estaba al mando de una escuadrilla de cazas monoplasas, aunque el tercer perche que llevaba prendido en la pechera seguía siendo el ala única del observador, y no la doble ala del piloto.

En 1914 estuvo en la Academia Militar de Sandhurst: un tipo de gran

envergadura, rubio, con ojos de porcelana. Prefiero pensar que su tío dio la orden de que lo llamaran en cuanto le llegó la noticia, la buena noticia. Probablemente fue en el club del tío (el tío ya era general de brigada, recién regresado a toda prisa de su puesto en la India), sentados los dos frente a frente en una mesa de caoba, mientras el vendedor de prensa daba voces en la calle. «Por Dios —debió de decir el general—, esto va a ser el no va más para el ejército. Pásame el vino».

Me atrevería a decir que el general se llevó un chasco, por no decir que se ofendió, cuando se dio cuenta de que ni los hunos ni el primer ministro se proponían llevar a cabo esta guerra tal como hubiese querido el ejército. De todos modos, Spoomer ya fue destinado a Mons y volvió con la Estrella (aunque Ffollansbye decía que el general mandó a Spoomer derecho a por la Estrella, porque era una condecoración que sólo se obtenía estando a mano) antes de que el tío ordenase su traslado a su regimiento, donde Spoomer podría obtener su condecoración en Distinción en el Servicio Prestado. Luego, es posible que el tío lo enviase a ver qué sacaba en claro allí donde el arroyo subterráneo afloraba a la superficie. O puede que Spoomer esta vez fuese por su cuenta. Es lo que prefiero pensar. Prefiero pensar que lo hizo por la patria, aunque de sobra sé que nadie merece el elogio por su valentía ni el oprobio por su cobardía, puesto que hay situaciones en las que cualquiera dará muestras de ambas. Pero allá que fue, y volvió al año con su ala, distintivo de observador, y un perro grande como un ternero.

Esto fue en 1917, cuando Sartoris y él se encontraron y colisionaron. Sartoris era americano, de una plantación de Mississippi donde cultivaban cereales y criaban negros, o los negros cultivaban cereales, o lo que sea. Sartoris tenía un vocabulario funcional de unas doscientas palabras, no más, y me atrevería aquí a decir que el dónde y el cómo y el por qué vivía como vivía era algo que se hallaba fuera de su alcance, quitando que vivía en la plantación con su tía abuela y con su abuelo. Vino pasando antes por el Ejército Canadiense, antes de que Estados Unidos entrase en guerra, y estaba en lista de espera, en el cuartel de Ayr. Eso me lo contó Ffollansbye. Parece ser que Sartoris tenía una novia en Londres, una de esas aspirantes a esposa por tres días y viuda por tres años. Es lo malo que tiene la guerra. Los de esa ralea, los Sartoris y compañía, no murieron hasta 1918, al menos algunos. En cambio, las chicas, las novias, las mujeres, murieron todas el 4 de agosto de 1914.

Total, que Sartoris tenía una novia. Ffollansbye contó que la apodaban Kitchener,^[69] «porque tenía soldados a puñados». Dijo que no sabían si Sartoris lo sabía o no, pero que al menos por un tiempo Kitchener, o Kit, pareció darles

calabazas a todos y quedarse con Sartoris. Se les veía juntos por todas partes y a todas horas; Ffollansbye me contó entonces que una noche, en un restaurante, se encontró con Sartoris, que estaba solo y bastante borracho. Ffollansbye me contó que ya se había enterado de que dos días antes Kit y Spoomer se habían largado a no sé dónde. Dijo que Sartoris estaba sentado en una mesa, bebiendo hasta ponerse ciego, esperando a que llegase Spoomer. Dijo que al final fue él quien metió a Sartoris en un taxi y lo mandó al aeródromo. Ya estaba casi amaneciendo, y Sartoris se hizo con una guerrera de capitán, que tomó del equipaje de otro, y una liga de mujer que robó de la maleta de otro aviador, o quizás de la suya, y prendió la liga en la pechera como si fuese un perche o una condecoración. Después fue a despertar a un cabo que había sido boxeador profesional, con el que Sartoris se calzaba los guantes de vez en cuando. «Se llama Spoomer —dijo Sartoris al cabo—. El capitán Spoomer». Lo dijo tambaleándose, señalando la liga con el dedo. «Distinción al Mérito Muslero de Mujer.» Luego, el cabo y él, con la guerrera puesta, bajo la cual se le veía el calzón de lana, se repartieron unos cuantos puñetazos, con las manos sin guantes, al amanecer.

III

Cualquiera diría que cuando una guerra lo arrastra al fondo, lo tiene que dejar en paz; que, encima, no le dará por gastarle bromas pesadas, por hacer el gamberro. Pero puede que no fuera eso. Puede que fuera porque los tres, Spoomer y Sartoris y el perro, todo se lo tomaban sin ningún humor. Puede que una persona sin humor fuese para ellos una especie de desafío infalible, por encima de truenos y alarmas. Fuera como fuese, una tarde —fue en primavera, antes de la caída de Cambrai— fui al aeródromo en donde estaban los Camels, a charlar con el sargento de artillería, y vi a Sartoris por primera vez. El año anterior se había puesto el mando de la escuadrilla en manos de Spoomer y del perro, y lo primero que hicieron fue ordenar que Sartoris se destacase allí.

Había salido la patrulla vespertina, y había salido el resto del personal supongo que a pasar la tarde en Amiens, y el aeródromo estaba desierto. Estábamos sentados el sargento y yo en sendos bidones de gasolina, vacíos, en la puerta del hangar, cuando vi a un hombre asomar la jeta por la puerta del comedor de los oficiales y mirar a un lado y a otro, abarcando todo el campo, con aire un tanto furtivo y muy alerta. Era Sartoris, que había salido en busca del perro.

—¿El perro? —dije. El sargento me lo explicó entonces, y también esto a retazos, fruto de su propia observación y de las observaciones que todo el personal alistado intercambiaba y comparaba en las mesas del comedor, o de noche, fumándose una pipa: la indagación terrible y omnisciente de quienes ocupan un estadio inferior en el escalafón.

Cuando Spoomer se marchaba del aeródromo, dejaba al perro encerrado en alguna parte. Tenía que encerrarlo cada vez en un sitio distinto, porque Sartoris emprendía la búsqueda del animal y no cejaba hasta dar con él, y entonces lo soltaba. Era por lo visto un perro de notable inteligencia, porque si Spoomer había ido tan sólo al cuartel del Ala, o a donde fuese, a resolver un asunto pendiente, el perro se quedaba allí en el aeródromo, y pasaba el rato escarbando en el cubo de la basura que había detrás del comedor de los soldados, al cual tenía adicción y prefería con mucho antes que el de los oficiales. En cambio, si Spoomer se había marchado a Amiens, el perro emprendía el camino de Amiens en el instante mismo en que se veía libre, para regresar después con el propio Spoomer en el coche de la escuadrilla.

—¿Y por qué lo suelta el señor Sartoris? —dije—. ¿Quiere decir usted que el capitán Spoomer no ve con buenos ojos que el perro se coma los desperdicios de la cocina?

Pero el sargento no me estaba escuchando. Había estirado el cuello para mirar por la puerta, y así vimos los dos a Sartoris. Había salido del comedor y se aproximaba al hangar que le quedaba al final de la calle, todavía con aire alerta, moviéndose con toda intención. Entró en el hangar.

—Me parece una puerilidad para un hombre hecho y derecho —dije.

El sargento se quedó mirándome. Y dejó de mirarme.

—Lo que quiere es saber si el capitán Spoomer ha ido o no a Amiens.

Al cabo de un rato vi la luz.

—Ah —dije—, una señorita. ¿Es eso?

—Llámela señorita si quiere —dijo sin mirarme—. Supongo que en este país también tiene que haber algunas señoritas.

Me paré un rato a pensar en esto. Sartoris salió entonces del primer hangar y

entró en el segundo.

—La verdad, me pregunto si quedan señoritas en alguna parte —dije.

—Es posible que tenga usted razón. La guerra es muy dura para las mujeres.

—¿Y qué hay de ésta? —dije—. ¿Quién es ella?

Me lo contó. Regentaban un cafetín, «una especie de taberneta», dijo él, entre una vieja bruja, un adefesio, y la chica. Era un local pequeño, en una calle de difícil acceso, al que no iban los oficiales. Tal vez por eso crearon Sartoris y Spoomer semejante furor en ese círculo reducido. Deduje, por lo que dijo el sargento, que la competencia entre el comandante de la escuadrilla y uno de sus pilotos más novatos e inexpertos era objeto de interés general y, además, motivo de las conversaciones más acaloradas e incluso de apuestas entre los elementos alistados de todo el sector de las tropas francesas y británicas por igual.

—Siendo además oficiales... —dijo.

—Entiendo. Han amedrentado a los soldados, los han espantado, ¿no es así? —dije—. ¿No es eso? —el sargento ni siquiera me miró—. Y... ¿fueron muchos los soldados que hubo que amedrentar?

—Supongo que sabrá usted cómo son estas jovencitas —dijo el sargento—, y más con esta guerra.

Y eso es lo que la chica era, o quien era la chica. El sargento dijo que la señorita y la vieja bruja ni siquiera tenían una relación de parentesco. Me contó que Sartoris le había hecho algunos regalos, ropa y bisutería, el tipo de bisutería que se podría comprar en Amiens probablemente. O acaso le comprase los regalos en una cantina, porque Sartoris apenas pasaba de los veinte años. Vi algunas de las cartas que había escrito a su tía abuela, la de América, y eran cartas que podría haber escrito un chaval de tercero matriculado en Harrow, si es que no podría haberlas mejorado. Por lo que acerté a saber, Spoomer no parecía haber hecho ningún regalo a la chica.

—Tal vez sea porque es capitán —dijo el sargento—. O porque por esas condecoraciones no tiene necesidad de hacérselos.

—Debe de ser eso —dije.

Y eso era la chica, la chica que, adornada con la bisutería de a céntimo que le regalaba Sartoris, servía la cerveza y el vino a los soldados británicos y franceses en una callejuela de difícil acceso, en Amiens, la chica por culpa de la cual Spoomer se aprovechaba de su rango para traicionar a Sartoris con ella, al tiempo que obligaba a Sartoris a permanecer en el aeródromo, ocupado en cumplir tareas especiales, y encerrando al perro para que Sartoris no tuviera forma de saber lo que había hecho él. Y Sartoris se vengaba en la medida de lo posible encontrando al perro y soltándolo, para que pudiera escarbar a su antojo en la basura a donde iban a parar los desperdicios plebeyos.

Entró en el hangar en que estábamos el sargento y yo: un muchacho alto, de ojos claros, en una cara que podía resultar o contenta o mohína, y del todo carente de humor. Me miró.

—Hola —dijo.

—Hola —dije. El sargento hizo ademán de levantarse.

—Adelante, sigan a lo suyo —dijo Sartoris—. No tengo necesidad de nada.

Se dirigió al fondo del hangar, que estaba lleno de bidones de gasolina, de embalajes vacíos y demás. Carecía por completo de todo rastro de inhibición, y obraba sin cohibirse, con una total desvergüenza, a pesar de lo pueril de aquella operación en la que tanto se afanaba.

El perro estaba en uno de los embalajes. Salió tal como era, enorme, con un pelaje crespo, de color leonado; Ffollansbye ya me había contado que quitando el ala que lucía Spoomer y su Estrella de Mons y su condecoración de la Orden de Distinción en el Servicio Prestado, el perro y su dueño eran muy parecidos. Salió del hangar sin premura, lanzándome una breve mirada de refilón. Lo vimos marchar y desaparecer al doblar la esquina, camino del comedor de los soldados. Sartoris entonces se dio la vuelta y regresó al comedor de los oficiales, desapareciendo del mismo modo.

Poco después llegó la patrulla vespertina. Mientras los aparatos formaban en fila apareció en el aeródromo el coche de la escuadrilla y se detuvo ante el comedor de los oficiales. Bajó Spoomer.

—Fíjese bien —dijo el sargento—. Intentaré que no se le note que estaba atento, que no estaba pendiente de todo.

Se llegó hasta los hangares, grandullón, enorme, con unas medias verdes, de jugar al golf. No reparó en mí hasta que ya entraba en el hangar. Se detuvo; fue un gesto casi imperceptible, y entonces entró lanzándome una breve mirada de refilón.

—Qué hay —dijo con un tono de voz agudo, nervioso, en tensión. El sargento se había puesto en pie. Yo ni siquiera vi si Spoomer miraba hacia el fondo, hacia el embalaje que había caído de costado, aunque sí se había quedado clavado en el sitio.

—Sargento —dijo.

—Señor —dijo éste.

—Sargento —dijo Spoomer—, ¿han llegado ya esos cronómetros?

—Sí, señor. Se recibieron hace dos semanas. Ya están todos en uso.

—Eso está bien, está muy bien —se dio la vuelta, me lanzó de nuevo una breve mirada de refilón y siguió camino por delante de los hangares, más bien con lentitud. Desapareció.

—Ahora fíjese bien —me dijo el sargento—. Seguirá por allí hasta que crea que ya no le estamos mirando.

Lo miramos. De nuevo apareció a la vista, atravesando el campo hacia el comedor de los soldados, ahora a paso más vivo. Desapareció al doblar la esquina. Apareció un momento más tarde, arrastrando a la bestia enorme, inerte, sujetándolo por el cogote.

—Tú no debes comer esa bazofia —dijo—. Eso es para los soldados.

IV

No supe entonces qué sucedió después. Sartoris no me lo dijo hasta más adelante, pasado un tiempo. Puede que hasta ese momento no tuviera a su favor más que el instinto y alguna prueba circunstancial que le indicasen que estaba siendo objeto de traición: pruebas como era que a Sartoris se le encargase algún

cometido que nada tenía que ver con sus atribuciones, y que le obligaba a pasar toda la tarde fuera del aeródromo, para encontrar después al perro escondido y ponerlo en libertad y verlo desaparecer por la carretera de Amiens con su galope inconfundible, desmañado.

Pero algo sucedió. Todo lo que llegué a saber entonces fue que una tarde Sartoris encontró al perro y lo vio marcharse para Amiens. Entonces incumplió las órdenes recibidas, tomó prestada una motocicleta y también él se fue a Amiens. Dos horas después volvió el perro y se pasó por la puerta de cocina del comedor de los oficiales, y poco más tarde llegó el propio Sartoris en un camión (ya estaban evacuando Amiens) cargado con enseres domésticos y conducido por un soldado francés con blusón de campesino. La moto iba cargada en el camión, aunque no parecía que tuviera arreglo. El soldado contó que Sartoris había terminado por derrapar, estrellándose en la cuneta, cuando iba a toda velocidad intentando atropellar al perro.

Sólo que nadie supo lo que había ocurrido, o no lo supo entonces. Aunque yo había imaginado la escena antes de que me la contase. Me lo imaginé allí, en un cuartucho lleno de soldados franceses, y la vieja bruja (sabía interpretar las insignias, seguro; al menos los galones) impidiéndole el paso a la vivienda. Me lo imagino furioso, aturdido, sin decir ni pío (no sabía hablar francés), sacándoles más de una cabeza a todos los franceses a los que no era capaz de entender, convencido de que se estaban riendo de él.

—Fue por eso —me dijo—. Se me reían a la cara sin mover un músculo, y todo por culpa de una mujer. Yo sabía que él estaba allí arriba y ellos sabían que yo lo sabía, y que si arramplaba con todo y lo sacaba a la calle a rastras y le abría la cabeza, no sólo me apartarían del servicio, sino que me caería una condena a cadena perpetua por haber infringido los artículos de la alianza al invadir propiedad extranjera sin la debida autorización.

Volvió entonces al aeródromo y se encontró con el perro por la carretera e intentó atropellarlo. El perro llegó por sus propios medios y Spoomer regresó algo más tarde y ya se lo llevaba sujeto por el collar, para que no metiera el hocico en los desperdicios del comedor de los soldados, cuando llegó la patrulla vespertina. Salieron seis y regresaron cinco, y el jefe de la patrulla saltó de la máquina antes de que se detuviera del todo el rotor de la hélice. Llevaba un trapo ensangrentado en la mano derecha y fue corriendo hacia Spoomer, que estaba agachado delante del perro, pasivo, con las patas tiesas.

—¡Dios mío! —dijo—. ¡Han tomado Cambrai!

Spoomer ni siquiera lo miró.

—¿Quiénes?

—¡Los alemanes, por Dios!

—Bueno, pues sea por Dios —dijo Spoomer—. Venga, largo de aquí. Ya te he explicado mil veces que eso es una bazofia que no es para ti.

Un hombre así es invulnerable. Cuando Sartoris y yo hablamos por vez primera se lo quise decir. Pero entonces me enteré de que Sartoris también era invencible. Aquella primera vez hablamos.

—Intenté convencerle de que me dejara enseñarle a pilotar un Camel —dijo Sartoris—. Le dije que le enseñaría sin pedir nada a cambio. Le dije que desmantelaría la carlinga para montar los mandos dobles y todo a cambio de nada.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Para qué?

—O lo que fuera. La idea era que eligiese él. Que tomase un Scout Experimental, si quería, y yo cogería un Armstrong F. K. 8, e incluso un F. E. 2, y que me lo cepillaba en el cielo en un visto y no visto. Que lo iba a dejar tan clavado en tierra que iba a tener que hacer el pino para poder tragar un buche de agua.

Dos veces hablamos: aquella primera vez y la última.

—Bueno, pues se ve que has hecho algo aún mejor —le dije la última vez.

Apenas le quedaban dientes entonces, y no se le entendía muy bien al hablar, y eso que nunca se le dio bien hablar de nada, un hombre que vivió y murió siendo dueño tal vez de doscientas palabras.

—¿Mejor que qué? —dijo.

—Dijiste que lo ibas a borrar del cielo. Pero no has hecho eso, has hecho algo aún mejor. Lo has echado a patadas. No se le volverá a ver el plumero por todo el continente europeo.

Creo haber dicho que era invulnerable. El 11 de noviembre de 1918 no pudo acabar con él, no pudo condenarle a engordar año tras año, sentado tras la mesa de un despacho, con lo que fue algo endurecido, y flaco, y que de inmediato fue entrando en penumbra, aturdido, traicionado, porque para ese día ya llevaba casi seis meses muerto.

Lo mataron en julio, pero hablamos aquella segunda vez, la otra vez anterior. Esta última vez fue una semana después de que aterrizase la patrulla vespertina e informase de la caída de Cambrai, una semana después de que oyésemos caer las bombas en Amiens. Me lo contó él mismo, desdentado como estaba. Despegó toda la escuadrilla entera. Él abandonó su ruta de vuelo tan pronto llegaron al trecho por donde se había roto el frente, y volvió pilotando su avión hasta Amiens con una botella de coñac en la pernera del mono de piloto. Estaban evacuando Amiens, las carreteras llenas de camiones y carretas cargados con enseres domésticos, de ambulancias del hospital de campaña; estaba prohibida la entrada en la ciudad y en los terrenos colindantes.

Aterrizó en un prado apenas practicable, con muy poco espacio. Dijo que había una vieja que trabajaba en el campo al otro lado del canal (dijo que seguía estando allí cuando regresó una hora después, terqueando agachada entre las filas de hortalizas, bajo el aire húmedo de la primavera, sacudido a intervalos lentos, monstruosos, por el estruendo de las bombas que caían en la ciudad) y una ambulancia ligera, detenida a mitad de camino, en la cuneta.

Fue hacia la ambulancia. El motor aún estaba en marcha. El conductor era un joven con gafas. Parecía un estudiante y estaba más borracho que una cuba, medio espatarrado fuera de la cabina. Sartoris le pegó un lingotazo a su botella y trató de despertar al conductor, pero en vano. Bebió otro buen trago (imagino que para entonces ya iba bastante puesto; me contó que esa misma mañana, cuando Spoomer se marchó en el coche y él encontró al perro y lo vio tomar la carretera de Amiens, intentó que el oficial que estaba al mando de las operaciones le permitiera abstenerse de patrullar, mientras el oficial de operaciones le dijo que la escuadrilla La Fayette lo esperaba en la meseta de Santerre), introdujo al conductor en la ambulancia y se puso al volante para llegar a Amiens.

Dijo que el cabo del ejército francés bebía de la botella en un portal cuando

pasó por delante y detuvo la ambulancia frente al cafetín. La puerta estaba cerrada. Se ventiló del todo la botella de coñac y echó abajo la puerta del cafetín de un empujón, como hacen cuando juegan al fútbol americano, cargando con el hombro. Entró. Estaba desierto. Los bancos, taburetes y mesas estaban volcados, ni una sola botella en los estantes, y dijo que al principio ni siquiera supo a qué había ido, así que pensó que debía de ser por las ganas que tenía de beber. Encontró una botella de vino bajo el mostrador y partió el cuello de un golpe contra el canto, y dijo que allí se quedó plantado, viéndose en el espejo que había detrás de la barra, tratando de recordar a qué había ido. «Estaba como loco», dijo.

Cayó entonces el primer obús. Me lo imagino: él allí de pie, en una sala silenciosa, apacible, maloliente, con la puerta vencida de un empujón, la ciudad meditabunda y a la espera algo más allá, y entonces le llegó ese sonido lento, sin prisa, reverberante, que taladra el aire espeso de la primavera como una mano posada sin premura en el húmedo silencio; dijo que el polvo o la arena o el yeso, lo que fuera, se espolvoreó por alguna parte, susurrando en un tenue cuchicheo, y que un gato grande y delgado saltó por encima del mostrador en perfecto silencio y voló hasta el suelo, para esfumarse acto seguido como el mercurio sucio.

Vio entonces la puerta cerrada tras el mostrador y se acordó de lo que le había llevado allí. Dio la vuelta al mostrador. Supuso que la puerta también estaría cerrada, y agarró el pomo y tiró con toda su fuerza. No estaba cerrada con llave. Dijo que pegó un portazo contra los estantes y que hizo un ruido como el de un disparo, que le llevó a dar un respingo. «Me di de cabeza contra el mostrador —dijo—. A lo mejor después me quedé un poco grogui».

Fuera como fuese, se sostuvo en pie sujetándose a la puerta, mirando a la vieja. Estaba sentada en el último peldaño, con el delantal por encima de la cabeza, meciéndose de delante atrás. Dijo que llevaba bastante limpio el delantal, que se movía como el pistón de un motor y que él se quedó en la puerta, quieto, babeando un poco.

—Madame —le dijo. La vieja seguía meciéndose. Él se enderezó con cuidado y se inclinó a tocarle el hombro—. Toinette —dijo—. Où est-elle, Toinette?

Es probable que ése fuera todo el francés que sabía; eso, junto con el añadido de *vin*, sumado a sus 196 palabras en inglés, componía todo su vocabulario.

La vieja tampoco le respondió. Se mecía de delante atrás como si fuese un juguete de cuerda. Pasó con cuidado por encima de ella y subió la escalera. Había

una segunda puerta en lo alto de la escalera. Se detuvo allí, aguzó el oído. Se le llenó la garganta de un líquido caliente, salado. Escupió babeando; se le volvió a llenar la boca. Esa otra puerta tampoco estaba cerrada con llave. Entró sin hacer ruido. Dentro vio una mesa y en ella una gorra de color caqui con la insignia en bronce del Ejército del Aire, y allí de pie, babeando, en la puerta, el perro saltó desde el rincón más alejado de la ventana, y mientras el perro y él se escrutaban mutuamente por encima de la gorra el estruendo del segundo obús llegó apagado y monstruoso a la habitación, agitando las cortinas lacias de la ventana.

Al dar la vuelta a la mesa, el perro también se movió, de modo que la mesa se interpusiera entre ambos, mirándolo en todo momento. Procuraba no hacer ruido, pero golpeó la mesa al pasar (tal vez mientras miraba al perro) y contó que al llegar a la puerta frontera y ponerse al lado con la respiración contenida, babeando, oyó el silencio en la habitación contigua.

—Maman? —dijo una voz.

Dio una patada contra la puerta y luego cargó de un empujón como en el fútbol americano, atravesando la puerta y todo. La muchacha dio un chillido. Pero él dijo que no llegó a verla, que nunca llegó a ver a nadie. Tan sólo oyó el chillido al caer a cuatro patas en la otra habitación. Era un dormitorio; en uno de los rincones había un armario ropero enorme, de dos puertas. El armario estaba cerrado, la habitación parecía desierta. No se dirigió al armario. Dijo que se limitó a seguir donde estaba, a cuatro patas, babeando como una vaca, escuchando apagarse la reverberación del tercer obús, viendo las cortinas abombarse hacia el interior como si alguien respirase tras ellas.

Se puso en pie. «Aún estaba grogui —dijo—. Y me imagino que el coñac y el vino se me habían revuelto en las tripas». Yo diría que sí, seguro. Había una silla, y encima unos pantalones bien doblados, y una guerrera con el ala, distintivo del observador, y dos condecoraciones, y un cinturón reglamentario. Ya de pie, mirando la silla, le llegó el estruendo del cuarto obús.

Recogió las prendas. La silla cayó de costado y la apartó de una patada, escabulléndose pegado a la pared hacia la puerta destrozada, para pasar a la primera habitación y recoger la gorra de la mesa. El perro ya no estaba.

Salió al rellano. La mujer seguía sentada en el último peldaño con el delantal por encima de la cabeza, meciéndose de delante atrás. Él permaneció en lo alto de la escalera, aguantando, esperando a escupir.

—Que faites-vous en haut? —oyó decir a una voz que le llegó de abajo.

Desde allí vio el rostro alzado, con bigote, del cabo francés con el que se había cruzado por la calle, el que bebía de la botella. Se miraron unos instantes.

—Descendez —dijo el cabo, e hizo un gesto perentorio con el brazo. Sujetando las prendas en una mano, Sartoris se apoyó con la otra en el pasamanos y saltó por encima.

El cabo se hizo a un lado. Sartoris siguió a la carga, dejándolo atrás, dándose contra la pared y golpeándose de nuevo la cabeza, un golpe que le sonó a hueco. Al ponerse en pie y darse la vuelta, el cabo le asestó una patada intentando darle en la pelvis. Volvió a soltarle una patada. Sartoris dio con el cabo por tierra; quedó tendido boca arriba, con el incómodo capote, buscándose algo en el bolsillo y lanzando una nueva patada a la entrepierna de Sartoris. El cabo entonces liberó la mano y disparó a quemarropa contra Sartoris, con una pistola de cañón corto.

Sartoris saltó sobre él sin darle tiempo a disparar de nuevo, pisoteando la mano con que empuñaba el arma. Dijo que notó los huesos del otro bajo la bota, y que el cabo se puso a chillar como una mujer tras el bigote de bandolero. Eso fue lo que le hizo gracia, dijo Sartoris, que ese sonido llegase de detrás de un bigotazo como el de un pirata de opereta. Y dijo que le puso fin sujetando al cabo con una mano y descargándole con la otra un puñetazo en el mentón hasta que ya no lo oyó. Dijo que la vieja no había dejado de mecerse en ningún momento bajo el delantal almidonado. «Como si se hubiese vestido de domingo a la espera del saqueo y la rapiña», dijo.

Recogió las prendas. En el bar dio otro trago a la botella y volvió a mirarse en el espejo. Vio entonces que sangraba por la boca. Dijo que no supo si se había mordido la lengua al saltar el pasamanos de la escalera o si se había cortado con el cuello partido de la botella. Se la terminó y la arrojó al suelo.

Dijo que no supo entonces qué se proponía hacer. Dijo que ni siquiera se dio cuenta de nada cuando sacó a rastras de la ambulancia al conductor inconsciente y lo vistió con los pantalones y la gorra y la guerrera condecorada del capitán Spoomer, antes de volver a echarlo dentro de la ambulancia.

Recordaba haber visto un polvoriento recado de escribir detrás del mostrador. Fue a buscarlo y encontró en un bolsillo del mono de piloto un trozo de papel, una factura que le había emitido ocho meses atrás un sastre de Londres, y

apoyado sobre el mostrador, babeando, entre un escupitajo y otro, anotó al dorso del papel el nombre del capitán Spoomer, su número de escuadrilla, su aeródromo, para colocar el papel en el bolsillo de la guerrera, debajo de las condecoraciones y el ala, y volver al volante de la ambulancia hasta el campo en que había dejado su avión.

Había un batallón del Cuerpo Armado de Australia y Nueva Zelanda apostado junto a la carretera. Dejó con ellos la ambulancia y dentro a su pasajero durmiente, y cuatro de los soldados le ayudaron a poner el motor en marcha y a sujetar las alas para el apurado despegue.

Regresó al frente. Dijo que no recordaba ni siquiera haber llegado allí; dijo que lo último que recordaba era a la anciana en el campo, y que de pronto se encontró en medio del fuego de artillería, volando tan bajo que percibía los impactos en el aire, entre sus alas y la tierra, y distinguía los rostros de los soldados. Dijo que no llegó a saber qué tropas eran, si suyas o nuestras, y que de todos modos las castigó ametrallándolas. «Porque nunca he sabido yo que un hombre en tierra haya sido herido por un avión —dijo—. Bueno, sí; lo retiro. Una vez, en Canadá, un agricultor que labraba en medio de un campo de mil acres de extensión. Un cadete que se le estrelló encima».

Luego volvió a la base. En el aeródromo le dijeron que había pasado volando entre dos hangares, en vuelo rasante, despacio, tanto que vieron las válvulas de las dos ruedas, y que tras rodar por la pista levantó de nuevo el vuelo. El sargento de artillería me contó que ascendió en vertical hasta calar el motor, y que mantuvo el Camel en vuelo invertido. «Estaba mirando al perro —dijo el sargento—. Había vuelto una hora antes y estaba detrás del comedor, escarbando en el cubo de la basura». Dijo que Sartoris cayó en picado hacia el perro y que trazó un *loop* con dos giros y de nuevo puso el aparato en ascenso vertical, librando por poco un ala y en todo momento en vuelo invertido. El sargento dijo luego que probablemente no dio entrada suficiente al aire en el motor, porque a cien pies de altura el motor dijo basta, y en vuelo invertido Sartoris atravesó las copas de los dos únicos álamos que habían dejado sin talar.

El sargento dijo que salieron corriendo hacia la humareda, hacia el amasijo de cables y madera. Antes de que la alcanzaran, el perro salió trotando de detrás del comedor de los soldados. Dijo que el perro fue el primero en llegar y que vieron a Sartoris a cuatro patas, vomitando, mientras el perro lo miraba. El perro se acercó y husmeó el vómito, y Sartoris se puso en pie y, en precario equilibrio, le dio una patada sin fuerza, pero con toda intención, salvaje.

VI

El conductor de la ambulancia, con el uniforme de Spoomer, fue devuelto al aeródromo por orden del capitán de los australianos y neozelandeses. Lo acostaron, y seguía durmiendo a pierna suelta cuando el general de brigada y el comandante del Ala llegaron por la tarde. Allí seguían cuando una carreta tirada por una pareja de bueyes apareció en el aeródromo y se detuvo. Sentado sobre las jaulas de alambre llenas de gallinas iba Spoomer con una falda de mujer y un echarpe de punto. Al día siguiente Spoomer regresó a Inglaterra. Nos enteramos de que iba a ser coronel interino en una academia de vuelo.

—Eso al perro le gustará —dije.

—¿Al perro? —dijo Sartoris.

—Allí tendrá mejor comida —dije.

—Ah —dijo Sartoris. Lo habían rebajado a subteniente por incumplimiento del deber al entrar en una zona prohibida con un aparato que era propiedad del Gobierno que, por añadidura, dejó sin vigilancia, y fue trasladado a otra escuadrilla, a una que hasta los pilotos de los F. E. 2, que eran ingobernables, llamaban «la Lavandería».^[70]

Esto sucedió la víspera de su partida. No le quedaba ni un diente en su sitio y pidió disculpas por lo mal que hablaba, aunque tampoco sabía hablar cuando tenía la boca intacta.

—Lo bueno —dijo— es que es otra escuadrilla de Camels. Es para morirse de risa.

—¿Para morirse de risa? —dije.

—Es que a mí montarlos no se me da mal. Sé aguantarme con la ametralladora en ristre y mantener las alas niveladas de vez en cuando. Pero no sé pilotar un Camel. Para aterrizar a los mandos de un Camel hay que aflojar la válvula de aire y dejar que se vaya posando. Cuentas hasta diez, y si no te esnafras es que puedes enderezar. Y si te puedes poner de pie y echar a andar, es que has

tenido un buen aterrizaje. Y si luego ese trasto se puede volver a usar, eres un as. Pero eso no tiene ninguna gracia.

—¿El qué?

—Los Camels. Lo bueno del caso es que ésta es una escuadrilla de vuelo nocturno. Supongo que estarán todos en la ciudad y que no vuelven hasta que es de noche para despegar. Me han enviado a una escuadrilla de vuelo nocturno. Por eso es para morirse de risa.

—No me reiría yo —dije—. ¿No hay nada que se pueda hacer para remediarlo?

—Claro. Accionar la dichosa válvula del aire como es debido y no estrellarte. Impedir la colisión y que no revienten los indicadores de posición. Eso es pan comido. Basta con pasar la noche entera volando, apagar los indicadores y tomar tierra cuando amanece. Por eso me muero de risa. Yo ni siquiera sé pilotar un Camel en pleno día. Y ellos no tienen ni idea.

—De todos modos, lo has hecho mejor de lo que prometiste —dije—. Lo has echado a patadas. No se le volverá a ver el plumero por todo el continente europeo.

—Sí —dijo—. Eso sí que tiene gracia. Ha tenido que volver a Inglaterra, en donde no queda un solo hombre. Mira tú cuántas mujeres, sin un solo hombre entre dieciocho y ochenta que le eche una mano. Es para morirse de risa.

VII

Cuando llegó julio, yo seguía en las oficinas del Ala, todavía acostumbándome a la pierna ortopédica y sentado ante una mesa con unas tijeras, un tarro de cola y otro de tinta roja, y los sobres finos, delgados, unos manchados y otros limpios, que iban llegando en tandas periódicas, sobres destinados a ciudades y aldeas y a veces a lugares que no eran siquiera aldeas, repartidos por toda Inglaterra, cuando un día me encontré con dos dirigidos a la misma persona, al mismo lugar de Estados Unidos: una carta y un paquete. Primero me ocupé de la carta. No indicaba ni lugar ni fecha.

Querida Tía Jenny:

Sí, recibí los calcetines que me hizo Elnora. Están muy bien, porque se los di a mi ordenanza y dice que le sientan muy bien. Sí, aquí estoy mejor que en donde estaba, ésta es buena gente, lo único malo son los dichosos Camels. No dejo de ir a la iglesia, con eso cumplo aunque no siempre hay iglesia. A veces sí hay servicios para los mecánicos, porque supongo que un mecánico tiene esa necesidad, pero yo suelo estar muy liado los domingos, aunque calculo que voy lo suficiente. Dile a Elnora que muchas gracias por los calcetines, que están muy bien, aunque a lo mejor es mejor que no le digas que los regalé. Saluda de mi parte a Isom y a los otros negros y al Abuelo le dices que me ha llegado el dinero sin problemas pero que la guerra es cara que no veas.

Johnny

Claro está que no son los Mambrús de turno los que hacen las guerras, digo yo. Supongo que para hacer una guerra demasiadas palabras hacen falta. Puede que sea por eso.

El paquete iba dirigido, como la carta, a la señora Virginia Sartoris, de Jefferson, Mississippi. ¿Qué demonios se le habrá ocurrido enviarle, me dije? No me lo imaginaba eligiendo un regalo para una mujer residente en el extranjero, escogiendo una de esas bagatelas que algunos hombres saben escoger con una especie de tacto infalible. El suyo sería, si es que algo se le había ocurrido enviar, el mango de una manivela o, a lo mejor, unas cuantas bielas rescatadas de un aparato enemigo que se hubiera estrellado. Así que abrí el paquete. Y me quedé pasmado viendo el contenido.

Contenía un sobre con una dirección escrita, unos cuantos papeles arrugados, con los cantos doblados o rotos, un reloj de pulsera con la correa rígida, embadurnada de un líquido oscuro, seco, unas gafas de aviador a las que les faltaba un cristal, una hebilla de un cinturón de plata con un anagrama. Eso era todo.

No me hizo falta leer la carta. No tuve por qué ver el contenido del paquete, pero quise verlo. No quise leer la carta, pero tenía que hacerlo.

... Escuadrón de la R. A. F., Francia,

5 de julio de 1918

Mi querida señora:

Es mi deber comunicarle que su hijo fue abatido y murió ayer por la mañana. Lo derribaron cuando volaba en cumplimiento del deber tras las líneas enemigas. No fue por un descuido, ni por impericia. Era un hombre bueno. Las unidades de la aviación enemiga eran en ese momento más numerosas, y disponían de mayor altitud y velocidad, como suele ser nuestro infortunio aunque no sea culpa del Gobierno, que nos suministraría máquinas mejores si las tuviera, aunque eso no le sirva a usted de consuelo. Otro de los nuestros, el señor R. Kyerling, se encontraba mil pies más abajo porque su hijo pasó demasiado tiempo en el hangar y la semana pasada instalaron un motor nuevo en su aparato. El avión de su hijo se incendió en menos de diez segundos al decir del señor Kyerling, y saltó del aparato porque volaba en ese momento de lado, en descenso, y era seguro, hasta que el enemigo tiroteó el estabilizador y los controles y entró en barrena. Me entristece mucho enviarle esta penosa noticia, aunque tal vez le consuele saber que se le enterró con el concurso de un presbítero. El resto de sus efectos personales se le enviarán más adelante.

Atentos saludos,

C. Kaye, comandante

Se le dio sepultura en el cementerio que hay al norte de Saint Vaast, pues tenemos la esperanza de que no vuelva a ser bombardeado, ya que tenemos la esperanza de que esto acabe pronto, según nuestro capellán, puesto que eran dos Camels y siete los enemigos, esta vez nos tocó a nosotros.

C. K., com.

El resto de los papeles eran cartas de su tía abuela, no muchas, no muy largas. Desconozco por qué las había conservado, pero así fue. Acaso las hubiera olvidado, como olvidó la factura del sastre londinense que encontró en su mono de piloto aquel día de primavera en Amiens.

... y deja en paz a esas mujeres extranjeras. Yo he pasado ya una guerra y sé cómo se comportan las mujeres en la guerra, incluso con los yanquis. Y un granuja como tú, que no sirve para nada...

Y esta otra:

... creemos que va siendo hora de que vuelvas a casa. Tu abuelo se va haciendo viejo, y no parece que alguna vez se vaya a terminar esa guerra allá tan lejos. Así que vuelve a casa. Ahora hasta los yanquis se han metido en ese fregao. Que peleen ellos si quieren. Esa guerra es suya, no tiene nada que ver con nosotros.

Y eso es todo. Eso es. La valentía, la temeridad, llámesele como se quiera llamar, es un destello, un instante de sublimación, y ¡zas! La negrura de siempre. Por eso, es por eso. Es demasiado fuerte para consumirlo continuamente. Y si se consumiera continuamente no sería un destello, un resplandor. Por eso, porque es momentáneo, se puede preservar y perpetuar sólo en el papel: una imagen, unas cuantas palabras escritas que en cualquier momento, con un fósforo y una llama inofensiva que cualquier chiquillo puede prender, pueden desaparecer en el acto. Una astilla de madera, dos centímetros de largo, con una punta embadurnada de fósforo, es más larga que la memoria o el dolor; una llama no mayor que una moneda de seis peniques contiene más ferocidad que la valentía o la desesperación.

[*]

V
LA TIERRA INTERMEDIA

Wash

Sutpen estaba de pie ante el jergón en que yacían la madre y su criatura. Entre la tablazón alabeada y encogida de la pared, los primeros rayos del sol se filtraban y entraban en largas pinceladas que iban a dar contra sus piernas bien separadas, contra la fusta de montar que empuñaba, y sobre la silueta inmóvil de la madre, que estaba tendida mirándole con ojos calmos, inescrutables, huraños, la criatura a su lado, envuelta en una especie de tela deslucida, aunque limpia. Tras ellos, una negra se acuclillaba junto al toscolar en el que ardía sin llama un fuego exiguo.

—Bueno, Milly. Pues lástima que no seas una yegua. Así podría darte una cuadra decente en el establo.

La muchacha en el jergón siguió sin mover un dedo. Se contentó con mirarle desde el suelo sin expresión, con un rostro juvenil, huraño, inescrutable, pálido aún tras los recientes dolores del parto. Sutpen cambió de sitio, introduciendo en las pinceladas astilladas de luz solar el rostro de un hombre de sesenta años.

—*Griselda* ha parido esta noche —dijo en voz queda a la negra acuclillada.

—¿Yegua o caballo? —dijo la negra.

—Caballo. Un potrillo que da gusto verlo. Y aquí... ¿qué ha sido? —señaló el jergón con la mano en que empuñaba la fusta.

—Ésa es yegua, digo yo.

—Ja —dijo Sutpen—. Un potrillo que da gusto verlo. Será la viva imagen de *Rob Roy*, con el que monté al ir al Norte en el 61. ¿Te acuerdas?

—Sí, amo.

—Ja —volvió a mirar el jergón. Nadie hubiera sido capaz de precisar si la muchacha aún lo miraba o no. Con la fusta señaló el jergón—. Haz todo lo que necesiten con lo que tengas para hacerlo —salió atravesando la puerta

desbarajustada al trecho invadido por las malas hierbas (aún estaba apoyada en un rincón del porche, herrumbrosa, la hoz que Wash le pidió prestada tres meses antes para cortarlas) donde esperaba su caballo, al que Wash sujetaba por la brida.

Cuando el coronel Sutpen marchó a caballo para luchar contra los yanquis, Wash no le acompañó. «De la parcela del coroné y de sus negros mocupo yo», decía a todo el que le preguntase y a más de uno de los que no preguntaban nada, un hombre enclenque, lastrado por la malaria, de ojos claros, interrogantes, que tenía todas las trazas de rondar los treinta y cinco, si bien se sabía que no sólo tenía una hija sino también una nieta de ocho años. Era mentira, como sabía la mayor parte de aquellos a quienes se lo contó, los pocos hombres restantes, entre dieciocho y cincuenta años, aunque algunos había convencidos de que él realmente estaba convencido de que así era, si bien incluso éstos creían que no era tan insensato como para demostrarlo ni menos aún ponerlo a prueba con la señora Sutpen o con los esclavos de Sutpen. Sensatez tendría, o tal vez fuera pereza, o haraganería o desgana a la hora de la demostración, decían los demás, a sabiendas de que la única relación que lo asociaba con la plantación de Sutpen se debía al hecho de que desde años atrás el coronel Sutpen le había permitido ocupar una desbarajustada cabaña en un remanso cenagoso del río, dentro de la parcela de Sutpen, que éste había construido a modo de cabaña para pescar en sus tiempos de soltero, y que desde aquel entonces había caído en un completo deterioro por falta de uso, de modo que ahora parecía un animal envejecido o enfermo que se arrastrase atterradoramente hasta la orilla para abreviar en el momento de morir.

Los propios esclavos de Sutpen estaban enterados de esta afirmación. Se le reían a la cara. No era la primera vez que se rieron de él y lo llamaron escoria blanca a su espalda. Comenzaron a hacerle preguntas cuando estaban en grupo, saliéndole al paso por el camino que enlazaba el remanso con el viejo campamento de pesca.

—A ve, ¿y tú por qué nas ío a la guerra, blanco?

Hacía un alto, miraba el corro de rostros negros y ojos y dientes blancos tras los que rondaba la irrisión.

—Pues porque tengo hija y familia de las que cuidar —decía—. ¡Fuera de mi camino, negros de mierda!

—¿Negros? —coreaban—. ¿Negros? —se reían—. ¿Y quién es ese pelao pa llamarnos negros?

—Desde luego... —decía él—. Si me fuera, no dejaría yo el cuidado de los míos en manos de unos negros.

—Ni ná más tiene ése que la cabaña de abajo, donde el coroné no nos iba a dejá viví a ninguno de nosotros.

Los maldijo en esa ocasión. A veces se abalanzaba contra ellos enarbolando el primer palo que encontrase por tierra y ellos evitaban por muy poco la acometida, aunque parecieran rodearle aún con sus risas de negros, carcajadas de irrisión y desprecio, inalcanzables, dejándole jadeando, impotente, rabioso. Una vez sucedió en la trasera misma de la casa grande. Fue después de que llegaran las noticias aciagas de los montes de Tennessee y de Vicksburg, después de que Sherman pasara por la plantación y la mayoría de los negros se marchasen tras él. Prácticamente todo lo demás se lo llevaron las tropas federales, y la señora Sutpen mandó a Wash aviso de que podía quedarse con las uvas moscateles que estaban ya maduras en el emparrado de la parte de atrás. Esta vez fue una de las criadas de la casa, una de las pocas negras que quedaron; esta vez la negra tuvo que retroceder por las escaleras de la cocina, y allí se dio la vuelta.

—Quieto donde estás, blanco. Quieto justo ahí donde estás. Tú no has subido esta escalera mientras estuvo aquí el coroné, y ahora ni se te ocurra pensar que puedes.

Era cierto. Pero también había una especie de orgullo: él nunca intentó entrar en la casa grande, por más que creyese que, de haberlo hecho, Sutpen le habría recibido, le habría franqueado el paso.

«Bien, pero no pienso yo dar a ninguna negra como tú la ocasión de decirme que no puedo ir a donde me dé la gana —se dijo—. No pienso dar al coroné la ocasión de maldecir a una negra por mí». Y lo pensó por más que Sutpen y él hubieran pasado más de una tarde juntos, en los contados domingos en que no había nadie más en la casa. Quizá en el fondo supiese que era porque Sutpen no tenía otra cosa que hacer, siendo un hombre que no era capaz de soportarse sin la compañía de otro. Sin embargo, seguía siendo cierto que los dos pasaron tardes enteras bajo la parra en que maduraban las uvas moscateles, Sutpen en la hamaca y Wash en cuclillas, apoyado contra uno de los postes, un pozal de agua de la cisterna entre los dos, tomando vaso a vaso de lo mismo, de la misma damajuana. Entre tanto, en los días laborables veía la fina estampa de aquel caballero: eran de la misma edad, casi nacidos el mismo día, aunque ninguno de los dos (acaso porque Wash tenía una nieta, y el hijo de Sutpen aún era un joven estudiante) lo creyó

nunca, y lo veía con su fina estampa a lomos del semental negro galopar por la plantación. En ese instante su corazón se aquietaba y se henchía de orgullo. Le daba la sensación de que ese mundo en el que los negros, de los que la Biblia afirmaba que fueron creados y maldecidos por Dios, condenados a ser bestias de carga y vasallos de todos los hombres de piel blanca, se encontraban mejor y gozaban de mejores viviendas e incluso de vestimenta mejor que él y los suyos, ese mundo en el que siempre percibía en derredor los ecos burlones de la risa de los negros, no era sino sueño e ilusión, y que el verdadero mundo era en cambio ese otro, a través del cual su personal, solitaria apoteosis parecía galopar en el purasangre negro, pensando en que la Biblia decía también que todos los hombres fueron creados a imagen y semejanza de Dios, y que por tanto todos los hombres daban la misma imagen a ojos de Dios, y así pudo decir, como si de sí mismo hablase, «un caballero de fina estampa, con orgullo: si Dios mismo bajase a recorrer esta tierra como es, así es como querría aparecerse».

Sutpen regresó en 1865 a lomos del semental negro. Parecía haber envejecido diez años al menos. Su hijo había muerto en acto de servicio durante el mismo invierno en que murió su esposa. Regresó con una mención al valor escrita de puño y letra del general Lee y regresó a una plantación que estaba en la ruina, en la que durante todo un año su hija subsistió gracias en parte al exiguo haber del hombre al que quince años antes él dio permiso para vivir en aquel destartado campamento de pesca, cuya existencia misma él había olvidado en su día. Wash acudió a recibirle a su regreso, y salió a su encuentro igual que siempre: aún enjuto, aún sin edad definida, con su mirada clara, interrogativa, su aire de desconfianza, su punto de servilismo, su aire de familiaridad.

—Bueno, coroné: a lo mejor nosandao una buena tunda, pero entoavía no nosan matao, ¿eh?

De ese tenor fue la conversación entre ambos durante los cinco años siguientes. Era un whisky de mala calidad el que bebían juntos, servido de un caneco de barro, y no era en el emparrado de las uvas moscateles. Era en la trastienda del tenducho que Sutpen se las apañó para montar en el camino de más paso: un cuartucho de tablones, con sus estantes, donde Wash hacía de mozo y dependiente, y vendía queroseno y provisiones elementales y pirulíes rancios, de colores llamativos, y abalorios de medio pelo y cintas de encaje, a los negros o a los blancos depauperados o a los que eran como Wash, que hasta allí se llegaban a pie, o en unas mulas que estaban en los huesos, resueltos a regatear hasta el tedio por cantidades despreciables y con un hombre que en sus buenos tiempos pudo recorrer al galope (el semental negro aún vivía; el establo en donde apacentaba a su

progenie, tan bien cuidada, estaba en mejores condiciones que la casa misma en que vivía el amo) al galope diez millas en cualquier dirección sin cruzar la linde de su fértil propiedad, y que en la batalla había encabezado la carga de sus tropas con valentía, hasta la hora en que Sutpen, enfurecido, cerraba el tenderete y atrancaba las puertas a cal y canto por dentro. Entonces recalaban Wash y él en la trasera, con el caneco. Pero las charlas entre ellos ya no eran sosegadas, como lo eran cuando Sutpen se tumbaba en la hamaca y largaba sus arrogantes monólogos, mientras Wash se acucillaba junto al poste y soltaba risotadas. Ahora, los dos tomaban asiento, aunque Sutpen se sirviera de la única silla disponible y Wash recurriese a cualquier caja o barril que le quedara a mano, y sólo durante un rato, puesto que no tardaba Sutpen en alcanzar la fase de furia impotente de quien no se da por derrotado, en la cual se ponía en pie tambaleándose y acaso desplomándose, y juraba que volvería a empuñar su pistola, a montar el negro semental, y cabalgaría sin compañía de nadie hasta Washington para pegarle un tiro a Abraham Lincoln, que ya estaba muerto, y a Sherman, que era ya un ciudadano particular.

—¡A matarlos! —gritaba—. ¡Acabaré con ellos, que son unos perros sarnosos!

—Claro, coroné; claro que sí, coroné —replicaba Wash, y sujetaba a Sutpen en el momento en que iba a desplomarse—. ¡Acabe con toasa chusma!

Luego daba el alto a la primera carreta que acertara a pasar por allí, o a falta de eso recorría a pie una milla entera, hasta la casa del vecino más cercano, para pedirle la suya prestada y regresaba para recoger a Sutpen y llevarlo a su casa. Ahora ya entraba en la casa. Llevaba mucho tiempo haciéndolo, llevando a Sutpen a su casa en la carreta que fuera, hablándole durante el trayecto, engatusándole con murmullos y halagos, hasta que lograba que entrase en cintura y se moviera por sí solo, igual que si fuera un caballejo, o un negro semental. La hija salía a recibirlos y les sujetaba la puerta abierta sin decir palabra. Wash cargaba con el peso al atravesar la que en tiempos fuese una puerta de un recibidor suntuoso, pintada de blanco, rematada por una lucerna en forma de abanico, importada cristal a cristal de Europa, que ahora cubría un tablón claveteado allí donde faltaba un cristal, y la alfombra de terciopelo, que había perdido todo su apresto, y al subir las anchas escaleras, que ya no eran sino sombra en decadencia de tablonos pelados entre dos franjas de pintura deslucida, llevándolo al dormitorio. Caía ya la noche, y dejaba caer la carga de cualquier manera sobre la cama, y la desvestía, y tomaba asiento en una silla. Al cabo de un rato acudía la hija a la puerta.

—Ahora ya estamos bien —le decía—. Usté no se preocupe por nada, señorita Judith.

Oscurecía del todo, y pasado un rato se tendía en el suelo, junto a la cama, aunque no a dormir, porque al cabo de un tiempo —a veces antes de la medianoche— el hombre que ocupaba la cama se agitaba y gemía y hablaba.

—¿Wash?

—Aquí me tiene, coroné. Vuélvase a dormir. Entoavía no nos han liquidao, ¿eh? Usté y yo aún podemos con ellos.

Ya entonces había visto la cinta con que se ceñía su nieta la cintura. Quince años tenía y ya era mocita en sazón, con la precocidad con que suelen las de su tipo. Sabía de dónde había salido esa cinta; a lo largo de tres años se la había visto a diario junto con otras chucherías por el estilo, aun cuando ella hubiese mentido al relatar de dónde la sacó, cosa que no hizo, por ser a un tiempo osada, huraña y temerosa.

—Pos claro —dijo—. Si el coroné te la quiere regalá, espero que al menos layas dao las gracias.

Tenía el corazón tranquilo, lo tuvo incluso cuando vio el vestido y observó el rostro con que guardaba el secreto, desafiante y temeroso, cuando ella le contó que la señorita Judith, la hija, le había ayudado a confeccionarlo. Pero adoptó un aire de rara seriedad cuando abordó a Sutpen después de que cerrase aquella tarde el tenderete, siguiendo al otro a la trastienda.

—Trae el caneco —ordenó Sutpen.

—Espere —dijo Wash—. Será sólo un minuto.

Tampoco negó Sutpen lo del vestido.

—¿Y qué hay con eso? —dijo.

Wash lo miró de frente a los ojos arrogantes y habló con voz queda.

—Mirusté: le conocío desde hace va pa veinte años. Aún no me negao nunca a hacer lo que me dice. Y paso de los sesenta. Y ella no es más cuna cría de quince.

—¿Me vas a decir que le he hecho daño? ¿Yo, un hombre ya tan viejo como tú?

—Así fuesusté otro hombre, diría yo que es tan viejo como yo. Y, viejo o no viejo, no la dejaría yo tener ese vestido, ni ná que viniera de sus manos. Perustés distinto.

—¿Distinto? ¿Qué quieres decir?

Sólo que Wash no respondió; únicamente le miró con ojos pálidos, interrogantes, sobrios.

—A ver —dijo Sutpen—, entonces... ¿por qué tienes miedo de mí?

La mirada de Wash ya no era de interrogación. Era de aplomo, de serenidad.

—Yo no le tengo miedo. Ustés valiente. No es que sea usted un valiente cundía o una hora o un minuto lo fuera y tenga un papel donde lo dice y lo firma de puño y letra el general Lee. Es que ustés valiente así como está vivo y coleando. Y ahí está la diferencia. Ninguna falta hace que nadie laya firmado nada que me lo diga, que yo lo sé bien. Y sé igual que lo mismo da qué toquen sus manos, igual da que sea un regimiento de hombres o una moza ignorante o un perro perdiguero, que meterá en cintura lo que toque.

Fue Sutpen quien alejó la mirada y se volvió bruscamente.

—Saca el caneco —dijo con voz tajante.

—Pos claro, coroné —dijo Wash.

Así que aquel domingo al alba, dos años después, tras ver a la partera negra, que había ido a buscar a pie, recorriendo a buen paso las tres millas, entrar por la puerta desquiciada tras la cual yacía entre gemidos su nieta, aún estaba su corazón en calma, aunque le reconcomiese la preocupación. Estaba al corriente de lo que se decía por ahí, los negros en sus cabañas por todo el terreno, los blancos que se pasaban el día entero haraganeando delante del tenderete, mirándolos en silencio a los tres: a Sutpen, a él mismo, a su nieta, con sus aires de descaro y desafío muy mermados a medida que su estado era día a día más evidente, como tres actores que deambulasen por un escenario. «Ya sé lo que se dicen unos a otros —pensó—. Casi les oigo decirlo: Wash Jones por fin ha puesto en su sitio al viejo Sutpen. Le ha costado veinte años, pero por fin le ha ajustado las cuentas al viejo Sutpen».

Faltaba todavía un rato para que amaneciera del todo. Desde la casamata, donde lucía débil la lámpara tras el marco alabeado de la puerta, la voz de su nieta

le llegaba con la constancia de un reloj, a la vez que sus pensamientos se frenaban aterrados, avanzando a tientas, pendientes a saber cómo del atronar de los cascos de los caballos al galope, hasta que a galope tendido se destacó de todo lo demás la fina y orgullosa estampa del hombre a lomos del fino y orgulloso corcel, y entonces aquello hacia lo cual avanzaba a tientas en sus pensamientos se destacó del mismo modo con total claridad, no a modo de justificación, ni de explicación siquiera, sino como apoteosis solitaria, explicable, inalcanzable y libre de toda la suciedad que pudiera producir el contacto del ser humano: «Él es más grande que todos los yanquis que mataron a su esposa y a su hijo, que le robaron a sus negros y arruinaron sus tierras; es más grande que todo este desgraciado país que se ha hecho a su medida y en pago del cual se ha encargado de llevar un tenducho en medio del campo, con el que se gana el pan y la sal; es más grande que todo escarnio y toda negación que se haya llevado a los labios, como el cáliz amargo del Libro. ¿Y cómo es posible que haya yo vivido a su lado por espacio de veinte años sin que me alcanzase ni me conmoviera ni me transformara? Acaso no sea yo tan grande como él, acaso no haya yo galopado. Pero al menos he sido arrastrado por dondequiera que haya ido él. Y entre él y yo aún podemos y siempre podremos, puesto que de ser así él me mostrará qué es lo que tiene en mente, qué pretende que yo haga».

Amaneció. De pronto acertó a ver la casamata y la vieja negra que lo miraba desde la puerta. Entonces cayó en la cuenta de que ya no se oía la voz de su nieta.

—Es una niña —dijo la negra—. Ya puede ir a decírselo si quiere —y volvió adentro.

—Una niña —se repitió—, una niña —con asombro, oyendo los caballos galopar, viendo destacarse de nuevo aquella figura orgullosa, desgajada del resto. Le pareció verla pasar de largo, al galope a través de los avatares que jalonaron la acumulación de los años, del tiempo, hasta el espléndido clímax en el que galopara ya sin fatiga y sin progreso, por y para siempre inmortal bajo el sable que blande en alto y las banderas desgarradas por los disparos que descienden en un cielo del color del trueno y del sulfuro, acaso pensando por vez primera en su vida que tal vez Sutpen fuese un viejo como él mismo. «Mira que tener una niña... —con ese asombro, y se sumó al asombro una sorpresa placentera y pueril—. Posí, señor. Que me aspen si no he vivido al fin y al cabo tanto que soy bisabuelo».

Entró en la cabaña. Lo hizo con torpeza, de puntillas, como si ya no viviese allí, como si la recién nacida que acababa de inspirar el aire y llorar a la luz lo hubiera desposeído, por más que fuese de su propia sangre. Ya entonces sobre el

jergón acertó a ver poco más que el óvalo borroso, el semblante exhausto de su nieta. Oyó a la negra acucillada junto al lar.

—Más le vale ir a decírselo si es que piensa ir. Sa hecho de día.

Pero esto no hizo falta. Le bastó con doblar la esquina del porche, el rincón en que estaba apoyada la hoz que le pidió en préstamo tres meses antes para desbrozar las malas hierbas que estaba pisando, cuando el propio Sutpen apareció a lomos del viejo corcel. Dio por hecho que por eso salió el otro tan temprano siendo un domingo, y esperó mientras el otro desmontaba, y tomó las riendas de la mano de Sutpen, con una expresión rayana en la imbecilidad en su rostro macilento, teñida por un deje triunfal y cansino.

—Es una niña, coroné —le dijo—. Que me aspen si no es usted tan viejo como yo.

Sutpen pasó por delante de él y entró en la casamata. Él se quedó plantado con las riendas en la mano y escuchó los pasos del otro al acercarse al jergón. Oyó lo que dijo Sutpen, y algo se detuvo en seco en su interior antes de seguir su camino.

Había salido el sol, el sol raudo de las latitudes de Mississippi, y le pareció hallarse bajo un cielo extraño, en un extraño paraje, familiar si acaso como son las cosas familiares en los sueños, en los sueños en que uno se precipita al vacío sin haberse asomado antes al abismo. «No puedo haber oído lo que creo haber oído —pensó con calma—. Sé que no es posible». Sin embargo, aquella voz, aquella voz familiar que pronunció aquellas palabras, seguía hablando ahora con la vieja negra, diciendo algo a propósito de un potrillo parido aquella misma mañana. «Por eso ha madrugado tanto —pensó—. Era por eso. No era ni por mí ni por los míos. Ni por los suyos iba a madrugar tanto».

Salió Sutpen. Bajó al trecho invadido por los hierbajos con una parsimonia que habría sido prisa cuando era joven. Aún no había mirado del todo a Wash.

—Dicey se va a quedar a cuidarla. Tú más vale... —y pareció reparar en que Wash se le había encarado, y calló—. ¿Qué?

—Usted ha dicho... —su voz al propio Wash le sonó átona, huidiza, como la de un sordo—. Usted ha dicho que si fuese yegua podría darle una cuadra decente en el establo.

—¿Y? —dijo Sutpen. Abrió mucho los ojos y los entornó, casi como un

hombre que flexionase y cerrase los puños, cuando Wash avanzó hacia él ligeramente encorvado. El mismísimo pasmo mantuvo a Sutpen inmóvil un momento, pendiente del hombre al que durante veinte años nunca vio hacer más movimiento que los que él le ordenase, al igual que el caballo que montaba. De nuevo abrió los ojos y los entornó; sin moverse, pareció que retrocediera y se irguiera del todo—. Atrás. Ni se te ocurra tocarme un pelo de la ropa, Wash —le dijo de manera tajante, imperiosa.

—Posí que le vía tocá, coroné —replicó Wash con esa voz átona, queda, casi amable, a la vez que avanzaba.

Sutpen alzó la mano con que empuñaba la fusta. La negra vieja asomó por la puerta desquiciada su jeta negra, de gárgola, de gnomo erosionado.

—¡Atrás, Wash! —dijo Sutpen. Le asestó un fustazo. La negra vieja bajó de un salto a los hierbajos, con la agilidad de una cabra, y huyó. Sutpen volvió a azotar a Wash en la cara, con lo que éste se hincó de rodillas. Cuando Wash se puso en pie y avanzó hacia él una vez más, sujetaba en ambas manos la hoz que tres meses antes pidió prestada a Sutpen, la hoz de la que Sutpen no volvería a tener necesidad.

Cuando volvió al interior de la casamata, su nieta se movió en el jergón y lo llamó en tono quejumbroso.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido el qué, cariño?

—Ese barullo de ahí fuera.

—No ha sido nada —dijo con bondad. Se arrodilló y le tocó la frente acalorada con torpeza—. ¿Quieres algo más?

—Un sorbo de agua —dijo con un gemido—. Llevo aquí tumbada un buen rato con ganas de beber agua, pero a nadie le importa, nadie me hace caso.

—Tranquila —dijo con ánimo de apaciguarla. Se puso trabajosamente en pie y fue en busca de la jarra del agua, que le acercó a los labios para que bebiera a la vez que le sujetaba la cabeza. La vio volverse hacia la criatura con un semblante absolutamente pétreo. Pero pasado un segundo se fijó en que lloraba en silencio.

—Ya, ya está —dijo—. No llores. La vieja Dicey dice que es una niña preciosa.

Todo irá bien. Ya ha pasado lo peor. No tienes que llorar, ¿eh?

Pero siguió llorando en silencio, casi con hosquedad, y él volvió a levantarse y permaneció incómodo junto al jergón, pensando lo mismo que pensó cuando vio así a su mujer, y luego a su hija: «Mujeres. Para mí, un misterio. Primero parece que los quieren, y cuando los tienen no hacen más que llorar. Un misterio. Para mí y para cualquiera». Se marchó y acercó una silla a la ventana, donde tomó asiento.

Durante toda la larga, luminosa, soleada mañana, estuvo sentado a la ventana, a la espera. De vez en cuando se ponía en pie y se acercaba de puntillas al jergón. Pero su nieta dormía, el rostro a la vez huraño y calmo y fatigado, la niña encajada en el brazo. Volvió a la silla a sentarse, a esperar, preguntándose por qué tardaban tanto, hasta que recordó que era domingo. Estaba allí sentado a media tarde cuando apareció por la esquina de la casamata un mozalbete blanco, casi un chiquillo aún, que dio un grito ahogado y miró despavorido e hipnotizado un instante a Wash, en la ventana, antes de darse la vuelta y salir corriendo. Wash se puso en pie y regresó de puntillas al jergón.

La nieta estaba despierta, tal vez por el grito del chico, aunque no lo hubiera oído.

—Milly —le dijo—, ¿tienes hambre?

No le contestó; apartó la cara al otro lado. Prendió el fuego en el lar y cocinó lo que había llevado a la casa el día anterior: tocino en salazón y unas tortas de maíz apelmazadas. Echó agua en la perola del café y la calentó. Pero ella no quiso probar bocado cuando le llevó el plato, así que se lo comió él en silencio, solo, dejando los platos como quedaron antes de volver a la ventana.

Le pareció percibir a los hombres que ya se congregaban con los caballos y los perros y las armas, los curiosos, los vengativos hombres cortados por el mismo patrón que Sutpen, los que se sentaban a su mesa en los tiempos en que Wash aún tenía que acercarse a la casa sin pasar del emparrado de uva moscatel, hombres que habían indicado el camino, que habían mostrado a otros de menos valentía cómo plantar batalla, cómo combatir, y que tal vez también poseyeran papeles firmados por los generales, en los cuales se dijera que habían estado entre los más destacados, entre los más valerosos, que habían galopado en los viejos tiempos, arrogantes y orgullosos con sus espléndidas monturas, por plantaciones espléndidas, símbolo también de admiración y esperanza, instrumentos también de la desesperanza y la pesadumbre.

A éstos contaba con ver y de éstos contaba con huir. Se le ocurrió que no tenía tanto de qué huir cuanto algo hacia lo cual huir. Si huyese, estaría escapando tan sólo de un cúmulo de sombras maliciosas, jactanciosas, para vérselas con otro igual, puesto que los hombres estaban todos cortados por el mismo patrón, todos en todas las tierras que había alcanzado a conocer, siendo él, por añadidura, demasiado viejo para huir, para llegar muy lejos. Nunca podría escapar de ellos; un hombre de más de sesenta años difícilmente iba a llegar lejos en su huida. No se alejaría lo suficiente para escapar de los límites de las tierras en que vivían aquellos hombres, en donde imponían el orden y el gobierno de los vivos. Acaso por vez primera en toda su vida comenzó a comprender cómo había sido posible que los yanquis o cualquier otro ejército les hubieran dado una buena tunda a los galantes, a los orgullosos, a los valientes, a los reconocidos, a los elegidos y a los mejores de todos ellos, los llamados a ostentar la valentía y el honor y el orgullo. Tal vez, de haber ido a la guerra con ellos lo hubiera descubierto antes. Pero, de haberlo descubierto antes, ¿qué hubiera hecho de su vida? ¿Cómo hubiera sido capaz de soportar durante cinco años el recuerdo de cómo fue su vida antes?

Empezaba a ponerse el sol. La niña había llorado un rato. Cuando fue al jergón vio que su nieta le estaba dando el pecho con expresión aún de desconcierto, de hosquedad, insondable.

—¿No tienes hambre?

—No quiero nada.

—Deberías comer algo.

Esta vez ella no le contestó, siguió mirando a la niña. Él volvió a la silla y vio que se había puesto el sol. «Mucho no puede faltar», pensó. Ya los percibía muy cerca, a los curiosos y a los vengativos. Le pareció que incluso alcanzaba a oír lo que decían de él, la corriente soterrada de creencias, más allá de la furia inmediata: *el viejo Wash Jones por fin se ha dado un batacazo. Creyó tener a Sutpen bien sujeto, pero Sutpen lo engañó. Creyó que tenía al coronel obligado a casarse con la moza o a pagar los platos rotos. Pero el coronel se negó.*

—¡Pero eso no me lo podía yo esperar, coroné! ¡Bien sabe usted que no!
—exclamó en voz alta, y le sobresaltó su propia voz. Calló y miró a la nieta, que lo estaba mirando.

—¿Y ahora con quién hablas?

—No es nada. Estaba pensando, he hablado sin darme cuenta.

El rostro de la muchacha volvía a ser borroso, un óvalo huraño y desdibujado en la penumbra.

—Pues supongo que sí. Supongo que tendrás que gritar más fuerte, hasta desgañitarte, si es que pretendes que te oiga, y tendrás que ir hasta allá, a la casa. Y supongo que por mucho que te desgañites no conseguirás que vuelva por aquí.

—Tranquila —le dijo—. Tú no te preocupes.

Pero sus pensamientos ya discurrían por su curso: «Bien sabe usted que no. Bien sabe usted que nunca esperé ni pedí ni quise nada de otro hombre, quitando lo que de usted esperé. Y eso nunca se lo pedí. No creí que fuera necesario, y me dije no tengo necesidad. *¿Qué necesidad va a tener uno como Wash Jones, paqué va a dudar del hombre del que el general Lee en persona dijo en una nota escrita de su puño y letra que era un valiente? ¡Valiente! —pensó—. ¡Más nos habría valido que no volviera ninguno cabalgando en el 65!*» pensando *Más nos valdría que los de su calaña y los de la mía nunca hubiéramos respirado en esta tierra. Más nos valdría que cuantos quedaran de nosotros fueran borrados de la faz de la tierra antes que otro Wash Jones hubiera de ver cómo la vida entera se le arranca a tiras y se le encoge cual cáscara reseca que se desprecia y se arroja al fuego y se arruga.*

Se detuvo su pensamiento, se aquietó. Oyó los caballos de pronto, con toda claridad; vio al cabo el farol y el movimiento de los hombres, el destello de los cañones de las pistolas a la luz móvil. Siguió sin moverse. Ya estaba oscuro; captó las voces y los ruidos en la maleza, a medida que rodeaban la casamata. Vio acercarse el farol, cuya luz se proyectó sobre el cadáver entre los hierbajos, y lo vio detenerse, los caballos altos, sombríos. Uno desmontó y se agachó con el farol en alto sobre el cadáver. Empuñaba una pistola. Se irguió y miró a la casa.

—Jones —dijo.

—Aquí estoy —dijo Wash con toda calma desde la ventana—. ¿Es usted, comandante?

—Sal.

—En un instante —repuso—. En cuanto vea cómo está mi nieta.

—De ella nos ocuparemos nosotros. Tú sal de ahí.

—Pos claro, comandante. Ahora mismito.

—Prende un farol. Que se te vea bien.

—Claro, claro. En un instante.

Oyeron su voz en el interior de la casamata, aunque no le vieron ir raudo hasta la rendija de la chimenea en que guardaba el cuchillo de carnicero, el único objeto de toda su deslucida vida del que estaba orgulloso, el único en que ponía esmero, puesto que lo tenía afilado cual navaja de afeitarse. Se acercó al jergón, oyó la voz de la nieta:

—¿Quién anda ahí? Enciende el candil, abuelo.

—No va a hacer falta la luz, pequeña. No será más que un instante —dijo, y se arrodilló a tientas hacia la voz, susurrando—: ¿Dónde estás?

—Aquí mismo —dijo con voz inquieta, angustiada—. ¿Dónde iba a estar? ¿Qué es...? —le tocó la cara con la mano—. ¿Qué es...? ¡Abuelo! ¡Ab...!

—¡Jones! —dijo el sheriff—. ¡Sal aquí ahora mismo!

—Enseguida, comandante —dijo. Se puso en pie y se movió ágilmente. Sabía incluso a oscuras dónde localizar la lata de queroseno, tal como sabía que estaba llena, puesto que no hacía aún ni siquiera dos días que la llenó en la tienda, y allí la conservó hasta que halló quién le llevara a la casa, pues cinco galones pesaban lo suyo. Aún quedaban ascuas prendidas en el lar; además, el desquiciado edificio era como la yesca: las ascuas, el lar, las paredes reventaron en una única llamarada azul. Recortado contra la llamarada lo vieron los hombres a la espera, en un instante de desatino, brincar hacia ellos con la hoz en alto antes de que los caballos reculasen y se pusieran de manos y volvieran grupas. Sofrenaron a las monturas y las volvieron hacia el resplandor, aunque pese a todo, recortada en relieve, la figura macilenta seguía en su carga desbocada contra ellos, con la hoz en ristre.

—¡Jones! —gritó el sheriff—. ¡Alto! ¡Alto, o disparo! ¡Jones! ¡Jones!

Pese a todo, la figura macilenta, enfurecida, persistió en su carga recortada sobre el resplandor y el rugir de las llamas. Con la hoz en ristre, cargó contra ellos, contra los ojos despavoridos de los caballos, contra el relumbre de los cañones de las armas, sin un solo grito, sin un sonido siquiera.^[*]

Honor

I

Crucé la antesala sin detenerme.

—Es que está reunido —dijo la señorita West, pero no me detuve. No llamé a la puerta. Estaban charlando. Calló y me miró desde la mesa.

—¿Con cuánta antelación necesita que le avise de que me marchó? —le dije.

—¿Cómo que se marcha? —dijo.

—Lo dejo. Me voy —dije—. ¿Bastará con un día de antelación?

Me miró con ojos de rana.

—¿Es que no le vale nuestro coche, no es bueno para sus demostraciones? —dijo. Apoyó sobre la mesa la mano en la que sujetaba un puro. Lleva un anillo con un rubí del tamaño de la luz de freno—. Sólo ha estado tres semanas con nosotros —dice—. No creo que sea tiempo suficiente para entender qué significa esa palabra que hay en la puerta.

No tiene ni idea, pero tres semanas es más que de sobra. Con dos días más hubiera batido el récord. Y si tres semanas son para él todo un récord, podría haberle estrechado la mano al nuevo campeón sin levantarse de la poltrona.

Lo malo es que nunca he aprendido a hacer nada. Ya se sabe cómo eran las cosas en aquellos tiempos, cuando hasta las universidades estaban llenas de uniformes británicos y franceses y nosotros muertos de miedo sólo de pensar que la cosa terminara antes de tener tiempo de ingresar y lucir unas alas de piloto en la guerrera. Y después de ingresar, encontrar algo que a uno le fuese como anillo al dedo, claro está.

Por eso, después del Armisticio seguí enrolado un par de años como piloto de pruebas. Fue entonces cuando empecé a dedicarme al vuelo acrobático, asomándome incluso al ala del aparato a hacer exhibiciones de funambulista, más que nada para aliviar la monotonía. Un tipo llamado Waldrip y yo nos escondíamos a bordo de un DH9 a tres mil pies de altitud, donde los oficiales ya no alcanzaban a vernos, y yo salía a hacer numeritos. Y es que la vida militar es hartito aburrida en tiempos de paz: no hay nada que hacer, uno pasa el día mano sobre mano, entre siesta y siesta, y jugando al póquer durante toda la noche. Y el aislamiento no es bueno para el póquer. Empiezas a perder a crédito y a crédito terminas por caer en barrena.

Había un tipo llamado White que perdió mil en una sola noche. Estaba perdiendo sin cesar; quise dar por terminada la partida, pero yo iba ganando y él quería seguir, a pesar de que había entrado en barrena y perdía todas las manos. Me dio un cheque y le dije que no se apurase, que lo diera por olvidado, que no por nada tenía esposa en California. A la noche siguiente quiso volver a jugar. Intenté convencerle de que no lo hiciera, pero se puso como loco. Me llamó gallina. Esa noche perdió otros mil quinientos.

Le dije que nos lo jugábamos todo, doble o nada, a una sola carta. Sacó una reina.

—Bueno, con eso seguro que no puedo. Paso de cortar.

Recogí la carta que había sacado y barajé. Descartamos un montón de figuras y tres ases. Él insistió.

—Pero hombre —le dije—, ¿qué más da? Las probabilidades están en mi contra, lo estarían incluso con la baraja al completo.

Insistió. Así que saqué carta: el único as que quedaba. Hubiera pagado lo que fuera por perder. Le ofrecí de nuevo hacer pedazos allí mismo los cheques, pero siguió sentado y me insultó. Lo dejé sentado a la mesa, en mangas de camisa, con el cuello desabrochado, mirando fijamente el as.

Al día siguiente nos salió un trabajito, probar el aparato de alta velocidad. Yo hice todo lo que pude. No estaba en mi mano ofrecerle de nuevo los cheques. No me importa dejar que un tío que está quemado me insulte una vez, pero no pienso permitir que lo haga dos veces. Nos salió un trabajito, probar el aparato de alta velocidad. Yo no quise ni tocarlo. Ni hablar. Él ascendió a cinco mil pies e inició un

descenso en picado. Se le desprendieron las alas del fuselaje a dos mil pies y con el gas abierto al máximo.

Así me vi convertido de nuevo en civil tras cuatro años en el ejército. Y aún andaba dando tumbos sin saber qué hacer —fue la primera vez en que intenté ganarme la vida vendiendo automóviles— cuando conocí a Jack y me habló de un piloto que andaba buscando a un funambulista para su circo volante. Y así la conocí a ella.

II

Jack, que fue quien me dio una nota de presentación para Rogers, me dijo que era un piloto fenomenal y me habló también de ella. Por lo visto, o según se decía, era desgraciada en su vida con él.

—Pues vaya panorama aburrido que me pintas —dije.

—Es lo que se dice —dijo Jack. Cuando conocí a Rogers y le di la nota en mano (era un tipo tranquilo, delgado), me dije que era precisamente uno de esos individuos capaces de casarse con una mujer caprichosa, apasionada, guapa, a las que era bien fácil cazar durante la guerra, pues bastaba con lucir unas alas de piloto en la guerrera, aunque luego se fugara a la primera de cambio. Creí que no había riesgo. Supe que no tendría ella que esperar otros tres años a que apareciera otro como yo.

Contaba, así pues, con que me había de encontrar con una de esas mujeres altas, morenas, sinuosas como una serpiente, rodeada de plumas de avestruz, rociada de perfume barato, fumando cigarrillos finos en el diván, mientras Rogers iba corriendo al ultramarinos de la esquina a comprar unas lonchas de buen jamón y una ensalada de patata que traería en platos de cartón. Me equivoqué. Apareció con un delantal por encima de uno de esos vestidos claros, ceñidos, con harina o algo así en los brazos, sin pedir disculpas, sin aturullarse por nada. Dijo que Howard —así se llamaba Rogers— le había hablado de mí.

—¿Y qué fue lo que le dijo? —pregunté.

—Supongo —contestó en cambio— que todo esto le resultará bastante

tedioso para pasar la velada, tener que echar una mano para guisarse la cena. Imagino que preferiría marcharse por ahí a bailar con un par de botellas de ginebra.

—¿Y por qué se lo imagina? —dije—. ¿Es que no parezco capaz de otra cosa?

—Ah, ¿lo es?

Luego, después de lavar los platos, nos sentamos ante la chimenea con las luces apagadas, ella en un cojín en el suelo, con la espalda apoyada contra las rodillas de Rogers, fumando y charlando.

—Sé que ha pasado usted una temporada aburrida. Howard propuso que fuésemos a cenar fuera y a bailar a algún sitio. Yo le dije que antes tendría usted que aceptarnos como somos. Antes y después. No me dirá que lo lamenta...

Podría parecer que tenía dieciséis años, sobre todo con el delantal. Para entonces ya había comprado uno para que lo usara yo, y los tres íbamos a la cocina a guisar la cena juntos.

—Tampoco es que contemos con que te lo pases de maravilla haciendo esto. Y no es que a nosotros nos encante, claro —dijo cuando ya había confianza—. Es que somos bastante pobres. Entre los dos, no somos más que un aviador.

—Bueno, Howard desde luego sabe pilotar de una forma que vale por dos —dije—. Y eso nunca está nada mal.

—Cuando me dijo que también eres piloto de acrobacias, me dije... ¡Dios del cielo! ¿Y además funambulista? Si piensas elegir a un amigo de la familia, le dije, ¿por qué no eliges a uno al que podamos invitar a cenar con una semana de antelación y no sólo contar con que venga, sino también con que otro día nos invite a salir y se gaste el dinero con nosotros? Qué va: tenía que elegir a uno tan pobre como nosotros somos.

Una vez le dijo a Rogers: «A Buck tenemos que buscarle una chica. Si no, cualquier día se cansará de nosotros». Ya se sabe cómo se suele decir esta clase de cosas: son cosas que suenan como si quisieran decir algo, hasta que uno las mira y descubre que tienen la mirada extraviada, con lo que uno se pregunta si de veras estaban pensando en uno y si, además, de veras estaban hablando de uno.

O a lo mejor es que tendría que invitarles yo a cenar y a un espectáculo.

—Pero no quise decir lo que pareció que dije —dijo ella—. No era una indirecta, una invitación para que nos invitaras a salir.

—Y lo que dijiste sobre aquello de buscarme una chica... ¿tampoco iba en serio? —le pregunté.

Me miró con aquellos ojos muy abiertos, inexpresivos, inocentes. Fue entonces cuando los invité a los dos a tomar un cóctel en donde yo me alojaba, aunque Rogers no bebía nunca, y al volver por la noche me encontraba en el lavabo restos de maquillaje, o bien su pañuelo, o lo que fuera, y me iba a la cama con un olor en la habitación tal como si ella siguiera estando allí.

—¿Quieres que te busquemos una? —dijo, pero sobre ese asunto nunca más se volvió a decir nada, y al cabo de algún tiempo, cuando surgía una de esas pequeñas cosas en las que un hombre ha de ponerse al servicio de una mujer, subir un peldaño, abrirle una puerta, lo que fuera, y que implican un roce entre ambos, ella se volvía hacia mí como si fuera yo su marido, y no él, y hubo una noche en que nos sorprendió una tormenta en la ciudad, así que fuimos a donde me alojaba yo, y ella y Rogers durmieron en mi cama y yo dormí en un sillón en el cuarto de estar.

Una noche, cuando me estaba vistiendo para salir, sonó el teléfono. Era Rogers.

—Estoy... —dijo él, pero se cortó. Fue como si alguien le hubiera tapado la boca con la mano. Y entonces los oí hablar, murmurar. Mejor dicho, la oí a ella—. Bueno, qué... —dice Rogers. En ese instante la oí a ella respirar en el auricular y decir mi nombre.

—No se te olvide que vienes esta noche —dijo.

—No se me había olvidado —dije—. ¿O es que entendí mal la fecha? Si ésta no es la noche...

—Anda, sal ya y ven para acá —dijo ella—. Adiós.

Cuando llegué me recibió él. Tenía la misma cara que siempre, pero no entré.

—Adelante, pasa —dijo.

—A lo mejor sí que me he equivocado de fecha —dije—. Así que si vosotros dos...

Abrió la puerta del todo.

—Adelante, pasa.

Ella estaba tendida en el sofá. Estaba llorando. No sé qué pasaba, algún asunto de dinero.

—No lo aguanto, es que no lo aguanto —decía—. Lo he intentado por todos los medios, pero no puedo más.

—Ya sabes qué mensualidades he de pagar por la póliza del seguro —dijo él—. Si pasara algo, ¿dónde estarías tú?

—¿Y dónde crees tú que estoy? ¿Qué mujer que viva alquilada en un barrio de mala muerte no tendrá más que yo? —no había levantado los ojos y seguía tendida boca abajo, con el delantal torcido bajo su peso—. ¿Por qué no lo dejas de una vez, por qué no haces algo en lo que te saques una póliza de seguros que sea asequible, como tantos otros hombres?

—Creo que tengo que marcharme —dije. Allí no pintaba nada. Me fui sin decir más. Él vino conmigo hasta la puerta, y los dos nos quedamos mirando la escalera desde abajo, hacia la habitación en que ella seguía tumbada boca abajo en el sofá—. Tengo algún dinerillo ahorrado —dije—. Y digo yo que por haber comido tantas veces en vuestra mesa, no he tenido ni tiempo para gastarlo. Si se trata de algo urgente... —los dos nos quedamos donde estábamos, él sujetaba la puerta abierta—. Claro está que no quisiera meterme donde no...

—Yo en tu caso, desde luego, no lo haría —dijo—. Nos vemos mañana en el aeródromo.

—Claro —dije—. Mañana en el aeródromo.

A ella no la vi durante casi una semana entera, ni tuve noticias de ella. A él lo veía a diario.

—Y... ¿qué tal está Mildred? —le pregunté al fin.

—Se ha marchado a visitar a su madre.

Durante las dos semanas siguientes estuve con él todos los días. Cuando salía al exterior de la avioneta le miraba a la cara, los ojos tras las gafas de aviador. Pero

nunca mencionamos el nombre de ella, al menos hasta que un día me dijo que había vuelto a casa y que esa noche me invitaban a cenar.

Fue por la tarde. Pasó el día ajetreado, llevando pasajeros de acá para allá, así que yo me quedé sin nada mejor que hacer, aparte de pasar el rato esperando a que llegara la noche y pensando en ella, imaginando alguna cosa, pero más que nada pensando en ella, en que estaba de nuevo en casa, respirando el mismo humo, el mismo hollín que respiraba yo, cuando de pronto decidí ir allí sin esperar a más. Fue tan claro como una voz que me dijera: «Ve. Ahora, ahora mismo». Y fui. Ni siquiera perdí el tiempo en cambiarme de ropa. Estaba sola, leyendo delante de la chimenea. Fue como la gasolina que se vierte de una manguera rota y que prende en llamaradas alrededor de uno.

III

Tuvo gracia. Cuando salía al exterior de la avioneta me volvía a mirarle a la cara, parapetado como iba tras el cristal de la carlinga, y me preguntaba qué sabía. Tuvo que darse cuenta casi en el acto. Es lógico, digo yo, si ella no tenía ninguna discreción. Era de las que hacen y dicen sin pensar, supongo que se me entiende: insistía en sentarse pegada a mí, en tocarme de ese modo tan distinto, nada que ver con el modo en que uno sujeta un paraguas o les acerca una gabardina para guarecerlas de la lluvia, un modo del que cualquier hombre se da cuenta al primer vistazo, y más por hacerlo cuando creía ella que él no la estaba viendo: no cuando sabía que no podía verla, sino cuando creía que tal vez no la viese. Y cuando me desabrochaba el cinturón y salía al ala a gatas, me volvía a mirarle a la cara y me preguntaba en qué estaría pensando, cuánto sabía, qué sospechaba.

Iba allí por las tardes, cuando él estaba ocupado. Me entretenía hasta comprobar que él iba a estar liado el resto del día, y entonces le daba una excusa y me largaba. Una tarde estaba ya listo para irme, esperando a que despegara, cuando cerró el gas, se asomó y me hizo una seña.

—No te vayas —dijo—. Quiero hablar contigo.

Entonces supe que lo sabía, y esperé a que terminase el último vuelo con pasajeros, de corta duración, y a que fuese a la oficina a quitarse el mono. Me miró, le miré.

—Vamos a cenar —dijo.

Me estaban esperando cuando llegué. Ella se había puesto uno de esos vestiditos ceñidos; vino a saludarme y me rodeó con ambos brazos y me plantó un beso mientras él nos miraba.

—Me voy contigo —dijo—. Lo hemos hablado y estamos los dos de acuerdo en que ya no nos queremos, ni podemos querernos ya más después de esto; sabemos que esto es lo único sensato que se puede hacer. Y él ya encontrará a una mujer a la que pueda amar, una mujer que no sea tan mala como yo.

Él me estaba mirando y ella me acariciaba la cara con las dos manos a la vez que emitía una especie de gemido sordo con los labios pegados a mi cuello, y yo estaba como una piedra o algo así. ¿Sabes qué estaba pensando? No estaba pensando en ella, ni mucho menos. Estaba pensando en que estábamos él y yo allá arriba y en que acababa yo de descubrir que había soltado la palanca del encastre y pilotaba sólo con el timón y en que él sabía que yo me había dado cuenta de que volábamos sin palanca, así que todo estaba en orden, pasara lo que pasara. Por eso me quedé como un trozo de madera contra el que se hubiese apoyado otro trozo de madera cuando ella se echó para atrás y me miró a la cara.

—¿Es que ya no me amas? —dijo mirándome a la cara—. Si me amas, dímelo. Yo a él ya se lo he dicho todo.

Quise no estar allí. Quise echar a correr. No tenía miedo. Fue porque todo fue de repente caluroso, sucio. Quise alejarme de ella sólo un rato, quise que Rogers y yo estuviésemos lejos de allí, donde todo era frío, duro, sosegado, para zanjar las cosas entre nosotros.

—¿Qué es lo que quieres hacer? —dije—. ¿Le vas a conceder el divorcio?

Ella me miraba la cara con gran atención. En ese momento me soltó y fue corriendo a la repisa de la chimenea, y ocultó la cara en el hueco del brazo para echarse a llorar.

—Me has mentado —dijo—. No me has dicho lo que de verdad sentías. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

Ya se sabe cómo es. Como si hubiera un momento para cada cosa, como si nadie fuera nada en sí mismo: como una mujer, que, incluso cuando la amas es para uno mujer sólo parte del tiempo, y el resto del tiempo no es más que una persona

que no ve las cosas de la misma forma en que un hombre ha aprendido a verlas. No tiene las mismas ideas sobre lo que es decente y lo que es indecente. Así que me acerqué y la rodeé con los brazos mientras pensaba: «Maldita sea, ¡si al menos te mantuvieras sólo un poco al margen de todo esto...! Los dos intentamos por todos los medios cuidar de ti como es debido, para que no te duela».

Y es que la amaba, yo la amaba, ya lo ves. No hay nada que a dos personas les llegue a unir tanto como un pecado común a los ojos del mundo. Y él había tenido su oportunidad. De haber sido yo quien la conociera antes, de haberme casado yo con ella, de haber sido él quien era yo, hubiera tenido mi oportunidad. Pero fue él quien la tuvo.

—Entonces di lo que me dices cuando estamos solos. Ya te lo he dicho: se lo he dicho todo —dijo ella.

—¿Todo? —respondí en el acto—. ¿Se lo has dicho todo? —él nos estaba mirando—. ¿Es cierto que te lo ha dicho todo? —le pregunté.

—Eso no importa —dijo—. ¿Tú la quieres? ¿Tú la amas? —añadió sin darme tiempo a contestar—. ¿Vas a ser bueno con ella, la vas a tratar bien?

Se le había puesto la cara grisácea, como cuando ves a alguien después de mucho tiempo sin verlo y te dices: «Dios santo... ¿Ése es Rogers, seguro?». Cuando por fin me marché, el divorcio estaba pactado.

IV

A la mañana siguiente, cuando llegué al aeródromo, Harris, el propietario del circo volante, me habló de un encargo especial que tenía para mí. Supongo que se me había olvidado. Él de todos modos insistió en que ya me lo había dicho. Al final le dije que no iba a volar más con Rogers.

—¿Por qué no? —dijo Harris.

—Pregúnteselo a él.

—Y si él está de acuerdo en volar con usted, ¿subirá con él?

Así que dije que de acuerdo. Y entonces llegó Rogers. Dijo que sí, que volaría conmigo. Por eso creí que en todo momento había estado al tanto de lo del encargo especial y que me la había jugado, que me tendió una trampa al no decirme nada. Esperamos a que se fuese Harris.

—Así que por esto ayer noche estabas tan reacio a hablar claro —le dije. Lo maldije—. Ahora me tienes en tus manos, ¿no es eso?

—Ocúpate tú de los mandos —dijo—. Yo haré tu número.

—¿Has hecho alguna vez un trabajo como éste?

—No, pero puedo hacerlo, al menos mientras tú pilotes el aparato como es debido.

Lo maldije otra vez.

—Te sientes como nunca —dije—. Me tienes pillado del todo. Vamos, hombre: sonríe, que se note. ¡Vamos allá!

Se dio la vuelta, se dirigió al aparato, subió y se acomodó en el asiento delantero. Lo sujeté por el hombro y le di un tirón. Nos miramos uno al otro.

—Ahora no te voy a partir la cara —dijo—, si es eso lo que andas buscando. Espera a que estemos de nuevo en tierra.

—No lo creo —dije—. Porque a mí me gustaría devolverte el golpe a la primera.

Nos miramos. Harris nos estudiaba desde la oficina.

—Muy bien —dijo Rogers—. Déjame tus zapatos, ¿quieres? Yo no llevo suelas de goma.

—Anda, quédate en tu asiento —dije—. ¿Qué más dará? Supongo que estando en tu lugar yo haría lo mismo.

El trabajo consistía en hacer el número de acrobacia pasando por un parque de atracciones. Allá abajo debía de haber unas veinticinco mil personas, como hormigas de colores. Aquel día asumí riesgos que nunca había asumido, riesgos que no se llegan a ver desde tierra. Pero en todo momento el avión quedaba justo

debajo de mí, manteniéndome en equilibrio frente a la presión lateral y todo lo demás, como si él y yo obedeciésemos a una misma intención y fuésemos una sola mente. Pensé que estaba jugando conmigo, date cuenta. Le miraba a la cara y le soltaba un alarido:

—Vamos allá, tío. Ya me tienes en tus manos. ¿Tienes arrestos o no tienes?

Supongo que estaba bastante desquiciado. De todos modos, cuando pienso en nosotros dos, allá arriba, gritándonos sin descanso el uno al otro, y en todos los insectos que nos miraban, a la espera del gran número final, del *loop*... Él me oía bastante bien, pero yo a él no le oía. Sólo le veía mover los labios.

—Venga, hombre —le grité—, menea un poco el ala, ya verás qué fácil me desprendo, ¿eh?

Estaba bastante desquiciado. Ya se sabe cómo es: uno tiene unas ganas locas de precipitarse y de que suceda algo que sabe que va a suceder, lo mismo da de qué se trate. Imagino que es una sensación que conocen bien los amantes y los suicidas.

—Quieres que no se note, ¿eh? Claro, si caigo con el avión en vuelo rasante la cosa no quedaría nada bien, ¿a que no? Pues como quieras —grité—, allá vamos.

Volví a la sección central del ala superior y lancé la cuerda de seguridad para que pasara por delante de los puntales y así afianzarme con ella, y me volví a mirarlo y le hice la señal. Estaba bastante loco. Seguía gritándole. Pensé que a lo mejor ya me había caído, que estaba muerto, que no me había enterado. Los cables comenzaron a zumbar y me vi de pronto mirando derecho a tierra, a los puntitos de colores. Luego, los cables silbaron que daba gusto y abrió el gas y el plano de tierra comenzó a correr como si se deslizara bajo el morro del avión. Esperé hasta que desapareció y el horizonte se deslizó de nuevo por debajo y no vi otra cosa que el cielo. Solté entonces un cabo de la cuerda y le di un tirón para lanzársela a él a la cabeza y extender los brazos cuando el aparato entró a todo gas en un segundo *loop*.

No estaba empeñado en matarme. No estaba pensando en mí. Estaba pensando en él. Intentaba enseñarle quién era yo, tal como él me había enseñado quién era, darle algo ante lo que fallara, tal como él me dio algo ante lo que fallé. Intentaba humillarle.

Rebasamos el cénit del *loop* antes de que me perdiera. El terreno había vuelto a su sitio, lleno de puntos de colores, y perdí entonces la presión en las suelas de los zapatos e inicié la caída libre. Di medio salto mortal, y había empezado el primer

giro en barrena, vuelto de cara al cielo, cuando algo me golpeó de plano en la espalda. Me dejó de pronto sin resuello; durante un segundo debí de estar completamente inconsciente. Abrí los ojos entonces y me encontré tendido boca arriba en el ala superior, con la cabeza colgando del borde posterior.

Estaba demasiado alejado, en la pendiente de la combadura del ala, para doblar las rodillas por el borde anterior; además, notaba que el ala se me iba escurriendo por debajo. No me atreví a moverme. Sabía que si me empeñase en incorporarme y hacer resistencia a la corriente de propulsión saldría despedido por detrás. Por la posición de la cola y por el horizonte vi que íbamos en picado, un descenso no muy pronunciado, y vi también a Rogers de pie en la carlinga, soltándose el cinturón, y aún pude girar un poco más el cuello y ver que cuando me desprendiera tampoco llegaría a tocar el fuselaje, o que acaso me golpeará con el hombro.

Por eso me quedé como estaba, notando escurrirse el ala por debajo de mí, notando que ya los hombros me colgaban sin apoyo, contando las vértebras a medida que resbalaban sobre el borde del ala, viendo a Rogers reptar a lo largo del fuselaje, hacia el asiento delantero. Lo miré un buen rato, avanzando palmo a palmo en contra de la presión propulsora, sacudiéndosele las perneras del pantalón. Al rato aún le vi introducir las piernas en la carlinga delantera y entonces noté sus manos en mí.

En mi escuadrón había un tío que no me caía nada bien. Él me odiaba con toda el alma. Cosas tuyas, a mí qué. Un día me sacó de un embrollo de cuidado, cuando me quedé atrapado a quince kilómetros del frente con una válvula de aire averiada. Cuando aterrizamos me dijo: «No te vayas a pensar que he ido a sacarte de ahí. Fui a cepillarme a un boche, y me lo cepillé». Me insultó con las gafas de aviador subidas sobre la frente y los brazos en jarras, me maldijo tal como estaba sonriendo. Pero eso está bien. Cada uno va a los mandos de un Sopwith Camel; si uno cae abatido, mala cosa; si cae el otro, pues qué pena. Nada que ver con el instante en que uno se halla en la sección central y él está con la palanca en la mano, cuando sólo con atorar el motor un instante o con virar lo justo el timón en el cénit del *loop*...

Pero yo entonces era joven. ¡Dios mío, vaya si era joven! Recuerdo la noche del Armisticio, en el 18, dando vueltas por todo Amiens con un asco de prisionero que nos habíamos llevado por la mañana en un Albatross, procurando que la policía militar franchute no le echara el guante. Era un buen tipo, y los condenados soldaditos de infantería se habían empeñado en meterlo a toda costa en una pocilga

donde estaban los del Servicio de Suministros y los cocineros borrachos como cubas y demás ralea. Me dio pena el muy hijoputa, tan lejos de su casa, hecho puré y todo eso. Ya te digo si era joven.

Todos éramos jóvenes. Me acuerdo de un tipo de la India, un príncipe que había estudiado en Oxford, con su turbante y sus charreteras y sus insignias de chichinabo, que dijo que todos los que habíamos combatido en la guerra estábamos muertos. «A lo mejor no os habéis dado cuenta —dijo—, pero estáis todos muertos. Con una diferencia: a aquéllos, los de allá —y señaló con el pulgar hacia el frente—, les da lo mismo, mientras vosotros no lo sabéis». Y dijo algo más, no sé qué, respirar aún mucho tiempo, una especie de entierros andantes, los catafalcos y las tumbas y los epitafios de los que murieron el 4 de agosto de 1914 sin saber que habían muerto, dijo. Era un tío raro, un excéntrico. Y no era mal tipo.^[71]

Pero no estaba yo del todo muerto allí tendido sobre el ala superior del Standard, contándome las vértebras a medida que resbalaban sobre el borde del ala como una hilera de hormigas hasta que Rogers me sujetó. Y cuando aquella noche vino a la estación a despedirme, me trajo una carta de ella, la primera carta suya que recibí. Su caligrafía era igualita que ella; casi se llegaba a percibir el aroma que empleaba para perfumarse, sentir el tacto de sus manos. La rasgué en dos sin abrirla y tiré los pedazos. Pero él los recogió y me los devolvió.

—No seas idiota —dijo.

Y eso es todo. Ahora tienen un niño, un crío de seis años. Rogers me escribió para contármelo; la carta me llegó a los seis meses. Soy su padrino. Tiene gracia, tener un padrino que no te ha visto nunca, y al que nunca llegarás a ver.

V

—¿Bastará con un día de antelación? —le dije a Reinhardt.

—Con un minuto es más que suficiente —repuso. Apretó el timbre. Entró la señorita West. Es buena chica. De vez en cuando, si me veía necesitado de un desahogo, nos íbamos a almorzar en una heladería, al otro lado de la calle, donde le hablaba de cómo se portan, de cómo son las mujeres. Son lo peor que existe. Ya se sabe: a uno le llaman para que haga una demostración con el coche de prueba y

aparecen todas juntas, esperan a la entrada y allá que nos vamos, el coche lleno, de compras. A mí me toca sortear el tráfico denso, encontrar un sitio donde aparcar, y ella dice: «Es que John se ha empeñado en que pruebe este coche. Pero lo que yo le digo, es natural, es que me parece una bobada comprar un coche tan difícil de aparcar como parece que es éste, ¿no cree?».

Y van atentas a mi cogote, mirándome con recelo, con dureza, luminosas. Sabe Dios qué se pensaban que teníamos; a lo mejor habían imaginado un coche que se plegara como una hamaca para dejarlo recogido y apoyado contra una toma de incendios. Qué demonios, no sabría yo venderle un alisador del pelo ni siquiera a la viuda de un negro muerto en un accidente de ferrocarril.

Así que llega la señorita West; es buena chica, sólo que alguien le dijo que yo había tenido hasta tres o cuatro empleos en un año, que no me duraban, y que había sido piloto de guerra, y no hizo otra cosa que freírme a preguntas, interesadísima en saber por qué dejé la aviación, por qué no volvía a volar, ahora que los aviones eran mucho más comunes, puesto que vender automóviles no se me daba nada bien y tampoco sabía hacer otra cosa; es típico de las mujeres. Ya se sabe: apremiantes y desbordantes de simpatía, y no se les puede hacer callar como se hace con un hombre.

—Vamos a dejar marchar al señor Monaghan —dijo Reinhardt nada más la vio entrar en el despacho—. Dile que pase por caja.

—No se tome la molestia —le dije—. Quédeselo, cómprese un aro para ir a jugar al parque.^[*]

Dr. Martino

Hubert Jarrod conoció a Louise King en Saint Louis, en una fiesta navideña celebrada en el domicilio de unos conocidos. Hizo un alto en el viaje de regreso a la casa familiar de Oklahoma sólo por cumplir, adornado como iba por el aura de los pozos petrolíferos y de Yale, y corresponder a la invitación de la hermana de un compañero de estudios. O eso se dijo al menos, o tal vez eso quiso creer. Su plan consistía en pasar dos días en Saint Louis, pero se quedó toda la semana y fue a Tulsa sólo a pasar la noche y el día de Navidad con su madre, para regresar «a jugar y tontear un poco más con mi ángel de las ciénagas», se dijo. En el tren, de vuelta, pensó bastante en ella: una chica delgada, tensa, morena. «Y además, proviene de Mississippi —pensó—. Se le nota que tiene lo que hay que tener: una chavala nacida y criada cerca de las ciénagas del Mississippi». Con ello no se refería a su atractivo sexual. Nunca se hubiera llamado a engaño sólo por una cosa así; llevaba ya tres años en New Haven, era socio de los mejores clubes, tenía todo el dinero que quisiera gastar. Además, Louise caía un poco hacia el lado de lo epiceno. A lo que más bien quiso referirse era a una cualidad de la que no llegó a ser consciente del todo: un sentido apasionado, que iba más allá de lo obvio, que la llevaba a creer en ese cambio inmanente al que la suficiencia de rinoceronte que él gastaba, con su barniz de Yale y de pozos petrolíferos, resultó al principio un tanto impermeable. Todo lo que al principio le llamó la atención en ella fue el aire expectante, el aire incluso ansioso, como si anduviera ella a la búsqueda; aire y búsqueda de los cuales en el acto se consideró él motivo.

Según las apariencias, no estaba equivocado. La primera vez la vio al otro lado de la mesa, durante la cena. No les había presentado nadie, aunque a los diez minutos de levantarse, ella le había hablado, y diez minutos después salieron de la casa sin hacerse notar y tomaron un taxi. Ella dio la dirección.

No podría él haberse explicado cómo sucedió a pesar de su mucha práctica, su experiencia en lo subrepticio. Tal vez estuvo demasiado absorto en contemplarla; tal vez empezaba a tener conciencia de que el aire tenso y expectante también estaba más allá de donde alcanzaba él, de su juventud, de su apostura, de los pozos petrolíferos y de Yale. Y es que la dirección que dio ella no tendía aparentemente hacia unas luces, hacia una música, hacia el lugar en que ella se sentara a su lado, envuelta en pieles, sin forma definida, su aliento evaporándose más deprisa que si

se empeñara en reavivar la brasa de un cigarrillo apagado. Él reparó en las casas oscuras, las calles oscuras y sórdidas.

—¿Adónde vamos? —le dijo.

Ella no respondió, no le miró; iba ligeramente adelantada en el asiento.

—Mi madre no quiso venir —dijo.

—¿Tu madre?

—Estaba conmigo, en la fiesta quiero decir. No te la han presentado.

—Ah. Así que por eso huyes con tanto sigilo. Y yo que me había hecho ilusiones... Creí que había sido por mí —ella seguía sentada al borde del asiento, menuda, tensa, atenta a las casas oscuras: un barrio a medias de viviendas modestas y de tiendas pequeñas—. ¿Tu madre no ha permitido que él viniese a verte?

Ella no respondió, y se inclinó hacia delante. De pronto dio un golpecito en el cristal.

—¡Eh, eh! —dijo—. Es aquí mismo —el taxi se detuvo. Se volvió a mirar a Jarrod, que iba arrellanado en su rincón, embozado, con el frío en la cara—. Lo siento. Sé que es una jugarreta penosa. Pero no me quedaba más remedio.

—No pasa nada —dijo Jarrod—. No le des más vueltas.

—Sé que es penoso, pero de veras que no podía hacer otra cosa. Si al menos lo pudieras entender...

—Claro —dijo Jarrod—. ¿Quieres que vuelva más tarde a recogerte? No me gustaría volver solo a la fiesta.

—Tú vienes conmigo.

—¿Cómo? ¿Que voy contigo?

—Sí. Ya verás como todo va bien. Sé que no lo puedes entender, pero todo irá bien, te lo aseguro. Tú vienes conmigo.

Él la miró a la cara.

—Por lo que veo, creo que lo dices en serio —dijo—, pero me parece que no. De todos modos, tampoco voy a decepcionarte. Tú marca una hora y yo volveré a recogerte.

—¿Es que no te fías de mí?

—¿Por qué iba a fiarme? Esto no va conmigo. Hasta esta noche no te había visto nunca. Me alegra cumplir contigo. Es una lástima que mañana me marche, pero supongo que podrás encontrar a alguien de quien servirte. Anda, entra tú, yo vengo luego a recogerte.

La dejó allí y regresó en dos horas. Ella debía de estar esperándole pegada a la puerta, porque nada más se detuvo el taxi ésta se abrió de golpe y ella bajó corriendo las escaleras, para montar en el taxi sin darle tiempo a bajar.

—Gracias —le dijo—. Gracias de verdad. Has sido muy amable. Muy amable.

Cuando el taxi hizo un alto ante la puerta cochera de la casa de la que entonces llegaba la música, ninguno de los dos se movió en un principio. Ninguno de los dos fue el primero en dar el paso, aunque pasado un instante se besaron. Ella tenía la boca quieta, fría.

—Me gustas —le dijo—. De veras que me gustas.

No había terminado la semana cuando Jarrod se ofreció a prestarle sus servicios, aunque ella se negó sin alterarse.

—¿Por qué? —dijo él—. ¿Es que no quieres volver a verle?

Pero ella no dijo nada, aunque para entonces él había conocido a su madre, y se dijo: «La vieja de todos modos sí que va detrás de mí». Lo entendió en el acto; también se tomó ese interés como el debido homenaje a sus pozos petrolíferos y su aureola de Yale, puesto que sus tres años de estudiante en New Haven, sin destacar en clase y sin ganar partidos de fútbol, no le habían despojado de la convicción de que estaba llamado a ser presa natural de todas las madres de hijas en edad casadera. Pero no se dio a la fuga, ni siquiera tras descubrir, pocas noches después, que Louise se había ausentado sin dar explicaciones, con lo que supo que había ido, sirviéndose de otro señuelo para disimular, a aquella casa tranquila de la sórdida calle. «Bueno, no hay nada que hacer —se dijo—. Esto se acabó». Pero tampoco se dio a la fuga, tal vez porque en esa ocasión ella se había servido de otro. «Es evidente que le importa mucho», se dijo.

A la vuelta a New Haven se llevó una promesa de Louise: acudiría al baile de primavera. Ya sabía que la señora King iría con ella. No le importó; un día de pronto se dio cuenta de que en el fondo se alegraba. Supo entonces que era porque también él sabía, o creía, que Louise necesitaba de alguien que la cuidase; supo que él se había rendido incondicionalmente a una mujer entre todas las demás, por más que nunca hubiese dicho nada del amor hablando consigo mismo ni con ninguna mujer. Recordó aquella cualidad que iba más allá de lo evidente y recordó la casa oscura y sórdida, y pensó: «Bueno, pues la tendremos aquí. Tendremos a la vieja». Y un día creyó descubrir la razón, o acaso la respuesta. Fue en clase de psicología; se incorporó en la silla, de pronto muy erguido, sin darse cuenta, atento al profesor. Éste hablaba de las mujeres, en particular de las chicas jóvenes, refiriéndose a esa fase extraña y misteriosa en la que viven durante un tiempo. «Un punto ciego, como el punto en el que entran los pilotos de carreras a los mandos de un avión cuando han de trazar un giro brusco. Cuando lo que ven no es ni el bien ni el mal, y lo que hacen, por tanto, probablemente no sea ni lo uno ni lo otro. Probablemente sea algo más cercano al mal, ya que la maldad misma del mal brota de su realidad, mientras que el bien es la ausencia de un hecho preciso. Un lapso, una hora, en la que ellas mismas son víctimas de aquello por medio de lo cual se harán las víctimas.»

Esa noche estuvo un rato sentado frente a la chimenea encendida, pero sin estudiar, sin hacer nada. «Tenemos que casarnos pronto —se dijo—. Pronto».

La señora King y Louise llegaron para asistir al baile. La madre ya peinaba canas y tenía un rostro frío, severo, no arisco, aunque sí vigilante, alerta. Fue también como si Jarrod viese a Louise por vez primera. Hasta entonces no había reparado en que era consciente de la cualidad que iba más allá de lo evidente. Sólo en ese momento la captó al darse cuenta de que había aumentado la tensión, como si ya fuese a un tiempo temor y deseo, como si con la cercanía del verano se acercara ella a un clímax, a una crisis. Y así dio en pensar que estaba enferma.

—Tal vez debiéramos casarnos cuanto antes —dijo a la señora King—. Yo a fin de cuentas no necesito el título de licenciado —eran todavía aliados, aún no antagonistas, aunque él no le había dicho nada de las dos expediciones en Saint Louis, una de la que tenía conocimiento, otra de la que sospechaba. Era como si no tuviera necesidad de decírselo. Era como si supiera que ella lo sabía, que sabía que él sabía que lo sabía ella.

—Sí —contestó—. De inmediato.

Pero la cosa no llegó más allá, aunque cuando marcharon de New Haven las

dos, Louise tenía el anillo que él le dio. Pero no lo llevaba en el dedo, y en el semblante ostentaba esa expresión tensa, secreta, más allá de lo que resultaba evidente, que en ese momento descubrió él que también se hallaba más allá de donde alcanzaba él, más allá de la efigie y del porte aureolados que le prestaban los pozos petrolíferos y Yale.

—Entonces, hasta el mes de julio —dijo él.

—Así es —repuso ella—. Te escribiré. Te diré por carta cuándo podrás venir.

Y eso fue todo. Él volvió a sus clubes, a sus clases; sobre todo en la de psicología prestaba atención. «Pues parece que esto de la psicología sí que lo voy a necesitar», pensó, y pensó a la vez en la casa oscura y pequeña de Saint Louis, en la puerta hosca y oscura por la que desapareció ella tan veloz. Tenía que ser eso: un hombre al que él nunca había visto, al que nunca oyó, encerrado en la casa pequeña y callada, en una callejuela sórdida, en Nochebuena. Con inquietud, pensó: «Y soy joven, tengo dinero, soy un hombre de Yale. Y ni siquiera sé cómo se llama».

Una vez a la semana escribía a Louise; tal vez dos veces al mes recibía respuesta, notas breves, frías, siempre con matasello de sitios distintos, de lugares turísticos y hoteles, hasta mediados de junio, a una semana de la ceremonia de fin de curso y su graduación. Le llegó entonces un telegrama. De la señora King. Decía: «Venga enseguida», y daba por lugar de procedencia del envío Cranston's Wells, en Mississippi. Una localidad de la que no había oído hablar nunca.

Esto fue un viernes. A la media hora, su compañero de habitación llegó y lo vio haciendo el equipaje.

—¿Qué, de fin de semana a Nueva York? —le dijo.

—Sí —repuso Jarrod.

—Pues voy contigo. No me vendrá nada mal un poco de distracción antes de vérmelas con el griterío de la multitud ante el altar del decano.

—No —dijo Jarrod—. Es un asunto serio.

—Ya —dijo el compañero—. Yo también conozco a una mujer muy seria en Nueva York. En esa ciudad hay más de una.

—No —dijo Jarrod—. Esta vez no.

—Pues que te vaya bonito —dijo el compañero.

El sitio era un balneario, propiedad de una solterona atildada, baja, canosa, que lo había heredado de su padre, junto con algunos de los veraneantes asiduos, treinta años atrás. Era un hotel destartado, una construcción de madera, y un pabellón donde estaba el manantial, donde los viejos con bolsas bajo los ojos y la piel de pergamino, llegados de las vecinas ciudades de Alabama y Mississippi, tomaban las aguas de alto contenido ferruginoso. Era el lugar en el que Louise había pasado los veranos desde que nació; desde la veranda del hotel, en donde las mujeres de cierta edad, desocupadas, con sus revistas ociosas y sus labores de punto, con sus echarpes de brillantes colores, contemplaban un verano tras otro la comedia que él empezaba a aprender, veía las puntas recortadas del seto de mirto tras las que se ocultaba el banco en el que el hombre al que había empezado a temer, y cuyo rostro ni siquiera había visto, había pasado el día entero a lo largo de tres meses, todos los veranos desde hacía más de quince años.

Se plantó al lado de la acicalada y canosa propietaria en el último peldaño, a primera hora del día, mientras las ancianas iban y venían del hotel al pabellón, mirándole con ojos de curiosidad disimulada, luminosos y recatados, en secreto.

«Miran al joven novio de Louise competir contra un muerto y un caballo», pensó Jarrod.

Pero no se le notó en la cara. En la cara no se le notaba nada, ni siquiera una gran inteligencia, cuando con su alta estatura, muy erguido, con los pantalones de franela y la chaqueta de tweed pese a estar en pleno junio y en Mississippi, mientras que los demás hombres vestían trajes de lino en caso de que llevaran siquiera chaqueta, charlaba con la propietaria acerca del hombre cuyo rostro no había visto, cuyo nombre acababa de conocer.

—Está delicado del corazón —dijo a Jarrod la propietaria—. Debe cuidarse. Tuvo que renunciar a la consulta, a todo. No tiene a nadie, y dispone del dinero justo para venir todos los años, en verano, y pasar las horas sentado en su banco. Lo llamamos el banco del doctor Martino. Cada verano suelo pensar que será el último, que ya no volveremos a verle. Pero por mayo siempre me llega un mensaje suyo, la reserva. ¿Y quiere que le diga qué pienso? Pienso que es Louise King quien lo mantiene con vida. Y pienso que Alvina King es boba.

—¿Y por qué es boba? —dijo Jarrod.

La propietaria lo estaba observando; era la mañana siguiente al día en que llegó. Al mirarla desde arriba por primera vez se dijo: «Se está preguntando cuánto es lo que sé, cuánto me han contado». Y luego pensó: «No. Es porque así está ocupada. Nada que ver con las otras, las de las revistas. Ésta anda ajetreada a todas horas, así sea con darles de comer a las demás, y por eso no se ha enterado de quién soy, ni tampoco se ha pasado todo el tiempo pensando en lo que han pensado las demás».

Lo estaba observando.

—¿Hace cuánto que conoce usted a Louise?

—No hace mucho. La conocí en un baile en la universidad.

—Ah. En fin, yo pienso que el Señor ha tenido compasión del doctor Martino y que por eso le ha permitido servirse del corazón de Louise, no sé si me explico, pero eso es lo que pienso. Y si quiere se puede reír, me da lo mismo.

—No me estoy riendo —dijo Jarrod—. Hábleme de él.

Mirándole a la cara, con aire luminoso, de ave, le contó cómo había aparecido aquel hombre un día de junio, con el traje de lino arrugado y el sombrero de panamá, y le habló de sus ojos. («Los tenía como unos botones de azabache. Y cuando se movía era con enorme lentitud, como si tuviera que insistir en decirse, incluso después de ponerse en marcha, “adelante, ahora, sigue, un paso más”.») Y le contó cómo firmó en el registro, con una letra tan diminuta que apenas se podía descifrar: Jules Martino, Saint Louis, Missouri. Y que año tras año volvía siempre por junio, a pasar el día sentado en el banco, tras el seto de mirtos, a donde el viejo portero negro le llevaba su correspondencia: dos revistas de medicina, un periódico de Saint Louis y las dos cartas de Louise King, una en junio, para decirle que llegaría a la semana siguiente, otra a finales de agosto, diciéndole que ya estaba de vuelta en su casa. En cambio, la propietaria no le contó que tres o cuatro veces al día echaba a caminar un trecho por el sendero, para ver si seguía estando bien, aunque él no se diera cuenta. Mientras la veía contarle todo esto, Jarrod pensó: «A saber qué ríos te habrá obligado a atravesar a ti a nado».

—Llevaba tres años seguidos viniendo —dijo la propietaria— y no conocía a nadie, no parecía que tuviera ganas de conocer a nadie. Ni siquiera yo me había enterado de que tenía el corazón delicado. Pero siguió viniendo (olvidaba decirle que Alvina King ya pasaba el verano aquí, veranea aquí desde que nació Louise) y

un día reparé en que siempre se sentaba de modo que pudiera ver cómo jugaba la pequeña Louise, y se me ocurrió que a lo mejor había perdido a una hija. Eso fue antes de que me dijera que no se había casado y que no tenía familia. Pensé que eso debía de ser lo que le atraía hacia Louise. Y lo miraba mientras él miraba a Louise y la veía crecer. Los veía conversar, lo veía a él mirándola año tras año, así que un día me dije: «Lo que quiere es casarse. Está esperando a que Louise esté en edad casadera». Eso pensé, así es —la propietaria ya no miraba a Jarrod. Rió un momento—. Señor mío, qué cantidad de tonterías he pensado en otros tiempos.

—No me parece que eso fuera una tontería —dijo Jarrod.

—Es posible que no. Louise sería una esposa de la que cualquiera estaría orgulloso, y con razón. Y él está completamente solo, sin nadie que le cuide cuando se haga viejo —la propietaria pasaba de los cincuenta—. Calculo que a mí ya se me ha pasado la hora en la que una piensa que es importante que una mujer se case. Calculo que... como me he encargado yo sola de llevar este negocio, he terminado por creer que no tiene mayor importancia lo que haga cada cual, al menos mientras se alimente bien y tenga una buena cama en que dormir —calló. Por un momento pareció que meditase sobre los jardines de sombras moteadas, las ancianas apiñadas bajo la marquesina que resguardaba el manantial.

—Así que le obligaba a hacer cosas, ¿no? —dijo Jarrod.

—Usted ha hecho caso de lo que cuenta Alvina King —dijo la propietaria—. Él nunca le obligó a hacer nada. ¿Cómo iba a hacer una cosa así, si nunca se levantaba de ese banco? Nunca se levanta de ese banco. Se sentaba allí y la veía jugar, hasta que la niña se fue haciendo mayor para jugar en la tierra. Entonces, a veces charlaban, sentados los dos en el banco. ¿Cómo iba a obligarle a hacer nada, en el supuesto de que quisiera obligarla, eh?

—Supongo que tiene usted razón —dijo Jarrod—. Cuénteme qué pasó cuando ella atravesó el río a nado.

—Ah, ya. A ella le daba miedo el agua, pero un verano aprendió a nadar, aprendió ella sola, en la piscina. Él no estaba allí. Ni tampoco estuvo en el río. Él no lo supo hasta que lo supimos los demás. Él sólo le dijo que no tuviera miedo, que nunca tuviera miedo de nada. ¿Y qué hay de malo en eso, si se puede saber?

—Nada —dijo Jarrod.

—Nada —dijo la propietaria, aunque como si no le escuchara, como si no le

hubiese oído—. Así que vino ella y me lo dijo, y le dije: «¿Con las serpientes y todo, y no has tenido miedo?». A lo que ella me contestó:

»«Sí, tuve miedo. Y por eso lo hice.»

»«¿Por qué lo hiciste?», le pregunté, y me dijo:

»«Cuando te da miedo hacer una cosa, sabes que estás viva. Pero cuando te da miedo hacer lo que te da miedo, es que estás muerta.»

»«Eso ya sé de dónde lo has sacado», le dije. “Me juego lo que sea a que él no atravesó el río a nado.”

»«No tenía por qué —contestó—. Todas las mañanas, cuando se despierta, hace lo mismo que tuve que hacer yo para atravesar el río a nado. Esto es lo que he sacado en claro al hacerlo, ¿no lo ves?», y tomó algo que llevaba colgado de un cordel y me lo enseñó. Era un conejito de metal, o algo parecido; tenía dos centímetros de alto, uno de esos colgantes que se encuentran en las tiendas de baratillo. Se lo había regalado él.

»«¿Y eso qué significa?», le pregunté.

»«Eso es lo que pasa cuando tengo miedo», dijo. “Un conejo, ¿no lo ves? Pero ahora es de latón. La forma del miedo, pero en latón: no se le puede hacer daño. Mientras lo conserve, ni siquiera tendré miedo de tener miedo”.

»«¿Y si tienes miedo?», le dije. “Entonces, ¿qué, eh?”

»«Entonces se lo devolveré a él», dijo. ¿Y qué hay de malo en eso, digo yo? Dígame: ¿qué hay de malo en eso? Alvina King ha sido siempre una boba. Y es que Louise volvió al cabo de una hora. Había estado llorando. Vino con el conejo en la mano.

»«¿Me quiere guardar esto, por favor?», me dijo. “No permita que lo tenga nadie más que yo. Nadie. ¿Me lo promete?”

»Y se lo prometí, y le guardé el conejito. Me lo pidió justo antes de que se marcharan. Fue entonces cuando Alvina dijo que no pensaban volver al verano siguiente.

»«Esta tontería se tiene que acabar», dijo. “Si no, va a terminar por matarla.”

Ese hombre es una amenaza.”

»Y así fue: al verano siguiente no vinieron. Me llegó la noticia de que Louise estaba enferma y supe bien por qué. Supe que Alvina la había empujado a estar enferma, a guardar cama. Pero el doctor Jules vino en junio. “Louise ha estado enferma”, le dije.

»“Sí”, dijo él, “lo sé”.

»Pensé que se había enterado, que ella le había escrito. Pero entonces pensé que seguramente su enfermedad no le había permitido escribir, y que además esa boba de madre que tiene... —la propietaria miraba a Jarrod—. Y es que no habría tenido necesidad de escribirle.

—¿No habría tenido necesidad?

—Él sabía que estaba enferma. Lo sabía. No hacía falta que ella le escribiese para decírselo. Ahora, ríase si quiere.

—No me estoy riendo. ¿Cómo lo sabía?

—Porque lo sabía. Yo supe que lo sabía, así que cuando él no volvió a Saint Louis supe que ella iba a venir. Y en agosto vinieron. Louise había crecido mucho, había estirado, estaba más delgada, y aquella tarde los vi de pie, juntos a los dos, por primera vez. Ella era casi tan alta como él. Fue entonces cuando me di cuenta de que Louise ya era mujer. Y ahora, ahí la tiene: Alvina no hace más que dar la lata, toda preocupada con ese caballo que Louise dice que va a montar.

—Ya ha matado a un hombre —dijo Jarrod.

—Y los automóviles han matado a muchos más. Pero usted monta en automóvil. Usted vino en uno. No le hizo ningún daño atravesar el río a nado, ¿verdad?

—Es que esto es distinto. ¿Cómo puede estar tan segura de que no le hará ningún daño?

—Porque lo sé.

—¿Y cómo lo sabe?

—Usted vaya por allá, vaya a verlo, vaya a ese banco. No le moleste; vaya sólo a verle. Ya verá como entonces también se da cuenta de que lo sabe.

—Hombre, yo querría tener un poco más de seguridad —dijo Jarrod.

Volvió en busca de la señora King. Con Louise no había tenido más que una entrevista breve, violenta, amarga. Había sido la noche anterior; ese día había desaparecido. «Pero él sigue allí sentado, en el dichoso banco —pensó Jarrod—. Ni siquiera está con él. Parece como si no tuvieran que estar juntos siquiera: él sabe, incluso estando en Mississippi y ella en Saint Louis, si está enferma o no. En fin: ahora sí sé quién está en el punto ciego».

La señora King estaba en su habitación.

—A lo que se ve, mi máximo rival es ese caballo —dijo Jarrod.

—¿Es que no se da cuenta de que él la obliga a montar, por la misma razón por la que la obligó a nadar en ese río infestado de serpientes? ¿No se da cuenta de que es sólo para demostrar que puede, y para humillarme?

—¿Y qué puedo hacer yo? —dijo Jarrod—. Intenté hablar con ella ayer por la noche, pero ya vio usted adónde llegamos.

—Si fuera yo un hombre, no tendría que pedirle que haga lo que ha de hacer. Si viese que la chica va camino de la ruina, de arruinarse por culpa de un hombre, y de un hombre al que no hubiera visto yo en la vida, y ni siquiera supiese quién es... viejo o no viejo, con corazón o sin él...

—Volveré a hablar con ella.

—¿A hablar? —dijo la señora King—. ¿A hablar? ¿A usted le parece que le mandé recado para que viniese cuanto antes sólo por hablar con ella?

—Espere, espere —dijo Jarrod—. Ya verá como se arreglan las cosas. De esto me ocupo yo.

Tuvo que esperar él bastante más de lo previsto. Era casi mediodía cuando Louise entró en el vestíbulo del hotel, donde estaba él sentado. Se puso en pie.

—¿Y bien?

Se miraron a los ojos.

—¿Y bien qué?

—¿Sigues decidida a montar ese caballo esta tarde? —preguntó Jarrod.

—Creía que eso ya lo habíamos dejado bien claro anoche. Pero sigues empeñado en meterte donde no te llaman. No he sido yo quien mandó recado para que vinieras.

—Pero estoy aquí. De todos modos, jamás pensé que tendría que venir para competir contra un caballo —ella lo miraba con ojos endurecidos—. Qué digo: con algo mucho peor que un caballo. Con un maldito muerto. Con un hombre que lleva veinte años muerto. Él mismo lo dice, según me han dicho. Y seguro que lo sabe de buena tinta: resulta que es médico, un especialista. Supongo que lo mantienes con vida a golpe de sustos, igual que la estricnina. Estás hecha una Florence Nightingale —ella lo miraba con el semblante impávido, fría—. No estoy celoso —siguió diciendo—. No podría tener celos de ese bicho. Pero cuando veo que te obliga a montar un caballo que ya ha matado... —bajó los ojos para mirarle al rostro helado con que lo miraba ella—. Louise, ¿no te quieres casar conmigo?

Ella dejó de mirarle.

—Pero es porque aún somos jóvenes. Tenemos muchísimo tiempo, tendremos todo el resto del tiempo. Y tal vez el año que viene, este mismo día, pero el año que viene, cuando todo esté tan bonito, tan cálido, tan verde, y él esté... Es que tú no lo entiendes. Yo al principio tampoco lo entendía, cuando él me dijo cómo es el vivir día tras día con una caja de cerillas llena de cápsulas de dinamita en el bolsillo de la camisa. Un día, cuando tenía yo edad de entender, me dijo que no hay en el mundo nada que no sea vivir, estar vivos, saber que estamos vivos. Y tener miedo es saber que estás vivo, pero cuando haces aquello que te da miedo es cuando vives. Dice que es mucho mejor tener miedo que estar muerto. Él me lo dijo aun cuando en todo momento seguía teniendo miedo, antes de renunciar a tener miedo y saber así que estaba vivo sin vivir. Y ahora que ha renunciado a eso, ahora sólo tiene miedo. ¿Qué quieres que haga yo?

—Ya. Y yo en cambio puedo esperar, porque no llevo una caja de cerillas llena de cápsulas de dinamita en el bolsillo de la camisa. Ni tampoco una caja de polvos para hacer conjuros, claro.

—No cuento con que lo entiendas. No fui yo quien te mandó recado para que

vinieras. Yo no quería que te vieras mezclado en esto.

—Pues en eso nunca te paraste a pensar cuando aceptaste el anillo que te di. Además, ya me has mezclado en todo esto, me mezclaste desde la primera noche en que te vi. Y eso aquella noche no te importó. Así que ahora sé mucho más de lo que sabía antes. Por cierto, ¿y él qué opina de ese anillo? —ella no respondió. No le estaba mirando, pero tampoco había apartado la cara—. Entiendo —dijo él al poco—. No sabe nada del anillo. Nunca se lo has querido enseñar —ella siguió sin decir nada, sin mirarle, sin apartar la mirada—. De acuerdo —dijo—, te daré una última oportunidad.

Ella lo miró.

—¿Una última oportunidad para qué? Ah —añadió—. El anillo. Quieres que te lo devuelva, es eso —él la miró, estirada, inexpresiva, al sacar del interior del vestido un delgado cordel del que estaba colgado el anillo y un segundo objeto que él reconoció en el gesto seco con que se rompió el cordel, el conejito de metal del que le había hablado la propietaria del hotel. Desapareció y algo le golpeó con fuerza, un picotazo en la mejilla. Ya se había dado la vuelta ella, ya caminaba veloz hacia las escaleras. Pasados unos instantes, se agachó a recoger el anillo del suelo. Miró en derredor. «Están todos en el manantial —pensó con el anillo en la palma de la mano—. A eso vienen todos aquí: a tomar las aguas».

Allí estaban todas, apiñadas bajo la marquesina que resguardaba el manantial, con sus echarpes de colores y sus revistas. Cuando se acercó al grupo, la señora King se destacó con uno de los vasos empañados en la mano.

—¿Y? —dijo—. ¿Y?

Jarrod extendió la mano en la que llevaba el anillo. La señora King lo miró con semblante frío, callada, ultrajada.

—A veces me pregunto si es de verdad mi hija. ¿Qué hará usted ahora?

También Jarrod contempló el anillo, con el semblante igualmente frío, inmóvil.

—Al principio pensé que tenía que competir contra un caballo —dijo—. Pero, a lo que se ve, aquí hay mucho más de lo que suponía, mucho más de lo que se me dijo.

—Monsergas —dijo la señora King—. ¿O es que se ha parado a oír las bobadas que cuenta Lily Cranston, o las de esos vejestorios de allá? Están todas atontadas.

—Pero es que nunca he llegado a saber más de lo que parece que todo el mundo ha sabido en todo momento. Claro que yo no soy sino el hombre con el que ella se iba a casar —miró el anillo—. ¿Qué le parece que debería hacer ahora?

—Si es usted un hombre que tiene que pararse a oír consejos de una mujer en un caso como éste, yo diría que lo mejor es que acepte el consejo, tome su anillo y se vuelva a Nebraska, o a Kansas, o a donde sea.

—Oklahoma, es Oklahoma —dijo Jarrod con resentimiento. Cerró la mano en torno al anillo—. Seguro que él está en su dichoso banco —añadió.

—¿Y por qué no iba a estar allí? —dijo la señora King—. Allí no tiene a nadie a quien temer.

Pero Jarrod ya se marchaba.

—Vaya usted con Louise —dijo—. Yo me ocupo de esto.

La señora King lo vio alejarse por el sendero. Se dio la vuelta entonces y arrojó el vaso empañado de agua sucia en una mata de adelfas para entrar deprisa en el hotel y subir la escalera. Louise estaba vistiéndose en su habitación.

—Así que le has devuelto a Hubert el anillo —le dijo la señora King—. Ese hombre se habrá quedado contento. Ahora ya no tendrás secretos con él, caso de que el anillo fuera un secreto. Como no parece que en lo que a él se refiere guardes nada en privado, como no parece que desees ninguna...

—Basta —dijo Louise—. Tú no me puedes hablar así.

—Ah, vaya. Él estaría orgulloso si oyera hablar así a su discípula.

—Él nunca me daría la espalda. Pero vosotros me dais la espalda —delgada, tensa, permanecía en pie con las manos pegadas a los costados. De pronto se echó a llorar con la cara bien levantada, las lágrimas rodando por sus mejillas—. Me desvivo y me desvivo y no sé qué hacer, y ahora tú, mi propia madre, me das la espalda.

La señora King se sentó en la cama. Louise permanecía a medio vestir, las prendas que se había quitado esparcidas sobre la cama y la silla. En la mesilla, junto a la cama, estaba el conejito de metal. La señora King lo miró un instante.

—¿Tú te quieres casar con Hubert? —le dijo.

—¿Acaso no se lo he prometido, no te lo he prometido a ti? ¿No acepté su anillo de compromiso? Lo que pasa es que no me dejáis en paz. Él no me da tiempo, no me da una oportunidad. Y ahora tú también me das la espalda. Todo el mundo me da la espalda, todos, salvo el doctor Jules.

La señora King la miraba con frialdad, inamovible.

—Me parece que la boba de Lily Cranston tiene razón. Me parece que ese hombre tiene algún poder criminal sobre ti. Sólo doy gracias a Dios de que no lo haya usado nada más que para intentar obligarte a matarte, a quedar como una perfecta imbécil. Pero todavía no ha ocurrido, claro...

—¡Basta! —dijo Louise—. ¡Ya basta! Basta, basta —siguió diciendo incluso cuando la señora King se acercó y la rozó—. ¡Tú me das la espalda! Y ahora Hubert me da la espalda. Te ha hablado de ese caballo cuando me prometió que no diría nada.

—Yo ya lo sabía. Por eso mandé recado para que viniese. Yo sola no podía hacer nada contigo. Además, cualquiera debería impedir, como sea, que montes ese animal.

—Tú no me lo puedes impedir. Me podrás encerrar hoy en esta habitación, pero no me podrás tener siempre encerrada. Porque eres más vieja que yo. Aunque falten cien años, te tendrás que morir antes que yo. Y entonces volveré y montaré ese caballo, así que necesite esperar mil años.

—A lo mejor yo ya no estoy —dijo la señora King—, pero tampoco estará él. Más que él seguro que vivo. Y de todos modos sí te puedo tener encerrada un día en esta habitación.

Al cabo de un cuarto de hora, el viejo portero del hotel llamó a la puerta. La señora King fue a abrir.

—El señor Jarrod desea verla, la espera en el vestíbulo —dijo.

Cerró la puerta con llave al salir. Jarrod estaba abajo. No había nadie más en el vestíbulo.

—¿Y? —dijo la señora King—. ¿Y?

—Ha dicho que a ver si Louise le dice en persona que quiere casarse conmigo. Que le envíe una señal.

—¿Una señal? —los dos hablaban en voz baja, bastante tensos, aunque con calma, con seriedad.

—Sí. Le mostré el anillo. Estaba sentado en ese dichoso banco, con ese traje que parece que lleva todo el verano sin quitárselo ni para dormir, mirándome con unos ojos como si no diera crédito a que ella haya llegado a ver el anillo. Y me dijo: «Ah, tiene usted el anillo. Su prueba parece estar en las manos en las que no debiera. Si Louise y usted se hubiesen prometido y si se fuesen a casar, es ella quien debiera llevar el anillo. ¿O será que me he quedado un poco anticuado?». Y yo estaba de pie como un idiota, y él miraba el anillo como si lo hubiera comprado en una tienda de baratillo. Ni siquiera quiso tocarlo.

—¿Usted le mostró el anillo? ¿El anillo? Será idiota... ¿Qué...?

—Sí, tiene razón. No lo sé. Fue, creo, por su manera de estar ahí sentado, por su manera de obligarle a ella a hacer lo que quiere, digo yo. Fue como si se estuviera riendo de mí a la cara, como si supiera perfectamente que no hay nada que pueda hacer, nada que se me ocurra hacer y que él no haya pensado antes. Como si supiera que siempre podrá interponerse entre nosotros antes de que... con el tiempo...

—Y entonces... ¿qué? ¿Qué clase de señal dijo que...?

—No lo dijo. Sólo dijo que una señal, algo que fuese derecho de la mano de ella a la de él. Para que pudiera creer, ya que al tener yo el anillo había saltado mi prueba por los aires. Tuve que sujetar la mano antes de soltarle una bofetada; él estaba sentado en el banco como si tal cosa. Ni se movió. Siguió sentado, con los ojos cerrados, sudando la gota gorda. Entonces abrió los ojos y dijo: «Ahora deme un puñetazo si quiere».

—Un momento —dijo la señora King. Jarrod no se había movido. La señora King miró a la otra punta del vestíbulo desierto, dándose golpecitos en los dientes con una uña—. Una prueba —dijo—. Una señal —se movió—. Usted espere aquí —volvió a las escaleras, una mujer de peso considerable, desplazándose con la

celeridad indomable de una locomotora. No tardó en volver—. Louise está durmiendo —dijo, aunque Jarrod no entendió por qué motivo: de haberle prestado atención tampoco lo hubiera adivinado—. ¿Puede usted tener el automóvil listo en veinte minutos?

—Sí, claro, pero ¿para q...?

—Y el equipaje hecho. Yo me ocupo de todo lo demás.

—¿Y Louise? ¿Quiere usted decir...?

—Se pueden casar en Meridian, no tardará más que una hora en llegar.

—¿Casarnos? ¿Louise ha...?

—Yo tengo una señal de ella que él sí creará. Usted tenga listas sus cosas y no diga a nadie adónde va, ¿entendido?

—Sí, sí. ¿Y Louise ha...?

—He dicho a nadie. Tenga... —le puso algo en la mano—. Recoja sus cosas, y luego tome esto y se lo da a ese hombre. Es posible que insista en que quiere verla, pero de eso me encargo yo. También puede que quiera escribirle una nota. Usted haga lo que le he dicho —se volvió hacia las escaleras deprisa, con agilidad controlada, y desapareció. Jarrod abrió la mano y miró el objeto que ella le dio. Era el conejo de metal. Había tenido un baño dorado, pero eso fue años atrás. Ahora yacía en la palma de su mano, en su muda y deslucida oxidación. Cuando salió de allí no iba exactamente a la carrera, aunque sí muy deprisa.

Pero al regresar al vestíbulo un cuarto de hora después, iba corriendo a toda velocidad. La señora King le estaba esperando.

—Ha escrito la nota —dijo Jarrod—. Una para Louise y otra para dejársela aquí a la señorita Cranston. Me dijo que, si quería, podía leer la destinada a Louise —pero la señora King ya se la había arrebatado de la mano y la había abierto—. Me dijo que podía leerla —dijo Jarrod. Respiraba deprisa, jadeando—. Me vio leerla; estaba sentado allí, en el banco. Ni siquiera movió las manos desde que me planté delante de él. Y me dijo: «Joven, señor Jarrod, a usted le ha conquistado una mujer, igual que a mí. Pero con una diferencia: aún ha de pasar mucho tiempo hasta que comprenda usted que, con conquistarlo, lo ha aniquilado». Y le dije: «Si es Louise quien me va a aniquilar, me propongo morir a diario durante el resto de mi vida o

de la suya». Y me dijo: «Ah, Louise. ¿Me estaba hablando usted de Louise?». Y le dije: «Muerto». Le dije: «Muerto». Le dije: «Muerto».

Pero la señora King no estaba allí. Ya había arrancado a subir por las escaleras. Entró en la habitación. Louise se volvió en la cama con la cara hinchada por las lágrimas o el sueño. La señora King le dio la nota.

—Toma, cariño. ¿Ves? ¿Qué te dije? Sólo quería dejarte en entredicho. Ponerte en ridículo. Utilizarte para pasar el rato.

El coche circulaba a gran velocidad cuando enfiló por la carretera.

—Deprisa —dijo Louise. El coche aceleró; miró una vez más hacia el hotel, los jardines repletos de adelfas y de setos de mirto, y entonces se agachó aún más en el asiento, al lado de Jarrod—. Más deprisa.

—Eso digo yo, más deprisa —dijo Jarrod. La miró de reojo y la volvió a mirar. Iba llorando—. ¿Tan contenta estás? —le dijo.

—He perdido una cosa —respondió llorando en silencio—. Una cosa que he tenido desde hace mucho tiempo, una cosa que me regalaron cuando era niña. Y ahora la he perdido. Esta mañana la tenía, pero luego no la pude encontrar.

—¿La has perdido? —dijo él—. Te la regaló... —levantó el pie del acelerador; el coche perdió velocidad—. Pero si tú se la...

—¡No, no! —dijo Louise—. ¡No te pares! ¡No vuelvas! ¡Sigue!

El coche circulaba a escasa velocidad, cada vez más lento, aun sin pisar el freno.

—Pero si tú se la... Ella me dijo que estabas durmiendo —dijo, y entonces sí frenó.

—¡No, no! —exclamó Louise. Iba adelantada en el asiento; no pareció que le hubiese oído—. ¡No vuelvas! ¡Sigue, sigue!

«Y él lo sabía —pensó Jarrod—. Allí sentado, en el dichoso banco, lo sabía. Cuando dijo lo que dijo, cuando dijo que yo ni siquiera había comprendido que me había aniquilado».

El coche se detuvo casi por completo.

—¡Sigue! —gritó Louise—. ¡Sigue!

Él la estaba mirando. Por sus ojos, parecía que ella estuviera ciega. Estaba muy pálida, blanca, con la boca abierta, en una mueca de agonía, de desesperación, de una rendición tal que, de haber sido él más viejo, habría comprendido que nunca más volvería a ver en la cara de nadie. Miró entonces cómo su propia mano accionaba la palanca de cambios, cómo su pie volvía a pisar el acelerador. «Él mismo lo dijo —pensó Jarrod—: Tener miedo y pese a todo actuar. Él mismo lo dijo: no hay en el mundo nada que no sea vivir, estar vivos, saber que estamos vivos».

—¡Más deprisa! —gritó Louise—. ¡Más deprisa!

El coche ganó velocidad; quedaron atrás el edificio y la ancha veranda en donde los echarpes de colores guardaban silencio.

En medio de esa reunión de holgados vestidos de verano, de respiraciones viejas y sibilantes, de voces femeninas y entrecortadas que farfullaban a ratos, la propietaria estaba en la veranda con la otra nota en la mano.

—¿Casada? —dijo—. ¿Casada?

Como si no fuera ella, sino otra persona, se vio abrir la nota y leerla de nuevo. No le llevó apenas tiempo:

Lily:

No se preocupe por mí durante un rato más. Me quedaré aquí sentado hasta la hora de la cena. No se preocupe por mí.

J. M.

—No se preocupe por mí —dijo—. Por mí... —fue al vestíbulo, donde el negro viejo faenaba con la escoba—. ¿Y dices que esto te lo dio el señor Jarrod?

—Sí, señora. Me lo dio deprisa y corriendo. Y cuando me quise dar cuenta...

¡bruum!, ya habían salido la señorita Louise y él a todo meter por el camino, hacia la carretera, como una patrulla en busca de negros fugitivos.

—¿Y se fueron camino de Meridian?

—Sí, señora. Pasando por delante del banco en que se sienta el doctor Jules.

—Casada —dijo la propietaria—. Casada...

Con la nota todavía en la mano, salió del edificio y tomó el sendero hasta que avistó el banco en que vio sentada, inmóvil, una figura vestida de blanco. Se detuvo de nuevo, releyó la nota; una vez más oteó el camino hacia el banco que miraba a la carretera. Y volvió al edificio. Las mujeres se habían dispersado en las tumbonas, aunque sus murmullos aún resonaban en la veranda, sibilantes, inextricables unos de los otros; cesaron de pronto cuando la propietaria se acercó y entró en el edificio a buen paso. Fue cuando faltaba una hora para que se pusiera el sol.

Caía la tarde cuando entró en la cocina. El portero estaba sentado en una silla, junto a los fogones, hablando con la cocinera.

—Tío Charley —dijo la propietaria desde la puerta—, ve a decirle al doctor Jules que la cena estará lista enseguida, por favor.

El portero se puso en pie y salió de la cocina por la puerta de servicio. Al pasar por la veranda, la propietaria se encontraba en el último peldaño. Lo vio marchar, desaparecer por el sendero, camino del banco. Pasó una mujer y le dijo algo, pero ella no respondió: fue como si no la hubiera oído, atenta a los matorrales tras los que desapareció el negro. Y cuando reapareció las huéspedes que estaban en la veranda la vieron ponerse en marcha y bajar los peldaños antes incluso de que se dieran cuenta de que el negro iba corriendo, y de súbito callaron y se adelantaron en las tumbones y la vieron cruzarse con el negro sin detenerse, con la falda recogida por el dobladillo, con sus pantorrillas y sus pies de maestra de escuela, y desaparecer por el sendero también a la carrera. Seguían sentadas todas al borde de las tumbonas, en silencio, cuando reapareció: la vieron llegar envuelta en la luz del crepúsculo y subir las escaleras del porche, con una cara en la que se notaba que había visto algo de cuya verdad no dudaba, aunque no estaba del todo dispuesta a creer que fuera en efecto verdad. Tal vez por eso habló con voz bastante baja cuando se dirigió a una de las huéspedes llamándola por su nombre, llamándola «querida».

—El doctor Martino acaba de morir. ¿Le importaría llamar por teléfono al

pueblo? Hágalo por mí.^[*]

La caza del zorro

Tres horas faltaban para que amaneciera cuando los mozos de cuadra, negros los tres, se acercaron al establo. Llevaban un farol. Mientras uno abría el cerrojo y recorría el portón, el que portaba el farol lo alzó y proyectó el haz en la negrura, donde la linde del pinar frisaba la cerca del prado. En esa negrura, tres pares de ojos grandes y espaciados asomaron un instante con sendas miradas mansas y desaparecieron.

—¿Hola? —gritó el negro—. ¿Cace frío, o qué?

No hubo respuesta, nada se oyó en la negrura; los ojos de mula no volvieron a asomar. Los negros entraron al granero murmurando entre sí; desde el establo llegó una carcajada que parecía flotar, floja, sin ton ni son, idiota.

—¿Cuántos dices cas visto? —dijo el segundo de los negros.

—No son más que tres mulas —dijo el que portaba el farol—. Pero fijo que hay más. Tío Mose llegó a eso de las dos, a saber por dónde andó con ese caballo, *Upité*. Ha dicho que ya andaban dos esperando. Y encima son de los que comen barro. Ya te digo.

En los establos, los caballos empezaron a relinchar y a piafar. El morro alargado y alto de cada uno asomaba por encima de las puertas encaladas, lanzando sombras bruscas, ansiosas. El ambiente era denso, cálido, amoniacal, limpio. Los negros comenzaron a echar forraje en los pesebres de fábrica, pasando de cuadra en cuadra con la inteligente agilidad de los monos, soltando gritos flojos, sin ton ni son.

—Ea, ea. Aparta, guapo. Hoy sí que pillamos al dichoso zorro.

En la negrura, donde la linde del pinar frisaba la cerca del prado, se habían acuclillado once hombres rodeados por once mulas sujetas del roncal. Era noviembre y el alba era fría, y los hombres permanecían agachados, sin forma, sin moverse, sin hablar. Del establo llegaba el ruido que hacían los caballos al comer; antes de que amaneciera apareció el duodécimo hombre montado en una mula, que

desmontó y se acuclilló entre los demás sin decir palabra. Al hacerse de día y salir del establo el primero de los caballos ensillados, la escarcha respunteaba la hierba y el tejado del establo parecía de plata en la plata de la luz.

Bien se vio entonces que los hombres acuclillados eran todos blancos y vestían sobretodos, y que todas las mulas, menos dos, iban sin ensillar. Se habían congregado procedentes de las cabañas de una sola estancia, con suelo de tierra batida, que había esparcidas por los pinares, y se acuclillaban con decoro, serios, pacientes, entre las mulas flacas que lucían costras de barro en los flancos y tenían abrojos apelonados en el pelaje, atentos a los caballos ensillados, espléndidos, todos con un pedigrí más esclarecido que el de Harrison Blair, que era dueño de todos ellos, según salían uno a uno de un establo caldeado con vapor y subían por el camino de grava hacia la casa, a la entrada de la cual una jauría de perdigueros ya se agitaba, ladraba, aullaba, hasta llegar al porche, donde empezaban a juntarse hombres y mujeres con botas de caña, de buen cuero, y chaquetas rojas.

Desaliñados, sin prisas, apenas atentos a nada, vistos al menos de fuera, los hombres de los sobretodos vieron a Harrison Blair, dueño de la casa y de los perros, y acaso también de alguno de los invitados, montar un caballo negro, grande, de aire enconado, y vieron a otro hombre aupar a la esposa de Harrison Blair a lomos de una yegua castaña antes de montar a su vez en un caballo pinto.

Uno de los hombres de los sobretodos mascaba tabaco despacio. A su lado estaba un joven también con sobretodo, larguirucho, con un amago de barba blanda y rala. Hablaban sin mover la cabeza, sin mover los labios apenas.

—¿Es ése? —dijo el joven.

El hombre de más edad escupió con toda intención, sin moverse.

—¿Ése qué?

—El de su mujer.

—¿El de la mujer de quién?

—El de la mujer de Blair.

El otro contempló el grupo reunido ante la casa. Más bien pareció que lo contemplase. Su mirada era inescrutable, inexpresiva, sin apremio; nadie hubiera sabido con certeza si miraba o no al hombre y a la mujer.

—No des crédito a nada de lo que oigas, y no te vayas a creer ni la mitad de lo que veas —dijo.

—¿A ti qué te parece? —dijo el joven.

El otro escupió con intención, con cuidado.

—Nada —dijo—. No tiene nada que ver con mi mujer. Ese menda —dijo entonces sin alzar la voz, sin cambiar de inflexión, aunque ahora hablaba con un mozo de cuadra que parecía el encargado de los demás, que se le había acercado— no es dueño de ningún caballo.

—¿Quién dice que no es dueño de ningún caballo? —dijo el mozo. El blanco señaló al hombre que sujetaba el caballo pinto de modo que se pegara casi al flanco de la yegua castaña—. Ah —añadió—, el señó Gawtrey. Lástima daría el caballo si él fuera su dueño.

—Lástima da también el caballo del que sea dueño —dijo el blanco—. Lástima da todo lo que posea.

—¿Quiere decir el señor Harrison? —dijo el mozo—. ¿O es causté le parece que todos esos caballos andan pendientes de que se les tenga lástima?

—Pues claro —dijo el blanco—. Así es. Digo yo que a ese caballo negro le encanta que lo cabalguen como lo cabalga él.

—Ni se le ocurra a usted ir a compadecerse de ninguno de los caballos de Blair —dijo el mozo.

—Claro, claro —dijo el blanco. Parecía que contemplase los caballos de pura sangre que vivían en un edificio caldeado con vapor, a los que calzaban botas de caña y chaquetas rosas, al propio Blair a lomos del negro corcel que ya se impacientaba—. Se ha pasado ya tres años intentando dar caza a esa alimaña —dijo—. ¿Por qué no permite que uno de sus chicos le pegue un tiro o la envenene?

—¿Pegarle un tiro? ¿Envenenarla? —dijo el mozo—. Pero ¿es que no sabe usted casí no se caza a un zorro?

—¿Y por qué no?

—Pues por queso no es justo —repuso—. Ya lleva tiempo de sobra por aquí,

ya tendría que saber cómo cazan los cabasseros.

—Claro —dijo el blanco. No miraba al encargado de los mozos—. No entiendo yo cómo es que un hombre tan rico como se dice que es —volvió a escupir, y en el acto hubo algo precario, pero sin intención de insultar, como si hubiese señalado a Blair con el dedo índice— encuentra tiempo para odiar a una zorrita como ésa. Ni siquiera permite que los perros la apresen. Se empeña en galopar más veloz que los perros para poder matarla él a estacazos, como si fuera una serpiente. Aquí viene todos los años y se trae a toda esa gente, y les da alojamiento y comida, sólo por acosar a una zorra flaca y vieja que podría yo cazar en una sola noche, con una escopeta y un buen perdiguero.

—Ya lo ve usted, otra cosa de los cabasseros que no llegará usted a saber nunca —dijo el mozo.

—Claro —dijo el blanco.

La loma era un largo bancal de pinares y arenales, quebrado por un flanco en brechas por las que se veía un arrozal en barbecho, de casi una milla de anchura, que iba a rematar en una represa asfixiada por las zarzas. Los dos hombres con sobretodos, el joven y el mayor, esperaban en sus mulas en una de esas brechas y escrutaban el campo. Más adelante, por la loma, a una media milla de distancia, los perros habían perdido el rastro. Los alaridos y ladridos rebotaban en la loma y volvían desconcertados, estridentes, con profunda urgencia.

—Cualquiera hubiese dicho que en tres años ha tenido tiempo de entender que no cazaré a una zorra en Carolina con esos perros yanquis, tan de ciudad —dijo el joven.

—Eso ya lo sabe —dijo el otro—. No quiere que los perros la cacen. No soporta que un perro de raza le tome la delantera.

—Pues ahora van todos por delante.

—¿Te lo parece?

—¿Dónde está, si no?

—No lo sé. Pero sé que ahora mismo no está más cerca de esos perros bobos que de la zorra. Allí donde esté la zorra ahora asentada, riéndose de los perros, allí es adonde va él derecho.

—No me irás a decir que hay un solo hombre en el mundo capaz de olfatear el rastro de una zorra allí donde un perro de ciudad no es capaz de saber por dónde va.

—Aquellos perros de allá no son capaces de encontrar el rastro porque no odian a esa zorra. Un buen perro entrenado para el zorro, o para el mapache, o para la zarigüeya, es un buen perro porque odia al zorro, al mapache o a la zarigüeya, pero no porque tenga un olfato excepcional. No es el olfato lo que le guía; es el odio. Y, por eso, cuando vea por dónde cabalga ese menda, te diré por dónde se ha escapado la zorra.

El joven emitió un sonido que le salió entre la garganta y la nariz.

—Un hombre hecho y derecho. Mira que odiar a una maldita zorra sarnosa... Que me ahorquen si no cuesta quebraderos de cabeza eso de ser rico. Que me ahorquen si no.

Escutaron el campo. De la falda de la loma, más abajo, llegaba la desconcertada algarabía de los perros. El último jinete con botas de caña y chaqueta rosa había pasado de largo, y los dos seguían en sus mulas, sumidos en un silencio profundo, soleado, vinoso, aguzando el oído, con expresiones idénticas, sombrías y sardónicas, en los semblantes demacrados, amarillentos. El joven entonces volvió la mula y miró de nuevo a la loma, en dirección al lugar del cual provino la carrera. En ese momento el otro también volvió la mula e, inmóviles, sin hacer ruido, vieron llegar y pasar de largo a otros dos jinetes. Eran la mujer de la yegua castaña y el hombre del caballo pinto. Pasaron como una sola bestia, como un centauro doble o hermafrodita, con dos cabezas y ocho patas. La mujer llevaba el sombrero en la mano; con el sol de soslayo resplandecía la nube fina y vaporosa de su cabello sin sujetar como los flancos castaños del animal, como un fuego suave, una masa que pareció demasiado pesada para su cuello esbelto. Montaba la yegua con una suerte de torpeza delicada, inclinándose hacia delante como si tratara de rebasarla, con aire de fugitiva dentro de una fuga, separada, distinta de la velocidad de la yegua.

El hombre sujetaba al caballo pinto de modo que se pegase al flanco de la yegua a galope tendido. Llevaba una mano sobre la mano con que la mujer sujetaba las riendas, y despacio, pero con firmeza, retenía a la vez a ambas monturas, frenando su carrera. Se inclinaba hacia la mujer; los dos hombres en sus mulas lo vieron de perfil, inclinado, pasar de largo con el aire de frialdad implacable que tiene un halcón cuando vuela en picado; vieron que hablaba con la mujer. Así pasaron, en un remedo del tordo y el halcón en un instante de aterradora

inmovilidad en pleno vuelo, con algo tan repentino como hubiera sido una aparición espectral: el suave precipitarse de los cascos en las agujas resacas del pinar y el instante en que desaparecieron, la mujer inclinada como la viva imagen de una fuga y persecución a lomos de un relámpago.

Desaparecieron.

—A ése —dijo el joven al cabo— tampoco parece que le hagan falta los perros —seguía mirando hacia el lugar por donde se esfumaron los jinetes. El otro no dijo nada—. Sí, señor —dijo el joven—. Igualita que una zorra. Que me ahorquen si llego a ver cómo con ese cuello tan delgado que tiene... Es como cuando se ve un zorro y uno se pregunta cómo puede ese dichoso animalillo escabullirse entre la maleza. Y una vez le oí decir —indicó a su vez sin siquiera escupir que se refería al jinete del negro corcel, no al del caballo pinto—... le oí decirle algo a ella, algo que no dice un hombre a una mujer si no están solos, y a ella se le pusieron los ojos rojos como los de un zorro, y luego castaños como los de un zorro —no respondió el otro. El joven lo miró.

El de más edad estaba ligeramente inclinado en su mula, escrutando el campo.

—¿Qué es aquello? —dijo. El joven también miró. Desde la linde del bosque, debajo de donde estaban, llegó en una racha el precipitarse de los cascos en sordina y luego el estrépito en el sotobosque. Vieron entonces aparecer a galope tendido a Blair en el negro corcel. Se adentró por el arrozal llevado por la inercia de la carrera y comenzó a atravesarlo con la velocidad inquebrantable y la derecha con que vuela el cuervo, siguiendo un rumbo tan recto como la trazada de un agrimensor en dirección a la represa que cerraba el campo por el extremo opuesto—. ¿Qué te dije? —dijo el de más edad—. Esa zorra ha ido a esconderse allá, en la represa. En fin, no será la primera vez que se miren uno al otro a los ojos. Hace un par de años ya le anduvo muy cerca, tanto que poco le faltó para tirarle un fustazo.

—Claro —dijo el joven—. A esta gente no le hacen falta los perros.

Por la tenue senda de arena que seguía la cresta de la loma, y frente a otra brecha abierta entre los árboles, por la cual se veía un segmento del arrozal en forma de porción de un pastel, a cierta distancia, en la retaguardia de la partida de caza, se había detenido un Ford con trasera de camión ligero. Al volante se hallaba un chófer con uniforme. A su lado, envuelto en un abrigo negro, encorvado, un hombre con un bombín. Tenía un rostro suave, flácido, con pinta de que nunca

hubiera estado al aire libre, y fumaba un cigarrillo: un semblante sardónico, compuesto, aunque en esos instantes resultara un tanto fatigado, y feroz, como el de un hombre inclinado a no salir al aire libre, criado en interiores, contrariado por estar sujeto, y desvalido, ante una inclemencia natural, como podían ser el frío o la humedad. Estaba hablando.

—Desde luego. Todo esto es propiedad de ella. La casa y todo lo demás. Su señor padre era el dueño antes de que se trasladara a Nueva York y se enriqueciera. Y Blair nació aquí. Él volvió a comprar los terrenos y se los dio a ella como regalo de boda. Todo lo que conservó es eso que está empeñado en cazar, lo que sea.

—Y a eso no le podrá echar el guante —dijo el chófer.

—Desde luego. Aquí viene todos los años y se queda dos meses, sin nada que ver, sin otro sitio adonde ir, sin gente que frecuentar, quitando a esos que comen barro y a esos negros indecentes. Si lo que quiere es pasar dos meses al año viviendo en medio de un rebaño de negros, ¿por qué no se larga a pasar un rato en Lenox Avenue? No hay por qué beberse la ginebra. Pero él tenía que comprar este terreno y dárselo a ella de regalo porque ella es una de esas sureñas a las que les podría entrar la nostalgia o lo que sea. En fin, eso tampoco es mala cosa, digo yo. A mí, la calle Catorce ya me queda demasiado al sur. De todos modos, si no fuera esto sería Europa, o quién sabe. No sé yo qué sería peor.

—¿Y por qué se casó con ella? —preguntó el chófer.

—¿Tú quieres saber por qué se casó con ella? Pues no fue por la pasta, por más que tuvieran un montón de pasta gracias a todo ese petróleo indio de Oklahoma...

—¿Petróleo indio?

—Desde luego. El Gobierno cedió esa parte de Oklahoma a los indios porque nadie se la quiso quedar, y cuando allí se asentó el primer indio y se cayó muerto en redondo y lo quisieron enterrar, nada más hincar la pala en el suelo el chorro de petróleo le arrancó de la mano la pala al enterrador, así que empezaron a llegar los blancos en tropel. Aparecían con un Ford nuevecito y un mecánico que lo conducía, y se plantaban donde los indios y les decían... «A ver, John: ¿cuánta agua podrida mana en la puerta de tu casa?». Y el indio respondía que eran tres pozos, o trece, o los que fueran, y el blanco contestaba: «Es una pena. Es una verdadera pena cómo os ha hecho la vida imposible el Padre Blanco, chicos, una pena. Pero no os

preocupéis. ¿Habéis visto ese coche nuevecito, que está a estrenar? Bueno, pues yo os lo regalo para que podáis montar todos y largaros a un sitio donde no salga de la tierra el agua podrida, donde el Padre Blanco no os pueda hacer la vida imposible nunca más». El indio montaba a toda la familia en el coche y el mecánico ponía rumbo al oeste, digo yo, y le enseñaba al indio dónde estaba el tapón del depósito de la gasolina y se bajaba del coche y se subía al primero que lo llevase de vuelta a la ciudad. ¿Lo ves?

—Vaya —dijo el chófer.

—Desde luego. Total, que en Inglaterra estábamos una vez, ocupándonos de nuestros propios asuntos, cuando la anciana dama de por aquí y su hija la pelirroja fueron a darse un garbeo por Europa, o donde fuera, y la pelirroja iba a estudiar allí, y no pasó ni una semana hasta que viene Blair y me dice: «Mira, Ernie: nos vamos a casar. ¿Qué cuernos te parece?». Y era un hombre que en toda su vida no había hecho más que ahuyentar las faldas para pasarse la noche entera bebiendo a su antojo y el día entero viendo si era capaz de reventar un caballo de tanto cabalgar, y de pronto le da la ventolera de casarse. En menos de una semana. Nada más ver yo a la anciana dama supe cuál de los dos, entre el marido y ella, era el que se había quedado con los pozos de petróleo de los indios.

—Muy buena tuvo que ser para echarle el lazo a Blair y además tan deprisa —dijo el chófer—. Y eso tuvo que ser duro para ella, eso sí. Mucho me fastidiaría a mí que mi hija fuera suya. Y no quiero decir nada contra él, claro.

—A mí me fastidiaría horrores que mi perro le perteneciera a él. Una vez le vi matar a un perro porque no le hacía caso. Lo mató con un bastón, de un golpe. Y va y me dice... «Ven acá. Dile a Andrews que se lleve esto de aquí».

—No entiendo cómo lo aguantas —dijo el chófer—. Una cosa es conducir sus coches. Pero tú te pasas el día y la noche con él en la casa...

—Eso lo tenemos zanjado. Antes me tomaba a mí por su caballo cuando se emborrachaba. Un día me puso la mano encima y le dije que lo iba a matar. «¿Cuándo?», me suelta. «¿Cuando vuelvas del hospital?» «A lo mejor, antes de ir», le digo. Tenía yo la mano en el bolsillo. «Te creo», me dice. Así que ahora nos entendemos. Yo guardé el arma y él ya no me toma por su caballo y nos entendemos.

—¿Por qué no lo dejas?

—Pues no sé. Es un buen trabajo, aunque no hagamos otra cosa que ir y venir. ¡Caramba! Si la mitad de las veces no sé si el tren siguiente va a Ty Juana o a Italia; la mitad de las veces no sé ni dónde estoy, ni si a la mañana siguiente podré leer el periódico. Y a mí él me cae bien, como yo a él.

—A lo mejor dejó de tomarte por su caballo porque tenía otra cosa que montar —dijo el chófer.

—Puede ser. De todos modos, cuando se casaron resultó que ella jamás había montado a caballo, nunca en su vida. Hasta que él le regaló ese caballo castaño que va a juego con su cabello. Hasta Kentucky nos fuimos a buscarlo, y volvió en el mismo vagón que él. No conmigo, ojo; yo por él haría lo que fuese siempre que fuese razonable, pero ni hablar de montarme en el mismo vagón para caballos, mucho menos con un caballo dentro. Así que yo volví en coche cama.

»Él no le dijo nada del caballo hasta que lo tuvo en el establo, “Pero si yo no quiero montar”, le dice ella.

»“De mi esposa se da por sentado que sepa montar”, dice él. “Esto no es Oklahoma.”

»“Pero si yo no sé montar”, dice ella.

»“Al menos te podrás sentar a lomos del caballo, para que los demás piensen que sabes”, dice él.

»Así que ella va a la escuela de Callaghan a montar con los animales de prácticas que tiene, caballos ya viejos y mansos, con las niñas y las coristas que han empezado a dar clases de equitación para que las lleven de los matorrales de Brooklyn o de Nueva Jersey hasta el Drive o Central Park. Y ella aborrece el caballo como si fuese una serpiente, lo odia desde que era niña. Se marea incluso en un caballito de tiovivo.

—¿Cómo es que sabes todo eso? —dice el chófer.

—Porque yo estaba allí. De vez en cuando nos pasábamos por allí alguna que otra tarde, por ver qué tal le iba a ella con las clases. A veces ni siquiera se enteraba de que estábamos, o puede que sí, que lo supiera. De todos modos, allá que iba ella, dando vueltas sin parar, entre los niños y una o dos cabezas de ganado de la cuadra especial de Ziegfeld, pasando por delante de nosotros sin mirarnos, Blair de pie con ese negro semblante que tiene, que parece un túnel del metro, como si en todo

momento supiese que ella no podría montar siquiera en un caballito de tiovivo y a él le diera lo mismo que aprendiese o que no y sólo quisiera mirarla, ver que lo intentaba y que no podía. Así que al final el propio Callaghan viene y le dice que no hay manera. «De acuerdo», dice Blair. «Callaghan dice que a lo mejor sí eres capaz de permanecer sentada en un caballo pintado, así que te compraré un caballo de los que tiran de un carro de la basura y lo sujetaré al porche de casa para que al menos te vean sentada en un caballo cuando vengan las visitas.

»“Me volveré a casa de mi madre”, dice ella.

»“Ojalá pudieras”, dice Blair. “Mi viejo se pasó toda la vida intentando hacer de mí un banquero, pero tu vieja lo ha hecho en dos meses.”

—¿No has dicho que ellas tenían una pasta? —dijo el chófer—. ¿Por qué no recurrió ella a su dinero?

—No lo sé. Tal vez no encontrasen cambio en Nueva York para el dinero indio. De todos modos, cualquiera hubiera dicho que ella era la revisora de un tranvía en Broadway, pidiendo dinero a todas horas. A veces ni siquiera esperaba a que lograra yo meter a Blair en la ducha y ponerlo como un reloj antes del desayuno; no esperaba ni a que se tomara la primera para pedirle dinerillo. Total, que la pelirroja se marcha con la anciana señora, que vive en Park Avenue, y la chica...

—Pero ¿es que también estuviste allí? —dijo el chófer.

—Se echó a llorar. ¿Cómo? Ah, no. Esto fue por una criada, una irlandesita que se apellidaba Burke. De vez en cuando salíamos juntos. Fue ella la que me habló de ese tipo, del estudiante de Yale, ese novio indio.

—¿Novio indio?

—Habían ido a la misma escuela primaria en Oklahoma, o algo así. Cambiaron anillos masónicos o algo por el estilo antes de que el viejo de la chica encontrara tres pozos de petróleo en el gallinero y se muriera de golpe y la anciana dama se llevara a la chica a Europa, a seguir sus estudios. Y ese muchacho acabó yendo a Yale y el año pasado va y se le ocurre casarse con una chica de un espectáculo ambulante que por casualidad estaba en la ciudad. Total, cuando la chica se entera de que Callaghan la ha dado por imposible, va a ver a su vieja a Park Avenue. Se echó a llorar.

»“Ya empezaba a pensar que a lo mejor no quedaría en ridículo con sus

amigos y entonces él va y se pone a mirarme. No dice nada”, dice, “sólo se planta allí y me mira”.

»“Después de todo lo que he hecho por ti...”, dice la anciana dama. “Te he encontrado un marido por el que cualquier chica de Nueva York habría dado lo que fuese. Y todo lo que él te pide es que aprendas a sentarte a lomos de un caballo para no hacerle quedar como un hazmerreír con sus amigos los elegantes. Después de todo lo que he hecho por ti...”, dice la anciana dama.

»“Yo no quise”, dice ella. “No quise casarme con él.”

»“¿Y con quién querías casarte?”, le dice la madre.

»“Yo no quería casarme con nadie”, dice la chica.

»Así que la anciana dama se pone a indagar sobre ese muchacho, el tal Allen, al que la chica...

—¿No dijiste que se llamaba Yale? —preguntó el chófer.

—No. Allen. Yale es la universidad donde fue a estudiar.

—¿Quieres decir Columbia?

—No, Yale. Es otra universidad.

—Pensaba que la otra se llamaba Cornell, o algo así —dijo el chófer.

—No. Es otra distinta. Es una de esas en las que juntan a los chicos que vienen de los peores antros y los atan en corto y los ponen firmes de camino a la ciudad. ¿Es que no lees los periódicos?

—No suelo —dijo el chófer—. A mí la política me importa un comino.

—Entiendo. Total, que el papi de este muchachito de Yale también había encontrado un pozo de petróleo y también se había forrado, y además la anciana dama estaba como loca porque Blair no le permitía vivir en la misma casa que ellos y no la llevaba de viaje cuando nos íbamos a donde fuese. Total, que la anciana dama los manda al cuerno a los tres, a la chica y a Blair y al universitario, hasta que la chica se arma de valor y decide que o aprende a montar a caballo o revienta, y Blair le dice que mejor lo intente y reviente si se propone montar en el caballo

castaño que le trajimos desde Kentucky. «No quisiera que me arruines este caballo», dice Blair. «Es espléndido. Así que montarás el caballo que yo te diga.»

»Total, que a ella le dio por salir a hurtadillas de la casa para intentar a toda costa montar ese caballo, el espléndido, el de Kentucky, para aprender primero cómo y darle después una sorpresa. La primera vez no le hizo daño, pero a la segunda se partió la clavícula. Le dio miedo que Blair lo descubriese, hasta que se enteró de que Blair había estado en todo momento al corriente, había sabido que ella lo montaba. Así que cuando vinimos aquí por primera vez aquel año y a Blair le dio por ponerse a perseguir al león ese, o lo que sea...

—Un zorro —dijo el chófer.

—Eso es, es lo que dije. Así que cuando...

—Has dicho león —dijo el chófer.

—De acuerdo. Dejémoslo en un león. Total, que ella empezó a montar ese caballo castaño e intentó no perderlos de vista, y eso que Blair ya aventajaba a los perros, como aquella vez, hace dos años, en que se les adelantó y se acercó tanto al león ese que poco le faltó para tirarle un fustazo.

—Querrás decir un zorro —dijo el chófer—. Es un zorro, no un león. Digamos... —el otro, el ayuda de cámara, el secretario, lo que fuese, estaba encendiendo otro cigarrillo, encorvado, con el cuello del abrigo subido, el bombín inclinado sobre la frente.

—Digamos... ¿qué? —dijo.

—Me estaba preguntando... —dijo el chófer.

—¿El qué?

—Si de veras es tan difícil que él se largue al galope y la deje atrás, si es tan difícil como cree. Con tal de no ver cómo le echa a perder su espléndido caballo de Kentucky. Si necesita cabalgar tan veloz como él cree.

—¿Y qué tiene eso...?

—A lo mejor este año no tendría que cabalgar tan veloz como el año pasado, sólo por alejarse de ella. ¿A ti qué te parece?

—¿Qué me parece el qué?

—Me estaba preguntando...

—¿Qué te estabas preguntando?

—Si no se da cuenta de que este año no tiene que cabalgar tan veloz.

—Ah. Te refieres a Gawtrety.

—¿Así se llama? ¿Gawtrety?

—Eso es. Steve Gawtrety.

—¿Y qué pasa con él?

—Es un buen tipo. Se come lo que tú le des, se bebe tus licores y engaña a tus mujeres, y además deja que seas tú quien diga cuándo.

—¿Y eso qué tiene?

—Nada. Ya digo que es buen tipo. Por mí, excelente.

—¿Cómo que por ti?

—Excelente, ¿no lo ves? Una vez le hice un favorcito, y él me hizo un favorcito.

—Ah —dijo el chófer. No miró al otro—. ¿Hace cuánto que ella lo conoce?

—Seis meses y como mucho una semana. Estuvimos en Connecticut y él estaba allí. Aborrece los caballos tanto o más que ella, pero Callaghan y yo estamos en paz; una vez le hice un favorcito, así que a la semana de volver de Connecticut pedí a Callaghan que viniese y le contase a Blair algo sobre ese otro perro de campanillas, sin decirle a Blair quién era el dueño del animal. Total, que esa noche le digo a Blair:

»“Tengo entendido que el señor Van Dyming también quiere comprar el caballo que vende el señor Gawtrety.”

»“¿Qué caballo es éste?”, dice Blair.

»“Pues no lo sé”, le digo. “Es un caballo que para mí es como otro cualquiera, al menos mientras siga ahí fuera, que es donde tiene que estar.”

»“Lo mismo que hacen con Gawtrety”, dice Blair. “¿Se puede saber de qué caballo hablamos?”

»“Del caballo del que te habló Callaghan”, le digo. Y va y se pone a maldecir a Callaghan.

»“Me dijo el muy mentiroso que ese caballo me lo guardaba a mí”, dice.

»“Pero si no es de Callaghan”, le digo. “Es un caballo del señor Gawtrety.”

»Total, que al cabo de dos noches se trae a casa a Gawtrety y lo invita a cenar. Esa noche le dije:

»“Supongo que habrás comprado ese caballo...”

»Él había bebido bastante, e insultó a Gawtrety y también a Callaghan.

»“No lo piensa vender”, dice.

»“Y tú le vas a dar la lata”, le digo. “Un hombre al final vende lo que sea.”

»“¿Cómo le voy a dar la lata, si no hace caso de ningún precio?”, dice.

»“Pues deja que sea tu mujer la que negocie”, le digo. “A ella seguro que le hace caso.”

»En ese momento me dio un sopapo.

—Creí haber entendido que no te puso la mano encima —dijo el chófer.

—A ver si me explico. Más o menos soltó la mano mientras hablábamos, y resulta que yo sin querer volví la cara hacia él al mismo tiempo. Te aseguro que no quiso darme una, porque de sobra sabía que se la hubiera devuelto con creces. Así se lo dije. En la mano tenía el arma, la tenía en el bolsillo en todo momento.

»Total, que después de aquello Gawtrety empezó a volver de visita igual una vez por semana, porque le dije que tenía un buen trabajo y que ningunas ganas tenía de perderlo por liarme a tiros, cosa que no haría por nadie, salvo por mí, y no

estoy seguro del todo. Venía una vez por semana. La primera vez ella no le dejó entrar. Un buen día estoy leyendo el periódico (hay que leer un periódico de vez en cuando) y me entero de que el tal Allen, el de Yale, se ha fugado con una chica de un espectáculo de cabaret y que lo han echado de la universidad por perder su categoría de amateur, digo yo. Digo yo que tuvo que ponerse furioso, al menos después de haberse saltado la universidad, claro. Recorto la noticia y esta chica, la irlandesita apellidada Burke (nos entendíamos bien los dos) se la pone en la bandeja del desayuno esa misma mañana. Y por la tarde, cuando Gawtrety vuelve a verla, ella le deja entrar, y la tal Burke entra en la habitación de repente por no me acuerdo qué y se los encuentra a Gawtrety y a ella como un fundido en negro en las pelis.

— Así que Blair se hizo con el caballo — dijo el chófer.

— ¿Qué caballo?

— El caballo que Gawtrety no le quería vender.

— ¿Cómo se iba a quedar con el caballo si Gawtrety no era dueño de ninguno, o lo era tanto como yo, a menos que fuese un jamelgo que hubiese terminado el último en la Selling Plate del año anterior, en el hipódromo de Baltimore? Además, Gawtrety no era dueño aún de ningún caballo.

— ¿Aún?

— A ella no le cae bien, está claro. La primera vez que viene a la casa ella no le permite entrar por la puerta. Y la vez siguiente tampoco se lo hubiera permitido, de no ser porque la irlandesita, la tal Burke, le dejó el recorte del periódico con la noticia del universitario en la bandeja del desayuno. Y después de esa vez, a la siguiente, tampoco le hubiese permitido entrar. Era como si fuese él un caballo, a lo mejor, o incluso un perro, aun cuando no tuviera ella que empeñarse en montar un perro. De haber sido un perro, Blair nunca la hubiese obligado a que lo montase. Así que tengo que ir a ver a Callaghan otra vez y darle pisto, hasta que termino por no ser más que uno de esos *droshkis* de Rusia o qué sé yo.

— ¿Un qué de Rusia?

— Uno de esos individuos que no pueden ni decir que su alma sea suya. Cada vez que salía de la casa tenía que ver a Gawtrety en cualquier rincón de mala muerte y luego tenía que ir a ver a Callaghan y darle cera, porque es uno de esos tipos que tiene ideas propias, ¿sabes?

—¿Qué ideas?

—Ideas. Sacadas de la hoja parroquial. Que todo aquello no estaba nada bien porque a él ella le gustaba y él le tenía lástima, y que por eso quería decirle a Blair que le había mentado, que Gawtrej nunca fue dueño de ningún caballo. Porque un tipo que no acepta una limosna aunque se la tiren a la cara no es ni mucho menos un bobo para nadie, aunque lo sea para el que tenga su propio concepto de la religión y siga sus reglas de oro, tomadas todas de la hoja parroquial, que es de donde vienen. Si no quiso el Señor que un hombre cortase su propio césped, ¿por qué puso el domingo en domingo, que es lo que hizo? A ver, dime.

—Supongo que tienes razón —dijo el chófer.

—¿Que si tengo razón? ¡Dios del Cielo, no jorobes! A Callaghan le dije que Blair le rebanaría el pescuezo por menos de lo que valga un cuarto de dólar para Rockefeller, igual que cualquiera que tenga dos dedos de frente, y le pregunté también si pensaba que lo de las chicas se había terminado con la mujer de Blair, si iba a ser la última que hicieran.

—Entonces él no... —dijo el chófer, y calló—. Mira eso —dijo.

El otro miró a donde indicaba. Por la brecha abierta entre los árboles, en el centro del segmento visible del arrozal, vieron una mancha negra y rosa. Estaría a casi una milla de distancia; no parecía que se moviese deprisa.

—¿Qué es eso? —dijo el otro—. ¿El zorro?

—Es Blair —dijo el chófer—. Va deprisa. A saber dónde andarán los demás —miraron la mancha negra y rosa seguir adelante y desaparecer.

—Si tienen dos dedos de frente, se habrán vuelto a casa —dijo el otro—. Lo mismo podríamos hacer nosotros.

—Seguramente —dijo el chófer—. Así que Gawtrej aún no le debe ningún caballo a Blair.

—Todavía no. A ella no le gusta. No quiso dejarle entrar en la casa tampoco después de aquel día, y la irlandesita, la tal Burke, dice que una noche se volvió de una fiesta en no sé dónde porque allí se encontró a Gawtrej. Y de no haber sido por mí, a Gawtrej tampoco se le hubiese invitado a venir, porque ella le dijo a Blair que si venía él no vendría ella. Por eso tuve que trabajarme a Callaghan otra vez, para

que viniese de vez en cuando a calentarle la cabeza a Blair con lo del caballo y que Blair invitase a Gawtreys, porque Blair estaba empeñado en que ella viniese —el chófer salió del coche y fue a accionar el manubrio. El otro encendió un cigarrillo—. Pero Blair aún no tiene su caballo. Tú te casas con una mujer de cabello largo, largo como lo lleva ella, y todo va bien mientras lo lleve recogido. Pero en cuanto la pilles con el cabello suelto es que la cosa se ha torcido de mala manera.

El chófer accionó el manubrio. Se detuvo, se agachó, volvió la cabeza.

—Escucha —dijo.

—¿Qué?

—El corno —el sonido, de timbre argentino, les llegó de nuevo, tenue, distante, prolongado.

—¿Qué es eso? —dijo el otro—. ¿O es que aquí hay soldados acuartelados?

—Es el cuerno que tocan —dijo el chófer—. Eso significa que han cazado al zorro.

—¡Dios del Cielo, no jorobes! —dijo el otro—. Pues a lo mejor mañana mismo nos volvemos a la ciudad.

Los dos hombres con sus mulas volvieron a atravesar el arrozal y subieron por la loma hacia los pinares.

—Bueno —dijo el joven—, pues ahora supongo que se dará por contento.

—¿Eso supones? —dijo el otro. Iba un poco por delante del joven. No volvió la cabeza al decírselo.

—Lleva tres años persiguiendo a esa zorra —dijo el joven—. Y ahora la ha matado. ¿Cómo no va a darse por satisfecho?

El de más edad no se volvió a mirarle. Iba encorvado en su mula flaca, astrosa, con las piernas colgando cubiertas por el sobretodo. Hablaba en un tono despectivo, perezoso, irónico.

—Supongo que hay algo sobre los caballeros que nunca llegarás a saber.

—Para mí, un zorro es un zorro, nada más —dijo el joven—. Un zorro no se come. Igual hubiera sido envenenarlo y no fatigar tanto a los caballos.

—Claro —dijo el otro—. Ésa es otra cosa que nunca llegarás a saber de ellos.

—¿De quiénes?

—De los caballeros —subieron por la loma hasta la tenue senda de arena—. En fin —dijo el de más edad—. Sean o no caballeros, me da que ése es el único zorro de toda Carolina al que han matado de esa forma. A lo mejor es que así se mata a los zorros allá en el Norte.

—Pues entonces que me ahorquen si no me alegro de no vivir allá arriba —dijo el joven.

—Eso digo yo —dijo el otro—. A mí al menos me va bien por aquí desde hace algún tiempo.

—Pero te diré que al menos una vez me gustaría ver cómo es aquello —dijo el joven.

—A mí me parece que no —dijo el otro—, si vivir allí es como para que uno se tome tantas molestias sólo por matar a un zorro.

Subían por la loma entre los pinos, las matas de acebo, los arándanos y los zarzales. De pronto el de más edad detuvo a la mula y extendió la mano hacia atrás.

—¿Qué? —dijo el joven—. ¿Qué ha sido?

La pausa apenas fue una pausa; el de más edad siguió su camino, aunque se puso a silbar en un tono claro, vivo, pero no demasiado fuerte, una melodía lúgubre como un himno; más allá de los arbustos que flanqueaban la senda, delante de ellos, les llegó el resoplido de un caballo.

—¿Quién es? —dijo el joven. El otro no dijo nada. Las dos mulas avanzaban en fila india—. Tiene el cabello suelto —dijo el joven en voz baja—. Parece el sol mismo cuando da en una enramada, en primavera —las mulas avanzaban por la senda de tierra liviana, siseante, las orejas gachas, los dos a horcajadas, con los pies colgando, sin estribos.

La mujer estaba montada en la yegua, el cabello una nube refulgente, una

cascada cobriza al sol, derramado sobre los hombros, con los brazos alzados y las manos afanosas en el cabello. El hombre montaba el caballo pinto a escasa distancia. Estaba encendiendo un cigarrillo. Llegaron las dos mulas, incansables, arrastrando los cascos, la cabeza gacha, las orejas gachas. El joven dedicó a la mujer una mirada a la vez osada y con disimulo; el de más edad no dejó de silbar despacio, no muy fuerte, desafinando; no pareció que los mirase, sino que estaba resuelto a pasar de largo sin dar señal, hasta que el hombre del caballo pinto le dirigió la palabra.

—Lo han cazado, ¿verdad? —dijo—. Hemos oído el corno.

—Pues sí —dijo el hombre del sobretodo en un tono seco, arrastrado—. Pues sí, lo han cazado. No le quedaba más remedio que dejarse cazar.

El joven observó a la mujer, que miraba al de más edad con las manos detenidas un instante en el cabello.

—¿Cómo es eso? —dijo el hombre del caballo pinto.

—Lo persiguió con ese caballo negro —dijo el de más edad.

—¿Quieres decir que lo acosó sin perros?

—Creo que sí —dijo el otro—. No tenían los perros caballos negros que montar.

Las dos mulas se habían detenido; el hombre de más edad se puso de frente al hombre del caballo pinto, la cara oculta bajo el sombrero sin forma.

—Atravesó todo el campo y saltó la represa para esconderse, dejando que él saltara la represa con la idea de volver sobre sus pasos, o eso creo. Creo que los perros no le daban miedo. Creo que los había despistado tantas veces que no le preocupaban. Creo que uno y otro se conocían de sobra después de tantos años, que son tres, tal como conoce usted a su madre o a su esposa quizás, aunque no haya estado usted casado que yo sepa. Da igual: estaba en la represa y él sabía que allí estaba, así que atravesó el campo derecho, como si tuviese vista de halcón y olfato de perro. Y allí estaba el zorro, donde había despistado a los perros. Pero ni tiempo tuvo de pararse a recobrar el resuello, y cuando tuvo que huir de nuevo y saltó la represa cayó en las zarzas, creo yo, y estaba ya cansado y sin fuerzas para salir y echar a correr de nuevo. Y llegó él y saltó la represa, tal como quiso el zorro que hiciera. Sólo que el zorro seguía entre las zarzas, y según saltaba por el aire bajó la mirada y vio al zorro y desmontó nada más caer el caballo, o desmontó cuando el

caballo aún saltaba por el aire, y cayó de pie en las zarzas, igual que había hecho el zorro. A lo mejor el zorro se escabulló un poco, no lo sé. Dice que se volvió en redondo y que le saltó a la cara y que lo abatió con los puños y lo pisoteó hasta matarlo. Los perros aún no habían llegado allá. Pero es que a él nunca le hicieron falta —calló y permaneció en silencio unos instantes, desgarrado e inerte a lomos de la mula astrosa, paciente, la cara en sombra bajo el sombrero—. En fin —dijo—, creo que nos vamos. Yo todavía no he tenido tiempo de desayunar. Buenos días tengan ustedes —picó los talones contra los flancos de la mula y la otra la siguió. No se volvió a mirarlos.

Pero el joven sí. Miró al hombre del caballo pinto, el cigarrillo que ardía en su mano, el hilo de humo tenue, sin viento, en el silencio soleado, y a la mujer de la yegua castaña, los brazos alzados y las manos afanosas en el cabello luminoso, como una nube, proyectando, tratando de proyectarse como suelen los jóvenes, hacia esa remota e inaccesible ella, tratando de abarcar el vano e impenetrable instante de división, de desesperación, que al ser joven fue como la ira: ira por la mujer perdida, ira por el hombre en cuya silueta caminaba por la tierra la trágica e ineludible ruina de ella.

—Estaba llorando —dijo, y se puso a despotricar y a maldecir con rabia, sin motivo, sin objeto.

—Vamos —dijo el de más edad. No se volvió a mirar—. Digo yo que tendrán más o menos listos los panecillos para el desayuno del cazador cuando llegemos a la casa.^[*]

Estación de Pensilvania

I

Parecía que trajeran consigo el olor de la nieve que estaba cayendo en la Séptima Avenida. O tal vez hubieran sido los que llegaron antes que ellos, que lo trajeron consigo en los pulmones y, exhalándolo, inundaron el vestíbulo de un aire viciado, helado, como el que bien pudiera hallarse estancado e inerte en las frías llanuras de la infinidad misma. Los luminosos y apretados escaparates despedían un resplandor clavado e insomne, como los ojos de las personas que se drogan a base de café, en el velatorio de un cadáver desconocido.

En la rotonda, donde se veía a las personas tan diminutas y resueltas como las hormigas, persistía el olor de la nieve, la sensación de la nieve, aunque a bastante mayor altura, entre las vigas de acero, también inerte, viciado, que allí reverberaba cargado de murmullos incesantes y cansinos, como las voces de los peregrinos en la llanura infinita, como las voces de todos los viajeros que alguna vez pasaran por el vestíbulo, inquisitivos e incesantes, como niños que se hubiesen perdido.

Siguieron su camino hacia la sala de fumadores. Fue el viejo quien se asomó a la puerta.

—Aquí es —dijo. Parecía que tuviera sesenta años, aunque probablemente anduviese por los cuarenta y ocho, o que rondase los cincuenta y dos, o tal vez fuesen cincuenta y ocho. Llevaba un largo gabán con un cuello que había sido de piel, y un gorro con orejeras, como la caricatura de un agricultor recién llegado de la región más rural del Estado. Calzaba unos zapatos desparejos—. Todavía no hay muchos. Aún tendremos tiempo.

Mientras estaban plantados en la puerta llegaron otros tres hombres que echaron un vistazo a la sala de fumadores con el mismo aire, no del todo retraído,

no del todo furtivo, con rostros y vestimentas que parecían despedir el mismo efluvio de las cocinas de caridad y de los hogares de acogida del Ejército de Salvación. Entraron; el viejo abrió la marcha hacia el fondo de la sala, entre los bancos recios, macizos, en los que se encontraban sentados aún más hombres de todas las edades, en toda clase de actitudes de concentración o reposo, y con la misma pinta de estar de paso que los espantapájaros sacudidos por un viento pretérito que soplara sobre una sucesión de cornisas y roquedos.

—Hace tiempo me dio por pensar que si uno se sentaba más o menos en el medio, cabía la posibilidad de que no le viera. Pero no tardé en descubrir que no importa dónde se siente uno.

—Ni tampoco en dónde se acueste —dijo el joven. Llevaba un chaquetón nuevo, de soldado, y unas botas del ejército, amarillas, de las que se pueden comprar por un dólar o poco más en las tiendas que llaman de efectos militares. No se había afeitado desde bastantes días antes—. Y tampoco es que importe gran cosa que uno respire o no cuando esté ahí tendido. Ojalá tuviese un cigarro. Me he acostumbrado a ir tirando sin comer, pero maldita la gracia que me hace tener que acostumbrarme a pasar sin tabaco.

—Desde luego —dijo el viejo—. Ojalá tuviese un cigarrillo que darle, oiga. Yo no he vuelto a fumar desde que fui a Florida. Tuvo su gracia: había pasado diez años sin fumar, pero nada más volver a Nueva York fue lo primero que me vino a la cabeza. No me diga que no tiene su gracia.

—Sí —dijo el joven—. Sobre todo si no tenía tabaco cuando se le ocurrió que le habían entrado las ganas de fumar.

—Tener ganas y no tener tabaco es algo que no me habría quitado el sueño entonces —dijo el viejo—. Entonces no tenía preocupaciones. Hasta que... —se acomodó. Afloró en su rostro esa expresión de embeleso que se les pone a los viejos parlanchines, sin asomo de acaloramiento, sin aturdimiento, sin rencor—. Lo que me confundió fue pensar en todo momento que lo del dinero para el entierro estaba resuelto. Nada más enterarme del lío de Danny he vuelto derecho a Nueva York...

II

—¿Y quién es ese tal Danny? —preguntó el joven.

—¿No se lo he contado? El hijo de mi hermana. De toda la familia, no quedábamos más que mi hermana, Danny y yo. Y de todos los que éramos, yo era con mucho el más enfermizo. El que todos pensaron que no viviría demasiado. A mí me dieron por muerto dos veces antes de cumplir los quince, y en cambio he vivido más años que todos los demás. He vivido más que los ocho; mi hermana murió hace tres años. Por eso me fui a vivir a Florida. Porque pensé que no aguantaría los inviernos de aquí. Y en cambio he aguantado tres desde que murió mi hermana. Pero es que a veces uno tiene la sensación de que podrá aguantarlo todo por más que no piense que podrá. ¿No le parece?

—No lo sé —dijo el joven—. ¿Qué lío era ése?

—¿Cuál?

—¿En qué lío se había metido Danny?

—No sé si me explico cuando hablo de Danny. No era mal chico; sólo era algo alocado, como todos los jóvenes. Pero no era mal chico.

—Entiendo —dijo el joven—. Entonces no es que se hubiera metido en un lío.

—No. Es un buen chico. Ahora está en Chicago. Tiene un buen empleo. El abogado de Jacksonville se lo consiguió después de mi vuelta a Nueva York. No me enteré de que tenía ese empleo hasta que quise mandarle un telegrama para decirle que mi hermana había muerto. Entonces me enteré de que estaba en Chicago y tenía un buen empleo. Mandó a mi hermana una corona de flores que debió de costarle doscientos dólares como poco. La mandó por avión, y eso tampoco debió de salir barato. No pudo venir en persona porque acababa de empezar en su empleo y su jefe estaba de viaje y no pudo ausentarse. Era un buen chico. Por eso, cuando tuvo el lío y la mujer del piso de abajo lo acusó de haberle robado la ropa del tendedero, dije a mi hermana que yo le enviaría dinero para que se pagase el billete de tren a Jacksonville, donde yo podría velar por él. Se trataba de alejarlo de los chicos de la mala vida, de los que rondan por las salas de juego, por los garitos, apartarlo de todo eso antes de que se ensuciara las manos. He vuelto desde Florida para velar por él. Así resultó que fui con mi hermana a ver al señor Pinckski antes de que ella empezara a hacer los pagos del ataúd por adelantado. Quiso que yo la acompañase. Ya sabrá cómo son las mujeres de cierta edad. Sólo que no era vieja, por más que tanto ella como yo hubiésemos vivido más que los otros siete. Pero ya sabrá que las

mujeres de cierta edad parece que hallen consuelo en saber que las van a enterrar como es debido, incluso en caso de que no quede ningún familiar que se encargue del asunto. Supongo que eso es lo que a muchas las mantiene vivas.

—Y más aún si Danny estaba tan ocupado que no podría encargarse del entierro en persona.

El viejo, con la boca ya abocinada para seguir su perorata, calló y miró al joven.

—¿Qué?

—Digo que... si eso de que las entierren como es debido no es lo que a muchas las mantiene vivas, pues no sé yo qué podrá ser.

—Ah. Es posible. A mí eso nunca me ha preocupado. Supongo que es porque ya me dieron por muerto dos veces antes de cumplir quince años. Como ahora, que cada vez que llega el invierno me digo: «Bueno, pues... ¡hay que ver! Aquí estoy una vez más, vivito y coleando». Por eso me marché a Florida: por los inviernos de aquí. No había vuelto hasta que recibí la carta de mi hermana, donde me contaba lo de Danny, y tampoco me quedé entonces mucho tiempo. A lo mejor no habría vuelto nunca. Pero volví, y fue entonces cuando ella quiso que la acompañase a ver al señor Pinckski, antes de empezar a hacer los pagos del ataúd, para que yo verificase que estaba todo en orden, como dijo el señor Pinckski. Él le dijo que las compañías de seguros le iban a cobrar los intereses todos los años. Nos demostró con papel y lápiz que si pagase a la compañía de seguros sería igual que si trabajase seis minutos más todas las noches y diera el dinero añadido, el de esos seis minutos, a la compañía de seguros. Pero mi hermana dijo que eso no le importaba, que sólo eran seis minutos de más, porque a las tres o a las cuatro de la madrugada seis minutos no...

—¿Cómo? ¿A las tres o a las cuatro de la madrugada?

—Fregaba los rascacielos que hay por Wall Street, no sé cuáles. Junto con otras mujeres. Se ayudaban unas a otras por las noches, para terminar todas a la misma hora y volver a casa juntas en el metro. Así que el señor Pinckski nos demostró con papel y lápiz que si viviera otros quince años por ejemplo, eso dijo el señor Pinckski, sería igual que si trabajase tres años y ochenta y cinco días sin que nadie se lo pagara. Como si trabajase tres años y ochenta y cinco días de balde para las compañías de seguros. Como si en vez de vivir quince años en realidad viviera

sólo once años y doscientos ochenta días. Y dijo ella: «Si en vez de pagarle a usted a plazos pagase a las compañías de seguros por mi entierro, tendría que vivir tres años y ochenta y cinco días más antes de poder permitirme el lujo de morir. ¿Es eso?».

»“Bueno...”, dijo el señor Pinckski como si no supiera qué decir. “Pues sí, eso es. Pongámoslo de ese modo. Trabajaría usted tres años y ochenta y cinco días de balde.”

»“No es el trabajo lo que me importa”, dijo mi hermana. “No es el trabajo.” Sacó entonces el primer medio dólar del monedero y lo dejó sobre la mesa del señor Pinckski.

III

De vez en cuando, con una prolongada reverberación que se apagaba poco a poco, pasaba un tren del metro bajo sus pies. Tal vez pensarán momentáneamente en dos ojos verdes que abriesen un túnel con violencia, en el subsuelo, sin aparente propulsión, sin guía, como si por medio de su violencia sin par creasen nichos iluminados, como las cuentas espaciadas en un collar, en cuyo pálido y fugaz relumbre apareciesen figuras humanas como cadáveres momentáneamente puestos de pie en un cementerio profanado, inclinadas todas en una misma dirección, rígidas, antes de apagarse.

—Y es que yo era un niño enfermizo. Me dieron por muerto dos veces antes de cumplir quince años. Hubo un agente de una aseguradora que me quiso vender un seguro nuevo y que mucho se desveló por mí hasta que le dije que de acuerdo, que aceptaba la póliza con todas sus condiciones. Me hicieron un examen médico y la única prestación que quisieron darme fue de mil dólares a partir de los cincuenta años. Y yo sólo tenía veintisiete entonces. Soy el tercero de los ocho, aunque desde que murió mi hermana, hace tres años ya, he vivido más que el resto. Así que cuando arreglamos el lío de Danny con la mujer aquella que dijo que le había robado la ropa del tendedero, mi hermana...

—¿Cómo lo arreglaron?

—Pagamos aquel dinero al tipo que había contratado a Danny para que

velase por los chicos con los que andaba, para que no se metieran en líos. Era concejal y conocía a Danny y a todos los demás. Asunto resuelto. Así, mi hermana pudo seguir pagando cincuenta centavos por semana al señor Pinckski. Porque lo arreglamos de modo que yo mandase a Danny el dinero para pagar el billete de tren en cuanto me fuese posible, para que se viniese a Florida y allí pudiera yo velar por él. Volví a Jacksonville y mi hermana pudo pagar los cincuenta centavos al señor Pinckski sin mayores contratiempos. Todos los domingos por la mañana, cuando terminaba de trabajar con las demás señoras, volvían a casa y pasaban a ver al señor Pinckski y lo despertaban y mi hermana le pagaba los cincuenta centavos como tenían convenido.

»Nunca le molestó a él qué hora fuese, porque mi hermana era una buena cliente. Le había dicho que lo de menos era la hora a la que fuese, que no importaba que lo despertase siempre y cuando le pagara religiosamente. A veces eran las cuatro de la madrugada, sobre todo si se había celebrado un desfile o cualquier cosa y los edificios estaban hechos una pena, llenos de confeti, de banderolas, lo que fuese. Tal vez hasta cuatro veces al año la señora que vivía al lado de mi hermana me escribía una carta contándome cuánto había pagado mi hermana al señor Pinckski, y que Danny se las apañaba de maravilla y que le iba todo muy bien, que se comportaba como es debido, que ya no andaba con los chicos de mal vivir. Y así, en cuanto pude le mandé a Danny el dinero para el billete de tren a Florida. Nunca conté con volver a saber nada del dinero.

»Eso fue lo que me confundió. Mi hermana algo sí sabía leer. Sabía leer la hoja parroquial que el sacerdote le daba todas las semanas, pero nunca se le dio bien escribir. Decía que si por casualidad se encontrase un día un lápiz del tamaño de una escoba, que pudiera sujetar con las dos manos, entonces sí podría escribir, claro, pero que los lápices normales eran para ella demasiado pequeños. Decía que era como si no tuviera nada en la mano cuando sujetaba un lápiz. Así que nunca conté con saber nada del dinero. Se lo mandé y arreglé con la casera que me reservara un sitio para Danny, pensando que un día, sin mucho esperar, Danny llegaría con la maleta en la mano. La casera me guardó la habitación durante una semana, y vino entonces un hombre deseoso de alquilarla, así que a ella no le quedó más remedio que negarme la reserva.

»En el fondo fue de justicia, después que ella me la guardase durante una semana entera. Así empecé a pagar yo la habitación, y cuando resultó que Danny no vino pensé que tal vez hubiera pasado algo, que sería por lo crudo del invierno, y que mi hermana estaba necesitada del dinero, que no podía gastárselo en mandar a Danny a Florida, o que a lo mejor creyó que aún era demasiado joven. Así que a

los tres meses dejé de pagar la habitación. Cada tres o cuatro meses me llegaba una carta de la señora que vivía al lado de mi hermana, contándome que todos los domingos mi hermana y las otras señoras pasaban a ver al señor Pinckski y que ella le pagaba los cincuenta centavos. Al cabo de cincuenta y dos semanas, el señor Pinckski le reservó el ataúd, en el que puso su nombre en una placa de acero clavada en la tapa, el nombre completo: Sra. Margaret Noonan Gihon.

»Al principio fue un ataúd corriente, de los baratos, un simple cajón de madera, pero después de pagar la segunda tanda de cincuenta y dos semanas a razón de cincuenta centavos cada una retiró la placa con el nombre y la clavó en un ataúd mejor, que le dejó escoger a ella por si acaso muriese en el plazo del año. Y después de la tercera tanda de cincuenta y dos pagos a razón de medio dólar cada uno le dejó escoger otro aún mejor, y al año siguiente fue uno con asas doradas. Le dejaba entrar en el almacén siempre que lo deseara, y con quien deseara, a ver su ataúd con su nombre inscrito en la placa de acero clavada en su sitio. Incluso a las cuatro de la madrugada estaba dispuesto a bajar en camisón y abrirles la puerta a mi hermana y al resto de las señoras, y encenderles la luz, para que entrasen y admirasen el ataúd.

»Cada año era mejor el ataúd, y el señor Pinckski demostraba al resto de las señoras, con lápiz y papel, que mi hermana pronto iba a terminar de pagarlo del todo, y que ya sólo le quedarían por pagar a plazos las asas doradas y el acolchado del forro. También le dejó escoger el forro que quisiera, y cuando la señora de al lado me escribió la siguiente carta mi hermana adjuntó una muestra del forro y un dibujo de las asas. Mi hermana hizo el dibujo aunque no supiera servirse de un lápiz, pues siempre dijo que era demasiado fino y que no lo sabía sujetar bien, aunque leía la hoja parroquial que el sacerdote le daba todas las semanas, pues decía que era el Señor quien se la esclarecía para que la entendiera.

—¿En serio? —dijo el joven—. Dios mío, ojalá pudiera fumar un cigarro o, al menos, dejar de pensar en fumar.

—Sí. Y una muestra del forro. Pero no me hice del todo a la idea de cómo era, sólo me quedó claro que a mi hermana le gustaba y que también le gustaba que el señor Pinckski le permitiera llevar al resto de las señoras a ver los adornos y le ayudaran a elegir. Y es que el señor Pinckski dijo que se fiaba de ella, porque no creía que fuera a morírsele de repente, y que no perjudicaría su negocio, al contrario que otros, y no le cobraba ni un centavo en intereses, como se lo habrían cobrado las compañías de seguros. Bastaba con que ella se pasara por allí todos los domingos de madrugada y con que le pagase medio dólar.

—¿En serio? —dijo el joven—. Pues ahora el tal señor debe de estar en una casa de misericordia.

—¿Cómo? —el viejo miró al joven con expresión inmutable—. ¿Quién dice que estará en una casa de misericordia?

IV

—¿Y dónde estuvo Danny durante todo este tiempo? ¿Seguía tratando de sentar cabeza?

—Sí. Trabajaba siempre en obras de beneficencia, en servicios sociales, cuando le salía la oportunidad. Pero seguía siendo un jovenzuelo brioso, sin tener más que a una madre viuda, sin padre del que aprender cómo es el toma y daca y las cosas de este mundo. Por eso quise que viniese a Florida conmigo.

Su expresión de embeleso se desdibujó en sus facciones; reanudó con facilidad el relato, con una especie de júbilo físico que no dejaba margen para escuchar nada, como un caballo sofrenado, castigado durante mucho tiempo, que se vuelve a sentir suelto.

—Eso fue lo que me confundió. Ya le había mandado el dinero para que viniera a Jacksonville, y como nunca más volví a saber de ese dinero pensé que tal vez mi hermana andaba apurada, necesitada del dinero por culpa del crudo invierno, o que a lo mejor creyó que Danny aún era demasiado joven, como suelen creer las mujeres. Y unos ocho meses después recibí una curiosa carta de la mujer que vivía al lado. Me dijo que el señor Pinckski había retirado la placa y la había colocado en el ataúd siguiente, y que mi hermana estaba muy contenta de que Danny se las apañase de maravilla y de que le fuera todo muy bien, y que sabía que yo iba a velar por él, porque era un buen chico, además de ser todo lo que tenía mi hermana en este mundo. Como si Danny ya estuviera en Florida, como si llevase allí todos aquellos meses.

»Pero nunca llegué a saber que estaba allí hasta que recibí un telegrama suyo. Llegó de Augustine, que no está lejos; hasta que murió mi hermana, nunca llegué a saber que la señora Zilich, ésa es la mujer que vivía a su lado de ella, la que le escribía las cartas, me escribió para decirme que Danny se marchó a Florida al día

siguiente de que le llegase el dinero. La señora Zilich dijo que ella escribió la carta por mi hermana y que se la dio a Danny para que la echase al correo la noche antes de partir. Nunca me llegó. Supongo que Danny nunca la echó al correo. Supongo que, siendo como era un jovencuelo brioso, decidió que su deseo era abrirse camino en el mundo, demostrarnos que era capaz de salir adelante sin ninguna ayuda de nadie, como hice yo cuando fui a Florida.

»La señora Zilich dijo que siempre había supuesto que, naturalmente, Danny estaba conmigo, y que en su día le pareció curioso que cuando yo escribía a mi hermana nunca le dijera nada de Danny. Así que cuando le leía las cartas a mi hermana añadía algún detalle a cuento de Danny, diciéndole que se las apañaba de maravilla y que le iba todo muy bien. Por eso, cuando recibí el telegrama de Danny desde Augustine llamé por teléfono a la señora Zilich, a Nueva York. Me costó once dólares la conferencia. Le dije que Danny se había metido en un pequeño lío, que no era nada grave, y que no le dijera a mi hermana que era un lío grave, que le dijera tan sólo que necesitábamos algo de dinero. Yo había enviado el dinero para que Danny viniera a Florida y había pagado durante tres meses la habitación, y acababa de pagar la cuota anual de mi seguro, y el abogado fue a ver a Danny, que estaba sentado en el catre, en la celda, sin el cuello de la camisa, y Danny le dijo: “De dónde saco yo algo de dinero”, aunque no dijo dinero, dijo “pasta”.

»Y el abogado dijo: “¿De dónde la vas a sacar?”, y Danny dijo: “Póngame al teléfono aunque sólo sean diez minutos y ya verá”. “Setenta y cinco pavos”, me dice, como si esto fuera todo lo que había que decir. El abogado va y me dice que con eso no íbamos a ninguna parte, así que llamé a la señora Zilich y le dije que dijera a mi hermana que fuese a ver al señor Pinckski y que le pidiera que le permitiese retirar parte del dinero pagado por el ataúd, que pusiera la placa en el ataúd correspondiente al año anterior, o tal vez en el de dos años antes, y que en cuanto me fuera posible obtendría yo algo por medio de mi póliza de seguro, y que le devolvería al señor Pinckski lo retirado incluso con intereses. Llamé por teléfono desde la cárcel, pero no dije en dónde estaba. Sólo dije que necesitábamos algo de dinero cuanto antes.

—¿Por qué lo habían detenido esta vez? —dijo el joven.

—La otra vez no estuvo en la cárcel, cuando el lío de la ropa en el tendedero. Aquella mujer mintió cuando le acusó del robo. Cuando pagamos lo debido reconoció que seguramente estaba en un error.

—Entiendo —dijo el joven—. ¿Por qué lo detuvieron?

—Dijeron que por atraco a mano armada, eso dijeron, además de acusarle del asesinato de un policía. Le cargaron el mochuelo los demás, que no le tenían ningún aprecio. Él sólo era un joven alocado, brioso. Nada más. Era un buen chico. Cuando murió mi hermana no pudo ir al entierro. Pero envió una corona de flores que debió de costarle por lo bajo doscientos dólares. Por avión, ahí es nada.

Se apagó su voz. Miró al joven con una suerte de asombro complacido.

—Mucho me temo que me acaba de salir un chiste. Pero no me propuse...

—Seguro. Ya sé que no quiso usted hacer un chiste. ¿Y lo de la cárcel?

—El abogado ya estaba allí cuando llegué yo. Se lo mandaron algunos amigos suyos con la intención de echarle una mano. Y me juró por el nombre de su madre que él ni siquiera estaba allí cuando alguien disparó contra el policía. Estaba en Orlando en ese momento. Me mostró un billete de tren de Orlando a Waycross; lo había comprado él, pero perdió el tren. Por eso lo tenía encima. La fecha estaba troquelada a máquina, la misma noche en que alguien asesinó al policía, demostrando que Danny ni siquiera estaba allí, que los demás le habían cargado el mochuelo. Estaba como loco. El abogado dijo que iría a ver a los amigos que lo habían mandado para echarle una mano a Danny, para que a su vez echasen una mano. «Por Dios, más les vale», dijo Danny. «Si se creen que voy a comerme todo esto cruzado de brazos más les vale...»

»Y el abogado le hizo callar, como cuando Danny le habló del dinero que le tenía retenido el hombre para el que había trabajado en Nueva York, o algo así. Por eso llamé a la señora Zilich, para que mi hermana no se preocupara, y le dije que fuese a ver al señor Pinckski. A los dos días me llegó el telegrama de la señora Zilich. Supongo que la señora Zilich nunca había enviado un telegrama, así que no sabía que disponía de diez palabras sin contar la dirección, porque sólo decía “Usted y Danny vengan rápido Señora Sophie Zilich Nueva York”.

»No entendí nada, así que lo hablamos y el abogado dijo que más me valía ir a ver qué pasaba, que él cuidaría de Danny hasta mi regreso. Amañamos una carta para hacerla pasar por una carta de Danny a mi hermana, para que la señora Zilich se la leyera, contándole que Danny se las apañaba de maravilla y que le iba todo muy bien...

En ese momento entró en la sala un hombre con el uniforme de la compañía de ferrocarril. Nada más entrar, desde algún lugar impreciso, encima o acaso más allá de él resonó una voz. Aunque hablase con el lenguaje de los hombres no parecía una voz humana, por ser tan voluminosa que no podía haber salido de boca de ningún hombre normal y por tener una cualidad a un tiempo resonante y fría, y desamparada, como si no le interesara lo que decía, ni menos aún escuchar lo que dijera.

—Ya está —dijo el viejo.

Él y el joven se volvieron a mirar por encima del respaldo, por encima de los bancos, como había hecho el resto de los presentes, como si fueran muñecos movidos por un solo hilo. El hombre del uniforme avanzó despacio por la sala, pasando por delante del primer banco. Al hacerlo, los hombres que ocupaban ese banco y algunos de los otros se fueron poniendo en pie para marcharse; el hombre del uniforme avanzaba por la sala como si allí no hubiese nadie.

—Me parece que tenemos que largarnos.

—Diantre —dijo el joven—. Que venga y nos lo ordene, que para eso lo pagan.

—La otra noche ya me pilló. Y era la segunda vez.

—¿Y qué más da? Con ésta sólo será la tercera. ¿Qué dice que hizo entonces?

—Ah, ya —dijo el viejo—. Supe que era lo único que se podía hacer después de recibir el telegrama. La señora Zilich no se habría gastado el dinero en telégrafos sin tener motivos de peso. Yo no sabía qué le había contado a mi hermana. Sólo sabía que la señora Zilich no creyó que hubiera tiempo para escribir una carta, y sabía que había querido ahorrar dinero en el telegrama, sin saber que tenía derecho a escribir diez palabras sin contar la dirección y sin que el empleado de telégrafos se lo dijera. Por eso no sabía yo qué estaba pasando. Nunca me recelé nada. Y eso fue lo que me confundió, ya lo ve.

Se volvió y miró de nuevo hacia el hombre del uniforme, que pasaba de banco en banco mientras los hombres que estaban ante él, hombres de ropas desparejas, con el idéntico atildamiento de la indigencia, con el idéntico aire de desamparo paciente e indomable, se iban poniendo en pie y se marchaban hacia la

salida en una monstruosa e insultante analogía con los peces voladores ante la proa del buque que surca el mar.

—¿Qué fue lo que le confundió? —dijo el joven.

—Me lo dijo la señora Zilich. Dejé a Danny en la cárcel. (Pero los amigos que le mandaron al abogado lo sacaron de allí al día siguiente. Cuando volví a tener noticias de él ya estaba en Chicago, ya tenía un buen empleo; envió la corona de flores. Ni siquiera supe que había salido de la cárcel hasta que intenté mandarle recado por lo de mi hermana.) Y me vine a Nueva York. Tenía el dinero justo para el viaje, y la señora Zilich vino a recibirme a la estación, vino a decírmelo. En esta misma estación fue. Aquella noche también nevaba. Me estaba esperando en lo alto de las escaleras.

»“¿Dónde está mi hermana?”, le dije. “¿No ha venido con usted?”

»“¿Se puede saber qué pasa ahora?, me dijo la señora Zilich. “Ya no tiene por qué decirme que el chico está enfermo.”

»“¿Le dijo usted a mi hermana que no está enfermo?”, le dije.

»“No hizo falta”, dijo la señora Zilich. “No tuve tiempo, aunque hubiera hecho falta.”

»Me contó qué frío hacía aquella noche, me contó que por eso esperó a mi hermana con el fuego encendido en la cocina y un perol de café listo, y que la esperó hasta que mi hermana se quitó el abrigo y el echarpe y empezó a entrar en calor, allí sentada con una taza de café.

»“Su hermano”, le dijo entonces la señora Zilich, “ha llamado por teléfono desde Florida”.

»Eso fue todo lo que pudo decirle. Nunca tuvo que decirle a mi hermana que yo le había dicho que fuese a ver al señor Pinckski, porque mi hermana saltó de pronto: “Lo que querrá es ese dinero”. Justo lo que yo había dicho, ya lo ve.

»La señora Zilich también se dio cuenta. “A lo mejor es porque los dos son familia, son familia los dos de ese...” Y calló. “Ah”, debió de añadir, “de él no diré nada. No se preocupe. Ya no hay tiempo para preocuparse, lo pasado pasado está”. Me dijo entonces que le dijo a mi hermana: “Puede usted pasar por allí cuando salga por la tarde, puede ir a ver al señor Pinckski”. Pero mi hermana ya se estaba

poniendo el abrigo y el echarpe, y eso que no llevaba ni una hora en casa después del trabajo y además nevaba. No quiso esperar.

—Tuvo que ir a retirar el dinero del ataúd, ¿no es eso? —dijo el joven.

—Eso es. La señora Zilich dijo que mi hermana y ella fueron a ver al señor Pinckski. Y él les dijo que mi hermana ya había retirado el dinero.

—¿Cómo? —dijo el joven—. ¿Que ya lo había retirado?

—Sí. El señor Pinckski dijo que Danny había ido a verle más o menos un año antes, con una nota escrita por mi hermana, de puño y letra, en la que indicaba que diese a Danny el dinero que ella había ido pagando a plazos al señor Pinckski, y eso fue lo que hizo el señor Pinckski. Y mi hermana allí se quedó parada, con las manos por dentro del echarpe, sin mirar a nada, hasta que la señora Zilich dijo: «¿Una nota escrita de su puño y letra? La señora Gihon jamás le ha enviado a usted una nota, porque no sabe escribir», y el señor Pinckski dijo: «¿Cómo voy yo a saber si sabe o no sabe escribir cuando su propio hijo me trae una nota que viene firmada con su nombre?», a lo que la señora Zilich dijo que se la enseñase.

»Mi hermana no dijo nada de nada, como si no estuviera allí, y el señor Pinckski les mostró la nota. Yo también la vi. Decía: “Recibido del señor Pinckski ciento treinta dólares, cantidad total depositada en sus manos sin contar intereses. Señora Margaret N. Gihon”. Y la señora Zilich dijo que pensó en esos ciento treinta dólares y en cómo mi hermana había ido pagando veintiséis dólares al año, durante cinco años y siete meses, y dijo: “¿Intereses? ¿Qué intereses?”, a lo que el señor Pinckski dijo que descontó un pico por retirar el nombre del ataúd, ya que así se convertía en un ataúd de segunda mano. Y la señora Zilich dijo que mi hermana se dio la vuelta y se fue hacia la puerta. “Espere”, le dijo la señora Zilich. “De aquí no nos movemos hasta que traiga usted ese dinero. Todo esto tiene gracia, porque usted no sabe escribir y ni siquiera sabe firmar.” Pero mi hermana siguió hacia la puerta, hasta que la señora Zilich le dijo: “Margaret, espere, por favor”. Y entonces mi hermana le dijo: “Yo firmé esa nota”.

VI

La voz del hombre del uniforme se oía a la vez que avanzaba despacio hacia

ellos.

—Billetes. Billetes. Muestren sus billetes.

—Bastante difícil es saber qué hará una mujer que está sola en el mundo —dijo el viejo—, pero una viuda con un solo hijo... Tampoco yo sabía que sabía escribir. Supongo que debió de aprender de tanto fregar las oficinas todas las noches. Fuera como fuese, el señor Pinckski me mostró la nota, me contó que ella había reconocido que la firmó, me explicó la diferencia; me dijo que tuvo que cobrarle un pico para protegerse, cosa que hacía en el caso de que los ataúdes fueran al final rechazados y se convirtieran en ataúdes de segunda mano. Me dijo que la gente es muy picajosa en eso de tener un ataúd nuevo del todo.

»Había puesto la placa con el nombre de mi hermana otra vez en el ataúd barato por el que empezó, así que no se llegó a quedar del todo sin ataúd, aunque ése no tuviera ni asas doradas ni forro. De eso nunca dije nada; los veintiséis dólares que le había pagado ella a plazos desde que dio el dinero a Danny de poco habrían servido; eso ya me lo había gastado yo al volver a por el dinero, y en todo caso mi hermana aún tenía su ataúd...

La voz del hombre del uniforme sonaba ya muy cerca, con un tono metódico, monótono, implacable.

—Billetes. Billetes. Muestren sus billetes. Todo el que no tenga billete de ferrocarril...

El joven se puso en pie.

—Hasta la próxima —dijo. El viejo también se levantó. Detrás del hombre del uniforme la sala estaba casi desierta.

—Supongo que sí, ya va siendo hora —dijo el viejo. Siguió al joven por la rotonda. Había allí un avión inmóvil, quieto, con un aire de escarabajo enorme que se conservara en alcohol. Al lado, una placa en la que se indicaba que había volado por encima de los montes y de las inmensas planicies nevadas.^[72]

—Podrían haber hecho la prueba en Nueva York —dijo el joven—. Habría estado más cerca.

—Sí —dijo el viejo—. Pero cuesta más. Supongo que es justo, porque es más rápido. Cuando murió mi hermana, Danny mandó una corona de flores. Por avión.

Debió de costarle doscientos dólares. La corona, quiero decir. No sé cuánto pudo costarle el envío por avión.

Los dos miraron a la rampa y cruzaron el vestíbulo hacia las puertas de la Séptima Avenida. Al otro lado de las puertas se apreciaba una luz espesa, moribunda, que parecía inundar el vestíbulo con el olor de la nieve y del frío, de modo que durante un rato más parecieron los dos atenazados por una tremebunda desgana y por la inercia.

—Se volvieron las dos a casa —dijo el viejo—. La señora Zilich dijo que mi hermana ya temblaba, y que ella la acompañó a acostarse. Y esa noche mi hermana tuvo fiebre y dijo a la señora Zilich que más le valía telegrafiar, si es que había alguien a quien telegrafiar. Cuando llegué a su casa mi hermana no me reconoció. El sacerdote ya estaba allí. Nunca llegamos a saber si ella supo algo, ni siquiera cuando leímos la carta de Danny, la que había amañado en la cárcel para decirle que estaba de maravilla. El sacerdote se la leyó, pero no llegamos a saber si ella se enteró de algo. Murió aquella noche.

—¿De veras? —dijo el joven mirando la rampa—. Yo me voy a Grand Central.

El viejo también echó a andar con la misma presteza infatigable.

—Creo que será lo mejor. Con suerte allí podremos estar un buen rato —miró al reloj—. Ya es la una y media —dijo con sorpresa de contento—. Y media hora larga para llegar hasta allá. Con suerte, tendremos dos horas antes de que aparezca. Puede que tres. Así serán las cinco. Sólo quedarán dos horas hasta que amanezca.^[*]

Artista en casa

Roger Howes era un hombre tirando a grueso, afable, anodino, de unos cuarenta años, que había llegado a Nueva York procedente de algún lugar de la Cuenca del Mississippi para ser redactor en una agencia de publicidad; allí se casó y se hizo novelista, y vendió bien un libro y compró una casa en el valle de Virginia para nunca más volver a Nueva York, ni siquiera de visita. Con su esposa Anne y sus dos hijos había vivido a lo largo de cinco años en una vieja casa de ladrillo, en la que recibían a las señoras de cierta edad a la hora de tomar el té, llegadas siempre en coche de caballos, cuando no enviaban ellas sus coches de caballos para recogerle, o bien enviaban con un criado negro, en el coche de caballos, esquejes y ramos de flores y tarros de encurtidos o de mermelada y ejemplares de sus libros para que se los dedicase de puño y letra.

No volvía nunca a Nueva York, aunque de vez en cuando Nueva York iba a visitarle: las personas que había conocido y tratado, los artistas y los poetas y otros por el estilo, a los que conoció antes de comenzar a ganar tanto que necesitó un buen armario donde guardarlo. Los pintores, los escritores que no habían vendido un libro, ni un cuadro, tipos que se dejaban barba para ocultar el cuello desgastado de la camisa, iban a verle y se ponían sus camisas y sus calcetines, dejándolos escondidos bajo la cómoda al marcharse, y las mujeres con vestidos holgados, aunque a veces no: las flacas, ansiosas, carnívoras pregoneras y tamborileras del Arte.

Al principio se le hizo cuesta arriba negarles el permiso, pero ahora aún resultaba más difícil avisar a su esposa de que iban a llegar. A veces ni siquiera él mismo sabía con alguna antelación que estaban al caer. Tenían por costumbre mandarle un telegrama, habitualmente a cobro revertido, el día mismo en que tenían previsto presentarse allí. Vivía a cuatro millas del pueblo, y las ventas del libro no habían devengado ganancias suficientes para tener también coche, y estaba un tanto grueso, con exceso de peso, de modo que a veces pasaban dos o tres días antes de que fuese al pueblo a recoger su correspondencia. A lo mejor esperaba a que las visitas siguientes trajeran la correspondencia. Al cabo del primer año, el hombre de la estación (era el agente de telégrafos y el encargado de la estación, y era en cierto modo el agente de Roger en el pueblo, todo en una) llegó a tal punto que los reconocía nada más verlos. Se quedaban parados en el pequeño andén, con

aire inexpresivo, sin nada que mirar, salvo la estación pequeña, pintada de amarillo, y el furgón de cola de un tren que arrancaba y unos montes en los que empezaba a oscurecer, y el agente salía de su cubil con un puñado de cartas y un paquete o dos, además del telegrama.

—Vive a unas cuatro millas de aquí, según se sube por el valle. No tiene pérdida.

—¿Quién vive a cuatro millas, en el valle?

—Howes. Si van todos ustedes a su casa, pensé que tal vez no les importaría llevarle estas cartas. Una de ellas es un telegrama.

—¿Un telegrama?

—Ha llegado esta mañana. Pero hace dos o tres días que no baja al pueblo. Pensé que tal vez pudieran llevárselo.

—¿Un telegrama? Demonios. Démelo.

—Son cuarenta y ocho centavos lo que hay que pagar.

—Pues entonces quédeselo. Demonios.

Así que se lo llevaban todo salvo el telegrama, y subían a pie las cuatro millas, hasta la casa de Howes, con lo que llegaban después de la cena. Lo cual tampoco era mala cosa, porque las mujeres estarían demasiado contrariadas para comer nada, incluida la señora Howes, Anne. Al cabo de dos días, alguien mandaba un coche de caballos para recoger a Roger, y hacía un alto en el pueblo para pagar el telegrama en el que se le comunicaba cómo iban a llegar sus invitados, cómo llegaron dos días antes.

Total, que cuando el poeta de la chaqueta azul celeste baja del tren, el agente sale de su cubil con el telegrama en la mano.

—Vive a unas cuatro millas de aquí —le dice—, según se sube por el valle. No tiene pérdida. He pensado que a lo mejor podría llevarle este telegrama. Ha llegado esta mañana, pero hace un par de días que no viene por el pueblo. Puede llevárselo. Está pagado.

—Eso ya lo sé —dice el poeta—. Demonios. ¿Y dice que queda a cuatro

millas?

—Siguiendo el camino. No tiene pérdida.

Así que el poeta tomó el telegrama y el agente lo vio desaparecer por el camino del valle, con otros dos, tal vez tres individuos que salieron a la puerta de sus casas para ver tal vez la chaqueta azul. El agente resopló.

—Cuatro millas —dijo—. Para ese menda, eso significa lo mismo que si le hubiera dicho cuatro palancas de guardavía. Claro que a lo mejor con esa chaquetilla por vestimenta es capaz de convertirse en pájaro y echar a volar, quién sabe.

Sobre este poeta Roger no había dicho nada a su esposa, Anne, tal vez porque ni siquiera él lo sabía. De todos modos, ella no supo nada al respecto hasta el momento en que el poeta apareció cojeando por el jardín en donde estaba ella cortando flores para adornar la mesa del comedor, y él le dijo que le debía cuarenta y ocho centavos.

—¿Cuarenta y ocho centavos? —le preguntó Anne.

Le dio el telegrama.

—No hace falta que lo abras ahora, claro —dijo el poeta—. Basta con que me devuelvas los cuarenta y ocho centavos, y ni siquiera tendrás que abrirlo —lo miró con las flores en una mano y las tijeras de podar en la otra, así que al final tal vez se le ocurrió a él decirle quién era—. Soy John Blair —dijo—. Esta mañana envié este telegrama para anunciaros que venía a veros. Me ha costado cuarenta y ocho centavos. Pero ahora que ya estoy aquí ni siquiera tenéis necesidad del telegrama.

Así que Anne se queda en donde está, sujetando las flores y las tijeras, murmurando «maldita sea, maldita sea, maldita sea», mientras el poeta le explica que sería aconsejable que fuese a recoger el correo más a menudo.

—Hay que estar al tanto de lo que pasa —le dice, y ella murmura «maldita sea, maldita sea, maldita sea», hasta que al final él le dice que sólo se quedará a cenar y que luego volverá a pie al pueblo si de veras le molesta tanto.

—¿A pie? —dice, y lo mira de hito en hito—. ¿Has venido a pie? ¿Hasta aquí, desde el pueblo? No me lo creo. ¿Y dónde está tu equipaje?

—Lo llevo encima. Dos camisas, y un par de calcetines de más en el bolsillo. Tu cocinera también hace la colada, ¿no?

Ella lo mira con las flores y las tijeras en la mano. Le dice entonces que entre en la casa, que no se prive, que se quede a vivir para siempre si eso le apetece. Sólo que no le dice exactamente eso.

—Así que te gusta caminar, ¿eh? Tonterías. Me parece que estás enfermo. Anda, pasa, siéntate, descansa —luego fue a buscar a Roger, a decirle que bajase el cochecito del niño del desván. Claro está que tampoco le dijo eso exactamente.

Roger no le había dicho nada de este poeta; no había visto aún el telegrama. Tal vez por eso lo puso ella a caer de un burro esa misma noche: porque no había visto aún el telegrama.

Estaban en el dormitorio. Anne se estaba peinando. Los niños habían ido a pasar el verano en Connecticut, con la familia de Anne. Su padre era pastor protestante.

—La última vez me dijiste que iba a ser la última. No hace ni siquiera un mes. Menos, porque cuando se largaron los de la última hornada tuve que pintar los muebles del cuarto de invitados otra vez para disimular las marcas de los cigarrillos en el canto de la cómoda y los antepechos de las ventanas. Y en un cajón encontré un peine al que le faltaba un montón de dientes, un peine que ni siquiera le hubiera dicho a Pinkie —Pinkie era la cocinera negra— que recogiese, y dos calcetines desparejados, que te regalé en invierno, y un calcetín huérfano que ni siquiera yo pude reconocer que era mío. Me sueles decir que la Pobreza cuida de los suyos, y por mí estupendo, pero... ¿por qué hemos de ser nosotros instrumentos de la Pobreza?

—Éste es poeta. Entre los de la última hornada no había poetas. No hemos tenido poetas en casa desde hace ya tiempo. Este sitio está perdiendo todos sus matices y sutilezas... ¿cómo diría? Sí, melifluas; eso es.

—¿Y qué me dices de aquella mujer que no se quería bañar en el cuarto de baño, la que insistía en ir al arroyo todas las mañanas sin traje de baño, hasta que la mujer de Amos Crain —un granjero que vivía al otro lado del arroyo— tuvo que mandarme aviso de que a Amos le daba miedo ir a labrar los campos de más abajo? ¿Qué se han creído esas frescas que es el campo, la vida al aire libre? Yo no lo entiendo, así como tampoco entiendo por qué tienes la sensación de que debes dar

de comer y además alojar...

—Bueno, eso no fue más que un momento de pánico, seguramente a Amos le tuvo que sentar bien. Una buena sacudida, un meneo para salirse un poco de su rutina, para que no se quede alelado.

—Esa rutina es la que le ha valido para ganar el pan de cada día, seis días por semana, para dárselo a su mujer y a sus hijos. Pero es peor aún. Amos es joven. Seguramente aún tenía ilusiones al pensar en las mujeres hasta el día en que vio a esa pelandusca en pelota picada.

—Bueno, tú formas parte de la mayoría, tú y la señora Crain —le miró a la nuca, a las manos con que se peinaba, y ella seguramente lo miró por el espejo sin que él lo supiera, con todo y con ser artista—. Éste es un hombre y es un poeta.

—Entonces imagino que se negará a salir del cuarto de baño. Supongo que tendrás que llevarle una bandeja a la bañera al menos tres veces al día. ¿Por qué te sientes obligado a dar alojamiento y comida a toda esa gente? ¿No te das cuenta de que te consideran un blandengue, de que se comen lo que les sirves y se ponen tu ropa y nos consideran unos burgueses sin remedio sólo por tener comida suficiente para alimentar a otros, y un poco débiles mentales por regalarla? Y ahora viene éste vestido con su chaquetilla azul celeste.

—Es que eso de ser poeta desgasta una barbaridad. Me parece que no te has dado cuenta.

—Ni me importa. Que se vista si quiere con una pantalla de lámpara o una sartén. ¿Qué es lo que de ti pretende? ¿Consejos, o comida y alojamiento gratis?

—Consejos no. Durante la cena te habrás dado cuenta de cuál es la opinión que tiene de mi mentalidad.

—Dejó muy claro cuál es su propia mentalidad. Lo único que le ha gustado de toda la casa es el pañuelo de colores que llevaba Pinkie en la cabeza.

—Consejos no —dijo Roger—. Ni siquiera sé por qué me da a leer sus cosas. Lo hace tal como tú darías caviar a un elefante.

—Y, cómo no, tú aceptas su sentencia a cuento del elefante. Y supongo que además conseguirás que le publiquen su libro.

—Es que tiene algunas cosas que no están nada mal, de veras. Y... ¿quién sabe? A lo mejor, si se lo publican empieza a tener ocupaciones. Trabajo, quiero decir. O a lo mejor alguien consigue cabrearlo tanto que al final realmente escriba algo de una puñetera vez. Algo con entrañas. Tiene dentro lo que hay que tener. A lo mejor no es más que un poema, pero lo tiene. A lo mejor, si consigue abstenerse de hablar durante el tiempo suficiente le será posible sacarlo de dentro. Y pensé que si viniese aquí, donde tiene que caminar cuatro millas para encontrar a alguien con quien hablar, cuando Amos llegue a reconocer esa chaqueta azul...

—Ah —dijo Anne—. Así que le escribiste para invitarle a venir. Ya lo suponía, pero me alegro de oírtelo reconocer por tu propia voluntad. Anda, vámonos a la cama —dijo—. Hoy no has dado ni un palo al agua, y sólo Dios sabe cuándo volverás a ponerte a trabajar.

De ese modo seguía su curso la vida a su manera, antigua y plácida. Y es que los poetas son todos distintos entre sí, o éste al menos lo parecía, aunque bien pronto sale a relucir que Anne no ve a este poeta, apenas lo ve. Parece que ni siquiera es capaz de saber que se encuentra en la casa, a no ser que lo oiga roncar de noche. Por eso tuvieron que pasar dos semanas hasta que volvió a sulfurarse. Y esta vez ni siquiera se está peinando.

—¿Hace sólo dos semanas que está aquí, o hace ya dos años?

Está sentada ante el tocador, pero no está haciendo nada, cosa que cualquier marido, incluso si es artista, sabe que no puede ser buena señal. Cuando uno ve a una mujer sentada y a medio vestir ante un tocador, con un espejo en el que ni siquiera se mira a la vez que habla, es hora de reconocer que huele a chamusquina.

—Lleva aquí dos semanas, pero si no me da por ir a la cocina ni lo veo, puesto que prefiere la compañía de Pinkie antes que estar con nosotros. Y cuando no apareció aquella primera noche, el miércoles, que era la noche libre de Pinkie, al principio me dije... «vaya, qué tacto tiene». Eso fue antes de enterarme de que había cenado con la familia de Pinkie, en su casa, y que fue con ellos a orar a la iglesia. Y volvió el domingo por la noche, y de nuevo el pasado miércoles por la noche, y esta noche (por más que me diga que carezco de inteligencia y de imaginación) le sorprendería saber que ahora mismo me imagino esa chaquetilla azul celeste en una iglesia, un edificio de madera, llena de negros sudorosos, sin que haya en ello la menor incongruencia.

—Sí, todo un cuadro, ¿que no?

—Pero dejando a un lado esa clase de inconveniencias que no tienen la menor importancia, como es no saber dónde está nuestro invitado, y soportar armada de paciencia una cantidad no menor de ridículos y vergüenzas ajenas, es un acompañante francamente agradable. Instructivo, edificante, modesto. Nunca me entero de que esté en la casa, nunca, a no ser que te oiga teclear, porque en ese caso caigo en la cuenta de que no eres tú, ya que tú no has escrito un renglón en... ¿son dos semanas, o ya son dos años? Entra en esa habitación en donde los niños tienen absolutamente prohibida la entrada y pone un solo dedo en esa máquina de escribir que ni siquiera Pinkie puede tocar con un paño para quitarle el polvo, y escribe un poema sobre la libertad y te lo pone delante de las narices para que lo elogies y aplaudas. ¿Cómo lo dice él?

—Tú sabrás. Está muy bien.

—Te lo planta delante de las narices como... como... Espera, espera que ya lo tengo: como quien da de comer caviar a un elefante, y va y dice: «¿Se venderá?». No pregunta si es bueno, o si te gusta. Te pregunta si se venderá. Y tú...

—Sigue, sigue. No se me ocurriría competir contigo.

—Tú lo lees con toda tu atención. A lo mejor es el mismo poema, no lo sé; recientemente he sabido gracias a una autoridad inapelable que no tengo la inteligencia necesaria para acceder a la poesía por mis propios medios. Tú lo lees con toda tu atención y le dices: «A la fuerza tiene que vender. Ahí tienes sellos, en el cajón del escritorio» —se dirigió a la ventana—. No, todavía no he evolucionado lo suficiente para entender la poesía tal cual es. No la capto. Me la tienen que dar a cucharadas, si es que a él le queda tiempo, en los ratos que pasa en la terraza después de cenar, las noches en que no hay reunión de culto en la iglesia de Pinkie. Libertad. Igualdad. Pero en palabras sencillitas, porque parece que, por ser mujer, no quiero libertad y no sé qué significa la igualdad, por lo menos hasta que tú lo pillas por banda y le demuestras con palabras de buen profesional que no es tan sabio, aunque es sabio de sobra para callarse entonces y dejarte que nos demuestres a los dos que tú tampoco eres tan sabio como crees —la ventana daba al jardín. Estaba acortinada. Ella se encontraba entre las cortinas, mirando al exterior—. Así que el joven Shelley todavía no ha roto el molde.

—Todavía no. Pero lo lleva dentro. Tú dale tiempo y verás.

—Me alegro de oírlo. Lleva ya dos semanas aquí. Me alegro de que lo suyo sea la poesía, una cosa que se puede perpetrar en dos renglones. De lo contrario, al

paso que va... —estaba entre las cortinas, que se mecían lentamente con la brisa—. Maldita sea, maldita sea, maldita sea. No come nada bien.

Así fue Roger a colocar otro cojín en el cochecito del niño. Sólo que ella no dijo eso exactamente, y él tampoco hizo exactamente eso.

A ver si nos entendemos. Aquí es donde empieza la cosa. Los días en que no había reunión de culto en la iglesia de los negros, al poeta le ha dado por ir como idiotizado tras ella, por todo el jardín, mientras corta flores para adornar la mesa a la hora de la cena, y habla con ella de la poesía, o de la libertad, o acaso habla de las flores. Habla de algo en todo caso; a lo mejor, cuando esa noche deje de hablar de golpe, cuando los dos vayan caminando por el jardín después de la cena, ella tendría que haberse dado por avisada. Pero no. O, al menos, cuando llegaron al final del sendero y dieron la vuelta, a ella le dio la impresión, de pronto, de que él había puesto la jeta a punto para que ella le soltara un puñetazo en todo el morro. Fuera como fuese, ella no se movió hasta que terminó el achuchón. Entonces retrocedió de golpe con la mano en alto.

—¡Serás idiota...! —dice.

Él tampoco se mueve, como si le quisiera dar una buena oportunidad.

—¿Qué satisfacción vas a encontrar en darme una bofetada en toda la jeta? —dice él.

—Eso ya lo sé —dice ella. Le asesta un puñetazo en el pecho, no muy fuerte, de lleno, aunque conteniéndose pese a todo: enfurecida y atenta al mismo tiempo—. ¿Por qué has tenido que hacer semejante estupidez?

Pero de él no saca nada en claro. Él sigue en donde está, ofreciéndole una diana fácil de alcanzar; tal vez ni siquiera la está mirando, con el cabello revuelto y la chaqueta azul celeste que le queda como a un caballo una manta corta. Tómese un gallo, un gallo viejo. Un toro viejo es otra cosa. Hay que verlo allí donde el resto de vacas y toros lo ha dejado atrás, ciego y achacoso, con sus esparavanes, aunque no por eso deja de tener pinta de estar aún casado. Como si dijera: «En fin, chicos, ahora ya me podéis mirar a la cara, aunque yo en mis buenos tiempos he sido marido y padre». En cambio, un gallo viejo... Parece que no haya tenido pareja nunca, que sea un soltero innato. Un soltero innato en un mundo en el que no hay gallinas, y además lo ha descubierto hace tanto que ni siquiera se acuerda de que no hay gallinas.

—Vamos —dice ella, y se vuelve muy envarada, y el poeta va idiotizado tras ella. A lo mejor fue eso lo que le delató. En cualquier caso, ella se vuelve a mirarlo y frena el paso. Se detiene—. Así que te crees irresistible, ¿no? Y te crees que se lo voy a decir a Roger, ¿no?

—No lo sé —dice él—. No había pensado en eso.

—¿Quieres decir que te da igual que se lo diga o que no?

—Sí.

—¿Sí? ¿Sí qué?

Parece que ella no sabe del todo si él la mira o no, si la ha mirado alguna vez. Sigue en donde está, idiotizado, casi el doble de alto que ella.

—Cuando era pequeño, los domingos nos daban un sorbete —dice—. Con un poquito de limón nada más. Olía como los narcisos, me acuerdo bien. Creo que me acuerdo. Tendría cuatro... no, tres años. Murió mi madre y nos mudamos a una ciudad. Una pensión. Una pared de ladrillos. Había una ventana, como un tuerto con el ojo legañoso. Y un gato muerto. Pero antes hubo muchos árboles, como tienes tú. Me sentaba en los escalones de la cocina a última hora de la tarde, a ver la luz de los domingos en la enramada, tomándome el sorbete.

Ella lo está mirando. Al cabo se vuelve y echa a andar deprisa. Él la sigue idiotizado, algo más atrás, de modo que cuando se detiene a la sombra de unos arbustos con la expresión inmóvil de quien espera un beso, él se queda como un idiota hasta que ella lo toca. Y ni siquiera entonces lo entiende. Ella tiene que decirle que se dé prisa. Entonces sí lo entiende. Parece que el poeta es humano, como cualquier otro hombre.

Pero no es eso. Eso se puede ver en cualquier película. Se trata de esto otro, de lo bueno de veras.

Más o menos en este momento, coincidiendo con el segundo achuchón, Roger sale de detrás de ese arbusto. Aparece como si fuese por casualidad, contento, tranquilo, tras salir a estirar las piernas a la luz de la luna para asentar bien la cena. Los tres vuelven paseando a la casa, Roger en medio. Llegan tan deprisa que nadie piensa en decir buenas noches cuando Anne entra y sube al piso de arriba. O tal vez sea porque es Roger quien habla en ese momento, como si el valor de la poesía hubiese caído en picado.

—Claro de luna —dice Roger, y mira la luna como si también fuera suya—. Es algo que ya no aguanto. Me tropiezo con las paredes, busco un interruptor de la luz. Es decir, que un claro de luna antes me hacía sentir triste, envejecido, y así me sentía. Pero ahora mucho me temo que ya ni siquiera me hace sentirme solo. Supongo que he envejecido.

—Eso es cierto —dice el poeta—. ¿Dónde podemos hablar?

—¿Hablar? —dice Roger. Pareció en ese instante un jefe de camareros: algo calvo, colorado, cuando se presenta en la mesa y levanta una tapa y da la impresión de que vaya a decir: «En fin, pueden comerse esta bazofia si es que quieren además pagar por ello»—. Por aquí —añade. Van a su despacho, a la habitación en la que escribe sus libros, en donde ni siquiera se permite que entren los niños. Se sienta tras la máquina de escribir y carga de tabaco la pipa. Ve entonces que el poeta no se ha sentado—. Siéntate —le dice.

—No —dice el poeta—. Escucha. Esta noche he besado a tu mujer. Si puedo, pienso repetirlo.

—Ah —dice Roger. Está ajetreado llenando la pipa y al parecer no mira al poeta—. Siéntate.

—No —responde.

Roger enciende la pipa.

—Bueno —dice—, me temo que eso es algo en lo que no te puedo dar consejos. Algo de poesía he escrito, pero nunca he sabido seducir a una mujer —mira al poeta en ese momento—. Oye una cosa —dice—. Tú no estás bien. Ve a la cama. Ya hablaremos mañana de esto.

—No —dice el poeta—. No puedo dormir bajo tu mismo techo.

—Anne no deja de decir que no estás bien —dice Roger—. ¿Tienes idea de qué es lo que te pasa?

—No lo sé —dice el poeta.

Roger da una calada. Parece que le cuesta trabajo que la pipa tire bien. A lo mejor por eso la estampa contra la mesa, a lo mejor es que también él es humano, como un poeta. En cualquier caso, estampa la pipa contra la mesa, de modo que el

tabaco salta y arde entre los papeles. Allí están: el marido calvo con la harina de maíz y la carne de vacuno para la semana siguiente ya a la vista, el destroza-hogares necesitado de un buen corte de pelo, con una de esas chaquetas azul celeste que antes llevaban las señoras con un gorrito de tocador, de encaje, cuando estaban indispuestas y comían en cama.

—¿Qué demonios te has propuesto —dice Roger— viniendo a mi casa a comer mi comida y a molestar a Anne con tu maldita...?

Pero no hubo más. Y es que hasta eso fue provechoso para un escritor, un artista; a lo mejor eso es todo lo que cabría esperar de ambos. O a lo mejor fue porque el poeta ni siquiera le prestaba atención.

—Ni siquiera está aquí —se dice Roger. Como ya le había dicho al poeta, tiempo atrás escribía poesía él también, así que sabía lo que se decía—. Está ahí arriba, en la puerta del dormitorio de Anne, arrodillado ante la puerta —y en esa misma puerta, durante un tiempo, estuvo el punto de máximo acercamiento a Anne que logró Roger. Pero eso fue después; ahora el poeta y él están en el despacho, mientras él trata de lograr que el poeta deje de darle a la sinhuera y se largue a la cama, mientras el poeta se niega.

—No puedo dormir bajo tu mismo techo —dice el poeta—. ¿Puedo ver a Anne?

—Podrás verla por la mañana. A la hora que quieras. Durante todo el día, si te apetece. No digas gilipolleces.

Así que Roger sube y se lo dice a Anne y regresa y se sienta tras la máquina de escribir y entonces baja Anne y Roger la oye y el poeta sale por la puerta de la calle. Al poco tiempo, Anne vuelve sola.

—Se ha marchado —dice.

—¿En serio? —dice Roger como si no la oyera. Y salta—. ¿Cómo que se ha marchado? No puede, es tardísimo. Dile que vuelva.

—No volverá —dice Anne—. Déjalo en paz.

Y sube. Cuando subió Roger un poco más tarde, se encontró con la puerta cerrada con llave.

A ver si nos entendemos. La cosa es como sigue. Volvió al despacho, introdujo una hoja en el carro de la máquina y se puso a escribir. No fue muy deprisa al principio, pero cuando rayaba el alba de allí salía un ruido como el de cuarenta gallinas cuando se les da de comer sobre una lámina de hierro, y las hojas escritas se iban acumulando sobre la mesa.

Ni vio ni supo nada del poeta en dos días. Pero el poeta seguía en el pueblo. Amos Crain lo vio y fue a decírselo a Roger. Parece ser que Amos había ido a la casa por la razón que fuera, porque sólo de esa forma pudo alguien dar con Roger y decirle algo a lo largo de dos días con sus noches.

—Oí la máquina de escribir antes de cruzar el arroyo —dice Amos—, vi esa chaquetilla azul celeste ayer mismo en el hotel.

Esa noche, mientras Roger estaba trabajando, bajó Anne por la escalera. Se asomó a la puerta del despacho.

—Voy a ir a verle —dijo.

—¿Le vas a decir que vuelva? —dijo Roger—. ¿Le dirás que eso es lo que quiero que tenga en cuenta?

—No —dijo Anne.

Y lo último que oyó ella cuando salió y cuando volvió al cabo de una hora y subió a su dormitorio y cerró con llave (Roger dormía en el porche donde echaba la siesta, en una cama plegable del ejército) fue el tableteo de la máquina de escribir.

Y así siguió su curso la vida a su manera, antigua y plácida, y feliz. Se veían con cierta frecuencia, a menudo dos veces al día, después de que Anne dejara de bajar a desayunar. Sólo que uno o dos días más tarde echó de menos el ruido de la máquina de escribir, tal vez echó de menos que le impidiera dormir.

—¿Ya lo has terminado? —dijo—. ¿Está terminado el relato?

—Oh, no. No, aún no está terminado. Lo voy a dejar posar un día o dos.

Mercado al alza en materia de mecanografía, se podría decir.

Siguió al alza durante unos cuantos días. Tomó por costumbre acostarse temprano, estar ya en la cama plegable, en el porche, cuando Anne volvía a la casa.

Una noche salió ella al porche donde echaba la siesta y se lo encontró leyendo en la cama.

—No pienso volver —le dijo ella—. Me da miedo.

—¿Miedo de qué? ¿No te basta con dos niños? O más bien tres, contándome a mí.

—No lo sé —la lámpara era de lectura, el rostro de ella quedaba en la sombra—. No lo sé —giró la pantalla para que la luz le diera en la cara, pero antes de que llegase se levantó y salió corriendo. Él llegó a tiempo de que le diera con la puerta en las narices.

—¡Ciego! ¡Estás ciego! —dijo ella tras la puerta—. ¡Fuera de aquí! ¡Largo!

Se marchó, pero no pudo dormir. Al poco tiempo retiró la pantalla metálica de la lámpara y forzó con ella la ventana del cuarto en que dormían los niños. La puerta de comunicación con el cuarto de Anne no estaba cerrada. Anne dormía. No había hecho ningún ruido, pero ella despertó y lo miró sin mover un músculo.

—Nunca ha tenido nada, nada de nada. Lo único que recuerda de su madre es el sabor de los sorbetes los domingos por la tarde. Dice que mi boca sabe igual. Dice que mi boca es su madre —se echó a llorar. No se movió, siguió tendida boca arriba, sobre la almohada, los brazos bajo la sábana, mientras lloraba. Roger se sentó al borde de la cama y la tocó y ella se encogió con la cara pegada a las rodillas, llorando.

Estuvieron hablando hasta el amanecer.

—No sé qué hacer. El adulterio no me dará la entrada, ni se la dará a nadie, al sitio en que vive, si es que vive, porque nunca ha vivido. Es... él es... —respiraba despacio, la cara vuelta a un lado, aún contra la rodilla, y él le acariciaba el hombro—. ¿Tú me acogerías si vuelvo contigo?

—No lo sé —le acarició el hombro—. Sí. Sí. Claro que te acogería.

Y así remontó el vuelo el mercado de la mecanografía. Tuvo una buena racha aquella misma noche, tan pronto Anne se durmió llorando, y el mercado de valores en materia de mecanografía se mantuvo al alza durante tres o cuatro días sin cerrar de noche, ni siquiera cuando Pinkie le dijo que el teléfono estaba estropeado y él localizó en qué punto estaban cortados los cables y supo además dónde encontrar,

basta con que quiera, las tijeras con que se hizo el estropicio. No va al pueblo ni una sola vez, ni siquiera cuando alguien podría llevarlo gratis. Prefiere pasar la mañana entera sentado junto al camino, a la espera de que pase alguien que le traiga un paquete de tabaco, o azúcar, o lo que sea.

—Si voy al pueblo, es posible que él no esté —se dijo.

Al quinto día, Amos Crain le llevó el correo. Ése fue el día en que empezó a llover. Había una carta para Anne. «Evidentemente, en este asunto no quiere él mis consejos —se dijo—. A lo mejor ya lo ha vendido». Dio la carta a Anne. La leyó una sola vez.

—¿La quieres leer? —le dijo.

—Ni de broma —dijo él.

Pero el mercado de la mecanografía sigue con buen temple, así que cuando empezó a llover por la tarde tuvo que encender la luz. Llovía con tanta fuerza sobre la casa que llegó a ver cómo los dedos (empleaba sólo dos o tres) golpeaban las teclas sin oír el ruido que estaba armando. Pinkie no fue a la casa, así que al cabo de un rato dejó la máquina y preparó algo de comer en una bandeja, que subió y dejó en una silla, junto a la puerta de Anne. Él no descansó para comer nada.

Después de anochecido bajó ella por primera vez. Seguía lloviendo. La vio pasar ante la puerta, deprisa, con impermeable y sombrero de caucho. La pilló cuando abrió la puerta de la calle, cuando la lluvia se colaba dentro a rachas.

—¿Adónde vas? —dijo él.

Ella quiso soltarse con una sacudida.

—Déjame en paz.

—No puedes salir con la que está cayendo. ¿Qué pasa?

—Déjame en paz, te lo pido por favor —dio una sacudida con el brazo, tirando de la puerta que él sujetaba.

—No puedes. ¿Qué pasa? Yo me ocupo. ¿Qué pasa?

Pero ella lo miró tan sólo, dando una nueva sacudida para que la soltase a la

vez que tiró del pomo de la puerta.

—Tengo que ir al pueblo. Por favor, Roger.

—No puedes. Es de noche, está lloviendo a cántaros.

—Por favor, por favor —él la sujetó—. Por favor, por lo que más quieras —pero él la siguió sujetando, y ella soltó el pomo de la puerta y volvió al piso de arriba. Y él volvió a la máquina de escribir, a ese mercado que seguía yendo viento en popa.

Sigue dale que te pego a medianoche. Esta vez Anne aparece con un albornoz. Se queda en la puerta, con el pomo en la mano. Lleva el pelo suelto.

—Roger —dice—. Roger.

Él se acerca a ella bastante deprisa para ser un hombre más bien grueso; tal vez cree que ella está enferma.

—¿Qué es? ¿Qué te pasa?

Ella acude a la puerta y la abre. La lluvia vuelve a colarse a rachas.

—Ahí —dice—. Ahí fuera.

—¿Qué?

—Es él. Blair.

Él la obliga a retroceder. La lleva al despacho, se pone el impermeable, toma el paraguas y sale.

—¡Blair! —llama—. ¡John!

Sube entonces la persiana del despacho, la ha subido Anne, llevando la lámpara de mesa a la ventana además de encender la luz del porche, y ve a Blair bajo la lluvia, sin sombrero, con la chaqueta azul celeste como si se la hubiera puesto un empapelador de paredes con demasiada prisa, el rostro alzado hacia la ventana de Anne.

Y ahí estamos una vez más: el marido calvo, la ricachona del medio rural, el

joven gallardo, el poeta destroza-hogares. Los dos caballeros son asimismo artistas: uno que no quiere que el otro se empape bajo la lluvia, otro cuya conciencia no le permite destrozar el hogar desde dentro. Ahí estamos, mientras Roger trata de sostener uno de esos paraguas femeninos, de seda verde, sobre su cabeza y la del poeta, a la vez que forcejea y tira del brazo de éste.

—¡Serás idiota, condenado! ¡Entra en casa ahora mismo!

—No —su brazo cede un poco con los tirones que le da Roger, pero él no se mueve.

—¿O es que te quieres ahogar bajo la lluvia? ¡Venga, hombre! ¡Vamos dentro!

—No.

Roger tira del brazo del poeta como quien tira de un muñeco de serrín encharcado. Y se pone a gritar hacia la casa.

—¡Anne! ¡Anne!

—¿Ha dicho ella que entre? —dice el poeta.

—Yo... Sí, sí. Vamos, entra. ¿O es que estás loco?

—Me estás mintiendo —dice el poeta—. Déjame en paz.

—¿Qué es lo que pretendes? —dice Roger—. No te puedes quedar aquí con la que está cayendo.

—Sí, sí que puedo. Entra tú. Te vas a resfriar.

Roger vuelve corriendo a la casa; antes tienen una discusión, porque Roger quiere que el poeta se quede con el paraguas, y el poeta dice que no. Roger vuelve a la casa. Anne está en la puerta.

—Será idiota —dice Roger—. No puedo...

—¡Ven adentro! —grita Anne—. ¡John! ¡Por favor te lo pido!

Pero el poeta ya no está donde llega la luz, ha desaparecido.

—¡John! —lo llama Anne.

Se echó entonces a reír, mirando a Roger con los ojos medio tapados por el pelo, que se alisaba con las manos.

—Estaba... Parecía... Estaba t... tan gr... gracioso...

Dejó entonces de reírse y Roger tuvo que sostenerla en pie. La llevó arriba y estuvo sentado con ella hasta que pudo contener el llanto. Volvió entonces a su despacho. La lámpara aún estaba en la ventana, y cuando la retiró y se desplazó el foco vio de nuevo a Blair en el jardín. Estaba sentado en la hierba, apoyado de espaldas contra la base de un árbol, la cara vuelta arriba, hacia la lluvia, hacia la ventana de Anne. Roger salió con toda la rapidez que pudo, pero cuando llegó ya no estaba Blair donde lo había visto. Roger permaneció bajo el paraguas llamándole un rato, pero no encontró respuesta. A lo mejor quiso intentar por segunda vez que el poeta se quedara con el paraguas. Por eso, a lo mejor no sabía cómo son los poetas, o no al menos en la medida en que creía saberlo. A lo mejor estaba pensando en Alexander Pope. Pope seguramente hubiera llevado un paraguas.

Nunca más volvieron a ver al poeta. A ése, claro está. Y es que de todo esto hace seis meses, y aún viven allí. Pero a ése no lo volvieron a ver. A los tres días, Anne recibe la segunda carta, remitida desde el pueblo. Es un menú del café Elite, o a lo mejor lo llaman el Palace. Estaba ya autografiada por las moscas que suelen comer allí, y el poeta había escrito al dorso. Anne la dejó en el escritorio de Roger y salió, y fue entonces cuando la leyó Roger.

Parece que ése fue el hachazo. El que Roger siempre afirmó que estaba esperando. Da lo mismo. Las revistas que no traen fotos publicaron el poema, robándose una a otras mientras el interés, o lo que fuera, devoró el dinero que el poeta nunca llegó a percibir a cambio del mismo. Pero la cosa tampoco estuvo nada mal, pues para entonces Blair ya estaba muerto.

La mujer de Amos Crain les contó que el poeta se había marchado del pueblo. Una semana después se marchó Anne. Se fue a Connecticut a pasar el resto del verano con sus padres, en cuya casa estaban los niños. Lo último que oyó al marcharse de casa fue la máquina de escribir.

Pero pasaron dos semanas desde que Anne se marchó hasta que Roger lo dio por terminado, puso la última palabra. En un primer momento quiso incluir el poema, el poema escrito en el menú, un poema que no trataba tampoco sobre la

libertad, aunque al final no lo hizo. La conciencia, si así puede llamarse, pudo con las ganas de buscar camorra, y Roger aguantó la embestida sin inmutarse, como un hombrecito hecho y derecho, y mandó el poema a las revistas, para que se hablara de él, y cosió las páginas que había escrito y también las envió a las revistas. ¿Y qué fue lo que se había dedicado a escribir? Él, Anne y el poeta. Palabra por palabra, entre un compás de espera y el siguiente, hasta saber qué escribir a continuación, con algunos retoques aquí y allá, cómo no, porque las personas de carne y hueso no suelen ser el mejor material narrativo, siendo material mucho más interesante las habladurías, ya que en su mayor parte no son verdad.

Así que cosió las páginas y las envió y le enviaron un dinero. Llegó justo a tiempo, porque se avecinaba el invierno y aún adeudaba cierta cantidad por la hospitalización de Blair y su entierro. Saldó las deudas y, con el resto del dinero, le compró a Anne un abrigo de pieles, y compró para los niños y para él ropa interior de invierno.

Blair murió en septiembre. Anne y los niños seguían fuera cuando recibió el telegrama con tres o cuatro días de retraso, ya que aún no había llegado la siguiente hornada de visitas. Así que ahí está, escribiendo en su mesa, en la casa vacía, con todo el trabajo de mecanografía terminado y el telegrama en la mano.

—Shelley —dice—. Su vida entera no fue una imitación muy lograda de la vida misma. Incluyendo la cantidad de agua que le hizo falta para ahogarse.

A Anne no le dijo nada del poeta hasta después de que llegase el abrigo de pieles.

—Viste si él... —dijo Anne.

—Sí. Le dieron una buena habitación. Tuvo una buena enfermera. El médico al principio no quiso que tuviera una enfermera especial. Maldito matasanos...

A veces, cuando uno piensa en que obligan a los poetas y a los artistas y a otros por el estilo a pagar esos impuestos que, según dicen, indican que un hombre es libre, que es mayor de edad, que es capaz de mirar por sus asuntos en esta encarnizada competencia de los unos con los otros, da la impresión de que ganasen el dinero que a duras penas ganan con argucias y falsedades. Sea como fuere, aquí va lo que siguió, lo que hicieron después.

Él le lee a ella el libro, el relato, y ella no dice nada hasta que ha terminado.

—Así que esto es lo que estabas haciendo —dijo ella.

Él tampoco la mira; está ocupado cuadrando las hojas, alisándolas bien.

—Es tu abrigo de pieles —dijo.

—Ah —dice ella—. Sí, claro. Mi abrigo de pieles.

Llega entonces el abrigo de pieles. ¿Y qué hace ella entonces? Lo regala. Sí, se lo regaló a la señora Crain. Se lo dio a la señora Crain, que estaba en la cocina batiendo mantequilla, con el pelo por la cara, retirandoselo con una muñeca que parecía un jamón magro.

—Caramba, señora Howes... —dice—. No puedo. De veras que no.

—Tendrá que aceptarlo —dice Anne—. Nosotros... Bueno, yo lo conseguí con malas artes, no me lo merezco. Usted siembra el pan y lo cosecha, yo no. Por eso no puedo llevar un abrigo como éste.

Y así lo dejan estar, y el abrigo queda con la señora Crain y vuelven a casa caminando. Sólo que hacen un alto a plena luz del día y la señora Crain los mira desde la ventana, y se dan un abrazo y se besan porque en ese momento es lo que desean.

—Me siento mejor —dice Anne.

—Yo también —dice Roger—. Porque Blair no estaba ahí y no vio la cara de la señora Crain cuando le regalaste el abrigo. En eso no es que haya libertad, ni hay igualdad tampoco.

Pero Anne no le escucha.

—Por no pensar —dice— que él... para vestirme yo con las pieles de unos animalillos aniquilados... Tú lo has puesto en un libro, pero no lo llegaste a terminar. No sabías nada de ese abrigo, ¿verdad que no? Esta vez Dios te ha ganado, Roger.

—Sí, así es —dice Roger—. Dios me gana muchas veces. Pero en esto hay una cosa más. Sus hijos son mayores que los nuestros, y ni siquiera la señora Crain podría ponerse mi ropa interior, así que todo queda en su sitio.

Claro. Todo quedó en su sitio. Pronto llegaría la Navidad y después la primavera, y luego el verano, el largo verano, los largos días del verano.^[*]

El broche

I

Le despertó el teléfono. Despertó ya con prisa, tanteando a oscuras en busca de la bata y las zapatillas, porque sin despertar aún del todo supo que la cama de al lado estaba sin ocupar, y el aparato estaba en la planta baja, frente a la puerta tras la cual su madre llevaba cinco años apoyada y encajada entre los almohadones, en cama, y porque supo nada más despertar que llegaría demasiado tarde, puesto que su madre ya lo habría oído, tal como oía todo lo que pasara en la casa, fuera la hora que fuese.

Era viuda, y él, su único hijo. Cuando se fue a la universidad, ella se fue con él; tuvo casa en Charlottesville, Virginia, durante los cuatro años que pasó él de estudiante. Era hija de un acaudalado comerciante. Se casó con un viajante de comercio que llegó al pueblo un verano con cartas de recomendación: una, para el pastor de la iglesia, la otra para su padre. En tan sólo tres meses, el viajante y la hija se habían casado. Él se apellidaba Boyd. Dejó su empleo en menos de un año, se instaló en casa de su esposa y se dedicó a pasar el día sentado frente al hotel, con los abogados y los dueños de las plantaciones de algodón, un tipo oscuro, con una manera tan galante como chulesca de quitarse el sombrero para saludar a las damas. Durante el segundo año nació el hijo. Seis meses después Boyd se largó. Se fue como si tal cosa, dejando a su mujer una nota en la que le dijo que ya no era capaz de soportar la sola idea de pasar la noche tendido en cama, viéndola enrollar en carretes vacíos el cordel que ahorra de los paquetes comprados en las tiendas. Su mujer nunca más volvió a saber de él, aunque se negó a que su padre tramitara la anulación matrimonial y cambiara el apellido de su hijo.

Murió entonces el acaudalado comerciante, legando todas sus propiedades a la hija y al nieto que, si bien desde que tuvo siete u ocho años ya no vestía trajecitos al estilo del pequeño Lord Fauntleroy, a los doce lucía incluso entre semana trajes que le daban un aire no de niño, sino de enano; es probable que no hubiese podido

mantener relaciones más o menos duraderas con otros niños ni siquiera si su madre se lo hubiese permitido. A su debido tiempo, su madre encontró un colegio masculino en el que el chiquillo pudo vestir con total impunidad chaqueta de uniforme y sombrero rígido, de hombre, aunque para cuando ambos se mudaron a Charlottesville con la idea de pasar allí cuatro años el hijo no tenía ninguna pinta de enano. Parecía más bien un personaje tomado de la *Divina comedia*, un hombre algo más enclenque que su padre, aunque en parte tenía la buena presencia, si bien oscura, que tuvo el padre, e iba siempre con prisa, con una mirada esquiva, aun cuando su madre no estuviera con él, al pasar por la calle, delante de las chicas, no sólo en Charlottesville, sino también en el villorrio perdido en Mississippi al que con el tiempo regresaron, con una expresión en la cara como la de los novicios o los ángeles en las alegorías del siglo XV. Entonces sufrió su madre el ataque, y no tardaron sus amigas en llevarle a la cama en que estaba postrada, casi a diario, informes detallados sobre la clase de chica con la que habría querido o esperado la madre no sólo que el hijo se relacionase, sino también que, llegado el día, contrajera matrimonio.

Se llamaba Amy y era hija de un revisor de ferrocarriles que perdió la vida en un accidente de tren. Vivía con una tía suya que tenía una pensión, y era una jovencita vivaracha y desafiante, cuya reputación, con el tiempo, fue más bien imputable a las necesidades y las desventajas de su casta, las propias de un villorrio del Sur, que a la maldad propiamente dicha, y que al final sin lugar a dudas fue más humo que fuego; su nombre, aunque siempre recibiera invitaciones para acudir a los bailes más públicos, corría de boca en boca y se tomaba muy a la ligera sobre todo entre las mujeres de mayor edad, hijas de las familias de más alcurnia y ya en decadencia, como aquella en que vino al mundo su futuro esposo.

Así las cosas, el hijo adquirió cierta destreza en el acto de entrar en casa y pasar por delante del dormitorio en que yacía postrada su madre, encajada entre almohadones, y subir la escalera a oscuras hasta su habitación. Pero hubo una noche en que no lo logró. Cuando entró en casa, el dintel de la puerta del dormitorio de su madre estaba a oscuras, como siempre, y aunque no hubiera sido así no habría tenido forma de saber que aquélla fue la tarde en que las amigas de la madre fueron a verla y le hablaron de Amy, tras lo cual su madre pasó cinco horas incorporada, tesa, encajada entre los almohadones, a oscuras, atenta a la puerta invisible. Él entró con sigilo, como de costumbre, con los zapatos en la mano, pero sin haber cerrado aún la puerta de la calle la oyó llamarle por su nombre. No levantó la voz. Lo dijo una sola vez:

—Howard.

Abrió la puerta. En ese instante se encendió la lámpara de la mesilla de noche, junto a la cual había un reloj de mesa con la esfera como la cara de una muerta. Detener las manecillas del reloj fue lo primero que hizo la madre en cuanto pudo, dos años antes, mover las manos. Se acercó a la cama desde la cual lo miraba una mujer gruesa, con un rostro del color del sebo y los ojos negros, en apariencia sin pupilas y sin iris, bajo el cabello perfectamente blanco.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Te encuentras mal?

—Acércate —dijo ella, y él se acercó. Se miraron. Entonces él pareció entenderlo; tal vez se lo esperase.

—Ya sé quién ha venido a hablar contigo —dijo—. Esas malditas buitronas.

—Vaya, me alegro de saber que sólo es carroña —dijo ella—. Ahora me puedo quedar tranquila, sabiendo que no la traerás a nuestra casa.

—No te prives. Di que es tu casa.

—No es preciso. No la llevarás a cualquier casa en la que viva una dama —se miraron a la luz constante de la lámpara, que poseía el rancio relumbro de las luces que hay en los cuartos de los enfermos—. Tú eres un hombre, y no te lo reprocho. Ni siquiera me sorprende. Sólo quiero advertírtelo antes de que hagas el ridículo. No confundas la casa con el establo.

—¿Con el...? ¡Ja! —dijo. Dio un paso atrás y abrió la puerta de un tirón, con un gesto que remedó la chulería teatral de su padre—. Con tu permiso —añadió. No cerró la puerta. Ella permaneció incorporada sobre los almohadones, mirando el vestíbulo a oscuras, escuchándole ir al teléfono, llamar a la chica y pedirle que se casara con él al día siguiente, sin más dilación. Volvió entonces a la puerta—. Con tu permiso —dijo otra vez con una chulería que recordaba la de su padre, y cerró la puerta. Al cabo de un rato la madre apagó la luz. Para entonces ya era de día.

No se casaron al día siguiente.

—Me da miedo —dijo Amy—. Tu madre me da miedo. ¿Qué dice de mí?

—No lo sé. Nunca he hablado de ti con ella.

—¿Ni siquiera le has dicho que me amas?

—¿Y eso qué más da? Casémonos.

—¿Y vivir allí con ella? —se miraron a los ojos—. ¿Te pondrás a trabajar para que tengamos una casa propia?

—¿Para qué? Tengo dinero suficiente. Y la casa es grande.

—Es su casa. Es su dinero.

—Serán míos... serán nuestros algún día. Anda, por lo que más quieras.

—Vamos. Hagamos otro intento, vamos a bailar —esto fue en el salón de la pensión, donde ella intentó enseñarle a bailar, aunque sin éxito. La música no significaba nada para él; el ruido que le envolvía, o tal vez el contacto con el cuerpo de ella, desbarataban la poca coordinación que pudieran tener sus movimientos. Pero la llevó a los bailes del Club de Campo; se supo que se habían prometido. Ella siguió absteniéndose de bailar, pero salía con otros hombres a los coches aparcados en la oscuridad, a la entrada. Él intentó hablar con ella de esa costumbre y de la bebida.

—Ven a mi coche a beber conmigo —le dijo.

—Estamos prometidos. Contigo no tiene gracia.

—Ya —dijo él con la docilidad con que aceptaba todas sus negativas. De pronto se detuvo y se encaró con ella—. ¿Qué es lo que no tiene gracia conmigo? —ella retrocedió cuando él la sujetó por el hombro—. ¿Qué es lo que no tiene gracia conmigo?

—Ay —dijo ella—. Me haces daño.

—Ya lo sé. ¿Qué es lo que no tiene gracia conmigo?

Llegó entonces otra pareja y él la soltó. Pasada una hora, durante un descanso de la orquesta, la sacó a rastras, a pesar de sus alaridos y de su resistencia, de un coche a oscuras, y la arrastró por la pista de baile donde sólo estaban alineadas las señoras de compañía de las jóvenes como el público de un teatro, y tomó una silla para sentarse y ponérsela de través en el regazo y darle unos azotes. Con la luz del alba se habían alejado en el coche una veintena de millas, a otra localidad, donde se casaron.

Esa misma mañana Amy llamó «madre» a la señora Boyd por primera y (con una sola excepción, y acaso por efecto de la sorpresa, o acaso del alborozo) última vez, aunque ese mismo día la señora Boyd hizo a Amy un obsequio: le regaló el broche, un objeto antiguo, un incordio, pero sin embargo valioso. Amy se lo llevó a su dormitorio y él la vio de pie mirándolo con perfecta frialdad, perfectamente impertérrito. Lo guardó en un cajón. Lo sostuvo entre dos dedos sobre el cajón abierto y lo soltó, y se frotó los dos dedos contra el muslo.

—Alguna vez tendrás que ponértelo —dijo Howard.

—Descuida, que me lo pondré. Le daré muestra de mi gratitud, no te preocupes.

No tardó él en percibir que a ella le complacía ponérselo. Es decir, empezó a ponérselo a menudo. Luego se dio cuenta de que no era complacencia, sino una incongruencia vengativa; se lo puso durante toda una semana en el escote de un vestido de cuadros, de andar por casa, poco más que un delantal. Siempre se lo ponía donde la señora Boyd lo viera, siempre que ella y Howard se habían arreglado para salir y procedían a dar las buenas noches a la madre.

Vivían en el piso de arriba, donde al cabo de un año nació su hijo. Llevaron al niño abajo, a que lo viese la señora Boyd. Volvió la cabeza sobre el almohadón y lo miró una sola vez.

—Ah —dijo—. Nunca llegué a conocer al padre de Amy que yo sepa. Claro que tampoco viajé mucho en tren.

—Será... será vieja, la vieja... —exclamó Amy con un estremecimiento, abrazándose a Howard—. ¿Por qué me odia tanto? ¿Qué le he hecho yo? Mudémonos a otra casa, ponte a trabajar.

—No. Tampoco vivirá ella para siempre.

—Sí, vivirá para siempre. Para siempre, sólo con tal de odiarme.

—No —dijo Howard. Al año siguiente murió el niño. Amy intentó una vez más convencerle de que se mudaran.

—Adonde sea. No me importa cómo tengamos que vivir.

—No. No puedo dejarla aquí, tirada en la cama, sin ayuda de nadie. Tú lo

que tienes que hacer es salir a divertirse de nuevo, salir a bailar. Ya verás como se arregla todo.

—Sí —dijo ella más calmada—. Eso tendré que hacer. Esto no puedo soportarlo.

Uno dijo «tú», la otra dijo «yo». Ninguno de los dos dijo «nosotros». Así, los sábados por la noche Amy se arreglaba y Howard se echaba por encima el abrigo y la bufanda, a veces sobre la camisa, sin más, y bajaban la escalera para hacer un alto en la habitación de la señora Boyd, y Howard acompañaba a Amy al coche y la veía marcharse. Luego volvía a la casa con los zapatos en la mano, como tantas veces hizo antes de casarse, pasando por delante del dintel iluminado. Poco antes de dar la medianoche, de nuevo con abrigo y bufanda, bajaba las escaleras con sigilo, pasaba por delante del dintel todavía iluminado y esperaba en el porche a que llegase Amy. Entraban en la casa y se asomaban a la habitación de la señora Boyd para darle las buenas noches.

Una noche dio la una antes de que regresara. Llevaba una hora esperándola en pijama y zapatillas, en el porche. Era noviembre. El dintel de la habitación de la señora Boyd no estaba iluminado, y no se detuvieron.

—Es que unos aguafiestas, unos zascandiles, atrasaron el reloj —le dijo. No le miró; se desvistió deprisa, arrojando de cualquier manera el broche con el resto de sus alhajas sobre la cómoda—. Tuve la esperanza de que no fueses tan tonto y no te quedaras ahí fuera esperándome.

—Puede que la próxima vez que atrasen el reloj no te esté esperando.

Ella se quedó quieta de pronto, perfectamente inmóvil, mirándole por encima del hombro.

—¿Lo dices en serio? —dijo. Él no la estaba mirando; la oyó acercarse y luego la notó acercarse y quedarse a su lado. Ella le tocó el hombro—. ¿Howard? —dijo. Él no movió un músculo. En un abrir y cerrar de ojos ella se le había abrazado con todas sus fuerzas, se había lanzado sobre su regazo, lloraba de una manera incontenible—. ¿Qué nos está pasando? —exclamó, chocando una y otra vez contra él con desenfreno—. ¿Qué nos pasa, qué nos pasa? —él la tuvo abrazada hasta que se calmó, aunque después de acostarse cada uno en su cama (ya dormían en camas separadas) la oyó y luego la notó cruzar el espacio de separación y lanzarse de nuevo contra él con ese pavoroso desenfreno, con abandono, pero no de mujer, sino

propio más bien de un niño a oscuras, y lo envolvió en sus brazos susurrándole—: No tienes por qué confiar en mí, Howard. ¡Puedes confiar! ¡No estás obligado! ¡Es que puedes confiar en mí, en serio!

—Sí —dijo él—. Lo sé. No pasa nada. No pasa nada.

Después de aquella noche, justo antes de dar las doce él se echaba por encima el abrigo y la bufanda, bajaba con sigilo la escalera, pasaba por delante del dintel iluminado, abría y cerraba la puerta de la calle haciendo ruido y se asomaba a la puerta de la habitación de su madre, donde la encontraba apoyada, encajada entre los almohadones, con el libro abierto y boca abajo sobre las rodillas.

—¿Ya estáis de vuelta? —decía la señora Boyd.

—Sí. Amy ya ha subido. ¿Necesitas alguna cosa?

—No. Buenas noches.

—Buenas noches.

Subía y se acostaba y al cabo de un rato (a veces) dormía. Pero antes, a veces, llevándose esas veces al sueño, pensaba y se decía con el pesimismo reposado y fatalista de los impotentes que son por añadidura inteligentes, «pero es que esto no puede seguir así para siempre. Cualquiera noche pasará algo. Ella cazará a Amy. Y sé bien lo que hará. ¿Y yo qué le voy a hacer?». Creía que en el fondo sí lo sabía. Es decir, una parte de su ser, la conciencia acaso, le aseguraba que lo sabía, pero prefería no tenerlo en cuenta: de nuevo la inteligencia: no lo entierres, no lo escondas, es mejor que huyas de eso; prefiriendo no tenerlo en cuenta, la inteligencia hablaba desde la impotencia: *y es que no hay hombre que sepa qué hará en una situación dada, según circunstancias precisas: los sabios acaso, tal vez los otros, extraigan conclusiones, pero no así el implicado*. A la mañana siguiente, Amy se encontraba en la cama de al lado; a la luz del día, se había esfumado el mal presagio. Pero de vez en cuando, e incluso con la luz del día, retornaba, y con el distanciamiento de sus cavilaciones, con la actividad cerebral que inconsciente contemplaba su vida, esa totalidad defectuosa un tercio de la cual habían producido los dos, si bien no eran capaces de salvar la ausencia de ese tercio, volvía a decirse: «Sí, sé bien lo que hará ella, y sé lo que Amy me pedirá que haga yo, y sé que eso no lo haré. Pero ¿qué he de hacer?». No duraba mucho; volvía a decirse que por el momento no había ocurrido, y que de todos modos quedaban seis largos días hasta el sábado siguiente: ya sólo la impotencia, ya ni siquiera el intelecto.

II

Así que cuando despertó con el estridente timbrazo ya supo que la cama de al lado aún estaba sin ocupar, tal como supo, al margen de la prisa que se diera en alcanzar el teléfono, que ya sería demasiado tarde. Ni siquiera se paró a ponerse las zapatillas; bajó corriendo, descalzo, las escaleras heladas, viendo el dintel de la puerta de su madre encenderse al pasar, y fue al teléfono y descolgó.

—Ay, Howard. Cuánto lo siento. Soy Martha Ross. Siento muchísimo molestarte, pero es que sabía que Amy estaría muy preocupada. Lo encontré en el coche, díselo, cuando volvimos a casa.

—Sí —dijo él—. Entendido, en el coche.

—En nuestro coche. Después de que ella se diera cuenta de que había perdido la llave del coche. La llevamos nosotros a casa, hasta la esquina. La invitamos a que viniera a la nuestra, era lo mejor, a tomarse unos huevos con jamón, pero ella... —se apagó la voz. Howard tenía el frío receptor del teléfono pegado a la oreja y oía al otro lado de la línea el silencio, un silencio colmado de una especie de consternación, como una respiración contenida: algo instintivo y femenino y protector de sí mismo. Pero la propia pausa apenas fue una pausa; casi de inmediato la voz siguió perorando, aunque había cambiado por completo y era inexpresiva, átona, reservada—. Amy estará en la cama, supongo.

—Sí, está acostada.

—Ah. Pues siento mucho haberte despertado, siento muchísimo molestarte. Pero es que sabía que estaría muy preocupada, ya que era de tu madre, era un recuerdo de familia. Claro que... si todavía no lo ha echado en falta, no tienes por qué decírselo —la línea zumbaba, tensa—. No le digas que he llamado ni nada —la línea zumbaba—. Eh, ¿Howard?

—No —dijo—. Esta noche no le diré nada, mejor no molestarla. Llámala mañana por la mañana.

—Sí, claro. Cuánto lo siento, perdona por haberte molestado. Espero no haber despertado a tu madre.

Colgó. Estaba helado. Notó cómo se le retraían los dedos de los pies alejándose del suelo helado mientras permanecía inmóvil, mirando la puerta impávida tras la cual estaría su madre apoyada, encajada entre los almohadones, recta, con la cara pálida como el sebo y los ojos negros e inescrutables y el pelo que, según Amy, recordaba el algodón astroso, junto al reloj cuyas manecillas había parado ella a las cuatro menos diez aquella tarde, cinco años antes, en que por fin pudo moverse de nuevo. Cuando abrió la puerta la imagen resultó exacta, casi hasta la posición de las manos sobre la colcha.

— Ella no está en esta casa — dijo la señora Boyd.

— Claro que sí. Está acostada. Sabes muy bien cuándo llegamos. Se olvidó uno de los pendientes en casa de Martha Ross, y es Martha quien acaba de llamar para decírselo.

Al parecer, su madre ni siquiera le había escuchado.

— Así que juras que en este instante ella está en esta casa.

— Sí, claro que sí. Está durmiendo, te lo aseguro.

— Pues dile que baje ahora mismo a darme las buenas noches.

— No digas tonterías. Eso sí que no.

Se miraron uno a otro por encima del pie de la cama.

— ¿Te estás negando?

— Claro que me niego.

Aún se miraron unos instantes más. Él hizo entonces ademán de volverse; notó que ella lo miraba con insistencia.

— Entonces dime otra cosa. Es el broche lo que había perdido.

Tampoco a esto le contestó. Se limitó a mirarla a la vez que cerraba la puerta: los dos tenían una curiosa semejanza, enemigos mortales e implacables en la encarnizada e íntima antipatía de los lazos de sangre. Salió.

Regresó a su dormitorio y encendió las luces; encontró las zapatillas y se

dirigió a la chimenea para añadir carbón a las ascuas y atizarlas hasta que prendieran. El reloj de la repisa indicaba la una menos veinte. Al poco tuvo un buen fuego, con llama; había dejado de temblar. Volvió a la cama y apagó la luz, dejando sólo el titilar de las llamas, el relumbre en los muebles, el apagado destello en los frascos y los espejos sobre la cómoda del tocador, y en el espejo más pequeño que había sobre su propia cómoda, junto al cual se hallaban las tres fotografías en marcos de plata, dos más grandes, de Amy y de él, y otro marco más pequeño, en medio, vacío. Se tumbó. No estaba pensando en nada. Una sola vez pensó, en silencio, «así que es esto. Ahora supongo que lo sabré, ahora averiguaré qué es lo que voy a hacer», y no volvió a pensarlo, ni siquiera eso.

La casa parecía estar aún colmada por el estridente timbre del teléfono, como un eco terco. Comenzó entonces a escuchar el reloj de la repisa, reiterativo y frío y no muy ruidoso. Encendió la luz y tomó el libro que tenía boca abajo en la mesilla, junto a la almohada, pero descubrió que no lograba concentrarse en las palabras por culpa del sonido del reloj, así que se levantó y fue a la repisa. Las manecillas indicaban las dos y media. Paró el reloj y lo volvió de cara a la pared, llevándose el libro junto a la chimenea, donde descubrió que sí era capaz de concentrarse en las palabras, de captar el sentido, de leer sin que el paso del tiempo le alterase. Por eso no podría haber precisado en qué momento se dio cuenta de que había dejado de leer, de que dio una sacudida con la cabeza. No había oído nada, si bien supo que Amy estaba en casa. No supo cómo lo supo: permaneció sentado, conteniendo la respiración, inmóvil, con el libro apacible en alto, quieto, a la espera. Oyó entonces la voz de Amy.

—Soy yo, madre.

«Ha dicho “madre” —pensó sin moverse todavía—. La ha vuelto a llamar “madre”». Se movió: dejó el libro cuidadosamente, abierto boca abajo, aunque al cruzar la habitación lo hizo con naturalidad, sin empeñarse en amortiguar sus pasos. Llegó hasta la puerta, la abrió y vio que Amy acababa de salir del dormitorio de la señora Boyd. Comenzó a subir las escaleras caminando también con toda naturalidad, acompañándose con el ruido de los tacones finos, que resonó de una manera antinatural en la casa atenazada por la noche. Debía de haberse detenido cuando su madre la llamó, con lo que seguramente volvió a calzarse, supuso él. Ella aún no lo había visto y subía los peldaños a buen paso, su rostro difuso, como un pétalo, a la escasa luz del vestíbulo, sobre el cuello de su abrigo de piel, proyectando por delante de ella, hacia donde él la esperaba, una especie de fragancia rosada, hialina, el aroma de la noche helada, de la que acababa de surgir. Lo vio entonces en lo alto de la escalera. Durante un solo segundo, un instante, se

paró en seco, aunque había vuelto a avanzar antes de que pudiera decirse que fue una pausa, hablando ya a la vez que pasaba por delante de él y entraba en el dormitorio.

—¿Se ha hecho muy tarde? He estado con los Ross. Me acaban de dejar en la esquina. Perdí la llave del coche en el club. A lo mejor se ha despertado con el ruido del coche.

—No. Ya estaba despierta. La despertó el teléfono.

Ella se dirigió a la chimenea y extendió las manos al calor del fuego sin haberse quitado el abrigo. No parecía que le hubiese oído, sonrosado el semblante a la luz del fuego, y de su presencia emanaba ese olor a frío, la escarchada fragancia que la precedió al subir las escaleras.

—Ya me lo suponía. La luz de su habitación estaba encendida. Supe en cuanto abrí la puerta de la calle que nos hemos caído con todo el equipo. Ni siquiera entré del todo en la casa cuando la oí decir «Amy», a lo que dije: «Soy yo, madre», y ella dijo: «Entra un momento, por favor», y estaba con esos ojos que no tienen contorno, con ese pelo que parece que alguien se lo haya sacado a tirones de una bala de algodón del año pasado, y dijo: «Como es natural, entenderás que tienes que marcharte de esta casa inmediatamente. Buenas noches».

—Sí —dijo él—. Estaba despierta desde las doce y media más o menos. No pude hacer otra cosa que insistir en que ya estabas acostada, y fiarme a la buena suerte.

—¿Quieres decir que no ha dormido ni un momento?

—Eso es. La despertó el teléfono, ya te lo he dicho. A eso de las doce y media.

Con las manos extendidas aún ante el fuego, lo miró de reojo por encima del hombro que le cubrían las pieles del abrigo, el rostro rosado, los ojos a la vez iluminados y cargados, los ojos de una mujer después del placer, con una suerte de conmiseración desatenta y conspiradora.

—¿El teléfono? ¿Aquí? ¿A las doce y media? Qué asco de... En fin, da lo mismo —se volvió de frente a él, como si sólo hubiera estado esperando a entrar en calor, el opulento abrigo sobre el frágil rielar de su vestido; en esos momentos había en ella algo de veras hermoso, no la belleza del rostro cuya réplica impecable mira desde la portada de mil revistas todos los meses, y tampoco la de la figura, la silueta

de esa provocación intencionalmente epicena en la que kilómetros y kilómetros de celuloide han constreñido el cuerpo femenino de toda una raza, sino una cualidad por completo femenina, de una manera tan antigua como eterna, primitiva y confianzuda y despiadada, según se acercó a él con los brazos ya alzados—. ¡Sí! ¡También yo digo que es suerte! —afirmó, y lo rodeó con los brazos al tiempo que echaba hacia atrás todo el torso para mirarlo a la cara, triunfal su semblante, con un olor cálido, femenino, en el que la fragancia escarchada se había evaporado del todo—. Dijo que inmediatamente. ¿Lo ves? ¿No lo entiendes? Ahora podemos irnos. Déjale a ella el dinero, que se lo quede todo. No nos ha de importar. Ya encontrarás trabajo; me da lo mismo dónde y cómo tengamos que vivir. Ahora ya no tienes que quedarte aquí, con ella. Ella te ha... ¿cómo se dice eso? Te ha exonerado en persona, te libera de toda obligación. Sólo que he perdido la llave del coche. Pero eso no importa, podemos irnos a pie. Sí, vayámonos a pie. Vayámonos con lo puesto, sin llevarnos nada suyo. Igual que vinimos.

—¿Ahora? ¿Esta misma noche?

—¡Sí! Ella dijo que inmediatamente. Tiene que ser esta noche.

—No —dijo él. Eso fue todo, sin dar indicio de qué pregunta era la que había contestado, qué era lo que negó. Pero tampoco tuvo necesidad, porque ella seguía abrazada a él; tan sólo había cambiado la expresión de su rostro. No era que se hubiese apagado aún, no era que delatase terror: tan sólo resultó incrédulo, con una incredulidad como la de una niña.

—¿Me estás diciendo que tampoco ahora te irás? ¿Que no piensas dejarla? ¿Que prefieres llevarme a pasar la noche a un hotel y que mañana volverás? ¿O quieres decir que ni siquiera piensas pasar la noche conmigo en un hotel? ¿Me estás diciendo que me llevarás a un hotel y que me dejarás allí y que tú...? —lo abrazaba, lo miraba—. Espera, espera. Tiene que haber alguna razón, algo que... —empezó a decir—. Espera —exclamó. Seguía mirándolo con insistencia, las manos en tensión, las pupilas como dos cabezas de alfiler, la furia pintada en el semblante—. Es eso. Ésa es la razón. ¿Quién llamó por teléfono para hablar de mí? ¡Dímelo! Te desafío a que me lo digas. Yo te lo explicaré. ¡Dímelo!

—Fue Martha Ross. Dijo que te acababa de dejar en la esquina.

—¡Te ha mentado! —vociferó al punto, sin esperar apenas a oír el nombre—. ¡Te ha mentado! Me trajeron a casa, claro que sí, pero aún era temprano, por eso decidí ir con ellos a su casa, a tomarme unos huevos con jamón. Llamé a Frank antes

de que doblase la esquina y fui con ellos. ¡Frank te lo podrá confirmar! ¡Ella te ha mentido! ¡Acaban de dejarme en la esquina, claro que sí, pero ha sido ahora mismo!

Lo miró. Se miraron durante un largo instante, un instante lleno, inmóvil.

—Entonces —dijo él—, ¿dónde está el broche?

—¿El broche? —repuso—. ¿Qué broche? —él ya había visto cómo alzaba la mano por debajo del abrigo; además, le vio la cara y la vio quedarse boquiabierta, como una niña que se queda sin resuello antes de echarse a llorar desconsolada y con desenfreno incontenible y sin embargo inmóvil, con una incondicional entrega, de modo que habló a despecho del llanto, y lo hizo con el jadeo sofocado de una niña, rindiéndose del todo en su desesperación—. ¡Oh, Howard...! ¡Yo nunca te lo haría eso! ¡Nunca te lo haría! ¡Nunca!

—De acuerdo —dijo él—. Anda, calla. Calla, Amy. Que te va a oír.

—De acuerdo, ya lo intento —pero seguía de frente a él con el rostro contraído a la par que curiosamente rígido bajo su increíble fluir de humedad, como si no tanto los lagrimales, sino más bien todos los poros hubiesen manado a la vez. Habló directamente según pensaba, sin referirse al asunto ni a las circunstancias, sin más añadidos de desafío o de negativa—. ¿Habrías venido conmigo si no lo hubieras descubierto?

—No. Ni por ésas. Yo no la dejaré. No dejaré de estar a su lado hasta que haya muerto. Tampoco me marcharé de esta casa, no. No puedo. Yo... —se miraron uno al otro, ella con intensidad, como si en sus pupilas viese no su propio reflejo, sino el rostro apergaminado de la planta baja, borrada su propia imagen por algo que iba más allá de la simple ceguera: por una cualidad de determinación invencible y crucificada.

—Sí —le dijo. De alguna parte extrajo un trozo de muselina y se secó los ojos con delicadeza, poniendo instintivo cuidado en preservar el maquillaje que se le había corrido a regueros—. Nos ha vencido. Ahí tumbada en la cama, sin levantarse, y nos ha vencido —se volvió y fue al armario, de donde sacó un bolso de viaje, dentro del cual introdujo los objetos de cristal del tocador, y abrió un cajón—. Ahora no me lo puedo llevar todo. Tendré que...

Él también cambió de sitio. De la cómoda en donde estaba el marco vacío tomó la cartera y sacó los billetes, para volver y depositar el dinero en la mano de ella.

—No creo que aquí haya mucho. Pero hasta mañana no te hará falta el dinero.

—Sí —dijo ella—. Ya me harás llegar entonces el resto de mis cosas.

—Sí —repuso. Dobló los billetes y los alisó entre los dedos; no le miró entonces. Él no supo qué estaba mirando; sólo supo que no era el dinero—. ¿No tienes un bolso de mano o algo donde llevarlo?

—Sí —dijo ella. Pero no dejó de doblar y alisar los billetes, aun sin mirarlos, como si no tuviera conciencia de ellos, como si no tuviesen ningún valor y los hubiera tomado entre las manos sin ser consciente de ello—. Sí —dijo—. Nos ha vencido. Ahí tumbada en esa cama de la que no se moverá nunca, hasta que vengan a llevársela algún día. Tomó ese broche y nos ha vencido a los dos —se echó a llorar. Lloró con tanto reposo como había hablado hasta entonces—. Mi pequeño —dijo—. Mi niño querido...

Él ya ni siquiera le dijo que callara. Aguardó hasta que se hubo secado los ojos casi con demasiada furia, animada, con una expresión que casi era una sonrisa, su rostro, el maquillaje, el semblante arreglado con todo detalle para la noche y hecho una ruina, a regueros, macilento, con las secuelas fatigadas y apacibles de las lágrimas.

—En fin —dijo ella—. Se hace tarde —se agachó, pero él se le adelantó y tomó el bolso de viaje. Bajaron juntos las escaleras; vieron el dintel iluminado sobre la puerta de la señora Boyd.

—Es una pena que no tengas el coche —dijo él.

—Sí. Perdí la llave en el club. Pero ya he llamado por teléfono al garaje. Lo traerán mañana temprano.

Se detuvieron en el vestíbulo mientras él llamaba para pedir un taxi. Esperaron, hablando de vez en cuando en voz queda los dos.

—La verdad es que estoy cansada. No paré de bailar.

—¿Qué tal la música? ¿Estuvo bien?

—Sí. No sé. Supongo. Una cuando baila no se suele fijar si la música está o no está...

—Claro, ya me lo imagino —llegó el taxi. Salieron al porche, él con pijama y bata; la tierra estaba helada, dura como el hierro, el cielo glacial y brillante. La ayudó a subir.

—Anda, vuelve corriendo a casa —dijo ella—. Ni siquiera te has puesto el abrigo.

—Sí, será lo mejor. Te llevaré tus cosas al hotel. Mañana temprano.

—Que no sea demasiado temprano. Anda, corre —ya se había arrellanado en el asiento, con el abrigo bien cerrado. Él ya había reparado en que en algún momento, estando aún en el dormitorio, su cálido olor a mujer había vuelto a desaparecer, y que de nuevo emanaba aquella tenue y rosada fragancia, frágil, efímera, abatida; se marchó el taxi y él no se volvió a mirar. Cuando estaba cerrando la puerta de la calle lo llamó su madre. Pero no se detuvo, ni siquiera miró a la puerta. Subió las escaleras como si tal cosa, alejándose de aquella voz opacada, átona, insomne, perentoria. Se había apagado el fuego en la chimenea: un resplandor rosáceo y potente, apacible, sosegado, cálidamente reflejado en espejos y madera encerada. El libro estaba donde lo dejó, en la butaca. Lo tomó y fue a la mesilla que había entre ambas camas para buscar y encontrar el envoltorio de celofán que un día contuvo limpiapipas, y que utilizaba a modo de marcapáginas, para introducirlo en el libro antes de dejarlo. Era *Verdes mansiones* en una edición de bolsillo, la de la Modern Library. Había descubierto el libro en la adolescencia; desde entonces lo leía a menudo. En aquel entonces sólo leyó la parte que trata del viaje de las tres personas en busca de Riolama, que no existía; buscaba esa parte y la leía en secreto, tal como un chico normal se hubiera dedicado al erotismo o la obscenidad normales y convencionales, y así ascendía el monte yermo con Rima, hacia la cueva, sin saber que era el símbolo de la cueva lo que buscaba, escapando de él en el último instante por medio del deseo mismo, de la necesidad de huir, de fugarse, que sintió Rima, y así la seguía más allá de la cueva, hasta el lugar en que se encontraba sin haberle esperado siquiera, fugitiva como la llama de una cerilla, e igual de débil, bajo la luna fría y sin pesares. En su inocencia de entonces creía con una suerte de júbilo urgente y desesperado que el misterio que la envolvía no era un misterio, puesto que era algo físico; que era corpóreamente impenetrable, un ser incompleto; con apacible desesperación justificaba y vindicaba incluso lo que había vivido él (o así lo creía), seguro de que no había sido culpa suya, cifrándolo en lo leído en los libros, como suelen los jóvenes. Pero después de casarse no volvió a leer el libro hasta que murió el niño y dieron comienzo las noches de los sábados. Y entonces rehuyó el viaje a Riolama tal como en su día lo había anhelado. Leyó entonces sólo el pasaje en que Abel (el único hombre en toda la tierra que sabía que

estaba solo) vagaba en el bosque infranqueable y prohibido, acompañado por los trinos de las aves. Fue entonces a la cómoda y abrió de nuevo el cajón en que guardaba la cartera y se apoyó un instante con la mano en el borde del cajón.

—Sí —se dijo en alto, con voz queda—, parece que con tanto cavilar nunca estuve yo muy lejos de lo que he de hacer.

El cuarto de baño estaba al final del pasillo, agregado a la casa con posterioridad a su construcción. Allí dentro hacía calor, pues había dejado el calefactor eléctrico encendido pensando en la hora a la que llegase Amy, pero lo había olvidado. Era allí donde guardaba el whisky. Había empezado a beber poco después de que su madre sufriese el ataque, al comienzo de lo que creyó que había de ser su libertad, y desde la muerte del niño dio en guardar en el cuarto de baño un barril con capacidad de dos galones, lleno de whisky de maíz. Aunque estaba separado de la casa en sí, y a la máxima distancia del dormitorio de su madre, no obstante con todo esmero introdujo varias toallas en la rendija del marco de la puerta, y por debajo, y luego las recogió y volvió al dormitorio y tomó la colcha de la cama de Amy y volvió al baño e introdujo las toallas alrededor y por debajo de la puerta y colgó la colcha delante. Pero ni siquiera así se dio por contento. Permaneció pensativo, meditabundo, un tanto gordezuelo (nunca había hecho ejercicio desde que desistió de aprender a bailar, y con lo que bebía a diario poco o nada quedaba en él de aquel novicio jovenzuelo e italianizante que fue), sin sujetar apenas la pistola en la mano. Dio en mirar en derredor. Su mirada se posó en la alfombrilla de la bañera, doblada sobre el borde. Se envolvió la mano con que sujetaba la pistola y la pistola misma con la alfombrilla y apuntó a la pared del fondo y disparó, la detonación amortiguada, seca, pero sin estrépito apenas. A pesar de todo permaneció a la escucha, como si contase con oír algo desde tan lejos. Nada oyó tampoco cuando, tras liberar la puerta, recorrió con sigilo el pasillo y con sigilo bajó las escaleras hacia el punto en que con toda claridad veía el dintel a oscuras de la habitación de su madre. Tampoco se detuvo esta vez. Volvió a las escaleras con sigilo, escuchando el frío e impotente raciocinio, pero sin hacerle caso. *Igual que tu padre, parece que no eres capaz de vivir con ninguna de las dos; al contrario que tu padre, parece que no puedes vivir sin ellas*, y se dijo en silencio: «Sí, parece que tanto cavilar en todo momento acertó. Parece que nos conociera a nosotros mejor que yo mismo», y cerró la puerta del cuarto de baño e introdujo con esmero las toallas alrededor y por debajo. Pero esta vez no colgó la colcha. Se la echó por encima y se acurrucó, se envolvió en ella, con el cañón de la pistola entre los dientes como si fuera una pipa, arropándose con la colcha gruesa y suave la cabeza, presuroso, veloz, porque ya empezaba a ahogarse.^[*]

Mi abuela Millard, el general Bedford Forrest y la batalla del arroyo del Curricán^[73]

I

Era por lo general después de cenar, justo antes de que nos levantásemos de la mesa. Al principio, desde el día en que se recibió la noticia de que los yanquis habían tomado Memphis, lo hicimos durante tres noches seguidas. Pero después, a medida que lo fuimos haciendo mejor, a medida que lo fuimos haciendo más deprisa, con hacerlo una vez por semana a la Abuela le bastaba. Luego, después de que la prima Melisandre por fin se marchase de Memphis y se viniese a vivir con nosotros, sólo se hacía una vez al mes, y cuando el regimiento de Virginia votó para que el Padre dejase de ejercer el coronelato y por tanto se volvió a casa, donde pasó tres meses y recogió la cosecha y se le pasó el enfado y organizó una tropa de caballería para ponerla a las órdenes del general Forrest, dejamos de hacerlo ya del todo. Mejor dicho, lo hicimos también una vez en que estaba el Padre, mirando, y esa noche Ringo y yo le oímos reír a carcajadas en la biblioteca, la primera vez que se le oyó reír desde que volvió a casa, hasta que al cabo de medio minuto salió la Abuela remangándose las faldas y subió las escaleras como alma que lleva el diablo. Por eso no lo volvimos a hacer hasta que el Padre organizó a sus tropas y se marchó de nuevo a la guerra.

La Abuela doblaba la servilleta y la ponía junto al plato. Hablaba con Ringo, que estaba de pie, detrás de su silla, sin volver siquiera la cabeza.

—Ve a llamar a Joby y a Lucius.

Y allá que volvía Ringo a la cocina sin detenerse siquiera.

—Muy bien —decía la Abuela—. Atentos todos —lo decía a espaldas de Louvinia y se dirigía sobre la marcha a la cabaña y volvía no sólo con Joby y Lucius y el farol prendido, sino también con Philadelphia, aun cuando Philadelphia no

fuese a hacer otra cosa que permanecer allí de pie, atenta a lo que sucediera, y seguirnos después al huerto y otra vez a la casa, hasta que la Abuela dijera que por esa vez ya habíamos terminado y ella y Lucius pudieran entonces volver a la casa e irse a dormir. Y bajábamos del desván el baúl enorme (tantas veces lo habíamos hecho ya que ni necesitábamos el farol para ir al desván a buscar el baúl) cuya cerradura tenía yo por trabajo engrasar todos los lunes por la mañana con una pluma empapada en grasa de gallina, y Louvinia venía de la cocina con la plata sin limpiar que se había usado en la cena, un par de fuentes bajo un brazo y el reloj de la cocina bajo el otro, y dejaba el reloj y las dos fuentes en la mesa y sacaba del bolsillo del delantal un par de medias de la Abuela aún enrolladas y la Abuela las desenrollaba y de la puntera de una de las dos sacaba un trapo y abría el trapo que estaba hecho un gurrño y de dentro sacaba la llave del baúl y se desabrochaba el reloj que llevaba colgado del cuello y lo envolvía con el trapo y colocaba el trapo en la puntera de la media y enrollaba las dos medias haciendo una bola y colocaba la bola en el baúl. Luego, mientras la miraban la prima Melisandre y Philadelphia y también el Padre aquella vez en que estuvo presente, la Abuela se quedaba de frente al reloj con las dos manos en alto, a un palmo una de la otra, el cuello ladeado, para ver bien la esfera del reloj por encima de la montura de sus anteojos, hasta que la mayor de las manecillas llegase a la hora más cercana.

Los demás le mirábamos las manos. Ella no volvía a decir ni pío. No le hacía ninguna falta. Bastaba con el único y leve y sonoro *¡chas!* de sus manos en el momento en que la manecilla llegase a la hora más cercana; a veces ya nos poníamos en movimiento antes de que uniese las manos en ese aplauso, todos nosotros, claro está, salvo Philadelphia. La Abuela nunca le dejaba ayudar en nada, por culpa de Lucius, aun cuando era Lucius el que se había encargado de cavar casi todo el hoyo y el que se ocupaba de transportar todas las veces el baúl.

Pero Philadelphia tenía que estar presente. La Abuela sólo se lo tuvo que decir una vez.

—Quiero también aquí a las mujeres de todos los hombres libres —dijo la Abuela—. Quiero que todos vosotros, los hombres libres, veáis qué es lo que todos los demás, los que no somos libres, tenemos que hacer para que las cosas sigan siendo como son.^[74]

Todo esto empezó hace ocho meses. Un día reparé en que algo le había pasado a Lucius. Luego me enteré de que Ringo ya lo había visto y que sabía de qué iba la cosa, así que cuando por fin vino Louvinia y se lo dijo a la Abuela no fue como si Lucius hubiera desafiado a su madre a que se lo dijese a ella, sino como si más

bien hubiese obligado a alguien, sin importarle a quién, a que se lo dijese a ella. Él lo había dicho más de una vez, en la cabaña, una noche acaso por vez primera, y luego se lo dijo en otros sitios a otras personas, incluidos los negros de otras plantaciones. Memphis ya había caído para entonces, y luego fue Nueva Orleans, y todo lo que nos quedó del río fue Vicksburg, y aunque entonces fuera imposible de creer, tampoco la íbamos a conservar por mucho tiempo.^[75] Total que una mañana vino Louvinia a donde estaba la Abuela cortando los pantalones desgastados del uniforme que el Padre trajo cuando vino a casa desde Virginia, arreglándolos para que me sirvieran a mí, y le cuchicheó a la Abuela que Lucius no hacía más que decir que los yanquis muy pronto iban a quedarse con todo Mississippi y también con el condado de Yoknapatawpha, y que todos los negros iban a ser libres, y que cuando eso pasara a él ya no lo iban a encontrar ni debajo de las piedras. Lucius estaba trabajando en el huerto aquella mañana. La Abuela salió por la galería de atrás, sin soltar ni los pantalones ni la aguja. Ni siquiera se subió los anteojos sobre el puente de la nariz.

—Tú, Lucius —le dijo una sola vez, así, en seco, y Lucius salió del huerto con la azada en la mano y la Abuela se le quedó mirando por encima de los anteojos, que era como solía mirar todo lo que miraba, ya fuera su lectura o su costura o ya fuera la esfera del reloj cuando llegaba el instante de ponerse a enterrar la plata—. Ya te puedes marchar —le dijo—. No hace falta que esperes a que vengan los yanquis.

—¿Que me marche? —dijo Lucius—. Si no soy libre.

—Eres libre desde hace ya casi tres minutos —dijo la Abuela—. Márchate.

Lucius pestañeó durante tanto tiempo que se podría haber contado hasta diez.

—¿Y adónde me marchó? —dijo.

—Eso yo no lo sé —le dijo la Abuela—. Yo no soy libre. Pero digo yo que tendrás todas las tierras de los yanquis para ir donde te plazca.

Lucius aún siguió pestañeando. Ya no miraba a la Abuela.

—¿Y eso es todo lo que quería? —preguntó.

—Sí —dijo la Abuela.

Así que se volvió al huerto y eso fue lo último que supimos de sus ganas de ser libre. Mejor dicho, se le dejó de notar en la manera en que actuaba, y si aún habló alguna vez más del asunto, ni siquiera a Louvinia le pareció que valiera la pena molestar a la Abuela contándoselo. Era más bien la Abuela quien se lo recordaba sobre todo a Philadelphia, y más aquellas noches en que nos colocábamos como los caballos de carreras en los cajones de salida, atentos a las manos de la Abuela y al momento en que dieran la palmada.

Todos y cada uno de nosotros sabía con toda exactitud qué era lo que tenía que hacer. Yo subía a la primera planta a buscar el alfiler de oro que usaba la Abuela con los sombreros, y su sombrilla de empuñadura de plata y el sombrero de plumas de los domingos, porque los pendientes y el broche ya los había enviado mucho antes a Richmond, y subía también a la habitación del Padre a buscar sus cepillos de mango de plata, y al cuarto de la prima Melisandre, después de que se viniera a vivir con nosotros, a recoger sus cosas, porque la única vez que la Abuela dejó que la prima Melisandre echase una mano, la prima Melisandre bajó cargada con todos sus vestidos sin olvidarse uno solo. Ringo iba al salón a por los candiles y a por el dulcemele^[76] de la Abuela y el medallón de la otra abuela, la madre del Padre, que era natural de Carolina. Y volvíamos corriendo al comedor, donde Louvinia y Lucius ya tenían el aparador casi del todo despejado, y la Abuela aún seguía allí de pie, pendiente de la esfera del reloj y del baúl, con las dos manos listas para dar otra palmada, y daba la palmada y Ringo y yo parábamos en la puerta de la bodega lo justo para recoger las azadas y echar a correr al huerto y despejar los matojos y los hierbajos y los palos entrecruzados del fondo y tener la zanja abierta y lista para el momento en que los viésemos llegar: primero, Louvinia con el farol; luego, Joby y Lucius con el baúl, y la Abuela al lado, y la prima Melisandre y Philadelphia (y aquella vez en que estuvo pues también el Padre, que iba caminando a la par, y riendo sin parar) detrás del todo. Y aquella primera noche el reloj de la cocina ni siquiera iba dentro del baúl. La Abuela lo llevaba, mientras era Louvinia la que llevaba en alto el farol para que la Abuela pudiese ver bien la manecilla, y la Abuela nos indicó que pusiéramos el baúl en la zanja y que le echásemos tierra encima y que la alisáramos y que dejásemos los matojos y los hierbajos por encima y que luego sacásemos de debajo de los matojos y los hierbajos y la tierra el baúl y lo llevásemos de vuelta a la casa. Y una noche pareció como si hubiésemos bajado el baúl desde el desván y hubiésemos metido dentro la plata y lo hubiésemos llevado a la zanja y hubiésemos abierto la zanja y luego la hubiésemos cerrado y hubiésemos dado la vuelta y vuelta a empezar, sacando el baúl de la zanja para llevárnoslo a la casa y sacar la plata y colocar cada cosa en el sitio del que la habíamos tomado, y así todo el invierno y todo el verano; una noche, y no sé a quién se le ocurrió el primero, puede que se nos ocurriese a todos a la vez.

Pero pasó de todos modos la aguja del reloj cuatro marcas de la esfera antes de que la Abuela diera una palmada para indicarnos a Ringo y a mí que echásemos a correr y abriésemos la zanja. Y llegaron con el baúl y Ringo y yo no habíamos tenido tiempo de apartar la última brazada de matojos y de palos, para ahorrarnos el tener que agacharnos otra vez, y Lucius ni siquiera había dejado en el suelo su parte del baúl por la misma razón y digo yo que Louvinia era la única que sabía la que se avecinaba, porque lo que es Ringo y yo nunca supimos que el reloj de la cocina estaba en la mesa del comedor. Y entonces habló la Abuela. Fue la primera vez que le oí decir algo entre el momento en que le decía a Ringo «Ve a llamar a Joby y a Lucius» y el momento en que nos decía a los dos, una media hora más tarde, «Haced el favor de lavaros los pies e iros a la cama». No lo dijo en alto, y no habló mucho; nada más que fueron dos palabras o, si bien se mira, una sola:

—Enterradlo.

Y bajamos el baúl a la zanja y Joby y Lucius echaron la tierra encima y ni siquiera por ésas nos movimos Ringo y yo con los matojos hasta que la Abuela volvió a decir algo, tampoco esta vez ni muy alto, ni mucho:

—Adelante. Esconded la zanja.

Y apartamos los matojos y dijo la Abuela:

—Desenterradlo.

Y desenterramos el baúl y lo llevamos de vuelta a la casa y colocamos cada cosa en el sitio del que la habíamos tomado y fue entonces cuando vi que el reloj de la cocina estaba sobre la mesa del comedor. Y allí nos quedamos todos mirando las manos de la Abuela hasta que por fin dio una palmada y para ese momento llenamos el baúl y lo sacamos al huerto y lo bajamos a la zanja mucho más deprisa que nunca.

II

Y cuando llegó la hora de enterrar de veras la plata, ya era demasiado tarde. Cuando todo terminó y la prima Melisandre y el primo Philip por fin se casaron y el Padre se hartó de reír todo lo que quiso, dijo el Padre que eso era lo que sucedía

siempre que una colección heterogénea de personas cohesionadas tan sólo por un sencillo deseo de libertad se engranaban en una máquina tiránica. Dijo que así se pierden siempre las primeras batallas, y que si hay inferioridad numérica y todo hace pensar que las condiciones tampoco ayudan a cualquiera que venga de fuera le parecerá que lo van a perder todo. Pero no tiene por qué ser así. No se les puede derrotar; sólo con que deseen con todas sus fuerzas esa libertad, sólo con que la deseen tantísimo que estén dispuestos a sacrificar lo que sea a cambio de la tranquilidad y las comodidades y la gordura del espíritu y lo que sea, hasta que les bastara todo lo que pudiera quedar, por escaso que fuese lo que quedase de esa libertad, esa misma libertad al final habría de imponerse a la máquina, igual que podría acabar con ella cualquier fuerza negativa, ya fuera una sequía, ya fuera una inundación. Y más tarde aún, al cabo de otros dos años más, cuando ya sabíamos que íbamos a perder la guerra, seguía él diciendo lo mismo.

—Yo no lo he de ver, pero vosotros sí —decía—. Lo veréis en la siguiente guerra que desate, y lo veréis en todas las guerras que los norteamericanos tengan que librar de entonces en adelante. Habrá hombres del Sur en el frente de todas las batallas, e incluso llegarán a encabezar la vanguardia en algunas, ayudando a los que nos conquistaron a defender la misma libertad que creían habernos arrebatado.

Y así había sido: treinta años después fue así, y el general Wheeler, al que el Padre habría tachado de apóstata, estuvo al mando en la guerra de Cuba, aun cuando el general Early sí lo llamó apóstata y matricida para colmo en el despacho de un director de periódico, en Richmond, cuando dijo:

—Me hubiera gustado vivir tanto que cuando me llegue la hora vuelva a encontrarme con Robert Lee. Pero como no es el caso, pienso pasármelo en grande viendo cómo le quema el Demonio esa casaca azul a Joe Wheeler según se la arranca de la piel.^[77]

No tuvimos ni tiempo. Ni siquiera nos enteramos de que estaban los yanquis en Jefferson, y menos aún a una milla de Sartoris. Nunca hubo muchos. Entonces no había ferrocarril, ni tampoco un río con calado suficiente para barcos grandes, y tampoco había en Jefferson nada que les hubiese apetecido aun cuando hubiesen venido, puesto que esto fue antes de que el Padre tuviese tiempo siquiera de preocuparse lo suficiente porque el general Ulysses S. Grant había emitido una orden decretando una recompensa por su captura. Así que nos habíamos ido acostumbrando a la guerra. Nos parecía que era una cosa tan definitiva, tan fija, tan inamovible, como lo son las vías del tren, o como lo es un río, cuando de hecho se desplazaba hacia el este en paralelo al ferrocarril de Memphis y hacia el sur,

bordeando el río, hacia Vicksburg. Habíamos oído contar cuentos sobre el pillaje y el saqueo a los que se daban las tropas de los yanquis, y casi todo el mundo, en Jefferson y alrededores, estaba más que preparado para enterrar la plata a todo correr, aunque no creo que nadie llegara a ensayarlo tanto como nosotros. Pero nadie, que nosotros supiéramos, era ni de lejos parentela de alguien que sí había sufrido el saqueo, así que mucho dudo que ni siquiera Lucius esperase de veras que aparecieran los yanquis, o no al menos hasta que llegó aquella mañana.

Eran más o menos las once. La mesa ya estaba puesta para el almuerzo y todo el mundo empezaba quien más quien menos a aflojar para asegurarse de oír el momento en que Louvinia saliera a la galería de atrás y tocara la campana, cuando llegó Ab Snopes sin resuello y, para variar, a lomos de un caballo un tanto extraño. Era miembro de la tropa que estaba a las órdenes del Padre. No era miembro combatiente; se hacía llamar capitán de caballos, a saber lo que quería decir con eso, aunque nosotros teníamos una idea bastante exacta, y ninguno de nosotros sabía qué estaba haciendo en Jefferson cuando la tropa tenía que estar en Tennessee a las órdenes del general Bragg, y es probable que nadie supiera la verdad verdadera de cómo se apoderó del caballo que en ese momento entró al galope en la propiedad y pisoteó uno de los arriates de la Abuela porque digo yo que supuso que trayendo un mensaje podía correr el riesgo, y acto seguido pasó a la trasera, porque con mensaje o sin él más le valía no entrar por la puerta de casa de la Abuela dando alaridos de esa manera, a lomos de un caballo extraño y medio despanzurrado, con el hierro del ejército de los Estados Unidos en la grupa, que se le veía a trescientos metros de distancia, y gritándole a la Abuela que el general Forrest estaba en Jefferson, pero que había un regimiento de caballería de los yanquis a menos de media milla de allí.

Así que nunca tuvimos ni tiempo. Después, el Padre reconoció que el error de la Abuela no había sido de estrategia, ni de táctica tampoco, aun cuando lo hubiera copiado de otro. Y es que dijo que ya pasaba mucho tiempo desde la última vez en que la originalidad fue ingrediente indispensable de un éxito militar. Simplemente fue todo muy deprisa. Fui a buscar a Joby y a Lucius y a Philadelphia porque la Abuela mandó a Ringo por el camino, con un trapo que debía ondear cuando los tuviera a la vista. Luego me mandó a la ventana del salón, desde donde podría ver bien a Ringo. Cuando volvió Ab Snopes del sitio en que se hubiera escondido con su nuevo caballo yanqui, se ofreció a subir a la primera planta, a recoger las cosas. La Abuela desde mucho antes nos había dicho que ni se nos pasara por la cabeza dejar que Ab Snopes pusiera un pie en la casa, a no ser que alguien lo acompañara. Dijo que prefería tener a yanquis en la casa, el día que fuese, porque al menos darían mayores muestras de delicadeza, aunque fuera sólo por

elemental sensatez, que para robar una cuchara o un candil y luego intentar vendérselos a cualquier vecino se las pintaba solo Ab Snopes. Ni siquiera le respondió.

—Tú quédate ahí mismo, pegado a esa puerta, y no se te ocurra moverte —le dijo a bocajarro. Así que la prima Melisandre a fin de cuentas subió a la primera planta y la Abuela y Philadelphia fueron al salón a buscar los candiles y el medallón y el dulcemele, y esta vez no sólo echó una mano Philadelphia, fuese libre o no, sino que la Abuela tampoco echó mano del reloj.

Todo sucedió de golpe. Estaba sentado Ringo junto al poste de la cancela, atento al camino, y a renglón seguido se había puesto de pie y agitaba el trapo y eché a correr y a dar voces hacia el comedor, y recuerdo los blancos de los ojos de Joby y de Lucius y de Philadelphia y recuerdo los ojos de la prima Melisandre, apoyada en el aparador y con el dorso de la mano en la boca, y la Abuela y Louvinia y Ab Snopes mirándose los unos a los otros alrededor del baúl y aún oigo la voz de Louvinia, que resonó aún más fuerte que la mía:

—¡Señá Cawmpson! ¡Señá Cawmpson!

—¿Cómo? —exclamó la Abuela—. ¿Qué? ¿La señora Compson?

De pronto nos acordamos todos. Fue cuando la primera patrulla yanqui que vino de exploración entró en Jefferson, más de un año antes. La guerra acababa de empezar y digo yo que el general Compson era el único soldado de Jefferson del que habían tenido noticia los yanquis. Fuera como fuese, el oficial preguntó a alguien, en la plaza del pueblo, dónde vivía el general Compson, y el viejo doctor Holston mandó a su chico, al negro, por las callejuelas, y atravesando parcelas y solares, para avisar a tiempo a la señora Compson, y se contaba que el oficial yanqui mandó a algunos de sus hombres a la casa desierta y que él mismo entró a caballo por la parte de atrás, donde se encontró a la vieja tía Roxanne delante de la caseta del retrete, tras la puerta cerrada de la cual estaba sentada la señora Compson, vestida por completo, incluso con sombrero y parasol, encima de la cesta de mimbre en la que se encontraba toda la plata, incluso la cubertería.

—La señás tallá —dijo Roxanne—. Usté se para en donde pisa.

Y contaba la historia que el oficial de los yanquis le dijo así:

—Discúlpeme usted —y se quitó el sombrero e incluso obligó a su montura a recular unos cuantos pasos antes de darse la vuelta y ordenar a sus hombres que se

marcharan.

—¡En el retrete! —exclamó la Abuela.

—¡El fuego del infierno, señá Millard! —dijo Ab Snopes.

Y la Abuela no dijo nada de nada. No es que no se hubiese enterado, porque lo estaba mirando de frente. No es que le diese igual; eso lo podría haber dicho ella misma. Y eso demuestra cómo eran entonces las cosas: es que no tuvimos tiempo para nada.

—El fuego del infierno —dijo Ab Snopes—, ¡que eso ya se sabe por to el norte de Mississippi! No queda ni una señá blanca de aquí a Memphis que no haya puesto a buen recaudo toa la plata que tenga.

—Pues va a ser que llegamos tarde —dijo la Abuela—. Daos prisa.

—¡Un momento! —dijo Ab Snopes—. ¡Un momento! ¡Hasta los mismos yanquis habrán caído ya en la cuenta!

—Pues entonces esperemos que estos yanquis no sean los mismos yanquis de la otra vez —dijo la Abuela—. Vamos, daos prisa.

—Pero... ¡señá Millard! —gritó Ab Snopes—. ¡Espere, espere un momento!

Claro que ya oíamos a Ringo dar voces desde la cancela, y me acuerdo de Joby y de Lucius y de Philadelphia y de Louvinia y de las faldas como globos mecidos por la brisa que llevaba la prima Melisandre cuando echaron a correr por la trasera de la casa, con el baúl en algún lugar entre todos ellos; me acuerdo de que Joby y Lucius volcaron el baúl del otro lado de la puerta de la caseta, alta y estrecha, y frágil, y de que Louvinia empujó no sé si queriendo o sin querer a la prima Melisandre y cerró de un portazo y entonces sí que oímos a Ringo dar voces como loco, casi en la misma casa, y volví yo a la ventana del salón y los vi en el momento en que daban la vuelta a la casa en medio de la polvareda, seis hombres de azul, galopando veloces, aunque con algo curioso en las acciones de los caballos, como si no sólo fuesen sujetos por parejas con un yugo, sino también todos ellos enganchados a una sola vara de carro, y Ringo entonces llegó a pie y ya sin dar gritos, y al final del todo el séptimo jinete, con la cabeza descubierta y de pie sobre los estribos y con el sable en ristre. Volví entonces a la galería de atrás, me planté junto a la Abuela y, por encima del tumulto de hombres y caballos en la propiedad, resulta que se equivocó. Fue como si aquéllos no sólo fueran los mismos que

visitaron a la señora Compson el año anterior, sino como si además alguien les hubiera dicho dónde estaba exactamente la caseta del retrete. Los caballos iban sujetos por parejas, pero no enganchados a una vara de carro, sino a un poste, casi un tronco de unos seis metros de largo, sujeto de silla en silla entre las tres parejas de jinetes; y recuerdo los rostros, sin afeitar y macilentos y no tanto burlones cuanto más bien frenéticos en su alborozo, mirándonos ceñudos un instante antes de que los hombres desmontasen de un salto y descolgasen el poste y apartasen a los caballos y enarbolasen el poste, tres por cada lado, y echasen a correr por la parcela con el poste a la vez que el último de los jinetes apareció por la casa, de uniforme gris (un oficial: era el primo Philip, aunque claro está que eso nosotros no lo sabíamos aún, y se iba a armar un considerable alboroto y no menor confusión hasta que por fin se supo que era el primo Philip, aunque claro está que eso él tampoco lo sabía aún), el sable desenvainado, en ristre, y no ya de pie sobre los estribos, sino prácticamente tumbado sobre el cuello del caballo. Los seis yanquis nunca lo llegaron a ver. Y nosotros solíamos ver al Padre cuando hacía la instrucción con su tropa en el prado de atrás, pasando de columna en columna por el frente de la tropa a galope tendido, y se oía su voz incluso por encima del ruido de los cascos al galope, aunque no fuese más sonora que la de la Abuela.

—¡Que ahí dentro hay una señora! —dijo ella.

Pero los yanquis no la oyeron, como tampoco habían visto aún al primo Philip, todo el alboroto que se armó, los seis a la carrera con el poste y el primo Philip a caballo, asomándose por encima de ellos con el sable en ristre, atravesando veloces la parcela hasta que la punta del poste se estampó contra la puerta de la caseta. No es que se volcase, sino que reventó. Estaba ahí donde siempre estuvo, alta y estrecha, y enclenque, y acto seguido había desaparecido y todo era un barullo de hombres con casaca azul que no paraban de gritar y acoquinarse y esquivar los embates que les tiró el primo Philip con el sable en ristre, hasta que hallaron ocasión de darse la vuelta y salir corriendo. Entonces se desparramaron los tablones y las tejas de madera y la prima Melisandre apareció sentada al lado del baúl y en medio del barullo, con todo el miriñaque extendido y la falda sujeta con las manos y la boca abierta y al poco se oyó un tenue restallido de disparos que llegaban desde el arroyo, aunque apenas resonasen ni parecieran más belicosos que un niño que hubiera prendido unos buscapiés.

—¡Ya decía yo que esperasen ustedes! —dijo Ab Snopes detrás de nosotros—. ¡Ya decía yo que los yanquis estaban al tanto de eso!

Después de que Joby y Lucius y Ringo y yo terminásemos de enterrar el baúl

en la zanja y ocultásemos las huellas de las azadas, me encontré con el primo Philip en el cenador de verano. Había dejado el sable y el cinto apoyados contra la pared, pero no creo que ni él mismo supiera qué se hizo de su sombrero. Se había quitado también la casaca y la estaba limpiando con el pañuelo y miraba a la casa por el rabillo del ojo. Cuando llegué, se irguió del todo y al principio creí que me miraba a mí. Luego no supe qué era lo que estaba mirando.

—Qué moza tan bella —dijo—. Ve a buscarme un peine.

—Le están esperando en la casa —le dije—. La Abuela quiere que se le diga qué está pasando.

La prima Melisandre ya estaba del todo repuesta. Hicieron falta Louvinia y Philadelphia y al final también la Abuela para convencerla de que entrara en la casa, pero Louvinia trajo el vino de saúco antes de que la Abuela tuviera tiempo de mandarle que lo trajera y la prima Melisandre y la Abuela esperaban en el salón.

—Será hermana tuya —dijo el primo Philip—. Y un espejo de mano.

—No, señor —le dije—. Sólo es una prima nuestra. Es de Memphis. La Abuela dice...

Pero es que él no conocía a la Abuela. Ya le iba bien esperar en cualquier momento a quien fuese, sólo que él no me dejó terminar.

—Qué moza tan bella, y qué tierna —dijo—. Y manda a un negro con una jofaina llena de agua y una toalla —me volví hacia la casa. Esta vez, al darme la vuelta para mirarlo, ya no vi que mirase por el rabillo del ojo al interior de la casa—. Y un cepillo para la ropa —añadió.

La Abuela no pensaba esperar mucho más. Estaba en la entrada.

—¿Y ahora qué? —preguntó. Se lo dije—. ¿Es que se cree el hombre que aquí vamos a dar un baile a plena luz del día? Dile que entre y pase a asearse en la galería de atrás, como todos los demás. Louvinia va a servir el almuerzo y ya se nos hace tarde —pero es que la Abuela tampoco conocía al primo Philip. Se lo volví a decir. Me miró—. ¿Qué ha dicho? —preguntó.

—No ha dicho nada —le dije—. Sólo... Qué moza tan bella.

—Es todo lo que a mí me dijo —dijo Ringo. No lo había oído entrar—.

Además de pedir agua y jabón. Sólo... Qué moza tan bella.

—¿Y te estaba mirando a ti cuando lo dijo? —pregunté.

—No —dijo Ringo—. Por un momento pensé que sí.

La Abuela nos miró a Ringo y a mí.

—Ajá —dijo, y sólo después, cuando me hice mayor, descubrí que la Abuela ya conocía al primo Philip, que le bastaba con mirar a uno de ellos para saber cómo eran todas las primas Melisandre y todos los primos Philip sin tener que verlos con detalle—. A veces pienso que las balas son casi lo menos fatal de todo lo que vuela, y más en la guerra. De acuerdo —dijo—, llévale el agua y el jabón, pero date prisa.

Así lo hicimos. Esta vez no dijo «Qué moza tan bella». Lo dijo dos veces. Se despojó de la casaca y se la pasó a Ringo.

—Cepíllamela bien —dijo—. Es hermana tuya, según has dicho.

—No, eso no lo he dicho yo —repliqué.

—Da lo mismo —dijo—. Quiero un ramillete. Para llevárselo en mano.

—Esas flores son de la Abuela —le dije.

—Me da igual —dijo él. Se remangó y comenzó a afeitarse—. Aunque sea pequeño. Sólo una docena de capullos en flor. Que algunos sean de color rosa.

Fui a buscarle las flores. No sé si la Abuela seguía apostada en la puerta o no. Es posible que no lo estuviera. Al menos, no dijo nada más. Así que cogí las flores que el caballo nuevo y yanqui de Ab Snopes ya había pisoteado, y limpié un poco el polvo y las enderecé como pude y volví al cenador de verano, en donde Ringo sostenía el espejo de mano mientras el primo Philip se peinaba y se acicalaba. Se puso la casaca y se cerró la hebilla del cinto y envainó el sable y extendió los pies, primero uno y luego el otro, para que Ringo le lustrase las botas con el trapo, y Ringo se dio cuenta. Yo no hubiera dicho nada, porque ya siempre se nos hacía tarde para almorzar, y así habría sido aunque no hubieran estado los yanquis de visita en la propiedad.

—Se ha desgarrado los pantalones con esos yanquis —dijo Ringo.

Así que volví a la casa. La Abuela estaba de pie en el vestíbulo.

—¿Sí? —dijo esta vez, pero casi sin levantar la voz.

—Se ha desgarrado los pantalones —dije. Y ella ya sabía del primo Philip más de lo que Ringo llegaría a averiguar sólo mirándolo. Tenía ya la aguja enhebrada en la pechera del traje. Y volví al cenador de verano y luego volvimos a la casa, pero sólo hasta la puerta, y esperé a que entrase en el vestíbulo, pero no lo hizo, y se quedó plantado con el ramillete en una mano y el sombrero en la otra, no muy mayor, o al menos en ese momento no pareció que fuera mucho mayor que Ringo y yo a pesar de los galones y el fajín y las botas y las espuelas, ni siquiera tras dos años de gastar la misma planta que todos nuestros soldados y casi todos los del otro bando: tenía toda la pinta de que hubiera pasado tanto tiempo desde que pudo comer cuanto quisiera de una sentada que hasta su memoria y su paladar lo hubieran olvidado del todo, y sólo el cuerpo recordase, allí de pie con el ramillete en la mano y la sonrisa embobada del que no para de decir «qué moza tan bella», como si no fuera capaz de ver nada por más que lo mirase.

—No —dijo—. Anúnciame. Debería ser tu negro, pero no importa.

Dijo su nombre completo, los dos nombres y el apellido, y lo dijo dos veces, como si creyera que se me podía olvidar antes de llegar al salón.

—Adelante —dije—. Le están esperando. Le están esperando desde antes de que se diera cuenta de que lleva los pantalones desgarrados.

—Tú anúnciame —dijo. De nuevo dijo su nombre—. De Tennessee. Teniente, del batallón de Savage, a las órdenes de Forrest, Ejército Provisional, Departamento Oeste.

Así lo hice. Atravesamos el vestíbulo hasta el salón, donde estaba la Abuela entre la silla de la prima Melisandre y la mesa en la que descansaba la damajuana con vino de saúco y tres vasos limpios y hasta un platillo con pastas de té, las que había aprendido a hacer Louvinia con harina de maíz y melaza, y él de nuevo se detuvo en la puerta y me di cuenta de que no era capaz de mirar a la prima Melisandre durante un minuto, aunque ya no tuviera ojos para nada más que para ella.

—El teniente Philip St.-Just Backhouse —dije. Lo dije bien alto, porque me lo había repetido tres veces, para asegurarse de que lo diría bien, y quise decirlo bien y a su entero gusto, puesto que aun cuando nos hubiera retrasado casi una hora el

almuerzo, al menos había salvado la plata—. De Tennessee —dije—. Del batallón de Savage, a las órdenes de Forrest, Ejército Provisional, Departamento Oeste.^[78]

Hasta cinco pudimos contar y no pasó nada. Entonces la prima Melisandre soltó un chillido. Se irguió del todo en la silla que ocupaba, igual que cuando estuvo sentada junto al baúl en medio del desastre de los tablones y las tejas, en la trasera de la casa, por la mañana, con los ojos cerrados y la boca abierta, en pleno chillido.

III

Así que llegamos con otra media hora de retraso a almorzar, aunque esta vez bastó con el primo Philip para que la prima Melisandre subiese las escaleras. Le bastó con intentar hablar con ella de nuevo.

—Bueno —dijo la Abuela al bajar—, si no queremos olvidarnos del asunto y empezar a hablar de la cena, más valdrá que pasemos al comedor, y a ver si lo conseguimos al menos dentro de la próxima hora y media.

Así que entramos en el comedor, donde ya esperaba Ab Snopes. Digo yo que llevaba más tiempo de espera que nadie, porque a fin de cuentas la prima Melisandre no era pariente suya. Ringo acercó la silla de la Abuela y nos sentamos. Parte del almuerzo estaba frío. El resto llevaba tanto tiempo en los fogones que al comérselo no se sabía si estaba frío o no. Pero al primo Philip no pareció que le importase. Y es posible que no tardase mucho su memoria en recordar qué se sentía al comer todo lo que le apeteciera comer, aunque no creo que su paladar llegase a degustar nada de lo que probó. Estuvo allí sentado, comiendo como si nunca hubiese visto comida de ninguna clase, o como si no la hubiera visto al menos en una semana, y como si esperase que todo lo que llevara en el tenedor se desvaneciera en el aire antes de poder llevárselo a la boca. Y se paraba con el tenedor a medio camino y se quedaba embobado mirando el plato vacío de la prima Melisandre, riéndose. Mejor dicho, no sabría cómo llamarlo si es que no era risa. Hasta que por fin dije:

—¿Y si se cambiara de apellido?

La Abuela también dejó de comer. Me miró por encima de los anteojos. Luego alzó ambas manos y se subió los anteojos hasta que pudo mirarle a través de

ellos. Y aún se los subió más, hasta la frente, y me miró de hito en hito.

—Ésa es la primera cosa de veras sensata que alguien ha dicho en esta casa desde que eran las once de la mañana —dijo—. Es tan sensato y tan sencillo que sólo se le podía haber ocurrido a un niño —lo miró a él—. En efecto, caballero: ¿por qué no se lo cambia?

Él aún se rió más. Mejor dicho, hizo con la cara el mismo gesto de antes, y de la boca le salió el mismo ruido.

—Mi abuelo estuvo en King's Mountain, con Marion, y en todo el camino hasta Carolina. A mi tío lo derrotó en la campaña para gobernador de Tennessee un contubernio corrupto y traidor de taberneros y de Abolicionistas Republicanos, y mi padre murió en Chapultepec. A fin de cuentas, no soy quién para cambiar el apellido que han llevado todos ellos.^[79] Ni siquiera mi propia vida me pertenece, al menos mientras mi país se desangre ante los saqueos y yazga pisoteado por la bota de hierro de un ejército invasor —entonces dejó de reírse, o lo que quiera que fuese. En su rostro pareció que se pintase la sorpresa, y la sorpresa se desdibujó al principio de prisa, y luego más de prisa, pero no mucho más de prisa, igual que el calor desaparece de un pedazo de hierro en el yunque del herrero, hasta que en su rostro se pintó el asombro y la quietud y casi el sosiego—. A no ser que la pierda en la batalla —dijo.

—Eso no le pasará mientras siga aquí sentado —dijo la Abuela.

—No —dijo. Pero no creo que llegase a entrarle nada por los oídos. Se puso en pie. Hasta Ab Snopes lo miraba atentamente, con el cuchillo detenido en el aire, unas cuantas verduras en el extremo de la hoja—. Sí —dijo el primo Philip.

En su rostro asomó de nuevo el aire embobado del que sólo sabe decir «qué moza tan hermosa».

—Sí —dijo. Dio las gracias a la Abuela por el almuerzo. Mejor dicho, digo yo que eso es lo que dijo a su boca que dijera. Para nosotros no es que tuviera mucho sentido, pero no creo que estuviera prestando ninguna atención a lo que dijo. Incluyó la cabeza. No estaba mirando a la Abuela ni a nada. Dijo «Sí» por tercera vez. Y entonces salió. Ringo y yo lo seguimos hasta la puerta y lo vimos montar en su caballo y permanecer un minuto inmóvil, con la cabeza descubierta, mirando a las ventanas de la primera planta. Era la habitación de la Abuela la que miraba, al lado de la cual estaba la mía y la de Ringo. Pero es que la prima Melisandre no lo podría

haber visto ni siquiera estando en ninguna de las dos, puesto que se había acostado en una habitación que daba a la otra parte de la casa, y Philadelphia probablemente aún escurría los paños en el agua fría para ponérselos en la cabeza. Tenía buena estampa montado a caballo, y montaba bien: liviano, tranquilo, bien echado para atrás en la silla y con las punteras para dentro y la pierna en perpendicular de la rodilla al tobillo, tal como me había enseñado el Padre. Y era un buen caballo.

—Es un caballo cojonudo —dije.

—Ve a buscar el jabón, malhablado —dijo Ringo.

Pero también entonces me volví deprisa a mirar a la entrada, aun cuando oyese a la Abuela hablar con Ab Snopes en el comedor.

—Sigue estando ahí —dije.

—Ajá —dijo Ringo—. Yo ya probé el sabor del jabón por haber dicho una palabra mucho menos malsonante.

Entonces el primo Philip espoleó el caballo y se fue. O eso pensamos Ringo y yo. Dos horas antes ninguno de nosotros habíamos oído hablar de él; la prima Melisandre lo había visto dos veces y las dos se quedó paralizada, con los ojos cerrados, chillando a pleno pulmón. Pero más adelante, cuando fuimos mayores, Ringo y yo caímos en la cuenta de que el primo Philip era seguramente el único de todos nosotros que de veras llegó a creer que se había despedido para siempre, que no sólo la Abuela y Louvinia lo entendieron mejor, sino que también lo entendió la prima Melisandre, igual daba que tuviese la mala suerte de tener el apellido que tenía.

Volvimos al comedor. Entonces reparé en que Ab Snopes había estado a la espera de que regresáramos. Los dos nos dimos cuenta de que algo le iba a pedir a la Abuela, porque nadie quería estar solo cuando le tocaba pedir algo a la Abuela, aun cuando no se supiera si la petición iba a dar lugar a problemas o no. Conocíamos a Ab desde ya algo más de un año. Debería haber sabido de qué se trataba, tal como ya lo sabía la Abuela. Se puso en pie.

—Pues verá, señá Millard —dijo—. Y digo yo que ahora estará a salvo y más que bien con Bed Forrest y sus chicos ahí mismo, acuartelaos en Jefferson. Pero hasta que no se calmen un poquito más las cosas, voy a dejar los caballos en su parcela al menos un día o dos.

—¿Qué caballos? —dijo la Abuela. No era que Ab y ella se mirasen uno al otro. Era que no se quitaban los ojos de encima.

—Pues los caballos capturados esta misma mañana —dijo Ab.

—¿Qué caballos? —dijo la Abuela. Y Ab lo tuvo que decir.

—Mis caballos —dijo, y la observó.

—¿Y eso por qué? —dijo la Abuela. Pero Ab ya entendía a qué quiso referirse.

—Yo aquí soy el único hombre adulto —dijo. Y dijo—: Yo los vi primero. Me iban persiguiendo antes... —y, hablando muy deprisa, con los ojos vidriosos durante un segundo, aunque de pronto se le volvieron a iluminar, como si en medio de la barba color rastrojo parecieran dos esquirlas de un plato roto en un felpudo desgastado—: ¡Botín de guerra! ¡Los he traído yo! ¡Los he metido yo: una emboscada militar en toda regla! Y por ser yo el único soldado confradrado y militar de rango entre los presentes...

—Usted no es soldado —dijo la Abuela—. Se lo dijo usted mismo al coronel Sartoris y yo estaba delante. Usted mismo le dijo que estaba dispuesto a ser su capitán de caballos independiente, pero nada más.

—¿Y no va a ser exactamente eso lo que intento ser? —replicó—. ¿No va a ser que me traje yo a los seis caballos en mi poder, igual que si los trajera del ronزال?

—Ajá —dijo la Abuela—. Ese botín de guerra, o cualquier clase de botín, ya puestos, no pertenece a nadie, ni hombre ni mujer, a menos que se lo pueda llevar a su casa y dejarlo allí con la conciencia tranquila. Usted no ha tenido tiempo de llevarse a su casa ni siquiera el caballo que montaba. Usted se coló por la primera cancela abierta que se encontró, sin pararse a pensar de quién era.

—Sí, sólo que me equivoqué de cancela —dijo él. Sus ojos dejaron de parecer de porcelana. Ya no se parecieron a nada. Pero igual su cara sí que aún se parecía a un felpudo viejo, incluso después de que se pusiera muy pálido—. Así que digo yo que vía tener que irme a pie hasta el pueblo —dijo—. La mujer que ro... —calló en seco. La Abuela y él se miraron a los ojos.

—Ni se le ocurra decirlo —dijo la Abuela.

—No se apure... —dijo. No lo dijo— a un hombre con siete caballos no es

probable que le preste una mula.

—Claro que no —dijo la Abuela—. Pero no tendrá que ir a pie.

Salimos todos al terreno de delante de la casa. No creo que Ab se diera cuenta hasta ese instante de que la Abuela ya había descubierto el sitio en el que creía él haber escondido el primer caballo, y se lo había llevado al terreno donde estaban los otros seis. Claro que al menos ya tenía él su silla y sus riendas. Pero era demasiado tarde. Seis de los caballos pastaban sueltos por el terreno. El séptimo estaba amarrado por dentro de la cancela con un cordel. No era el caballo en el que había aparecido Ab, porque ése tenía una mancha blanca en la testuz. Ab conocía a la Abuela desde hacía mucho tiempo. Tendría que haber recelado. Acaso recelase, pero al menos probó su suerte. Abrió la cancela.

—Bueno —dijo—, no se está haciendo más pronto que antes, ¿eh? Digo yo que lo mejor...

—Espere —dijo la Abuela. Miramos entonces al caballo que estaba atado a la cerca. A primera vista parecía el mejor de los siete. Había que fijarse bien para darse cuenta de que una de las patas traseras se le había combado un poco, a lo mejor por haber tenido que soportar demasiado peso siendo demasiado joven—. Llévase ese mismo —dijo la Abuela.

—Si ése no es mío —dijo Ab—. Es uno de los de usted. Yo sólo qui...

—Llévase ése —dijo la Abuela. Ab la miró a fondo. Se podría haber contado hasta diez.

—El fuego del infierno, señá Millard —dijo.

—Ya le he dicho antes lo que pienso de las palabras malsonantes en esta casa —dijo la Abuela.

—Sí, señá —dijo Ab. Y volvió a decir—: El fuego del infierno.

Se fue al terreno y le calzó el bocado al caballo que estaba atado y le encajó la silla y arrancó el cordel y lo tiró por encima de la cerca y se montó y la Abuela se quedó en donde estaba hasta que él se largó del terreno y Ringo cerró la cancela y ésa fue la primera vez en que reparé en que había una cadena y un candado en la puerta del ahumadero y Ringo lo cerró y le dio la llave a la Abuela y Ab permaneció un minuto montado, mirándola.

—Pues ná, que tenga usted un buen día —dijo—. Espero por el bien de la Confradración que Bed Forrest no se las tenga que ver con usted en un lío así, porque con todos los caballos que tiene... —y lo volvió a decir, esta vez acaso aún peor, porque ya estaba a caballo e iba camino de la cancela—: O, si no, lo va dejó usted tieso, sin más que un jodido pelotón de infantería y sin darle tiempo a escupir dos veces.

Y se largó. Quitando que a la prima Melisandre se la oía de cuando en cuando, y quitando los seis caballos marcados con el hierro de los Estados Unidos en la grupa, y que aún pastaban en el terreno, todo aquello podría no haber ocurrido. Ringo y yo al menos creímos que eso había sido todo. De cuando en cuando Philadelphia bajaba con el jarro y sacaba del pozo más agua fría para ponerle paños mojados a la prima Melisandre, pero creímos que pasado un rato también aquello acabaría. Entonces volvió a bajar Philadelphia y fue a donde estaba la Abuela cortando y arreglando unos pantalones de los yanquis que el Padre había usado la última vez que estuvo en casa, para que los pudiera usar Ringo. No dijo nada. Se quedó plantada en la puerta hasta que la Abuela le dirigió la palabra.

—Ya, ya. ¿Y ahora qué pasa?

—Es que quiere el banjo —dijo Philadelphia.

—¿Cómo? —dijo la Abuela—. ¿Mi dulcemele? Si no lo sabe tocar... Anda ya, vete arriba.

Pero Philadelphia no se movió.

—¿No le pueo pedí a la mami que me venga ayudá?

—No —dijo la Abuela—. Louvinia está descansando. Ya ha aguantado con todo esto más de lo que quiero que aguante. Anda ya, vete arriba. Si no se te ocurre nada mejor, pues le das un poco de vino —y a mí y a Ringo nos dijo que nos largásemos a otra parte, a donde nos diese la gana, pero es que desde toda la parcela se oía a la prima Melisandre hablar con Philadelphia. Y una vez incluso oímos a la Abuela, aunque sobre todo se oía a la prima Melisandre contándole a la Abuela que ya la había perdonado, que no había pasado nada de nada, y que lo único que quería era paz y tranquilidad. Y al cabo de un rato llegó Louvinia desde la cabaña sin que nadie la hubiera mandado venir, y subió a la primera planta y empezó a parecer que también se iba a retrasar la cena. Pero al final bajó Philadelphia y preparó la cena y se llevó arriba la bandeja para la prima Melisandre

y entonces dejamos de cenar; oíamos a Louvinia trajinar arriba, ahora en el cuarto de la Abuela, y al cabo bajó y dejó la bandeja intacta en la mesa y se plantó junto a la silla de la Abuela con la llave del baúl en la mano.

—De acuerdo —dijo la Abuela—. Ve a llamar a Joby y a Lucius.

Sacamos el farol y las azadas. Fuimos al huerto y apartamos los matojos y sacamos el baúl de la zanja y sacamos el dulcemele y enterramos el baúl y echamos los matojos por encima y le llevamos la llave a la Abuela. Y Ringo y yo bien que la oímos desde nuestra habitación, y vaya si tenía razón la Abuela. La oímos durante un buen rato y la Abuela tenía toda la razón que se puede tener; aquello era mucho peor de lo que dijo. Salió la luna al cabo de un rato y desde nuestra ventana se veía el jardín, el trozo en donde la prima Melisandre se había sentado en un banco, donde la luz de la luna brillaba en la taracea de nácar del dulcemele, y Philadelphia estaba acucillada en el escalón de la cancela, con el delantal por encima de la cabeza. A lo mejor se había dormido, porque ya era tarde. Pero no creo que pudiera.

Por eso no oímos a la Abuela hasta que ya estuvo en el cuarto, con el echarpe por encima del camisón y con una palmatoria en la mano.

—De aquí a un minuto me parece que me voy a hartar de aguantar todo lo que estoy aguantando —dijo—. Ve a despertar a Lucius y le dices que ensille la mula —le dijo a Ringo—. Me traes la pluma, el tintero y una hoja de papel.

Se lo llevé. No se sentó. Siguió de pie delante del secreter mientras yo le sostenía el candil, y escribió con letra regular, firme, no mucho, y estampó su firma y dejó que la hoja se secase hasta que llegó Lucius.

—Ab Snopes dijo que el señor Forrest está en Jefferson —dijo a Lucius—. Vas y me lo encuentras. Le dices que lo quiero ver mañana a la hora de desayunar y que se traiga a ese chico —había conocido al general Forrest en Memphis antes de que llegara a ser general. Él tenía tratos con el comercio que regentaba el abuelo Millard, y a veces venía incluso a pasar un rato sentado con el Abuelo en la galería de la entrada, y a veces hasta comía con ellos—. Vas y le dices que he capturado seis caballos y que son para él —dijo—. Y no te preocupes por los paturulleros ni por los soldados. ¿O no llevas mi firma en ese papel?

—No me preocupan esos que van a la caza de los fugitivos —dijo Lucius—. Pero suponga usted que los yanquis...

—Ah, ya veo —dijo la Abuela—. Ajá, se me había olvidado. Tú no haces más

que esperar a los yanquis, ¿sí o sí? Pero no sé qué me da que los de esta mañana bastantes complicaciones tenían para seguir libres, así que no es que tuvieran mucho tiempo para hablar de lo tuyo, ¿sí o no? Pues dímelo hilando —dijo—. ¿Tú te crees que alguno de los yanquis se va a atrever a olvidar lo que ni de broma olvidaría un soldado del Sur o incluso un paturullero? Y luego te vas a la cama —dijo.

Nos tumbamos los dos en el jergón de Ringo. Oímos a la mula cuando Lucius se marchó. Luego oímos a la mula y al principio no supimos que nos habíamos dormido, la mula ya de regreso y la luna que empezaba a descender por el oeste y la prima Melisandre y Philadelphia que ya no estaban en el jardín, habiendo ido a donde Philadelphia al menos podría dormir mejor que acucillada en un peldaño con el delantal por encima de la cabeza, o donde al menos no hubiese tanto ruido. Y oímos a Lucius enredar en las escaleras, pero nunca oímos a la Abuela, porque ya estaba arriba, hablando con el ruido que Lucius intentaba armar.

—Habla más alto —le dijo—. No estoy dormida, pero tampoco sé leer los labios. No al menos con esta oscuridad.

—El genirral Faurrest dice que sus respetos —dijo Lucius—, y que no pué vení a desayuná porque se tié que marchá a dale pal pelo al genirral Smith en la encrucijá de Tallahatchie má o meno a esa hora. Pero dice que siempre y cuando no saya alargao mucho por donde no es, y cuando termine lo que tié pendiente con el genirral Smith, estará encantao de aceptá su invitasi3n la próxima vez que pare por estos pagos. Y pregunta que qué chico.^[80]

Hasta cinco se podría haber contado, que la Abuela no dijo ni pí0.

—¿Cómo dices? —dijo.

—Pregunta que qué chico —dijo Lucius.

Entonces se podría haber contado hasta diez. Sólo oímos respirar a Lucius.

—¿Has restregado bien a la mula? —dijo entonces la Abuela.

—Sí, señá —dijo Lucius.

—¿La has llevado al prado?

—Sí, señá —dijo Lucius.

—Pues ve a dormir —dijo la Abuela—. Y vosotros también —añadió.

El general Forrest averiguó qué chico era. Esta vez tampoco nos enteramos de que nos habíamos dormido, y ya no hubo mula que nos despertase. Estaba saliendo el sol. Cuando oímos a la Abuela y nos asomamos a la ventana, del día anterior no quedaba ni punto de comparación. Había al menos cincuenta, todos ellos de gris; toda la propiedad estaba llena de hombres a caballo, con el primo Philip al frente de todos ellos, a horcajadas de su caballo casi exactamente en el mismo sitio en que estuvo el día anterior, mirando a la ventana de la Abuela y sin verla, sin ver tampoco nada más. Llevaba un sombrero, pero lo llevaba sujeto sobre el pecho, y no se había afeitado, y eso que el día anterior parecía más joven que Ringo, porque Ringo siempre había parecido diez años mayor que yo. En ese momento, con los primeros rayos del sol dándole un halo de blandura en la barba de color de oro, aún parecía más joven que yo, y estaba macilento, demacrado, como si no hubiera pegado ojo en toda la noche, y algo más se le notaba en la cara, como si no sólo no hubiera pegado ojo, sino que tampoco, ni por diez, fuese a pegar ojo esa noche, al menos mientras de él dependiera.

—Adiós —dijo—. Adiós.

Y volvió la grupa de su montura, espoleando al caballo a la vez que alzaba el sombrero nuevo por encima de la cabeza, igual que el día anterior enarboló el sable, y todos ellos se fueron pisoteando los arriates y el césped hacia la cancela, mientras la Abuela los miraba en camisón desde su ventana, con una voz más potente que la de cualquier hombre de la tierra, igual me da quién fuese o qué estuviera haciendo:

—¡Backhouse! ¡Backhouse! ¡Usted, Backhouse!

Así que desayunamos temprano. La Abuela mandó a Ringo, aún en camisón, a que despertase a Louvinia y a Lucius. Y Lucius tuvo la mula ensillada antes de que Louvinia prendiese los fogones. Esta vez la Abuela no le escribió un papel.

—Ve a la encrucijada de Tallahatchie —le dijo a Lucius—. Te sientas allí y lo esperas si es necesario.

—¿Y si yan empezao la batalla? —dijo Lucius.

—¿Y qué más da si ya han empezado? —dijo la Abuela—. ¿A ti o a mí qué nos importa? Me encuentras a Bedford Forrest. Le dices que es importante, y que no llevará mucho tiempo. Pero no se te ocurra asomar la jeta por aquí si no vienes con él.

Lucius se marchó en la mula y estuvo cuatro días fuera. Ni siquiera volvió a tiempo para la boda; apareció por la avenida cuando ya se ponía el sol, al cuarto día, con dos soldados, en una de las carretas de abastecimiento del general Forrest, la mula atada a la trasera. No sabía dónde había estado y no llegó a verse enzarzado en la batalla.

—Yo ni me enteré —nos dijo a Joby y a Lucius y a Louvinia y a Philadelphia y a Ringo y a mí—. Si las guerras van siempre tan deprisa y van tan lejos, no veo yo cómo van a tener tiempo de guerrear.

Pero para entonces todo había terminado. Fue al segundo día después de que se fuese Lucius. Esta vez fue después de almorzar, y para entonces ya estábamos acostumbrados a ver soldados. Sólo que éstos eran distintos, eran sólo cinco, y hasta esa vez nunca habíamos visto tan pocos, y habíamos terminado por pensar que los soldados o montan o desmontan de los caballos a la entrada o van de un lado para otro pisoteando los arriates de la Abuela a galope tendido. Éstos eran oficiales todos ellos, y no sé por qué me da que a lo mejor no había visto yo tantos soldados, porque nunca vi tantos entorchados. Llegaron por la avenida al trote, como quien sale a dar un paseo, y se detuvieron a la entrada sin pisotear un solo arriate, y el general Forrest desmontó y vino caminando hacia donde lo esperaba la Abuela, en la galería de la entrada, un hombretón cubierto de polvo con una barba bien poblada y tan negra que casi parecía azul y los ojos como los de un búho adormilado, quitándose el sombrero antes de llegar.

—Señora Rosie, usted dirá —dijo.

—No me llame Rosie —dijo la Abuela—. Adelante, pase. Diga a sus hombres que desmonten y que entren.

—Esperarán en donde están —dijo el general Forrest—. Es que, verá, vamos con un poco de prisa. Mis planes se han... —y entraron en la biblioteca. No se quiso sentar. Parecía cansado, pero siempre tenía más vivacidad que cansancio—. Usted dirá, señora Rosie —dijo—. Yo...

—Que no me llame Rosie —dijo la Abuela—. ¿O es que no sabe decir Rosa?

—Sí, señora —dijo. Pero no podía. Al menos, no lo dijo nunca—. Supongo que los dos estamos hartos de esto. Ese chico...

—Ajá —dijo la Abuela—. Anteanoche me decía usted qué chico. ¿Dónde está? Le envié recado para que lo trajera consigo.

—Está arrestado —dijo el general Forrest. Estaba mucho más que cansado—. Me he pasado cuatro días intentando que Smith estuviera donde yo quería que esté. Después, hasta ese chico podía haber librado la batalla —hablaba que no se le entendía mucho,^[81] pero claro que cuando uno librase las batallas como él a lo mejor ni siquiera a la Abuela le importaba gran cosa su manera de hablar—. No le voy a molestar con los detalles. Él tampoco los conocía. Bastaba con que hiciera exactamente lo que le ordené hacer. Se lo dije con toda claridad, sólo me faltó dibujarle un mapa en el faldón de la casaca, nada más y nada menos, explicándole todos los pasos, desde el momento en que se fuese hasta el momento en que volviese a verme: bastaba con que hiciera contacto con el enemigo y se replegase. Le di exactamente el número idóneo de hombres para que no pudiera hacer otra cosa. Le dije con toda exactitud a qué velocidad tenía que replegarse y qué escaramuzas tenía que intentar y le dije incluso cómo llevarlo a cabo. ¿Y qué cree usted que le dio por hacer?

—Eso se lo puedo decir yo —dijo la Abuela—. Ayer a las cinco de la mañana montó en su caballo y apareció en mi propiedad con un montón de hombres, para despedirse a gritos.

—Dividió a sus hombres y a la mitad los mandó a internarse por la maleza, a hacer ruido, y con la otra mitad, que eran lo más parecido a un hatajo de tontos de remate, encabezó una carga a sable contra la avanzadilla enemiga. No hizo un solo disparo. Se lanzó a la carga con el sable en ristre contra el grueso de las fuerzas de Smith, y a Smith lo asustó tanto la iniciativa que sacó toda su caballería y la colocó en retaguardia, y ahora ya no sé si estoy a punto de cogerlo por sorpresa o si es él quien va a sorprenderme a mí. Mi capitán de la policía militar por fin le echó el guante ayer noche. Al chico. Había vuelto sobre sus pasos y se llevó a los otros treinta hombres de su compañía y ya se había adelantado una veintena de millas, otra vez igual, empeñado en encontrar lo que fuera, algo contra lo cual encabezar una carga. «Pero ¿es que quiere que le maten?», le dije. «Pues no en particular», dijo él. «Mejor dicho, no tengo particular deseo de que sea de un modo o de otro.» «Pues yo tampoco», le dije, «pero ha puesto usted en grave riesgo a todos los hombres de una compañía a mis órdenes». «¿Y no es ésa la razón de que se hayan alistado?», me dijo. «Se han alistado en una compañía militar cuyo único propósito es disponer de cada uno de los hombres sólo a cambio de un provecho. O a lo mejor no me considera usted bastante astuto como tratante de carne humana.» «Eso no sabría decírselo», me dijo. «Desde anteayer no he pensado mucho en su manera de gestionar esta guerra. Ni en la suya ni en la de nadie he pensado, la verdad.» «¿Y se puede saber qué hizo usted anteayer, y a qué viene ese cambio de ideas y costumbres?», le dije. «Pues anteayer luché un rato en esta guerra», dijo.

«Dispersando al enemigo.» «¿En dónde?», le dije. «En casa de una señora, a pocas millas de Jefferson», dijo. «Uno de los negros la llamaba la Abuela, al igual que el chiquillo blanco. Los demás la llamaban señora Rosie» —esta vez la Abuela no dijo nada. Se limitó a esperar.

—Siga, siga —le dijo.

—«Pues yo sigo intentando ganar batallas», le dije, «aunque usted desde anteaer no lo intente. Lo voy a mandar a las órdenes de Johnston, a la ciudad de Jackson», le dije. «Ya lo meterá él dentro de Vicksburg, donde podrá dedicarse a lanzar todas las cargas que le da la gana, por su cuenta, día y noche sin parar si quiere.» «Y un infierno», dijo él. Y yo le dije, discúlpeme usted, «y un infierno que no».^[82]

Y la Abuela no dijo nada. Fue igual que dos días antes con Ab Snopes: no es que no le hubiese oído, sino que más bien fue como si le diese igual, como si ninguna de las dos veces valiera la pena tomarse ninguna molestia.

—¿Y lo hizo usted? —dijo ella al fin.

—No puedo, y él lo sabe. No se puede castigar a un hombre que arremete contra una fuerza enemiga cuatro veces superior con el fin de dispersarla. Qué iba yo a decir de regreso a Tennessee, si es que los dos siguiésemos vivos, y para qué decir nada de ese tío del chico, ese al que derrotaron en las elecciones a gobernador de hace seis años y que ahora está en el estado mayor de Bragg, y que asoma la jeta por encima del hombro de Bragg todas las veces que Bragg abre un despacho que acaba de llegar o cuando empuña la pluma. Yo sigo intentando ganar batallas. Pero no puedo. Y todo por culpa de una moza, una sola hembra solitaria que contra él no tiene nada, nada bajo el sol, salvo que como tuvo él la desgracia de salvarla de un pelotón enemigo en una incursión fortuita y en una situación que todo el mundo, salvo la moza, prefiere olvidar, parece pues incapaz de oír el apellido del chico. Así es, por eso ha sido: todas las batallas que pueda planear de ahora en adelante estarán a merced de un memo barbilampiño que pueda resolver lanzarse a la carga por su cuenta todas las veces que pueda dar órdenes a voz en cuello así sea a una pareja de soldados de gris que puedan emprenderla en su misma dirección —calló. Miró a la Abuela—. ¿Y bien? —dijo.

—Así que ahora la tiene bien liada —dijo la Abuela—. ¿Y bien qué, señor Forrest?

—Pues bien claro está: hay que acabar con esta tontería. Ya le he dicho que tengo al chico y que lo tengo arrestado, vigilado por un guardia con la bayoneta calada. Pero aquí no habrá complicaciones. Ayer por la mañana supuse que no estaba en sus cabales. Pero calculo que ha debido de entrar en cintura desde que la policía militar lo apresó ayer noche, calculo que ahora se hace a la idea de que yo me sigo considerando su comandante, por más que él no me considere así. Por todo lo cual lo que necesito es que tome usted cartas en el asunto y que las tome muy seriamente. Ahora mismo. Usted es la abuela de la moza. Ella vive en su casa de usted. Y no sé qué me da que va a vivir en su casa bastante tiempo, hasta que de Memphis la llame su tío, o quien sea el que se considere su tutor. Tome usted cartas en el asunto. Oblíguela, se lo ruego. El señor Millard ya lo habría hecho, con seguridad, si estuviera aquí. Y ya sé cuándo. Habría sido hace un par de días.

La Abuela esperó hasta que hubiese terminado. Estaba plantada con los brazos cruzados, un codo sujeto en cada mano.

—¿Eso es todo lo que quiere que haga? —dijo.

—Sí —dijo el general Forrest—. Si no quiere la moza hacerle caso al principio, a lo mejor, al ser yo el comandante del chico...

La Abuela ni siquiera dijo «ajá». Ni siquiera me mandó a buscar nada ni a nadie. Ni siquiera se paró a la entrada a llamar. Fue derecha a la primera planta y me pareció que a lo mejor iba a bajar con el dulcémele, y pensé que si fuese yo el general Forrest volvería en el acto a buscar al primo Philip para obligarle a estar sentado en la biblioteca hasta la hora de la cena, aguantando a la prima Melisandre, mientras ella tocara el dulcémele y canturrease. Luego ya podrían llevarse al primo Philip para que terminase la guerra sin más preocupaciones.

No vino con el dulcémele. Sólo bajó con la prima Melisandre. En cuanto llegaron, la Abuela se hizo a un lado con los brazos cruzados, sujetándose los codos con las manos.

—Aquí la tiene —dijo—. Dígaselo. Éste es el señor Bedford Forrest —dijo a la prima Melisandre—. Dígaselo —dijo al general Forrest.

No tuvo ni tiempo. Al poco de venirse a vivir con nosotros, la prima Melisandre quiso leernos en voz alta a Ringo y a mí. No fue gran cosa. Mejor dicho, lo que insistía en leernos no era del todo malo, aunque fueran más que nada cosas de señoritas que se asomaban por las ventanas y que tocaban un instrumento (a lo

mejor hasta era un dulcemele) mientras alguien estaba lejos y luchaba en la guerra. Era por su manera de leer. Cuando la Abuela le presentó al señor Forrest, a la prima Melisandre se le puso la cara exactamente igual que sonaba su voz cuando nos leía. Dio dos pasos al entrar en la biblioteca e hizo una reverencia extendiendo bien el miriñaque antes de incorporarse.

—General Forrest... —dijo—. Tengo un conocido que tiene relación con usted. ¿Tendrá el general la bondad de mandarle mis más sinceros deseos de que alcance la victoria en la guerra y el triunfo en el amor, siendo como soy alguien que no ha de volver a verle? —y de nuevo hizo una reverencia y extendió el miriñaque y salió.

—¿Y bien, señor Forrest? —dijo la Abuela al cabo de un rato.

El general Forrest carraspeó. Con una mano se levantó el faldón de la guerrera y se llevó la otra al bolsillo, como si fuese a sacar un mosquetón, pero sacó el pañuelo y tosió un poco protegiéndose la boca. No es que estuviera muy limpio. Parecía más o menos como aquel con el que el primo Philip quiso limpiarse la guerrera en el cenador de verano dos días atrás. Luego guardó el pañuelo. Tampoco él dijo «ajá».

—¿Se puede llegar al camino de Holly Branch sin tener que pasar por Jefferson? —preguntó.

La Abuela cambió de postura.

—Abre el cajón del escritorio —dijo—. Saca una hoja de papel.

Así lo hice. Y recuerdo cómo me planté a un lado del escritorio y el general Forrest al otro, viendo a la Abuela empuñar la pluma con firmeza, no muy despacio, y rasgar el papel, porque nunca le costaba demasiado decir lo que fuese, igual daba qué tuviera que decir, tanto hablando como por escrito. Aunque entonces no lo vi, aunque sólo después la viese, cuando estuvo colgada y enmarcada y protegida por un cristal, en la repisa de la prima Melisandre y el primo Philip, la firme y fina caligrafía sesgada de la Abuela quedó rematada por la firma recargada del general Forrest: al pie de sus palabras, una firma tan extensa que parecía incluso una carga de un regimiento de caballería:

El Teniente P. S. Backhouse, de la Compañía D, Caballería de Tennessee, fue en el día de hoy ascendido al rango honorario de Comandante general sin derecho a la paga correspondiente, y murió en combate con el enemigo; en su lugar se nombra a Philip St.-Just

Entonces no la vi. El papel lo tomó el general Forrest.

—Ahora mismo he de librar otra batalla —dijo—. Saca otra hoja, chaval.

Se la puse sobre el escritorio.

—¿Una batalla? —dijo la Abuela.

—Para dar justificación a Johnston —dijo él—. Maldita sea, señá Rosie... ¿Es que no se da usted cuenta de que yo sólo soy un simple mortal que intenta por todos los medios ejercer el mando militar de acuerdo con ciertas normas fijas e inviolables, sin que importe que todo ello pueda parecerles una rematada estupidez a las personas superiores que lo miran desde fuera?

—De acuerdo —dijo la Abuela—. Ya han librado la batalla. Yo misma la presencié.

—Y yo —dijo el general Forrest—. Ajá. La batalla de Sartoris.

—No —dijo la Abuela—. En mi casa no.

—Todo el tiroteo fue por ahí abajo, en el arroyo —dije.

—¿En qué arroyo? —dijo él.

Así que se lo dije. Corría por los pastos. Se llamaba arroyo del Huracán, aunque ni siquiera los blancos lo llamaban así, «huracán», quitando a la Abuela. El general Forrest tampoco tomó asiento para escribir cuando redactó el informe para el general Johnston, acuartelado en Jackson:

Una unidad a mi mando, en servicio de destacamento, se enfrentó con las fuerzas enemigas, a las que obligaron a retirarse, dispersándolas a día de hoy, 28 de abril de 1862, en el arroyo del Curricán. Sufrió la pérdida de un hombre.

Eso sí que lo vi. Se lo vi escribir. Luego se enderezó y dobló ambas hojas para guardárselas en el bolsillo, y se encaminó a la mesa en la que había dejado el sombrero.

—Un momento —dijo la Abuela—. Saca otra hoja —dijo—. Vuelva acá, señor Forrest.

El general Forrest se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Otra hoja?

—¡Sí! —dijo la Abuela—. Un permiso, un pase, o como lo quieran llamar ustedes en sus muy ajetreados mandos militares. Una licencia para que John Sartoris pueda venir a casa el tiempo suficiente para... —y lo dijo ella misma, me miró de frente e incluso retrocedió un paso y lo dijo como si quisiera asegurarse de que no había ningún margen de duda—. Para que pueda venir a casa y ser el padrino de esa dichosa novia.

IV

Pero el general Forrest no estaba entre ellos, y el primo Philip no iba esposado a nadie, y no había bayoneta, y ni siquiera un soldado, porque todos los que llegaron también eran oficiales. Y estuvimos en pie en el salón mientras las velas, fabricadas en casa, ardían en los candiles con la caída de la tarde, los candiles a los que Philadelphia y Ringo y yo habíamos sacado brillo con el resto de la plata porque la Abuela y Louvinia estaban las dos ajetreadas en la cocina, e incluso la prima Melisandre sacó algo de brillo a la plata, aunque Louvinia sabía distinguir las piezas que había abrigantado ella sin tener que mirarlas dos veces, y se las pasaba a Philadelphia para que las volviera a abrigantar: la prima Melisandre con el vestido que no hizo ninguna falta arreglar porque la Madre no era mucho mayor que la prima Melisandre cuando murió, el vestido que la Abuela aún se podía abotonar

como el día en que lo estrenó para casarse, y el capellán y el Padre y el primo Philip y los otros cuatro con sus uniformes grises, de gala, y sus sables y entorchados, y la prima Melisandre con la cara como la tenía que tener y el primo Philip lo mismo, porque seguía con esa cara de embeleso, la cara del que sólo piensa «qué moza tan bella», y ninguno de nosotros vimos jamás que se le pusiera una cara distinta. Luego cenamos, y Ringo y yo llevábamos tres días esperando al banquete, y así como llegó se terminó, se diluyó un poco día a día, hasta que el paladar no alcanzó a recordarlo y sólo se nos hacía la boca agua cuando nombrábamos el uno y el otro los platos que habíamos paladeado, hasta que el agua que se nos hacía en la boca fue siendo cada vez menos y hacía falta que algo que tuviésemos la esperanza de probar llegara a servirse un día si es que terminaban de una vez de combatir, y sólo así se nos haría la boca agua.

Y eso fue lo que hubo. El último chirrido de las ruedas y los últimos ruidos de los cascos se desvanecieron a lo lejos, Philadelphia salió del salón con los candiles, apagando las velas a la vez que llegaba, y Louvinia puso el reloj de la cocina sobre la mesa y recogió los restos de la plata usada en la cena en una bandeja, y fue como si nunca hubiese ocurrido lo que ocurrió.

—Bueno —dijo la Abuela. No se movió; como mucho, apoyó los antebrazos un poco en la mesa, y eso fue algo que nunca le habíamos visto hacer. Habló con Ringo sin volverse a mirarlo—: Ve a llamar a Joby y a Lucius —y ni siquiera cuando bajamos con el baúl y lo dejamos apoyado contra la pared y abrimos la tapa, ni siquiera entonces movió un dedo. Ni siquiera miró a Louvinia—. Meted el reloj dentro —dijo—. No creo que esta noche nos vayamos a tomar la molestia de medir el tiempo que tardamos.^[*]

Tierra del oro

I

De haber tenido treinta años no habría necesitado atizarse las dos aspirinas y el vaso mediado de ginebra a palo seco antes de sentirse en condiciones de aguantar los alfilerazos de la ducha en todo el cuerpo y de dominar el temblor de las manos para afeitarse. Bien es cierto que cuando tenía treinta años tampoco pudo permitirse el lujo de beber todas las noches las cantidades que bebía ahora; desde luego, no lo hubiera hecho hallándose con los hombres y las mujeres con que, a los cuarenta y ocho, bebía cada noche lo suyo, a pesar de saber durante las últimas horas, con el ruido de los cristales rotos y los chillidos estridentes de las mujeres ya borrachas, bien audibles pese a la batería y el saxo —horas durante las cuales llevaba algo mejor su carga, tanto en la cantidad de licor consumido como en la cuantía de las facturas pagadas—, que seis u ocho horas más tarde despertaría tras algo que no habría sido un sueño reparador, ni mucho menos, sino la estupefacción del alcohol, sin hueco alguno para ningún sueño, a partir de la cual había de extinguirse la barahúnda estrepitosa y ebria de la noche anterior, como si no le dejase el menor intervalo para el descanso o la recuperación, engullido por las conocidas formas del dormitorio, el pie de la cama silueteado a la luz de la mañana que entraba por las ventanas enmarcadas por las buganvillas, más allá de las cuales con ojos doloridos, casi insoportables, acertaba a vislumbrar lo que tal vez pudiera denominarse el monumento levantado en memoria de casi cinco lustros de industria y de afán, de astucia y de suerte, e incluso de fortaleza de espíritu, la otra ladera del cañón salpicada por las casas blancas y señoriales, medio escondidas tras los olivares de importación o bien apantalladas por las columnas sombrías y espaciadas de los cipreses cual si fuesen fachadas de templos orientales, los nombres y los rostros e incluso las voces de cuyos dueños eran insustanciales y archiconocidas hasta en los últimos rincones de los Estados Unidos de América y del mundo entero, allí donde los de Einstein y Rousseau y Esculapio nunca se habían pronunciado.

No despertó indispuerto. Nunca despertaba sintiéndose enfermo, nunca

enfermaba por beber, no sólo porque había bebido durante demasiado tiempo, o con demasiada constancia, sino por ser demasiado recio incluso al cabo de treinta años de vida muelle; estaba hecho de una pasta demasiado recia desde aquel día, treinta y cuatro años antes, en que con tan sólo catorce escapó montado en los frenos de un vagón de un mercancías con rumbo oeste, huyendo de aquel poblachón de Nebraska que llevaba por nombre el de la historia y existencia de su padre, que lo impregnaba todo: un poblachón, desde luego, aunque sólo en el sentido en que toda sombra es más alargada que el objeto que la proyecta. Seguía siendo un asentamiento de frontera incluso tal como lo recordaba en la época en que era un niño de cinco o seis años, la sombra proyectada y aumentada de un pequeño puesto de avanzada, unos cuantos chamizos de adobe en la inmensa desolación de las llanuras, en donde su padre, también llamado Ira Ewing, fue el primero en probar a segar el trigo durante los seis días comprendidos entre aquellos en que, al aire libre en primavera y en verano, y en la fétida penumbra del chamizo en otoño y en invierno, se dedicaba a predicar. El segundo Ira Ewing había hecho desde entonces un largo recorrido desde aquel poblachón yermo, sin un solo árbol, del que huyó en plena noche gracias a un tren de mercancías, hasta el lugar en que se encontraba tendido en esos momentos, en una casa que valía cien mil dólares, a la espera del instante en que por fin supiera que se podía levantar e ir al cuarto de baño y meterse dos aspirinas en la boca. Sus padres quisieron explicarle algo acerca de la fortaleza de espíritu, de la voluntad de resistir. A los catorce años no pudo contestarles con lógica, con razón, ni tampoco pudo explicarles qué deseaba: sólo pudo fugarse. Tampoco fue que escapara de la dureza de trato de su padre, ni de su cólera. Escapó del paisaje mismo, de la inmensidad que no aliviaba un solo árbol, en el centro inencontrable de la cual le pareció ver la suma de la juventud desperdiciada de su padre con la de su madre, de sus vidas trocadas a cambio de qué, en forma de pequeño y desamparado paraje en el que la naturaleza permitía brotar el trigo efímero y esquilado un solo instante en una estación del año antes de borrarlo del todo bajo la nieve primordial e invencible, como si (ni siquiera promesa, ni siquiera amenaza) fuese un desalentador y casi lúdico augurio de la condena final que espera a toda vida. Y ni siquiera es que escapara de esto, porque no escapó: fue tan sólo que la ausencia, la desaparición o el traslado resultaron el único argumento que los chavales de catorce años supieron esgrimir contra los adultos con alguna que otra esperanza de salir bien librados. Pasó los diez años siguientes hecho a medias un vagabundo, a medias un trabajador ocasional, según bajaba por la costa del Pacífico, dejándose llevar hasta Los Ángeles; a los treinta años se había casado con una chica de Los Ángeles, hija de un carpintero, y era padre de un niño y una niña y se había afianzado en el negocio de la propiedad inmobiliaria, dueño como era de una promotora que había montado sin ayuda de nadie y había mantenido intacta a despecho de 1929; había procurado

a sus hijos lujos y ventajas que su propio padre no sólo no pudo haber siquiera soñado, sino que también hubiese condenado de plano al menos en teoría, como bien demostraba, y con razón, el periódico que el chófer filipino que todas las mañanas lo llevaba a la casa, lo desvestía y lo metía en la cama, había extraído del bolsillo de su chaqueta y había dejado en la mesilla. A la muerte de su padre, veinte años antes, había vuelto a Nebraska por primera vez, y de regreso se llevó a su madre, que estaba acomodada en una casa propia, sólo que menos suntuosa, porque la madre se negó en redondo (con una suerte de firmeza inquebrantable, desvergonzada, fruto de la premeditación, que a él no le mereció ningún comentario) a disponer de otra más vistosa o mejor surtida. Era sin embargo la casa en la que habían vivido todos en un principio, aunque él, junto con su esposa e hijos, se mudó al cabo de un año. Hacía sólo tres que volvieron a mudarse, y fue a la casa en la que acababa de despertar, en una zona residencial y selecta de Beverly Hills, aunque ni una sola vez, a lo largo de diecinueve años, dejó de pasar a visitarla (ni siquiera en los últimos cinco, años en los que el mero hecho de moverse por las mañanas le exigía un aterrador desgaste de ese carácter o esa fortaleza que había heredado del viejo Ira, y que al otro Ira le permitió detenerse en una llanura, en Nebraska, y armar un chamizo en el que su esposa pudo darle hijos mientras él plantaba trigo) cuando iba de camino al despacho (dando un rodeo de treinta kilómetros cuando iba al despacho) para pasar diez minutos con ella. Vivía su madre con toda la paz y toda la comodidad que supo él proporcionarle. Se había hecho cargo de sus cosas hasta tal extremo que no tenía ella ni que tomarse la molestia de que el dinero pasara por sus manos con objeto de ir tirando; había concertado en una tienda de comestibles y en una carnicería del vecindario que le abriesen crédito, de modo que era el jardinero japonés que acudía a diario a regar el jardín y cuidar las flores quien le hacía la compra; su madre ni siquiera veía las facturas. Y la única razón de que no tuviera criada era que incluso a los setenta se empeñaba con terquedad en cultivar su viejo hábito de prepararse la comida y ocuparse de las tareas domésticas por sí sola. Así pues, a todas luces parecía que hubiese obrado él con acierto. Tal vez hubo ocasiones en que, tendido en la cama, a la espera de acopiar la voluntad de levantarse y atizarse las aspirinas y el vaso de ginebra (las mañanas tal vez siguientes a las noches en que había bebido más que de costumbre, en las que las seis o siete horas que pasaba sumido en total inconsciencia no habían bastado para permitirle distinguir entre realidad e ilusión), acaso la sangre antigua, fuerte y despiadada, del clan de los Campbell, que Ira el viejo debía de haberle transmitido en herencia, le indujera a ver o a sentir o a imaginar que su padre lo contemplaba desde las alturas, vigilante del hijo pródigo y de todos sus logros. De ser así, Ira el viejo a buen seguro había tenido que ver en las dos mañanas anteriores los dos periódicos que el filipino extrajo de la chaqueta de su señor y dejó sobre la mesa de lectura, a lo que acaso se hubiera aprovechado de aquella sangre

antigua para cobrarse venganza, y no sólo por aquella tarde, treinta y cuatro años antes, sino también por los treinta y cuatro años enteros.

Cuando se armó de valor y recobró la voluntad y fue dueño de su cuerpo y por fin se levantó de la cama, tropezó con el periódico, que cayó al suelo y quedó abierto a sus pies, pero no lo miró. Permaneció como estaba, alto como era, con el pijama de seda, flaco, tal como su padre llegó a ser un hombre demacrado al cabo de tantos años de arduo faenar y de batallar sin descanso con la tierra impredecible e implacable (ni siquiera con la vida muelle que se había dado tenía barriga apenas), con la mirada perdida, mientras a sus pies resoplaba en toda su crudeza el titular, encima de cinco o seis fotografías desde las que su hija alternativamente miraba a cámara y lucía sus blancas piernas: APRIL LALEAR REVELA SECRETOS DE ORGÍA. Cuando por fin dio un paso plantó el pie encima del periódico y fue descalzo al cuarto de baño; fueron entonces sus manos temblorosas, dando sacudidas, las que miró según agitaba el tubo para que cayeran los dos comprimidos sobre el estante de cristal y destapaba la botella de ginebra para llenar el vaso hasta la mitad. Pero no miró el periódico, no lo miró ni siquiera cuando, ya afeitado, volvió al dormitorio y se dirigió a la cama, junto a la cual estaban sus zapatillas, y apartó el periódico para calzárselas. Tal vez, de seguro, no tuvo ninguna necesidad. El proceso judicial entraba en su tercer día de presencia en la prensa canalla, de modo que durante los dos días anteriores el rostro de su hija lo había asaltado desde todos los periódicos que abrió, aunque fuese un rostro endurecido, pálido, rubio, insondable; de seguro, nunca la olvidaba, ni siquiera mientras dormía, y nada más despertar se encontró pensando en el recuerdo de su hija tal como despertó con la ebria barahúnda de la noche anterior, que aún se extinguía ocho horas atrás, sin que mediase intervalo para el descanso o el olvido.

No obstante, ya vestido con un jersey de cuello alto, de un naranja tostado, por debajo del traje de franela gris, cuando descendió la escalinata de estilo colonial aparentaba sosiego y pleno dominio de sí. La delicada balaustrada de hierro forjado y los peldaños de mármol trazaban una curva descendente hasta el salón de terrazo, grande como un granero, pasado el cual oyó a su mujer y a su hijo conversar en la balconada donde estaban desayunando. El hijo se llamaba Voyd. Su esposa y él pusieron a los dos hijos sendos nombres nacidos de lo que podría denominarse un armisticio en el fragor de su mutuo desprecio: su mujer puso al chico el nombre de Voyd por algún motivo que él nunca llegó a saber, mientras él puso a la chica (a la niña cuyo rostro de mujer se le había encarado desde todos los periódicos que tocó a lo largo de dos días, encima o debajo del nombre de April Llear) el nombre de Samantha, que era el de su madre. Los oyó conversar, la esposa entre la cual y él no hubo en los últimos años otra cosa que un trato civilizado, y no siempre en demasía,

y el hijo al que una tarde, dos años antes, dejaron a la puerta de la casa completamente borracho, inconsciente, en un automóvil a cuyos ocupantes no llegó él a ver, tocándole a él en suerte la tarea de desvestir al hijo y acostarlo, momento en el cual descubrió que en vez de ropa interior llevaba un sostén y unas bragas. Minutos más tarde, al oír quizás la paliza, la madre de Voyd entró en la habitación y encontró a su marido golpeando al hijo aún inconsciente con una serie de toallas que un criado se ocupaba de empapar una vez tras otra en una palangana llena de agua y hielo. Golpeaba al hijo con toda su alma, ensañándose, adrede. Seguramente ni siquiera él supo si pretendía despabilar al hijo o si se conformó con darle una buena tunda. Su mujer, en cambio, optó de inmediato por la segunda conclusión. Presa de un enfurecido disgusto, intentó explicarle lo de la ropa interior femenina, pero su mujer se negó a escuchar nada, atacándole con rabia de marimacho. A partir de aquel día, el hijo se las apañó para ver a su padre sólo en presencia de su madre (cosa que, dicho sea de paso, ni al hijo ni a la madre se les hizo muy difícil), ocasiones en las cuales el hijo trataba al padre con una mezcla de rencor amedrentado e insolencia vengativa, a medias de gato y a medias de mujer.

Salió a la balconada; callaron las voces. El sol, tamizado por la bruma de California, una calima difusa, alta, casi nebulosa, caía sobre la terraza con una suerte de traicionera ausencia de luminosidad. La terraza, de baldosas de terracota castigadas por el sol, se asomaba sobre el tajo pelado y áspero que formaba la pared de un cañón en la que no se acumulaba el polvo, y sobre o contra la cual brotaba una compacta alfombra de flores en feroz y exuberante paradoja de miríadas de colores, como si en lugar de tener raíces y alimentarse del terreno vivieran sólo del aire y tan sólo se hubieran posado con levedad sobre la pared de lava que no les proporcionaba sustento, por obra de alguien que más tarde regresaría para desmantelarla y llevársela. El hijo, Voyd, en apariencia desnudo, salvo por un pantalón corto del color del heno, el cuerpo bronceado y tenuemente perfumado por la crema depilatoria que se aplicaba en brazos, pecho y piernas, ocupaba una silla de mimbre, calzado con unas alpargatas de esparto, un periódico abierto sobre los muslos morenos. Era el periódico de mayor reputación en la ciudad, aunque a mitad de página también ostentaba un titular en negro; sin tener que detenerse, sin tener constancia de que lo había mirado, Ira también vio allí el nombre que no pudo dejar de reconocer. Fue a ocupar su sitio en la mesa; el filipino que todas las noches se encargaba de acostarlo, ahora con la chaqueta blanca de servicio, le acercó la silla. Junto al vaso de zumo de naranja y la taza que le esperaba había un ordenado montón de cartas, coronado por un telegrama. Se sentó y lo cogió entre los dedos; no miró a su esposa hasta que ésta tomó la palabra.

—Ha llamado por teléfono la señora Ewing. Dice que pases a visitarla

cuando vayas al centro.

Se detuvo; se detuvieron las manos con que estaba abriendo el telegrama. Con los ojos entrecerrados para protegerse del sol miró el rostro que le miraba desde el otro lado de la mesa, el maquillaje uniforme, mate, los labios finos, las finas aletas nasales, los ojos azul claro, inmisericordes, el cabello meticulosamente platino, que parecía que se le hubiera implantado en el cuero cabelludo tras extraerlo a cepillo de un libro de pan de plata como los que se usan en las vidrieras esmaltadas.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Por teléfono? ¿Aquí?

—¿Y por qué no? ¿O es que alguna vez he puesto pegas a que llame aquí alguna de tus... mujeres?

El telegrama sin abrir quedó hecho un gurrño en su mano.

—Tú ya me entiendes —dijo con encono—. No me ha llamado por teléfono en toda su vida. Y menos aún para dar ese recado. ¿Cuándo he dejado de ir a visitarla de camino al centro?

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa? —dijo ella—. ¿O es que eres el mismo hijo ejemplar que has sido como marido y parece ser como padre... modélico?

Su voz aún no era estridente, ni siquiera demasiado alta, y nadie se había percatado de lo rápido que respiraba, pues permanecía muy quieta, envarada, bajo el cabello impecable e increíble, mirándole con su pálida y ofendida inclemencia. Los dos se miraban de un lado a otro de la mesa de lujo, dos personas que veinte años antes debieran haber recurrido de inmediato, con toda naturalidad, sin pensarlo, en caso de apuro, la una a la otra, y que incluso diez años antes podrían haberlo hecho.

—Tú ya me entiendes —dijo de nuevo con encono, aprestándose a dominar el temblor que de seguro creyó causado por el alcohol de la noche anterior, por la disipación de sus efectos—. Ella no lee la prensa. Nunca ve ni un periódico. ¿Se lo has mandado tú?

—¿Yo? —dijo ella—. ¿Mandarle el qué?

—¡Al infierno! —exclamó él—. ¡Un periódico! ¿Qué va a ser? ¿Se lo has mandado tú? A mí no me mientas.

—¿Y qué importará si se lo he mandado? —exclamó ella—. ¿Quién es ella para no enterarse? ¿Quién es ella para que tú la escudes e impidas que se entere? ¿Has hecho algún esfuerzo para que no me entere yo? ¿Has hecho algún esfuerzo para impedir que sucediese? ¿Por qué no te has parado a pensar en todo esto durante todos estos años que te has pasado borracho, alelado a todas horas de tanto beber, sin enterarte, sin darte cuenta, sin que te importase lo que Samantha estaba...?

—Será la señorita April Lalear, la artista de cine. Por favor —intervino Voyd. No le prestaron atención; se miraban furibundos el uno al otro, cada uno a un lado de la mesa.

—Ah —dijo él, sosegado y rígido, sin mover los labios apenas—. Ahora resulta que yo también tengo la culpa de esto, ¿es eso? Soy yo el que ha hecho una furcia de mi hija, ¿es eso? A lo mejor, ahora me vas a decir que también soy yo el que ha hecho de mi hijo un m...

—¡Basta! —gritó ella. Estaba jadeando. Se miraban furibundos el uno al otro, cada uno a un lado de la mesa estilosa, separados por metro y medio de irrevocable división.

—Vamos, vamos —dijo Voyd—. No os metáis con la carrera de la muchacha. Después de todos estos años, cuando por fin parecía que había encontrado un papel que realmente era capaz de... —calló. Su padre se había vuelto hacia él y lo miraba. Voyd seguía arrellanado en su silla y miraba a su padre con esa velada insolencia que resultaba casi femenina. De súbito se tornó completamente femenina; con medio chillido en sordina se puso en pie de un brinco para darse a la fuga, pero fue demasiado tarde. Ira se encontraba encima de él, sujetándole no por el cuello, sino por la cara, con una sola mano, de tal manera que a Voyd se le deformó la boca en un puchero y babeó sobre la mano recia y temblorosa de su padre. La madre se abalanzó hacia ellos e intentó que Ira soltase al hijo, pero Ira la apartó de un empujón y la sujetó y la sostuvo con la otra mano, sólo que ella se debatió y volvió a saltar.

—Adelante —dijo—. Dilo.

Pero Voyd no pudo decir nada, porque su padre le sujetaba las mandíbulas abiertas o, más probablemente, porque le atenazaba el pavor. Su cuerpo ya no estaba inmovilizado por la silla, y se retorció y pataleaba a la vez que emitía un balbuciente, gimoteante bafeo de pavor y su padre lo sujetaba con una mano y

mantenía con la otra alejada a la madre, que no dejaba de dar alaridos. Ira soltó a Voyd de un empujón; el hijo cayó sobre la terraza, rodó y se puso en pie a la vez que se agazapaba y se alejaba hacia la puertaventana con un brazo protegiéndose la cara y maldiciendo a su padre. Desapareció. Ira hizo frente a su mujer sujetándola hasta que pareció calmarse, jadeando, el mapa del maquillaje trabajado con destreza y destacado en relieve como una máscara de papel recortada con precisión y empastada sobre el cuero cabelludo. La soltó.

—Eres un necio —le dijo—. Un necio y un borracho imperdonable. Y aún te preguntas por qué tus hijos...

—Sí —dijo él con aplomo—. De acuerdo. Eso ahora no importa. Lo hecho, hecho está. Ahora se trata de saber qué hacemos con todo esto. Mi padre sabría qué hacer. Ya lo hizo una vez —habló con una voz cortante, a la vez que leve y agradable: tanto que ella permaneció jadeando aún, pero quieta, observándole—. Me acuerdo muy bien. Yo tendría unos diez años. Teníamos ratas en el granero. Probamos todos los remedios. Con terriers, con veneno. Un día, mi padre me dijo que fuera con él. Fuimos al granero y sellamos todas las rendijas, todos los agujeros. Y le pegamos fuego. ¿Qué te parece? —entonces ella también se marchó. Él permaneció en pie unos instantes, pestañeando, con una palpitación en los globos oculares y en el cráneo, aguantando el impacto de la luz del sol, blanda e inmutable, y de la agresiva e inocente masa de flores—. ¡Philip! —llamó. Apareció el filipino, moreno e impenetrable, con una cafetera, para colocarla junto a la taza vacía y el vaso de zumo, por fuera del cual se habían condensado las gotas por efecto del hielo—. Tráeme una copa —dijo Ira. El filipino lo miró y se afanó en arreglar la mesa, cambiando de lugar la taza, dejando la cafetera, cambiando la taza de sitio otra vez, mientras Ira lo miraba—. ¿Me has oído? —dijo Ira. El filipino se irguió y lo miró de frente.

—Usted me dijo que no le diera nada de beber hasta que no se tomase el zumo de naranja y el café.

—¿Me vas a traer una copa, sí o no? —gritó Ira.

—Lo que usted diga, señor —dijo el filipino. Salió. Ira lo vio marchar. Esto había sucedido antes: sabía muy bien que el brandy no aparecería hasta que no se terminase el zumo de naranja y el café, aunque nunca llegó a saber dónde se ocultaba el filipino para vigilarlo. Tomó asiento y abrió el telegrama arrugado y lo leyó con el zumo de naranja en la otra mano. Era de su secretario: AMAÑO HECHO TODO LISTO ANTES DE REVELAR HISTORIA ANOCHE STOP

TREINTA POR CIENTO PRIMERA PLANA STOP CITA CONCERTADA PARA USTED A LA TARDE EN EL JUZGADO STOP VENGA AL DESPACHO O LLAME. Lo volvió a leer, con el vaso de zumo de naranja todavía en alto. Dejó ambos sobre la mesa, se puso en pie y fue a tomar el periódico de la terraza, donde lo había dejado caer Voyd. Leyó el titular: UNA TAL LALEAR, HIJA DE DESTACADA FAMILIA DE LA CIUDAD. *Reconoce que su verdadero nombre es Samantha Ewing y es hija de Ira Ewing, agente de la propiedad inmobiliaria.* Lo leyó con calma y se dijo en voz alta:

—Ha sido ese japonés, él fue quien le mostró el periódico. El maldito jardinero.

Volvió a la mesa. Al cabo de un rato regresó el filipino con un brandy con soda, vestido ya con una llamativa chaqueta de tweed de imitación, para decirle que el coche estaba listo.

II

Su madre vivía en Glendale, en la casa que alquiló él al casarse y que luego compró, y en la que nacieron su hijo y su hija: un bungalow en un callejón sin salida, con abundantes magnolios, arbustos en flor y emparrados que el japonés cuidaba, retranqueado en la falda de un cerro yermo, repeinado y acicalado hasta ser un cementerio de cipreses y mármoles, tan impactante como una escenografía teatral, rematado por un rótulo de lámparas rojas que, en la bruma del valle de San Fernando, refulgía con anchura desdibujada, en una tonalidad rubí, como si del otro lado de la loma no estuviera el cielo, sino el infierno. La longitud del coche deportivo al volante del cual esperaba el filipino leyendo un periódico la dejaba enana. Pero ella no quería otra, tal como tampoco quería criado, coche ni teléfono: era una mujer demacrada, sobria, un tanto encorvada, a la que ni siquiera California y tampoco la vida regalada habían hecho engordar, sentada por lo común en una de las sillas que insistió en traerse desde Nebraska. Al principio se contentó con permitir que el mobiliario de Nebraska permaneciera en un guardamuebles, puesto que no fue necesario (cuando Ira se mudó con su esposa y sus hijos a la segunda casa, la que ocuparon en el ínterin, compraron muebles nuevos, dejando la primera casa completamente amueblada para su madre), aunque un día, él no recordaba cuándo exactamente, descubrió que había sacado esa silla del guardamuebles, sólo

ésa, y que la usaba en la casa. Más adelante, cuando empezó a percibir en ella cierta intranquilidad, le sugirió que le permitiera retirar de la casa el mobiliario que había en ella para rescatar el suyo del guardamuebles, pero ella rehusó, aparentemente más deseosa de dejar el mobiliario de Nebraska en donde estaba. Sentada de ese modo, con un echarpe de punto sobre los hombros, daba la impresión de que viviera menos o le perteneciera menos la casa, el domicilio en que residía, que al hijo, con su bronceado de playa y sus sienes plateadas y un tanto teatrales, con su ropa de tanto estilo, prendas bastante caras, engoladas y más bien tirando a antifonales. Ella apenas había cambiado en los treinta y cuatro años transcurridos; ni ella ni el viejo Ira Ewing, tal como lo recordaba el hijo, quien ya muerto había sufrido tan pocas alteraciones como las que tuvo en vida; así como el terruño que cultivó en lo más lejano de Nebraska pasó con el tiempo a ser un villorrio primero y después un poblachón, sólo el aura de su padre fue en aumento, y creció hasta alcanzar las proporciones de un gigante que en algún momento irrevocable, y pese a todo reciente, se entregó sin más ayuda que la de sus propias manos a una pugna titánica con la tierra inmisericorde y resistió y en cierto modo la conquistó, a la par que conquistó la localidad, una sombra por completo desproporcionada con respecto de la figura demacrada y nudosa del hombre en sí. Y también la mujer en sí, según los recordaba a los dos el hijo en los tiempos lejanos. Dos personas que bebían el aire y que precisaban de comida y de sueño igual que él, y que a él lo habían traído al mundo, si bien eran extraños, como si pertenecieran a otra raza, uno junto al otro en su irrevocable soledad, como si se hubiesen extraviado procedentes de otro planeta, no como marido y mujer, sino como hermanos de sangre, incluso gemelos, nacidos de un mismo parto y con un mismo esfuerzo, porque habían adquirido una extraña paz gracias a la fortaleza de espíritu y la voluntad y la resolución de resistir.

—Vuelve a contarme qué es —dijo ella—. Intentaré entender.

—Así que ha sido Kazimura quien te mostró el maldito periódico —dijo él. A esto ella no contestó; ni siquiera lo estaba mirando.

—Me dices que ya ha salido antes en las películas, que lleva dos años saliendo en las películas. Que por eso tuvo que cambiarse de nombre, como se cambian todos de nombre.

—Sí. Los llaman los extras. Desde hace dos años, sí. Sabe Dios por qué.

—Y luego me dices que esto... que todo esto es para que pudiera salir ella en las películas...

Él comenzó a decir algo, pero se contuvo debido a una imprevista, pronta impaciencia, tal vez por la pena, tal vez por la desesperación, acaso por la rabia, y refrenó su voz, su tono, acallándolos.

—Dije que ésa era una de las razones posibles. Todo lo que de veras sé es que ese hombre tiene algo que ver con las películas, es el que reparte los papeles. Y que la policía los sorprendió a él y a Samantha y a la otra chica en un apartamento, con las puertas cerradas, y que Samantha y la otra mujer estaban desnudas. Dicen que él también estaba desnudo, pero él afirma que no fue así. Dice en el juicio que lo engañaron, que le quisieron cargar el mochuelo a él, que intentaban chantajearle para que él les diera un papel en una película; dice que lo engañaron con malas artes para que fuese a ese apartamento, y que allí se las ingeniaron para que entrase la policía justo cuando todos se habían quitado la ropa; dice que una de ellas hizo una señal por la ventana. Es posible que así sea. O a lo mejor es que se lo pasaron bien, que los sorprendieron a los tres en toda su inocencia —inmóvil, rígido, su rostro se deshizo en una sonrisa tenuemente amargada, sonriendo como si sonriese con un sufrimiento indomable, impasible, o como si tan sólo sonriese con rabia. Su madre seguía pese a todo sin mirarle.

—Pero tú me dijiste que ella ya estaba en las películas. Que por eso tuvo que cambiarse de...

—Dije que había tenido algunos papeles de extra —dijo él, y de nuevo tuvo que contenerse, poner freno a sus nervios destrozados, al ultraje que sentía, lejos de la furia desatada de la impaciencia—. ¿Es que no logras entender que no consigues entrar en las películas sólo con cambiarte de nombre? ¿No logras entender que no es fácil seguir en las películas incluso cuando ya has conseguido entrar en ese mundillo? ¿No te das cuenta de que eso no es fácil ni siquiera siendo mujer? ¿No te das cuenta de que llegan en manadas, en todos los trenes, y que son chicas cada vez más jóvenes y más bonitas que Samantha, chicas dispuestas a lo que sea con tal de salir en las películas? Aparentemente, también ella estaba dispuesta a lo que fuese, pero... ¿quién sabe si no estará dispuesta a aprender a hacer más cosas de lo que ella misma parece haber pensado? En fin, más vale que lo dejemos y no le demos más vueltas. Ella sola se ha hecho la cama, así que ahora tendrá que acostarse en ella. Yo lo único que puedo hacer es ayudarla a levantarse, pero no puedo encargarme de lavar las sábanas. Eso no puede hacerlo nadie. Tengo que irme, se me hace tarde —se puso en pie, mirándola—. Ah, me han dicho que esta mañana me llamaste por teléfono. ¿Era por todo esto?

—No —dijo ella. En ese momento sí lo miró. En ese momento sus manos

nudosas comenzaron a frotarse una con la otra—. Una vez me ofreciste una persona de servicio.

—Sí. Hace quince años pensé que deberías tener a alguien que te ayudara. ¿Ahora has cambiado de parecer? ¿Quieres que me...?

Ella ya no lo miraba, aunque sus manos no dejaban de moverse.

—Eso fue hace quince años. Habría costado al menos quinientos dólares al año. Eso vendría a sumar...

Él se echó a reír, una carcajada seca, breve.

—Ya me gustaría ver a mí a la persona de servicio que podrías haber encontrado en Los Ángeles por quinientos dólares al año. Ya me gustaría. Pero... ¿qué...? —dejó de reírse y la miró.

—Eso vendría a sumar como mínimo cinco mil dólares —dijo ella.

Él la siguió mirando.

—¿Me estás pidiendo dinero otra vez? —dijo al cabo. Ella no contestó, no se movió, aunque las manos se frotaban una con otra, se pellizcaban una a la otra despacio, con sosiego—. Entiendo —dijo él—. Lo que quieres es marcharte. Quieres escapar de todo esto. ¡Pues yo también! —exclamó, esta vez sin atinar a contenerse—. ¡Yo también, que lo sepas! Pero tú no me elegiste a mí cuando quisiste tener un hijo, y tampoco he escogido yo a los dos que tengo. Sin embargo, tendré que soportarlos como son, y tú tendrás que soportarnos a todos nosotros. Eso no hay quien lo remedie —se contuvo entonces, jadeando, aquietándose a fuerza de voluntad, como cuando se levantaba de la cama, aunque su voz aún sonó con aspereza—. ¿Y adónde pensabas ir? ¿En dónde ibas a esconderte de todo esto?

—En casa —dijo ella.

—¿En casa? —repitió él; lo repitió con un extraño asombro—. ¿En casa? —dijo una vez más, antes de entender—. ¿Allí te pensabas volver? ¿Con esos inviernos, con esas nevadas, con todo eso? Caramba, pues no creo que llegaras a sobrevivir hasta las primeras navidades. ¿No te das cuenta? —ella no se movió, ni levantó la mirada para verlo—. Paparruchas —dijo él—. Esto se pasará como si nada, ya lo verás. De aquí a un mes serán otras dos las que la lán, y de esto no se acordará nadie más que nosotros. Y el dinero no lo necesitas. Llevas años

pidiéndome dinero, pero no tienes ninguna necesidad. He tenido que preocuparme yo tanto por el dinero que una vez me juré que lo menos que podía hacer era ocuparme de tus asuntos, de modo que no tuvieras tú ni que ver siquiera un billete. Ahora he de irme; tengo un asunto pendiente en el despacho. Pero mañana vendré a verte.

Ya era la una de la tarde.

—Al juzgado —dijo al filipino arrellanándose en el asiento del coche—. Dios mío, qué ganas tengo de beber algo —se dejó llevar con los ojos cerrados, bañado por el sol; el secretario ya había saltado al estribo del coche antes de que él se diera cuenta de que habían llegado al juzgado. El secretario, también sin sombrero, llevaba una chaqueta de tweed auténtico; el jersey de cuello alto era negro por completo, igual de negro que su cabello, alisado y brillante y pegado al cráneo. Extendió ante Ira una página de periódico maquetada de modo que abarcase el espacio en blanco reservado a la fotografía, con el siguiente pie de foto: EL PADRE DE APRIL LALEAR. Bajo el espacio en blanco aparecía esta leyenda: IRA EWING, PRESIDENTE DE EWING REALTY CO., WILSHIRE BOULEVARD, BEVERLY HILLS.

—¿El treinta por ciento es lo máximo que ha conseguido? —dijo Ira. El secretario era joven; dedicó una mirada fulminante a Ira, un solo instante, con una furia vaga e impaciente.

—Joder, el treinta por ciento es el treinta por ciento. Van a hacer una tirada extra de mil ejemplares y van a utilizar nuestra lista de distribución de correspondencia. Aparecerá por toda la costa, de punta a punta, y al menos llegará a Reno. ¿Qué quería usted? No podíamos contar con que debajo de su foto pusieran, no sé, «Pase a página 14, donde hay un anuncio a media página» —Ira se recostó con los ojos cerrados, esperando a que se le pasara el dolor de cabeza.

—De acuerdo —dijo—. ¿Están listos?

—Todo en orden. Tendrá que entrar usted. Insistieron en que fuese dentro, de modo que todo el que la vea se dé cuenta de que está tomada en el juzgado.

—De acuerdo —dijo Ira, y bajó del coche. Con los ojos entrecerrados y el secretario sujetándole por el codo subió las escaleras y entró en el juzgado. El reportero y el fotógrafo estaban esperando, pero él aún no los vio; tuvo conciencia nada más de que lo rodeaba el gentío, del que supo que sobre todo estaría

compuesto por mujeres, oyendo al secretario y a un policía despejar el camino por el pasillo, a las puertas de la sala.

—Aquí está bien —dijo el secretario. Ira se detuvo; la penumbra le resultaba menos hiriente en los ojos, aunque todavía no los abrió. Permaneció en pie oyendo al secretario y al policía pastorear a las mujeres a un lado y otro, apartando los rostros de todos; permaneció obediente; destelló el magnesio y le hirió los globos oculares de manera dolorosa, como en dos golpes sucesivos; tuvo una visión de los rostros macilentos que se alargaban para verlo desde un lado y otro del estrecho callejón formado por seres humanos; con los ojos apretados, cerrados con fuerza, se dio la vuelta y tropezó hasta que el reportero al cargo de la información le dirigió la palabra.

—Sólo será un minuto, jefe —dijo—. Más vale tomar otra, por si acaso —esta vez permaneció con los ojos apretados; destelló el magnesio, los inundó la luz cegadora; con el olor fino y acre que despidió la lámpara, y con el secretario sujetándole de nuevo por el codo, se desplazó a ciegas hacia la luz del sol, hacia su coche. Esta vez no dio ninguna orden—. Tráeme algo de beber —dijo sin más. Viajó con los ojos de nuevo cerrados; el automóvil se internó en el tráfico del centro de la ciudad y poco a poco se fue desplazando a su antojo, poderoso, veloz; viajó así durante un largo rato, hasta notar que el automóvil enfilaba por la avenida jalonada por las palmeras y reducía la velocidad. Se detuvo. El portero le abrió la portezuela y le saludó por su nombre. El ascensorista también lo saludó por su nombre, y detuvo el ascensor en el piso indicado sin haber recibido indicación previa. Siguió por el pasillo y llamó a una puerta y ya buscaba la llave en el bolsillo cuando ésta se abrió y apareció una mujer en bañador, cubierta por un holgado albornoz de playa, una mujer de cabello cuidado, con permanente, de ojos castaños, que abrió de par en par para que entrase él y que luego la cerró a su espalda, sin dejar de mirarle con una sonrisa presta, luminosa, tenue, serena, que sólo puede esbozar una mujer que ronda los cuarenta ante un hombre con el que no está casada y con el que no tiene secretos físicos, y pocos de carácter mental, a lo largo de mucho tiempo de gozar de una plácida y absoluta intimidad con él. Había estado casada, sin embargo, y tenía una hija de catorce años cuya manutención y estudios en un internado pagaba él de su bolsillo. La miró pestañeando mientras ella cerraba la puerta.

—Habrás visto los periódicos —dijo él. Ella lo besó no de repente, sin acalorarse, en una prolongación natural del movimiento con el que cerró la puerta, una suerte de movimiento cálido y envolvente—. ¡No lo entiendo! Con todas las ventajas que les he... con todo lo que he intentado hacer por ellos...

—Calla —dijo ella—. Anda, calla. Ponte el bañador. Te preparo una copa en cuanto te hayas cambiado. ¿Vas a querer almorzar algo si pido que nos lo suban?

—No, no quiero almorzar nada... Con todo lo que he intentado hacer por ellos...

—Calla, calla. Ponte el bañador mientras te preparo una copa. En la playa se estará de maravilla, ya lo verás —en el dormitorio encontró sobre la cama su bañador y su albornoz de playa. Se cambió, dejando el traje colgado en el armario en donde estaba la ropa de ella, en donde ya estaba colgado otro traje suyo y su ropa de tarde. Cuando volvió al cuarto de estar, ella le había preparado una copa; le dio fuego con un fósforo y lo vio sentarse y empuñar el vaso, mirándolo todavía con esa sonrisa serena e impersonal. Él la vio despojarse del albornoz y arrodillarse ante el mueble bar para llenar una petaca plateada, con el bañador de moda en el momento, tal como ese verano lo llevaban diez mil maniqués sin vida en diez mil escaparates de toda la ciudad, tal como lo llevaban cien mil jóvenes por todas las playas de California. La miró, arrodillada; la espalda, las nalgas y los flancos en perfecta forma, incluso firmes aún (tan firmes, de hecho, que tendía a propasarse de musculosa, debido al ejercicio implacable y quizás demasiado riguroso a que se sometía con gusto), pese a ser los de una mujer de cuarenta años. Ojalá que todas esas jovencitas, toda esa carne femenina y fresca, desapareciera como por ensalmo, ojalá se la llevara incluso de la faz de la tierra una explosión. Se terminó la copa antes de que ella rellenase la petaca.

—Quiero otra —dijo.

—De acuerdo —dijo ella—. En cuanto lleguemos a la playa.

—No. Tiene que ser ahora mismo.

—Vayamos antes a la playa, anda. Son casi las tres de la tarde. ¿No te sentará mejor allí?

—No pretenderás decirme que no me puedo tomar otra ahora mismo.

—Claro que no —dijo ella, y deslizó la petaca en el bolsillo del albornoz mirándole de nuevo con esa sonrisa cálida, tenue, inescrutable—. Pero sí querría darme un chapuzón antes de que el agua esté demasiado fría —bajaron al coche; el filipino también conocía esa rutina: sujetó la puerta abierta para que ella se colase al volante y él subió en el asiento de atrás. Arrancó el coche; ella conducía bien—. ¿Por qué no te echas un rato y cierras los ojos? —dijo a Ira—. Anda, descansa hasta que

lleguemos a la playa. Allí nos daremos un chapuzón y tomaremos una copa.

—No quiero descansar —dijo él—. Estoy bien —pero lo cierto es que cerró de nuevo los ojos y de nuevo notó avanzar el coche, poderoso, suave, veloz, llevando a cabo la excursión de costumbre, por la tarde, recorriendo las increíbles distancias de las que estaba compuesta la ciudad; de vez en cuando, de haberse puesto a mirar por la ventanilla, hubiera visto la ciudad con la luz del sol intensa, ablandada, vaga, neblinosa, azarosa, esparcida sobre la tierra árida y formando otros tantos jirones de papel de alegres colores, esparcidos sin orden ni concierto gracias al viento, con su curioso aire de no tener raíces, las casas luminosas, hermosas, alegres, sin sótanos ni cimientos, adheridas de cualquier manera a unos cuantos centímetros de tierra liviana, fácil de penetrar, más clara incluso que el polvo, colocadas a su vez a la ligera sobre la lava profunda, primigenia, que con un solo chaparrón de los fuertes podría desaparecer para siempre de la vista y del recuerdo del hombre, tal como una manguera de incendios barre un sumidero, esa ciudad de riqueza poco menos que incalculable, cuyo destino, de una forma extrañamente adecuada, consiste en quedar erigida sobre unos cuantos rollos de una sustancia cuyo valor se computa en miles de millones, y que se puede destruir por completo en un instante de descuido, con un fósforo sin más, entre el momento de prenderlo y el momento en que quien lo prenda pueda dar un salto para apagarlo presuroso.

—Hoy has visto a tu madre, supongo —dijo ella—. ¿Ya se había...?

—Sí —dijo él. No abrió los ojos—. El maldito japonés le ha ido con el cuento. Me ha vuelto a pedir dinero. Y he descubierto para qué lo quiere. Quiere salir corriendo, huir de todo esto, volver a Nebraska. Se lo dije, sí, se lo dije... Como le diese por volver allá, no iba a aguantar ni hasta las navidades. El primer mes del invierno acabará con ella. A lo mejor ni siquiera hace falta que llegue el invierno.

Ella seguía al volante, atenta a la carretera, aunque de alguna manera se las había ingeniado para resultar completamente inmóvil.

—Así que se trata de eso... —dijo.

Él no abrió los ojos.

—¿Se trata de qué?

—De que ésa es la razón por la que lleva tanto tiempo detrás de ti para que le des dinero, aunque sea calderilla. Qué cosas. Por más que te niegues, de vez en cuando te lo vuelve a pedir con la misma insistencia.

—¿Qué...? ¿Có...? —abrió los ojos y la miró de perfil, tras lo cual se incorporó de inmediato—. ¿Quieres decir... que lleva todo este tiempo deseosa de volver allá, esperando al momento de volver? ¿Quieres decir que durante todos estos años en los que no ha dejado de pedirme dinero... era eso lo que quería hacer con el dinero?

Ella le miró ágilmente, y volvió a mirar a la carretera.

—Si no, ¿qué otra cosa podía ser? ¿Para qué otra cosa podía querer ella el dinero?

—¿Para volver allí? —dijo él—. ¿A esos inviernos, a ese poblachón, a esa forma de vivir, en donde por fuerza tiene que darse cuenta de que con el primer invierno iba a bastar para...? Cualquiera diría que lo que quiere es morir, ¿no te parece?

—Anda, calla —dijo ella enseguida—. Chsst. No digas eso. Eso no lo digas de nadie —ya se percibía el olor del mar; doblaron de pronto en dirección al litoral; la brisa brillante, cargada de salitre, les daba ya de lleno, les llegaba el sonido espaciado de las olas, lentas y constantes; entonces vieron el mar, el azul oscuro del agua que formaba filos de color crema en la curva blanqueada de la playa, salpicada de bañistas—. No pasaremos por el club —dijo ella—. Voy a aparcar aquí y así vamos derechos a la orilla —dejaron al filipino en el coche y descendieron a la playa. Ya estaba atestada de gente, luminosa, alegre, punteada de movimientos constantes. Ella escogió un lugar poco concurrido y extendió el albornoz.

—A ver esa copa —dijo él.

—Antes date un chapuzón —dijo ella. Él la miró. Se despojó despacio del albornoz; ella lo tomó y lo extendió al lado del suyo. Él la miró de pie.

—¿Cómo es la cosa? ¿Es que tienes que ser siempre más lista que yo, o es que debo yo creer a pie juntillas todo lo que tú me digas?

Ella lo miró luminosa, cálida, con cariño, inescrutable.

—A lo mejor son las dos cosas. A lo mejor no es ninguna de las dos. Anda, date un chapuzón; en cuanto vuelvas del agua te tengo preparada la petaca y un cigarrillo —cuando él regresó del agua, mojado, jadeando, el corazón algo desbocado, ella tenía la toalla lista, y le encendió un cigarrillo y le destapó la petaca cuando los dos se tendieron sobre los albornoces extendidos. Ella se tumbó

apoyada en un codo, sonriéndole, alisándole el agua del cabello con la toalla mientras él jadeaba, a la espera de que el corazón frenase la velocidad de los latidos y se quietase. Continuamente, entre el punto en que estaban y el agua, y en toda la extensión de la playa que alcanzaban a ver, pasaban los bañistas, jóvenes en bañador, jovencitas con poco más, con sus cuerpos bronceados, despreocupados, nada cohibidos. Así tumbado, le parecía que caminasen los bañistas por el borde mismo del mundo, como si sólo ellos y quienes eran como ellos lo habitasen, y él a sus cuarenta y ocho años fuese el último superviviente de una raza olvidada, de otra especie, y le parecía como si ellos fuesen a su vez los precursores de una raza todavía no vista en la faz de la tierra: hombres y mujeres sin edad definida, bellos como dioses y diosas, y con la mentalidad de los niños pequeños. Se volvió de prisa y miró a la mujer que tenía al lado, el rostro sosegado, los ojos sabios, sonrientes, la piel y las sienes veteadas, las raíces de los cabellos vistosas allí donde el tinte y la permanente habían sido infructuosos, las venas azuladas y tenues en las piernas, una miríada de venas bajo la piel.

—¡Para mí estás más guapa que ninguna! —exclamó—. ¡Para mí eres mil veces mejor que cualquiera!

III

El jardinero japonés, con el sombrero calado, estaba dando golpecitos en el cristal y haciendo muecas, y no dejó de hacerlo hasta que la anciana señora Ewing salió a recibirle. Traía el periódico de la tarde con un titular marcado en negro: LA TAL LALEAR MONTA UN NÚMERO EN EL JUZGADO.

—Tome usted —dijo el japonés—. Lea mientras cojo agua.

—Me parece que hoy prefiero no echar ni un vistazo al periódico —dijo ella—, pero gracias de todos modos —regresó al cuarto de estar. Excepción hecha de la silla, el mobiliario estaba exactamente igual que estuvo cuando lo vio por vez primera, aquel día en que su hijo la llevó a la casa y le dijo que ése había de ser su nuevo hogar, y que su nuera y sus nietos eran su nueva familia. Apenas había cambiado nada, y lo poco que se había alterado era aquella parte de la que su hijo no sabía nada, y eso tampoco había cambiado en absoluto durante tanto tiempo que ella ni siquiera recordaba ya cuándo añadió la última moneda a las que guardaba en

la hucha. Era un jarrón de porcelana que tenía en la repisa. Sabía tan a la perfección lo que tenía dentro que conocía de memoria hasta el último centavo; no obstante, lo tomó y se sentó en la silla que se había traído desde Nebraska y vació las monedas y con ellas cayó el horario desgastado en su regazo. El horario estaba doblado por la página en que lo había doblado ella aquel día en que fue caminando al centro de la ciudad, hasta la oficina en que se expendían los billetes, y quince años atrás lo guardó, aunque de aquello hacía tanto tiempo que el círculo que trazó a lápiz en torno al nudo ferroviario más cercano a Ewing, Estado de Nebraska, se había desdibujado del todo. Pero tampoco eso le hizo falta; se sabía la distancia exacta milla a milla, tal como se sabía el importe del billete hasta el último centavo, y allá a comienzos de los años veinte, cuando empezaron a preocuparse las compañías de ferrocarril y empezaron a caer las tarifas de los billetes de viajeros, no hubo agente de cambio y bolsa que mirase con atención las oscilaciones del mercado de los cereales, ni de otras mercancías, no al menos con la misma atención con que ella estuvo pendiente de los anuncios y tarifas de las compañías ferroviarias. Luego llegó el día en que por fin se estabilizaron los precios de los billetes, y el coste del trayecto a Ewing volvió a costar trece dólares más de lo que ella había sido capaz de ahorrar, y esto sucedió en una época en la que su fuente de ingresos se secó del todo. Su fuente de ingresos habían sido sus dos nietos. Cuando entró en aquella casa un día, veinte años antes, y vio a los dos niños pequeños por primera vez, los miró con una mezcla de retrainimiento y afán a partes iguales. Iba a ser dependiente durante el resto de su vida, pero algo daría a cambio de su dependencia. No es que tratase de hacer otro Ira y otra Samantha Ewing a partir de las dos criaturas; ése fue el error que había cometido con su propio hijo, y eso fue lo que empujó a su hijo a huir del hogar. Ahora era mucho más sabia; ahora entendía que no era cuestión de repetir las adversidades: meramente se limitaría a tomar lo que había tenido cierto valor en su vida y en la de su esposo, aquello que habían aprendido por medio de las adversidades, de la resistencia, del honor y del orgullo y del valor, y a transmitírselo a los niños sin que ellos tuviesen que padecer adversidad ninguna, sin sufrimiento, sin asomo de desesperación. Había contado con que hubiera ciertas fricciones entre su nuera y ella, pero al mismo tiempo había supuesto que su hijo, el auténtico Ewing, había de ser su aliado en caso de roce; se había resignado incluso, al cabo de un año, a esperar, puesto que los niños todavía eran muy pequeños; no llegó a sentirse alarmada, puesto que también los niños eran auténticos Ewing: después de haber mirado en aquella primera búsqueda las caritas aún sin terminar de formar que tenían los dos, después de escrutarlas rasgo a rasgo, se dijo que era porque aún eran dos bebés, o poco más, y que por eso no se parecían aún a nadie. Por eso se contentó con esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos; ni siquiera llegó a saber que su hijo tenía en mente mudarse de casa hasta que le dijo que había comprado la otra, y que la casa en la que habían vivido quedaría como

vivienda para ella hasta que muriese. Ella los vio marchar; ni dijo nada; no iba a empezar entonces. No empezó de hecho hasta pasados cinco años, durante los cuales vio a su hijo ganar dinero cada vez más deprisa, cada vez con mayor facilidad; lo vio amasar con una facilidad a todas luces despreciable, una facilidad a todas luces despectiva, esa sustancia por la que en cantidades mezquinas se había desvivido su marido, sin dejar de aspirar con uñas y dientes, con incorruptible rectitud, al honor y a la dignidad y al orgullo, y le vio gastar y derrochar del mismo modo lo amasado. Para entonces, había dado por imposible al hijo y había entendido tiempo atrás que ella y su nuera habían de ser enemigas morales, enemigas implacables, irrevocables. Fue al quinto año. Un día, en la casa de su hijo, vio a los dos niños tomar dinero del bolso de su madre, que se encontraba olvidado en una mesa. La propia madre desconocía cuánto dinero podía tener en el bolso; cuando la abuela se lo dijo montó en cólera y desafió a la anciana a que se lo demostrase. La abuela acusó a los niños, que negaron todo lo ocurrido sin que les variase un ápice la expresión de la cara. Ésa fue la auténtica ruptura que se produjo entre ella y la familia de su hijo; con posterioridad, vio a los dos niños sólo cuando el hijo ocasionalmente los llevaba consigo en sus infalibles visitas diarias. Le quedaban unos cuantos dólares en monedas sueltas, que se había llevado desde Nebraska y había conservado intactos por espacio de cinco años, puesto que allí no tenía necesidad ninguna de recurrir a su dinero. Un día dejó a la vista una de las monedas cuando estaban los niños en la casa, y cuando volvió a ver si seguía en su sitio había desaparecido. A la mañana siguiente trató de hablar con su hijo a propósito de los niños, recordando la experiencia que había tenido con la nuera y abordando la cuestión de una manera indirecta, hablando del dinero en términos generales.

—Sí, así es —dijo el hijo—, estoy ganando dinero. Y mientras pueda pienso seguir ganándolo tan deprisa como esté en mi mano. Pienso dar a mis hijos lujos y ventajas que mi padre nunca soñó que pudiera disfrutar un niño.

—De eso se trata —dijo ella—. Ganas dinero con excesiva facilidad. Todo este país es demasiado fácil para nosotros, para los Ewing. Puede que no sea del todo malo para los que llevan aquí desde hace generaciones, eso ni lo sé ni lo puedo saber, pero sí sé que para nosotros no es bueno.

—Pero es que estos niños han nacido aquí.

—Sólo llevan aquí una generación. La generación anterior a ellos nació en una chabola de adobe, con techo de tierra, en medio de la frontera que alcanzaba en Nebraska el cultivo del trigo. Y la generación anterior nació en una cabaña hecha de

troncos, en Missouri. Y la anterior nació en un blocao de Kentucky, rodeado de indios a todas horas. Este mundo nunca ha sido fácil para los Ewing. Es posible que no haya querido el Señor que fuese un mundo fácil.

—Pero de ahora en adelante lo será —dijo él, y lo dijo con un tono de triunfo—. También lo es para ti y para mí, pero sobre todo lo es para ellos.

Y esto fue todo. Cuando se marchó, ella tomó asiento en la silla de Nebraska que había sacado del guardamuebles; se sentó en silencio, tranquila; era la primera silla de las que compró el viejo Ira Ewing después de construir una casa, una silla en la que ella meció al pequeño Ira y lo durmió en brazos muchas veces antes de que aprendiera a caminar, mientras el viejo Ira se sentaba en otra silla que había construido a partir de un tonel de harina, adusto, sosegado, incorruptible, tomándose el bien ganado descanso del crepúsculo, entre un día y el siguiente, y así permaneció sentada la anciana, diciéndose que eso fue todo. Su siguiente iniciativa fue curiosamente mucho más directa; hubo en ella algo del oportunismo del auténtico pionero, el aprovechamiento de una ventaja fría e inmediata, acorde con lo espartano de las circunstancias; fue como si por primera vez en toda su vida fuese ella capaz de aprovecharse de algo, cualquier cosa, lo que fuese, algo ganado mediante un trueque en el que cambió su juventud y su madurez y su fuerza por la inmensidad de Nebraska, y no con el fin de seguir viviendo, sino con el fin de morir en paz; aparentemente no vio en ello ni paradoja ni deshonestidad. Comenzó a hacer caramelos y pirulíes, comenzó a hacer pasteles con los materiales que su hijo le compraba a crédito, y comenzó a vendérselos a los dos nietos, a dárselos a cambio de las monedas que su padre les diera, o que acaso sisaban del bolso de la madre, y dio en esconder las monedas en el jarrón de porcelana, junto con el horario de los trenes, atenta al crecimiento de sus mezuquinos ahorros en la hucha improvisada. Pero al cabo de unos cuantos años los niños crecieron y les dejaron de apetecer caramelos y pirulíes y pasteles, y fue entonces cuando ella vio cómo descendía el precio de los billetes de ferrocarril, y vio bajar aún más los precios, hasta quedar el suyo clavado a trece dólares de distancia. Sin embargo, no renunció a su empeño ni siquiera entonces. Su hijo quiso facilitarle una persona de servicio muchos años antes, y ella rechazó el ofrecimiento; creía que, cuando llegara el día, la hora adecuada, no se negaría él a darle al menos los trece dólares que le faltaban, los trece dólares que ella le había ahorrado. Y esto tampoco salió como había previsto y deseado. «Quizás no fuese la hora adecuada —se dijo—. Quizás lo intenté cuando era demasiado pronto. Quizás me dejé llevar por la impaciencia y la sorpresa —se dijo, mirando el montoncillo de monedas sueltas que tenía en el regazo—. O quizás él se llevó una sorpresa cuando dijo que no. A lo mejor, cuando haya tenido tiempo...». Se puso en pie. Introdujo las monedas en el jarrón y lo dejó de nuevo en

la repisa, mirando el reloj en ese momento. Eran las cuatro, quedaban dos horas para que empezase a preparar la cena. El sol estaba en lo alto; vio el agua de la manga de riego centellear y destellar al sol cuando acudió a la ventana. Seguía el sol bien alto, seguía siendo por la tarde; los montes aparecían serenos e incoloros bajo el sol; la ciudad, la tierra se extendía en una miríada de colores bajo el sol, la tierra, el terreno que había generado cada año un millar de nuevos credos, de creencias, de panaceas, de curas, pero que no había generado en cambio una sola enfermedad con la cual refutar todo aquello; bajo los rayos del oro permanecía la tierra inalterable por la lluvia, por el clima, los días intercambiables, monótonos, hermosos, sin fin, incontables, extraídos del pasado de la culminación y extendiéndose sin fin hacia la culminación del futuro.

«Me quedaré aquí y viviré por siempre», se dijo.^[*]

Hubo una reina

I

Elnora se adentró por la parcela de atrás luego de salir por la puerta de su cabaña. En la tarde dilatada, la casa enorme, cuadrada, así como los terrenos circundantes, eran pura somnolencia, letargo apacible, tal como lo habían sido durante casi un siglo, desde el día en que John Sartoris llegó procedente de Carolina y la construyó. Y murió en ella, y en ella murió su hijo Bayard, y John, el hijo de Bayard, y Bayard, el hijo de John, de ella salieron para recibir sepultura, aun cuando el último Bayard no muriese allí.

Así que la quietud reinante ahora era la quietud de las mujeres. Mientras Elnora cruzaba la parcela de atrás camino de la puerta de la cocina, recordó que diez años antes, a esa misma hora, el viejo Bayard, que era su hermanastro (aunque posible, que no probablemente, ninguno de ellos lo supiera, incluido el padre de Bayard), a menudo andaba haciendo bastante ruido de una punta a otra del porche de atrás, dando voces hacia el establo para apurar a los negros a que le ensillaran la yegua. Pero ya había muerto, como también murió a los veinte años su nieto Bayard, y tampoco estaban ya los negros: Simon, el marido de la madre de Elnora, también criaba malvas en el cementerio, y Caspey, el marido de Elnora, estaba en prisión por robo, y Joby, su hijo, se largó a Memphis a lucirse con ropa de buen ver pavoneándose por Beale Street. Así que sólo quedaban en la casa la hermana del primer John Sartoris, Virginia, que tenía noventa años y vivía en una silla de ruedas pegada a la ventana, con vistas a las flores del jardín, y Narcissa, viuda del joven Bayard, y su hijo. Virginia Du Pre había llegado a Mississippi en el 69; era la última de la familia que quedaba en Carolina, y llegó sólo con lo puesto y con una cesta en la que llevaba unas cuantas láminas de vidrio de colores, de una típica vidriera de Carolina, unos esquejes de flores y dos botellas de oporto. Había visto morir a su hermano y vio después morir a su sobrino y a su sobrino nieto y a sus dos sobrinos biznietos, y ahora vivía en la casa en la que no vivía varón con la esposa que fue de su sobrino biznieto y con el hijo de éste, Benbow, al que insistía en llamar Johnny,

por su tío, que perdió la vida en Francia. Por lo que se refiere a los negros, estaba Elnora, que cocinaba, y su hijo Isom, que cuidaba de la parcela, y su hija Saddie, que dormía en un jergón junto a la cama de Virginia Du Pre y la atendía como si fuera una niña chica.

Todo lo cual estaba muy bien. «Puedo yo sola cuidar de ella», pensó Elnora al cruzar la parcela.

—Ayuda ninguna me hace falta —dijo con voz sonora sin dirigirse a nadie, una mujer alta, de color café, con la cabeza pequeña, ahusada, hermosa. «Porque es cosa de los Sartoris. Bien lo sabía el coronel; al morir me encomendó a mí que la cuidara. Me lo dijo a mí. Que no viniese nadie de fuera, nadie del pueblo.» Estaba pensando en la razón por la que acudió a la casa una hora antes de que fuera necesario. Y es que estando atareada en su cabaña vio a Narcissa, la esposa del joven Bayard, y al niño, que tenía diez años, atravesar el prado en plena tarde. Salió a la puerta de la cabaña y los vio pasar, el niño y la joven grandullona, de blanco, a lo ancho del prado, camino del arroyo. No se preguntó adónde irían, ni por qué, tal como se lo hubiese preguntado una mujer blanca. Pero era a medias negra, y se limitó a mirar a la blanca con esa expresión de sosegado y severo desdén con la que contemplaba a la esposa del heredero de la casa, o atendía sus órdenes, incluso cuando éste aún vivía. Así la escuchó dos días antes cuando Narcissa le informó de que marchaba a Memphis a pasar un día, tal vez algo más, con lo que Elnora tendría que ocuparse de cuidar a la anciana tía sin ayuda de nadie. «Como si no fuera eso mismo lo que hago siempre —pensó Elnora—. Poca cosa ha hecho usted por nadie desde el día en que llegó. Aquí nunca nos ha hecho usted ninguna falta, así que mejor será que no se llame a engaño». Pero no se lo dijo. Se limitó a pensarlo, y ayudó a Narcissa en sus preparativos de viaje y vio el coche de caballos salir hacia el pueblo, hacia la estación, sin hacer comentarios. «Y no hace falta que vuelva», pensó al ver desaparecer el coche. Pero esa misma mañana había regresado Narcissa sin dar ninguna explicación ni del repentino viaje ni del repentino regreso, y a primera hora de la tarde, desde la puerta de su cabaña, Elnora vio a la mujer y al niño atravesar el prado cuando más apretaba el calor de la tarde, con todo el sol de junio.

—Igual me da a qué vaya: eso es cosa suya —dijo Elnora en voz alta al subir los escalones de la cocina—. Igual me da cómo le ha dado la ventolera de irse a Memphis dejando a la señorita Jenny ahí sentada, sin más que negros que la atiendan —añadió en voz alta con meditación incoherencia—. Ni siquiera me sorprende que haya ido. Si acaso, me sorprende que haya vuelto. No. Ni siquiera eso me sorprende. De aquí no se va a largar, y menos ahora, con lo que aquí tiene

hecho —calló antes de añadir con aplomo, en voz alta, sin rencor, sin acalorarse—: Escoria. Escoria de ciudad.

Entró en la cocina. Su hija Sddie estaba sentada a la mesa, comiendo un plato de sopa fría, de verdura y nabos, mirando una revista de moda bastante manoseada, sucia.

—¿Y tú qué haces aquí? —le dijo—. ¿Cómo es que no estás allá, donde oigas a la señorita Jenny si es que te llama?

—A la señorita Jenny no le falta de nada —dijo Sddie—. Está ahí sentada, junto a la ventana.

—¿Adónde fue la señorita Narcissa?

—Pues no lo sé —repuso Sddie—. Se ha ido con Bory no sé adónde. Todavía no ha vuelto.

Elnora resopló. No llevaba los cordones de los zapatos atados, y se los quitó con dos movimientos antes de salir de la cocina y dirigirse al vestíbulo apacible, de techos altos, colmado por el aroma que se filtraba desde el jardín y la miriada de ruidos aletargados de una tarde de junio, para entrar por la puerta de la biblioteca. Junto a la ventana de guillotina, levantada en ese momento del todo, con la franja inferior de vidrio de Carolina, coloreado, que en invierno enmarcaba su efigie y su busto como si fuese un retrato colgado en la pared, se hallaba sentada una anciana en su silla de ruedas. Estaba erguida: una mujer enjuta, envarada, de nariz delicada y el cabello del color de una pared enjalbegada. Sobre los hombros llevaba un chal de lana blanca, aunque no más blanca que su cabello sobre su vestido negro. Miraba por la ventana: de perfil, su rostro resultaba ojival e inmóvil por completo. Cuando entró Elnora volvió la cabeza y miró a la negra de inmediato, con gesto de interrogación.

—No habrán vuelto por el camino de atrás, ¿verdad? —dijo.

—Pues no —respondió Elnora. Se acercó a la silla.

La anciana miró de nuevo por la ventana.

—Debo decir que todo esto no lo entiendo. A la señorita Narcissa le ha dado por no parar, y de repente va y viene sin que se sepa a qué. Le ha dado la ventolera y...

Elnora se llegó hasta la silla.

—Muchos desvelos son éstos —dijo con su voz fría y reposada— para una mujer tan perezosa como ella.

—Le ha dado la ventolera, ya —dijo la anciana. Calló—. Ni se te ocurra hablar de ella de esa manera.

—Yo nada más he dicho la verdad —dijo Elnora.

—Pues entonces te la callas. Es la esposa de Bayard. Ahora es una Sartoris.

—Ésa no será una Sartoris ni por más años que viva —dijo Elnora.

La otra miraba por la ventana.

—Le ha dado la ventolera así por las buenas, hace un par de días, y se ha largado a Memphis a pasar un par de noches, y eso que no se había separado de ese niño ni una sola noche desde que nació, y lo ha dejado aquí durante dos noches, hay que ver, sin dar razón y sin decir ni cómo, y luego va y vuelve a casa y se lo lleva a pasear por el bosque cuando más aprieta el calor, en pleno día. Y no es que el niño la haya echado de menos. ¿A ti te parece que la ha echado de menos?

—Pues no —dijo Elnora—. Ningún varón de los Sartoris ha echado de menos a nadie. Jamás.

—Desde luego que no —la anciana miró por la ventana. Elnora se quedó algo retrasada, detrás de la silla—. ¿Han atravesado el prado?

—No lo sé. Los perdí de vista y seguían caminando hacia el arroyo.

—¿Hacia el arroyo? ¿Y eso para qué?

Elnora no respondió. Seguía ligeramente detrás de la silla, muy erguida, inmóvil como un indio. La tarde continuaba su curso. El sol entraba al ras por el jardín, a la misma altura, bajo la ventana, y enseguida el jazmín empezó a desprender su perfume con el atardecer, un aroma que invadió la estancia en oleadas lentas, casi palpables: espesas, dulces, empalagosas. Las dos mujeres estaban quietas en la ventana: una un tanto inclinada hacia delante en la silla de ruedas, la negra algo más atrás, también inmóvil, erguida como una cariátide.

En el jardín, la luz empezaba a tornarse cobriza cuando llegaron la mujer y el niño por el camino de la casa. La anciana, en su silla, se adelantó de pronto a mirar. A Elnora le pareció como si la anciana con ese movimiento hubiese escapado de su cuerpo desvalido como escapa un ave, y como si hubiera cruzado el jardín para recibir al niño; adelantándose también ella, sólo un poco, Elnora vio en la cara de la otra una expresión de afecto inmediato y desinhibido. Así, los dos cruzaron el jardín y ya casi estaban en la casa cuando la anciana se irguió y se recostó bruscamente.

—¡Vaya, si vienen empapados! —dijo—. Fíjate cómo traen la ropa. ¡Se han bañado en el arroyo sin desvestirse! ¡Los dos!

—Y digo yo si no será mejor que vaya a ver si preparo la cena —dijo Elnora.

II

En la cocina, Elnora preparó la lechuga y los tomates y cortó en rebanadas el pan (no un honrado pan de maíz, ni siquiera pan de molde) que horneaba según le enseñó la mujer cuyo nombre no pronunciaba a no ser que fuese absolutamente necesario.

Isom y Saddy estaban sentados en sendas sillas, de espaldas a la pared.

—Yo no tengo nada contra ella —dijo Elnora—. Yo soy negra y ella blanca. Pero mis hijos negros tienen más sangre que ella, eso sí. Se portan mejor.

—Para ti y para la señorita Jenny es como si no hubiese nacido nadie después de la señorita Jenny —dijo Isom.

—¿Y quién ha nacido? —dijo Elnora.

—La señorita Jenny se lleva bien con la señorita Narcissa —dijo Isom—. Para mí que es ella la que tendría que decirlo. Y yo no le he oído decir nada.

—Porque la señorita Jenny es de buenísima pasta —dijo Elnora—. Por eso mismo. Y tú de eso no sabes nada, porque cuando naciste ya era tarde para que lo entendieras, y sólo la has conocido a ella.

—Pues para mí que la señorita Narcissa es de tan buena pasta como cualquier otra —dijo Isom—. No veo ninguna diferencia.

Elnora de pronto alejó la silla de la mesa y se puso en pie. Isom con la misma celeridad se levantó y dejó paso libre a su madre. Pero ésta sólo fue al aparador para sacar una fuente y regresó a la mesa, a los tomates.

—Ser Sartoris de nacimiento, o ser de buena pasta, no es algo que en realidad uno sea: es algo que uno hace —lo dijo en un tono llano y sin inflexiones, hablando por encima de las manos morenas, ágiles, diestras. Cuando hablaba de las dos mujeres empleaba indistintamente el pronombre femenino, dándole una mínima inflexión para referirse a la señorita Jenny—. Hizo todo el viaje hasta aquí ella sola, y eso que el campo aún estaba infestado de yanquis. Todo el camino desde Carolina, y eso que habían matado a toda su parentela, con la excepción del viejo Amo John, que estaba a doscientas millas de ella, en Mississippi.

—Hay más de doscientas millas de aquí a Carolina —dijo Isom—. Lo aprendí en la escuela. Son casi dos mil.

Elnora no dejaba las manos quietas. No pareció escucharle.

—Conque los yanquis habían matado a su padre y su esposo, y habían pegado fuego a la casa de Carolina estando allí su madre y ella, y se vino hasta Mississippi ella sola, en busca de la única familia que le quedaba. Para llegar al fin aquí con lo más crudo del invierno, sin otra cosa en este mundo de Dios que una cesta con semillas de flores y dos botellas de vino y los trozos de vidrio de colores que el viejo Amo John colocó en la ventana de la biblioteca para que a ella le pareciera que era Carolina. Llegó cuando ya anoecía y estaba oscuro, el día de Navidad, y el viejo Amo John y los niños y mi mamá la esperaban en el porche, llegó con la cabeza bien alta en la carreta y esperó a que el viejo Amo John la ayudase a bajar. No se saludaron con un beso por estar delante de tanta gente. El viejo Amo John sólo dijo «Bueno, Jenny», y ella sólo dijo «Bueno, Johnny», y entraron en la casa llevándole él de la mano, hasta que estuvieron dentro y nadie pudo espiarlos. Allí, ella se echó a llorar y el viejo Amo John la estrechó en sus brazos al cabo de cuatro mil millas de viaje.

—No hay cuatro mil millas de aquí a Carolina —dijo Isom—. No hay más de dos mil. Es lo que decía el manual de la escuela.

Elnora no le hizo caso, y no dejó de trajinar con las manos.

—Le dio bien fuerte, le dio una llantina de cuidado. «Es porque no tengo costumbre de llorar», dijo. «Es un hábito que perdí hace mucho. Nunca he tenido tiempo de llorar. Malditos yanquis... malditos yanquis.» —Elnora volvió a levantarse al aparador. Fue como si dejase atrás en dos zancadas el sonido de su voz, como si la abandonase al caminar descalza, sin hacer ruido, dejando que así llenase la cocina en calma, aunque la voz misma ya no se oyera. Tomó otra fuente y regresó a la mesa, las manos de nuevo ajetreadas entre tomates y lechugas, alimentos que ella no podía comer.

»Y así es como ella —se refirió de ese modo a Narcissa, los dos negros se dieron cuenta— se cree que, ahora, cuando le dé la ventolera, puede largarse a Memphis a dar gusto a sus caprichos, dejándola a ella sola en la casa, dos noches enteras, al solo cuidado de unos negros. Va, viene, se acomoda bajo el techo de los Sartoris, come de lo que le dan los Sartoris durante diez años y de pronto le da la ventolera y se larga de expedición como un negro, sin decir siquiera por qué se ha largado.

—¿No habías dicho que la señorita Jenny no necesita a nadie, que te bastas tú sola para atenderla? —dijo Isom—. ¿No dijiste ayer mismo que igual te daba que volviera o no?

Elnora emitió un sonido bronco, de menosprecio, no muy fuerte.

—¿Cómo no iba a volver? Si durante cinco años hizo cuanto estuvo en su mano para casarse con Bayard... Si además hizo todo lo posible para ganarse a la señorita Jenny mientras Bayard estuvo fuera, en esa dichosa guerra... Yo misma la he visto con estos ojos, la he visto venir a la casa dos o tres veces por semana, mientras la señorita Jenny pensaba que venía de visita más que nada por lucir la buena pasta de que estaba hecha. Pero a mí no me engañó nunca. Siempre supe qué se traía entre manos. Yo conozco bien a la escoria. Yo sé bien cómo se las da esa escoria para parecer que es de buena pasta. Los de buena pasta no se dan cuenta porque son de buena pasta. Pero yo sí.

—Entonces Bory debe de ser también escoria —dijo Isom.

Elnora se dio la vuelta, pero Isom ya no estaba en su silla cuando abrió la boca.

—Tú cierra el pico y prepárate para servir la cena —lo vio acercarse a la pila y disponerse a lavarse las manos. Volvió a la mesa y trajinó con sus manos largas,

morenas, diestras, entre los tomates rojos y el verde absenta, el verde claro de la lechuga—. Necesidades —dijo—. No son necesidades ni de Bory ni son necesidades tuyas. Son las necesidades de los muertos. Del viejo Amo John y del coronel y del señor John y de Bayard, que bien muertos están y nada pueden hacer para remediarlo. Ahí es donde están las necesidades. De eso estoy hablando. Y de todo eso no se entera nadie más que ella, que ahí está en esa silla, y yo, una negra que aquí estoy de trajín en la cocina. Yo no tengo nada contra ella. Lo único que digo es que la buena pasta casa bien con la buena pasta, y la mala hierba pues lo mismo. Anda a ponerte la chaqueta. Esto ya está todo listo.

III

Fue el chiquillo quien se lo dijo. La anciana se adelantó en la silla de ruedas y miró por la ventana para ver a la mujer y al niño cruzar el jardín y desaparecer al doblar la esquina de la casa. Aún adelantada, encorvada incluso, atenta al jardín, los oyó entrar en la casa, pasar por delante de la puerta de la biblioteca, subir las escaleras. Siguió pendiente del jardín, los arbustos ya recios que se trajo de Carolina en forma de esquejes no mayores que unas cerillas. Fue en el jardín donde se conocieron ella y la joven que había de casarse con su sobrino y darle un hijo. Aquello fue en 1918, y el joven Bayard y su hermano John aún estaban en Francia. Fue antes de que John perdiese la vida, y dos o tres veces por semana Narcissa venía del pueblo a visitarla mientras ella faenaba entre las flores. «Y en todo momento estaba prometida con Bayard y sin decirme nada —pensó contemplando el jardín que empezaba a invadir el crepúsculo, el jardín al que no había salido desde cinco años antes—. Poca cosa dijo de nada. A veces aún me extraña que llegara a prometerse con Bayard, con lo poco que hablaba. A lo mejor lo hizo sólo a fuerza de ser, de ocupar un espacio, igual que recibió aquella carta». Fue la víspera de que regresara Bayard. Narcissa salió y pasó dos horas fuera, y justo antes de marcharse mostró la carta. Era anónima y era obscena; sonaba a chaladura, y ya entonces intentó ella que Narcissa le permitiera mostrar la carta al abuelo de Bayard y que éste hiciera lo preciso para hallar al autor y castigarle como merecía, pero Narcissa se negó. «La voy a quemar y la voy a olvidar», dijo Narcissa. «Bueno, eso es asunto tuyo —dijo la anciana—. Pero eso no debería estar permitido. Una dama no debería estar a merced de un hombre como ése ni siquiera por correo. Eso es algo de lo que cualquier caballero estará convencido, algo por lo que actuará en consecuencia. Además, si no haces algo te volverá a escribir otra carta igual». «Pues

entonces sí se la mostraré al coronel Sartoris —dijo Narcissa. Era huérfana, su hermano también estaba en Francia—. ¿Es que no se da cuenta de que no puedo consentir que nadie se entere de que ningún hombre ha pensado o piensa esas cosas acerca de mí?». «Bueno, yo preferiría que todo el mundo supiera que alguien ha pensado esas cosas acerca de mí, una sola vez, y que por eso se ha llevado una tanda de latigazos, antes que consentir que siga pensando todo eso acerca de mí y siga impune. Pero eso es asunto tuyo.» «La voy a quemar y la voy a olvidar», dijo Narcissa. Entonces regresó Bayard y al poco tiempo se casaron Narcissa y él y Narcissa se fue a vivir a la casa. Se quedó entonces preñada, y antes de dar a luz Bayard murió a bordo de un avión, y murió luego su abuelo, el viejo Bayard, y nació el niño, y dos años pasaron hasta que a ella se le ocurrió preguntar a su sobrina si había recibido otras cartas, y Narcissa le dijo que no.

Así vivieron entonces con tranquilidad, vivieron su vida de mujeres en la casa grande y sin varones. De vez en cuando apremió ella a Narcissa a que volviera a casarse. Pero ésta se negó con tranquilidad y en silencio, y así continuaron durante años, las dos y el niño, al que ella insistió en llamar igual que su difunto tío. Y entonces, una semana antes, Narcissa recibió a un invitado a la hora de la cena; cuando se enteró ella de que el invitado era varón, permaneció en su silla muy quieta un buen rato. «Ah —pensó sin decir nada—. Así que ha llegado la hora. Muy bien. Así había de ser. Ella es joven, y vivir aquí, tan lejos de todo, con una anciana impedida... Muy bien. No quisiera yo que le fuese como a mí. De ella no me lo esperaré. A fin de cuentas, no es una Sartoris. No es familia de los Sartoris, ese hatajo de fantasmas idiotas y sobrados de orgullo». Llegó el invitado. Ella no lo vio hasta que la llevaron en la silla de ruedas a la mesa puesta. Vio entonces a un joven algo calvo, de rostro inteligente, con una insignia de una hermandad estudiantil de campanillas en la leontina. No llegó a reconocer la insignia, pero supo en el acto que era judío, y cuando el invitado le dirigió la palabra fue tal el ultraje que le ganó la furia y se debatió en la silla de ruedas y quiso incrustarse en el respaldo como una serpiente antes de lanzar su mortífero ataque, con una sacudida tan fuerte que la silla se alejó de la mesa.

—Narcissa —dijo—, ¿qué está haciendo aquí este yanqui?

Así se hallaron en torno a la mesa iluminada por las velas, tres personas envaradas. Habló el hombre.

—Señora, no quedaría ni un solo yanqui si las de su sexo hubiesen plantado cara contra nosotros en el campo de batalla.

— Eso no tiene ni que recordármelo, joven — replicó—. Dé gracias a su buena estrella de que su señor abuelo sólo se enfrentase con hombres.

Llamó entonces a Isom y le indicó que se la llevara de la mesa sin haber probado la cena. Y ya en su dormitorio les prohibió que encendiesen la luz y rechazó la bandeja que Narcissa indicó subir a los criados. Estuvo sentada junto a la ventana, a oscuras, hasta que se marchó el invitado.

A los tres días, Narcissa hizo su repentino y misterioso viaje a Memphis y estuvo dos noches fuera, por más que nunca hubiera pasado una sola noche lejos de su hijo, desde el día en que lo trajo al mundo. Se fue sin que mediase explicación ninguna, y ahora la anciana acababa de verla cruzar el jardín con el chiquillo, los dos con la ropa mojada aún, como si se hubiesen bañado en el arroyo.

Fue el chiquillo quien se lo dijo. Entró en su habitación nada más cambiarse de ropa, aunque con el pelo mojado aún, peinado con esmero. Ella no dijo ni palabra cuando entró el chiquillo y se acercó a su silla de ruedas.

— Hemos ido al arroyo — le dijo—. No a nadar, sólo a darnos un remojón. Ella quiso enseñarme la poza donde se nada, pero no fuimos a nadar. No creo que ella sepa. Sólo nos metimos en el agua a remojarnos sin quitarnos la ropa. Toda la tarde. Ella tenía ganas de que nos diésemos un remojón.

— Ah — dijo la anciana—. Bueno, vaya. Seguro que te has divertido. ¿Vendrá ella ahora?

— Sí, señora. Tan pronto se vista.

— Bueno... Pues tiempo tendrás de salir un rato... si es que te apetece.

— Más prefiero quedarme con usted... Si usted lo desea.

— No. Es mejor que salgas. Yo espero tranquilamente a que venga Saddie.

— Vale — y salió.

En la ventana se desdibujaban los contornos a la vez que se ponía el sol. El cabello plateado de la anciana también se difuminó como si fuera algo inmóvil, olvidado en un aparador. Los vidrios de austeros colores que enmarcaban la ventana soñaban solos, voluptuosos, callados. Estuvo sentada sin moverse hasta oír a la mujer de su sobrino bajar la escalera. Permaneció en silencio, mirando la puerta,

hasta que entró la joven.

Vestía de blanco: una mujer alta, grandullona, de treinta y tantos, en un halo crepuscular que recordaba la calidad heroica de las estatuas.

—¿Enciendo la luz?

—No —dijo la anciana—. No, todavía no.

Estaba muy tiesa en la silla de ruedas, inmóvil, contemplando a la joven en el otro extremo de la estancia, la lenta caída de su vestido blanco, heroica y fluida, como una cariátide en la fachada de un templo que acabara de cobrar vida.

—Fueron aquellas car... —dijo.

—Aguarda —dijo la anciana—. Antes que me cuentes nada... El jazmín. ¿Lo hueles?

—Sí. Fueron aquellas...

—Aguarda. Siempre empieza a esta hora del día. Ha empezado a esta hora del día, en junio, desde hace cincuenta y siete años este verano. Me los traje de Carolina en un cesto. Me acuerdo de que aquel primer mes de marzo pasé una noche entera quemando hojas de periódico para dar calor a las raíces. ¿Lo hueles?

—Sí.

—Si va a haber boda, yo ya te lo dije. Te lo dije hace cinco años: ni pensaba ni pienso culparte. Eres todavía joven, eres viuda. Aunque tengas un hijo, te dije que con ese hijo no bastaría. Te dije que no te iba a culpar por no hacer lo que hice yo. ¿Estamos?

—Sí. Pero no es tan grave.

—¿No? Entonces, si es grave, ¿hasta qué punto lo es? —la anciana seguía muy derecha, la cabeza un tanto levantada, el rostro delgado desdibujándose en la luz del crepúsculo, que le daba profundidad—. No te pienso culpar. Eso ya te lo dije. A mí no me tengas en cuenta. Mi vida ya está hecha. Poca cosa necesito, nada que no puedan hacer los negros. Por mí no te preocupes. ¿Me has oído? —la otra no dijo nada, inmóvil como estaba, serena; las voces de ambas parecían materializarse en la creciente oscuridad que las separaba, sin tener origen en ninguna de ambas bocas,

de ambas caras, quietadas, borrosas—. Entonces... me lo tendrás que decir —añadió la anciana.

—Fueron aquellas cartas. Hace trece años. ¿O es que no se acuerda? Antes de que Bayard volviera de Francia, antes de que supiera usted que estábamos prometidos. Le mostré una de las cartas, y usted quiso dársela al coronel Sartoris, y que él averiguase quién la mandó, y yo le dije que no, y usted dijo que ninguna dama consentiría recibir cartas de amor anónimas, por más ganas que tuviese.

—Sí. Dije que era mejor que se supiera que una dama había recibido una carta como aquélla, en vez de consentir que un hombre en secreto siguiera teniendo esos pensamientos cuando pensaba en ella, y que además continuara impune. Me dijiste que la habías quemado.

—Mentí. La guardé. Y tengo otras diez. No se lo dije a usted porque, a su entender, no era propio de una dama.

—Ah —dijo la anciana.

—Sí. Las guardé todas. Creí que las tenía bien escondidas, donde nadie podría encontrarlas.

—Y las volviste a leer. Las sacabas de vez en cuando y las volvías a leer.

—Creí que las tenía bien escondidas. Pero recordará usted aquella noche, después de que Bayard y yo nos casáramos, cuando alguien entró en la casa a hurtadillas; fue la misma noche en que aquel contable del banco del coronel Sartoris robó un dinero y se largó. A la mañana siguiente, las cartas ya no estaban en su sitio. Entonces entendí quién me las había enviado.

—Sí —dijo la anciana. No se había movido. Su cabeza, más desdibujada, era algo inanimado, algo de plata.

—Así que las cartas andaban por ahí, por el mundo. En alguna parte estaban. Me puse como una loca durante un tiempo. Pensé que más de un hombre las habría leído, que habría visto no sólo mi nombre en ellas, sino también las huellas que dejaron mis ojos al leerlas una y otra vez. Me puse como una loca. Cuando Bayard y yo estábamos en nuestro viaje de novios, me puse como una loca. Ni siquiera fui capaz de pensar sólo en él. Era como si me tuviera que acostar con todos los hombres del mundo al mismo tiempo. Entonces, hace casi doce años, tuve a Bory, y supuse que por fin se me había pasado. Me acostumbré a que las cartas anduvieran

por el mundo, a saber dónde. Tal vez había dado en pensar que ya no existían, que alguien las había destruido, que yo estaba a salvo. De vez en cuando me volvían a la memoria, pero era en cierto modo como si Bory me protegiera, como si no pudieran pasar por encima de él, como si no pudieran alcanzarme. Como si, quedándome aquí tranquila, y siendo buena con Bory y con usted... Y entonces, una tarde, una tarde cualquiera, al cabo de doce años, aquel hombre vino a verme, aquel judío. El que se quedó a cenar aquella noche.

— Ah — dijo la anciana —. Sí.

— Era un agente federal. Aún estaban tratando de localizar al hombre que había robado el banco. El agente tenía mis cartas en su poder. Las encontró allí donde las perdió el contable, o donde se deshizo de ellas aquella noche al darse a la fuga, y el agente las había conservado durante doce años, los doce años que llevaba trabajando en el caso. Por fin vino a verme, a tratar de averiguar adónde pudo haberse largado aquel hombre, pensando que yo por fuerza tenía que saberlo, puesto que el hombre me había escrito aquellas cartas. Se acordará usted de él, se acordará de que lo miró de hito en hito y dijo... «Narcissa, ¿quién es este yanqui?».

— Sí, me acuerdo.

— Aquel hombre tenía mis cartas. Las había conservado durante doce años. Las...

— ¿Las había conservado? — dijo la anciana —. ¿Las había conservado?

— Sí. Ahora las tengo yo. No las envié a Washington. Nadie, salvo él, las llegó a leer. Y ahora ya nadie las leerá — calló. Respiró hondo, con tranquilidad, reposada—. Todavía no lo entiende, ¿verdad? Aquel hombre tenía toda la información que pudo sacar de las cartas, pero habría tenido que entregarlas al departamento, y yo se las pedí. Me dijo que tendría que entregarlas y le pedí que tomara la decisión definitiva en Memphis. Él preguntó que por qué en Memphis, y yo le dije por qué. Supe que con dinero no podría comprárselas, dese cuenta. Por eso tuve que ir a Memphis. Tenía demasiada estima por Bory y por usted para haberme ido a otra parte. Y eso es todo. Los hombres son todos iguales, tienen las mismas ideas del bien y el mal. Unos imbéciles — respiró con tranquilidad. Y bostezó, un bostezo hondo, de absoluta relajación. Volvió a mirar la cabeza erguida, plateada, borrosa, que tenía delante—. ¿Es que todavía no lo entiende? Tuve que hacerlo. Eran mías, tenía que recuperarlas como fuera. Y ésa fue la única manera de hacerlo. Pero aún hubiera hecho más. Así las recuperé. Y ahora ya están quemadas.

Nadie las verá nunca. Él no podrá contárselo a nadie, ¿lo entiende? Le llevaría a la ruina decir que existieron. Podrían incluso dar con él en presidio. Y ahora ya están quemadas.

—Sí —dijo la anciana—. Y así volviste y te llevaste a Johnny al arroyo y os disteis un remojón, os sentasteis en el agua que corre. En el Jordán. Sí, en el Jordán, sólo que al fondo de un prado, en Mississippi.

—Tenía que recuperarlas. ¿No se da usted cuenta?

—Sí —dijo la anciana—. Sí —se irguió del todo en la silla de ruedas—. Ay, Señor. Pobres mujeres, qué imbéciles somos. ¡Johnny! —gritó de pronto con voz perentoria.

—¿Qué pasa? —dijo la joven—. ¿Desea usted algo?

—No —dijo la otra—. Que venga Johnny. Quiero que me traiga mi sombrero.

La joven se puso en pie.

—Yo se lo traeré.

—No. Quiero que me lo traiga Johnny.

La joven permaneció mirándola, la anciana erguida en la silla de ruedas, bajo la corona plateada que formaba su cabello. Y salió de la habitación. La anciana no se movió. Permaneció sentada en la oscuridad hasta que entró el chiquillo con un sombrero de hechura anticuada. De vez en cuando, si la anciana estaba molesta, le llevaban el sombrero y ella sola se lo colocaba con toda exactitud y seguía sentada junto a la ventana. Acudió con su madre y le llevó el sombrero. Ya era noche cerrada; la anciana era visible sólo por el cabello plateado.

—¿Quiere que encienda la luz? —dijo la joven.

—No —dijo la anciana. Se encasquetó el sombrero—. Id a cenar. Marchaos.

La obedecieron, dejándola allí sentada: una silueta esbelta, erguida, visible tan sólo por el relumbre de su cabello, en la silla de ruedas, junto a la ventana enmarcada por el escaso, fúnebre vidrio de Carolina.

IV

Desde que el chiquillo cumplió ocho años, ocupó el lugar de su difunto abuelo en la cabecera de la mesa. Esa noche, sin embargo, su madre dispuso que fuera de otro modo.

—Como estamos los dos solos —dijo—, te puedes sentar a mi lado —el chiquillo titubeó—. Anda, por favor. ¿No quieres? Anoche, en Memphis, te eché de menos. ¿Tú no me echaste de menos?

—Dormí en la habitación de la tía Jenny —dijo el chiquillo—. Lo pasamos muy bien.

—Anda, por favor...

—De acuerdo —dijo. Ocupó la silla contigua a ella.

—Más cerca —insistió. Arrimó más la silla—. Pero ya nunca más, ¿verdad que no? —se inclinó hacia él y le tomó la mano.

—¿Nunca más? ¿El qué? ¿Bañarnos en el arroyo?

—No, nunca más nos dejaremos el uno al otro.

—Yo no te eché de menos. Lo pasamos muy bien.

—Prométemelo. Prométemelo, Bory —se llamaba Benbow, el apellido de su madre.

—De acuerdo.

Isom, con una chaqueta de dril, les sirvió la cena y regresó a la cocina.

—¿Ella no va a cenar? —dijo Elnora.

—Pues no —dijo Isom—. Allá está, sentada a la ventana, a oscuras. Dice que no va a cenar.

Elnora miró a Saddle.

—¿Qué estaban haciendo la última vez que las viste en la biblioteca?

—Estaban hablando, la señorita Narcissa y ella.

—Y seguían hablando cuando anuncié que la cena estaba lista —dijo Isom—. Eso ya te lo dije.

—Lo sé —dijo Elnora. No lo dijo con mal humor. Tampoco con amabilidad. Su voz era sólo perentoria, blanda a la vez que fría—. ¿De qué hablaban?

—Pues no lo sé —dijo Isom—. Tú me enseñaste que no hay que escuchar lo que se dicen los blancos.

—Isom, ¿de qué hablaban? —dijo Elnora. Lo estaba mirando con gravedad, con intención, con autoridad.

—De que no sé quién se iba a casar. La señorita Jenny dijo: «Te dije hace mucho tiempo que no te culpo. Una mujer todavía joven, como tú... Quiero que te cases. No hagas como yo». Eso fue lo que dijo.

—Me apuesto cualquier cosa a que ella también está pensando en casarse —dijo Saddle.

—¿Quién se va a casar? —dijo Elnora—. ¿Ella se va a casar? ¿Y para qué, digo yo? ¿Va a renunciar a todo lo que tiene aquí? Eso no puede ser así. Ojalá estuviera al tanto de lo que ha pasado durante toda esta semana... —calló. Se volvió hacia la puerta, como si pretendiera oír algo. Desde el comedor llegó la voz de la mujer joven, pero Elnora parecía haber aguzado el oído para captar algo que llegara de más allá. Y salió de la cocina. No con prisas, si bien su tranco largo y callado se la llevó con una brusquedad como la de una figura inanimada que, sobre ruedas, desapareciera de escena.

Recorrió en silencio el vestíbulo, a oscuras, pasando por la puerta del comedor sin que se percatasen las dos personas sentadas a la mesa. Estaban muy cerca la una de la otra. La mujer hablaba inclinada hacia el chiquillo. Elnora pasó de largo sin hacer ruido: un converger de sombras sobre las cuales su rostro, más claro, parecía flotar incorpóreo, los ojos de una tenue blancura. Se detuvo de súbito. No había llegado a la puerta de la biblioteca, pero se detuvo invisible, insonora, los ojos de pronto luminosos en su rostro casi desvanecido, y entonó una cantinela en un murmullo apenas audible:

—Ay, Señor; ay, Señor.

Entonces llegó con agilidad a la puerta de la biblioteca y miró la estancia en donde, junto a la ventana oscura, permanecía inmóvil la anciana, indicada sólo por el tenue, único relumbre del cabello blanco, como si a lo largo de noventa años la vida hubiese ido abandonando lentamente su sobria figura, tan erguida, para quedar suspendida en un instante crepuscular por encima de su cabeza antes de apagarse, aun cuando la vida misma se hubiera extinguido. Elnora sólo se asomó un instante y volvió sobre sus pasos, ágiles y callados, a la puerta del comedor. La mujer seguía inclinada hacia el niño, hablándole. No repararon en la presencia de Elnora en un primer momento. Permaneció en la puerta, alta, sin tocar las jambas por ninguno de los lados. Su rostro era inexpresivo; no pareció que mirase a nadie, que hablase con nadie.

—Mejor será que vengan cuanto antes, digo yo —dijo con esa voz perentoria, blanda a la vez que fría.^[*]

Victoria en el monte

I

Por la ventana de la cabaña los cinco vieron a la comitiva subir fatigosamente por la senda embarrada y hacer un alto en la cancela. Primero llegó un hombre a pie, con un caballo sujeto por las bridas. Llevaba un sombrero de ala ancha bien encasquetado, de modo que le cubría el rostro, y la forma del cuerpo la envolvía un capote gris y desgastado del que sólo asomaba su mano izquierda, con la que sujetaba las riendas. La brida tenía adornos repujados en plata, el caballo era un bayo de pura sangre, escuálido, con salpicaduras de barro, que por toda ensilladura llevaba una manta azul marino, del ejército, sujeta con dos cordeles. El otro caballo era un alazán compacto, bajo, de cabeza grande, muy inferior al otro y, como el otro, estaba salpicado de barro. Llevaba una brida improvisada con cordeles y alambre, y una silla reglamentaria, del ejército, en la cual, sujeto y sin apoyarse en los estribos, se agazapaba algo informe y poco mayor que un niño, que a tanta distancia parecía no llevar prendas de vestir conocidas por los hombres.

Uno de los tres que estaban apostados en la ventana de la cabaña se retiró deprisa. Los otros, sin volverse, le oyeron atravesar el interior y regresar enseguida con un fusil de cañón largo.

—No, eso no —dijo el viejo.

—¿No has visto ese capote? —dijo el joven—. Un capote de rebelde.

—No lo consentiré —dijo el otro—. Se han rendido. Ya han dicho que se dan por vencidos.

Por la ventana vieron detenerse los caballos en la cancela. Era de nogal combado, en una cerca de piedra que descendía de cualquier manera una cuesta desolada, en marcado relieve sobre el valle, y aun sobre otra cordillera más lejana

que se disolvía en el cielo bajo, disuelto.

Observaron descender a quien montase el segundo caballo, y le vieron depositar las bridas en la misma mano izquierda del hombre de gris que sujetaba las del purasangre. Vieron a aquel ser cruzar la cancela y subir por la senda y desaparecer bajo el ángulo de la ventana. Lo oyeron llegar al porche y llamar a la puerta. No se movieron; lo oyeron llamar de nuevo.

—Id a ver —dijo al cabo el más viejo.

Una de las mujeres, la de más edad, dejó la ventana sin hacer ruido con los pies, puesto que iba descalza. Acudió a la puerta y abrió. La luz fría y lluviosa de la moribunda tarde de abril cayó sobre ella, sobre una mujer menuda, de rostro nudoso e inexpresivo, con un vestido gris, sin forma. Frente a ella, al otro lado de la solera, se encontraba un ser poco mayor que un mono grande, vestido con un voluminoso capote azul de soldado raso del ejército federal, que llevaba amarradas a la cabeza, como una tienda de campaña, y colgadas sobre los hombros, varias piezas de lona, que bien pudo haber cortado del toldo de la carreta de uno de los abastecedores que siguen al ejército; dentro del orificio, la mujer no acertó a ver nada más que el blanco de los ojos, momentáneos y fantasmales, mientras de un solo vistazo el negro examinaba a la mujer que estaba descalza ante él, con su vestimenta de percal desgastado, y el desolado, estéril interior de la cabaña.

—Mi amo, el comandante Soshay Weddel, presenta sus respetos y dice que desea sitio para dormir, para él y su mozo y dos caballos —dijo con voz pomposa, campanuda, como un loro de repetición. La mujer lo miró. Su rostro era como una máscara desgastada—. Hemos andado por allá lejos, batiéndonos con los yanquis —dijo el negro—. Sacabó. Volvemos pa casa.

La mujer pareció hablar desde algún lugar situado tras su rostro, como si hablase tras una efigie o un biombo decorado.

—Voy a preguntar.

—Les pagaremos —dijo el negro.

—¿Que pagarán? —calló y pareció sopesarlo—. Esto no es ni de lejos un hotel de montaña.

El negro hizo un gesto ampuloso.

— Esos lo de menos. En peores sitios hemos pasao más duna noche. Usté sólo dígales que es el señor Soshay Weddel.

Vio entonces que la mujer miraba más allá de donde estaba él. Se volvió y vio que el hombre del capote gris y desgastado ya había subido a media senda, pasada la cancela. Se acercó hasta el porche y se quitó con la mano izquierda el sombrero de ala ancha, flexible, en donde ostentaba una renegrada insignia de oficial de campo de los confederados. Tenía el rostro oscurecido, los ojos oscuros, el pelo negro, un rostro a un tiempo grueso, pero demacrado, y arrogante. No era alto, aunque sacaba al negro casi una cabeza. El capote estaba raído por el tiempo pasado a la intemperie, descolorido a la altura de los hombros, donde más a plomo cae la luz. Llevaba los faldones deshilachados, a jirones, salpicados por el barro; la prenda llevaba sucesivos remiendos, y la había cepillado una y mil veces; había perdido todo su apresto.

— Buen día, señora — dijo —. ¿Dispone de sitio donde estabular a mis caballos, y de cobijo que darnos al mozo y a mí, sólo para pasar la noche?

La mujer lo miró con aire estático, meditabundo, como si acabara de ver una aparición sin alarmarse.

— Tendré que ir a ver — dijo.

— Le pagaré — dijo el hombre —. Sé qué tiempos corren.

— Tendré que preguntárselo — dijo la mujer. Se volvió, se detuvo. El viejo apareció a su espalda. Era robusto, vestía ropa vaquera, tenía un pelo crespo, grisáceo, y los ojos claros.

— Soy Saucier Weddel — dijo el hombre de gris —. Voy de camino de regreso a Mississippi, vengo desde Virginia. ¿Estamos ya en Tennessee?

— Esto es Tennessee — dijo el otro —. Adelante.

Weddel se volvió hacia el negro.

— Lleva los caballos a la cuadra — le dijo.

El negro regresó a la cancela, un bulto informe bajo el revestimiento de lona y el capote, con la arrogancia y la chulería que adoptó nada más ver a la mujer descalza, nada más ver el estéril, pobre interior de la cabaña. Empuñó las riendas de

ambos y comenzó a dar voces a los caballos, vociferando de un modo innecesario, con oficio, a lo que los caballos no hicieron el menor caso, como si estuviesen ya de sobra acostumbrados a su trato. Fue como si el propio negro no prestara atención a sus gritos, como si los alaridos fueran meramente concomitantes con la acción de conducir a los caballos lejos de la puerta, como un efluvio que tanto los caballos como el negro aceptaron y relegaron en un mismo instante.

II

A través de la pared de la cocina, a la muchacha le llegaban las voces de los hombres en la sala, de la que su padre le ordenó salir en cuanto el desconocido se acercó a la casa. Tendría unos veinte años: una chica grandullona, de cabello liso, sencillo, las manos grandes, lisas, descalza, con una sola prenda de vestir hecha con la arpillera de los sacos de harina. Estaba pegada a la pared, inmóvil, la cabeza un tanto ladeada, los ojos muy abiertos, quietos, vacíos, como los de un sonámbulo, escuchando a su padre y al recién llegado, que acababan de entrar en la sala.

La cocina era un cobertizo de tablones añadido a la pared de troncos de la cabaña propiamente dicha. Entre los troncos, a su lado, la arcilla con que se rellenaron las rendijas, reseca hasta quedar hecha polvillo por el calor de la cocina, se había desprendido en bastantes sitios. Agachándose con un movimiento lento y lozano y sin ruido, como el susurro de sus pies descalzos en el suelo, acercó el ojo a una de estas rendijas. Vio una mesa sobre la que había una jarra de arcilla y una caja de cartuchos de mosquete con la marca Ejército de Estados Unidos grabada en la tapa. A la mesa estaban sentados sus dos hermanos en sendas sillas de anea, aunque sólo el menor, el chico, que miraba hacia la puerta, bien lo sabía ella, llegó a oír que el desconocido se encontraba en la sala. El hermano mayor sacaba los cartuchos uno a uno de la caja, los apretaba y los colocaba de pie sobre la palma de la mano, como un remedo de tropas en un desfile, de espaldas a la puerta en donde ella sabía que se hallaba el desconocido. «Vatch le habría pegado un tiro — dijo para sus adentros a la vez que se agachaba—. Supongo que aún ha de hacerlo».

Volvió a oír ruido de pasos y su madre llegó a la puerta de la cocina, cruzándola y ocluyendo en un instante el orificio. Pero ella no se movió, ni siquiera cuando entró su madre. Se agachó hasta la rendija, la respiración regular, plácida, oyendo a la madre trastear con las arandelas de los fogones a su espalda. Vio

entonces al desconocido por primera vez y contuvo la respiración sin ser siquiera consciente de que no respiraba. Lo vio de pie junto a la mesa, con el capote deslucido, el sombrero en la mano izquierda. Vatch no levantó la mirada.

—Me llamo Saucier Weddel —dijo el desconocido.

«Soshay Weddel», musitó la chica en el relleno reseco, en las rendijas polvorientas y desmoronadizas de la pared. Lo veía cuan alto era, con el capote manchado y remendado y cepillado, con la cabeza erguida y el rostro desgastado, macilento casi, marcado por una suerte de fatiga indómita y sin embargo arrogante, como un ser llegado de otro mundo, que respirase otro aire, que tuviera otra clase de sangre que diera calor a sus venas. «Soshay Weddel», musitó.

—Tome un poco de whiskey —dijo Vatch sin moverse.

De pronto, como sucedió cuando contuvo la respiración, dejó de escuchar por completo lo que se decían, como si ya no tuviera necesidad de oír nada, como si tampoco la curiosidad tuviera sitio en el ambiente en que moraba el desconocido y en el que también moraba ella en esos momentos, mientras miraba al desconocido de pie junto a la mesa, mirando a Vatch, Vatch vuelto en su silla, con un cartucho en la mano, mirando ahora al desconocido. Musitó y respiró rápido en la rendija por la que le llegaban las voces sin acalorarse, sin significado preciso, emanadas de esa vanidad siniestra y ardiente, violenta y pueril, que tienen los hombres.

—Supongo que éstos los reconoce nada más verlos, claro.

—¿Por qué no? También los usamos nosotros. No siempre tuvimos ni tiempo ni pólvora para pararnos a fabricar los nuestros. Por eso tuvimos que utilizar los de ustedes de vez en cuando. Sobre todo al final.

—Tal vez los reconocería mejor si uno le reventase en toda la cara.

—Vatch... —la chica miró a su padre, porque fue quien habló. Su hermano menor estaba un tanto erguido en su silla, adelantado, la boca entreabierta. Tenía diecisiete años. Pero el desconocido pese a todo permanecía mirando con calma a Vatch, el sombrero pegado contra el capote desgastado, en el rostro esa expresión entre arrogante y fatigada y un tanto socarrona.

—Muestre la otra mano —dijo Vatch—. No tenga miedo de soltar la pistola.

—Claro —dijo el desconocido—. No me da ningún miedo mostrarla.

—Pues tome un poco de whiskey —dijo Vatch, y empujó el caneco hacia él con un gesto de desaire, desdeñoso.

—Le estoy infinitamente agradecido —dijo el desconocido—. Pero me lo impide el estómago. Durante estos tres años de guerra he tenido que pedir disculpas a mi estómago; ahora, con la paz, debo pedir disculpas por él. Pero si pudiera pedirle un vaso para mi mozo... Tras estos cuatro años sigue sin soportar el frío.

«Soshay Weddel», musitó la chica en el polvo desmoronadizo del que llegaban las voces aún sin levantar, pero ya para siempre irreconciliables, ya condenadas, una víctima ciega, otra ciego ejecutor:

—Tal vez por la espalda aún los reconocería mejor.

—Tú, Vatch...

—Alto, señor. Si estuvo en el ejército un año al menos, también habrá echado a correr alguna vez. Puede que más de una si se las vio con el Ejército de Virginia Norte.

«Soshay Weddel», musitó la chica agachándose. Vio a Weddel, que aparentemente se dirigía hacia ella con un vaso de cristal grueso en la mano izquierda y el sombrero arrugado bajo el mismo brazo.

—No es por ahí —dijo Vatch. El desconocido se detuvo y miró a Vatch—. ¿Adónde pretende ir?

—A llevarle esto a mi mozo —dijo el desconocido—. A la cuadra. Pensé que era por esta puerta... —estaba de perfil, el rostro exhausto, altivo, desgastado, las cejas enarcadas, altas, con una expresión inquisitiva, socarrona, arrogante.

—Aléjese de esa puerta.

Pero el desconocido no se movió. Sólo volvió un poco la cabeza, como si meramente hubiese variado la dirección de la mirada.

«Está mirando a papá —musitó la chica—. Está esperando a que papá se lo diga. Vatch no le da miedo. Ya lo sabía yo».

—Le he dicho que se aleje de esa puerta —dijo Vatch—. Condenado negro,

negro de mierda...

—Ah, vaya. Así que es por mi cara, no por mi uniforme —dijo el desconocido—. Y eso que usted peleó durante cuatro años para darnos la libertad, según tengo entendido.

Ella entonces oyó de nuevo al padre.

—Salga por donde entró y dé la vuelta a la casa, forastero.

«Soshay Weddel», dijo la chica. Tras ella, la madre trajinaba en los fogones. «Soshay Weddel», dijo. No lo dijo en voz alta. Volvió a musitar respirando hondo, con calma, sin prisa. «Suena como la música. Es como una canción.»

III

El negro estaba acucillado a la entrada del establo, cuyas cuadras desvencijadas se hallaban desiertas del todo, con la excepción de sus dos monturas. A su lado tenía un morral desgastado y abierto. Se entretenía en abrillantar un par de finos zapatos de salón con un trapo y una lata en la que sólo quedaba un fino aro de betún pegado a la circunferencia del fondo. A su lado, en un tablón descansaba el zapato que ya había lustrado. La piel estaba resquebrajada; la suela era tosca, y estaba claveteada recientemente, con tosquedad y mano torpe.

—Gracias a Dios sean dadas de que nadie nos vea las plantas de los pies —dijo el negro—. Y gracias a Dios sean dadas de que esa chusma no sea más que escoria montañesa. Cómo me iba a fastidiar que lo viesan a usted los yanquis con eso en los pies —frotó el zapato, lo miró entornando los ojos, le echó el aliento, lo volvió a frotar contra la cara externa del muslo.

—Ten —dijo Weddel, y le tendió el vaso. Contenía un líquido incoloro como el agua.

El negro hizo un alto, con el zapato y el trapo en el aire.

—¿Qué? —dijo. Miró el vaso—. ¿Eso qué es?

—Bébetelo —dijo Weddel.

—Eso es agua. ¿Pa qué me trae agua?

—Tómalo —dijo Weddel—. No es agua.

El negro tomó el vaso con cautela. Lo sostuvo en alto como si contuviera nitroglicerina. Lo miró, pestañeó, se acercó el vaso a la nariz. Pestañeó.

—¿De dónde ha sacao esto? —Weddel no contestó. Había tomado el zapato ya terminado y lo estudiaba. El negro sostuvo el vaso bajo la nariz—. Esto huele casi como tendría que oler —dijo—. Pero que me aspen si lo pruebo. Esa chusma lo que quiere es envenenarle —inclinó el vaso y dio un sorbo a regañadientes, bajándolo a la vez que pestañeaba.

—Yo no he bebido nada —dijo Weddel. Dejó el zapato en donde estaba.

—Más le vale —dijo el negro—. Cuando me he tirado yo años empeñado en cuidar dusté y llevarlo de vuelta a casa, ques lo que me dijo su parienta que hiciera ante todo, y usté va y se tira a dormir en casa de esta chusma como si fuera un mendigo, como un negro empeñado en dar esquinazo a la patrulla... Ni pensarlo quiero —se llevó el vaso a los labios y lo inclinó a la vez que echó la cabeza atrás de un solo gesto. Bajó el vaso vacío; tenía los ojos cerrados—. ¡Uff! —dijo, y sacudió la cabeza con un temblor violento—. Esto huele bien y sienta que da gusto. Pero que me aspen si tiene buena pinta. Supongo que más le vale dejarlo en paz, como ha hecho ya. Cuando se empeñen en darle de beber, usté me lo trae pacá. Yo ya he aguantado tanto que no me sentará mal aguantar un poco más, todo sea por su parienta.

Tomó de nuevo el zapato y el trapo. Weddel se agachó sobre el morral.

—Quiero mi pistola —dijo.

El negro se detuvo, el zapato y el trapo en el aire.

—¿Paqué? —se inclinó y oteó la cuesta embarrada en dirección a la cabaña—. ¿Es que esa chusma son yanquis? —dijo en un susurro.

—No —respondió Weddel, y rebuscó en el morral con la mano izquierda. El negro no pareció oírle.

—¿En Tennessee estamos? Usté me dijo que estábamos en Tennessee, donde está Memphis, aunque no me dijo que todo esto, venga parriba, venga pabajo, eran ya tierras de Memphis. Y lo que sí sé es que a esa chusma no la vi nunca cuando fui a Memphis aquella vez con su señor padre de usté. Pero si usté lo dice... ¿Y ahora me viene con que esa chusma de Memphis son yanquis?

—¿Dónde está la pistola? —dijo Weddel.

—Ya se lo he dicho —dijo el negro—. Actuando como usté, dejando que esa chusma nos vea venir a pie por la senda, llevando a César de la brida por pensar que sacansao, y diciéndome que yo monte mientras sigue usted a pie, cuando si es a pie lo dejo yo tirado cualquier día de su vida, y bien lo sabe, por má que tenga yo cuarenta y usted veintiocho... Se lo vía decí a su mamá de usté. Se lo vía decí.

Weddel se puso en pie, en la mano un pesado revólver de percutor. Lo sopesó con su única mano, lo amartilló y lo dejó. El negro lo observó acuclillado como un mono, envuelto en el capote azul de la Unión.

—Déjese en paz —dijo—. La guerra ya sacabao. Bien claro nos lo dijeron en Ferginia, digo yo.^[83] Ya no lace falta ninguna la pistola. Así que déjela en paz, ¿me oye?

—Me voy a dar un baño —dijo Weddel—. ¿Está mi camisa...?

—¿Un baño? ¿En dónde? Si esa chusma montañesa no sabañao en su vida...

—En el pozo. ¿Está mi camisa lista?

—Lo que de ella queda... Deje esa pistola en paz y póngala en su sitio, señó Soshay. Si no, a su mamá de usté se lo vía decí. A tos se lo vía decí. Ojalá estuviera aquí el amo, su señor padre, que en gloria esté.

—Ve a la cocina —dijo Weddel—. Les dices que me quiero dar un baño en el pozo. Pídeles que echen aquella cortina.

La pistola había desaparecido bajo el capote gris. Se dirigió al establo en que se encontraba el purasangre. El caballo le rozó con el morro, los ojos despavoridos, suaves. Él le devolvió la caricia con la mano izquierda. Relinchó sin hacer demasiado ruido, y resopló con aliento dulzón y cálido.

IV

El negro entró en la cocina por la puerta de atrás. Se había despojado de la lona con que se cubría y ahora llevaba una gorra de soldado raso que, como el capote, le quedaba excesivamente holgada, con lo que descansaba sobre su cabeza de tal manera que el borde, sin apoyar del todo, oscilaba levemente con cada uno de sus movimientos, como si tuviera vida propia. Era del todo invisible, salvedad hecha del trozo de la cara que quedaba entre la visera y el cuello cerrado, como si fuese un trofeo de la tribu de los dayaks, casi igual de encogida que una cabeza reseca e igual de polvorienta, como si la cubriese la blanca palidez de las cenizas de leña al frío. La mujer de más edad estaba en los fogones, en donde la fritura chisporroteaba; no alzó la mirada cuando entró el negro. La chica se encontraba de pie en el centro de la estancia, sin hacer nada en absoluto. Miró al negro, lo miró con ojos serios, velados, guardados, sin pestañear, despacio, y lo vio cruzar la cocina con ese aire de confianza jactanciosa y caricaturizada y volver un tronco junto a los fogones para sentarse en él.

—Pues si éste es el tiempo que tienen aquí a todas horas —dijo—, igual me da a mí que los yanquis se queden con tó este país —abrió el capote y dejó al descubierto las piernas y los pies, envueltos de cualquier manera, sin forma, enormes, en alguna sustancia fangosa e indiscriminada que recordaba la piel de un animal, y que les daba el aire de dos animales embarrados, del tamaño de perros a medio crecer, tranquilamente tendidos en el suelo; se arrimó un poco hacia la chica, cuando la chica pensó con calma «Es piel; ha despellejado a un bicho para abrigarse los pies con la piel»—. Pues sí señor —dijo el negro—. Yo na más quiero volver pa casa, y que los yanquis se queden con todo lo que les dé la gana.

—¿Dónde viven ustedes? —dijo la chica.

El negro la miró.

—En Mississippi. En el Dominio. ¿Aquí nunca han oído hablar de Countymaison? ¿No lo tienen oído?

—¿Countymaison?

—Eso es. El abuelo del señó lo llamó Countymaison por ser más grande que un condado, ni a caballo se recorre en un día. En una mula no se llega de punta a punta entre que amanece y anochece. De ahí el nombre —se frotó las manos

despacio en los muslos. Había vuelto el rostro hacia los fogones, y olisqueó ruidosamente. Había desaparecido ya la cenicienta cobertura de sus facciones, dejándole la cara de un negro apagado, marchito, la boca algo desencajada, como si se le hubieran aflojado los músculos de tanto usarlos, como dos cintas de goma, pero no los músculos de masticar, sino los de hablar—. Me paice a mí que ya no estamos muy lejos de casa. A lo menos, esa carne de puerco huele igual que la de allá donde viven los míos.

—Countymaison —dijo la chica embelesada, en tono de fascinación, mirando al negro con sus ojos serios, sin pestañear. Volvió entonces la cabeza y miró a la pared, el rostro perfectamente sereno, perfectamente inescrutable, sin premura, con una intención profunda, absorta.

—Eso es —dijo el negro—. Hasta los yanquis tienen oído por dónde para Countymaison, la hacienda de los Weddel, y bien saben del señor Francis Weddel. A lo mejó lo han visto ustés pasar por estos pagos en carruaje^[84], aquella vez que fue a Washnton a decirle a su presidente de ustés que no le hacía ninguna gracia la manera en que su presidente de ustés trataba entonces a los suyos. Tol camino hasta Washnton lo hizo con dos negros en el carruaje, que lo condujeron y se encargaron de calentarle las piedras para que no le entrase el frío en los pies, y el hombre se adelantó a los demás con una carreta y caballos de frescos. A su presidente de ustés le llevó dos osos enteros y ocho costillares de venado bien ahumados. Cualquier cosa me juego a que su papá de usté, o el padre de su papá, tuvieron que verlo pasar. Seguro que pasó por delante de su misma casa —siguió charlando con volubilidad, con un tono de cantinela soporífera, y poco a poco le fue a más el brillo de las facciones, un resplandor apagado aún, debido al calor reinante, mientras la madre trajinaba en los fogones y la chica, inmóvil, estática, los pies descalzos y curvados, lisos, pegados a los ásperos tablones del suelo, el cuerpo grande, joven, liso, sustancial y mamífero, pegado a la áspera prenda que lo cubría, mirando atenta al negro, con su mirada inefable, sin pestañear, la boca un tanto entreabierta.

El negro siguió desgranando su cháchara, los ojos cerrados, la voz interminable, rotunda, con aire de perezosa intolerancia, como si aún estuviera en su casa y no hubiese pasado la guerra y no hubieran llegado incómodos rumores de libertad y de cambio, y él (mozo de establo, en la jerarquía doméstica de un hombre dado a los caballos) pasara la tarde en las cabañas de los esclavos, entre el resto de los peones de la hacienda, hasta que la mujer de mayor edad sirvió la cena y salió de la estancia, cerrando la puerta a su espalda. Abrió los ojos al oír el trajín y miró primero a la puerta y luego a la chica. Ella miraba la pared, la puerta cerrada por la que acababa de desaparecer su madre.

—¿Qué, no le dejan sentarse a la mesa con ellos, o qué? —le dijo.

La chica miró al negro sin parpadear.

—Countymaison —dijo—. Dice Vatch que él también es negro.

—¿Quién? ¿Él? ¿Negro? ¿El señó Soshay Weddel? Amo a ve: ¿quién es el tal Vatch? —la chica lo miró—. Esos porque no han estado ustés en ninguna parte, porque nunca han visto nada de nada. Esto de vivir aquí en el monte, a pelo, es lo que tiene: aquí no se ve ni el humo de las velas. ¿Un negro, él? Ojalá su señá madre le oyera decir lo que acaba de decir —miró alrededor, toda la cocina, apagado y marchito, los ojos en blanco, sin detenerse, de un lado y de otro. La chica lo miraba.

—Y allá... ¿las chicas llevan zapatos a todas horas? —le dijo.

El negro siguió recorriendo la cocina con la mirada.

—¿Y dónde guardan ustés esa agua de manantial de Tennessee? ¿En qué rincón la tienen?

—¿Agua de manantial?

El negro pestañeó despacio.

—Ese coroseno que tan bien se bebe.

—¿Queroseno?

—El aceite de lámpara de color claro que se beben ustés. ¿No queda un poquito escondido por alguna parte?

—Ah —dijo la chica—, el maíz, quiere decir.

Fue a un rincón y levantó uno de los tablones del suelo mientras el negro la miraba atento. Sacó otra jarra de arcilla. Llenó hasta el borde otro vaso de cristal grueso y se lo dio al negro, al que vio vaciárselo de un trago en el gznate con los ojos cerrados.

—¡Uff! —volvió a decir, y se pasó el dorso de la mano por la boca—. ¿Qué fue lo que me preguntó? —dijo.

—Que si las chicas de Countymaison llevan zapatos.

—La señá sí. Si no los tuviera, el señó Soshay podría vender un centenar de negros para comprarle un par... A ve: ¿quién es el que dijo que el señó Soshay es negro?

La chica lo miró.

—¿Y está casado?

—¿Casao? ¿Quién? ¿El señó Soshay? —la chica lo miraba—. ¿Y de dónde iba a sacar el tiempo pa casarse, si no hemos hecho más que pelear con los yanquis desde ya va pa cuatro años, eh? Cuatro años lleva sin pasá por la casa, en donde no hay señá con quien se case —miró a la chica, los blancos de los ojos algo inyectados en sangre, la piel brillante con los tenues fulgores, constantes. Al entrar en calor parecía que también hubiese aumentado de talla—. ¿Ya usté qué más le da que esté casao o no?

Se miraron uno al otro. El negro la oía respirar. Luego ella dejó de mirarle, aunque no había pestañeado una sola vez ni había ladeado la cabeza.

—No me paice a mí caya tenido tiempo pa pensar en chicas, y menos si van descalzas —dijo ella. Se dirigió a la pared y se agachó de nuevo en la rendija del suelo. El negro la miró. Entró la mujer de mayor edad y tomó otro plato de los fogones, marchándose sin haberlos mirado a ninguno de los dos.

V

Los cuatro, los tres hombres y el chico, estaban sentados en torno a la mesa con la cena. La comida, variada, se había servido en platos bastos. Los cuchillos y tenedores eran de hierro. Sobre la mesa se encontraba el caneco de arcilla. Weddel se había quitado el capote. Estaba afeitado, con el cabello húmedo, aún peinado para atrás. En el pecho, los pliegues de la camisa espumeaban a la luz de la lámpara, la manga derecha, vacía, sujeta sobre la pechera con un fino alfiler de oro. Bajo la mesa, los desgastados y remendados zapatos de salón descansaban entre las botas recias de los otros dos hombres y los pies descalzos del chico.

—Vatch dice que eres negro —dijo el padre.

Weddel se había recostado un poco en la silla.

—Entonces, eso lo explica todo —dijo—. Estaba pensando que tenía él un mal genio congénito. Y, además, tiene que portarse como uno de los vencedores.

—¿Eres negro? ¿Sí o no? —dijo el padre.

—No —dijo Weddel. Miraba al chico, el rostro curtido y desgastado un tanto socarrón. Por la nuca se había cortado el cabello, largo aún, de cualquier manera, acaso con una navaja, o con una bayoneta. El chico lo miraba en total y embelesada inmovilidad. «Como si fuese una aparición», pensó. «Un espectro. Y puede que lo sea»—. No —dijo—, no soy negro.

—Entonces, ¿quién eres? —dijo el padre.

Weddel se sentó de costado en la silla, la mano apoyada en la mesa.

—¿Es que en Tennessee se pregunta a los huéspedes quiénes son? —dijo. Vatch estaba llenando un vaso con el contenido del caneco. Estaba cabizbajo, las manos grandes, encallecidas. El rostro también lo tenía endurecido. Weddel lo miró—. Creo que sé cómo se sienten aquí —dijo—. Supongo que una vez me sentí del mismo modo. Pero es difícil mantener ese sentimiento a lo largo de cuatro años. En estos cuatro años ha sido difícil mantener cualquier sentimiento.

Vatch dijo algo de súbito, algo áspero. Dejó el vaso de un golpe en la mesa, derramando parte del licor. Parecía agua, aunque tenía un aroma violento, dinámico. Parecía que poseyera una volatilidad inherente, parte de la cual se difundió sobre la mesa, sobre la espuma de la camisa de lino desgastada y pese a todo inmaculada que llevaba Weddel, golpeando de súbito, helado, la tela que se le pegó a la piel.

—Vatch —dijo el padre.

Weddel no se movió; su expresión seguía siendo arrogante, socarrona, cansina.

—No era su intención —dijo.

—Cuando yo tenga esa intención —dijo Vatch—, no parecerá un accidente.

Weddel miraba a Vatch.

—Creo que ya lo dije —dijo—. Me llamo Saucier Weddel. Soy de Mississippi. Vivo en un lugar llamado Contalmaison. Lo construyó mi padre, que fue quien le dio el nombre. Era un jefe de los choctaw llamado Francis Weddel, del cual es probable que no hayan oído ustedes hablar. Era hijo de una choctaw y un emigrante francés de Nueva Orleans, general de Napoleón y caballero de la Legión de Honor. Se llamaba François Vidal. Mi padre una vez viajó a Washington en su carruaje para reconvenir al presidente Jackson por el trato que su Gobierno daba entonces al pueblo choctaw, enviando por adelantado la carreta de un proveedor con regalos y caballos de refresco, y al mando de esta carreta iba el Hombre, el encargado de los nativos, que era choctaw por los cuatro costados y era primo de mi padre. En los viejos tiempos, el Hombre era el título hereditario del cabeza de nuestro clan, pero después de europeizarnos al igual que los blancos perdimos ese título, que pasó a manos de la rama que se negó a quedar contaminada por la asimilación, aunque sí conservamos los esclavos y las tierras. El Hombre vive ahora en una casa poco mayor que las cabañas de los negros; es poco más que un criado de cierta categoría. Fue en Washington donde mi padre conoció a mi madre y se casó con ella. Murió en la guerra contra los mexicanos. Mi madre murió hace un par de años, en el 63, debido a una complicación de la neumonía que contrajo cuando supervisaba el enterramiento de unos objetos de plata durante una noche de lluvia, cuando las tropas federales entraron en el condado, y también de alimentos inapropiados, aunque mi criado se niega a creer que esté muerta. Se niega a creer que el país hubiese permitido al Norte privarle del café que mi madre importaba de la Martinica y de la galleta molida que tomaba todos los domingos a mediodía y los miércoles por la noche. Cree que el país debiera haberse alzado en armas antes. Pero es que no es más que un negro, miembro de una raza oprimida a la que sobrecarga la libertad. Lleva una lista al día de mis fechorías, que piensa contar a mi madre cuando lleguemos a casa. Yo fui al colegio en Francia, pero no me esforcé apenas. Hasta hace dos semanas era comandante de infantería en un regimiento del Mississippi, a las órdenes de un hombre llamado Longstreet, del cual sí es posible que hayan oído hablar.

—Así que era comandante —dijo Vatch.

—Pues sí, ése parece haber sido mi delito, sí.

—Ya he visto antes a un comandante de los rebeldes —dijo Vatch—. ¿Quiere que le cuente en dónde lo vi?

—Cuenta —dijo Weddel.

—Estaba tendido junto a un árbol. Allí tuvimos que parar a guarecernos, y él estaba tendido junto al árbol y nos pidió agua. «¿Tienes agua, amigo?», dijo. «Sí, tengo agua», le dije. «Tengo agua en abundancia.» Tuve que reptar; no me pude poner en pie. Me acerqué a rastras hacia él y lo levanté, de modo que apoyase la cabeza contra el árbol. Y le sujeté la cabeza contra el árbol.

—¿No tenía a mano una bayoneta? —dijo Weddel—. Ah, lo olvidaba: no le fue posible ponerse en pie.

—Volví reptando a mi lugar. Tuve que reptar un trecho de unos cien metros, donde...

—¿De vuelta?

—Estaba demasiado cerca. ¿Cómo se va a disparar bien de tan cerca? Tuve que volver reptando, y el maldito mosquete...

—¿Maldito mosquete? —Weddel se había recostado de lado en la silla, la mano sobre la mesa, el rostro socarrón, sardónico incluso, contenido.

—Fallé el primer disparo. Había sujetado bien su cabeza contra el árbol, lo vi mirarme con los ojos bien abiertos, y fallé. Le alcancé en el cuello y tuve que disparar de nuevo por culpa del maldito mosquete.

—Vatch —dijo el padre.

Vatch tenía las manos encima de la mesa. La cabeza, la cara, eran como las del padre, sólo que sin la parsimonia del padre. Era un rostro enfurecido, inmóvil, imprevisible.

—Fue por culpa del maldito mosquete. Tuve que disparar tres veces. Y le quedaron tres ojos en fila, tres ojos en la cara apoyada contra el árbol, los tres abiertos, como si me mirase con los tres. Le hice otro ojo para que viese aún mejor. Pero tuve que disparar dos veces por culpa del maldito mosquete.

—Tú, Vatch —dijo el padre. Se puso en pie, con las manos sobre la mesa, apoyando todo el peso de su cuerpo macilento—. No haga caso de Vatch, forastero. La guerra ha terminado.

—No me importa lo que diga —dijo Weddel. Se llevó la mano al pecho, donde desapareció en la espuma de los pliegues de lino mientras miraba a Vatch atento, con ojos alerta, socarrones, sardónicos—. He visto a demasiados como él, durante demasiado tiempo. Difícil iba a ser que me importase lo que dijera uno más.

—Tome un poco de whisky —dijo Vatch.

—¿Qué es lo que se empeña en dejar claro?

—Maldita sea la pistola —dijo Vatch—. Tome un poco de whisky.

Weddel puso la mano de nuevo en la mesa. En vez de servirle, Vatch sostuvo el caneco en alto sobre el vaso. Miraba más allá de Weddel, por encima del hombro. Éste se volvió. La chica había llegado a la estancia y estaba plantada en la puerta, con su madre tras ella. La madre habló como si se dirigiera al suelo que pisaban sus pies.

—He intentado sujetarla, tal como me dijiste. Lo he intentado. Pero es más fuerte que un hombre y es más terca que varios juntos.

—Vuélvete allá —dijo el padre.

—¿Que vuelva? ¿Yo? —dijo la madre hablando con el suelo.

El padre pronunció un nombre que Weddel no captó; ni siquiera se dio cuenta de que se le había escapado.

—Vuélvete.

La chica se movió. No estaba mirando a ninguno de los presentes. Se acercó a la silla en la que estaba el capote desgastado y remendado de Weddel, poniendo al descubierto los cuatro tajos deshilachados en los que se había cortado el forro de piel negra, acaso con una navaja. Estaba mirando el capote cuando Vatch la sujetó por el hombro, pero fue a Weddel a quien miró la chica.

—Usted lo ha cortado para darle los trozos a ese negro, para que se envolviera los pies con ellos —dijo la chica. El padre sujetó a Vatch a su vez. Weddel no había movido un músculo, y miraba por encima del hombro; a su lado, el chico hubo de levantarse de la silla sujeto por los brazos, el rostro joven y aflojado, inclinado hacia la lámpara. Pero al margen de la respiración de Vatch y la del padre

no se oyó nada en la estancia.

—Aún soy más fuerte que tú —dijo el padre—. Aún valgo lo mismo que tú, o algo más.

—No siempre será así —dijo Vatch.

El padre volvió a mirar a la chica por encima del hombro.

—Vuélvete allá —dijo. La chica se volvió y regresó hacia la entrada, con pasos sigilosos, como si tuviera los pies de goma. El padre volvió a pronunciar el nombre que Weddel no captó, y esta vez tampoco lo captó, y ni siquiera fue consciente de que se le había escapado. Salió por la puerta la chica. El padre miró a Weddel. La actitud de éste no había cambiado, quitando que una vez más tenía la mano oculta en la pechera de la camisa. Se miraron uno al otro, el rostro frío, nórdico, y el rostro a medias galo y a medias mongol, emaciado y desgastado, como una máscara de bronce, con los ojos como los de los muertos, en los que ha cesado la visión, pero no la vista—. Tome sus caballos y váyase —dijo el padre.

VI

Estaba oscura la entrada de la casa, con el negro frío del monte en abril, que ascendía del suelo en torno a las piernas desnudas de la chica, en torno a su cuerpo, envuelto por una sola y áspera prenda.

—Cortó el forro de su capote para que el negro se abrigase los pies —dijo—. Lo hizo por un negro.

Se abrió la puerta a su espalda. Recortado en la luz de la lámpara apareció un hombre, y la puerta se cerró a su espalda.

—¿Es Vatch o es el padre? —dijo la chica. Algo le golpeó en la espalda: una correa de cuero—. Miedo me daba que fuese Vatch —dijo antes de que la correa le diese de nuevo.

—Vete a la cama —dijo el padre.

—A mí me podrás azotar, pero a él no —dijo la chica.

Volvió a caer la correa con toda su fuerza: un sonido espeso, plano, blando, que alcanzó sus carnes inmediatamente bajo la tela de arpillera.

VII

En la cocina, desierta, el negro permaneció unos momentos más sentado en el tronco al que dio la vuelta, junto a los fogones, mirando la puerta. Entonces se puso en pie con cuidado, una mano en la pared.

—¡Uff! —dijo—. Ojalá tuviésemos en el dominio un manantial del que manara eso. Tol ganao terminaría pisoteado, seguro.

Pestañeó ante la puerta, aguzó el oído y avanzó, con aire astuto, inquieto, alerta. Alcanzó el rincón y levantó el tablón suelto agachándose con cuidado, apoyándose contra la pared. Sacó el caneco, con lo que perdió el equilibrio y se roció el contenido del mismo por la cara, una cara ridícula, de pasmarote, por el sobresalto. Se incorporó y se sentó en el suelo, con el caneco entre las rodillas antes de levantarlo y beber. Dio un trago largo.

—¡Uff! —dijo—. En el dominio esto había que dárselo a los cerdos. Esta escoria de montañeses, este hatajo de ignorantes... —volvió a beber, y con el caneco bien sujeto ante los labios asomó en su semblante una expresión de preocupación primero, de consternación después. Dejó el caneco en el suelo y quiso ponerse en pie, pero cayó encima del recipiente y por fin se levantó, agachado, tambaleándose, babeando, con la misma expresión de consternación dolida en el rostro. Entonces cayó de bruces al suelo, derribando el caneco.

VIII

Se agacharon donde estaba el negro, hablando uno con el otro a media voz, Weddel con la camisa de pliegues en la pechera, el padre y el chico.

—Vamos a tener que espabilarlo —dijo el padre.

Pusieron en pie al negro. Con su única mano, Weddel le enderezó la cabeza de un tirón y lo zarandeó.

—Jubal —dijo. El negro largó un manotazo con torpeza.

—Dejanme en paz —murmuró—. Fueraquí.

—¡Jubal! —dijo Weddel.

El negro dio una sacudida, repentina y violenta.

—Que me dejen paz —dijo—. Se lo vía decí al Hombre. A tos se lo vía decí —calló un momento—. A los jornaleros. A tos los negros del campo.

—Vamos a tener que espabilarlo —dijo el padre.

—Sí —dijo Weddel—. Siento mucho todo esto. Tendría que habérselo advertido a ustedes, pero es que no pensé que hubiera otra jarra a la que encontrase tan fácil acceso —se agachó y pasó su única mano por debajo de la espalda del negro.

—Déjelo —dijo el padre—. Ya nos ocupamos entre Jule y yo —entre el padre y el chico levantaron al negro. Weddel abrió la puerta. Salieron al negro frío del monte. Más abajo se veía la silueta del granero. Llevaron al negro por la cuesta—. Saca los caballos, Jule —dijo el padre.

—¿Los caballos? —dijo Weddel—. Ahora es imposible que monte. No se tendrá tieso a lomos de un caballo.

Se miraron uno al otro, cada uno atento a la voz del otro, en medio de un silencio gélido.

—¿No se va a marchar ahora? —dijo el padre.

—Lo siento, pero dese cuenta de que ahora no me puedo marchar. Habrá que esperar a que se haga de día y esté sobrio. Entonces nos marcharemos.

—Déjelo aquí. Déjele un caballo. Usted puede marchar con el otro. No es más que un negro de mierda.

—Lo siento, pero no puedo hacer eso después de estos cuatro años —su voz sonó socarrona, casi sardónica, aunque con esa cualidad de fatiga indomable—. Me he ocupado de él hasta este momento; creo que es mi deber llevarlo sano y salvo a casa.

—Se lo he advertido —dijo el padre.

—Y yo se lo agradezco. Nos iremos en cuanto se haga de día. Si Jule tuviera la amabilidad de ayudarme a llevarlo al establo...

El padre había dado un paso atrás.

—Jule, deja a ese negro en el suelo —dijo.

—Aquí se va a helar —dijo Weddel—. Es preciso que lo lleve al establo —levantó a duras penas al negro y lo apoyó contra la pared, agachándose para echarse el cuerpo inerte del negro sobre el hombro. Levantó el peso con facilidad, aunque no entendió por qué hasta que oyó de nuevo al padre.

—Jule, sal de ahí ahora mismo.

—Sí —dijo Weddel en voz baja—, marcha. Ya lo subo yo por la escalera —oía la respiración del chico, acelerada, ágil, joven, tal vez presa de la excitación. Weddel no se detuvo a especular, ni tampoco pensó en el tono histérico con que habló el chico.

—Yo le ayudaré.

Weddel no puso objeciones. Abofeteó al negro para espabilarlo y guiaron sus pies en cada uno de los peldaños de la escalera, aupándolo al subir. A mitad de la escalera se detuvo y volvió a soltar manotazos.

—Se lo vía decí a tos. Se lo vía decí al Hombre. A su mamá de usted se lo vía decí. A los jornaleros. A tos los negros del campo.

IX

Se tendieron uno junto al otro en el pajar, bajo el capote y las dos mantas de las ensilladuras. No había heno. El negro roncaba con un aliento apestoso, espeso, fétido. Abajo, en los establos, el purasangre de vez en cuando piafaba. Weddel se había tumbado boca arriba con el brazo sobre el pecho, sujetándose con la mano el muñón del otro brazo. Arriba, por las rendijas del tejado, veía el cielo, el frío penetrante, el cielo negro del que mañana caería otra vez la lluvia, al igual que durante todos los días en que siguieran en los montes. «Si es que salgo de estos montes —dijo en voz baja, inmóvil, boca arriba, junto al negro que roncaba—. Me llegó a preocupar. Supuse que se había agotado, que había perdido el privilegio de tener miedo, pero no ha sido así. Y ahora soy feliz. Moderadamente feliz». Permanecía rígido, boca arriba, en la fría oscuridad, pensando en su hogar. «Contalmaison. Nuestras vidas se resumen en los ruidos y así adquieren algún sentido. La victoria. La derrota. La paz. El hogar. Por eso hemos de hacer tanto para inventar significados que se correspondan con los ruidos, tantísimo hay por hacer. Sobre todo si uno tiene la suerte suficiente de salir victorioso: tantísimo hay por hacer. Es bonito que a uno le zurren, es apacible que le zurren. Que le zurren y luego tenderse bajo un techo agrietado, a pensar en el hogar —el negro roncaba—. Tantísimo que hacer —como si viese las palabras tomar forma en silencio, en la oscuridad, encima de su boca—. Qué pasaría, digamos, si un hombre en el elegante vestíbulo del hotel Gayoso, en Memphis, de pronto se echara a reír a carcajadas. Pero soy bastante feliz...». Y oyó entonces el ruido. Permaneció completamente inmóvil, sujetando con la mano la culata de la pistola, cálida bajo el muñón del brazo derecho, escuchando el ruido sigiloso, infinitesimal casi, que ascendía por la escalera. Pero no hizo movimiento alguno hasta que vio el orificio de la trampilla borrarse vagamente.

—Quieto en donde estás —dijo.

—Soy yo —dijo una voz: la voz del chico, de nuevo con esa cualidad ágil, acelerada, que ni siquiera en ese instante se detuvo Weddel a sopesar para tacharla de excitación, y que ni siquiera le movió a comentario alguno. El chico llegó a cuatro patas, atravesando las pajas secas, sibilantes, que cubrían el suelo—. Adelante, dispare —dijo. A gatas se asomó sobre Weddel con la respiración entrecortada, jadeante—. Ojalá estuviera muerto. Cuántas ganas tengo de estar muerto. Ojalá estuviéramos muertos los dos. Podría querer yo lo mismo que quiere Vatch. ¿Por qué tenían que hacer ustedes dos una parada aquí?

Weddel no se había movido.

—¿Por qué quiere Vatch verme muerto?

—Porque todavía escucha los alaridos que daban ustedes. Yo antes dormía con él, y se despierta de noche y una vez el padre tuvo que impedirle que me estrangulara sin haberse despertado del todo, sudoroso, escuchando todavía los alaridos que daban ustedes. Sin otra cosa que las armas descargadas, dando alaridos, dijo Vatch, como espantapájaros en un maizal, a todo correr —lloraba, aunque no muy fuerte—. ¡Malditos sean ustedes! ¡Así se pudran en el infierno!

—Sí —dijo Weddel—. También yo he oído esos alaridos. En cambio, ¿tú por qué quisieras estar muerto?

—Porque ella quiso venir. Sólo que tuvo que...

—¿Quién? ¿Tu hermana?

—... tuvo que pasar por la estancia antes de salir. El padre estaba despierto. «Si sales por esa puerta», le dijo, «no se te ocurra volver». Y ella le dijo que no era eso lo que se proponía. Pero Vatch también estaba despierto, y le dijo: «Si quieres que se case contigo, que sea rápido, porque en cuanto amanezca vas a estar viuda». Y ella vino a decírmelo. Pero yo también estaba despierto. Ella me pidió que se lo dijera a usted.

—¿Que me dijeras el qué? —dijo Weddel. El chico lloraba en silencio, con una especie de desesperación paciente y absoluta.

—Le dije que como usted sea un negro, y si ella lo hiciera, le dije que yo...

—¿Qué? ¿Si ella hiciera el qué? ¿Qué es lo que quiere ella que me digas?

—Que hay una ventana en el desván donde dormimos ella y yo. Hay una escalera de mano, la hice yo mismo para volver de caza, de noche, y que podría usted emplear para entrar. Pero yo le dije que como usted sea un negro, y si ella lo hiciera, le dije que yo...

—Vamos a ver —dijo Weddel bruscamente—. Haz el favor de dominarte un poco. ¿O es que no te acuerdas? Yo sólo la he visto una vez, cuando entró en la estancia y tu padre le mandó que saliera.

—Pero en ese momento la vio, y ella lo vio a usted.

—No —dijo Weddel.

El chico dejó de llorar. Seguía inmóvil junto a Weddel.

—¿No? ¿Cómo que no?

—No lo pienso hacer. No voy a subir por esa escalera.

El chico pareció quedar pensativo un rato, a su lado, inmóvil, encima de él, respirando ahora despacio, sin ruido. Habló en un tono pensativo, casi de ensoñación.

—Fácil lo mataba ahora mismo. No tiene más que un brazo, y aunque sea mayor que yo... —se movió de pronto, con una rapidez prácticamente increíble. La primera impresión que tuvo Weddel fue cuando notó las manos duras y demasiado grandes del chico en el cuello. No se movió—. Fácil lo mataba ahora mismo. Y a nadie le iba a importar.

—Chsst —dijo Weddel—. No tan alto.

—A nadie le iba a importar —sujetaba a Weddel por el cuello conteniéndose a duras penas, con torpeza. Weddel notó que se empezaba a asfixiar, y notó que el temblor se agotaba por sí solo en algún punto de los antebrazos del chico, antes de llegar a sus manos, como si la conexión entre cerebro y manos no fuera del todo completa—. A nadie le importaba. Quitando que Vatch se pondría como loco.

—Tengo una pistola —dijo Weddel.

—Pues pégueme un tiro. Adelante.

—No.

—¿No? ¿No qué?

—Ya te lo he dicho.

—¿Me jura que no lo hará? ¿Me lo jura?

—Escucha un momento —dijo Weddel, y siguió hablando con una especie de paciencia apaciguadora, como si hablase a un niño pequeño con palabras de una sola sílaba—. Yo sólo quiero volver a mi hogar. Nada más que eso. Llevo cuatro años lejos de mi hogar y de los míos. ¿No lo entiendes? Lo que quiero es ver qué me queda allí después de estos cuatro años.

—Allí... ¿a qué se dedica usted? —las manos del chico se habían aflojado, pese a su dureza, en torno al cuello de Weddel, aunque los brazos aún los tenía rígidos—. ¿Se dedica a cazar durante el día entero y durante toda la noche si le viene en gana, con un buen caballo que montar, con negros a su servicio, que le lustran las botas y le ensillan el caballo, y usted se acomoda en la galería de la casa a comer hasta que se le hace hora de salir a cazar de nuevo?

—Eso espero. Pero hace cuatro años que no estoy allí, date cuenta. Por eso no sé lo que me espera cuando llegue.

—Lléveme con usted.

—Date cuenta de que no sé lo que me espera allí cuando llegue. Es posible que allí ya no haya nada, ni caballos que montar, ni animales que cazar. Allí estuvieron los yanquis, y mi madre murió poco después, y no sé qué es lo que se puede esperar que encuentre cuando llegue, ni lo sabré hasta que llegue y lo vea con mis propios ojos.

—Trabajaré. Los dos trabajaremos. Usted se puede casar en Mayesfield. No está demasiado lejos.

—¿Casar? Ah. Tu... Entiendo. ¿Y cómo sabes tú que yo no estoy casado? —el chico cerró entonces las manos en su cuello, zarandeándolo—. ¡Ya basta!

—Como me diga que ya tiene esposa, lo mato —dijo el chico.

—No —dijo Weddel—, no estoy casado.

—¿Y no piensa subir por esa escalera?

—No. No la he visto más que una vez. Es posible que no la reconociera si la volviese a ver.

—Ella no piensa igual. Yo a usted no le creo. Me está mintiendo.

—No —dijo Weddel.

—¿Es porque le da miedo?

—Sí. Eso es.

—¿Le da miedo Vatch?

—No, Vatch no. Es sólo que me da miedo. Creo que mi suerte se ha agotado. Sé que me ha durado mucho; ahora me da miedo descubrir que se me ha olvidado cómo tener miedo. Por eso no me puedo arriesgar. No me puedo arriesgar a descubrir que ya no estoy en contacto con la verdad. No es como el bueno de Jubal. Él cree que yo aún le pertenezco; nunca creerá que estoy ahora liberado. Ni siquiera me permitirá decírselo. Él no tiene por qué preocuparse por la verdad, entiéndelo.

—Nosotros podríamos trabajar. Ella a lo mejor no se parece a las mujeres de Mississippi, las que llevan zapatos a todas horas, pero los dos podríamos aprender. No le haríamos a usted avergonzarse de nosotros ante nadie.

—No —dijo Weddel—. No puedo.

—Entonces váyase. Ahora mismo.

—¿Cómo quieres que me vaya ahora? Ya ves que Jubal no se tiene en pie, no puede montar a caballo —el chico no contestó de inmediato; pasado un instante Weddel notó la tensión, la inmovilidad absoluta, aunque él no captó ningún sonido. Supo que el chico se había acuclillado, sin respirar, y que miraba a la escalera—. ¿Cuál de ellos? —susurró Weddel.

—Es el padre.

—Voy a bajar. Tú quédate aquí. Y guárdame la pistola.

X

En la oscuridad, con la altura, el aire era frío, helador. En la vasta e invisible oscuridad yacía el valle, el frío opuesto, la cordillera invisible y negra en la negrura del cielo. Sujetándose el muñón del brazo perdido sobre el pecho, temblaba despacio, sin descanso.

—Váyase —dijo el padre.

—La guerra ha terminado —dijo Weddel—. La victoria de Vatch no es de mi

incumbencia.

—Llévese a sus caballos y a su negro y váyase de aquí.

—Si está pensando en su hija, no la he visto más que una vez y no cuento con volver a verla nunca.

—Váyase —dijo el padre—. Tome lo que es suyo y váyase de aquí.

—No puedo —se encararon uno con el otro en la oscuridad—. Al cabo de estos cuatro años he adquirido inmunidad y no tengo por qué huir como un cobarde.

—Le doy de plazo hasta el alba.

—En Virginia, durante cuatro años, he tenido mucho menos. Y esto es Tennessee —pero el otro se había dado la vuelta y se disolvió por la negrura de la cuesta. Weddel volvió al establo y subió la escalera del pajar. Inmóvil sobre el negro que roncaba se había acucillado el chico.

—Déjelo aquí —dijo el chico—. No es más que un negro de... Déjelo y váyase.

—No —dijo Weddel.

El chico estaba en cuclillas sobre el negro que roncaba. No miraba a Weddel, aunque entre ellos se encontraban, apacibles e insonoras, la arboleda, la detonación seca y cortante, el trueno brusco y despavorido del caballo que se encabrita, el humo que asciende en una columna.

—Le puedo enseñar por dónde hay un atajo para bajar al valle. En menos de dos horas estará lejos de los montes. Con el alba estará a más de diez millas.

—No puedo. Él también quiere llegar a su hogar. Es preciso que lo lleve a casa —se agachó; con su única mano extendió torpemente el capote, cubriendo mejor al negro. Oyó alejarse al chico, pero no lo miró. Al cabo de un rato zarandeó al negro—. Jubal —dijo. El negro gimió; se giró pesadamente, se volvió a dormir. Weddel se acucilló a su lado, igual que había hecho el chico—. Pensé que lo había perdido para siempre —dijo—. La paz y la quietud, la capacidad de tener miedo de nuevo.

XI

La cabaña estaba desolada, escuálida con el recio frío del alba, cuando los dos caballos pasaron por delante de la cancela desvencijada y salieron al camino pisoteado, el negro en el purasangre, Weddel en el alazán. El negro se estremecía. Iba encorvado, con las rodillas recogidas, el rostro casi invisible bajo la capucha de lona.

—Ya le dije yo que nos iban a envenenar con esa güita que tienen —dijo—. Ya se lo dije. Son unos brutos, unos palurdos montañeses. Y usted no sólo les ha dejado que me envenenen, sino además me trae el veneno de su propia mano. ¡Ay, Señor, Señor...! No sé yo si algún día llegaremos a casa.

Weddel se volvió a mirar la cabaña, la casa desgastada por el tiempo, impávida, en donde no había señal de vida, ni siquiera una columna de humo.

—Digo yo que tendrá un joven apuesto, un galán —lo dijo en voz alta, meditabundo, socarrón—. Y ese chico, Jule... Dijo que hemos de llegar a la arboleda de los laureles, donde desaparece el camino, y tomar por un prado a la izquierda. Dijo que no debíamos atravesar esa arboleda.

—¿Eso lo dice quién? —dijo el negro—. Yo no voy pa ninguna parte. Yo me vuelvo a dormirla en el pajar.

—De acuerdo —dijo Weddel—. Desmonta.

—¿Que desmonte?

—Necesito los dos caballos. Ya podrás caminar cuando termines de dormirla.

—Se lo vía decí a su señá madre —dijo el negro—. A tos se lo vía decí. Les vía decí que al cabo de cuatro años sigue usted sin tené seso, que no sabe ni reconocé a un yanqui a la que lo ve. Y se pasa la noche con unos yanquis y les deja que envenenen a uno de los negros de la señá. A tos se lo vía decí.

—Y yo que pensaba que te ibas a quedar aquí... —dijo Weddel. También temblaba él—. Pero frío no tengo —dijo—. Frío no tengo.

—¿Quedarme aquí? ¿Y cómo demonios iba a llegá usted a la casa sin mí, eh? ¿Qué le digo yo a la señá cuando llegue sin usted y me pregunte dónde sa quedao?

—Vamos —dijo Weddel. Picó espuelas para poner al paso al alazán. Miró en silencio a la casa y siguió el camino. A su espalda, en el purasangre, el negro murmuraba y mascullaba sus cantinelas de desconsuelo. El camino, la larga cuesta por la que habían subido trabajosamente el día anterior, ahora era descendente. Estaba embarrado, pisoteado, con abundantes rocas, desgarrado entre la tierra yerma y el pedregal, bajo el cielo que se iba disolviendo, bajando a sacudidas hacia la linde en donde estaban los pinos y los laureles. Al cabo de un tiempo había desaparecido la cabaña.

—Así que ahora me doy a la fuga —dijo Weddel—. Cuando llegue a casa, muy orgulloso de esto no estaré. O sí, sí lo estaré. Significará que estoy vivo. Todavía vivo, puesto que conozco el miedo y el deseo. Como la vida es una afirmación del pasado y una promesa hecha al futuro... Sigo estando vivo. Ah —era la arboleda de los laureles. A menos de trescientos metros parecía que hubiese brotado inmóvil y oscuramente secreto en el aire que era en su mayor parte de agua. Sujetó las riendas con brusquedad, y el negro, agazapado, gimoteante, el rostro del todo oculto, lo adelantó sin advertirlo hasta que el purasangre decidió pararse por su propia cuenta—. Pero no se ve ningún camino... —dijo Weddel, y en ese momento una figura salió a la carrera hacia ellos. Weddel sujetó las riendas colocándoselas bajo la entrepierna y ocultó la mano bajo el capote. Vio entonces que era el chico. Llegó a todo correr. Tenía blanco el rostro, en tensión, una notable seriedad en la mirada.

—Es por allí, más allá —dijo.

—Gracias —dijo Weddel—. Muy amable de tu parte, haber venido a enseñarnos el camino, aunque ya lo hubiésemos encontrado, digo yo.

—Sí —dijo el chico como si no se hubiese enterado. Ya llevaba de las riendas al alazán—. Por allá, pasados los arbustos. No se ve el camino hasta que no se ponen los pies en él.

—¿En qué? —dijo el negro—. Se lo vía decí. Al cabo de cuatro años no tiene usted más seso...

—Calla —dijo Weddel. Se dirigió al chico—. Te estoy agradecido. Y te tendrás que quedar con eso a falta de algo mejor. Ahora, ya puedes volver a casa.

Ya encontraremos el camino. Seguro que todo va bien.

—Ellos también conocen el camino —dijo el chico. Tiró del ronzal del alazán—. Vamos.

—Espera —dijo Weddel, y retuvo las riendas. El chico aún dio algún tirón del ronzal a la vez que miraba a la arboleda—. Así que nosotros tenemos una opción y ellos tienen una opción. ¿Es eso?

—¡Maldito sea usted! ¡En el infierno se pudra! —dijo el chico con una especie de flojera frenética—. Estoy harto de esto, estoy harto, no puedo más.

—Bueno —dijo Weddel. Miró en derredor, socarrón y sardónico, con el rostro macilento, fatigado, desgastado—. Pero yo he de seguir. No me puedo quedar aquí, no podría ni aunque tuviera una casa, un techo bajo el cual vivir. Así que ahora he de escoger entre tres posibilidades. Y eso es lo que a cualquier hombre lo trastoca, esa alternativa adicional. Justo cuando ha terminado de comprender que vivir consiste en elegir mal entre dos alternativas, resulta que ha de escoger entre tres. Anda, tú vuelve a casa.

El chico se dio la vuelta a mirarlo.

—Podríamos trabajar. Podríamos volver ahora a la casa, puesto que el padre y Vatch están... Podríamos bajar a caballo el monte, dos en un caballo, dos en el otro. Podríamos volver por el valle, podría casarse usted en Mayesfield. No le daríamos vergüenza, se lo aseguro.

—Pero ella tiene un joven pretendiente, ¿sí o no? Seguro que tiene a alguien que la espera en la iglesia los domingos y la acompaña a casa caminando y come con ella los domingos y a lo mejor hasta se pelea con los otros jóvenes por ella.

—Entonces, ¿no nos va a llevar?

—No. Vuélvete a casa.

El chico permaneció unos momentos sujetando el ronzal del caballo, cabizbajo. Se dio la vuelta.

—Pues entonces, vamos. Tendremos que darnos prisa.

—Un momento —dijo Weddel—. ¿Qué vas a hacer?

—Iré un trecho con usted. Vamos —arrastró al alazán hacia delante, hacia un lado del camino.

—Basta —dijo Weddel—. Tú vuélvete a casa. La guerra ha terminado, y Vatch lo sabe de sobra.

El chico no respondió. Condujo al alazán hacia la maleza. El purasangre se quedó atrás.

—¡Arre, César! —gritó el negro—. Espere, señó Soshay. No vía bajá montando nun...

El chico miró por encima del hombro sin detenerse.

—Usted se queda ahí —dijo—. Usted se queda donde está.

La senda era poco más que una cicatriz inapreciable que se internaba con sucesivas revueltas en la maleza.

—Ahora ya lo veo —dijo Weddel—. Anda, vuélvete.

—Iré un trecho con usted —dijo el chico, aunque con voz tan queda que Weddel descubrió que contenía la respiración y estaba tenso, alerta. Respiró de nuevo cuando el alazán trastabilló con paso envarado.

«Tonterías —pensó—. De aquí en cinco minutos me tiene jugando a los indios como si tal cosa. Quise recuperar la capacidad de pasar miedo, pero me parece que me he excedido». Se ensanchó la senda; el purasangre se acercó despacio, el chico entre los dos. Volvió a mirar al negro.

—Usted se queda en donde está, ya se lo he dicho —dijo.

—¿Y por qué? —dijo Weddel. Observó el rostro emaciado y tenso del chico. «Ahora ya no sé si estoy jugando a los indios o no», se dijo—. ¿Por qué ha de quedarse ahí atrás, eh?

El chico miró a Weddel. Se detuvo y detuvo el paso del alazán.

—Podríamos trabajar. No le daríamos vergüenza —dijo.

El rostro de Weddel era tan escueto como el del chico. Se miraron uno al otro.

—¿Te parece que nos hemos equivocado al elegir? Tuvimos que elegir. Tuvimos que escoger una alternativa entre tres.

De nuevo fue como si el chico no le hubiera oído.

—No irá a pensar que soy yo, ¿verdad? Júrelo.

—No, te lo juro —habló en voz baja, atento al chico. Hablaban como dos hombres, o como dos niños.

—¿Qué piensas que deberíamos hacer?

—Volver. Ahora ya se habrán marchado. Podríamos... —tiró del ronzal del alazán. El purasangre los alcanzó de nuevo y se adelantó.

—¿Quieres decir que podría ser por aquí? —dijo Weddel, y de pronto clavó espuelas y el alazán dio una sacudida al chico, que se aferró al ronzal a duras penas—. Suelta de una vez —dijo. El chico se agarró a la brida, arrastrado por el caballo hasta que los dos animales volvieron a estar a la misma altura. A lomos del purasangre, el negro iba encaramado con las rodillas altas, hablando aún por los codos, embadurnado de palabrería fácil, gastado de tanto hablar, como un zapato viejo de tanto caminar.

—Se lo he dicho y se lo he dicho otra vez —dijo el negro.

—¡Suelta! —dijo Weddel, y espoleó al alazán, con lo que golpeó con el hombro al chico—. ¡Suelta de una vez!

—¿No piensa volver? —dijo el chico—. ¿No va a volver?

—¡Suelta! —dijo Weddel. Se le veían los dientes un poco bajo el bigote; levantó las manos el alazán a fuerza de tanta espuela. El chico soltó la brida y se agazapó agarrado al cuello del purasangre; Weddel se volvió a mirar cuando el alazán se levantó de manos y vio al chico lanzarse adelante hasta el lomo del purasangre, desplazando hacia atrás al negro hasta que desapareció.

—Pensarán que va usted montado en el caballo bueno —dijo el chico con un hilillo de voz, entre jadeos—. Les dije que usted iría montado... ¡Montaña abajo! —gritó a la vez que el purasangre se le fue adelantando—. ¡El caballo podrá hacerlo! ¡Sálgase de la senda! Sálgase de... —Weddel espoleó el alazán, estando casi a la misma altura, los dos caballos alcanzaron el recodo por donde doblaba la senda y se

internaba por una masa de laureles y rododendros—. ¡Quédese en donde está! —gritó—. ¡Por fuera de la senda! —Weddel espoleó el alazán. Tenía pintada en el rostro una fina mueca de exasperación, de cólera, casi como una sonrisa.

Seguía todavía la sonrisa pintada en su rostro muerto cuando dio por tierra con el pie aún sujeto al estribo. El alazán brincó al oír el restallido y arrastró a Weddel hacia la senda, deteniéndose y relinchando al tiempo, resoplando una sola vez antes de ponerse a pacer. El purasangre en cambio se apresuró al tomar la curva rápidamente, la manta retorcida en el vientre, poniendo los ojos en blanco y saltando por encima del cadáver del chico, tendido de costado contra una piedra, los brazos echados para atrás, las palmas de las manos abiertas, como una mujer con las faldas levantadas al saltar para cruzar un charco. Se volvió en redondo y permaneció sobre el cuerpo de Weddel, relinchando con la cabeza echada hacia atrás, atento a la arboleda de los laureles y la gota de humo de pólvora negra que se desdibujaba al esfumarse.

El negro estaba a cuatro patas cuando los dos hombres salieron de la arboleda. Uno de ellos iba corriendo. El negro lo vio correr, lo oyó gritar en un tono monocorde.

—¡Maldito imbécil! ¡Maldito imbécil! ¡Maldito imbécil!

Lo vio luego detenerse de pronto y soltar el fusil. Ovillado en el suelo, el negro lo vio quedarse inmóvil, como si fuese de piedra, sobre el fusil caído al suelo, con una expresión de sobresalto, de aturdimiento, como si acabara de despertar de un sueño. Luego el negro vio al otro. En el gesto que hizo al agacharse, el segundo hombre levantó el fusil e hizo ademán de cargarlo de nuevo. El negro no se movió. A cuatro patas observó a los dos hombres blancos, los iris de los ojos agitados, enloquecidos en medio del blanco inyectado en sangre. Luego también se movió, y aún a cuatro patas se volvió y se dejó caer hacia donde yacía Weddel, bajo el alazán, para ovillarse sobre Weddel y volverse a mirar y ver al segundo hombre alejarse despacio por la senda, subiendo, cargando el fusil. Lo vio detenerse. No cerró los ojos ni apartó la vista. Vio el fusil alargarse y lo vio subir y disminuir despacio, hasta tornarse un punto sobre la forma blanca del rostro de Vatch, como un punto final al final de una página. Ovillado, los ojos del negro se desbocaron, enloquecidos, insistentes, enrojecidos, como los de un animal acorralado.^[*]

VI
ALLÉN

Allén

La oreja dura y redonda del fonendoscopio le resultó fría y desagradable al tacto sobre su pecho desnudo; el cuarto, grande, cuadrado, con toscos muebles de nogal —la cama en la que por primera vez durmió solo, que había sido su cama matrimonial, en la que fue concebido su hijo, en la que nació, en la que fue amortajado para introducirlo en el féretro—, el cuarto que tan familiar le había sido a lo largo de sesenta y cinco años, de sólo tan apacible, callado, tan peculiarmente suyo que despedía el mismo olor que él, parecía atestado de gente, aunque sólo eran tres en total y a los tres los conocía: Lucius Peabody, que debiera haber estado en el pueblo y atender a su consulta de médico en ejercicio, más los dos negros, la que debiera estar en la cocina y el que debiera al igual estar con el cortacésped, remedando al menos una actividad a cambio de la cual se ganaban el jornal que el sábado por la noche contaban con recibir.

Pero lo peor de todo era la oreja dura y fría y no muy grande, la oreja del fonendoscopio, peor incluso que el ultraje de estar con el pecho desnudo, con la fina y delicada cobertura de vello entrecano al aire. Lo cierto es que en todo aquello había al menos una circunstancia atenuante. «Al menos —pensó con un punto de humor algo contrariado y sardónico— se me ha ahorrado la algarabía que hubieran armado las mujeres de la familia, y que me habría tocado en suerte, como suele ser por lo común concomitante con ocasión de un matrimonio o un divorcio. Y si ése al menos me quitara de encima ese condenado telefonito de juguete y dejara que mis negros volvieran al trabajo...».

Y antes de terminar él su pensamiento, Peabody en efecto retiró el fonendoscopio. Y cuando se acomodaba él de nuevo en la almohada, con un suspiro de contrariado alivio, uno de los negros, la mujer, armó tal pandemónium de lloros y gimoteos y lamentos que se incorporó él como un resorte en la cama, tapándose con las manos los oídos. La negra estaba al pie de la cama, las manos largas y ágiles quietas en el travesaño, los ojos en blanco, vueltos hacia el interior del cráneo, la boca abierta de par en par, mientras de ella manaban lentas bocanadas de soprano tan dulces como los tonos del registro alto de un órgano y tan avasalladoras y demoledoras como la sirena de un barco de vapor.

—¡Chlory! —le gritó—. ¡Ya basta! —ella no paró. Aparentemente, ni veía ni

oía nada—. ¡Tú, Jake! —le gritó al negro que estaba junto a ella, con las manos también sobre el travesaño, a los pies de la cama, el semblante meditabundo, la mirada clavada en la cama, con una expresión sombría, profundamente enigmática—. ¡Llévatela de aquí! ¡Ahora mismo! —pero Jake tampoco se movió, así que se volvió a Peabody con un estallido de ira—. ¡Eh, Lucius! ¡Llévese de aquí a esos malditos negros! —pero Peabody tampoco pareció haberle oído. El juez lo vio doblar y recoger meticulosamente el fonendoscopio en su funda; lo miró con suma irritación unos instantes más, mientras el alarido demoledor de la mujer se expandía como el humo por todo el cuarto. Entonces apartó el cobertor de una sacudida y se levantó de la cama y salió como una furia del cuarto y de la casa.

De golpe se dio cuenta de que aún iba en pijama, así que se abotonó por encima el abrigo. Era de buen paño, negro, cepillado, de una elegancia un tanto demodé, con los cuellos de piel de marta. «Al menos no han tenido tiempo de escondérmelo —pensó, presa todavía de una contrariada rabia—. Ahora que si al menos tuviera los... —se miró los pies—. Ah, vaya; pues parece que los tengo... —se miró los zapatos—. Por suerte». La momentánea sorpresa también se disipó ahora que la rabia había encontrado un espacio en el cual difuminarse. Se tocó el sombrero, se llevó la mano a la solapa. El jazmín seguía en el ojal. Dijera lo que dijese, y por más que despotricara contra el negro, y a menudo no le quedaba más remedio, el negro nunca se olvidaba de la flor que tocara según la estación. Siempre se la encontraba puesta, fresca, reciente, impecable, en la bandeja con que le servía el café por la mañana. La flor y el... Sujetó el bastón de ébano bajo el brazo y abrió el maletín. Ahí estaban los dos pañuelos limpios, junto con el libro. Uno de ellos se lo introdujo en el bolsillo de la pechera y siguió su camino. Al cabo, los ruidosos gimoteos de Chlory se apagaron por sí solos.

Durante un rato no muy largo la cosa fue sin lugar a dudas desagradable. Detestaba las muchedumbres, el arremolinarse de la gente sin sentido, la paciencia transmutada en estulticia, el impacto de la carne viva y palpitante con la suya propia. Pero en cuestión de segundos, o muy pronto en todo caso, se vio libre, y se detuvo en seco, un tanto descompuesto, un tanto importunado, y volvió la vista atrás con enojo y desagrado menguantes hacia el gentío que se apiñaba en silencio en torno a la entrada. Con desagrado y enojo menguantes hasta que desapareció del todo el desagrado, con el rostro impertérrito y la mirada inteligente, con un deje atenuado de desconcierto enojado, socarrón, acaso un tanto atenuado y sin embargo constante, pero todavía no teñido de especulación sobresaltada, todavía sin caer en el desgobierno, sin entrar en la cautela. Eso habría de llegar más adelante. De ahí que no se le notase en la voz, que sonó tan sólo ligera, mordaz, contenida.

—Parece que se ha juntado una multitud de cuidado.

—Sí —dijo el otro. El juez lo miró y vio a un joven trajeado a la manera convencional, de ceremonia matutina, con un sutil efluvio a bodas, que supervisaba la entrada con aire crispado, paciencioso.

—¿Está esperando a alguien? —dijo el juez.

Entonces fue el otro el que lo miró.

—Sí. No habrá visto usted a... Claro que usted no la conoce.

—¿Que no conozco a quién?

—A mi esposa. Es decir, no es aún mi esposa, pero la boda tendrá lugar a mediodía.

—Entonces es que ha ocurrido algo, ¿no es así?

—No me quedó más remedio —el joven lo miró con crispación, angustiado—. Llegaba tarde, por eso venía conduciendo tan deprisa. Se me cruzó un niño por la carretera. Iba tan deprisa que no pude parar. Por eso tuve que dar un volantazo.

—Pero no atropelló al niño.

—No —el otro lo miró—. ¿Usted no la conoce?

—¿Está esperando aquí a...? —el juez miró al otro con suma atención. Entornó los ojos, su mirada era penetrante, dura—. Eso es una sarta de pamplinas —dijo de pronto, tajantemente.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted? —preguntó el otro con aire impreciso, de crispación, casi suplicante. El juez apartó la mirada. Desapareció el ceño fruncido, su concentración, su reflejo de asombro iracundo. Parecía habérselo borrado del rostro con una acción súbita e intencionada. Era como ese hombre que, sin ser un espadachín, ha practicado un poco con un florete para protegerse de cierta crisis por lo demás improbable, y que de pronto se encuentra, florete en mano, cara a cara ante el acontecimiento. Miró a la entrada con gesto alerta, cavilando con rapidez: parecía cavilar sobre los rostros de los que entraban, examinarlos con una concentración inmóvil y furiosa, y con sosiego; con sosiego miró en derredor, y luego miró al otro. El joven no le quitaba los ojos de encima.

—Supongo que usted también estará buscando a su esposa —dijo—. Espero que la encuentre. De veras, lo espero —hablaba con una suerte de sosegada desesperación—. Supongo que será ya una mujer de edad, como es usted. Tiene que ser un infierno para el que tiene que estar pendiente y esperando al otro, con el que uno ha ido envejeciendo en el matrimonio, porque en mi caso le aseguro que es terrible estar pendiente y esperar, y eso que espero a una joven que para mí es virgen. Desde luego, considero que mi caso es el más penoso de soportar. Dese cuenta, si al menos hubiera sido un día después... cualquier cosa. Pero es que de haber sido así supongo que no podría haber pegado el volantazo y esquivar al niño aquel. Considero que el mío es terrible, de veras. Pero no puede ser tan malo como a mí me lo parece. Es imposible que lo sea. En fin, espero y deseo que la encuentre.

El juez frunció el labio.

—Yo he venido aquí escapándome de alguien, no he venido para encontrar a nadie —miró al otro. Aún tenía el semblante descompuesto por esa mueca que podría haber pasado por una sonrisa, pero no sonreían sus ojos—. Si estuviera buscando a alguien, lo más probable es que fuera a mi hijo.

—Ah, un hijo. Entiendo.

—Sí. Tendría más o menos la misma edad que usted. Tenía diez años cuando murió.

—Pues búsquelo por aquí.

El juez se rió en ese momento a carcajadas, aunque la risa no asomara a sus ojos. El otro lo miró con esa gravedad y esa angustia, sazoadas ya con una curiosidad interesada.

—¿Quiere decir que no cree? —el juez rió aún más fuerte. Sin dejar de reírse, sacó una bolsita de tela donde llevaba el tabaco y lió un cigarrillo fino. Cuando alzó los ojos, el otro seguía pendiente de la entrada. El juez dejó de reír—. ¿Tiene una cerilla? —el otro lo miró. El juez le mostró el cigarrillo—. Una cerilla.

El otro rebuscó en los bolsillos.

—Pues no —miró al juez—. Búsquelo aquí —dijo.

—Gracias —repuso el juez—. A lo mejor más adelante sigo su consejo —se volvió. Hizo una pausa y se volvió a mirar atrás. El joven estaba pendiente de la

entrada. El juez lo miró con desconcierto, con el labio fruncido. Se volvió y se detuvo en seco. En su rostro se había pintado una sorpresa absoluta, una inmovilidad completa, como una máscara, la boca perceptiva y agotada, las aletas nasales delicadas, los ojos todos pupila o sin pupila acaso. No parecía que se moviese nada en él. En ese momento Madrespojo^[85] se volvió y lo vio. Titaron sus ojos claros, se paró su mandíbula trunca, desmoronándose de golpe con un movimiento fiero y desdentado.

—¿Y bien? —dijo Madrespojo.

—Pues sí —dijo el juez—, soy yo.

Fue justo entonces, al abandonarle el hipnotismo, cuando la sombra del desconcierto y la cautela tocó del todo su semblante. A él mismo le sonaron idiotas sus palabras.

—Creí que estaba muer... —hizo sin embargo un esfuerzo supremo y gallardo y aligeró la voz, para darle de nuevo socarronería y contenerse—. ¿Y bien?

Madrespojo lo miró, un hombre de corta estatura, robusto, con un traje sucio y desperejado, manchado de grasa, de tierra, el cuello sucio e inocente huérfano de corbata, con ojos claros, ligeramente adormecidos, pero desbordantes de ira desbocada.

—A lo que se ve, también a usted lo han traído aquí, ¿eh?

—Eso depende, según a quién se refiera al decir «lo han traído» y al decir «aquí».

Madrespojo hizo un gesto feroz, desplazando un brazo.

—¡Aquí, qué demonios! ¡Los predicadores, los que se desgañitan proclamando el nombre de Cristo!

—Ah —dijo el juez—. Bien, pues si estoy donde empiezo a pensar que estoy, no sé si estoy aquí o no. Pero usted sí que no está aquí, de ninguna manera, ¿no es cierto? —Madrespojo le largó una violenta maldición—. Así es —siguió diciendo el juez—, nunca se nos ocurrió, cuando pasamos todas aquellas tardes sentados en mi despacho, hablando de Voltaire y de Ingersoll, que alguna vez fuésemos a terminar así, ¿verdad? Usted, el ateo al que la sola visión del campanario de una iglesia llenaba de una rabia ciega; yo, que nunca he sabido divorciarme de la razón en la

medida suficiente para aceptar siquiera su apacible teoría del nihilismo, con la que tanto trabajo se puede ahorrar.

—¡Que se puede ahorrar trabajo! —exclamó Madrespojo—. Por todos los demonios, que... —maldijo con furia e impotencia. El juez podría estar sonriendo si no fuera por los ojos. Volvió a pegar el cigarrillo.

—¿Tiene usted una cerilla?

—¿Cómo? —dijo Madrespojo. Fulminó con los ojos al juez, con la boca abierta. Se tentó la ropa. Por la violencia del gesto, sujeta en el sobaco se asomó fugazmente la culata de una pesada pistola—. No —dijo—, no llevo.

—Ya —dijo el juez. Lió el cigarrillo apretándolo, la mirada liviana, socarrona—. Pero aún no me ha contado qué es lo que está haciendo aquí. Tenía entendido que usted se...

Madrespojo volvió a despotricar, maldiciendo con todo su enojo.

—Pues no. Sólo me suicidé —miró furibundo al juez—. Maldita sea, recuerdo cómo empuñé la pistola; recuerdo la presión de la boca del cañón, fría en la oreja; recuerdo cuando ordené a mi dedo que presionara el gatillo... —miró furibundo al juez—. Pensé que ésa sería una forma de escapar a los predicadores, puesto que según doctrina de la Iglesia... —miró furibundo al juez, los ojos pálidos, al borde de la apoplejía y ofendidos—. En fin, yo ya sé por qué está usted aquí. Ha venido en busca de ese niño.

El juez bajó la mirada con el labio fruncido, el gesto ascendente, hasta los ojos.

—No —dijo a media voz.

Madrespojo lo miró, lo fulminó con la mirada.

—En busca de ese niño. Agnosticismo —lo dijo con un gruñido—. No dirá ni sí ni no hasta que no vea por dónde van los tiros. Siempre a punto para venderse al mejor postor. Por todos los demonios, yo antes hubiera preferido rendirme y morir en santidad, con todos los imbéciles que aúllan al Cielo en veinte kilómetros a la redonda...

—No —dijo el juez a media voz, sin separar los dientes refulgentes, apagados.

Se desvanecieron entonces sus dientes en silencio, aunque no alzó la mirada. Volvió a pegar el cigarrillo con gran cuidado—. Parece que aquí hay mucha gente —Madrespojo comenzó a mirarlo con ojos especulativos, paladeando las encías como un desquiciado, detenida su mirada furibunda, clara—. Supongo que además de la mía habrá visto por aquí otras caras conocidas, digo yo. Incluso las de aquellos a los que conocía sólo de oídas, ¿no?

—Ah —dijo Madrespojo—, ya entiendo. Ahora ya le entiendo —el juez parecía absorto en su cigarrillo—. Lo que pretende es darles un repaso, ¿no? Pues adelante. Ojalá saque de ellos algo más, ojalá se le pegue a las entrañas un poco más que a mí. Es posible que lo logre, ya que no parece que pretenda usted saber, sino, más bien, encontrar algo que le inspire certeza. Le aseguro que de eso tienen todos ellos más de lo que podría apetecer.

—Quiere decir que ya ha...

Madrespojo volvió a despotricar, a lanzar maldiciones desquiciadas.

—Claro. Con Ingersoll. Con Paine. Con todos esos hijos de la gran puta, con los que perdía el tiempo miserablemente, leyéndoles, cuando más me hubiese valido sentarme a la solana.

—Ah —dijo el juez—. Ingersoll. ¿Es que está...?

—Por supuesto. En un banco, en aquel parque, nada más entrar. Y es posible que sentado en ese mismo banco se encuentre usted al que escribió los libros aquellos de las mujercitas.^[86] Si no está ahí, es desde luego donde debería estar.

Así pues, el juez se sentó e hincó los codos en las rodillas, con el cigarro sin encender en los dedos.

—Por lo que veo, se ha reconciliado —dijo. El hombre que según Madrespojo era Ingersoll le miró de perfil y en silencio—. Con este sitio, quiero decir.

—Vaya —dijo el otro, e hizo un gesto seco—. Reconciliado.

El juez no alzó los ojos.

—¿Lo acepta? ¿Lo admite? —parecía absorto en el cigarrillo—. Si al menos pudiera verle, si pudiera hablar con Él... —el cigarrillo daba vueltas, despacio, entre sus dedos—. Es posible que estuviera buscándole a Él. Es posible que

estuviera buscándole a Él durante todo el tiempo que dediqué a leer sus libros, y a Voltaire, y a Montesquieu. Es posible, sí —el cigarrillo daba vueltas despacio entre sus dedos—. Yo he creído en usted. En su sinceridad. Me dije que si la Verdad está al alcance del hombre, si el hombre la puede descubrir, este hombre estará entre los que la descubran. Hubo una vez, estando yo desgarrado, presa de ese sufrimiento que produce una herida todavía reciente, que lleva incluso a un hombre inteligente a buscar cualquier remedio, un clavo ardiendo al que agarrarse, en la que fui víctima de una necia pretensión: será usted el primero que se ría, tal como me reí yo al cabo. Pensé que quizás exista una vida allende ésta, tal vez una estación intermedia en el tránsito hacia la nada, en donde al menos durante un momento los hombres menos valiosos puedan hablar cara a cara con hombres como usted, hombres en los que se puede creer, y oír de labios de tales hombres las palabras... «Hay esperanza», o bien «No hay nada». Me dije que en tal caso no sería a Él a quien debiera yo buscar; debiera en tal caso buscar a Ingersoll, a Paine, a Voltaire —observó el cigarrillo—. Deme su palabra. Dígame lo uno o lo otro. Creeré lo que me diga.

El otro miró al juez unos instantes.

—¿Por qué? —dijo al cabo—. Creer... ¿por qué?

El papel del cigarrillo se había vuelto a despegar. El juez volvió a liarlo con esmero, manipulándolo con gran cuidado.

—Verá usted. Yo tenía un hijo. El último que llevó mi apellido, el último de mi linaje. Cuando murió mi esposa vivimos los dos solos, dos hombres en la casa. Mi apellido había merecido todo el respeto, dese cuenta. Yo quería que él fuese un hombre hecho y derecho, digno de mi apellido. Mi hijo tenía un caballo en el que montaba a todas horas. Tengo una fotografía en la que aparece montado en el caballo, la utilizaba para marcar la página de mis lecturas. Muchas veces, mirando esa fotografía, o viéndolos sin que ellos se dieran cuenta, al pasar por delante de la ventana de la biblioteca, me paraba a pensar: «Qué esperanzas cabalgan en lontananza», o bien pensaba en el caballo: «Qué carga soportas a ciegas, mudo animal». Un día me llamaron por teléfono a mi despacho. Lo encontraron enganchado de un estribo, arrastrado por el animal. Nunca llegué a saber si el caballo le había dado una coz o si se desnucó al caer.^[87]

Dejó el cigarrillo en el banco, a su lado, y abrió el maletín. Sacó un libro.

—El *Diccionario filosófico* de Voltaire —dijo—. Siempre llevo un libro encima.

Soy un gran lector. Resulta que llevo una vida solitaria, ya que soy el último de la familia y tal vez también porque soy un funcionario republicano en un bastión demócrata. Soy juez federal, juez de un distrito de Mississippi. El padre de mi esposa era republicano. Creo firmemente —añadió de corrido— que los dogmas del partido republicano son los mejores para el país. Tal vez no lo crea usted, pero a lo largo de estos últimos quince años mi único compañero en lo intelectual ha sido un ateo furibundo, casi analfabeto, que no sólo se mofa de la lógica y la ciencia, sino que además tiene un inconfundible olor corporal. A veces, sentado con él en mi despacho, en una tarde de verano, una tarde lluviosa, he llegado a pensar que si el restablecimiento de la fe sirviera para eliminar el prejuicio que tiene en contra del aseo personal, tendría yo sobrada justificación en llegar a ese extremo —sacó una fotografía del libro y se la tendió—. Éste era mi hijo.

El otro miró la fotografía sin mover un dedo, sin ofrecerse a tomarla. En la cartulina desvaída, sepia, un niño de diez años, bien erguido sobre el caballo, los miraba con reposada y solemne altivez.

—Montaba prácticamente a todas horas. Hasta a la iglesia iba a caballo (yo entonces iba a la iglesia con asiduidad. Todavía voy de vez en cuando). En el coche había que llevar a un mozo de cuadra para... —miró la fotografía con aire meditabundo—. Cuando murió su madre no me volví a casar. Mi madre estuvo siempre enferma, impedida. Podía convencerla con facilidad. De cualquier cosa. En ausencia de mis tías no me costaba convencerla de que me dejara salir descalzo al jardín, con dos de las criadas domésticas para que estuvieran alerta por si llegaban mis tías. Volvía yo a la casa con mi virilidad triunfante, reivindicada, hasta entrar en el cuarto en que me esperaba ella. Y entonces me enteraba de que por cada mota de polvo que daba gusto a las plantas de mis pies pagaría ella con un segundo de su vida. Y nos pasábamos el rato sentados a la puesta de sol, como dos niños, cogida ella de mi mano y llorando en silencio, hasta que entraban mis tías con la lámpara. «Vamos, Sophia, vamos. No me digas que estás llorando otra vez. A ver: ¿qué le has permitido hacer, qué es lo que te ha obligado a aceptar?». Murió cuando yo tenía catorce años; tenía veintiocho hasta que me reafirmé y tomé por esposa a quien yo quise; tenía treinta y siete cuando nació mi hijo —miró la fotografía con los ojos entornados, acunados en dos delicadas hamacas formadas por una miríada de arrugas, finas como las de un grabado—. Montaba a caballo a todas horas. De ahí que los dos salgan en la fotografía, pues eran inseparables. He utilizado esta fotografía para marcar la página de los volúmenes impresos en los que puede rastrearse mi linaje y el suyo a lo largo de diez generaciones, en los anales de la historia de Norteamérica, de modo que a medida que iban pasando las páginas era como si con mis propios ojos lo viera cabalgar en carne y hueso por el largo camino

que su carne y sus huesos han recorrido antes de que fuera el suyo —sostuvo la fotografía. Con la otra mano tomó el cigarrillo. El papel se había vuelto a despegar: lo sostuvo en alto y se quedó inmóvil, como si no se atreviese a levantarlo un poco más—. Y le doy mi palabra: le creeré.

—Vaya en busca de su hijo —dijo el otro—. Vaya en su busca.

El juez no movió ni un dedo. Con la fotografía en una mano y el cigarrillo que se deshacía en la otra, permaneció completamente inmóvil. Parecía estar sentado en una suerte de suspensión aterradora, sin respirar.

—¿Y encontrarlo? ¿Encontrarlo?

El otro no contestó. El juez entonces se volvió a mirarlo y el cigarrillo cayó entonces deshecho; las hebras de tabaco llovieron sobre su zapato lustroso, reluciente.

—¿Ésa es su palabra? Creeré, se lo aseguro —el otro permanecía sentado, sin forma, grisáceo, sedentario, casi anodino, cabizbajo—. Vamos. No puede quedarse con eso. No puede.

Por el sendero, ante ellos, pasaba gente constantemente. Pasó una mujer con un niño en brazos y una cesta, una mujer joven, con una capa sencilla, desgastada, cepillada. Se volvió hacia el hombre del que Madrespojo dijo que era Ingersoll con una cara sencilla, luminosa, agradable de ver, y le habló con voz agradable, tranquila. Miró entonces al juez con ojos agradables, una mirada sincera, sin osadía, sin timidez, y siguió hablando.

—Vamos. No puede. No puede usted.

El juez se quedó atónito, el rostro del todo inexpresivo. A la vez que hablaba se le vació el rostro de toda expresión. Repitió «no puede, es que no puede», en un tono consternado, meditabundo.

—No puede —dijo—. ¿Quiere decir que no puede darme su palabra, no puede decirme nada? ¿Quiere decir que no lo sabe? ¿Quiere decir que usted no lo sabe? ¿Usted? ¿Robert Ingersoll? ¿Ingersoll, nada menos? —el otro no se movió—. ¿Me está diciendo Robert Ingersoll que durante veinte años me he apoyado en un junco que no era más fuerte que yo mismo?

El otro siguió sin levantar los ojos.

—Ya ha visto a esa mujer joven que acaba de pasar de largo con un niño en brazos. Sígala. Mírele a la cara.

—Una mujer joven. Con un... —el juez miró al otro—. Ah, entiendo. Sí, de acuerdo; miraré al niño y le veré las cicatrices. Y luego miro a la cara a la mujer. ¿Es eso? —el otro no respondió—. ¿Ésa es su respuesta? ¿Es su última palabra? —el otro no se movió. El juez frunció el labio. Con ese movimiento ascendente entrecerró los ojos como si la tristeza, la desesperación, hubiera provocado una llamarada en un último instante, como una llama que se extingue, dejando sobre su semblante un relumbre final, desdibujado, en una mueca apenas perceptible, una mordedura de los dientes apagados, muertos. Se puso en pie y guardó la fotografía en el maletín—. Y éste es el hombre que dice haber sido Robert Ingersoll —por encima de los dientes se le contrajo el rostro en esa expresión que podría haber sido una sonrisa de no ser por los ojos—. No es la prueba que buscaba. Entre todos los hombres, precisamente yo soy quien sabe que la prueba no es sino falacia inventada por el hombre para justificarse y justificar a sus semejantes en su grosera lujuria y en su necedad. No era la prueba que buscaba —con el bastón y el maletín sujetos bajo el brazo, lió otro cigarrillo fino—. Desconozco quién es usted, pero no creo que sea Robert Ingersoll, la verdad. Es posible que ni siquiera si lo fuese pudiera yo reconocerlo. De todos modos, existe cierta consistencia integral que, sea buena o mala, un hombre siempre tendrá que atesorar, porque sólo esa consistencia le permitirá morir un día. Así pues, lo que he sido soy; lo que soy será hasta que llegue el instante en que no sea. Y entonces nunca habré sido. ¿Cómo era aquello? *Non fui. Sum. Fui. Non sum.*

Con el cigarrillo sin encender entre los dedos, pensó al principio que seguiría su camino. Pero en cambio se detuvo y miró al niño. Estaba sentado en el sendero, a los pies de la mujer, rodeado por minúsculas efigies de hombres, de plomo, unas de pie, otras tendidas. La cesta, volcada y vacía, se encontraba a su lado. El juez vio entonces que las figuras eran soldados romanos en distintos estados de descuartizamiento —a unos les faltaba la cabeza, a otros los brazos, a otros las piernas—, esparcidos en derredor, tendidos boca abajo, de pie, alerta, con una actitud marcial, inescrutable, vencida, en medio del polvo blando e inescrutable. En el centro exacto de los pies del niño, en el arco, había una pequeña cicatriz. Y había una tercera en la palma de la mano expuesta, y al mirarlo el juez con desconcierto y sosiego y socarronería cuando el niño derribó de un manotazo el resto de las figurillas vio la cuarta cicatriz. El niño comenzó a llorar.

—Sssh —dijo la mujer. Alzó los ojos y miró al juez; se arrodilló y puso en pie los soldaditos. El niño seguía llorando, la cara sucia a chorretones; lloraba con fuerza, sin pasión, sin lágrimas—. ¡Mira! —dijo la mujer—. ¿Lo ves? ¡Mira, aquí!

¡Aquí está también Pilatos! ¡Míralo! —el niño dejó de llorar. Sin haber derramado una sola lágrima, se encontraba en medio del polvo del sendero, mirando a los soldados con una expresión tan inescrutable como la de ellos, en suspenso, solemne como un concejal, reservado. Volvió a derribar a los soldados con el canto de la mano—. ¡Ahí lo tienes! —dijo ella con voz luminosa, con cariño—. ¿Lo ves? —el niño permaneció sentado unos instantes más; luego se echó a llorar de nuevo. Ella lo tomó en brazos y se sentó en el banco, acunándolo, mirando al juez—. Ya, ya —decía—. Ya está, ya pasó.

—¿Está enfermo? —preguntó el juez.

—No, no. Sólo está cansado de los juguetes que tiene, a los niños les suele suceder —mecía al niño con gesto de afecto, sin asomo de preocupación—. Ya está, ya está —le decía—. Que te está viendo este caballero...

El niño seguía llorando.

—¿Es que no tiene otros juguetes? —preguntó el juez.

—Oh, sí, claro. Tiene tantos que ni me atrevo a ir por la casa a oscuras. Pero los que más le gustan son los soldaditos. Se los regaló un anciano caballero que ha vivido aquí mucho tiempo, según dicen, y que es bastante rico. Un anciano caballero de bigote blanco, con esos ojos saltones que suelen tener los que han comido más de la cuenta. Yo ya se lo dije. Tiene un lacayo que le lleva el paraguas y el abrigo y la manta de viaje, y a veces se pasa más de una hora sentado aquí con nosotros, charlando, aunque respira con dificultad. Siempre le trae un caramelo o alguna cosa —miró al niño con rostro pensativo y sereno; lloraba sin cesar. Socarrón, desconcertado, el juez se puso en pie mirando los pies sucios del niño, las cicatrices. La mujer alzó los ojos y siguió su mirada—. Ah, le está mirando las cicatrices, se está preguntando cómo se las hizo, ¿no es eso? Se las hicieron los otros niños un día en que estaban jugando. No se dieron cuenta de que le iban a hacer daño, claro está. Supongo que les sorprendió tanto como a él. Ya sabe cómo son los niños cuando se quedan callados mucho tiempo.

—Sí —dijo el juez—. Yo también tuve un hijo.

—¿No me diga? ¿Y por qué no lo trae aquí? Nos pondríamos muy contentos, de veras, si viniese a jugar con nuestros soldaditos.

Los dientes del juez despidieron un brillo apagado.

—Me temo que ya es mayor para esos juguetes —tomó la fotografía del maletín—. Vea, éste era mi hijo.

La mujer tomó la fotografía. El niño lloraba sin cesar, con fuerza.

—Anda, si es Howard. Si lo vemos todos los días... Pasa por aquí montado a caballo todos los días. A veces se detiene y nos deja montar un poco. Yo voy caminando a su lado, para sostenerlo —añadió alzando los ojos. Le mostró la fotografía al niño—. ¡Mira! ¡Es Howard en su caballo! ¿Lo ves? —sin dejar de llorar, el niño contempló la fotografía, el rostro a chorretones de lágrimas y suciedad, con expresión distante, en suspenso, como si viviese en dos vidas distintas, desgajadas, al mismo tiempo. Ella le devolvió la fotografía—. Supongo que lo estará buscando usted...

—Ah —dijo el juez sin separar los dientes momentáneos. Colocó la fotografía con cuidado en el maletín, el cigarro sin encender entre los dedos.

La mujer cambió de postura en el banco, recogiendo las faldas en señal de invitación.

—¿No quiere sentarse? Aquí es seguro que lo verá pasar.

—Ah —volvió a decir el juez. La miró socarrón, con los ojos nublados de los viejos—. Es así, ya lo ve. ¿Y dice que siempre viene montado en el mismo caballo?

—Sí, claro —ella lo miró sorprendida, pero serena, seria.

—¿Y cuántos años diría que tiene el caballo?

—Bueno, yo... Diría que es del tamaño que le corresponde.

—Así que debe de ser un potro aún joven...

—Sí, claro —lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Ah —dijo el juez sin separar aún los dientes, débiles y quietos. Cerró el maletín con cuidado. Del bolsillo sacó medio dólar—. A lo mejor también se ha cansado de los soldaditos. A lo mejor con esto...

—Gracias —dijo ella. No volvió a mirar la moneda—. Tiene usted una expresión muy triste. ¿Lo ve? Cuando cree estar sonriendo es aún más triste que

nunca. ¿Es que no se encuentra bien? —le miró la mano, que tenía extendida. No había hecho ademán de tomar la moneda—. La perdería, entiéndalo. Y es tan bonita, tan brillante... Cuando sea mayor podrá jugar con estas cosas tan chiquitas, pero es que ahora aún es pequeño, entiéndalo.

—Entiendo —dijo el juez. Se guardó la moneda en el bolsillo—. Bueno, entonces creo que...

—Espere aquí con nosotros. Siempre pasa por aquí. Así lo encontrará antes, se lo aseguro.

—Ah —dijo el juez—. Y a caballo, siempre en el mismo caballo. Así las cosas, el caballo tendría ahora... treinta años. Ese caballo murió cuando tenía dieciocho, tras seis años sin que lo montara nadie, seis años que pasó en mis tierras. De eso hace doce años. En fin, mejor será que siga mi camino.

Y de nuevo fue harto desagradable. Tendría que haberlo sido por partida doble, con la estrechez de la entrada y el hecho de que si bien antes caminaba en la misma dirección que el resto, ahora tuvo que abrirse paso palmo a palmo en sentido inverso al de los demás. «Pero al menos ahora sé adónde voy —pensó con el sombrero aplastado en la cabeza, el peso del bastón y el maletín tirándole de ambos brazos—, cosa que antes no parece que supiera». Por fin estaba libre, y al mirar el reloj del juzgado, como nunca dejaba de hacer al bajar las escaleras de su despacho, vio que disponía de una hora entera antes de que la cena estuviera lista, antes de que los vecinos reparasen en que, como siempre, había pasado marcando la hora exacta.

«Me queda tiempo para ir al cementerio», pensó, y al mirar la excavación reciente, abierta como una herida, maldijo nervioso y molesto, pues algunos de los terrones arrancados habían caído sobre la losa de mármol que estaba al lado.

—Maldito sea ese Pettigrew —dijo—. Tendría que haberse ocupado de esto. Le dije que quería que las dos estuvieran tan cerca como fuera posible, pero supuse que al menos velaría... —arrodillado, trató de retirar los terrones caídos sobre la losa. Pero quedaba más allá de sus fuerzas todo lo que no fuera limpiar el trozo que parcialmente ocultaba las letras: «Howard Allison II. 3 de abril de 1903 - 22 de agosto de 1913», y la inscripción callada, en letra gótica, al pie: *Auf Wiedersehen, Chiquillo*. Siguió alisando, acariciando las letras cuando despejó del todo la tierra, con el rostro desconcertado y tranquilo, mientras hablaba con el hombre del que dijo Madrespojo que era Ingersoll—. Dese cuenta: si pudiera creer que lo volveré a

ver, que lo volveré a tocar, no lo habré perdido. Y si no lo hubiera perdido, nunca lo habría tenido. Porque ya he pasado por la pérdida y el dolor de la pérdida, y si soy es por ese dolor. No sé lo que era ni lo que seré. Pero por la muerte sé lo que soy. Y ésa es toda la inmortalidad de la que es capaz el intelecto, toda la que debiera desear la carne. Cualquiera otra cosa es para los campesinos, los zoquetes que nunca hubieran amado a un hijo en la medida suficiente para haberlo perdido —se le quebró el semblante en una miríada de arrugas, socarrón, desconcertado, mientras pasaba la mano con suavidad sobre las letras—. No. No tengo necesidad de eso. Yacer a su lado será para mí suficiente. Habrá una muralla de polvo entre nosotros, es verdad, y él ya es polvo al cabo de estos veinte años. Pero algún día también yo seré polvo. Y... —habló con más firmeza, sosegado, con aire triunfal— ¿quién es el que afirmará que ha de haber una red de carne y hueso que contenga entera la forma del amor?

Se había hecho tarde. «Es probable que estén retrasando los relojes en este mismo instante», pensó a la vez que caminaba por la calle hacia su casa. Ya tendría que llegarle a los oídos el rumor del cortacéspedes. Y en el instante de exasperación que tuvo con Jake reparó en la hilera de automóviles aparcados ante la cancela de su casa, y tuvo una prisa repentina, pero no tanta que, al mirar de nuevo el vehículo que se hallaba en cabeza, se abstuviera de proferir una nueva maldición.

—¡Maldito sea Pettigrew! Le dije en presencia de testigos, cuando firmé mi testamento, que no estaba dispuesto a que me llevaran por medio Jefferson con los pies por delante y a sesenta kilómetros por hora. Que si no era capaz de encontrarme un par de caballos adecuados... ganas me están entrando de volver y no dejarle en paz, como sin duda querría Jake que hiciera.

Pero las prisas, la urgencia, se habían adueñado de él. Presuroso, llegó a la puerta de atrás (reparó en que el césped estaba recién cortado con esmero, como si Jake lo hubiera hecho ese mismo día) y entró. Le llegó entonces el tenue olor de las flores y oyó la voz; tuvo el tiempo justo de quitarse el abrigo y el pijama y de dejarlos colgados en perfecto orden, en el armario, y de atravesar el vestíbulo, adentrarse donde era más denso el aroma a flores recién cortadas y el rezongar de la voz y vestirse a toda prisa. Su ropa estaba recién planchada, y también tenía la barba recién afeitada. No obstante, las ropas y la cara eran las suyas, y se embutió en ese abrazo antiguo y familiar que ninguna plancha podría trastornar, con la misma ansiedad lasciva con que acomodaba sus extremidades a las ropas de cama en una noche de invierno.

—Ah —dijo al hombre del que Madrespojo dijo que era Ingersoll—, esto a fin

de cuentas es lo mejor de todo. Un viejo nunca está del todo en casa si no es con sus propias prendas: con su vieja forma de pensar y sus creencias, con sus manos y sus pies de toda la vida, con los codos, las rodillas, los hombros que bien sabe que le sientan bien.

Se esfumó la luz entonces con un sonido ahuecado, en sordina, tenue, decoroso, que por un instante comprimió encima de él ese olor tenebroso y macabro de las flores cortadas, aniquiladas; al mismo tiempo, cobró conciencia de que había dejado de oír la voz que antes rezongara. «Y en mi propia casa —pensó, esperando a que se desvaneciera el olor de las flores—, y en cambio ni una sola vez me he parado a pensar quién hablaba, ni cuándo calló». Oyó o percibió entonces el decoroso restregar de los pies en el suelo a su alrededor, y yació a oscuras, en una oscuridad angosta, las manos recogidas sobre el pecho al dormir, como en el sueño de antaño, a la espera del momento. Llegó. Y habló en tono reposado, en voz alta, socarrón, con sorna incluso, en paz, como hacía cada noche en cama, en su cuarto solitario ya apacible, cuando por fin una expiración plena vaciaba su cuerpo de todo resto del estar en vela, y durante menos de lo que dura un instante le parecía mirar en derredor desde el umbral del sueño: «Caballeros del jurado, procedan».^[*]

Música negra

I

Esto que sigue es cosa de Wilfred Midgleston, favorito de la fortuna, elegido por los dioses. A lo largo de cincuenta y seis años, un mero espesamiento de las antiguas y bravuconas compulsiones y circunscripciones de los relojes y las campanas, tan sobradas de redaños, se encontró por la vida, cuando iba de paseo, con la viva estampa de un individuo, un paseante de corta estatura, cabreadizo, anodino, al que ni hombre ni mujer se volvió jamás a mirar dos veces, reflejado en los monótonos escaparates de las calles monótonas y duras. Y entonces refulgió en lo más alto del firmamento, en lo insondable, su apoteosis, que para él cuando menos no fue breve, sobre su tierra perdida, como la del Elías de antaño.

Me lo encontré en Rincón, una localidad que no es grande; es más pequeña incluso que un petrolero de espaldas bamboleante, de los que descuellan sobre los muelles de acero de la Universal Oil Company, más largo en toda su eslora que una calle jalonada por las viviendas y las palmeras, empedrada de polvo, cuajada de huellas de pies planos, allí donde cae la violencia de la sombra en pleno día y la violencia de las estrellas grandes en plena noche.

—Vino de Estados Unidos —me dijeron—. Lleva aquí veinticinco años. No ha cambiado en absoluto desde el día en que llegó, quitando que la ropa que traía se le ha caído a trozos de puro vieja, y que no habrá aprendido más de diez palabras en español —sólo por eso se notaba que era viejo, porque iba tirando a trancas y barrancas: prácticamente no había aprendido una sola palabra de la lengua que hablaban las personas con las que llevaba veinticinco años de convivencia, entre las que daba la impresión de que se había propuesto hallar la muerte y tener entierro. Daba la impresión: no tenía oficio ni beneficio, era un hombre mansurrón, sin remedio, que parecía un contable de los que aparecen en las fábulas satíricas de George Ade, aunque vestido como iría un mendigo a una reunión social de buen tono en una iglesia presbiteriana y en torno a 1890, y además parecía bastante

contento.

Bastante contento y bastante pobre, dicho sea de paso.

—O es pobre de solemnidad o da el pego de maravilla. Pero ahora no hay quien le toque un pelo de la ropa. Eso se lo dijimos hace mucho, mucho tiempo, cuando vino por aquí. Anda, le dijimos, ¿por qué no te dedicas a lo tuyo y te lo gastas como quieras y lo disfrutas como se merece? Seguramente de todo eso ya se habrán olvidado a estas alturas. Y es que si yo me tomara la molestia y asumiera el riesgo del robo, y luego afrontara la adversidad de tener que pasar el resto de mis días en un agujero inmundo como éste, con toda seguridad disfrutaría bien a gusto de aquello que me había tomado la molestia de apropiarme.

—¿Disfrutar de qué? —dije yo.

—De la pasta. De la pasta que robó, que por eso tuvo que venir a dar aquí con sus huesos. Si no, ¿por qué cree que iba a haber venido, y encima a quedarse veinticinco años? ¿Sólo por ver el paisaje?

—Pues no es que actúe como si fuera muy rico. No lo parece —dije.

—Eso es de cajón. Pero un tipo como ése, con esa cara... No creo ni que tuviera el seso suficiente para robar con bien. Ni creo que tuviera el seso suficiente para conservar el producto del robo. Supongo que tiene usted razón. Creo que lo único que sacó en claro fue el darse a la fuga y el cargar con la culpa. Eso sí, alguien que vive en el sitio del que huyó se está pegando la gran vida y además va a cantar dos veces por semana al coro de la iglesia.

—¿Es eso lo que sucede? —pregunté.

—Se lo digo yo que sí. Algún cabronazo, demasiado rico para poder permitirse el lujo de que lo pillen robando, se echa atrás y deja que ese pobre idiota le saque las castañas del fuego, un pobre idiota que ni siquiera en toda su vida había visto dos mil quinientos dólares juntos. Dos mil quinientos parecen una cantidad desmedida cuando es otro quien los tiene, pero cuando uno tiene que salir por piernas de la noche a la mañana y emprender una huida a lo largo de mil millas, corriendo con todos los gastos, ¿cuánto le parece a usted que pueden durar dos mil quinientos dólares?

—¿Cuánto le duraron? —pregunté.

—Unos dos años, por Dios se lo digo. Y luego ahí resulta que yo... —calló. Me miró fijamente, malencarado y eso que yo había pagado el café y el pan que estaba sobre la mesa, entre los dos. Me fulminó con la mirada—. ¿Usted quién se cree que es, a todo esto? ¿William J. Burns?^[88]

—No lo creo. No tenía intención de ofenderle. Sólo tenía curiosidad por saber cuánto tiempo le duraron los dichosos dos mil quinientos dólares.

—¿Y quién ha dicho que tuviera dos mil quinientos dólares? Yo sólo he puesto un ejemplo. Nunca llegó a tener nada, ni siquiera dos mil quinientos centavos. Y, si es que los tuvo, los escondió, y aquí se ha quedado desde entonces. Vino aquí a gorronearnos a nosotros, los blancos, y cuando se hartó de dar la lata le dio por gorronearles también a los nativos. Y un blanco ha tenido que caer muy bajo cuando es tan picajoso en sus tratos con los demás que prefiere vivir entre los indígenas antes de desenterrar sus dineros y vivir como un blanco decente.

—Es posible que nunca llegase a robar nada —dije.

—¿Y entonces qué demonios está haciendo aquí?

—Yo también estoy aquí.

—No sé yo si no se habrá dado usted a la fuga...

—Así es —dije—. No lo sabe.

—Pues claro que no, porque eso será asunto tuyo. Cada cual tiene sus propias cosas, sus asuntos privados, y eso no hay quien lo respete tan a rajatabla como yo. Lo que sí sé es que un hombre blanco tiene que tener razones de mucho peso... A lo mejor ahora ya no las tiene. Pero a mí no me venga con el cuento de que un blanco es capaz de venirse a vivir y a morir aquí si no tiene razones de mucho peso.

—¿Y piensa usted que el robo de un dinero es la única razón posible?

Me miró asqueado, con desprecio.

—¿Se ha traído un ama de cría con usted? Pues más le valdría, al menos hasta que entienda lo suficiente de la naturaleza de los hombres y pueda viajar solo. Y es que la naturaleza de los hombres, igual me da quién sea, igual me da que cante en el coro de la iglesia, lleva a los hombres a robar siempre y cuando piensen que pueden

salirse con la suya. Si eso aún no lo ha entendido, más le vale volver por donde ha venido y quedarse en casita, donde los suyos puedan cuidar de usted.

Pero en ese momento había visto a Midgleston, que estaba al otro lado de la calle. Se había parado junto a un grupillo de niños desnudos que jugaban en medio de la polvareda, a la sombra: un hombre menudo, cabreadizo, con unos pantalones de dril bastante sucios, que además no estaban hechos para él.

—Sea lo que fuere —dije—, no parece preocuparle.

—Ah. Es él. Ni siquiera tiene seso suficiente para saber cuándo no tiene necesidad de preocuparse de nada.

Bastante contento y bastante pobre. Por fin le llegó el turno de compartir el café y el pan conmigo. No, eso no es así. Por fin logré escabullirme del resto de sus compatriotas venidos a menos, como era el caso de mi primer informante: hombres desaliñados, sucios, por lo común sin afeitar, que eran inevitables en las cantinas y en los cafés, bocazas, violentos, empeñados en mantener la superioridad de la raza blanca y su propio concepto de la injusticia y de la ofensa entre los dientes blancos, los rostros serios, oscuros, corteses, fatales, especulativos y extranjeros, y por fin invité a Midgleston a desayunar conmigo. Tuve que invitarle y tuve que insistir. Se presentó a la hora convenida con los mismos pantalones sucios, aunque con una camisa blanca, enterita, planchada, y vino además afeitado. Aceptó la invitación sin servilismo, sin desconfianza, sin avidez. Pero cuando levantó el tazón, que no tenía asa, vi que las manos le temblaban tanto que tardó bastante en llevársela a los labios. Vio que estaba observando el temblor de sus manos y me miró a la cara por vez primera y vi que sus ojos eran los ojos de un anciano.

—No he comido apenas nada en un día o algo más —dijo con un residuo de excusa por su torpeza.

—¿Quiere decir que no ha comido nada en dos días? —le dije.

—Este clima tan caluroso... No es mucho lo que se necesita. Uno se siente mejor cuando no come demasiado. Eso fue lo más engorroso cuando llegué. Antes, en mi tierra, siempre tuve un buen diente.

—Ah —dije. Ordené entonces que nos trajeran algo de carne a pesar de sus protestas. Pero se zampó el desayuno, se lo zampó enterito.

—Usted mire qué pinta tengo —dijo—. No he desayunado tanto como hoy

desde hace veinticinco años. Pero cuando uno se las va apañando, es difícil abandonar los viejos hábitos. No, señor. Desde que me marché de mi tierra nunca había desayunado tanto como hoy.

—¿Tiene planes de regresar a su tierra? —le pregunté.

—Me temo que no, no. Aquí me encuentro bien. Puedo vivir con poca cosa, con sencillez, sin que se me amontone nada. Soy mi propio jefe durante todo el día; antes era delineante en el estudio de un arquitecto. No. No creo que vaya a regresar —me miró. Su rostro demostraba una gran atención; estaba vigilante incluso, como un niño a punto de contar algo, a punto de delatarse—. No adivinaría usted dónde duermo ni siquiera en cien años.

—No. No cuento con adivinarlo. Dígame, ¿dónde duerme?

—En un desván, encima de una cantina que hay por allá. El edificio es propiedad de la Compañía, y la señora Widrington, la esposa del señor, Widrington, el gerente, me permite dormir en el desván. Está bastante alto, es silencioso, sólo hay alguna rata de vez en cuando. Allí donde fueres, ya se sabe, haz lo que vieres. Sólo que esto no es precisamente Roma; más bien Villaconejos. Pero tampoco es eso —me miró—. No lo adivinaría jamás.

—No —dije—. No lo adivinaría jamás.

Me miró.

—Me refiero a la cama que ocupo.

—¿La cama que ocupa?

—Ya se lo he dicho: no lo adivinaría jamás.

—No —le dije—. No pienso intentarlo.

—La cama que ocupo es un rollo de papel encerado, del que se emplea para reforzar los techos.

—¿Un rollo de qué?

—De papel encerado, del que se emplea para reforzar los techos —lo dijo con el rostro iluminado, pacífico; lo dijo con voz sosegada, rebosante de contento y de

tranquilidad—. A la noche lo desenrollo y me acuesto, y a la mañana siguiente lo enrolló y lo dejo apoyado en el rincón. Así tengo el cuarto limpio durante todo el día. ¿No le parece una idea estupenda? Nada de sábanas, no hay que hacer la colada, nada de nada. Enrollo la cama entera como si fuese un paraguas y me la llevo bajo el brazo cuando me apetece ir con la música a otra parte.

—Vaya —dije—. ¿Así que no tiene familia?

—No. Conmigo, no. No.

—Entonces, ¿tiene familia allá en su tierra?

Estaba muy reposado. No fingió que le ocupara nada de lo que había en la mesa. Tampoco puso los ojos en blanco, aunque meditó pacíficamente unos momentos.

—Sí. En mi tierra tengo esposa. Es probable que este clima no le sentara nada bien. Esto no le iba a gustar. Pero está estupendamente. Nunca he dejado de pagar las cuotas del seguro; he pagado bastante más de lo que supondrá usted que sería capaz de ahorrar un delineante de arquitecto con un salario de setenta y cinco dólares a la semana. Si le dijera la cantidad exacta le sorprendería. Ella me ha ayudado a ahorrar; es una buena mujer. Así que eso es lo que le queda. Se lo ha ganado, el mérito es suyo. Además, a mí el dinero no me hace falta.

—Entonces no tiene planes de regresar a su tierra.

—No —repuso. Se me quedó mirando; de nuevo puso una expresión parecida a la de un niño que está a punto de delatarse—. Dese cuenta, algo he hecho.

—Ah. Entiendo.

Habló entonces en voz baja:

—No es lo que usted piensa. No es lo que los otros —movió el mentón en un breve gesto con el que abarcó a los demás— piensan. Nunca he robado ningún dinero. Siempre se lo dije a Martha, que es mi esposa. «Verá usted, señora Midgleston: el dinero se gana tan fácil que no vale la pena arriesgarse, ni tomarse la molestia de robarlo. Basta con que uno trabaje. ¿Hemos sufrido alguna vez por ello?», le dije. «Desde luego, no vivimos como viven algunos. Pero es que unos han nacido para una cosa y otros para otra. Y el que ha nacido para ser un renacuajo lo

pasará mal cuando se empeñe en ser salmón. Como mucho, será sanguijuela.» Eso es lo que le decía yo. Y ella ha cumplido con su parte y nos llevamos muy bien; si le dijera a cuánto asciende la póliza de mi seguro se iba a sorprender. No; ella no ha tenido que sufrir por ello. Ni lo piense.

—No —dije.

—Pero... algo he hecho. Sí, señor.

—¿Algo ha hecho? ¿Y no lo puede contar?

—Algo. Algo que no correspondería hacer si uno tuviera el sino de un simple mortal.

—¿Qué es lo que ha hecho?

Me miró.

—No me da ningún miedo contárselo. Nunca me ha dado ningún miedo contarle. Lo que pasa es que estos tipos —volvió a sacudir levemente el mentón— nunca lo hubiesen entendido. Ni siquiera se habrían enterado de qué estaba hablando. Pero usted sí lo entenderá. Usted sí —me miró a la cara—. Hubo una época de mi vida en que fui un farno.

—¿Un farno?

—Un farno. ¿No se acuerda de los libros antiguos, en los que aparecían bebiendo vino tinto? ¿No se acuerda de que algunas veces los senadores de la Antigua Roma y de la Antigua Grecia decidían arrancar un viñedo, o talar un bosque de los que usaban los dioses? En él construían residencias de verano para correrse sus buenas juergas allí donde no los oyese la policía, y entonces los dioses tampoco los oían, aunque a los dioses no les iba a hacer ninguna gracia que se casaran con mujeres que iban corriendo por ahí en pelota picada, y por eso el dios de los bosques, que se llamaba...

—Pan —dije.

—Eso es, Pan. Era el que mandaba a esas criaturas que eran mitad hombre y mitad cabra para meterles miedo.

—Ah —dije—. Entiendo: un fauno.

—Eso es. Un farno. Eso es lo que fui en otra época de mi vida. Me educaron en la religión; nunca he consumido tabaco ni licores; ahora mismo no creo que termine por ir al infierno. Claro que la Biblia dice que aquellos hombrecillos eran seres mitológicos. Pero yo sé bien que no es así, y por eso he estado y estoy un tanto aislado del sino que ha de correr un simple mortal. Porque hubo un día, en otra época de mi vida, en el que fui un farno.

II

En el estudio en el que Midgleston había trabajado de delineante se hablaba mucho del lugar en sí y de los incomparables planes que para el lugar albergaba la señora Van Dyming a la vez que manufacturaban los proyectos correspondientes, los planos y esbozos. El terreno constaba de un prado, una loma con orientación sur, en la que crecían las vides, y un trecho de bosque.

—Una muy buena tierra, decían. Pero nadie quería vivir en ella.

—¿Y por qué no? —dije.

—Porque allí pasaban cosas. Se contaba que mucho tiempo atrás un hombre venido de Nueva Inglaterra se asentó en aquel paraje y plantó las vides para comercializar las uvas. Iba a hacer jalea, o algo así. La cosecha fue buena, pero cuando llegó la hora de la vendimia no pudo recoger la uva.

—¿Por qué no la pudo recoger?

—Porque se había roto una pierna. Tenía unas cuantas cabras y un carnero que no lograba mantener fuera del viñedo. Lo intentó de mil maneras, pero le fue imposible impedir que el carnero entrase en el viñedo. Y cuando el hombre fue al viñedo a recoger las uvas para preparar los tarros de jalea, el carnero arremetió contra él, lo embistió y se rompió una pierna. Así que a la primavera siguiente se marchó el hombre que había venido de Nueva Inglaterra.

»Y aún hablaban de otro hombre, de un italiano que vivía por la otra linde del bosque. Recolectaba las uvas y hacía vino con ellas, y le fueron bien las cosas vendiendo el vino. Pasado un tiempo las cosas le iban realmente tan bien que tenía más clientes que vino para suministrar. Por eso, cuando empezó a rebajar el vino y

a adulterarlo con agua y alcohol, se fue haciendo rico de verdad. Al principio se servía de un caballo y una carreta para llevarse las uvas por un camino particular que atravesaba el bosque, pero al hacerse rico se compró un camión, y aún adulteró el vino un poco más que antes, y se hizo aún más rico y se compró un camión mayor. Y una noche cayó una tormenta cuando estaba fuera de su casa, recogiendo las uvas, y esa noche no llegó a casa. A la mañana siguiente lo encontró su mujer. El camión había patinado, se había salido de la carretera y había volcado. El italiano estaba muerto debajo del vehículo.

—No entiendo yo por qué todo eso ha dado mala fama al lugar —dije.

—Muy bien, como quiera. Yo me limito a contarle lo que sé. Los campesinos de los alrededores no pensaban igual que usted. Puede ser que fuese porque sólo eran eso, simples campesinos. De todos modos, ninguno estaba dispuesto a vivir en aquel paraje, y por eso el señor Van Dyming compró el terreno que ni regalado. Para la señora Van Dyming. Un regalo, un juguete. Antes incluso de que terminásemos de trazar los planos, la señora se marchaba en un tren especial con muchas de sus amistades sólo por echar un vistazo al terreno, y eso que entonces no había ni una cabaña construida, y la hierba del prado crecía hasta la estatura de un hombre, y la loma de las viñas estaba descuidada, las viñas todas enmarañadas. Sin embargo, allá que se iba y se plantaba con los demás ricachones de Park Avenue, para explicarles que allí se podría construir la casa comunal, que se iba a hacer de tal manera que recordase al Coliseo, y más allá el garaje de la comunidad, que se iba a hacer de tal manera que recordase a la Acrópolis, y que todas las viñas serían arrancadas de cuajo para aterrizar la loma y crear un teatro al aire libre, donde todos ellos podrían actuar en las obras teatrales de todos los demás. Y les contaba que en el prado habría un lago donde se podrían remolcar de una orilla a otra una galera romana por medio de un motor de gasoil, y en la galera habría colchonetas y demás para tenderse a la bartola mientras almorzaban.

—¿Y qué decía el señor Van Dyming de todo eso?

—No creo que dijera gran cosa. Se había casado con ella, ya lo entenderá. Una vez va y dice: «Oye, Mattie», y ella se da la vuelta en redondo, en medio del estudio del arquitecto, delante de todos, y le suelta: «Ni se te ocurra llamarme Mattie». Él se quedó callado un rato, pero luego dijo: «No ha nacido ella en Park Avenue. Ni tampoco en Westchester. Ella ha nacido en Poughkeepsie. Su apellido de soltera es Lumpkin».

»Pero nadie lo diría al verla. Cuando salía su foto en el periódico, con todos

los diamantes que le había regalado Van Dyming, no se decía que la señora de Carleton Van Dyming había sido, de soltera, la señorita Mathilda Lumpkin, natural de una localidad de clase obrera como Poughkeepsie. No, señor. Eso no se atrevían a decírselo a la cara ni los periódicos. Y supongo que el señor Van Dyming tampoco se lo había dicho nunca, sólo que aquel día en el estudio se le olvidó. Por eso, va ella y le suelta: “Ni se te ocurra llamarme Mattie”. Y él se tuvo que callar y quedarse quieto, acoquinado. Se parecía más o menos a mí, según se decía. Y se quedó golpeando uno de sus cigarrillos carísimos contra el guante, con una cara que parecía que hubiera pensado en sonreír un poco, aunque enseguida se diese cuenta de que tampoco le iba a servir de nada.

»Primero se construyó la casa. Estaba muy bien; el señor Van Dyming había hecho los planos. Supongo que quizás esa vez llegó a decir algo más, que no sólo la llamó Mattie. Y supongo que aquella vez a la señora Van Dyming no se le ocurrió soltarle a la cara ese “Ni se te ocurra llamarme Mattie”. A lo mejor él le prometió que no iba a interferir en todo lo demás. De todos modos, la casa estaba realmente muy bien. Estaba en la loma, cerca de la linde del bosque. Estaba hecha de troncos. Pero tampoco es que fuera muy de troncos. Quedaba muy bien en el paraje, encajaba con toda naturalidad. Con troncos donde había que poner troncos, y buen ladrillo de ciudad y planchas de madera allí donde no había que poner troncos. Estaba en su sitio, encajaba de maravilla, estaba realmente muy bien. No se trataba de que nadie se enojase, no sé si me explico.

—Sí, creo que ya entiendo lo que quiere decir.

—Pero en todo lo demás él no interfirió; la dejó hacer con su Acrópolis y todo lo demás —me miró con gran atención—. A veces pensaba yo que...

—¿Qué? ¿Qué dice que pensaba?

—Ya le he dicho que él y yo éramos de la misma talla, que nos parecíamos bastante —me miró—. Como si hubiésemos podido hablar de tú a tú a pesar de toda su ropa cara y su lujo de Park Avenue, a pesar de sus bancos y sus ferrocarriles, a pesar de ser yo un delineante con un salario de setenta y cinco dólares a la semana, que vivía en Brooklyn y que ya tampoco era joven. Como si en cualquier momento le hubiera podido decir lo que se me pasara por la cabeza, y él me hubiera podido decir a las claras lo que pensaba, y como si nos hubiéramos podido entender perfectamente. Por eso a veces me daba por pensar... —me miró con atención, pero no como si estuviera dando palos de ciego—. A veces los hombres son más sensatos que las mujeres. Saben qué es lo que hay que dejar en paz, y las mujeres no siempre

saben cuándo es hora de olvidarse de algo y dejarlo estar. Para eso no hace falta ser religioso en el buen sentido ni religioso en el mal sentido. Ni siquiera hace falta ser religioso —me miró con atención. Al cabo de unos instantes habló en tono tajante, resuelto, irrevocable—. Esto le va a parecer una solemne tontería.

—No. Claro que no. No, ni mucho menos.

Me miró un momento y luego apartó la mirada.

—No. Le parecerá una tontería. Pero tómese su tiempo.

—No, no. Le aseguro que no, se lo juro. Quiero que me lo cuente. No soy yo uno de esos que creen que todo el mundo ya lo sabe todo —me miró—. Nos ha costado un millón de años hacer que las cosas sean como son —le dije—. Y un hombre se puede hacer y se puede agotar y puede acabar enterrado en menos de setenta años. ¿Cómo va a esperar nadie que un hombre sepa siquiera lo suficiente para dudar de todo?

—Eso es verdad —dijo—. Eso es muy verdad.

—¿Y qué era lo que a veces le daba por pensar?

—A veces me daba por pensar que de no haber sido por mí se habrían servido de él. Se habrían servido del señor Van Dyming tal como se sirvieron de mí.

—¿Quiénes? —nos miramos uno al otro, muy serios, muy callados.

—Sí, hombre. Los mismos que se sirvieron del carnero con aquel que vino de Nueva Inglaterra y de la tormenta con el italiano.

—Ah. Habrían utilizado al señor Van Dyming en su lugar... si no hubiera estado usted presente. ¿Y cómo lo utilizaron?

—Eso es lo que le voy a contar. Le voy a contar cómo me eligieron y cómo se sirvieron de mí. No sabía yo que me habían elegido. Pero me eligieron para hacer algo que está más allá del sino que ha de correr un simple mortal. Fue el día en que el señor Carter (que era el jefe, el arquitecto) recibió del señor Van Dyming un mensaje para que se diera prisa. Creo que ya le he contado que la casa estaba terminada, y habían ido muchos de sus amigos para ver los trabajos de los obreros, que ya habían empezado la construcción del Coliseo y de la Acrópolis. Llegó entonces el mensaje para que se acelerasen los planos y las obras. Ella quería

ante todo los planos del teatro, el que se había de construir en la ladera en la que crecían las vides. Era lo que quería que se construyese primero, para que luego sus acompañantes se pudieran instalar a contemplar la construcción de la Acrópolis y el Coliseo. Ya había dado la orden de que se arrancasen de raíz todas las viñas, y el señor Carter puso entonces los planos del teatro en una cartera y me dio libre el fin de semana para que se los llevara en mano.

—¿Dónde estaba ese lugar?

—No lo sé. Estaba en los montes, en los montes apacibles en los que nunca han vivido demasiadas personas. Se respiraba una especie de aire verde, y gélido, y soplaba el viento. Cuando soplaba entre los pinos sonaba como un órgano, sólo que era un sonido no tan domesticado como el de un órgano. Ni domesticado ni manso; sonaba asilvestrado. Pero no sé del todo bien dónde estaba. El señor Carter tenía el billete listo, y me dijo que alguien saldría a recibirme cuando llegara a la estación de ferrocarril.

»Así que llamé por teléfono a Martha y fui a casa a preparar mis cosas para el viaje. Cuando llegué, mi mujer tenía mi mejor traje recién planchado, el de los domingos, y mis zapatos bien lustrados. No me pareció que fuera lo más sensato, puesto que mi intención era sólo llevar los planos y volver. Pero Martha me dijo que yo ya le había dicho qué clase de personas me iba a encontrar allí. “Y tienes que estar tan elegante como el que más”, me dijo. “Porque todos ellos son ricos y salen en los periódicos, pero tú vales lo mismo que cualquiera de ellos.” Fue lo último que me dijo antes de montar en el tren, con mi mejor traje y la carpeta de los planos: “Tú vales lo mismo que cualquiera de ellos, por más que salgan en los periódicos”. Y así empezó la cosa.

—¿Qué fue lo que empezó? ¿El viaje? ¿El tren se puso en marcha?

—No. El tren llevaba en marcha un buen rato; ya estábamos en el campo. Yo aún no sabía que me habían elegido. Iba sentado cómodamente en el tren, con la carpeta encima de las rodillas, donde no la perdiera de vista. Cuando fui al coche restaurante a tomar un vaso de agua no sabía que me habían elegido a mí. Me llevé la carpeta y estaba allí de pie, mirando por la ventana y bebiendo despacio en un vasito de papel. Había un ribazo junto al cual corría el tren, y una valla blanca que lo cercaba, y del otro lado de la valla vi algunos animales, pero el tren circulaba a demasiada velocidad, y no pude ver qué clase de animales eran.

»Me volví a llenar el vaso de papel y estaba bebiendo a sorbos, mirando el

ribazo y la valla y los animales que estaban del otro lado del cercado, cuando de golpe y porrazo me sentí como si me hubieran arrancado de la tierra. Veía el ribazo y veía la cerca, pero los vi dar vueltas a lo lejos. Y fue entonces cuando la vi. Y nada más verla fue como si me hubiese reventado dentro de la cabeza. ¿Sabe qué fue lo que vi?

—¿Qué fue lo que vio?

Me miró.

—Vi una cara. Una cara en el aire, que me estaba mirando por encima de la valla blanca, en lo alto del ribazo. No era la cara de un hombre, porque tenía cuernos, y no era la cara de una cabra, porque tenía barba y me miraba con ojos como los de un hombre, y tenía la boca abierta como si me dijese algo cuando reventó dentro de mi cabeza.

—Sí. ¿Y entonces...? ¿Qué hizo después?

—Usted se está diciendo: «Éste vio una cabra del otro lado de la valla». Ya lo sé. Pero yo no le he pedido que lo crea, téngalo bien presente. Y es que hace veinticinco años que no me tomo la molestia de que la gente me crea o no. A mí con eso me basta. Y supongo que eso es todo lo que importa.

—Sí —le dije—. ¿Qué hizo después?

—Me encontré tendido, con la cara empapada y la boca y el gaznate como si los tuviera en llamas. El hombre retiraba en ese momento la botella de mi boca (allí había dos hombres, el revisor y el mozo de cuerda) e intenté sentarme. «En esa botella hay whiskey», dije.

»“Pues claro que no, caballero”, dijo el hombre. “Sabe usted de sobra que no le daría yo una gota de whiskey a un hombre como usted. Sólo con verle está bien claro que usted no se ha tomado una copa en toda su vida. ¿Sí o no? Diga, diga.” Le dije que no. “Pues claro que no”, me dijo. “Por la manera en que se cayó con esa curva está clarísimo que es usted de la Asociación de Damas Abstemias. De todos modos, se ha llevado un buen golpetazo en la cabeza. ¿Qué tal se encuentra ahora? Tenga, tome otro sorbo de este reconstituyente.”

»“Me parece que eso es whiskey”, dije.

—¿Y era whiskey?

—No lo sé. Lo he olvidado. A lo mejor entonces sí lo supe. A lo mejor supe qué era cuando me tomé otra dosis. Pero eso es lo de menos, porque entonces la cosa ya había empezado.

—¿Había empezado por efecto del whiskey?

—No. Aquello era mucho más fuerte que el whiskey. Como si fuese aquello lo que bebía de la botella, aquello, y no yo. Y es que los hombres sostuvieron la botella en alto y uno dijo: «Pues, la verdad, se lo bebe usted como si no fuera whiskey. Pero seguro que enseguida sabrá si es o no es, ¿verdad?».

»Cuando el tren se detuvo en la estación indicada en el billete, todo estaba de un color verde intenso, la luz y los montes. Allí estaba la carreta; los dos hombres me ayudaron a bajar del tren y me pusieron en la mano la carpeta, y entonces me quedé parado y tan sólo dije: “Adelante, en marcha”. Eso es lo que dije: “Adelante, en marcha”. Y los dos hombres se me quedaron mirando igual que me está mirando usted.

—¿Como le estoy mirando yo?

—Sí. Pero usted no tiene por qué creerme. Y les indiqué que esperasen mientras iba yo a por un silbato.

—¿Un silbato?

—Allí había un colmado. Un colmado y el depósito de mercancías, y luego los montes, y el frío intensamente verde, sin un rayo de sol, y una polvareda tirando a pálida en medio de la cual esperaba la carreta. Entonces arr...

—Pero ¿y el silbato? —dije.

—Lo compré en el colmado. Era de hojalata, con varios agujeros. No supe muy bien cómo cogerle el tranquillo. Eché la carpeta con los planos a la carreta y dije: «Adelante, en marcha». Eso fue lo que dije. Uno de ellos tomó la carpeta de la carreta y me la devolvió. «Oiga usted, caballero», me dice, «¿esto no tiene ningún valor?». Yo la volví a echar al interior de la carreta y dije: «Adelante, en marcha».

»Íbamos todos juntos en el pescante, yo en medio de los dos. Cantamos. Hacía frío, y circulamos por la orilla del río, cantando, hasta llegar al molino, donde nos detuvimos. Mientras uno de los dos entraba en el molino empecé a quitarme toda la ropa.

—¿A quitarse la ropa?

—Sí. El traje de los domingos. Me lo quité todo y lo fui echando al polvo, por Dios mismo se lo juro.

—¿Y no hacía frío?

—Pues claro que hacía frío. Claro que sí. Cuando me desnudé del todo sentí el frío en el cuerpo. Uno de ellos volvió del molino con un jarro y bebimos del jarro...

—¿Y qué había en el jarro?

—No lo sé. No me acuerdo. No era whiskey. Lo sé por la pinta que tenía. Era transparente como el agua clara.

—¿Y no supo qué era por el olor?

—Es que yo no tengo olfato. No sé cómo se llama exactamente eso, pero ya desde niño no lograba captar determinados olores. Dicen que por eso me he quedado viviendo aquí veinticinco años.

»Total, que bebimos y me fui caminando hasta la barandilla del puente. Y en el momento mismo en que me asomé me vi en el agua. Y en ese momento supe que había sucedido. Lo supe porque mi cuerpo era tan humano como el de cualquier hombre, pero mi cara era la misma cara que había reventado dentro de mi cabeza cuando estaba a bordo del tren, la cara que tenía barba y cuernos.

»Cuando volví a la carreta volví a beber del jarro y aún cantamos, sólo que al cabo de un rato me puse por fin la ropa interior y los pantalones porque ellos se empeñaron, y así seguimos camino, cantando.

»Cuando avistamos la casa salté de la carreta. “Seguro que no querrá usted bajarse aquí”, me dijeron. “Estamos justo en el pasto donde tienen encadenado al toro.” A mí me dio lo mismo. Me bajé de la carreta con mi traje de los domingos y mi chaleco y la carpeta en la mano, y la flauta de hojalata.

III

Calló. Me miró muy serio, muy quieto.

—Sí —dije—. Sí. ¿Y entonces... qué?

Me siguió mirando.

—Yo nunca le he pedido que crea nada, ¿verdad que no? Eso se lo tengo que decir tantas veces como sea preciso —tenía la mano en la pechera—. La verdad es que hasta ahora ha tenido mucho que tragar, y no habrá sido fácil. Pero no se apure, porque le voy a ahorrar la tensión.

Del bolsillo de la pechera sacó una cartera de lona. Estaba toscamente cosida, con torpeza, y estaba ensuciada por el exceso de uso. La abrió. Pero antes de que extrajera el contenido me volvió a mirar con atención.

—¿Suele ser usted indulgente?

—¿Indulgente?

—Con los demás. Con lo que creen ver los demás. Y es que no hay nada que sea exactamente igual para dos personas distintas. Una cosa nunca resulta igual a dos personas, pues todo depende del lado desde el que se mire.

—Ah —dije—. Indulgente, claro. Sí. Sí.

De la cartera sacó una hoja de periódico doblada. La hoja estaba amarillenta por la antigüedad que tenía, los dobleces rotos y cuidadosamente pegados con hilos sucios. La desdobló con todo cuidado, con el máximo esmero, y le dio la vuelta y la depositó sobre la mesa para que yo la viera.

—No la vaya a coger —dijo—. Es bastante vieja, y es el único ejemplar que tengo. Léala.

La miré: la tinta desleída, la página emborronada, con una fecha de veinticinco años atrás:

UN MANÍACO ANDA SUELTO EN LOS MONTES DE VIRGINIA

DESTACADA DAMA DE LA SOCIEDAD NEOYORQUINA

ATACADA EN SU PROPIO JARDÍN

La señora de Carleton Van Dyming, de Nueva York y Newport, atacada por un loco semidesnudo y un toro enfurecido en el jardín de su residencia de verano. El maníaco logra escapar. La señora Van Dyming, muy afectada.

A partir de ahí seguía, con sus imágenes y sus dibujos, para relatar que la señora Van Dyming, que estaba esperando a un propio del estudio de su arquitecto, que debía llegar de Nueva York, hubo de levantarse de la mesa en que estaba cenando con sus invitados para recibir, según supuso, al recadero del arquitecto. El relato continuaba con las palabras de la propia señora Van Dyming:

Fui a la biblioteca, adonde había indicado que hicieran pasar al recadero del arquitecto, pero allí no había nadie. Estaba a punto de tocar la campanilla para llamar al lacayo cuando se me ocurrió salir a la puerta de la casa, puesto que es costumbre entre los lugareños acercarse a la entrada y negarse a pasar y a marcharse hasta que aparezca el señor o la señora de la casa. Fui hasta la puerta y allí no había nadie.

Salí al porche. La luz estaba encendida, pero no vi a nadie. Me dispuse a volver al interior de la casa, pero el lacayo me había dicho con toda claridad que la carreta había regresado al pueblo, por lo que pensé que el hombre al que esperaba tal vez se hubiera alejado por el césped, desde donde podría ver el lugar en que se estaba construyendo el teatro, en donde aquel mismo día los obreros habían empezado a allanar el terreno arrancando las viejas vides. Me encaminé en aquella dirección. Casi había llegado al final del césped cuando algo me llevó a darme la vuelta. Vi, silueteado entre el porche, donde estaba encendida la luz, y el punto en que me encontraba, a un hombre agachado y que saltaba a la pata coja, y vi con espanto, o más bien entendí, que se encontraba a punto de quitarse los pantalones.

Grité para llamar a mi esposo. Cuando lo hice, el hombre liberó la otra pierna y se dio la vuelta y vino corriendo hacia mí, con un cuchillo en alto (vi el relumbre de la luz del porche en la larga hoja del cuchillo), y un objeto plano y cuadrado en la otra mano. Me di la vuelta y eché a correr, chillando, hacia el bosque.

Perdí por completo el sentido de la orientación. Sencillamente eché a correr como una loca para salvar la vida. Descubrí que me encontraba en donde estuvo el antiguo viñedo, entre las viñas, y que iba corriendo de tal modo que me alejaría de

la casa. Oía al hombre correr detrás de mí, y de pronto le oí emitir un extraño sonido. Era como si un niño se empeñase en tocar un silbato de baratillo, y entonces me di cuenta de que era el silbido de su respiración, pues llevaba la hoja del cuchillo sujeta entre los dientes.

De repente, algo me sobrepasó y me adelantó con un tremendo rugido entre los matorrales. Pasó a toda velocidad tan cerca de mí que le pude ver los ojos resplandecientes, y vi la forma de una bestia enorme, con cuernos, en la que poco después reconocí al toro de raza Durham más apreciado que tiene Carleton [el señor Van Dyming], un animal tan peligroso que el señor Dyming se ve obligado a mantenerlo encerrado y atado. Se encontraba en libertad y pasó de largo y se me escapó, con lo que por ese lado no podía seguir yo mi huida, mientras el loco del cuchillo me cortaba la retirada. Estaba rodeada; me detuve de espaldas a un árbol y me puse a gritar pidiendo auxilio.

—¿Cómo se escapó el toro? —le pregunté.

Me estaba mirando muy atento a la cara mientras leía el periódico, como si fuese yo un profesor a punto de ponerle nota a un trabajo de clase.

—Cuando yo era pequeño, me encargaba de vender suscripciones para la *Police Gazette*, y por cada una que vendía me daban una recompensa. Una de las recompensas que me dieron fue una maquinita que al parecer abría todos los cerrojos. Ya no la uso nunca, pero aún la llevo en el bolsillo, a manera de amuleto o algo así, digo yo. En cualquier caso, aquella noche la llevaba encima —miró el periódico que seguía sobre la mesa—. Supongo que todo el mundo cuenta lo que cree haber visto. Por eso tiene uno que creer lo que ellos piensan que creen. Pero en ese periódico no se cuenta cómo se quitó las chinelas (por poco me parto el pescuezo al resbalar cuando pisé una de las dos) para correr más deprisa, ni cómo la oía en mi interior yo haciendo ump-ump-ump como un caballo de tiro, ni cómo cuando por fin aflojó la marcha daba yo otro silbido con la flauta de hojalata para que apretase el paso por el miedo.

»Ni siquiera fui capaz de seguirla de cerca, porque llevaba encima la carpeta y además tenía que tocar cada tanto el silbato; era como si no fuese capaz de cogerle el tranquillo, no sé cómo. Pero a lo mejor fue porque tuve que empezar a tocarlo muy de repente, sin haber tenido tiempo de ensayar mejor, y además a todo correr. Total, que tiré la carpeta y entonces sí la alcancé, estaba de espaldas contra un árbol, y el toro no paraba de correr dando vueltas alrededor del árbol, sin molestarla, sólo dando vueltas alrededor, armando un alboroto de cuidado, y ella estaba allí

apoyada y murmuraba “Carleton, Carleton”, como si le diera miedo despertarlo.

El relato del periódico continuaba así:

Me quedé apoyada contra el árbol, cada vez más convencida de que con cada vuelta que daba el toro tarde o temprano terminaría por descubrir mi presencia. Por eso dejé de dar voces. Entonces llegó el hombre a donde estaba yo, y lo pude ver a las claras por primera vez. Se paró delante de mí; durante un momento de espanto y de alborozo pensé que era el señor Van Dyming.

—¡Carleton! —dije en voz baja.

No me respondió. De nuevo estaba agachado; vi entonces que algo hacía con el cuchillo que tenía en la mano.

—¡Carleton! —grité.

—A saber cómo se le cogerá el tranquillo a este cacharro —murmuró, ajetreado con el cuchillo asesino.

—¡Carleton! —grité—. ¿Tú estás loco?

Entonces me miró. Vi que no era mi esposo, vi que estaba a merced de un loco, de un maníaco, y de un toro enfurecido. Vi que el hombre se llevaba el cuchillo a los labios, y de nuevo emitió un alarido pavoroso. Y me desmayé.

IV

Y eso era todo. La crónica del periódico pasaba a referir tan sólo que el loco se había esfumado sin dejar ni rastro, y que la señora Van Dyming se encontraba sujeta a cuidados de su médico particular, y que un tren especial esperaba para transportarla junto con todos sus criados e invitados, sin que faltara ni uno, de vuelta a Nueva York; y que en una breve entrevista el señor Van Dyming había informado a la prensa de que sus planes para introducir diversas mejoras en el lugar quedaban definitivamente suspendidos, y que de hecho había puesto el terreno a la venta.

Doblé el periódico con el mismo esmero que hubiese puesto él.

—Vaya —dije—. Así que eso es todo.

—Sí. Desperté al día siguiente ya con el sol en el cielo, en algún punto del bosque. No supe ni cuándo me había dormido ni, al principio, en dónde estaba. No pude recordar al principio qué había hecho. Pero eso no es de extrañar. Supongo que un hombre no puede perder un día de su vida sin enterarse al menos. ¿No le parece?

—Sí —dije—. Es lo mismo que opino yo.

—Y es que sé que no soy tan perverso, a ojos de Dios, como me temo que parezco a ojos de muchos hombres. Y supongo que ni los mismos demonios ni esas cosas y tampoco el Diablo en persona son tan perversos a ojos de Dios como lo son según muchos hombres que afirman saber un montón de los asuntos divinos. ¿No le parece que es así?

La cartera se hallaba abierta encima de la mesa. Pero no devolvió el periódico a su interior, no de inmediato. Entonces dejó de mirarme, y en su rostro se pintó la desconfianza, de nuevo con un deje infantil. Extendió la mano a la cartera, pero no la retiró de inmediato.

—Eso no es todo, o no lo es exactamente —dijo con la mano dentro de la cartera, la vista baja, y en su rostro esa expresión mansurrón, anodina, en la que asomaba un bigotillo poco poblado—. Cuando era niño me gustaba mucho leer, y leía mucho. ¿Usted suele leer mucho?

—Sí. Bastante —le dije, sólo que no me escuchaba.

—Yo leía historias de piratas y vaqueros, y me imaginaba que era el jefe de los piratas o de los vaqueros, y eso que era un pobre chavalillo que no había visto el océano más que en Coney Island, como no había visto un árbol más que en Washington Square, y sólo muy de vez en cuando. Pero leía aquellas historias y creía, como cualquier otro chiquillo, que un buen día... la vida no le gastaría una broma tan pesada como era el hecho de que me diera la vida y luego... Cuando llegué a casa aquella mañana para prepararme a coger el tren, va Martha y me dice: «Tú vales lo mismo que cualquiera de esos Van Dyming, por más que salgan en los periódicos. Si todos los que se lo merecen salieran en los periódicos, no cabrían ni en Park Avenue ni en Brooklyn», me dice.

Retiró la mano de la cartera. Esta vez extrajo sólo un recorte, de una columna, que me pasó, amarillento y emborronado, no muy extenso:

MISTERIOSA DESAPARICIÓN

SE SOSPECHA DE INTIMIDACIÓN CON VIOLENCIA

Wilfred Middleton, arquitecto de York, desaparece en la casa de campo de un millonario.

La policía busca el cadáver del arquitecto, pues se cree que puede haber sido asesinado por un loco en los montes de Virginia.

El suceso podría estar relacionado con el misterioso ataque sufrido por la señora Van Dyming.

El vecindario de los montes colindantes, aterrorizado.

... Virginia, 8 de abril de...

Wilfred Middleton, de 56 años, arquitecto de la Ciudad de Nueva York, desapareció misteriosamente en algún momento del pasado 6 de abril cuando iba de camino a la casa de campo del señor Carleton Van Dyming, en las inmediaciones. Llevaba en su poder unos valiosos dibujos que aparecieron esta mañana cerca de la finca de Van Dyming, con lo que se dispone así de la primera pista. El jefe de la policía, Elmer Harris, se ha hecho cargo del caso, y en estos momentos espera la llegada de una brigada de la policía de Nueva York, momento en el cual promete una rápida solución del caso si cuenta con la ayuda de diestros criminólogos.

Lo más desconcertante en toda su experiencia

«Cuando resuelva esta desaparición —ha dicho el jefe Harris—, también hallaré la solución al ataque que sufrió la señora Van Dyming en la misma fecha».

Middleton deja esposa, la señora Martha Middleton, residente en la calle..., de Brooklyn.

Me estaba observando con atención.

—No hay más que un error en toda la crónica —dijo.

—Sí —repuse—. Han escrito mal su apellido.

—Me estaba preguntando si se daría usted cuenta. Pero no, ése no es el error... —tenía en la mano otro recorte, que en ese momento desdobló. Era como los otros dos; amarillento, apenas legible. Lo miré, miré la borrosa y apacible letra impresa a través de la cual, como si fuese una red fina y podrida, de algún modo se había filtrado la violencia de antaño, sin dejar siquiera el gesto inerte caer en el polvo apaciguado—. Lea, lea esto. Pero no se trata del error en el que estoy pensando, porque eso en su momento no lo podían saber...

Yo ya estaba leyendo sin escucharle. Era una carta reimpressa, de la sección en la que se daban consejos y se hacían reclamaciones:

Nueva Orleáns, Louisiana

10 de abril de...

Al señor director, New York Times

Nueva York, N. Y.

Estimado señor director:

En el número del pasado 8 de abril de este año se han equivocado en uno de los nombres. Se trata de Midgleston, no Middleton. Le agradecería que corrigiera este error en las secciones de Local y Metropolitana, por ser la prensa un arma al servicio del bien y también del mal que llega a los hogares de todos los norteamericanos. Y un poder de semejante calado no se puede permitir el lujo de incurrir en errores, ni siquiera sobre personas tan bondadosas como lo son tantos hombres y tantas mujeres aun cuando no salgan a diario en los periódicos.

Agradeciéndole de nuevo la atención prestada, le saluda atentamente,

UN AMIGO

—Oh —dije—. Entiendo. Usted lo corrigió.

—Sí. Pero ése no es el error. Si lo hice, fue por ella. Ya sabe usted cómo son las mujeres. Seguro que hubiese preferido no verlo en los periódicos antes que verlo mal escrito.

—¿De quién me habla?

—De mi esposa. De Martha. El error es más bien si los recibió o si no.

—No termino... Mejor será que me lo cuente.

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo. Yo recibí dos del primero, el que relataba la desaparición, pero aguardé hasta que se publicara la carta. Entonces los metí los dos en un papel, y puse encima de los dos «Un amigo», para meterlo todo en un sobre y enviárselo. Pero no sé si los llegó a recibir o no. Ése fue el error.

—¿El error?

—Sí. Ella se mudó. Se mudó a vivir a Park Avenue cuando le pagaron el monto del seguro. Lo vi en un periódico ya después de llegar aquí. Refería que la señora Martha Midgleston, de Park Avenue, se había casado con un joven que estuvo relacionado con la Maison Payot de la Quinta Avenida.^[89] No se decía en qué momento se mudó, así que no sé si llegó a recibirlos o no.

—Ah, vaya —dije. Estaba guardando los recortes con todo cuidado en la cartera de lona.

—Sí, señor. Las mujeres son así. A un hombre no le cuesta mucho seguirles la corriente de vez en cuando, tenerlas contentas. Y es que se lo merecen; lo pasan muy mal. Sólo que no era yo. A mí me hubiera dado lo mismo cómo lo escribieran. ¿Qué es un apellido para un hombre que ha hecho algo, que ha estado fuera del sino que corresponde a los simples mortales?[*]

La pierna

I

La embarcación —una yola con una vela remendada y ajada de tanto faenar a la intemperie— enfiló la entrada encajonada dos niveles más allá y por debajo de nosotros mientras esperaba yo con los remos en alto, mirando por encima del hombro, y George se sujetaba con fuerza al pilote, largándole sin descanso versos de Milton a Everbe Corinthia. Cuando dio el último bordo la yola me volví a mirar a George. Pero ya iba bien entrado en su recital del segundo discurso de Comus,^[90] su rostro avieso y bien levantado, brillante la tarde en su tez rubicunda.

—Déjalo ya, George —dije. Pero nos mantenía inmóviles, sujeto como estaba al pilote, con la gorra reluciente en la mano, barbotando aquellas necedades espléndidas en sus cadencias como si la esclusa, el Támesis, el tiempo y todo lo demás le pertenecieran a él por entero, mientras Sabrina (o Hebe, o Chloe, o el nombre por el cual estuviera interpelando a Corinthia en ese momento), con su fina piel de lechera y su cabello como aguamiel vertida a la luz del sol, esperaba por encima de nosotros con uno de los vestidos de la interminable sucesión de vestidos bellamente estampados que lucía, la mano presta en la palanca y un ojo atento a George, el otro a la yola, diciendo «Sí, milord» cuando era oportuno, cuando George hacía una pausa para recuperar el resuello.

Orzó la yola y se alejó del muelle; el timonel dio una voz para que se enterasen en la esclusa.

—Ya basta, George —dije. Pero él seguía sujeto al pilote con todo su espléndido e incongruente abandono. Everbe Corinthia se encontraba por encima de nosotros, la mano presta en la palanca, ladeando un tanto la cabeza y empezando a dar muestras de cierta preocupación, y mirándolas alternativamente a ella y a la yola y vuelta a empezar pensé en el mucho tiempo que habíamos pasado así los dos desde aquel día, tres años antes, en que, acobardada, pero con la

cabeza bien alta, ella nos abrió la esclusa por vez primera, mientras George retenía inmóvil el esquife al tiempo que la apostrofaba recitando metáforas tomadas de Keats y Spenser.

La tripulación de la yola nos volvió a dar voces, retenida la yola y con las velas aplanadas contra el mástil, aproada.

—¡Suelta de una vez, idiota! —dije, y clavé los remos—. ¡La esclusa, Corinthia!

George me miró. Corinthia estaba mirando a la yola con los dos ojos.

—¿Qué pasa, Davy? —dijo George—. ¿También tú has de empujar a los cerdos de Circe al mar? En tal caso, ¡ábrenos, super-gadarena!^[91]

Y de un empujón nos alejó del pilote. Yo no había tenido la intención de apartarnos. Aun cuando la hubiera tenido, podría haber contrarrestado el brusco movimiento si Everbe Corinthia no hubiese abierto la esclusa. Pero en efecto la abrió, y se volvió a mirarnos y se sentó en tierra, a pesar del vestido limpio que llevaba. El esquife salió despedido debajo de mí; tuve una fugaz imagen de George, que seguía sujeto con un brazo alrededor del pilote, las rodillas casi pegadas al mentón y la gorra en la mano en alto, y también vi un instante una sombra alargada y veloz que se llevaba la sombra de un bichero al pasar sobre la esclusa. Luego bastante ajeteo tuve, atento sobre todo a la mejor manera de guiar el esquife. Pasé disparado entre las compuertas, llevándome conmigo esa imagen de George, la gorra reluciente aún galantemente en alto, como el gallardete de proa en un barco de guerra, al tiempo que desaparecía bajo la superficie. Me quedé flotando entonces, casi del todo quieto, en el agua encalmada, mientras los ojos redondos de dos hombres me miraban en silencio desde la yola.

—Ha perdido al compañero, señor —dijo uno de ellos en tono civilizado.

Sin que me diera cuenta, me habían arrastrado hasta la amura por medio de un bichero, y de pie en el esquife pude ver a George. Estaba de pie en el camino de sirga, y allí estaba también Simon, el padre de Everbe Corinthia, junto con otro hombre; él era el del bichero, cuya sombra había visto yo en la esclusa. Pero sólo vi a George, con su aviesa fealdad y su cabeza redonda y muy oscura a la luz del sol. Uno de los tripulantes de la yola seguía hablando.

—Aguante, señor. Échale una mano, Samuel. Eso es. Ahora ya puede. Dale una vuelta, a ver si el compañero...

—¡Idiota, idiota, eres idiota de remate! —dijo. George se plantó a mi lado, escurriéndose la ropa empapada, mientras nos miraban Simon y el otro, Simon con un rostro gris y ceniciento como el hierro y un bigote gris y ceniciento como el hierro, que le daba el aire de un toro envejecido que otease con malhumor y estulticia el campo por encima de un seto en invierno, y el otro, más joven, con un rostro colorado y capaz, vestido con un traje de ciudad, duro y curtido como un tablón. Corinthia seguía sentada en el suelo, llorando sin poder contenerse, aunque en silencio—. Eres idiota de remate. Eres un idiota sin remedio.

—Estos caballeretes de Oxford... —dijo Simon con una voz áspera, asqueado—. Estos caballeretes de Oxford... Hay que ver.

—Bueno, bueno —dijo George—. Yo diría que no he causado estragos muy graves en su esclusa —se puso en pie y vio a Corinthia—. ¡Cómo, Circe! —dijo—. ¿Son las lágrimas culminación del destino que en ti se ha cumplido?

Se dirigió hacia ella dejando un reguero de agua sobre la tierra apisonada y la tomó del brazo. Se dejó sujetar y el brazo se movió, aunque ella siguió sentada en el suelo, mirándole con ojos arrasados en lágrimas, sin poder contenerse. Tenía la boca entreabierta y permanecía sentada en una actitud de paciente desesperación, derramando lágrimas puras como el cristal. Simon la miró con el bichero en el puño enorme, nudoso; lo había tomado de manos del otro, que estaba en ese momento afanado en el mecanismo de la esclusa, y comprendí que tenía que ser el hermano que trabajaba en Londres, del cual nos había hablado Corinthia una vez. La yola se encontraba en ese momento en la esclusa, los dos rostros nos observaban por encima del pretil como dos cabezas cortadas y en fila, en silencio.

—Vamos, vamos —dijo George—. Te vas a manchar el vestido si sigues ahí sentada.

—Arriba, muchacha —dijo Simon con esa voz áspera y tan suya, en la que en cambio no había asomo de mala voluntad, como si la aspereza fuese tan sólo el medio a través del cual se expresaba. Corinthia se puso obedientemente en pie sin dejar de llorar y se dirigió al aseado palomarcito de la casa en la que vivían. El sol se inclinaba sesgado sobre la casa y sobre la ridícula estampa de George, que me estaba mirando.

—Bueno, Davy —dijo—. Si no te conociera bien, diría que... por la cara que se te ha puesto, estás muerto de envidia.

—No me digas... —dije—. Serás idiota. Estás más loco que una cabra.

Simon se había ido a la esclusa. Las dos cabezas calladas asomaron despacio, como si algo las empujase poco a poco y las alejase del suelo, y Simon por fin se agachó con el bichero sobre la esclusa. Se incorporó con el inerte anonimato de lo que había sido la gorra galante de George en el extremo de la herramienta, y se lo alargó. George la tomó con la misma seriedad.

—Gracias —dijo.

Metió la mano en el bolsillo y dio a Simon una moneda.

—Por el uso y desgaste del bichero —dijo—. Y acaso como bálsamo para curar su justificada decepción, ¿eh, Simon? —Simon resopló y se volvió a la esclusa. El hermano no nos quitaba ojo de encima—. Le estoy muy agradecido —dijo George—. Espero no tener que devolverle el favor en especie —el hermano dijo algo, breve y serio, con una voz lenta y agradable de oír. George me volvió a mirar—. En fin, Davy.

—Venga, vámonos.

—Bien dicho. ¿Dónde está el esquife? —dijo, y me quedé mirándolo de nuevo fijamente, y él durante un momento me miró del mismo modo. Entonces dio un grito, una sonora carcajada, mientras las dos cabezas nos miraban desde la yola, más allá de la granítica y despectiva espalda de Simon. Poco me faltó para oír a Simon pensar: «Estos caballeros de Oxford... Hay que ver»—. Davy, ¿es que has perdido el esquife?

—Está amarrado un poco más abajo, señor —dijo la voz bien educada desde la yola—. Los caballeros se han bajado en marcha como si fuera un taxi, sin mirar atrás.

Caía la tarde de junio sesgada sobre mi hombro y daba de lleno en el rostro de George. No quiso aceptar mi chaqueta.

—Seguro que remando entro en calor —dijo. La gorra antes reluciente descansaba entre sus pies.

—¿Por qué no tiras eso al agua? —le dije. Remaba de firme, mirándome. El sol le daba de lleno en los ojos, prestando a las manchas amarillas de los iris el aire de fugaces chispas, refulgentes como la mica—. Esa gorra —dijo—. ¿Para qué la vas

a conservar?

—Ah, ya. ¿Y despojarme del símbolo de mi alma? —retiró un remo del tolete, alcanzó la gorra, la recuperó y la colgó en la proa, donde quedó encajada con una especie de arrogancia galante y disoluta—. El símbolo de mi alma, de las profundidades rescatado por...

—Querrás decir rescatado de un lugar en el que no debía estar, gracias a un empleado público que no quiso ver el lugar de su pública ocupación así ensuciado.

—Al menos reconoces la simbología —dijo—. Y que fue el imperio quien la salvó. Así que algo le ha de importar al imperio. Demasiado vale para que uno se deshaga de ella. Aquello que salva uno de la muerte o del desastre le será por siempre muy querido, Davy; eso no me irás a decir que no lo sabes. Además, no te lo permitiré. ¿Cómo es eso que decís los americanos?

—Pamplinas, eso es lo que decimos. ¿Y por qué no servirnos del río un rato? Lo tenemos ya pagado.

Me miró.

—Ah. Eso es... Bueno, qué diantre, eso es americano, ¿verdad? Es una forma de ver las cosas.

Pero al final se dejó llevar por la corriente. Se acercaba una barcaza remolcada desde el camino de sirga. Nos quitamos del medio y la vimos pasar, carente de todo signo de vida, con solemne implacabilidad, como un descomunal y estéril catafalco, los caballos de anchas ancas seguidos por un muchacho con la chaqueta remendada y con un palo pelado para azuzarlos, avanzando con estolidez por el camino. Nos dejamos ir hacia atrás. Sobre la obra muerta de la barcaza, un rostro inmóvil con una pipa apagada entre los dientes nos contempló con ojos desprovistos de todo pensamiento.

—De haber podido elegir —dijo George—, me hubiera gustado más que me rescatara del agua ese individuo. ¿No te lo imaginas empuñando el bichero sin ninguna prisa y pescándote sin haberse quitado la pipa de los labios?

—Entonces tendrías que haber elegido mejor tu sitio. Pero a mí me parece que no estás en situación de quejarte.

—Pero Simon dio muestras de estar molesto. No de sorpresa, ni de

preocupación: sólo de estar molesto. No me hace ninguna gracia que me devuelva a la vida un hombre que maneja con tanto fastidio el bichero.

—Haberlo dicho en su momento. Simon no tenía la obligación de rescatarte. Podría haber cerrado las compuertas hasta acumular una buena cantidad de agua y haberte alejado de sus predios como quien tira de la cisterna sin haber tenido que tocarte, ahorrándose las molestias y la ingratitud. Aparte de las lágrimas de Corinthia.

—Las lágrimas, es cierto. Corinthia cuando menos me tendrá de ahora en adelante una ternura especial.

—Sí, pero si al menos no hubieras salido, o si al menos no te hubiera dado por caerte en esa sucia esclusa sólo por completar un simple gesto. Pienso...

—Tú no pienses, mi buen David. Cuando tuve la posibilidad de agarrarme al esquife y dejarme transportar sano y salvo y con mansedumbre, al tiempo que tuve la posibilidad de denunciar a los estúpidos diosecillos, a cambio de un precio tan exiguo como es una pasajera inmersión en esta... —soltó un remo y sumergió la mano en el agua, sacudiéndola luego y alzándola con burlesca grandilocuencia—. ¡Oh, Támesis! —dijo—. ¡Oh, poderosa cloaca de todo un imperio!

—Endereza el rumbo —le dije—. He vivido en América lo suficiente para conocer un poco cómo es el orgullo de los ingleses.

—Y por tanto consideras que un chapuzón en esta cloaca repugnante que ha regado estas tierras desde mucho antes de que quien las hizo tuviera necesidad ninguna de inventarse a Dios... una roca en torno a la cual el hombre y todo su quejumbroso clamor se revuelven hasta enfangarse en la inmundicia...

Veintiún años teníamos entonces; así hablábamos cuando vagabundeábamos por esas tierras apacibles en las que se adormecen en la verde petrificación las antiguas y espléndidas hazañas de la sangre, los espíritus de los valerosos que se perdieron, aletargados en cada árbol y en cada piedra. Y es que aquello era en 1914, y en los parques las bandas de música tocaban «Valse Septembre», y las chicas y los jóvenes paseaban en las barcas por los ríos, a la luz de la luna, y cantaban «Mister Moon» y «There's a Bit of Heaven», y nos sentábamos ante uno de los ventanales de Christ Church, con el susurro de las cortinas al caer la tarde, y hablábamos de la valentía y del honor y de Napier y del amor y de Ben Jonson y de la muerte. Al año siguiente, en 1915, las bandas tocaban «God Save the King», y el resto de los jóvenes

y otros que no lo eran tanto cantaban «Mademoiselle d'Armentières» metidos hasta las rodillas en el fango, y George había muerto.^[92]

Se marchó en octubre, suboficial en el regimiento del que sus familiares eran coroneles por herencia. Diez meses después lo vi sentado con un ordenanza tras una chimenea en ruinas, en las afueras de Givenchy. Llevaba los auriculares de un teléfono pegados a las orejas y comía algo que agitó al saludarme cuando nosotros pasamos a la carrera y nos refugiamos en el sótano que estábamos buscando.

II

Le dije que esperase hasta que terminaran de administrarme el éter; eran demasiados los que se movían de un lado a otro, tanto que me dio miedo que alguno lo rozase y lo encontrase.

—Y entonces tendrás que volver —dije.

—Tendré cuidado —dijo George.

—Te lo digo porque vas a tener que hacerme un favor —le dije—. Tendrás que hacerlo.

—De acuerdo. ¿De qué se trata?

—Espera hasta que se marchen, luego te lo cuento. Tendrás que hacerlo tú, porque yo no puedo. Prométeme que lo harás.

—De acuerdo. Te lo prometo.

Así esperamos hasta que terminaron y siguieron más abajo, pasando a ocuparse de mi pierna. George se me acercó entonces.

—¿De qué se trata? —dijo.

—De mi pierna —le dije—. Quiero que te asegures de que está bien muerta. A lo mejor me la amputan a toda prisa y se olvidan.

—De acuerdo. Yo me ocupo de eso.

—No lo podría tolerar, date cuenta. Eso no me gustaría nada. A lo mejor la entierran y no descansa en paz. Y así la habríamos perdido y no podríamos localizarla para poner remedio.

—De acuerdo. Yo estoy al tanto —me miró—. Sólo que no tengo que volver.

—¿No? ¿Cómo es que no tienes que volver?

—Yo ya estoy fuera de todo esto. Tú todavía no. Tú sí tendrás que volver.

—¿De veras? —dije—. Pues entonces sí que será difícil de encontrar. Por eso quiero que te encargues tú... Y eso que no tienes que volver. Has tenido suerte, ¿eh?

—Sí. He tenido suerte. Siempre tengo suerte. Denunciar a los estúpidos dioscellos, a cambio de un precio tan exiguo como es una pasajera inmersión en esta...

—Y hubo lágrimas —dije—. Se sentó en tierra a derramar sus puras lágrimas.

—Las lágrimas, es cierto —dijo—. El derramarse de las lágrimas de todos los hombres bajo el cielo. El horror y el desprecio y el odio y el miedo y la indignación, y el mundo que se revuelve hasta enfangarse en la inmundicia ante nuestros propios ojos.

—No, qué va. Se sentó en tierra, en el verde de aquella tarde, y lloró por el símbolo de tu alma.

—No por el símbolo, sino porque el imperio lo salvó, lo atesoró. Si derramó lágrimas, fue porque es sabia.

—Pero hubo lágrimas... ¿Seguro que te ocuparás de esto? ¿No te vas a marchar?

—Las lágrimas —dijo George—, es cierto.

En el hospital se estaba mejor. Estaba en una sala alargada y con movimiento constante, y no tuve por qué temer a todas horas que lo encontrasen y se lo llevasen, aunque de vez en cuando sí aparecía una monja o un ordenanza que se entrometían en nuestra conversación con sus manos ubicuas y sus voces animadas y asépticas:

—Ya, ya. Tranquilo, que no se va a marchar. Sí, descuide, que volverá. Ahora descanse y procure no moverse.

Allí tuve que permanecer tendido en cama, rodeando, encapsulando la sensación de oquedad que se me quedó por debajo del muslo, allí donde las terminaciones nerviosas y musculares daban tirones y sacudidas, hasta que por fin volvió.

—¿No la puedes encontrar? —dije—. ¿Seguro que has buscado bien?

—Sí. He buscado por todas partes. Volví hasta allá y busqué a fondo. Pero seguro que no hay problema. Ellos le habrán dado muerte.

—No, no lo han hecho. Ya te dije que se les iba a olvidar.

—¿Cómo sabes que se les olvidó?

—Eso lo sé bien. Lo noto. Se burla de mí. No está muerta.

—Pero si sólo se burla de ti...

—Ya lo sé. Pero no me basta con eso. ¿No te das cuenta de que eso no basta?

—De acuerdo, como quieras. Volveré a buscarla.

—Tienes que ir. Tienes que encontrarla. Esto no me gusta nada.

Y volvió a buscarla. Volvió y se sentó en la cama y me miró con ojos luminosos y alerta.

—No tienes por qué sentirte mal —dije—. Algún día la encontrarás. No pasa nada, no es más que una pierna. Ni siquiera tiene otra pierna con la que echar a andar —él seguía sin decir nada, limitándose a mirarme—. ¿Dónde vives ahora?

—Allá arriba —dijo.

Lo estuve mirando un rato.

—Ah —dije—. ¿En Oxford?

—Sí.

— Ah —dije—. ¿Y por qué no te has marchado a casa?

— No lo sé.

Seguía mirándome.

— ¿Se está bien allí? Seguro que sí, en esta época del año... ¿Sigue habiendo barcas en el río? ¿Siguen cantando en las barcas, como hacían en aquel verano los hombres y las chicas?

Me miraba con los ojos muy abiertos, alerta, tal vez demasiado serio.

— Anoche me abandonaste —dijo.

— ¿De veras?

— Subiste a bordo del esquife y te marchaste. Por eso he vuelto.

— ¿Eso hice? ¿Y adónde iba?

— No lo sé. Remabas con prisa, contracorriente. Si querías estar solo, no tenías más que habérmelo dicho. No hacía falta que te dieras a la fuga.

— No lo volveré a hacer —nos miramos el uno al otro. Hablábamos con voces quedas—. Ahora es preciso que la encuentres.

— Sí. ¿No me sabes decir qué está haciendo?

— Es que no lo sé. Eso es lo malo.

— ¿Tienes la sensación de que esté haciendo algo que tú preferirías que no hiciera?

— No lo sé. Tú encuéntrala. Encuéntrala pronto. Encuéntrala y asegúrate de que se queda bien muerta.

Pero no la pudo encontrar. Hablamos de ello con voces quedas, entre silencios, mirándonos el uno al otro.

— ¿No me sabes dar ninguna indicación de su paradero? —dijo. Yo estaba incorporado, practicando para acostumbrarme a la de madera y cuero. La quietud

seguía estando ahí, pero habíamos firmado una especie de hosco armisticio—. A lo mejor es eso lo que estaba esperando —dijo—. Tal vez ahora...

—Puede ser. Eso espero. Pero es que no tendrían que haberse olvidado de... ¿Me he vuelto a fugar más veces después de aquella noche?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —me miraba con sus ojos luminosos, atentos, difuminados—. George —le dije—. ¡Espera, George!

Pero ya se había marchado.

No lo volví a ver hasta pasado mucho tiempo. Yo estaba en la Escuela Militar de Observadores —no hacen falta dos piernas para manejar una ametralladora y un interruptor de radio, ni para orientar los mapas desde el taburete de pianista del artillero a bordo de un R. E. 8 en vuelo de reconocimiento, o de un avión de combate todavía experimental—, y ya casi había terminado el curso de adiestramiento. Tenía bastante ocupado todo mi tiempo en aquellos días, como es natural entre mis ocupaciones y esa certidumbre que tienen los jóvenes, y que tan arbitrariamente distingue entre lo veraz y las ilusiones, estableciendo con toda convicción la línea que separa la verdad del delirio, ante la que los sabios siempre fruncen el ceño. Y también tenía ocupadas las noches, con las terminaciones nerviosas y musculares rozadas e irritadas por una causa inmediata: la pierna de madera y cuero. Pero la oquedad seguía estando ahí, y a veces, de noche, aislada por la invisibilidad, se iba colmando de la inmensidad de las tinieblas y del silencio muy a mi pesar. Después, en vilo, al borde mismo del sueño, me daba por creer que por fin la había encontrado él, que por fin se había encargado de que estuviera bien muerta, y creía que algún día regresaría a contármelo. Entonces tuve el sueño.

De súbito supe que estaba a punto de dar con ella. Palpaba a oscuras las paredes oscuras del pasillo y del recodo invisible, y supe que tenía que estar justo a la vuelta. Me llegaba un olor a podrido, un olor animal. Era un olor que antes nunca había percibido, pero que reconocí en el acto, llegado de pronto por el pasillo desde las viejas, fétidas cavernas en las que tiene comienzo la experiencia. Me invadió el temor y la repugnancia y la determinación, como cuando uno percibe de pronto una serpiente en un sendero en el jardín. Y de pronto estuve despierto, envarado, tenso, sudoroso; la oscuridad fluía en un suspiro alargado y presuroso. Permanecí tendido con el olor aún difuso en la nariz, contemplando las tinieblas, sin atreverme a cerrar los ojos. Me tumbé boca arriba, abrazado al agujero abierto de la oquedad

como si fuese una rosquilla, a la vez que se iba extinguendo el olor. Por fin se esfumó del todo, y me encontré con que George me estaba mirando.

—¿Qué sucede, Davy? —dijo—. ¿No sabes decir qué es?

—No es nada —tenía en los labios el sabor del sudor—. No es nada. No volverá a suceder. Te juro que nunca más.

Me estaba mirando.

—Dijiste que tenías que volver a la ciudad. Y luego te vi en el río. Me viste y te escondiste, Davy. Te pusiste a cubierto cerca de la orilla, entre las sombras. Y contigo estaba una muchacha.

Me miraba con los ojos brillantes, serio.

—¿Había luna? —pregunté.

—Sí. Había luna.

—Ay, Dios; ay, Dios —dije—. No lo volveré a hacer, George, pero tienes que encontrarla, ¡tienes que encontrarla como sea!

—Sí, Davy —dijo. Su rostro empezó a desdibujarse.

—¡Te juro que no! ¡No volverá a suceder! —dije—. ¡George! ¡George!

Se encendió una cerilla; apareció un rostro en la oscuridad, justo encima de mí.

—Despierte —me dijo. Me quedé tendido mirándolo, sudoroso. Se apagó la cerilla por sí sola, el rostro retornó a las tinieblas, de donde llegó una voz incorpórea—: ¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias. Sólo era un sueño. Lamento haberle despertado.

Durante unas cuantas noches no me atreví a dejarme llevar de nuevo al sueño. Pero era joven, mi cuerpo volvía a estar fuerte, pasaba el día entero al aire libre; una noche el sueño me tomó por sorpresa, y a la mañana siguiente descubrí que lo había eludido, fuera lo que fuese. Encontré así algo de paz. Fueron pasando los días; aprendí el manejo de las armas y la radio y los mapas, y sobre todo aprendí

a no observar lo que no se debe observar.

El muslo se me había reconciliado casi del todo con la pierna ortopédica, y libre ya de las actividades de la pierna amputada pude dedicar todo mi tiempo a buscar a George. Pero no lo encontré; en algún punto de los laberínticos pasillos en que habita la madre de los sueños los había perdido a los dos.

Por eso no reparé en él al principio, cuando me lo encontré al lado, en el pasillo, a la vuelta del recodo en el que me tenía que esperar la pierna. El hedor a azufre me envolvía por completo; me invadía el espanto, el temor, y algo inexpresable: el deleite. Creo que sentí lo que sienten las mujeres en el parto. Y de pronto allí estaba George y me miraba fijamente. Siempre se había sentado junto a la almohada, para poder hablar, pero esta vez se hallaba al pie de la cama y no se había sentado, y me miraba muy atento, y supe que era el momento de la despedida.

—¡No te vayas, George! —dije—. ¡No lo volveré a hacer, no lo haré nunca más! ¡George! —pero su mirada firme, grave, se fue esfumando poco a poco, implacable, entristecida, pero sin reproches—. ¡Pues márchate entonces! —dije. Noté los dientes secos en el labio, como el papel de lija—. ¡Márchate!

Y así acabó la cosa. No volvió nunca más, como tampoco volvió el sueño. Supe que ya no volvería, tal como sabe el enfermo que despierta con el cuerpo exhausto y en paz que la enfermedad ya no ha de volver. Supe que había desaparecido; lo supe cuando me di cuenta de que pensaba en ello sólo con compasión. Pobre diablo, me puse a pensar. Pobre diablo.

Pero se llevó consigo a George. A veces, cuando la oscuridad y el aislamiento me robaban todo mi yo, me ponía a pensar que tal vez al darle muerte había acabado con su vida: mueren los muertos para acabar con los muertos. Lo busqué alguna vez por los pasillos del sueño, pero sin éxito; pasé una semana con su familia en Devon, en una casa destartada, donde tras cada viga y cada piedra me eludían su rostro feo y avieso y su cabeza redonda y rubicunda y su creencia de que Marlowe era mejor poeta lírico que Shakespeare y Thomas Campion mejor que los dos, y que el aliento no era una bagatela que se da al hombre para que disfrute. Pero ya nunca más lo volví a ver.

III

El capellán militar llegó desde Poperinghe, en Bélgica, en el sidecar de una motocicleta en el que viajó en plena noche. Se sentó junto a la mesa hablando de Jotham Rust, hermano de Everbe Corinthia e hijo de Simon, al que había visto yo tres veces en toda la vida. El día anterior vi a Jotham por tercera y última vez, procesado ante un consejo de guerra por haber desertado: el espantapájaros de aquella estampa en otra época tan robusta, con su rostro colorado y capaz, que sacó a George de la esclusa con ayuda de un bichero, una tarde desde la cual habían pasado tres años, afrontaba una acusación que comportaba la pena capital, sin ofrecer por su parte atenuantes ni explicaciones, sin esperar clemencia y sin pedirla.

—No desea clemencia —dijo el capellán. El capellán era un buen hombre, honrado, que tenía un modesto empleo parroquial en algún lugar de las Midlands, y que había acudido con la afable y honrada estupidez de sus convicciones al último lugar de la tierra en que podía quedar sitio para tales minucias—. No desea seguir viviendo —en el rostro se le notaban las cavilaciones y el abatimiento, el desconcierto y la incredulidad—. Llega un momento en la vida de todos los hombres en que el mundo les vuelve su lado más siniestro y hasta la sombra del hombre es su enemigo mortal. Debe entonces recurrir a Dios o bien perecer. Pese a todo, no acierto a entender... —tenían sus ojos el sordo desconcierto de los bueyes; por encima del alzacuello, el mentón afeitado era la viva imagen del abatimiento, aunque aún no se diera por vencido—. ¿Y dice usted que no sabe por qué motivo pudo querer atacarle?

—Yo a ese hombre lo he visto solamente dos veces —dije—. Una vez fue anteanoche. La otra... hace dos o tres años, cuando pasé por la esclusa de su padre a bordo de un esquife, cuando era estudiante en Oxford. Él estaba presente cuando su hermana nos abrió las compuertas. Y si no me hubiera dicho usted el nombre de su hermana, ni siquiera me hubiese acordado de él.

Pareció meditar.

—El padre también ha muerto.

—¿Cómo? ¿Ha muerto el viejo Simon?

—Sí. Murió poco después de... del otro fallecimiento. Dice Rust que dejó a su padre tras el entierro de la hermana, que lo dejó hablando con el sacristán del cementerio de Abingdon, y que una semana después se le notificó, estando ya en

Londres, que su padre había muerto. Dice que el sacristán le dijo que su padre le había dado indicaciones sobre su propio entierro. El sacristán dijo que todos los días iba Simon a visitarle para hablar de la cuestión, para tomar todas las disposiciones pertinentes, y que el sacristán bromeaba con él, porque el viejo parecía sanísimo, creyendo que tan sólo estaba momentáneamente alterado por la pérdida, tan reciente. Y pasó una semana y murió.

—El viejo Simon, muerto —dije—. Primero Corinthia, luego Simon, ahora Jotham —la llama de la vela ardía sin oscilaciones sobre la mesa.

—¿Cómo se llamaba la muchacha? —dijo—. ¿Everbe Corinthia?

Estaba sentado en la única silla, la perplejidad y el pasmo dibujados en la forma misma de su sombra, en la pared, a su espalda. La luz le daba en una de las mejillas, brillaba apagada la insignia de capitán en el hombro. Me levanté del catre, el arnés de la pierna ortopédica restalló con una violencia explosiva, y me incliné por encima de su hombro para tomar un cigarrillo de la funda de mi magneto, tratando de encender una cerilla con mi única mano. Alzó la vista.

—Permítame —dijo. Tomó la caja de cerillas y prendió una—. Tiene suerte de haberse librado sólo con eso —y señaló mi brazo en cabestrillo.

—Sí, señor. De no haber sido por la pierna ortopédica, me hubiera clavado el cuchillo en las costillas, y no en el brazo.

—¿La pierna ortopédica?

—La suelo dejar apoyada en una silla junto a la cama, para poder alcanzarla con toda facilidad. Tropezó con ella y me despertó. De lo contrario, me habría degollado como a un cerdo.

—Ah —dijo. Dejó caer la cerilla y se sumió de nuevo en su terco y meditabundo desconcierto—. Y, sin embargo, no es la suya la cara de un asesino alevoso. Se le nota en la cara que es sincero, llano, que tiene... ¿cómo decirlo? Un claro concepto de la responsabilidad social, de la integridad, que... Y usted dice que usted... Le pido disculpas, no pongo en duda su palabra, pero es que... La muchacha está indudablemente muerta; fue él quien se la encontró, él estuvo con ella hasta que murió, él se ocupó de su entierro. Oyó al hombre reír una vez en la oscuridad.

—Pero no se le puede pegar una puñalada a un desconocido sólo porque uno

le ha oído reír en la oscuridad, señor. El pobre diablo ha enloquecido por culpa de sus propios infortunios.

—Es posible —dijo el capellán—. Él me dijo que existía otra prueba, algo por lo visto incontrovertible, pero se negó a decirme de qué se trata.

—Pues que la aporte. Si yo me encontrase ahora en su lugar...

Volvió a meditar, cabizbajo, con las manos unidas sobre la mesa.

—Existe una especie de justicia en el transcurso natural de los acontecimientos... Mi querido señor, ¿acusa usted a la Providencia de haber cometido una broma horrible y sin sentido? No, no; de ninguna manera. A quien haya pecado, el pecado se le volverá en contra y lo ha de perseguir. De lo contrario... Dios cuando menos es un caballero. Perdóneme usted, creo que no estoy... Sin duda entenderá usted que todo esto me afecta de manera especial, y más en esta época de infortunio en la que ya tantas cosas debemos reprocharnos. Somos responsables de esto —se tocó la pequeña cruz de metal que llevaba sobre la guerrera, y luego trazó con el brazo un gesto circular con el que dio forma, en el cuarto en silencio, a la aquietada y siniestra oscuridad en la que las espléndidas y cadenciosas palabras que formulan los hombres con tanta labia eran los colmillos del vampiro, con los que el vampiro se alimentaba—. La voz de Dios que despierta a Sus siervos para que salgan de la desidia en que se han precipitado...

—¿Cómo es esto, padre? —dije—. ¿Es que toda esta maldita historia va a hacer de usted un hereje?

Volvió a meditar con pesadumbre en el rostro a la luz del candil.

—¿Va a ser ésa la cara de alguien que derrama la sangre de otro con toda intención, la cara de un asesino alevoso, que mata con nocturnidad? No, no; eso no me lo puede decir así.

Tampoco lo intenté. No le dije nada de mi creencia en que sólo la necesidad, la necesidad de obrar de forma expeditiva y en silencio, había obligado a Jotham a servirse de un cuchillo, de un instrumento; no le dije que lo que en el fondo quería era tenerme sujeto por el cuello con ambas manos.

Había llegado a su tierra de permiso, a aquel aseado palomarcito de la casa en la que vivían junto a la esclusa, y nada más llegar notó algo tenso en el ambiente, algo que no encajaba. Eso fue el verano pasado, más o menos cuando terminaba yo

mi curso en la Escuela Militar de Observadores.

Simon parecía no haber reparado en lo que sucedía bajo la superficie de las cosas, pero en cambio Jotham no tuvo que pasar mucho tiempo en casa hasta darse cuenta de que todas las tardes, cuando caía el sol, Corinthia abandonaba la casa por espacio de una hora más o menos, y algo que detectó en su manera de estar, o tal vez en el ambiente de la propia casa, lo llevó a interrogarla. Ella le contestó con evasivas, se puso de pronto colorada hasta la raíz del cabello, presa de la ira de una manera completamente impropia de ella, y acto seguido se mostró pasiva y dócil. Él comprendió entonces que esa pasividad respondía al sigilo y la docilidad al disimulo; una de aquellas tardes la sorprendió al escabullirse y salir. La obligó a volver a la casa, en donde ella se refugió en su cuarto y cerró con llave, y por una de las ventanas creyó él ver a un hombre que desaparecía por el fondo de un prado. Empezó la persecución, pero no encontró a nadie. Pasó una hora después de atardecer tendido en una arboleda cercana, vigilando la casa, y regresó después. Corinthia aún tenía cerrada la puerta de su cuarto, y los ronquidos apacibles del viejo Simon se oían por toda la casa.

Más tarde algo le despertó. Se incorporó en la cama, se levantó de un brinco, voló hacia la ventana. Había luna, y a la luz de la luna vio que algo blanco aleteaba por el camino de sirga. Allá que fue veloz y sorprendió a Corinthia, que de pronto se convirtió en un animal rabioso, en la linde de la misma arboleda en la que estuvo él agazapado, vigilando. Más allá del camino de sirga vio una barca en la orilla. Estaba vacía. Sujetó a Corinthia por el brazo. Ella se revolvió furiosa contra él; aquello no pudo ser muy edificante. Ella se desmoronó entonces, justo cuando entre la espesura de la arboleda resonó la risa de un hombre, una carcajada burlona que se propagó en un eco sobre el río que bañaba la luna antes de extinguirse. Corinthia estaba acuclillada en el suelo, mirándolo con una cara como una máscara a la luz de la luna. Él se precipitó hacia la arboleda y batió a fondo la espesura, pero no encontró nada. Cuando regresó, la barca ya no estaba en la orilla. Fue corriendo al río, a mirar en un sentido y otro. Allí estaba cuando volvió a resonar la risa desde las sombras que envolvían la orilla opuesta.

Regresó a donde estaba Corinthia. Estaba acuclillada tal como la dejó, con el cabello suelto sobre la cara, escrutando el río. Habló con ella, pero ella no respondió. La obligó a ponerse en pie. Ella cedió dócilmente y volvió a la casita. Intentó de nuevo hablar con ella, pero ella se movía como un peso muerto a su lado, el cabello suelto y enmarañado sobre el rostro impávido. La acompañó entonces a su cuarto y él mismo cerró con llave y se llevó la llave a la cama. Simon no había despertado. A la mañana siguiente, la muchacha ya no estaba allí. La puerta seguía cerrada.

Se lo dijo entonces a Simon y a lo largo de todo el día la buscaron con la ayuda de los vecinos. Ninguno tenía la menor intención de dar parte a la policía, pero con la caída de la tarde, aquel mismo día, apareció un detective con su libreta en la mano y hubo que dragar la esclusa, aunque sin hallar nada. A la mañana siguiente, nada más amanecer, Jotham la encontró tendida en el camino de sirga, delante de la puerta. Estaba inconsciente, pero sin muestras de haber sufrido agresiones o heridas. La metieron en la casa y le aplicaron sus remedios espartanos, caseros, y al cabo de un tiempo revivió entre alaridos. Se pasó el día entero chillando, hasta que se puso el sol. Chillaba boca arriba en la cama, con los ojos muy abiertos y perfectamente inanimados, y así hasta que se quedó sin voz y sus alaridos fueron sólo el espectro de un alarido, del que ningún sonido salía. Murió cuando se puso el sol.

Él llevaba en ese momento ciento doce días ausente del batallón, de permiso. Sabe Dios cómo lo hizo; tenía que haber subsistido como un animal, escondido, comiendo cualquier cosa cuando pudiera, al acecho en las sombras, todos contra él, al tiempo que buscaba por todos los acuartelamientos de la Fuerza Expedicionaria Británica a un hombre cuya risa había oído una vez, a sabiendas de que lo único que podía contar con encontrar había de ser su propia muerte, y encima para pifiarla cuando a punto estaba de salir con bien por culpa de una pierna ortopédica apoyada en una silla, en la oscuridad.

Desconozco cuánto tiempo había pasado. La vela volvía a estar prendida, pero el hombre que me despertó estaba inclinado sobre el catre, interponiéndose entre la luz y yo. Pero a pesar de la luz la cosa se pareció demasiado a lo ocurrido dos noches antes; desperté esta vez incorporado, con la automática en la mano.

—Alto ahí —dije—. Ni se le ocurra —retrocedió y reconocí al capellán. Estaba junto a la mesa, con la luz en la mejilla, en un lado del pecho. Bajé la pistola—. ¿Qué sucede, padre? ¿Me requieren de nuevo?

—Él no requiere ya nada —dijo el capellán—. Ya no hay quien le pueda hacer daño —permaneció en pie, una figura oronda que debiera haber estado paseando con aire benigno, con su sombrero de teja, por verdes senderos, en los campos, en verano. Introdujo entonces la mano en la guerrera y extrajo un objeto plano que dejó sobre la mesa—. He encontrado esto entre los efectos personales de Jotham Rust, que me entregó para proceder a su destrucción hace una hora —dijo. Me miró, y se dio la vuelta y fue a la puerta y allí se volvió a mirarme.

—¿Ya le...? Pensé que sería al alba.

—Sí —dijo—. He de darme prisa en volver —no es que me mirase, pero tampoco es que no me mirase. La llama ardía sin oscilaciones en la vela—. Que Dios se apiade de su alma —dijo, y se fue.

Me senté entre las mantas y lo oí salir tropezando en la oscuridad, y luego oí el petardeo con que arrancó la motocicleta, que enseguida se apagó. Bajé la pierna al suelo y me puse en pie, sujetándome a la silla sobre la que descansaba la pierna ortopédica. Hacía frío; fue como si sintiera los dedos del pie ausente curvarse para alejarse del suelo, así que apoyé la cadera en la silla y alcancé el objeto plano que esperaba sobre la mesa y regresé a la cama y me eché la manta sobre los hombros. El reloj de pulsera indicaba las tres en punto.

Era una fotografía, uno de esos objetos baratos que suelen hacer los fotógrafos itinerantes en las ferias. Estaba fechada en Abingdon, en junio del verano pasado. En esa época estaba yo ingresado en el hospital hablando con George, y me quedé muy quieto entre las manos, observando la fotografía, porque fue mi propia cara la que me miraba desde el papel. Tenía un deje que no era mío: algo malicioso, insultante, indómito, y debajo vi escrito, con una caligrafía desmañada y redonda, como la de un niño, «A Everbe Corinthia», a lo cual seguía una frase que no es posible reproducir por escrito, si bien era mi propia cara, y así seguí sentado, con la fotografía en la mano, mientras la llama crecía en el pábilo y en la pared mi sombra abrigada sostenía inmóvil la fotografía. En una lenta y gradual merma de las lágrimas heladas pareció que la vela se apagase, como si se enterrase en su propia pesadumbre. Pero antes de que eso sucediera comenzó a palidecer y a esfumarse, hasta que sólo quedó la cáscara callada de la llama sin fuerza, como una pluma sobre la cera, dejando en la pared la cáscara inmóvil de mi sombra. Vi la grisura en la ventana y eso fue todo. También amanecería en Poperinghe, pero algún tiempo tenía que haber pasado, y el capellán seguramente regresó a tiempo.

Yo le dije que la encontrase y le diese muerte. Fue frío el amanecer; en esas ocasiones, el muñón de la pierna parecía que fuese de hielo. Yo se lo dije. Se lo dije.^[*]

Mistral

I

Apenas quedaba ni gota del brandy milanés. Bebí un trago y le pasé la botella a Don, que elevó la petaca hasta que el licor cayó inclinado y amarillento por la ranura abierta en la funda de cuero, y así la tenía sujeta en alto cuando llegó el soldado por el camino, la guerrera abierta del todo, empujando la bicicleta. Era un hombre aún joven, con un rostro magro y osado. Nos dio los buenos días malhumorado y echó un vistazo a la petaca al pasar. Lo vimos desaparecer pasado un repecho; seguía empujando la bicicleta cuando lo perdimos de vista.

Don se echó un buche al colete y vertió el resto. Golpearon las gotas en la tierra reseca, levantando salpicaduras durante un efímero instante. Sacudió la botella hasta que cayó la última gota.

—*Salut* —dijo, y me devolvió la petaca—. Gracias, dioses. Señor mío, sólo de pensar que tendría que irme a la cama con un poco más de eso en el estómago...

—Tal como hay que bebérselo, no puede ser peor —dije—. Pero basta con que te lo bebas —guardé la petaca en su sitio y seguimos camino para subir el repecho. Al cabo, el sendero trazaba el descenso aún en sombras. El aire era vivo, iluminado como estaba por una luz solar que iba más allá de la mera calidad de la luz y del calor; se oyó repicar la esquila de una cabra en un lugar impreciso, pasado el siguiente recodo del camino, lejana, sin impedimento.

—No sabes cómo me fastidia verte cargar con eso un día tras otro —dijo Don—. Por eso lo hago. No eres capaz de echártelo al colete, pero tampoco eres capaz de tirarlo.

—¿Por qué iba a tirarlo? Ha costado diez liras. ¿Para qué crees que lo he comprado?

—Sabe Dios —dijo Don. Recortados contra el valle que inundaba la luz del sol, los árboles eran como los barrotes de una reja, el sendero una brecha entre uno y otro, el valle azulado, soleado. La esquila de la cabra se oía más adelante. Un camino más tenue trazaba ángulos rectos, más empinado que la ancha senda por la que caminábamos—. Se ha ido por allá —dijo Don.

—¿Quién se ha ido por allá? —le dije. Don señalaba la huella tenue de unas ruedas de bicicleta, hacia el punto por el que había tomado el camino más tenue.

—Ya lo ves.

—Ésta no debía de ser una pendiente demasiado empinada para él —dije.

—Pues eso es que iba con prisas.

—Seguro que sí, con el giro que dio...

—Puede que haya un henar al fondo.

—Pero también pudo atravesar el valle y subir por el otro monte y luego volver a bajar a todo correr por ése y subir por éste hasta que se le acabase el fuelle.

—O hasta que se muriese de hambre —dijo Don.

—Ésa sí que es buena —le dije—. ¿Tú has oído alguna vez que alguien se haya muerto de hambre montado en una bicicleta?

—No —dijo Don—. ¿Y tú?

—No —dije. Descendimos. Dobló el camino y allí estaba la esquila de la cabra. La llevaba puesta una mula cargada que pacía con movimientos delicados, dando tirones que sacudían la esquila, pegada al otro lado del camino, cerca de una ermita de piedra. Junto a la ermita estaba sentado un hombre con traje de pana y una mujer con un echarpe de colores intensos, con una cesta cubierta a su lado. Nos observaron acercarnos.

—Buen día, *signor* —dijo Don—. ¿Queda mucho?

—Buen día, *signori* —dijo la mujer. El hombre nos miró. Tenía unos ojos azules con el iris medio disuelto, como si los hubiera tenido mucho tiempo en remojo. La mujer le tocó en el brazo, e hizo enseguida un veloz movimiento con los

dedos delante de su cara.

—Buen día, *signori* —dijo el hombre con una voz seca y metálica, como el canto de la cigarra.

—Es que ya no oye nada —dijo la mujer—. No, no queda mucho. Desde poco más allá se ven los tejados.

—Bien —dijo Don—. Estamos fatigados. ¿Es posible que uno descanse un rato aquí, *signora*?

—Descansen, *signori* —dijo la mujer.

Dejamos caer las mochilas y nos sentamos. El sol caía al sesgo sobre la ermita, sobre la serena y desgastada figura del nicho, sobre dos manojos de ásteres de montaña, ya resecos, que alguien había depositado allí. La mujer volvió a jugar con los dedos delante del rostro del hombre. La otra mano, que reposaba sobre la cesta, a su lado, la tenía áspera y nudosa. Inmóvil, tenía esa rigidez de la desocupación desacostumbrada, no tanto en reposo cuanto, más bien, extenuada, yerta. Parecía una mano artificial y adherida al borde del echarpe, como si se la hubiese puesto con el echarpe a modo de oportuno complemento. La otra mano, la mano que empleaba para hablar con el hombre, era ágil, flexible, veloz, como la de un prestidigitador.

El hombre nos miró.

—Van ustedes a pie, *signori* —dijo con voz liviana, sin cadencias.

—Sí —dijimos. Don sacó el tabaco. El hombre levantó la mano en un gesto de desdén apenas perceptible. Don insistió. El hombre hizo una inclinación de cabeza sin haberse levantado, e introdujo los dedos en el paquete de tabaco. La mujer fue quien sacó el cigarrillo del paquete y se lo puso en la mano al hombre. Éste volvió a hacer una inclinación al aceptar la lumbre.

—A pie desde Milán —dijo Don—. Eso sí está lejos.

—Está lejos, sí —dijo la mujer. Ondeó brevemente los dedos—. Él ha estado allí —añadió.

—Estuve allí, *signori* —dijo el hombre. Sostenía el cigarrillo con gran cuidado entre el índice y el pulgar—. Hay que poner mucho cuidado para que no lo

atropellen a uno los carruajes.

—Sí —dijo Don—. Los que no tienen tiro de caballos.

—Los que no tienen caballos —dijo la mujer—. Hay muchísimos. Los hay incluso aquí, en las montañas, según tenemos entendido.

—Muchísimos —dijo Don—. Y siempre a toda pastilla.

—Sí —dijo la mujer—. Incluso aquí. Yo lo he visto —ondeaba la mano a la luz del sol. El hombre nos miraba fumando en silencio—. Pero las cosas no eran así cuando él estuvo allí, claro —añadió.

—Yo estuve allí hace mucho tiempo, *signori* —dijo—. Está lejos.

Hablaba en el mismo tono que había empleado ella, el mismo tono de aplicada aclaración, serio y cortés.

—Está lejos —dijo Don. Fumamos. La mula seguía paciando y dando delicadas sacudidas a la esquila—. Pero se puede descansar un poco más allá —dijo Don, extendiendo la mano hacia el valle, que se disolvía en una soleada tonalidad azul más allá del precipicio en donde daba la vuelta el camino—. ¿Se puede tomar un plato de sopa, algo de vino? ¿Hay donde dormir?

La mujer nos miraba desde el sereno bastión del sordo, sin almenas, que seguía fumando el cigarrillo y lo sujetaba entre el índice y el pulgar. La mano de la mujer aleteaba delante de su cara.

—Sí —dijo—; sí. Con el cura, ¿por qué no? El cura los acogerá —dijo algo más, algo que no capté. La mujer retiró el mantel a cuadros que cubría la cesta y sacó una bota de vino. Don y yo dimos gracias con una inclinación y bebimos, primero uno, luego el otro, y el hombre nos devolvió los respetuosos saludos.

—¿Y vive muy lejos el cura? —preguntó Don.

La mano de la mujer aleteó con una rapidez difícil de creer. La otra mano, posada sobre la cesta, da la impresión de que perteneciera a otro cuerpo.

—Pues que lo esperen allí —dijo el hombre. Nos miró—. Es que hoy hay un funeral. Lo encontrarán en la iglesia. Beban, *signori*.

Bebimos decorosamente, por turnos, los tres. El vino era áspero, pugnaz, poderoso. La mula seguía paciando, con una esquila que tintineaba rítmicamente, la sombra alargada con el sol al sesgo, del otro lado del camino.

—¿Y quién es el muerto, *signora*? —dijo Don.

—Tenía que haberse casado con la mujer que cuida del cura en cuanto estuviese recogida la cosecha —dijo la mujer—. Ya se habían leído las amonestaciones y todo. Un hombre rico, y no muy mayor. Hace dos días se murió.

El hombre le miró a los labios.

—Bah. Era dueño de unas tierras, de una casa: yo también. Eso no es nada.

—Era rico —dijo la mujer—. Como era joven y afortunado, mi marido tiene celos de él.

—Pero ahora ya no —dijo el hombre—. ¿Eh, *signori*?

—Vivir es bueno —dijo Don. Dijo: *è bello*.

—Es bueno —dijo el hombre, pero también dijo *è bello*.

—Así que se iba a casar con la sobrina del cura, dice usted —dijo Don.

—No, no son parientes —dijo la mujer—. El cura sólo la crió. Seis años tenía cuando él se hizo cargo de ella, que no tenía familia ni cercana ni lejana. La madre se había criado en un orfanato. Vivía en una choza en la montaña, allá mismo. No se supo quién era el padre, y eso que el cura durante mucho tiempo intentó convencer a alguno para que se casara con ella, más que nada por la niña.

—¿Alguno? ¿De cuáles? —dijo Don.

—Alguno de los que podrían haber sido el padre, *signor*. Pero nunca se supo cuál podía ser, no se supo hasta 1916. Era joven, un jornalero; al día siguiente nos enteramos de que la madre también se había marchado, y también a la guerra, porque nunca más se la volvió a ver, no la vieron más los que la conocían, hasta que uno de los nuestros, jovencito aún, volvió después de lo de Caporetto,^[93] donde resultó muerto el padre, y nos contó que a la madre la mandaron a una casa de Milán, una casa no por cierto de las buenas. Así que el cura fue a recoger a la niña y hacerse cargo de ella. Seis años tenía entonces, morena y magra como una lagartija.

Se había escondido en la montaña cuando el cura fue a recogerla; en la casa no había nadie. El cura la tuvo que perseguir entre las piedras y la capturó como si fuera un animal: iba medio desnuda, y descalza en pleno invierno.

—Así que el cura se quedó con ella —dijo Don—. Qué valiente.

—Ella no tenía a nadie, no tenía techo, no tenía pan que llevarse a la boca. Pero nadie lo diría, porque siempre aparecía con un vestido rojo o verde los domingos y festivos, incluso a los catorce años, y a los quince, cuando una muchacha tendría que estar aprendiendo las virtudes de la modestia, y a ser industriosa, para ser, como dice el proverbio, corona de su esposo. El cura había dicho que la chica había de ser para la Iglesia, así que nos preguntábamos cuándo la obligaría a dejarse de esas cosas a mayor gloria de Dios. Pero a los catorce y a los quince ya era la más luminosa, la más vistosa, la más incansable en los bailes, y los jóvenes ya empezaban a ir tras ella, incluso después de que se arreglase lo de la boda entre ella y él, el que se ha muerto allá mismo.

—El cura cambió de idea con lo de la Iglesia y en cambio le buscó marido...
—dijo Don.

—Para ella encontró el mejor partido que había en toda la parroquia, *signor*. Joven, rico, con un traje nuevo que estrenaba cada año, comprado en una sastrería de Milán. Llegó entonces la época de la cosecha y... ¿a que no se lo creen, *signori*? Ella ya no se quiso casar con él.

—Creí haber entendido que la boda no se había de celebrar hasta después de la cosecha —dijo Don—. ¿Quiere decir que la boda ya se había suspendido un año antes de esta cosecha?

—Se fue posponiendo durante tres años. Hace tres años se decidió que había de ser después de la cosecha. El compromiso se anunció en la misma semana en que Giulio Farinzale fue llamado a filas. Recuerdo que a todos nos sorprendió mucho, porque ninguno creía que su número fuese a salir tan pronto, por más que fuera soltero y no tuviera más lazos de familia que un tío y una tía.

—¿De veras? —dijo Don—. Los gobiernos a todos nos sorprenden de vez en cuando con sus decisiones. ¿Y cómo salió del mal paso?

—No llegó a salir del mal paso.

—Ah. Por eso se pospuso la boda, ¿no es así?

La mujer miró a Don durante un minuto.

—El novio de la muchacha no se llamaba Giulio.

—Ah, entiendo. ¿Y quién era el tal Giulio?

La mujer no le respondió de inmediato. Permaneció sentada, cabizbaja. El hombre había estado pendiente de los labios de ambos mientras conversaban.

—Adelante —dijo—; adelante, cuéntaselo. Son hombres los dos, podrán escuchar la cháchara de las mujeres sólo con los oídos. No hacen más que parlotear, *signori*; si uno les da un respiro, se ponen a parlotear como los gansos. Beban, beban ustedes.

—Era uno con el que tenía ella por costumbre reunirse al atardecer a la orilla del río; aún era joven, por eso nos sorprendió que su número saliera tan pronto. Antes de haber tenido tiempo de pensar que tenía ella edad para esas cosas, ya se veía con él a diario. Y se lo ocultaba al cura con más destreza que cualquier mujer hecha y derecha —por un momento, los ojos desleídos del hombre nos miraron con un punto de socarronería.

—¿Se reunía con ese tal Giulio mientras estaba comprometida con el otro?
—dijo Don.

—No, no. El compromiso se anunció más adelante. Nunca pensamos que tuviera edad suficiente para esas cosas. Cuando nos enteramos, se dijo eso de que una niña sin apellido es como una carta en la oficina de correos: el sobre a lo mejor es como todos los demás, pero cuando uno lo abre... Y los santos se dejan engañar por el pecado más deprisa aún que ustedes y que yo mismo, *signori*. Más deprisa aún, justo porque son santos.

—¿Y se llegó a enterar? —dijo Don.

—Sí. No pasó mucho tiempo. Ella se escapaba de la casa con la caída de la tarde; una vez la vieron, y vieron al cura escondido en el jardín, pendiente de la casa: un siervo del Santísimo jugando al gato y al ratón delante de todo el mundo. Nada bueno, *signori*.

—¿Y entonces al joven de pronto lo llamaron a filas? —dijo Don—. ¿Es así?

—Fue muy repentino, a todos nos sorprendió. En su día todos pensamos que

había sido la mano de Dios, y que el cura entonces la mandaría a ella al convento, con las monjas. Y en esa misma semana nos enteramos de que había un compromiso matrimonial entre la chica y ese que se ha muerto allá mismo, para casarse después de la cosecha, y todos dijimos que había sido la mano de Dios la que le había conferido un esposo muy por encima de sus merecimientos, porque el Señor deseaba proteger a Su siervo. Y es que los santos son susceptibles de caer en el mal, lo son igual que ustedes y yo, *signori*; también ellos están desvalidos ante el pecado si no tienen la ayuda de Dios.

—Bah, bah —dijo el hombre—. Eso no fue nada. El cura también la miraba con ojos golosos —dijo—. Y es que un hombre es un hombre, por más que vista una casulla. ¿Eh, *signori*?

—Y tú que lo digas —dijo la mujer—. Tú que no tienes la gracia del Señor.

—Y el cura también la miraba con ojos golosos —dijo Don.

—Ésa fue su prueba de fuego, su castigo por haberle consentido demasiado. Y el castigo no había terminado: llegó el tiempo de la cosecha y nos enteramos de que la boda se había aplazado un año: ¿qué les parece, *signori*? Una chica llegada de donde llegó ella encontró la oportunidad que le dio el cura para salvarse de sus bajos instintos, de la sangre que le corría por las venas... Nos enteramos de que habían tenido una pelea la chica y el cura, de que ella lo desafió, de que se escapaba de la casa cuando ya se había puesto el sol, de que se iba a los bailes, en donde podría su prometido verla o saber de ella en cualquier momento.

—¿Y el cura la seguía mirando...? —dijo Don.

—Ése fue su castigo, ésa fue su expiación. Llegó el tiempo de la cosecha siguiente y la boda se volvió a aplazar hasta después de la cosecha siguiente; ni siquiera se habían empezado a publicar las amonestaciones. Ella lo desafió hasta ese extremo, *signori*, ella, que era una pobretona, con lo que todos nos dijimos: «Cuando se entere su prometido, cuando sepa que no vale para nada, y eso que hay hijas de buena familia que han aprendido a comportarse con modestia, con decencia...».

—¿Tiene usted hijas casaderas, *signora*? —dijo Don.

—Sí. Una. A dos ya las he casado, pero una me queda en casa. Es una buena chica, *signori*, aunque se lo diga yo.

—Bah, mujer —dijo el hombre.

—Eso es bien fácil de creer —dijo Don—. Así que al final el joven tuvo que marchar al ejército y la boda se aplazó un año más.

—Un año más, *signori*. Y luego un tercer año. Al final se iba a celebrar después de esta cosecha; dentro de un mes tenía que haber sido. Se leyeron las amonestaciones; el propio cura las leyó en la iglesia, por tercera vez el domingo pasado, estando él presente con su traje nuevo, recién comprado en un sastre de Milán, y ella a su lado, con el echarpe que él le regaló, y que le había costado cien liras, además de una cadena de oro, pues le hizo obsequios propios de una reina, más que regalos para una chica que no podía dar el nombre de su padre, y así creímos que por fin el cura había cumplido con su expiación, y que el mal por fin había desaparecido de su casa, puesto que el soldado recién reclutado cumpliría también este otoño. Y ahora resulta que el prometido ha muerto.

—¿Llegó a estar muy enfermo? —dijo Don.

—Fue todo muy repentino. Era un hombre que estaba sano, un hombre del que cualquiera hubiese dicho que le quedaba mucho tiempo de vida. Un día estaba estupendamente, al día siguiente había enfermado bastante. Y al tercero murió. A lo mejor le llega a usted el repicar de una campana, si es que aguza el oído, que para algo tiene un oído todavía joven.

Las montañas de enfrente estaban en sombra. En medio se extendía el valle, aún invisible. En el silencio soleado, la esquila de la mula tintineaba con los tirones que daba el animal al azar.

—Y es que eso queda en manos de Dios —dijo la mujer.

—¿Quién va a decir que su vida le pertenece?

—¿Quién va a decirlo? —dijo Don. No me miró, pero habló en inglés—. Dame un cigarro.

—Los tienes tú.

—No, no los tengo.

—Sí, sí que los tienes tú. En el bolsillo del pantalón.

Sacó el tabaco. Siguió hablando en inglés.

—Y murió de repente. Y de repente se había anunciado el compromiso. Y también de repente a Giulio lo llamaron a filas. Qué sorprendente. Todo fue muy repentino, todo menos el afán de alguien porque se celebre la boda. Para eso no parecía que hubiera prisa ninguna, ¿verdad que no?

—No lo sé. Yo no *espiquinglis*.

—De hecho, parece como si se lo hubiesen tomado todo con muchas prisas, más o menos hasta la hora en que a Giulio le hubiese tocado volver a casa. Y por eso creo que voy a preguntarles si es que los curas aquí en Italia tienen buena mano en las oficinas de reclutamiento —el viejo le miró atento a los labios, una mirada grave y concentrada—. Y si éste es el camino principal por el que se baja de la montaña, y si la bicicleta dobló por aquella senda, ¿qué es lo que opinan ustedes, *signori*?

—A mí me parece estupendo. Puede que un poco áspero en el paladar. A lo mejor algo podemos encontrar por ahí para quitarnos el regusto.

El hombre nos miraba a los labios; la mujer había vuelto a agachar la cabeza; con la mano envarada alisó el mantel de cuadros con que cubría la cesta.

—Lo encontrarán en la iglesia, *signori* —dijo el hombre.

—Sí —dijo Don—. En la iglesia.

Volvimos a beber. El hombre aceptó otro cigarrillo con su cortesía exquisita e inflexible, confiriendo al acto algo tan espléndido como ceremonioso, pero no incongruente.

La mujer guardó la bota en la cesta y la volvió a tapar. Nos pusimos en pie y tomamos las mochilas.

—Habla usted muy veloz con su mano, *signora* —le dijo Don.

—Pero él también sabe leer los labios. Lo otro lo inventamos acostados los dos en la cama, a oscuras. No duermen mucho los viejos. Los viejos se tumban en la cama a charlar. Eso a ustedes aún no les pasa.

—Así es. ¿Y ha dado usted muchos hijos al *padrone*, *signora*?

—Sí. Siete. Pero ahora ya somos viejos. En la cama nos tumbamos a hablar.

II

Antes de llegar al pueblo comenzó a repicar la campana. Desde la flaca aguja que remataba la torre de la iglesia, las notas bien medidas parecían desprenderse de una rama en invierno llevadas por el viento. El viento había comenzado a soplar tan pronto se puso el sol. Vimos el sol rozar las montañas, con lo que perdió el cielo su intenso color azul y adquirió un relumbre vagamente verdoso, como el cristal, sobre el cual destacaba la loma que acabábamos de dejar atrás, donde la ermita se fue desdibujando con el puñado de flores secas tras el desvaído crucifijo, negra y visible aún. Entonces empezó a soplar el viento: una pared en movimiento continuo, llena de invisibles partículas de cualquier cosa. Ante el viento se combaban las ramas sin estremecerse, como si fuese ante la presión de una mano invisible, y con el viento se nos fue enfriando deprisa la sangre, antes incluso de haber terminado la caminata allí donde la senda daba paso a una calle adoquinada.

La campana seguía repicando.

—Para ser un entierro, tiene gracia —dije—. Cualquiera diría que debería haberse conservado mucho mejor a esta altitud. Ninguna necesidad había de que lo enterrasen deprisa y corriendo.

—Se las ha tenido que ver con un hatajo de presurosos —dijo Don.

La iglesia era invisible desde allí, protegida como estaba por un muro. Nos encontramos ante una verja, cuya cancela daba a un patio cerrado por tres muros y retechado por una parra que sujetaba un enrejado de vigas. Contenía una mesa de madera y dos bancos sin respaldo. Nos quedamos ante la cancela, mirando el patio.

—Así que ésta es la casa del tío.

—¿Del tío?

—Claro. No tenía más lazo familiar que un tío y una tía —dijo Don—. Por allá está la puerta.

La puerta se encontraba al fondo del patio. Había un fuego encendido más allá, y junto a la puerta había una bicicleta apoyada contra la pared.

—La bicicleta, inconsciente —dijo Don.

—¿Eso es una bicicleta?

—Pues claro. Eso es una bicicleta.

Era una máquina anticuada, de manillar alto y curvo, hacia atrás, como los cuernos de una gacela. La miramos.

—El otro camino lleva a la entrada por la parte de atrás —dije—. La entrada de la familia —oímos la campana, a la vez que mirábamos el patio.

—A lo mejor ahí no pega el viento —dijo Don—. Además, prisa no tenemos ninguna. De todos modos, no lo podríamos ver hasta que haya terminado.

—Estos sitios a veces son albergues.

Entramos. Vimos entonces al soldado. Cuando nos acercamos a la mesa salió a la puerta y se plantó de espaldas al fuego del hogar, mirándonos. Llevaba una camisa blanca. Pero por las perneras lo reconocimos. Entonces volvió él a la casa.

—Así que Mambrú ha vuelto de la guerra —dijo Don.

—Puede que haya venido para el entierro.

Escuchamos el repicar de la campana. La luz del crepúsculo era más densa en el interior. Arriba, las hojas parecían rígidas al hacer frente al viento, punteadas sobre el cielo cerúleo y traslúcido. Las campanadas sonaban como si también fuesen hojas aplanadas sobre una parra inviolable por efecto del viento.

—¿Cómo supo que iba a haber uno? —dijo Don.

—No sé. A lo mejor el cura le escribió una carta.

—Puede ser, sí —dijo Don. La luz del hogar tenía un aspecto acogedor al otro lado de la puerta. Vimos entonces a una mujer allí plantada, mirándonos—. Buen día, *padrona* —dijo Don—. ¿Se puede tomar aquí un sorbo de vino?

Nos miraba inmóvil, recortada sobre el resplandor del hogar. Era alta y permanecía inmóvil ante el fuego, sin tocar la puerta. Repicaba la campana.

—Ésa también ha estado en el ejército —dijo Don—. Ha sido sargenta.

—Puede que fuese ella la coronela que ordenó a Mambrú que se volviera a casa.

—No. Ése no iba muy deprisa, no mucho, cuando nos pasó por allá arriba. Imposible que fuese ella.

—Así es, *signori* —dijo entonces la mujer—. Descansen —se volvió al interior de la casa. Dejamos caer las mochilas y nos sentamos. Miramos la bicicleta.

—De la caballería —dijo Don—. Me pregunto por qué habrá llegado él por la puerta de atrás.

—Estupendo —dije.

—¿Estupendo? ¿El qué?

—Estupendo. A ver si caes.

—¿Es una broma?

—Pues claro que es una broma. Es porque somos unos vejestorios. Será que nos quedamos dormidos a la fresca. Pero eso también es broma.

—Cuéntame algo que no sea una broma, anda.

—De acuerdo.

—¿Tú has oído lo mismo que me ha parecido oír a mí?

—No *espiquinglis*. Yo amo Italia. Yo amo a Mussolini.

La mujer trajo el vino. Lo dejó sobre la mesa y ya se daba la vuelta para marchar.

—Pregúntaselo —dije—. ¿Por qué no se lo preguntas?

—De acuerdo, lo haré. ¿Tiene usted militares en la casa, *signora*?

La mujer lo miró.

—Nada de eso, *signor*. Es mi sobrino, que ha regresado.

—¿Ha terminado, *signora*?

—Ha terminado, *signor*.

—Pues acepte nuestras felicitaciones. A buen seguro tendrá muchos amigos que se alegren de su regreso.

Era delgada, no demasiado vieja, tenía los ojos fríos y miraba a Don con brusca atención, a la espera.

—Pero hoy tienen ustedes un entierro en el pueblo.

Ella no dijo nada. Se quedó plantada en donde estaba, a la espera de que Don terminase de hablar.

—Seguro que se le echará de menos —dijo Don.

—Esperémoslo —dijo ella. Hizo ademán de marcharse; Don le preguntó por los alojamientos. No había ningún albergue, respondió ella con inmediatez, terminantemente. Entonces nos dimos cuenta de que ya no soplaba la campana.

Oímos más arriba el susurro constante del viento entre las hojas.

—Nos han dicho que a lo mejor el cura... —dijo Don.

—¿Sí? ¿Les han dicho que el cura...?

—Que a lo mejor podríamos encontrar alojamiento aquí.

—Pues entonces harán bien en ir a ver al cura, *signor*.

Regresó al interior de la casa. Caminaba con largas zancadas, como un hombre, cuando pasó por delante de la lumbre del hogar, y allí desapareció. Cuando miré a Don, él apartó los ojos y alargó la mano al vaso de vino.

—¿Por qué no le has insistido más? —le dije—. ¿Por qué te rendiste tan pronto?

—Iba con prisas. Su sobrino acaba de volver a casa tras estar en el ejército, es

lo que ha dicho. Llegó esta misma tarde. Quiere estar con él, que por algo no tiene más lazos familiares.

—A lo mejor le da miedo que lo recluten.

—¿Y eso también es una broma?

—Para mí de broma no tendría ni un pelo —dijo, y llenó los vasos.

—Anda, llámala, dile que vuelva. Dile que te has enterado de que su sobrino se va a casar con la protegida del cura. Dile que queremos hacerles un regalo a los novios. Una sonda para lavados de estómago. Y eso es poca broma.

—Ya sé que no lo es —se llenó el vaso con todo cuidado—. ¿Qué te apetecería hacer, si pudieras no quedarte esta noche en la casa del cura?

—*Salut* —dije.

—*Salut*.

Bebimos. Las hojas, allá arriba, emitían un ruido seco, desatado, continuo.

—Ojalá fuese verano.

—Aunque estuviésemos en un heno, esta noche íbamos a pasar frío.

—Sí. Me alegro de no tener que pasar la noche en un heno.

—Tampoco sería mala cosa si caldeamos un poco el heno y dormimos a pierna suelta.

—Pero no va a ser necesario. Podemos dormir mucho mejor y emprender camino mañana bien temprano.

Llené los dos vasos.

—A saber cuánto queda hasta el pueblo siguiente.

—Está demasiado lejos —bebimos—. Ojalá fuese verano. ¿No estás de acuerdo?

—Sí.

Vació la botella en los dos vasos.

—Ten, toma un poco de vino.

Los dos levantamos el vaso y nos miramos el uno al otro. Las partículas del viento parecían penetrar bajo nuestra ropa, atravesar la carne, hacer mella en los huesos, traspasar los ladrillos y el yeso de las paredes para alcanzarnos.

—*Salut.*

—Eso ya lo dijimos antes —dijo Don.

—De acuerdo. Entonces, *salut.*

—*Salut.*

Éramos jóvenes los dos: Don tenía veintitrés, yo veintidós. Y es mucho lo que cuenta la edad, además de ser indisoluble del lugar en que uno ha nacido o se ha criado. Así que estando tan lejos de casa, a una distancia considerable en el espacio y en el tiempo y en la experiencia, uno es a la vez mayor y es eternamente más joven de lo que en el fondo es al mismo tiempo.

Nos quedamos de pie a merced del viento negro y vimos pasar el entierro, el cura, el ataúd, un puñado de deudos, las prendas de todos ellos y en especial las del cura de un negro herrumbroso, henchidas por el viento, el cura al frente de todos ellos, con lo que daba una ilusión de premura improcedente, como si en el fondo quisieran adelantarse los unos a los otros al atravesar el crudo crepúsculo de tonalidad verdosa (el aire era como tener que beber limonada helada en lo más crudo del invierno) y entrar en la iglesia.

—Así nos guarecemos del viento —dijo Don.

—Aún quedará una hora de luz.

—Claro. Podríamos rebasar la loma antes de que anochezca —me miró. Yo aparté la vista. Las tejas rojas se habían ennegrecido—. Y así nos resguardamos del viento —la campana volvió a repicar—. No tenemos ni idea. Lo más probable es que no haya nada. Bueno, en cualquier caso no lo sabemos. Y no lo tenemos por qué saber. Resguárdémonos del viento.

Era una de esas iglesias espartanas, cuadradas, de piedra, construidas por

mandato de aquellos rigurosos condes y férreos obispos que hubo en Lombardía. Era ya vieja de construcción; el paso del tiempo no la había suavizado, no podría haberla suavizado, ni aunque pasara todo el tiempo del mundo. Podrían con la misma haber construido las montañas y haber inventado el crepúsculo en una mazmorra bajo tierra.

Y junto a la puerta estaba apoyada la bicicleta. La miramos en silencio al entrar en la iglesia y allí nos sentamos en silencio. Los dos a la vez, al ver a un barbudo, dijimos:

—Me apunto el tanto.^[94]

—Es uno de los que portan el féretro —dijo Don—. Por eso ha venido ése a casa.

Repicaba la campana. Pasamos por la cancela y nos detuvimos detrás de la iglesia. Estábamos ya a resguardo del viento, quitando los fríos remolinos que nos arremetían por la espalda. Lo oíamos allá fuera, desgarrando el tañido lento de la campana nada más nacer del campanario, de modo que cuando nos llegaban las campanadas era como si fueran ecos llegados desde muy lejos. La nave de la iglesia, engarzada en lo alto, en la sombra, empequeñecía el grupo nada nutrido de figuras cabizbajas. Más allá de ellas, sobre los cirios que ardían de firme, se alzó la Hostia, remontando el aire hacia las sombras hollinosas como festones de telarañas, con un aire tan entristecido como triunfante, como las alas. No sonaba el órgano, no había música, no hubo en principio ningún sonido humano. Se arrodillaron todos los presentes en medio de la penumbra empequeñecida, en medio de la luz fría, serena y tenue que despedían los cirios. Era como si estuvieran todos muertos.

—Se hará de noche mucho antes de que terminen —susurró Don.

—Puede que sea por la cosecha —le dije en un susurro—. Tendrán que trabajar seguramente durante el día entero. No pueden los vivos cuidarse de los muertos, ya lo sabes.

—Pero si fuera rico, y nos han dicho que lo era, a mí me parece que...

—¿Quiénes entierran a los ricos? ¿Son los ricos los que se ocupan, o se ocupan los pobres?

—Se ocupan los pobres —dijo Don en un susurro.

Apareció entonces el cura por encima de todas las cabezas inclinadas. Al principio no lo habíamos visto, pero por fin estaba allí, informe y desdibujado entre las sombras, por debajo de las llamas de los cirios, con el rostro como un manchurrón, una huella dactilar, sobre la penumbra en la que ascendía la Hostia en una serie de churretones disueltos como una cascada; su voz colmaba todo el ámbito de la iglesia bien despacio, de continuo, como alas que batieran contra la piedra fría, contra la resonancia del viento en la que las velas, sin que el viento las alcanzara, parecían pintadas.

—Así que ése la miraba con ojos... —susurró Don—. Tenía que sentarse a la mesa frente a frente con ella, ¿me sigues?, y tenía que verla. Tenía que verla comer todo lo que la fue cambiando y la hizo pasar de no ser nada a serlo todo, a sabiendas de que ella no tenía nada que llevarse a la boca por sus propios medios, a sabiendas de que lo que él le daba era lo que estaba obrando el cambio, un cambio que no era para su disfrute. Ya sabes cómo son: las muchachas un buen día no son nada, y de pronto lo son todo. Las ves cambiar delante de tus propias narices. No, no delante de las narices: a oscuras es lo mismo. Tú sabes lo que ha de ser antes de que sea, antes de que lo sepan ellas; lo que te aterra no es que se conviertan en otra cosa, sino que lo descubran mucho después de que tú lo sepas: demasiadas veces mueres. Y eso no está bien. No es justo. Ojalá no tenga nunca una hija.

—Eso es incestuoso —susurré.

—Nunca he dicho que no lo fuera. Dije que era como el fuego. Como ver brotar el fuego y verlo escapar veloz.

—Una de dos: o ves cómo arde el fuego o en el fuego te quemas. O no estás en ninguna de las dos. ¿Qué prefieres?

—No lo sé. Si fuese chica, creo que preferiría arder en él.

—¿Antes incluso que no estar allí en absoluto?

—Sí.

Y es que éramos jóvenes. Y los jóvenes parecen impermeables a todo menos a las bagatelas. A las bagatelas sabemos darles sin querer trágica profundidad, que es como es el mundo. Y es que a fin de cuentas no hay nada particularmente profundo en la realidad. Y es que cuando alcanza uno la realidad, más o menos a los cuarenta o cincuenta o sesenta, descubre que sólo tiene dos metros de profundidad y menos de seis metros cuadrados de superficie.

La cosa terminó entonces. Otra vez a la intemperie, el viento soplaba de firme desde los negros cerros, ahuecando el cuenco de cristal verde del cielo. Los vimos salir en fila india de la iglesia y llevar el ataúd al cementerio. Eran cuatro los que llevaban unos faroles de hierro, y con el crepúsculo se apiñaron en silencio en torno a la tumba a la vez que el viento cargaba de firme sobre ellos y sobre las llamas de los faroles, escupiendo un fino polvo en la tumba como si la naturaleza tuviera prisa por ocultarla. Y terminaron pronto. Los faroles se pusieron en movimiento, bamboleantes, y vimos al cura. Cruzó el cementerio en dirección a la sacristía con andares presurosos, llevado por el viento racheado que le abultaba la negra sotana. El soldado iba vestido de paisano. Se destacó del gentío, caminando con las mismas zancadas largas que habíamos visto en su tía. Nos miró un instante con rostro enjuto y malhumorado, y montó en la bicicleta para marcharse.

—Era uno de los portadores del ataúd —dijo Don.

—¿Y qué opinan de eso, *signori*?

—No *espiquinglis* —dije—. Yo amo a Italia. Yo amo a Mussolini.

—Eso ya lo has dicho antes.

—De acuerdo. Entonces, *salut*.

Don me miró con rostro serio.

—*Salut* —dijo. Y miró hacia la sacristía, sujetándose mejor las tiras de la mochila en los hombros. La puerta de la sacristía estaba cerrada.

—Don —dije. Se detuvo, mirándome de nuevo. Los montes habían perdido toda perspectiva; parecía que se venciesen hacia nosotros. Era como estar en el fondo de un volcán extinguido y colmado de ese viento extraviado, salvaje, inerte en su propio empuje y colmado de un polvo en movimiento, insomne. Nos miramos uno al otro.

—De acuerdo, maldita sea —dijo Don—. Tú dirás qué hacemos.

Nos miramos uno al otro. Al cabo de un rato acaso el viento sonara como si se hubiese dormido. Si estuviéramos a resguardo, entre cuatro paredes, acaso así fuera.

—De acuerdo —dije.

—Eso no me lo dirás en serio, tú. Maldita sea, algo tenemos que hacer. Estamos en octubre, no en verano. Y no sabemos nada de nada. No nos enteramos de nada. No hablamos italiano. Amamos Italia, eso sí.

—He dicho que de acuerdo —dije. La sacristía también era de piedra, desolada en medio de un jardín descuidado. Íbamos a mitad de camino por un camino de losas cuando se abrió un ventanuco bajo el alero y alguien de blanco se asomó a mirarnos y cerró en el acto la contraventana. Fue un visto y no visto. Volvimos a decirnos a la vez, en voz baja:

—Me apunto el tanto.

Pero estaba demasiado oscuro, y el ventanuco se había vuelto a cerrar. No tardó ni diez segundos.

—Mejor habría sido decir que te apuntas la tanta —dijo Don.

—Es verdad. ¿Es una broma?

—Sí. Claro que es una broma.^[95]

Una campesina con una cara que parecía de madera nos abrió la puerta. Llevaba una palmatoria en la mano, y la llama se inclinó hacia el interior debido al viento. A su espalda, el vestíbulo estaba a oscuras; emanaba un olor rancio, helado. Siguió plantada en donde estaba, los ásperos planos y el contorno de su rostro en marcado relieve, los ojos dos cavernas en las que relucían dos llamitas, mirándonos.

—Adelante —dije—. Dile algo.

—Nos han dicho que el reverendo, *signora* —dijo Don—, que a lo mejor es posible...

Levantó la otra mano y protegió la llama a la vez que nos impedía el paso con su cuerpo en la puerta.

—Somos viajeros, estamos de excursión; nos han dicho que a lo mejor es posible encontrar algo de comer y un sitio donde dormir...

Cuando la seguimos por un pasillo llevamos con nosotros, en los oídos, el continuo y sordo ulular del viento reciente, como si fuese una concha de mar pegada al oído. No había más luz que la de la vela que llevaba en alto. Por eso, tras

ella, caminamos en una casi total oscuridad, de la cual emergió la sombra quebrada de una escalera en una de las paredes, una sombra que se irguió en penumbra al paso de la vela y se disolvió en peldaños ascendentes, llevándose por los bordes dentados la mirada hasta una pared en la que ya no había luz ninguna.

—De aquí a nada estará demasiado oscuro —dijo Don.

—Puede que para entonces ya no necesite ésa el candil.

—Puede ser.

La mujer abrió una puerta; entramos en una estancia iluminada. Había en ella una mesa sobre la que reposaba una vela en un candil de hierro, una garrafa de vino, una barra larga de pan, una caja de metal con una ranura en la tapa. La mesa estaba puesta para dos. Dejamos las mochilas en un rincón y la vimos colocar otro plato y traer otra silla del vestíbulo. Pero con eso eran sólo tres servicios; la vimos llevarse el candil y salir por una segunda puerta. Entonces me miró Don.

—Puede que a fin de cuentas la veamos.

—¿Cómo sabes que no es él quien vendrá a sentarse?

—¿Cuándo va a venir? ¿Es que no sabes dónde estará? —lo miré—. Tendrá que plantarse ahí fuera, en el jardín.

—¿Cómo lo sabes?

—El soldado estaba en la iglesia. Tiene que haberlo visto. Tiene que haberse enterado...

Miramos a la puerta, pero era la mujer. Traía tres platos de sopa.

—¿Sopa, *signora*? —dijo Don.

—Sí. Sopa.

—Qué bien. Venimos de muy lejos —dijo. Ella colocó los platos en la mesa—. Desde Milán —la mujer miró por encima del hombro a Don.

—Pues más les valiera haberse quedado allá —dijo, y se fue. Don y yo nos miramos uno al otro. Seguía teniendo todo el viento en los oídos.

—Entonces es que está en el jardín —dijo Don.

—¿Cómo lo sabes?

Pasado un rato, Don dejó de mirarme.

—La verdad es que no lo sé.

—No. Claro que no. Y yo todavía menos. Es mejor no saber. ¿No te parece?

—No. No *espiquinglis*.

—Pues yo estoy seguro.

—Justo lo que yo quería decir —dijo Don. El susurro que aún llevábamos en los oídos parecía que llenase la estancia de viento. Al cabo nos dimos cuenta de que era el viento lo que estábamos oyendo, aun cuando el único ventanuco de la estancia estuviera cerrado a cal y canto. Era como si en la estancia apacible nos hallásemos aislados en la última cumbre del espacio, ahuecada entre murmullos en medio del caos y de la larga, oscura furia del tiempo. Parecía extraño que la llama de la vela aguantase inmóvil en el pábilo.

III

Así que no lo vimos hasta que no estuvimos en la casa. Hasta entonces no había sido más que una figura informe, desaliñada, tirando a menuda, con andares presurosos en medio de la oscuridad que barría el viento, en cabeza de la comitiva del entierro, y una voz. Era como si ni lo uno ni lo otro formasen parte de lo mismo: la figura de negro sacudida por el viento y la voz que agitaba el aire quietado por encima de las velas, desapasionada, fría, incansable y exhausta y desamparada.

Hubo algo precipitado en su manera de entrar, como un buceador que se llenase de aire los pulmones antes de zambullirse. Ni siquiera nos miró y ya estaba hablando, ya nos había saludado y se había disculpado por la tardanza, todo ello con una voz grave, con palabras veloces. Con todo, sin haber dejado de hablar y sin habernos mirado siquiera, se desplazó hacia las otras sillas y tomó asiento y agachó la cabeza sobre el plato y recitó una bendición en latín sin hacer una sola pausa; su

voz de nuevo parecía brotar lenta y descansada, un punto por encima del ruido del viento, igual que en la iglesia. Así siguió un rato, de modo que al cabo levanté la cabeza. Don me estaba mirando, las cejas un tanto enarcadas; miramos los dos hacia el cura y vimos que flexionaba las manos, una a cada lado del plato. Fue entonces la mujer la que dijo una palabra con brusquedad a mi espalda; yo no la había oído entrar: una mujer macilenta, no muy alta, con un rostro del color de la caoba clara y cualquier edad comprendida entre los veinticinco y los sesenta años. El cura calló. Nos miró por primera vez con ojos débiles, presurosos. Los tenía castaños y sin iris, como los ojos de un perro viejo. Mirándonos, era como si se hubiese obligado a latigazos y como si sostuviera la mirada en alto, presa de una desesperación acongojada y precipitada.

—Lo olvidaba —dijo—. A veces hay momentos...

La mujer le volvió a escupir una sola palabra cuando depositó la sopera sobre la mesa, la sombra de su brazo sobre el rostro del cura, donde se quedó posada. Pero nosotros ya habíamos apartado la mirada. El viento constante azotaba los aleros de piedra; la llama de la vela seguía firme como un lápiz afilado en medio del ruido aquietado del viento. La oímos servir la sopa en los tres platos, aunque se quedó allí quieta más de lo necesario, el rostro del cura ensombrecido por su brazo. Parecía que nos retuviera a todos hasta que el momento, fuera el que fuese, hubiese pasado. Salió. Don y yo comenzamos a comer. A él no le miramos. Cuando por fin tomó la palabra, lo hizo en un tono llano, cortés, desinteresado.

—¿Y vienen ustedes de lejos, *signori*?

—De Milán —dijimos los dos.

—Y, antes, de Florencia —dijo Don. El cura agachaba la cabeza sobre su plato. Comía deprisa. Sin alzar los ojos, indicó con un gesto la barra de pan. Se la acerqué. Partió un pedazo y siguió comiendo.

—Ah —dijo—. Florencia. Eso sí que es una ciudad. Es mucho más... ¿cómo dicen ustedes? Mucho más *spirituel* que Milán.

Comía deprisa, sin miramientos. Llevaba la sotana echada hacia atrás, y debajo una camiseta interior de franela que se había remangado. Hacía ruido con la cuchara, golpeando el plato; entró entonces la mujer con una fuente de brécol. Retiró los platos soperos. Él extendió la mano y ella le acercó la garrafa; el cura llenó los vasos sin levantar la vista, y alzó el suyo con un gesto veloz. Pero sólo había

fingido beber; en realidad me miraba a la cara cuando yo lo miré. Aparté los ojos; oí el ruido que hacía con los cubiertos, y Don se volvió a mirarme. Entonces se interpuso el hombro de la mujer entre nosotros y el cura.

—A veces hay momentos... —dijo. E hizo ruido con el plato.

Cuando le habló la mujer en un dialecto endiablado, estridente, el cura echó la silla para atrás y vimos en un instante sus ojos acongojados por encima del brazo de ella.

—A veces hay momentos... —dijo levantando la voz, pero la mujer ahogó lo que fuera a decir, interponiéndose del todo entre nosotros. Don y yo dejamos de mirarlo y los oímos salir de la estancia. Dejamos de oír sus pasos. Entonces ya sólo oímos el viento.

—Era el oficio de difuntos —dijo Don, y es que Don era católico—. Lo que dijo al bendecir la mesa.

—Ah —dije—. No lo sabía.

—Sí. Era el oficio de difuntos. Se trabucó, se hizo un lío.

—Claro —dije—. Eso tiene que ser. ¿Qué hacemos ahora?

Nuestras mochilas estaban en el rincón. Dos mochilas pueden tener una pinta tan humana, tan absolutamente humana y exhausta, como dos zapatos. Mirábamos a la puerta cuando entró la mujer. Pero no iba a quedarse allí. Ni siquiera nos miró.

—¿Y ahora qué hacemos, *signora*? —dijo Don.

—Coman.

No se detuvo. Volvimos a oír el viento.

—Toma un poco de vino —dijo Don. Tomó la garrafa, la sostuvo en alto, encima de mi vaso y aguzamos los dos el oído. La voz llegaba del otro lado de la pared, tal vez con dos paredes de por medio, en un atropellado torrente de palabras indistinguibles. No estaba hablando con nadie, eso se notaba a la legua. Estuviera donde estuviese, estaba solo: eso se notaba a la legua. O acaso fuese el viento. Es posible que en toda situación exagerada por la naturaleza, con el viento, con la lluvia, con la sequía, el hombre seguramente siempre está solo. Siguió así durante

más de un minuto, mientras Don sostenía la garrafa encima de mi vaso. Por fin me sirvió. Nos pusimos a comer. La voz llegaba apagada, en sordina, sostenida, como si fuese un ruido producido por una máquina.

—Si al menos estuviésemos en verano... —dije.

—Toma un poco de vino —sirvió los vasos. Cada uno sostuvo el suyo en alto. Aquello sonaba como una máquina. Se notaba que estaba solo. Cualquiera se hubiese dado cuenta—. Eso es lo malo —dijo Don—. Porque aquí no hay nadie. No hay nadie en toda la casa.

—La mujer...

—Y nosotros.

Me miró.

—Ah —dije.

—Pues claro. ¿Qué mejor oportunidad pudo encontrar ella? ¿Qué más pudo pedir? Él estuvo aquí al menos cinco minutos. Y el otro acaba de volver del ejército tras tres años de ausencia. El primer día que está en casa, y entonces llega la tarde, y la puesta de sol, y se hace de noche. Ya la viste. ¿No la viste allá arriba?

—Él cerró la puerta con cerrojo. Sabes que echó el cerrojo.

—Esta casa es la casa de Dios: no se le pueden poner cerrojos. Eso sí que no lo sabías, ¿eh?

—Correcto. Se me olvida que eres católico. Algunas cosas sí que sabes. O más bien es mucho lo que sabes, ¿no?

—Qué va. Yo no sé nada. Yo no *espiquinglis*. Yo amo a Italia.

Entró la mujer. Esta vez no traía nada. Se acercó a la mesa y se quedó plantada, su rostro macilento por encima de la vela, mirándonos a los dos.

—Vamos a ver —dijo—. ¿Se piensan marchar ustedes?

—¿Marcharnos? —dijo Don—. ¿No nos vamos a quedar aquí a pasar la noche?

Ella nos miraba con la mano apoyada en la mesa.

—¿Dónde podríamos pernoctar? ¿Quién nos dará cobijo? No se puede dormir en el monte en pleno mes de octubre, *signora*.

—Sí —dijo ella. No nos estaba mirando. A través de las paredes nos llegaba el runrún de la voz y el viento.

—De todos modos, ¿qué es todo esto? —dijo Don—. ¿Qué está pasando aquí, *signora*?

Ella lo miró con seriedad, conjeturando, como si Don fuese un niño chico.

—Está usted viendo la mano de Dios, *signorino* —dijo—. Ruegue a Dios que, siendo tan joven como es, nunca más vuelva a recordarlo.

Y se marchó. Y al cabo de un rato calló la voz, cortada de pronto como si hubiera sido un hilo. Y sólo quedó el ruido del viento.

—En cuanto nos resguardemos del viento no se estará del todo mal —dije.

—Toma un poco de vino —Don levantó la garrafa. No quedaba ni la mitad.

—Más vale que no bebamos más.

—No —llenó los vasos y bebimos. Luego paramos. Volvió a oírse bruscamente la voz a toda máquina, como si esta vez el hilo cortado fuera el del silencio. Bebimos—. También nos podríamos terminar el brécol.

—Yo ya no quiero más.

—Pues toma un poco de vino.

—Tú ya has bebido más que yo.

—De acuerdo —dijo, y me llenó el vaso. Me lo bebí—. Ahora, toma un poco más de vino.

—Creo que no deberíamos terminárnoslo.

Levantó la garrafa.

—Queda un par de vasos como mucho. No tiene sentido dejárselo ahí.

—No queda ni para dos vasos.

—Me apuesto una lira.

—De acuerdo. Deja que sirva yo.

—De acuerdo —dijo, y me dio la garrafa. Me llené el vaso y extendí el brazo para servirle el suyo—. Escucha —dijo. Durante un minuto oímos la voz subir y bajar de volumen, como una rueda que se deshinchase. Pero esta vez no volví a subir de tono; sólo quedó el prolongado ulular del viento—. Sírveme —dijo Don. Le serví. El vino alcanzó tres cuartos del vaso. Y el goteo terminó del todo—. Vuécala —así lo hice. Quedó una sola gota colgando de la boca de la garrafa, que al cabo cayó al vaso—. Te debo una lira —dijo Don.

Las monedas repicaron ruidosamente en la caja de la ranura en la tapa. Cuando la tomó de la mesa y la sacudió, en cambio, no hizo ningún ruido. Tomó las monedas del bolsillo y las introdujo por la ranura. La volvió a sacudir.

—No suena como si hubiese gran cosa. Afloja la mosca, tú.

Introduje unas cuantas monedas en la ranura; volvió a sacudir la caja.

—Ahora suena mucho mejor —me miró desde el otro lado de la mesa, con el vaso vacío y vuelto boca abajo delante de él—. ¿Y qué tal un poco más de vino?

Nos pusimos en pie y tomé mi mochila del rincón. Era la que estaba debajo, y tuve que echar a un lado la de Don. Me miró.

—¿Qué piensas hacer con eso? —dijo—. ¿Sacarlo a dar un paseo?

—Pues no lo sé —dije. Más allá del alero frío e invisible, el viento suspiraba sin cesar. En lo alto de la vela, la llama se aguantaba como una pluma en equilibrio sobre la nariz blanca y larga de un payaso.

El vestíbulo estaba a oscuras; no se oía nada allí. No había nada más que el olor frío del yeso de las paredes que no tocaba el sol, el yeso y el silencio, y el olor de la vida, del lugar donde han vivido algunos, donde seguirán viviendo. Llevamos las mochilas pegadas cada cual a una pierna, como si las hubiésemos robado. Salimos hasta la puerta y la abrimos, para ponernos de nuevo a merced del viento

negro. Había restregado el cielo hasta limpiarlo del todo, evacuando hasta la última luz, el último ápice del crepúsculo. Estábamos a mitad de camino de la cancela cuando lo vimos. Caminaba de un lado a otro pegado a la tapia. No se había cubierto la cabeza, y los ropajes se le abolsaban alrededor, mecidos por el viento. Cuando nos vio no se detuvo. Tampoco apresuró el paso. Se dio la vuelta y volvió a caminar pegado a la tapia, y al cabo se dio la vuelta y apretó el paso. Esperamos en la cancela. Le dimos las gracias por la cena, él inmóvil con los ropajes azotados por el viento, cabizbajo, apartando un poco la vista, como suele aguzar el oído el que es sordo. Cuando Don se arrodilló a sus pies, dio un respingo y un paso atrás como si Don estuviera a punto de golpearlo. Me sentí entonces como si también yo fuese católico y me arrodillé y presuroso hizo la señal de la cruz sobre nosotros dos, sobre la noche que caía con el viento negro y verdoso, como la hubiera hecho sobre el agua. Cuando salimos por la cancela y volvimos la vista atrás aún lo vimos, recortado contra el cielo, contra la casa impávida y a oscuras, una cabeza que iba y venía presurosa como la de un enano que fuese corriendo por encima de la tapia.

IV

El café estaba en la acera más abrigada de la calle; nos sentamos a resguardo del viento. Pero veíamos las rachas que se llevaban los remolinos de despojos por el bordillo, y a veces nos lamía las piernas una ráfaga, y oíamos el constante apresurarse del viento imparable en lo alto, con la luz escasa de poniente entre los tejados. En la acera estaban dos músicos montañeses, un violinista y un gaitero, que tocaban una tonada animada y vivaz. De vez en cuando se detenían a beber, y volvían a tocar la misma tonada. Era una melodía que no tenía ni principio ni fin aparente, la enloquecida melodía desacordada que ascendía en remolinos llevada por el viento, con una tonalidad que al tiempo resultaba marcial y triste. El camarero nos trajo brandy y café, con un sucio delantal que de pronto levantó el viento y reveló otro de bayeta verde, y tan rígido como el cobre herrumbroso. En la otra mesa estaban sentados cinco hombres jóvenes, que bebían y dejaban cada cual por separado la calderilla en la bandeja del camarero, monedas de escaso valor que parecía éste contar por el timbre del golpe contra la bandeja antes de echárselas al bolsillo del chaleco en un movimiento veloz, y una campesina de largos flancos se detuvo a escuchar la música con un chiquillo encajado en la cadera. Dejó al niño en el suelo y éste se refugió bajo la mesa en la que estaban sentados los hombres, que retiraron las piernas para hacerle sitio, aprovechando que la mujer no miraba.

Estaba pendiente de los músicos, la cara redonda y tranquila, la boca ligeramente entreabierta.

—Bebamos algo más —dijo Don.

—De acuerdo —dije—. Yo amo a Italia —dije. Tomamos otro brandy. La mujer hizo carantoñas al chiquillo, intentando que saliera de debajo de la mesa. Uno de los jóvenes que estaban sentados lo sacó al final y se lo devolvió a la madre. En la calle, la gente se paraba a escuchar la música, y una carreta alta, de dos ruedas, llena de haces de leña, con una mujer al pescante, de la que tiraba una mula diminuta, pasó sin detenerse, y entonces apareció por la calle la chica con su vestido blanco, y yo en ese momento dejé de sentirme como si fuera un católico. Iba toda de blanco, sin abrigo ni chaqueta, y caminaba con toda su esbeltez, ágil y flexible. Dejé de sentirme como si ya no fuera nada, viéndola caminar con su vestido blanco, liviana con la luz del crepúsculo, un vestido que la llevaba a alguna parte o que ella de todas formas a alguna parte llevaba: en todo caso, se movía cuando ella se movía, se movía porque se movía ella, perdiéndola cuando ella se perdiera, porque se movía cuando se movía ella e iba con ella hacia el momento de la perdición. Ahora lo recuerdo, ahora que he sabido lo de Thaw y White y Evelyn Nesbitt, ahora recuerdo cómo lloré.^[96] Lloré porque Evelyn, que no era más que una palabra, era una hermosura y se había perdido, pues de lo contrario nunca hubiera sabido nada de ella. Porque tenía que perderse para que yo la encontrara, como tenía yo que encontrarla para perderla. Y cuando me enteré de que tenía edad suficiente para tener una hija ya crecida, o un hijo, no lo sé, lloré porque entonces fui yo el que se había perdido y porque ya nunca me haría daño la pérdida. Así que miré su blanco vestido, lo miré despacio, y pensé: «De aquí a un segundo estará más cerca de mí de lo que nunca ha estado ni estará, y luego seguirá su camino ya para siempre con su vestido blanco, con la luz del crepúsculo ya para siempre». Vi entonces que Don también la miraba y vimos entonces al soldado desmontar veloz de la bicicleta. Se juntaron los dos y se detuvieron y por un momento permanecieron en la calle, juntos los dos, entre los demás, el uno de cara al otro, pero sin tocarse. A lo mejor ni siquiera cruzaron una palabra, y no importó cuánto tiempo estuvieran así, el tiempo no hubiera tenido importancia. De pronto, Don me dio un codazo.

—Mira la otra mesa —me dijo.

Los cinco jóvenes se habían vuelto casi a la vez; habían apiñado las cabezas, de vez en cuando se unían las manos, los brazos, encubiertos, gesticulantes, todos vueltos hacia el mismo lado. Se habían recostado cada cual en su silla sin volver la cabeza, y hasta el camarero se quedó plantado, la bandeja en la cadera —una figura

chaparra y sarcástica, más vieja que un viejo verde en persona—, atento a lo que miraban todos. Por fin se volvieron y se pusieron en pie y fueron todos juntos por la misma calle por la que habían llegado, él con la bicicleta en la mano. Justo antes de que los perdiésemos de vista hicieron un alto y se miraron unos a los otros entre la gente, entre las cabezas de los demás, sin tocarse en absoluto. Y siguieron su camino.

—Tomemos algo más —dijo Don.

El camarero dejó las copas de brandy sobre la mesa, el delantal como un tablón momentáneo a merced del viento.

—Tienen ustedes militares en el pueblo —dijo Don.

—Es cierto —dijo el camarero—. Uno sí que tenemos.

—Bueno, con uno es más que suficiente —dijo Don. El camarero miró la calle por la que se marchó el grupo. Pero ya no había ninguno allí, el vestido blanco que dio forma a todos sus pasos, un blanco de doncella que no era para nosotros.

—Hay quien dice que uno ya son demasiados —parecía mucho más monástico que el cura, con la nariz alargada y fina y la calva. Parecía un halcón en las últimas—. Y se quedan ustedes en casa del cura, ¿no?

—Es que no hay albergue en el pueblo —dijo Don.

El camarero sacó las vueltas del bolsillo del chaleco, dejando caer ruidosamente las monedas en la mesa.

—¿Y para qué queremos un albergue? ¿Quién iba a parar aquí, salvo los que vienen a pie? Y nadie viaja a pie, nadie más que ustedes los ingleses.

—Somos americanos.

—En fin —dijo, y se encogió de hombros—. Eso es cosa suya —no es que nos mirase exactamente a nosotros; desde luego, a Don no lo miraba—. ¿Han probado en casa de los Cavalcanti?

—¿Una taberna que hay casi en las afueras? Donde la tía del soldado, ¿no? Sí. Pero la señora nos dijo...

El camarero en ese momento sí lo miraba.

—¿No les mandó ella a la casa del cura?

—No.

—Ah —dijo el camarero. El delantal se le levantó de pronto. Se lo sujetó para que no se le alborotase y restregó la mesa con una esquina.

—Así que americanos, ¿eh?

—Sí —dijo Don—. ¿Y por qué no iba a decirnos ella adónde ir?

El camarero terminó de fregar la mesa.

—Esa Cavalcanti... no es de la parroquia.

—¿No?

—No, qué va. Al menos desde hace tres años. El *padrone* pertenece a la parroquia que queda detrás del monte —nombró la aldea por la que habíamos pasado a la mañana.

—Ya entiendo —dijo Don—. No son naturales de aquí.

—Ah, no, no. Nacieron aquí. Hasta hace tres años eran feligreses de esta parroquia.

—Pero hace tres años todo cambió.

—No, cambiaron ellos. Se mudaron —encontró otra mancha en la mesa. La limpió con una esquina del delantal. Y luego examinó el delantal—. Hay cambios y hay cambios, y algunos cambian las cosas más que otros.

—La *padrona* cambió más que si se hubiese ido al otro valle, ¿no?

—La *padrona* no es de ninguna parroquia —nos miró de hito en hito.

—Igual que yo.

—¿Igual que usted? ¿Ha intentado hablar con ella sobre la iglesia? —dijo, y miró a Don—. Pues pase mañana un momento y coménteles lo de la iglesia.

—Y eso fue hace tres años —dijo Don—. Un año lleno de cambios para todos ellos.

—Usted lo ha dicho. El sobrino, al ejército; el *padrone*, al otro valle; la *padrona*... Y encima todo en una semana. Pase mañana a verla y pregúntele.

—¿Y qué opinan los demás en el pueblo de todos esos cambios?

—¿Qué cambios?

—Pues los que se han dado recientemente.

—¿Recientemente? —miró a Don—. No hay ninguna ley que prohíba los cambios.

—No. No al menos cuando se hacen de acuerdo con lo que dicta la ley. A veces la ley echa un vistazo, sólo por ver cómo va todo y por ver si todo ha cambiado como tiene que ser. ¿No es así?

El camarero había adoptado una actitud de perezosa negligencia en todo su ser salvo en los ojos, en el rostro alargado. Le quedaba demasiado grande esa cara que tenía.

—¿Cómo supo usted que era policía?

—¿Policía?

—Ha dicho usted soldado; sé que ha querido decir policía, y que no habla la lengua demasiado bien, aunque con la práctica la aprenderá —miró a Don—. Así que se ha dado también cuenta, ¿no es eso? Vino por aquí esta tarde y dijo que era viajante, que vendía calzado. Pero yo lo calé.

—Aquí ya —dijo Don—. A saber por qué no les impidió que... Antes que ellos...

—¿Cómo sabe que es policía? —dije.

El camarero me miró.

—Compadre, a mí lo mismo me da que sea o que no. ¿Qué prefiere usted? ¿Pensar que es un policía y descubrir que no, o pensar que no y descubrir que lo es?

—Tiene razón —dijo Don—. Así que eso es lo que se dice por aquí.

—Aquí se dicen muchas cosas. Siempre se han dicho y siempre se dirán. Como en cualquier otro pueblo.

—¿Y a usted qué le parece? —dijo Don.

—Yo no digo nada. Usted tampoco dice nada.

—No.

—No es asunto mío. Si alguien tiene ganas de beber, yo le sirvo; si tiene ganas de charlar, yo le escucho. Así ando ocupado, tanto como quiero, y así me paso el día entero ocupado.

—Tiene usted razón —dijo Don—. Eso no es asunto suyo.

El camarero oteó la calle, que estaba casi completamente a oscuras. No pareció que hubiese oído.

—De todos modos, me pregunto quién mandó buscar al policía —dijo Don.

—Cuando uno tiene pasta, encuentra sin buscar a muchos que le ayuden a causar molestias a los demás, y es así incluso después de muerto —dijo el camarero. Y nos miró—. ¿Yo? —dijo, y se inclinó sobre la mesa y se dio una palmadita en el pecho. Miró velozmente a la otra mesa, se acercó más y habló cuchicheando—. Yo soy ateo, como lo son en América —y se irguió y nos miró—. En América son todos ateos, eso lo sabemos todos —permaneció en pie con el delantal sucio, con la cara alargada, disoluta, cuando nosotros nos levantamos y le estrechamos la mano con mucha seriedad, al tiempo que los cinco jóvenes se volvían a mirarnos. Hizo un gesto con la otra mano, pegada al costado, baja—. Quédense, siéntense —chistó. Miró por encima del hombro a los jóvenes—. Siéntense —chistó. Con un gesto del mentón indicó la puerta que estaba a nuestra espalda, en dirección a la *padrona*, sentada tras el mostrador—. Tengo que comer, ¿entienden? —se escabulló y regresó con dos copas de brandy, que trajo con la habilidad y la pereza que había demostrado antes, como si no hubiese cruzado con nosotros más palabras que las necesarias para tomar la comanda—. Invito yo —dijo—. Acábenselo.

—¿Y ahora qué? —dijo Don. Los músicos ya no tocaban; en la otra acera vimos al violinista, con el violín bajo el brazo, y lo vimos ponerse en pie ante la mesa en la que estaban los cinco jóvenes, gesticulando con la otra mano. La mujer

joven ya iba caminando por la calle, de nuevo con el niño encajado en la cadera, moviendo la cabeza con un ritmo soñoliento, como un hombre a lomos de un elefante—. ¿Ahora qué?

—Me da igual.

—Vamos, no fastidies.

—No.

—Aquí no hay policía ninguno. Ése no ha visto un policía jamás. No sabría reconocer a un policía. En Italia no hay policía si no es uniformada: ¿te imaginas a un oficial de policía, italiano, vestido de paisano?

—No.

—Ya nos mostrará ella dónde dormir, y mañana por la mañana, bien temprano...

—No. Si tú quieres, adelante. Pero yo no.

Me miró. Y se echó entonces la mochila al hombro.

—Pues buenas noches. Mañana nos vemos. En aquel café de allá.

—De acuerdo.

No se volvió a mirar. Caminando, dobló la esquina. Yo me encontré donde pegaba el viento. De todos modos, la chaqueta me la había quedado yo, una chaqueta de cazador, de buen paño, con refuerzos de cuero; once guineas habíamos pagado por la prenda, que llevaba uno el día entero mientras el otro se las apañaba con su jersey. En el Tirol, el verano anterior, Don nos tuvo parados tres días enteros mientras intentaba conquistar a la chica que servía las cervezas en la posada de un pueblo. Llevó él la chaqueta de paño tres días seguidos, que me permutó por una semana entera, a elegir cuando quisiera. Al tercer día regresó el novio de la chica. Era más grande que un silo, y llevaba una pluma verde en el sombrero tirolés. Lo vimos levantarla por encima del mostrador con una sola mano. Creo que la chica de las cervezas podría haber hecho lo propio con Don de la misma forma: por amarilla y rosa y blanca que fuera, como un campo de frutales. O más bien como cuando uno mira un campo cubierto de nieve a primerísima hora de la mañana. Podría haber hecho lo propio en cualquier momento y tuvo tres días para ello, le hubiera bastado

con estirar la mano. Don engordó casi dos kilos mientras estuvimos allí.

V

Entonces me expuse de lleno al viento. Todas las casas estaban a oscuras, aunque aún quedaba algo de luz, una luz baja, pegada a tierra, como si el viento la sujetara y la aplastara y la luz no hubiera logrado levantarse y escapar a tiempo. Terminaban las tapias donde arrancaba el puente; el río parecía de acero. Creí que me había expuesto de lleno al viento, pero no fue así. El puente era de piedra, tanto las balaustradas como el camino, y me acuclillé protegido por la balaustrada. Oía soplar el viento encima y debajo del puente, entrar por el río con un prolongado ulular, barriéndolo, como si atravesara sucesivos alambres. Allí me acuclillé a la espera. No fue mucho tiempo.

Al principio no me vio, no me vio hasta que me puse en pie.

—¿Te has acordado de llenar la cantimplora? —dijo.

—No, se me olvidó. Tenía intención de hacerlo. Maldita suerte. Volvamos...

—No es preciso. Tengo una botella. ¿Y ahora por dónde tiramos?

—Me da lo mismo. Por donde sea, con tal de guarecernos del viento. Me da lo mismo.

Cruzamos el puente. No hicieron ruido nuestros pasos sobre las piedras, porque si lo hicieron se lo llevó el viento de un soplado. Alisaba el agua del río, la barría; era como el acero. Despedía un relumbre como si sujetase la tierra comprendida entre el río y el viento, con reflejos suficientes para ver bastante bien. Pero barría todo sonido llevándose casi antes de que se produjera, de modo que cuando alcanzamos la otra orilla y enfilamos por la cortada en la que comenzaba a ascender el camino, tuvieron que pasar unos instantes hasta que logramos oír algo que no fuesen nuestros propios oídos; fue entonces cuando lo oímos.

Era un gimoteo sordo, apagado, que parecía surgir del aire mismo. Hicimos un alto.

—Es un niño —dijo Don—. Un niño de pecho.

—No: es un animal. No sé cuál puede ser, pero es un animal.

Nos miramos uno al otro en la tenue oscuridad, aguzando el oído.

—De todos modos, por ahí arriba anda —dijo Don.

Ascendimos hasta salir de la cortada. Había un murete bajo, de piedra seca, que cercaba un campo, un campo aún tenuemente luminoso, disolviéndose ya en la negrura. Justo antes de las sombras más negras, a menos de cien metros, vimos una arboleda negra, una mera mancha sin forma en la oscuridad. El viento soplaba sobre el campo y nos apoyamos en el murete, aguzando el oído, atentos a la arboleda. Pero aquel sonido había llegado de más cerca, y al cabo de unos momentos vimos al cura. Estaba tumbado boca abajo al otro lado del murete, con los ropajes por la cabeza, el negro manchurrón del manteo en un aleteo tenue y constante, ya fuese por el viento, ya fuese porque se estaba moviendo. Y al margen de lo que pudiera significar el ruido, que era él quien lo hacía, era un ruido no destinado a que nadie lo escuchara, pues cesó su voz en el instante en que hicimos un ruido. A pesar de todo, no se irguió a mirarnos, y tampoco cesó el tenue estremecimiento, el aleteo de sus ropajes. Se estremecía, se retorció, se agitaba de un lado al otro, lo que fuera. Don me tocó entonces. Pasamos al otro lado del murete.

—Por aquí es más fácil pasar —dijo en voz baja.

La palidez del camino ascendía paulatinamente bajo nosotros, a medida que perdía pendiente la loma. La arboleda era una mancha imprecisa.

—Sólo que no vi la bicicleta.

—Pues entonces volvamos a casa de los Cavalcanti —dije—. ¿Dónde demonios contabas con verla?

—La tienen que haber escondido. Se me pasó por alto. Pues claro que la habrán escondido.

—Aprieta el paso —le dije— y no hables tanto, maldita sea.

—A menos que hayan pensado que estaría ocupado con nosotros y que no... —calló de repente. Tropecé con él y entonces también la vi, los manillares detrás del murete, como los cuernos de un antílope escondido. Sobre la negrura de la noche, la

mancha de la arboleda parecía titilar y diluirse como si respirase, como si viviera. Y es que éramos jóvenes, y la noche, la negrura, es terrible para los jóvenes, y más una negrura tan heladora como aquélla. Los jóvenes debieran estar hechos de manera que con la puesta del sol entrasen en estado de coma, adormeciéndose a salvo de toda negrura, de la secreta y nostálgica sensación de frustración y del deseo sin objeto, del deseo insaciable.

—Baja de ahí, maldita sea —dije. Con la joroba que le formaba la mochila, con el jersey ceñido, tenía una pinta ridícula; parecía un payaso; estaba terrible, feo, triste, todo al mismo tiempo, puesto que se le veía ridículo, y sin abrigo tenía que estar pasando mucho frío. Igual que yo: feo, terrible, triste—. Maldito viento. Maldito viento...

Volvimos al camino. Hallamos cobijo por un momento, y lo vi sacar la botella y bebimos los dos. Era un licor fuerte.

—Hablando de mi brandy de Milán... —dije—. Maldito viento. Maldito viento. Maldito viento...

—Dame un cigarrillo.

—Los tienes tú.

—No, te los di antes.

—Eres un mentiroso. No me los diste.

Los encontró en su bolsillo. Pero no esperé.

—¿No quieres uno? Mejor prenderlos aquí, mientras estemos...

No esperé. El camino ascendía hasta quedar a la altura del campo cercado. Al cabo de un rato le oí a mi espalda, y nos expusimos de lleno al viento. Por encima del hombro vi que su cigarrillo se le deshacía en ascuas encendidas por el ímpetu del mistral, que no encontraba obstáculo: un viento negro y helador, cargado de polvo, de motas de polvo como esquirlas de hielo.^[1]

Divorcio en Nápoles

I

Estábamos sentados en una mesa dentro: Monckton y el contramaestre y Carl y George y yo además de las mujeres, tres mujeres de esa clase abyecta y vistosa, con muchos oropeles, que los marinos conocen o conocen a los marinos. Nosotros hablábamos en inglés y ellas no hablaban nada. De esa manera conseguían hablarnos sin cesar, por encima y por debajo del rumor de nuestras voces y en una lengua más antigua que todo lenguaje del que exista constancia y también más antigua que el tiempo mismo. Más antigua en cualquier caso que los treinta y cuatro días de travesía marítima que acabábamos de concluir. Las mujeres en italiano, los hombres en inglés, como si la lengua fuera acaso la diferencia de sexo y el funcionamiento de las cuerdas vocales marcase el compás de espera de la paciencia interior hasta que llegase con el anochecer la hora de aparearse. Los hombres en inglés, las mujeres en italiano: un decoro como el de dos arroyos paralelos, separados por un dique sólo un rato.

Hablábamos de Carl con George.

—Y entonces ¿por qué lo has traído? —preguntó el contramaestre.

—Eso —dijo Monckton—. Yo al menos nunca traería a mi mujer a un sitio como éste.

George insultó a Monckton: no con una palabra, ni con una frase, sino con un párrafo entero. Era griego, grande y muy moreno; a Carl le sacaba una cabeza; tenía las cejas como dos cuervos superpuestos en pleno vuelo. Nos insultó a todos de inmediato y a conciencia, en un anglosajón clásico y sin tacha apenas, de una elocuencia que en otras ocasiones funcionaba en el vocabulario de un bastardo de ocho años, procreado digamos que por una cómica de vodevil y un caballo.

—Pues sí, señor —dijo el contraamaestre. Fumaba un cigarro puro hecho en Italia y bebía cerveza de jengibre, del mismo vaso, a la sazón, al que llevaba unas dos horas enganchado, y que debía de tener a esas alturas la temperatura del agua de ducha en un barco—. Tampoco yo traería a mi chica a un antro como éste, ni siquiera si fuese un menda y llevara pantalones.

Entre tanto, Carl no había movido un pelo. Permanecía sentado y sereno entre nosotros, la cabeza redonda, rubia, los ojos redondos, como un bebé sofisticado y guarecido a su manera del ruido, de los oropeles, con un vaso de cerveza italiana no muy fuerte, las mujeres murmurando unas con otras y mirándonos a nosotros y luego a Carl con esa sagacidad pacienzuda e inescrutable con que tantas cosas saben de antemano, aunque no parezcan sabedoras de que la poseen.

—È *innocente* —dijo una. Volvieron los murmullos entre ellas, que contemplaban a Carl con ojos huidizos y reflexivos.

—Es muy capaz de haberos engañado sin que os enteréis —dijo el contraamaestre—. Se os podría colar por un ojo de buey en cualquier momento a lo largo de estos tres años.

George fulminó con la mirada al contraamaestre, la boca abierta y lista para insultar. Pero no lo hizo, no maldijo siquiera. En cambio miró a Carl sin cerrar la boca. La cerró despacio. Todos miramos a Carl. Bajo nuestras miradas, levantó el vaso y bebió con intención contenida.

—¿Sigues siendo puro? —dijo George—. Es decir, pues claro que sí, digo yo.

Ante nuestros siete pares de ojos, Carl vació el vaso de cerveza floja, amarga, de tres grados.

—Llevo tres años en el mar —dijo—. Por toda Europa.

George lo miró con ojos encendidos, con cara de desconcierto, ofendido. Se acababa de afeitar; tenía la mandíbula azulada, tensa, plana y dura como la de un boxeador de primera o un pirata, hasta la raíz del cabello negrísimo. Era el segundo cocinero de a bordo.

—Eres un maldito cabronazo y un embustero de mierda —dijo.

El contraamaestre levantó el vaso de cerveza de jengibre en una réplica exacta

del gesto con que había bebido Carl. Con firmeza, con toda intención, vertió la cerveza de jengibre por encima de su hombro derecho, a la velocidad exacta con que hubiera tragado, con el mismo aire que se había dado Carl, de fanfarrón cosmopolita y serio. Dejó el vaso en la mesa y se puso en pie.

—Vámonos —nos dijo a Monckton y a mí—. Si nos vamos a pasar la noche en el mismo sitio, igual da que la pasemos a bordo.

Monckton y yo nos levantamos. Él fumaba una pipa corta. Una de las mujeres era suya, otra era del contraamaestre. La tercera tenía muchos dientes de oro. Podría tener unos treinta años, pero seguramente no era el caso. La dejamos con George y Carl. Cuando me volví a mirar desde la puerta, el camarero les estaba sirviendo más cerveza.

II

Se enrolaron juntos en Galveston, George con un gramófono portátil y un paquete pequeño, envuelto, en el que se veía el sello de una conocida tienda de baratillo, y Carl cargado con dos abultadas maletas de simelicuero, que daban la impresión de pesar más de veinte kilos cada una. George se apropió dos literas, una encima de la otra, como si fuera un vagón de ferrocarril, al tiempo que insultaba a Carl con una voz ronca, concatenada, en la que se le desdibujaban las uves y las erres, y dándole órdenes como a un negro, mientras Carl colocaba sus efectos con la meticulosidad de una criada vieja, sacando de una de las maletas una pila de chaquetillas de servicio, de dril, recién lavadas, que debían de ser en total una docena. Durante los treinta y cuatro días que siguieron —él era el camarero del comedor de oficiales— vistió una limpia en cada una de las comidas que sirvió, y siempre tenía dos o tres recién lavadas, puestas a secar en la toldilla de popa. Y a lo largo de treinta y cuatro noches, en cuanto se cerraba la cocina, los veíamos a los dos en pantalón y camiseta, bailando las canciones que sonaban en el gramófono, en cubierta, encima de una bodega cargada hasta reventar de algodón de Texas y resina de Georgia. No tenían más que un disco, que estaba rayado, y cada vez que se encasquillaba la aguja, George daba un pisotón en cubierta. No creo que ninguno de los dos fuera consciente de que así lo hacía.

Fue George quien nos habló de Carl. Carl tenía dieciocho años y era de

Filadelfia. Los dos la llamaban «Philly»: George en tono de quien se refiere a una propiedad, como si él hubiese creado Filadelfia con el fin de que existiera Carl, aunque luego resultó que George no había descubierto a Carl hasta que Carl ya llevaba un año de trabajo en el mar. Y el propio Carl contó parte de la historia: era el cuarto o quinto hijo de una primera generación de carpinteros de ribera oriundos de Escandinavia, criados en una pequeña casa de madera, idéntica a todas las demás de la hilera, a corta distancia en tranvía de la orilla del mar, gracias a los buenos oficios de una madre o de una hermana mayor; a los quince años de edad, cuando seguramente ni siquiera pesaba cuarenta kilos, algún antepasado que mucho tiempo llevaba sacudiendo los huesos en el fondo del mar (o acaso olvidado en el dique seco por puro accidente, tras lo cual se tornó inquieto a fuerza de calma y tranquilidad) lo había devuelto de bruces al antiguo sueño, a la antigua brega sin descanso, tres o tal vez cuatro generaciones después.

—Yo era un crío —nos contó Carl, que aún había de sentir o tener la necesidad de un afeitado—. Había pensado en cualquier cosa, salvo en hacerme a la mar. Pensé que sería jugador de béisbol o tal vez boxeador de primera. En las paredes había fotografías de unos y de otros, claro, y las veía cuando la hermana me mandaba a la taberna de la esquina, a buscar al viejo, los sábados por la noche. Dios, me quedaba plantado en la calle y los veía entrar, veía sus piernas por debajo de la puerta, los oía, olía el serrín del suelo y veía las fotografías en las paredes, en medio del humo. Yo era un crío, ya se ve. No había ido a ninguna parte.

Preguntamos a George cómo había encontrado plaza en un barco, así fuese de camarero, con una estatura que no alcanzaba el metro sesenta y un careto que le hubiera valido para ir de monaguillo detrás de la custodia, por el pasillo de la iglesia, o para mirar la iglesia desde una de las vidrieras.

—¿Y por qué no iba a hacerse a la mar? —dijo George—. ¿No estamos en un país libre? Aunque no sea más que un camarero de tres al cuarto —nos miró a la cara muy serio—. Es virgen, ¿o es que no se ve? ¿No sabéis lo que eso significa? —nos explicó lo que significaba. Saltaba a la vista que no mucho antes alguien le había explicado lo que significaba, le había explicado lo que era él, si es que alcanzaba a recordar algo tan antiguo, y creyó que tal vez nosotros no sabíamos cómo es el hombre, o acaso creyó que era una palabra nueva que se acababan de inventar. Así que nos explicó lo que significaba. Fue durante la primera guardia de noche; estábamos en popa, después de cenar, a dos días de Gibraltar, oyendo a Monckton hablar de las coliflores. Carl se estaba duchando (se duchaba siempre después de recoger el comedor al terminar la cena. George, que sólo cocinaba, no se bañaba nunca hasta que estábamos en puerto y recibíamos el certificado de ataque

asegurando que el barco no estaba en cuarentena) y George nos explicó lo que significaba.

Y se puso a despotricar. Insultó y maldijo a mansalva durante un buen rato.

—Bueno, George —le dijo el conrmaestre—. Tú supón que lo fueras. ¿Y entonces? ¿Qué harías, eh?

—¿Qué haría yo? —dijo George—. Más bien querrás decir... qué no haría yo —todavía despotricó un rato más sin descanso—. Es como el primer cigarro de la mañana —dijo—. A mediodía, cuando recuerdas a qué te supo, cómo te encontrabas en el momento de ver cómo se arrimó la llama a la punta, y cuando con la primera calada... —despotricó, maldijo un buen rato sin personalizar, como si salmodiase.

Monckton lo miraba sin escuchar, atento a su pipa, cuidándola.

—Caramba, George —le dijo—, anda con ojo, que vas por el camino de terminar hecho un poeta.

A bordo teníamos un grumetillo, un chaval que se enroló en el muelle de las Antillas; se me olvida cómo se llamaba.

—¿Tú a eso le llamas labia? —dijo—. Pues tendrías que haber oído cómo se las gastaba aquel oficial, cómo le daba a la sinhueso cuando se metía en el castillo de popa y se encaraba con los malditos portugueses. Qué manera de insultar la suya...

—Monckton no se refería al lenguaje, botarate —dijo el conrmaestre—. Cualquiera sabe despotricar y maldecir —miró a George—. No te vayas a pensar que eres el primero que tiene ganas de una cosa así, George, de que algo que tiene que ser sea un fue porque no sabes lo que eres cuando lo eres —y parafraseó sin saberlo, y con acierto imposible de reproducir en letra impresa, el epigrama de Byron a propósito de las bocas de las mujeres—.^[97] ¿Se puede saber con qué fin lo reservas? ¿A ti de qué te valdrá cuando deje de serlo?

George maldijo y nos miró de hito en hito, desconcertado y ofendido.

—A lo mejor Carl está dispuesto a que George lo lleve de la mano cuando llegue la hora —dijo Monckton. Sacó una cerilla del bolsillo—. Como iba diciendo, se toman las coles de Bruselas...

—Cuando lleguemos a Nápoles tendrás que conseguir que el capitán lo ponga en cuarentena —dijo el contraamaestre.

George maldijo otra vez.

—Lo dicho: se toman las coles de Bruselas... —dijo Monckton.

III

Aquella noche nos llevó algún tiempo tanto ponernos en marcha como acomodarnos. Monckton y el contraamaestre y las dos mujeres y yo visitamos otros cuatro cafés, cada uno idéntico a los demás e igual que el primero, donde dejamos a George y a Carl: la misma música, los mismos clientes, las mismas bebidas coloreadas y flojas. Las dos mujeres nos acompañaron, vinieron con nosotros sin ser de los nuestros, contemplativas y aquiescentes, diciendo de continuo y con paciencia, sin palabras, que era hora de irse a la cama. Al cabo de un rato los dejé y me volví al barco. George y Carl no estaban a bordo.

A la mañana siguiente tampoco estaban allí, al contrario que Monckton y el contraamaestre, y el cocinero y el camarero despotricaban y maldecían en la cocina; parece que el cocinero tenía planeado pasar el día en tierra. Tuvieron que quedarse a bordo todo el día. Mediada la tarde subió a bordo un hombre más bien menudo, con el traje no muy limpio, con pinta de ser uno de esos estudiantes matriculados en Columbia que todas las mañanas toman el metro del East Side llegados de los alrededores de Chatham Square. No llevaba sombrero; el pelo se lo había cepillado para atrás y lo llevaba engominado. No se había afeitado recientemente; hablaba inglés con un acento grato de oír, despectivo, enseñando bien los dientes. Pero había dado con el barco y traía una nota de George escrita en el margen de una hoja de periódico sucia. Así supimos del paradero de George. Estaba en chirona.

De todos modos, el camarero no había dejado de maldecir en todo el día. Tampoco paró entonces. Se fue con el recadero a visitar al cónsul. Regresó poco después de las seis, con George. No daba la impresión de que George se hubiese emborrachado; parecía aturdido, callado; tenía el pelo revuelto y una sombra de barba en las mejillas. Fue derecho a la litera de Carl y comenzó a retirar las colchas y sábanas que éste dejaba meticulosamente colocadas en las literas, una por una, como un viajero que examinase una cama en un hotel de tercera clase de los que

abundan por Europa, como si contase con hallar a Carl escondido entre ellas.

—¿En serio que no ha vuelto? —dijo—. ¿Me estáis diciendo que no ha vuelto en absoluto?

—Por aquí no le hemos visto el pelo —dijimos a George—. El camarero tampoco lo ha visto. Pensamos que estaba contigo en chirona.

Comenzó a colocar de nuevo las colchas y sábanas, es decir, hizo el intento de ponerlas una por una sobre la cama de un modo desatento, como si no fuera consciente de lo que hacía, como si no lo sintiera.

—Siempre se piran —dijo en tono apagado—. Siempre me dan esquinazo. Nunca pensé que fuese a hacerlo. Nunca creí que fuese capaz de dármela con queso, y menos de esta forma. Tuvo que ser por ella. Tuvo que ser ella la que le obligó. Bien sabía ella lo que era él, y cómo yo... —se echó a llorar en silencio, de un modo apagado, desatento—. Tuvo que haber estado con ella en todo momento, con la mano en su regazo. Y yo nunca sospeché nada. Ella no hacía más que arrimar la silla a la que él ocupaba. Pero yo confiaba en él. Nunca sospeché nada. No pensé que fuese a hacer nada serio sin preguntarme primero, y menos aún... Yo confiaba en él.

Parece ser que el fondo del vaso, cuando George lo vio por fin, había distorsionado las formas lo suficiente para crear en George la ilusión de que Carl y la mujer estaban bebiendo al igual que él, de un modo serio, dedicado, pero célibe. Los dejó sentados a la mesa y se fue al retrete, en la parte de atrás del café; más bien, según dijo, de pronto cayó en la cuenta de que estaba en el retrete y comprendió que era hora de volver, de pronto preocupado no por lo que pudiera suceder en su ausencia, sino por la ausencia misma, por no estar él presente en sus tejemanejes, según le llevó a colegir la visita al retrete. Así pues, volvió a la mesa sin alarma todavía, sólo un tanto preocupado, acaso divertido. Dijo que se lo estaba pasando en grande.

Así que en un primer momento creyó que se lo estaba pasando tan en grande que no pudo encontrar su mesa. Dio con la que creía que era la suya, pero estaba vacía: sólo había tres pilas de platillos, de modo que dio una vuelta por el café, aún divertido con la situación, aún pasándolo en grande; seguía disfrutando de lo lindo cuando se plantó en medio de la pista de baile y, asomando la cabeza por encima de los que estaban bailando, dio un grito a voz en cuello: «¡Ah del Porteus!».^[98] Y siguió dando voces hasta que un camarero que hablaba inglés se lo llevó hasta la misma mesa desierta en la que estaban las tres pilas de platillos y los tres vasos vacíos, en

uno de los cuales reconoció el suyo.

Pero todavía estaba disfrutando de lo lindo, aunque tal vez ya no tanto, creyéndose víctima de una broma de mal gusto primero por parte del establecimiento, y parece ser que debió de armar cierto alboroto, y que ya no se lo estaba pasando tan bien al verse en el centro de un grupo cada vez más nutrido de camareros y clientes.

Cuando al fin entendió y aceptó la cruda realidad de que se habían marchado sin él, tuvo que sentarle fatal: la ofensa, la desesperación, la sensación del tiempo transcurrido, una ciudad desconocida en plena noche, en la que era necesario encontrar a Carl, y cuanto antes, si es que pretendía servirle de algo. Quiso marcharse, atravesar la barrera del gentío apiñado en derredor, sin pagar la cuenta. No es que no quisiera apoquinar; es que no tenía tiempo. Si encontrase a Carl en menos de diez minutos, de buena gana regresaría y pagaría el doble de lo adeudado. No me cabe duda.

Así las cosas lo retuvieron, al americano despavorido, sujeto por un cordón de camareros y clientes —hombres y mujeres por igual—, y él se dedicó a sacar a puñados las monedas que llevara en los bolsillos y a dejarlas tintinear al caer contra el suelo de baldosas. Dijo que aquello fue como si le cosiera las piernas a mordiscos una jauría: camareros, clientes, hombres y mujeres, todos a cuatro patas y peleándose por las monedas que rodaban por el suelo, y George dando pisotones a diestro y siniestro, empeñado en espantar las manos de todos ellos.

Se encontró en el centro de un círculo bruscamente ensanchado, jadeando, y con dos Napoleones con espada y guantes de portadores de féretros y sombreros con penacho de caballeros de la orden de Pythias, uno a cada lado. No sabía qué había hecho; sólo sabía que estaba arrestado por las fuerzas del orden. Hasta que llegaron a la Prefectura, donde había un intérprete, no se enteró de que era un preso político, puesto que había insultado gravemente a su majestad el rey al pisotear la efigie del monarca inscrita en una moneda. Lo metieron en un calabozo de doce metros cuadrados con otros siete presos políticos, uno de los cuales era el recadero.

—Me quitaron el cinturón y la corbata y los cordones de los zapatos —nos relató en tono apagado—. En el calabozo no había otra cosa que un barril atornillado en medio del suelo y un banco de madera que recorría por entero las paredes. Supe nada más verlo para qué estaba ahí el barril, puesto que lo llevaban usando con ese fin desde hacía bastante tiempo. Uno tenía que dormir en el banco cuando ya no pudiera permanecer en pie ni un minuto más. Cuando me agaché a

mirarlo de cerca, aquello fue como mirar la calle 42 desde una avioneta. Aquello parecía un enjambre de taxis amarillos. Fui entonces a servirme del barril. Pero lo hice con la parte de mí con la que no estaba previsto que se utilizara.

Nos habló del recadero. Es cierto que la Desesperanza, como la Pobreza, cuida de los suyos. Allí estaban los dos: el italiano que no hablaba ni palabra de inglés y George, que apenas hablaba ninguna lengua, y que no sabía ni papa de italiano. Eran las cuatro de la madrugada poco más o menos. Pero con las primeras luces del alba George había localizado al único de los siete que podría servirle de algo y que acaso lo haría.

—Me dijo que le daban la salida a las doce, y le dije que le daría diez liras en cuanto saliera, y me consiguió el trozo de papel y el lápiz (en una celda en la que no había nada, entre siete hombres despellejados y casi en cueros, provistos sólo de los más sencillos residuos de ropa, los necesarios para no pasar mucho frío: sin dinero, sin navajas, sin cordones de zapatos, sin alfileres ni botones sueltos), y escribí la nota y él la escondió y le dieron la salida y al cabo de cuatro horas vinieron a por mí y allí estaba el camarero.

—¿Cómo hablaste con él, George? —preguntó el conrmaestre—. Ni siquiera el camarero averiguó nada, no hubo forma, hasta que fueron a ver al cónsul.

—No lo sé —dijo George—, pero hablamos. Fue la única manera de decirle a alguien dónde estaba.

Intentamos llevarlo a la cama a que durmiera, pero no hubo forma. Ni siquiera se afeitó. Comió algo deprisa, en la cocina, y bajó a tierra. Lo vimos bajar por el costado.

—Pobre hijoputa —dijo Monckton.

—¿Por qué? —dijo el conrmaestre—. ¿Para qué se llevó a Carl a donde lo llevó? Podrían haber ido al cine.

—No estaba pensando en George —repuso Monckton.

—Ah —dijo el conrmaestre—. Qué quieres: no se puede uno pasar la vida bajando a tierra en cualquier parte, y menos en Europa, sin que a uno lo desplumen de vez en cuando.

—Dios mío —dijo Monckton—, eso espero.

George volvió a las seis en punto de la mañana siguiente. Seguía teniendo pinta de aturdido, aunque estaba bastante sobrio, bastante tranquilo. De la noche a la mañana le había crecido la barba casi medio centímetro.

—No he dado con ellos —dijo en voz baja—. No los he encontrado por ninguna parte.

Tuvo que hacer de camarero y ocupar el puesto de Carl en la mesa de los oficiales, pero en cuanto sirvió el desayuno volvió a desaparecer; oímos al camarero insultarle por todo el barco hasta el mediodía, tratando de localizarle. Minutos antes del mediodía regresó, sirvió el almuerzo y volvió a marchar. Volvió antes de que anocheciera.

—¿No has dado con él? —le pregunté, y no me respondió. Se me quedó mirando unos momentos con semblante inexpresivo. Fue a sus literas, bajó del altillo una de las maletas de similicuero, introdujo de cualquier manera las cosas de Carl y cerró la tapa pillando las mangas y los calcetines que sobresalían, para arrojarla al entrepuente, donde rebotó una sola vez y se despanzurró, vomitando las chaquetillas blancas y los calcetines mudos y la ropa interior. Se acostó entonces sin desvestirse y durmió catorce horas de un tirón. El cocinero intentó levantarlo para el desayuno, pero fue como tratar de despertar a un muerto.

Cuando despertó por su cuenta tenía mejor aspecto. Me pidió un cigarrillo y fue a afeitarse y volvió y pidió otro.

—Por mí, que se vaya al cuerno —dijo—. Que se vaya a donde quiera el hijoputa. Me da igual.

Esa tarde volvió a poner las cosas de Carl en su litera. No lo hizo con cuidado ni lo hizo con descuido: se limitó a recogerlas y las arrojó sobre su catre, parando un instante a ver si alguna de ellas se iba a caer antes de marcharse.

IV

Poco faltaba para que amaneciera. Cuando volví al barco más o menos a

medianoche, todo estaba desierto. Desperté antes de que amaneciera: todas las literas, salvo la mía, seguían desiertas. Estaba medio dormido aún cuando oí a Carl en el pasillo. Venía sigiloso; apenas lo oí cuando apareció en la puerta. Antes de entrar permaneció un rato quieto; a la media luz apenas parecía un adolescente. Cerré los ojos. Le oí aún de puntillas; se acercó a mi litera y se plantó ante mí unos momentos. Cuando oí que se daba la vuelta, abrí los ojos lo justo para verle.

Se desvistió deprisa, arrancándose la ropa; se le saltó un botón que golpeó en el mamparo con un chasquido inapreciable. Desnudo, a la luz tenue, parecía más menudo y más frágil que nunca cuando sacó de la litera una toalla, allí donde George había tirado sus cosas de cualquier manera, apartando las demás prendas con una especie de prisa temerosa. Al salir, sus pies descalzos susurraron por el pasillo.

Oí correr la ducha un buen rato al otro lado del mamparo; no tardaría en enfriarse el agua. Pero siguió corriendo mucho tiempo, hasta que cesó y cerré los ojos hasta que entró de nuevo. Lo vi entonces recoger del suelo el calzón que se había quitado, que arrojó por un ojo de buey con un gesto veloz, como el borracho que se recupera y aparta de su vista una botella vacía. Se vistió, se puso una chaquetilla blanca bien limpia, se peinó inclinado ante el espejito, mirándose la cara durante un buen rato.

Y se fue a trabajar. Estuvo todo el día en el puente de mando; no se nos alcanzó imaginar qué pudo haber encontrado allí, qué fue lo que estuvo haciendo. Pero en el camarote de la tripulación no se le volvió a ver hasta después de que anoheciera. Todo el día vimos la chaquetilla blanca ir y venir más allá de una puerta abierta, o bien arrodillarse a sacar brillo a los pasamanos y los embellecedores de metal junto a la escalerilla. Parecía que trajinase con verdadera furia. Y cuando sus deberes le obligaron a subir a cubierta durante el día, reparamos en que siempre lo hacía por babor, y eso que estábamos abarloados por estribor al muelle. Y por la cocina o por la cubierta de popa George faenaba un poco y haraganeaba bastante, sin mirar en ninguna ocasión al puente.

—Ésa es la razón de que se quede ahí arriba, sacando brillo a la metalistería durante el día entero —dijo el contramaestre—. Sabe que George no puede subir.

—No me parece a mí que George tenga muchas ganas de subir —dije.

—Eso es cierto —dijo Monckton—. Por un dólar, George sin duda subiría a la bitácora a pedirle al capitán un cigarro.

—Pero por pura curiosidad no subiré —dijo el contramaestre.

—¿A ti te parece que eso es todo? —dijo Monckton—. ¿Pura curiosidad?

—Pues claro —dijo el contramaestre—. ¿Qué iba a ser, si no?

—Monckton tiene razón —dije—. Ése es el momento más delicado en un matrimonio, el día siguiente a la noche que tu mujer se ha pasado de parranda.

—Querrás decir que es el más fácil —dijo el contramaestre—. Ahora George ya lo puede abandonar.

—¿Te parece? —dijo Monckton.

Pasamos cinco días en puerto. Carl seguía sacando brillo a las escalerillas del puente de mando. El camarero lo mandaba salir al puente y se largaba; al volver, se encontraba a Carl por la borda de babor y le indicaba que fuese a estribor, asomado casi al muelle, donde andaban los chicos italianos con sus sucias camisetas de colores intensos y los vendedores de postales pornográficas. Pero allí apenas pasaba unos minutos, tras los cuales lo veíamos de nuevo abajo, tranquilamente sentado, con la chaqueta blanca, en la penumbra, donde olía a rancio, esperando la hora de la cena. Por lo común se dedicaba a remendar calcetines.

George aún no le había dicho una sola palabra. Era como si Carl no estuviera a bordo, como si el desplazamiento del espacio mismo que era su cuerpo fuese tan sólo aire que se pudiera respirar sin el menor impedimento. Era el turno de George; le tocaba pasar fuera del barco casi todo el día y casi toda la noche, para regresar algo borracho a las tres o a las cuatro, y despertar a todos a su paso, salvo a Carl, y comentar en una grosera, chillona recapitulación, sus andanzas recientes con mujeres siempre distintas antes de subirse al catre. Por lo que acertamos a saber, ni siquiera se miraron uno al otro hasta que estuvimos rumbo a Gibraltar.

La furia con que Carl faenaba a bordo aflojó un poco, aunque trabajaba a pie firme durante todo el día y, bañado y aseado, con el cabello rubio aún mojado, listo, su cuerpo esbelto enfundado en una camiseta de algodón, lo veíamos luego solo, apoyado en la amura del barco, hacia la mitad o a proa, disfrutando del lento atardecer. Nunca aparecía por la popa, donde fumábamos y charlábamos, donde George había vuelto a poner el único disco que tenía en el gramófono, incurriendo sin que nadie se lo pidiera, e incluso aunque se le tachara de anatema, a sangre fría, en un bis tras otro.

Una noche por fin los vimos juntos. Estaban apoyados uno junto al otro en la amura de popa. Fue la primera vez en que Carl miró a popa, hacia Nápoles, desde la mañana en que regresó al barco, y ya era la noche en que las Columnas de Hércules se habían hundido en la luz menguante del crepúsculo, y el curso del río Océano fluía hacia el mar oscurecido, del color del vino, y las crucetas en lo más alto se mecían comedidas, lentas, recuperándose sobre la alta noche y la luna nueva, todavía baja.

—Todo está en orden —dijo Monckton—. El perro ha vuelto a su vómito.

—Yo ya dije que todo estaba en orden todo el tiempo —dijo el contra maestre—. A George le importa una mierda.

—No me estaba refiriendo a George —dijo Monckton—. George aún no ha dado la talla.

V

—Andaba alicaído, andaba alelado, daos cuenta —nos contó George—, y yo no hacía otra cosa que hablar con él, decirle que se me había pasado el enfado. Joder, algún día tenía que pasar; no hay hombre que pueda ser un ángel durante toda la vida. Pero él ni siquiera se prestaba a mirar atrás. Hasta que de repente una noche va y me dice:

»“¿Tú qué les das?” Le miré. “¿Cómo tiene que tratarlas un hombre?”

»“Ya me lo dirás tú”, le digo, “por algo te pasaste tres días con ella. ¿No te lo supo enseñar?”.

»“Quiero decir... qué se les da”, dice. “¿No les dan los hombres...?”

»“Por Dios”, le digo, “si tú ya le has dado algo por lo que te habrían pagado un dineral en Tailandia. Te hubieran nombrado príncipe o, como poco, primer ministro. ¿Qué quieres decir?”.

»“No me refiero al dinero”, dice. “Quiero decir...”

»“Bueno”, le digo yo, “si fueras a verla otra vez, si ella fuese a ser tu chica, algo tendrías que darle. Tendrías que llevarle algo. Algo que tú uses, o algo así: les da lo mismo qué sea exactamente, son extranjeras, se pasan la vida de busconas con esos espaguetis que no les darían ni un soplido por más que fueran ellas un globo de juguete. Les da lo mismo lo que sea. Pero no la volverás a ver, digo yo”.

»“No”, dice. “No, no.” Y dio la impresión de que estuviera pensando en lanzarse por la borda y echarse a nadar para esperarnos en el cabo Hatteras.

»“Pues entonces no le des más vueltas”, le digo. Fui entonces a poner el gramófono, pensando que eso le sentaría bien y le daría ánimos, porque no ha sido el primero, qué queréis; no es él quien se lo ha inventado. Pero eso fue a la noche siguiente. Estaba en la amura de popa, era la primera vez que miraba atrás, pendiente del fósforo de la corredera.

»“A lo mejor la he metido en un buen lío”, me dice de repente.

»“¿Por hacer el qué?”, le digo. “¿Con quién? ¿Con la policía? ¿No le pediste que te mostrase la licencia?” La verdad, con la jeta pintarrajeada como iba no tenía necesidad de permiso para ejercer; tenía en las muelas oro suficiente para pagarse un billete de tren con enseñar la cara tan sólo, y a lo mejor ahí tenía sus ahorros, en vez de guardarlos en un calcetín.

»“¿Qué licencia?”, me dice, y se lo aclaré. Pensé por un momento que estaba llorando, y vi entonces que sólo intentaba aguantar las ganas de vomitar. Me di cuenta de dónde estaba el problema, entendí qué era lo que lo traía a mal traer. Recuerdo que la primera vez a mí también me pilló desprevenido. “Ah”, le digo, “el olor. No te apures, no quiere decir nada”. Le dije que no se rompiera la cabeza por eso, que no es que huelan mal, que es cosa del aire nacional de Italia.

Y entonces pensamos por fin que estaba enfermo de verdad. Se pasaba el día entero trajinando, se acostaba sólo cuando los demás ya dormíamos a pierna suelta, y de noche lo vi una vez levantarse y subir a cubierta; lo seguí y lo vi encaramado en un cabrestante. Parecía un chiquillo aún, menudo, inmóvil, en ropa interior. Pero era joven, y ni siquiera un hombre hecho y derecho puede pasar demasiado tiempo enfermo, sin hacer otra cosa que trabajar, sin respirar más que el aire salado, así que al cabo de dos semanas volvimos a verlos a George y a él bailar de nuevo en camiseta, después de cenar, en la cubierta de popa, mientras el gramófono alzaba su ego fatuo y reiterativo contra la luna menguante y el barco roncaba y chistaba atravesando el mar bravío del cabo Hatteras. No hablaban, sólo bailaban con

seriedad y sin cansancio, la luna cada noche más alta en el cielo. Viramos entonces con rumbo sur, y de largo corría la corriente del Golfo como la tinta azul, burbujeando de fuego en la noche ya en latitudes más bonancibles, y una noche, a la vista de las islas Tortugas, el barco comenzó a surcar la estela argentina de la luna como pisa un cortesano ansioso la cola del vestido de su pareja. Carl habló por vez primera en casi veinte días.

—George —le dijo—, ¿te importa hacerme un favor?

—Pues claro, compañero —dijo George, dando pisotones en cubierta cada vez que la aguja del gramófono se atascaba, la cabeza negra por encima de la cabeza pálida y lamida de Carl, los dos abrazados con decoro, el calzado de lona chirriando al unísono—. Claro —dijo George—, dispara.

—Cuando atraquemos en Galveston, quiero que me compres un conjunto de seda de color rosa, de los que usan las señoras. Un poco más grande que si fuera para mí, ¿entiendes?[*]

Carcasona

Y yo en un caballito de piel de ante con los ojos como la electricidad azul y unas crines como el fuego enmarañado, galopando al subir la cuesta y disparado y veloz hacia lo más alto del cielo

Su esqueleto yacía inmóvil. Tal vez estuviera pensando en esto mismo. Sea como fuere, al cabo de un rato gimió. *Pero no dijo nada, cosa que desde luego no es muy propia de ti pensó no pareces el mismo de siempre, aunque no puedo yo decir que no sea de agradecer un poco de quietud*

Estaba tendido bajo una tira sin desenrollar de papel encerado, del que se emplea para reforzar los techos. Estaba tendido todo él, claro está, salvo esa parte que no padecía las injurias de los insectos ni de la temperatura, y que galopaba sin descanso a lomos del caballito sin destino, subiendo por una loma de plata apilada en los cúmulos, en la que los cascos no dejaban eco ni huella, hacia el precipicio azul que no alcanzaría nunca. Esa parte no era ni de carne ni de no carne, y le hormigueaba con placer la contemplación ausente allí tendido bajo el papel encerado que le servía de cobertor.

Así se simplificaba la mecánica del dormir, de cobijarse para pasar la noche. Todas las mañanas la cama entera se recogía formando un rollo y se sujetaba tiesa en una esquina. Era como esas lentes, lentes de cerca, que antaño utilizaban las viejas señoras, sujetas a un cordoncillo que se enrollaba en un carrete dentro de una funda de oro sin iniciales; un huso, una funda, sujetos al seno más profundo de la madre del sueño.

Estaba tendido así y lo saboreaba. Abajo, Rincón continuaba con sus actividades fatales, secretas, nocturnas, con las que ventanas y puertas iluminadas se sucedían como manchurroneos aceitosos que hubiesen dejado brochas anchas y demasiado cargadas. Desde los muelles le llegó la sirena de un barco que tampoco tuviese fuente precisa. Por un instante fue el sonido, y el sonido luego abarcó el silencio, el ambiente, trayéndole a los tímpanos un vacío en el que nada, ni siquiera el silencio existía. Y asimismo cesó, mermó; el silencio volvió a respirar con el estrépito de la fronda de las palmeras, como el siseo de la arena al escurrirse sobre una lámina de metal.

Su esqueleto aún yacía inmóvil. Tal vez estuviera pensando en esto, tal vez pensara él en el papel encerado que le servía de cama y que se le semejaba a unas lentes a través de las cuales cada noche examinase el tejido de los sueños:

A través de las transparencias gemelas de las lentes el caballo aún galopa con su pesada maraña de llamas enredadas. Adelante, atrás, contra la tensa redondez de su vientre se columpian sus patas, que rítmicamente se alcanzan unas a otras y aún se adelantan, y cada espoleado paso lo puntúa una velocísima agilidad de cascos bien herrados. Ve la cincha que sujeta la silla de montar y ve las suelas del jinete apoyadas en los estribos. La cincha corta en dos al caballo por detrás de la cruceta, a pesar de lo cual galopa con rítmica, inflexible furia, y sin avanzar, y piensa en el corcel normando que sin jinete emprendió el galope contra el emir sarraceno, quien tan vivo de ojo, tan delicado y fuerte de mano, blandió la hoja y cortó en dos al animal que galopaba de un mandoble, con lo que las dos mitades de la bestia siguieron adelante atronadoras en medio de la sacra polvareda en la que el de Bouillon y Tancredo también chocaron en la hosca retirada, atronadores entre los enemigos congregados de nuestro manso Señor, envuelto aún en la furia orgullosa de la carga, sin saber que ya estaba muerto y bien muerto.

El techo de la buhardilla caía en pendiente ruinoso hasta el alero bajo. Estaba oscuro, y la conciencia del cuerpo, revestida de las funciones de la visión, conformó en la imaginación su cuerpo inmóvil, convertido en fosforescencia por la imparable podredumbre que en su cuerpo se instalara desde el día en que nació, *la carne ha muerto mientras vive de sí y subsiste y se consume con cicatería en su propia renovación como jamás ha de morir pues yo soy la Resurrección y la Vida* De un hombre gozoso ha de ser el gusano, magro y peludo. De las mujeres, de las muchachas delicadas, breves, como la música acordada, debiera conformarse con la suavidad, según cae y se alimenta de belleza, nutriéndose *y qué de Mí, salvo un hervor de leche nueva Yo que soy la Resurrección y la Vida*

Estaba todo oscuro. La agonía de la madera la aplacaban estas anchuras; los cuartos vacíos no despedían crujidos ni chasquidos. Acaso la madera fuese como cualquier otro esqueleto, claro, aunque pasado un tiempo, luego de que los reflejos de las antiguas compulsiones se hubiesen agotado por sí solos. Los huesos bien podrían yacer bajo los mares, en las cavernas recónditas del mar, mecidos y juntados por los ecos moribundos de las olas. Como los huesos de los caballos que maldijeran a los jinetes menos preparados que los montaran, alardeando unos con otros de lo que hubieran sabido hacer si los montara un jinete de primera. Pero es que alguien crucificaba siempre a los jinetes de primera. Y más vale ser huesos que entrechocan unos con otros a merced del movimiento exhausto de las mareas en las

cavernas y las grutas del fondo del mar.

allí donde el de Bouillon y Tancredo también

Gimió de nuevo su esqueleto. A través de las transparencias gemelas del suelo cristalino galopaba aún el caballo, incesante y sin flaqueza y sin avance, su destino en el establo en el que se hallaba estabulado el sueño. Estaba todo oscuro. Luis, el cantinero de la planta baja, le permitía dormir arriba, en la buhardilla. Pero la Standard Oil Company, dueña de la buhardilla y del papel encerado, era también propietaria de la oscuridad; era de la señora Widdrington, la esposa de la Standard Oil Company, la oscuridad en la que se había acostumbrado a dormir. También de ti haría un poeta la buena señora, con tal de que no trabajaras en ninguna parte. Creía ella que si no era aceptable una razón para respirar, es que no había razón. Para ella, si uno era blanco y no trabajaba, o era mendigo o era poeta. Y quién sabe si no. Son sabias las mujeres. Han aprendido a vivir sin que la realidad las confunda, impermeables a la realidad. Estaba todo oscuro.

y que mis huesos se reúnan y se golpeen unos con otros Estaba todo oscuro, una oscuridad colmada de pasos ultraterrenos de pies muy pequeños, sigilosos, concentrados. A veces, de noche, el frío ruido de esos pasos lo despertaba cuando lo sentía en la cara, y con un movimiento de los suyos se escabullían invisibles como una brusca desintegración de hojas muertas a merced del viento, en arpegios susurrantes de minúsculos sonidos, dejando un fino pero preciso efluvio de furtividad, de voracidad. A veces, tendido mientras el día caía con toda su grisura hacia el filo arruinado del alero, veía oscilar sus sombras de una oscuridad a otra, adensadas y gordas como las de los gatos, dejando en los silencios estancados los susurros veloces de sus fantasmagóricos pies.

La señora Widdrington también era la dueña de las ratas. Claro que los ricos son dueños de muchísimas cosas. Pero no contaba ella con que pagasen las ratas por aprovecharse de su oscuridad y de su silencio escribiendo poemas. Y no porque no pudieran, que bien capaces hubieran sido de escribir versos más que decentes. Algo tiene Byron de rata: alocuciones de voracidad furtiva, el susurro de los piececillos fantasmagóricos tras un tapiz de sangre en el que cayó *donde cayó donde era yo Rey de Reyes aunque la mujer con ojos de perro dale que te pego para ir juntando a golpes mis huesos*

«Algo me gustaría hacer», dijo, y con los labios dio forma al sonido sin que nadie oyera nada en la oscuridad, y el caballo al galope llenó del todo su imaginación con un ruido atronador que él no escuchaba. Vio la cincha que sujetaba

la silla y vio las suelas del jinete en los estribos y pensó en el caballo normando, hijo de muchos padres y criado para soportar cotas de malla en los lentos, húmedos, verdes valles de Inglaterra, enloquecido de calor y de sed y de horizontes sin esperanza, llenos de pura nada refulgente, partido en dos mitades y sin haberse enterado, fundido aún al ritmo del ímpetu acumulado e imparable. La cabeza se la cubría la cota de malla, de manera que no veía lo que le estaba esperando en su carrera, y en el centro de las corazas asomaba una... una...

—Testera —dijo su esqueleto.

—Testera —meditó un rato, mientras el animal que seguía sin saber que estaba muerto reanudaba su galope atronador al tiempo que se abrían las filas del enemigo del Cordero en la sacra polvareda dejándolo pasar.

—Testera —repitió. Llevando tal como era una vida retirada, su esqueleto no podía saber nada del mundo. Y pese a todo tenía una forma asombrosa y exasperante de proporcionarle toda clase de informaciones triviales que momentáneamente a él se le habían escapado.

—Lo único que sé es lo que te cuento —dijo él.

—Pero no siempre —dijo el esqueleto—. Yo sé que el final de la vida consiste en quedarse bien quieto. Eso tú no lo sabes aún, no te has enterado. O a mí al menos aún no me lo has dicho.

—Ah, pues de eso sí que me he enterado —dijo él—. Me lo han metido en la cabeza a machamartillo. Pero no es eso. Es que sigo creyendo que eso no es verdad.

El esqueleto soltó un gemido.

—No me lo creo —repitió.

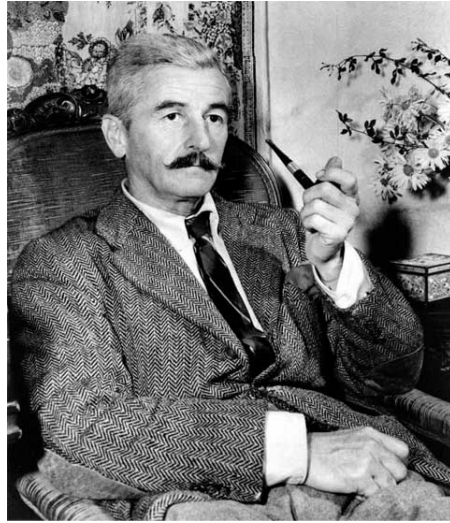
—De acuerdo, de acuerdo —dijo el esqueleto muy molesto—. Eso no te lo voy a discutir. Nunca te discuto nada. Yo sólo te doy consejos.

—Alguien tendrá que hacerlo, digo yo —accedió de mala gana—. O eso parece.

Se tendió bajo el papel encerado, en medio de un silencio colmado de pasitos fantasmagóricos. Su cuerpo una vez más se fue abatiendo, inclinado, atravesando corredores opalinos surcados de haces de luz diurna y moribunda, ascendiendo,

disolviéndose en lo más tenue, y terminó por reposar al fin en los jardines del mar, donde no sopla el viento. Alrededor, las cavernas y las grutas mecidas, y su cuerpo tendido en el suelo ondulante, dando tumbos en paz, a merced de los ecos oscilantes de las mareas.

Algo me gustaría hacer, algo osado y trágico y austero, repitió para sus adentros, dando forma a las palabras insonoras en el silencio inquieto yo en un caballito de piel de ante con los ojos como la electricidad azul y unas crines como el fuego enmarañado, galopando al subir la cuesta y disparado y veloz hacia lo más alto del cielo Galopando aún, el caballo se yergue y remonta y se abre, atruena por la larga loma azul del cielo, las crines revueltas en torbellinos dorados como el fuego. Corcel y jinete atruenan, un trueno que va menguando y se empequeñece: una estrella que muere en la inmensidad de lo oscuro y del silencio dentro del cual, firme, y extinguiéndose, hondo el pecho, graves los flancos, murmulla la oscura y trágica figura de la Tierra, su madre.^[]*



WILLIAM FAULKNER nació en Oxford (Mississippi) en 1897 y murió en 1962. Su primera novela, *La paga de los soldados*, es de 1926. Luego, tras una breve estancia en Europa, publicó *Mosquitos* (1927), *Sartoris* (1929, Alfaguara, 2010, primera novela de la saga ambientada en el condado ficticio de Yoknapatawpha), *El ruido y la furia* (1929; Alfaguara, 1987), *Mientras agonizo* (1930), *Santuario* (1931; Alfaguara, 1980), *Luz de agosto* (1932; Alfaguara, 1991), *Pilón* (1935; Alfaguara, 2002), *¡Absalón, Absalón!* (1936), *Los invictos* (1938), *Las palmeras salvajes* (1939), *El villorrio* (1940; Alfaguara, 1987), *Intruso en el polvo* (1948; Alfaguara, 2012), *Réquiem por una monja* (1951), *Una fábula* (Premio Pulitzer 1954; Alfaguara, 1999), *La ciudad* (1957; Alfaguara, 1988), *La mansión* (1960; Alfaguara, 1990, 2012) y *La escapada* (1962; Alfaguara, 1997), que aparece poco antes de su muerte y por la que recibe nuevamente el Premio Pulitzer. Además de las novelas mencionadas y de su enorme producción cuentística, recogida en *Cuentos reunidos* (Alfaguara, 2009), colaboró en varios guiones cinematográficos y publicó también ensayos, poemas, obras teatrales y cartas, reunidas en el presente volumen. En 1950 recibió el Premio Nobel de Literatura.

Notas

^[1] Emblemas distintivos de la carne enlatada y las sardinas en conserva que comercializaba la marca Underwood a partir de 1870 y todavía se venden hoy, siendo la marca registrada de más antigüedad en Estados Unidos. Esta referencia, junto a la que remite a la herida de guerra de Abner, «más de treinta años antes», situaría el relato en torno a 1895. <<

^[2] Era costumbre que el dueño de una cabeza de ganado extraviada pagase esta cantidad a quien la hubiese encontrado, en prenda por su devolución. <<

^[3] Los zarcillos sarmentosos de las parras, según explica Calvin Brown (*A Glossary of Faulkner's South*, p. 94), son los columpios improvisados de los niños de las zonas rurales de Mississippi, y también son las cuerdas de las que se sirven los adultos. Pero *grapevine*, la palabra que emplea Faulkner, también designa las habladurías, los chismes, las maledicencias que corren en la comunidad, con lo que Faulkner logra una metáfora brillante, e intraducible, en torno a la intranquilidad que embarga a Sarty en el momento en que puede verse llamado a testificar y a dar testimonio en contra de su padre. <<

^[4] Quizá resulte difícil comprender bien este relato si no se tienen en cuenta determinadas cuestiones coyunturales. Además de ser «uno de los relatos en los que más directa y más brutalmente aborda Faulkner el intervencionismo del Gobierno federal en el medio agrario del Sur» (J. T. Matthews, «Faulkner's Stories», pp. 227-228), conviene tener en cuenta que en 1940 el Congreso de Estados Unidos instauró el servicio militar obligatorio, siendo la primera vez que los civiles fueron reclutados a la fuerza pese a no estar el país en guerra. <<

^[5] Los puestos de trabajo de beneficencia fueron creados por los gobiernos de los distintos estados y por el Gobierno federal durante la Gran Depresión, por medio de organismos como la Administración de Ajustes Agrarios y la Administración del Progreso de las Obras Públicas, que ya han aparecido en el segundo relato de esta primera parte. Todos estos programas sociales, derivados del New Deal, fueron penosamente inapropiados en el Estado de Mississippi. En un solo día de abril de 1933, la cuarta parte de las propiedades rurales que existían en

el estado se subastó con el fin de que los titulares pagaran los impuestos atrasados. La mayoría de las tierras fueron a parar a manos del Estado de Mississippi. <<

^[6] La prohibición de venta y consumo de licores, impuesta por el Gobierno federal, duró de 1920 a 1933. Provine ha violado una ley federal y corre el riesgo de acabar en prisión. <<

^[7] William Tecumseh Sherman emprendió una devastadora «marcha hacia el mar», desde la vencida y arrasada Alabama, hasta Savannah, en noviembre y diciembre de 1864. Unos sesenta mil soldados de la Unión destruyeron cuantas provisiones y líneas de abastecimiento de los confederados pudieron encontrar, entre todo ello tierras y casas de civiles. La destrucción fue pavorosa en una franja de sesenta millas de ancho por doscientas cincuenta de longitud. <<

^[8] Las «familias en la sombra» eran descendientes mestizos de los blancos de la ciudad, o bien descendientes de los esclavos libertos que habían tomado los apellidos de sus antiguos amos. <<

^[9] En la década de 1910, y en los años veinte, la Firestone Tire Company anunciaba sus productos con una imagen ampliada de un neumático, dentro de la cual otras fotografías anunciaban las excelencias del producto. <<

^[10] Se trata de la más famosa de las carreras que disputaron dos barcos de vapor en el Mississippi. Se disputó entre Nueva Orleans, de donde salieron los barcos el 20 de junio de 1870, y St. Louis. Despertó gran interés en la prensa de la época y se cruzaron cuantiosas apuestas. Ganó de largo el *Lee*, cuyo capitán despojó el barco de todo lo que no fuera indispensable para ir menos cargado. <<

^[11] Bahía de perla, entiende el pequeño de los hermanos Grier al oír por la radio la noticia del ataque japonés contra la base naval de Pearl Harbor, en la isla de Oahu, Hawai, el domingo 7 de diciembre de 1941. Es el acontecimiento que provocó la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. El narrador del cuento, como el del que lo sigue en esta primera sección, es un chiquillo típico del medio rural, un «tipo al que admiro —dice Faulkner— no sólo por ser un chiquillo... sino por ser un auténtico americano y un individuo independiente y valeroso, de buen fondo y buen corazón»; lo aclara en una carta a su agente, Harold Ober, que en mayo de 1944 comunicó a Faulkner que una emisora de radio estaba deseosa de hacer una adaptación radiofónica (*Selected Letters*, p. 184). En otra de sus cartas añade la aclaración de que es «una especie de Huck Finn» (Ibíd., p. 123). <<

^[12] La algarroba es una legumbre que se planta en Mississippi después de la cosecha, para renovar el nitrógeno de la tierra, que se ara en primavera antes de plantar el cultivo de valor comercial. <<

^[13] La noticia data de finales de diciembre de 1941: a finales de mes los japoneses ocuparon Manila y Douglas MacArthur tuvo que abandonar las islas con su famoso «volveré». En 1942 fue nombrado comandante de la región del Pacífico Suroccidental y retomó las islas Filipinas en octubre de 1944. MacArthur volvió a Manila en 1945. <<

^[14] Véase, en la parte V de estos *Cuentos reunidos*, el titulado «Mi abuela Millard». En toda la obra de Faulkner es importante tener presente lo que se dice en *Réquiem por una monja*: «El pasado no ha muerto: ni siquiera ha pasado». La presencia de la historia colectiva y de la memoria individual es omnipresente. <<

^[15] Al lector de la época, el apellido del barbero le tenía que recordar a un personaje de tiras cómicas, «Hawkshaw el Detective», cuyas historietas se publicaron a partir de 1913 y, con menor frecuencia, hasta finales de los años cuarenta. Con el paso de los años, el apellido viene a ser sinónimo de «detective», o «sabueso». En «Sequía en septiembre» aparece un barbero también apellidado Hawkshaw, aunque muy distinto de éste. <<

^[16] En la versión original del relato, y en la versión recogida en *These 13*, se lee «a la entrada del juzgado». Aparentemente, *clubhouse* por *courthouse* es un error de transcripción. <<

^[17] Faulkner alude a un poema de A. E. Housman, el XIX de *A Shropshire Lad* (1896), conocido como «A un atleta que muere joven», del que sabía de memoria largos pasajes. <<

^[18] Suratt es el mismo personaje que aparece en relatos como «La cacería del oso», y en novelas como *El villorrio*, *La ciudad* y *La mansión* con el nombre de V. K. Ratliff. En otros relatos, como éste, y en novelas como *Mientras agonizo* y *Sartoris*, se llama Suratt. El nombre se cambió por el de Ratliff porque existía una persona real llamada Suratt. <<

^[19] Así llamado por Max Immelmann, piloto alemán de la Primera Guerra Mundial. Se trata de una acrobacia consistente en virar 180 grados con un repentino ascenso, un vuelo invertido y una rotación de 180 grados en sentido longitudinal. <<

^[20] Pareja de cómicos norteamericanos, judíos; Fields era el alto, el agresivo, y Weber era el bajo, el que encajaba todas las bromas. Actuaron de 1875 a 1930 y tuvieron mucha fama por sus payasadas, chistes en dialecto y actuaciones de género burlesco. <<

^[21] La primera es una organización al servicio de la comunidad que financia el Congreso de Estados Unidos desde 1919, abierta a los veteranos de las fuerzas armadas; la segunda, organización de voluntarios del mundo de la empresa, dedicada a los proyectos al servicio de la comunidad. <<

^[22] John Calvin Coolidge, presidente de Estados Unidos (1872-1933). Aunque no se presentó a la reelección en 1928, muchos creyeron que la Gran Depresión (octubre de 1929) fue resultado de la actitud contemporizadora de su administración con las grandes empresas del país. <<

^[23] Seguramente un Jenny (un Curtis JN-4) de los años veinte, aunque con un motor nuevo, más seguro, un Hispano-Suiza («Hisso»). Eran aviones que despedían grandes cantidades de humo. <<

^[24] Por tanto, de escasa potencia (los motores tienen cuatro cilindros, pero suele fallar uno), lo que hace que aumente el peligro inherente. <<

^[25] La abuela da a entender que en el Norte (en Harvard, Cambridge, Massachusetts) se pueden haber relajado las costumbres, pero no en el Sur, en Virginia. <<

^[26] Explica Calvin Brown (*A Glossary of Faulkner's South*, p. 205) que «tío (seguido del nombre propio) es un título que indica el respeto, por parte de blancos y negros por igual, que se tiene por un negro de avanzada edad, o, no tan a menudo, por un blanco también de edad avanzada». Tío indica un grado de familiaridad y de afecto que el habitual «señor» no habría indicado. <<

^[27] En *Mientras agonizo* (1930), la familia de Darl Bundren lo lleva al manicomio estatal. Dicha novela transcurre seguramente en 1929, por lo que el primer episodio de «El tío Willy» se puede fechar en 1930, con lo que el narrador ha nacido en 1917. <<

^[28] El padre del tío Willy, el que empezó con el negocio. <<

^[29] Los nombres evocan la mala vida en Memphis: Lorine es casi igual que Lorraine, que es como se llama la prostituta que frecuenta Jason Compson en *El*

ruido y la furia; en *Si yo te olvidara, Jerusalén (Las palmeras salvajes)*, Charlotte Rittenmeyer le dice a una mujer llamada Billie: «Tienes un perfecto nombre de puta, ¿que no?». <<

^[30] Como es el caso de Ruby en *Santuario* y el de Nancy en *Réquiem por una monja*, la mujer del tío Willy ha sido prostituta en uno de los burdeles de esta calle de Memphis. Calvin Brown (*A Glossary*, p. 125) identifica esta calle ficticia con Mulberry Street, en el barrio de las putas de Memphis. <<

^[31] Según Brown, Instituto Keeley, seguramente el que estaba al sur de Memphis. El doctor Leslie E. Keeley aseguraba haber encontrado una cura infalible para el alcoholismo a base de inyecciones de dicloruro de oro. La llamó «la cura del oro» y fue muy popular después de que fundara el Instituto en 1879. Tuvo abundantes sucursales por todo el país. Por otra parte, es sabido que Faulkner acudía periódicamente a someterse a curas de desintoxicación en un sanatorio de Byhalia, cincuenta millas al norte de Oxford, Mississippi. La primera vez fue al poco de terminar *¡Absalón, Absalón!*, en 1936. <<

^[32] En 1933, año en que muere el tío Willy, los norteamericanos habían visto la creación no sólo de la WPA (Administración para el Progreso de las Obras Públicas), sino también de la FDIC, la TVA, la FHA y muchas más, en una burocratización rampante, destinada a regular cada vez más aspectos en la vida de los ciudadanos. <<

^[33] El *suttee* es la costumbre funeraria hindú por la cual se inmola la viuda en la pira del difunto esposo. Theresa M. Towner y James B. Carothers, en *Reading Faulkner / Collected Stories* (p. 137), se declaran incapaces de explicar «por qué Snopes ha de ser una viuda multirracial en esta escena: caso sea una inversión irónica de la relación comercial que tuvo con el señor Hait, o bien un homenaje a la señora Hait, a la que no se le pasó jamás por la cabeza someterse al *suttee*, sino todo lo contrario». <<

^[34] Aparentemente, las iniciales del primer y segundo nombre de Snopes. En el ejército norteamericano, I. O. designa «Initials Only», es decir, «iniciales». <<

^[35] La frase es una muletilla que aparece a menudo en *The Virginian* (1902), de Owen Wister, un libro muy querido en toda la familia Faulkner. <<

^[36] Una compresora de algodón es «el lugar en el que el algodón destinado a una fábrica lejana se comprime a mayor presión» que en una desmotadora normal

(Calvin Brown, *A Glossary of Faulkner's South*, p. 60). En este contexto, se trata de una sociedad anónima cuyos accionistas obtienen beneficios del procesado y el transporte del algodón. <<

^[37] Bonos emitidos por el Estado, pagaderos a un buen interés, expedidos para cubrir los costes de las carreteras entonces en construcción. <<

^[38] El tío Rodney ha sacado del banco los bonos de su madre, por valor de dos mil dólares, dejando en su lugar las acciones emitidas por la Sociedad de Compresoras, por lo que la operación parece legítima. Ha dejado un cheque falso en la Sociedad, de modo que en realidad ha robado cuatro mil dólares: los dos mil originales más las acciones de la madre. <<

^[39] El título está tomado del primer verso de «St. Louis Blues», de W. C. Handy:

Odio que se ponga ese sol del atardecer

odio que se ponga ese sol del atardecer

porque mi amor de la ciudad se fue.

Si mañana me siento igual que hoy

si mañana me siento igual que hoy

hago la maleta y allá que me voy.

Las mujeres de St. Louis con sus anillos de diamante

tiran del hombre con los cordones del delantal.

De no ser por el maquillaje y la peluquería

el hombre al que amo no se hubiera ido.

Tengo el blues de St. Louis, la pena más grande.

Él tiene el corazón como una piedra tirada al mar.

Si no, no se habría ido tan lejos de mí.<<

^[40] El francés que habla el Chevalier no es del todo correcto. Hubiese debido decir «de l'homme». Malcolm Cowley se lo señaló a Faulkner durante el proceso de edición de *The Portable Faulkner*, pero el autor defendió la deficiencia lingüística de Ikkemotubbe, que no habla bien ni francés ni inglés. <<

^[41] Pese a parecer una extravagancia, los zapatos de color rojo tenían un papel importante en el tránsito ceremonial de la pubertad a la madurez entre los choctaw, a los que incluso se les llamaba así, «zapatos rojos», como a otros nativos norteamericanos se les llamaba pieles rojas. <<

^[42] Se mordía el extremo de una rama hasta reblandecerlo, y entonces se mojaba en el tabaco para seguir masticando el palo o aplicarlo en las encías. La rama de la que se habla es una especie de arbusto local que tiene las hojas rojas en otoño. <<

^[43] En español en el original. La exclamación nace del respeto que tiene el negro al conocer el peligro de la serpiente, la única serpiente de agua venenosa que habita en toda Norteamérica. La exclamación española «podría haberse introducido en la lengua de los chickasaw —señala Calvin Brown en *A Glossary of Faulkner's South*, p. 142—, aunque no tengo pruebas de que así fuese». <<

^[44] Los «encías azules» son los negros cuyas encías tienen esa tonalidad. Es un rasgo que en el folclore local inspira un temor semejante al de los albinos. A quien lo tiene se le considera un hechicero. En *El ruido y la furia*, novela narrada como este relato por otros niños de la familia Compson, aparece la única referencia adicional a esta superstición. <<

^[45] Véase la primera nota al relato anterior. <<

^[46] Probable referencia al Tratado de Fort Jackson (1814) o al Tratado de los Choctaw (1820); aunque la tribu amerindia del relato de Faulkner sea aparentemente la de los chickasaw, más bien se trata de una mezcla, en el tiempo, el espacio geográfico y los rasgos, entre los chickasaw, los choctaw y los natchez. No busca Faulkner la autenticidad del etnógrafo. En carta a Malcolm Cowley (*Selected Letters*, p. 197), Faulkner dice que «la línea divisoria entre las naciones chickasaw y choctaw pasaba cerca de mi casa. Sólo he desplazado a una tribu a mi antojo; a fin de cuentas, es ligeramente distinta en sus costumbres de la tribu que tuvo existencia real».

El general Jackson, comisario de la delegación que en 1818 cerró un tratado

de no agresión y de permuta territorial con los chickasaw —tratados que Estados Unidos incumplía rutinariamente—, llegó a ser el séptimo presidente de Estados Unidos (1829-1837). La frontera impuesta simboliza la tensión entre culturas basadas en las posesiones territoriales, según se aprecia más adelante.

En cuanto al canibalismo que se atribuía a los indios, no existen pruebas de que la práctica ritual llegase a tener lugar entre las tribus del Sur. <<

[47] Alusión cómica a lord Byron: «Ella es la belleza andante, es hermosa como la noche...». <<

[48] Véase la primera nota a «Hojas rojas». <<

[49] El título original, «Lo!», alude a un conocido poema de Alexander Pope, *Essay on Man*. Se halla en un pasaje que contiene la típica visión simplista y condescendiente de los nativos americanos: «¡He ahí el pobre indio, con cuyo escaso conocimiento / ve a Dios en las nubes, o lo oye en el viento; / su alma orgullosa no aprendió la ciencia de poner la tilde / ni de errar por la Vía Láctea con paso humilde!», y continúa refiriéndose a un mundo seguro en las profundidades del bosque, a una isla más feliz «en la que no hubo tormentos ni enemigo», ni «la sed de oro del cristiano». Se trata de la concepción eurocéntrica del Destino Manifiesto. <<

[50] Irónico anacronismo. George Washington proclamó el 26 de noviembre de 1789 «día nacional de acción de gracias y oración», pero hasta 1863, con Abraham Lincoln, no fue el último lunes de noviembre el festivo de carácter nacional que es hoy. Entre otras cosas, se celebra la aportación y la ayuda de los nativos americanos a la supervivencia de la comunidad de los peregrinos blancos. <<

[51] Weddel manipula los estereotipos que tienen origen en el poema de Pope ya señalado en la primera nota a «¡He ahí...!». <<

[52] El general Cornwallis estaba al mando de las tropas británicas que se rindieron ante Washington en Yorktown, con lo cual terminó la Guerra de la Independencia Norteamericana. <<

[53] Literalmente, «hacia las estrellas». El lema de la Royal Air Force dice *Per Ardua Ad Astra*, es decir, «a través de lo arduo hacia lo más alto». <<

[54] *Subadar*: en el ejército británico de la India, oficial nativo y jefe al mando de una compañía de soldados nativos. La palabra, anglo-india, está compuesta por la voz *subah* (provincia del imperio mongol) y el sufijo *-dar*, «señor». <<

^[55] Fundada en 1823 y de enorme prestigio, es una sociedad dedicada a la libre expresión de las ideas, en cuyo seno se celebran debates. <<

^[56] William Avery Bishop (1894-1956), el gran as de la guerra en el ejército canadiense. Aviador sin igual, experto en ataques por sorpresa, llegó a atacar por sí solo un aeródromo alemán cuando el enemigo, al amanecer, sacaba los aviones de los hangares. Destruyó varios aparatos en tierra y derribó a los tres que lograron despegar. En doce días llegó a derribar la milagrosa cifra de doce aviones enemigos. Fue el primer canadiense condecorado con la Cruz de la Victoria. <<

^[57] El káiser Guillermo fue obligado a abdicar y huyó a Holanda con su familia el 9 de noviembre de 1918, dos días antes del Armisticio. <<

^[58] En el ejército británico, el castigo por ciertas insubordinaciones era el batallón penitenciario: con escaso alimento, abrigo, ropa, los condenados cumplían un riguroso régimen de faena. Los batallones penitenciarios se amotinaban, y eran habituales los suicidios. Aunque el coronel cuenta con que se le imponga un castigo menor, el sargento mayor se encarga de que la ínfima infracción de Gray reciba un castigo más desproporcionado que ejemplar. <<

^[59] Se trata de una cita encubierta, de «El General», de Siegfried Sassoon. En este poema, un general saluda con alegría a sus tropas cuando van camino de la batalla, y a la frase que cita Faulkner sigue ésta: «Ahora los soldados a quienes dedicó su mejor sonrisa están muertos». Por la incompetencia del general sobre todo. <<

^[60] Hechos, 11, 17. La orden que da Dios a Pedro es «mata y come», a lo que Pedro dice: «Señor, no; porque ninguna cosa común ni inmunda entró jamás en mi boca», y «la voz me respondió del cielo la segunda vez: lo que Dios limpió no lo ensucias tú». Gray seguramente lee la Biblia en una suerte de *sortes bibliae*, práctica cultural y religiosa corriente, extrapolarlo la palabra de Dios de su contexto para que legitime sus propios actos. <<

^[61] Sir Douglas Haig fue nombrado Comandante en Jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica en 1915, al mando de la cual se hallaba cuando se produjeron las matanzas del Somme y Passchendaele. Tenía fama de comandante severo y distante. <<

^[62] La cita no proviene de un pasaje bíblico del todo identificable. La fuente más probable seguramente es Samuel, I, 8, 12 («los emplearé como jefes de mil y

jefes de cincuenta; les hará labrar sus campos, segar sus cosechas, fabricar sus armas de guerra y los arreos de sus carros»), pero también podría ser Éxodo, 18, 25; Números, 31, 14; Deuteronomio, 1, 15 o Samuel, I, 22, 7. Faulkner olvida el cierre de comillas tras la frase en cursiva, por lo que es difícil precisar quién dice «Un párrafo de orgullo». Por el manuscrito, cabe deducir que lo dice el narrador, y no Matthew Gray. <<

^[63] Alec Gray inconscientemente regresa a Londres para asistir a las ceremonias del Día del Recuerdo, 11 de noviembre, en que se celebra el Armisticio que puso fin a la Primera Guerra Mundial, momento en que su «vida» en la guerra «muere». <<

^[64] Respectivamente, sociedades honoríficas típicas de las universidades norteamericanas, de la Universidad de Yale y de la Universidad de Oxford. <<

^[65] Sir David Beatty, uno de los almirantes más jóvenes de la Royal Navy al comienzo de la guerra y comandante de la Flota en diciembre de 1916. Dicho de otro modo, «mi superior en jefe». <<

^[66] Los mástiles de cesto, o de jaula, se diseñaron para ayudar a los artilleros a afinar la puntería en tiempos en que se disparaba sin ayuda de ningún tipo. La estructura permitía que el navío recibiera impactos de fuego enemigo sin venirse abajo. El inconveniente era su flexibilidad, que con mar gruesa provocaba que los artilleros se balanceasen e incluso perdieran el equilibrio al disparar los cañones.

Otro aspecto del malentendido, como se aprecia más adelante, es que el término que emplea el inglés para decir «punto» (*beaver*) resulta a oídos de los americanos un sobrentendido de carácter sexual, por ser una de las palabras que en lenguaje coloquial y en Estados Unidos designa los genitales femeninos. <<

^[67] Desde 1917, bonos del Tesoro que financiaron en parte la guerra al trasladar fondos privados a las arcas del Estado. <<

^[68] El Curtis JN, fabricado en Canadá y empleado en el adiestramiento de los pilotos de los ejércitos británico, canadiense y estadounidense. <<

^[69] El general Horatio H. Kitchener (1850-1916) fue nombrado secretario de Estado para la Guerra en 1914. Amplió de forma desmedida el ejército británico y fue el responsable del envío en masa de las tropas a batallas costosísimas en vidas, e imposibles de ganar, como las del Somme y Passchendaele. <<

[70] En la jerga de las fuerzas aéreas, que un piloto se «lavara» equivalía a decir que había muerto en un accidente o que había tenido un accidente grave. Llamar «Lavandería» a una escuadrilla equivale a señalar la elevada mortandad de los pilotos de la misma, debida a la ingobernabilidad de los Camels. <<

[71] Con esta alusión que hace Buck al *subadar* de la India y con su paráfrasis de los comentarios que él hace en «Ad Astra», es posible identificar la presencia de Buck en ese otro relato, con el cual claramente engarza este pasaje de «Honor». <<

[72] El 26 de junio de 1929 se expuso en la neoyorquina estación de Pensilvania el trimotor Ford con el que Charles Lindbergh había de inaugurar el primer servicio de pasajeros entre Nueva York y Los Ángeles, que tardaba cuarenta y ocho horas. Dos años antes, el 20-21 de mayo de 1927, Lindbergh hizo historia al ser el primer hombre que cruzó en avión el Atlántico sin escalas. <<

[73] El título, de lejos el más largo de todos los relatos de Faulkner, es quizá indicio del tono jocoso con que en el cuento se subrayan y comentan algunas tradiciones sureñas, así como ciertos rituales, en tono de farsa. El general Nathan Bedford Forrest (1821-1877), de la caballería de los confederados, «fue sucesivamente tratante de ganado, tratante de esclavos y dueño de una plantación, antes de ingresar voluntario en el ejército confederado y revelar sus dotes de genio militar. Su relación con el mundo de Faulkner —según Calvin Brown en *A Glossary of Faulkner's South*, pp. 85 y 107— se debe a su presencia en las inmediaciones de Oxford, en el arroyo del Huracán y en la encrucijada de Tallahatchie, condado de Lafayette», cerca de la plantación de Sartoris, y al ataque que encabezó contra Memphis estando la ciudad en poder de las fuerzas federales. Los oficiales de los regimientos sudistas no eran designados por la superioridad que pudieran tener, sino que se les elegía democráticamente entre la tropa, que por este mismo sistema tenía el privilegio de deponerlos.

En el título original se deforma la grafía de «Hurricane Creek» por «Harrykin Creek», aunque en el texto aparece correctamente salvo en una ocasión. <<

[74] Los hombres libres son los esclavos. Y los que no lo son es que son blancos. Véase Theresa T. Towner y James B. Carothers, *Reading Faulkner Collected Stories*, p. 365. <<

[75] Memphis cayó el 6 de junio de 1862; la batalla de Nueva Orleans se disputó entre el 25 de abril y el 1 de mayo de 1862; Vicksburg estuvo sitiada durante catorce meses, antes de caer el 4 de julio de 1863, con lo que los terrenos controlados

por la Confederación se partieron en dos y la Unión ganó el control del río Mississippi. <<

^[76] Explica Calvin Brown (*A Glossary*, p. 75) que no es el dulcemele o *dulcimer* de la tradición musical europea, sino el de los Apalaches, también llamado «cítara folclórica», que no es una cítara. Es un instrumento alargado y estrecho, de tres cuerdas por lo común, que se toca sobre una mesa o sobre las rodillas. <<

^[77] Joseph Wheeler (1836-1906), oficial del ejército confederado que después de la guerra fue congresista por Alabama durante ocho legislaturas y, en la guerra contra España, en 1898, estuvo al mando de un regimiento de voluntarios y llegó a ser general de brigada. En cambio, Jubal E. Early (1816-1894), general de la Confederación, fue famoso por su encarnizada lealtad a la causa sudista y por su «pintoresca afición a lo profano». Como apunta Calvin Brown (*A Glossary*, p. 76), la anécdota es históricamente imposible, pero ilustrativa del carácter de ambos. <<

^[78] Además de toda la prosopopeya del apellido y del título, se da el caso de que el caballero ostenta un apellido poco agraciado, como se verá. «Backhouse» es precisamente el eufemismo con que se designa la caseta de la letrina, que está en la parte posterior de la casa. <<

^[79] King's Mountain, durante la guerra de Independencia (1775-1783), fue la batalla en la que la suerte de los colonos cambió definitivamente, al tiempo que al colonizador británico se le fueron agotando las esperanzas de salir bien parado del conflicto. Francis Marion (1732-1795), apodado «el zorro de los pantanos», fue un osado comandante que estuvo al mando de las tropas en Carolina del Sur en 1781. Los «Abolicionistas Republicanos» son una de las facciones que formaron el Partido Republicano en 1854 como alternativa a la alternancia entre conservadores y demócratas. Chapultepec: el 12 de septiembre de 1847 cayó Ciudad de México ante las tropas norteamericanas en la guerra de México. <<

^[80] El general Forrest planea derrotar a las tropas del comandante general A. J. Smith (1815-1897) en un vado de un arroyo que se encuentra a unas doce millas al norte de Oxford, Mississippi. El detalle es históricamente exacto (Calvin Brown, *A Glossary*, p. 196). <<

^[81] En el original no figura este comienzo del inciso de acotación sobre la manera de hablar del general Forrest, sino este otro: «He said "fit" for fought just as he said "druv" for drove and "drug" for dragged». Los desplazamientos fonéticos del habla del militar, sencillamente imposibles de traducir, dan a entender que es

harto difícil comprender qué dice el general Forrest. Aproximadamente, lo que dice la acotación es «Decía "lucho" por luchado, así como decía "contuso" por conducido y "rastrillo" por arrastrado». <<

^[82] El general Joseph E. Johnston (1807-1881), del ejército confederado, estuvo al mando del muy amplio Departamento del Oeste y de la defensa de Vicksburg. Tras la caída de Vicksburg perdió la ciudad de Jackson, Estado de Mississippi, frente al general William Tecumseh Sherman, de la Unión. <<

^[83] La rendición del ejército confederado se hizo oficial en el juzgado del condado de Appomattox, Virginia, el 9 de abril de 1865. Al parecer, Weddel y Jubal estuvieron presentes en el acto. <<

^[84] Si el lector ha seguido los relatos en el orden en que los dispuso Faulkner, sí ha visto pasar a Francis Weddel, como sucede efectivamente en el último de los relatos de la tercera parte, «¡He ahí...!». <<

^[85] El nombre, *Mothershed* en el original, ofrece complejas posibilidades de interpretación. Pronunciado «mother-shed», es decir, «madre despojada», o «superada», apuntaría a las mujeres que el juez ha dejado atrás; en cambio, si se toma por «mother's head», o «maternidad», «origen de lo materno», podría ser una alusión a la joven madre del relato y, a la par, a la fuente de algo vital. <<

^[86] Madrespojo cambia de tema con una velocidad difícil de seguir, por lo que esta referencia resulta un tanto abstrusa. A primera vista, tiene que tratarse de Louise May Alcott, autora de *Mujercitas* entre otros títulos. Pero en la época era popular una serie de ficciones cortas titulada «Dos mujercitas», de Carolyn Wells. No obstante, si la frase siguiente contiene una referencia a un autor masculino que no sea Ingersoll, podría ser Edward Stratemeyer, que con distintos seudónimos publicó muchos libros para jóvenes lectores de ambos sexos.

Robert Green Ingersoll, abogado y demócrata que se pasó al partido republicano, librepensador, conocido como «el gran agnóstico», crítico racionalista de la teología y la Biblia. Sus influyentes obras completas se publicaron en 1900.

Thomas Paine, firme partidario de la Revolución Americana en *Common Sense* (1776), de la Revolución Francesa en *The Rights of Man* (1791) y furibundo anticlerical en *The Age of Reason* (1794). <<

^[87] Toda la disquisición sobre el caballo remite, entre otras cosas, al contenido del último relato de esta última sección, «Carcasona». <<

^[88] Director del FBI entre 1921 y 1924. Dimitió a raíz de un escándalo financiero y se dedicó a escribir novelas de detectives. <<

^[89] El nombre del lugar en que trabaja el marido de su mujer es un apellido corriente en francés, pero en inglés puede haber un juego de palabras a partir de *payer*, «pagador», o *to pay*, «pagar», dando a entender que el joven trabaja en alguna institución financiera; asimismo, se sobrentiende *pay out*, con lo que se da a entender que hay soborno y chantaje. <<

^[90] Dios pagano inventado por Milton en la obra homónima (1634), hijo de Baco y Circe; el segundo parlamento al que se hace referencia es aquel en el que Comus increpa a una dama, a la que ha visto por primera vez. <<

^[91] Las dos referencias apuntan a la conversión de los hombres en cerdos, como la que obra Circe literalmente en la *Odisea* y como la que opera figurativamente Jesús en la ciudad de Gadara (Mateo, 8, 28-32). <<

^[92] Napier puede ser un teólogo y matemático escocés (1550-1617) que inventó los logaritmos, o bien Arthur Napier, profesor de Literatura inglesa en Oxford durante la época en que transcurre el relato. «Mademoiselle d'Armentières» es una canción popular durante la guerra, que se prestaba a toda clase de variantes subidas de tono. «God Save the King» es el himno de Inglaterra. Christ Church es indistintamente el college del mismo nombre, el más grande de Oxford, o la catedral de la ciudad. <<

^[93] Del 24 de octubre al 10 de noviembre de 1917, ataque por sorpresa de alemanes y austríacos en el frente de Italia, que se saldó con trescientas mil bajas, entre muertos y heridos, entre las tropas italianas. <<

^[94] Véase la tercera nota a «Viraje». <<

^[95] De contenido sexual. Como se indica en la nota anterior, *beaver* designa coloquialmente el vello púbico de las mujeres, pero en esta ocasión además se explicita. Don dice incluso «Beaverette». <<

^[96] Stanford White (1853-1906), destacado arquitecto y reconocido libertino, sedujo y desvirgó a Evelyn Nesbitt (1884-1967), modelo y corista. El marido de la joven, Harry Thaw (1871-1947), lo mató de un tiro en el Madison Square Garden el 25 de junio de 1906. <<

^[97] Alusión al canto VI, estrofa XVII, del *Don Juan* de lord Byron. <<

^[98] Probable broma del narrador, que revela su desprecio hacia George. Stanley Porteus inventó un test de inteligencia que publicó en 1926 en *Raza y temperamento*, según el cual la inteligencia está determinada por la raza. Se trataba de un laberinto, y George está en el bar como en un laberinto. Sus planteamientos eran evidentemente racistas. <<

Incendiar establos («Barn Burning»)

Publicado en *Harper's Magazine*, CLXXIX (junio de 1939), no se recoge en ninguna de las antologías de relatos de Faulkner anteriores a ésta, *Cuentos reunidos*. El episodio central lo vuelve a narrar Ratliff en *El villorrio*. Se encuentra, en esta primera versión, entre los textos más antologados de su autor; para muchos lectores estadounidenses, es su primera experiencia faulkneriana. Y los temas tratados y las técnicas empleadas son una introducción excelente al mundo de los relatos. El cuento emerge de la matriz narrativa de los Snopes, que Faulkner inicia con «Father Abraham», de mediados de los años veinte (edición de James B. Meriweather, en 1983: no es un fragmento ni es una obra inacabada, del que no existe traducción al castellano), y concluye o abandona en *La mansión*, en 1959. Es casi seguro que este relato iba a constituir el arranque de lo que sería *El villorrio*, novela de la que formó parte hasta su última fase de escritura, cuando Faulkner lo desestimó y decidió darle autonomía. El propio Faulkner ofrece una hipnótica versión de todo este dilatado proceso en *Selected Letters*, p. 197, en una carta a Malcolm Cowley en la que aclara la génesis de muchos de sus textos de cara a su posible —y finalmente descartada, en este caso— inclusión en *The Portable Faulkner* (1946), la antología con la que Faulkner empezó a cimentar en su país su fama de grandísimo escritor, una compilación confeccionada entre Cowley y él mismo, que contiene fragmentos de seis novelas y en total doce relatos, siete de ellos incluidos en *Cuentos reunidos*, tres en *Desciende, Moisés* y dos en *Los invictos*, además de un nuevo mapa del condado de Yoknapatawpha (el primero se publicó en *¡Absalón, Absalón!*, en 1936) y el «Apéndice: Los Compson», desde entonces incorporado habitualmente en todas las ediciones de *El ruido y la furia*.

Un tejado para la casa del Señor («Shingles for the Lord»)

Publicado en el *Saturday Evening Post*, CCXV (13 de febrero de 1943) y recogido sólo en *Cuentos reunidos*, se suele leer junto con «Dos soldados» y «No ha de perecer» como uno más de los cuentos cómicos sobre la familia Grier, o un corolario divertido de «Incendiar establos». Se inscribe desde luego en la tradición del humor exagerado y grotesco que es típico del sur. En carta a Saxe Commins (*Selected Letters*, p. 304), durante la confección de estos *Cuentos reunidos*, Faulkner dice que «se sostiene asombrosamente bien después de tanto tiempo... me había olvidado casi del todo, pero me pasé una tarde desternillándome con todo lo de los mulos y las tejas».

Los altos («The Tall Men»)

Publicado en el *Saturday Evening Post*, CCIII (23 de noviembre de 1941) y recopilado sólo en *Cuentos reunidos* a propuesta de Robert Haas, el editor del volumen, es uno de los textos escritos por Faulkner para pagar impuestos atrasados y facturas pendientes, si bien resulta sumamente crítico con las injerencias del Gobierno federal en el medio agrario del Sur, cuyas virtudes arcádicas —independencia, tesón, autosuficiencia, etcétera— también se elogian. La cronología de la historia informa de manera elemental los temas y el desarrollo de la acción.

La cacería del oso («A Bear Hunt»)

Publicado en el *Saturday Evening Post*, XXVI (10 de febrero de 1934). Revisado y reimpresso en *Big Woods*. Muchos lectores cuentan con encontrarse en este relato el titulado «The Bear» («El oso»), pero no tienen nada que ver. Éste se encuentra en *Desciende, Moisés* (1942), formando su último capítulo, y, en una versión abreviada, en *Uncollected Stories* (1979), la recopilación de inéditos y de relatos no recopilados o utilizados en obras posteriores que corrió a cargo de Joseph Blottner.

«La cacería del oso» refiere una anécdota consistente en una broma —un tanto chusca, para algunos— narrada de manera dual: lo abre un narrador anónimo (a veces identificado con Quentin Compson) y lo continúa Ratliff, el vendedor de máquinas de coser que tendrá un peso central en la trilogía de los Snopes: *El villorrio* (1940), *La ciudad* (1957) y *La mansión* (1959).

Dos soldados («Two Soldiers»)

Publicado en el *Saturday Evening Post*, CCXIV (28 de marzo de 1942) y recogido sólo en *Cuentos reunidos*, responde a la necesidad que tuvo Faulkner de intervenir de alguna manera —y llegó a tratar de formar parte de la Oficina de Aeronáutica, por ejemplo— en los esfuerzos bélicos de Estados Unidos. El relato transcurre en Frenchman's Bend, al sur del condado (escenario de hechos violentos, como en *Santuario*, «Incendiar establos» y algunos pasajes de *El villorrio*); fue objeto de censura en una antología para jóvenes lectores («y puede que eso sea buena cosa —dijo Faulkner en carta a su agente, Harold Ober, en *Selected Letters*, pp. 191-192—, a los niños les enseñará a muy tierna edad a estar en guardia y a proteger y escudar

a sus maestros y mayores de ciertos hechos elementales de la vida»); se ha adaptado dos veces al cine, en 1985 y en 2003, año en que ganó un Oscar al Mejor Cortometraje.

No ha de perecer («Shall Not Perish»)

Publicado tras numerosos rechazos en *Story*, XXIII (julio-agosto de 1943), cuando Robert Haas se lo propone a Faulkner para incluirlo en *Cuentos reunidos* el autor lo desestima con un enfático «NO. Tópico, no es nada bueno» (*Selected Letters*, p. 274). Sin embargo, además de que parece ser continuación de «Dos soldados» y tratar de la misma familia que «Un tejado para la casa del Señor», lo incluyó como cierre de la primera parte del volumen, donde se hace eco de ciertos temas y técnicas que han aparecido en «Incendiar establos», como son la lealtad a la familia, a los propios ideales, a la clase social y a la comunidad, y amplía otros temas y técnicas de toda esta primera sección. El propio Faulkner hizo una adaptación televisiva que se emitió el 11 de febrero de 1954.

Una rosa para Emily («A Rose for Emily»)

Se trata del primer relato de Faulkner que se publica en una revista de difusión nacional, *The Forum*, LXXXIII (abril de 1930). Revisado ligeramente se recoge en *These 13*. Cowley lo incluyó en *The Portable Faulkner* (1946), y es posiblemente el más antologado y más característico de todos los cuentos de Faulkner, pues contiene todos los ingredientes de su ficción a propósito de los habitantes de ese «sello de correos» que era su tierra natal, y que decidió traducir en términos de literatura apócrifa. Seguramente data de 1927, aunque sólo se tiene certeza de su existencia en 1929, cuando *Scribner's* rechaza su publicación. La narración, como la propia señorita Emily, con toda seguridad seguirá siendo por siempre «querida por todos, ineludible, inexpugnable, tranquila y perversa».

La melena («Hair»)

Rechazado varias veces, aparece en *The American Mercury*, XXIII (mayo de 1931) y, revisado, en *These 13*; en *Cuentos reunidos* se suprimieron las correcciones de Faulkner y se introdujo un error aparente (véase la segunda nota). Recoge en parte

material relatado en «Sequía en septiembre», y concuerda con «Una rosa para Emily» en el tratamiento que se da a una figura femenina a la que sólo se entiende de manera bastante imperfecta.

Centauro de latón («Centaur in Brass»)

Publicado en *The American Mercury*, XXV (febrero de 1932), sólo se recogió en *Cuentos reunidos*, aunque posteriormente Faulkner lo reescribió por completo para que fuese el soporte del capítulo 1 de *La ciudad* (1957). Las diferencias entre ambas versiones son tan abismales que constituyen dos textos totalmente autónomos, no obstante lo cual la lectura de la traducción de *La ciudad* (de J. L. López Muñoz, en Alfaguara) ha sido de gran utilidad en ésta. Los comentarios de este relato se centran en el lugar que ocupa dentro de la crónica de los Snopes, dándose el caso de ser el único —*Banderas en el polvo*, de 1927, se recicla en *Sartoris* en 1929— que le ha ocupado durante un período de treinta y cuatro años en total, según indica el autor en el prefacio de *La mansión*.

Sequía en septiembre («Dry September»)

Publicado en *Scribner's Magazine*, LXXXIX (enero de 1931). Revisado y reimpresso en *These 13*. Titulado «Drouth» en primera instancia —lo cual nos autoriza a modificar el título—, trata específicamente sobre el conflicto racial que desgarró los estados del Sur, donde en tiempos de Faulkner no eran infrecuentes los linchamientos y demás atrocidades —o actividades «de caza», según quién lo interpretase— del Ku-Klux-Klan. Veinte años después fue condenado a la horca Willie McGee, acusado de un delito idéntico al que aquí se cuenta, y seguramente basado en suposiciones igual de falsas. Al menos, tampoco en este caso real hubo pruebas condenatorias. El nombre de Jefferson aparece en una de las últimas revisiones del relato, donde el clima tiene idéntica función que en *Mientras agonizo*. Causó cierto rechazo por su violencia, lo cual no sucedió con *Santuario*, reeditada por Cape & Smith el 9 de febrero del mismo año.

El tirón de la muerte («Death Drag»)

Escrito casi con toda seguridad en diciembre de 1930, publicado en *Scribner's*

Magazine, CXI (enero de 1932) y ligeramente revisado y reimpresso en *Doctor Martino*, es buena muestra de la fascinación de Faulkner por la aviación ya desde su niñez. El primer relato que publicó, «Landing in Luck» (*The Mississippian*, 1919), así como su primera novela, *La paga de los soldados* (1926), eran de temática relacionada con la aviación, como éste (y otra novela posterior, *Pylon*). Es importante tener en cuenta que éste no se desarrolla en Jefferson, condado de Yoknapatawpha, sino en «una pequeña ciudad, intercambiable con o duplicado de otras diez mil pequeñas acumulaciones de vida humana que hay esparcidas por la tierra». Cowley lo quiso incluir en *The Portable Faulkner* (1946), antología que es suma y cifra de Yoknapatawpha, aunque Faulkner estuvo dispuesto a sacrificarlo («No era más que un cuento, podría haber acontecido en cualquier parte, se podría publicar como si aconteciera en cualquier parte») con tal de dejar espacio para la inclusión del «Apéndice: Los Compson».

Elly («Elly»)

Publicado en *Story*, IV (febrero de 1934) y reimpresso en *Doctor Martino*, no se hallaba entre la lista de textos propuestos en principio por Robert Haas, pero Faulkner no dudó en incluirlo en su primera revisión de dicha lista. El lugar que ocupa en la segunda sección de *Cuentos reunidos* sitúa a Elly, con su trágico desgarramiento y su oposición frente a la abuela dominante, en el centro del pueblo imaginario de Faulkner.

El tío Willy («Uncle Willy»)

Publicado en *The American Mercury*, XXXVI (octubre de 1935), Faulkner estuvo de acuerdo con Robert Haas a la hora de incluirlo: «Sí, éste me gusta» (*Selected Letters*, p. 274). El personaje y la trama, además de la oposición entre un individuo inconformista y una comunidad timorata y chapada a la antigua —en lo cual repite el esquema de «Elly»—, los retomó Faulkner años después al escribir *La ciudad*, donde aprovecha gran parte de todo el material del relato.

Acaso valga la pena reseñar que tanto el apellido del tío Willy, Christian, como el nombre de su negro, Job, tienen una serie de connotaciones y ambivalencias cargadas de ironía. Toda la comunidad cristiana de Jefferson, encabezada por la señora Merridew, se empeña en hacer de Christian un buen

cristiano, cuando resulta que ya lo es. Faulkner parece dar a entender que más les valdría a los cristianos ser como Christian. En cuanto a Job, pacienzudo donde los haya, se da el caso de que *job* en inglés significa «trabajo», «empleo», «ocupación», aunque llega el momento en que se queda sin ella, o sin nombre, cuando los cristianos ocupan la tienda en que trabaja y desalojan a su dueño legítimo, William Christian.

Un mulo en la parcela («Mule in the Yard»)

Publicado en *Scribner's Magazine*, XCVI (agosto de 1934), Faulkner no quiso incluirlo en el volumen recopilatorio confeccionado por Malcolm Cowley y tampoco en *Cuentos reunidos*, pues lo tenía pendiente de inclusión en «un volumen posterior». De hecho, fue completamente reescrito en *La ciudad*, de la trilogía de los Snopes, en concreto en el capítulo 16. Al igual que en «Centauro de latón», ha sido de gran utilidad en esta traducción la ya existente de J. L. López Muñoz para Alfaguara, si bien las dos versiones son aún más disímiles que en el caso anterior. El autor se animó muy a última hora a incluirlo, como comenta en la carta antes citada, en la nota introductoria a «Un tejado para la casa del Señor».

Y eso bien ha de estar («That Will Be Fine»)

Publicado en *The American Mercury*, XXXVI (octubre de 1935), y reproducido sin una sola variante en *Cuentos reunidos*, donde cumple la función de entenebrececer un tanto el humor reinante. Robert Haas no lo incluyó en la lista inicial, a lo que Faulkner respondió: «¿Tiene usted alguna razón de peso para no incluirlo?» (*Selected Letters*, p. 274). El insólito punto de vista del relato, en virtud del cual la inocencia de un niño de corta edad se roza con temas adultos como el sexo, la violencia, el delito y la muerte, lo hace afín a *El ruido y la furia*; Georgie es de hecho uno más de los muchos niños infortunados o perversos que pueblan las páginas de Faulkner, y el paralelismo que presenta con Jason Compson, tan avaro como él, no es menor que el de su padre con el señor Compson o el del tío Rodney con Maury Bascomb. Seguramente es uno de los relatos menos valorados de acuerdo con la auténtica calidad literaria que destilan.

Ese sol del atardecer («That Evening Sun»)

Apareció en *The American Mercury*, XXII (marzo de 1931), pero con un título más explícito: «That Evening Sun Go Down». Revisado y reimpresso con el nuevo título, abreviado, en *These 13*. En esta nueva versión se recoge en *The Portable Faulkner* (1946). No se sabe cuándo escribió Faulkner la primera versión, aunque el relato existía con certeza en octubre de 1930, cuando se lo rechazó *Scribner's*. En cambio, enseguida lo aceptó el *American Mercury*, aunque en el proceso de edición del mismo surgió un problema: el director del *Mercury*, H. L. Mencken, puso serias objeciones a que se llamase Jesús a un personaje tan amenazante. «Jesus» en el original; siendo un nombre relativamente corriente en castellano, y sobre todo en determinadas regiones de España, es la primera vez, que yo sepa, que en la realidad o en la ficción alguien se llama así en el mundo anglosajón. También quiso que la preñez de Nancy recibiese un tratamiento menos obvio. Faulkner estuvo de acuerdo en ambos aspectos —necesitaba el pago—, aunque no modificó las referencias a la preñez de Nancy. En la versión del *Mercury*, Jesús se llamó «Jubah», aunque Faulkner restauró todas estas injerencias editoriales —en especial el diálogo sobre el melonar— cuando revisó el relato para incluirlo en *These 13*.

El cuento guarda estrecha relación con dos obras capitales de Faulkner, lo cual lo sitúa en una de las grandes encrucijadas intertextuales del universo Faulkner. Por una parte, en *Réquiem por una monja* «resucita» Nancy y se reescribe del todo su trágica historia, aunque en esta novela la anécdota cambia y se enriquece sustancialmente. Por otra, el hecho de que el relato lo narre Quentin Compson —y aparecen sus hermanos, Caddy y Jason, aunque no Benjy, y su padre— engarza el relato con *El ruido y la furia* de manera crucial. La cronología, como siempre en el caso de Quentin, es problemática (Quentin se suicida a los diecinueve en *El ruido y la furia*, pero reaparece en *¡Absalón, Absalón!* y es «a los veinte mayor que muchos que han muerto»). Aquí, Quentin rememora hechos acaecidos quince años antes, pero los narra con el espíritu y la voz del niño de nueve años que era cuando acontecieron. Sobre la temática del relato, una única advertencia: la obsesión de Nancy por estar en compañía de los blancos, sean los niños o el padre, se debe a que percibe que ellos son lo único que puede protegerla de la amenaza que representa el hombre que ha sido su pareja, llámese Jesús, «Jubah» o Judas, como propuso Faulkner a Mencken a modo de variante (*Selected Letters*, p. 49).

Hojas rojas («Red Leaves»)

Es el segundo de los relatos que Faulkner consiguió colocar en la revista que mejor pagaba, el *Saturday Evening Post*, CCIII (25 de octubre de 1930). Fue revisado y reimpresso en *These 13*, e incluido por Malcolm Cowley en *The Portable Faulkner* (1946), pues por algo es uno de los relatos más antologados, citados y estudiados, uno de los que universalmente se consideran entre sus mejores producciones.

Justicia («A Justice»)

Rechazado al menos en cinco ocasiones, se publicó por vez primera en *These 13* (1931). Existe un pasaje revisado —el traslado del barco por el bosque— para su posterior inclusión en *Big Woods* (1955), la antología de cuentos de temática cinegética. Asimismo, Cowley lo incorporó a *The Portable Faulkner* (1946). Robert Haas no se lo propuso a Faulkner, que no dudó en incluirlo. Guarda una alambicada relación con el resto de la producción faulkneriana: el narrador no es otro que Quentin Compson, de *El ruido y la furia* (1929) y *¡Absalón, Absalón!* (1936), aunque no se le nombre expresamente; Sam Fathers, por su parte, tendrá un desarrollo posterior en *Desciende, Moisés* (1942). Y la fuerte vinculación que mantiene con el relato anterior da una especial coherencia interna a esta tercera parte.

Un noviazgo («A Courtship»)

Publicado en la muy prestigiosa *Sewanee Review*, LVI (otoño de 1948), Faulkner obtuvo una cuantiosa compensación por tal honor. Al escribir a Robert Haas cuando negociaban el contenido de *Cuentos reunidos*, en 1948, Faulkner dijo de este cuento que «sí. Éste me gusta» (*Selected Letters*, p. 275). Al año siguiente obtuvo el codiciado premio O. Henry. Si es uno de los últimos relatos de su producción —el último de los que se contienen en este volumen—, y él mismo se dio cuenta, es porque ese mismo año vendió los derechos cinematográficos de *Intruso en el polvo* a la MGM, que le pagó religiosamente cuarenta mil dólares. Las aparentes incoherencias que se dan con respecto a los dos anteriores indican que a Faulkner le importaba más trabar una buena historia que referir históricamente una saga sobre los nativos americanos.

¡He ahí...! («Lo!»)

Escrito aparentemente en 1933, se publicó en *Story*, V (noviembre de 1934). Se reimprimió en un volumen titulado «Los mejores cuentos norteamericanos de 1935». Años después, al incluirlo en *Cuentos reunidos*, Faulkner lo ligó expresamente a «Victoria en el monte», el último de los relatos de «La tierra intermedia» —escrito dos años antes—, donde Saucier Weddel rememora la hazaña de su padre, Francis, que protagoniza este hilarante relato en el que se enfrenta el presidente de la nación con el jefe de los chickasaw en un auténtico choque de culturas, al fondo del cual subyace la idea de que los indios estaban condenados a desaparecer de la faz de la tierra.

Ad Astra («Ad Astra»)

Tras sucesivos rechazos —el relato existía al menos en 1927— se publicó en *The American Caravan*, IV (1931). Fue revisado y reimpresso en *These 13*, e incluido con revisiones más a fondo en *The Portable Faulkner* (1946) pese a su escasa incidencia en el universo de Yoknapatawpha. Hay una referencia a la trama en *Banderas en el polvo* (1929). Es el primero de los relatos sobre la Primera Guerra Mundial que tuvo una publicación comercial. No figura entre las propuestas de Robert Haas, seguramente porque éste no tenía a mano las dos antologías anteriores cuando redactó la lista para enviársela a Faulkner. Se trata de un poderoso relato sobre la carnicería y las injusticias de todas las guerras.

Victoria («Victory»)

Ideado en principio de manera conjunta con el siguiente de los relatos —y teniendo en cuenta su longitud habría empezado a ser así una novela corta, o un relato ingobernable—, seguramente lo escribió Faulkner en 1926 o 1927 planificándolo con gran detalle. Finalmente suprimió todo un episodio y lo publicó en *These 13* (1931). No escapará a ningún lector la contundencia en la ironía del título.

Falla («Crevasse»)

Más que un relato, es lo que Stephen Crane llamaba «un episodio bélico». Se publicó en *These 13* (1931) como «continuación» de «Victoria», relato del cual está escindido. A pesar de la intensa acción bélica, el simbolismo espiritual de que Faulkner lo imbuje le da resonancias especiales.

Viraje («Turnabout»)

Publicado en el *Saturday Evening Post*, CCIV (5 de marzo de 1932), es seguramente el más popular de los relatos de Faulkner sobre la Primera Guerra Mundial. Revisado y reimpresso en *Doctor Martino*, y en *Cuentos reunidos*, forma la base de una versión cinematográfica muy distinta, titulada *Today We Live* (1933), que dirigió Howard Hawks con Joan Crawford y Gary Cooper. Hemingway la incluyó en su antología *Men at War* (1942), y sigue gozando de gran popularidad.

Todos los pilotos muertos («All the Dead Pilots»)

El propio Faulkner tenía en alta estima este relato pese a ser el más desolador de todos los dedicados a la Primera Guerra Mundial. No logró colocarlo en ninguna revista que lo pagase bien y apareció en *These 13* (1931), y resulta llamativo por el giro metaficticio que da el autor a un relato esencialmente bélico.

Wash («Wash»)

Apareció en *Harper's Magazine*, CLCVIII (febrero de 1934); reimpresso en *Doctor Martino*, Cowley lo incluyó en *The Portable Faulkner* (1946). Reescrito en su totalidad para *¡Absalón, Absalón!*, en los capítulos 6 y 7, se emplea en esta novela con finalidades distintas y técnicas muy diversas. En la novela constituye uno de los episodios culminantes de la trama.

Al encontrarse ante estos casos de «reciclaje» literario, Faulkner por lo común excluyó el relato germinal de sus *Cuentos reunidos*, por lo cual ha causado perplejidad entre los críticos que se incluya este relato. En todo caso, las dos versiones son sumamente distintas —si bien en esta traducción se han empleado

frases enteras, aunque aisladas, de la traducción de la novela (Miguel Martínez-Lage, para Belacqva), tras verificar que son idénticas—, a lo cual se añade que «Wash» es el único de los relatos reescritos para su inclusión en una novela que ha conservado su autonomía propia después de figurar en ella. Casi la totalidad de la crítica, al examinar el relato en cuanto tal, y no como episodio que figura en la construcción de la novela, ha concluido que «Wash» es un relato corto de calidad superlativa.

Honor («Honor»)

Publicado en *The American Mercury*, XX (julio de 1930) y reimpresso en *Doctor Martino*. Al igual que los demás relatos de este volumen, no figuraba en la lista inicial de propuestas que hizo Robert Haas a Faulkner, quien sí lo incluye en su carta a Malcolm Cowley del 1 de noviembre de 1948, en la que amplía su selección y realiza una primera tentativa de ordenación del volumen. Es otra de las piezas que tienen una alta carga intertextual, por guardar relación bastante estrecha con obras anteriores como *Sartoris* (*Banderas en el polvo*, de 1929) y «Ad Astra» (escrito en 1927), así como con otras posteriores, como «El tirón de la muerte» y *Una fábula* (1954). No sólo los aviadores, sino también el triángulo amoroso anticipa *Pylon* (1935), triángulo que, con el añadido de un marido tolerante, es crucial en *Si yo te olvidara*, *Jerusalén* (*Las palmeras salvajes*, de 1939) y en *La ciudad* (1959). Además de las ironías que desprende el título, el relato explora el ideal varonil del heroísmo y del honor en un mundo posterior a la guerra y complicado por la presencia inquietante de las mujeres, amén de ser un nuevo tratamiento de la «muerte en vida» de los veteranos de guerra, semejante al que se da en «Todos los pilotos muertos».

Dr. Martino («Dr. Martino»)

Ya en marzo de 1931 existía un relato con este título, que fue rechazado por el *Saturday Evening Post*. Antes de que se publicase en *Harper's Magazine*, CLXIII (noviembre de 1931) fue extensamente reescrito. Así pues, Faulkner pudo recogerlo en *These 13*, pero se abstuvo, tal vez a la espera de que se lo aceptase una revista que le pagara mejor el esfuerzo. Y es el que después eligió como relato que encabeza la recopilación titulada *Doctor Martino*, razón por la cual ha generado más interés que si el texto no hubiera dado título a esa recopilación de cuentos. Faulkner lo tenía en muy alta estima —sin que de veras lo mereciera, según James Ferguson y otros

críticos—, aunque el desarrollo del conflicto entre la madre y el novio de Louise King y la propia muchacha y el doctor Jules Martino adquiere acaso una complejidad cuyo tratamiento, en clave de suspense —análogo a los cuentos de *Gambito de caballo*, recopilación de 1949—, de alguna manera lo desvirtúa. El final, cuando Louise se lanza de lleno a un matrimonio que no desea, e incluso teme, así como los temas tratados, la sitúa en una incierta travesía de «la tierra intermedia».

La caza del zorro («Fox Hunt»)

Publicado en *Harper's Magazine*, CLXIII (septiembre de 1931) y reimpresso en *Doctor Martino*, en *Cuentos reunidos* se integra en esa «tierra intermedia que viene a ser una tierra de nadie cuya única constante es el mínimo común denominador de la existencia, la muerte misma» (Lisa Paddock, *Contrapunctual in Integration: A Study of Three Faulkner Short Story Volumes*, p. 180). Ubicado con otros seis de esta quinta parte fuera del condado de Yoknapatawpha —precisamente los seis centrales—, es un compendio de los aspectos más sórdidos de la naturaleza humana.

Estación de Pensilvania («Pennsylvania Station»)

Una primera versión titulada «Bench for Two» fue rechazada por *Scribner's* en noviembre de 1928, y esta misma, u otra acaso retocada, fue rechazada por el *Saturday Evening Post* en septiembre de 1930. El agente de Faulkner finalmente la colocó en *The American Mercury*, XXXI (febrero de 1934). Faulkner no lo incluyó en *These 13* ni en *Doctor Martino*, además de manifestar su escepticismo al ver el texto incluido en la lista que le propuso Robert Haas, sin proponerlo él por su parte en su revisión de los textos listados en la carta a Malcolm Cowley del otoño de 1948. Sin embargo, la añadió a posteriori con los dos que lo siguen.

Es uno de los dos relatos que Faulkner situó en Nueva York —el otro es «Mr. Acarius», recogido en *Uncollected Stories*—, aunque se pliega a varios patrones estructurales ya conocidos. Como en «Música negra», la narración sigue los meandros de la conversación entre un viejo y un joven, el primero de los cuales desgana la historia a tenor de las preguntas del segundo.

Artista en casa («Artist at Home»)

Enviado en marzo de 1931 al *Saturday Evening Post*, fue recibido con el rechazo ya habitual en tantos casos. Tampoco *Scribner's* quiso publicarlo, y el agente de Faulkner finalmente lo colocó en *Story*, III (agosto de 1933). Robert Haas no lo tuvo en cuenta entre sus propuestas, ni Faulkner en un principio, aunque lo incluyó con dos «correcciones mínimas» (*Selected Letters*, p. 279) muy a última hora.

Tal vez uno de los relatos más abierta y lúdicamente metaficticios de Faulkner, se cree que debe mucho a las relaciones que tuvo en su juventud con Sherwood Anderson, su mentor, y la esposa de éste, que contrató a Faulkner en una librería neoyorquina en 1921. Además del eco de «Los muertos», de Joyce, que posiblemente contiene al final, Faulkner —según uno de sus mejores críticos, Noel Polk, impulsor y responsable de la restauración de sus textos y de la confección de las ediciones definitivas— seguramente consideró, durante sus primeros años de matrimonio, que como artista era «en el mejor de los casos un *voyeur*, en el peor un proxeneta».

El broche («The Brooch»)

Con una larga historia textual y abundantes elementos autobiográficos —la pérdida de la primera hija cuando era muy pequeña, la afición al baile de Estelle Faulkner—, además de prestarse a toda suerte de lecturas freudianas, se publicó tras varios rechazos en *Scribner's Magazine*, XCIX (enero de 1936). Robert Haas la incluyó en su lista para la colección de relatos en fase de proyecto, ante lo cual Faulkner la relacionó con otros relatos como «Estación de Pensilvania», diciendo que «no son demasiado buenos, pero no se incluirán en ninguna otra parte, y probablemente ya no haya más para confeccionar un volumen, siempre y cuando se dé el caso de que mis piezas cortas lleguen a recopilarse en forma de libro» (*Selected Letters*, p. 274). A pesar de esta desconfianza aparente, Faulkner la adaptó para la televisión y se emitió el 2 de abril de 1953.

Mi abuela Millard («My Grandmother Millard»)

Escrito probablemente en marzo de 1942, Faulkner supuso —y acertó— que no se aceptaría en el *Saturday Evening Post*, por no ser su contenido apto para una lectura en familia. Y aún vivió otros siete rechazos antes de ser publicado en *Story*,

XXII (marzo-abril de 1943) y recogido posteriormente sólo en *Cuentos reunidos* con ciertas correcciones. Faulkner tenía especial aprecio por este relato humorístico: «Un buen cuento, entretenido, con su mensaje para los tiempos que corren: la galantería y lo indomable, la determinación de sujetarse los pantalones y seguir adelante, sin que importe nada, sin que importe nadie» (*Selected Letters*, p. 150).

Tierra del oro («Golden Land»)

Publicado en *The American Mercury*, XXXV (mayo de 1935), recoge en gran medida la nefasta experiencia que tuvo Faulkner en Hollywood durante sus muchas estancias, entre mayo de 1932 y septiembre de 1945, donde se sintió explotado trabajando como guionista para las grandes productoras. No son pocas las similitudes que se dan entre el autor y el personaje principal del relato, si bien éste expresa ante todo la repugnancia que Hollywood le producía: Hollywood aparece como símbolo de la corrupción del ser humano en todos los sentidos. Smith, su agente, quiso colocarla en una de las revistas de mayor difusión, pero se vendió al *American Mercury*, que no tenía demasiados lectores y pagaba peor que otras publicaciones. Irónicamente, Faulkner sólo consiguió escapar para siempre de Hollywood vendiendo los derechos cinematográficos de *Intruso en el polvo* (1948) a la MGM.

Hubo una reina («There Was a Queen»)

Publicado en *Scribner's Magazine*, XCIII (enero de 1933); reimpresso en *Doctor Martino* y luego en *Cuentos reunidos*. Desarrolla un incidente que Faulkner incluyó en su primera novela ambientada en el condado de Yoknapatawpha, *Banderas en el polvo* (publicada tras un proceso editorial muy a fondo como *Sartoris*, en 1929) y expande la saga de la familia Sartoris.

Victoria en el monte («Mountain Victory»)

Publicado en el *Saturday Evening Post*, CCV (2 de diciembre de 1932), aunque Faulkner lo entregó bastantes meses antes; revisado y reimpresso con nuevo título (el anterior era «A Mountain Victory») en *Doctor Martino* y en *Cuentos reunidos*. Es uno de los relatos más elogiados por la crítica, aunque no haya recibido demasiada

atención tal vez por no estar ligado a ninguna de las grandes novelas sobre la guerra de Secesión: *Luz de agosto* (1932), *¡Absalón, Absalón!* (1936) y *Los invictos* (1938), ni a las familias faulknerianas del período de la guerra.

Allén («Beyond»)

Publicado en *Harper's Magazine*, CLXVII (septiembre de 1933) con el título de «Beyond the Gate», o «Allende la cancela», fue reimpreso en *Doctor Martino*. (Acaso recuerde el lector que otro Premio Nobel tiene otro relato titulado «Beyond the Gate», que también transcurre al traspasar las puertas del más allá. Se trata de J. M. Coetzee.) Es uno de los pocos cuentos de Faulkner cuya propia vida documenta de manera patente: el juez que protagoniza este relato está basado en la figura del padrastro de la esposa de Faulkner.

El relato fue rechazado por el *Saturday Evening Post* en abril de 1930. Cuando *Harper's* lo aceptó en una versión revisada, el director de la revista puso en duda varios pasajes, a lo cual Faulkner contestó en una carta exasperada (*Selected Letters*, pp. 71-72), en la que glosa el agnosticismo del personaje y describe el texto como «un *tour de force* en materia de esoterismo».

Música negra («Black Music»)

Aunque no es fácil concluir que existiera antes de 1931, año en que es rechazado el relato, los estrechos lazos que tiene con «Carcasona» hacen pensar en que acaso fuera escrito en 1926. Apareció en *Doctor Martino* (1934), aunque en 1933 Faulkner escribió a su agente indicándole que enviara el relato a *Minotaure*, la revista literaria parisina. «Recibí una carta muy agradable en la que me pedían algo, y como me gusta “Música negra” y no creo que el relato lo quiera nadie en Estados Unidos es buena idea enviárselo» (*Selected Letters*, p. 76). No figuraba en la lista de Robert Haas, pero Faulkner vio enseguida su función como segundo de los relatos sobrenaturales o fantásticos que componen esta sección.

Otro elemento que hace pensar en que es relativamente antiguo es la presencia del fauno, figura capital en la imaginación juvenil de Faulkner. Su primera publicación a nivel nacional fue un poema titulado «La siesta de un fauno» (1919); su primer libro fue una colección de poemas titulado *El fauno de mármol* (1924), y en 1926 regaló a Helen Baird —que no se quiso casar con él— un libro

manuscrito con ilustraciones propias en las que abundan los faunos. El librito es un cuento caballeresco en el que el fauno y el caballero buscan el amor ideal. Se titulaba *Mayday*, es decir, «¡Auxilio!», y esa palabra, que en inglés proviene del francés *m'aidez*, indica el giro explícito hacia la tristeza y el desamparo a través del conocimiento repentino y de la revelación de lo sobrenatural, semejante al que se da en «Música negra», a ratos cómico, a ratos solemne.

La pierna («The Leg»)

Aunque el manuscrito existía ya en noviembre de 1928, cuando fue rechazado por *Scribner's*, no se publicó hasta su inclusión en *Doctor Martino* (1934, con el título de «Leg», o «Pierna»). El relato se remonta al viaje europeo que hizo Faulkner en 1925, cuando escribe a su madre y le dice que «he escrito un extraño relato sobre un caso de reencarnación» (*Selected Letters*, p. 31). Con la carga inicial de alusiones literarias, el tratamiento del tema del *döppelgänger* —aspecto en el que engarza con el relato anterior—, la culpa en materia sexual y la incidencia en lo sobrenatural al estilo de Poe o Henry James, es uno de los textos más enigmáticos y menos comentados de Faulkner.

Mistral («Mistral»)

Recogido en *These 13* (1931), es probable que exista una versión previa, de 1925. En todo caso, en 1928 fue rechazado por *Scribner's* y por el *Saturday Evening Post*, y pertenece al mismo ciclo de relatos tempranos, en los que Faulkner pone en marcha a una pareja («Don y yo», por lo común) que relata la aventura vivida o presenciada de forma dialógica. Los otros relatos del ciclo («El pez gordo», o «Evangeline») permanecieron inéditos hasta la publicación póstuma de *Uncollected Stories* en 1979, pero esa pareja de testigos y narradores se fue introduciendo, con variantes, en muchos otros textos: son claro antecedente de Quentin y Shreve, los narradores de *¡Absalón, Absalón!* En «Mistral», ambos amigos se hallan en circunstancias que los sitúan más allá de la experiencia y del alcance de su entendimiento, y al lector acaso más allá de la interpretación, pues el misterio del posible asesinato que se proponen resolver, si es que se ha producido, y del posible autor del asesinato (hay hasta cuatro candidatos), por la intrincada presentación de una situación pasional y desbordada, rebasa sus dotes detectivescas.

Divorcio en Nápoles («Divorce in Naples»)

Recogido en *These 13* (1931), es casi seguro que existe una versión al menos desde 1925, porque toda la peripecia que narra el relato le aconteció a William Spratling, compañero de viaje de Faulkner por Europa, cuando desembarcaron en Génova. El incidente halla sitio en otras ficciones de Faulkner, como es «Elmer», novela primeriza e inacabada que data de 1925. El tratamiento de la homosexualidad, o de la confusa identidad sexual del joven que se inicia cómicamente en la madurez, presenta a la vez la crudeza del deseo y la actividad sexual y el idealismo que exalta la pureza sexual.

Carcasona («Carcassonne»)

Publicado en *These 13* (1931). Nada más tener precisa la división del volumen que habría de ser *Cuentos reunidos*, Faulkner colocó «Carcasona» como cuento que cerrase el volumen. El título hace referencia a la localidad del sur de Francia, con sus murallas y torretas, sus lazos con los cátaros y los albigenses, que Faulkner toma por metáfora del reino de la imaginación creadora, como podría serlo para otros Camelot.

Con su tupida red de alusiones literarias, no siempre fáciles de precisar, «... “Carcasona” es un relato final particularmente apropiado a la sección titulada “Allén”, puesto que bien puede llevarnos allende la vida o allende la muerte, y sigue estando en todo caso allende cualquier certidumbre» (Theresa M. Towner y James B. Carothers, *Reading Faulkner Collected Stories*, p. 460).